

EDAL
CCIÓN

ALFREDO GRESPO TORRES
LA EDUCACIÓN
CRISTIANA
DE LA
JUVENTUD

BV1549

.2

C7

1965

C.1





1080022620

EX LIBRIS

HEMETHERI VALVERDE TELLEZ

Episcopi Leonensis



U A N L

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

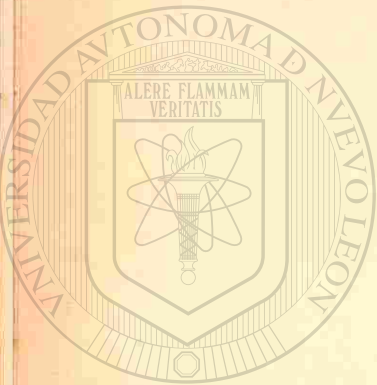


UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN



DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



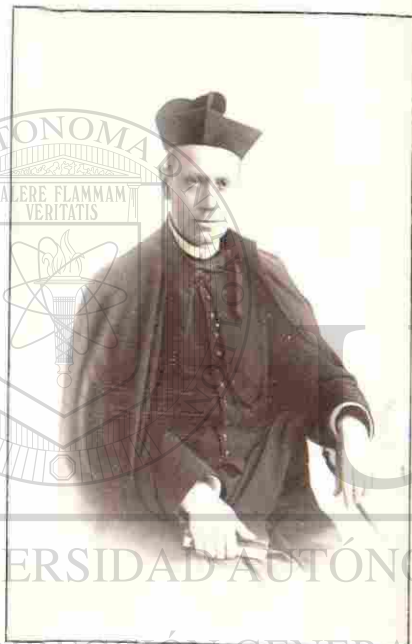
LA EDUCACIÓN CRISTIANA
DE LA JUVENTUD.

U A N L

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





Corrección General

LA
CRISTIANA
VENTUD

U A N L

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



Repositorio Universitario

VALENTIN

47332

LA
EDUCACIÓN CRISTIANA
DE LA JUVENTUD.

POR

CORNELIO CRESPO TORAL
CANÓNIGO DE LA IGLESIA METROPOLITANA DE QUITO.

SEGUNDA EDICIÓN

CONFERIDA Y CONGRUABLEMENTE AUMENTADA, PROTECTOR DE AFIRMACIONES Y RECOMENDACIONES Eclesiásticas, Y FUECEBIDA DE SU BUCHO FIEL, DE. IMPORTATO VASQUEZ, MIEMBRO DE LA ACADEMIA ECUATORIANA DE LA LENGUA, CORRESPONDIENTE DE LA ESPAÑOLA Y RECTOR DE LA UNIVERSIDAD DEL AINAY.

CON EL RETRATO DEL AUTOR.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO I

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



Capítulo Universitario
Biblioteca Universitaria

FRIBURGO DE BRISGOVIA (ALEMANIA) 1905.
B. HERDER

LIBRERO-EDITOR FONTIFICIO,
VIERA, RETRASBURGO, MURICH Y SAN LUIS.

47532

BV1549.2
C7
1905.



FONDO EMETERIO
VALVERDE Y TELLEZ

Imprimatur.

Friburgi Brisgovie, die 13 Junii 1905.

† THOMAS, Archiepiscopus.

Es propiedad.

Tipografía de B. HERRERA en Friburgo de Brisgovia.

APROBACIONES ECLESIASTICAS.

Arzobispado de Santiago de Chile.

Visto el informe del Revisor nombrado, Pdo. Don Alejandro Larraín, se concede la licencia necesaria para la impresión y publicación de la obra intitulada «La Educación Cristiana de la Juventud», escrita por el Pdo. Don Cornelio Crespo Toral. Tómesese razón.

Santiago, 27 de abril de 1901.

El Arzobispo de Santiago.

CLARO,
Secretario.

Gobierno Eclesiástico de la Arquidiócesis de Quito.

Habiéndonos informado el Señor Arcediano de nuestra Iglesia Metropolitana de Quito, Doctor Don Juan de Dios Campuzano, que ha revisado con prolijidad el manuscrito sobre «educación cristiana de la juventud», compuesto por el Señor Canónigo Doctor de la misma iglesia, Doctor Don Cornelio Crespo Toral, y que la doctrina en el contenida está en todo conforme a la enseñanza católica, y apoyada, además, en la de autores distinguidos y netamente ortodoxos, aprobamos por nuestra parte dicho manuscrito, permitimos su impresión, y recomendamos como muy útil su lectura a cuantos se interesan en la formación cristiana de la juventud estudiosa.

Quito, a 20 de octubre de 1900.

† PEDRO RAFAEL,
Arzobispo de Quito.

CARLOS MARÍA DE LA TORRE,
Secretario.

011390

*Al Reverendísimo Señor Administrador Apostólico,
Doctor Don Benigno Palacios.
Presente.*

Reverendísimo Señor:

Íntegra tenía yo leída, en su primera edición, «La Educación Cristiana de la Juventud», por el Señor Canónigo Doctoral de la Metropolitana de Quito, Doctor Cornelio Crespo Toral; y que juicio me mereciese este libro, lo expresé extensamente en «La Unión Literaria». Mas habiéndome Vuestra Señoría Reverendísima encargado de revisar el manuscrito preparado para la segunda edición de la misma obra, lo he examinado despacio, y cabéme el honor de manifestarle que, en mi concepto, el reúne todas las condiciones apetecibles para que merezca la aprobación y aun recomendación de Vuestra Señoría Reverendísima, como también la más favorable acogida por parte de toda la sociedad, singularmente de los padres de familia, de los institutores y de la juventud estudiosa de una y otro sexo. En efecto, su doctrina, ceñida estrictamente al dogma y la moral del catolicismo, ilustrada con irrefragables pruebas de la ciencia y de la experiencia, y confirmada con gran número de autoridades respetables, algunas de los mismos enemigos, *apologetas involuntarios* de nuestra santa religión; hállese distribuida conforme a un plan más científico y práctico que en la primera edición; de modo que, evitados ambos extremos, el de la superficialidad y el de la nimiedad, nada de importante se omite de cuanto al asunto concierne, ni tampoco se fatiga al lector con una erudición indigesta o impertinente; pues si bien es vasta la que posee el autor, sabe hacer de ella un uso moderado y oportuno, con arreglo al buen gusto literario de la época. La dición es noble y castiza; el estilo natural, fluido, variado, ameno; el conjunto homogéneo, bien dispuesto, lleno de vida, sostenido por una acurada lógica y embellecido por una claridad que encanta; pero lo que propiamente anima la obra, realzando mucho su mérito, es la profunda convicción y piedad cristiana que la han dictado y que no podrán menos que arrastrar en pos de sí a cuantos la lean. — Si a la primera edición tributó justamente el Señor Canónigo Tarrán grandes elogios, mayores aun los merece esta segunda, en parte refundida, en parte ampliada, y en todo mejorada. Por último, el autor, al tanto de los novísimos adelantos de la ciencia a que ha consagrado su vida entera, enriquece esta segunda edición de su obra, no menos en la primera que en la segunda parte, con nuevas y numerosas citas

de los autores pedagógicos más recientes ó más renombrados. — En conclusión, y salvo el mejor parecer de Vuestra Señoría Reverendísima, esta obra es magistral en el fondo y en la forma, interesantísima por las vitales cuestiones de actualidad que ventila, y perfectamente adecuada al noble fin que se propone. Ella honra altamente, no sólo al autor, tan benemérito ya de la Iglesia ecuatoriana, sino también a las letras y a la Patria, como lo ha declarado unánime la prensa americana y europea. Dios guarde a Vuestra Señoría Reverendísima.

Cuenca, septiembre veinte de mil novecientos tres.

FR. VICENTE MARÍA CAICEDO, Prior O. Pr.

Administración Apostólica de Cuenca.

Visto el informe del Revisor, M. R. P. Fr. Vicente María Caicedo, Prior del Convento de Santo Domingo de esta ciudad, acerca del manuscrito que contiene las interesantísimas enmiendas y adiciones que ha tenido por bien agregar el Señor Doctor Cornelio Crespo Toral, dignísimo Canónigo Doctoral de la Metropolitana de Quito, tanto a la primera como a la segunda parte de su importante obra «La Educación Cristiana de la Juventud», conocida ya y justamente encomiada en Sudamérica y en algunos países de Europa, concedemos licencia para que el expresado señor canónigo pueda mandar imprimir una segunda edición de dicha obra, con las indicadas enmiendas y adiciones; porque estamos persuadidos de que la segunda edición será aun más útil a todas las clases de la sociedad, y en especial a los educadores, una vez que va a acrecentarse el mérito de ella con las enseñanzas que el autor da en su nuevo libro, fruto precioso de su estudio y de la práctica en la prudente y sabia dirección de muchos años a la juventud. Las expresadas adiciones y enmiendas obedecen a un plan más práctico y científico, aclaran y mejoran las enseñanzas consignadas en la primera edición de la precitada obra; y tanto éstas como aquellas las aprobamos por estar en todo conformes con la doctrina católica.

Cuenca, septiembre veintidos de mil novecientos tres.

BENIGNO PALACIOS,
Administrador Apostólico.

ALGUNAS CARTAS LAUDATORIAS.

El Eñho. Señor Cardenal Rampolla, Roma:

Me llegaron dos ejemplares de la obra cuyo título es «La Educación Cristiana de la Juventud», que V. S. me ha remitido con su carta del 25 de abril p. p., y he cuidado de poner en manos del Santo Padre el ejemplar a El destinado. Tengo, por tanto, el placer de manifestarle el vivo agrado con que Su Santidad ha acogido el devoto homenaje de V. S. y de expresarle también que el mismo Santo Padre se complace del celo con que V. S. se empeña en procurar el bien espiritual de la juventud. Por este motivo el Sumo Pontífice bendice de todo corazón a V. S. y a su trabajo; y yo, al comunicarle esta fausta noticia, aprovecho con mucho gusto la ocasión de agradecerle por la copia de dicho libro, cortésmente a mi ofrecido. (Junio 30 de 1902.)

El Excmo. y Rñho. Mons. Dr. D. José Macchi, Arzobispo de Tetsalónica, Nuncio Apostólico en el Brasil, Petrópolis:

Me propongo leer despacio su obra; la que, al sólo hojearla, me ha parecido oportunísima, y, por el conjunto de las materias, bastante nueva. Reciba, pues, V. S. mis calurosas felicitaciones. (Julio 6 de 1901.)

El Excmo. y Rñho. Mons. Dr. D. Pedro Gasparri, Arzobispo de Cesarea, Roma:

He tenido el gusto de recibir la atenta carta que V. S. me ha escrito con fecha 13 de julio., con una copia del tratado sobre educación de la juventud. Le agradezco vivamente su atención; y habiendo leído una parte de su trabajo, me permito felicitarle. ¡Ojalá todos los que se ocupan en la educación de la juventud, tuviesen siempre presentes los principios que V. S. establece con tanta evidencia! Muy pronto la sociedad quedaría reformada, y la Iglesia no tendría que deplorar tantas injusticias y persecuciones. (Septiembre 7 de 1901.)

El Excmo. y Rñho. Señor Arzobispo de Bogotá:

Aunque he podido recorrer apenas el trabajo de Vd., si he podido formarme idea de su importancia, no menos que de la manera como Vd. lo ha llevado a cabo. Por lo cual, al darle las gracias por el envío que se ha servido hacerme, me permito felicitar a Vd. por su labor. Espero que el ejemplo de Vd. será fecundo, y hallará imitadores en nuestro clero de América para elucidar una cuestión que es de vital importancia; más ahora cuando se trabaja con tanto tesón en todas partes por descatalogar a las nuevas generaciones por medio de la educación sin Dios. (Octubre 14 de 1901.)

El Excmo. y Rñho. Señor Arzobispo de Buenos Aires:

Agradezco infinito su obra acerca de la educación cristiana de la juventud, correcta, conforme a la enseñanza de la Iglesia y adaptada al uso de la juventud a quien va dirigida, bendiciéndola afectuosamente. (Agosto 6 de 1901.)

El Excmo. y Rñho. Señor Arzobispo de Montevideo:

Muy honrado con el regalo de la obra «Educación Cristiana», que V. S. acaba de publicar, me es sumamente grato felicitarlo por tan hermoso trabajo, que viene a llenar una verdadera necesidad en la pedagogía católica; puesto que, sin faltarle originalidad, es un resumen de vastos conocimientos en tan importante materia; estando además redactado con gran erudición, criterio elevado y con un estilo digno y sobrio. Ha hecho, pues, un gran servicio a la causa interesantísima de la educación cristiana. (Junio 17 de 1901.)

El Excmo. y Rñho. Señor Arzobispo de Santiago de Chile:

Agradezco a Vd. el obsequio de la importantísima obra sobre la educación cristiana, que hará mucho bien a la juventud y que leeré con verdadero placer. (Mayo 25 de 1901.)

El Rñho. y Rñho. Señor Obispo de Arequipa:

He recibido su importantísima obra «La Educación Cristiana». Le felicito y hago votos porque produzca en la sociedad los grandes bienes que está llamada a producir. (Julio 8 de 1901.)

El Rñho. y Rñho. Señor Obispo de Guayaquil:

Tengo a la vista su carta, con la que me remite su preciosa elucubración sobre la educación cristiana, en la cual ha podido Vd. poner en compendio cuantas obras voluminosas se han

escrito en esta materia y que no son leídas por su difusión. He visto el plan y he leído algunos capítulos, y su obra me ha satisfecho plenamente. Le felicito, pues, de que el Señor le haya dado salud y oportunidad para publicar un libro tan útil.

(Julio 10 de 1901.)

El Ilmo. y Rmo. Señor Obispo de La Serena:

Tan pronto como recibí su libro sobre educación cristiana, me he puesto á leerlo con gran interés; y me es grato manifestarlo, por haber unido en su obra, á la interesante materia de que trata, *la salutaridad del lenguaje, la claridad de la exposición y la fuerza indestructible de sus argumentos.*

(Junio 10 de 1901.)

El Ilmo. y Rmo. Señor Obispo de Tucumán:

Juzgo su libro de gran importancia en nuestros países, donde la masonería trabaja sin descanso en secularizar la educación. Dios quiera bendecir sus desvelos... Conservaré su libro como un recuerdo de Vd., y como un fruto de su ilustración y de su celo.

(Agosto 15 de 1901.)

AL LECTOR.

La aparición de obras de diversos géneros literarios, señala el relativo vigor de una literatura, pues indica el carácter de la originalidad personal de los autores, el paralelo de la oportunidad social, y, al mismo tiempo, la soberanía de los autores al no guiar su trabajo por las transparencias de las falsillas impuestas por la moda.

En el Ecuador, como en casi todas las repúblicas hispano-americanas, lirismo, literatura periódica, ensayos dramáticos, han seguido, salvo pocas excepciones, el curso de los figurines europeos, y esto con todos los correspondientes anacronismos.

El hoy obispo de Ibarra, Ilmo. Sr. González Suárez, con el «Discurso sobre la Poesía en América», pronunciado cuando apenas salía de la adolescencia, abrió un rumbo claro á las inspiraciones nacionales. Juan León Mera ya había por entonces empezado la misma obra y la continuó hasta el fin; mientras el mismo autor del discurso precitado, con la magistral «Historia General del Ecuador», sobre tema tan propio y casero, ha seguido por un camino distinto del recorrido por apreciables historiadores ecuatorianos como Velasco, Cevallos, Herrera, etc.

Adelantan las letras y las artes, y los caminos que eran veredas, se ensanchan en vías reales, las que á su vez seguirán mejorándose como arterias para esparcir nuevas ramificaciones de formas y maneras literarias.

El arte no es estacionario: sobre el camino de la lógica recibe el beneficio y lujo de estaciones sucesivas.

En el Ecuador, el género menos cultivado ha sido el didáctico-moral. Aparte de algunos artículos y discursos, entre los que se distingue el pronunciado por el Sr. Dr. Don Carlos R. Tobar en el Congreso Científico Latino-Americano de Buenos Aires de 1898, hasta la aparición de la «Educación Cristiana de la Juventud» del Presbítero Dr. Don Cornelio Crespo Toral, nada ha habido en la literatura ecuatoriana digno de mención y de constituir escuela.

El presente libro es único en su género, no sólo en el Ecuador sino en toda la literatura hispanoamericana, y me atrevería a decir que ni España posee en su riquísimo tesoro una obra de tan apretado y completo sistema, constituida, pudiera decirse, por un latente silogismo desde el prólogo hasta el capítulo final, amplio espacio por el que la ciencia del autor con cada uno de los portamentos trata la solidez de la obra, y su gusto la matiza con los primores del arte.

En la literatura didáctica, la ciencia, la poesía, la historia, todos estos y otros elementos sintetizados para la transcendencia de la obra, según la oportunidad lo aconseje y la belleza lo requiera, así como demuestran el tesoro de ilustración explotado por el autor, patentizan la mutua estrecha relación de los conocimientos humanos para la eficacia y primor de la obra literaria.

La didáctica y la oratoria necesitan, más que los otros géneros, un tesoro de honrado enciclopedismo; esto es, no del floreo superficial y pedantesco, sino de una consciente posesión de las respectivas materias.

Didáctica que alrededor del tema científico atrae pertinencias de ciencias y artes y erudición, aparece como un árbol robusto gallardamente alzado sobre la plebe de los matorrales; embellecido, atraente por las lianas que por sus ramas se balancean, por las orquídeas que entre ellas aspiran solitaria vida. En las selvas los más hermosos grupos de árboles son aquellos en que con un árbol rey se reúnen las más rudimentarias, a primera vista, apariciones vegetales.—Es que hay unidad en el poder de una vida robusta que atrae, y protege; que recibe, y se embellece.

Ese musgo en la parte leñosa, ¿allí ha encontrado vida propia? Esa orquídea que apenas si recibe nada de aquel árbol; que parece querer volar con el primer viento; ¡tan desligada parece! Ha necesitado aire. Se ha puesto muy arriba; es algo como aquellos pensamientos que llaman «profundos» los preceptistas; pensamientos que, para ser comprendidos y dejar que se agoten sus perfumes, requieren se los trate arriba de lo rastro, cercano a lo más espiritual.—¿Y esas ramas secas? A través de su esqueleto descarnado se ve mejor cómo pasan los astros, cual la luz de la verdad entre severas enseñanzas.

A maestros y a oradores debe dar tema de pensar un árbol de esos de nuestras selvas.

Con los arcos auxiliares de una sólida instrucción y de erudita variedad de conocimientos se presenta a enriquecer la literatura

tura ecuatoriana «La Educación Cristiana de la Juventud», obra del benemérito sacerdote cuencano Doctor Cornelio Crespo Toral.

A poco de recibida la investidura de abogado, como el Doctor Crespo Toral había seguido a un tiempo los estudios de teología, él y otros dos jóvenes abogados, los Doctores Julio Matveile y Adolfo Corral, recibieron juntos las sagradas órdenes de manos del nunca bien loado obispo de Cuenca Bibo, Sr. Dr. Don Remigio Esteves de Toral. A todos tres brindaba el mundo lisas y esperanzas, y el menosprecio que de ellas hicieron acrecentó prestigio y ejemplo para la carrera sacerdotal. Los tres, ya en la prensa, ya en el parlamento, ya en el apostolado particular, siguen conquistando terreno para el reinado de Dios.

El Dr. Crespo Toral invirtió lo mejor de su adolescencia y edad juvenil enseñando en el Seminario cuencano, del que fue rector varios años.

La atmósfera que desde un principio respiró ese espíritu tan ansioso de piedad cuanto ilustrado, fue el de la educación de los jóvenes. Preocupado del esmero que debía poner en ella, sus desvelos, la iniciativa de su bondadoso carácter y el celo por la gloria divina hicieron de él un apóstol de la juventud. El incienso en el altar, el libro abierto a los pies del crucifijo, así ha enseñado a vivir a sus discípulos, quien así empezó.

En la obra cuya segunda edición se presenta hoy al público, considerablemente adicionada y mejorada¹, no ha hecho sino compendiar y metodizar sus casi diarias lecciones orales a los jóvenes. No es sino una síntesis de ellas, y de sus discursos, cartas, escritos en periódicos, etc., el libro cuya segunda edición publica hoy la distinguida Casa Herder, de Alemania.

Lo más vivo ha quedado en lo rápido y caluroso de la oratoria juvenil. Las frases de improvisación ante un auditorio querido no pueden recogerse más tarde por el orador, cuando con ellas quiere hacer un libro: faltan la actualidad de ese auditorio, la correspondencia de miradas conocidas, lo unsono de ciertos corazones para los que latía el del orador; ha huido ya el espíritu que flotaba fecundado entre la palabra improvisada y la atención cautiva. Al orador que de lo hablado por él quiere hacer un libro le sobra papel, le fatiga la lógica, y le atormenta esa asfixia que nos queda

¹ Falleció en septiembre de 1904 el ilustre autor de la presente obra el Revmo. Señor Canónigo Dr. D. Cornelio Crespo Toral.

² La primera es de Santiago de Chile (1901).

cuando nos ausentamos de corazones aprendices en las generosas efusiones de los nuestros.

Cuando se quiere desligar al hombre de los ineludibles vínculos sobrenaturales que le estrechan, es indispensable recordarle la divina genealogía de su linaje. Sólo así puede contrarrestarse el *humanismo*, sistema que por sí ni implica herejías ni engendra crímenes; pero que, condensando una atmósfera limitada al hombre hoy rey y no reñador sino hasta que le arrojen al sepulcro, limita la dignidad de la vida humana a las concepciones y soberbia del que muere y de los dolientes que le entierran, para, a su vez, ser enterrados. El humanismo es una especie de profesión de augures romanos, de quienes se cuenta que, al encontrarse se sonreían, burlándose de su mentida ciencia y de la fe que les prestaba la necesidad de los profanos.

«Seréis como dioses»: con esas palabras de la primera tentación empiezan los anales del humanismo. Endiosarse a sí mismo, trazar las lindes de su dominio por cuanto vuelen las personales ambiciones, y cerrar los ojos a las luces del cielo, tal es el programa de este desvalido reino, que no por desvalido hasta el propio sarcasmo deja de crear vasallos y coronar tantos reyes cuantos son los que quieren oír la lisonja del «seréis como dioses».

En el humanismo, cada hombre es un centro para toda antojadiza circunferencia hacia lo infinito.

Por esto, al tender a la normalización de la vida, a reducirla a lo que ella es, a mostrarle los vínculos y la expansión de su libertad, sus responsabilidades y el campo de sus generosas conquistas, dentro de la atmósfera de lo sobrenatural; se trabaja tanto por la gloria de Dios como por el perfeccionamiento humano hasta su gloria final, líneas paralelas en la divina economía de la creación.

Este lógico y piadoso propósito es el que se desenvuelve en «La Educación Cristiana de la Juventud», alrededor de *Jesucristo*, centro de toda vida, llámese moral, política, artística, cósmica; pues alrededor de *Jesucristo* todo es concierto de almas, de pueblos, de corazones, de astros; porque *Jesucristo* «imagen perfecta del Dios invisible, es el primogénito de toda criatura», como dice San Pablo (Col. 1, 15), y «tiene el primado sobre todas las cosas» (Col. 1, 18).

Este libro lleva un método riguroso en su desenvolvimiento. Recorriendo desde el examen de la edad juvenil el éxodo de la

vida de estudio, de arte, de sociedad, de disciplina, concluye, como debía, con el arraigamiento del alma a la fe, conclusión fácil y filosófica preparada por la lógica de los antecedentes. Estudia y discute los más importantes problemas actuales planteados por el progreso de los tiempos en orden a la educación moral, sus derechos y obligaciones; y concluye con esta protesta de fidelidad que, tomada del libro de los Macabeos, resume la oración del alma fiel a su Dios en medio de la soberanía de la soberbia humana: *Etsi omnes gentes regi Antiocho obediunt . . . et consentiunt mandatis eius, ego et fratres mei obediemus legi patrum nostrorum*.—Aun cuando todos se sometan al error, yo y mis hermanos obedeceremos a la religión de nuestros padres (1 Mac. 2, 19—20).

El Dr. Crespo Toral ha prestado un gran servicio a la causa de los derechos de Dios y de la dignidad del hombre, por más que la modestia que le es genial crea no haber hecho nada. El espíritu de Dios vive en el olvido de que a sí mismo se ciñe el esfuerzo humano; es luz que no se refleja sino en aguas tranquilas guardadas de los vientos del reclamo, insondables a la vanidad hurgadora de fango. «Vuestra modestia sea manifiesta a todos los hombres: el Señor está cerca . . .» (Phil. IV, 5).

¡Dichosos los que, como el autor de este precioso libro, patentizan con su modestia la presencia del Señor!

Cuenot, septiembre 4 de 1902.

HONORATO VÁZQUEZ.

PRÓLOGO DEL AUTOR¹.

Haec algún tiempo publiqué, en una revista de Cuenca² (Benador), varios artículos acerca de la educación cristiana de la juventud.

La corta vida que tuvo esa importante revista me obligó á suspender dicho trabajo, casi en su comienzo; pero, estimulado por personas respetables y persuadido de que una *pedra* más, por tosca que sea, sirve de algo en el vasto y hermoso edificio que los obreros intelectuales levantan diariamente en honor de la ciencia, resolví, no obstante mis escasas fuerzas, proseguir y terminar la principada labor, para ofrecerla al público en un breve tratado.

En todo tiempo, especialmente en el actual, la educación de la juventud es de vital importancia para los pueblos, cuyo porvenir está íntimamente ligado con la buena ó mala formación del hombre en su edad primera. Por esto la Iglesia católica, madre solícita del individuo y de la sociedad, se preocupa vivamente con esta cuestión; y, por medio de sus sabias enseñanzas, del ministerio sacerdotal y de la prensa, difunde por todas partes la luz de la ciencia cristiana é inculca las buenas costumbres, fundamento de la buena educación.

Mucho se enaltecen en nuestros días los métodos y formas de enseñanza, hasta el punto de circunscribir de ordinario sólo á ellos la ardua labor del maestro; siendo así que la educación es el fin de la pedagogía y que la enseñanza sirve

á aquella únicamente de medio para realizar su noble intento. La instrucción es sólo parte de la educación, la cual tiene asuntos aun más importantes en que ocuparse y nobles ideales á que aspirar.

Como la educación se propone formar por completo al hombre, no puede prescindir ni de su fin supremo ni del orden moral. Por lo que la Iglesia, como única depositaria de las verdades reveladas y seguro guía del hombre en la consecución de dicho fin, tiene necesariamente que intervenir en la educación. Con su doctrina cierta y admirable ilumina el entendimiento y le auxilia mucho en su noble empeño de conseguir la verdad; también fortalece la voluntad y la estimula poderosamente en su laudable anhelo de practicar el bien. Excluir á la Iglesia de la ardua empresa de formar al joven, equivale á privarlo de su principal apoyo y á entregarlo maniatado al vaivén de los caprichos y las pasiones humanas.

Es innegable que sólo en la enseñanza católica encuentran solución acertada las cuestiones más trascendentes, relativas al origen, destino y prosperidad de los hombres y de los pueblos; y como la educación es una de ellas, debe ésta inspirarse en los principios de eterna verdad y aceptar el magisterio de la Iglesia.

Sabido es que el clero secular y muchos institutos religiosos se dedican á la enseñanza, á fin de formar generaciones ilustradas y virtuosas, y de contribuir con ello eficazmente al progreso humano.

El racionalismo ha declarado en nuestros días guerra tenaz á la Iglesia católica, hasta el extremo de excluirla de los establecimientos de educación, para arrancar la fe del corazón de la juventud: á tan pernicioso sistema se da el nombre de *instrucción laica*. «Es evidente», dice Benoit¹, «que el blanco principal del racionalismo es la enseñanza laica. Con ella triunfa efectivamente la razón, y se enseña á las nuevas generaciones el racionalismo, como se enseñó el Evangelio á nuestros padres. Si el racionalismo quiere el mono-

¹ Véase la nota 1 en la pág. XIII.

² «La Unión Literaria.»

¹ «La ciudad anticristiana en el siglo XIX.»

polio universitario, la enseñanza obligatoria y gratuita, es principalmente con el fin de obtener que los niños reciban la enseñanza laica.»

Para impedir tan grave mal, no cesa la Iglesia de advertir á los padres de familia y á los jefes de los Estados, sobre todo por boca de los Sumos Pontífices, el inmenso daño que causa á las sociedades doméstica y civil la educación irreligiosa ó indiferente. Pío IX decía en una de sus más célebres encíclicas: «Se esfuerzan los impíos en eliminar enteramente de la educación la doctrina y el influjo saludable de la Iglesia católica, así como, con toda clase de errores y de vicios, inficionar y corromper miserablemente las almas tiernas y flexibles de los jóvenes. Porque, en efecto, cuantos tratan de perturbar la Iglesia y el Estado, de destruir el buen orden de la sociedad y de aniquilar todo derecho divino y humano, han dirigido siempre los esfuerzos de su maldad contra la inexperta juventud, á fin de engañarla y depravarla, y han puesto todo su empeño en corromperla.»

El sapientísimo León XIII, desde los primeros días de su glorioso pontificado, ha proseguido la noble tarea de sus predecesores y recomendado con toda eficacia la formación cristiana de la juventud. En la encíclica dirigida á los obispos de Hungría, en 1886, dice: «Se desean y reclaman de todas partes las escuelas llamadas laicas ó neutras, con el fin de que los alumnos crezcan en una completa ignorancia de las cosas santas y sin el menor cuidado de la religión. Siendo este mal más lato y mayor que los remedios empleados para contrarrestarlo, vese surgir una generación indiferente hacia los bienes del alma, ignorante en la religión y á menudo impia... No ceséis de advertir á los padres de familia que no permitan á sus hijos frecuentar las escuelas en que corre peligro la fe cristiana; procurad también que no falten escuelas recomendables por la excelencia de la educación y la probidad de los maestros, y que éstas dependan de vuestra autoridad y se hallen bajo la vigilancia del clero. Queremos que esto se realice no sólo en las escuelas elementales, sino

¹ Encíclica *Quanta cura* (1864).

también en aquellas en que se estudian las bellas letras y las altas ciencias.»¹

«No sin temor», añade en otra encíclica, «dirigimos nuestras miradas al porvenir pensando en el cúmulo de males que nos amenazan, los que en germen son depositados en el corazón de la infancia. Sábese muy bien lo que son las escuelas públicas en que no se da ingerencia alguna á la autoridad de la Iglesia, y se impone silencio á la voz de la religión, en la época en que es más necesario acostumar las almas tiernas de los niños á los deberes de la vida cristiana. Los de más edad corren mayor peligro; á saber, el acarreado por una enseñanza perniciosa que, en vez de iniciar á la juventud en el conocimiento de la verdad, la infatúa con la falacia de las doctrinas.»²

Muchos libros importantes se han publicado acerca de la educación cristiana de la juventud y del método que ha de emplearse para el provechoso cultivo de los varios ramos del saber humano.³ Sobre todo Fenclón, Dupanloup, Lacordaire,

¹ «Adamantur atque expelluntur passim scholae quas appellant neutras, laicales, eo nimirum consilio, ut alumni in summa sanctissimarum rerum ignorantia nullaque religionis cura adolescent. Eiusmodi malum quis et latius et maius est quam remedia, propagari solum videmus honorum animi incursionem, religionis expertem, perperam impiam... Interca pergit etiam atque etiam patres familias monere, ne a liberis suis eos celebrari patiantur descendii filios, unde fidei christianae incerta nectuntur: simulque efficit, ut scholae suppetant sanitate institutionis et magistrorum probitate commendabiles, quae auctoritate vestra et cleri vigilantia gubernentur. Quod non solum de scholis primordiorum, sed etiam de litterarum maioremque disciplinarum intelligenti volumus» (Encycl. *Quae nuntiavit*, d. d. 22 Aug. 1886).

² «Nec licet sine metu futura prospicere, quia nova malorum semina contingunt velut in sinum congeruntur adolescentis aetatis. Nostri mores scholarum publicarum: nihil in eis reliquit ecclesiastica auctoritas loci: et quo tempore maxime oportet tenerissimos animos ad officia christiana sedulo studioque educere, tum religionis praecepta plerumque silent. Grandiores namque periculum aequat etiam iuniorum, scilicet a viis doctrinae, quae sepe est eiusmodi, ut non ad imbuendam cognitionem veri, sed potius ad infatuendam aleat fallacia sententiarum iuventutem» (Encycl. *Exsultate* tam anno, d. d. 30 Dec. 1888).

³ Mucho después de publicada la primera edición de esta obra, llegó á mis manos el precioso libro «Timoteo, ó Cartas á un joven teólogo», del Dr. Francisco Hettinger, en que el sabio teólogo y filósofo alemán trata varias

el Padre Riess, Mons. Baunard, Monfat, Charpentier, Goudé, Hernández, etc., han escrito magistralmente sobre esta materia; pero, como sus obras no se han popularizado bastante, y la doctrina de otros autores que tratan de un modo incidental del mismo tema está diseminada en no pocos libros, juzgo que será un tanto útil reunir en un tratado las enseñanzas de la sana filosofía, y en especial las de la Iglesia católica, en lo tocante á la formación intelectual y moral de la juventud.

Tal es el fin del presente libro, en el que nada nuevo encontrarán las personas ilustradas; pero cuya lectura puede aprovechar algo á los padres de familia (siquiera para recordarles los deberes que les impone la educación de sus hijos) y también á los jóvenes que, mediante el cultivo de sus facultades, aspiran á cumplir su hermosa misión en el mundo.

En vez de mis humildes conceptos, consigno de preferencia los de autores distinguidos, cuya doctrina me limito á transcribir varias veces, no por el deseo de manifestar erudición, sino con el fin de dar mayor peso y autoridad á lo que digo.

Para inculcar más algunas verdades de suma importancia, acumulo citas de escritores de mérito, tanto para dilucidar mejor la cuestión en que me ocupo, como para mostrar la uniformidad de sus pareceres.

Asimismo, por la conexión que tienen entre sí algunas materias, trato de ellas en diversos capítulos, y repito, tal cual vez, aunque en distinta forma, los mismos conceptos.

He dividido en dos partes la presente obra. En el primer capítulo de la *Primera Parte* expongo especialmente la doctrina, ó mejor dicho, los principios fundamentales de la educación cristiana; en los capítulos segundo y tercero, indico á quiénes corresponde el derecho de formar al niño, y señalo los medios que han de emplear para el debido desempeño de misión tan difícil. Desde el capítulo tercero hasta el séptimo,

de las cuestiones expuestas en mi trabajo. He cuidado de aprovechar en la presente edición de las luces de tan distinguido autor que merece ocupar puesto preferente entre los que han escrito sobre educación y enseñanza.

timo, sin prescindir del estudio de los principios, trato de las varias clases de educación, de los males que causa la educación irreligiosa ó indiferente, y hago algunas reflexiones acerca de la educación de la mujer. En los capítulos octavo y noveno expongo los derechos del Estado en la educación y hablo de la educación física. En los capítulos siguientes trato del amor al trabajo, del carácter y del estímulo, cualidades utilísimas con que la buena educación adorna al hombre desde la infancia, á fin de promover el mejor desenvolvimiento de sus facultades y el uso conveniente de ellas. Hablo también de la moral, que es la base de la educación, y del progreso, íntimamente ligado con aquélla y á cuya consecución dirigen con febril entusiasmo sus esfuerzos los individuos y los pueblos, siempre ansiosos de disfrutar en mayor escala de sus benéficos resultados. En una palabra, en la *Primera Parte* desarrollo las materias que miran al fondo de la educación, ó tienen con ella íntimo enlace.

En la *Segunda Parte* me ocupo en la enseñanza, ó sea en las materias ó estudios á que de preferencia se ha de dedicar el joven. En los primeros capítulos trato de los métodos de enseñanza, tan en boga en nuestros días; y en los siguientes de los principales ramos del saber humano, según su importancia, y del orden que ha de observarse en su cultivo. Hablo con alguna detención de la Biblia, de la filosofía y del arte, por ser ellas el blanco á que principalmente se dirigen hoy los ataques de la impiedad y del naturalismo, tan difundidos por desgracia en nuestros días.

No me he propuesto escribir un tratado didáctico de pedagogía, ni tampoco hablar de todo lo referente á educación é instrucción; pues tema tan vasto exigiría muchos volúmenes. Mi intento era exponer con la brevedad posible la doctrina más segura sobre los puntos fundamentales de la educación, así como sobre otros con ella relacionados. Cuanto digo va apoyado en la doctrina de los autores que he podido consultar, y en la experiencia adquirida con el trato y dirección de la juventud estudiosa.

La edad juvenil está llena de peligros é incertidumbres; y, sin embargo, de esta época de la vida depende en gran

parte la felicidad ó desgracia del hombre, en el tiempo y en la eternidad. Por lo mismo, prestan inapreciable beneficio á la sociedad eclesiástica y civil los que se dedican á la enseñanza y dirección cristiana de la juventud, elementos constitutivos de vitalidad en los pueblos.

Hoy, que se difunden por todas partes doctrinas perniciosas que se proponen *desristianizar* la educación, es de suma importancia pregonar muy en alto los derechos de Dios en la escuela y manifestar que la instrucción religiosa y la práctica de la virtud son indispensables á la juventud para cumplir su glorioso destino, precaverse de los peligros que la rodean, adquirir sanas costumbres, triunfar en las luchas de la vida y prepararse para el buen desempeño de los cargos que se le confiarán después.

La formación de la juventud es *arma* muy peligrosa en manos del poder civil. Cuando la maneja debidamente y en la esfera que le corresponde, hace mucho bien á la sociedad; pero cuando la usa mal y ataca ó desconoce derechos ajenos, causa terribles daños á la familia cristiana y á la Iglesia misma.

Y que el Estado moderno tiende á apoderarse por completo de la formación del niño y á considerarla como un asunto de su exclusiva competencia, dependiente en todo de la administración pública, lo manifiestan las teorías que hoy se sostienen sobre el monopolio del Estado en la enseñanza elemental y superior, sobre la instrucción primaria obligatoria, sobre el derecho que se concede á él solo de establecer centros docentes, de intervenir en el régimen escolar y hasta en la aceptación ó rechazo de la enseñanza moral y religiosa. Estas funestas teorías, que en muchos pueblos han pasado al terreno de los hechos, son el origen de la formación deficiente y aun mala de la juventud, como también de la violación de los sagrados derechos que competen á la Iglesia y á los padres de familia en la educación de sus hijos.

Por esto, en mi trabajo procuro deslindar las atribuciones del Estado de las de la familia cristiana y de la Iglesia, en lo referente á la educación, para que se conozca á cuánto debe ceñirse aquél en lo que le corresponde, y cuánto debe

empeñarse en fomentar la acción de las dos últimas para el noble fin de formar el corazón del joven.

En estos tiempos de incredulidad y decadencia moral, conviene también recordar á cuantos se ocupan en enseñar y dirigir á la juventud, que ejercen un alto y difícil *ministerio* de arduos deberes, de asidua consagración y de grave responsabilidad ante Dios y los hombres. Al desinterés, al heroísmo, á la caridad, fuente de acciones recomendables y generosas, se van substituyendo en nuestros días el egoísmo, que ahoga todo sentimiento cristiano; el amor al placer, que enerva el espíritu; y la codicia, que hace inhábil al hombre para las obras buenas. El positivismo, ó mejor dicho, *mercantilismo*, ha invadido el vasto campo de la actividad humana, y aun á la hermosa labor de la educación se dedican muchos por lucro únicamente y la miran como una especie de *granjería*. Palpando estamos los desastrosos resultados de tales extravíos y el descenso moral que han producido en los pueblos.

Necesario es, por lo mismo, enaltecer á la virtud y á la ciencia, medios eficaces de perfeccionar y engrandecer á los hombres y á las naciones. Y como la educación tiene por fin hacer al hombre virtuoso é instruido, su importancia es muy grande en las sociedades doméstica y civil.

Ajeno á toda pretensión literaria y deseoso sólo de difundir los sanos principios, hoy bastante olvidados, en lo tocante á la formación cristiana de la juventud, he emprendido este trabajo, en el que consigno el modo de pensar de escritores distinguidos y mis reflexiones personales, maduradas en el retiro y la meditación. Indudablemente hay muchos vacíos en el presente libro, originados de la deficiencia de mis conocimientos y de mi poca salud, que me impide trabajar con la asiduidad y energía que deseara.

Dos palabras más á los lectores. La benevola acogida que tuvo la primera edición de esta obra, me ha resuelto á emprender la segunda, en la que he suplido algunas de las deficiencias de aquella, siguiendo un plan más lógico y comprensivo. Con lo cual, si bien se ha extendido bastante mi trabajo, he podido tratar, en cambio, de nuevas é importan-

tes cuestiones, y amplificar otras de manifiesta utilidad, todo en la medida de mis débiles fuerzas.

En la *Primera Parte* he añadido algunos capítulos, refundido otros é indicado el rumbo de la enseñanza en los principales países de Europa y en los Estados Unidos. En la *Segunda Parte* he puesto al comienzo cuatro extensos capítulos que pueden formar por sí solos un breve tratado de *pedagogía cristiana*; y todos los demás, especialmente los relativos al arte y el de conclusión, han recibido considerables enmiendas y adiciones.

Mi intento en esta edición (en gran parte nueva), es ofrecer al público, sobre todo á los padres de familia y á los directores de la juventud, un estudio no sólo teórico sino también práctico acerca de educación y enseñanza, para lo que he acudido á varios libros de mérito, recientemente dados á luz y, ante todo á las afamadas revistas *Les Etudes* y *Razón y Fe*, escritas por doctos jesuitas franceses y españoles, cuya doctrina he adoptado de preferencia. Si tomo citas de autores heterodoxos, no es porque acepte todas sus opiniones ni recomiende la lectura de sus obras, sino para manifestar que ellos, cuando no los ciega la pasión sectaria ó extravían los malos hábitos, discurren con acierto, y aun reconocen la veracidad de la enseñanza católica y los inmensos bienes que ha hecho la Iglesia á los individuos y á los pueblos. *Fas est et ab hoste doceri.*

¡Plegue á Dios, cuyo poder transforma un grano de mostaza en árbol frondoso, bendecir este humilde libro, compuesto con el fin de promover de alguna manera la gloria divina y el bien de la juventud estudiosa, á cuya formación he consagrado los mejores años de mi vida!

CORNELIO CRESPO TORAL.

ÍNDICE.

	Pág.
Aprobaciones eclesiásticas	V
Algunas cartas laudatorias	VIII
Al Lector, por el Sr. Dr. Honorato Vázquez	XI
Prólogo del Autor	XVI
Introducción	I

PRIMERA PARTE.

LA EDUCACIÓN PROPIAMENTE DICHA.

Cap.		
I.	Principios fundamentales de la educación	9
II.	Derechos de Dios y de la Iglesia en la educación	31
III.	Derechos de la familia en la educación	39
IV.	Varias clases de educación	50
V.	La educación secundaria y superior	77
VI.	La educación irreligiosa y la indiferente	97
VII.	La educación de la mujer	107
VIII.	Derechos y deberes del Estado en la educación y en la enseñanza	131
IX.	La educación física	161
X.	Deberes del joven en su propia educación	187
XI.	La moral y el progreso	204
XII.	El trabajo	223
XIII.	El carácter	238
XIV.	El estímulo y la gloria	251

SEGUNDA PARTE.

LA ENSEÑANZA.

I.	De la enseñanza en general	279
II.	De los modos, métodos y procedimientos de enseñanza	320
III.	Gobierno y disciplina escolar	380

Cap.	Pág.
IV. Los colegios de niñas	423
V. Los conocimientos humanos	463
VI. Estudios religiosos. — La Biblia	474
VII. La Biblia (conclusión)	487
VIII. Los santos Padres, los Apologistas y los Oradores sagrados	509
IX. Las ciencias	523
X. La Filosofía	549
XI. La Filosofía (conclusión)	570
XII. La Historia	592
XIII. El arte y la belleza	618
XIV. El arte y el cristianismo	650
XV. El arte y la moral	669
XVI. La literatura	686
XVII. Resumen y suplementos	713

INTRODUCCIÓN.

1. Épocas de la vida humana. — 2. Importancia de la edad juvenil. — 3. Sus cualidades y defectos. — 4. Fin de la presente obra.

1. Épocas de la vida humana. — Cada una de las épocas de la vida humana tiene fisonomía especial é importancia relativa. La primera y más encantadora de ellas es la niñez, en que el hombre, ignorante de la fatídica ciencia del mal, no mira el mundo sino á través de ensueños deliciosos, y recogiendo de la vida sólo las flores se aduerme tranquilo en el regazo materno. El alma del niño, pura como la luz de los cielos, es morada de Dios y asiento de la inocencia: en el mirar dulce y apacible revela el niño que su corazón no experimenta aún luchas; y en la sercenedad de la frente, en la graciosa sonrisa de los labios muestra la virginidad del albedrio, sin el presentimiento del dolor y de la duda, esfinges que aguardan al hombre cuando despierta al conocimiento y á la posesión de su libertad.

«La niñez es un renacimiento del hombre, la primavera de la vida, la humanidad que revive, consolando y regocijando á la humanidad que muere», dice un ameno escritor de nuestros días. «El niño es la inocencia. . . . Su alma es enteramente blanca . . . y á nuestras almas manchadas esa alma pura nos trae á la memoria la hora deliciosa en que nosotros también ignorábamos el mal, en que nuestros corazones, limpios como el agua de los grandes lagos, desconocían el rugido de la borrasca. El niño es la sencillez confiada y tranquila, y le amamos como un antiguo recuerdo, nosotros á quienes las experiencias de la vida han conducido á todas las desconfianzas, y que no damos un paso sin ponernos en

guardia contra las sorpresas, las asechanzas y las traiciones. El niño es la esperanza, y la esperanza es la última tabla á que se aferran nuestras almas en el naufragio de las felicidades de este mundo. Todo eso, todos esos pensamientos, todos esos contrastes flotan en nuestro espíritu á la vista del niño, y nos producen una impresión vaga, misteriosa y dulce que nos encanta.¹

Mas las horas envidiables de la infancia pasan pronto; y al clarear el alba de la razón, siente el hombre la primera acometida de las pasiones, y aparece á sus ojos el vasto horizonte del mundo con halago y seducción. «Para el agua que corre y para el hombre que pasa, sólo hay un lugar y un momento de pureza absoluta: el manantial y la infancia. Así como el río corre y oculta en el fango de su lecho inmundicias y cadáveres, también el alma, aun entre los menos culpables, está llena de vergonzosos secretos.»²

Después de la niñez viene la juventud, tiempo de formación, de osadía é incertidumbres, en que el hombre ansía la gloria, sueña con el porvenir, se lanza en pos de lo desconocido y se conmueve á impulso de encontrados afectos y deseos. Sin conciencia muchas veces del movimiento, se agita siempre, impresionado por la oculta energía del afecto y á la eléctrica corriente de sus amados ideales. «La juventud es la expectativa de la felicidad, y de la felicidad absoluta, completa, absurda. . . . Mañana (piensa el joven en sus adentros) estallará la guerra en que llegaré á ser el héroe cénestre y victorioso á quien de rodillas presentarán las llaves de la ciudad. . . . Mañana imaginaré el plan y escribiré los primeros versos del poema ó del drama que debe hacerme inmortal. ¡Amor, gloria, genio! Aquel que no os ha soñado, ¿qué digo?—ardiente y locamente esperado, ¿puede pretender que ha sido joven?»³

«La juventud es la más hermosa de las flores de la tierra, es una fuerza ascendente que comunica á todos los movi-

¹ Victor van Tricht, Los niños de la calle.

² Francisco Ceppé, La bonne souffrance.

³ Francisco Ceppé l. c.

mientos una actividad interior, una vivacidad de impresión, una facilidad y una velocidad que se encuentran lo mismo en las funciones del alma que en los resortes corporales. Por eso exclama el Salmista: «¡Oh Dios de mi juventud! No el Dios del presente, sino el Dios del pasado es el que invoca entonces; porque David pensaba en aquella juventud del alma cuya ausencia es un castigo y nunca una necesidad.»¹

Á la juventud sigue la edad viril. El hombre, sosegado las pasiones y en pleno desarrollo físico é intelectual, piensa con madurez, trabaja con ahinco, se esfuerza en cumplir la misión á que se cree llamado y entra de lleno en las faenas de la vida. En esta edad, «reconoce la mediocridad de la vida, se da cuenta de que sólo es bueno lo honesto, que todo goce va seguido de amargura y de hastío, que el objeto (el ideal) retrocede sin cesar ante el esfuerzo. . . . Sin embargo, la vida le parece aún sabrosa, pero como una fruta calentada por el sol de septiembre. Está perdido, y para siempre, ese frescor del alma que hace las sensaciones comparables con las cerezas arrancadas de la rama y comidas bajo el árbol muy de mañana, cuando todavía están empapadas en el rocío de la noche. Por momentos se subleva, se indigna el hombre de que el poder de la esperanza y de la ilusión se hayan debilitado tan pronto; y como para consolarlo, por un instante, á cada nueva primavera penetra en él un poco de juventud, por accesos inesperados, por repentinatas bocanadas.»²

Llega por fin la ancianidad, fría y desconfiada. Palpa el hombre la vanidad de cuanto existe, juzgando de las cosas con criterio que, de imparcial, raya aun en pesimista. Á la par que decado el cuerpo tiende al sepulcro, el alma no despliega ya las alas sino para tender al ocaso.

«El anciano es como un avanzado centinela sobre las fronteras de la vida; el sueño está retido con sus párpados; parece encontrarse en aquella solemne vigilia del neófito el

¹ Mme. Swetchine, Obras escogidas: De la piedad en el cristianismo.

² Francisco Ceppé l. c.

dia antes de armarse caballero. El silencio de todas sus pasiones le hace más sensible al menor ruido; su mirada es rápida y perspicaz, porque la experiencia es como una segunda vista que descubre en lo que se ha visto, todo lo que se verá.

«El anciano es el verdadero pobre de Jesucristo: sus arrugas son sus andrajos; pide vigor á los resplandores celestes y mendiga su pan cotidiano.... La vejez es el sábado santo de la vida, víspera de la resurrección gloriosa, mañana radiante que sucede á todos los quebrantamientos de la tierra y á todos los suplicios de la cruz. Como el labrador de que nos habla Santiago el Mayor, el anciano, con la esperanza de recoger el precioso fruto de la tierra, aguarda paciente-mente que Dios envíe las lluvias de la primera y de la última estación (Santiago V, 7).... La vejez, en una palabra, representa al pasado, la juventud al presente y la infancia al porvenir....»¹

2. Importancia de la edad juvenil. — Entre todas las edades de la vida, ninguna ejerce influencia tan decisiva en la suerte del hombre como la juvenil: en ella, en efecto, se adquieren los hábitos, se forma el carácter y se prepara el porvenir. Por esto, la Sabiduría divina dice, con profunda verdad: *Lo que el hombre no juntó en su juventud, tampoco lo ha de hallar en su vejez*.²

La juventud es tiempo de transición; y de la buena ó mala senda que recorra, depende la felicidad ó ruina del hombre: casi todos los hechos grandiosos y las revoluciones devastadoras nacieron al calor de cabezas escolares.

3. Cualidades y defectos de la juventud. — La edad juvenil tiene, como las demás, cualidades y nobles aspiraciones, así como defectos y malos instintos. El joven es generoso, intrépido ante los peligros, desinteresado, amante de la gloria y de las empresas heroicas; pero también es falto de prudencia y de madurez, inconstante para la práctica del

¹ Mme. Smetchine, Tratado de la vejez.

² «Que in juventute tua non congregasti, quomodo in senectute tua invenies?» (Ecclesi. XXV, 5.)

bien é inclinado á los goces sensibles. Por tanto, necesita el hombre preferente cuidado en esta época de la vida, en que navega entre vientos contrarios y en medio de olas de tempestad.

«Hay una edad en la vida», dice Mons. Dupanloup¹, «á la que un antiguo atribuía las propiedades del fuego; porque, á semejanza de este elemento, se halla sin cesar en actividad y no conoce reposo; una edad en que se piensa sin regla y se reflexiona sin aplomo, en que la imaginación ardiente y las pasiones excitadas parece que reclaman el derecho de decidir por sí solas todos los destinos del porvenir.

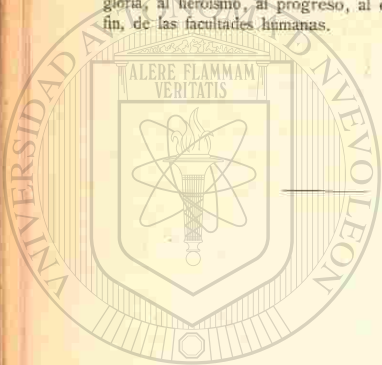
«En esa edad temible las pasiones, despertándose de súbito en el corazón de la juventud, amenazan levantar esas fieras tempestades que agitan profundamente y á veces destruyen para siempre la virtud, mientras que, por su lado, el mundo nada descuida para tener siempre tendidas sus redes al joven inexperto, para inspirarle amor á los placeres y excitar en su alma las más peligrosas inclinaciones.»

4. Fin de la presente obra. — Mi intención en este libro es suministrar algunas reflexiones serias á los padres de familia, sobre quienes pesa el deber de educar á sus hijos, como también estimular al cumplimiento de su misión á la juventud que, por su talento y otras prendas, está llamada á ocupar alto puesto en la sociedad. Para que ella se ponga en condiciones de llegar su noble destino, debe ser educada con esmero, debe amar el trabajo, tener carácter, patrocinar las nobles causas, dedicarse á ocupaciones y estudios provechosos.

Es obra de conveniencia y necesidad dirigir la palabra á las turbas entusiastas y sonadoras que llenan los colegios é invaden la plaza pública, pidiendo el primer puesto en los comicios y en las asambleas, y constituyen la actividad social, el elemento enérgico, sobre el que la enseñanza y la palabra influyen eficazmente, mediante la dirección y el con-

¹ El matrimonio cristiano.

sejo. La mejor disposición, la más favorable en la juventud para poder encaminarla y reducirla á los términos de la moderación y el sacrificio de los apetitos, es su misma violencia y arrogante energía; condiciones preciosas, para que una educación discreta imprima en materia tan dócil el sello de la verdadera grandeza, que conduce á la honradez, á la gloria, al heroísmo, al progreso, al desarrollo armónico, en fin, de las facultades humanas.



PRIMERA PARTE.

LA EDUCACIÓN
PROPIAMENTE DICHA.

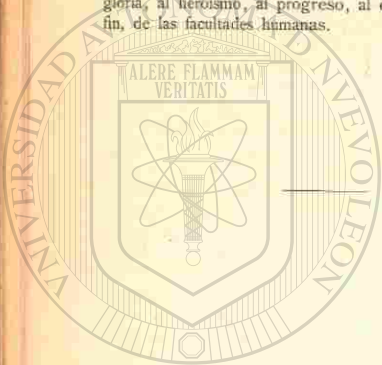
UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



sejo. La mejor disposición, la más favorable en la juventud para poder encaminarla y reducirla á los términos de la moderación y el sacrificio de los apetitos, es su misma violencia y arrogante energía; condiciones preciosas, para que una educación discreta imprima en materia tan dócil el sello de la verdadera grandeza, que conduce á la honradez, á la gloria, al heroísmo, al progreso, al desarrollo armónico, en fin, de las facultades humanas.



PRIMERA PARTE.

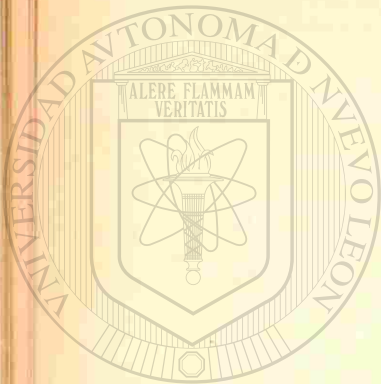
LA EDUCACIÓN
PROPIAMENTE DICHA.

UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL DE

CAPÍTULO PRIMERO.

PRINCIPIOS FUNDAMENTALES DE LA EDUCACIÓN.

1. Principio en que se funda esta obra y su división. — 2. Qué es la educación. — 3. Necesidad de educar bien a la juventud. — 4. Fin e ideal de la educación. — 5. Relaciones entre la educación y la instrucción. — 6. Facultades en cuya dirección y desarrollo se ocupa aquélla principalmente. — 7. Importancia social de la educación.

1. Principio en que se funda esta obra, y su división. — El hombre, aunque decaído y limitado, puede adquirir, mediante la acertada dirección de sus fuerzas y facultades, un grado notable de desarrollo y perfección, que le ponga en aptitud de ejecutar grandes obras y de cumplir debidamente la misión que Dios le ha señalado en el mundo.

Ahora bien, la educación se propone el perfeccionamiento del hombre. Educar, en efecto, es perfeccionar en lo posible la persona humana en sus elementos constitutivos; y como éstos son el cuerpo y el alma íntimamente unidos e influyendo el uno sobre el otro, la educación ha de tener en cuenta a entrambos, así como a la manera de obrar del hombre y al fin que debe proponerse en sus operaciones.

Por esto, la educación general comprende dos grandes objetos: el cuerpo — educación física —, y el alma — educación psíquica. La cultura de los sentidos participa de la una y de la otra. El alma posee tres facultades primordiales y esenciales: á saber, la sensibilidad, la inteligencia y la voluntad, cuyo objeto propio son lo bello, lo verdadero y lo bueno, en el orden natural y en el sobrenatural; por lo que la educación se distingue también en *estética*, en *intelectual* y en *moral*.

Además, el hombre busca á Dios y tiende á Él con impulso irresistible, no sólo como á su Criador y Conservador, sino también como á Verdad, Belleza y Bondad sumas, en quien encuentran alimento y saciedad sus facultades. Esta tendencia de nuestra naturaleza, que los filósofos llaman *instinto de religiosidad*, se manifiesta en cada hombre, en todos los pueblos y en todas las épocas de la historia. Á ella corresponde la educación religiosa, que se refiere al hombre por completo, ya que todo él es obra de Dios¹.

El hombre, por exigencias de su naturaleza y las cualidades con que Dios le dotará, debe vivir en sociedad con sus semejantes y, dentro de la sociedad universal, pertenecer á una nación determinada; lo cual, por lo mismo que le impone varias obligaciones, amplía el campo de la educación, que se relaciona directamente con la conciencia pública ó vida moral de los pueblos. Así como hay personas físicas ó individuales, las hay también morales ó colectivas, susceptibles de perfeccionarse, ó sea de educarse.

Afirma el filósofo de la Sabiduría, que *Dios crió al hombre recto*², ó sea en estado de justicia original, mediante la cual la razón gobernaba perfectamente á las fuerzas inferiores del alma y era perfeccionada por Dios, estando á Él sujeta. Mas esta justicia se perdió por el pecado del primer padre; y, en consecuencia, todas las fuerzas del alma quedaron destituidas del propio orden, con que naturalmente se conforman con la virtud. La naturaleza humana recibió en castigo la ignorancia, la malicia, la debilidad y la concupiscencia, terribles *llagas ó heridas* que nos obligan á luchar sin tregua para obtener el perfeccionamiento físico, intelectual y moral³.

La educación ha de considerar el estado decaído del hombre, para sostenerle en la lucha ó indicarle los medios de conseguir su destino sobrenatural. Y como la religión une al hombre con Dios, y la Iglesia es la depositaria y dispen-

¹ Cf. *Achille, Vade-mecum de l'éducateur chrétien*.

² *Inveni quod fecerit Deus hominem rectum*. (Ecd. VII, 30).

³ Cf. *S. Thomas, Summa theol.* I II, q. 85, a. 3.

sadora de los dones celestes, debe la educación respetar los derechos de entrambos y aceptar sus enseñanzas, so pena de impedir la perfección de la humanidad.

Siendo el principio fundamental y como el *eje* en que descansa el tema de este libro, que la educación se propone perfeccionar á la persona humana, trataré en él de cuanto contribuye á este objeto, ó mejor dicho, de las varias clases de educación antes mencionadas. Pero, como para seguir un plan sencillo y comprensivo, he dividido esta obra en dos partes, tratando en la primera de la educación propiamente dicha y de sus medios ó auxiliares, y en la segunda de todo lo relativo á la enseñanza é instrucción, cuidaré de ocuparme en dichas secciones de todas las cuestiones arriba indicadas.

2. Qué es la educación.— En el sentido pedagógico de la palabra, «la educación es el desarrollo progresivo, armónico y continuo, por un ejercicio enérgico y bien dirigido, de todas las facultades físicas, intelectuales, religiosas, morales y estéticas del niño, con el intento de conducirlo á su doble fin, natural ó temporal desde luego, sobrenatural ó eterno después»¹. «Educar es cultivar, desenvolver, ejercitar, pulir y fortalecer todas las facultades físicas, intelectuales, morales y religiosas que constituyen en el niño la persona y dignidad humanas; dar á estas facultades su perfecta integridad; comunicarles la plenitud de su poder y de su acción; formar, por este medio, al hombre y prepararle para servir á su patria en las varias funciones sociales que tenga después que desempeñar. Conforme á un pensamiento más alto, educar es asegurar la consecución de la vida eterna, elevando la presente.»²

3. Necesidad de educar bien á la juventud.— Dios ha señalado á los seres un fin conforme á su naturaleza, y les ha concedido las dotes necesarias para conseguirlo. Como la juventud es época de formación, débense desarrollar durante ella los preciosos gérmenes depositados por Dios en

¹ *Achille* I. c.

² *Mons. Duganboug, De l'éducation*.

el alma, para que produzcan frutos sazonados. Ésta es la labor de la educación.

A causa de la culpa original, quedó decaída la naturaleza humana; por lo que necesita el hombre de guía diestro y experimentado, para preservarse del error y del vicio, para descubrir y conocer los secretos de la ciencia, para acostumbrarse, sobre todo, á caminar por la ardua senda del deber. Y todo esto se ha de obtener en los días de la juventud, en que el alma recibe con más docilidad el buen ejemplo que atrae, la enseñanza que ilustra, y la virtud que santifica. Si, por desgracia, la ignorancia y la corrupción se enseñorean del hombre en la edad juvenil, se ha perdido éste quizá para siempre, ya que *la senda por la cual comenzó á andar el hombre desde el principio, esa misma seguirá cuando viejo*¹. El hombre continúa generalmente siendo lo que fué al dejar los bancos de la escuela. Un poeta pagano dijo: *El ánfora conserva largo tiempo el olor del perfume de que estuvo primera impregnada*². La educación comunica, pues, al hombre una *segunda naturaleza*, cuyo influjo experimentará en toda su vida.

4. **Fin e ideal de la educación.**—La educación se propone el perfeccionamiento del hombre, en cuanto lo permite su naturaleza decaída y limitada, mediante el desarrollo armónico de sus facultades físicas, intelectuales y morales, facultades que, según Mons. Dupanloup, «constituyen la nobleza y dignidad del hombre». «La educación tiene por fin cultivar, pulir, fortalecer y despertar cuanto hay de maravilloso en ese abismo que se llama corazón humano»³. Ilustrar el entendimiento con la verdad, dirigir la voluntad hacia el bien, dejar patentes los *lineamientos divinos*, impresos en el alma; «emancipar, en una palabra, al hombre de la servidumbre del mal, hacerle útil á sus semejantes y querido por Dios, centro de toda

¹ «*Adoleverens iuxta viam suam, etiam cum senuerit, non recedet ab ea*» (Prov. xxii, 6).

² «*Quo semel est imbuta recens servabit odorem testa diu*» (Horat., Epist. i, 2, 69).

³ Cartas sobre la educación intelectual.

felicidad, tal es el fin de la educación»¹. Ella comprende á todo el hombre y se empeña en contrarrestar las tres clases de debilidad que, al decir del Padre Didón, padece aquél, especialmente en la edad de las luchas, á saber: «la ignorancia, que es la debilidad de la razón; los malos instintos, que son la debilidad de la voluntad; la carencia de todo, que es la debilidad del cuerpo»².

Varias clases de vida, ó, mejor dicho, de manifestaciones de vida, hay en el hombre, á saber: la vida física ó animal, la vida intelectual, y la moral; pues el hombre consta de alma y cuerpo, y tiene, además, un fin muy noble que conseguir. La educación debe, por tanto, mantener y acrecentar esta triple vida, teniendo en cuenta la importancia de cada una de ellas. Lo primero que ha de procurar es el vigor físico del hombre, por medio del ejercicio, de una alimentación sobria y conveniente, y de las prescripciones de la higiene, siendo esta educación también la primera que recibe el niño, quien, hasta cierta edad, es inhábil para toda labor intelectual y moral. Pero, luego que la luz de la razón empiece á iluminar el alma, y que tenga conciencia de sus actos, urge cultivar sus facultades y depositar pronto la simiente del bien en su corazón, para contrarrestar los gérmenes del mal.

Para medir la importancia de esta última labor, conviene recordar que el hombre es rey de la creación por su inteligencia y voluntad, de las que carecen los seres insensibles é irracionales; que Dios le ha prescrito una ley moral á que debe sujetarse, y que, en el ejercicio de sus facultades, no ha de contrariar el fin último que Dios le ha señalado. El hombre es responsable de sus actos, y no debe, durante la presente vida, prescindir del orden sobrenatural; tiene un alma inmortal que, después de corta peregrinación en el mundo, recibirá premio ó castigo eterno, según sus obras.

De esto se deduce que los intereses morales y eternos del hombre deben ser atendidos de preferencia por los que tienen la misión de educarlo, y en seguida los temporales. La edu-

¹ Maurice Maréchal, *La femme ensoble par l'Evangile*.

² P. Didón, *Jesucristo*.

cación será, pues, completa cuando en la educación del niño se procure subordinar el cuerpo al alma, y el alma á Dios; ó, lo que es lo mismo, cuando en la adquisición de los bienes se dé preferencia á los eternos sobre los transitorios.

Esta doctrina, tan conforme á la dignidad humana y á la recta razón, es desechada ó, cuando menos, olvidada por muchísimas personas, que anteponen la vida física á la intelectual y moral; por lo que, falscada la educación en su base, no es raro que la niñez se puerifique y ambicione sólo los gooces de los sentidos, ó, á lo sumo, los de la inteligencia, sin que apetezca los del orden moral y sobrenatural.

«Educar á un niño», dice el P. Víctor van Tricht¹, «es formarlo conforme al deber; es enseñarle á vencer las pasiones y la voluntad propia, á dominar y ahogar el egoísmo, á sacrificarse y consagrarse al bien. Es arrancar una á una del fondo de su corazón, todas las raíces inmundas que nuestra decadida naturaleza y las tradiciones acumuladas por la sangre hacen brotar en él, vivaces y avasalladoras; es sembrar en su alma el precioso grano de la virtud, grano tan fino y tan raro, que es el único que hace á los hombres grandes y dignos.

«No basta para formar al niño y educarlo, llenarle la memoria con preceptos religiosos y morales, como se la llena con las reglas de la gramática, ó las fórmulas del interés simple y compuesto. No basta clasificar las virtudes en su mente, como se clasifican en ella las familias de insectos y mamíferos.

«Totalmente vana es la cultura intelectual si no va más allá del entendimiento. Para formar al niño, es preciso penetrar más adentro; en el fondo de su corazón hay que plantar la virtud; hay que sujetar al deber la voluntad, poniéndola bajo el yugo de la justicia y la disciplina. Esta es obra de todos los días, de todas las horas, de todos los instantes; es la obra maestra, es la obra única.»

«La educación cristiana extiende su influjo á toda el alma del niño.... Enriquecer la memoria, adornar y excitar la imaginación, rectificar la sensibilidad, disciplinar todas las

¹ Los niños de la calle.

facultades bajo la regla de la razón; enseñar al alma á conocerse á sí misma, á los hombres que le rodean y á los que le han precedido, á sorprender los secretos de la naturaleza y á adivinar sus leyes; acostumbrar al espíritu á encontrar la verdad inmutable bajo la corteza fugitiva de las cosas, y al corazón á gustar de la virtud, á despecho de los sentidos y mediante fuertes sacrificios; mantener al alma en ese estado tan admirablemente descrito por San Agustín, cuando, libre de toda mancha y corrupción, conserva el señorío de sí misma: ¡qué misión tan hermosa la de la educación! Por esto decía San Juan Crisóstomo que no hay cosa tan grande como gobernar el espíritu de los adolescentes y formarlos para la ciencia de la vida.... La educación cristiana es la única que da á las facultades toda su fuerza de expansión y el grado más alto y relativamente posible de perfeccionamiento.»¹

La educación es para el hombre á modo de segunda vida, por cuanto desenvuelve y perfecciona las dotes que recibe al venir al mundo, y le hace apto para cumplir la misión que Dios le señalara.

Nuestro Señor Jesucristo, modelo de imitación que el hombre debe tener á la vista, es también el tipo ideal de la educación; y por esto la Iglesia, que está encargada de la formación moral de la gran familia cristiana, procura que sus miembros sean una copia fiel de Nuestro Señor y que estén como vaciados en el molde divino, á fin de que *Cristo se forme enteramente en sus almas*, según la expresiva frase de San Pablo². Ella, como es justo y natural, inculca á sus hijos el deber de preferir en la educación los intereses religiosos y eternos á los terrenos y transitorios, en cumplimiento de esta máxima evangélica: *¿De qué le sirve al hombre ganar todo el mundo, si pierde su alma? ¿Con qué la rescatará, una vez perdida?*³

El ideal de la educación es, por tanto, imitar á Dios, acercársele, unírsele, mediante el ejercicio de las virtudes y la posesión de la verdad; mantener viva é inalterable en el

¹ *Moufet, Principes de l'éducation.*

² Gal. IV, 19.

³ Matth. XVI, 26.

alma, como se acaba de decir, la imagen divina impresa por Dios en ella. Para esto es preciso ahogar los afectos desordenados, apartar la vista de las bajas regiones de la morada terrestre y elevarla al cielo, patria de la eterna dicha; dedicarse, en fin, constantemente a la práctica de las buenas obras. La educación aspira nada menos que a poner en práctica, en la medida de la capacidad humana, el precepto de Jesucristo que nos manda *ser perfectos como nuestro Padre celestial es perfecto*¹; precepto grandioso, que manifiesta cuán incansablemente debe el hombre trabajar en su perfeccionamiento intelectual y moral, aun cuando no pueda obtenerlo por completo en esta vida, a causa de la limitación de sus facultades y del atractivo que siente hacia el mal.

5. Relaciones entre la educación y la instrucción.—Como la educación abraza á todo el hombre, y éste consta de alma y cuerpo, debe aquella procurar el desarrollo y perfeccionamiento de entrambos, respetando la jerarquía de las facultades humanas y la subordinación de la materia al espíritu.

Ahora bien, el hombre es superior á los demás seres del mundo visible, por su inteligencia y voluntad, como también por el fin altísimo á que Dios le ha destinado. Por tanto, la educación no ha de prescindir, en ninguna manera, de dicho fin, ni ha de contrariar las leyes que regulan las relaciones entre el alma y el cuerpo, relaciones fundadas en la natural dependencia de éste hacia aquella. Así, libre el alma de las trabas de la materia, gobierna la actividad humana, cuidando de someter las pasiones al imperio de la razón, y la voluntad á las leyes de la moral.

Si la pedagogía es la *ciencia y el arte* de la educación, realizada por medio de la enseñanza, es claro que median íntimas relaciones entre la educación y la instrucción, si bien aquella es superior á ésta, como el fin lo es al medio. Ambas son indispensables para formar completamente al joven, y no pueden separarse, y menos luchar entre sí, sin causarle grave

¹ «Estote... perfecti, sicut et Pater vester ecclesis perfectus est» (Matth. v. 48).

perjuicio. La instrucción es parte de la educación, y un medio necesario y principal de que ésta se sirve para llenar su noble intento.

«Es preciso no sólo *instruir* al niño, sino ante todo *educarlo*; es decir, formar su corazón, el carácter y las costumbres, con preferencia á ilustrar su entendimiento», ha escrito uno de los mejores estadistas ecuatorianos, el Dr. Benigno Malo. «Dando á la educación una base enteramente religiosa, y no filosófica, como la de *Emilio* de Rousseau, estamos seguros de ver brotar esa flora de virtudes cuyo aroma cristiano hace el encanto de los padres de familia y de la sociedad. No saber más que leer y escribir sería una educación incompleta, y tal vez peligrosa, si á ello no se agregase el estudio de las virtudes que fecundan la vida, dando resignación en la desgracia. Sólo la educación cristiana posee el secreto de hacer amar la virtud, el trabajo y la moderación, de separar el pensamiento de locas quimeras, de esperanzas culpables, y de mentidas felicidades mundanas que engañan y pasan; y entre tanto esa misma educación sabe entusiasmar el alma hacia lo grande y lo bello, disponerla á la benevolencia, alejarla de la envidia y del odio, y hacerla capaz de grandes sacrificios. La perfección de la educación consiste, pues, en unir la instrucción sólida á la cortesía; la ciencia á la virtud; y la cultura del espíritu á la suavidad del carácter: esto es todo el hombre.»

Hay en nuestros días marcada tendencia de separar la instrucción de la educación, ó, por lo menos, de preferir á la primera sobre la segunda. Inmenso daño ha causado en el mundo escolar el funesto principio de la *educación por medio de la instrucción*, adoptado en Alemania por el ministro Falk, autor de las inicuas leyes de mayo, principio del cual se deduce el error de que la instrucción es lo único importante, y de que la educación, ó formación moral del hombre, poco ó nada debe preocupar á la sociedad civil.

La educación comprende dos cosas: la *instrucción* del entendimiento y la *disciplina* de la voluntad. La primera se propone cultivar la inteligencia, y la segunda formar el corazón. El objeto propio de la una es la adquisición de la

verdad; el de la otra, la práctica del bien y la represión de los malos instintos. Dedúcese de esto que la educación ha de procurar, ante todo, acostumbrar al hombre al ejercicio del bien, ó sea de la virtud, sin descuidar por esto el cultivo de sus facultades intelectuales y sensitivas. El ideal en este punto es unir la bondad moral con el aprendizaje científico, y hermanar la virtud con la ciencia. Un hombre será tanto mejor educado, cuanto posea mayor caudal de conocimientos y tenga mayor energía para cumplir sus deberes religiosos y morales. Se puede aplicar á la educación aquel conocido axioma: *mens sana in corpore sano*. Sanidad de alma, robustez de cuerpo, equilibrio en las facultades, orden, armonía en las acciones de la vida, son indudablemente indispensables en un buen sistema de educación.

«La educación, considerada en sí misma como una función de la actividad humana, se halla dividida en dos partes», observa el Padre Florián Riess¹, «una de ellas es la *enseñanza*, que dice relación al conocimiento, y otra la *disciplina*, que se refiere á la voluntad. Con la palabra *enseñar*, expresamos la transmisión ordenada de conocimientos que en sí mismos se ligan y encadenan en un todo. Con la frase *disciplina* queremos decir que la potencia motriz del hombre ha de estar sujeta á las leyes de la razón y á las prescripciones divinas, sin cuya observancia es imposible el perfeccionamiento humano y, por lo mismo, la educación.» Como muy bien se ha dicho, la instrucción y la disciplina son cual dos hermanas, que, cuando proceden de acuerdo, perfeccionan el ser humano: la una disipa las tinieblas de la mente, la otra fecundiza para el bien los sentimientos del corazón; instruir es poco, disciplinar, educar es todo. Un hombre instruido pero indisciplinado, llega á ser un monstruo, como se ven muchos en la historia: un hombre educado, aunque tenga muy escasa instrucción, será ciudadano útil; que honrará el arado en los campos paternos, ó probo artesano que hará feliz su hogar, ó cubrirá de gloria las banderas nacionales; porque es verdad inconcusa, que toda ciencia es

¹ El Estado moderno y la escuela cristiana.

vaná si no posee la ciencia de la bondad, como escribía Montaigne.

Por desgracia, los que prescinden del fin último del hombre y se preocupan sólo con los intereses efímeros de la presente vida, atienden de preferencia á la instrucción, con menoscabo y aun olvido de la disciplina de la voluntad, ó sea de la educación propiamente dicha. Mucho vuelo han tomado en nuestros días las ciencias; se han multiplicado los inventos é introducido nuevos métodos en la enseñanza; pero poco ó ningún empeño se nota en inculcar en el corazón del joven las reglas de la moral, en acostumbrarlo á la difícil ciencia del vencimiento, en formarlo, en una palabra, honrado y virtuoso. Marcado interés hay por cuanto mira al progreso material, al adelanto de la industria, al regalo de la vida; mas, en cambio, van cayendo en desuso las leyes de la moral, el espíritu de abnegación y de sacrificio, tan fecundo en acciones generosas y heroicas. Los hombres, lejos de obedecer el precepto evangélico, de *buscar primero el reino de Dios y su justicia*, para que todo lo demás lo obtengan por añadidura¹, andan afanosos en pos de placeres vedados, del lujo y de las riquezas, olvidando los intereses eternos del alma.

«La experiencia diaria manifiesta que, por desgracia, no hay correlación entre el saber y la virtud. Por esto los espíritus más prevenidos se ven obligados á confesar que el principal objeto de la educación debe ser el desenvolvimiento de las facultades morales, porque sólo ellas son capaces de conducir al hombre al término supremo, que es el bien.»²

La instrucción sin moralidad, ó sea la ciencia sin virtud, es arma nociva que causa inmensos daños; es á modo de espada en manos de un loco; por lo que es mejor, según dice el admirable libro de la Imitación de Cristo³, *el humilde labriego que sirve á Dios, que el soberbio filósofo que, olvidado del conocimiento de sí mismo, considera el curso de*

¹ «Querite primum regnum Dei et iustitiam eius, et hæc omnia adiicientur vobis» (Matth. vi, 33).

² P. L. Pichetard, L'éducation.

³ L. I, cap. 2.

los astros. Si se apartaran los hombres del temor de Dios, que es el principio de la sabiduría¹, si no amaran y practicarán la virtud, desaparecería del mundo cuanto de noble, grande y heroico existe en él, y se convertiría en un campo de ruinas y desolación, realizándose aquel famoso dicho de Hobbes, de que el estado natural de la humanidad es la guerra de todos contra todos.

«Se cuenta con la instrucción para resolver las dificultades del porvenir», dice Prins² (quien no puede contarse por cierto entre los católicos). «Verdad, que la corriente que arrastra a los gobiernos hacia la instrucción, es un honor para nuestro siglo: creo, sin embargo, que la instrucción, lejos de calmar el mal, no hará más que agravarlo. El ignorante se resigna a una situación dada, é inclina la cabeza ante el destino; el hombre instruido se rebela; quiere una posición; se le ha enseñado que tiene derechos imprescriptibles y que es igual a los hombres más poderosos. Pero mientras su imaginación y sus aspiraciones le transportan a las más altas cimas, la realidad le encadena al suelo, agriado, desesperado, indignado de los contrastes permanentes entre la teoría y la realidad.»

«El hombre es un ser esencialmente educable», dice Mons. de la Bouillerie³, «la educación es la primera necesidad de su naturaleza, que es desde luego el punto de partida de toda educación.» Pero hay que considerar dicha naturaleza tal cual se halla después de la primitiva caída; esto es, desviada de su rectitud primera, propensa al mal y rehacia para el bien; así la educación ha de contribuir a vigorizar al hombre en el orden moral, y a hacerle triunfar de sus perversos instintos.

El grande error propalado, en especial desde el siglo XVIII, en materia de educación, es negar que la naturaleza humana quedó viciada por el pecado; afirmar que ella, aun en la

¹ *Initium sapientie timor Domini* (Eccli. i, 16).

² La dévouement et le régime parlementaire (cita del Sr. Rodríguez de Cepeda, en su obra de Derecho Natural).

³ Discours sur la bonne et la mauvaise éducation.

actualidad, es esencialmente recta, y que la educación ha de respetar todas las inclinaciones de aquélla, desarrollarla y favorecerla. Por eso, los partidarios de tan pernicioso sistema se preocupan mucho con la instrucción, y poco ó nada con la formación moral del joven, á quien pretenden liberrar, ante todo, del yugo religioso que refrena vigorosamente las inclinaciones depravadas del corazón.

Tal sistema es perjudicial á la instrucción misma de la juventud; porque, como dice el autor antes citado, «desde el punto de vista literario, como desde el punto de vista moral, la buena y completa educación es únicamente aquella en que entra como elemento indispensable la obediencia á la ley divina.... La perfecta cultura del espíritu es cualidad exclusiva de la buena educación, según lo comprueba la experiencia de los siglos. El espíritu del siglo de Luis XIV ha sido más grande que el nuestro, por cuanto el corazón de aquel siglo era más cristiano. Entre *Atalia* y los dramas detestables de nuestros días, hay la distancia que media entre el cristianismo y la impiedad.»¹

6. Facultades en cuya dirección y desarrollo se ocupa principalmente la educación.—Las facultades principales del hombre son la inteligencia, cuyo objeto es la verdad; y la voluntad, cuyo objeto es el bien. La educación debe desarrollar simultáneamente ambas facultades, procurando que la primera se instruya, no sólo en las verdades del orden natural, sino en las del sobrenatural; y que la segunda busque bienes sólidos, en especial á Dios, que es el bien sumo.

«En ningún caso se debe aplicar al niño», dice León XIII, «el juicio de Salomón, dividiendo, con un fallo cruel é irracional, la inteligencia de la voluntad; por lo que, mientras se cuida de cultivar á la primera, se ha de inducir á la segunda á la consecución de hábitos virtuosos y del último fin. El que en la educación prescinde de la voluntad, concentrando todos los esfuerzos al desarrollo del entendimiento,

¹ Mons. de la Bouillerie l. c.

se empeña en convertir la instrucción en arma poderosa en manos de los perversos.»¹

«El desarrollo intelectual», decía con razón Guizot, «cuando está unido al desarrollo moral y religioso, es excelente, y viene á ser un principio de orden, de regularidad y, al mismo tiempo, una fuente de bienestar y grandeza para la sociedad; pero cuando aquel está solo, se convierte en principio de insubordinación, de egoísmo y, por consiguiente, de peligro para la sociedad.»²

La educación será, pues, incompleta si atiende á una de dichas facultades con menoscabo de la otra. Si la ciencia ilustra y cultiva el entendimiento, la moral embellece y fortifica la voluntad; mas entre los extravíos de ésta y los de aquél, son de peores consecuencias los del corazón, ya que la perversidad es más perjudicial que la ignorancia. Cicerón, con ser pagano, afirma que la honradez sin instrucción es preferible á la instrucción sin honradez, y la experiencia diaria comprueba que la mayor parte de las desgracias que agobian al linaje humano son debidas al desenfreno de la voluntad.

Aun cuando la inteligencia y la voluntad son las más nobles facultades humanas, la educación no debe prescindir de la memoria, de la sensibilidad y de las otras facultades sensitivas, que sirven á aquellas de auxiliares poderosos y desempeñan importante papel en no pocas funciones intelectuales. Como el hombre consta de alma y cuerpo, íntimamente unidos y de tan recíproco influjo, que hay facultades propias de sólo el compuesto humano, la educación sería trunca si descuidase algunas de ellas. A pesar de la fuerza que en sí tiene la voluntad, si se encuentra sola y aislada, no podría desplegar toda su actividad, ni luchar contra las tendencias animales, ni menos triunfar de ellas, si no vienen en su auxilio «recursos extraños». Entre otros, Ribot ha demostrado³, por ejemplo, que «cuando la sensibilidad está

¹ Carta al Card. Mónaco la Valette, acerca del Catecismo prescrito en las escuelas romanas.

² Discurso pronunciado en la Cámara de diputados, en 1833.

³ *Maladies de la volonté.*

profundamente herida, cuando la idea permanece seca y fría, cuando á la sensación no sigue la satisfacción correspondiente, todo ser racional se halla incapacitado hasta para el ligero movimiento que exige estampar una firma». «¿Quién no se ha encontrado en un estado análogo, al despertar de una noche agitada y de insuficiente descanso?» observa Payot¹. «Sumidos en un profundo entorpecimiento, aunque con la inteligencia bastante clara, comprendemos lo que debiéramos hacer; pero sentimos al propio tiempo cuán escasa es por sí misma la fuerza de las ideas.» Esto prueba la fuerza del sentimiento, capaz de trastornar los estados psicológicos, al parecer más independientes de él, como lo nota el mismo autor.

La experiencia comprueba el creciente desarrollo de nuestras facultades ejercitadas con método, preservadas de que las enerva ó extravía, y educadas, en una palabra. La memoria, auxiliar importantísimo de la inteligencia, á la que proporciona abundantes materiales; la imaginación, que suministra á aquella los fantasmas y representaciones de los objetos exteriores; los sentidos externos, que nos ponen en contacto con el mundo visible y sirven al entendimiento de base para que, mediante el poder de *abstraer* y de *generalizar* que posee, forme las ideas universales: todas estas facultades exigen adecuada y asidua dirección, para ser convenientemente empleadas.

No entra en la índole de este trabajo, señalar reglas para el buen ejercicio de todas las facultades humanas. Basta lo antes dicho, y el sentar, por ahora, como principio fundamental, que, para la debida formación intelectual y moral del niño, se ha de procurar el desarrollo armónico y ordenado de sus facultades, de modo que las inferiores sirvan á las superiores y no predominen sobre ellas.

La inteligencia y la voluntad han de ser especialmente educadas con esmero. El hábito de meditar con atención y de reflexionar á menudo, el orden y enlace en la adquisición de los conocimientos, la rectitud y claridad en el raciocinio,

¹ *Educación de la voluntad.*

sobre todo el amor á la verdad, son indispensables para el desenvolvimiento de la inteligencia y el buen éxito del trabajo intelectual.

Pero la voluntad principalmente ha de ser atendida en la educación; porque es la *potencia motriz* del hombre, y, en consecuencia, la reguladora de su actividad. Como ya lo he dicho, hay en nuestros tiempos una tendencia marcada á cuidar de la cultura del entendimiento, olvidando la formación de la voluntad, siendo así que con razón se afirma que *la voluntad es el hombre*.

«El origen de todos los males de la civilización actual es el olvido casi completo de cuanto concierne á la educación y enseñanza de la voluntad», dice un escritor de nuestros días. «En los dominios del Estado moderno y en los de la familia, todos los terrenos se labran y preparan para el cultivo de la inteligencia, ninguno para la cultura de la voluntad. Y ¿quién se atreverá á negarlo? De estas dos facultades superiores del espíritu, nada vale la primera sin la segunda; inútil es pensar sin hacer. Aun puede decirse de los hombres sabios y de las naciones inteligentes pero sin voluntad, que son perjudiciales para la república... Hora es ya de acudir al remedio de tan grave mal. Importa hacer *hombres* antes que *sabios*. He aquí el más transcendental de los fines humanos.»¹

Para educar bien á la voluntad, hay que tener en cuenta el predominio de la parte afectiva de nuestra naturaleza en la vida psicológica. Una voluntad durable, energética, capaz de firmes resoluciones, debe vivir mantenida á su vez por sentimientos energicos y, si no constantes, por lo menos frecuentemente excitados. «Una intensa sensibilidad», dice Mill², «es el instrumento y la condición que permite ejercer sobre uno mismo un poderoso imperio; pero necesita cultivarse para este fin. Cuando ha recibido esta preparación, forma héroes, no sólo impulsivos, sino voluntarios. La historia y la experiencia prueban cómo los caracteres más apasionados ofrecen el maximum de constancia y rectitud en su sentimiento.»

¹ *Antón y Ferrándiz* en el Prólogo de la traducción del libro de Payot.

² *Subjection of women* (cita de Payot).

Y ¡cuán difícil es gobernar los afectos del alma, excitarlos ó moderarlos, según convenga! Las pasiones, como es sabido, constituyen uno de los auxiliares más poderosos de nuestra actividad, y, según sean bien ó mal dirigidas, dan origen á acciones laudables ó perversas. Y como el hombre experimenta en sí tendencias opuestas, es muy difícil que proceda siempre con rectitud y gobierne debidamente sus afectos, que tanto influyen en la voluntad.

Prescindiendo de otros medios, tales como las tendencias naturales, las primeras impresiones recibidas, los hábitos contrainfluenciales, el medio ambiente en que se vive, etc., todo lo que influye grandemente en nuestras potencias afectivas y en el gobierno mismo de la voluntad, es indudable que la moral, la justicia, el deber, son medios más eficaces de guiar rectamente á aquella. Y si cada facultad se aquieta y perfecciona con la consecución del objeto que le es propio, y si el de la voluntad es el bien, es innegable que, cuanto propenda á hacerlo conocer y practicar, debe intervenir en la dirección de la voluntad.

Ahora bien, existe una institución directamente fundada por Dios, para enseñar los principios de la moral y promover, mediante su observancia, la práctica de las buenas acciones; esta institución es la Iglesia católica, cuya misión es hacer virtuosos á los hombres en esta vida, para salvarlos en la otra; «ella estudia á la voluntad en su propia naturaleza, la disciplina y cultiva como una fuerza dirigida á su fin primordial y más general, es decir, al fin moral»¹.

«Si la educación pone en juego sentimientos poderosos para crear hábitos de pensar y de obrar, es decir, para organizar en el pensamiento del niño sistemas combinados de ideas con ideas, de ideas con sentimientos, y de ideas con actos... las emociones religiosas», dice Payot², «son fuente de extraordinaria energía... El respeto á la autoridad de personas revestidas de carácter sagrado, los recuerdos acumulados por la educación, el temor de eternos castigos, la esperanza del cielo, el terror de un Dios justiciero, presente en todas

¹ *Antón y Ferrándiz* l. c.

² L. c.

partes, que todo lo ve y lo oye, y penetra los más recónditos pensamientos, todo esto concluye por fundirse, constituyendo un estado afectivo extremadamente complejo, aunque parezca simple á la conciencia. Á la abrasadora llama de este sentimiento tan vigoroso, se efectúan soldaduras definitivas entre ideas y actos; así es cómo en las naturalezas religiosas superiores no es capaz una injuria de provocar la cólera, á causa de lo pronta y sincera que surge la resignación, ni la castidad ocasiona luchas, por lo aniquiladas, mortecinas y depuradas que se hallan en ellas las excitaciones sensuales que inflaman los cerebros de los seres morales inferiores. Hermoso ejemplo del triunfo obtenido contra instintos muy poderosos, por el antagonismo de sentimientos elevados... Guárdese cuidadosamente la fe moral, que llega á ser un principio de vida y da á nuestra existencia un vigor, una elevación y una frescura siempre desconocidos de los despreocupados, en los cuales el pensamiento permanece impotente para producir afecciones y una actividad sólida y viril.

Las acciones de la misma clase, repetidas con frecuencia, forman los hábitos, que constituyen en el hombre una segunda naturaleza é influyen eficazmente en las determinaciones de su voluntad. Los hábitos se adquieren poco á poco; pero, una vez adquiridos, es muy difícil desarraigarlos. De aquí la necesidad de fundir en el alma del joven la constancia en el bien obrar, el odio á la pereza, á los malos deseos é impulsos perturbadores, para lanzarle después resueltamente en el buen camino, por más que se opongan las inclinaciones perversas. Necesitamos para esto despreciarlo todo y desprendernos de nuestro antiguo *yo*, á fin de servir á Dios *descaradamente*, según la enérgica expresión de Luis Veuillot.

Mas, ¿cómo obtener tanta energía? ¿cómo podrá el hombre adquirir el completo señoría de sus apetitos y deseos? ¿cómo logrará la voluntad vencer los obstáculos que le oponen las pasiones y los malos hábitos, en la práctica del bien? El hombre necesita ser fortalecido en esta lucha; y este auxilio le suministra, ante todo, la religión con sus sublimes enseñanzas, la moral católica con los sabios preceptos que

contiene, la gracia divina, sobre todo, que comunica al alma un vigor sobrehumano para adquirir las virtudes, rechazar los halagos del placer y los atractivos del mundo; que la purifica, en fin, de sus manchas, mediante el fuego del sacrificio.

La práctica de las buenas obras requiere paciencia perseverante: cada día hay que vencerse y hacer siquiera un *poco* de bien, conforme al consejo de Bossuet; pues, aun con una lenta marcha, se puede llegar al término del camino, si no se detiene nunca. En esta incessante balalla contra nosotros mismos, los consuelos que suministra la virtud, la esperanza de conseguir pronto un premio eterno, nos estimulan á proseguir sin desaliento por entre las asperezas de la senda que conduce al cielo.

7. Importancia social de la educación. — De la educación depende en gran parte la prosperidad ó ruina de los individuos y de los pueblos: nación en que se la descuida, se atrasa necesariamente, como lo comprueba la historia; cuya lectura nos enseña que los pueblos formados según los principios de moralidad y justicia, han progresado en todo sentido, mientras han decaído y terminado por arruinarse los que han ido en pos de vicios y placeres.

La causa de la decadencia moral de muchos pueblos, es la educación mala ó, por lo menos, incompleta de la juventud, á la que se acostumbra, desde la primera edad, á prescindir del fin supremo, ó á mirarlo como cosa de poca importancia, y á desear preferentemente los bienes y comodidades de esta transitoria vida. Sin el correctivo de la moral, sin hábitos de trabajo, de honradez y de virtud, sin respeto al honor y á la dignidad, es imposible la prosperidad pública. Si se intenta regenerar la sociedad, es preciso grabar en el corazón de la juventud aquellas máximas salvadoras que armonizan el deber con la libertad, la ciencia con la virtud; es indispensable alejarla de los placeres enervadores del espíritu, y hacerla gustar la dulzura de la piedad, así como las fruiciones del saber. Por desgracia, se olvidan de ordinario en nuestros días estos principios que forman la base de la educación, y de ahí el malestar profundo que se nota

en la sociedad contemporánea; de ahí el menosprecio de las leyes naturales y divinas, y la languidez y apatía para las empresas heroicas. «Debilidad y bajeza», ha dicho Montalembert¹, «son los distintivos de la época presente, á diferencia de la edad media, en la que, á pesar de sus defectos, la virtud y el valor llegaron hasta el heroísmo, y nunca se vió más profundamente impreso en el alma el sentimiento de la dignidad humana, ni reinar con menos contrariedades la primera y única fuerza, la del espíritu.»

Aun en los pueblos más cultos, una gran parte de la población no puede aprovecharse de los beneficios de la enseñanza ni menos frecuentar las escuelas primarias; porque las necesidades imperiosas de la vida, ó lo que hoy se llama *la lucha por la existencia*, le obligan á dedicarse á ocupaciones incompatibles con las labores intelectuales, por rudimentarias que sean. Pero los países que se precian de amantes de la ilustración deben difundir entre las masas, aunque sea oralmente, algunos conocimientos que les sirvan para el gobierno de sí mismas, despierten el sentimiento de la dignidad humana, les dirijan en el desempeño de sus obligaciones y en la satisfacción misma de sus necesidades.

Cuanto se interesan por el bienestar público han de fomentar la instrucción popular, como elemento de progreso social; pero, como el pueblo es indócto é inhábil para resolver por sí mismo los asuntos difíciles, conviene que la instrucción que reciba esté á su alcance y se apoye en la verdad y en la justicia. Desgraciadamente las hojas de propaganda, la tribuna pública, á cuyo torno se congrega al pueblo, y las reuniones populares son, de ordinario en nuestros días, medios de perversión intelectual y moral, con que se excitan las pasiones de la muchedumbre, se le aleja de las prácticas cristianas y se le lanza por las sendas del error y el vicio.

La Iglesia católica ha atendido, desde su origen, á la educación popular, y en sus templos se moralizan é instruyen todas las clases sociales. Desde la *cátedra sagrada* inculca

¹ Los monjes de Occidente.

á todos verdades importantísimas del orden moral y religioso, relativas al origen del hombre, á su destino sobrenatural, á los deberes que tiene para con Dios, consigo mismo y sus semejantes, y á los premios y castigos de la vida futura. El pueblo no concurre á las academias y liceos, á escuchar á los sabios y políticos del mundo; pero, en los países cristianos, asiste al templo, escuela de moralidad y de respeto, en que todos, como hijos de Dios, son iguales; en que se les enseña á amarse y á auxiliarse mutuamente; á practicar, en fin, lo preceptuado en el catecismo, libro admirable, que contiene cuanto el hombre debe saber para ser bueno y servir á Dios, dando, además, acertada solución á los arduos problemas del orden social.

La instrucción religiosa es la base de la educación popular, y donde aquélla se difunde, adquiere el pueblo un sentido práctico seguro y cierto grado de ilustración; pero cuando se la desatiende, cae en la ignorancia más crasa y es víctima de las pasiones más vergonzosas.

La buena educación hace grandes á los pueblos y conserva su esplendor, los levanta de su decadencia, mantiene el equilibrio de la libertad, forma las sanas costumbres y engendra las acciones magnánimas, que honran á la humanidad y decoran su civilización.

Moltke, después de haber derrotado á Francia en la guerra de 1870, dijo, dirigiéndose á los maestros de escuela de Alemania: «Vosotros sois los que habéis hecho triunfar á la patria»; pensamiento de profundo sentido, «porque la instrucción no es adorno, sino *fuerza*»; el hombre bien instruido es más fuerte que el ignorante, y, por consecuencia, un pueblo será tanto más fuerte que otro, cuanto más le aventaje en instrucción¹.

«Es indudable», enseña el sapientísimo Pontífice León XIII, «que la educación cristiana de la juventud importa grandemente al bienestar de la misma sociedad civil; pues es innegable que amenazan peligros graves y sin cuento á un Estado en que la enseñanza y el sistema de estudios pres-

¹ La segunda enseñanza en España, Madrid 1899.

cinden de la religión, ó, lo que es peor, son contrarios á ella. Porque, desde que se desprecia ó rechaza este soberano y divino magisterio, que enseña á temer á Dios y á aceptar todos sus oráculos con firmísima fe, la ciencia humana se precipita por una pendiente rapidísima en los más perniciosos errores, en especial, en los del naturalismo y racionalismo. Y, como consecuencia, dejándose á cada hombre el juicio y apreciación de las ideas y, por lo mismo, de los actos, la autoridad pública de los gobiernos queda disminuida y debilitada; porque sería cosa de maravillarse que los que están imbuidos en la pésima opinión de que no están sujetos en ninguna manera al gobierno y dirección de Dios, reconocieran alguna autoridad humana y se sometieran á ella. Mas, conmovidos los fundamentos en que descansa la autoridad, la sociedad civil se disuelve y desvanece; no subsistirá el Estado y sólo quedará el imperio de la fuerza y del crimen. Ahora bien, ¿podrá la sociedad, con sus solas fuerzas, conjurar una tan funesta catástrofe? ¿Lo podrá rehusando el auxilio de la Iglesia? ¿Lo podrá, sobre todo, combatiendo á la Iglesia? La respuesta es clara y obvia para todo espíritu desprevenido. La misma prudencia política aconseja, pues, dejar á los obispos y al clero la parte que les corresponde en la educación é instrucción de la juventud, y vigilar cuidadosamente porque la muy noble función de la enseñanza no sea confiada á hombres lánguidos en religión, faltos de ella, ó abiertamente apartados de la Iglesia.»

«Necesse solum praeceptum est, christianam investituram institutionem in maximam ipsius rei publicae verbi utilitatem. — Sane siquid innumera et ingens damna et civitati menuda esse, in qua docendi ratio et disciplina sit expers religionis, aut, quod est deterius, ab ea dissociet. Statim enim ne pestibulum et contemptum sit superbum illud divinumque magisterium, cuius adinventionem iubeatur verum Dei auctoritatem, eiusdemque firmitatem omnia Dei oracula tenere certissima fide, iam proclivis est humana scientia ad perniciosissimos errores, in primis naturalismi et rationalismi, ruius. Hinc fiet, ut iudicium arbitriumque de rebus intelligendis, ne proclivius de agendis, homini culibet permittatur, et continuo publica imperantium auctoritas debilitata iaceat et afflicta: quibus namque inserta sit pessima opinio, se nullo pacto obligari dominatione et rectione Dei, permittum sane ai hominis ultum imperium observent et patiantur. Fundamenti vero, in quibus omnis auctori-

¿Cuán feliz sería un Estado si la educación fuese bien dirigida! Á la ciencia y la virtud, que constituyen el más rico patrimonio de la humanidad, se añadirían la posesión y el goce de los bienes materiales, en una justa medida. El gobierno, las familias y los individuos cumplirían con vivo empeño sus deberes, y progresarían admirablemente los pueblos, en todo sentido.

No hay duda de que, para que esto se realice, habría que eliminar las pasiones y destruir el imperio del mal en el mundo, obra no hacedera en la presente condición del hombre; pero si este *ideal* no puede obtenerse por completo, nos es dado á lo menos acercarnos á él, mediante una esmerada y cristiana educación, estímulo eficaz al hombre para la observancia de la ley divina y la consecución de su inmortal destino.

CAPÍTULO SEGUNDO.

DERECHOS DE DIOS Y DE LA IGLESIA EN LA EDUCACIÓN.

1. Á quienes corresponde la misión de educar. — 2. Dios es el primero y principal educador del hombre. — 3. La Iglesia fundada por Jesucristo está también encargada de esta obra. — 4. Principios fundamentales en esta materia. — 5. Derechos de la Iglesia en la educación y en la enseñanza. — 6. Errores condenados por la Iglesia en este punto.

I. Á quienes corresponde la misión de educar. — Cómo la educación de la juventud está íntimamente ligada con la felicidad ó desgracia del hombre, así como con

tas nititur, excelsa, societas coniunctionis humanae resolvitur et dissipatur; nulla erit res publica, dominatus armorum plebs et scelera occupabit omnia. Num vero iam fustibus calantheum possit civitas, suis ipsa opibus freta, deprecari? num possit, Ecclesiae subsidia respici? num possit, cum Ecclesia conficens? — Res prudenti culque aperta manifestaque est. — Ipsa igitur civilis prudentia suadet, in juventute erudienda et instituenda suam partem episcopis et clero esse relinquendam; diligenterque providendum, ne ad volubilitatem docendi multos homines vocetur vel de religione languidi et icini, vel palam aversi ab Ecclesia» (Epistola *Officio sanctissime*, d. d. 22 Decembris 1887).

la ventura ó decadencia de los pueblos, es preciso determinar quiénes tienen el derecho de darla. Esta cuestión es más grave de lo que aparece; porque muchas veces intervienen en la formación del joven los que no deben hacerlo, invadiendo así los derechos sagrados de Dios y de la familia cristiana, é introduciendo el desorden en el hogar doméstico.

Ya que la educación se propone perfeccionar la persona humana, el derecho de darla corresponde á aquellos de quienes recibe el hombre el ser, ó que lo desarrollan. Ahora bien, Dios, primer padre y autor de cuanto existe, tiene dominio absoluto sobre todos los seres, y de Él, como de principio universal del ser, emana toda paternidad. Vienen en seguida los padres de familia, principio particular y próximo de la existencia de sus hijos, quienes, después de Dios deben á ellos el beneficio de la vida¹. Al que produce una cosa corresponde perfeccionarla²; si los padres son los autores de la vida natural, tienen originariamente autoridad de desenvolverla dentro de dicho orden³.

Por tanto la facultad de educar al niño corresponde, en primer lugar, á Dios; después á los padres, cuya autoridad emana de la de Dios; y por último, á los maestros ó institutores, que son los auxiliares ó continuadores de los padres en la formación del niño. Este principio es primordial é importantísimo en la presente materia.

2. Dios es el primero y principal educador del hombre.—Dios, en efecto, es el creador y conservador de todos los seres; y del hombre, hecho á su imagen y semejanza, cuida con providencia especial. Este cuidado se extiende á su educación intelectual y moral. Las sabias leyes que le ha prescrito, los dones con que le ha enriquecido, la gracia de lo alto con que le fortalece y cuya operación es constante, secreta y misteriosa, en el fondo del alma, influyen con eficacia en la naturaleza humana caída por el pecado, la elevan, engrandecen y transforman por completo.

¹ Cf. *S. Thome*, *Summa theol.* II II, q. 122, a. 5.

² Cf. *ibid.* I, q. 103, a. 5.

³ Cf. *Benoit*, *La ciudad antiecclesiástica*.

Dios es el educador por excelencia, y el primer ministro, por decirlo así, en esta grande obra. Los padres son, para con sus hijos, los representantes de Aquel de quien procede toda paternidad, que se sirve de ellos como de instrumentos para la formación del niño. ¡Cuán profunda sabiduría encierran estas palabras que la madre de los Macabeos repetía á sus hijos: *Yo no sé cómo fuisteis formados en mi seno; porque ni yo es di el alma, el espíritu y la vida, ni fui tampoco la que coordiné los miembros de cada uno de vosotros; sino el Creador del Universo, que es el que formó al hombre en su origen, y el que dió principio á todas las cosas*¹.

«La educación del hombre», escribe Mons. Dupanloup², «es una obra esencialmente divina, y la continuación de ella en lo que tiene de más noble, que es la creación del alma.... Dios es la única fuente de la autoridad, es decir, de los derechos y de los deberes de todos; Él es el solo modelo y la perfecta imagen de la obra misma que se trata de realizar. Bajo cualquier aspecto que se considere la obra de la educación, aparece como uno de los reflejos más admirables de la acción, de la bondad y de la sabiduría divinas.

«Toda educación en que se prescinde de Dios, será siempre una obra impotente y sin fruto, una obra sin luz, estéril y de tinieblas, como dice San Pablo (Eph. V, 11).

«Dios desarrolla, vigoriza y enaltece las facultades humanas, y les comunica toda su plenitud, por una acción íntima, invisible é incesante sobre el hombre; acción más ó menos influyente, según éste sea más ó menos digno por su reconocimiento; pero acción tan necesaria, que no puede suspenderse por un momento, sin que todo progreso se detenga, ni cesar por completo, sin que caiga el hombre en la imbecilidad y vuelva á la nada.

«Dios educa perpetuamente á la humanidad; y valiéndome de una antigua frase empleada por la gravedad romana, no vacilo en decir que el Universo es una grande institución, cuyo maestro supremo es Dios, maestro eterno é inmutable,

¹ 2 Mac. VII, 22—23.

² De la educación.

CRESPO-TORAL, Educación. Ed. 7.

y que el género humano es el discípulo, perpetuamente renovado de generación en generación.

«Sin duda el padre, la madre, el maestro visible aparecen ocupados en la obra de educar al niño; pero ellos lo deben todo á Dios en esta obra. Para Él y en su casa se ejecuta la obra.»

«La educación del hombre ha sido», dice otro escritor¹, «una de las grandes solicitudes de la bondad divina. Abrid los Libros Santos, y encontraréis en ellos, casi en cada página, la palabra *disciplina* (que comprende la instrucción y la formación moral del hombre), palabra que se deriva de la latina *discere*, aprender; y al que recibe la instrucción se le llama discípulo. No conozco cosa que la Escritura haya glorificado más que la educación: ella le llama la *luz*, la *regla* y el *camino de la vida*: *lex, lux et via vite*. La disciplina hace al hombre agradable á Dios y á los hombres: *invenies gratiam et disciplinam bonam coram Deo et hominibus*. Descuidarla, es descuidar el alma, es despreciarla: *qui abiicit disciplinam, despiciet animam suam*.»

3. La Iglesia fundada por Jesucristo está también encargada de la obra de la educación.—Nuestro Señor fundó la Iglesia católica para continuar, por su medio, hasta el fin de los tiempos, su misión civilizadora y santificadora en el mundo. Confióle todo su poder, y le encomendó educar al joven, en unión de los padres de familia, á quienes ella auxilia y dirige en tan importante labor. Encargada de los intereses eternos del hombre, tiene que intervenir en su formación intelectual y moral, que con aquellos está íntimamente ligada. Además, la misión de *enseñar á todas las gentes*, que recibió la Iglesia de su Fundador, no se concreta sólo á las verdades reveladas, de que ella es única depositaria, sino que comprende también muchas del orden natural, que sin el auxilio de la revelación no las conocemos, á no ser con mezcla de error. La Iglesia ha promovido, por esto, y favorecido en todo tiempo los buenos estudios y conocimientos útiles, por lo que se la llama la *maestra de*

¹ Mons. Bannard, *Le collège chrétien*.

las ciencias, título indiscutible para tomar parte directa en la educación.

4. Principios fundamentales en esta materia.—

Para conocer claramente los derechos que competen á la Iglesia, sentiremos algunos principios deducidos de su constitución y prerrogativas, en los que apoyaremos las conclusiones de nuestra doctrina.

La Iglesia es sociedad perfecta, universal é inmutable en su doctrina.

Es sociedad legítima; así que debe transmitir su doctrina á todos los pueblos, por medio de la predicación á los adultos y de la instrucción á los niños.

En las escuelas primarias y populares, es de todo punto necesaria la instrucción catequística, y corresponde á la Iglesia elegir, ó por lo menos aprobar, á los que deben darla. En las escuelas secundarias y superiores, la instrucción religiosa ha de ser proporcionada á la edad y cultura de los alumnos.

Los que han recibido el bautismo, son miembros y súbditos de la Iglesia, quien tiene derecho de instruirlos en la fe católica y de precaverlos de todo riesgo de perversion, así como de impedir que concurran á las escuelas en que peligran la fe y las costumbres; de prohibir los libros contrarios á los dogmas, á la moral y á la disciplina eclesiástica, y, en general, toda obra opuesta á la verdad ó santidad cristianas.

Sólo la Iglesia puede definir la doctrina revelada, acerca de la fe y las costumbres; dirimir las controversias de algún modo concexas con el orden sobrenatural; declarar y exponer el mismo derecho natural, cuando tiene relación con aquel.

La moralidad natural se refiere al fin sobrenatural; así que la Iglesia enseña y prescribe con derecho, no sólo lo que contribuye al último fin, sino cuanto se relaciona con él; auxilia con sus mandatos la práctica de las virtudes; promueve la perfección cristiana con el ejercicio de los consejos evangélicos; dirige, en el fuero interno y externo, las voluntades de los fieles, en lo tocante al orden moral y al supremo destino del hombre; precave, en fin, y reprime los delitos que violan el orden privado ó social de la vida cristiana.

La Iglesia, como sociedad docente y jurídica, tiene derecho de establecer y de regir centros de enseñanza pública, como escuelas, colegios y universidades.

Por último, corresponde primariamente a ella dar al hombre la educación sobrenatural.

5. Derechos de la Iglesia en la educación y en la enseñanza.—Supuestos estos principios, tratemos de los derechos de la Iglesia en la enseñanza, ya que de su ingerencia en la educación propiamente dicha, nos ocuparemos expresamente al hablar de las varias clases de ella.

Las materias de enseñanza tienen que ser religiosas ó profanas. Las primeras, ó sea la ciencia sagrada, deben ser exclusivamente enseñadas por la Iglesia, que fué constituida por Jesucristo única depositaria y dispensadora de su doctrina: á ella sola corresponde instruir al hombre en cuanto se refiere á su inmortal destino y á los medios de conseguirlo; como también en lo relativo á los deberes que tiene para con Dios, y á la manera de cumplirlos debidamente.

La instrucción religiosa, que comprende todas las ciencias eclesiásticas, pertenece, pues, únicamente á la Iglesia, en virtud de su misión divina. Ella sola tiene el derecho de dictar las leyes y reglamentos para la enseñanza de cualquier ramo de la ciencia sagrada, de aprobar los textos y profesores que se dedican á difundirla, de vigilar, en fin, la enseñanza pública ó privada de la religión, para que no sea deficiente ó adulterada.¹

Respecto á las ciencias profanas, la Iglesia puede y debe intervenir en su enseñanza, en cuanto guarden enlace con las ciencias sagradas, y hasta donde sea preciso para poner á salvo los principios é intereses religiosos. Es innegable que las ciencias tienen entre sí íntimas relaciones; así que la religión está en contacto con ellas, y la experiencia comprueba que de no pocos ramos del saber humano se han sacado y sacan argumentos para atacar ó defender las verdades religiosas.

¹ Fernández Concha, Derecho público eclesiástico.

¿Quién podrá negar la relación que hay entre la filosofía y la teología? ¿Quién desconocerá la conexión que existe entre la moral y el derecho, entre la literatura y la religión, entre ésta y la historia profana?

«Por lo expuesto se ve que la instrucción de la juventud en las letras y ciencias profanas es una *materia mixta*, en la cual sobresale por su intrínseca valía el elemento religioso. Y como compete á la Iglesia todo lo que forma parte de la religión ó se relaciona con ella, ejerce un derecho indiscutible al inmiscuirse con la enseñanza de dichas ciencias, en los términos arriba indicados.»¹

«En los pueblos cristianos cumple á la Iglesia, por *derecho divino sobrenatural*, la misión de educar y de enseñar», dice Longhaye²; «porque, aun cuando no ha sido directamente instituida para difundir las ciencias profanas, como es depositaria de verdades superiores relacionadas con casi todas las demás ciencias, como ha sido constituida guardiana de la fe de sus hijos, y provista por su Jefe de los medios necesarios para protegerla y defenderla de sus adversarios, la Iglesia tiene indudablemente sobre todos los ramos de la instrucción pública una supervigilancia necesaria, que sólo el error puede desconocer.»

«Dios no ha cesado nunca de cuidar de la educación del hombre, si bien, después de la caída, de un modo diverso á las inmediatas y primeras relaciones que entre Dios y el hombre existían. La economía de la revelación nos muestra que la educación para la comunidad de vida con Dios, es ahora como antes el fin supremo de dichas relaciones... En la Iglesia fundada por su Hijo, se restableció el estado primitivo, aunque con las modificaciones exigidas por el pecado. La Iglesia es, en su esencia, el representante de Cristo en la educación del linaje humano caído, para procurar su unión eterna con Dios, y, en virtud de las promesas divinas, posee la doctrina y la autoridad necesarias para la consecución de dicho fin. Por esto, según el orden cristiano,

¹ Fernández Concha l. c.

² Quince años de la vie de Montalembert.

la escuela es, por derecho divino, una institución eclesiástica, y por tanto no se la debe separar de la Iglesia.»¹

Discurriendo el abate Dehon sobre el derecho que compete á la Iglesia en la enseñanza, dice²: «La Iglesia ha recibido de su divino Fundador la misión de enseñar las verdades sobrenaturales, y tiene la obligación de instruir á los hombres en todo lo que deben creer y practicar para conseguir su fin. Ella no tiene misión *directa* de difundir los conocimientos humanos; para hacer avanzar á los pueblos en las ciencias y en las artes; pero su grande misión de caridad la induce *indirectamente* á hacerlo, sobre todo en beneficio de las poblaciones en que dichas ciencias son enseñadas con parsimonia por las familias, las corporaciones y el Estado.»

6. Errores condenados por la Iglesia en esta cuestión.—La Iglesia, en cumplimiento de su misión, ha reclamado siempre el derecho que le corresponde en la educación é instrucción de la juventud, ha defendido la libertad bien entendida de enseñanza, y condenado los acaparamientos, los monopolios, las escuelas sin Dios; en una palabra, todo lo que tiende á eliminar su autoridad en la enseñanza, para hacerla impía ó indiferente. He aquí los errores que la Iglesia reprueba en esta materia.

«La dirección de las escuelas públicas, en las que se forma la juventud de un pueblo cristiano, exceptuada sólo, bajo algún respecto, la de los seminarios episcopales, puede y debe ser atribuida por completo á la autoridad civil, y esto de tal manera que no se reconozca en ninguna otra autoridad el derecho de intervenir en la disciplina de las escuelas, en el régimen de los estudios, en la colación de los grados y en la elección ó aprobación de los maestros.» (Alocución de Pío IX en el consist. del 1 de noviembre de 1850. Aloc. *Quibus Instructissimus*, del 5 de septiembre de 1851. — *Syllabus* prop. XLV.)

«El método que se ha de emplear en los estudios, hasta en los mismos seminarios eclesiásticos, está sometido á la

¹ Riaz. El Estado moderno y la escuela cristiana.

² Catéchisme social.

autoridad civil.» (Aloc. *Numquam fore*, del 15 de diciembre de 1856. — *Syllabus* prop. XLVI.)

«La buena constitución de la sociedad civil exige que las escuelas populares, abiertas á los niños de toda clase del pueblo, y, en general, los establecimientos públicos destinados á enseñar las letras y ciencias, y á una educación más elevada de la juventud, estén completamente libres de la autoridad de la Iglesia, de toda influencia moderada ó ingerencia de su parte, y que se hallen plenamente sometidos á la voluntad del poder civil y político, según los deseos de los gobernantes y la corriente de las opiniones generalizadas en la época.» (Carta de Pío IX al arzobispo de Friburgo, del 14 de julio de 1864. — *Syllabus* prop. XLVII.)

«Los católicos pueden aprobar un sistema de educación que prescindiera de la fe cristiana y de la potestad de la Iglesia, y cuyo fin único, á por lo menos principal, es la adquisición de la ciencia de las cosas puramente naturales y de las ventajas terrenas de la vida social.» (Carta de Pío IX al arzobispo de Friburgo. — *Syllabus* prop. XLVIII.)

Reflexionen los gobiernos cristianos sobre estas condenaciones de la Iglesia, á fin de que, si se precian de súbditos suyos, no incurran en ellas, sino antes bien procuren, por su parte, auxiliarla en su noble misión de educar á las sociedades.

CAPÍTULO TERCERO. DERECHOS DE LA FAMILIA EN LA EDUCACIÓN.

1. La sociedad doméstica, su fin y organización. — 2. Esta sociedad es anterior al Estado, é independiente de él en su esfera de acción. — 3. Por derecho natural corresponde á los padres de familia educar á sus hijos. — 4. Doctrina de Santo Tomás de Aquino y de otros autores en este punto. — 5. En la familia cristiana, aun la educación natural ha de ser vigilada por la Iglesia.

1. La sociedad doméstica, su fin y organización.

Después que Dios crió al primer hombre, le dió una compañera, que la formó de una de sus costillas, echó á ambos

la escuela es, por derecho divino, una institución eclesiástica, y por tanto no se la debe separar de la Iglesia.»¹

Discurriendo el abate Dehon sobre el derecho que compete á la Iglesia en la enseñanza, dice²: «La Iglesia ha recibido de su divino Fundador la misión de enseñar las verdades sobrenaturales, y tiene la obligación de instruir á los hombres en todo lo que deben creer y practicar para conseguir su fin. Ella no tiene misión *directa* de difundir los conocimientos humanos, para hacer avanzar á los pueblos en las ciencias y en las artes; pero su grande misión de caridad la induce *indirectamente* á hacerlo, sobre todo en beneficio de las poblaciones en que dichas ciencias son enseñadas con parsimonia por las familias, las corporaciones y el Estado.»

6. Errores condenados por la Iglesia en esta cuestión.—La Iglesia, en cumplimiento de su misión, ha reclamado siempre el derecho que le corresponde en la educación é instrucción de la juventud, ha defendido la libertad bien entendida de enseñanza, y condenado los acaparamientos, los monopolios, las escuelas sin Dios; en una palabra, todo lo que tiende á eliminar su autoridad en la enseñanza, para hacerla impía ó indiferente. He aquí los errores que la Iglesia reprueba en esta materia.

«La dirección de las escuelas públicas, en las que se forma la juventud de un pueblo cristiano, exceptuada sólo, bajo algún respecto, la de los seminarios episcopales, puede y debe ser atribuida por completo á la autoridad civil, y esto de tal manera que no se reconozca en ninguna otra autoridad el derecho de intervenir en la disciplina de las escuelas, en el régimen de los estudios, en la colación de los grados y en la elección ó aprobación de los maestros.» (Alocución de Pío IX en el consist. del 1 de noviembre de 1850. Aloc. *Quibus Instructissimus*, del 5 de septiembre de 1851. — *Syllabus* prop. XLV.)

«El método que se ha de emplear en los estudios, hasta en los mismos seminarios eclesiásticos, está sometido á la

¹ Riaz. El Estado moderno y la escuela cristiana.

² Catéchisme social.

autoridad civil.» (Aloc. *Numquam fore*, del 15 de diciembre de 1856. — *Syllabus* prop. XLVI.)

«La buena constitución de la sociedad civil exige que las escuelas populares, abiertas á los niños de toda clase del pueblo, y, en general, los establecimientos públicos destinados á enseñar las letras y ciencias, y á una educación más elevada de la juventud, estén completamente libres de la autoridad de la Iglesia, de toda influencia moderada ó ingerencia de su parte, y que se hallen plenamente sometidos á la voluntad del poder civil y político, según los deseos de los gobernantes y la corriente de las opiniones generalizadas en la época.» (Carta de Pío IX al arzobispo de Friburgo, del 14 de julio de 1864. — *Syllabus* prop. XLVII.)

«Los católicos pueden aprobar un sistema de educación que prescindiera de la fe cristiana y de la potestad de la Iglesia, y cuyo fin único, á por lo menos principal, es la adquisición de la ciencia de las cosas puramente naturales y de las ventajas terrenas de la vida social.» (Carta de Pío IX al arzobispo de Friburgo. — *Syllabus* prop. XLVIII.)

Reflexionen los gobiernos cristianos sobre estas condenaciones de la Iglesia, á fin de que, si se precian de súbditos suyos, no incurran en ellas, sino antes bien procuren, por su parte, auxiliarla en su noble misión de educar á las sociedades.

CAPÍTULO TERCERO. DERECHOS DE LA FAMILIA EN LA EDUCACIÓN.

1. La sociedad doméstica, su fin y organización. — 2. Esta sociedad es anterior al Estado, é independiente de él en su esfera de acción. — 3. Por derecho natural corresponde á los padres de familia educar á sus hijos. — 4. Doctrina de Santo Tomás de Aquino y de otros autores en este punto. — 5. En la familia cristiana, aun la educación natural ha de ser vigilada por la Iglesia.

1. La sociedad doméstica, su fin y organización.

Después que Dios crió al primer hombre, le dió una compañera, que la formó de una de sus costillas, echó á ambos

su bendición y les dijo: «*Credet et multiplicaos*, y henchid la tierra y ensoñoraoos de ella.»¹ Desde entonces existió en el mundo la sociedad conyugal, cuyo autor es el mismo Dios.

El matrimonio fué, pues, establecido por Dios, para conservar y propagar la especie humana en el mundo, para desarrollar las cualidades que, como en germen, deposita El en el corazón del niño, para servir de base á la sociedad civil y á la religiosa, para formar, en fin, ciudadanos del cielo. «La familia», exclama Mons. Dupanloup², «trinidad misteriosa, donde con tanta ternura y esplendor se reflejan el poder de Dios que protege, su sabiduría que gobierna, y su amor que inspira. La familia, santuario augusto de la autoridad que crea, de la educación que eleva, y de la providencia que perpetúa.»

Como toda sociedad perfecta, tiene la familia los elementos indispensables para su existencia y desarrollo, entre ellos la autoridad, que es elemento primordial de las sociedades. Aquella reside en los padres, cuya autoridad es una participación de la de Dios, *de quien procede toda paternidad en el cielo y en la tierra*³. El padre es el jefe del hogar doméstico; á él corresponde presidir la familia, gobernarla y trabajar para su sustento. La madre es el ángel custodio del hogar: su ministerio es de amor, de ternura y vigilancia para con el hijo de sus entrañas, y sobre todo de abnegación y sufrimiento.

En la familia cristiana el padre ocupa el primer lugar, pues representa en ella, por decirlo así, á Dios, que es el primer padre. Por su medio hemos recibido, según la frase de un poeta antiguo, la llama de la vida: *Quasi cursores vite lampada tradunt*; vida que se la conserva á su hijo ó, mejor dicho, se la gana por medio del trabajo. El padre es el *señor*, el jefe de la casa, por la autoridad y los derechos que posee en ella; derechos que están limitados por los de

¹ «Crescite et multiplicamini, et replete terram, et subicite eam» (Gen. 1, 28).

² El matrimonio cristiano.

³ «Deus . . . ex quo omnis paternitas in caelis et in terra nominatur» (Eph. III, 15).

Dios, á cuya ley todos deben someterse. El padre es también el *sacerdote* de la religión doméstica, que fué la primitiva de los hombres. Aun en la nueva Ley, en que Jesucristo ha elegido ministros especiales para sus altares, ha imitado un carácter religioso en la frente del padre de familia, que es el representante de Dios en el hogar doméstico y su delegado cerca de los hijos. Por lo que deben éstos obedecer la autoridad paterna y someterse á ella, respetarla y honrarla como á una especie de sacerdocio. La piedad filial es un acto de religión¹. «¡Cuán hermoso, cuán augusto, cuán santo es el ministerio de los padres, que son los primeros sacerdotes de sus hijos! Dios está presente en todas partes; pero de una manera especial en el hogar de la familia», dice Charpentier². «El paganismo, cuyos dogmas groseros contenían casi siempre algunos restos de las verdades tradicionales, había conservado la creencia de que la divinidad presidía el hogar doméstico. Los paganos honraban con un culto particular á los *penates*, que eran los dioses tutelares de sus casas. Penetrada de la santidad del techo que va á cobijar á la familia, la Iglesia lo bendice, como bendice los templos en que Dios reside; por lo que en ese templo, como en los demás, deben encontrarse necesariamente tres cosas: el respeto á Dios, la oración y la enseñanza religiosa.»

Después del padre viene la madre, que ocupa lugar importantísimo en la familia; pues el hijo procede especialmente de la madre, más por la semejanza moral que por la semejanza física; por lo que los grandes hombres han tenido madres igualmente célebres.

«El ministerio de la madre cristiana en el hogar, es de dulzura, de prudencia, de amor sobre todo; de amor que *trabaja* por asegurar la vida del cuerpo y del alma del niño; de amor que *padecer* cuando asoman en el niño los primeros síntomas de perversidad moral; de amor que *se angustia* cuando tiene que emplear la corrección y la severidad á fin

¹ Cf. Mons. Bonnard, *Le collège chrétien*.

² *Le livre de la famille*.

de encarrillarlo; de amor que *triunfa* con los consejos, ruegos y lágrimas, de que se vale para hacer feliz al fruto de sus entrañas. Nada es tan eficaz en el corazón del niño como los ejemplos, las enseñanzas, especialmente las súplicas de una madre cristiana, á quien Dios ha comunicado el espíritu y las gracias necesarias para llenar su misión en el mundo.¹

«La familia cristiana es un *medio ordenado*», como muy bien dice Monsabré², «un medio en que las santas leyes de la jerarquía son respetadas, en que todas las fuerzas, según su dignidad, tienden armoniosamente al mismo fin. En ella no se ven esos padres destronados, que han perdido el prestigio de su representación por la inferioridad de sus virtudes; esos padres débiles que dejan caer el gobierno doméstico en manos de una mujer audaz; esos jefes de familia siempre dispuestos á ceder á las exigencias de un niño mimado: en ella no hay nada que asegure el dominio de la debilidad, del engaño ó del capricho y que conduzca á lamentables desgracias. Todo está en su puesto y Dios en la cima, y bajo su autoridad soberana, la autoridad, la sabiduría, el amor paterno se empeñan en desenvolver en el alma del niño los preciosos gérmenes de la vida que deben hacerlo honrado, religioso y santo.»

2. La sociedad doméstica es anterior al Estado é independiente de él en su esfera de acción.

Entre las sociedades establecidas por Dios, una de las más importantes es la doméstica, la primera en orden entre las humanas, fundamento y origen de éstas; sociedad necesaria por naturaleza, porque sin ella no podría el hombre conservarse durante la infancia, ni perfeccionarse; sociedad fundamental para el fin social del hombre, para cuya consecución se necesita ejercitar toda la actividad de que es capaz; sociedad, en fin, que comprende la conyugal, la paterna y la heril, que reunidas forman la familia.

El hombre nace en la sociedad doméstica y recibe en ella de sus padres los primeros cuidados, indispensables para el

desarrollo físico é intelectual. Esta sociedad existió antes que la civil, que consta de la reunión de familias y se propone un fin diverso del de aquélla. Así que, siendo el objeto primario de la sociedad conyugal la propagación del linaje humano y la educación de la prole, tiene un campo propio para ejercitar su actividad, con independencia del Estado, que no debe intervenir en el régimen interno de la familia, ni en la educación de los hijos, á no ser que los padres falten á este deber, de una manera cierta, grave y pública. Perniciosa é inaceptable es, por tanto, la doctrina que hace del Estado la única fuente de los derechos del individuo y de la familia.

3. Por derecho natural corresponde á los padres de familia educar á sus hijos.

— Desde que, por el nacimiento de los hijos, existe la sociedad paterna, están, por derecho natural, obligados los padres á cumplir todos los deberes inherentes á dicha sociedad, sobre todo á educar á los hijos, ó sea á perfeccionarlos, lo que constituye uno de los fines primarios del matrimonio. Considerada, en efecto, atentamente la naturaleza del hombre, se nota que la propagación del linaje humano, intentada por Dios al establecer la unión permanente de los cónyuges, no se obtiene sólo con la generación de los hijos, sino que exige sean éstos físicos y moralmente promovidos, desde la infancia, al ser completo de hombre; cuidado que, como anexo al vínculo conyugal, incumbe á los padres por estricta obligación natural.

El oficio de educar á los descendientes no puede haber sido confiado indeterminadamente por la naturaleza á cualquiera persona; porque en tal caso ó no se lo cumpliría bien, ó se procedería sin esmero, tanto más que la educación es de suyo onerosa y difícil; por lo que sólo pueden darla debidamente los padres, por el amor que tienen á sus hijos, á quienes consideran como á parte de su ser. Tampoco el poder público es apto para dicho oficio, ya que su misión es mantener el orden social y procurar el bien común, mientras que la educación es asunto interno y familiar, y más bien un *oficio de piedad*, propio de los padres, según Santo Tomás.

¹ Cf. Mons. Ravard l. c.

² Conférence sur l'éducation chrétienne.

Si por derecho natural están primariamente obligados los padres á educar á sus hijos, es indudable que sólo á ellos corresponde ejercer, por sí mismos ó por medio de las personas que eligieren, el derecho correlativo á dicha obligación; porque si, á más de los padres, pudiesen otros intervenir en educar á la prole, no habría la unidad de dirección indispensable en esta obra, y se verían aquellos contrariados y aun imposibilitados en el cumplimiento de este deber.

En el matrimonio cristiano se aspira á un triple bien: al bien de la fe, *la unidad*; al bien del sacramento, la *indivisibilidad*; y al bien de la descendencia, la *educación*. Por esto, el impedimento de *religión mixta* no es dispensado por la Iglesia, si no se obligan juratoriamente los cónyuges á educar á la prole conforme á las enseñanzas de la religión católica.

En lo tocante al destino sobrenatural del hombre, los padres bautizados deben, por derecho divino positivo, procurar á sus hijos el beneficio de la educación cristiana, con la que éstos lograrán salvarse. Si los padres descuidan esta obligación, puede la Iglesia compelerlos á cumplirla y, en caso necesario, tomar de su cuenta dicha educación. Asimismo los padres no han de impedir á los ministros sagrados que se encarguen de la formación religiosa de los niños y vigilen la que reciben en sus casas¹.

4. Doctrina de Santo Tomás de Aquino y de otros autores en este punto. — Santo Tomás de Aquino expone, con admirable claridad y precisión los derechos que competen á los padres en la educación de sus hijos. «Por el matrimonio», dice, «se unen el hombre y la mujer para la generación y educación de los hijos, así como para vivir en vida doméstica»². «La naturaleza no intenta sólo la generación de la prole, sino también el conducirla y llevarla (por medio de la educación) hasta el estado perfecto del hombre en cuanto es hombre, que es estado de virtud. Por lo

que, según el Filósofo, el hijo recibe tres cosas de sus padres: el ser, el sustento y la educación. El hijo debe, pues, ser educado é instruido por sus padres³; quienes reciben de Dios *gracias de estado* para el buen desempeño de sus deberes.

El padre, según el mismo santo Doctor, es principio de la generación, de la educación, de la enseñanza y de todas las cosas que pertenecen á la perfección de la vida humana⁴.

Siendo esta cuestión de suma importancia, transcribiré, además, la doctrina de otros autores que se han ocupado en ella con lucimiento.

«La educación de los hijos», dice el Padre Costa-Rossetti⁵, «es uno de los fines próximos del matrimonio, fin inmediatamente determinado por la misma naturaleza. En efecto, considerada la naturaleza física del hombre, los hijos, que son como parte de sus padres, son entregados á éstos en un estado de suma necesidad y carencia de todo; de modo que sólo por medio de una larga educación obtiene su complemento el ser que recibieron en la generación; pero lo que es complemento natural del fin del matrimonio, tiene que ser determinado por la naturaleza; luego la educación corresponde á los padres.

«Además, la ley natural obliga á socorrer á los que se hallan en extrema ó grave necesidad; y como los niños están al principio de su vida en necesidad extrema, y durante largos años en gravísima, ó, por lo menos, en grave necesidad material, intelectual y moral, que sólo puede ser socorrida por la educación, es claro que el proporcionar ésta incumbe, antes que á otros, á los padres, que están designados por la naturaleza para cumplir este oficio, como que

¹ «Non enim intendit natura solum generationem proles, sed traditionem et primumque usque ad perfectum statum hominis in quantum homo est, qui est virtutis status. Unde, secundum Philosophum, tria á parentibus habemus, scilicet, esse, nutrimentum et disciplinam: filius autem á parente educari et instrui debet» (In lib. IV Sent. dist. 26, q. 1, a. 1).

² «Pater est principium et generationis, et educationis, et discipline, et omnium que ad perfectionem humanam vix pertinent» (Summa theol. II II, q. 102, a. 1).

³ Philosophia moralis P. III: De iure domestico.

¹ Cf. Meyer, Institutiones iuris naturalis P. I, cap. 2, thes. 19 y 20: — Catharin, Philosophia moralis II, thes. 88.

² In lib. IV Sent. dist. 27, q. 1, a. 1.

están más unidos á sus hijos. La ley moral del amor natural sigue, en igualdad de circunstancias, el orden de la unión natural; y como los hijos están íntimamente ligados á sus padres, de quienes son como parte en cuanto al cuerpo, sería absurdo suponer que no están llamados por la naturaleza al deber de educar, con preferencia á los demás, aquellos á quienes la misma naturaleza ha infundido un amor ternísimo á los hijos y hecholos aptos para desempeñar tan arduo oficio.

«Ciertamente sería muy extraño que á otros correspondiese la carga pesada de educar prole ajena y de correr con los gastos. ¿Cuán mal atendidos serían los hijos, si los padres no tuviesen antes que cualesquiera otros, el derecho y el deber natural de formar y educar á sus descendientes.»

«La educación es por sí misma un bien doméstico», dice el Padre Cathrein¹, «para cuya consecución fué instituída la familia, bien que ésta puede proporcionarlo suficientemente.»

«Es evidente que el derecho natural, en orden á la educación, reside en la familia, derecho que sólo ella lo ha recibido de Dios», dice Riess². «¿Y quién puede dudarlo? En el punto que un hombre y una mujer llegan á ser progenitores de un ser racional, todo el mundo reconoce en ellos, con el ojo del espíritu, un poder real que por sí mismo se ofrece á sus miradas. Ahora bien, un derecho que por sí mismo resulta evidente, á la luz de la razón, es un derecho natural y divino; una vez que á tales derechos pertenece el manifestarse por la naturaleza misma de las cosas, á diferencia de los derechos humanos que proceden de hechos positivos... Para sostener razonablemente que se tiene un derecho divino, hay necesidad de mostrar el título, así como respecto de los demás derechos; y así el que dice poseer el derecho de educar á otros hombres, debe mostrar cuándo y cómo ha recibido ese derecho. Ahora bien, es así que los padres, y sólo ellos, pueden mostrarlo; luego los padres únicamente han recibido de Dios el derecho de educar á sus hijos en

¹ Philos. mor. II, thes. 88.

² El Estado moderno y la escuela cristiana.

el orden natural.... La patria potestad, tan extendida como la vida moral de los hombres, es esencialmente el derecho de educar á los hijos. El mismo matrimonio, ordenado inmediatamente á la conservación y propagación físicas de la especie humana, está asimismo ordenado, gracias á la educación, á conservarla y amplificarla en el orden moral.»

Los que invaden el derecho que tienen los padres de educar á sus hijos, violan la justicia conmutativa, afirma Costa-Rossetti; por cuanto invaden un bien útil, que es propio de otros. La educación, en efecto, es un *bien útil*, formal y primariamente de los hijos, secundaria y consecuentemente de los padres; de modo que los que impiden ó coartan de una manera arbitraria la educación, atacan el derecho que compete no sólo á los padres, sino también á los hijos, para quienes es un bien propio y verdadero el no ser educados por otros contra la voluntad de sus padres. Además, el poder cumplir libremente una obligación ó llenar un oficio es un bien útil y propio de aquel que tiene dicho oficio, aun cuando éste sea penoso. Por lo que el libre ejercicio de una facultad, que no es arbitrariamente impedido por otro, es un bien real y verdadero, sobre todo cuando se trata de un bien moral, que es honesto en sí, y sirve de medio para la consecución de la suprema felicidad. Ahora bien, á los padres, antes que á otros, compete el deber de la educación, á tal punto que si quieren cumplirlo por sí mismos, sólo ellos tienen el derecho y la obligación de desempeñar este oficio; por tanto, el poder educar libremente á los hijos, es un bien útil á los padres y peculiar de ellos, bien con el que desempeñan una de las principales funciones de la autoridad paterna. La posesión de una autoridad cualquiera es un bien útil, propio del que la tiene; por lo que el que invade el derecho de educar, ataca por el mismo hecho la posesión de la autoridad en los hijos, que está incluida en el derecho de educación¹.

El cardenal de Lugo enseña igualmente, que viola la justicia conmutativa el que por fuerza ó dolo arrebató al hijo

¹ Cf. Philosophia moralis P. I, thes. 27; P. III, thes. 145.

del poder del padre, ó le impide regirle ó gobernarlo. La razón es porque, aun cuando el padre no sea dueño del hijo, lo es de la potestad de gobernarle; de modo que el que le priva de dicha potestad, le quita algo suyo y peca contra la justicia, en cuanto despoja al padre de un bien útil¹.

Resumiendo lo anterior, decimos que los padres son primaria y directamente llamados á educar á sus hijos: 1º Por el hecho de la generación; pues están obligados, por ley natural, á educar al niño los que le dieron la existencia. 2º Por la *naturalidad de la educación*. Ésta exige, en efecto, que el niño se vuelva, física, moral é intelectualmente, apto para poder llevar después por sí mismo vida honrada, en armonía con el grado social que ocupe y con el destino sobrenatural del hombre. Nadie más adecuado para esta obra que los padres, que son los primeros instructores de sus hijos y viven con ellos en comunicación íntima. 3º Por la *inclinación natural* de los padres. La educación es por excelencia obra de piedad y caridad, y persona alguna está más ligada al niño y se interesa más por él que sus padres. El hijo es algo del padre, dice Santo Tomás, y los padres aman á sus hijos como á bien propio².

5. En la familia cristiana, aun la educación natural ha de ser vigilada por la Iglesia.—Si se tiene en cuenta la naturaleza del hombre y el fin para que ha sido criado por Dios, debe admitirse que su educación es doble: *natural y sobrenatural*, según se ocupe en los intereses terrenos y temporales, ó en los espirituales y eternos. La primera educación, ó sea la natural, corresponde *privativamente* á los padres, bajo la *vigilancia* de la Iglesia, que puede y debe rechazar de esta educación cuanto se opone al fin supremo del hombre: la segunda, ó sea la sobrenatural, incumbe *primariamente* á la Iglesia, que está encargada de los intereses eternos del alma, y *secundariamente*, por la *constitución de la familia cristiana, fundada en el sacra-*

¹ De iust. et iure disp. 1, sect. 1, n. 13.

² «Filius est aliquid patris, et pater amat filium ut aliquid ipsorum» (Summa theol. I II, q. 100, a. 5 ad 4). Cf. Góti, Sanctificatio educatio.

mento del matrimonio, corresponde también á los padres, quienes, para desempeñarse bien, deben someterse al magisterio de la Iglesia¹.

En los pueblos cristianos este último deber es más sagrado y estricto, por cuanto la familia ha sido santificada y como consagrada por Jesucristo, quien elevó el contrato matrimonial á la dignidad de sacramento; de modo que entre los católicos no se puede separar el uno del otro. «Con el sacramento del matrimonio tomó Nuestro Señor posesión de la familia, y de una institución puramente natural hizo una institución cristiana.»²

No puede haber separación, y mucho menos pugna, entre la educación natural y la sobrenatural: por el contrario, han de procurar ambas, de común acuerdo y en su respectiva esfera de acción, el perfeccionamiento del hombre, debiendo la primera sujetarse á la segunda, tender á ella y favorecerla, una vez que los intereses eternos son mucho más excelentes que los temporales.

En suma, la educación corresponde á la familia y á la Iglesia; pero aquella, dice Benoit, debe obrar bajo la dirección de esta. De aquí se deducen las siguientes consecuencias. La Iglesia tiene el derecho y el deber de apartar de la enseñanza, aunque sea natural, todo lo que fuere contrario á la doctrina católica; tiene el derecho y el deber de cuidar que la religión sea el alma de la educación; que la instrucción profana esté animada del espíritu cristiano; que los niños respiren siempre, por decirlo así, una atmósfera de piedad, á fin de que la vida sobrenatural arraige hondamente en sus almas, y toda su existencia vaya ordenada al fin sobrenatural, ya que la presente vida no es sino el medio para alcanzar este fin³.

No olviden los padres de familia que uno de sus deberes más sagrados y preferentes es la educación de sus hijos, á la que se han de dedicar con todo ahínco, teniendo en cuenta que Dios y la sociedad les exigirán cuenta de la manera con

¹ Cf. Benoit, La ciudad antirristiana.

² Ibid.

³ Ibid.

que han cumplido ese deber. El mejor patrimonio que los padres pueden dejar á sus hijos es la buena educación, y los que la desatienden incurren en la indignación divina: *Quien no mira por sus suyos, mayormente si son de su familia, éste tal negado ha la fe, y es peor que un infiel*¹.

CAPÍTULO CUARTO.

VARIAS CLASES DE EDUCACIÓN.

1. Educación primera ó propiamente doméstica. — 2. La enseñanza oportuna, el consejo saludable, y el prudente ejercicio de la autoridad son indispensables en esta educación. — 3. Respeto que merece un niño bautizado, y deber de educarlo cristianamente. — 4. Educación secundaria ó pública. — 5. Educación última ó social. — 6. En esta educación han de atender los padres con esmero á las amistades de sus hijos, á sus lecturas y reacciones, y á su vocación. — 7. Peligros de la edad juvenil. Precauciones que han de emplear los padres en esa época difícil.

1. Educación primera ó propiamente doméstica. — Mons. Dupanloup, tan competente en el asunto en que me ocupo, distingue tres clases de educación: á saber, *la primera educación, ó sea la doméstica; la educación secundaria ó pública; y la educación última ó social*; las que corresponden á otras tantas fases ó periodos de la niñez y de la juventud. Voy á tratar de cada una de ellas separadamente.

Defínese la educación doméstica ó familiar: *la esmerada y constante administración de todos los auxilios necesarios para el debido desarrollo de la vida física, intelectual y religioso-moral de los hijos*. Esta educación corresponde *per se*, por derecho propio fundado en la naturaleza, á los padres de familia, quienes no sólo han de sustentar á los hijos y satisfacer sus necesidades del momento, sino también excitar los medios adecuados á fin de que lleven ellos, al

llegar á la edad adulta, una vida digna de un ser racional¹. Los padres deben instruir á sus hijos en las primeras verdades y conocimientos, porque son sus preceptores *necesarios y providenciales*. «Ellos — los padres — tienen para dirigirlos una autoridad semejante á la del mismo Dios, la autoridad del autor, del criador sobre su obra; es decir, lo que hay de más elevado en la autoridad divina.... La educación, que es como una segunda creación, y, por lo mismo, una cosa muy bella, ha sido reservada por Dios al padre y á la madre, á quienes ha hecho los ministros visibles de su providencia².

La necesidad de la primera educación se funda tanto en la carencia de todo en que se halla el hombre al venir al mundo, como en los terribles males que la prevaricación primitiva ocasionó á la humanidad, males que se atenúan mucho mediante una buena educación. Ésta la recibe el niño en el hogar doméstico, y de los labios de sus padres, y en especial de la madre, aprende las primeras verdades, los preceptos fundamentales de moral, que se graban profundamente en su alma y forman la base de la educación. Es indudable que los preciosos dones depositados por Dios en el alma del niño se hallan inactivos y latentes, por carecer aún del uso de la razón; pero, por esto mismo, conviene espiar la primera aurora de la inteligencia, á fin de nutrirla desde el principio con enseñanza sólida, y depositar en el corazón la simiente divina de la virtud. Por eso dice el cardenal Pie³, «que la madre es el primer ministro de la religión para con el hombre; ... que el niño es como una flor bella y delicada, que no puede adherirse á un vástago imundo, y un ángel que debe ser manejado por otro ángel».

Noble es el ministerio de los padres de familia, llamados á secundar á Dios en la obra de la formación del hombre, por medio de la enseñanza, del ejemplo saludable, del ejercicio prudente de la autoridad, y, sobre todo, por las máximas de los Libros Santos, que contienen la ciencia de Dios. Los

¹ «Si quis suorum, et maxime domesticorum, curam non habet, fidem non gravit, et est infidelis deterior» (1 Tim. v, 8).

² Cf. Meyer I. c. P. II, c. 2.

³ Mons. Dupanloup, El matrimonio cristiano.

⁴ Eavres sacerdotales.

que han cumplido ese deber. El mejor patrimonio que los padres pueden dejar á sus hijos es la buena educación, y los que la desatienden incurrir en la indignación divina: *Quien no mira por sus suyos, mayormente si son de su familia, éste tal negado ha la fe, y es peor que un infiel*¹.

CAPÍTULO CUARTO.

VARIAS CLASES DE EDUCACIÓN.

1. Educación primera ó propiamente doméstica. — 2. La enseñanza oportuna, el consejo saludable, y el prudente ejercicio de la autoridad son indispensables en esta educación. — 3. Respeto que merece un niño bautizado, y deber de educarlo cristianamente. — 4. Educación secundaria ó pública. — 5. Educación última ó social. — 6. En esta educación han de atender los padres con esmero á las amistades de sus hijos, á sus lecturas y reacciones, y á su vocación. — 7. Peligros de la edad juvenil. Precauciones que han de emplear los padres en esa época difícil.

1. Educación primera ó propiamente doméstica. — Mons. Dupanloup, tan competente en el asunto en que me ocupo, distingue tres clases de educación: á saber, *la primera educación, ó sea la doméstica; la educación secundaria ó pública; y la educación última ó social*; las que corresponden á otras tantas fases ó periodos de la niñez y de la juventud. Voy á tratar de cada una de ellas separadamente.

Defínese la educación doméstica ó familiar: *la esmerada y constante administración de todos los auxilios necesarios para el debido desarrollo de la vida física, intelectual y religioso-moral de los hijos*. Esta educación corresponde *per se*, por derecho propio fundado en la naturaleza, á los padres de familia, quienes no sólo han de sustentar á los hijos y satisfacer sus necesidades del momento, sino también excitar los medios adecuados á fin de que lleven ellos, al

llegar á la edad adulta, una vida digna de un ser racional¹. Los padres deben instruir á sus hijos en las primeras verdades y conocimientos, porque son sus preceptores *necesarios y providenciales*. «Ellos — los padres — tienen para dirigirlos una autoridad semejante á la del mismo Dios, la autoridad del autor, del criador sobre su obra; es decir, lo que hay de más elevado en la autoridad divina.... La educación, que es como una segunda creación, y, por lo mismo, una cosa muy bella, ha sido reservada por Dios al padre y á la madre, á quienes ha hecho los ministros visibles de su providencia².

La necesidad de la primera educación se funda tanto en la carencia de todo en que se halla el hombre al venir al mundo, como en los terribles males que la prevaricación primitiva ocasionó á la humanidad, males que se atenúan mucho mediante una buena educación. Ésta la recibe el niño en el hogar doméstico, y de los labios de sus padres, y en especial de la madre, aprende las primeras verdades, los preceptos fundamentales de moral, que se graban profundamente en su alma y forman la base de la educación. Es indudable que los preciosos dones depositados por Dios en el alma del niño se hallan inactivos y latentes, por carecer aún del uso de la razón; pero, por esto mismo, conviene espiar la primera aurora de la inteligencia, á fin de nutrirla desde el principio con enseñanza sólida, y depositar en el corazón la simiente divina de la virtud. Por eso dice el cardenal Pie³, «que la madre es el primer ministro de la religión para con el hombre; ... que el niño es como una flor bella y delicada, que no puede adherirse á un vástago imundo, y un ángel que debe ser manejado por otro ángel».

Noble es el ministerio de los padres de familia, llamados á secundar á Dios en la obra de la formación del hombre, por medio de la enseñanza, del ejemplo saludable, del ejercicio prudente de la autoridad, y, sobre todo, por las máximas de los Libros Santos, que contienen la ciencia de Dios. Los

¹ «Si quis suorum, et maxime domesticorum, curam non habet, fidem non gravit, et est infidelis deterior» (1 Tim. v, 8).

² Cf. Meyer I. c. P. II, c. 2.

³ Mons. Dupanloup, El matrimonio cristiano.

⁴ Eavres sacerdotales.

padres, á semejanza del piadoso Tobías, deben, ante todo, enseñar á sus hijos á temer á Dios y á guardarse de todo pecado¹.

La formación del alma del niño exige más trabajo y cuidado que la del cuerpo. «Porque este pequeñuelo», dice Mons. Baunard², «es un hijo de Adán, como nosotros. Tras esa fisonomía fresca, esa mirada ingenua, esas gracias sensibles, existe el pecado que hierne, la concupiscencia que fermenta, las pasiones que hoy hacen poco ruido y rugirán mañana; existen los deseos del corazón, las asperezas del carácter, las rebeldías de la voluntad. Es un hombre á quien es preciso rehacer. ¿Quién se encargará de esto? ¿Qué sería de un pobre niño, con sus defectos y deformidades morales, si no tuviera una madre, y una madre cristiana? Los peores libertinos han confesado esta verdad. Lord Byron atribuye las desgracias y extravíos de su vida á las violencias del carácter de su madre, y también un malvado elegante y refinado de nuestros tiempos, que acabó sus días en el cadalso, atribuye su desgracia á la misma causa.» En sentido opuesto, San Agustín llegó á ser una de las lumbreras de la Iglesia por la solicitud de su madre Santa Mónica, y San Alfonso de Ligorio asegura que, cuanto bien obtuvo en su niñez, lo debió exclusivamente á su piadosa madre.

«La maternidad», dice San Juan Crisóstomo³, «depende de la naturaleza, pero la educación de los hijos es también cosa natural; porque Dios no sólo ha concedido á las mujeres el dar á luz á sus hijos, sino también el educarlos. De ordinario, la mujer sin virtud forma mal á sus hijos; por lo que, así como la madre prudente y virtuosa es digna, en premio de su solicitud, de grande recompensa, también la descuidada merecerá un castigo especial. No posee virtud mediocre quien educa bien á sus hijos y los atrae al servicio de Dios...» El

¹ «... quem ab infantia timere Deum docuit, et abstinere ab omni peccato (Tob. 1, 10).

² Le collège chrétien.

³ Hom. 9 in Epist. 1 ad Tim.

sumo sacerdote Helí tuvo una muerte trágica, por no haber reprimido los desórdenes de sus hijos. Reprobó las faltas de éstos; pero como lo hizo con debilidad, causó la ruina de ellos y la suya. Lección terrible para los padres y madres, que les prueba la importancia de educar á sus hijos en el temor de Dios. La juventud es arrebatada; por lo cual urge emplear muchas precauciones y vigilancia, á fin de precaverla de su fogosidad natural. Padres de familia, tened fuertemente la brida en las manos, para que no se os escape este corcel impetuoso é indómito: no obtendréis un buen resultado, sino después de haberlo sujetado; mas entonces el hábito del bien tendrá para él fuerza de ley.»

«Para educar á los hijos, de modo que éstos lleguen á ser ciudadanos justos, virtuosos y útiles, es preciso que la madre esté profundamente convencida de la santidad del alma humana, y de la perfección á que debe elevarse y tender siempre», dice un autor moderno. «Austero y sublime es el ministerio de la madre; y ni la ternura natural, ni el conocimiento teórico de la virtud son bastantes para desempeñarlo dignamente: es necesario que la madre tenga, además, un religioso fervor y una confianza ilimitada en Dios, que lo puede todo. Sin esto, el amor cegaría el juicio; la vigilancia languidecería, por flojedad ó disgusto, y el desaliento ó la duda debilitarían las fuerzas de la madre, en la época en que más necesita de firmeza y energía.

«¿Y qué madre, al reflexionar en la importancia de su ministerio, no experimenta un sentimiento de temor y aun de espanto, al verse débil é imperfecta, y encargada de misión tan seria como difícil? ¿Qué mujer, al velar junto á la cuna de su hijo, no siente un intenso dolor cuando, al descorrer el velo del porvenir, entrevé los males que amenazan y han de herir esa inocente cabeza?... Fuera de Dios ¿quién puede entonces consolar á la madre y alejar de su corazón tantas angustias y alarmas? ¿Quién puede sostener y alentar esta alma dolorida? En efecto, ella se acuerda del apoyo de la Providencia, y experimenta un nuevo vigor para cumplir sus deberes; ella confía á Dios su naciente familia, y nota que renace en su corazón la esperanza y se desva-

nece el temor: entonces el porvenir no se le presenta nebuloso, triste y sombrío, sino sereno, espléndido, risueño.»¹

Oigamos á una madre cristiana: «Los corazones de nuestros hijos son nuestras plantas, sus pasiones son sus ramas, y nosotras las jardineras llamadas á cultivarlas y á darlas dirección, siendo indudable que toman ellos buena ó mala, según la madre se las da. Si, desde el momento en que Dios le concede un hijo, se propone la madre hacer de él un hombre lo más perfecto posible, y no cesa en este santo propósito, y redobla sus desvelos conforme aumentan los años de su hijo, es moralmente imposible que éste no sea bueno.

«El formar el corazón de los hijos pertenece principalmente á la madre; y, por eso, sin duda á este sacramento se llama matrimonio. Ella, en efecto, está encargada de alimentar con sus virtudes el alma de sus hijos, mientras que el padre con su trabajo les proporciona ante todo el sustento para el cuerpo.»²

«La madre», dice Severo Catalina³, «es para el hijo una segunda providencia. En los años de la niñez, ella es la primera maestra, la que le enseña diariamente á alzar las manos al cielo y á bendecir al Dios de las mercedes. Por ella aprende el niño á coordinar las palabras de sus primeras oraciones y de los primeros himnos que eleva á la Reina de los Angeles.»

«Las leyes sociales que nos excluyen de las grandes escenas de la vida pública, nos dan la soberanía de la vida doméstica y privada», dice una señora americana⁴. «La familia es nuestro imperio; nosotras cuidamos de satisfacer sus necesidades, de dirigir sus ocupaciones, de mantenerla en paz, de educar á los hijos y de conservar en el hogar el sagrado depósito de las buenas costumbres.»

La primera educación es de importancia decisiva para el hombre, cuyo porvenir está íntimamente ligado con ella. La experiencia comprueba que, si aun en medio de las borrascas de la vida, olvida el hombre por completo los prudentes consejos y primeras instrucciones que recibió de los labios

¹ Maurice Mareco, *La femme ennoblie par l'Evangile*.

² Dolores del Pozo, *La voz de una madre*.

³ La Mujer.

⁴ Cartas sobre la educación del bello sexo.

queridos y autorizados de sus padres, instrucciones cuyo grato recuerdo le estimulan eficazmente á volver al buen camino. ¿Quién puede hablar al niño con más ternura que la madre? ¿Quién con más autoridad y derecho que el padre? No será ésta una enseñanza propiamente científica, pero es de una esfera y orden muy superiores: es la ciencia de cuanto constituye una vida arreglada, honesta y virtuosa. «Esas innumerables preguntas», dice Mons. Dupanloup¹, «que el niño dirige á sus padres, y las respuestas que provocan, son el gran aprendizaje de la vida, la ciencia misma de las cosas. Esta educación de los primeros años, es la enseñanza de la humanidad en sus más altas prerrogativas; es la enseñanza del pensamiento y del lenguaje. Desde entonces el hombre se forma y el porvenir se prepara.»

En el regazo materno adquiere el niño los primeros principios del deber y de la justicia, las primeras nociones de moral y de virtud. Allí oye hablar de Dios; de la obligación de amarle y de servirle; en una palabra, de la religión, que es el sagrado vínculo que une al hombre con su Autor. En el trato con sus padres aprende también á amar á su patria, á respetar á sus mayores, á compadecer á los que sufren, á socorrer á los indigentes. ¡Hermosas lecciones las que se dan en el recinto del hogar doméstico, que van grabándose profundamente en el corazón del niño; que van preparándole y fortaleciéndole insensiblemente para los peligros del mundo y las luchas de la vida! Con razón dice Mons. Dupanloup²: «la familia es el santuario de Dios sobre la tierra, y los sentimientos que ella inspira á un padre y á una madre en favor de sus hijos, y á éstos con respecto á aquéllos, son tan religiosos, que vienen directamente de Dios.»

«La naturaleza engendra», dice San Juan Crisóstomo³, «pero el cuidado de la educación depende de la voluntad que se consagra á esta obra. Cuando el Apóstol dice que *las mujeres se salvarán por los hijos que han dado á luz*, cuida de afirmar que la educación, mucho mejor que el nacimiento, es

¹ El matrimonio cristiano.

² Ibid.

³ Primer discurso sobre Ana, madre de Samuel.

para una madre el título de su recompensa, pues añade: *si ellas perseveran en la fe, en la caridad, en la santidad, en una vida arreglada*. En otros términos: grande será la recompensa de las madres, si procuran que perseveren en la fe, en la caridad y santidad los hijos que han dado á luz; si los exhortan á la virtud, si los atraen al bien con los consejos y los ejemplos. ¡Oh madres! no miréis como un deber extraño á vosotras la solicitud por vuestros hijos, sea cual fuere su sexo.... Debéis velar por la educación de ellos, deber especialmente impuesto á vosotras, porque residís de ordinario en la casa. El marido, en efecto, es interrumpido en esta vigilancia por los viajes, las ocupaciones de su profesión, ó los asuntos públicos: en cuanto á la mujer, libre de estos cuidados y dificultades, puede con mayor libertad dedicarse al cuidado de los niños.... ¡Oh padres, oh madres! que vuestro modelo sea la piadosa Ana, madre de Samuel: tened por vuestros hijos una solicitud igual á la suya; acostumbraos á la práctica de la virtud, pero de la castidad sobre todo; pues no hay virtud que exija mayor esfuerzo de vuestra parte, á fin de que la obtengan vuestros hijos.

Expondré la doctrina de Santo Tomás acerca de la educación doméstica.

«Es natural el afecto de los padres á sus hijos», dice el santo Doctor¹, «afecto que les obliga á cuidarlos é instruirlos.... Quien instruye á su hijo será honrado en él y se gloriará de él con la gente de su familia (Eccli. xxx, 2). Ama desordenadamente á su hijo el padre que no estima en él lo que vale más, á saber, el alma, que vale mucho más que el cuerpo; y que no le procura los bienes más preciosos, esto es, la ciencia y las virtudes. Los padres deben desear más para sus hijos la herencia celestial que la terrena; y así como los padres reciben á sus hijos de Dios, deben conservarlos é instruirlos para el servicio divino. San Agustín dice que el bien de la prole consiste en que los que han sido engendrados hijos del siglo, sean engendrados hijos de la luz.

¹ Inter Opera S. Thomæ Ap., ed. Frib., opusc. 37, De erudit. principum, lib. 5.—Este opúsculo, atribuido en nuestro texto á Santo Tomás, es de Guillermo Perálto, muerto cerca de 1275.

«Como, según la frase de Salomón, todo negocio tiene su tiempo y oportunidad en que se lo hace mejor, se ha de elegir la niñez como la mejor edad para instruirse y adquirir buenas costumbres, según aquello de la Escritura: *Desde la mocedad abraza la buena doctrina, y adquirirás una sabiduría que durará hasta el fin de tu vida*... (Eccli. vi, 18). Quintiliano dice que el hombre se ha de formar principalmente en aquella edad en que no sabe engañar y obedece con más facilidad.... Así como la blanda cera recibe sin dificultad la forma que se le quiera dar, también la primera edad es más apta para formarse en las buenas costumbres. El arbusto es más flexible que el árbol, y puede ser fácilmente enderezado. Aun los brutos son enseñados, domados y domesticados cuando son tiernos: *Bueno es para el hombre el haber llevado el yugo desde su mocedad* (Thren. iii, 27).»

Según esto, faltan gravemente á sus deberes los padres que desatienden la primera educación de sus hijos; que los entregan á manos mercenarias; que no procuran su desarrollo físico é intelectual; que no reprimen con energía las faltas que cometen; que no se esmeran sobre todo en su formación moral y religiosa, inculcándoles desde la más tierna edad, amor á la virtud y horror al vicio.

El célebre publicista Le Play, al tratar de la misión importante de la familia en la educación del niño, dice: «En todas las razas y en el curso de cada existencia individual, la familia es el primer medio de educación. En efecto, no sólo produce los renuevos, que perpetúan la raza, sino que les transmite poco á poco desde su nacimiento la práctica de la ley moral, sin la que no podrían gozar después de la paz ni del pan cotidiano.»

«La misión moral de la familia», dice otro autor notable, «determina uno de sus principales fines sociales, y, por lo tanto, una de las razones de su importancia, desde este punto de vista, cual es la de formar ciudadanos virtuosos.... Pero la familia en tanto llenará la elevada misión moral y social que tiene, en cuanto se encuentre cimentada en el elemento

¹ La réforme sociale en France (cita de Rodríguez de Cepeda).

religioso, y este mismo espíritu sea el que le guie en todos sus actos.»¹

«La ciencia positiva, la ciencia basada en los hechos y la experiencia, la observación social en las sociedades presentes y la historia en las pasadas, nos dan como enseñanza inconcusa, como una regla elevada á la categoría de ley social, que las familias sanas, vigorosas, robustas, que dan ciudadanos útiles á la patria y que son un elemento de prosperidad y de elevación de un país, son las familias religiosas.

«Porque sólo á la religión verdadera, sólo al catolicismo se deben la altura y la dignidad á que ha sido elevada la familia. Un distinguido escritor inglés, Devas, en una obra reciente, ha demostrado que la familia ha alcanzado su ideal sólo por el cristianismo. . . El ideal de la vida de familia, el que responde á la verdadera naturaleza humana y cuya noción conservó la recta razón, á pesar de los impulsos hacia el mal, debidos al pecado original, ha sido fijado plenamente por el Evangelio y por las enseñanzas de la Iglesia.»²

2. La enseñanza oportuna, el consejo saludable y el prudente ejercicio de la autoridad son indispensables en la educación doméstica. — Cuando la madre del linaje humano dió á luz su primer hijo, exclamó: *He adquirido un hombre por merced de Dios*³. En estas palabras, como lo nota Monsabré, están contenidos los títulos y los deberes de los padres de familia sobre sus hijos en lo tocante á la educación doméstica. Haremos una breve enumeración de ellos, resumiendo á la vez lo antes dicho acerca de esta materia.⁴

«*He adquirido un hombre!* He aquí el grito de la naturaleza en todos los que engendran. Ellos saben que han comunicado su sangre, su vida, su amor al pequeñuelo, cuya venida saludan con júbilo y al cual llaman su hijo, porque les pertenece y manifiesta en su ser la marca de sus pro-

¹ La constitution essentielle de l'humanité (cita de *Rodriguez de Cepeda*).

² *Rodriguez de Cepeda*, Elementos de Derecho Natural.

³ Gen. IV, 1.

⁴ La doctrine de este resumen ha sido entresacada casi literalmente de la Conferencia sobre la educación cristiana del Padre Monsabré.

genitores. Á medida que en él se fortalece la vida, la imagen es más semejante á sus autores y la posesión de éstos se afirma por un amor más intenso.

«*He adquirido un hombre!* Este grito, para el cristiano, es tanto el grito de la gracia como el de la naturaleza. El cristiano ve en el niño el fruto de una paternidad que toma su nombre y saca su fuerza de la paternidad misma de Dios, y también el fruto de una bendición que, unida á la sangre de Cristo, santifica la fuente de la vida. El cristiano posee por Dios; y como todo lo que es de Dios debe volver á El, quiere que cuanto posee lleve su marca, como también la marca de Dios. Y como el niño al nacer trae la herida del pecado original, se empeña en que Dios tome pronto posesión de esa alma por el bautismo, *Nilo divino*, que le inunda en sus aguas saludables, le tñe en la sangre de Cristo, le llena de dones celestiales é impregna del aroma de las virtudes cristianas.

Los padres que solamente escuchan la voz de la naturaleza, limitan sus anhelos y cuidados á alimentar la vida física del niño y preservarla de todo accidente fatal; á desarrollar su vida intelectual, mediante el cultivo de las ciencias; á asegurarle el porvenir temporal; á hacer, en fin, de él un ciudadano útil para después. El cristiano no se contenta con tan poca cosa. El desea ver en el alma de su hijo la fe, las virtudes y esperanzas que él posee, como también las huellas de la gracia divina; quiere que su hijo sea lo que es él, á saber, hijo de Dios y ciudadano de la eternidad. Sólo con estas condiciones dice sin vacilar: *Poseo un hombre por la gracia de Dios*. Ahora bien, por medio de la educación cristiana asegura esta posesión.

Como ya se dijo, la educación doméstica comprende la enseñanza, el ejemplo saludable y el prudente ejercicio de la autoridad paterna, que son otros tantos medios de acción de la educación cristiana.

Los padres deben enseñar á sus hijos, porque son los «preceptores naturales y providenciales de ellos». *Instruye á tu hijo*, dice el Sabio¹. Á medida que la inteligencia del niño

¹ «*Erudi filium tuum*» (Prov. XIX, 18).

vaya desenvolviéndose, deben enseñarle verdades útiles del orden natural y del sobrenatural; y estudiar en su alma las primeras manifestaciones del bien, para afirmarlo en ellas con amables sonrisas y discretos elogios. En esta tierra virgen, en que fácilmente pueden germinar las virtudes, la enseñanza de los padres es como rayo luminoso y rocío fecundante.

Los padres deben dar buen ejemplo á sus hijos, teniendo en cuenta que es casi inútil la enseñanza si no va acompañada del ejemplo: porque «pasa el ruido de las palabras, mientras que los ejemplos inducen á la imitación». Con lo que *vi reflexión dentro de mi corazón, y con el ejemplo aprendí á gobernarme*¹. Sobre todo, el influjo que los padres tienen en sus hijos y el tierno afecto que éstos les profesan, hacen que sus ejemplos se graben profundamente en los niños, ejemplos con eficacia para la imitación. Tristes hogares aquellos en que los padres constituyen un peligro para los hijos, de que conviene preservarlos; donde se olvida que estos pequeños, que se escabullen por todas partes, son atentos y perspicaces para fijarse más en lo malo que en lo bueno, más fáciles para dejarse guiar por las inclinaciones perversas que por las honestas. Por esto, los padres deben tener vida arreglada, reprimir sus pasiones y malos hábitos; de modo que en el hogar no haya cosa que pueda deseducar al niño.

La inocencia es un tesoro inapreciable que hace del niño un ángel y un templo vivo en que mora la majestad divina. ¡Con cuánto miramiento y respeto ha de ser tratado un niño! La sabiduría pagana, por los labios de Juvenal, dijo: La naturaleza ha querido que los ejemplos domésticos nos corrompan más fácil y seguramente, porque vienen de grandes autoridades.... A los niños se debe un profundo respeto. ¡Oh padre! cuando intentas alguna cosa vergonzosa, piénsate en los primeros años de tu hijo; y cuando vas á pecar, detente por respeto á su presencia.... ¡Desgraciado! tú tienes vergüenza de que un amigo tuyo vea sucio tu atrio y tu pórtico,

¹ «Quod cum vidissem, posui in corde meo, et exemplo didici disciplinari» (Prov. XXIV, 32).

y no piensas en que tu hijo vea siempre tu casa santa, sin mancha y libre de todo vicio.¹

La Sabiduría divina, Jesucristo, tuvo una predilección especial hacia los niños, por el candor de su alma. *Dejad, decía á sus discípulos, que vengan á mí los niños; porque de los que se asemejan á ellos es el reino de Dios*². *Mirad, que no despreciéis á uno de estos pequeños; porque os hago saber que sus ángeles de guarda en los cielos están siempre viendo la cara de mi Padre celestial*³. Quien escandalizare á uno de estos parvulillos que creen en mí, mejor le sería que le colgasen del cuello una piedra de molino, y así fuese sumergido en las profundidades del mar⁴. Estas enseñanzas divinas manifiestan el sumo cuidado y respetuoso temor con que los padres han de custodiar el precioso don de la inocencia que adorna á los niños, quienes, para conservarlo, tienen que ser preservados del hábito ponzoñoso del vicio.

Pero no basta instruir y edificar al niño; es preciso además sujetarlo desde los primeros años al yugo de una saludable autoridad. *Si tienes hijos*, dice el Sabio, *adecúalos y domalos desde su niñez*⁵. Si en vez de corregir sus defectos nacientes, se les da pábulo con precauciones ineptas ó complacencias inmorales; si en vez de moderar sus apetitos, se les da gusto en todo hasta la saciedad; si en vez de humillar su amor propio, se procura satisfacerlo por una especie de idolatría; si en vez de reprimir su cólera, se ve en ella un indicio de carácter; si en vez, en fin, de castigar los vicios, se les concede tantos perdones, que pueden ellos contar con la impunidad, el adolescente toma ese camino maldito del que no se apartará ni en la vejez.

El espíritu de molición ha invadido, por desgracia, las familias y roto en manos del padre y de la madre el cetro de la justicia; pero el cristiano no le da cabida en su alma. El comprende, á la luz de la gracia, que toda educación es imposible sin la autoridad de la disciplina y la energía de

¹ Sat. XIV, 31—69.

² Marc. X, 14.

³ Matth. XVIII, 10.

⁴ Matth. XVIII, 6.

⁵ «Educi filios tuos, et curva illos a pueritia» (Eccl. VII, 25).

la corrección; él no permite á sus hijos esas familiaridades que rebajan la dignidad paterna; él exige de ellos el respeto y el amor. Castiga con prudencia, cuando es necesario, sin dejarse llevar de esas brutalidades que comprimen las almas de los niños y producen el envilecimiento ó la hipocresía; corrige, pero de modo que el castigo levante al niño á sus propios ojos, le habitúe á las luchas de la vida, le prepare la victoria contra las pasiones y le haga comprender que toda falta cometida exige expiación, porque con ella ataca á Dios, á la conciencia y al amor paterno.

¡Cuán pocos padres comprenden los deberes de la paternidad! ¡Cuán pocos, sobre todo, cuidan de formar á sus hijos en el temor de Dios! Para los más, la educación es cosa secundaria, baladí. Les basta que los niños sean sanos, expertos, corteses; que amen á sus progenitores y se gloríen en sus tradiciones de familia. Y si á las prendas exteriores logran juntar bienes de fortuna (en cuyo acopio se empeñan mucho los padres), juzgan haber asegurado el porvenir de su descendencia.

La verdadera educación aspira á mucho más. Persuadida de que el mérito del hombre se funda en las dotes del espíritu y no en las riquezas, se empeña en cultivarlo y embellecerlo, á fin de que produzca frutos propios del ser racional. Convenida de que la vida presente debe ser una preparación para la eterna, trabaja por acrecentar en el hombre el tesoro de méritos con que ha de ganar la bienaventuranza inmortal.

Al padre y á la madre corresponde formar al niño, y la segunda, en especial, está encargada de su primera educación. «De diez madres», afirma Nicolay¹, ocho saben educar á su hijo; pero una sola puede, por efecto de muchas circunstancias, terminar la obra. De diez padres, ocho ignoran su oficio de padre, y de los dos restantes, uno solo acepta la pesada carga de la educación, de acuerdo con la madre.»

Semejante afirmación, de persona tan competente en el asunto, nace sin duda de que la madre conoce la alteza de su misión; por lo que se somete, durante largos años, á

¹ Nicolay, Los niños mal educados, — obra de que extracto y resumo la doctrina consignada en el texto.

cuidados numerosos, á preocupaciones mortales, á fatigas sin cuento... Privarse de todo por su pequeñuelo, sufrir por él, es un gozo inefable, una necesidad de su corazón. Mientras más se sacrifica, se siente más madre....»

Pero la ternura del amor sobrepasa á veces los justos límites y es causa de que la madre no corrija los defectos de sus hijos, ni los contrarie en lo más mínimo; de modo que, cuando han llegado á su pleno desarrollo, son como árboles torcidos que no puede ni se atreve á enderezar. Por esto son pocas las madres que cumplen hasta el fin la obligación de educar á sus hijos.

En cuanto á los padres, también muchos descuidan este grave deber. Absorbidos en las cosas de fuera y en buscar medios de subsistencia para la familia, descargan en la madre y en los maestros dicha obligación, siendo así que por ley natural y divina están encargados ellos de formar á sus hijos, con preferencia á todo otro asunto doméstico.

«Si el padre no los educa, que al menos sancione con su autoridad las decisiones maternas», dice Nicolay. «Por lo demás, la madre observa más de cerca los caracteres, las tendencias y defectos de su tierna familia; mientras que el padre, que toma las riendas del gobierno de una manera intermitente é irreflexiva, está á riesgo de contrariar, sin quererlo, los proyectos maternos.»

«El ideal, en materia de educación doméstica, sería que el padre participase algo de la dulzura de la madre, conservando siempre su carácter de representante natural de la autoridad; y que, á su vez, la madre tuviese el valor de mandar *suficientemente* en ausencia del esposo.»

Según la observación del mismo escritor, *los niños son mal educados por falta y casi siempre por un hecho de los padres.*

«Se les educa mal por su falta: cuando no se ocupan en la formación del niño, pareciéndoles un asunto muy enojoso; cuando lo exponen al atractivo de los placeres mundanos, ó á la fiebre de los negocios; cuando lo disipan con goces ó someten á tentaciones peligrosas; cuando lo introducen en reuniones poco serias; cuando por timidez ó ambición le permiten compañías poco correctas é intimidades perjudiciales.

«Se educan mal los niños por un hecho de los padres: cuando, á pesar de las buenas intenciones y de la voluntad general de ellos, de consagrarse á la educación de sus hijos, la dirigen mal y hacen lo contrario de lo que les conviene; cuando no cuidan de formar su corazón; cuando confían á mercenarios su educación; cuando les dan órdenes contradictorias y toleran influencias nocivas; cuando olvidan que la educación consiste en una serie de minuciosidades aparentes, de pequenezas diarias y detalles múltiples, que tomados en conjunto forman el tejido de la vida y contribuyen á formar el espíritu y el carácter; cuando no se penetran, en fin, de que la educación es obra de todos los instantes.»

Al terminar este punto, ofrecemos á la consideración de los padres de familia las siguientes reflexiones y consejos que les dirige San Juan Crisóstomo: «Educad á vuestros hijos en el temor y en la ciencia del Señor; no os limitéis á fortalecerlos exteriormente con la fortuna y la gloria, plantas frágiles que al marchitarse no sirven de defensa alguna contra los males y desgracias de la vida, fortuna, gloria, que les causarán daño y no provecho, porque, confiados en esos vanos apoyos, los golpes de la suerte los encontrarán incapaces de toda resistencia. Pero si educáis á vuestros hijos en el temor de Dios, si los acostumbráis á soportar todo y á no sorprenderse de nada, obtendréis de esta educación las mayores ventajas. Si el pintor de un monarca recibe los más grandes honores por el retrato que de él hace, ¿qué recompensa no recibirán de Dios los que embellecen el corazón del hombre, retrato é imagen del mismo Dios? Desarrolla en el alma la imagen del Creador el que la vuelve como Él, bueno, paciente, misericordioso, benéfico, superior á todo lo terreno. He ahí, padres de familia, vuestra ocupación; desempeñadla con esmero, procurando formar á vuestros hijos como Dios quería verlos. Si sois infieles á este deber, no sé cómo podáis presentaros tranquilos ante el tribunal de Dios.»¹

3. Respeto que merece un niño bautizado, y deber de educarlo cristianamente.—La sabia antigüedad,

¹ Homilía 21 in Epist. ad Eph.

por boca de Quintiliano, dijo que todo niño es merecedor de respeto, *magna debetur pueris reverentia*; respeto que sube de punto al tratarse de un niño bautizado, que es *miembro del cuerpo de Cristo*¹, *templo del Espíritu Santo*², y llamado á crecer hasta que sea *varón perfecto*³.

El paganismo consideraba al niño, no como á persona, sino como á cosa, de la propiedad del padre ó del Estado, quienes podían, á su antojo, venderlo y aun quitarle la vida; pero el Evangelio enseñó que el hombre tiene alma inmortal, desde su concepción; que desde entonces goza de todos los derechos inherentes á la personalidad humana y está llamado á un destino sobrenatural. El niño cristiano, dice San Agustín, ha recibido de Dios el ser racional, que ha sido ennoblecido por Cristo, cosa que se debe tener en cuenta cuando se trata de formarlo.

El fin inmediato de la educación, dice Godts, es formar de tal modo al hombre, que pueda conseguir la honra y la dignidad propias de su naturaleza. Pero lo que eleva al hombre y le hace feliz es el temor de Dios y la observancia de sus preceptos. *Temed á Dios, y guarda sus mandamientos: he aquí el hombre entero*⁴. Por tanto, sin el conocimiento y temor de Dios, sin la observancia de sus mandamientos, contenidos ya en la revelación primera y universal, ya principalmente en la revelación cristiana, no puede haber verdadero hombre ni verdadera educación, sino solamente un simulacro ó fantasma de hombre. Por lo que dice el Sabio: *Vanos son todos los hombres que carecen de la ciencia de Dios*⁵; esto es, sombras de hombres y concepciones abstractas de la mente.

La filosofía profana está de acuerdo con la sabiduría divina en lo referente á la educación religiosa que han de recibir los niños. Platón dice: «Se ha de imbuir en el corazón del niño el temor de Dios, que es el mejor de todos los temores» (*Menón*). Cicerón añade: «Quitado el respeto á los dioses,

¹ Eph. V, 30.

² 1 Cor. VI, 19.

³ Eph. IV, 13.

⁴ «Deum time, et mandata eius observa: hoc est enim omnis homo» (Eccl. XII, 13).

⁵ «Vani autem sunt omnes homines, in quibus non subest scientia Dei» (Sap. XIII, 1).

desaparecen la fe, la justicia y la sociedad del género humano» (*De nat. deor.* lib. 2). No pocos filósofos modernos, no obstante su odiosidad á la Iglesia católica, admiten la misma verdad. Cousin dice: «No puede haber verdadera instrucción moral sin religión. El cristianismo debe ser la base de la instrucción: es preciso profesar esta máxima, tan buena como política. El alma no se forma y regula sino bajo el influjo de Dios que la ha creado y la juzgará.» Jouffroy exclama: «¿Cómo vivir en paz cuando se ignora de dónde uno procede, adónde va, y qué debe hacer aquí abajo; cuando no se sabe lo que es el hombre y la creación; cuando todo es enigma, misterio, y motivo de dudas y alarmas? Vivir en paz con esta ignorancia es cosa imposible y contradictoria.»

No sólo por su origen, sino también por su destino final, ha de ser educado cristianamente el niño.

El hombre ha sido creado, dice San Agustín, para conocer á Dios, conociendo amarlo, amando poseerlo, poseyendo gozarlo... Por tanto, luego que el niño llegue á los años de la discreción, debe pensar en Dios é inquirir su ley para cumplirla y conseguir su fin; por lo cual conviene instruirlo en la religión cristiana y en su vocación positiva.

Los padres de familia, en cuanto á la educación religiosa, son mandatarios de la Iglesia, pero designados por la naturaleza; de modo que han de intervenir en esta educación en nombre y de orden de la Iglesia, á cuya autoridad están sujetos por completo, en esta materia. Ellos deben enseñar personalmente la religión á sus hijos; porque á los padres ha concedido Dios esta potestad con dependencia de la Iglesia, á la que únicamente, por derecho divino, fué confiada la enseñanza religiosa, derecho que ella delega á los padres como á sus vicegerentes. La obligación que en esta materia pesa sobre ellos, es muy grave, y por lo mismo incurren en enorme responsabilidad contra Dios, la sociedad y la naturaleza, cuando son negligentes en la formación piadosa de sus hijos¹.

¹ Cf. Gotti, *Senectutur educatio*. — *Cathrein*, Philos. moralis thes. 88.

4. Educación secundaria ó pública.— La primera educación termina luego que el niño ha adquirido el pleno uso de la razón y su organismo puede soportar el trabajo. Principia entonces la educación secundaria ó pública, cuya dirección corresponde también á los padres, quienes, como carecen generalmente de tiempo, y á veces de conocimientos, para ocuparse en ella, se valen de maestros que hagan sus veces.

Por ser esta educación de muchísima importancia, trato de ella en el capítulo siguiente, al cual remito al lector.

5. Educación última ó social.— Concluida la educación secundaria, viene la última ó social, que es también de positiva transcendencia, pues comprende aquel período de la vida del joven en que, terminada su formación científica y literaria en la escuela y colegio, debe resolver acerca de su posición en el mundo, y adoptar un estado permanente de vida, para entrar de lleno en el comercio social.

Como los derechos de los padres son sagrados y se fundan en la ley natural y divina, los hijos deben, en todo tiempo, respetarlos y obedecerlos, consultarlos en los asuntos graves y en la elección de estado de vida. A su vez, los padres han de emplear para con sus hijos, en esta última educación, exquisito cuidado y la previsión más atenta; han de estudiar sus inclinaciones y carácter, darles buen ejemplo, encomendarles mucho á Dios y procurar, sin timidez, pero al mismo tiempo con prudencia, terminar la formación de ellos.

«La influencia de las preocupaciones mundanas y no sé qué miedo pusilánime, hace que la mayor parte de los padres teman entregarse á esta obra que les ha sido confiada, forjándose voluntarias ilusiones sobre el cumplimiento de este deber sagrado, esforzándose en persuadirse á sí mismos que la educación termina con el colegio; que á los dieciocho años un joven está ya formado, ó no lo estará jamás; que no es posible ya mandarle ni sujetarle; que con esto se le haría antes mal que bien, etc., etc. ¿Quién no ha oído proclamar tales ideas? ¿Quién no ha visto cómo bajo tan especiosos pretextos abdicán definitivamente muchos padres toda su autoridad?

«Ciertamente, esta autoridad no ha de dejarse sentir de una manera ruda; porque la última educación exige, á la vez que atención y solicitud continuas, los miramientos más delicados. Á los cuidados más asiduos deben agregarse una habilidad, una energía y dulzura extremadas; pero, por lo mismo que esta educación es la más difícil de todas, es preciso que los padres se dediquen á ella; pues si ellos no lo hacen ¿quién les suplirá?»¹

6. En la educación última han de atender los padres especialmente á las amistades de sus hijos, á sus lecturas y reuniones, y á su vocación.—De cuatro cosas han de cuidar los padres con esmero, especialmente en la última educación de sus hijos, á saber: de sus amistades, de sus lecturas, de las reuniones y espectáculos á que concurran, y de su vocación.

Desde la juventud comprende el hombre las ventajas de la vida social, le interesan los asuntos públicos, las ideas principian á bullir en su mente, y su corazón busca personas á quienes confiar sus impresiones y confidencias. En una palabra, encuentra el joven limitado el horizonte del hogar; necesita de amigos y de relaciones para compartir sus ideas y afectos, y de este modo ensanchar sus conocimientos y ponerse en contacto con el mundo.

La amistad, cuando es verdadera, desinteresada, y sobre todo cristiana, es un grande alivio en los pesares de la vida, y un estímulo poderoso para conocer la verdad y practicar el bien. *El amigo fiel es una defensa poderosa; quien le halla, ha hallado un tesoro... Bálsamo de vida y de inmortalidad es un buen amigo; y aquellos que temen al Señor, lo encontrarán*². Por el contrario, un mal amigo causa daños incalculables al hombre, en especial durante la edad juvenil, en que los ejemplos perniciosos ejercen mayor influjo en el alma. *El amigo de los vicios se asemejará á ellos*³. El

¹ Dupanloup. El matrimonio cristiano.

² Amicus fidelis protectio fortis; qui autem invenit illum, invenit thesaurum... Amicus fidelis, medicamentum vite...; et qui metunt Dominum invenient illum» (Eccli. vi, 14—16).

³ «Amicus stultorum similis efficietur» (Prov. xiii, 20).

*hombre inicuo halaga á su amigo y le guía por malos caminos*⁴.

Según estas máximas de la eterna Verdad, deben los padres procurar á sus hijos buenos amigos y apartarlos de los que les sean perjudiciales. «Este punto es capital», dice Mons. Dupanloup. «Es evidente que á un joven le convienen amigos de su edad; pero ¡cuán delicada es esta elección, y cuán difícil gobernar bien al joven en sus amistades! He aquí lo que aconseja Fenelón á los padres: 'Hay que emplear muchas precauciones en la elección de los amigos y limitarse á tenerlos en muy corto número. Evitense, ante todo, los amigos que no temen á Dios y sacuden el yugo de la religión; de otro modo, éstos perderán á nuestros hijos, por mucha que sea la bondad de su corazón. Buscad, en lo posible, para ellos amigos más ó menos de su misma edad, y cuidad de que con los amigos íntimos tengan el corazón abierto, sin reservas ni secretos, excepto en los asuntos de otro y en las cosas que vosotros juzgáis conveniente que tengan reserva. La amistad ha de ser efusiva, desinteresada, fiel, constante, pero no ciega, hasta el punto de no ver los defectos de los amigos y los diversos grados de su mérito; ha de ser generosa, de modo que se les atienda en sus necesidades y no se les vuelva las espaldas en los días de desgracia.'»⁵

El joven que cultiva sus facultades y aspira á ocupar puesto honroso en la sociedad, no se contenta sólo con tener amigos, sino que también se empeña en instruirse con la lectura de las obras que ha producido y produce el ingenio humano. Y si, en la elección de los amigos que han de tener los hijos, deben fijarse mucho los padres, ¡cuánto mayor cuidado deben emplear en la de los libros, que son amigos excelentes ó perversos del joven, según sus enseñanzas sean buenas ó malas! Por lo mismo que su inteligencia y voluntad están en época de formación, las lecturas hechas en la primera edad se graban profundamente en el alma é influyen muchísimo en su formación moral.

⁴ Vir iniquus læcet amicum suum, et ducit eum per viam non bonam» (Prov. xvi, 29).

⁵ Dupanloup. De la educación.

En los tiempos desgraciados en que vivimos, la juventud corre gran peligro de perderse por los abusos de la prensa, de la novela, del teatro, que, con mucha frecuencia, procuran difundir el error, pervertir el corazón y corromper las costumbres, mediante el rechazo u olvido de la ley divina y el estímulo que reciben las más vergonzosas pasiones, cuyo desenfreno se permite y aun aplaude en nuestros días.

¡Cuánta vigilancia necesitan los padres á fin de preservar á sus hijos del veneno de las malas lecturas, de los espectáculos que hician al vicio, de las reuniones en que naufragan la inocencia y la moral! En otro lugar de esta obra indicaré algunas reglas para la elección de los libros cuya lectura puede aprovechar al joven. Por ahora, baste recordar á los padres estas preciosas advertencias que les hace Mons. Dupanloup¹: «No olviden en el hogar doméstico de velar con severa atención sobre todas las palabras que se pronuncian: los niños están siempre atentos y comprenden más de lo que se cree; y una sola palabra puede causarles una herida mortal. Separen cuidadosamente todo objeto peligroso: los malos libros, las malas revistas, los malos periódicos, y todo cuanto pueda serles nocivo.... Desde la más tierna edad, velen sobre sus hijos, sin desatender los menores detalles y precauciones, á fin de evitar lo malo. Manera de vestir, cuidado para alejar del niño cuanto no es conforme á la más rigurosa modestia, vigilancia para inspirarle hábitos de pudor y de respeto. Al mismo tiempo procuren apartar de sus ojos y oídos todo lo que sea peligroso; destiernen completamente del hogar doméstico toda palabra libre, todo escrito nocivo, todo objeto de escándalo; vigilen, en fin, cuanto le rodea y se le acerca: sirvientes, camaradas, parientes, hermanos y hermanas; toda esta solicitud es necesaria para salvar al niño y conservarlo puro é inocente.»

Desgraciados los padres á quienes pueden aplicarse estas palabras de Tácito²: «Algunas veces los mismos padres acosumbran á sus hijos, no á la probidad y á la modestia, sino á la lascivia y á la licencia; y estas otras de Quintiliano:

¹ De la educación.

² Dial. de orat. 29.

«Nosotros mismos les enseñamos lo malo; ¿de nosotros lo aprendieron!»

En lenguaje católico se llama *vocación*, el acto sobrenatural de la Providencia por el que Dios elige á cada hombre para un género determinado de vida, y le concede las dotes y auxilios convenientes para el debido desempeño de él.

Aun cuando Dios ha prescrito una sola ley fundamental á todos los hombres y los destina al mismo supremo fin, quiere que cada uno siga un camino especial y abrace en el mundo un estado de vida fijo, que lo ha de conducir al cielo. Por lo que dice San Pablo: *Cada cual recibe de Dios su propia don: quien de una manera, quien de otra*¹.

Según esto, los padres (cuyo poder para regir la familia les viene de Dios, á quien deben dar gloria en el hogar doméstico) han de estudiar atentamente las inclinaciones de sus hijos y sondear su corazón, á fin de conocer su vocación y de auxiliarles, por su parte, en el cumplimiento de los designios de lo alto. Hay tres señales de la vocación divina para un estado particular: 1.^a la inclinación constante y deliberada hacia un estado que se jurga más á propósito para conseguir la eterna salud; 2.^a la idoneidad ó aptitud para el desempeño de los deberes inherentes á ese estado; 3.^a la carencia de impedimentos para poderlo abrazar². Conforme á estas reglas, pueden los padres formar dictamen acerca de la vocación de sus hijos.

Aun cuando el hombre puede servir á Dios en cualquier estado, es indudable que, á más del camino ordinario de santificación, que recorre la inmensa mayoría de los cristianos, Dios llama á algunos, por una senda peculiar, á un estado más excelente y perfecto, á fin de que adquieran mayor grado de virtud y se ocupen con ahínco y por completo, ya en defender los derechos de la Iglesia, ya en gobernarla, ya en dirigir á las almas al cielo, ya en consagrarse sin tregua á la práctica de los consejos evangélicos. Los sacerdotes y religiosos forman esta nobilísima falange, unida tan de cerca á Dios y encargada de aquellas excelentes obras.

¹ I Cor. VII. 7.

² Cf. *Mare*, Instituciones morales.

Cuando Dios ha depositado en el alma de un niño la preciosa simiente de esta vocación divina, los padres, lejos de ahogarla, deben facilitarle los medios de que germine y se desarrolle; y si, después de emplear las medidas que aconseja la prudencia cristiana, conocieren que Dios quiere á un joven exclusivamente para sí, se lo han de entregar con generosidad al Señor, que es dueño absoluto de todo, y bendecir su misericordia, por haberse dignado llamarlo á un honor, incomparablemente más alto que todas las grandezas y dignidades del mundo.

¡Cuántos padres, por desgracia, contrarian la voluntad divina con respecto á la vocación de sus hijos, ó, por lo menos, no cuidan de fomentar sus buenas inclinaciones y de auxiliarles con prudentes consejos en asunto de tanta transcendencia! ¡Cuántos se creen árbitros del destino de sus hijos, siendo así, como dice San Pablo, que éstos no se pertenecen á sí mismos ni á sus progenitores, sino á Jesucristo! El olvido de esta verdad es la causa de la ruina temporal y eterna de muchos jóvenes, así como de los males que sufren no pocas familias. Uno de los corifeos de la revolución francesa del siglo XVIII deseó en su infancia hacerse religioso; pero como sus padres se opusieron, olvidó pronto ese buen propósito, se entregó á los vicios, y vino á ser uno de los monstruos que afrentan al linaje humano.²

¹ «Non eris vestris» (1 Cor. vi, 19). «Vos autem Christi» (1 Cor. xii, 13).

² Una revista francesa, *Le Bulletin Mensuel des œuvres de la jeunesse*, refiere en estos términos el hecho á que hemos aludido en el texto: «Un *coadjuteur* *francés*. Algún tiempo antes de la gran revolución de 1789, un joven perteneciente á una buena familia burguesa, se presentó al superior de una casa de capuchinos, suplicándole examinase su vocación. Después de madura reflexión, el Padre guardián dijo al joven que lo creía llamado á la vida religiosa, y le dio una carta de obediencia para el convento vecino. Retiróse el penitente proferido de este documento; mas, antes de entrar en el convento se creyó obligado á hacer una última visita á su familia. Aconsejóle que era fácil prever: los padres y los amigos del joven se empeñaron en disuadirlo de su intento, alegándole que los tiempos eran malos y que las comunidades religiosas estaban en desgracia. Estas reflexiones produjeron el efecto que se deseaba: el aspirante al estado monástico desistió de su proyecto; se trasladó á París, estudió leyes y se hizo abogado. Más tarde fué llamado á desempeñar un gran papel en los sucesos que comovieron

El modelo que los padres han de tener presente para cumplir bien su misión, es Dios mismo, que se ha constituido en guía y maestro de la humanidad. Él es señor de cuanto existe; es padre de todos los hombres, á quienes gobierna con suavidad y fortaleza. ¡Cuán admirables lecciones se ha dignado dar á cuantos tienen la honrosa misión de educar al hombre! Por una parte dicta leyes al entendimiento y á la voluntad, á fin de que no se extravíen, y por otra les comunica fuerzas para cumplirlas. Y como Dios es padre por excelencia, guía nuestros pasos; nos muestra los peligros, nos asiste é ilumina, nos alienta con la esperanza del premio; pero también nos castiga con mano cariñosa cuando nos alejamos de la senda del deber. La temura y la fortaleza, admirablemente combinadas, resplandecen en la conducta de la divina Providencia para con el hombre. La tranquilidad de la conciencia, el aplauso de los buenos, las dulzuras de la piedad, la calma del espíritu, la esperanza sobre todo de una eternidad dichosa, son los medios empleados por Dios para estimularnos á la práctica del bien; y, á su vez, la angustia del corazón, el tedio de la vida, la incertidumbre del porvenir, el desaliento y la amargura producidos en el alma por el vicio, son la voz de alerta que da Dios al hombre para separarlo del camino del error y de la iniquidad.

¡Cuán bien educarían los padres á sus hijos si, á imitación de Dios, emplearan con éstos cierta energía templada por la prudencia; si fueran solícitos en darles buenos ejemplos y consejos oportunos; si vigilaran sus pasos y los precavieran de los lazos del mundo; si con nobles industrias despertaran en ellos el amor á la verdad y á la virtud; si con brazo fuerte apartaran de los labios de sus hijos la copa envenenada del placer; si, finalmente, se convencieran de que la paternidad es una especie de *sacerdocio* y el hogar doméstico un templo, en que se ha de aspirar al ambiente del bien y se ha de fortalecer al hombre para las luchas de la vida!

el suelo de Francia. ¿Por qué no decir su nombre? ¡Se llamaba Maximiliano Robespierre! ¡Cuántos males habría ahorrado este hombre á su país si hubiese seguido su vocación!»

Tengan, en fin, en cuenta los padres, que la educación tiene que ser principalmente obra de dulzura, de paciencia y de cariño, antes que de dureza, de rigor y de fuerza. Para lo que han de imitar á Dios, que *abarca fuertemente todas las cosas... y las ordena todas con suavidad*¹. La autoridad interviene, sin duda, en la educación, sobre todo moral; pero no debe aquella constreñir y anonadar al niño, sino despertar y dirigir sus facultades, de modo que se desarrollen y perfeccionen, cuidando de evitar cuanto las aleja del fin señalado por el Creador. En una palabra, es preciso que el niño sea libre, bajo la acción poderosa, activa y vigilante de la educación; es preciso decidir, contener y regir su voluntad, formar su corazón y su conciencia, pero sin forzar ni alterar la naturaleza del niño.... La indignación, la impaciencia, la antipatía, son nocivas en la educación; la autoridad seca y absoluta, la disciplina militar, la fuerza material, no producirán jamás buenos resultados en esta obra importante.²

7. Peligros de la edad juvenil. Precauciones que han de emplear los padres en esa época difícil.— A medida que el joven avanza en la carrera de la vida, luego que el mundo le seduce con sus halagos y las pasiones agitan su alma, los padres deben desplegar mayor vigilancia y discreción para libertar á sus hijos de los peligros que los rodean. Se hallan éstos en la época más crítica, próximos á terminar su aprendizaje y á entrar de lleno en la vida social; su imaginación les presenta todo con color de rosa, el placer los aguijonea y la gloria misma los embriaga con sus triunfos. El joven se ve entonces solicitado por contrapuestos deseos: el bien y el mal, la verdad y el error libran tenaz batalla en su cabeza y en su corazón; por lo que necesita de guía diestro que le saque ileso del riesgo y le auxilie á obtener el triunfo. Ahora bien, los padres, que deben estar penetrados de la altura de su misión y de las obligaciones de la paternidad, son ante todo los llamados á desempeñar el arduo ministerio de dirigir al hombre en las primeras campañas de la vida.

¹ Ssp. VIII, 1.² Dupanloup. De la educación.

No puedo ver á esa edad —la de la juventud— tan brillante y que debiera ser siempre tan pura; á esa edad tan brillante y que debiera ser siempre tan noble; á esa edad de las grandes ideas, de los afectos generosos, de las inspiraciones heroicas; no puedo verla, sin la mayor amargura de mi alma, cautiva de las pasiones que la degradan, dice Mons. Dupanloup, cuyas hermosas reflexiones nos complacemos en transcribir. No puedo ver, sin pena, que el mundo le arrebatase esa doble corona de inocencia y de felicidad que tan bien le sienta.

¡Ah! ¡qué grande es la tarea de un padre y de una madre al llegar el momento de esas crisis supremas! Entonces, cuando su acción puede dejarse sentir admirablemente, debe ser más exquisita y profunda su solicitud, más atenta, más activa, más solemne su previsión; entonces, cuando su ternura es más viva, por más que se inquiete, debe ante todo manifestarse tranquila, digna, reservada, paciente; entonces, en fin, es cuando deben los padres redoblar el amor, los discretos miramientos y los ingeniosos cuidados que son necesarios para que se atravesase sin daño esa edad, capaz de igual ardor para el bien y para el mal, á fin de ayudarla á sacar la razón y la virtud victoriosas de los más terribles combates.

Acontece entonces que el padre otorga á su hijo esas largas é íntimas conversaciones en que el joven descubre gustoso toda su alma. Las virtudes de su padre, sus ejemplos, sus consejos, su bondad, su gravedad, su experiencia, todo esto impresiona al joven, lo ilustra y fortifica. Embriagado por una loca pasión, sucumbía quizás su corazón á un feroz dolo, no se sentía ya con fuerzas para resistir al mal que por todas partes le impulsaba; acaso se hallaba ya á punto de olvidarse de sí mismo, sacudiendo todo pudor. Pero al lado de su padre recobraba de nuevo la razón, la conciencia, la virtud, el valor para triunfar del vicio y de sus vergonzosos placeres.... No, jamás ponderaré bastante la sublimidad de ese ministerio de ternura y discreción que un padre y una madre tienen que desempeñar. Pero, lo conozco y lo repito, son menester tal delicadeza, paciencia y tolerancia, á veces, tal manera de insinuarse, una mezcla de dulzura, de firmeza

y, en ocasiones, un tacto y finura de que únicamente los padres son capaces. Sólo el amor paternal y maternal, tan tierno por la naturaleza como fuerte por la fe, puede sugerir en este punto seguras inspiraciones. En esa hora temible, en que el mando se escapa de las manos, es preciso conservar la más alta autoridad y ejercer la acción más enérgica; en esos momentos en que el joven casi no se conoce á sí mismo, es necesario entrenar su libertad y domar su corazón; pero, ¿quién no reconoce que ese corazón requiere contemplaciones exquisitas, y que es indispensable tratar con singular tino á esa libertad que se desencadena? ¿Y quién mejor que un padre y una madre podrá prestarse á semejantes atenciones y cuidados?!

Fenelon, que con tanta maestría ha escrito sobre educación, da los siguientes consejos á los padres de familia, á fin de que procedan con acierto en la época en que sus hijos son víctimas de una *crisis moral*, por efecto de las pasiones desbordadas: «No vayáis demasiado en su busca; dejadle que venga á encontraros; no le contempléis con debilidad, mas tampoco hagáis alarde de autoridad fuera de tiempo; no le incomodéis; no pretendáis darle lecciones importunas, sino decidle con sencillez y brevedad, y de la manera más dulce que os sea posible, las verdades que necesita saber; y esas verdades no se las manifestéis sino á proporción de la necesidad que de ellas experimente y de las disposiciones que ofrezca su corazón; deteneos inmediatamente que sospechéis se halla fatigado. No hay nada tan peligroso como dar más alimento del que se puede digerir. El respeto debido á esa edad y el verdadero bien que se desea alcanzarle requieren una delicadeza, unos miramientos y una suave persuasión que ruego Dios quiera concederos».

¹ Cf. *Duganlop*. El matrimonio cristiano.

CAPÍTULO QUINTO.

LA EDUCACIÓN SECUNDARIA Y SUPERIOR.

1. Qué es la educación secundaria y cuál es su objeto. — 2. Cuidado sumo que exige la educación secundaria ó pública. — 3. La religión y la virtud son el fundamento de esta educación. — 4. Obligación de los padres de confiar sus hijos á buenos maestros. — 5. Dotes que han de tener éstos. — La educación superior ó universitaria, su importancia y manera de encaminarla. — 7. La educación nacional ó cívica.

1. Qué es la educación secundaria y cuál es su objeto. — La educación secundaria, llamada también *segunda enseñanza*, la recibe el niño fuera del hogar paterno en los colegios ó establecimientos de instrucción media. Algunos padres buscan maestros de confianza, para que en el recinto del hogar instruyan á sus hijos; pero esto acontece raras veces; porque en muchos países ha monopolizado el Estado la enseñanza secundaria, y si permite establecer colegios de instrucción libre, los sujeta á trabas muy pesadas, so pena de negar valor oficial á los exámenes dados en dichos colegios y de declararlos sin opción á grados académicos.

El objeto de la segunda enseñanza es la *cultura general* del alumno, ó sea proporcionarle nociones en los varios ramos del saber humano, como medio de despertar inclinaciones que den á conocer la profesión á que se ha de dedicar después y determinen su voluntad á ulteriores estudios.

Por tanto esta enseñanza cumplirá mejor su fin mientras abarque mayor número de asignaturas y de materias; es decir, mientras sea más extensa.

«El fin de la segunda enseñanza», dice el cardenal Gerdil, «es formar el ánimo del alumno, ejercitar su entendimiento, ponerlo en disposición de caminar por sí mismo y hacerle ensayar sus fuerzas, comunicando al joven afición y aptitud para instruirse por sí solo durante el resto de su vida; porque el aprendizaje de la sabiduría no tiene término.» «El nombre de gimnasio dado en Alemania á los institutos de segunda enseñanza, está muy bien escogido», dice Lenormant; «porque manifiesta cuál es el principal objeto de esta clase de estudio: los alumnos adquieren allí la fuerza necesaria para las lides

y, en ocasiones, un tacto y finura de que únicamente los padres son capaces. Sólo el amor paternal y maternal, tan tierno por la naturaleza como fuerte por la fe, puede sugerir en este punto seguras inspiraciones. En esa hora temible, en que el mando se escapa de las manos, es preciso conservar la más alta autoridad y ejercer la acción más enérgica; en esos momentos en que el joven casi no se conoce á sí mismo, es necesario entrenar su libertad y domar su corazón; pero, ¿quién no reconoce que ese corazón requiere contemplaciones exquisitas, y que es indispensable tratar con singular tino á esa libertad que se desencadena? ¿Y quién mejor que un padre y una madre podrá prestarse á semejantes atenciones y cuidados?!

Fenelon, que con tanta maestría ha escrito sobre educación, da los siguientes consejos á los padres de familia, á fin de que procedan con acierto en la época en que sus hijos son víctimas de una *crisis moral*, por efecto de las pasiones desbordadas: «No vayáis demasiado en su busca; dejadle que venga á encontraros; no le contempléis con debilidad, mas tampoco hagáis alarde de autoridad fuera de tiempo; no le incomodéis; no pretendáis darle lecciones importunas, sino decidle con sencillez y brevedad, y de la manera más dulce que os sea posible, las verdades que necesita saber; y esas verdades no se las manifestéis sino á proporción de la necesidad que de ellas experimente y de las disposiciones que ofrezca su corazón; deteneos inmediatamente que sospechéis se halla fatigado. No hay nada tan peligroso como dar más alimento del que se puede digerir. El respeto debido á esa edad y el verdadero bien que se desea alcanzarle requieren una delicadeza, unos miramientos y una suave persuasión que ruego Dios quiera concederos».

¹ Cf. *Organismo*. El matrimonio cristiano.

CAPÍTULO QUINTO.

LA EDUCACIÓN SECUNDARIA Y SUPERIOR.

1. Qué es la educación secundaria y cuál es su objeto. — 2. Cuidado sumo que exige la educación secundaria ó pública. — 3. La religión y la virtud son el fundamento de esta educación. — 4. Obligación de los padres de confiar sus hijos á buenos maestros. — 5. Dotes que han de tener éstos. — La educación superior ó universitaria, su importancia y manera de encaminarla. — 7. La educación nacional ó cívica.

1. Qué es la educación secundaria y cuál es su objeto. — La educación secundaria, llamada también *segunda enseñanza*, la recibe el niño fuera del hogar paterno en los colegios ó establecimientos de instrucción media. Algunos padres buscan maestros de confianza, para que en el recinto del hogar instruyan á sus hijos; pero esto acontece raras veces; porque en muchos países ha monopolizado el Estado la enseñanza secundaria, y si permite establecer colegios de instrucción libre, los sujeta á trabas muy pesadas, so pena de negar valor oficial á los exámenes dados en dichos colegios y de declararlos sin opción á grados académicos.

El objeto de la segunda enseñanza es la *cultura general* del alumno, ó sea proporcionarle nociones en los varios ramos del saber humano, como medio de despertar inclinaciones que den á conocer la profesión á que se ha de dedicar después y determinen su voluntad á ulteriores estudios.

Por tanto esta enseñanza cumplirá mejor su fin mientras abarque mayor número de asignaturas y de materias; es decir, mientras sea más extensa.

«El fin de la segunda enseñanza», dice el cardenal Gerdil, «es formar el ánimo del alumno, ejercitar su entendimiento, ponerlo en disposición de caminar por sí mismo y hacerle ensayar sus fuerzas, comunicando al joven afición y aptitud para instruirse por sí solo durante el resto de su vida; porque el aprendizaje de la sabiduría no tiene término.» «El nombre de gimnasio dado en Alemania á los institutos de segunda enseñanza, está muy bien escogido», dice Lenormant; «porque manifiesta cuál es el principal objeto de esta clase de estudio: los alumnos adquieren allí la fuerza necesaria para las lides

futuras, ejercitan sus facultades y aprenden, en suma, á estudiar.²

2. Cuidado sumo que exige la educación secundaria ó pública.—Conocido el fin de la educación y los derechos que en ella competen á los padres de familia y á la Iglesia, corresponde ahora tratar de la educación secundaria y de los graves deberes que impone á aquellos. De suma transcendencia, en el orden social y religioso, es este asunto; por lo que, á más de las verdades generales antes enunciadas, voy á exponer otras especiales enseñadas por la Iglesia católica y por la recta razón.

Terminada la primera educación, que es de la exclusiva incumbencia del padre y de la madre, llega el momento en que el niño debe transpasar el umbral doméstico; porque la enseñanza que en el recibe es ya insuficiente, y necesita instruírse, cultivar sus facultades, y prepararse para cumplir la misión que Dios le señalara en el mundo. Hasta entonces la casa paterna ha sido la única escuela del niño; en adelante debe recibir la enseñanza pública y el abundante tesoro de la ciencia, que, á cargo de los maestros, es el complemento de la educación doméstica. Gran cuidado y vigilancia exige el joven en esta época de la vida, porque, si es dirigido por malos maestros, si se rodea de amigos perniciosos y se entrega á la lectura de libros corruptores, su ruina es inevitable.

El hombre en el estado actual, es como un enfermo aquejado de gravísima dolencia: por tanto, la educación debe respetar y mantener las partes sanas de la humana naturaleza, y amputar y destruir, á semejanza de inexorable cirujano, cuanto puede conservar en el alma el virus del mal. A los golpes del cincel convierte el artista la piedra tosca en hermosa estatua. Igualmente, aprendiendo el hombre en la escuela de la virtud y de la verdad, conservará en sí clara y luminosa la divina imagen que le imprimió en el alma el Supremo Hacedor.

3. La religión y la virtud son el fundamento de la educación secundaria.—En el capítulo anterior se

² Véase el opúsculo «La segunda enseñanza en España», del cual hemos tomado las dos citas consignadas en el texto.

ha dicho ya lo bastante acerca del deber que tienen los padres de formar á sus hijos en el temor de Dios, desde la primera edad; pero como en el presente se trata de la educación secundaria, es preciso manifestar que también en ésta ocupa el primer lugar el elemento religioso; y que, por lo mismo, tienen los padres el estricto deber de buscar para sus hijos maestros cristianos. Conviene mucho inculcar esta obligación; porque aun algunos que rechazan como perjudicial la educación irreligiosa, juzgan erradamente que se puede eliminar de la escuela la instrucción religiosa, que debe ser dada sólo en los templos y en el hogar doméstico. También otros creen equivocadamente que los padres de familia y los ministros del culto son los únicos llamados á promover la piedad entre los jóvenes.

Si la educación es obra difícil; si ella se propone contrarrestar las dañadas inclinaciones de nuestra viciada naturaleza y sustituirlas con hábitos de honradez y moralidad, no puede prescindir de la religión en ningún tiempo ni lugar, y mucho menos en la época en que forma al hombre, so pena de no lograr el noble fin que intenta. La educación ha de tener siempre delante el destino sobrenatural del hombre; ni ha de olvidar que esta vida transitoria se halla íntimamente ligada á la futura, y que las acciones humanas nos conducen al último fin, ó nos apartan de él. Así que, al aprendizaje de las ciencias, debe unirse el de la religión, que con sus dogmas, cimiento de la sabiduría, y con la moral, norma de las acciones, abre amplios horizontes á la inteligencia y da en especial reglas admirables para la dirección de las costumbres y el ejercicio de las buenas obras. Sobre todo, en la actual condición del hombre, en que siente á menudo los incentivos del placer y el hormigueo de las pasiones, no puede triunfar de tan terribles adversarios, sin el auxilio sobrehumano que Dios comunica al corazón del humilde creyente.

Prescindir de la religión en la obra tan difícil de educar la juventud, es privarla de su mejor apoyo y consejero, para que se extravíe y quede á merced de sus ardientes apetitos. La religión es la brújula que indica el rumbo del viaje y

señala los derroteros á la penosa jornada de la vida. Todo sistema de educación que prescinde del elemento religioso es instable ó produce frutos envenenados, ha dicho el Conde de Maistre¹.

Oigamos lo que acerca de la instrucción moral y religiosa de los niños dice el ilustre Pontífice León XIII.

«Es menester absolutamente», dice á los obispos de Francia, «que los hijos nacidos de padres cristianos sean desde luego instruidos en los preceptos de la fe, y que la instrucción religiosa se una á la educación, por la que se acostumbra preparar al hombre y formarlo en la primera edad. Separar la una de la otra equivale á admitir que, al tratarse de los deberes para con Dios, la infancia puede permanecer neutral. Sistema falso y pernicioso, sobre todo en una edad tan tierna, á la que se abre la puerta del ateísmo y se cierra la de la religión.»²

«La Iglesia ha tenido siempre maternal carito por la infancia», dice en otra carta, «en cuya protección no ha cesado de trabajar amorosamente, rodeándola de numerosos auxilios. Prueba de ello son las muchas congregaciones religiosas fundadas para instruir á la adolescencia en las artes y en las ciencias, y para formarla, sobre todo en la sabiduría y virtud cristianas. Gracias á esto, la piedad hacia Dios penetraba fácilmente en los corazones tiernos; los deberes del hombre para consigo, para con los otros y para con la patria, se cumplían con puntualidad, dejando las más halagüeñas esperanzas. Justo motivo de amargura tiene ahora la Iglesia al ver á sus hijos arrebatados de su lado, desde la primera edad, para ponerlos en escuelas en las que, si no se elimina todo conocimiento de Dios, lo proporcionan superficial y con mezcla de error; en las que

¹ Essai sur le principe générateur des Constitutions politiques.

² Character qui maxime susceptione e coniugio christiano suboleantur ad religionis precepta erudiri: et eas artes, quibus etas puerilis ad humanitatem informari solet, cum institutione religiosa esse coniunctas. Altera se iungere ab altera idem est ac recipere velle, ut animi pueriles in officia erga Deum ibi neutram partem moventur: que disciplina fallax est, et presertim in primis puerorum statibus perniciosissima, quod revera viam athenianis munit, religionis obsepit. (Encycl. Notulæna Gallorum gen., d. d. 8 Febr. 1884).

no se opone dique alguno al diluvio de errores, ni se da fe al testimonio divino, ni se admite la verdad, que sirve para defenderse de aquéllos. Ahora bien, es sobre manera injusto excluir del recinto de las letras y de las ciencias á la Iglesia católica, que ha recibido de Dios la misión de enseñar la religión, es decir, aquello mismo de que necesita el hombre para conseguir la eterna salud; misión que no ha sido dada á ninguna otra sociedad humana, y que ninguna tampoco tiene autoridad de vindicarla; por lo que la Iglesia la considera como un derecho suyo, y se lamenta de verla desconocida.»³

La virtud brota y florece al atmparo de sólo la religión católica, fuente inagotable de hechos heroicos y madre fecunda de la caridad y el sacrificio. Las hazañas más grandes, los sucesos más gloriosos de que se enorgullece la humanidad, han sido inspirados y realizados por corazones cristianos. El error y el crimen ahogan todo sentimiento magnánimo; la verdad y el bien nos engrandecen y elevan á las regiones de la luz increada. La virtud es inseparable de la verdad y del bien; y cuando aquélla anida en el alma, hay acuerdo entre la cabeza y el corazón, y todas las acciones se subordinan á la consecución del fin supremo. «La inteligencia no se forma ni progresa sino bajo el imperio de Dios», ha dicho

³ «Novellam statim materno Ecclesie semper fovi complexu: eius presidio labores plurimos mansissime impendit et plurima adiumento paravit; in his, famulas honestas hominum religionum constituit, que adolescentiam erudirent in artibus et doctrinis, ac precipue ad sapientiam alerent virtutem christianam. Sic unquam fecit, ut in animis teneros pietas erga Deum facile infunderet, ex qua officia hominis in se alioque et patriam maturissime explicaret, maturissime etiam in optimam spem florent. Ecclesie igitur iusta nunc est ingemendi causa, quum videat in primis etatibus filios suos a se divelli, atque in eos compelli literarios ludos, ubi vel aliter omnino notitia Dei, vel maxime aliquid delibatur de ea porteseque miscetur; ubi collationi errorum nulla repagula, nulla fides documentis divinis, nullus veritatis locus ut se ipsa defendat. Atqui de litterarum doctrinarumque domesticis auctoritatibus Ecclesie catholice prohibere, maxime iniuriarum est, eo quod munus religionis docende, eius videlicet rei qui nemo homo non indiget ad salutis eterne adeptionem Ecclesie a Deo sit datum; nulli vero alii datum est hominum societati, neque societas illa sibi potest adscribere; adeoque ipsa sumum propriumque lus merito affirmat, labefactum conquiretur» (Epistola Officio sanctissimo, d. d. 22 Dec. 1887).

el protestante Guizot. «El alma no se eleva y perfecciona sino bajo el influjo de Dios, que la crió y la juzgará. La instrucción no tiene valor alguno sin la educación, ni la educación sin la religión.» Victor Hugo exclamaba también: «Yo no quiero proscribir la enseñanza religiosa, que la creo ahora más necesaria que nunca. Hay en nuestros tiempos una tendencia perjudicial, acaso la única: á saber, no contar sino con la vida presente.»

Por mucho influjo que ejerza una educación refinada en los espíritus de un temple superior, la razón y la experiencia nos prohíben esperar que pueda existir moralidad, excluyendo los principios de la religión, ha dicho Washington.

Sobre la base de la religión se funda toda la vida del hombre y se determina, por consiguiente, toda su actividad, afirma León Tolstói. «Es por tanto evidente que la educación, es decir, la preparación de los hombres á la vida y á la actividad, debe estar fundada sobre la religión.

«Pero entre nosotros, en nuestro mundo se dice ilusado, no sólo no es reconocida la religión como el punto de partida de la educación, no sólo no es mirada como un asunto importante y necesario entre todos los asuntos; sino que se la considera como á uno de los menores, como á cosa inútil, herencia de la antigüedad (en la cual nadie cree seriamente), que por conveniencia es mal ó bien enseñada en las escuelas. Se comprende que en tales condiciones la educación no puede ser razonable, sino enteramente perversa; pues tratándose de ésta se ha de poner por fundamento una doctrina religiosa que sea conforme al grado de instrucción de los hombres, sin distinción de nacionalidad y de clase.»¹

¹ Transcribimos á continuación el hermoso discurso que, en 15 de enero de 1880, pronunció Victor Hugo en la tribuna parlamentaria, porque juzgamos que su lectura será grata á nuestros lectores, sobre todo en consideración á que la Francia, radical, tan enemiga de la enseñanza cristiana, acaba de conceder los honores de la poetesía al mencionado poeta y escritor. «Señores: Mejor de querer yo proscribir la enseñanza religiosa, la creo hoy día más necesaria que nunca. Cuanto más crece y se eleva el hombre, tiene mayor necesidad de creer. Hay una degradación en nuestros tiempos; puede decirse que casi no hay sino una degradación: la tendencia de reducirlo todo

Lógico es concluir que la religión, al volver dulces y fáciles los graves deberes que pesan sobre el hombre, es la base de la educación; por lo cual, mientras el joven conozca más á fondo los dogmas cristianos, tendrá mayor luz en la inteligencia; y mientras más sepa las leyes de la moral y las ame, tendrá mayor fuerza para practicar el bien y cumplir en este mundo su ministerio de salud y de gloria.

4. Obligación de los padres de confiar sus hijos á buenos maestros.—Una vez que los padres no pueden comúnmente ocuparse por sí mismos en la educación secundaria

á la vida presente. Dando al hombre por fin y único destino la vida terrenal, la vida material, se agravan todas las miserias con la negación de lo que es superior; á la opresión de los desgraciados se agrega el peso insuperable de la nada; y de aquello que no era sino el sufrimiento, es decir, una ley de Dios, se hace la desesperación. De aquí el origen de profundas convulsiones sociales. Señores, yo soy, no lo dudéis, de aquellos que quieren—y ninguno de los que me escuchan puede desconfiar de mis afirmaciones—yo soy de aquellos que quieren, no digo con sinceridad (palabra demasiado débil), yo anhelo con anhelo inexplicable y por todos los medios posibles, mejorar en esta vida la suerte material de los que padecen: mas no olvido que la primera de las mejoras es darles la esperanza. ¡Oh! ¡cómo disminuyen las miserias terrenas, limitadas y fugaces, en todo caso, cuando nos alienta una esperanza infinita! El deber de todos, legisladores ó obispos, sacerdotes ó escritores, publicistas ó filósofos, nuestro deber común es emplear y prodigar, bajo todas las formas, toda la energía social para combatir y destruir la miseria, y, al mismo tiempo, hacer levantar las cabezas hacia el cielo; dirigir todas las almas y sus aspiraciones hacia una vida superior, en que la justicia será cumplida, en que la justicia será satisfecha. Digámoslo muy alto: ninguno habrá sufrido, ni injuste ni inútilmente. La muerte es una redención; la ley del mundo material es el equilibrio, la ley del mundo moral es la equidad. Dios se encuentra al fin de todo. No lo neguemos y enseñémoslo á todos: no habría dignidad alguna en vivir, y todo esto no valdría la pena si debiésemos morir por completo. Lo que alivia nuestras tristezas, lo que santifica el trabajo, lo que hace al hombre bueno, prudente, pacífico, benévolo, justo, á la vez humilde y grande, digno de la inteligencia, digno de la libertad, es tener delante de sí la perpetua visión de un mundo mejor que brilla al través de las tinieblas de esta vida. Yo quiero sinceramente, digo más, yo quiero ardentemente la enseñanza religiosa, pero la enseñanza religiosa de la Iglesia. Señores, en cuanto á mí, yo creo profundamente en ese mundo mejor, y yo declaro aquí que esta creencia es la suprema certidumbre de mi razón, como es la suprema alegría de mi alma.»

de sus hijos, tienen que confiarla a los maestros; pero, para obra tan difícil, deben elegir personas que reúnan las cualidades debidas.

Por esmerada y cristiana que sea la educación doméstica; por más que el niño respire en el hogar el suave ambiente de la virtud; por más que el padre y la madre, constituidos en custodios del tesoro que Dios les ha confiado, hayan depositado en su bella alma la semente del bien; toda esta hermosura, candor y pureza angelicales pueden empañarse y aun desaparecer, si se confía a manos inhábiles y manchadas la educación secundaria de la niñez.

Reflexionen los padres sobre tan grave obligación; recuerden que la escuela debe cimentar y desenvolver la primera enseñanza recibida en el hogar, y eviten de proceder con cautela y acierto en la elección de maestros para sus hijos, convencidos de que el porvenir de éstos depende en gran manera de la buena ó mala dirección que reciben de aquéllos.

5. Dotes que han de tener los maestros.—Los encargados de la enseñanza y formación moral del niño ejercen un ministerio noble y difícil, de grave responsabilidad y consecuencias ante Dios y la sociedad. Un antiguo filósofo llegó á decir que el niño estaba más obligado con el maestro que con el padre, porque si á éste le debía el vivir, á aquél le debía el vivir bien.

«La misión del maestro, si bien por una parte es árida, monótona y casi siempre ingrata, es por otra una alta y noble misión, que tiene por objeto iniciar al hombre en los misterios de la vida intelectual, y crearlo á la existencia del espíritu y del mundo moral», afirma el Dr. Benigno Malo. «Puede decirse que los institutores pronuncian á cada momento esas sublimes palabras: *hagamos al hombre*; y lo que es más grato todavía para el corazón de los padres, es que esos hombres serán hechos á la imagen y semejanza del tipo evangélico y de la vida cristiana.

«La pedagogía no sólo es un arte, es un apostolado. El institutor toma al niño del regazo de su madre, y se apodera de él en toda su plenitud: su alma y su corazón, sus gustos y sus pasiones, su presente y su porvenir, todo queda con-

fiado á la caridad del nuevo padre. Al salir de sus manos el hombre ya se pertenece á sí mismo y entra en el mundo, con la semilla de vicios ó virtudes, de luz ó de errores, que ha recogido en su primer aprendizaje, á las fronteras de la vida. La sociedad entonces comienza á sentir la influencia directa de la educación primitiva que ha recibido la nueva generación: masas con creencias; pueblos que obedecen y aman á sus mandatarios cuando gobiernan bien, y que los detienen, por los resortes legales, en el camino de las aberraciones; gobiernos que no se inspiran más que de los intereses públicos, de la moralidad fiscal, de la protección hacia todos los derechos; jueces justos y justicieros; legisladores independientes é ilustrados; clero sabio y virtuoso; ejército heroico ante el enemigo, y obediente á la ley ante el pueblo; ricos caritativos; pobres no envidiosos, etc. Todo el colorido de este bello cuadro podría deberse á la mano del pedagogo que comienza á fundir en su molde los primeros caracteres de la nueva generación.»

La sociedad nos impone varios deberes y, en especial, la ley cristiana nos manda auxiliarnos mutuamente por medio de obras de misericordia. Entre estas, las espirituales (á las que pertenece enseñar al que no sabe) son, absolutamente hablando, superiores á las corporales: 1.^o porque el don espiritual prepondera sobre el corporal; 2.^o porque siendo el espíritu superior al cuerpo, debe el hombre, con respecto á sí y al prójimo, cuidar más del primero que del segundo; y 3.^o porque los actos espirituales son más nobles que los corporales, que, en cierto modo, son serviles. En la jerarquía de las carreras sociales ocupa el maestro, sobre todo cristiano, un lugar distinguido, por la nobleza de su misión, por el fin que se propone, los motivos que le estimulan y las dificultades que debe vencer. En efecto, la misión del maestro es formar el alma, que vale más que todos los tesoros y grandezas del mundo; su fin es procurar la felicidad temporal y eterna del niño, así como el bien social fundado en el amor á Dios; los medios que emplea son la transmisión de los

¹ Cf. S. Thomas, Summa theol. II II, q. 32, a. 3.

conocimientos que posee, la persuasión y el buen ejemplo; las dificultades que ha de vencer son muchas, nacidas de lo arduo de la enseñanza, de la indole no siempre dócil del niño, de las preocupaciones de la época, y de los obstáculos que los gobiernos sectarios, y á veces los padres de familia, oponen especialmente al maestro cristiano¹.

Varias dotes ha de tener el maestro, ante todo vocación, sin la que no podrá desempeñarse bien. Entre las cualidades físicas debe poseer los sentidos intactos: vista perspicaz, oído delicado; voz agradable, pronunciación clara, maneras cultas y fisonomía benévola. Entre las intelectuales, ha de tener espíritu lógico, para ordenar sus lecciones; imaginación viva, para dar colorido al lenguaje; inteligencia recta y juicio sano, para discernir la verdad del error; memoria bien cultivada, y, sobre todo, conocimientos suficientes en la materia que enseña.

Entre las cualidades religiosas y morales, ha de estar adornado de integridad de costumbres y de corazón piadoso, que hagan de él un modelo de imitación. El institutor cristiano necesita de *espíritu de fe*, ya que la educación se propone cultivar no sólo el entendimiento, sino elevar el alma á la altura de sus eternos destinos. Del espíritu de fe nace el amor sobrenatural al niño, que consiste en hacerle todo el bien posible, en el orden temporal, intelectual, religioso y moral. La vigilancia, la paciencia, la dulzura, la abnegación, en fin, que no repara en sacrificios ni en obstáculos, son otras tantas dotes indispensables al maestro cristiano, quien, en suma, ha de estar colmado de virtudes sólidas que le estimulen á promover la gloria de Dios, el bien del prójimo y la prosperidad pública².

San Jerónimo exige que el maestro sea grave, ajeno á la risa, compuesto, de vida intachable y de grande erudición³.

La ciencia de las lenguas muertas, el gusto por las buenas letras, la filosofía misma no bastan para educar: es menester

el sentimiento de la paternidad moral, el desinteresado amor á las almas todavía en pañales; es necesaria la ciencia del sacrificio, de la inmolación de sí mismo, y el valor de renunciar á todo otro goce doméstico. Más que un gran talento, se necesita para los niños una ciencia que se complazca en hacerse pequeña y un alma comunicativa. El exceso de luz deslumbra la inteligencia y no la penetra.⁴

Santo Tomás de Aquino afirma que los maestros, para formar é instruir debidamente á sus discípulos, han de tener las siguientes cualidades: 1.^a *Mente ingeniosa*, para que sepan elegir lo mejor entre las cosas que puedan enseñarse. 2.^a *Vida honesta*; porque, como dice Séneca, la virtud auxilia mucho á la enseñanza, y los hombres creen más lo que ven que lo que oyen. Largo y penoso es el camino de los preceptos: corto y eficaz el de los ejemplos. Hablar bien y vivir mal es acusarse y confundirse á sí mismo. 3.^a *Ciencia humilde*. San Jerónimo afirma que se debe aprender por mucho tiempo lo que se ha de enseñar. Los pitagóricos prescribían guardar silencio por cinco años, y después hablar á los eruditos. La ciencia ha de ser humilde; porque la que ensorbece no es ciencia pura ni verdadera, y está mezclada con muchos errores. *Donde hay soberbia, allí habrá ignominia; mas donde hay humildad, allí habrá sabiduría* (Prov. 11, 2). 4.^a *Elocuencia*, porque sin ésta poco aprovecha la sabiduría. Cicerón dice que no hay cosa que por una mala narración no pueda ser perjudicada. Auxilian á la elocuencia la *naturalaleza*, ó, mejor dicho, las dotes naturales; la *ciencia*, porque, como afirma el Sabio, para persuadir á otros, es preciso que uno esté antes convencido; el *gesto*, porque la pronunciación apta y el movimiento conveniente del cuerpo son adornos de la elocuencia. 5.^a *Pevicia* en enseñar: para lo que se requiere *claridad* en el razonamiento, á fin de que todos le comprendan; *brevedad*, de manera que no se empleen palabras superfluas, se eviten la prolijidad excesiva y el innoderado laconismo rayano en confusión; *utilidad* en lo que se enseña, de modo que no se ocupe en cosas superfluas ó nocivas: *Ye,*

¹ Cf. *Achille*, *Vademecum de l'educateur chrétien*.

² Cf. *Achille* l. c.

³ *Epist. ad Letam*, de institutione filie.

⁴ P. Chazarn, Le R. P. Lacordaire, sa vie intime et religieuse.

el Señor Dios tuyo, te enseño lo que te importa (Is. XLVIII, 17), y Séneca dice: No se necesitan muchas cosas, sino las que son eficaces¹.

En el plan divino está confiada al padre y á la madre la educación del niño, dice el Padre van Tricht²; al padre, porque la educación es obra de fuerza y energía; y á la madre, porque es obra de ternura y amor. Cuando las necesidades sociales ó los rigores de la suerte apartan al padre y á la madre de esta obra tan grande, viene á reemplazarlos y representarlos un hombre: este hombre es el maestro.... Es preciso, pues, que el maestro tenga en su corazón lo que Dios ha colocado en los corazones reunidos del padre y de la madre: la fuerza, la energía, la ternura y el amor; es preciso, ante todo, que tenga un santo respeto á esa inocente alma en la que sus dedos van á esculpir los rasgos del justo.... Y ¿cómo lo tendrá si él no respeta su propia alma? ¿Cómo plantará en ella los gérmenes de la virtud, si primero no se hallan arraigados profundamente en la suya? ¿Cómo le enseñará á prestar obediencia al deber, si no sabe obedecer él mismo? ¿Con qué derecho le hablará del Dios vivo, nuestro Señor y nuestro Rey, si él mismo delante de ese Dios no inclina su frente y no dobla su rodilla, sumiso y humilde?... ¡Ah! ¿Si se exigiera al maestro que fuese un santo, no se le exigiría demasiado, pues se le confían almas.

«Sabemos bien lo que es educar», pregunta Julio Simón, «cuando queremos confiar nuestros hijos á hombres cuya moralidad consistiera solamente en obedecer á la ley, en no faltar á las conveniencias sociales y en obedecer los reglamentos? ¿Qué es obedecer á la ley? Eso no merece llamarse ni siquiera un hombre honrado, es simplemente no ser un malhechor. Basta tener un poco de educación social, virtud aparente que frisa no pocas veces en la hipocresía.... Ya podéis amontonar decreto sobre decreto y circular sobre circular, todo eso es pura administración, eso no es escuela. El

¹ De erudit. principum lib. 5 (inter op. S. Thome Aqu. ed. Vitis opusci. 37).
Vea la nota en la pág. 50.

² Los niños de la calle.

día en que estéis seguros de que hay en cada escuela un hombre suficientemente ilustrado, profundamente sacrificado al cumplimiento de su deber, yo añadiría, eminentemente religioso y honrado, estad tranquilos acerca de vosotros y del porvenir del país.... La escuela no es un regimiento, ni un convento, ni una oficina: es una sucursal de la familia.¹

«Consideren los padres cuán graves y santos deberes tienen con Dios relativamente á los hijos, á quienes deben educar en el conocimiento de la religión, en la práctica de las buenas costumbres y en el servicio divino; y cuán culpables son cuando exponen á niños inocentes y sin defensa al peligro de maestros sospechosos», dice León XIII. «Deben saber los padres que, en las obligaciones que se derivan de la procreación de los hijos, hay otros tantos derechos fundados en la naturaleza y la justicia, derechos de tal condición, que nadie puede desprenderse de ellos ni cederlos á ninguna potestad, una vez que no es lícito al hombre desligarse de una obligación que tiene para con Dios. Que los padres reflexionen que pesa sobre ellos una grave carga de protección hacia sus hijos, y mucho más grave al tratarse de esa vida superior y más excelente del alma, para la cual deben aquéllos formarlos. Y cuando no puedan hacerlo por sí mismos, deben buscar para sus hijos auxiliares extraños, mas de modo que reciban de maestros autorizados la enseñanza religiosa necesaria.²»

¹ L'Ecole (cita de Van Tricht).

² «Parentes velint animadvertere, quam magna sanctaque officia sibi cum Deo intercedant de liberis suis: ut scientes religiosi, bene morati, Deum pie colentes educare debeant, et faciant alumnos, si etiam credulam et locutur suspectis preceptoribus in discrimen committant. Hinc in officio, simul cum procreatione liberorum susceptis noverint patres familias, totidem iura habere secundum naturam et equitatem, atque esse ciuicium, de quibus nihil licet alibi remittere, nihil cuius hominum potestas licet detrabere, quam officio sibi quibus homo testatur ad Deum, sit per hominem nefas. Hoc igitur parentes repugnet, se magnam quidem omni genere de liberorum tuitione, multo tamen gerere maius, ut eos ad meliorem potiusquam vitam, que animarum est, educant: quod ubi per se ipsi prestare nequeant, sumo prorsus esse vicaria opera aliorum prestare, ita ut necessariam religionis doctrinam ex magistris probatis audiant liberi et percipiant» (Epistola Officium sanctissimum, d. d. 22 Dec. 1887).

De lo anterior se deduce que los encargados de la educación secundaria de la juventud, han de tener instrucción competente, conducta intachable, desinterés, celo por la verdad y el bien: cualidades difíciles de adquirirse, y sin las que no desempeñarán debidamente tan arduo y hermoso ministerio. No debe olvidar el maestro que, por medio de la educación, *crea y forma*, en cierto modo, el alma del discípulo. Cuando se habla á éste con la autoridad y el prestigio que comunican al hombre la ciencia y la virtud, cuando el maestro une á la enseñanza el buen ejemplo, su influjo es provechoso y eficaz en el corazón del alumno.

6. La educación superior ó universitaria, su importancia y manera de encaminarla.—Terminada la educación secundaria, ó, mejor dicho, la enseñanza media, cuyo fin es la cultura general del alumno, tiene éste que completar su formación escolar, adoptando, de acuerdo con sus aptitudes é inclinaciones, una carrera profesional que satisfaga sus legítimos anhelos y le asigne el puesto que le corresponderá en la sociedad.

De esto último se encarga la educación superior, que completa la formación intelectual y moral del joven, durante la vida de colegio, dedicándole á un estudio determinado, que lo ha de cultivar con preferencia á los demás. Como Dios ha dotado desigualmente á los hombres, dándoles á unos aptitud para una cosa y á otros para otra, debe cada uno adoptar la profesión á que se siente llamado y para cuyo ejercicio se siente capaz. Siendo muy variados los conocimientos humanos y corto el plazo de la vida, es preciso no abarcar mucho á la vez, sino dedicarse especialmente al que más le atraiga, á fin de profundizarlo y ser especialista en él. Hacer lo contrario, equivale á dividir las fuerzas del espíritu y á anular ó, por lo menos, restringir la labor intelectual.

El hombre tiene *vocación* en el orden científico, y para que ésta se manifieste es indispensable que sus facultades hayan llegado á la plenitud de su desarrollo y que adquiera un conocimiento á lo menos general de las diferentes ciencias y artes á que ha de consagrar su actividad. De suerte que para formar *especialistas*, esto es, hombres verdaderamente

mente aptos para el estudio y útiles en el ejercicio de las diversas profesiones, es preciso que, á la respectiva disciplina especial, preceda una general, ó sea el conocimiento del árbol de la ciencia, de que pende la rama á cuyo cultivo ha de dedicarse cada uno¹.

Grande es la valía de la educación y enseñanza superior, y debe el joven sacar de ella el mayor provecho posible. Porque la profesión que siga influirá mucho en su posición social, en el orden y método de sus estudios, en el logro de sus deseos, y será para él á modo de compañera inseparable que le servirá de sostén y consuelo en las inevitables peripecias de la vida.

La industria, el comercio, la agricultura, las artes, las ciencias profanas y sagradas, presentan un campo muy amplio á la actividad humana, y entre las profesiones liberales son más nobles las que proceden por móviles desinteresados, buscando ante todo el remedio de las necesidades ajenas y la extirpación de las llagas sociales.

El joven, para elegir con acierto una carrera ó profesión, ha de estudiarse á sí mismo y estudiar sus íntimos afectos, dejándose guiar, no del impulso de las pasiones y del atractivo del placer, sino del dictamen recto de la conciencia y de la voluntad de Dios, que ordena á cada cual ocupar el puesto asignado. ¡Cuántos jóvenes, por proceder ligera ó erróneamente en asunto tan delicado, esterilizan su actividad, dan rumbo equivocado á sus facultades y son como ruedas fuera de su lugar en el mecanismo social!

La religión, con sus enseñanzas y saludables estímulos, ha de ser la consejera del joven en esta época de la vida, y entre sus estudios ha de darle lugar preferente, cuidando de adquirir un conocimiento profundo de ella. Si los que gobiernan la Iglesia han de ser capaces de enseñar la sana doctrina y de redargüir á los que la contradicen²; también, guardada la proporción debida, el joven que se precia de católico é ilustrado, necesita poseer la ciencia religiosa

¹ Cf. el opúsculo «La segunda enseñanza en España».

² Tit. 1.º 9.

suficiente para darse cuenta de sus creencias y defenderlas con entereza.

Algunos afirman que la enseñanza superior de la Universidad ha de ser neutral, porque ella se limita á la ciencia pura, y no á la ciencia católica ó atea. Tal aseveración es inexacta en el terreno científico y en el moral, por el íntimo enlace que tienen entre sí los ramos del saber y porque el profesor no puede prescindir en la enseñanza de sus creencias y opiniones religiosas. Al tratarse, por ejemplo, de la filosofía, de la historia, de la literatura, del arte, del dogma, de la moral y de las ciencias políticas, ¿cómo prescindir de la Iglesia, cuya doctrina ha influido en todas ellas y ha cooperado á su adelanto? ¿cómo prescindir, sobre todo, de Jesucristo, cuya figura ocupa el punto culminante de la historia, quien por medio de su Iglesia ha civilizado á los pueblos, sacándolos de la noche de la barbarie y conduciéndolos al pleno día de la verdad cristiana?

La ciencia, objetivamente considerada, puede ser neutral en cuanto á las conclusiones que se desprenden de los hechos para tal ó cual creencia; pero no pasa lo mismo cuando es enseñada. «Por el canal del profesor», dice el Padre Targile¹, «se transmite la ciencia al alumno y, durante el trayecto, se tinte con algunos colores. Sólo es buen maestro el que se da á la enseñanza y á los alumnos con todo su alma. Si tiene sus convicciones y creencias, si está habituado á mirar las personas y las cosas bajo cierto aspecto es imposible que no las manifieste en sus lecciones. Enrique Maret expresaba la misma idea, no obstante su radicalismo. La neutralidad, dice, es una palabra vacía de sentido, y sólo puede ser neutral un imbécil; pues, cuando se tiene una opinión, es natural expresarla. Mucho menos puede serlo el encargado de enseñar; porque aquella penetra por todas partes, se insinúa sin cesar, y no se cuenta un hecho histórico sin juzgarlo, ni se emite un pensamiento cualquiera sin que dicha opinión se manifieste claramente. Por esto la neutralidad es un sueño.»

¹ La neutralité de l'enseignement supérieur dans l'Université.

En nuestros tiempos, la enseñanza universitaria en la mayor parte de los países cultos ha sido monopolizada por el Estado, el cual, cuando es sectario, la convierte en arma poderosa contra la educación cristiana. Los católicos pueden preservar á sus hijos del peligro de perversión en la enseñanza primaria y media, porque el Estado permite abrir escuelas y colegios particulares; no así en la instrucción universitaria, que la reserva para sí, á fin de inculcar á la juventud en las nuevas doctrinas de absoluta libertad y tolerancia. La Universidad es la ciudadela en que se encastilla el Estado moderno para asestar sus tiros contra el dogma y la moral católicas, sin que nadie pueda inmiscuirse en sus actos, ni pedirle cuenta del abuso. Sobre todo en los pueblos de raza latina, el Estado se entiene no sólo en dictar los reglamentos universitarios y en conferir grados académicos, sino también en designar textos de enseñanza (con detrimento de los intereses mismos de la ciencia), llegando á excluir de las cátedras á los que rechazan este régimen autoritario, por competentes que sean. En suma, el gobierno civil olvida que sobre todo los altos estudios deben proponerse ilustrar y moralizar á la juventud que pronto regirá á la nación, y los convierte en máquina de guerra contra el catolicismo y sus adeptos.

Así acontece en Francia, donde, bajo un régimen de libertad, han florecido no pocas célebres universidades católicas, blanco del odio de los sectarios que hoy presiden á ese noble país. Según ellos, «á la Iglesia, con sus dogmas y su fe inalterable, debe oponer el Estado la Universidad, fortaleza del pensamiento libre, y á sus maestros corresponde contrarrestar las doctrinas religiosas de la edad media con las que acepta el *esprit nouveau*.» «La Universidad», decía Saint-Marc-Girardin, «da la instrucción, no la educación: nosotros enseñamos, pero no educamos.» Conocidos son los terribles males que la Francia católica está sufriendo en la actualidad, como resultado de la secularización de la enseñanza oficial.

Tenga cuidado el alumno universitario de profundizar el ramo especial que eligiere, á fin de adquirir sólidos conocimientos en él, tanto más que la extensión de la ciencia y la flaqueza de las facultades humanas no permite, como lo dijimos,

adquirir ciencia universal. Los grandes genios han sido, por eso, especialistas, como lo comprueban, en nuestros tiempos, el Padre Secchi, Edison, Pasteur, Menéndez y Pelayo, y otros más.

En cuanto á la manera de dirigir la enseñanza superior, es preferible el método de lecciones orales, que permite al profesor ampliar las ideas del texto y exponer las suyas propias. Limitarse á ejercitar principalmente la memoria del alumno, sujetándole, como á simple escolar, á aprender todo *ad pedem litterarum*, equivale á cortar el vuelo de la inteligencia ó impedir el esfuerzo personal. Este método aprovecha también al joven, que evita de escribir las lecciones orales, lo que ejercita sus facultades y le acostumbra á raciocinar. Teniendo las aptitudes en pleno desarrollo, es natural se sirva de ellas para conocer á fondo la materia profesional y acrecentar con propia cosecha el caudal de observaciones y conocimientos que forman el patrimonio científico de cada uno. De este modo, terminada la enseñanza superior, se hallará el joven en aptitud de ejercer con provecho su profesión, de guiarse por sí en el mundo social, de prestar útiles servicios á sus semejantes y aun de desempeñar cargos importantes á su país.

La organización universitaria en la edad media y en buena parte de la época moderna, dió mucha amplitud á las especulaciones abstractas, á la metafísica, á la teología, y poca á las ciencias naturales, por el mediano desarrollo que hasta entonces habían alcanzado. Bajo la influencia de nuevos métodos, al soplo poderoso del análisis, con Rogerio Bacon, con el canciller inglés del mismo apellido, con Newton, con Descartes, la ciencia ensanchó su cauce, salvando los límites tradicionales. Y merced á esta corriente poderosa del espíritu humano y á sus asombrosas conquistas sobre el mundo físico, las Universidades han ido transformando su organización, adecuándola al progreso en todos los círculos de la actividad humana. Los sucesos políticos desde la revolución francesa han tenido una parte muy considerable en estas transformaciones; y lo que en los varios países llaman Universidad difiere bastante entre sí.

Ya las célebres Universidades de París, Salamanca y Oxford, depositarias de la antigua clásica sabiduría, han desaparecido

ó se han transformado en nuevos centros de amplia y múltiple cultura, hasta ir demasiado adelante en contra de las altas é indispensables ciencias del espíritu.

Una Universidad montada según el sistema moderno, comprendiendo todas las disciplinas y los órdenes todos de la actividad intelectual, se dividiría según algunos en estas secciones:

1.^a Ciencias especulativas y metafísicas: teología, ideología, psicología, cosmología.

2.^a Ciencias físicas y matemáticas: mecánica, astronomía, cosmografía, historia natural.

3.^a Ciencias morales: ética, derecho, política.

4.^a Estética y bellas artes.

7. La educación nacional ó cívica. — Esta educación se propone formar al niño teniendo en cuenta la nación á que pertenece, por el desarrollo del patriotismo, el mantenimiento y la mejora del carácter nacional. Esta educación forma parte de la educación moral, y nos ocuparemos en ella para tratar de todas las clases de educación.

El linaje humano está dividido en varias naciones, por ordenación divina y por varios sucesos de orden natural, que no es del caso examinar. Ahora bien, Dios ha puesto en el corazón de cada hombre un amor vivo hacia el lugar de su nacimiento, amor que es una extensión del que se tiene á la familia; de modo que el patriotismo es virtud moral, que está íntimamente ligada con el sentimiento religioso.

Este afecto instintivo se convierte en convicción ilustrada y profunda por medio de la educación nacional, la que hace conocer al niño la propia patria, por el estudio de su pasado, del presente y del porvenir, conocimiento que produce admiración hacia ella, admiración que fomenta el amor, el que á su vez inspira la abnegación, y ésta el sacrificio sobre las ruinas del egoísmo.

El medio principal de desenvolver y depurar esta virtud cívica es la cultura del espíritu por la instrucción, la que debe estar profundamente penetrada del sentimiento patriótico: sobre todo la historia, que considera á la patria en el pasado, nos recuerda sus hombres ilustres y sus hechos gloriosos; la geografía, que la describe tal cual es al presente;

el derecho, que da á conocer su organización política y administrativa, con las obligaciones impuestas á sus moradores; el canto, que celebra las hazañas de los mayores; los concursos literarios, en que se conmemoran los sucesos notables del país: todo lo que aviva el patriotismo y lo preserva de exageraciones y peligros.

El segundo medio es el sentimiento religioso, que debe servir de base á la educación nacional. En efecto, la patria exige muchas veces la inmolación de uno mismo en aras del bien público; pero el espíritu de sacrificio tiene su principio en la religión, y se adquiere por su medio; por lo que no se la ha de proscribir de la educación, so pena de extinguir el amor abnegado hacia el propio país. El mal cristiano es mal hijo, falso amigo y pésimo ciudadano. La enseñanza anticristiana es también antinacional. La historia comprueba que los pueblos creyentes han sido los más patrióticos, y que, á medida que el indiferentismo ó la impiedad se han enseñoreado de las masas, han caído éstas en el utilitarismo, que amortigua y extingue el amor desinteresado de la patria.

El tercer medio es fomentar el amor á la familia y la piedad filial, inseparables del verdadero patriotismo. Si el hogar doméstico está cimentado en el temor de Dios, existirán también el culto de la patria y la resolución de servirla y procurar su engrandecimiento, cueste lo que cueste. La experiencia comprueba que cuando se relajan los lazos de la familia, se menoscaba el amor patrio; y que, por el contrario, de los hogares honrados salen buenos ciudadanos.

Las naciones, como los individuos, tienen fisonomía moral propia, en armonía con la misión que Dios les asigna. La felicidad ó desgracia de un pueblo depende de que cumpla ó no su destino social, y de que mantenga ó pierda el carácter peculiar, constitutivo de su individualidad política y de su manera de ser. Por esto, la educación patriótica se propone conservar y fortalecer los rasgos del carácter nacional, combatir los defectos, é inspirar á los futuros ciudadanos el culto de las tradiciones y de las costumbres locales¹.

¹ Cf. Achilli, *Vade mecum de l'éducateur chrétien*, cuya doctrina hemos extractado en esta materia.

Hay pueblos que sobresalen por el sentimiento religioso, por el espíritu guerrero, el amor á la justicia, el culto á lo bello, la afición á las ciencias, el carácter industrioso y especulador, las tendencias nobles y generosas. La educación nacional ha de tener en cuenta estas cualidades de espíritu y de corazón, para dirigirles é impedir su extravío; ha de promover el engrandecimiento del propio suelo, el entusiasmo por sus grandes hombres y acciones recomendables; ha de mantener, en una palabra, vivo el amor generoso y abnegado al país natal, sin el que no existe el patriotismo.

CAPÍTULO SEXTO.

LA EDUCACIÓN IRRELIGIOSA Y LA INDIFFERENTE.

1. Qué es la educación irreligiosa y la indiferente. — 2. La escuela laica ó neutra. — 3. Males que ésta causa al niño y á la sociedad. — 4. Establecimientos de enseñanza en que se da poca importancia á la religión.

1. Qué es la educación irreligiosa y la indiferente.—En dos formas se ataca hoy al catolicismo en la escuela: ó rechazándolo de ésta abiertamente, ó prescindiendo de él, pero sin declararle guerra manifiesta. En el primer caso la educación es impía, y en el segundo, indiferente, siendo indudable que aquella es mucho más perniciosa que ésta. Sólo los que no creen en la vida futura pueden consentir en que sus hijos se acostumbren desde la niñez á mirar de reojo ó con indiferencia á la Iglesia católica, fuera de cuyo seno no hay salvación.

Si la educación irreligiosa es detestable, no deja de ser también perjudicial la indiferente. No basta, en efecto, dejar de combatir la religión en la enseñanza, para que ésta sea inofensiva: si el niño no oye en la escuela el nombre de Dios; si no adquiere instrucción religiosa; si no se le infunde amor á la virtud, mirará con descuido sus intereses eternos; no podrá contrarrestar las pasiones, y concluirá por ser vic-

tima del error y del vicio. Téngase en cuenta, además, la inclinación que el hombre siente á lo malo, y la dificultad que le cuesta hacer lo bueno, y se comprenderá que sin la religión no podrá obtener lo segundo ni evitar lo primero.

«La educación es, en nuestros tiempos, el asunto más importante, y la escuela el campo en que se resuelve la suerte de la generación que se levanta. El mundo y sus secuaces se empeñan en que la educación se aparte de la religión (para que sea irreligiosa ó indiferente), en que se difunda el conocimiento de las cosas terrestres y se prescindiera de las celestiales, en que los hombres se ocupen incesantemente en el estudio de los cuerpos, de sus propiedades y cambios, y cuiden poco ó nada del alma creada á imagen de Dios; en que se dediquen, finalmente, en todas las edades de la vida, á la investigación y adelanto de las ciencias humanas, sin destinar tiempo alguno á la contemplación del Creador de cuanto existe, en quien vivimos, somos y nos movemos.»¹

2. La escuela laica ó neutra.—«¿Qué quiere decir escuela laica?» pregunta Monsabré. «Quiere decir», contesta, «escuela en que se excluye como á *imbécil é inútil* á todo el que tiene carácter sagrado y participa más de cerca de la luz divina; quiere decir escuela en que se aparta de la enseñanza pública á cuantos se han consagrado á Dios por votos religiosos y han obtenido la gracia de consagrarse con un celo más vivo á la difícil é ingrata labor de la instrucción de la infancia; quiere decir escuela de la que se excluye á la Iglesia, que ha salvado las letras, fundado las universidades, creó la enseñanza popular, deshecho y vencido, primero ella, la ignorancia de las clases bajas de la sociedad; quiere decir escuela en la que se priva á los niños de la bendición de Jesucristo, y se ahoga en sus labios inocentes toda alabanza á Dios; quiere decir escuela en que la ciencia pura se separa, aun en sus elementos más simples, del dogmatismo religioso; quiere, en fin, decir escuela sin Dios y de la que debe ser excluido su influjo, de modo que la enseñanza sea atea.»²

¹ Carta Pastoral de los obispos de la provincia de Dublín.

² Les principes chrétiens et la famille.

Algunos partidarios de la escuela laica aducen el fútil argumento de que cada hombre es libre para servir á Dios como á bien tenga, y para tributarle el culto que le parezca. Semejante principio, que deja á merced del capricho y aun de las pasiones humanas las sagradas relaciones del hombre con su Autor, conduce al indiferentismo religioso, á la impiedad y al ateísmo. Nadie puede negar razonablemente que los deberes religiosos ocupan el primer lugar entre los varios que tiene la criatura racional; por lo que si la educación se propone ante todo el perfeccionamiento moral del hombre, no puede desconocer y menos rechazar dichos deberes, sino antes bien inculcar su cumplimiento, en la manera y forma prescrita por la Iglesia, única depositaria de la doctrina revelada.

Otros muchos, inclusive algunos católicos, juzgan, como antes se indicó, que la educación moral y religiosa debe recibirla el niño únicamente en el hogar doméstico ó en los templos; y que en las escuelas y colegios se ha de procurar tan sólo su instrucción científica y formación intelectual. Tal doctrina es inadmisiblemente y perniciosamente; porque desconoce el gran influjo que el maestro ejerce en el corazón del niño; restringe el campo de acción de aquel y su benéfico ministerio, y le priva del medio más eficaz de obtener de sus alumnos la moderación, el amor al trabajo, el espíritu de disciplina, el respeto y obediencia indispensables para la buena marcha de los establecimientos de enseñanza.

3. Males que la escuela laica ó neutra causa al niño y á la sociedad.—¿Qué cosa es educar? Perfeccionar física, intelectual y moralmente al hombre, se ha dicho varias veces. Pero para lograr, sobre todo, lo último, es indispensable la religión, que une al hombre con Dios, le comunica fuerzas para vencer los apetitos desordenados y para practicar acciones virtuosas.

Y como no hay sino una Iglesia verdadera, la católica, que fué instituida por Jesucristo para continuar su obra divina en el mundo, á las enseñanzas y dirección de ella deben someterse cuantos desean formar cristianamente á la juventud.

Por esto los partidarios de la educación laica se empeñan muchísimo en excluir á la Iglesia, no sólo del hogar, sino

también de la escuela; pues saben que, si el niño no adquiere el temor de Dios y el amor á la virtud en los primeros años, difícilmente los adquirirá después, y que continuará, como de ordinario acontece, por la misma senda durante toda su vida.

La escuela laica se propone instruir al niño con absoluta prescindencia de la religión, para alejarle de su destino sobrenatural y contrariar los designios de Dios. Intento verdaderamente satánico, causa de la ruina temporal y eterna de muchas almas, que, imbuidas desde los albores de la vida en perniciosas doctrinas, crecen como plantas nocivas para dar sólo frutos de maldición y de muerte. Para que el niño se preserve de tan grave peligro, debe ser formado por hombres que le enseñen á obrar bien, con la palabra y el ejemplo.

La escuela *neutra*, ha dicho Alberto Duruy, ministro en otro tiempo de Instrucción pública en Francia, es necesariamente escuela irreligiosa. Por más que se empeñen en arrojar de la enseñanza la idea de Dios, ella vendrá precisamente; por más que se la eche por la puerta de la escuela, penetrará por la ventana con el primer rayo de sol. El niño es curioso. Señor, preguntará á su maestro, ¿no es Dios quien creó el sol? Y he aquí la grande, la eterna cuestión del por qué de las cosas que se presenta ante nuestro profesor de moral independiente. He aquí á nuestro hombre obligado á explicarse, á tomar partido; pues si esquivaba hoy la respuesta, mañana será desmentido por la historia, por la geografía, por la geología. No hay medio de eludir el problema; es preciso resolverlo de un modo u otro; y, desde luego, ¿en qué consiste vuestra *neutralidad*? Es una hipocresía, cuando menos. «La neutralidad *impuesta*», es la negación *impuesta*, dice Julio Simón, y Lorand afirma que no ha existido jamás la neutralidad escolar; porque no hay hombre que, en un momento dado, pueda prescindir de sus convicciones hasta el punto de ser neutro.»

¡Cuán responsables son ante Dios y ante la sociedad los padres que confían sus hijos inocentes á maestros ímpios, ó por lo menos indiferentes en religión! Muy poderoso es el ascendiente del maestro sobre el discípulo, sobre todo en la

primera edad. Si el niño no oye al maestro hablar de religión; si no ve que la practica; ó si, lo que es peor, escucha de sus labios burlas y sarcasmos contra ella, mirará con odio y desprecio á la Iglesia católica, columna de la verdad y tabla de salvación para el hombre, después del naufragio de la culpa. Victor Hugo ha dicho que «se debe poner en prisión á los padres que envían á sus hijos á una escuela en cuya entrada se han inscrito estas palabras: *Aquí no se enseña la religión*».

Por eso, vuelvo á repetirlo, son muy perjudiciales las escuelas laicas ó neutras, en que se deja crecer al niño en una total ignorancia de las cosas santas; pero téngase presente que el impugnar dichas escuelas no equivale á decir que la educación ha de ser únicamente dada por sacerdotes ó religiosos. De ninguna manera.

Puede ser buena y excelente la que den maestros seculares, siempre que enseñen la religión á sus alumnos, con la palabra y el ejemplo. Escuela laica, en el estilo moderno, es lo mismo que escuela sin Dios, y ésta es la que impugnaba León XIII.

No olviden los padres de familia y cuantos se interesan por el bien público que, si la juventud pierde el temor de Dios, perderá también muy fácilmente el respeto y obediencia debidos á la autoridad paterna y civil.

La educación laica es para cualquier país un mal mayor de lo que se piensa, mal que, si no se remedia, le ocasionará gravísimos daños en el orden público y privado.

«De qué se trata», pregunta Guizot¹, cuyo testimonio no puede calificarse de parcial; «de qué se trata en la mayor parte de los centros docentes, en las escuelas de instrucción primaria y en los establecimientos de segunda enseñanza, para el mayor número de los niños que á ellos acuden, y durante los años que en ellos pasan? Se trata esencialmente de educación y de disciplina moral. Buena en sí misma es la instrucción intelectual por las riquezas que agrega á las facultades naturales del hombre; pero es, sobre todo, excelente por su íntima relación con el desarrollo moral. Ahora bien,

¹ *Mémoires pour servir à l'histoire de mon temps* (cita del Padre son Triché).

se puede dividir la enseñanza, no se divide jamás la educación; se pueden limitar á ciertas horas las lecciones que se dirigen á la inteligencia sola; no se cuidan de esa suerte, no se limitan de ese modo las influencias que se ejercen en el alma, especialmente las influencias religiosas. Para conseguir su efecto, para producir su efecto, necesitan esas influencias dejarse sentir habitualmente en todas partes. La instrucción puramente *civil* puede formar el talento, pero no alimenta ni regula en modo alguno el alma. Tan sólo Dios y los padres tienen semejanza poder. No hay verdadera educación moral sino por la familia y la religión; y allí donde no hay familia es decir, en las escuelas públicas, es mucho más necesaria la influencia de la religión. Es una honra y una felicidad para nuestro país (Francia), que en sus establecimientos de instrucción sea, en general, poderosa esta influencia. No vemos por eso que ella haya perjudicado á la actividad, ni al libre desarrollo del espíritu humano; y es, al mismo tiempo, evidente que ha servido en gran manera al orden público y á la moralidad individual.

Actualmente han cambiado de modo desfavorable las condiciones de la educación en Francia, por la guerra sin cuartel declarada á Dios y á su Iglesia, en los colegios oficiales, y por la hostilidad desplegada contra las congregaciones docentes que han tenido que cerrar muchos de sus establecimientos de enseñanza. En vano los católicos han protestado contra tal atropello; en vano el Sumo Pontífice lo ha combatido en nombre de la civilización cristiana. La juventud francesa se ve hoy forzada á concurrir á escuelas y colegios neutros, en que peligran la fe y la integridad de las costumbres; mal que, por desgracia, lamentan también otros pueblos católicos de Europa y de América.

«Conviene muchísimo», afirma León XIII, «que los padres y madres dignos de este nombre cuiden de que sus hijos que han llegado á la edad de aprender, reciban la enseñanza religiosa y no encuentren en la escuela nada que dañe la fe ó la pureza de las costumbres. La ley divina, de acuerdo con la ley natural, impone á los padres esta solicitud por la

educación de sus hijos, y ninguna causa puede dispensarlos de ella. La Iglesia, guardiana y vengadora de la integridad de la fe, y que, en virtud de la misión que ha recibido de Dios, su autor, debe llamar á la sabiduría cristiana á todas las naciones y velar con esmero sobre las enseñanzas dadas á la juventud colocada bajo su autoridad, la Iglesia ha condenado siempre explícitamente las escuelas llamadas *mistas* ó *neutras*, y con frecuencia ha advertido á los padres de familia que en asunto tan importante estén siempre vigilantes y sobre aviso. Obedecer en esto á la Iglesia es mirar por los intereses sociales y promover eficazmente el bien común. Aquellos, en efecto, cuya primera educación no ha sentido el saludable influjo de la religión, creen sin tener noción alguna de aquellas verdades capitales que son las únicas que pueden mantener en el hombre el amor á la virtud y reprimir los apetitos contrarios á la razón. Tales son las nociones de Dios criador, de Dios juez y vengador, de las recompensas ó castigos que nos aguardan en la vida futura, y de los auxilios celestiales que Jesucristo nos trajo para el cumplimiento diligente y concienzudo de nuestros deberes. Si se ignoran estas verdades, toda cultura intelectual será una cultura malsana. Los jóvenes á quienes no se les inspira el temor de Dios, no podrán tolerar ninguna de las reglas de que depende la honestidad de la vida; y acostumbrados á no refrenar sus pasiones, se lanzarán fácilmente á perturbar el Estado.»¹

¹ «Omnino parentes bonos curare oportet, ut sui cuiusque liberi, cum primario sapere didicerunt, precepta religionis percipiant, et ne quid occurrat in scholis quod fidei morumque integritatem offendat. Et ut ista in instituendo scholæ diligencia adhibeatur, divina est naturalique lege constitutum, neque parentes per ullam causam solvi ex lege possunt. Ecclesia vero, integritatis huius custos et vindex, quæ, delicta sibi à Deo condicione suo auctoritate, debet ad sapientiam christianam universas revere gentes, itaque sedulo videre, quibus excolatur preceptis institutisque iuventutis quæ in fides potestate sit, semper scholas quas appellat *mistas* vel *neutras* aperte damnare, monitis etiam atque etiam patribus familias, ut in re tanti momenti animum attenderent ad evadendum. Quibus in rebus parendo Ecclesie, simul utilitati parentum, optimarumque ratione saluti publice consulitur. Etenim quorum prima ætas ad religionem erudita non est, sine ulla cognitione adolescentium rerum maximarum, quæ in hominibus alere virtutum studia, et appetitus regere rationi contrarios solvi possunt. Cuiusmodi illæ sunt de Deo creatore notions,

«No deben adoptar los católicos, sobre todo para los niños, escuelas *mixtas*, sino que deben tener escuelas en todas partes propias, y escoger para ellas maestros excelentes y bien probados», inculca el sabio Pontífice la educación en que se altera la enseñanza religiosa ó se prescinde de ella, como acontece de ordinario en las escuelas mixtas. Nadie debe persuadirse que la instrucción y la piedad pueden separarse impunemente. Si es cierto que en ninguna época de la vida, privada ó pública, se ha de prescindir de la religión, con mayor razón no se le ha de excluir en la primera edad, en que el hombre carece de sabiduría, en que el espíritu es ardiente y el corazón está expuesto á tantos peligros é incentivos de corrupción.

«Organizar la enseñanza de manera que se la prive de todo contacto con la religión, equivale á corromper y destruir en el alma los gérmenes misinos de la perfección y de la honestidad; equivale á formar, no defensores de la patria, sino una peste y un azote para el género humano. Si se suprime á Dios de la educación, ¿qué medio podrá retener á los jóvenes en la senda del deber, ó traerlos á ella, si se han apartado del camino de la virtud y precipitado en el abismo del vicio?»

de Deo iudicio et vindice, de promissis penisque alicuius vite expectandis, de praesidiis celestibus, per Iesum Christum allatis, ad illa ipsa officia diligenter sancteque servanda. His non cognitis, male sana omnis futura est animarum cultura: innuati ad verecundiam Dei adolescentes nullam ferre poterunt honeste vivere disciplinam, quibus cupiditatibus nihil unquam negare auri, facile quicumque in animum inducat impune posse pietatem á doctrina seculi. Exeniti si nulla vize pars, neque publicis neque privatis in rebus, vacare officio religionis potest, multo minus ardeat ab eo officio est atas et con-silii experti et ingenio fersita, et inter tot corruptelaru illecebras constituta. Igitur qui rerum cognitionem eis instituit, ut nihil habeat cum religione coniunctum, is germina ipsa pulchri honestique corrumpet, is non parve praesidium, sed humani generis pestem ac perniciem parabit. Quid enim, Deo

¹ «Primum (verendum), ut catholici scholas, praesertim puerorum, non mixtas habeant, sed ubique proprias, magistrique diligenter optimi ac probatissimi. Picta enim periculi est ea disciplina, in qua aut concepta sit aut nulla religio, quod alterum in scholis (quas) diximus mixtas esse videmus contingere. Nec facile quicumque in animum inducat impune posse pietatem á doctrina seculi. Exeniti si nulla vize pars, neque publicis neque privatis in rebus, vacare officio religionis potest, multo minus ardeat ab eo officio est atas et con-silii experti et ingenio fersita, et inter tot corruptelaru illecebras constituta. Igitur qui rerum cognitionem eis instituit, ut nihil habeat cum religione coniunctum, is germina ipsa pulchri honestique corrumpet, is non parve praesidium, sed humani generis pestem ac perniciem parabit. Quid enim, Deo

4. Establecimientos de enseñanza en que se da poca importancia á la religión. — Existen en nuestros días muchas escuelas y colegios que, no siendo propiamente neutrales, ó por completo indiferentes en la educación religiosa del alumno, tampoco están del todo exentos de este calificativo, por la poca importancia que se da en ellos á la religión y á la piedad.

En efecto, en dichos establecimientos se atiende de preferencia á la instrucción literaria y científica del niño; á que adquiera todos los conocimientos apropiados á su rango y condición; á que se ponga á la altura de las exigencias de la época; y se miran como cosas de poca entidad la instrucción moral y religiosa y la formación del corazón. En suma, en los planteles de que tratamos, adquiere tan sólo el alumno un barniz de religión, y su educación puede calificarse, si no de profana, por lo menos de mundana. ¿Podrán los padres católicos tener completamente tranquila su conciencia colocando á sus hijos en aquellas escuelas ó colegios, sobre todo si existen otros en que se cuida con esmero de infundir hábitos de virtud y de piedad en el alma del niño? Juzgamos que no y que, en todo caso, corre peligro el alumno en tales circunstancias.

Si, como lo hemos probado antes, la formación moral constituye el fondo de la educación cristiana, y si ésta se halla íntimamente ligada con la religión, es necesario que en la escuela aspire el niño un ambiente de piedad y que todo contribuya á estimularle al respeto á Dios y al cumplimiento de los deberes religiosos. La Sagrada Escritura enseña que el fundamento de la sabiduría es el temor de Dios¹, y que en el alma perversa no penetrará la verdadera sabiduría². Por esto la religión ha de hacerse dueña pronto del alma candida del niño, y todas las materias de enseñanza han de referirse á aquella como á su centro, sin contrariar el dogma y la moral católicos. Necesario es, por tanto, que la instrucción

sublato, adolescentes poterit aut in officio retinere, aut iam á recta virtutis semita devios et in praerupta vitiorum praecipites revocare?» (Encycl. *Mil-tantis Ecclesiae*, d. d. 1 Augusti 1897.)

¹ Ecdi. 1, 16.

² Sap. 1, 4.

religiosa vivifique la enseñanza y ocupe puesto de honor en la escuela.

Oigamos a Pío IX: «Como la honestidad de las costumbres se produce, nutre y acrecienta únicamente por la fe, la Iglesia admite sólo aquella formación de la juventud en que, al conocimiento de las cosas naturales, del fin y de los deberes de la vida social, junta la enseñanza religiosa, asignando a ésta el primer lugar. Por tanto, en las escuelas públicas y privadas, la instrucción religiosa ha de ocupar lugar preminente y ha de dominarlo todo, de modo que los otros conocimientos aparezcan como secundarios.»¹

«Es preciso», añade León XIII, «que la religión sea enseñada a los niños, no sólo a ciertas horas, sino que todo el resto de la enseñanza exhale como un olor de piedad cristiana; en caso contrario, si este aroma sagrado no penetra a la vez en el alma de los maestros y de los discípulos, la instrucción, cualquiera que sea, producirá escasos frutos y aumentará graves inconvenientes.

Cada ciencia, en efecto, lleva consigo sus peligros, de los que no podrán librarse los jóvenes, si un freno divino no sujeta su corazón e inteligencia. Es necesario, pues, cuidar de que lo esencial, a saber, la práctica de la piedad cristiana, no ocupe un lugar secundario; que mientras los maestros enseñan a sus discípulos a conocer poco a poco los rudimentos de una ciencia difícil, no prescindiendo de esa otra verdadera sabiduría cuyo principio es el temor de Dios, y a cuyas máximas debe conformarse siempre la conducta. Que el estudio de la ciencia vaya en todo tiempo unido a la cultura del alma; que todos los ramos de la enseñanza estén penetrados y dominados por la religión; que ésta, con su majestad y dulzura, lo informe todo, de manera que infunda en el alma de los jóvenes poderosos estímulos para el bien.

«Por último, como el desdén de la Iglesia ha sido siempre que toda clase de estudios sirvan principalmente a la formación religiosa de la juventud, es necesario que esta parte de la enseñanza ocupe no sólo su puesto, y el principal, sino

¹ *Litteræ Quam non vine.*

que también nadie se atreva a ejercer funciones tan graves, sin haber sido juzgado apto para ellas por el juicio de la Iglesia, y sin haber sido confirmado en este empleo por la autoridad eclesiástica.»¹

A la luz de estas verdades, conocerán los padres católicos que han de preferir para sus hijos los colegios y escuelas en que se da sólida instrucción religiosa, y que no deben exponerlos al peligro de frecuentar establecimientos en que dicha instrucción es mediocre é insuficiente.

CAPÍTULO SÉPTIMO.

LA EDUCACIÓN DE LA MUJER.

1. Reflexiones especiales acerca de la educación de la mujer. — 2. De la instrucción de la mujer. — 3. La religión, medio eficaz de educar a la mujer. — 4. Campo vasto que la caridad y, sobre todo, la virginidad ofrecen a la mujer cristiana. — 5. Mujeres que han sobresalido por su ciencia y virtud. — 6. Algo sobre el feminismo. — 7. El elogio que hace el Libro de los Proverbios de la mujer fuerte.

1. Reflexiones especiales acerca de la educación de la mujer. — Aun cuando los principios fundamentales de la educación, hasta aquí expuestos, son aplicables también a la mujer, sin embargo, las cualidades y defectos que la distinguen del varón, su índole especial, y, sobre todo, la misión peculiar que Dios le señalara, exigen sumo cuidado

«Necesse est non modo certis huius doctores juvenes religionem, sed reliquam institutionem omnem christianam pietatem acriter redolere. Id si desit, si sacer hic habitus non doctorem animos ac discipulum pervadat foretque, ergo capientur ex qualibet doctrina utilitates; damna supe consequenter haud exigua. Habent enim fere sua queque pericula disciplinae, easque vitari vitæ ab adolescentibus poterunt, nisi terna quædam divina eorum mentibus atque animis iniantur. Cavendum igitur maxime, ne illud quod caput est, insititque cultus ac pietatis, secundas partes obtineat; ne constricta inventus his tantummodo rebus, que sub oculis cadunt, omnes nervos virtutis elidat; ne dum præceptores laboriosæ doctrinæ fastidia ferunt et syllabas apicesque rimantur, minime sint de vera illa sapientia solliciti, cuius initium timor Domini, et cuius præceptis in omnes partes usa vitæ conformari debet. Multarum igitur rerum cogitatio adiunctam habet excolendi animi curam; omnem

religiosa vivifique la enseñanza y ocupe puesto de honor en la escuela.

Oigamos a Pío IX: «Como la honestidad de las costumbres se produce, nutre y acrecienta únicamente por la fe, la Iglesia admite sólo aquella formación de la juventud en que, al conocimiento de las cosas naturales, del fin y de los deberes de la vida social, junta la enseñanza religiosa, asignando a ésta el primer lugar. Por tanto, en las escuelas públicas y privadas, la instrucción religiosa ha de ocupar lugar preminente y ha de *dominarlo todo*, de modo que los otros conocimientos aparezcan como secundarios.»¹

«Es preciso», añade León XIII, «que la religión sea enseñada a los niños, no sólo a ciertas horas, sino que todo el resto de la enseñanza exhale como un olor de piedad cristiana; en caso contrario, si este aroma sagrado no penetra a la vez en el alma de los maestros y de los discípulos, la instrucción, cualquiera que sea, producirá escasos frutos y aumentará graves inconvenientes.

Cada ciencia, en efecto, lleva consigo sus peligros, de los que no podrán librarse los jóvenes, si un freno divino no sujeta su corazón e inteligencia. Es necesario, pues, cuidar de que lo esencial, a saber, la práctica de la piedad cristiana, no ocupe un lugar secundario; que mientras los maestros enseñan a sus discípulos a conocer poco a poco los rudimentos de una ciencia difícil, no prescindiendo de esa otra verdadera sabiduría cuyo principio es el temor de Dios, y a cuyas máximas debe conformarse siempre la conducta. Que el estudio de la ciencia vaya en todo tiempo unido a la cultura del alma; que todos los ramos de la enseñanza estén penetrados y dominados por la religión; que ésta, con su majestad y dulzura, lo informe todo, de manera que infunda en el alma de los jóvenes poderosos estímulos para el bien.

Por último, como el desdén de la Iglesia ha sido siempre que toda clase de estudios sirvan principalmente a la formación religiosa de la juventud, es necesario que esta parte de la enseñanza ocupe no sólo su puesto, y el principal, sino

¹ *Litteræ Quam non vine.*

que también nadie se atreva a ejercer funciones tan graves, sin haber sido juzgado apto para ellas por el juicio de la Iglesia, y sin haber sido confirmado en este empleo por la autoridad eclesiástica.»¹

A la luz de estas verdades, conocerán los padres católicos que han de preferir para sus hijos los colegios y escuelas en que se da sólida instrucción religiosa, y que no deben exponerlos al peligro de frecuentar establecimientos en que dicha instrucción es mediocre é insuficiente.

CAPÍTULO SÉPTIMO.

LA EDUCACIÓN DE LA MUJER.

1. Reflexiones especiales acerca de la educación de la mujer. — 2. De la instrucción de la mujer. — 3. La religión, medio eficaz de educar a la mujer. — 4. Campo vasto que la caridad y, sobre todo, la virginidad ofrecen a la mujer cristiana. — 5. Mujeres que han sobresalido por su ciencia y virtud. — 6. Algo sobre el feminismo. — 7. Elogio que hace el Libro de los Proverbios de la mujer fuerte.

1. Reflexiones especiales acerca de la educación de la mujer. — Aun cuando los principios fundamentales de la educación, hasta aquí expuestos, son aplicables también a la mujer, sin embargo, las cualidades y defectos que la distinguen del varón, su índole especial, y, sobre todo, la misión peculiar que Dios le señalara, exigen sumo cuidado

«Necesse est non modo certis huius doctores juvenes religionem, sed reliquam institutionem, omnem christianam pietatem acriter redolere. Id si desit, si sacer hic habitus non doctorem animos ac discipulum pervadat foretque, ergo capientur ex qualibet doctrina utilitates; damna supe consequenter haud exigua. Habent enim fere sua queque pericula disciplinae, easque vitari vitæ ab adolescentibus poterunt, nisi terna quædam divina eorum mentibus atque animis iniantur. Cavendum igitur maxime, ne illud quod caput est, insitile cultus ac pietatis, secundas partes obtineat; ne constricta inventus his tantummodo rebus, que sub oculis cadunt, omnes nervos virtutis elidat; ne dum præceptores laboriosæ doctrinæ fastidia ferunt et syllabas apicesque rimantur, minime sint de vera illa sapientia solliciti, cuius initium timor Domini, et cuius præceptis in omnes partes usa vitæ conformari debet. Multarum igitur rerum cogitatio adiunctam habet excolendi animi curam; omnem

en su formación y el empleo de medios á propósito para desplegar las nobles prendas que la adornan.

Dios hizo al hombre, en el orden físico, más fuerte que á la mujer, le concedió dotes de mando, firmeza y constancia en sus empresas, y confió á sus manos el gobierno de la familia y de los pueblos; pero, en cambio, concedió á la mujer más energía que al hombre en el orden moral, mayor ternura, delicadeza y abnegación; por lo que es muy apta para el desempeño de la maternidad y la dirección de los servicios domésticos. No obstante su debilidad, es poderoso el influjo de la mujer en el hombre, á quien gana de ordinario con atractivos é insinuaciones, y aun con caprichos.

«La mala formación de la mujer es más nociva que la del hombre», según Fenelon; «pues los desórdenes de éste provienen regularmente de las falsas ideas que recibió en los primeros años, ó de madre ó de aya, y de las pasiones que otras mujeres le inspiraron después.»¹ Si se educan bien las que han de ser después madres y esposas, se asegura el porvenir; porque *si la raza es sana, lo serán también las ramas*².

Grandes elogios y terribles anatemas hallamos en la Santa Escritura para la mujer, según sea buena ó mala. De la primera dice: *Quien halla una mujer buena, ha hallado un gran bien, y recibido del Señor un manantial de alegría*³. La mujer prudente edifica ó realza su casa: la necia aun á la ya edificada la destruirá con sus manos⁴. Es cosa que

autem disciplinam, quævis denique ea sit, religio penitus informet ac dometur, eisdemque maiestate sua ac suavitatis its percellat, ut in adolescentium animis quasi aculeos relinquat. Quandoquidem vero id Ecclesie semper propositum fuerit, ut omnia studiorum genera ad religiosam iuvenum institutionem maxime referrentur, necesse est huic discipline non modo suum esse locum, cumque præcipuum, sed magisterio tan gravi fungi penitem, qui non fuerit ad id munus idoneus ipsam Ecclesie indicio et auctoritate probatus (Encycl. *Altitudo Ecclesie*).

¹ Tratado de la educación de las hijas.

² Rom. XI, 16.

³ Qui invenit mulierem bonam, invenit bonum; et habiet lucunditatem a Domino» (Prov. XVIII, 22).

⁴ «Sapiens mulier edificat domum suam, insipientis extractam quoque manibus destruet» (Prov. XIV, 1).

no tiene precio una mujer discreta y amante del silencio, y con el ánimo morigerado⁵. Lo que es para el mundo el sol al nacer en las altísimas moradas de Dios, eso es la gentileza de la mujer virtuosa para el adorno de su casa: *antorcha que resplandece sobre el candelabro sagrado*⁶. Dichoso el marido de una mujer virtuosa; porque será doblado el número de sus años⁷. Por el contrario, de la mujer mala dice: *Toda malicia es muy pequeña, en comparación de la malicia de la mujer*⁸. Antes quisiera habitar con un león y con un dragón, que con una mujer malvada⁹. La mujer mala es la llaga del corazón de su marido¹⁰. No dejes arrastrar tu corazón de los atractivos de la mujer mala, no sigas seducido sus caminos. Porque son muchos los que ella ha herido y derribado, y han muerto á sus manos los varones más fuertes. Su casa es el camino del infierno, camino que renata en la muerte más funesta¹¹.

Ya que son tan grandes los daños ó los beneficios que la familia y la sociedad pueden reportar de la mujer, conviene mucho conocer sus prendas, para abrillantárlas, y sus defectos, para reprimirlos. En la mujer sobresalen la imaginación ardiente, la ternura exquisita, la delicadeza del sentimiento, la bondad de carácter, la compasión por los que sufren, preciosas cualidades que han de ser bien dirigidas para que no degeneren en un sentimentalismo exagerado, en pusilanimidad,

¹ «Mulier sensata et tacita, non est immutatio eruditæ animæ» (Eccli. XXVI, 18).

² «Sicut sol oriens mundum in altissimis Dei, sic mulieris bonæ species in ornamentum domus eius; lucerna splendens super candelabrum sanctum» (Eccli. XXVI, 21, 22).

³ «Mulieris bonæ beatus vir; numerus enim annorum illius duplex» (Eccli. XXVI, 1).

⁴ «Brevis omnis malicia super multam mulierem» (Eccli. XXV, 26).

⁵ «Commerciū leonū et draconū placebit, quam habitare cum muliere nequam» (Eccli. XXV, 23).

⁶ «Plaga cordis, mulier nequam» (Eccli. XXV, 31).

⁷ «Ne abstrahatur in viis illius (femina) mens tua, neque decipiaris semel eius; multus enim vulneratus deiecit, et fortissimi quoque interfecti sunt ab ea. Vix inferi domus eius, penetrantes in interiora mortis» (Prov. VII, 25, 26, 27).

en actividad vertiginosa y lleguen, sobre todo, al imperio de la fantasía sobre el entendimiento.

Fenelón, conocedor como pocos del corazón de la mujer, dice que ésta en los primeros años, especialmente, es pusilánime y llena de una falsa vergüenza, consecuencia de la afectación, que es preciso reprimir, así como las amistades muy íntimas, las envidias, los cumplimientos muy exagerados, las lisonjas é inclinaciones ardientes. También se nota luego en ellas el disimulo y artificio en ocultar sus deseos, y para contrarrestarlos hay que acostumbrarlas á la sinceridad y manifestarles que el artificio proviene de un corazón bajo y de un entendimiento superficial. Pero la vanidad, la estima de las gracias del cuerpo y de los vestidos, son más perjudiciales en ellas. Nada se debe temer tanto en las niñas como la vanidad. Los caminos que conducen á los hombres á la gloria y autoridad les están cerrados; y, por esto, aspiran á distinguirse por las gracias del cuerpo y por ciertas exterioridades del espíritu. De aquí nace aquella conversación dulce y atractiva, aquel grande aprecio de la hermosura y de las gracias exteriores, y la desmedida afición á los vestidos y demás adornos del cuerpo: una cofia, un lazo, una bata, la elección de un color, un rizo más alto ó más bajo, son para ella negocio de suma importancia.

Procérese hacer comprender á las niñas, cuánto más apreciable es sobresalir por la buena conducta que por un peinado ó un vestido. La hermosura engaña más á la mujer que á las gentes que la admiran: ella turba y embriaga el alma. La hermosura es dañosa si no está sostenida por la modestia y el buen juicio, y las mujeres que fundan toda su gloria y mérito en esta cualidad, pronto se vuelven ridículas, tanto más cuanto que aquélla se marchita pronto. En cuanto á los vestidos, es innegable que la verdadera gracia del cuerpo no depende de un exterior vano y afectado, sino más bien de una noble simplicidad en el peinado y el vestido. Las modas son mudables, aspiran á lo perfecto, sin conseguirlo, y ejercen una verdadera tiranía¹.

¹ Tratado de la educación de las hijas.

Cuán profunda sabiduría contienen estas palabras de la Escritura: *Engañoso es el donaire y vana la hermosura; la mujer que teme al Señor, esa será la celebrada*².

Los padres de familia y las maestras han de procurar conocer, en lo posible, el corazón de sus hijas y educandas, formarlas debidamente é imprimir en su alma cierto sello de bondad, sencillez, ternura y dignidad que tanto las enaltece. Por lo mismo que la mujer tiene prendas especiales, que le dan aptitud para tales y cuales obras, es preciso, por medio de la educación, despertar sus ocultas energías y darles un rumbo conveniente, á fin de que la ligereza é inconstancia, propias del sexo débil, no esterilicen y anulen su actividad y benéfico influjo en la sociedad.

«La educación», ha dicho Mons. Dupanloup³, «es obra de autoridad y de respeto, de desarrollo y de progreso, de firmeza y de dulzura, y, por todo esto, obra también de abnegación.... Es necesario, ante todo, conocer á la niña, sus cualidades, sus defectos y los recursos utilizables; el respeto religioso debido á la dignidad de su naturaleza, y también á la libertad de su inteligencia, de su voluntad y de su vocación; es necesario tener en cuenta la autoridad directa é inmediata, y la acción efectiva de Dios en la educación.... Es preciso formar en ella el buen sentido, la rectitud, la firmeza de espíritu y de carácter, la energía misma, no permitiéndole las timideces, los llantos fuera de ocasión, ni tolerar en sus hábitos nada de irregular, de caprichoso, de inconveniente. Es preciso formar jóvenes y mujeres de buen sentido, que se decidan y obren por principios de fe y de razón, é inspirarles circunspección, mesura y moderación en todo; es preciso, en fin, formar mujeres sólidas, por medio de la educación y la instrucción.»

El paganismo envileció á la mujer, la redujo á esclava del esposo y á un instrumento de placer; pero, con el advenimiento del cristianismo recobró sus derechos, vino á ser com-

² *Fallax gratia et vana est polchritudo: mulier timens Dominum, ipsa laudabitur* (Prov. XXXI, 30).

³ La educación de las hijas de familia.

pañera y confidente del marido, encargada de la dirección del hogar y de la crianza y educación de los hijos. Sobre todo nuestro Señor Jesucristo, al elevar el matrimonio a la dignidad de sacramento, ennobleció a la mujer, y quiso que la unión de Cristo con la Iglesia fuese el signo de la unión de los esposos. La unidad y perpetuidad, cualidades intrínsecas del matrimonio cristiano, han producido la paz doméstica y asegurado la educación de los hijos, la estabilidad de la familia, y puesto un dique a la corrupción de las costumbres.

«¡Oh! ¡cuán grande y preciosa es la institución del sacramento del matrimonio, para la familia y la sociedad!» exclama el Padre Ventura¹. «Por ella la sociedad entera se consagra a Dios en la familia, la familia en los esposos, y los esposos en Jesucristo y en la Iglesia, cuyo misterio representan, y en el mismo Dios, cuya acción creadora continúan respecto a la reproducción del hombre, a imagen y semejanza de Dios.» «La Iglesia», dice Tertuliano², «establece el vínculo del matrimonio, la ofrenda del augusto sacrificio lo confirma, la bendición del sacerdote pone el sello, los ángeles son los testigos, el Padre celestial lo ratifica... Los esposos cristianos no forman verdaderamente sino una misma carne, animada por una sola alma. Unidos oran, unidos se entregan a los santos ejercicios de la penitencia y de la religión..., unidos los veis en la iglesia y en la mesa del Señor. Todo es común entre ellos: los cuidados, las persecuciones, los gozos y los placeres. Ningún secreto hay entre ellos, sino, por el contrario, una confianza absoluta y un afecto recíproco... Su único celo es servir mejor al Señor. Tales son los matrimonios que forman la alegría de Jesucristo, y a los que El concede su paz.»

2. De la instrucción de la mujer.—La instrucción que reciba la mujer ha de ser proporcionada a su rango y clase; pero por altos que sean, conviene tener presente que Dios crió a la mujer, ante todo, para auxiliar y compañera del hombre³, y le señaló como especial campo de acción el hogar doméstico y la formación de la familia: por lo mismo

¹ «La mujer eclesiástica».

² Ad uxorem, l. 2, c. 3.

³ Gen. II, 18.

se ha de cuidar de instruírla primero en las cosas y obligaciones propias de su sexo, sin descuidar la instrucción artística y literaria, en una conveniente medida. En nuestros días se da de ordinario a ésta exagerada amplitud, desatendiendo el cultivo de materias muy provechosas a la mujer; por lo que muchas son inhábiles para dirigir el hogar doméstico y cumplir los arduos deberes de la maternidad. «Un gran número de colegios de niñas», dice Albano Stolz¹, «están organizados de tal manera, que se les puede más bien llamar semilleros de educadoras é institutrices. Se enseña en ellos cosas inútiles a la misión de la mujer, y materias de lujo, que se las debe considerar como una pérdida de tiempo, mientras se descuidan otras que le son verdaderamente necesarias. Los colegios en que más aprovechan las jóvenes, son aquellos en que, paralelamente a la educación moral y religiosa, se las ejercita y habitúa en las prácticas de la vida a que están llamadas. Todas tienen obligación de aprender lo que las hace aptas para dirigir una casa, y mantenerla en caso necesario sin el auxilio de una sirvienta, para atender a los enfermos y cuidar a los niños.» Se debe recomendar especialmente a la mujer este consejo de San Pablo: *Os exhorto... á que en vuestro saber ó pensar no os levanteis más alto de lo que debéis, sino que os contengáis dentro de los límites de la moderación*².

Más, al afirmar que la instrucción de la mujer ha de tener un conveniente límite, estamos muy lejos de condenarla a la ignorancia y a la inactividad intelectual. Por el contrario, creemos que la instrucción le es muy útil, tanto para fortificarla moralmente como para el buen desempeño de su misión de educar a los hijos, misión que exige ciertos conocimientos. «Los hombres mismos, que tienen toda la autoridad, no pueden hacer ningún bien efectivo si las mujeres no les ayudan á ejecutarlo; por eso las ocupaciones de éstas no son menos importantes que las de aquéllos», observa Fenelon³.

¹ El arte de educación.

² «Dico enim... cunctis qui sunt inter vos: non plus sapere quam oportet sapere, sed sapere ad sobrietatem» (Rom. XII, 3).

³ Tratado de la educación de las hijas.

CHESNO-TOULS, Educación. Ed. 2.

«El mundo consta de la reunión de familias, y nadie puede dulcificar las costumbres con mayor esmero que las mujeres, quienes, además de su autoridad natural y asiduidad en la casa, tienen todavía la ventaja de ser cuidadosas, atentas a los detalles, insinuantes y persuasivas. . . . Pero ¿qué harán, qué llegarán a ser los hijos, si las madres les dan mala dirección desde sus primeros años, é ignorantes ellas mismas, les dejan languidecer en la ignorancia, sin darles ni el gusto, ni la afición a la instrucción y á las cosas útiles? La ignorancia en una joven es causa de aburrimiento y de que no sepa en qué ocuparse constantemente. Cuando ha llegado á cierta edad sin aplicarse á tareas sólidas, todo lo que es serio y formal le parece triste; todo lo que exige una atención seguida, la fatiga; la inclinación á los placeres, poderosa durante la juventud, el ejemplo de las personas de la misma edad, sumergidas en las diversiones, todo concurre á hacerle temer la vida regular y laboriosa. ¿En qué se ocupará? en nada útil. Y muy pronto esta *inaplicación* se convertirá en hábito incurable. La joven se abandonará entonces á la pereza, origen inagotable de fastidio; y unido el afeminamiento á la ociosidad y á la ignorancia, despertarán en ella una sensibilidad perniciosa.»

Y si la ignorancia causa grave daño á la mujer, en el orden moral, lo causa también en el intelectual. «La formación incompleta de su espíritu, dejando en la inacción facultades vivas, preciosas, necesarias al desarrollo y al equilibrio del alma, es origen de muchos males en la mujer», según Mons. Dupanloup.¹ «Inteligencias hechas para la luz, se consumen en la sombra y en la inercia; corazones hechos para el más noble afecto, para lo verdadero, lo bueno y lo bello, se falsean por la base y se gastan en quimeras. La causa del mal está también en la formación incompleta de su corazón, que deja extraviarse en ellas las más ardientes potencias de su naturaleza, por la lectura de novelas, ó zozobrar en el egoísmo. En una palabra, estos seres destinados á grandes cosas, á la abnegación en la familia y en el mundo, no han podido ele-

¹ La educación de las hijas de familia.

varse, porque una educación poco inteligente ha extraviado sus facultades, dejándoles sumidas en la frivolidad, en la pereza, en la ociosidad, que arruinan todo ideal, todo afecto serio y toda virtud.»

En nuestros tiempos, en que, con justicia, se estima tanto la ilustración y se trabaja por difundirla en todas las clases sociales, conviene que las jóvenes de cierta posición social se inicien en los secretos del saber y adquieran alguna variedad en sus conocimientos. Pero, como aconseja Fenelon, no hay que convertirlas en sabias ridículas, dedicándolas á estudios que pudieran infatuárlas; y siendo su espíritu más débil y la imaginación más ardiente que la del hombre, es preciso proceder con cautela en la enseñanza misma. Según la atinada reflexión de un autor, es peligroso y absurdo iniciar en las bajas realidades de la vida, ó presentar antes de hora á las miradas angelicales de almas vírgenes, las necesidades materiales de una vida que tal vez no la llevarán jamás. En suma, conviene que la instrucción y educación que reciba la mujer, sean cristianas y vigorosas; conviene formar en ella el carácter, que le aprovechará mucho en los varios trances de la vida. La fuerza, la energía y la fe son las tres virtudes cardinales en que ha de descansar el edificio de su formación, dice Madama María del Sagrado Corazón²; es necesario crear una personalidad para la mujer contemporánea; acostumbrarla á pensar y querer por sí misma; á decir *si* y *no*, y á saber por qué lo dice. Razón, energía, virilidad son las cualidades con que las encargadas de educar á la joven han de procurar adornarla.

«Las mujeres», dice una juiciosa escritora, «no están destinadas á gobernar los Estados, ni á darles leyes, ni á ensanchar el dominio de las ciencias; pero tienen un derecho innegable al goce de su entendimiento, al aprecio de sus amigos, y la obligación de dirigir las primeras ideas é impresiones de sus hijos. Estos derechos y obligaciones determinan, á mi entender, el número y la clase de elementos de que debe componerse la educación de nuestro sexo.

² La formation catholique de la femme contemporaine.

«A más de las primeras letras, son útiles á la mujer la geografía y la historia: ésta, porque satisface una noble curiosidad y abunda en excelentes lecciones; aquella, porque es su inseparable compañera é intérprete. El conocimiento del globo en que habitamos, ensancha el campo de nuestras ideas y nos ayuda á admirar las obras de la creación. En el trato social se ofrecen continuas ocasiones de echar mano de estos conocimientos, y sin ellos no es posible entender las conversaciones interesantes de los hombres instruidos.

La afición, en fin, á la lectura aprovecha mucho á la mujer, tanto porque el error y la ignorancia son formidables azotes de lo bueno, como porque calma el fastidio, dolencia que algunas mujeres tratan de mitigar con pasatiempos, y que en breve exige sensaciones violentas y continuas. El mejor preservativo de tan terrible azote es el deseo de instruirse, que nos emancipa de la imperiosa necesidad de distraernos y de divertirnos. La mayor parte de los arbitrios inventados para matar el tiempo, condenan al espíritu á una vergonzosa nulidad.»

Y hablando de la misión de la mujer en la sociedad, se expresa en estos términos: «El influjo de la mujer es como la acción de la primavera: suave, pero irresistible; lento, pero incansable. El hombre lleva dondequiera los sentimientos adquiridos en el hogar doméstico, donde nosotras reinamos con un imperio tanto más poderoso, cuanto más dulcemente lo ejercemos. . . . Cuando la educación doméstica forma parte de las costumbres públicas de una nación, el hombre se afición a la casa, en la que encuentra reposo, paz, orden y aseo. Allí descansa de los trabajos del día y toma nuevos bríos para continuar en los del día siguiente. Ve que su familia debe ser feliz, y procura aumentar esta felicidad, que es parte de la suya propia. Así, todo se encadena en el mundo moral y se conservan sus armonías por el recíproco concierto que reina entre ellas; así, la parte más débil del género humano contribuye eficazmente á la conservación de las costumbres, á la consolidación del orden público, á los progresos de la inteligencia y á la riqueza de las naciones, que solo son vastas reuniones de familias, en cada una de

las que preside una mujer.»¹ Con razón dijo Talleyrand: «Enseñad bien á la mujer sus deberes de hija, de esposa y de madre, y ella basta para salvar la sociedad.»

3. La religión, medio eficaz de educar á la mujer.—La religión es el primero y más eficaz medio para educar á la mujer, cuyo corazón tierno é inclinado á la piedad viene á ser, mediante el influjo de aquella, el asiento de todas las virtudes; mas si se prescinde del elemento religioso, fácilmente se apoderan de la mujer el lujo, la vanidad, el sentimentalismo y la molice que la extravían y arruinan.

Es de suma importancia dar á las jóvenes instrucción religiosa esmerada, para lo que han de aprender no sólo el catecismo, sino adquirir siquiera nociones de historia sagrada y eclesiástica, leer partes escogidas de la Biblia, en especial el Nuevo Testamento y vida de Jesucristo. En seguida se las ha de inclinar á una piedad sólida é ilustrada, á fin de que ella inspire sus actos y las haga cumplidoras de sus deberes, prontas para el vencimiento y el sacrificio. Si una sólida piedad les fuera comunicada desde la más tierna edad, sería una nueva y poderosa fuerza dada á la educación de las jóvenes, contra el torrente de la impiedad y de la inmoralidad; pero únicamente la fidelidad, firmeza y constancia en el verdadero espíritu de la Iglesia, hacen útil y fecunda la devoción.² El indiferentismo religioso ha invadido, por desgracia, muchas escuelas y colegios de niñas, causando terrible daño á su inteligencia y corazón. Formadas en una atmósfera mundana, y sin el lastre de la virtud, carecen de fuerzas y aptitud para cumplir bien los penosos deberes de la maternidad y demás cuidados domésticos.

No hace muchos años, Julio Simón, aunque racionalista, pronunció las siguientes amargas frases, en la *Academia de ciencias morales y políticas*, acerca de los daños que la falta de religión va produciendo en la mujer francesa, y sobre la manera de remediarlos: «La mujer francesa no es seria, por lo general», dijo, «y son raras entre nosotros esas madres de

¹ Cartas sobre la educación del bello sexo.

² Cf. Mons. Dupanloup, La educación de las hijas de familia.

familia cuyos numerosos hijos forman la corona y constituyen la honra y alegría del hogar. La mujer, sobre todo en nuestras grandes ciudades, no se preocupa en sus deberes, y particularmente en el más alto de ellos, el de dar la vida y la educación á sus hijos: ella sólo piensa en placeres, en visitas, en bailes, en espectáculos, en noches pasadas en fiestas, en las que perece primero la salud moral y después la física. Gozar ante todo, los deberes después.

He reflexionado ante este hecho lamentable, y mis investigaciones, mis ensayos, mis meditaciones más obstinadas me han conducido á esta conclusión: no se debe buscar el remedio en la ciencia, sino en la religión. Para comunicar á nuestras mujeres francesas la energía de la virtud y de la maternidad, es preciso que *amén á Dios*. Confieso humildemente que yo, filósofo, no he encontrado medio más eficaz.

Y, sin embargo, ¿de qué modo se piensa devolver la virtud y la salud á esta generación cuya alma está enferma? ¿Se procura por medio de una educación sana y vivificante corregir este agotamiento físico y moral?

Sabido es que en las escuelas se nos preparan mujeres sabias; que en ellas se hace luz de enseñar el álgebra, la química, la historia natural, y aun la política y la filosofía. ¿Qué sacamos de semejantes escuelas? En vez de las mujeres de hoy, vanas sin duda y entregadas á sus futilidades y placeres, se formarán, con los pomposos programas de enseñanza, mujeres pretenciosas, insopitables, penetradas de sus derechos y que sabrán mucho menos que las de ayer, plegarse y someterse al deber.

Una vez por todas, es preciso repetir que para remediar estos males hay que hacer volver á la mujer, por medio de la educación, á la religión y al amor de Dios: he aquí el solo remedio eficaz, he aquí la salud de la sociedad.¹

4. Campo vasto que la caridad y, sobre todo, la virginidad ofrecen á la mujer cristiana.—Al enaltecer la virginidad y abrir á los fieles las fuentes de la abnegación y el sacrificio, ofreció Jesucristo nueva y gloriosa

¹ Véase la obra «Virtés fundamentales de la religión».

escena á la mujer cristiana para el apostolado del bien. San Ambrosio asegura que nada es tan ventajoso al mundo como la multiplicación de las vírgenes consagradas á Dios, y que la esterilidad virtuosa de la virgen cristiana es prodigiosamente fecunda; porque no teniendo familia propia que cuidar, se puede consagrar al cuidado de todas las familias, y no teniendo hijos según la carne, puede hacerse la madre de todos, según el espíritu, por lo que San Agustín dice que la caridad es también madre¹.

Siendo naturalmente compasivo el corazón de la mujer, cuando está dirigido y fortalecido por la virtud, puede ejecutar actos muy hermosos y heroicos. Bella y laudable es la misión de la madre cristiana; pero mucho más lo es la de la joven, que rompiendo los lazos más gratos al corazón, sirve á Dios en el silencio de la oración, ó dedicándose al alivio de las miserias y dolencias humanas. El paganismo no sospechó siquiera tanta grandeza; y ni sus vestales se eximieron de las liviandades, toleradas, á lo menos, por sus moralistas y hombres de gobierno: sólo el cristianismo, que tiene á la caridad por la primera de las virtudes y admite la existencia de un mundo mejor, pudo ampliar el campo de la actividad humana, señalándole nuevos y desinteresados rumbos. Entre amar al hombre por el hombre, y amar al hombre por Dios, hay la distancia que separa á la filantropía de la caridad: ésta es propia del cristianismo; aquella fué conocida y practicada en el mundo pagano. Por eso, en la Iglesia católica admiramos esa falange de mujeres que consagran sus aptitudes, bienes, salud y vida, al cuidado de los enfermos y desvalidos, y de cuantos la sociedad moderna mira como á deshecho, prueba fehaciente de que la caridad y la virginidad son fecundas en bienes para los individuos y los pueblos.

5. Mujeres que han sobresalido por su ciencia y virtud.—La historia eclesiástica nos informa á menudo de mujeres ilustres por su saber y virtud, merecedoras de la gratitud y aplauso de todas las generaciones. En efecto,

¹ Cf. P. Ventura, *La mujer católica*.

desde la fundación de la Iglesia aparecen las diaconisas, dedicadas al cuidado de los monasterios y enfermos, y en la sucesión de los siglos no han escaseado muchas y admirables vírgenes que han seguido las mismas huellas en el vasto campo de la acción cristiana.

Desde que Dios elevó a María á la incomparable dignidad de Madre de Dios, la mujer cristiana aparece auxiliando á la Iglesia en muchas de sus grandes obras, y ejerciendo un influjo benéfico en la sociedad toda. Sabido es que los apóstoles fueron ayudados por algunas mujeres piadosas en los comienzos de la Iglesia. Las santas hermanas Pudenciana y Práxedes dieron su casa á San Pedro para convertirla en la primera iglesia de Roma; Lidia y Priscila hicieron igual cosa con San Pablo, en Filipos y en Corinto; Santa Tecla fué la primera virgen y mártir que se consagró al Señor, y su ejemplo fué luego imitado por Inés, Eulalia, Bibiana, Águeda, Catalina y otras muchas. Entre las viudas hubo también algunas generosas y esforzadas, como las santas Felicitas, Perpetua y Sínforosa, de las que la última presencié el martirio de sus siete hijos. Entre los Padres de la Iglesia latina, San Agustín fué convertido á la fe cristiana por las lágrimas y oraciones de su madre Santa Mónica; Santa Paula y su hija Eustoquia se dedicaron al estudio profundo de la Sagrada Biblia, fueron las discípulas de San Jerónimo, á quienes dirigió cartas admirables; San Ambrosio debió al influjo de su madre y de su hermana Santa Marcelina el desarrollo de su genio, el espíritu de dulzura, y el haber conservado el lino de la virginidad; San Gregorio el Grande fué deudor de su grandeza moral é intelectual á su madre Santa Silvia; San Isidoro de Sevilla, San Leandro y San Fulgencio debieron á los desvelos de su madre, Teodora, su profunda ciencia y virtud.

Pasando á otra clase de hechos, nadie ignora que Constantino el Grande se hizo emperador cristiano por los esfuerzos de su suegra Eutropia, de su madre Santa Elena y de su hija Santa Constancia; que Santa Pulqueria á la edad de dieciséis años gobernó un vasto imperio y educó admirablemente á su hermano menor, el emperador Teodosio, y que

la emperatriz Irene fué baluarte contra los iconoclastas. Durante la edad media, Santa Clotilde convirtió á la fe á su esposo Clodoveo y cooperó al ingreso de los francos en la Iglesia; Teodosia, madre de Recaredo, fué católica, y á su hijo se debe la fundación de la monarquía católica en España; la reina Blanca de Castilla infundió su santidad y grandeza á San Luis; Berta, esposa del rey Etelberto, convirtió al catolicismo á su esposo y á la nación inglesa; Santa Margarita de Escocia hizo un modelo de virtud de su esposo el rey Malcolm III, y cooperó eficazmente á establecer la nacionalidad escocesa; Santa Matilde, esposa del rey Enrique I de Alemania, le auxilió en sus empresas, así como Santa Adelaida, llamada á la regencia del imperio, se desempeñó con admirable sabiduría, bondad y clemencia; después vió Alemania la santa emperatriz Cunegunda; Eduvigis, reina de Polonia, convirtió la Lituania y constituyó la monarquía y nacionalidad polacas. En la austera vida del claustro descuellan mujeres como Santa Gertrudis, Santa Clara, Santa Catalina de Sena, Santa Brígida, fundadoras muchas de ellas de ilustres órdenes religiosas.

En los siglos siguientes aparecen Juana de Arco, la ilustre libertadora de su país; Isabel la Católica, sin cuyo auxilio Colón no habría descubierto el Nuevo Mundo; Santa Teresa de Jesús, la doctora mística y reformadora del Carmelo; Santa Francisca de Chantal, fundadora de la orden de la Visitación; la Venerable Luisa de Marillac, fundadora de las Hijas de la Caridad; Juana de Lestonnac, de las religiosas de la Compañía de María; Madre María Sofía Barat, de las religiosas del Sagrado Corazón. Madama de Maintenon procuró con su santidad, caridad y abnegación, remediar muchos males en la corte de Luis XIV; la reina María Leszczyńska mantuvo la fe y piedad tradicionales de las princesas de Francia, en la corte de su disoluto esposo Luis XV; María Teresa de Austria, contra quien se coaligaron varios soberanos de Europa para privarla de su trono, logró con la elevación de su espíritu y la grandeza de su alma desbaratar sus planes, y fué el único gran soberano cristiano del siglo XVIII; María Antonieta, esposa del infortunado

Luis XVI, é Isabel de Francia murieron heroicamente en el cadalso, en tiempo de la revolución francesa, así como las santas carmelitas de Compiègne. Por último, la obra tan hermosa de la «Propagación de la Fe» fué instituida por una piadosa mujer; y Margarita, madre de Dom Bosco, cooperó á la fundación de la Congregación Salesiana.

Y si en la Iglesia, como acabamos de verlo, muchas mujeres han sobresalido por su virtud y aun por dotes de gobierno, también otras han descollado por el saber. En la mayor parte de los monasterios ha habido religiosas dedicadas al estudio. Santa Radegunda acoge en Poitiers á Fortunato, uno de los últimos poetas romanos, para que enseñe á sus religiosas, entre las que se distingue Baudonivia, cuyos escritos son dignos de elogio; Santa Aura atraía á Chelles, en el siglo VI, muchos oyentes á escuchar sus doctas lecciones de Escritura Santa. En la misma época, los monasterios de Inglaterra, Irlanda y Francia eran centros de mujeres piadosas y eruditas. En los siglos VII y VIII los estudios literarios fueron cultivados por las religiosas de Inglaterra, al decir de Montalembert, con igual esmero que en las comunidades de hombres, y las monjas anglosajonas alternaban entre las prácticas de piedad, el trabajo manual y el estudio de las obras de los santos Padres y aun de los autores clásicos. Santa Gertrudis, como antes Santa Marcela y Santa Paula, sabía las Escrituras y lo que ayuda á entenderlas. Han ido hasta decir que por una sabia mujer, el estudio del griego fué introducido en el monasterio de San-Gall, y muchas reglas monásticas prescribían dos horas de estudio diario á las religiosas.

En el siglo XII, Santa Hildegarda escribía sobre las leyes de la naturaleza, tratados que se anticiparon á la ciencia moderna; la abadesa Herrada compuso el *Horus deliciarum*, obra admirable de arte y de caligrafía; Santa Isabel de Schonau escribió la maravillosa página citada en la Lógica de Gratry; posteriormente aparecen Santa Catalina de Sena, de la que afirma Ozanam que comparte la gloria de los grandes escritores, y, sobre todo, Santa Teresa, cuyos escritos son de mérito superior á todo elogio.

También en el mundo hubo muchos modelos en esta materia. La esposa é hijas de Carlomagno aprendieron gramática, retórica y filosofía, bajo la dirección de Alcuino; Isabel de Valois y María Estuardo mantuvieron por largo tiempo una correspondencia literaria, en latín; Elena Cornaro, en el siglo XVI, obtuvo el doctorado en la universidad de Padua. Y ¿cómo no nombrar á Madama de Sévigné, á Madama de Lafayette y á Madama de Maintenon, ni olvidar á Madama Dacier y á María de Montemart, que estudiaba los santos Padres y traducía á Platón? Á su vez Madama de Binón tuvo parte activa en la correspondencia habida entre Leibniz y Bossuet, para la reunión de las sectas protestantes al catolicismo, y la Señora Lézardière escribió una obra muy instructiva sobre el antiguo derecho francés. Los colegios de Balliol y de Merton fueron fundados por Lady Dervorgilla y la condesa Warwick. En Bélgica, Ana Bijn, directora del colegio de Amberes, fué una de las columnas de la Iglesia católica contra los errores de Lutero¹.

6. Algo sobre el feminismo.—Dase este nombre en nuestros días á un sistema que, á título de enaltecer á la mujer, pretende instruir á ésta en toda clase de conocimientos, hacerla apta para toda clase de oficios y profesiones, concederle los mismos derechos políticos que al hombre, nivelarla con éste, en una palabra. Sobre todo en los Estados Unidos ha prosperado mucho esta doctrina, dado el modo de ser de esa nación y la manera con que se forma allí á la mujer.

Ne quid nimis, nada con demasía, ocurre desde luego decir de esta nueva tendencia social. Es cierto que en los tiempos presentes la formación de la mujer no puede ser igual á la de los primeros siglos y la edad media; es cierto que ni la sana razón, ni la enseñanza católica, se oponen á que la mujer cultive sus dotes, y que, cuando son sobresalientes, profundice los ramos del saber á que se siente inclinada; pero de allí á igualar en todo los dos sexos, prescindiendo

¹ Cf. P. Ventura I. c. y Mons. Dupanloup, La educación de las hijas de familia.

de las diferencias que la naturaleza misma ha establecido entre ellos, y del distinto ministerio que Dios les señalara, hay enorme distancia. En la resena que acabamos de hacer, hemos citado no pocas mujeres católicas que han sobresalido por su ingenio y conocimientos, y en tiempos más cercanos son dignas de elogio Madama Swetclime, Fernán Caballero, Concepción Arenal y otras que se han dedicado al cultivo de las letras.

El feminismo aboga por la nivelación de los derechos políticos de la mujer y los del hombre, lo que es inaceptable, por oponerse a los designios de Dios que asignó a aquella una misión especial, el régimen de la familia y las obras de celo y beneficencia, dejando a aquel el cuidado de la cosa pública, el gobierno de los pueblos, la dirección de los negocios y los azares de la política. Es cierto que, en todo esto, ha ejercido y ejerce la mujer un saludable influjo, con sus advertencias, consejos e insinuaciones; pero indudablemente sería ridículo pretender que ésta suplante al sexo fuerte y aspire a cargos y ocupaciones que no le corresponden.

Madama Lamperrière¹ juzga que el feminismo actual es un error y un peligro. «Querer establecer», dice, «identidad de derechos y funciones entre el hombre y la mujer, es contrariar las leyes naturales. Las atribuciones de la mujer no son menos importantes que las del hombre, pero son otras. El hombre debe trabajar y producir; la mujer administrar y organizar el interior; su papel es el de *señora de la casa* en el sentido más lato de la palabra, sea en el hogar, sea en la sociedad misma. De lo cual resulta que, si ella depende del varón bajo ciertos aspectos, éste, a su vez, depende de la mujer; y, si se quiere examinar de cuál lado es mayor la independencia, la mujer no tendría por qué quejarse de su suerte».

Hemos dicho que la instrucción de la mujer ha de ser proporcionada a su índole y condición social, sin traspasar los límites señalados por una prudente dirección. «Como las

mujeres», dice el Arzobispo de Cambrai², «no han de seguir la carrera de las armas, ni se han de dedicar al ministerio de las cosas sagradas, ni ejercitarse en la mayor parte de las artes mecánicas, se les puede privar de cierta extensión de conocimientos que pertenecen a la política, al arte de la guerra, a la jurisprudencia, filosofía y teología.» No olvidemos que la mujer es el magistrado del hogar y que las gracias exteriores que Dios le ha dado tienen por objeto hacer amable su autoridad. La mujer ha de tener, pues, la ciencia y el buen sentido necesarios para llenar su misión, tanto más que ningún bien se puede hacer sin ella en la casa, como dice otro eminente escritor³.

Déjese, por tanto, a la mujer el hermoso y vasto campo del hogar doméstico, en que puede ejercitar sus dotes y prestar inestimables servicios al Estado y a la Iglesia misma; no se la introduzca en la arena candente de la política, ni se le confíen cargos que desdigan de su sexo; porque todo esto la sacaría de sus quicios, produciría cierto desequilibrio en su vida y la arrastraría a lamentables desaciertos y errores. A este propósito escribía el Conde de Maistre a su hija Constanza: «Las mujeres no han escrito ni la *Iliada*, ni la *Enéida*, ni la *Jerusalén liberada*, ni *Fedra*, ni *Atalia*, ni el *Misántropo*, ni el *Tartufo*; ellas no han construido ni el *Panteón*, ni la *Iglesia de San Pedro*; ni esculpido la *Venus de Medici*, ni el *Apolo de Belvedere*; ni compuesto el *Libro de los principios*, ni el *Discurso sobre la Historia universal*, ni el *Telémaco*; ellas no han inventado el álgebra, ni los telescopios, ni los anteojos acromáticos, ni las máquinas hidráulicas, etc., etc.; pero, en cambio, han hecho algo más grande que todo esto: sobre sus rodillas han formado lo que hay de más excelente en el mundo: un hombre honrado y una mujer honrada... Tener hijos no es gran cosa; pero el hacer de ellos hombres, es un gran honor, y esto las mujeres lo hacen mejor que nosotros... Si una joven es bien educada; si es dócil, modesta y piadosa, ella forma hijos que

¹ De la educación de las hijas.

² Cf. *La science da ménage*.

³ En la obra: *Le rôle social de la femme*.

se le parecen, lo que es la obra más importante del mundo.... La ciencia es peligrosa para las mujeres, á muchas de las que ha vuelto desgraciadas ó ridículas.... El defecto más grave de una mujer es ser hombre.»

Es inadmisibles la emancipación política de la mujer, dice Cathrein¹; porque, por la decencia y pudor propios de su sexo, no conviene que se presente en público á menudo; que asista á comicios y emprenda viajes, dejando á su esposo é hijos, cosas que acontecerían si tuviese derechos políticos. Además, el ingenio de la mujer es generalmente poco idóneo para la dirección de los asuntos públicos, que, por su naturaleza y gravedad, requieren maduro consejo y prudencia, prendas algo raras en ella, cuyo carácter móvil se deja gobernar más por los afectos que por las razones. Por otra parte, si gozase ella de tales prerrogativas, sería difícil evitar colisiones entre sus derechos y los del marido, lo que disminuiría la autoridad de éste y perturbaría la paz doméstica.

En varios pueblos de Europa y en los Estados Unidos hay una corriente favorable al feminismo, no sólo entre los protestantes y liberales, sino también entre algunos católicos, quienes creen de buena fe (como acontece especialmente en Bélgica), que si las mujeres tuviesen el derecho de sufragio y opción á los cargos públicos, cambiaría favorablemente la situación de la Iglesia, por ser éstas más cristianas y piadosas que los hombres.

La Iglesia agradece, en verdad, los servicios que, con laudable constancia y fidelidad, han prestado las mujeres en todo tiempo á sus apostólicas labores. En las épocas de sufrimiento en la piedad y de persecución, ellas han conservado el fuego sagrado de la fe en su corazón, para transmitirlo á las generaciones venideras; han dado asilo á los sacerdotes perseguidos, apoyado las obras de beneficencia y defendido los derechos de la Iglesia, conculcados por sus enemigos.

Á nuestro modo de ver, la causa principal de los males que deploran aún muchos pueblos católicos, es la educación

¹ Philos. mor. II, thes. 89.

mala ó deficiente de la juventud, que, por falta de sobriedad y de virtud, se deja seducir por los corifeos de una libertad desenfrenada y los auxilia en su obra de impiedad y de exterminio. Ahora bien, si la mujer, si la esposa intervienen en lo público, si desempeñan cargos de gobierno y de administración, ¿qué será del hogar doméstico? ¿quién cuidará de los niños y de su formación moral? ¿como se cumplirán los arduos y penosos deberes de la maternidad? Preocupada por los asuntos públicos, dominada por la pasión política (tan tenaz como intransigente), carecerá la madre de la serenidad, paz é imparcialidad necesarias para el gobierno tranquilo de la familia y para calmar el corazón del esposo, lleno de sinsabores por los negocios en que interviene y por su ingerencia en la política.

En esta grata penumbra del hogar cristiano, consagrada la esposa á formar el corazón de sus hijos, á hacerlos crecer en edad, en ciencia y en virtud, servirá á Dios y á la patria, mucho mejor que entre el torbellino de la política y los azares de la vida pública. No olvide la mujer que su ministerio, en el hogar y fuera de él, es de conciliación, de dulzura y de paciencia; por lo que mientras más ame la tranquilidad del retiro, huya más del mundo corruptor y se oculte á sus miradas; mientras con más celo cumpla sus deberes de esposa, de madre ó de hija; mientras, en fin, su corazón, á modo de ánfora sagrada, difunda por todas partes el perfume de las virtudes, hará mayores bienes y su nombre será respetado y bendecido por todas partes.

Fuera de los principios cristianos, dice el Padre Roessler¹, no habrá jamás para la mujer sino servidumbre ó ignominia, aun bajo la ruidosa enseña de la emancipación y de la independencia. Por eso se debe buscar en el Evangelio la solución de la cuestión feminista, originada en los pueblos protestantes, entre los que es difícil resolverla debidamente, á causa de la funesta influencia de la Reforma.

Como los católicos no deben mirar indiferentes la situación creada por las nuevas ideas y tendencias de la época, tienen

¹ La cuestión feminista.

que conocerlas y oponer á ellas la propaganda enérgica del bien, para contrarrestar el daño que vayan causando. Por lo que, según observa un autor de nuestros días, sería muy útil invitar á las mujeres cristianas á unirse y á ligarse, para reparar las injusticias sociales de que son frecuentemente víctimas las pobres obreras, á fin de que, si el movimiento feminista va en auge, tomen su dirección, y no vayan á manos de los librepensadores y socialistas, que lo convertirán en arma contra la Iglesia y el orden público. Conviene mucho prevenir este mal, y conjurar el peligro, ya que lo más alarmante en el movimiento feminista, según Mons. Péchenard¹, es la tendencia de la mujer á la irreligión. Si en los liceos de niñas de Rusia, Alemania y otros países, se conserva la religión como base, en otros lugares, particularmente en Francia, se ha procurado orientar la educación de la mujer de modo que poco á poco se le arrastre á la incredulidad. Terrible lucha se ha trabado, en este terreno, entre la fe y el libre pensamiento. Para que triunfe la Iglesia es necesario que conserve y acreciente la superioridad, no sólo en la educación religiosa y moral, sino también en la enseñanza literaria y científica.

Un escritor distinguido, el Padre Godts, manifiesta en una obra reciente², con acopio de sana doctrina, que la mujer es inferior al hombre, por haberla creado Dios para compañía y subordinada de aquél; por la delicadeza y debilidad de su constitución física, incapaz de soportar grandes fatigas; por tener inteligencia menos perfecta y fuerte que la del varón, según dice Santo Tomás, motivo por el cual no es tan apta para generalizar y sintetizar; por la inferioridad de su acción, de suyo limitada, que no puede tener la amplitud de la del hombre. De todo lo cual infiere que es falsa la doctrina de la perfecta igualdad de los dos sexos, proclamada por los feministas.

Su modo de pensar lo apoya dicho autor en muchos pasajes del Antiguo y del Nuevo Testamento, así como en ense-

¹ L'éducation.

² Le féminisme condamné par des principes de théologie et de philosophie.

ñanzas de la Iglesia, no obstante haber ella engrandecido á la mujer y colocádola en el puesto que le corresponde en la familia y en el consorcio civil. Pero la inferioridad, antes indicada, no excluye la superioridad moral de la mujer, en su triple oficio de hija, de esposa y de madre cristiana, superioridad que obtiene en el hogar y fuera de él, mediante el cumplimiento de su misión y el ejercicio de las virtudes cristianas, en especial de la caridad, que le estimula á consagrarse á Dios en el estado religioso y á dedicarse al servicio del prójimo.

Del estudio teórico y práctico que hace el Padre Godts del feminismo moderno, deduce que entraña una rebelión contra la organización dada por Dios á la sociedad; por cuyo motivo es impío en el fondo, y una especie de socialismo disfrazado, siendo la repetición del primer ensayo de emancipación de la mujer, intentado por Satanás en el paraíso terrenal. Contra el dictamen de muchos supuestos defensores de la mujer, la juzga inhábil para algunas carreras y profesiones, como las de abogado, médico, cirujano, etc., para tales ó cuales cargos públicos, y para el ejercicio de ciertos derechos políticos, en especial el de sufragio.

Mas no se crea que el Padre Godts llegue, con su criterio un tanto severo, á negar á la mujer todo derecho, y á no darle intervención alguna en la cosa pública ó en el desempeño de cargos con ella relacionados. Por el contrario, reclama para la mujer, en el estado actual de la sociedad, varios derechos naturales, civiles y religiosos. Entre los primeros, el derecho de exigir salario justo, para remediar las manifestadas injusticias cometidas en la retribución de ciertos trabajos de la mujer, y el derecho de exigir que también el padre alimente al hijo ilegítimo. Entre los derechos civiles, enumera el de servir de testigo en un acto público, la libre disposición del salario para la mujer casada, una ley más justa sobre la sucesión del esposo difunto, el nombramiento de inspectoras para las industrias femeninas, el derecho de sufragio y de elegibilidad en los consejos de arbitradores (*conseils de prud'hommes*), en los de la industria y el trabajo, para la designación de jueces de comercio, y

en los comités escolares y de asistencia pública. Entre los derechos religiosos menciona la abolición de las leyes de matrimonio civil y de divorcio, dadas en varios países de Europa y de América, con desconocimiento del fin de la unión conyugal, menoscabo de la autoridad doméstica, de la buena educación de los hijos y, sobre todo, de los derechos de la Iglesia, cuyo divino Fundador, al elevar el matrimonio de los fieles a la dignidad de sacramento, lo sometió a la jurisdicción eclesiástica, en cuanto concierna a su naturaleza y elementos constitutivos.

En suma, el Padre Godis, aunque justamente opuesto a nivelar a la mujer con el hombre y a emanciparla en el orden civil y político, no se opone a los derechos que le corresponden, conforme a la misión que Dios le ha asignado en la sociedad y a las exigencias justas de los tiempos.

7. Elogios que hace de la mujer fuerte el Libro de los Proverbios.—Hay una página en los Libros Santos que debían leer y meditar profundamente las mujeres, para penetrarse de su misión y de la manera de cumplirla; página que gustosos transcribimos como remate y complemento de este capítulo¹.

«¿Quién hallará una mujer fuerte? De mayor estima es que todas las preciosidades traidas de lejos y de los últimos términos del mundo. En ella pone su confianza el corazón de su marido, el cual no tendrá necesidad de botín ó despojos para vivir. Ella le acarrea el bien todos los días de su vida, y nunca el mal. Busca lana y lino, de que hace labores con la industria de sus manos. Viene á ser como la nave de un comerciante que trae de lejos el sustento. Se levanta antes que amanezca, y distribuye las raciones á sus domésticos y el alimento á sus criados. Puso las miras en unas tierras, y las compró: de lo que ganó con sus manos plantó una viña. Revistióse de varón fortaleza, y esforzó su brazo. Probó y echó de ver que su trabajo le fructifica: por tanto tendrá encendida la luz toda la noche. Aplica sus manos á los quehaceres domésticos, aunque fatigosos, y sus dedos manejan el huso. Abre su mano para socorrer al men-

¹ Prov. xxxi, 10—31.

digo, y extiende su brazo para amparar al necesitado. No temerá para los de su casa los fríos ni las nieves; porque todos sus domésticos traen vestidos aforrados. Se labró ella misma para sí un vestido acolchado; de lino finísimo y de púrpura es de lo que se viste. Su esposo hará un papel brillante en las puertas ó *asambleas* públicas, sentado entre los senadores del país. Ella teje *finísimas* telas y las vende, y entrega también ricos ceñidores ó *fajas* á los negociantes cananeos. La fortaleza y el decoro son sus atavíos, y estará alegre y *risueña* en los últimos días. Abre su boca con sabios discursos, y la ley de la bondad ó *amor* gobierna su lengua. Vela sobre los procederes de su familia, y no come ociosa el pan. Levantáronse sus hijos, y aclamaronla dichosísima; su marido también, y la alabó *diciendo*: Muchas son las hijas ó *esposas* que han allegado riquezas; mas á todas has tú aventajado. Engañoso es el donaire, y vana la hermosura: la mujer que teme al Señor, ésa será la celebrada. *Decidle alabanza para que goce del fruto de sus manos, y celebrense sus obras en la pública asamblea de los jueces.*

CAPÍTULO OCTAVO.

DERECHOS Y DEBERES DEL ESTADO EN LA EDUCACIÓN Y EN LA ENSEÑANZA.

1. Principios fundamentales. — 2. Determinación de los derechos y deberes del Estado en este asunto. — 3. Refutación de la teoría del Estado socialista. — 4. La enseñanza primaria obligatoria. — 5. El monopolio escolar y universitario. — 6. Bancarrota de la enseñanza oficial. — 7. Respuesta á algunas objeciones.

1. Principios fundamentales.—Para tener ideas claras acerca de los derechos y deberes del Estado en esta materia, estableceremos previamente algunos principios de indiscutible verdad.

La sociedad política ó civil, denominada también Estado, fué instituida por Dios para procurar el bien temporal de los asociados.

en los comités escolares y de asistencia pública. Entre los derechos religiosos menciona la abolición de las leyes de matrimonio civil y de divorcio, dadas en varios países de Europa y de América, con desconocimiento del fin de la unión conyugal, menoscabo de la autoridad doméstica, de la buena educación de los hijos y, sobre todo, de los derechos de la Iglesia, cuyo divino Fundador, al elevar el matrimonio de los fieles a la dignidad de sacramento, lo sometió a la jurisdicción eclesiástica, en cuanto concierna a su naturaleza y elementos constitutivos.

En suma, el Padre Godis, aunque justamente opuesto a nivelar a la mujer con el hombre y a emanciparla en el orden civil y político, no se opone a los derechos que le corresponden, conforme a la misión que Dios le ha asignado en la sociedad y a las exigencias justas de los tiempos.

7. Elogios que hace de la mujer fuerte el Libro de los Proverbios.—Hay una página en los Libros Santos que debían leer y meditar profundamente las mujeres, para penetrarse de su misión y de la manera de cumplirla; página que gustosos transcribimos como remate y complemento de este capítulo¹.

«¿Quién hallará una mujer fuerte? De mayor estima es que todas las preciosidades traidas de lejos y de los últimos términos del mundo. En ella pone su confianza el corazón de su marido, el cual no tendrá necesidad de botín ó despojos para vivir. Ella le acarrea el bien todos los días de su vida, y nunca el mal. Busca lana y lino, de que hace labores con la industria de sus manos. Viene á ser como la nave de un comerciante que trae de lejos el sustento. Se levanta antes que amanezca, y distribuye las raciones á sus domésticos y el alimento á sus criados. Puso las miras en unas tierras, y las compró: de lo que ganó con sus manos plantó una viña. Revistióse de varón fortaleza, y esforzó su brazo. Probó y echó de ver que su trabajo le fructifica: por tanto tendrá encendida la luz toda la noche. Aplica sus manos á los quehaceres domésticos, aunque fatigosos, y sus dedos manejan el huso. Abre su mano para socorrer al men-

¹ Prov. xxxi, 10—31.

digo, y extiende su brazo para amparar al necesitado. No temerá para los de su casa los fríos ni las nieves; porque todos sus domésticos traen vestidos aforrados. Se labró ella misma para sí un vestido acolchado; de lino finísimo y de púrpura es de lo que se viste. Su esposo hará un papel brillante en las puertas ó *asambleas* públicas, sentado entre los senadores del país. Ella teje finísimas telas y las vende, y entrega también ricos ceñidores ó *fajas* á los negociantes cananeos. La fortaleza y el decoro son sus atavíos, y estará alegre y risueña en los últimos días. Abre su boca con sabios discursos, y la ley de la bondad ó *amor* gobierna su lengua. Vela sobre los procederes de su familia, y no come ociosa el pan. Levantáronse sus hijos, y aclamaronla dichosísima; su marido también, y la alabó diciendo: Muchas son las hijas ó *esposas* que han allegado riquezas; mas á todas has tú aventajado. Engañoso es el donaire, y vana la hermosura: la mujer que teme al Señor, ésa será la celebrada. Decidle *alabanza para que goce del fruto de sus manos*, y celebrense sus obras en la pública asamblea de los jueces.

CAPÍTULO OCTAVO.

DERECHOS Y DEBERES DEL ESTADO EN LA EDUCACIÓN Y EN LA ENSEÑANZA.

1. Principios fundamentales. — 2. Determinación de los derechos y deberes del Estado en este asunto. — 3. Refutación de la teoría del Estado socialista. — 4. La enseñanza primaria obligatoria. — 5. El monopolio escolar y universitario. — 6. Bancarrota de la enseñanza oficial. — 7. Respuesta á algunas objeciones.

1. Principios fundamentales.—Para tener ideas claras acerca de los derechos y deberes del Estado en esta materia, estableceremos previamente algunos principios de indiscutible verdad.

La sociedad política ó civil, denominada también Estado, fué instituida por Dios para procurar el bien temporal de los asociados.

El fin esencial de la sociedad civil es la prosperidad pública, común á todos los ciudadanos, ó sea el conjunto de condiciones requeridas para que, en lo posible, todos sus miembros consigan directamente, en esta vida, el bienestar temporal, subordinado al supremo destino del hombre.

De esto se deduce que el gobierno civil ha de custodiar, en el orden externo, los derechos de los asociados, castigar á los culpables, manejar y dirigir los negocios públicos, y facilitar los medios para la consecución de todo aquello á que no bastan las fuerzas individuales.

El Estado, en la órbita de sus atribuciones y con los medios de que dispone, ha de promover cuanto tiende al bien común. Por lo que puede, en caso necesario, ó sea cuando es insuficiente la acción individual, favorecer la enseñanza y fomentar el cultivo de las artes y ciencias, que contribuyen mucho á la prosperidad de las personas y al adelanto de la nación. Está autorizado, en consecuencia, á instituir escuelas públicas, para suplir el descuido de los padres en la instrucción de sus hijos.

Tiene el Estado facultad de vigilar las escuelas y colegios, en lo tocante á los bienes temporales, como la salud, la seguridad, etc. También le compete algún derecho en las cosas morales, en caso de cometerse un delito, ya que á la autoridad pública toca castigarlo y reparar el orden violado. Pero no puede ordenar nada contra el derecho natural, el divino positivo y el eclesiástico.

No debe el Estado imponer el empleo exclusivo de las doctrinas, de los libros y de los métodos de enseñanza aprobados por él. Mucho menos ha de admitir y favorecer como legítima la tolerancia doctrinal, que nivela la verdad con el error y concede á éste derechos en el orden especulativo, lo que es inadmisibles, por cuanto la verdad es el objeto único de la investigación científica. La libertad de errar y de pecar no es un derecho y perfección, sino una corrupción y ruina, tanto para la escuela como para el Estado.

Generalmente hablando, corresponde al Estado juzgar acerca de la idoneidad (sóla y estrictamente) de las personas para el debido desempeño de algún cargo público y civil, sin

violar la libertad de los ciudadanos y los derechos de la Iglesia.

No puede la potestad civil compeler á los padres de familias á enviar á sus hijos á las escuelas públicas, cuando aquellos, por sí mismos, ó por medio de maestros que han elegido, pueden educarlos debidamente. Se tendrá esto presente, *a fortiori*, cuando la escuela pública es impía ó neutra.

El Estado cristiano se hace gravemente responsable ante Dios y sus súbditos al prohibir la enseñanza religiosa en las escuelas, colegios y Universidades; al prescribir que la instrucción sea indiferente, y al nivelar á la religión católica con las demás religiones ó con los cultos disidentes. Porque, guardar silencio sobre la religión revelada equivale á combatirla y negarla, é igualar á la verdad católica con los otros cultos, es irrogarle grave injuria. Falsa es, por tanto, la doctrina del ateísmo político, que asegura no tener el Estado ni las escuelas civiles obligación alguna con respecto á Dios y á la religión.

Peligra la salud eterna del niño, en las escuelas oficiales y no oficiales, cuando la instrucción científica está separada de la educación moral; cuando la enseñanza profana prescinde de la religión, y mucho más cuando los alumnos son internos (habitualmente alejados del influjo de la familia), y las escuelas son mixtas, esto es, compuestas de niños y de niñas.

En los pueblos separados de la Iglesia, la cuestión de la enseñanza se resolverá según las leyes de la justicia natural; mas en los que están unidos á ella, el asunto cambia de aspecto. Pues, estando la sociedad civil cristiana sujeta, como sus simples miembros, á la ley divina positiva, debe la autoridad política reconocer y amparar las atribuciones de la Iglesia, para crear y regir libremente centros de enseñanza, para intervenir en la educación religiosa de los niños y cuidar de que los padres cumplan sus deberes para con Dios. Pero este auxilio é influjo indirecto del poder público en la obra de la educación, no ha de menoscabar, y mucho menos anular, la autoridad de los padres de familia, y con más razón la de la Iglesia, á la que debe respetar y sujetarse el Estado cristiano.

Bajo el imperio de la ley cristiana, no es permitido á la autoridad civil, sin violar un doble y sagrado derecho — el natural de los padres y el divino positivo de la Iglesia —, asumir y usurpar directamente para sí como un *derecho público*, ni aun á pretexto del bien común, el oficio de instruir y educar en las escuelas públicas á la juventud de un pueblo cristiano con exclusión de los padres y del poder eclesiástico, ó aceptándolos, en parte, por beneplácito y concesión del Estado.¹

2. Derechos y deberes del Estado en la educación y en la enseñanza. — En el capítulo segundo de esta obra hemos probado que la misión de educar corresponde, después de Dios, á la Iglesia y á los padres de familia. De la doctrina allí expuesta y de los principios consignados en el párrafo precedente se deduce que el Estado no tiene derecho originario, ni tampoco misión directa, de enseñar, y menos de educar, y que su esfera de acción es diversa de la de las sociedades religiosa y doméstica, encargadas de la formación moral, intelectual y física del hombre.

Como la instrucción contribuye poderosamente á la ventura pública y privada, el poder civil encargado de procurar la primera á los asociados, no puede mirar con indiferencia á aquella; y, por esto, al sostener que la misión de educar al hombre corresponde á la Iglesia y á los padres de familia, no negamos que, en este punto, competen atribuciones importantes al Estado. Éste, en verdad, ha de empeñarse, por los medios abundantes de que dispone, en favorecer la buena formación científica y moral del joven; pero sin arrogarse como derecho propio y exclusivo el de intervenir en ella, ni menos constituirse en maestro único de la juventud estudiosa. El Estado ha de auxiliar á la Iglesia y á la familia en tan delicada labor; ya que el, según Denoit,² es el custodio de los derechos de ésta y el protector de las prerrogativas de aquélla.

¹ Cf. Meyer, Instit. iuris nat. P. II, sect. 2, § 1, c. 2, thes. 20. *Cathelin*, Philos. mor. II, c. 3, thes. 83. *Günther*, Elementos de Filosofía, t. II: Principios de Ética y de Derecho Natural.

² I. c.

«El Estado», como muy bien dice el abate Dehon¹, «tiene una misión *directa* en todas las funciones esenciales de su cargo, como son la de mantener la paz entre los ciudadanos, la de asegurar el orden público, defender la sociedad contra los ataques de dentro y fuera, etc. Para lo demás, para el desarrollo intelectual y material de los pueblos, tiene una *misión indirecta y complementaria*, para las causas mayores, cuando es insuficiente la iniciativa de los particulares y de las corporaciones.

«El Estado, defensor del orden y la paz, es también la más vasta y universal de las corporaciones: corporación de orden superior, que no debe emprender todo, porque lo haría mal, sino que debe suplir la insuficiencia de la acción comunal, provincial y corporativa. Se trata, por ejemplo, de fundar universidades ó escuelas, de construir hospitales ó caminos: si la iniciativa de los concejos, de las asociaciones particulares es bastante, el Estado debe sólo alentárlas; pero si la necesidad es urgente y la iniciativa privada es lenta ó ineficaz, el Estado podrá obrar.»

«Interesada como está la sociedad civil en la buena formación de los ciudadanos, tiene ciertamente el derecho y el deber de preocuparse en ella; pero según los medios de que dispone y en su esfera propia de acción», dice Longhaye². «Ni por la voz de la naturaleza, ni por la de la revelación, ha dicho Dios jamás al Estado: «Vé y enseña tú mismo»; mucho menos: «Vé y enseña tú solo». Tal es el orden en el seno de los pueblos cristianos... Así que, para llegar al monopolio del Estado en la enseñanza, es preciso substituir el Estado á la familia, á la Iglesia y, finalmente, á Dios mismo; es preciso, en una palabra, deificar al Estado. Éste es el cesarismo pagano codificado de nuevo por Juan Jacobo Rousseau, y aceptado en principio por nuestras asambleas revolucionarias, de las que él fué el evangelista.»

La ingerencia del Estado en la educación ha de extenderse, por lo general, á dictar reglamentos para la seguridad, el

¹ Catéchisme social.

² Quinze années de la vie de Montalembert.

orden externo y estabilidad de las escuelas, y á suministrar á los padres los medios de dar á sus hijos una educación conveniente, fundando centros de enseñanza, estableciendo pensiones en favor de maestros y discípulos, estimulando con certámenes y premios el ardimiento de los unos y de los otros. Tiene igualmente la potestad de cerciorarse de la competencia de los que desean seguir ciertas profesiones liberales que se relacionan con el orden temporal; de vigilar la higiene de los establecimientos, examinar los métodos de la enseñanza profana y abrir escuelas especiales para la milicia, etc. En resumen, como dijo Luciano Bran¹, el Estado no es de derecho ni debe ser de hecho sino un protector vigilante de la escuela.

Vamos á transcribir algunos párrafos de una obra notable, premiada por la Academia de ciencias morales y políticas, de París, en los que se resumen los derechos del Estado, de los padres y del hijo, en la educación. Su autor, Barrau, dice así:

El *derecho* del padre de educar á su hijo, es decir, de instruirlo y formarlo, es un precepto de la ley natural. «A este derecho va indisolublemente unida la *obligación estricta* de ejercitarlo, porque si la obligación nace forzosamente de la armonía de un precepto cualquiera con la ley moral, ¿no hay obligación de hacer la vida posible á aquel á quien la damos? Ahora bien: para que la vida le sea posible, la educación no es menos indispensable que el alimento.

«Estas dos obligaciones de alimentar y de educar son conexas, y las dos resumen el derecho de la familia.»

Este derecho es inviolable, pero no absoluto: «Está necesariamente limitado por otros dos: el de la sociedad y el del niño.»

«De aquí resulta para el padre una doble obligación en el ejercicio de su propio derecho: respetar el *derecho de la sociedad* y respetar el *derecho de su hijo*.» La segunda de estas obligaciones no hay necesidad de demostrarla; no sucede lo mismo respecto á la primera.

¹ Discurso pronunciado en el Congreso de juristas católicos de Lyon.

El hombre al ser padre no se ha dado solamente un hijo, «ha dado un miembro al cuerpo social, y la sociedad tiene evidentemente sobre éste, como sobre los demás miembros, derechos, á los cuales corresponden deberes de su parte.»

«Así cae por su base la pretensión de algunas personas de ideas sistemáticas que creen poder educar á sus hijos *al capricho*.

«No; esto no es posible; están obligados en conciencia á educarlos de manera que lleguen á ser miembros útiles para la sociedad: no tienen derecho á privarlos de las ventajas que la sociedad les garantiza, ni á la vez á quitar á ésta el beneficio que pueden y deben prestarle.

«La educación de los niños corresponde á la familia. La *incapacidad* probada ó la *indignidad* igualmente probada, pueden sólo dar lugar á un caso excepcional, en el cual la familia pierde (accidentalmente) su derecho. En el caso de indignidad, es decir, cuando un padre educa á su hijo en el vicio, el padre es un prevaricador: la *sociedad* debe intervenir en pro del niño y en pro de sí misma: en pro del niño, porque su primer derecho, el de ser educado honradamente, se le arrebató; por la sociedad misma, porque la seguridad está amenazada cuando se educa á un enemigo en su seno, y oponiéndose ejerce la legítima defensa. . . . De aquí nace el derecho de *inspección* del Estado en las escuelas públicas ó privadas.

«El hombre, ser dotado de razón, ha sido creado para la verdad y para la libertad.

«El *primer derecho del hijo* es, pues, el de conocer la *verdad*; derecho inherente á la cualidad de hombre. El segundo es la *libertad*: su uso no es permitido al niño por completo; pero nuestro deber es educarlo para hacerlo capaz y digno de gozar de ella. Siéguese de aquí que en la educación no debe sentir tiranía alguna; al contrario, importa al perfeccionamiento moral, acostumbrarlo á la libertad.»¹

3. Refutación de la teoría del Estado docente. — En esta importante cuestión, directamente enlazada con la

¹ Cf. *Tiberghien*, La enseñanza obligatoria.

anterior, es preciso recordar, ante todo, que el fin del Estado es procurar en cuanto es posible la felicidad temporal de los asociados, mediante la *tutela* del bien común. Para conseguirlo, debe dictar leyes y emplear medidas tendientes á la consecución de dicho fin. Por esto, como muy bien dice el Padre Riess¹, «la posición del Estado respecto de los individuos es muy distinta de la que tiene respecto de ellos la autoridad paterna. Porque ésta mira al bien particular de sus subordinados inmediatamente y ha sido ordenada por Dios para procurar la felicidad de individuos desvalidos, hasta que se hallen en estado de cuidar de sí propios. De donde se infiere que la educación, considerada en su esencia, no puede ser una institución pública ó política; pues, según su naturaleza íntima, es solicitud por el bienestar de los particulares. No siendo la escuela otra cosa sino la organización social de la actividad educadora y docente, excluye también por su esencia el carácter político. Esta exclusión sube de punto cuando la escuela recibe la ley y norma, tanto de su organización como de su espíritu, de la religión revelada y totalmente autónoma. Subordinada de esta suerte la familia cristiana, como á su madre, á la Iglesia, participa, bajo la dirección de ésta, de la prerrogativa de obrar libremente, protegida, á la verdad, por el brazo fuerte del Estado, pero sin dependencia de él en su elevado ministerio, á fin de procurar la conservación moral del género humano.»

La educación, como antes se dijo, comprende dos partes: la instrucción y la formación del corazón, ó la enseñanza y la disciplina. Ahora bien, la ciencia está fuera del alcance del Estado; ya que ella busca y explica las razones últimas de las cosas, y se apoya en principios inmutables y evidentes que no están á merced de los caprichos de los individuos, ni de la voluntad de los pueblos, ni de los decretos de los gobiernos. La verdad, fin de la ciencia, es objetiva; «por lo que ésta y el arte no pueden ser impuestos por el Estado, ni creados por orden real». «El taller de la actividad científica es la vida interior del espíritu», dice F. Walter²; «su aguijón,

¹ El Estado moderno y la escuela cristiana.

² Citado por Riess en la obra referida.

la tendencia innata del mismo espíritu hacia la verdad; su fin y satisfacción, la certeza apoyada en fundamentos que él reconoce como irrefutables. El poder del Estado no puede, por tanto, obrar en este terreno sino sólo protegiendo y fomentando el espíritu científico, libremente entregado á sus tendencias y aspiraciones.»

Especialmente las naciones organizadas según el sistema representativo, están sujetas á constantes mudanzas, que afectan, por desgracia, aun á la organización escolar. Una triste experiencia comprueba la facilidad con que se suceden los directores de la enseñanza, los métodos, los textos, y hasta las mismas leyes escolares, en los países en que se arroga el gobierno el oficio de educar. «La instrucción pública no puede, sin perecer, participar de las variaciones é incertidumbres de un gobierno parlamentario que reposa sobre mayorías variables», escribe Dechamps: «ella debe ser independiente de la lucha de los partidos, y no ponerse al servicio de las pasiones políticas. Su acción sobre el pueblo ha de ser lenta, continua y dirigida por principios inmutables; sus raíces han de alimentar la savia en las costumbres nacionales y en las creencias del pueblo.»

Con menos razón debe el Estado arrogarse el derecho de intervenir en la educación íntima del hombre; ya que para ello no tiene misión, ni puede tampoco regular sus acciones. La moral, que se ocupa en esto último, descansa en principios inmutables, fundados en el derecho natural; y Dios hizo única depositaria é intérprete de la moral á la Iglesia católica.

Para que la educación produzca frutos sanos y copiosos, es preciso que el encargado de darla, tenga, dice Meyer, *dotes como de padre*, ante todo *entrañas de caridad* y marcada benevolencia hacia el niño, así como autoridad reverencial. Trátase en la educación directa y primariamente del bien particular é individual del niño, de prepararle su verdadera felicidad temporal y eterna, á la que se ha de posponer todo. Ahora bien, la educación dada por el Estado carece de suyo de la piedad y amor paternos; porque, 1º el poder público procede en sus actos guiado por el derecho y el orden estricto, y no por la caridad; 2º porque en toda ins-

titudin y método pedagógico busca el lo que conviene á sus intereses, posponiendo muchas veces el bien privado al llamado público. Por estas y otras razones, que sería largo aducir, el Estado es inhábil por naturaleza para el oficio de educar, como lo atestiguan en muchos lugares los pésimos resultados de la educación oficial.¹

Por esto la escuela cristiana, cuyo fin principal es la formación moral del niño, no es, según el autor antes citado, una institución política: ella procede de la sublime sabiduría cristiana, la cual depende de una suprema autoridad docente que, como tal, no puede sufrir intrusiones de las potestades de la tierra....

«Por esta razón la sociedad moderna tiene que escoger entre considerar á la Iglesia y su magisterio infalible como institución jurídica, protectora y guardadora de esta superioridad intelectual de los sabios (en la cual es norma en definitiva, por ordenación divina, no la capacidad natural, sino el mérito moral), ó sufrir el dominio de una orgullosa casta de brachmannes, que abusen del Estado y subordinen la verdad á su egoísmo: camino á que es conducida la sociedad por la ciencia incrédula, ayudada de los maestros de la escuela radical.

«Esto no excluye que la protección del Estado sea de la mayor importancia para la escuela cristiana, sea cual fuere su forma: lo que se rechaza es que ésta haya de estar en todo sometida á aquél. El auxilio del Estado no tiene lugar sino en la medida necesaria, y eso cuando los órganos llamados en primer término á proveer á las necesidades de la escuela, no llegan á remediarlas.»²

El hombre no queda absorbido ni anulado por la sociedad civil; y en su seno conserva derechos preciosos, como el de servir á Dios, de que no puede ser privado en ningún caso, y otros de orden inferior, como el de la vida, propiedad, libertad, etc.; de los que tampoco puede ser desposeído sin un grave motivo de bien público. Mucho menos, lo repetimos, puede el Estado inmiscuirse en la formación moral del hom-

bre, de la que están encargadas otras sociedades. Á lo sumo debe suplir en esta materia las deficiencias ó graves descuidos de los padres de familia, á quienes, por razón del bien común, puede urgir á que cumplan este deber, por lo menos en lo esencial, facilitándoles los medios de hacerlo.¹

Oigamos al cardenal obispo de Perusa que fué León XIII: «El deber de la educación, por razón natural, es de tal manera inherente al carácter y potestad de los padres, que no admite abdicación, y el poder social, por su ordenación, no está propiamente llamado á subrogarse en este gran oficio de la paternidad, sino á coadyuvar á la obra de estos educadores naturales, y á vigilar y proteger el gobierno y buena organización de la familia.... La familia no es hechura ó creación de la sociedad civil, y la potestad paternal no emana de la ley humana: las relaciones y deberes que existen entre padres é hijos son anteriores y superiores á toda humana agrupación. El hombre nace sociable; mas, perteneciendo primero á la sociedad doméstica y religiosa, no viene al comercio civil sino por la familia, ya preparado por el magisterio de la Iglesia y bajo la guía de la autoridad paterna.»

En los pueblos que poseen el inestimable don de la unidad católica, la Iglesia se ocupa con maternal afecto en la formación moral del hombre y en el régimen de la familia cristiana; mas, en los países infieles ó disidentes, permite que los que no le están sujetos, se instruyan según sus creencias; pero exige del poder temporal que garantice á los católicos el derecho sagrado de educar cristianamente á sus hijos. Y, cuando las circunstancias lo requieren, tolera la Iglesia aun la absoluta libertad de enseñanza, no como un *desideratum*, sino como un mal menor y tabla de salvamento para los católicos, que, al amparo de esa libertad, pueden fundar escuelas cristianas para sus hijos. Lo que rechaza y rechazará siempre la Iglesia, son las leyes inicuas y los gobiernos impíos que obligan á los católicos á enviar á sus hijos á escuelas irreligiosas ó indiferentes; porque esto, á más de violar las prerrogativas de Dios y de la familia, arranca la fe del cora-

¹ Cf. *Meyer*, *Instit. iuris nat.* P. II, sect. 3, l. 1, c. 5; thes. 72.

² *Ibid.*

¹ Cf. *Cathrein*, *Philos. mor.* II.

zón del niño, corrompe su conciencia con reglas de mal vivir, y pervierte su inteligencia con errores funestos al orden social cristiano.

4. La enseñanza primaria obligatoria.—Muy en boga está en nuestros días esta enseñanza, que muchos la consideran como elemento de progreso y medio eficaz de difundir la instrucción entre las clases desheredadas de la fortuna. Parece, á primera vista, aceptable que el poder público, en su afán de civilizar las masas, obligue, en caso necesario, por la fuerza, á los padres de familia negligentes á enviar sus hijos á las escuelas del Estado, para que reciban en ellas instrucción elemental y gratuita, que los haga aptos para el desempeño de los deberes cívicos y morales.

Pero, si nos atenemos á los principios que hemos establecido en materia de educación; si recordamos á quiénes corresponde esta noble misión (en la que no tiene parte directa el Estado); y si, apoyados en los hechos, nos fijamos en los males que á la formación religiosa y aun científica del niño ha causado la enseñanza obligatoria, tendremos que rechazarla y mirarla como una de las armas nocivas empleadas por el Estado para inmiscuirse en lo que no le corresponde y arrancar la fe de las nuevas generaciones.

No negamos que el gobierno civil debe, por los medios de que dispone, promover la instrucción (fundando escuelas que faciliten á los padres de familia la instrucción de sus hijos), y aun determinar el minimum de conocimientos indispensables á los que ejercen el derecho de ciudadanía ó aspiran á ciertos cargos públicos; pero aseguramos igualmente, por varias razones, que es inadmisibile la enseñanza oficial obligatoria y, sobre todo, la coacción escolar.

Primera, porque esta coacción, como dice Godts, abre el camino al socialismo; pues si el Estado se arroga el derecho de educar á los hijos, ¿por qué no tendrá también el de administrar los bienes de la familia y todas las demás prerrogativas de los padres, inclusive la de alimentar al niño y de asignarle el arte ó profesión que ha de seguir?

Segunda. La enseñanza obligatoria invade el derecho que por la ley natural y divina compete á los padres de educar

á sus hijos; se mezcla en asuntos propios del hogar doméstico, desconoce la patria potestad y viola la justicia conmutativa. La escuela, sobre todo elemental, es por su naturaleza cierta extensión y como instituto subsidiario de la familia, á la que corresponde primariamente erigirla, una vez que, según hemos dicho, la educación de los hijos es asunto doméstico. Mas si los padres no satisfacen este deber, corresponde llenarlo al municipio, que ha de cuidar de establecer escuelas suficientes para la instrucción de los niños de todas las familias; y si tampoco él lo hace, corresponde al supremo poder civil, encargado de fomentar cuanto es de necesidad ó de utilidad social, fundar dichas escuelas, para suplir la negligencia de los padres y auxiliarlos en el cumplimiento de sus obligaciones.

Tercera. La coacción escolar perjudica, según Costa-Rossetti, al derecho que tienen los hijos de no ser educados sino por los medios naturales, esto es, por sus padres; de modo que contra su voluntad no debe intervenir en la educación persona alguna, ni ser enviados á escuelas que no sean de su agrado.

Cuarta. Esta acción es nociva al espíritu de la familia cristiana; porque los padres solícitos de la salud espiritual de sus hijos, tienen el pesar de verlos lejos de sí, expuestos á malos ejemplos, á compañías peligrosas, y á otros daños de alma y cuerpo.

Quinta. La enseñanza obligatoria invade la verdadera libertad de conciencia, por cuanto el Estado, so pretexto de promover la instrucción, contraria no pocas veces las creencias é íntimas convicciones del hombre cristiano y viola el derecho sagrado que tienen los padres de educar á sus hijos.

La Iglesia, tratándose de intereses altísimos, no obliga á nadie á ingresar en su seno, sino que como madre solícita invita á todos á cobijarse bajo su manto protector y á aprovecharse de los abundantes medios de santificación de que dispone; pero no va más allá en su benéfica propaganda y jamás hace prosélitos por medio de la fuerza.

¹ Cf. Meyer y Cathrein l. c.

Imite el Estado la conducta de la Iglesia y no obligue por la violencia á los padres de familia, á instruir á sus hijos y menos á enviarlos á escuelas oficiales que no son de su agrado.

Pero, sobre todo, una triste experiencia manifiesta que la enseñanza obligatoria es, en la actualidad, una arma de que se sirven de ordinario los gobiernos impios para cegar en su fuente la fe cristiana, mediante la descatolización de los niños. Si se estudian los reglamentos escolares de los pueblos que se precian de cultos, se verá que en casi todos ellos se hace caso ómiso de la instrucción religiosa, y que en muchos se la excluye, hasta el punto de prohibir al sacerdote el ingreso en las escuelas públicas. Natural es, por esto, que miren de reojo la enseñanza obligatoria cuantos anteponen los intereses eternos del hombre á los efímeros de la presente vida¹.

Eugenio Tallón², aunque liberal, reconoce los inconvenientes que va presentando en Francia la instrucción obligatoria:

«Hay que reconocer», dice, «que el sistema de la instrucción obligatoria pierde diariamente en ventajas, convirtiéndose en instrumento de partido, con lo que se aleja más la época de una implantación cuyos auxiliares indispensables son la opinión pública y las costumbres. ¿Qué confianza, qué autoridad puede tener en el ánimo de las familias una fórmula desacreditada en las reuniones públicas y envilecida por las declamaciones electorales?

«El carácter moral de la instrucción obligatoria ha sido esencialmente alterado. Por eso los hombres mejor intencionados sienten desvío de esas imprudentes declaraciones teóricas, irrealizables como todo lo absoluto, irritantes como toda pasión política, tiránicas como toda coacción, para atenerse exclusivamente al desarrollo progresivo de todos los medios de enseñanza y educación, y á todas las facilidades de la instrucción. Al sistema de la instrucción obligatoria opónese, en último análisis, el sistema más fecundo de facilitar la instrucción.»

¹ Cf. *Gods, Sanctificetur educatio.*

² La vie morale et intellectuelle des ouvriers.

El Señor de Marcère, senador de la Cámara francesa y jefe del partido liberal, se expresa así: «Pienso que las leyes relativas á la enseñanza y asociación reclaman una protesta inmediata y una resistencia enérgica, no sólo de los católicos, sino también de los liberales. No las dejará dormitar el Gobierno, subordinado como está á las sectas que lo dominan, libremente asociado, por otra parte, á los designios de ellas.... No dejemos perecer nuestras libertades, porque perdidas ellas, ya no tendremos defensa ante los peligros que nos prepara la demagogia jacobina y socialista.»

Pablo Bourget ha dicho: «El derecho del padre para dirigir la educación de sus hijos es la condición misma de la existencia de la familia, fundada toda entera sobre ese derecho y sobre su autoridad. Tocarla directa ó indirectamente constituye un verdadero crimen social.»

Anatolio Leroy Beaulieu: «Protesto altamente en nombre de la libertad de conciencia contra todos los proyectos que desconocen los derechos del padre de familia y de la enseñanza.»

Enrique Houssaye: «Estoy naturalmente en favor de la valiente campaña que defiende las libertades de enseñanza y de asociación.»

M. A. Barth: «No soy católico, pertenezco á la Universidad¹, y creo ser un liberal. De todas las iniquidades sectarias que se nos infligen y con que se nos amenaza, ésta sería la más odiosa: una mezcla rara de hipocresía y de cinismo.»

Julio Lemaitre: «La ley escolar es odiosamente tiránica; es una ley hipócrita, y si se piensa en las dificultades de su aplicación, es una ley imbecil.»²

Hablemos brevemente de la organización de la enseñanza primaria en otros países.

La legislación escolar en Inglaterra data sólo de 1870. Hasta entonces el cuidado de la enseñanza elemental estuvo confiado á la iniciativa privada; pero en dicho año el Parlamento decidió la creación de consejos (*School Boards*)

¹ Universidad se llama en Francia á la administración central de la enseñanza superior, dirigida por el Estado.

² Cf. Discurso pronunciado en el Senado de Chile por el Sr. Carlos Walker-Martínez, contra la instrucción primaria obligatoria.

encargados de fundar escuelas donde lo juzgasen necesario. Además el Estado, por la primera vez, proclamó el principio de la enseñanza primaria obligatoria y laica; mas en un pueblo tan religioso como el inglés, no fue aceptada la laicización absoluta de la instrucción primaria; por lo que en 1871 se decretó un *compromiso*, según el cual la enseñanza religiosa en las escuelas públicas debía comprender la de ciertos dogmas fundamentales del cristianismo. Pero una instrucción tan rudimentaria no satisfacía ni á los católicos ni á los anglicanos; por lo que se fundaron muchas escuelas libres, en las que los niños recibían enseñanza conforme á las creencias religiosas de sus padres.

En 1896, el cardenal Vaughan y el duque de Norfolk presentaron al Gobierno, á nombre de los obispos católicos de Inglaterra y de Gales, una memoria solicitando *justicia y libertad* para todas las escuelas, que debían tener una subvención á prorrata del número de alumnos. Grande resonancia tuvo este documento, y en 1897, Leroy Beaulieu recomendaba á Francia imitar el ejemplo de Inglaterra que, por más de cien votos de mayoría, aprobó una ley para distribuir los subsidios del fisco entre las escuelas oficiales y las escuelas libres. En suma, en Inglaterra la ley de instrucción obligatoria no ha pasado del papel, dice el Señor Walker-Martínez; pues las municipalidades y condados tienen libertad de proceder como fuere conveniente á las costumbres, intereses y tendencias de los ciudadanos.

En la ley última de enseñanza dada en 1902 predomina un espíritu manifiesto de equidad y de justicia. Ella, en efecto, subprime las escuelas oficiales y neutras, tan odiosas á los católicos y á los anglicanos, por el influjo preponderante y funesto que tenían ellas contra la religión, y las substituyó con el *County Council* (Consejo del condado), que tiene á su cargo la administración financiera de las escuelas y el derecho de nombrar una subcomisión (*Education Committee*), que, aprobada por la autoridad suprema (*Board of Education*), señala el programa de cada clase, los libros de texto, excepto de religión, y ejerce autoridad inmediata sobre todas las escuelas de su dependencia.

El Consejo del condado, ó autoridad local en materia de educación, puede imponer contribuciones, las que se distri-

buyen entre todas las escuelas que reúnen las condiciones requeridas para ser públicas, prescindiendo de que sean oficiales ó libres, neutras ó confesionales. Con esta medida se estableció la *igualdad financiera*, hacia tiempo reclamada por los católicos y los anglicanos, como medio de impedir las preferencias dadas á las escuelas oficiales sobre las libres.

Conforme á esta nueva ley escolar, los impuestos sobre enseñanza aprovechan á todos; los niños, aunque sean del pueblo, son educados en la fe de sus padres, y no necesariamente en la religión del Estado ó, lo que es peor, en la *neutralidad*, y la escuela libre puede enseñar la religión cuyo celo le dió origen.

Mas, al lado de este espíritu de equidad y de sana tolerancia, hay un elemento inaceptable, á saber: la intervención del Estado en la escuela libre, y la de los laicos en la enseñanza doctrinal. El comité de educación, compuesto de seglares, tiene ingerencia sobre la enseñanza religiosa, lo que si no repugna á la Iglesia anglicana, que es un rodaje del Estado y está sujeta á su inspección, contraria al magisterio docente y soberano de la Iglesia católica, en cuanto concierne á la fe y á la moral; por lo que no puede ella reconocer, en persona ni en poder alguno, el derecho de inmiscuirse en la enseñanza y formación religiosas de la juventud.

Con todo, el espíritu conciliador del parlamento y del pueblo inglés, y la amplitud de miras con que procedió el primero al dar la nueva ley, que rige desde 1903, hacen presumir que los católicos no verán conculcados sus derechos y que reportarán ventajas de la nueva organización escolar¹.

En los Estados Unidos, el Gobierno federal contribuye con doscientos millones de pesos anuales al desarrollo de la instrucción pública, y los Estados particulares siguen sus huellas, dejando la más absoluta libertad para seguir el sistema de educación que cada cual elija. Hay Estados que tienen la instrucción obligatoria, y hay otros que aceptan el régimen libre, observándose que en los primeros ha disminuido la

¹ Tomamos estos datos del artículo «La nouvelle législation scolaire en Angleterre», del P. José Bontle.

población escolar, y en los segundos ha aumentado; porque es preciso convencerse, según el mismo publicista chileno, de que la libertad es fuente de grandes cosas, y que la represión y la servidumbre, por más que se las disfraza con palabras brillantes, producen males, cualesquiera que sean las funciones sociales donde hayan de desenvolverse.

El Imperio alemán, que tanto sobresale por la organización escolar y la solidez de sus estudios, no tiene ley especial sobre la materia; si bien la instrucción está prescrita por disposiciones provinciales y locales, corroboradas por las leyes de cada Estado. Pero, lejos de ser sectaria ó indiferente la enseñanza en Alemania, es profundamente religiosa. Cuando después de la batalla de Jena, se trató de reorganizar el sistema de educación en Prusia, Stein, uno de los hombres más distinguidos, dijo: «Es necesario reanimar la nación entera, infundiéndole un nuevo espíritu, de moralidad, de religión y de patriotismo.»

El gimnasio alemán es oficialmente un gimnasio cristiano, dice el Padre Bernard; pues los programas, desde las reformas de 1850, exigen que la religión sea el alma de toda la enseñanza, y en especial en los de 1892 ocupa ella puesto de honor y los maestros están en el deber de respetarla. Ya en 1879 el emperador de Alemania pronunció estas memorables palabras ante una comisión de maestros: «Que se instruya enhorabuena á los jóvenes en la ciencia; pero es menester no olvidar lo que tiene importancia capital en la educación: *la religión está ante todo y sobre todo*. Vuestra misión más difícil y útil es educar á la juventud en el temor de Dios y enseñarle el respeto á las cosas santas.» En un país donde su soberano tiene tales convicciones, la enseñanza no puede ser inócruda ni impía, sino que será esencialmente cristiana.

Belgica y Holanda no han aceptado la enseñanza obligatoria, y los pueblos de España han rechazado los maestros de imposición oficial. En cuanto á Italia, donde tanto se impugna la enseñanza católica, el Ministro de Instrucción Pública, Nasi, declaró hace poco tiempo que la ley de enseñanza obligatoria no había dado los resultados que se esperaban; pues la matrícula de los alumnos de las escuelas primarias

era muy reducida, lo que manifiesta la esterilidad del sistema implantado¹.

La experiencia va comprobando con la lógica de los hechos que, aun prescindiendo de los motivos de orden moral y religioso antes indicados, la enseñanza obligatoria y sobre todo laica, no ha contribuido tampoco á la difusión de las luces en los países que la han establecido, razón más para rechazarla como una medida peligrosa é inútil.

La instrucción es, en verdad, un gran bien, que la sociedad ha de proporcionar á sus miembros, pero que éstos lo han de aceptar libremente. «El hombre ha de hacer el bien, y sólo el bien, durante su vida; mas ha de hacerlo *libremente*. El bien se efectúa libremente cuando la voluntad no es estorbada ni extraviada en el cumplimiento de aquél: cuando realiza el bien por el mismo bien, con la sola intención de realizarlo. Toda violencia externa destruye la libertad; toda consideración extraña al bien, cuando se toma como razón, pesa sobre la voluntad y la desvía de su objeto. Hacer el bien libremente, es toda la vida moral. El bien es el fondo de la vida, la libertad es la forma. Es necesario hacer el bien bajo la forma de la libertad; tal es el deber y el mandamiento impuesto al hombre.»²

En resumen, hay que persuadirse de que no con amenazas, multas y prisiones, sino mediante la persuasión, el estímulo, la propagación de ideas sanas sobre las ventajas de la instrucción y, ante todo, la creación de escuelas gratuitas, ha de difundir el Estado la cultura entre el pueblo, é inducir á los padres á educar á sus hijos. Las medidas represivas son contraproducentes y dan origen á abusos y resistencias. El cultivo de las letras, por elemental que sea, requiere un ambiente de piedad y de libertad, sin que deba aplicarse en ningún caso á la escuela el régimen del cuartel, ni ilustrar á palos á las masas.

5. El monopolio escolar y universitario. — Dase el nombre de monopolio escolar al sistema que atribuye sólo

¹ Cf. Discurso del Sr. Walker-Martínez.

² «Los mandamientos de la humanidad».

al Estado la autoridad de fundar escuelas y colegios de enseñanza primaria, media y superior; de conferir grados académicos y de dictar reglamentos y programas de enseñanza.

Tal doctrina proclama el *cesarismo* del Estado en la instrucción, y desconoce los derechos sagrados de la familia y del mismo Dios.

Dantón había dicho: «El niño pertenece al Estado antes de pertenecer á la familia.» Este pernicioso principio está de acuerdo con este otro, sostenido por algunos publicistas: «El hombre no existe sino para la sociedad, y la sociedad no lo forma sino para ella.» De estos principios, aplicados á la educación, deducen aquéllos el derecho correspondiente al Estado de intervenir en la enseñanza, á tal punto que el solo debe monopolizarla y cuidar de que sea universal, obligatoria y uniforme.

Desde luego, es mucho más exacto decir que la sociedad existe para el hombre, como un *medio* establecido por Dios para el perfeccionamiento de aquél; por lo que debe ella respetar y amparar los derechos naturales de los asociados, y sobre todo los del orden sobrenatural, que dicen relación á su último y nobilísimo fin.

Ahora bien: si, como antes se ha probado, la educación es de competencia directa de la Iglesia y de la familia, es indudable que la acción del Estado, en este punto, debe limitarse á secundar y auxiliar á aquellas en el desempeño de tan importante labor.

Si el Estado no tiene derecho de educar, tampoco le compete el monopolio directo ó indirecto de la enseñanza; monopolio violatorio de la libertad natural de los padres en la educación de los hijos, por cuanto los obliga á enviarlos á establecimientos determinados, ó á dejarlos sin instrucción, con lo que se les fuerza moralmente á abdicar en gran parte á favor del Estado el oficio de educar.

El cultivo de las facultades cognoscitivas por la instrucción es medio muy apto para formar la índole ó ingenio de la juventud y, sobre todo, para la educación moral, dice Cathrein. Como el hombre se deja guiar por lo que aprende, y el maestro transmite la ciencia al alumno, es eficaz el influjo que

aquél ejerce en éste. Ahora bien, bajo el régimen del monopolio, muchas veces la juventud está á merced de maestros ignorantes ó impíos, incapaces de procurar su adelanto científico y su formación moral.

El monopolio se opone á la libertad que cada uno tiene, en el orden meramente natural, de comunicar á otros sus conocimientos, ó de ser instruido por ellos, sin que nadie pueda impedirles, á no ser que se propaguen errores patentes y funestos. También desconoce el monopolio el derecho indiscutible de la Iglesia de enseñar libremente las verdades reveladas y cuanto concierne á la eterna salud, no sólo en el hogar doméstico, sino también en la escuela y en la sociedad civil cristiana.

El monopolio, impide, en fin, el progreso de la ciencia, sobre todo en las escuelas superiores, en el caso que la someta al gobierno ó á una facción política. Porque, si sólo puede enseñar el que ha sido aprobado por la autoridad pública, ó, lo que es peor, el educado por ella, los que se dedican al estudio tienen que aceptar sólo las doctrinas gratas al gobierno, estorbandose así el desarrollo de las ciencias y la legítima emulación ó competencia de los maestros¹.

Como en el mundo científico hay muchas verdades desconocidas, contribuye no poco á su descubrimiento el que los obreros intelectuales se dediquen á su labor libremente y sin ideas preconcebidas. Por esto, al limitar el monopolio los horizontes de la investigación y someter á la ciencia, por decirlo así, á un *maule oficial*, quita todo estímulo al trabajo intelectual y hace á aquella sierva del Estado.

Por lo expuesto se conocerá cuán atentatoria es la conducta del poder civil cuando niega á la Iglesia el derecho de fundar y dirigir planteles de educación y de enseñanza. Porque, siendo la Iglesia, como dice el Padre Ginebra², sociedad pública, docente y jurídica, la enseñanza dada por ella no sólo tiene valor y publicidad de hecho, sino de derecho. Comete, pues, manifiesta injusticia la autoridad civil

¹ Cf. *Gedtl* 1. c.

² Elementos de Filosofía, t. III: Principios de Ética y Derecho Natural.

en las sociedades católicas, al no reconocer todos sus efectos civiles á la enseñanza dada por la Iglesia ó por corporaciones autorizadas por ella. Esto es tanto más cierto cuanto que, siendo la Iglesia infalible en materia de fe y costumbres, no puede enseñar cosa contraria al fin de la sociedad civil, sino antes bien favorecerla en gran manera.

Uno de los académicos de Francia, Emilio Faguet, califica de *socialismo* al monopolio de la enseñanza¹.

«Todo socialismo», dice, «es detestable; pero lo es éste, en especial, por ser la educación una cosa eminentemente individual, que cada niño debe recibir en la familia, conforme á sus aptitudes, temperamento de espíritu y carácter.

«El ideal de la enseñanza consiste en no hacer del estudiante una *materia común*, sobre la que se trabaja por procedimientos generales y uniformes. El espíritu no cumple las funciones del Estado, ni el Estado las del espíritu, dijo Lacordaire... Los profesores oficiales no son otra cosa sino vulgarizadores más ó menos excelentes (nunca almas libres), que piensan y viven dentro de otras almas, que es como, en cierto sentido, pudieran ser definidos.

«El Estado es de suyo autoritario. Transportada su autoridad á la enseñanza, sin dejar sitio á la iniciativa individual, hace de ella una administración, una máquina bien arreglada, nunca una obra viva.

«El profesor libre en la Universidad liberal es una quimera; jamás gozará sino de una libertad estrecha y casi ilusoria; invenciblemente se hará de él un engranaje, más ó menos bien hecho y de buen gusto, pero al fin un engranaje.»

La Iglesia, que ha defendido en todo tiempo los derechos y las libertades legítimas de los individuos y de los pueblos, rechaza, por esto, el monopolio universitario y la enseñanza oficial, obligatoria y laica, de que echó mano el Estado moderno, para apropiarse la inteligencia y el corazón de los jóvenes, sustraerlos del benéfico influjo de la Iglesia y del hogar cristiano, y formar generaciones de incrédulos y de revolucionarios.

¹ La Quinzaine.

En conclusión, podemos afirmar que la instrucción pública florecerá en un país cuando el Estado, lejos de estorbar la acción de la Iglesia y usurpar los derechos de la familia, secunda eficazmente los esfuerzos de entrambas; y cuando el poder eclesiástico, el paterno y el civil trabajan unidos en cultivar la mente y el corazón de los jóvenes.

6. Bancarrota de la enseñanza oficial en Francia.—Hace poco tiempo que Brunetiere, uno de los ingenios más rectos y cultivados de Europa, habló de la bancarrota de la *ciencia* oficial en Francia, palabra que produjo gran sensación entre los amantes del saber y trajo á los ánimos la dolorosa convicción de que el sectarismo impío iba haciendo decrecer, no sólo el nivel moral, sino también el intelectual del pueblo francés.

Es innegable que la instrucción pública atraviesa actualmente en Francia por un período de crisis, cuyas causas conviene estudiar por el influjo decisivo que aquella nación ejerce en los pueblos latinos, empeñados en seguir sus huellas, sobre todo en la organización de la enseñanza pública.

En la edad media, la enseñanza no fué jamás considerada como servicio del Estado, y la Iglesia era el único poder docente, del cual dependían todas las instituciones escolares. Las Universidades mismas eran corporaciones eclesiásticas, con leyes, privilegios e inmunidades canónicas; por lo que acudían al Papa como á tribunal de apelación.

El poder real no se convino en dejar por mucho tiempo á la Iglesia como maestra absoluta de la enseñanza nacional, y desde Felipe el Hermoso comienza, bajo el impulso de los legistas, esa obra de ataque y absorción de todas las franquicias individuales y corporativas, en provecho de la corona. Sobre todo bajo el gobierno autoritario de Luis XIV, las instituciones escolares quedaron á merced del poder real, que dictó varios reglamentos para la Universidad de París.

Desde el *Renacimiento* se introdujo una doctrina muy perjudicial en esta materia. Los teólogos protestantes, con Lutero á la cabeza, inculcaron la necesidad de fundar escuelas oficiales, para suministrar á los alumnos la luz de la verdad y librarlos de la *superstición papista*. Éste es, en los tiempos

modernos, el origen histórico de la enseñanza del Estado. En el siglo XVIII las cosas fueron adelante; porque, en odio á la religión, exigieron Diderot, Helvecio, Rousseau, La Chalotais, Montesquieu y Malesherbes la secularización de la enseñanza y la creación de la educación nacional, ó sea de la educación dada por el Estado. Voltaire decía que la instrucción civil era un asunto del Estado, una obra de gobierno, con lo que el Estado se substituía á la Iglesia y á los padres de familia.

A pesar de estos avances del poder civil sobre el dominio de la enseñanza pública, no puede decirse que la instrucción nacional estuviese aún en manos del Estado; porque las Universidades no se ocupaban en la instrucción primaria, absolutamente entregada al clero y á los poderes locales, y los grados académicos eran reconocidos por el gobierno sin ser conferidos por él. Durante el período revolucionario, que suprimió las corporaciones religiosas y civiles, se desorganizó mucho la enseñanza; pero la Convención no abolió el derecho del padre de familia de educar á sus hijos como le parezca, ni tampoco la libertad de enseñanza.

Cuando Napoleón I trató de fundar la Universidad, sintetizó sus ideas en estos términos: «Mi objeto, al establecer un cuerpo docente, es tener un medio de dirigir las opiniones políticas y morales.» Inútilmente se opusieron á esta tendencia absorbente Portalis y Champagny, consultados por el emperador, quien encontró en Fontanes un instrumento dócil á sus miras. En mayo de 1806 el parlamento creó, con el nombre de Universidad Imperial, un cuerpo encargado exclusivamente de la enseñanza y de la educación pública, en todo el imperio, del cual dependían todos los establecimientos, aun libres, de instrucción; cuerpo que vino á ser una sección administrativa como la Justicia ó la Guerra. Con esto se le reconoció al Estado el título de docente, si bien Napoleón no se propuso hostilizar directamente á la Iglesia con esta medida.

La fortuna de Napoleón palideció. La Restauración se presentó con un programa de libertad, y el monopolio universitario fué momentáneamente suprimido. En el segundo

reinado, de Luis XVIII, comenzó la lucha contra el monopolio, iniciada por Lamennais, lucha sostenida por los católicos y por liberales como Guizot, Benjamin Constant, Dunoyer, hasta que Carlos X pidió á la Iglesia tomase en sus manos la causa de la Universidad, y permitió que el clero y las congregaciones religiosas dirigiesen escuelas, colegios, y aun ocupasen clases en la Universidad oficial.

Cuando el trono de Carlos X cayó por los suelos, el monopolio universitario había perdido mucho terreno; por lo que en la Carta jurada por Luis Felipe se comprometió á favorecer la instrucción pública y la libertad de enseñanza. Mas, iniciado el nuevo régimen, olvidó sus compromisos, y en los dieciocho años que duró, se sostuvo campaña tenacísima para defenderla, habiendo sido el adalid entre los católicos el Conde de Montalembert. Guizot entró en el movimiento, proponiendo una ley que aseguraba la libertad de la enseñanza primaria; y cuando recrudesció la lucha, Salvandy, Villemain, Cousin, dueños de la Universidad, emplearon todas sus fuerzas en robustecer el monopolio, pretendiendo, no obstante, hacer algunas concesiones á la libertad.

En fin, la monarquía seudoliberal de 1830 fué barrida por la insurrección popular, y la república de 1848 inscribió en su constitución la libertad de enseñanza, que en esta ocasión no sufrió bancarrota. La ley de Falloux, revisada por Thiers y el abate Dupanloup, á quienes corresponde una buena parte en el éxito de este delicado asunto, aseguró á la Iglesia de Francia cierta dosis de libertad, que le permitió abrir colegios y hacer á la Universidad, en el terreno de la enseñanza oficial, una competencia benéfica.¹ Esta preciosa conquista fué debida á los católicos, entre los que descuellan Montalembert y Dupanloup, eficazmente auxiliados por Thiers, aunque liberal y republicano.²

Después logró la Iglesia de Francia obtener la libertad de la enseñanza superior, y á su amparo se fundaron centros de alta cultura intelectual, como el Instituto Católico de París,

¹ Cf. J. Burckhardt, *La liberté d'enseignement et le monopole universitaire*.

² *Essai sur*, Montalembert t. II.

las Universidades Católicas de Lille, de Lyon y otras, y aun una escuela politecnica dirigida por los jesuitas. Pero estos triunfos avivaron las iras del judaísmo y la masonería, árbitros de los destinos de Francia, y después de muchos proyectos, que datan de veinte años á esta parte, los republicanos de hoy han suprimido el minimum de libertad que, hace medio siglo, otorgó á la enseñanza católica una asamblea republicana, para volver al régimen odiado del monopolio.

¿Ha ganado con esto la causa de la enseñanza? Lejos de eso ha perdido mucho terreno. Así lo comprueba un libro reciente que, con el título de *La bancarrota de la enseñanza oficial*, ha publicado Pablo Fesch, como resultado de la investigación ordenada por la Cámara de diputados en 1899, para conocer el estado de la enseñanza secundaria en toda la República. De este libro extractamos los siguientes datos y apreciaciones.

Todos los hombres competentes en materia de educación y de instrucción, dice Fesch, han comparecido ante el areópago presidido por Ribot, y todos unánimemente han reprobado el sistema de la enseñanza oficial seguido en Francia desde hace un cuarto de siglo. «La educación, dicen, no existe en ningún grado en los liceos y colegios del Estado, y la instrucción misma no ha dado los resultados que justamente se esperaban de ella. Es necesario renovar todo de pies á cabeza, porque el Estado docente no ha cumplido sus promesas; en una palabra, ha *llegado á la bancarrota*».

La causa principal de esta bancarrota depende de que casi todos los gobiernos que se han sucedido en Francia desde hace un siglo, no se han propuesto formar de los niños hombres cuyas fuerzas físicas, intelectuales y morales se dirigiesen al bien de la nación, sino que convirtiendo la enseñanza en elemento de dominación política, han procurado amoldar á aquellos á sus ideas, para que fuesen, según las circunstancias, partidarios del imperio, de la monarquía, ó de la república. Estos hombres, exclamaba Montanembert, á quienes el solo pensamiento de la infalibilidad del papa haría levantar los hombros en señal de compasión, han dotado de igual

prerrogativa al Consejo Real de instrucción pública, única y decisiva autoridad en la materia....

Si iguales causas producen los mismos efectos, es innegable que la enseñanza oficial había de producir en todos los países y en todas las épocas los mismos males. Por esto Ribot decía: «¿Cómo queréis hablar de dirección de los espíritus? ¿Cómo pretendéis arrogaros la formación de las inteligencias? ¿Cómo os atrevéis á reivindicar el monopolio y la dictadura? Jamás la libertad de enseñanza ha sido más necesaria que en nuestra sociedad democrática, porque no habría tiranía peor que aquella que sucediéndose en el poder, carece del sentimiento de su estabilidad.»

Voces tan autorizadas como las de Spuller, Poincaré, Hanotaux y Mézières han sostenido que «en ningún momento parece ni posible, ni político, ni justo atentar directa ni indirectamente contra una libertad como la de enseñanza.» Gabriel Monod se expresa así: «Todas las medidas restrictivas de la libertad de enseñanza son no sólo injustas, lo que basta para condenarlas, sino también nocivas para la misma enseñanza laica oficial. El Estado debe buscar en la reforma de su propia enseñanza los medios para luchar contra la enseñanza libre.» Todas estas manifestaciones de rectitud de criterio y de amor á la libertad fueron desoídas, para atar á la instrucción pública al carro del Estado.

La bancarrota se ha comprobado también con la lógica abrumadora de los números. En 1892, Carlos Dupuy hacía notar que de 174.146 alumnos de la enseñanza secundaria, la Universidad contaba con 83.714, mientras que los colegios particulares tenían 90.432; por lo que correspondía el triunfo á los establecimientos eclesiásticos. Cinco años después, Bonge aseguraba que los liceos del Estado habían perdido 3000 alumnos, y Breal se mostraba inquieto por no haber en ellos el aumento de alumnos que era de esperarse, dado el interés que todos tienen por instruirse y los ingentes gastos que hace el Estado en la enseñanza. En 1898, los 187.186 alumnos de la enseñanza secundaria se repartían así: liceos y colegios fiscales, 86.321; establecimientos libres laicos, 9725; establecimientos eclesiásticos, 67.643; seminarios menores, 23.497.

De estos datos dedujo la Comisión parlamentaria, que «el aumento continuo de la población escolar en los establecimientos eclesiásticos era un hecho completamente cierto». Ahora bien, ¿cómo explicar el aumento en aquéllos y la disminución en los colegios oficiales, siendo así que en éstos tienen los alumnos toda clase de facilidades para el estudio y muchas trabas en los colegios libres?

Julio Ferry creía que la reforma universitaria era sólo cuestión de dinero. Al efecto, desde 1878 hasta 1885 se gastó en la construcción de colegios y liceos la enorme suma de 542.600.000 francos, sin que se realizaran las esperanzas que se abrigaban. Berthelot, antiguo Ministro de Instrucción Pública, critica esos liceos que pueden contener hasta mil doscientos internos, y que son una monstruosidad moral y económica. Otros dos Ministros se expresan en estos términos: Goblet: «He pensado muchas veces que la República ha andado en los últimos años por mal camino al mantener el internado y construir, a precio de muchos millones, numerosos liceos sin objeto; y me he preguntado si no se habría podido con menos gasto colocar la enseñanza secundaria gratuita al alcance de todos, lo que habría sido más democrático, y habría descargado al Estado de la misión de educar, para lo cual es inadecuado, ya que esto no es incumbencia suya, sino de las familias.» Bourgeois: «Ha sido un error, reconocido por todos, construir establecimientos demasiado extensos, para atraer clientela con construcciones magníficas, que, si son buenas desde el punto de vista de la higiene, de las clases, de los dormitorios, etc., no lo son por la agrupación de los alumnos en grandes masas, cosa de muy desfavorable.»

Railberti, diputado y miembro de la comisión investigadora, repueba los gastos superfluos hechos en liceos, muy superiores á las necesidades reales de cada lugar; por lo que Fesch añade: «Los edificios se han levantado, pero la educación y la población escolar se han deprimido; y esto á pesar de las becas y el monopolio.»

«Una agitación poco compatible con el orden y el progreso de los estudios, se nota actualmente en la Universidad».

dice Lebrun¹, «agitación debida á la disciplina liberal ó paternal que el Ministro Bourgeois impuso á aquélla en 1890. Ciertó que la organización universitaria daba lugar á críticas antes de este año; pero el mal se agravó desde entonces.... Entregados los alumnos á sí mismos, á sus pasiones nacientes, á sus malos instintos, se han echado á las espaldas el trabajo y la moral. En los centros escolares, relajada la disciplina, se propaga é impone el mal; por lo que el régimen liberal, con el desorden é inobediencia, ha producido en nuestros liceos y colegios un desbordamiento de pereza, de grosería é inmoralidad.»

«Si desde el punto de la instrucción el personal docente puede sostener todas las comparaciones y concurrencias, no pasa lo mismo con el personal administrativo y de vigilancia, que no puede adquirir el influjo moral que tienen las casas religiosas.... Como era de preverse, los estudios han sufrido mucho, y el nivel intelectual y moral ha bajado sensiblemente en la mayor parte de los establecimientos del Estado. Tal es la obra de Bourgeois y de otros espíritus quiméricos y sectarios, como Rabier, Marion, Buissón, Liard, Monod, etc., que pertenecen á la misma escuela.»

La causa del decaimiento de la enseñanza oficial en Francia se debe, sin duda, al espíritu sectario de los encargados de la dirección é instrucción de la juventud, lo que ha alarmado la conciencia católica de sus moradores; porque, si á mediados del siglo XIX exclamaba Thiers: «¡Gran Dios! Nuestra sociedad está muy enferma, porque los institutores están muy gangrenados»; ¿qué no diría de la Francia de hoy que ha desterrado al Crucifijo, al sacerdote, en una palabra, todo influjo religioso del recinto de la escuela?

«El error ha descendido hoy de la cima, para generalizarse y difundirse», dice Alberto Vandal², de la Academia Francesa. «Se le ha puesto al alcance de todos por disposiciones oficiales. Existe, pues, un obscurantismo del Estado, ya que, desde hace diez años, más ó menos, los manuales provistos de la marca oficial han sido cuidadosamente ex-

¹ Notre éducation nationale.² En la obra: Éducation — Pédagogie.

purgados, habiéndose excluido de ellos el nombre de Dios como expresión inconveniente, propia para *desmoralizar* á la juventud.

«Sábase de donde proceden la inspiración y la palabra de orden? De las logias, en las que se conspira permanentemente contra el alma del niño, procurando sustraerlo al influjo maternal. Hoy que el gobierno se ha reducido á un sindicato de las sectas, estos planes se abren paso libremente, se precisan y se formulan.»

«Ojalá que los gobiernos de América mediten en estas saludables lecciones y escaermen en cabeza ajena, á fin de que no se empeñen en monopolizar la enseñanza, y menos en apartarla de la religión, para que no lamentemos la misma bancarrota que en Francia!»

7. Respuesta á algunas objeciones.—Varios argumentos, más ó menos especiosos, se alegan en pro de la intervención del Estado en la educación y aun á favor del monopolio de la instrucción, argumentos que es preciso desvanecer.

El Estado, se dice, debe procurar el bienestar temporal de los asociados; y como la educación contribuye mucho á él, tiene el derecho de intervenir en ella, por lo menos para que el alumno, á más de la instrucción moral y religiosa, adquiera en las escuelas cierto grado de cultura civil. El argumento prueba demasiado; porque hay muchas cosas que miran al bien común, y que no son de la incumbencia del Estado; pero conviene recordar que la educación es *per se* un bien individual y doméstico, no público, aun cuando tenga relaciones con el bien común. Nada impide al poder civil que, salva la libertad individual y doméstica, promueva, favorezca y aliente, por todos los medios posibles, la educación y la enseñanza de las masas. Para lograr esto, debería auxiliar ante todo á la Iglesia en su misión educadora y ampararla en el ejercicio del derecho que tiene de compeler á los padres negligentes en la instrucción religiosa de sus hijos. Si las dos potestades proceden de acuerdo, darán grande incremento á la cultura del pueblo fundando escuelas primarias y elementales, y estimulándole á concurrir á ellas.

También aseguran algunos que á los padres corresponde educar y al Estado instruir; principio falso, porque hemos probado ya que no puede separarse la educación de la instrucción, y que ambas contribuyen á formar al niño y se auxilian mutuamente.

Si sólo la Iglesia, las corporaciones y los particulares tienen la potestad de fundar escuelas, podría resultar, piensan muchos, que en ellas se enseñen doctrinas nocivas al bien público, lo que no puede permitir el Estado, á quien corresponde, si no el monopolio, por lo menos la vigilancia é intervención en todas las escuelas y colegios. Ciertamente es que el gobierno civil, como custodio del orden público, ha de reprimir la difusión de principios que puedan subvertirlo; pero este temor no existe en los establecimientos fundados ó dirigidos por la Iglesia, que es el más firme apoyo del poder temporal.

En todo caso compete al Estado el castigo de los delitos, el cuidado de la higiene, del orden y seguridad de los establecimientos libres, como también asegurarse de la competencia de los que van á ejercer ciertas profesiones civiles.

CAPÍTULO NOVENO. LA EDUCACIÓN FÍSICA.

1. Qué es la educación física y cuánta su importancia. — 2. Influjo de esta educación en la parte intelectual y moral del hombre. — 3. Utilidad de la higiene y cosas á que ella ha de atender preferentemente. — 4. La gimnasia: reglas generales para su enseñanza y práctica. — 5. Cultura de los órganos de los sentidos. — 6. La higiene escolar. — 7. Sin la virtud, poco ó nada aprovecha la educación física.

1. Qué es la educación física y cuánta su importancia.—Descartes definió al hombre: «una inteligencia servida por órganos». Diverso y mucho más exacto es el concepto que tiene de él la filosofía escolástica: el hombre, según ella, «es un alma unida al cuerpo», ó, mejor dicho, «un cuerpo animado»; esto es, «un cuerpo penetrado é impregnado de un alma, de tal manera que los dos elementos,

purgados, habiéndose excluido de ellos el nombre de Dios como expresión inconveniente, propia para *desmoralizar* á la juventud.

«Sábase de donde proceden la inspiración y la palabra de orden? De las logias, en las que se conspira permanentemente contra el alma del niño, procurando sustraerlo al influjo maternal. Hoy que el gobierno se ha reducido á un sindicato de las sectas, estos planes se abren paso libremente, se precisan y se formulan.»

«Ojalá que los gobiernos de América mediten en estas salubres lecciones y escaermen en cabeza ajena, á fin de que no se empeñen en monopolizar la enseñanza, y menos en apartarla de la religión, para que no lamentemos la misma bancarrota que en Francia!»

7. Respuesta á algunas objeciones.—Varios argumentos, más ó menos especiosos, se alegan en pro de la intervención del Estado en la educación y aun á favor del monopolio de la instrucción, argumentos que es preciso desvanecer.

El Estado, se dice, debe procurar el bienestar temporal de los asociados; y como la educación contribuye mucho á él, tiene el derecho de intervenir en ella, por lo menos para que el alumno, á más de la instrucción moral y religiosa, adquiera en las escuelas cierto grado de cultura civil. El argumento prueba demasiado; porque hay muchas cosas que miran al bien común, y que no son de la incumbencia del Estado; pero conviene recordar que la educación es *per se* un bien individual y doméstico, no público, aun cuando tenga relaciones con el bien común. Nada impide al poder civil que, salva la libertad individual y doméstica, promueva, favorezca y aliente, por todos los medios posibles, la educación y la enseñanza de las masas. Para lograr esto, debería auxiliar ante todo á la Iglesia en su misión educadora y ampararla en el ejercicio del derecho que tiene de compeler á los padres negligentes en la instrucción religiosa de sus hijos. Si las dos potestades proceden de acuerdo, darán grande incremento á la cultura del pueblo fundando escuelas primarias y elementales, y estimulándole á concurrir á ellas.

También aseguran algunos que á los padres corresponde educar y al Estado instruir; principio falso, porque hemos probado ya que no puede separarse la educación de la instrucción, y que ambas contribuyen á formar al niño y se auxilian mutuamente.

Si sólo la Iglesia, las corporaciones y los particulares tienen la potestad de fundar escuelas, podría resultar, piensan muchos, que en ellas se enseñen doctrinas nocivas al bien público, lo que no puede permitir el Estado, á quien corresponde, si no el monopolio, por lo menos la vigilancia é intervención en todas las escuelas y colegios. Ciertamente es que el gobierno civil, como custodio del orden público, ha de reprimir la difusión de principios que puedan subvertirlo; pero este temor no existe en los establecimientos fundados ó dirigidos por la Iglesia, que es el más firme apoyo del poder temporal.

En todo caso compete al Estado el castigo de los delitos, el cuidado de la higiene, del orden y seguridad de los establecimientos libres, como también asegurarse de la competencia de los que van á ejercer ciertas profesiones civiles.

CAPÍTULO NOVENO. LA EDUCACIÓN FÍSICA.

1. Qué es la educación física y cuánta su importancia. — 2. Influjo de esta educación en la parte intelectual y moral del hombre. — 3. Utilidad de la higiene y cosas á que ella ha de atender preferentemente. — 4. La gimnasia: reglas generales para su enseñanza y práctica. — 5. Cultura de los órganos de los sentidos. — 6. La higiene escolar. — 7. Sin la virtud, poco ó nada aprovecha la educación física.

1. Qué es la educación física y cuánta su importancia.—Descartes definió al hombre: «una inteligencia servida por órganos». Diverso y mucho más exacto es el concepto que tiene de él la filosofía escolástica: el hombre, según ella, «es un alma unida al cuerpo», ó, mejor dicho, «un cuerpo animado»; esto es, «un cuerpo penetrado é impregnado de un alma, de tal manera que los dos elementos,

espiritual y material, se funden en un solo principio de acción, que es la naturaleza humana, elementos íntimamente enlazados y que ejercen entre sí mutuo influjo.

La educación, que se propone perfeccionar al hombre en cuanto lo permiten las condiciones de la presente vida, ha de atender también al desarrollo y buena conservación de su parte corporal, aun como medio de favorecer la mejor cultura de sus facultades intelectuales y morales. Por esto dedicamos un capítulo especial á tan interesante asunto.

La educación física intenta cultivar y desarrollar, por medio del ejercicio, los órganos y aptitudes corporales del niño, para que adquiera la delicadeza de los sentidos, y su cuerpo se vuelva sano, vigoroso y bello.

Esto manifiesta la importancia de la educación física, sin la que el hombre no consigue el vigor corporal, ni sus facultades el desarrollo conveniente. El cuerpo es el instrumento del alma, por lo que, mientras más perfecto sea, podrá ésta ejercer mejor su actividad. Cuanto tiende á fortalecer el organismo, sobre todo en la primera edad, hace más fecunda la labor humana y contribuye al bienestar del individuo.

«La educación cristiana debe comprender al hombre todo, cuerpo y alma», dice un distinguido prelado chileno¹. «Como instrumento del alma, el cuerpo ha de ser sano, robusto y ágil para ejecutar las órdenes del espíritu. Estas disposiciones se adquieren por medio del desarrollo de las fuerzas corporales, que es lo que constituye el objeto de la educación física».

Además, conforme á la doctrina católica, el hombre es mero depositario de la vida; por lo que no le es lícito poner directamente fin á ella, sin autoridad de Dios ó una inspiración cierta suya. Tampoco le es permitido dañar la salud, á no ser que para esto, y aun para exponer ó perder la vida misma, haya un motivo de bien común ú otro deber sagrado y excelente que cumplir. Existe, pues, obligación de con-

¹ El Illmo. Sr. Casanova, arzobispo de Santiago, en una circular á los directores de los colegios católicos, sobre las reglas de la higiene.

ciencia de conservar la salud y la vida, empleando los medios ordinarios de que cada cual puede disponer.

2. Influjo de la educación física en la parte intelectual y moral del hombre.— Siendo íntima la unión entre el alma y el cuerpo, á tal punto que ambos forman el compuesto humano, la parte física de nuestro ser ejerce eficaz influjo en su parte moral é intelectual. Si los sentidos externos que nos comunican con el mundo visible, no funcionan bien, si se desatiende su desarrollo, carecerá el alma de muchas impresiones, con lo que se limitará su fuerza generalizadora ó abstractiva para formar las ideas; si el cuerpo es endeble y enfermizo, el ánimo se sentirá también moralmente agobiado é inhábil para una labor intelectual sostenida. Como de árbol raquítico, los frutos serán escasos y desabridos. «No sólo la salud», escribe Achille¹, «es condición de bienestar, y el vigor muscular, medio de subsistencia para los que se dedican al trabajo manual; sino que el cuerpo, mediante los sentidos y el sistema nervioso, auxilia poderosamente al alma en sus operaciones, que son más perfectas mientras aquél está mejor dispuesto y organizado. Un malestar á la cabeza perturba y suspende el ejercicio del entendimiento; un dolor físico intenso embota la voluntad y abate á veces los caracteres más vigorosos.»

«La debilidad corporal va acompañada ordinariamente de una voluntad también débil y de una atención breve y lánguida», afirma Payot²; «y si se observa que en todos los órdenes de la actividad, el éxito depende más de una energía infatigable que de cualquiera otra causa, sin inconveniente se podrá aceptar como primera condición de todo éxito favorable en la conquista de sí mismo, la de ser, según una célebre frase, un *buen animal*. Casi siempre coexiste el entusiasmo moral con esos radiantes momentos en que el cuerpo, como instrumento bien templado, desempeña su parte sin desafinar ni distraer con notas discordantes la conciencia íntima. En los momentos de pleno vigor, la voluntad es omni-

¹ Vade-mecum de l'éducateur chrétien.

² La educación de la voluntad.

potente en nosotros, y la atención puede sostenerse con energía. Por el contrario, cuando estamos delicados y débiles, sentimos la pesadumbre de las cadenas que atan nuestro espíritu al cuerpo; y los descalabros de la voluntad tienen muchas veces por causa los desfallecimientos del orden fisiológico.»

«La educación física y la educación moral han de marchar paralelamente», según Moas. Dupanloup¹; de modo que se empleen en el alma y en el cuerpo todos los cuidados que sus necesidades especiales reclaman. Sin esta armonía de las dos educaciones, la obra sería incompleta y frustrada, y el niño volvería a la sociedad y a su familia incapaz de realizar y de llenar el objeto para que Dios le ha puesto sobre la tierra.»

«La experiencia demuestra, con raras excepciones, que la parte física de nuestro ser influye en la vida intelectual y moral, y que el deterioro del cuerpo debilita las facultades del alma», dice Barés². «Del equilibrio de la vida animal depende en gran parte el equilibrio de la vida espiritual y moral, la exactitud del juicio y la firmeza de la voluntad. Si el vigor físico no produce el vigor intelectual y moral, por lo menos lo conserva y acrecienta.»

«Preciso es recordar que el alma y el cuerpo forman la persona humana y están íntimamente unidos, de modo que la vida fisiológica se halla animada por el espíritu, y la vida anímica experimenta el influjo del cuerpo. La unión y el paralelismo de éste y del espíritu es tal, al decir de Alcántara, que no hay estado, cambio o movimiento anímico que no tenga correspondencia y cierta repercusión en el organismo; así como no hay estado ó determinación del cuerpo que no encuentre resonancia en el alma.

Mens sana in corpore sano, alma sana en cuerpo sano. Este precioso aforismo, que la sabiduría antigua nos dejó formulado por boca de Juvenal, es el lema de la pedagogía moderna, lema que ya había adoptado Platón al decir que

¹ La educación de las hijas de familia.

² *Directoire scolaire*.

la educación consiste en «dar al cuerpo y al alma toda la belleza y perfección de que son susceptibles»; doctrina que en los tiempos modernos han admitido también, con Bossuet, los filósofos católicos, al reconocer el influjo que lo moral ejerce sobre lo físico, y viceversa¹.

Pero, por mucho que sea el influjo del cuerpo sobre el espíritu, hay que reconocer la supremacía de éste y su poder directivo sobre el cuerpo; de modo que, por endeble que sea el cuerpo, puede el alma obrar eficazmente sobre el organismo é infundirle vigor para el trabajo. Sabido es que un hombre aprensivo y cobarde contrae fácilmente enfermedades, mientras que otro despreocupado y enérgico las domina muchas veces. La educación física ha de procurar vigorizar el cuerpo, bajo el imperio de nuestra potencia motriz—la voluntad—, cuya acción ha de ser firme y constante. «La imaginación y la inteligencia», dice Feuchtersleben², «gozan en nuestros días de la más exuberante cultura; mientras la verdadera energía para obrar y para vivir yace en lamentable abandono. Si el carácter es, según Hardenberg, una voluntad perfectamente formada, no cabe duda de lo que hay que hacer para formarlo.... La voluntad no ha de funcionar sin la inteligencia y sin el sentimiento, ni en contra de los dos: hay que hacerla flexible sin debilidad, fuerte sin rigidez. El hombre moral es, en último término, una fuerza: enderezar esta fuerza á lo que es justo y vigorizarla, he aquí lo que hay que hacer. La indecisión, podríamos decir con Goethe, es una enfermedad del alma y siempre ha sido causa de actos funestos. De todos los estados, el más miserable es el de hallarse privado de toda energía para querer. El alma y también el cuerpo se hallan sujetos por cien ligaduras, al parecer indestructibles, las que una sola determinación basta á romper; ligaduras que, en su mayor parte, nos imponemos nosotros mismos, y que las disculpamos con las tradicionales denominaciones de indecisión, distracción, mal humor y fastidio.... Es increíble, observa el mismo Goethe, lo que puede la fuerza moral, que penetra en el cuerpo y

¹ Alcántara y García, *Higiene escolar*.

² «Higiene del alma».

lo pone en un estado de actividad refractario á toda influencia perniciosa. El miedo es un estado de debilidad inerte, en el que á cualquier enemigo es dado apoderarse fácilmente de nosotros.»

3. Utilidad de la higiene y cosas á que ella ha de atender preferentemente.—La higiene es el arte de conservar y fortalecer la salud, y de preservarla de las enfermedades; la salud es el resultado del ejercicio regular y armónico de todas las funciones fisiológicas. «La higiene da al hombre reglas fijas y constantes para asegurar el buen funcionamiento de todos sus órganos, y el desarrollo completo de todas sus facultades», dice Monlau¹. «Ella conserva la salud y prolonga la vida; se propone perfeccionar los instrumentos de que ésta se sirve; extraer del fondo humano lo mucho que de sí puede dar; y conducir sin riesgo el organismo al mayor desenvolvimiento de que es capaz. Sólo la higiene, como ya indicó Descartes, puede evitar la degeneración del hombre y restituir á la especie humana su noble y excelso tipo.»

Y si en todo tiempo la higiene es indispensable á la salud, lo es mucho más en la primera edad, en que el cuerpo crece y se vigoriza, ó languidece y muere, según sea bien ó mal atendido, como pasa con los demás seres del reino animal y del vegetal. Por lo mismo, las leyes de la higiene deben ser conocidas y aplicadas por cuantos se ocupan en la tarea de educar al niño.

Los que se dedican á labores mecánicas ó á otras ocupaciones que ponen los órganos en constante movimiento, gozan de ordinario, de completa salud; pero los que se consagran al trabajo intelectual, que obliga á la inmovilidad del cuerpo, á permanecer en lugares á veces mal acondicionados, á llevar vidas sedentaria y á experimentar cierta tensión de espíritu, necesitan observar, para no inutilizarse ó sucumbir prematuramente, un esmerado régimen higiénico, apoyado en las prescripciones dadas por los sabios, á fin de fortalecer el organismo y preservarlo de los daños que le ocasiona el asiduo trabajo mental.

¹ «Higiene privada».

Se obtiene el fin de la educación física por la observancia de las leyes higiénicas y por la práctica de la virtud, que produce el equilibrio de las facultades y de las fuerzas.

Las reglas prácticas de higiene que deben observar los niños, se refieren principalmente á cuatro cosas: á la alimentación, al aseo y limpieza, al aire que respiran, y á la actividad y reposo.

Ante todo conviene advertir que son ineficaces las reglas de la higiene si se somete al niño á un trabajo intelectual desmedido, que indudablemente produce daños terribles en su organismo delicado. «No debe exigirse del niño más de lo que sus fuerzas físicas permiten y en proporción á su desarrollo. De otro modo corren peligro la salud y la vida del joven... En los niños víctimas del cansancio intelectual, no tardan en aparecer los síntomas de una perturbación profunda de su organismo; y si desgraciadamente el santo temor de Dios no anida en sus corazones, las consecuencias más fatales de semejante estado físico no se hacen esperar mucho tiempo, en lo tocante á su moralidad... Si estos jóvenes no sucumben bajo el peso de tales trastornos, ven cuando menos agotadas sus fuerzas y empezar para ellos la vejez al pisar apenas los umbrales de la juventud.»¹ «Es necesario evitar con cuidado en los niños», dice el Dr. Becquerel, «toda fatiga intelectual, toda continuada tensión de espíritu, toda emoción demasiado viva. Estas diversas causas pueden determinar accidentes inmediatos, ó bien, si se repiten y persisten, dan al sistema nervioso una sensibilidad excesiva, que podrá dominar la vida entera, ó acarrear neurosis de diversa naturaleza.»² Por esto son nocivos á la salud del niño el estudio recargado y las clases prolongadas. El trabajo metódico y moderado, y la suspensión conveniente de las labores mentales, para entregarse al ejercicio corporal, son, á más de higiénicos, muy provechosos á dichas labores.

Á los niños, sobre todo de corta edad, se les debe permitir algún movimiento durante la clase, como el cambiar de sitio,

¹ Circular antes citada del Rmo. Sr. Caramazza sobre higiene.

² Cita de la misma circular.

ponerse de pie para leer ó repetir, colocarse á lo largo del muro, etc. Asimismo, de un estudio abstracto y difícil conviene hacer pasar á los alumnos á otro agradable y ligero; igualmente es útil ayudar su memoria con razonamientos, con clasificaciones naturales y asociaciones lógicas de ideas. No se les ha de permitir trabajar después de las comidas ni darles para que hagan en sus casas *tareas ó deberes* muy largos, que les priven del necesario descanso¹.

Hablare de la alimentación. Como se gastan incesantemente las fuerzas vitales del organismo, es necesario repararlas y sostenerlas cada día por medio de la nutrición. Para que ésta sea adecuada, hay que atender á la calidad y á la cantidad de los alimentos. Respecto á lo primero, se ha de procurar que las substancias alimenticias sean sencillas, sanas, de fácil digestión y convenientemente azoadas. El uso constante de alimentos condimentados, grasosos y pesados estraga el estómago y disminuye el apetito. En cuanto á la cantidad, la regla ha de ser comer lo necesario para sostener las fuerzas: cualquier exceso, sobre todo en el uso de la carne, es nocivo, porque impone al estómago y á los intestinos un trabajo abrumador. Los higienistas recomiendan el esmero en la masticación, que está en relación directa con la nutrición; así porque se disuelve bien la vianda, como por el ahorro en los fenómenos de la asimilación. No se ha de repetir la comida antes de haberse hecho la digestión por completo, so pena de contraer graves dolencias y de emplear en digerir casi todas las fuerzas adquiridas. El uso del vino y de otras bebidas alcohólicas exige, para no perjudicar, gran parsimonia; y, durante la adolescencia, es mucho mejor el empleo del agua pura.

El aseo es otro de los medios principales de conservar la salud. Conviene, por lo mismo, acostumar al niño á tener limpio su cuerpo, en especial las manos, rostro, boca, oídos y pies, para lo que se bañará con alguna frecuencia; á conservar aseado y decente el vestido, evitando los extremos del lujo y de la suciedad; á no manchar los muebles y más

¹ Cf. *Éléments de pédagogie pratique des Frères des Ecoles Chrétiennes*.

objetos de uso particular. «El aseo habitual, al mismo tiempo que fortalece el cuerpo y favorece su desarrollo, facilitando las funciones eliminadoras de la piel, aumenta la resistencia vital del niño á la acción de los agentes exteriores, que tanto influyen sobre su organismo delicado y tierno. Evita multitud de males físicos, que no tienen otra causa que el desaseo; produce cierto bienestar, que facilita la educación y, al mismo tiempo, hace desaparecer muy á menudo la causa ocasional de ciertas enfermedades del alma, de cierta *peste insanable*, como la llama Marc, que imprime no pocas veces huellas indelebiles en el corazón.»¹

El hábito del aseo influye poderosamente en la parte moral del niño. «Hay en el aseo», dice Descuret², «algo de honesto y de distinguido, que anuncia el respeto de sí mismo y que es símbolo de la pureza del alma.» «La limpieza es el más seguro preservativo contra toda especie de contagio físico, y ella ejerce, además, poderoso influjo en la parte moral», afirma Monlau³. «La limpieza es no sólo prenda de salud y una dote personal recomendable, sino también una verdadera virtud. Ella revela desde luego en un individuo amor al orden, decoro propio y respeto á los demás, que son hermosas cualidades. La limpieza, en fin, conduce al método, á la economía, á la comodidad y al bienestar, madre de toda probidad y de toda virtud.» «El aseo, si es una virtud en razón de nuestra dignidad, es también un deber respecto de nuestros semejantes, y nada puede dispensarnos de él. Es una feliz igualdad, con la que no deben confundirse la vanidad ni la afectación.»⁴

No basta el aseo si el aire que se respira es malsano. Necesario es cuidar de que sea puro; porque, si está viciado, daña el organismo y vuelve al hombre inquieto y malhumorado. Conviene, por tanto, ventilar á menudo la habitación, para

¹ El libro. Sr. Casanova, en la circular mencionada.

² «Medicina de las pasiones» (cita de la misma circular).

³ «Higiene privada».

⁴ La circular citada.—Se cuenta que San Ignacio de Loyola, al visitar sus fundaciones, juzgaba de la tranquilidad de alma de sus religiosos por el aseo escrupuloso de sus aposentos.

que se renueve el aire, penetren la luz y los rayos solares, y desaparezcan los miasmas moficos. Sobre todo aprovecha mucho á la salud permanecer algunos momentos durante el día en jardines y bosques, que tienen aire más oxigenado, trabajar al aire libre, estudiar paseándose, y leer en alta voz.

Otro de los medios conducentes á la salud y recomendados por la higiene, es la oportuna distribución diaria de la actividad y del reposo. Así como una vida sedentaria daña la salud y atrofia los miembros, también una excesiva movilidad causa perturbaciones en el organismo. Por esto se deben regular entrambos medios, á fin de que produzcan buenos resultados.

Los ejercicios corporales recreativos, tan recomendados por los higienistas, estimulan la actividad corporal del niño, fortalecen el cuerpo y dan descanso al espíritu fatigado por el trabajo mental. Como lo dijimos ya, son indispensables estos ejercicios para el buen desarrollo, no sólo físico, sino aun intelectual y moral del niño, dada la unión que hay entre el cuerpo y el alma y reconocido el influjo íntimo de aquél sobre ésta.

En cuanto á las niñas, no pueden, por su constitución delicada, desarrollar sus fuerzas físicas del mismo modo que los varones; pero por medio de ejercicios apropiados á su sexo deben vigorizarse sobre todo durante la época del crecimiento, á fin de que puedan después cumplir bien su destino. «Las institutrices», dice Mons. Dupanloup¹, «pierden ordinariamente de vista la vocación común de las mujeres, que es el llegar á ser madres y nodrizas robustas, para dejar en el mundo y educar una generación que se les asemeje y perpetúe el vigor de las razas; y por esto en la edad en que la mujer se forma, es necesario cuidar y fortalecer su salud y su cuerpo.»

Los juegos y paseos son los principales ejercicios aconsejados para los niños. En cuanto á los juegos, no aprovechan los sedentarios, como el ajedrez, las damas, las cartas, etc., sino los que activan y desarrollan las fuerzas, como la barra, la cuerda, la pelota, la cadena, la marcha á pie, etc.

¹ «La educación de las hijas de familias».

El paseo es un entretenimiento prolongado que ejercita las fuerzas del alumno, distrae su espíritu con la vista de objetos diversos, y le permite entregarse á juegos variados. En todo internado deben pasear semanalmente los alumnos, á más del ejercicio que harán cada día en el colegio después de las comidas, ejercicio que, para ser higiénico, requiere local suficiente y aire puro. Además, todo colegio tendrá baños, jardín y, si fuere posible, un bosque ó parque.

«Tan necesario y natural como el ejercicio es el reposo, porque sin él las fuerzas de la economía no podrían rehacerse ni restaurarse», dice Monlau¹. «Siempre que un aparato ó un órgano cualquiera está irritado ó cansado, debe reposar. Por esto se ordena la abstinencia después de una indigestión, el ocio ó la distracción después del trabajo mental, el sueño después de la vigilia; y por esto en las enfermedades de alguna entidad se prescribe el completo reposo del órgano doliente y aun de todo el cuerpo.»

El sueño es un poderoso reparador de las fuerzas, con tal que no haya exceso, y se cuide de que sea tranquilo y en condiciones debidas. Siete ú ocho horas son suficientes, aun en los niños, para el descanso del cuerpo y la reparación de las fuerzas.

«El sueño natural, tranquilo y de duración conveniente produce todos los buenos resultados del reposo. Disminuyendo la rapidéz de la vida, restaura las fuerzas consumidas; renueva en los órganos de los sentidos y del pensamiento la excitabilidad agotada por la vigilia; disipa su cansancio, favorece su restauración y les devuelve toda su energía. Así es que al levantarse se halla el hombre tranquilo, satisfecho y más dispuesto que en otra hora del día á recibir las impresiones de los objetos, á entregarse al ejercicio, ó á sentarse en el bufete. El sueño, suspendiendo la acción del cerebro, suspende también los dolores físicos y las penas del alma: es, desde este punto de vista, el consuelo de los afligidos.»

«Pero si se prolonga el sueño más de lo que corresponde, sobrevienen todos los efectos de la falta de ejercicio de los

¹ L. c.

sentidos. El cerebro pierde su actividad para funcionar, y el hombre se vuelve como tonto; sus percepciones son lentas y difíciles; se le obtunde la memoria; se apaga la imaginación; la sensibilidad se embota; las pasiones se extinguen; la contractibilidad muscular se debilita; los movimientos se verifican con poquísima soltura, etc. Los dormilones, al menor ejercicio que hagan, se fatigan demasiado; como pierden poco, engordan mucho, pero su vida es sólo una vegetación vergonzosa y degradante.¹

Como las madres de familia están principalmente encargadas de la educación física y moral de sus hijos, durante la primera edad, les recordamos las siguientes preciosas advertencias de Mons. Dupanloup: «La educación física de los niños», dice, «tal como hoy se hace, reclama reformas urgentes, no porque en las casas ricas se prescindiera de ella, sino porque se procede desacertadamente: pues, lejos de ser fortificante y viril, degenera en blanda y sensual. El alimento, el juego, los vestidos, las caricias que se prodigan al niño, nada obedece á regla ni se practica como convendría. Se le da gusto en todo, hasta el punto de tolerar sus caprichos, de dar siempre oído á sus quejas y de fomentar su golosina, con lo que se le cria voluntarioso y nada sumiso. Á las niñas se les inspira pronto la afición á la vanidad y á los adornos exagerados, y se aprisionan con corsées, etc., sus miembros que necesitan libre movimiento.

«En lugar de todas estas blanduras perjudiciales al niño en lo físico y en lo moral, conviene para su desarrollo y educación vigorosa regularizar el sueño y la comida; dividir el tiempo entre el juego y el trabajo; acostumbiarlo al ejercicio, al aire libre, á la abstinencia de las emociones vivas y de las pasiones del mundo, que adivina con una penetración inaudita; á ocupaciones variadas y sencillas, proporcionadas á su organismo e inteligencia.

«Los niños deben acostarse y levantarse temprano: el aire sofocante de los salones hace palidecer sus sonrosadas mejillas, y la luz de la lámpara alumbrá mal los juegos infantiles.»

¹ Montén I. c.² «La educación de las hijas de familia».

«De todas las críticas dirigidas á las madres, acaso una sola es justo señalar», dice Nicolay¹, «el exceso en los pequeños cuidados para con sus hijos: mimo en la solicitud, exageración en las precauciones, en las dolencias y condolencias por el sufrimiento más ligero del niño, con lo que se disminuye su virilidad, valor y energía, y se le hace muelle, tímido y flojo.»

De lo antes dicho se deduce que se ha de fortalecer al niño física y moralmente, á fin de que resista á los agentes morbosos ó se precava de ellos, y también combata las inclinaciones perversas del alma. Los cuidados excesivos debilitan el organismo y lo predisponen á las enfermedades, siendo entonces el niño á modo de planta de invernadero: cualquier cambio de temperatura lo marchita.

En resumen, las principales prescripciones higiénicas respecto á los niños se reducen á tenerlos en habitaciones secas, ventiladas é iluminadas; á cuidar de que respiren aire puro y oxigenado, empleen alimentos sanos y fortificantes, y usen vestidos limpios y apropiados al clima.

4. La gimnasia: reglas para su enseñanza y práctica.—«La gimnasia es el arte de desarrollar, por un sistema conveniente de ejercicios, las fuerzas físicas del alumno, y de establecer, por este medio, un armonioso equilibrio entre todas las facultades de su naturaleza. La gimnasia es para el cuerpo lo que el estudio para el espíritu; á saber, el instrumento más poderoso de la educación física.»²

«El ejercicio activo, pero metódico y adecuado á la edad, á las fuerzas y á las circunstancias de cada uno, es el mejor elemento higiénico, para realizar la ecuación fisiológica exacta entre el movimiento orgánico de composición y de descomposición, de ingestión y de secreción, de reparación y de pérdidas.»³

El ejercicio corporal contribuye mucho á la buena circulación de la sangre y á activar las funciones respiratorias y

¹ «Los niños mal educados».² Achille, *Traité de méthodologie*.³ Montén I. c.

y digestivas. Y téngase presente que cuando la sangre es lanzada con abundancia y uniformidad por todos los órganos, disfruta el hombre de vigorosa salud y tiene el cerebro grande aptitud para trabajos difíciles y prolongados.

El ejercicio del sistema muscular, del aparato locomotor, es también indispensable, sobre todo en la primera edad, para el desarrollo físico, para fortalecer los órganos, facilitar la digestión, eliminar y quemar las reservas grasosas ingeridas en el organismo por el alimento.

La gimnasia ocupa un lugar preferente en la educación física del niño. Los que no la practican, tienen poco vigor corporal, desarrollan con lentitud, no soportan ni una mediana fatiga, gustan de la inacción y aun adolecen de poca energía de voluntad. «El ejercicio provoca un vivo y enérgico trabajo de asimilación, el transporte acelerado de una sangre rica y, como corolario, la rápida salida de las sustancias que deben eliminarse», dice Payot¹. «Incontestables son los buenos efectos del paseo sobre la salud y sobre los movimientos peristálticos del estómago. Pero el ejercicio muscular tiene relaciones menos importantes, aunque más íntimas, con la voluntad. En efecto, por actos musculares inaugura tímidamente la voluntad sus ensayos en el niño, y el largo aprendizaje necesario á cada cual para llegar á ser dueño de sus movimientos, temple la voluntad y disciplina la atención. ¿Quién no comprende que, aun en la mayor edad, en los momentos de profunda pereza, intentar un movimiento, levantarse, salir, etc., es un acto difícil de voluntad? Todo esfuerzo exige voluntad, y ésta, como las demás facultades, se desarrolla por la repetición de actos. Además, el trabajo muscular, en cuanto produce fatiga, se convierte en dolor, y saber resistir al dolor es acto de la voluntad, y de los más sublimes.»

Los pueblos antiguos cuidaban con esmero del desarrollo y vigor físicos de sus habitantes, acostumbrándolos desde niños á la fatiga y á los azares de la guerra. Por esto, existieron entre ellos naciones viriles como Lacedemonia, Grecia

¹ «La educación de la voluntad».

y Roma, que sobresalieron tanto (sobre todo las dos últimas) por su cultura intelectual como por sus asombrosas hazañas.

En los pueblos modernos, especialmente en algunos de origen latino, se ha descuidado la higiene y la gimnasia en los centros escolares, en los que se atiende preferentemente á la instrucción de los alumnos, sometiéndolos á veces á un trabajo abrumador, con detrimento de su salud. La resistencia corporal de los anglosajones y la debilidad de los de origen latino, son debidos acaso al diverso régimen escolar. En Estados Unidos, el año escolar, dice el Vizconde de Meaux¹, consta de seis meses de trabajo, durante los cuales los alumnos de diez á doce años pasan sólo tres ó cuatro horas diarias en la escuela, en donde dejan sus libros y cuadernos, porque no deben estudiar en las horas de ausencia; y muchas veces en la misma clase se interrumpe la lección por ejercicios corporales ejecutados en común y como en cadencia, para dar soltura y flexibilidad á los miembros. Los mayores de doce años permanecen cinco horas en la escuela, y deben estudiar hora y media en las clases ordinarias, y hasta tres horas en las clases superiores; pero jamás excede de ocho horas el trabajo diario, ni aun para los de más edad. El americano del norte no permite que sus hijos se marchiten por el estudio; por esto al entrar en una clase llama la atención el buen semblante de los alumnos y la limpieza del vestido, signo de la educación que reciben.

La gimnasia da fuerza y belleza al cuerpo y en la primera edad corrige aun los defectos naturales, conserva y afirma la salud, favoreciendo el ejercicio de todas las funciones fisiológicas, perfecciona los sentidos, agita los músculos y suaviza las articulaciones; comunica, en fin, al joven, dignidad en la postura, gravedad en el andar, gracia y atractivo en las maneras.

Los ejercicios ginnásticos aprovechan igualmente á la inteligencia, porque vigorizan los miembros y ponen en acción el sistema muscular, lo que calma los nervios y favorece al

¹ L'Église catholique et la liberté aux États-Unis.

cerebro fatigado, que adquiere con el reposo nuevo vigor para el trabajo intelectual.

La gimnasia influye también en la parte moral del niño, fortaleciendo su voluntad en las luchas diarias; avivando el sentimiento del honor; acrecentando el valor, por la competencia entre los alumnos; dándole confianza en sí mismo, por la conciencia de sus fuerzas; acostumbrándole a la obediencia, y libertándole de la molición con todos los vicios que engendra en el alma¹.

La gimnasia es natural y artificial. La primera comprende los juegos á que instintivamente se dedican los niños; y la segunda, por sus múltiples y graduados ejercicios, completa el desarrollo del organismo comenzado por los juegos, y favorece las funciones fisiológicas.

La enseñanza de la gimnasia ha de ser razonada, y no empírica; esto es, fundada en las leyes de la anatomía, que nos da á conocer la estructura, situación y relaciones de las varias partes del cuerpo humano; y también en las de la fisiología, que tratando de las funciones de los seres orgánicos y de los fenómenos de la vida, da luz sobre la oportunidad de los ejercicios y la manera de apropiárselos á las necesidades de cada alumno, así como sobre las precauciones que deben emplearse en dichos ejercicios.

En cuanto á la práctica, se ha de procurar que los ejercicios gimnásticos sean á propósito para el desarrollo de cada órgano y proporcionados á la edad, sexo y resistencia del individuo; que todos los miembros del cuerpo se ejerciten sucesiva y gradualmente, prefiriendo los juegos que exigen mayor actividad y ponen en movimiento mayor número de músculos, y cuidando de que cada ejercicio sea, en lo posible, perfectamente ejecutado. En lo relativo al método, M. Doex divide los ejercicios en las siguientes clases: 1.º ejercicios libres sobre el suelo; 2.º ejercicios libres, marchando; 3.º ejercicios con pequeños aparatos móviles; 4.º ejercicios con aparatos fijos; 5.º juegos; 6.º ejercicios que se hacen en los paseos, y ejercicios tácticos sin armas; y 7.º ejercicios de natación.

¹ Achilli, *Traité de méthodologie*.

Los ejercicios gimnásticos se dividen en activos, pasivos y mixtos. En los primeros, á los que pertenecen los juegos de pelota, de la argolla, de la barra, de los bolos, del tejo, del volante, de los trucos, del billar, se ponen más ó menos en acción los músculos de los miembros y del tronco, y este ó aquel sentido externo; por lo que son muy provechosos á la salud.

Los ejercicios pasivos son aquellos en que, metido el cuerpo en un receptáculo cualquiera, como un carruaje, una litera, un barco, es movido ó impulsado por una fuerza extraña. Estos ejercicios, según Monlau², no turban por lo común la acción digestiva; favorecen en alto grado las exhalaciones celulares y la nutrición general; activan la secreción urinaria y disminuyen la actividad de las funciones encefálicas. En especial la navegación puede producir cambios profundos en la constitución, por la pureza del aire, la uniformidad de la temperatura, el régimen alimenticio, las impresiones variadas que experimenta el viajero, etc.

Por último los ejercicios mixtos, como el montar á caballo, en bicicleta ó automóvil, son aquellos en que el cuerpo es movido por una fuerza extraña, pero entrando en acción algún órgano de él. Estos ejercicios, sobre todo la equitación, aprovechan á los obesos y plétóricos, que tienen poca movilidad.

En cuanto á los ejercicios activos, se ha de procurar que sean variados, pero no violentos ni demasiado fatigosos. «El ideal del ejercicio físico en los niños es aquel que pueda mantener la actividad de todos los órganos del cuerpo y contribuir á su desarrollo uniforme y armónico, que, cautelando á la vez al niño, lo entrena sin producirle cansancio ni fatiga nocivos á su salud.»

Por lo expuesto se ve cuán útil y variada es la gimnasia, que sirve también para despertar en el niño la afición á los ejercicios militares y al manejo de las armas, cosas muy convenientes para la defensa de la patria.

5. Cultura de los órganos de los sentidos.— Los sentidos son susceptibles de educación, para lo que sirven

¹ L. c.

² *Eléments de pédagogie pratique des Frères des Ecoles Chrétiennes*.
CEPES TOULON, Educación, Ed. 2.

mucho la higiene y la gimnasia. Cuando ellos funcionan debidamente nos prestan positivos servicios; porque por su medio las ideas de las cosas sensibles penetran en la inteligencia, muchos sentimientos en el corazón, y adquirimos la noción de la belleza material. En especial la vista, el oído y el tacto son el lazo de unión entre el cuerpo y el alma, y son susceptibles de grande perfección. La perfección de un sentido depende de la de su órgano, el que mejora ó se deteriora por un ejercicio bien ó mal dirigido. Cada sentido admite la cultura, higiénica, psicológica y estética.

«El tacto es el sentido que nos advierte que un cuerpo nos toca. Su órgano principal es la mano, que se educa por medio de ejercicios variados, en que el niño palpa los objetos para juzgar de su temperatura y resistencia; por medio de la escritura, el dibujo y, sobre todo, por los ejercicios elementales del trabajo manual.

«El oído se educa por la palabra del maestro, la lectura expresiva, la declamación, el canto y la música instrumental. Se ha de acostumbrar al alumno á pronunciar las palabras con claridad, á leer en un tono conveniente, á cantar con voz modulada.

«La educación de la vista es negativa ó positiva: la primera toma las precauciones necesarias para que el niño no contraiga la miopía ó otras enfermedades; la segunda ejercita el ojo en distinguir los colores y las formas de los objetos, acostumbrándolo á calcular la distancia de éstos, sus dimensiones, etc.»¹

Cada uno de los sentidos necesita para su desarrollo una serie de cuidados y ejercicios. La higiene nos hace conocer los primeros, y la gimnasia los segundos. Por lo demás, los sentidos adquieren suma perspicacia cuando se los forma bien: sabida es como el oído y el tacto se perfeccionan en los ciegos, y la destreza de vista que obtienen los que se dedican á labores delicadas.

6. La higiene escolar.—Las reglas de la higiene se refieren al alumno y á la escuela; por lo cual, poco ganará

¹ *Éléments de pédagogie pratique des Frères des Ecoles Chrétiennes.*

la salud de aquél si las observa en su casa y las infringe en la escuela, ó si los directores de ésta prescinden de dichas reglas. Vamos, pues, á tratar brevemente de la higiene escolar.

Las reglas de la higiene deben observarse en las escuelas por el hecho sólo de pasar en ellas los niños la mayor parte del día y de que el período de la niñez decide de su buena ó mala salud. La falta de cumplimiento de dichas reglas causa, por ejemplo, la miopía y las desviaciones de la columna vertebral, las escrófulas y la pereza del tubo digestivo.

Además, «los efectos que producen en el espíritu la limpieza y el aseo, tanto en los niños como en el local de la escuela; el buen aspecto de ésta y particularmente de las clases; la colocación ordenada y las condiciones estéticas del material de enseñanza; la corrección de ciertas actitudes viciosas y posturas indecentes; las recreaciones y juegos que tanto favorecen la buena disciplina escolar y el aprovechamiento intelectual, nos dicen claramente que la higiene es algo más que un conjunto de principios y reglas encaminadas á favorecer el desarrollo físico y preservar la salud de los alumnos; que á la vez es un medio de cultura y educación general, y que su influencia, rebasando los límites de la esfera puramente fisiológica, se manifiesta potente y vigorosa en los dominios del alma, para cuyas facultades de sentir, pensar y querer constituye la higiene una verdadera, benéfica y eficaz disciplina.»²

Preciso es recordar una vez más que el vigor del cuerpo y, por tanto, la cultura de las facultades físicas son indispensables á los niños de ambos sexos, á fin de que puedan ejercer el cargo ó adoptar el estado de vida que les asigne la Providencia; por lo cual la educación física merece lugar preferente en las escuelas y colegios.

Las reglas higiénicas relativas á la escuela se reducen á los cinco puntos siguientes: á la situación del edificio ó inmueble escolar; arreglo de cada una de sus partes, y al mobiliario; á la limpieza de los departamentos; á la re-

² *Alcántara y García, Higiene escolar.*

novación del aire y á la temperatura; á la luz natural y artificial.

En primer lugar, todo edificio escolar se construirá conforme á un plano, que debe variar según el terreno de que se dispone, el número y extensión de los edificios requeridos, y las condiciones peculiares de cada lugar. Pero en todo caso conviene dar al edificio una dimensión mayor de la exigida por las necesidades del momento, teniendo en cuenta que éstas cambiarán después con el aumento de la población escolar y la nueva distribución que exigirán las clases, oficinas y demás locales del colegio. En la construcción del edificio se consultarán la solidez, la decencia y, sobre todo, las exigencias originadas del fin peculiar de la escuela. Es un error, como lo nota Alcántara, posponer en los edificios escolares los intereses de la pedagogía y de la higiene á los del gusto ó capricho arquitectónico. Así es cosa corriente en nuestros días sacrificar el espacio, la luz y la ventilación, de que tanto necesitan los niños, á las exigencias de un decorado aparatoso, y preocuparse mucho del orden arquitectónico que ha de ostentar la fachada de una escuela, al mismo tiempo que se olvidan los lugares de recreo y limpieza, ó bien sacrificar las dimensiones de las clases al empeño de sostener una simetría y regularidad, que no hacen al caso. Por esto pocas escuelas y colegios, aun entre los edificadas en los países más cultos, reúnen las condiciones higiénicas debidas, no obstante invertirse en ellos sumas considerables.

Para el edificio escolar debe preferirse el terreno calcáreo y el arenoso, que son secos y saludables, por dejar libre curso á las aguas; mientras el arcilloso conserva la humedad y la despidе, mediante el calor solar, en forma de vapores que dañan á la salud. También sería perjudicial situar un establecimiento junto á aguas estancadas, á focos de infección, en lugares ruidosos y de mucho tráfico; por lo que conviene colocar, sobre todo los internados, fuera de los grandes centros de población, donde difícilmente se observan las leyes de la higiene¹.

¹ Estas reglas prácticas las tomamos de la importante obra del cándido *Burk*, quien ha consultado los reglamentos oficiales de Francia, en esta ma-

La vecindad de las arboledas y jardines, siempre que no mantengan la humedad ni intercepten la luz, el calor y el aire, son favorables á la escuela; así como lo son las plazas y avenidas. Pero los edificios muy altos, sobre todo en calles estrechas, le son nocivos, por impedir la ventilación y la claridad.

En cuanto á la orientación del edificio no se puede dar una regla fija. En los países fríos es preferible situarlo al mediodía; en los cálidos, al norte; en los templados al sudeste ó al noroeste; pero en todo caso se ha de dar libre curso al sol, porque no hay cosa tan higiénica como su luz y su calor.

En lo referente á su construcción, los muros no deben ser ni muy gruesos ni muy estrechos, ni de materiales demasiado permeables. Por la parte exterior es conveniente dejar los muros al descubierto, y por la interior es mejor estucarlos ó pintarlos al óleo ó al temple. Para el tejado son preferibles las tejas comunes, ó sea de barro cocido, de color natural; pues las negras, así como las de pizarra y de zinc, absorben mucho calor.

Todo edificio destinado á la enseñanza debe tener, conforme á las prescripciones de la pedagogía é higiene modernas, á más de las clases, un cuarto donde los niños dejen su ropa de abrigo y sombreros; un patio descubierto para los juegos y recreos, ó un salón que lo substituya en los días lluviosos; un jardín ó campo, para los paseos; baños y urinarios aseados; un vestíbulo para recibir á los niños; una sala de visitas y de exámenes; y un local apropiado para los ejercicios gimnásticos. La escuela ó colegio tendrá, en fin, una capilla ó oratorio donde se congreguen los alumnos para las prácticas de piedad.

Respecto al pavimento, el de las clases, dormitorios, corredores altos, oratorio, etc., debe ser de substancia compacta, que no enfrie ó humedezca los pies, como lo hacen el ladrillo, la piedra, las baldosas; por lo que es preferible el piso de

terrá, como también del excelente libro de Higiene escolar, por D. *Pedro de Alcántara y García*.

tabla, el entarimado de roble ó encina, ó el de pequeñas piezas de madera; pudiéndose emplear las substancias anteriores en los corredores bajos, oficinas interiores y patios, si bien en los destinados al juego y recreo de los alumnos es mejor sólo una capa de arena.

Las dimensiones de las clases guardarán proporción con el número de alumnos, que no pasará de sesenta en cada una, so pena de recibir perjuicio la higiene, la enseñanza y la disciplina escolar. Las clases tendrán buenas condiciones acústicas, serán aireadas y ventiladas por medio de un suficiente número de puertas y ventanas, que den libre acceso al aire y á la luz, debiendo las últimas estar provistas de ventiladores en la parte superior, á fin de poderlos abrir mientras se hallen los alumnos en clase. En los lugares de clima ardiente ó frío, ó de estaciones marcadas, se procurará, en lo posible, mantener en las clases una temperatura uniforme, empleando medios de calentar ó de refrescar el aire, según convenga.

La luz en las clases y salas de estudio no será opaca ni muy viva, porque ambas son nocivas á la vista, como también lo es el recibirla por delante, siendo preferible la *unilateral de la izquierda*, que evita la sombra de la mano y el alumno la recibe de lleno en la posición que toma al escribir. Para la iluminación artificial deben anteponerse el gas, la luz eléctrica, las lámparas incandescentes y en último caso las velas de esmerina y de eucarina, á los quinqués de petróleo, que con los miasmas que despiden vician la atmósfera y aun se prestan á accidentes peligrosos.

La altura de las clases será cuando menos de cinco metros, para que cada alumno tenga el aire respirable suficiente; las paredes serán estucadas ó pintadas al óleo, como también el techo, debiéndose elegir un color medio y no el blanco, que daña á la vista.

Las reglas anteriores son aplicables con ligeros cambios á las salas de estudio y de recreo. Por lo general, conviene tener abiertas las puertas y ventanas de estos locales cuando no están en ellos los alumnos, para que se renueve el aire y penetre la luz.

Los corredores deben ser espaciosos, entablados ó revestidos de cemento, de ventilación fácil, pero garantidos contra las corrientes de aire. El refectorio requiere mucho aseo, aireación constante y espacio suficiente. Las mesas serán de madera charolada ó cubierta con hule.

En los dormitorios se observarán las reglas indicadas para las clases, en cuanto á ventilación, etc. Los lechos se colocarán por lo menos á un metro de distancia, y junto á ellos habrá un velador ó pequeño armario para guardar la ropa, etc.; las sábanas se cambiarán á lo sumo cada quince días, y las mantas con alguna frecuencia.

Toda escuela ó colegio tendrá un patio amplio donde los alumnos puedan recrearse y hacer ejercicio. Para evitar el inconveniente de la lluvia ó del sol, se cubre por la parte superior, dejando libres los lados para, que circule libremente el aire.

El mobiliario escolar ha de ser adecuado á los diversos menesteres de los alumnos y de la enseñanza. Los bancos ó asientos no serán altos ni bajos, sino proporcionados al tamaño de los niños, de modo que puedan ascender los pies en el suelo y tener las piernas en posición vertical. La mesa ó tapete de leer y escribir estará á distancia conveniente del asiento, á fin de que el alumno esté recto y no agachado ó inclinado sobre la mesa, lo que daña á la columna dorsal y á los pulmones. Tampoco conviene apiñar á los niños en los bancos, porque impide la circulación de la sangre y los movimientos, les ocasiona una fatiga penosa y dificulta la vigilancia.

He aquí algunas reglas prácticas dadas por Alcantara y García en esta materia¹: «1.º Sentado el niño en el banco y descansando los pies en el suelo, las piernas deben formar con los muslos un ángulo recto, y éstos otro igual con el tronco. 2.º Para que el niño guarde esta posición, sobre todo al escribir, debe encontrar un apoyo para la región lumbar, y descansar en el asiento la mayor parte de los muslos, sin tener que encorvarse ni agachar los hombros para llegar á

¹ Obra citada.

la mesa. 3.ª La mesa y el banco ó asiento deben estar próximos, de modo que entre el borde de la una y el del otro quede muy poca distancia. 4.ª La longitud de la pierna, desde el suelo á la rodilla, indica la altura del asiento. 5.ª La cavidad del estómago, sentado el niño y teniendo recto el tronco, determina el nivel á que debe encontrarse la arista interior (la que da al alumno) del pupitre, y, por tanto, la altura á que el tablero de éste debe hallarse del suelo y del respectivo asiento. 6.ª El respaldo tendrá la altura conveniente á fin de que sirva de punto de apoyo á los asientos. 7.ª Es preferible que cada alumno tenga su mesa y banco, ó sea el *pupitre individual*, ó á lo sumo el de *dos puestos*.

Cuiden los maestros de que los libros de lectura y estudio de los niños no sean de tipo diminuto, lo que causa la miopía; de que, para escribir, no se acerquen mucho al cuaderno ó plana, ni lleven la pluma á la boca con el fin de limpiarla, y de que conserven ascados los libros, cuadernos y demás útiles de enseñanza.

La limpieza y el asco son auxiliares importantes de la higiene, por lo que todos los departamentos escolares han de ser barridos con frecuencia, sacudiendo el polvo de los muebles y paredes, ó mejor recogiendo en esponjas, ó telas, ó aserrín, para echarlo fuera. La luz solar ha de penetrar con abundancia en las clases y piezas de estudio, tanto porque facilita el uso de la vista, como porque las sana, combate la acción de los microbios, y favorece las funciones nutritivas. El alumbrado artificial ha de ser puro y suficientemente intenso para no dañar la vista; y, por último, la temperatura será, en lo posible, uniforme, cuidando de evitar los cambios bruscos tan perjudiciales á la salud.

7. Sin la virtud, poco ó nada aprovecha la educación física.—Conviene tener en cuenta que, si bien la educación física desarrolla y robustece el cuerpo, ella es eficaz cuando carece el joven de sanas costumbres. Como lo han notado ya varios autores, de nada sirve el mayor grado posible de gimnasia, si algunas horas después se gastan las fuerzas en diversiones y orgías degradantes. Dada la unión del alma con el cuerpo y su mutuo influjo, no puede

ser indiferente, para el organismo, el hábito de la virtud ó del vicio. Las impresiones morales causadas por las pasiones repercuten, por decirlo así, en el cuerpo, quien se gasta y destruye por las costumbres licenciosas mucho más que por las enfermedades físicas.

«La medicina moderna no da siempre la suficiente importancia al tratamiento de las enfermedades causadas ó sostenidas por las pasiones», asegura Monlau¹. «Los efectos de éstas son terribles; y como son también transgresiones higiénicas, pueden producir todas las enfermedades conocidas. *La mayor parte de los hombres, dice un médico filósofo, salen de este mundo por la puerta moral.* Téngase, pues, entendido que en la mayoría de los casos son tanto y más fructuosos los remedios morales que las prescripciones farmacéuticas.»

La religión, con sus saludables enseñanzas y benéficos preceptos, es medio eficaz de equilibrar las fuerzas del alma y del cuerpo, y de producir la salud; porque «esa institución sublime» (la religión), añade el mismo autor, «califica de *pecados* lo que la higiene llama sólo *indiscreciones, abusos ó excesos*, y amenaza la primera con la *perdición eterna* á los que la segunda conmina sólo con la *perdida de la salud corporal*. Los sacramentos, la oración, el ayuno, la abstinencia, las predicciones, etc., son poderosos recursos que la religión emplea á menudo con provecho para contrarrestar la invasión y combatir los efectos de las pasiones.»

Cuando la medicina, la legislación y la religión proceden de acuerdo y se auxilian mutuamente en la gran obra de enervar al hombre, se obtienen muy buenos resultados para el individuo y la sociedad. «Todas tres se ocupan en dirigir al hombre desde la cuna hasta el sepulcro y en procurar su felicidad», escribe Descartes²: «solamente que la una quiere más bien hacerlo individuo robusto, la otra ciudadano pacífico, y la tercera hombre eminentemente virtuoso. ¿Por qué, pues, no han de mancomunar las tres sus esfuerzos y emplear

¹ «Higiene privada».

² «La medicina de las pasiones».

simultánea y ordenadamente contra las pasiones unos remedios que tan afines son entre sí? Las tres hacen también observar sus códigos por determinados motivos, á saber, el interés, el temor y el amor: á los que los observan se les ofrece la salud, el aprecio público y la paz de la conciencia, preludio de los celestiales goces; los que los infringen soportan enfermedades, castigos de los hombres y castigos de Dios. Las tres, en fin, tienen cada cual su ministro: el médico que socorre, el magistrado que castiga, el sacerdote que perdona.

Si se desea fortalecer el organismo del joven, infundánsele, ante todo, hábitos de honradez, acostumbrándole al vencimiento de las pasiones, al dominio de sí mismo, al trabajo material é intelectual, á la serenidad en los peligros, á la fortaleza cristiana en los reveses de la vida, á la práctica de las buenas obras.

Los hábitos de virtud se manifiestan, en algún modo, en la fisonomía del hombre y reflejan la belleza moral de su alma. No es la inocencia que resplandece en los rasgos candidos de la infancia y de la juventud virtuosa, la que constituye el atractivo de estas dichosas edades? Por el contrario, toda pasión desarreglada perjudica á la belleza plástica y conduce á enfermedades ó á una muerte prematura, como lo comprueba la experiencia.¹

Está plenamente probado que, cuando los pueblos conservan la pureza de sus costumbres, las razas son robustas y honradas; pero cuando los domina el desenfreno, son víctimas de su propia corrupción. La educación física poco ó nada aprovecha, pues, sin la educación moral.

¹ *Achille, Vade-mecum de l'éducation chrétienne.* De esta obra y del *Traité de Méthodologie*, del mismo autor, hemos tomado, en parte, la doctrina de este capítulo.

CAPÍTULO DÉCIMO.

DEBERES DEL JOVEN EN SU PROPIA EDUCACIÓN.

1. El niño, sujeto de la educación. — 2. Necesidad de la iniciativa y del esfuerzo personal del joven en la educación. — 3. La felicidad, aspiración incesante del joven. — 4. Deberes que la educación le impone para con Dios, para con los padres y maestros. — 5. Ha de amar el trabajo, adquirir carácter y espíritu de vencimiento. — 6. Misión de la juventud en el mundo. — 7. Superioridad del joven creyente sobre el incrédulo. — 8. Entusiasmo por las nobles causas. — 9. Peligros y males que ha de evitar el joven, sobre todo en la época de su formación intelectual y moral.

1. El niño, sujeto de la educación. — Hemos expuesto en los capítulos precedentes los principios de la educación cristiana, indicando las personas á quienes corresponde darla, la manera con que han de proceder en obra tan importante y los daños y peligros que han de evitarse en ella. Mas, para trabajar con buen éxito y eficacia en la labor de la educación, es preciso estudiar al niño, para obrar sobre él con conocimiento de causa; darse cuenta de su fin, para imprimir una dirección conveniente al trabajo educador y saber los medios que han de emplearse para llegar al término propuesto.

Hemos visto que Dios y la Iglesia por Él instituida, los padres y los maestros elegidos por éstos, tienen derecho de educar al niño; pero también éste interviene en la educación, en cuanto es la *materia*, ó mejor dicho, el *sujeto* sobre el cual se vierte aquella.

Por mucho que Dios desee la buena formación del niño, por asiduos que sean los cuidados de los padres en educarlo y por vivo que sea el empeño de los maestros en cooperar á esta obra difícil, puede, no obstante, el joven oponer un obstáculo tenaz á la acción de los que se ocupan en formarlo.

La libertad es un don precioso de lo alto; pero, en el estado actual, puede el hombre abusar de ella y emplearla en daño propio. Dios mismo no contraría las determinaciones de la voluntad humana; quiere que cada cual sea dueño de sus actos y, por lo mismo, feliz ó desgraciado por su libre elección. Aun tratándose de los inapreciables intereses de la

simultánea y ordenadamente contra las pasiones unos remedios que tan afines son entre sí? Las tres hacen también observar sus códigos por determinados motivos, á saber, el interés, el temor y el amor: á los que los observan se les ofrece la salud, el aprecio público y la paz de la conciencia, preludio de los celestiales goces; los que los infringen soportan enfermedades, castigos de los hombres y castigos de Dios. Las tres, en fin, tienen cada cual su ministro: el médico que socorre, el magistrado que castiga, el sacerdote que perdona.

Si se desea fortalecer el organismo del joven, infundánsele, ante todo, hábitos de honradez, acostumbrándole al vencimiento de las pasiones, al dominio de sí mismo, al trabajo material é intelectual, á la serenidad en los peligros, á la fortaleza cristiana en los reveses de la vida, á la práctica de las buenas obras.

Los hábitos de virtud se manifiestan, en algún modo, en la fisonomía del hombre y reflejan la belleza moral de su alma. No es la inocencia que resplandece en los rasgos candidos de la infancia y de la juventud virtuosa, la que constituye el atractivo de estas dichosas edades? Por el contrario, toda pasión desarreglada perjudica á la belleza plástica y conduce á enfermedades ó á una muerte prematura, como lo comprueba la experiencia.¹

Está plenamente probado que, cuando los pueblos conservan la pureza de sus costumbres, las razas son robustas y honradas; pero cuando los domina el desenfreno, son víctimas de su propia corrupción. La educación física poco ó nada aprovecha, pues, sin la educación moral.

¹ *Achille, Vade-mecum de l'éducation chrétienne.* De esta obra y del *Traité de Méthodologie*, del mismo autor, hemos tomado, en parte, la doctrina de este capítulo.

CAPÍTULO DÉCIMO.

DEBERES DEL JOVEN EN SU PROPIA EDUCACIÓN.

1. El niño, sujeto de la educación. — 2. Necesidad de la iniciativa y del esfuerzo personal del joven en la educación. — 3. La felicidad, aspiración incesante del joven. — 4. Deberes que la educación le impone para con Dios, para con los padres y maestros. — 5. Ha de amar el trabajo, adquirir carácter y espíritu de vencimiento. — 6. Misión de la juventud en el mundo. — 7. Superioridad del joven creyente sobre el incrédulo. — 8. Entusiasmo por las nobles causas. — 9. Peligros y males que ha de evitar el joven, sobre todo en la época de su formación intelectual y moral.

1. El niño, sujeto de la educación. — Hemos expuesto en los capítulos precedentes los principios de la educación cristiana, indicando las personas á quienes corresponde darla, la manera con que han de proceder en obra tan importante y los daños y peligros que han de evitarse en ella. Mas, para trabajar con buen éxito y eficacia en la labor de la educación, es preciso estudiar al niño, para obrar sobre él con conocimiento de causa; darse cuenta de su fin, para imprimir una dirección conveniente al trabajo educador y saber los medios que han de emplearse para llegar al término propuesto.

Hemos visto que Dios y la Iglesia por Él instituida, los padres y los maestros elegidos por éstos, tienen derecho de educar al niño; pero también éste interviene en la educación, en cuanto es la *materia*, ó mejor dicho, el *sujeto* sobre el cual se vierte aquella.

Por mucho que Dios desee la buena formación del niño, por asiduos que sean los cuidados de los padres en educarlo y por vivo que sea el empeño de los maestros en cooperar á esta obra difícil, puede, no obstante, el joven oponer un obstáculo tenaz á la acción de los que se ocupan en formarlo.

La libertad es un don precioso de lo alto; pero, en el estado actual, puede el hombre abusar de ella y emplearla en daño propio. Dios mismo no contraría las determinaciones de la voluntad humana; quiere que cada cual sea dueño de sus actos y, por lo mismo, feliz ó desgraciado por su libre elección. Aun tratándose de los inapreciables intereses de la

vida futura, puede el hombre asegurárselos ó perderlos, según sus obras sean buenas ó malas: *Obtendrá gloria eterna, dice el Sabio, el que podía pecar, y no pecó; hacer el mal, y no lo hizo*¹. No obstante de ser la educación esencialmente obra de la autoridad y del respeto, lo es también de la libertad humana², afirma Mons. Dupanloup³; pero sobre todo la educación religiosa y moral no puede jamás ser obra de la violencia y de la fuerza. El estudio, la virtud misma dependen de la voluntad, que no tolera ser constreñida, ha dicho Quintiliano⁴.

«El niño», escribe Achille⁵, «puede ser considerado desde un triple punto de vista: en sus relaciones con la humanidad, con Dios y con su propia naturaleza.

«Mirado en sus relaciones con la humanidad, nada hay más grande sobre la tierra. En efecto, el niño es el más precioso legado del pasado, que lo resume en sí por completo; es la alegría del presente, en especial de la familia; y la esperanza del porvenir, encerrada en germen en la infancia.

«Desde el punto de vista sobrenatural, es amigo de los ángeles, á quienes se asemeja por la inocencia; amado de Jesucristo, que manifestó por esta edad marcada predilección, y futuro ciudadano de la patria celestial, cuyo adorno debe ser un día.

«Considerado en su naturaleza, es un compuesto de cuerpo y alma racional; un microcosmo ó pequeño mundo que reúne en sí toda la creación, tanto espiritual como corporal. Su alma es el lazo de unión entre las dos, y su cuerpo está formado de elementos de los tres reinos de la naturaleza. Ángel y animal, á la vez, según la frase de Pascal, el sintetiza la creación entera, uniéndolo en su persona el mundo de los espíritus y el mundo de los cuerpos.»

2. Necesidad de la iniciativa y del esfuerzo personal del joven en la educación.—El joven está obligado á sacar de sí mismo el mejor partido posible, si desea formarse bien. Porque, si la educación es obra de los padres y de los hijos, de los maestros y de los discípulos; obra en

que los primeros hacen de directores y los segundos de dirigidos, es necesario que éstos no pongan obstáculo alguno á la acción de aquellos.

Además, el joven en la educación no es *materia inerte*, ni á modo de *tosca piedra* que el escultor transforma en hermosa estatua; es individuo de la especie humana, persona consciente y dueña de sus actos, libre, por lo mismo, para aceptar dirección ajena, ó para rechazarla. Indispensable es que el joven se persuada de que es el principal elemento en la obra de la educación y que sin su cooperación decidida y ordenada fracasarán los esfuerzos de padres y maestros, por diligentes que sean. Tan cierto es esto, que, no obstante la vigilancia esmerada y saludable dirección que reciben muchos jóvenes, vemos diariamente extraviarse á varios de ellos y convertirse en azotes de la familia y de la sociedad. Por el contrario, otros, que han tenido padres y maestros escudados, logran formarse por sus propios esfuerzos y vienen á ser miembros útiles en el cuerpo social. ¡Cuán cierto es que el hombre se eleva ó abate según sus obras, y que cada uno es responsable de su suerte próspera ó adversa!

«La actividad personal es en el alumno un movimiento por el cual manifiesta exteriormente la vida, movimiento que ha de ser excitado y dirigido por el maestro, pero cuyo primer impulso viene del mismo niño. Puede excitarse su actividad intelectual y moral; se la puede proteger y guiar, mas no producir en él: en este sentido, la educación es obra del niño. Sin su iniciativa, sin su concurso activo, los educadores más hábiles serían impotentes para dar expansión á sus buenas inclinaciones, para corregir sus malas tendencias y desarrollar sus facultades intelectuales.

«La actividad es espontánea ó refleja: la primera es consecuencia natural de la vida; la segunda es el ejercicio consciente y voluntario de las facultades intelectuales y morales: esta última forma de actividad es la única que merece el nombre de humana; el educador ha de emplear todas sus industrias en promoverla, en dirigirla y fortalecerla en aquellos á quienes educa.»¹

¹ Eccli. XXXI, 10.² «De la educación».³ *Vade-mecum de l'éducateur chrétien*.⁴ *Éléments de pédagogie pratique des Frères des Ecoles Chrétiennes*.

Sócrates, el príncipe de los moralistas paganos, hacía del propio conocimiento la norma de las acciones de la vida: *Nosce te ipsum*, era la máxima de aquel maestro. San Agustín, iluminado por la fe, enseñó que el hombre, para ser bueno, debe no sólo conocerse á sí mismo (lo que puede ser estéril en la vida práctica), sino que este estudio le ha de llevar al odio de sí mismo y al amor de Dios. «Conóceme á mí, conózcate á Ti, Dios mío», decía: «conóceme á mí para aborrecerme, conózcate á Ti para amarte.»¹

Todo hombre, y todo joven en especial, ha de sondear su alma, para conocer sus tendencias é inclinaciones buenas ó malas, y dirigir las convenientemente. El corazón humano es un abismo que sólo Dios puede penetrar y cuyas astucias él sólo puede conocer²; es una mezcla de fortaleza y debilidad, de grandeza y miseria, de bondad y malicia, que impulsa al hombre á ejecutar acciones nobles ó vergonzosas, á ir en pos de la verdad ó el error, de la virtud ó el vicio. Cada uno ha de medir sus fuerzas, darse cuenta de los obstáculos y de los enemigos que le asechan, para tomar precauciones y no sucumbir en la lucha.

Por esto, en la educación, obra ardua y laboriosa, tiene el joven que trabajar personalmente, desplegar energía y ahogar con valor los gérmenes nocivos que broten en su corazón, aprovechándose de los buenos ejemplos y saludables consejos de sus padres y maestros. En la formación intelectual y moral del joven influye mucho su propia iniciativa, á fin de que, conocidas sus aspiraciones y deseos, puedan encaminarlo debidamente, secundando cuanto sea digno y laudable, y reprimiendo todo lo feo y reprensible. Así como contribuye sobre manera al recobro de la salud corporal la sinceridad del paciente en descubrir al médico los síntomas, las causas de la enfermedad y las cosas que le aprovechan ó dañan, también el joven ha de exponer lo que piensa y quiere, y secundar sobre todo decididamente la acción de

¹ «Noverim me, noverim te. Noverim me, ut oderim me; noverim te, ut amem te» (Lib. Conf.).

² «Abyssum et cor hominum investigavit Dominus; et in astutia eorum excogitavit» (Eccli. xiii, 18).

los que lo educan. Sin esto, los resultados serán malos ó exigüos, de lo que se seguirá grave daño al joven mismo y á la sociedad.

3. La felicidad, aspiración incesante del joven.— Existe un deseo innato é irresistible en el corazón humano, deseo que es el móvil de su actividad y el principio de todas sus energías; á saber: la tendencia á la felicidad. El niño y el anciano, el rico y el pobre, el sabio y el ignorante se dejan seducir por esta palabra mágica, lo que manifiesta que la felicidad es un bien asequible al hombre, si no en la presente vida, á lo menos en la futura.

Habiendo la culpa original herido la inteligencia del hombre con la ignorancia, y su voluntad con la propensión al mal, se equivoca aquel muchas veces en el objeto de la felicidad, buscándolo en los honores, riquezas y placeres, siendo así que la sana razón nos enseña que un ser es feliz cuando consigue su fin. Ahora bien, el fin del hombre es Dios mismo, á quien sólo en el cielo poseerá por completo; y por esto en la vida presente no obtiene la felicidad absoluta sino la relativa, que se consigue mediante la gracia divina y la práctica del bien, cosas que están al alcance de todos.

Como lo nota un autor, Dios quiso inculcarnos esta verdad por el himno entonado por los ángeles en el campo de Belén: *Gloria á Dios en las alturas, y paz en la tierra á los hombres de buena voluntad*. La gloria del cielo será nuestra felicidad eterna; la paz del alma es la felicidad temporal. La dicha, que es la tranquilidad del orden, es fruto de la virtud, que nos une á Dios, y del vencimiento, que nos pacifica á nosotros mismos.

Conviene grabar estas verdades en el corazón del joven, para que sepa en qué consiste la verdadera felicidad y cuál es la manera de obtenerla. Por lo mismo que se lanza en pos de sus ideales con vivo ardimiento y poca reflexión, es preciso moderar sus ímpetus y hacerle comprender que la lucha es la ley de la vida; que la paz es el premio de la victoria, y que el hombre, creado por Dios, no está satisfecho, como dice San Agustín, sino cuando descansa en Dios.

4. Deberes que la educación impone al joven, para con Dios y para con los padres y maestros.—Proponiéndose la educación perfeccionar al hombre, y hallándose viciada su naturaleza, tiene que seguir una norma de conducta, ó mejor dicho, cumplir la ley prescrita por Dios, para el orden de la vida y la consecución de su inmortal destino. La educación impone al joven varios deberes, que enunciaremos brevemente.

El primero y fundamental es el respeto á Dios, sin cuyo auxilio nadie puede ser bueno ni verdaderamente sabio. *Si deces la sabiduría, guarda los mandamientos, y Dios te la concederá; pues la sabiduría y la disciplina vienen del temor del Señor¹*. Amar á Dios, obedecerle, practicar su santa ley: he aquí la obligación primordial del joven cristiano. Mas para esto necesita de la religión, que le enseña los preceptos divinos y le da fuerza para cumplirlos. «Ella se dirige á la conciencia del adolescente, mueve su voluntad, provoca el esfuerzo, le inspira el amor y el hábito del sacrificio y en todos sus actos, aun los más comunes, le presenta ocasiones de vencerse y de aspirar á la virtud.²»

Si comprendiera el joven la necesidad de cimentarse en la práctica de la virtud desde los primeros años, aceptaría gustoso cuanto le inclina á lo bueno y le aleja de lo malo. *¿Cómo enmendará el tierno joven su conducta? Observando las palabras ó preceptos del Señor³*.

No debe olvidar el joven que está en época de formación; por lo que le es indispensable recibir por medio de la educación la buena semilla, que ha de germinar lentamente en su alma y producir después frutos opimos. Para conseguir esto, ha de servir con esmero á Dios, de quien ha recibido cuanto tiene; ha de promover su gloria y recordar á menudo que Él es su primer principio y su último fin.

¹ *Fili concupiscens sapientiam, conserva iustitiam, et Deus prebebit illam tibi. Sapientia enim et disciplina timor Domini* (Ecclesi. i, 33-34).

² *Pichard, L'éducation.*

³ *In quo corrigis adolescentior viam suam? In custodiendo sermones tuos* (Ps. cxviii, 9).

Después de Dios ha de amar, respetar y obedecer el joven á sus padres, de quienes recibió la vida y que son los representantes de Dios en la tierra. El cuarto precepto del decálogo, fundado en las leyes de la naturaleza, prescribe á los hijos este sagrado deber, cuyo cumplimiento es indispensable para el orden y la paz de la familia, así como para la educación de aquellos. Dios premia, aun en esta vida, á los buenos hijos y castiga duramente á los malos; por lo que el joven ha de acatar la autoridad paterna, cumplir sus órdenes y secundar su benéfica acción. Igualmente, guardada la proporción debida, tiene para con los encargados de su formación intelectual y moral. Todo joven de sentimientos nobles y cristianos se muestra agradecido y respetuoso para con sus maestros, cuya misión es la más alta después de la de transmitir la vida.

Se ha dicho antes que cada edad de la vida tiene sus cualidades y sus defectos. «La infancia es ligera, despiada, presumuosa, violenta, tenaz; es la edad de la disipación, de los arrebatos y de los placeres, la edad de todas las ilusiones, y, por lo mismo, de los extravíos; pero, añade Fenelón, es también la edad en que el hombre puede todo sobre sí mismo.¹»

Necesario es que el joven conozca su debilidad é inexperiencia y los peligros que por todas partes le rodean, para que busque el apoyo de sus padres y maestros y se someta á su dirección. ¡Cuántos jóvenes se pierden por sacudir el yugo de la obediencia, por guiarse á sí mismos, seguir sus caprichos y dejarse arrastrar por sus pasiones, tan ardientes en esta edad! *Bueno es para el hombre el haber llevado el yugo desde su mocedad²*; porque *el espíritu del hombre y todos los pensamientos de su corazón están inclinados al mal desde la juventud³*. *El niño se mefa de las amonestaciones*

¹ *Dupanloup, De la educación.*

² *«Bonum est homini, cum portaverit iugum ab adolescentia sua»* (Thren. iii, 37).

³ *«Sensus et cogitatio humani cordis in malum prona sunt ab adolescentia sua»* (Gen. viii, 21).

CRESPO TORRAL. Educación. Ed. 2.

de su padre; mas el que hace caso de la corrección, vendrá á ser más hábil¹.

5. El joven ha de amar el trabajo, adquirir carácter y espíritu de vencimiento. — Si la educación exige esfuerzo personal, presupone trabajo constante y decidido del educado; pues Dios ha puesto en el alma, como en germen, muchas y preciosas facultades, y ha hecho al hombre depositario de ellas, para que las desenvuelva y ejercite por medio del trabajo. Además, en la triste condición actual del humano linaje, todo adelanto intelectual y moral se obtiene con fatiga y lucha; así que tenemos que ir conquistando palmo á palmo la verdad y el bien, que nos perfeccionan, satisfaciendo nuestras justas aspiraciones.

Por esto, el trabajo es poderoso auxiliar de la educación, siendo indispensable que el hombre se acostumbre á él desde los albores de la vida. Si el mundo físico y el moral están en constante movimiento, no puede el hombre permanecer inactivo, so pena de ser un miembro inútil y nocivo en la sociedad. ¡Adelante, adelante! es la divisa de cuantos comprenden su misión en esta y en la otra vida.

A más del trabajo ha de adquirir el hombre otra prenda sobre manera útil, el carácter, sin el que poco ó nada sirven las otras cualidades, y aun el trabajo mismo no produce resultados eficaces. Porque si el hombre carece de energía moral, si fluctúa á todo viento de doctrina, si no sigue un rumbo constante en su vida, si no tiene, en fin, carácter, no hará cosa de provecho, ni dejará ejemplos dignos de imitarse.

Tanto el trabajo como el carácter exigen vencimiento, porque nuestra depravada naturaleza rechaza cuanto la contraría. Por esto el que no se vence, es luego víctima de la tiranía de las pasiones y del yugo de la ignorancia. Como la educación pide y perfecciona al hombre, requiere docilidad y vencimiento en quien la recibe, á fin de que vaya libertándose poco á poco de las viciadas inclinaciones y acostumbrándose á la práctica del bien. El cultivo mismo de las

¹ «Stultus irridet disciplinam patris sui: qui autem custodit increpationes, astutior fiet» (Prov. xv, 5).

ciencias es obra laboriosa, y en cuanto á la vida espiritual, todos sus actos exigen vencimiento. *Tanto aprovecharás en la virtud*, dice el libro de la Imitación de Cristo, *cuan to te vencieres á ti mismo*¹. Mas la ciencia de vencerse á sí mismo no se aprende en los libros, sino en el trato con Dios, que nos da luz para conocerla y fuerzas para practicarla.

«Es esencial en la educación», dice una escritora americana, «que el hábito de vencerse empiece desde los primeros años de la vida á doblegar el carácter del joven, predisponiéndole á aquellos sacrificios que las vicisitudes humanas y las relaciones domésticas y sociales le exigirán en lo sucesivo. Para conseguir este fin, en una edad en que los sentimientos son tan irritables, es preciso convencer suavemente á la razón y obligarla á reconocer como útil y bueno lo que le desagrada y exaspera. El joven ha de persuadirse de que no debe dar rienda suelta á sus apetitos y deseos y de que la sociedad impone una serie de sacrificios y de condescendencias. Quien no sabe dominarse será el azote de los que le obedezcan y la víctima de sus superiores. Déspota ó esclavo, tal es el porvenir que le aguarda.»²

No me detengo más en este punto, porque del trabajo y del carácter trato en capítulos especiales.

6. Misión de la juventud en el mundo. — La juventud cristiana tiene una noble misión que cumplir: la de formarse debidamente, por medio de la educación, para ponerse en condiciones de desempeñar el cargo que le corresponda en la tierra, y después salvarse. Para esto necesita desarrollar todas las fuerzas de que está dotada y acostumbrarse al propio vencimiento; de modo que el deber sea el móvil de su actividad, con lo que, por otra parte, se dignificará y elevará muy por encima de los otros seres.

«El deber (dice un escritor contemporáneo) es la honra de las voluntades libres. Los seres ocupan un lugar más ó menos alto en la escala de la vida, según obedecen á móviles más ó menos elevados. La materia tosca está sujeta á leyes

¹ «Tantum proficies, quantum tibi ipsi vim intuleris» (t. 30).

² Cartas sobre educación.

groseras y necesarias; los animales obedecen á instintos ciegos é irresistibles; y sólo el hombre obedece al deber, es decir, á la idea. Este móvil es de un orden tan superior, que su acción no perjudica en nada á la espontaneidad de nuestras energías interiores. Á diferencia de los demás seres, las cadenas que llevamos no son de hierro y acero, sino de luz y de amor; y la necesidad que soportamos es tan sutil y espiritual, que nos conduce sin violentarnos, y nos ilumina sin deslumbrar nuestra vista.

«El deber manda á los apetitos y á las pasiones, é inmediatamente la voluntad se doblega, cada energía se modera, y en el mundo moral hay un sinnúmero de fuerzas y de libertades que se funden armoniosamente en un concierto universal de amor... El deber sostiene y hace caminar al mundo, regulariza y equilibra todas las cosas y es para los seres racionales la condición indispensable de la paz y de la felicidad.

«Pero no basta admitir el deber, sino que conviene pasar de la idea á la acción. Hay que realizar lo que el espíritu concibe como bueno, so pena de carecer de reposo y de trabarse lucha entre la cabeza y el corazón, entre el pensamiento, que tiende á lo alto, y el cuerpo, que se arrastra por la tierra. Cuando las facultades están de acuerdo; cuando la idea se traduce en acción; cuando la ley del espíritu viene á ser ley del cuerpo, y se realiza el bien que se concibe, entonces el hombre es dueño de sí mismo y procede rectamente.

«Mas conviene recordar que Dios es la fuente de todos los deberes, como es la causa y origen de todos los seres, y que quiere con voluntad indefectible el fiel cumplimiento del deber, que nos intima por la voz de la conciencia, ó por una revelación exterior. Su infinita bondad cuenta, desde lo alto del cielo, las acciones humanas y las pesa, y al fin de la vida asigna á cada uno la suerte que le corresponde. ¡Feliz el que, al presentarse ante Él, puede asegurar que ha obedecido siempre al deber!»¹

¹ *Desnet, Souvenirs oratoires.*

El joven que aspira á cumplir su misión, procede siempre guiado por el deber que Dios le impone de perfeccionarse en el orden intelectual y moral. Para conseguir lo último, ilustra su inteligencia con las verdades naturales y reveladas; adquiere hábitos de trabajo; se esfuerza en poseer la rara dote del carácter, y cuida, en una palabra, de ser instrumento apto en manos de la Providencia.

¡Cuán hermosa es la misión del joven cristiano en el mundo! Intactas y vigorosas las fuerzas del cuerpo y del alma, y estimulado por la noble pasión del amor á Dios y al prójimo, despliega energía inusitada en pro de los intereses de la familia, de la patria y de la Iglesia, y obtiene en servicio de ellas gloriosos triunfos. Las obras más grandes se ejecutan, de ordinario, en la edad juvenil; porque ésta es á modo de primavera en que brotan las flores y se preparan los frutos. El hombre, como la naturaleza, experimenta cambios: hay tiempo de sembrar y tiempo de cosechar; tiempo de trabajar y tiempo de descansar; tiempo de hablar y tiempo de callar. Ahora bien, la juventud es la época de la vida en que se siembra, se trabaja y se lucha.

Sea cual fuere el puesto que Dios señale al joven cristiano, puede hacer mucho bien en el mundo. Si le llama á la milicia del santuario, procurará atraer á los demás á la virtud, con la palabra y el ejemplo, derramando por todas partes el bálsamo del consuelo y la luz de celestial doctrina. Si su vocación es la de formar un hogar cristiano, comprenderá los arduos deberes de la paternidad y cuidará de que en su familia reinen la concordia y la piedad. Si es llamado á desempeñar cargos públicos, ó á ocuparse en la prensa ó en el profesorado, los considerará como un difícil ministerio que exige instrucción competente, rectitud de criterio y honradez acrisolada. Si se dedica á la carrera de las armas, la mirará como el sostén de las libertades públicas, de la integridad y honra de la patria.

7. Superioridad del joven creyente sobre el incrédulo.—Como el hombre procede guiado por sus convicciones, y entre ellas las religiosas influyen más eficazmente en su espíritu, hay grande diferencia entre un joven cristiano

y otro que no lo es. Ocupándose la religión en los problemas más interesantes de esta y de la otra vida, nos suministra acerca de ellos ideas claras y seguras para la dirección de las acciones y la consecución del fin supremo.

El creyente conoce su origen y destino último, el deber de dirigir todos sus actos á Dios, de desprender el corazón de los bienes transitorios, la necesidad de atesorar buenas obras para ganar el cielo, y otras muchas é importantísimas verdades. El incrédulo, privado de la luz divina, vive á ciegas, y careciendo de rumbo fijo en sus actos, obra al impulso de las pasiones. Llena el alma de amarguras y decepciones, sin la esperanza de una vida mejor y sin el freno de la religión, se precipita por la pendiente del error y del vicio, hasta acabar tristemente sus días.

En las producciones de la inteligencia se nota diferencia entre el uno y el otro. El primero busca y enseña tranquilo la verdad, proponiéndose siempre un fin útil y moral en sus obras literarias, de cualquier género que sean; mientras el incrédulo vaga entre sombras é incertidumbres, sin punto de partida para sus investigaciones filosóficas y sociales, ni término fijo al cual dirigirse. Byron, Leopardi, Joutfroy, Larra, víctimas de la duda, confirman lo que decimos: sus producciones, como gritos de desesperación, impresionan al lector y le alejan de las plácidas regiones de la esperanza cristiana. Por el contrario, ¡cuánta profundidad, cuán saludable enseñanza y cuánta calma se notan en los escritos de Lacordaire, Balmes, Donoso Cortés, Ozanam, y eso por no hablar sino de los modernos!

La superioridad del joven cristiano sobre el incrédulo nace de que el primero procede estimulado por el deber, dirigido por la conciencia y por la ley divina, alentado, en fin, por la confianza de conseguir un premio eterno; mientras el segundo procede al acaso, movido por el interés personal ó por viles instintos. La creencia en la vida futura fortalece al joven en las luchas interiores y le hace soportable el padecimiento; y cuando la llama de la caridad prende en su alma, no hay dificultad que le detenga, ni sacrificio que le intimide. Entonces las fuerzas se centuplican, y la actividad para el bien es prodigiosa.

La juventud es edad de nobles resoluciones y de hechos heroicos; es el tiempo más fecundo de la vida humana; por lo que, quien la pasa inútilmente, no se forma como es debido, y aun es difícil que haga algo de provecho cuando declinan las fuerzas y se acerca al término de la jornada. *Los días de tu vejez serán como los de tu juventud*, dicen los Libros Santos¹.

8. Entusiasmo por las nobles causas.—Nobles causas hay para la acción de la juventud. En el vasto campo de la verdad y el bien existen innumerables asuntos que atraen las simpatías del joven. Prescindiendo de otros, me limito por ahora á recomendar dos cosas de indisputable importancia, á las que preferentemente debe servir y amar el joven: tales son la religión y la patria, de las que hablaré después.

La juventud gusta de la lucha, acude al sostenimiento de lo digno y rechaza lo bajo y lo villano. Vida holgada y quieta, transacciones cobardes con el error, apatía y vacilación, son explicables en el anciano decrepito é inconsciente. Juventud quiere decir vida, animación, entusiasmo, culto á lo grande y á lo heroico. Jóvenes fueron los gallardos caballeros que, con la fe en el corazón y la espada al cinto, libertaron el Santo Sepulcro y humillaron á la Media Luna, en aquellas legendarias proezas que la historia llama Cruzadas.

En nuestros días, la lucha entre la verdad y el error, entre el bien y el mal, se libra principalmente en el terreno de las ideas y de los principios: por esto, la causa católica necesita en la actualidad no tanto de la espada de Pelayo y Godofredo, como de la pluma de Balmes, de Lacordaire, de Ozanam, de Augusto Nicolás, de Donoso Cortés, de Hettinger, de Luis Veuillot.

9. Peligros y males que ha de evitar el joven, sobre todo en la época de su formación intelectual y moral.—Como el hombre se forma durante la juventud, y son muchos los obstáculos que se oponen á esta difícil obra, conviene tenerlos á la vista para evitarlos y vencerlos.

¹ «Sicut dies juventutis tue, ita et senectus tua» (Deut. xxxiii, 25).

Ahora bien, el principal estorbo que se presenta es el joven mismo, cuya fogosidad y arrebatos es preciso moderar. El joven, lo hemos dicho ya, es inexperto, irreflexivo é inconstante, propenso al orgullo y al regalo; por lo que fácilmente se deja fascinar por las ilusiones, prender por los lazos del mundo, y aun seducir por los incentivos del placer, todo lo que constituye en peligro continuo para su buena formación intelectual y moral.

Las amistades, las reuniones y las lecturas son armas de dos filos que, según se las emplee, aprovechan á la juventud ó causan su ruina. En el capítulo cuarto, § 6, encuentra el joven varios consejos y útiles enseñanzas acerca de estos asuntos de tanta transcendencia para su educación.

Aquí añadiré sólo breves reflexiones acerca de la utilidad de la lectura é indicaré algunas reglas prácticas para distinguir los libros buenos de los malos. «Los libros», dice la escritora americana antes citada, «ensanchan el entendimiento é inculcan las máximas y los preceptos de la religión. Ellos son los canales por los que se nos transmiten las conquistas de las ciencias y de las artes; con su auxilio podemos seguir paso á paso la carrera del hombre, desde la más tosca barbarie hasta la más refinada civilización; conocer el estado literario, los usos y costumbres de las épocas más célebres del mundo, y aprovecharnos de las opiniones y de las verdades descubiertas por los que han consagrado su vida al estudio y á la observación. Ellos, sin los gastos é incomodidades de un viaje, presentan á nuestra vista los países más remotos, sus leyes y costumbres; ellos nos transportan á los otros planetas, nos hablan de las maravillas de los cielos y de los descubrimientos hechos en los dominios de la naturaleza. El fruto de estos estudios nos da la idea más alta de la inmensidad de la creación y de la sabiduría infinita, del poder y bondad del Ser que sacó de la nada tan admirable máquina, y que con tanto orden y simetría la dirige. Además de esta instrucción teórica, los libros nos enseñan á sobrellevar la adversidad con fortaleza y á mantenernos con moderación en la abundancia, porque en ellos hay documentos é instrucciones para todas las condiciones de la vida. La lectura disipa la

tristeza y difunde en el alma una placida satisfacción. El que no tiene suficiente caudal de ideas propias para gobernarse, se provee de las que otros han consignado en sus escritos.»¹

Pero, así como es provechosa la lectura de los buenos libros, es muy nociva á la juventud la de los libros perversos, que, por desgracia, abundan en nuestros días. El error y el vicio ocultan su veneno bajo las formas seductoras del estilo, para cautivar y perder al joven; por lo que necesita éste de sumo cuidado para evitar el peligro. La afición á las novelas, en las que muchas veces se ponen en escena las pasiones más vergonzosas, es otro escollo para la juventud estudiosa. El principal inconveniente de ellas, á juicio de un escritor, es alejarnos de la existencia real, para engolfarnos en quimeras seductoras que se apoderan con irresistible poder de la parte más voluble del hombre, la imaginación, para conducirlo á graves extravíos. Por regla general, los lectores de novelas pierden la afición á los estudios serios, estragan el gusto literario y, cuando menos, malgastan el tiempo; por lo que deben ser preferidos los libros que analizan nuestra naturaleza moral, examinan nuestros deberes, nos inducen á la práctica del bien, ó tratan de otros asuntos útiles é instructivos.

Un buen libro, decía el Padre Lacordaire, es para el alma como un ser vivo con quien se conversa en la intimidad, y como un amigo de confianza á quien se admite á los entretimientos más familiares. Reflexionar al leer un buen libro, comprender su doctrina, aceptarla, embriagarse con su perfume, penetrarse de su substancia, todo esto causa en el alma un goce indefinible. El tiempo corre ligero en esas comunicaciones encantadoras del pensamiento propio con un pensamiento superior; las lágrimas vienen á los ojos y se agradece á la bondad divina el haber dado á las rápidas efusiones del espíritu la duración del bronce y una vida sin término. «¿Cuáles son los libros que deben ser leídos de preferencia, sobre todo por los jóvenes?» pregunta Mons. Baurand. «Única-

¹ Cartas sobre educación.

mente», contesta, «los que tienen el triple sello de la verdad, de la bondad y de la belleza. La verdad en la doctrina la posee la Iglesia católica romana, y por esto cuanto se aparta de ella es, ú obra de tinieblas, ú obra de muerte. La belleza en la expresión se encuentra en las obras portentosas de los genios, que han estado siempre poseídos del ideal, á cuya consecución dirigen sus esfuerzos. El bien se halla en la observancia de la ley moral; y el medio de conocer la índole de un libro es observar si, después de leerlo, se siente uno más casto, más generoso para lo bueno, más alejado de lo malo y más anhelado al cielo. Hay una regla para juzgar de la palabra humana, hablada ó escrita: *cuando la palabra refleja mejor el pensamiento, el pensamiento al alma y el alma á Dios, todo es entonces bueno y bello*. Que ésta sea la regla de la lectura.

«Conviene leer pocos libros y escogidos, para evitar la manía de los que quieren conocer todo é imponerse de cuanto ene en sus manos, con lo que no adquieren conocimientos sólidos en ninguna materia. *Teme al hombre que lee un solo libro—time hominem unius libri*, decían nuestros padres. No se profundiza ningún ramo del saber sin concentrando en él las fuerzas del espíritu y especializándose en él. Un moralista ha dicho: el mundo está acometido del furor de la lectura, y nuestro siglo está enfermo de leerlo todo. El público es una especie de boa constrictora de mil cabezas, cuyo apetito voraz se sacia con papel impreso, y cuya digestión tiene visos de agonía... Á medida que se avanza en edad, se leen pocos libros, como se cultivan pocas amistades; pero son libros y amigos escogidos.»¹

Las buenas lecturas y, en general, las bellas letras pulen el espíritu, dulcifican el carácter, recrean honestamente al hombre, le ponen al habla; por decirlo así, con los ingenios de todos los tiempos y le enseñan á combinar en justa medida lo útil con lo agradable. «Propio es de las bellas letras», dice León XIII², «cuando son enseñadas por maestros

hábles y cristianos, desenvolver rápidamente en el alma de los jóvenes todos los gérmenes de vida intelectual y moral, al mismo tiempo que contribuyen á dar rectitud y amplitud al juicio, así como elegancia y distinción al lenguaje.»

Terribles son los daños que produce la lectura de malos libros. Desde luego la pérdida del tiempo, que debe emplearse en cosas útiles; cuanto más que la experiencia confirma que el que se acostumbra á leer dichos libros, malgasta en ellos los meses y los años, aun con menoscabo de las obligaciones que le incumben. Se estraga además el gusto literario; porque el que tiene la cabeza y el corazón llenos de ideas y deseos perversos, no encuentra agrado en las tranquilas y serias enseñanzas de la historia, de la filosofía y de las ciencias. Las facultades pierden su energía; la inteligencia se entenebrece y disgusta de los estudios sólidos, y la luz de la fe deja de iluminar esa atmósfera malsana; el corazón se resfría para lo bueno, se inclina á lo malo y se enerva por la acción de ese narcótico que le quita el vigor y la calma.

El que se entrega á las malas lecturas, es pronto dominado por el egoísmo; y, en vez de las alegrías puras y delicadas que proporcionan la amistad, la familia y la religión, siente esas malas complacencias del alma que Virgilio calificaba de «mortales». La imaginación se llena de fantasmas impuros, la conciencia pierde su rectitud, la voluntad se consume en la inercia y, lo que es peor, las costumbres se corrompen¹. Nada raro es que, privada entonces la inteligencia de la lumbre de la verdad y el corazón del suave yugo de la ley moral, se entregue el hombre á los peores excesos, lleve una vida estéril y termine en la desesperación y en el suicidio. Á menudo estamos lamentando los funestos resultados que los libros impíos é inmorales producen, sobre todo en la inexpertu juventud.

¹ Cf. Bonnard l. c.

¹ Bonnard, Le collège chrétien.

² Encíclica al episcopado y al clero de Francia, del 8 de septiembre de 1899.

CAPÍTULO UNDÉCIMO.

LA MORAL Y EL PROGRESO.

1. Qué es la moral: ella tiene su origen en Dios. La moral y la Iglesia. —
2. La educación y la moral. — 3. Excelencia de la moral católica. —
4. En qué consisten el progreso y la civilización: ellos son inseparables de la religión y de la moral cristianas. — 5. Moral independiente ó racionalista. — 6. La moral católica es el principal estímulo del trabajo y de la educación.

1. Qué es la moral: ella tiene su origen en Dios. La moral y la Iglesia. — La moral es la ciencia que trata del bien en general, y de las acciones humanas en orden á su bondad ó maldad. Considerada como parte de la teología, se define: «La ciencia que, apoyada en el derecho divino manifestado por la revelación, inquiriere lo que es lícito ó ilícito en las acciones humanas, para dirigir las en orden á la vida eterna. La moralidad consiste en la conformidad del acto con su fin, en su aptitud para conseguirlo. Un acto es moral cuando está de acuerdo con la regla, con la ley moral que dirige las acciones á un término ó fin. Y como el Bien por esencia, el Bien Sumo, es el fin supremo del hombre, Él es, por consiguiente, la regla primera y soberana de nuestra actividad, como es también el orden soberano, la rectitud soberana.

La moral es, por tanto, la ley suprema de nuestros actos, la reguladora de nuestra actividad libre, la ley soberana en que se apoyan todas las leyes particulares. Y puesto que sólo Dios tiene derechos sobre lo íntimo de nuestro ser, se deduce que la moral procede de Él únicamente.

La moral tiene autoridad indiscutible y suprema sobre nuestra conciencia, á cuyas prescripciones debe sujetarse por completo. La autoridad de la ley moral sería nula si no dominara en el orden de la conciencia. Todos los actos del hombre, para ser buenos, deben directa ó indirectamente tender al fin último, al que no es lícito oponerse en ningún caso.

La base de la moral es la creencia en un Dios personal y vivo, dueño del hombre, para con quien ejerce el triple atributo de la soberanía; á saber, el poder legislativo, el

ejecutivo y el judicial. Síguese de esto que una moral sin Dios, ó con el Dios impersonal del panteísmo, es una utopía y una quimera. La moral es nada, si no se la considera como ley viva y soberana, procedente de un Dios vivo y soberano ¹.

La moral, en sus principios fundamentales y aplicaciones primeras, se funda en la ley natural, que es la ley eterna de Dios promulgada al hombre por medio de la recta razón, que le hace discernir entre lo bueno y lo malo ².

De estas nociones se deduce la suma importancia de la moral, sin la que no se pueden ordenar al fin último los actos de la vida. Y aun cuando la ética se propone también dirigir á aquéllos hacia dicho fin, los considera tan sólo en el orden natural; mientras que la moral católica atiende al fin sobrenatural, que es el último del hombre, fin que incluye al natural y aun lo supera. Por lo cual la relación al fin último en los actos humanos es diversa según lo considere la ética ó la teología moral ³.

Por lo anterior se conocerá que la observancia de la ley moral es indispensable para adquirir hábitos de honradez y sanas costumbres; y si de éstas depende la prosperidad ó decadencia de los pueblos, es indudable que la moral contribuye eficazmente al bienestar común. «La bondad de la voluntad», enseña Santo Tomás, «depende de la intención del fin; y como el fin último de aquélla es el Sumo Bien, que es Dios, es necesario, por tanto, á la voluntad humana, para ser buena, que se ordene al Sumo Bien.» ⁴

La conciencia no puede ser, como algunos pretenden, la regla y fuente de la moral; porque, cual dice el abate Desorges ⁵, «la conciencia tiene una parte considerable en la doctrina y en la vida moral; pero no conviene extender su

¹ Cf. Duran, Les erreurs modernes, Godfr., Sanctificetur educatio. Castille, Une loi d'éducation nationale.

² Cf. Baccroft, Theol. mor.

³ Lehmkuhl, Theol. mor.

⁴ «Bonitas voluntatis dependet ex intentione finis. Finis autem ultimus voluntatis humanæ est summum bonum, quod est Deus. Requiritur ergo ad bonitatem humanæ voluntatis quod ordinetur ad summum bonum» (Summa theol. I II, q. 19, a. 9).

⁵ L. c.

dominio más allá de lo que le corresponde. Ella es en el hombre la *promulgación* de la ley, pero no es la ley. Ésta es *objetiva*, para hablar el lenguaje de la filosofía... y la conciencia es el conocimiento de la ley.... La bondad del acto proviene de su objeto, fin y circunstancias. La conciencia, la razón nos revelan é indican, en efecto, la bondad del acto; pero no son la causa de esta bondad: la revelan, porque existe. La conciencia no es, por lo mismo, el primer principio ó fuente de la moral, sino la manifestación de ésta en el alma humana. La conciencia, en una palabra, es el juicio práctico que nos indica lo que *hac et nunc* debemos hacer ó evitar: por tanto, no crea ó establece la ley, sino antes bien la presupone, y, supuesta su existencia, nos inculca su cumplimiento.

Como son pocos los *primeros principios* del derecho natural y puede haber y ha habido equivocación y diversidad de pareceres en las consecuencias remotas y aplicaciones prácticas de los mismos, Dios se ha dignado enseñar al hombre, por conducto de la Iglesia católica, un cúmulo de verdades importantes y utilísimas para el gobierno de la vida y la consecución del fin sobrenatural. «Una vez que ha tenido lugar la revelación», observa el autor antes citado, «y que la Iglesia ha recibido de Jesucristo el depósito y guarda de las verdades doctrinales y morales, teológicas y prácticas, necesarias ó útiles á la salud de la humanidad; se deduce lógicamente que la moral no puede ser independiente de la Iglesia y de su autoridad, y que forma, por lo mismo, parte del dominio que Dios ha dado á aquella.»¹ En verdad, sólo la Iglesia recibió de su divino Fundador la potestad de *enseñar á todos los pueblos, y de apacentar á las ovejas y á los corderos*; misión altísima, que no podría cumplir si no fuera la única depositaria, la intérprete infalible y custodio de la moral, cuyas prescripciones son de aplicación diaria para los individuos y las naciones en el amplio campo de su actividad.

2. La educación y la moral.—Siendo la moral la ciencia que trata de la bondad ó malicia de las acciones

humanas, y proponiéndose la educación el perfeccionamiento del hombre, tiene que haber íntimo enlace entre ésta y aquélla; ó, mejor dicho, no puede haber educación sin moralidad. La criatura racional tiene que proponerse en sus acciones un fin en armonía con su destino supremo; por lo que éstas serán buenas ó malas según estén ó no conformes con la regla de las costumbres prescrita por Dios.

Como la educación comprende á todo el hombre, hay que tomar en cuenta las leyes morales para el debido desarrollo y perfeccionamiento de todas sus facultades, tanto más que dichas leyes le hacen responsable de sus actos y merecedor, según sean, de premio ó castigo en la vida futura. Prescindir de la moral en la obra de la educación, equivale á cimentarla sobre arena, ó hacerla nociva y á anularla, dejándola á merced de los caprichos y de las miserias humanas. Por esto debemos tratar de la moral en la presente obra destinada á la formación cristiana de la juventud, ya que sin moral es imposible educarla bien.

Pero así como no hay sino una religión verdadera, tampoco no hay sino una sola moral verdadera, la que enseña la Iglesia católica, á quien confió Jesucristo el depósito de la moral y el poder de interpretarla. Por esto no se puede hablar de la segunda prescindiendo de la primera, ni se las debe separar, ya que apartar la moral de la religión es privarle de su mayor apoyo.

Y refiriéndonos al punto de que tratamos, cuán cierto es que «así como la instrucción separada de la educación moral conduce á resultados malos y á menudo desastrosos; de igual modo la educación moral separada del espíritu religioso, formará un hombre exteriormente moral, pero no profunda y sinceramente honrado»¹.

3. Excelencia de la moral católica.—Para persuadirse de la superioridad y excelencia de esta moral, basta considerarla en sí misma y en los resultados producidos. Mirada en sí, es la más pura, hermosa, benéfica y consola-

¹ Discurso pronunciado en el Instituto La Salle de Nueva York por el Card. Salotti.

¹ Deverges L. c.

dora que puede darse. Enseñada por Jesucristo, contiene preceptos para dirigir todos nuestros actos, reprimir las pasiones, practicar las virtudes y hacer el bien á los demás. No se limita, como la moral pagana, á ordenar actos exteriormente honestos, ni se funda en la utilidad, ni menos en el egoísmo, como varios sistemas de moral de nuestros días, sino que tiene á la renovación interior del hombre, á acostumbrarlo al temor de Dios, al odio del vicio, y al sacrificio del interés personal, cuando lo exigen el bien público ó las necesidades de los demás.

Admirables son los resultados que ha producido la moral católica en la sucesión de los siglos. Por su influjo desaparecieron la relajación y voluptuosidad paganas, y se implantaron en la sociedad costumbres puras y morigeradas. Todas las virtudes y acciones sorprendentes ejecutadas por los cristianos, desde el origen de la Iglesia, son debidas á la observancia de la moral evangélica que, circulando como savia benéfica entre los individuos y los pueblos, los mejoró y civilizó, impulsándolos á servir á Dios y á propender al perfeccionamiento individual y social.

Cuanta sea la importancia de esta moral considerada en abstracto y en sus principios teóricos, lo expresa Manzoni¹ en estos términos: «Origen de irrecusable autoridad; regla á que deben sujetarse todos los actos y pensamientos; espíritu de perfección, que en todo caso dudoso impulsa el alma á lo mejor; promesa superior á todo interés temporal imaginable; modelo de santidad propuesto en el Hombre-Dios; medios eficaces para ayudarnos á imitarlo, sobre todo, en los sacramentos instituidos por Él, y en la oración, á cuyo servicio ha puesto Dios su omnipotencia misma: tal es la moral de la Iglesia católica, moral que por sí sola nos da á conocer lo que somos, y del conocimiento de los males humanamente irremediables hace nacer la esperanza; esta moral que todos deseamos la practiquen los demás, y que practicada llevaría á la sociedad al más alto grado de perfección y felicidad posibles en la tierra; moral á la que el mismo

¹ Osservazioni sulla Morale cattolica cap. 3.

mundo no puede negar un testimonio perpetuo de admiración y de aplauso.»

4. En qué consisten el progreso y la civilización: ellos son inseparables de la moral y de la religión cristianas.—Los hombres y los pueblos aspiran á desenvolverse y á perfeccionarse, ó, lo que es lo mismo, á progresar. Aspiración justa, que dignifica al hombre y manifiesta que es el rey de la creación; tendencia noble fundada en la palabra misma de Jesucristo: *Sed perfectos como nuestro Padre celestial es perfecto*. El progreso significa marcha hacia adelante; es una necesidad insaciable que no puede ser plenamente satisfecha en la tierra; es «la ascensión del alma hacia lo grande y lo bello»; es, según lo define León XIII, el perfeccionamiento del hombre individual, doméstico y social.

Este anhelo por lo más excelente, esta tendencia á avanzar y á mejorar, comprueban que el hombre desea progresar y civilizarse más y más. «El progreso», dice el Padre Félix¹, «es el movimiento hacia lo mejor, el tránsito de lo menos perfecto á lo más perfecto, de lo pequeño á lo grande.»

«Aplicado á la criatura dotada de inteligencia y libertad, el progreso es una marcha libre hacia su fin y un esfuerzo inteligente en pos del ideal», añade otro escritor moderno. «Es un movimiento de abajo arriba, que hace subir al hombre por grados hacia el fin que ama, al cual aspira y que se empeña en conseguir.»²

Se puede dividir el progreso en material, intelectual y moral, y considerar cada uno de estos progresos en el individuo y en la sociedad; mas, entre estos diversos órdenes hay una jerarquía necesaria, impuesta por la naturaleza misma de las cosas, jerarquía que debe ser respetada, so pena de producir un desarrollo parcial, monstruoso y nocivo. La Iglesia no pierde jamás de vista esta ley suprema de la armonía en el progreso; y por esto, al favorecer cuanto puede per-

¹ «El progreso por el cristianismo».

² Cf. Vérités fondamentales de la religion.

CRESTO-TORAL, Educación. Ed. 2.

feccionar al hombre, exige ante todo que no se sacrifique el alma al cuerpo, la virtud á la riqueza, la fe á la ciencia, el cielo á la tierra.

«La Iglesia no rechaza el progreso intelectual ni el progreso material; lo que ella quiere solamente, lo que tiene derecho á exigir en nombre de Dios, de quien es intérprete, es que estos adelantos y desarrollos estén contenidos dentro de límites razonables y que no constituyan deformidades; ella desea igualmente que el progreso moral siga una marcha proporcional, en vez de decrecer, como acontece de ordinario á medida que se aumenta la riqueza.»¹

«El verdadero punto de madurez para las naciones», dice el Padre Félix², «es aquel en que, habiendo el progreso material alcanzado el grado suficiente para el funcionamiento de todas las facultades humanas y de todas las fuerzas sociales, el orden moral va en aumento y excede al progreso material con toda la supremacía del espíritu sobre la materia. El encuentro providencial de estos dos progresos constituye en la historia las grandes épocas del mundo y marca en las evoluciones seculares de la humanidad el apogeo de las civilizaciones ilustres.

Preciso es reconocer desde luego que la marcha ascendente de la industria y la dominación creciente del hombre sobre la naturaleza física, es un progreso; es el progreso material, es la materia perfeccionada por el hombre y recibiendo del poder de su genio un esplendor que la transfigura. Pero uno es el progreso material, y otro es el progreso humano. Indudablemente, estos dos progresos no están en necesaria oposición, y aun admito que el perfeccionamiento de la materia, llegado á cierto grado, comprueba en este orden de cosas un engrandecimiento de la energía del hombre y una extensión de la soberanía que Dios le ha concedido sobre la naturaleza física; pero, si el perfeccionamiento de la materia y el perfeccionamiento del hombre pueden subsistir juntos, no están los dos necesariamente unidos. La naturaleza de las cosas y la historia demuestran que el hom-

¹ *José Tasset*, *Le progrès par le christianisme*.

² *L. c.*

bre puede, al perfeccionar la materia, degradarse á sí mismo; el dominio sobre ella puede producir su esclavitud; por lo que no es imposible ver reunidos estos dos fenómenos: *el hombre reinando sobre la materia, y la materia subyugando al hombre.*»

Muy diversos son el criterio cristiano y el criterio racionalista, tan en boga en nuestros días, en la apreciación del progreso. El racionalismo, dice el mismo Padre Félix, cree en el progreso humano por la acción exclusiva del hombre; el cristianismo cree en el progreso humano por la acción de Dios en la humanidad. El uno exige todo el progreso intelectual del hombre por la potencia de la razón humana, todo el progreso moral del hombre por la energía de la voluntad humana, todo el progreso social del hombre por el poder de la inventiva humana; en una palabra, todos los progresos parten del hombre para terminar en la glorificación del hombre. El otro, sin anular la razón, ni la voluntad, ni la fraternidad humana, ni el desarrollo material, exige el progreso de la inteligencia humana por la luz de la fe divina, el progreso moral del hombre por la energía de la gracia divina, el progreso social del hombre por la fecundidad de la caridad divina, el progreso material dirigido y contenido por la moral cristiana: en una palabra, todos los progresos del hombre dirigidos por la luz y la gracia divina, para conducir á la suprema glorificación de Dios¹.

«El ideal cristiano en cuanto al progreso, no es el de los idealistas, que sueñan con un progreso indefinido, muy elevado en sus aspiraciones, pero también muy vago; es un ideal, una perfección que se realizan; es Dios mismo, no el infinito en un ciclo inaccesible é incomprensible, sino Dios hecho hombre para servirnos de modelo y rescatarnos. He aquí el ideal cristiano; que no podrá ser realizado completamente en esta vida, porque toca con lo divino, pero al que podemos aproximarnos siempre más y más, toda vez que es adecuado á nuestra naturaleza.»²

¹ Obra citada, segunda conferencia.

² *José Tasset* *L. c.*

Una vez que el progreso abraza á todo el hombre, consta de varios elementos, que deben proceder de acuerdo y ocupar el puesto que les corresponda. «En el pensamiento de la Iglesia», dice Mons. Cauly¹, «la civilización completa y eficaz abarca tres elementos: el progreso *intelectual*, por la adquisición de la verdad, las ciencias y las artes; el progreso *moral*, por la adquisición de las virtudes, las buenas costumbres y la subordinación de los súbditos á la autoridad; y el progreso *material*, por un razonable bienestar y la mejora de las condiciones físicas de la humanidad, en la medida compatible con la condición de nuestra naturaleza».

De estos elementos, el más importante es el moral y religioso, luego el intelectual y por último el material; de modo que el progreso, para merecer el nombre de tal, ha de tener en cuenta esta gradación, que se funda en la naturaleza humana. «Efectivamente», añade el mismo autor², «el hombre se compone de alma y cuerpo; y así como este se halla subordinado á aquélla, que es la más noble parte del hombre, así en la civilización el elemento material debe subordinarse al elemento intelectual y moral, alma de la sociedad humana. Si esta subordinación existe, producirá la verdadera felicidad de los individuos y de los pueblos, para el tiempo y la eternidad. Si, al contrario, el elemento material predomina, tendrá por resultado el lujo, el sensualismo, el espíritu de desorden y de revolución; y la preponderancia de esta civilización material sobre la moral é intelectual, irá carcomiendo los verdaderos intereses y la verdadera dicha de los individuos y de las naciones.»

La moral es, por tanto, el alma del progreso; y como la Iglesia católica es la única que enseña la verdadera moral, cuyo depósito confió á ella sola nuestro Señor Jesucristo, es claro que de la aceptación ó rechazo de su doctrina en la sociedad doméstica y civil, depende la suerte feliz ó desgraciada de entrambas. Que la Iglesia ha cumplido á maravilla la noble misión de guiar á la humanidad por la senda

¹ Curso de instrucción religiosa.² I. c.

del progreso, lo confiesa aun el impío Voltaire. «La Europa», dice, «debe á la Iglesia su civilización.»

«¿Qué es el progreso?» pregunta el obispo de San Pablo, Mons. Ireland. «Su asiento no está en la materia ni en los cambios de forma á que la materia puede estar sometida. La materia no es el fin del progreso; ella no tiene conciencia de sus condiciones.... El progreso está en el hombre y se manifiesta cuando el hombre se engrandece en las facultades y en los poderes de su ser, en su imperio sobre la creación inanimada y desprovista de razón.»

«El fin de las obras de Dios en la naturaleza ha sido el hombre, que es su rey. Por esto, estimar al hombre inferior á la materia, es trastornar el orden divino del Universo.... Que se desenvuelvan, tanto como sea posible, las fuerzas de la naturaleza y que se la enganche á los carros de la ciencia y de la industria; que se hagan investigaciones para descubrir los secretos de la tierra, del mar y de los cielos; pero que en todo esto el objeto sea elevar al hombre á una existencia más inteligente, mejor y más feliz. Si el hombre no se engrandece, ningún bien se ha hecho; y si el hombre degenera de la altura de su destino, no se ha hecho sino el mal.

Perezcan el tráfico y el comercio si el hombre ha de ser por ellos empequeñecido en el sentido del derecho, y si las fibras de su corazón han de ser por ellos endurecidas. Parezca la mecánica más ingeniosa si sus ruedas inconscientes suprimen, en sus movimientos desapiadados, la pureza ó la felicidad de las almas. El trabajo es una maldición si por él llega el hombre á ser esclavo de la materia; las riquezas de las naciones son una blasfemia arrojada á la faz del Creador si conducen á sus poseedores al egoísmo y á la estrechez del espíritu, y si su acumulación condena á la multitud á la miseria y al pecado. El hombre es el ser único á quien es necesario salvar, á quien es preciso elevar. El progreso del hombre es el único progreso verdadero.

«Dios nos ha dado el Universo material, á fin de que podamos estudiarlo y hacerlo servir á nuestros usos. El progreso material es menos conforme á las necesidades de la ley

suprema que el progreso moral y espiritual. El hombre entero debe crecer, y crecer en todo sentido. Nada tan irritante como esas vistas estrechas que limitan al hombre de un modo ú otro.... Muy bueno es pregonar la importancia de la vida moral del individuo y de la sociedad, ya que la rectitud y la buena conducta son condiciones vitales para la salud misma del cuerpo y del alma.... Pero la vida moral del hombre brota en su corazón bajo el rocío vivificante de la gracia divina.

«Dios reina, y el hombre es su servidor; todo progreso tiene su principio y su fin en Él, que es el *alfa* y la *omega* de todas las cosas. La religión tiene lugar preferente en cuanto mira al progreso del hombre. No hay progreso que merezca el nombre de tal donde no existen disposiciones para el perfeccionamiento espiritual del hombre. Los que trabajan en el campo del progreso no pueden prescindir del poderoso auxilio que les trae la religión, en la esfera moral y social. Si el amor de Dios no inspira las acciones; si la justicia divina no las recompensa, los corazones humanos se encuentran falseados, las almas de los hombres se convierten en hielo y el entusiasmo no es en ellos sino un sentimiento sin consistencia. El enemigo fatal del espíritu de sacrificio y del imperio sobre sí mismo, de estas virtudes que son la fuente de todo progreso moral y social, es el frío positivismo, que la incredulidad trata de substituir á la religión del Dios vivo. El positivismo es la desesperación y el pesimismo práctico.... La religión es la fuente eterna de la esperanza, y la esperanza es el sostén del hombre en medio de sus luchas; la que le excita á ejecutar actos de virtud y de valor. El positivismo no puede ser la ciencia de un pueblo que progresa.»¹

«No desdenemos en buen hora la materia, ya que nuestro cuerpo ha sido formado de ella», afirma el Padre Didón²; pero sepámosla dominarla, puesto que tenemos alma. No nos alejemos de Dios que nos ha creado, sino antes bien some-

¹ Discurso pronunciado en la Exposición Colombina de 1893.

² L'homme selon la science et la foi.

támonos á Él, que es nuestro destino supremo. Si la materia nos atrae, Dios nos dirige tiernos é inefables llamamientos. Mas cuando el alma se lanza hacia el Infinito, se opera una gran transformación en nuestra vida humana. ¿Qué es entonces la tierra para nosotros? El navío sobre el cual bogamos un momento. ¿Y la humanidad? La tripulación fraternal. ¿Y la inmensidad? El camino. ¿Y el cielo? Dios mismo.»

«El catolicismo por su naturaleza es un poderoso elemento de progreso; porque de la plenitud de la verdad cristiana, fielmente guardada y perfectamente comprendida, brota, de un modo natural y sin cesar, un espíritu vivificante de progreso en todos los dominios de la cultura humana», dice el Padre Rachelet.

El catolicismo y el progreso están íntimamente ligados entre sí, y no pueden separarse ni menos luchar sin gravísimo daño de la cultura moral y aun intelectual de los pueblos. Cuando proceden de acuerdo, todo adelanta y se mantiene en orden: la moral informa al progreso, y éste procura el bienestar temporal del hombre, sin descuidar sus intereses eternos.

«Pregonar el abandono ó rechazo de la moral cristiana, es, como lo nota el abate Desorges¹, «sostener una doctrina, no sólo falsa en sí misma, sino funesta; es dar un golpe mortal á la civilización verdadera, una vez que la moral del cristianismo ha dado á las sociedades europeas su notoria superioridad sobre las demás. La civilización no consiste únicamente en los caminos de hierro, en el vapor, en la literatura y las artes; sino sobre todo en la justicia, en el respeto y sujeción al derecho, en el amor á nuestros semejantes, en la abnegación, en el culto puro del verdadero Dios, en la enseñanza y práctica de la virtud, en el alivio de todas las miserias humanas.

«He aquí lo que ha puesto á la civilización europea muy por encima de la pagana. Mas, ¿qué otra cosa es esta civilización sino la moral del cristianismo aplicada á la sociedad?

¹ Les erreurs modernes.

¿qué otra cosa es sino su realización más ó menos completa, más ó menos perfecta? Por consiguiente, proscribir la moral cristiana, equivaldría á privar á las sociedades europeas de su merecida superioridad; sería asestar á la verdadera civilización una herida de muerte. Las cosas conservan su vida mediante el principio que les ha dado el ser: si él perece, se extinguen y mueren. Si se apagase el sol que nos ilumina, las tinieblas cubrirían la tierra: el cristianismo es el sol de la civilización.

El Evangelio, según confesión del mismo Rousseau, es en lo tocante á la moral siempre verdadero, siempre seguro, siempre único.

Comparando el insigne Balmes¹ las civilizaciones antiguas y modernas, que presentan á menudo un aspecto sombrío, con la civilización europea, afirma que la última está muy por encima de las anteriores, por ser cristiana.

«Sólo ella», dice, «aparece á la vez todo lo grande y lo bello que se encuentra en las demás; sólo ella atraviesa las más profundas revoluciones, sin perecer; sólo ella se extiende á todas las razas, se acomoda á todos los climas, se aviene con las más variadas formas políticas; sólo ella se enlaza amigablemente con todo linaje de instituciones, mientras pueda circular por su corazón, cual fecunda savia, produciendo gratos y saludables frutos para bien de la humanidad.

«Y ¿de dónde, sino del cristianismo, ha recibido la civilización europea su inmensa superioridad sobre todas las otras?

«De dónde ha salido tan gallarda, tan rica, tan variada y fecunda, con ese sello de dignidad, de nobleza y elevación, sin castas, sin esclavos, sin cunucos, sin esas miserias que cual asquerosa lepra encontramos en los demás pueblos antiguos y modernos?...

«Debe la civilización europea todo cuanto es y todo cuanto tiene á la posesión en que está de las principales verdades sobre el individuo, sobre la familia y sobre la sociedad. Se han comprendido en Europa, mejor que en ninguna otra parte, la verdadera naturaleza, las verdaderas relaciones, el

¹ «El protestantismo comparado con el catolicismo».

verdadero fin de estos objetos; se tienen sobre ellos ideas, sentimientos, miras de que se careció en las otras civilizaciones; y estas ideas y sentimientos están grabados fuertemente en la fisonomía de los pueblos europeos, inoculados en sus leyes, en sus costumbres, en sus instituciones, en su lenguaje; se respiran con el aire, porque tienen impregnada nuestra atmósfera como un aroma vivificante. Y es porque de largos siglos abriga en su seno la Europa un principio robusto que los conserva, propaga y aplica; es porque en las épocas más trabajosas, en que disuelta la sociedad tuvo que formarse de nuevo, fué cabalmente cuando este principio regenerador disfrutó de más influjo y prepotencia. Pasaron los tiempos, sobrevinieron grandes mudanzas, el catolicismo sufrió alternativas en su poder é influencia sobre Europa; pero la civilización que era su obra, era demasiado sólida para ser fácilmente destruida, el impulso era sobrado fuerte y certero, para que se perdiera fácilmente el rumbo.

5. Moral independiente ó racionalista.—Sin embargo de la excelencia de la moral católica, muchos hombres dominados por el orgullo ó por innobles pasiones han excoigado sistemas de moral adversos á la enseñada por Jesucristo, con lo que han introducido la división en el gobierno de las costumbres y causado gravísimos daños á la Iglesia y al Estado. Concebible es que los filósofos paganos, ignorando la doctrina evangélica, hayan desbarrado tristemente en cuestiones morales; pero es imperdonable que, en plena civilización cristiana, haya hombres tan audaces que desconozcan los derechos del Hombre-Dios y de su Iglesia, y pretendan constituirse en maestros de la humanidad. «Algunos novadores», al decir de Bocci¹, «han dado al mundo el triste espectáculo de inventar sistemas de moral, rechazando la de la Iglesia católica, con el fin de separar á aquella de la teología y volverla puramente humana. Con esto han adulterado la moral del Evangelio y pretendido destruirla, despojándola de sus motivos sobrenaturales. En verdad, en dichos sistemas los preceptos de la moral son ineficaces, no

¹ Reacción del pensiero.

pudiendo ser reducidos á la práctica por el hombre, sino se fundan en un móvil sobrenatural; de otro modo una acción podría ser buena y moral para uno, mientras sería mala ó á lo menos indiferente para otro que no tuviese los mismos motivos ó el mismo fin para obrar, lo que destruiría la moral pública. Además, es fácil probar que cuanto de conforme á la razón de bello, bueno, justo, honesto y puro hay en los tratados de moral filosófica, todo eso se encuentra en grado perfectísimo en la moral católica. Si estudiamos desapasionadamente dichos tratados y el Evangelio, la elección no será dudosa para quien tiene sentido común. Dejemos, pues, de beber agnas emponzoñadas, que no pueden mitigar la sed que nos devora, siendo así que á pocos pasos podemos saciarla en limpidísimo río.»

Á la luz de estas verdades es fácil comprender cuán errada y nociva es la teoría de la *moral independiente*, de la *moral universal*, inventada por los que prescinden de Dios en la organización de la familia y del Estado, teoría muy en boga en nuestros días. Según uno de sus defensores, Taine, «el hombre es un producto como cualquier otra cosa;... el vicio y la virtud son también productos como el azúcar y el vitriolo. La conciencia es un mecanismo que se arregla y desarma como un resorte.»

Con esta monstruosa doctrina se niega la existencia del alma humana y su espiritualidad, la responsabilidad de los actos, la sanción que éstos merecen en la vida presente y en la futura; el origen y supremo destino del hombre, cuya existencia es debida á la simple evolución de la materia.

La moral independiente, que no se apoya en principios inmutables; que convierte lo negro en blanco según las conveniencias, carece de base y estabilidad; ella ha disimulado por lo menos, y aun dado origen á innumerables crímenes y trastornos que han hecho retrogradar á los pueblos en el camino del progreso, y los han envilecido é incapacitado para acciones nobles y generosas. No es, por tanto, admisible el sistema racionalista que constituye á la razón humana, de suyo falible, en fuente y árbitro de la moral; ni tampoco es lícito aceptar una parte de la moral cristiana y rechazar

lo demás, porque todas las reglas que ella prescribe son ciertas y están íntimamente ligadas entre sí. Llamar independiente á la moral, es una paradoja; porque, como lo nota el Padre Roure¹, siendo la moral, como todos confiesan, una ciencia práctica que mira á la conducta, tiene que depender más que ninguna otra, de principios teóricos. No se concibe una moral independiente en sentido absoluto, como no se concibe una medicina independiente, una higiene independiente. Por esto la moral que Comte, jefe del positivismo, y sus discípulos Littré, Delbet y otros dieron en apellidando independiente y puramente experimental, es, hablando sin ambages, la moral que rechaza todo elemento metafísico ó sobrenatural, y por lo mismo toda idea de Dios.

La moral, indispensable para la buena educación y la dirección de las costumbres, no puede ser la moral natural é independiente, inventada por los partidarios de la moral sin Dios, sin sanción, sin principios fijos; moral acomodaticia que cada cual entiende y aplica á su modo, que *tiene recursos para todo*, al decir del Padre van Tricht, moral irrisoria, «de la que proceden, en un orden de pasiones más frecuentes en el corazón humano, las intrigas galantes, las fortunas inexplicables, las debilidades honrosas y los vicios favoritos».

Oigamos lo que dice León XIII en una de sus últimas encíclicas², sobre la moral independiente y sus fatales resultados: «Aun los sabios más renombrados de la antigüedad pagana llegaron á vislumbrar que la religión es el principal fundamento de la justicia y de la virtud. Porque rotos los vínculos que unen al hombre con Dios, absoluto y universal legislador y juez, no queda sino una sombra de moral: moral puramente civil, ó, como dicen, independiente, la cual, prescindiendo de la razón eterna y de los divinos preceptos, conduce inevitablemente, por efecto de su misma tendencia, á la última y fatal consecuencia de constituir al hombre ley de sí mismo. El cual, incapaz entonces de elevarse en alas

¹ Conception de la morale chez nos contemporains.

² Encicl. del 19 de marzo de 1902.

de la esperanza cristiana a los bienes sobrenaturales, sólo buscará un manjar terreno en la suma de los goces y comodidades de la vida, avivándose así la sed de deleites, el anhelo de las riquezas, la avidez de rápidas y desmesuradas ganancias, sin respeto ninguno a la justicia, inflamándose las ambiciones y el loco afán por satisfacerlas aun ilegítimamente, engendrándose, en fin, el desprecio de las leyes y de la pública autoridad, y una general licencia de costumbres, que trae consigo una verdadera decadencia de la civilización.

6. La moral católica es el principal estímulo del trabajo y de la educación.— Como la educación exige constante trabajo en el que la da y en el que la recibe, es necesario acostumar al hombre desde los primeros años a llevar vida activa y laboriosa, á fin de que no sea estéril su permanencia en el mundo. Ahora bien, la moral cristiana es el principal estímulo que induce al hombre á cumplir la ley del trabajo, sin el cual es imposible el perfeccionamiento humano.

Como el trabajo es penoso y exige, si ha de ser benéfico, constancia y sacrificio, tiene el hombre que mirarlo como un *deber de conciencia*, para dedicarse á él con empeño. Por esto el que practica la moral, ama el trabajo; pues aquella le hace comprender que nada grande se obtiene sin esfuerzo; que Dios prescribe á todos la observancia de la ley divina y el cumplimiento de la misión especial que á cada uno señalara en el mundo, á fin de que se hagan dignos de obtener, después de la lucha y la fatiga, el premio perdurable. La religión fortalece al hombre en la continua lucha que tiene que sostener para perfeccionarse; endulza las asperezas inherentes á toda labor física, intelectual y moral, ennoblec el trabajo y hace, en fin, de él un elemento de santificación.

Según esto, para formar al niño é infundirle hábitos de trabajo, no basta instruirle é iluminar su mente con los esplendores de la verdad: es preciso, sobre todo, enseñarle la moral cristiana, que es la *ciencia del deber*, la que señala al hombre la senda de la virtud, le manifiesta la necesidad del venci-

miento y el mérito de la abnegación: todo lo que le impulsa al trabajo en sus múltiples formas.

«Yo quisiera saber qué tienen que hacer en esto la gramática, la historia, la geografía, las matemáticas y aun las mismas ciencias naturales», dice el Padre van Tricht¹. «Cuando sentís en vosotros mismos la febril sollicitación del mal, ¿llamáis á la ciencia en vuestra ayuda?... ¿Es algún teorema de geometría, algún principio de análisis, algún sistema de filosofía natural el que os hace vencer? ¿No es locura solamente el imaginarlo?»

«Lo que el pueblo necesita, lo que necesita el niño para educarse, lo que á todos nos es necesario, es la moral viva de Jesucristo. Esta moral es segura, es luminosa, no vacila, no anda oscilando en la incertidumbre y la duda; porque no es el resultado indeciso de las investigaciones de una razón mezquina, sino la revelación de Dios que habla como supremo Señor y boca á boca con su criatura. Esta moral es fortificante, porque, al imponerla á su criatura débil é inclinada al mal, Dios le concede juntamente los socorros de su gracia, de esa fuerza que no es nuestra, pero que obra en nosotros y nos hace invencibles; porque, al indicarnos el camino del deber, Dios va delante de nosotros, tendiéndonos la mano, ... como una madre que de lejos, con los brazos abiertos, sonriente y presta á volar en su auxilio, llama á su hijo excitándolo á dar los primeros pasos.

«Esa moral es tierna y consoladora, porque parte del corazón tierno y misericordioso de un Dios que, conociendo nuestras debilidades y miserias, perdona á los arrepentidos; y jamás, ni después de siete veces, ni de setenta, ni de setenta veces siete, se cansa de añadir perdones á perdones. Y sobre todo, esta moral es viva, siempre viviente en la sociedad humana. No es una ley muda tallada en el bronce ó en el mármol, y oculta bajo el silencioso altar de un templo. No, Dios la ha colocado en los labios eternos de la Iglesia que, de siglo en siglo, la proclama á la faz del mundo....

¹ Los niños de la calle.

He ahí la moral que educa al niño, que le forma noble y digno, que le hace verdaderamente hombre.»

Esta moral ha civilizado al mundo, ha extirpado los vicios del corazón humano, y ha hecho brotar de él, como olorosas flores, las más heroicas virtudes; esa moral ha impulsado á hombres aguijoneados por pasiones como las nuestras, á dominarlas por completo, á ascender á la cumbre de la santidad, á trabajar, en fin, sin tregua en la vida presente, para lucir después en el cielo como estrellas junto al trono de Dios.

Ninguna religión enseña una moral más pura y sublime, ni que suavice y depure mejor las costumbres, que la católica. La moral cristiana desde hace casi veinte siglos, como savia vivificante, circula por las arterias de la humanidad, inspirando en todas partes acciones generosas y contrarrestando los gérmenes de corrupción y de miseria que en ella dejara la primitiva caída.

Por esto la bondad es inseparable de la moral católica, ó, mejor dicho, la religión de Jesucristo, que la profesa y difunde, es fuente inagotable de bondad; en la región de los principios y de los hechos, El paganismo con su moral trunca y deficiente pudo apenas despertar algunos sentimientos nobles en el corazón é impulsarlo á algunas acciones naturalmente buenas, quedando éstas ahogadas en ese cúmulo de errores y de crímenes que envilecieron al mundo antiguo. Como lo notaba Cicerón, la moral pagana no había penetrado en el fondo del alma, para dirigirla y purificarla; por lo que aun aquellos filósofos que elogian la moderación y el vencimiento de las pasiones, ocultaban en su interior vicios abominables, y todos ellos carecieron de la humildad, que es la base de la virtud sólida.

CAPÍTULO DUODÉCIMO.

EL TRABAJO.

1. El trabajo, ley del hombre y condición de su perfeccionamiento. — 2. Males que causa la ociosidad y bienes que proporciona el trabajo, en el orden material y moral. — 3. Móvil y fin del trabajo. — 4. Orden y método que requiere. — 5. Superioridad del trabajo intelectual sobre el material, y de unos estudios sobre otros. — 6. Descuido en el conocimiento de las ciencias morales y religiosas. — 7. Preferencia dada en el siglo pasado á las ciencias naturales y experimentales. — 8. Reacción que se nota últimamente en favor de las ciencias especulativas. — 9. Conveniencia de que la juventud adquiera sólidos conocimientos en materias morales y religiosas.

1. El trabajo, ley del hombre y condición de su perfeccionamiento. — Así como las fuerzas físicas se reducen á la unidad del movimiento, en el mundo moral se compendian las fuerzas en la fórmula del trabajo. El trabajo es el movimiento de las facultades, la ascensión constante á las regiones superiores del conocimiento, la exploración de lo desconocido, y la inmensa acción del hombre sobre la naturaleza, por él señoreada. El trabajo combina los agentes ocultos, descubre las misteriosas energías de la materia, y utiliza los elementos y las fuerzas, para la grandiosa obra del progreso. El mundo material sin el trabajo sería ni aun polvo, en el que no alentarían sino los yertos pensiles de la soledad; y el mundo moral sin el trabajo valdría tanto como el naufragio del alma en el fango y en la inercia moral del espíritu.

«Por el trabajo», dice Smiles¹, «se forma el carácter práctico, se produce y disciplina la obediencia, se adquiere el imperio sobre sí mismo, la aplicación y la perseverancia, dando al hombre destreza y habilidad en su profesión, aptitud é inteligencia para proceder bien en los asuntos de la vida.»

Siendo la educación obra difícil y de vital importancia, exige esfuerzo constante y decidido. El trabajo es inseparable de la educación, ó, mejor dicho, ésta se obtiene con el auxilio de aquél. Cuando Dios sometió á la humanidad á la ley del trabajo, le impuso una pena en castigo de su obligación:

¹ El carácter.

He ahí la moral que educa al niño, que le forma noble y digno, que le hace verdaderamente hombre.»

Esta moral ha civilizado al mundo, ha extirpado los vicios del corazón humano, y ha hecho brotar de él, como olorosas flores, las más heroicas virtudes; esa moral ha impulsado á hombres aguijoneados por pasiones como las nuestras, á dominarlas por completo, á ascender á la cumbre de la santidad, á trabajar, en fin, sin tregua en la vida presente, para lucir después en el cielo como estrellas junto al trono de Dios.

Ninguna religión enseña una moral más pura y sublime, ni que suavice y depure mejor las costumbres, que la católica. La moral cristiana desde hace casi veinte siglos, como savia vivificante, circula por las arterias de la humanidad, inspirando en todas partes acciones generosas y contrarrestando los gérmenes de corrupción y de miseria que en ella dejara la primitiva caída.

Por esto la bondad es inseparable de la moral católica, ó, mejor dicho, la religión de Jesucristo, que la profesa y difunde, es fuente inagotable de bondad; en la región de los principios y de los hechos, El paganismo con su moral trunca y deficiente pudo apenas despertar algunos sentimientos nobles en el corazón é impulsarlo á algunas acciones naturalmente buenas, quedando éstas ahogadas en ese cúmulo de errores y de crímenes que envilecieron al mundo antiguo. Como lo notaba Cicerón, la moral pagana no había penetrado en el fondo del alma, para dirigirla y purificarla; por lo que aun aquellos filósofos que elogian la moderación y el vencimiento de las pasiones, ocultaban en su interior vicios abominables, y todos ellos carecieron de la humildad, que es la base de la virtud sólida.

CAPÍTULO DUODÉCIMO.

EL TRABAJO.

1. El trabajo, ley del hombre y condición de su perfeccionamiento. — 2. Males que causa la ociosidad y bienes que proporciona el trabajo, en el orden material y moral. — 3. Móvil y fin del trabajo. — 4. Orden y método que requiere. — 5. Superioridad del trabajo intelectual sobre el material, y de unos estudios sobre otros. — 6. Descuido en el conocimiento de las ciencias morales y religiosas. — 7. Preferencia dada en el siglo pasado á las ciencias naturales y experimentales. — 8. Reacción que se nota últimamente en favor de las ciencias especulativas. — 9. Conveniencia de que la juventud adquiera sólidos conocimientos en materias morales y religiosas.

1. El trabajo, ley del hombre y condición de su perfeccionamiento. — Así como las fuerzas físicas se reducen á la unidad del movimiento, en el mundo moral se compendian las fuerzas en la fórmula del trabajo. El trabajo es el movimiento de las facultades, la ascensión constante á las regiones superiores del conocimiento, la exploración de lo desconocido, y la inmensa acción del hombre sobre la naturaleza, por él señoreada. El trabajo combina los agentes ocultos, descubre las misteriosas energías de la materia, y utiliza los elementos y las fuerzas, para la grandiosa obra del progreso. El mundo material sin el trabajo sería ni aun polvo, en el que no alentarían sino los yertos pensiles de la soledad; y el mundo moral sin el trabajo valdría tanto como el naufragio del alma en el fango y en la inercia moral del espíritu.

«Por el trabajo», dice Smiles¹, «se forma el carácter práctico, se produce y disciplina la obediencia, se adquiere el imperio sobre sí mismo, la aplicación y la perseverancia, dando al hombre destreza y habilidad en su profesión, aptitud é inteligencia para proceder bien en los asuntos de la vida.»

Siendo la educación obra difícil y de vital importancia, exige esfuerzo constante y decidido. El trabajo es inseparable de la educación, ó, mejor dicho, ésta se obtiene con el auxilio de aquél. Cuando Dios sometió á la humanidad á la ley del trabajo, le impuso una pena en castigo de su obligación:

¹ El carácter.

la obligó á procurarse con «el sudor de la frente» el alimento del cuerpo y del espíritu; mas al mismo tiempo le proporcionó un medio eficaz de adelanto y de progreso. Y aun cuando el hombre hubiese conservado su felicidad primitiva, habría tenido que trabajar, pero sin padecer, como correspondía á su dichoso estado. Léase, en efecto, en las primeras páginas del Génesis, que Dios puso al hombre en el paraíso de delicias, *para que lo cultivase y guardase*¹; es decir, para que trabajase en él y aprovechase de sus frutos, como en heredad propia.

El hombre tiene, pues, que trabajar, no sólo para conseguir el pan que sustenta al cuerpo, sino también para adquirir la verdad que sustenta al espíritu. La ciencia se obtiene sólo con esfuerzo tenaz y perseverante. Dios concede al que quiere estudiar, inteligencia más ó menos vigorosa y perspicaz, así como los encantos de la soledad, los consejos de la experiencia, la verdad difundida en los buenos libros y apta para fecundar su espíritu; pero exige de él que se recoja, que lea, que reflexione, que analice, en una palabra, que trabaje, dice un escritor moderno. Con estas condiciones la memoria se apodera de la verdad, el espíritu la penetra, el alma la posee y puede comunicarla á otras almas; y viendo que estas producen, á su vez, al influjo de la enseñanza, los frutos sazonados de la ciencia, tiene el derecho de alegrarse delante de Dios, como se alegra el labrador el día de la cosecha². Tanto el talento, que es don de Dios, como el trabajo, que es obra del hombre, son necesarios para formar y enriquecer el espíritu³.

Título glorioso para el hombre es hallarse asociado por el trabajo al poder mismo del Creador, quien, al hacer de aquél una ley de la humana existencia, antes y después de la caída, ha querido que encuentre en el trabajo su perfección y por consiguiente su gloria, dice el ya citado autor. Porque cada ser se perfecciona mediante el cumplimiento de

¹ «Tulit Dominus Deus hominem, et posuit eum in paradiso voluptatis, ut operaretur, et custodiret illum» (Gen. ii, 15).

² Is. ix, 3.

³ Cf. *Monfat*, Principes d'éducation.

su ley. Así el hombre experimenta la necesidad de trabajar; conoce que, si rehusa hacerlo, quedaría privado no sólo de los recursos exteriores, necesarios para la vida, sino de uno de los elementos de la misma vida, del ejercicio de la actividad, que le es esencial y que le ha sido dada para conseguir su fin. Por esto afirman los Libros Santos que *el hombre nace para trabajar como el ave para volar* (Job v, 7). Esta poética comparación nos hace comprender que el trabajo entra en la naturaleza humana, como medio de satisfacer sus necesidades, de ennoblecirla y elevarla. El vuelo es privilegio del ave, constituye su modo de vivir, á la vez propio y glorioso; es el estado ideal con que poetas y pintores idealizan las aspiraciones de la vida de hoy hacia la vida de mañana. El trabajo es elemento vital para el hombre.... El labrador encorvado sobre el surco que ha abierto en el suelo, el alumno inclinado sobre el libro, el filósofo que medita, el sabio absorto en contemplar los arcanos del Universo, todo esto es propio y natural en el hombre, todo manifiesta que su naturaleza es grande, bella y digna de admiración.

Así lo ha dispuesto la Providencia; y el cantor inspirado ha puesto al hombre en su sitio de honor, en el vasto y sublime cuadro que trazara de la creación. El nos muestra desde luego á todas las criaturas agitándose, cada cual en su esfera, para ejercitar sus facultades y conseguir su fin. Las aguas se precipitan á los valles, y congregan á su fresca curia á las bestias del campo y á las aves de los cielos. Las aves de presa espían; las otras tejen nidos; pácen los ciervos, acechan las fieras. *Así que el sol apunta... sale el hombre á su trabajo, y permanece en él hasta la noche* (Ps. ciii, 22 y 23). Éste es su castigo, pero también su gloria. Con el trabajo modifica á la naturaleza á su antojo y en provecho suyo; él era antes su rey, y viene ahora á ser su conquistador; pues la domina, la renueva, la transforma como quiere y hasta donde quiere, por medio del trabajo. Lo que hace con la naturaleza sensible, lo realiza con igual éxito en el mundo superior de la inteligencia y de la voluntad, de la verdad y de la virtud. Porque Aquel cuyo vasallo es y que ha puesto

en su frente un rayo de su poder creador y en su mano el instrumento del trabajo, á modo de cetro, le ha delegado su imperio sobre todo, sobre las cosas del alma y sobre las de la materia; y en estas altas regiones obtiene el hombre por el trabajo el colmo de su perfección y su gloria suprema¹.

2. Males que causa la ociosidad y bienes que proporciona el trabajo en el orden material y moral.—Por esto nada hay tan contrario á la ley divina, que procura la felicidad y perfeccionamiento del hombre, como la ociosidad. Dios contempla sin cesar su divina esencia, y pone en ejercicio sus inefables atributos, para crear y conservar á los seres. Con admirable providencia rige el mundo, y cuida con esmero desde la hierbecilla que esmalta los prados, hasta la palmera que levanta su corona al cielo: desde el insecto imperceptible que se arrastra por el polvo, hasta el hombre, capaz de conocer y de amar á su Hacedor. Como Dios, á cuya imagen y semejanza fué formado, debe el hombre amar el trabajo, sin el que no puede desenvolver ni ejercitar sus facultades. El movimiento es la vida, y la experiencia comprueba que, así como el cuerpo crece y se fortifica con el esfuerzo, y pierde su vigor y se marchita en la inacción, también el alma se alienta y aviva cuando se entrega á las nobles faenas del espíritu, y languidece y vegeta cuando dormita en el ocio y la pereza.

La pasión por el trabajo y un entusiasmo dominador de las dificultades son indispensables en la educación; pues la molición, como dice Fenelón, «es cierta languidez del alma, que la entorpece y quita toda disposición para el bien; languidez traidora que la apasiona secretamente al mal, y oculta bajo la ceniza un fuego capaz de devorarlo todo».

Grandes son los bienes que se originan del trabajo, que es ante todo altamente moralizador y medio eficaz de contrarrestar las tendencias depravadas del corazón. En efecto, cuando el hombre se dedica á cualquiera labor honrada, sus facultades se desarrollan y aquietan con la consecución del fin propuesto; mientras que al entregarse á la inacción, pasa

¹ Cf. *Menfat* 1. c.

inútilmente los días y es víctima de las perversas inclinaciones del alma, que le arrastran al vicio y á la muerte. ¡Cuán cierto es que la ociosidad es la podredumbre de la vida, el cieno de que se levantan todas las pestilencias sociales!

En el estado actual del hombre, ninguna de sus dotes se acrecienta y perfecciona sin rudo trabajo, ni nada grande se obtiene sin fatiga. ¿Á qué debemos tantos y tan prodigiosos inventos, de que con justicia se gloria la humanidad? ¿á qué el haber penetrado los misteriosos arcanos del Universo? Á la paciente labor de los que han hecho del trabajo una ley de su existencia. Y en el orden sobrenatural, ¡cuánto esfuerzo necesita el hombre para vencer sus pasiones, practicar las virtudes, recorrer la senda escabrosa del deber é imitar á Dios, tipo ideal de la perfección!

Si el trabajo procura mucho honor al hombre, si es su *estado ideal*, se sigue que el reposo es solamente un estado accidental, humillante para un alma generosa; pues constituye una de las exigencias de la debilidad humana, agravada por el pecado. Así lo juzgan todos los hombres en quienes domina el verdadero sentido espiritual. Verran por esto los que, imbuidos en las falsas opiniones del mundo, pretenden que el ideal de la dicha y las complacencias del orgullo están en el bullir de los festines y en el vivir inactivo en moradas suntuosas.... El reposo es una necesidad humillante, y no se le debe tomar sino en cuanto la naturaleza lo exige con imperio.

Es cierto que nuestra naturaleza decalda gusta del reposo, *de no hacer nada*; pero es preciso violentarse, contrariar los apetitos inferiores y poner en ejercicio las facultades, aun para evitar el fastidio, que, como lo nota La Bruyère, entró en el mundo con la pereza, que induce al hombre á buscar los placeres del juego y de la sociedad. Quien ama el trabajo tiene bastante consigo mismo¹.

«El hombre no se habitúa á un trabajo regular y constante sino domando con voluntad firme sus instintos sensuales y esa propensión, en cierto modo animal, que le inclina á vi-

¹ Cf. *Menfat* 1. c.

tar todo esfuerzo penoso. La Providencia ha hecho del trabajo, como de todos los deberes, un esfuerzo difícil, á fin de despertar en el hombre la estima de la perfección moral, fin supremo de su actividad; pero al mismo tiempo ha querido que la práctica sostenida del trabajo y de la virtud, sea la fuente de los goces más vivos y permanentes dados á gustar en esta vida.¹

Fuente de la ciencia y de la riqueza, el trabajo es también auxiliar de la virtud; pues ésta es inseparable de aquélla. La virtud misma es el trabajo por excelencia, al mismo tiempo que su recompensa. Ante todo, la virtud es la victoria del hombre sobre sí mismo, la victoria más difícil y hermosa, la que exige el trabajo más noble, perseverante y generoso.

Innumerables son las ventajas que del trabajo reportan los individuos y los pueblos, y estricta la obligación que Dios impone al hombre de dedicarse á él, hasta tal punto que San Pablo afirma que *el que no trabaja no tiene derecho de comer*.²

El hombre debe trabajar para provecho de sí, de la familia y de la sociedad. Sin el trabajo, ni el cuerpo ni el alma adquieren vigor y actividad, y las mejores facultades físicas é intelectuales se embotan y anulan. El ocioso es, además, inútil á la sociedad: todos trabajan para él, y él para nadie. Es como rama desprovista de savia, que pronto languidece y muere. El trabajo honra al hombre, y la ociosidad le afrenta.

El trabajo proporciona comodidad á la familia, y la desidia le acarrea miseria. La mayor parte de los hombres no tienen otra riqueza más que el trabajo; y si á éste se junta una prudente economía, basta para libertar á la familia de la estrechez.³

¹ *Le Play*, Réforme sociale I. 3.

² «Si quis non vult operari, nec manducet» (2 Thesa. III, 10). — Bella fórmula, que condensa arduos problemas de las modernas ciencias sociales; y que necesitaría capítulo especial si no quisiéramos ser tan breves en nuestro rápido programa.

³ Cf. *Charpentier*, Le livre de la famille.

El trabajo es la vida de los pueblos; la inacción su decadencia. La nación que trabaja mucho, progresa rápidamente, como lo prueban las naciones cristianas del antiguo y nuevo mundo. Por el contrario, los países paganos, en que el trabajo no es un deber de conciencia, se contentan con lo indispensable para la vida y carecen de estímulo é iniciativa. Esto pasa, por ejemplo, en los lugares dominados por el mahometismo. «El musulmán es perezoso; así que, por donde pasa siembra la desolación y hace el vacío. ¿Qué ha hecho de esas hermosas y fértiles comarcas del Asia Menor y del norte de África? Las ha convertido en desiertos incultos. ¿En qué estado se hallan bajo su dominación fatalista esas ciudades famosas de Nicea, Nicomedia, Trebisonda, Éfeso, Antioquía y Palmira? Dichas ciudades, antes florecientes, algunas de las que tenían hacia un millón de habitantes, la indolencia del turco musulmán las ha reducido á ruinas y escombros, que el tiempo ha cubierto de musgo y zarza.»¹

«El trabajo es ley natural de nuestra existencia, y todos los hombres sin distinción deben de ocuparse en una manera ó otra, si quieren gozar de la vida como se debe gozar de ella», dice una distinguida escritora.²

«La pereza causa melancolía, y es el azote del cuerpo y del alma, la nodriza de la maldad, uno de los siete pecados capitales, y origen, por tanto, de la alteración de la conciencia y fuente de lágrimas amargas.

«Vivir vida laboriosa es medio de perfeccionarse, de ponerse á salvo de los rigores y estragos que produce la inacción, y de gustar los encantos y dulces fruiciones de la virtud.

«Emplear el tiempo en el cumplimiento de los deberes respectivos, es cooperar al fin de la Providencia y buscar á la vez el desarrollo natural de nuestras facultades y de nuestros miembros, apartando, además, el trabajo todo aquello que de una manera indigna pretende alterar la paz de nuestro espíritu.

«El trabajo es una de las flores más hermosas que, entre los millares de espinas que ofrece la vida, se debe cultivar;

¹ *Charpentier* l. c.

² *Dolores del Paso*, la voz de una madre.

pues sostiene la paz en el alma y le infunde fuerza para luchar con los muchos contratiempos que de continuo se le ofrecen.»

«El trabajo perfecciona nuestras facultades intelectuales», dice otra autora distinguida¹. «desenvuelve nuestras ideas, las eleva, las rectifica, las aclara ó las templá, es además fuente de una riqueza que llega á sermos inherente y que positivamente aumenta nuestro valor.»

3. Móvil y fin del trabajo.—Para que el trabajo ennoblezca al hombre y sea meritorio, ha de tener un móvil en armonía con su dignidad de ser racional. El hombre no es máquina de producción; no es tampoco como el bruto que cumple inconscientemente su destino y se mueve sin darse cuenta del movimiento: es un ser inteligente y libre que tiene un fin sobrenatural á cuya consecución debe dirigir y ordenar todos los actos de la vida. La actividad humana se ha de proponer siempre un fin moral; debemos trabajar para cumplir el precepto que Dios nos impone; y por esto el trabajo, á la luz de la filosofía cristiana, dignifica y ennoblece al hombre, y es fecundo en buenos resultados para el individuo y la sociedad. El rechazo de esta ley primordial ha causado la degradación y miseria de las clases trabajadoras, y el orgullo é intemperancia de los capitalistas y poderosos. Cuando el rico olvida que el jornalero es un hermano suyo, dotado de alma inmortal, cuando lo considera como mero *agente* de producción, procura explotarlo y utilizarlo en ventaja propia. A su vez, el obrero que mira el trabajo como pesada carga y no como ley benéfica prescrita por el mismo Dios, tiende á sacudirse de él, y aspira á una igualdad química en la distribución de la riqueza. Porque así como hay diferencia en las dotes físicas é intelectuales de los hombres, la hay también en su fortuna; lo cual ha ordenado Dios providentemente, para que los unos auxilien á los otros, y se repiten todos como hijos de un mismo padre, llamados á un común destino, dentro de las leyes providenciales de la fraternidad y la solidaridad humanas.

¹ Mme. Swetchine, Obras escogidas: «Flores de nieve».

El trabajo no es sólo medio de adquirir ciencia ó fortuna, ni simplemente un esfuerzo interesado. No: ante todo es una virtud, una de las formas del sacrificio; hace uso de los medios que nos llevan al fin moral, y por eso busca, en definitiva, la honestidad. Cuando, torciendo el rumbo, el hombre se instruye ó emplea las fuerzas naturales, ora en satisfacer la soberbia del alma y en oprimir á los demás, ora en soñar con la vanidad de la gloria y en gozar de la riqueza, entonces el trabajo se convierte en enemigo de la sociedad, es un *bastardo* que corroe la máquina del universo moral, un elemento de discordia y rebelión en la armonía de las cosas. El trabajo procede del bien, se dirige á los fines de la moralidad y es en sí mismo una gran virtud.

«Es un error fatal creer que el hombre debe trabajar y producir tan sólo para satisfacer sus necesidades temporales, y que el único fin del trabajo es asegurarle el pan, el techo y el vestido. No, el trabajo es una facultad originaria en el hombre, quien, produciendo las obras más diversas, manifiesta exteriormente el ser espiritual que recibió de Dios. El pan, el techo y el vestido son bienes muy inferiores é insignificantes en comparación de los espirituales y eternos. Por esto Jesucristo nos dice: *Buscad ante todo el reino de Dios, y lo demás (lo relativo á la vida temporal) se os dará por añadidura*. Debe el hombre comprender que Dios le exige manifieste por sus acciones y creaciones que su espíritu obra en él; debe persuadirse de que Dios le abrirá todos los caminos que le han de conducir al término de su empresa, y le ha de suministrar la palanca del pensamiento creador, mucho más que si tratase sólo de satisfacer sus necesidades terrestres.»¹

4. Orden y método que requiere el trabajo.—Para que el trabajo, sobre todo el intelectual, sea fructuoso, debe ejercerse con orden y discreción. Es innegable que el método y sistema acrecientan prodigiosamente la actividad humana y centuplican las fuerzas del espíritu; y que, por el contrario, el estudio hecho sin cálculo ni concierto es inútil y hasta cierto punto perjudicial. En el cultivo de cualquier

¹ Fed. Frahel, La educación del hombre.

ramo del saber se debe siempre empezar por nociones elementales, y avanzar después gradualmente hasta conocerlo á fondo. Conviene, además, no pasar de una materia á otra, sin haber adquirido antes en la primera conocimientos suficientes. El emprender varias cosas á la vez, y dedicarse simultáneamente al aprendizaje de muchas ciencias, distrae las facultades, debilita la fuerza del espíritu y perjudica al buen éxito de cualquier trabajo, en especial al provechoso cultivo de los conocimientos humanos.¹

De igual modo, es preciso no cambiar á menudo de ocupación, sino hacer cada cosa á su tiempo, por completo, sin prisa ni agitación. *Age quod agis* es una máxima muy provechosa. Librarse de la necesidad de volver sobre el mismo trabajo haciendo nuestras labores definitivas, entraña una economía extraordinaria de tiempo, observa Payot². San Francisco de Sales atribuye á artificio diabólico los continuos cambios de trabajo. «Es necesario», dice, «no seguir varios ejercicios á la vez y á un mismo tiempo; pues con frecuencia el enemigo trata de incernos emprender varias obras y comenzarlas, á fin de que, abrumados por excesivas ocupaciones, nada acabemos y lo dejemos todo imperfecto.»³

Uno de los distintivos de la enseñanza moderna es su variedad y excesiva extensión, lo que da por resultado que el joven adquiera apenas nociones ligeras é incompletas de varias materias, que no le permiten discurrir con solidez en ninguna de ellas. Se dice, y con razón, que la *semiciencia* es la peor de las ignorancias; y ésta es, desgraciadamente, la situación de muchos espíritus que, por falta de método y de conveniente dirección en la labor intelectual, apenas llegan al vestibulo del edificio científico, sin poder penetrar en su interior ni menos enriquecerse con los tesoros allí guardados.

Las facultades intelectuales diferencian al hombre de los seres insensibles y desprovistos de razón, y le colocan muy

¹ Un antiguo proverbio, que contiene enseñanza muy saludable, dice: Quien piensa en muchas cosas á la vez, hace menos bien cada una de ellas (*Plurimum intantum minor est ad singula curatio*).

² Education de la volonté.

³ Tratado del amor de Dios.

por encima de todos ellos; por lo que debe esmerarse el joven en cultivarlas. Mientras mayor número de verdades enriquezcan su inteligencia y más abundante caudal de bien posea su corazón, se educará mejor y cumplirá con acierto su hermoso destino.

5. Superioridad del trabajo intelectual sobre el material y de unos estudios sobre otros. — Así como el espíritu es muy superior al cuerpo, la labor intelectual lo es á la material: ésta desarrolla la parte física del hombre, aquélla su parte espiritual; la una le da aptitud para el cultivo de la tierra y los trabajos mecánicos, la otra le hace conocer las leyes que rigen el mundo físico y moral, y la manera de utilizar las fuerzas del primero. Por esto hay mucha diferencia entre el hombre que lucha por la adquisición de la ciencia, y el obrero que se dedica al trabajo corporal.

Los que se consagran al cultivo de las ciencias y de las artes liberales, constituyen, en cierto modo, la aristocracia de la humanidad y tienen en sus manos la dirección de los pueblos y la solución de sus más difíciles problemas. El saber eleva al hombre sobre los demás y le hace apto para guiar con acierto á las clases inferiores, que, por la naturaleza de sus ocupaciones, no viven en comercio con las ciencias. Los sabios son á modo de cabeza en el cuerpo social, y los obreros como brazos y pies que deben ser movidos por aquéllos.

«La instrucción», ha dicho Mons. Baynard¹, «crea una verdadera nobleza que coloca al hombre entre lo más selecto de la humanidad. La jerarquía de los hombres se compone de dos grupos que se superponen el uno al otro como la cabeza á los miembros ó, mejor dicho, como el alma al cuerpo. Hay obreros de la materia, como los hay de la inteligencia: los unos trabajan con sus manos, cultivan la tierra, forjan los metales, tejen la lana ó el lino; los otros trabajan con la cabeza, dirigen los asuntos públicos y la actividad de los demás, resuelven y aplican los problemas

¹ Le collège chrétien.

de la ciencia, estudian, en fin, las leyes que gobiernan el Universo.

«El estudio ennoblece al joven por el desarrollo que adquieren sus facultades y por su ascensión gradual á regiones elevadas... Un tierno niño, después de algún tiempo, viene á ser hombre, y con el estudio algo más que hombre — *humanius, humanior, humanior littera*, como las llamaba la antigüedad; y aun pudiera decirse de este espíritu transfigurado por el estudio, que confina con la región de los espíritus angelicos.

«El estudio es, además, en la presente vida, una fuente de dicha y felicidad, generosa recompensadora de sus fatigas y privaciones. En efecto, él produce de sí mismo ese sentimiento de inefable satisfacción que San Agustín llamaba *gaudium de veritate*, el gozo de la verdad, gozo que es uno de los más altos y delicados que pueden darse á saborear al hombre. ¿No habéis experimentado algo indefinible, vosotros, sobre todo, espíritus poseídos del ideal moral y religioso, cuando la lectura de una hermosa página, la emoción de una palabra elocuente, el brillo de un pensamiento sublime, la explosión de un sentimiento noble han conmovido, de improviso, las fibras de vuestra alma y penetrado hasta la fuente misteriosa de las lágrimas? ¡Ah! es verdad que no entienden esto esos espíritus mezquinos que se llaman *positivistas*, los que carecen de ese calor de alma, del que ha dicho San Agustín: *Da ananitem, da sitientem, el sentit quod dico*: Dadme un alma que ame, que tenga sed de la verdad, y comprenderá lo que digo.

«La juventud cristiana es capaz de sentir esta fruición indecible de la verdad, así como es capaz de gustar las dulzuras de la belleza y del bien. Estas alegrías puras la preservarán de esos malos gozos del alma de que habla el poeta: *maia gaudia mentis*. El placer intelectual que produce el estudio, no es, sin embargo, más que el gusto anticipado que se le reserva para el día en que lecciones más altas pondrán al joven en presencia de más altas verdades, y le descubrirán nuevos aspectos de la belleza infinita de Dios manifestada en sus obras.»

La índole de este libro me obliga á tratar sólo del trabajo intelectual, ya que me dirijo á la juventud que, por sus dotes y posición social, ha de empuñar el cetro de la sabiduría. Ahora bien, en los mismos trabajos intelectuales deben preferirse unos á otros, según su importancia y la relación que guarden con el destino sobrenatural del hombre. Si éste procede razonablemente y guiado por la lumbré de la fe, tiene que anteponer los estudios morales y religiosos á todos los demás, tanto por su mérito intrínseco, como porque sin ellos no podría conocer el verdadero bien ni practicarlo.

¿Qué camino se ha de seguir en los estudios? San Bernardo señala el primer lugar al que conduce más directamente á la salvación: *Id prius quod maturius ad salutem*; es decir, la instrucción religiosa. ¿No es justo, en efecto, que sea Dios el primer objeto de estudio en la escuela cristiana? ¿No es razonable que el primero de todos los seres sea conocido y amado antes que los demás? Los que proscriben la enseñanza religiosa: los que dictan leyes para que el hombre aprenda todo, excepto precisamente aquello que le es esencial en esta y en la otra vida: los que se empeñan en formar hombres sin fe, que llegarán á ser hombres sin ley; se constituyen en obreros de las tinieblas y de la muerte, á quienes les exigirá severa cuenta la historia y, sobre todo, Dios nuestro Señor. Por lo mismo, un joven de corazón cristiano se instruirá en el catecismo y en la doctrina cristiana con reverencia y aplicación tanto mayores, cuanto más sacrilegamente han sido ellos expulsados de la escuela, y les preparará en su corazón e inteligencia el trono del cual le arrojó la mano de los conjurados... San Bernardo dice que el hombre ha de instruirse con esmero en la ciencia religiosa, no por torpe curiosidad, ni por necia vanidad, ni por innoble avaricia, sino por *edificarse*; esto es, por conocer mejor á Dios, para amarlo más. Desgraciada la ciencia estéril, ha dicho Bossuet, que no nos induce á amar; y un Santo exclamaba: Si conociese á Dios como los ángeles, yo le amaría y serviría como ellos¹.

¹ Cf. *Blaugard* 1. c.

6. Descuido en el conocimiento de las ciencias morales y religiosas.— Por desgracia se cuida poco en nuestros días de que la juventud adquiera un conocimiento sólido en la moral y en los dogmas cristianos, lo cual fomenta el predominio de la vida material sobre la del espíritu, y la inclinación que tiene el hombre de anteponer los goces sensibles á las dulces fruiciones de la virtud. Mayor empeño hay actualmente en que la juventud conozca las leyes que rigen el movimiento y las fuerzas físicas, que las que gobiernan al alma y al mundo sobrenatural; y de allí la indiferencia y casi desprecio con que se miran los intereses de la vida futura. El positivismo nos ha encerrado en estrecha prisión, y no buscamos sino lo que está al alcance de la torpeza de los sentidos. La misma filosofía ha experimentado tan nocivo influjo; pues los adoradores de la razón y los esclavos de la materia, al rechazar las verdades del orden suprasensible y la inmortalidad del alma, han renegado de la ley divina y convertido la más noble de las ciencias humanas en instrumento de desorganización y aun de perversidad moral.

«Se vulgarizan hoy día todas las ciencias», dice Mons. Vigne; «y si hay alguna que sea útil *vulgarizar*, es ciertamente la ciencia de la religión, la única esencial y necesaria á todos, y acaso ¡ay! la menos conocida de la multitud.»

Entre todos los ramos del saber, ninguno tan importante como el que trata de los vínculos que existen entre Dios y el hombre, y de las comunicaciones ó, mejor dicho, revelaciones con que el Ser Supremo ha honrado á la criatura racional. La ciencia que trata de tan altas cosas, es la ciencia de Dios, la religión, cuyo admirable y misterioso organismo abraza cuanto de grande y sublime podemos concebir. Si nos embelace el estudio de las leyes del mundo físico; si un átomo de polvo nos induce á profundas reflexiones; si nos encanta el movimiento ordenado de los astros; ¡cuánto más deben atraernos y maravillarnos las leyes del mundo moral y sobrenatural, que recuerdan al hombre su altísimo destino, regulan su actividad libre y señalan los derroteros de la sabia Providencia en el Universo y en la historia!

7. Preferencia dada en el siglo pasado á las ciencias naturales y experimentales.— Al estudiar la fisonomía de nuestro tiempo y sus tendencias, se nota que tiene marcada predilección por las ciencias físicas y experimentales, aun con detrimento de las morales y religiosas. Hasta los muchos y admirables inventos de que él con razón se ufana, han contribuido á avivar en no pocos el apego á los goces materiales y á la vida muelle, tan opuesta al perfeccionamiento moral del hombre y á la adquisición de las ciencias del orden superior. La ignorancia, ó por lo menos el conocimiento incompleto de la verdad religiosa, es causa de que se la ataque, repitiendo errores y sofismas victoriosamente refutados de antemano. Sobre todo, el amor exagerado á la libertad que, para no degenerar en licencia, debe someterse á la ley divina y humana, ha dado origen á muchos errores y sectas, el resultado lógico del racionalismo, quien, al proclamar la autonomía absoluta de la razón, desconoce el orden sobrenatural y los derechos de Dios sobre la humanidad.

8. Reacción que se nota últimamente en favor de las ciencias especulativas.— Mas, del fondo mismo de este tiempo, de entre el elemento pensador y serio, surge ya, á modo de ambiente universal y místico, la aspiración hacia lo mejor; la pasión por aquellas realidades invisibles que han guiado á la humanidad en su peregrinación al través de las edades. El cataclismo social que se anuncia, la anarquía que ya da frutos de exterminio, las turbas que, en oleada inmensa, se derraman sobre las ciudades, el cieno que del fondo se levanta para dominar en la superficie; todos esos signos preságos de una catástrofe sorda y tenebrosa y un próximo diluvio moral, causado por el desconocimiento de los derechos de Dios en la sociedad doméstica y civil, han hecho comprender á los espíritus superiores que Dios es necesario; que toda ley es ineficaz y carece de fuerza obligatoria si se desconoce el primero de los poderes, el de Dios, y que es preciso volver á las fuentes de la fe viva, en que las generaciones pasadas bebieron templanza, paz, prosperidad y amor. Muchos hombres que influyen en los asuntos públicos, están ya persuadidos de que la instrucción religiosa

es ahora más necesaria que nunca, y de que ella es á modo de barca de salvamento en el naufragio de los hombres y de las cosas presentes.

9. **Conveniencia de que la juventud adquiera sólidos conocimientos en materias morales y religiosas.**—Conviene mucho que la juventud se dedique de preferencia á estudiar su fin glorioso y su supremo destino; que tenga nociones exactas de los dogmas católicos y de las verdades morales, tanto para conformar á ellas su conducta, como para defender sus creencias de los ataques de la ignorancia y de la mala fe. Bacón de Verulamio ha dicho que *mucha ciencia nos acerca á Dios, y que poca ciencia nos aleja de Dios*. La religión, en efecto, nada teme de una mente ilustrada: sus adversarios salen de entre los que apenas tienen un barniz de sabiduría. La hinchazón y la vanidad de la semiciencia ciegan al hombre é interrumpen el vuelo del alma hacia la serena región de la verdad.

CAPÍTULO DECIMOTERCERO.

EL CARÁCTER.

1. En qué consiste el carácter; su necesidad.—2. El carácter es inseparable de la virtud y del valor.—3. Qué es el valor y cómo se divide.—4. Paralelo entre el valor militar y el cívico.—5. Manera de obtener el último.—6. Males que produce en nuestros días la falta de carácter y causas que la originan.—7. Sin infundir carácter es imposible reeducar á los pueblos ni educar debidamente á la juventud.

1. **Definición del carácter y su necesidad.**—Ni los esfuerzos de los padres y maestros, ni el amor al trabajo, ni la posesión de la ciencia bastan para educar debidamente al joven, si no se le infunde ánimo, firmeza, virilidad, esto es, carácter.

Según afirma Lacordaire, el carácter es la energía silenciosa y constante de la voluntad, algo de inalterable en los designios, de inmovible en la fidelidad del hombre á sí mismo, á sus convicciones, á sus amistades y virtudes; es una

fuerza íntima que brota de la persona é inspira á todos aquella certidumbre que llamamos seguridad¹.

Dote es ésta muy difícil de adquirir, y que no va siempre hermanada con el saber, el valor y el genio mismo; porque hay hombres que tienen mucha instrucción, y carecen de probidad y energía. La cultura intelectual se encuentra á veces en caracteres muy viles. Un hombre puede ser consumado en artes, en literatura, en ciencias; y para la probidad y la virtud merecer que se le coloque después de los pobres é iliteratos campesinos.

«En el comercio de la vida el sol de la inteligencia es menor que el del carácter. La cabeza tiene menos acción que el corazón, el genio no vale lo que el dominio sobre sí mismo, lo que la paciencia y la disciplina dirigidas por un recto criterio. No hay, pues, cosa mejor para la vida pública y privada que una dosis abundante de buen sentido, guiado por la rectitud. El buen sentido formado por la experiencia é inspirado por la bondad, produce la sabiduría práctica. Es evidente que la bondad implica, hasta cierto punto, la sabiduría;... por lo que la sabiduría y la bondad son dos virtudes que no pueden separarse.»²

La formación del carácter es parte importante de la educación moral; y por esto al cultivar las facultades del niño debe el educador corregir en el cuanto haya de defectuoso y guiarle por la senda del deber, á fin de que no se aparte de las virtudes cristianas.

«El carácter se constituye de muchos elementos: del temperamento físico; de las facultades intelectuales y morales, con sus cualidades nativas y los hábitos voluntariamente contridos; de las inclinaciones naturales y de las pasiones, ya buenas, ya malas. Sobre éstas y los hábitos tiene grande imperio la voluntad, que puede moralizarlos y someterlos al deber.

«Hay caracteres buenos y defectuosos. En los primeros las tendencias y los hábitos virtuosos superpujan á las tendencias y hábitos opuestos. Á esta clase pertenecen el carácter abierto, el dulce y pacífico, el modesto, el reservado,

¹ Lettres á un jeune homme.

² Smiles, El carácter.

el afectuoso y compasivo, el firme y activo, el calmado y reflexivo, el noble y elevado. Este último consiste «en una repugnancia instintiva hacia lo vulgar, grosero ó vil, y en un gusto vivo y espontáneo hacia lo noble y honorable».

Son caracteres defectuosos el muelle, el disimulado, el orgulloso, el ligero y el apasionado, que conviene reformar, á fin de que no impidan el perfeccionamiento humano. La educación ha de desarrollar las buenas inclinaciones y combatir las malas, cuidando de conocer el carácter del niño para corregir en él los defectos é inducirlo á la dignidad, á la nobleza y á la docilidad. Sobre todo ha de combatir el egoísmo, tan frío como rebelde á las obras de beneficencia y caridad¹.

El carácter es una cualidad, un bien muy noble: él merece la aprobación general y el respeto de todos; es una de las mayores fuerzas motrices que existen en el mundo, y representa á la naturaleza humana en toda su grandeza, porque muestra al hombre bajo su aspecto más favorable.

Aunque el genio obtiene siempre la admiración, el carácter asegura más el respeto. El primero es sobre todo un producto del poder del cerebro, el segundo del poder del corazón, y tarde ó temprano el corazón gobierna la vida. Los hombres de ingenio ocupan en la sociedad un puesto proporcionado á su inteligencia, y como los hombres de carácter representan á la conciencia, mientras á los unos se los admira, á los otros se los imita.²

El hombre que procede siempre guiado por el deber: que oye y sigue en las circunstancias más difíciles la voz de la conciencia: que no retrocede ante el peligro y desprecia el respeto humano: que no se doblega ante las dádivas ni las amenazas: el hombre, en fin, que obedece á Dios en cada uno de sus actos; posee la rara dote de virilidad de carácter.

Por sencillo que aparezca el cumplimiento de un deber, representa el más alto ideal de la vida y del carácter, añade el autor citado. Puede ser que nada heroico se encuentre

¹ *Éléments de pédagogie pratique des Frères des Écoles Chrétienues.*

² *Smith* 1. c.

en ello; pues el heroísmo no es la condición ordinaria del hombre, á quien el sentimiento firme del deber sostiene en las posiciones más elevadas y le mantiene igualmente en el ejercicio de los negocios de la vida diaria.

La existencia del hombre se concentra en la esfera de los deberes ordinarios. Las más eficaces de todas las virtudes son las más útiles para el uso diario; son también las más sólidas y duran más tiempo¹.

La dignidad y la firmeza son cualidades preciosas con que se ha de adornar al joven, ya que sin ellas no puede adquirir carácter. La primera le acostumbrará á respetarse á sí mismo, y hacer respetar de los otros el derecho de seguir el recto dictamen de la conciencia: la firmeza le sostendrá en el ejercicio de este derecho; por lo que ambas dotes se enlazan y auxilian entre sí, apoyándose en el vigor que infunde la virtud. Sin dignidad, la firmeza se convierte en fuerza brutal que puede ponerse al servicio de una causa indigna; á su vez, sin firmeza, la dignidad es una simple teoría, sin utilidad práctica en la vida.

El carácter adquiere lustre y elevación cuando la dignidad y la firmeza, bien dirigidas, lo sostienen y desarrollan; en caso contrario degenera en violencia, en altivez, en orgullo, que lo deslustran y envilecen.

Al hablar de dignidad y firmeza, y por tanto de carácter, hay que distinguir entre un ideal pagano y un ideal cristiano, como lo nota G. Ginón, autor moderno². El primero, fundado en móviles naturales y transitorios, ha dado origen á hechos admirables, pero también á acciones repugnantes y criminales, que sublevaron á la naturaleza humana; mientras que el ideal cristiano, apoyado en móviles desinteresados y divinos, ha llenado el mundo de instituciones benéficas y realizado hechos merecedores de aplauso.

«No hemos de buscar modelos, en este punto, en Roma ni en Esparta», dice el mismo autor; «porque no queremos hacer de nuestros discípulos Brutos ni Torcuatos. Queremos

¹ *Smith* 1. c.

² «Medios de desarrollar la dignidad y la firmeza».

CHESPE-TOREAL, Educación, Ed. 2.

algo y mejor; porque ese patriotismo fanático fuera de la humanidad, ó contra la humanidad, no puede ser la perfección humana. La organización de los pueblos antiguos, sobre todo del pueblo romano, organización poderosa por la conquista, no era otra cosa que la absorción del individuo por el Estado, y este principio, que á primera vista parece grande, era en realidad causa de rebajamiento para los caracteres. La razón es que cada hombre llegaba á ser un *instrumento del reino*, y nada más. Aprediamos mejor el sentimiento de ese ilustre cristiano que amaba más á su patria que á sí mismo, pero que amaba más á la humanidad que á su patria. Además, cuando vemos las civilizaciones antiguas, envilecidas por la esclavitud, casi tanto en las personas de los amos como en las de los esclavos; cuando los vemos admitir esos tratos brutales dados á criaturas humanas; cuando leemos en Aristóteles que una buena constitución del Estado no admitir nunca artesanos entre los ciudadanos, renunciamos á buscar allí ejemplos. Tales costumbres desarrollan el orgullo, y no la dignidad; la atrocidad, y no la firmeza de carácter.

En Francia, en medio de los locos errores y detestables pasiones, las guerras de religión dieron ocasión á que se revelasen grandes y hermosos caracteres, frutos de enseñanzas inteligentes y graves. En tiempo de Luis XIII en particular, una atmósfera sana y fuerte de religión y de probidad favoreció educaciones incomparables, registradas por la historia. Por otra parte, en todo tiempo encontramos qué admirar y qué imitar entre nosotros, desde Vercingetorix, que se colocó más alto que César, su vencedor, hasta esas obscuras é ilustres víctimas de las pasiones revolucionarias, víctimas cuyo recuerdo será para siempre un ejemplo de virilidad real, una advertencia saludable, y también, esperemoslo, una salvaguarda de la libertad y de la dignidad humanas. Desde la época notable que acabamos de citar, no se han perdido por todas partes las tradiciones de la noble y fuerte educación cristiana.»

2. El carácter es inseparable de la virtud y del valor.—El carácter es inseparable de la virtud; pues sólo

ésta comunica al hombre una fuerza superior, le transforma, en caso necesario, en héroe, y le infunde sentimientos generosos. El vicio de suyo degrada al hombre, le torna débil y voluble, y le sujeta al yugo de las pasiones: por esto los hombres perversos no tienen carácter. Al contrario, éste es el distintivo de los santos, quienes con inquebrantable firmeza desecharon los halagos del mundo, hicieron guerra á las inclinaciones depravadas del corazón, buscaron la obscuridad y el retiro, aceptaron resignados el padecimiento, la persecución y la muerte misma; conformaron, en una palabra, su vida con las enseñanzas y ejemplos del Hombre-Dios, que es el modelo de la total perfección humana.

El carácter supone igualmente valor; es decir, fortaleza de ánimo ante los peligros, energía de voluntad para el cumplimiento de la obligación, serenidad en medio de las contrariedades de la vida, y firme resolución de no ceder á los incentivos del placer y á las seducciones del error.

«El carácter», asegura Smiles¹, «exige imperio sobre sí mismo, el cual no es sino el valor bajo otra forma, imperio que es la raíz de todas las virtudes. Si un hombre suelta las riendas á sus sentimientos y á sus pasiones, renuncia por el hecho mismo á su libertad moral, es arrastrado por la corriente de la vida, y se hace esclavo de sus más violentos caprichos. Para ser moralmente libre, para elevarse sobre el bruto, debe el hombre tener la fuerza de resistir á sus impulsos instintivos, y esto no lo adquirirá si no tiene la costumbre de dominarse. Esta facultad constituye la diferencia real entre la vida física y la moral, y forma la base principal del carácter individual.»

3. Qué es el valor y cómo se divide.—Mucho se enaltece, y con razón, el valor militar que arrostra con intrepidez los peligros. Mas ¿en qué consiste el valor? En esta materia, como en otras, hay ideas equivocadas que conviene rectificar. El valor, según la expresiva definición del Padre van Tricht, «es una virtud del alma que dispone al hombre para sacrificar por el deber, con la serenidad y tranquilidad

¹ L. c.

que convienen á la razón, dueña de sus actos, todo cuanto tiene, hasta la misma vida». De esta definición deduce el mismo autor, que «á todo trance, cueste lo que costare, necesitamos ser valientes, si queremos conservar nuestra honra y no decaer de nuestra condición. Y esto es mucho más que el valor militar que, como es sabido, no se exige á todas horas... Pero aquel otro valor hay que tenerlo siempre y sin cesar en actividad, porque no hay hora ni momento en que no estemos bajo la acción de nuestro deber»¹.

Se distinguen, por tanto, dos clases de valor: el valor guerrero ó *militar*, y el valor moral ó *cívico*: el primero impulsa al hombre á exponer su vida y aun á sacrificarla por la honra y defensa de la patria, ó por otra noble causa; el segundo le estimula á cumplir los deberes de la vida, por penosos que sean, y á pesar de los sacrificios que impongan.

4. Paralelo entre el valor militar y el cívico.

Para muchos sólo es valiente el que se sacrifica con generosidad por la patria ó por otro motivo grandioso. Pero, si el valor militar es digno de admiración y brilla sobre los demás, no es el único que existe en el mundo; pues todo hombre tiene que poseer aquel otro valor, igualmente digno de aplauso, que le anima ó induce á cumplir constantemente sus deberes, por arduos que sean, á no desmayar ante las pruebas de la vida, y á resistir con energía las dificultades que se oponen á la práctica del bien.

El valor militar exige, ante todo, cierto ardimiento en el peligro, desprecio de la muerte, nacido del arrojo, y más bien cierto olvido heroico de la razón que la apreciación calmada del deber. El más valeroso capitán, dice Lacordaire, puede portarse como una mujer el día siguiente de una victoria, y sus cicatrices pueden cubrir un carácter débil y sin alicances.

Pero el valor moral ó cívico comunica al hombre cierto dominio é imperio sobre sí mismo y le acostumbra al ejercicio activo y constante de las buenas obras. Ese valor «se manifiesta», dice Smiles², «en esfuerzos silenciosos y constituye

¹ Conferencia familiar sobre el valor.

² L. c.

la verdadera grandeza del hombre.... El valor que lo soporta todo y lo sufre todo por amor á la verdad y al deber, es más heroico que el valor físico, que se recompensa con honores y títulos, ó con laureles á menudo empañados con sangre. El valor de buscar y decir la verdad, de ser justo y honrado, de resistir á la tentación y de cumplir con la obligación, engrandece mucho al hombre.»

Afronta la muerte el valor del guerrero; pero el valor de que ahora se trata, ha de afrontar la miseria, el desamparo, los desprecios, las privaciones, las lágrimas, los padecimientos y esos trabajos, sin esperanza de alivio, que por largos años van poco á poco consumiendo el alma y desgarrándola como á pedazos.... Este valor se ejercita en la soledad, en lo más silencioso de nuestra alma y en lo más recóndito del corazón. No hay que esperar acá abajo su gloria. Si hay por ventura alguna voz que le excita, es la voz austera y triste de la conciencia, que penetra y habla sin ruido allá dentro de nuestro corazón.... El valor militar tiene sus consuelos y poderosos auxiliares. Porque la fascinadora sonrisa de la gloria le va atrayendo, el entusiasmo le enardece, conmueve el estampido del cañón y le embriaga el humo de la pólvora, y á su frente, y á retaguardia, y por un lado, y por el otro, parece que arrastran al soldado con su ejemplo sus compañeros y sus jefes¹.

Hermoso y heroico es morir en un campo de batalla, por defender la independencia del propio suelo; y por esto merece todo encomio el valor militar. Mas también es digno de elogio el valor cívico, que induce al hombre á sacrificarse, en vista de un interés más general, por la salud de sus conciudadanos y por el bien público.

«Es menos difícil en tiempo ordinario el ejercicio de los derechos y de los deberes cívicos; pues basta seguir con energía la voz de la conciencia en medio de las tempestades interiores, resistir á la corrupción, despreciar el miedo y, sobre todo, anteponer las convicciones á las simpatías, á las amistades y al interés personal. Pero hay circunstancias ex-

¹ Cf. *Faust Tricht* I, c.

cepcionales en que es preciso exponer la libertad y la vida; y en ellas se eleva a un grado muy alto el valor cívico, garantía de la libertad interior de una nación y tan necesaria como el valor militar, condición de su independencia y dignidad exterior.

«Hay casos en que el valor cívico se confunde con el militar, como cuando la patria está amenazada; pero fuera de ellos, cada uno tiene su esfera propia de acción.»¹

5. Manera de obtener el valor cívico.—Y ¿cómo obtener este valor sereno, tranquilo, constante, despreciador de la honra, vencedor de los atractivos del deleite y de los placeres del mundo? ¿Dónde encontrará nuestra flaca naturaleza el vigor suficiente para dominar la voluntad inclinada al mal y ejecutar á veces actos heroicos, para no sucumbir en las luchas secretas del alma, para portarse con más denuedo que el soldado que cae en el campo de batalla?... El hombre por sí solo no puede adquirir tanta fuerza y heroísmo. Necesita, para obtenerlo, del socorro de Dios, del poderoso auxilio de lo alto. La virtud sólida, que se consigue mediante el hábito del bien obrar, transforma al hombre, le comunica como una segunda naturaleza y le hace apto para empresas extraordinarias. La virtud, conviene repetirlo, ha formado á esos héroes que llamamos santos, quienes con valor extraordinario lograron dominar los malos instintos y mezquinas exigencias de nuestra naturaleza decaída, procedieron siempre con rectitud, buscaron con empeño la verdad y practicaron el bien, para lo que se sometieron á duras pruebas y aun á muchos y penosos sacrificios.

Sólo la religión puede fortalecernos en el cumplimiento del deber; porque sólo ella nos alienta y vigoriza con el socorro divino; sólo ella nos acostumbra á proceder de una manera desinteresada, á ejecutar las buenas obras en secreto, de modo que *nuestra diestra ignore lo que hace la siniestra*; sólo ella nos señala como principal móvil de nuestras acciones el contentamiento de Dios y la tranquilidad de la conciencia; sólo ella nos induce á desprendernos de los

¹ *Maxime Prélat, Le courage civique.*

bienes transitorios, á no ambicionar los elogios y ventajas temporales; sólo ella, en fin, nos enseña la difícil ciencia del vencimiento, con la que triunfa el hombre de los enemigos de su alma y se hace merecedor de llegar al cielo, que es la patria de los elegidos.

6. Males que produce en nuestros días la falta de carácter y causas que la originan.—La enfermedad endémica de nuestros días es, desgraciadamente, la falta de carácter. Todos los resortes de la vida moral se han alojado, todos los principios primordiales en que descansan los derechos del individuo, de la familia, del Estado, se hallan combatidos y olvidados, por falta de energía en los que tienen la dirección del hogar y el gobierno de los pueblos. Las transacciones con el error, las contemporizaciones con el mal son hoy moneda corriente, y por eso vemos degradarse á los hombres y perderse las naciones.

Lo que pasa con los individuos pasa también con los pueblos. Hay pueblos viriles, como la heroica Polonia, que prefieren sufrir toda clase de vejaciones antes que renegar de sus creencias y sacrificar su dignidad; pero hay también naciones apocadas que no resisten á las seducciones del oro y del placer, que apostatan de su fe y se muestran cobardes en las horas de prueba.

Lo que principalmente produce la debilidad del carácter y la falta de firmeza, de que justamente nos lamentamos en nuestros días, es la mala dirección del hombre en su primera edad. El apego á la vida muelle, la flojedad en la educación del niño han invalidado no pocos hogares y planteles de enseñanza. Poco se cuida en ellos de vigorizar físicamente al hombre en los años de la adolescencia, mediante el ejercicio, el trabajo y una alimentación frugal y nutritiva; y de allí nace la debilidad en el organismo en gran número de adolescentes, que como plantas endeblez se marchitan y doblegan al embate de una leve dolencia, y son vasos frágiles para contener el alma, que no puede desplegar toda la fuerza de que es capaz.

El método deficiente y á veces nocivo, empleado en varios establecimientos de educación, es otra de las causas princi-

pales del malestar moral que se nota en la sociedad contemporánea. Mucho se cuida, en no pocos colegios, de excitar la imaginación del joven con ensueños halagadores, de inbuirle un amor mundano á la gloria, de hablarle de los *derechos* del hombre é iniciarle en las *cuestiones candentes* de la política; y poco, muy poco, se le inculca el respeto á Dios, la necesidad del propio conocimiento, el amor al trabajo desinteresado, la sobriedad en los deseos, el espíritu de obediencia y de disciplina, la práctica, en fin, de las virtudes cristianas.

De esto resulta que, llena la cabeza del escolar de ideas incoherentes, de nociones incompletas en muchas materias, exaltada la fantasía con sueños y proyectos quiméricos, y victima el corazón de pasiones prematuras, carece de calma para el aprendizaje científico, que exige tranquilidad y predominio sobre sí mismo, y sale, no pocas veces, de los bancos de algunos colegios y universidades una generación de pretenciosos y semisabios, de sofistas y románticos, de oradores de plaza y de tribunos de café, de literatos insubstanciales y poetas lacrimosos, de políticos vanales y periodistas sin seso, que todo lo invaden y maltratan, sin respetar ley, conciencia ni autoridad ninguna, incluso la sagrada de Dios y de la Iglesia.

¡Ah! ¿cuándo se convencerán todos los directores de la juventud que la escuela tiene que ser un *santuario*, en que debe oírse á menudo la voz de Dios y de sus representantes en la tierra; que al hombre, en la época difícil de su formación intelectual y moral, se le ha de acostumbrar á la sujeción y observancia de la ley divina, de modo que al mismo tiempo que su inteligencia vaya descubriendo los secretos de la ciencia y avanzando en el vasto campo del saber, su corazón vaya también respirando el celestial aroma de la piedad y extasiándose en contemplar el horizonte incomensurable del bien!

«Sobre manera deplorable es la influencia perniciosa de la opinión y del ejemplo que han producido en nuestros días la molición de las costumbres, hasta el punto de que el nombre y la vida de cristiano hayan venido á ser para mu-

chos objeto de vergüenza», dice León XIII. «Efecto lamentable, causado, ó por una perversidad profunda, ó por la más ruin de las debilidades: en uno y otro caso, ¡mal degradable y el mayor que puede venir al hombre! Porque ¿cuál es la tabla de salvación, cuál la esperanza que queda á los hombres si dejan de gloriarse en el nombre de Jesucristo y si carecen del valor necesario para conformar abierta y constantemente su vida con las leyes del Evangelio? Se quejan con frecuencia de que nuestro siglo es estéril en hombres de carácter. Que se resuciten las costumbres cristianas y por el mismo hecho se habrá devuelto á las almas su dignidad y su constancia.»¹

7. Sin infundir carácter es imposible regenerar á los pueblos ni educar debidamente á la juventud.— Si se desea renovar la sociedad, es preciso infundir carácter en la juventud, que pronto tendrá en sus manos el régimen de los pueblos. «¿Qué se necesita», pregunta Mons. Dupanloup², «para sostener y regenerar á una nación? Ante todo hombres de carácter. Las naciones no se forman, no crecen, no se conservan y renuevan sino por los hombres. ¿Cuándo se debilitan los pueblos, decaen de su grandeza y caminan á su ruina? Cuando les faltan hombres. Ahora bien, Dios cria á los hombres, y la educación los forma. Mas, ¿qué sucede en nuestros tiempos? Todas las sendas de la fortuna, todos los caminos de la vida social están destruidos: los individuos se oprimen, se molestan, chocan y se fatigan entre sí; y, sin embargo, en todas partes se oye decir: *los hombres faltan; ¿dónde están los hombres?* Este es el grito y la queja universal. Antiguamente Diógenes, con su linterna

¹ «Illud etiam dolendum, quod opiniones atque exempla perniciose tanto opere ad molliendos animos valuerunt, ut plurimos iam prope pudeat nominis viresque christianae: quod quidem aut perdidit, requirit est; aut segnitie infirmitatem. Utrumque detestabile, utrumque tale, ut nullum hominum malum maius. Quosnam enim reliquos salus esset, aut qui se niterentur homines, si gloriari in nomine Iesu Christi desideret, si vitam ex praeceptis evangelicis constanter aspernare agere recusant? Vulgo queruntur viris fortibus sterile seculum. Revocetur christianis mores: simul erit gravior et constantia ingenii restituta» (Rencyel, *Estimule iam annu*, d. d. 25 Dec. 1888).

² Cartas sobre la educación intelectual.

en la mano, buscaba un hombre en la mitad del día, y nosotros nos parecemos á él.»

Más vale pecar por las exageraciones del carácter, que por aquella suavidad y blandura excesivas á que se acogen los seres sin fuerza ni vigor. Venga la aspereza del valor moral, aun con todas sus inconveniencias, antes que esa *urbanidad* miserable, que se acomoda á todo y junta en un solo campamento las tiendas del bien y las del mal. En estos tiempos se busca la comodidad á todo trance; se anhela vivir en un mar de leche y en un lago de miel, hasta el punto de sacrificar las propias ideas y lo más sagrado de los sentimientos, por amor de la paz y por una menguada caballerosidad. Triste condición la de esos hombres que no aman ni su propia honra y que, por miedo á los demás y por amor á una paz mal entendida, se privan de tener programa, en lo público y en lo privado. De esta enfermedad del carácter proceden los partidos que se llaman hoy *moderados*, las situaciones indefinibles, las componendas y transacciones, en que se forma una penumbra de verdad que engaña, y se dan abrazos que valen para los pueblos tanto como una caricia del verdugo. En estos tiempos de debilidad y miedo, casi todos los males proceden de que el carácter ha desaparecido ante una cultura que transige hasta con el absurdo.

Si el cuerpo para fortalecerse exige privaciones y fatiga, el alma para desarrollar debidamente sus facultades y adquirir carácter, necesita, con mayor razón, someterse á la dura ley del yentimiento, sin el cual nada útil se puede obtener. El cultivo de las ciencias, la sujeción de la voluntad á la ley divina y humana demandan continua abnegación: por esto es preciso acostumbrar al hombre desde la infancia á doblegar sus pasiones y á comer no sólo el pan material sino también el intelectual, con el sudor de su frente. De este modo podrá adquirir la preciosa dote del carácter.

CAPÍTULO DÉCIMOCUARTO. EL ESTÍMULO Y LA GLORIA.

1. La juventud en la vida de acción. — 2. El estímulo y el amor á la gloria. — 3. Obligación de referir los actos á Dios. — 4. La religión y la patria. — 5. El patriotismo es virtud cristiana. — 6. El apostolado seglar. — 7. El apostolado seglar en algunas naciones de Europa. — 8. Para amar y defender á la Iglesia es preciso conocerla: su misión en el mundo. — 9. Beneficios que la Iglesia ha hecho en todas partes.

1. La juventud en la vida de acción.—Educado convenientemente el joven, provisto de carácter y de amor al trabajo, nutrida su inteligencia con la verdad y fortalecido su corazón con el bien, debe poner en ejercicio las facultades que posee y empeñarse en cumplir la misión que le corresponde. En la vida presente tiene el hombre que ejercitar sus aptitudes y esforzarse en obrar el bien. La sociedad es campo de acción; hay que luchar, hay que vencer ó sucumbir. El hombre ostenta en su frente cierto sello de majestad que revela su superioridad sobre los demás seres del mundo visible y la altura de su destino; destino que, para ser alcanzado, exige constantes esfuerzos contra los tenaces enemigos del alma.

Cada cual ha de ansiar por ser útil á los demás, mediante el ejercicio de las dotes que ha recibido de Dios; y cuando entre éstas descuellan el talento y el ingenio, el campo que se presenta á la acción del joven es vasto y halagüeño. Intactas y en todo su vigor las fuerzas del espíritu, puede trabajar con ahínco y realizar obras de importancia, siempre que comunique á sus facultades el impulso debido. La cabeza y el corazón son dóciles en los primeros años de la vida, y reciben sin dificultad la simiente benéfica de la verdad y las saludables impresiones de la virtud, por cuanto la imagen de Dios está más viva en el alma.

2. El estímulo y el amor á la gloria.—El hombre procede en sus actos impulsado por algún móvil ó fin. Ahora bien, aun cuando el principal móvil de la actividad humana debe ser el cumplimiento de la ley divina y la consecución de nuestro immortal destino, esto no excluye que existan otros

en la mano, buscaba un hombre en la mitad del día, y nosotros nos parecemos á él.»

Más vale pecar por las exageraciones del carácter, que por aquella suavidad y blandura excesivas á que se acogen los seres sin fuerza ni vigor. Venga la aspereza del valor moral, aun con todas sus inconveniencias, antes que esa *urbanidad* miserable, que se acomoda á todo y junta en un solo campamento las tiendas del bien y las del mal. En estos tiempos se busca la comodidad á todo trance; se anhela vivir en un mar de leche y en un lago de miel, hasta el punto de sacrificar las propias ideas y lo más sagrado de los sentimientos, por amor de la paz y por una menguada caballerosidad. Triste condición la de esos hombres que no aman ni su propia honra y que, por miedo á los demás y por amor á una paz mal entendida, se privan de tener programa, en lo público y en lo privado. De esta enfermedad del carácter proceden los partidos que se llaman hoy *moderados*, las situaciones indefinibles, las componendas y transacciones, en que se forma una penumbra de verdad que engaña, y se dan abrazos que valen para los pueblos tanto como una caricia del verdugo. En estos tiempos de debilidad y miedo, casi todos los males proceden de que el carácter ha desaparecido ante una cultura que transige hasta con el absurdo.

Si el cuerpo para fortalecerse exige privaciones y fatiga, el alma para desarrollar debidamente sus facultades y adquirir carácter, necesita, con mayor razón, someterse á la dura ley del yentimiento, sin el cual nada útil se puede obtener. El cultivo de las ciencias, la sujeción de la voluntad á la ley divina y humana demandan continua abnegación: por esto es preciso acostumbrar al hombre desde la infancia á doblegar sus pasiones y á comer no sólo el pan material sino también el intelectual, con el sudor de su frente. De este modo podrá adquirir la preciosa dote del carácter.

CAPÍTULO DÉCIMOCUARTO. EL ESTÍMULO Y LA GLORIA.

1. La juventud en la vida de acción. — 2. El estímulo y el amor á la gloria. — 3. Obligación de referir los actos á Dios. — 4. La religión y la patria. — 5. El patriotismo es virtud cristiana. — 6. El apostolado seglar. — 7. El apostolado seglar en algunas naciones de Europa. — 8. Para amar y defender á la Iglesia es preciso conocerla: su misión en el mundo. — 9. Beneficios que la Iglesia ha hecho en todas partes.

1. La juventud en la vida de acción.—Educado convenientemente el joven, provisto de carácter y de amor al trabajo, nutrida su inteligencia con la verdad y fortalecido su corazón con el bien, debe poner en ejercicio las facultades que posee y empeñarse en cumplir la misión que le corresponde. En la vida presente tiene el hombre que ejercitar sus aptitudes y esforzarse en obrar el bien. La sociedad es campo de acción; hay que luchar, hay que vencer ó sucumbir. El hombre ostenta en su frente cierto sello de majestad que revela su superioridad sobre los demás seres del mundo visible y la altura de su destino; destino que, para ser alcanzado, exige constantes esfuerzos contra los tenaces enemigos del alma.

Cada cual ha de ansiar por ser útil á los demás, mediante el ejercicio de las dotes que ha recibido de Dios; y cuando entre éstas descuellan el talento y el ingenio, el campo que se presenta á la acción del joven es vasto y halagüeño. Intactas y en todo su vigor las fuerzas del espíritu, puede trabajar con ahínco y realizar obras de importancia, siempre que comunique á sus facultades el impulso debido. La cabeza y el corazón son dóciles en los primeros años de la vida, y reciben sin dificultad la simiente benéfica de la verdad y las saludables impresiones de la virtud, por cuanto la imagen de Dios está más viva en el alma.

2. El estímulo y el amor á la gloria.—El hombre procede en sus actos impulsado por algún móvil ó fin. Ahora bien, aun cuando el principal móvil de la actividad humana debe ser el cumplimiento de la ley divina y la consecución de nuestro immortal destino, esto no excluye que existan otros

móviles secundarios que, subordinados al principal, ejercen influjo en nuestra alma. Tales son, entre otros, el estímulo y el amor á la gloria.

No hay duda que es fácil abusar de entrambos y convertirlos en pábulo del orgullo y de la ambición, como de ordinario acontece; pero también es cierto que convenientemente dirigidos y sin infracción de las prescripciones divinas sirven de poderoso aguijón para el trabajo, sobre todo en la edad juvenil.

La juventud, en efecto, aspira á lo grande, á lo bello, á lo prodigioso; y á la consecución de sus ideales se lanza con entusiasmo febril. Vivir en el recuerdo de los hombres, sobresalir entre los demás, distinguirse por algún hecho memorable, es de ordinario el anhelo constante de la juventud. Como observa Bossuet, la reputación y la nombradía son para el joven como una segunda vida: imagina que la gloria preserva al hombre de los estragos del tiempo, de la indiferencia y olvido de los demás, y le acompaña á la mansión misma de la eternidad. Los ensueños de gloria concurren en la edad infantil á la flor de nuestra adolescencia.

A medida que el hombre avanza en la jornada de la vida y que el hielo de los años va doblándole hacia el sepulcro, las ilusiones se desvanecen, se patentizan la vanidad é insuficiencia de los bienes presentes, porque *toda carne es heno, y toda su gloria como la flor del heno: secóse el heno y su flor se cayó al instante*¹. A pesar de todo, la esperanza le lleva sobre ese campo agostado hacia soñadas bienandanzas. En la edad viril, y mucho más en la vejez, juzga con mejor criterio de las cosas y distingue la gloria verdadera de la falsa; por lo que puede con más acierto buscar la primera. Sobre todo el hombre virtuoso, persuadido de la inestabilidad de las cosas terrenas, no ambiciona la gloria del mundo, sino otra gloria estable, incomparablemente superior á la que aquí se nos ofrece, á saber, la eterna. Esta gloria se obtiene mediante la posesión de Dios y los goces de la visión beatífica.

¹ «Omnis caro ut fenum, et omnis gloria eius tanquam flos feni: exaruit fenum, et flos eius decidit» (1 Petr. 1, 24).

Y como Dios conoce nuestras tendencias y aspiraciones, nos estimula al cumplimiento de su ley santa con la oferta del premio perdurable. *Inclínate mi corazón*, dice el Profeta Rey, *á la práctica perpetua de tus justísimos mandamientos, por la esperanza del galardón*¹.

Si el estímulo y el amor á la gloria ejercen positivo influjo en el joven, á tal punto que sin ellos desmaya en el trabajo y cae en la inercia, conviene que los padres y maestros se apoderen de esta poderosa fuerza de acción para encarrilarla y ennoblecerla, como también para depurarla de la escoria de la vanidad y la altanería, que suelen debilitarla y destruirla; conviene que con frecuentes y oportunas recompensas, con torneos científicos y literarios, con la afición al trabajo y el buen comportamiento de los unos contrapuestos á la desidia y mala conducta de los otros, estimulen á los hijos y discípulos á cumplir sus deberes domésticos y escolares, á ejercitar con esmero todas sus facultades, á sobresalir entre los demás por la cultura intelectual, á no darse tregua para asegurar un hermoso porvenir, á ser principalmente exactos en la observancia de los divinos preceptos, á fin de conseguir la eterna dicha.

3. Obligación de referir los actos á Dios.—Para que el estímulo y el amor á la gloria sean provechosos, es preciso dirigirlos bien y encerrarlos dentro de ciertos límites. El hombre en sus actos debe buscar en primer término á Dios, á quien de derecho corresponde el fruto de su trabajo; por lo que la gloria que pueda obtener en la tierra, debe referirla ante todo al Soberano Hacedor. No ha de olvidar el hombre que cuanto tiene es don de Dios; por lo que, aun cuando haga obras dignas de alabanza, se ha de gloriar en Dios y no en sí. *El que se gloria gloriase en el Señor*, dice San Pablo². Mucho bien hace Dios en el hombre sin el hombre; pero ningún bien hace el hombre que no lo haga Dios, afirma el Concilio Arausicano³. «Dios (lo ha dicho

¹ «Inclina vi cor meum ad faciendas iustificationes tuas in æternum, propter retributionem» (Ps. CXVIII, 112).

² 2 Cor. X, 17.

³ Cap. 20.

Herbet¹⁾ quiere la gloria para sí, por la misma razón que quiere el orden, y el orden eterno é inmutable exige que cada ser ocupe el lugar que le corresponde; y como el puesto supremo corresponde exclusivamente á Dios, resulta que Él debe ocupar el primer lugar en nuestras intenciones y que todo debe referirse á Dios, como á fuente y origen de toda perfección. Pero hay hombres soberbios que prescinden de Dios en sus actos, que hacen de su persona el centro único de su actividad y que ponen su nada en frente de la infinita perfección del Soberano Ser: los que así proceden obran injustamente, contrarían el orden y van en pos de una gloria inicuá y falsa, reprobada por la fe y la sana razón.²⁾

Subordinadas las acciones á la primera causa, puede el hombre ambicionar la verdadera gloria, Dios lo ha formado perfectible; quiere que trabaje, que se esfuerce, para bien del prójimo, en acrecentar el caudal de sus conocimientos. En buen hora que el joven, impulsado por una noble emulación, aspire á sobresalir entre los demás y á segar laureles en el campo del saber y del honor, en buen hora que ambicione un puesto distinguido en la sociedad y ponga en ejercicio sus nobles prendas; pero no olvide la dirección definitiva de sus actos, y sepa que no los elogios, sino el cumplimiento de las obligaciones impuestas por Dios ha de ser el móvil primordial de la actividad humana. «Si algo me consuela», decía el malogrado Federico Ozanam (cuya vida fué corta, pero fecunda en buenas obras), «al abandonar para siempre el mundo antes de realizar lo que yo deseaba, es que jamás he trabajado por atraerme elogios sino por el servicio de la verdad y por satisfacer un deber de conciencia.»³⁾ «El genio y el talento», observa un biógrafo de este hombre ilustre, Ch. A. Ozanam, «son dones que la Providencia distribuye según su beneplácito. Nadie puede glorificarse sin injusticia y sin orgullo. Al hombre no corresponde sino el uso de estos preciosos dones, tesoro que Dios le confía para que lo haga

¹⁾ El Kempis meditado y explicado.

²⁾ Vie de F. Ozanam, por Ch. A. Ozanam.

³⁾ L. c.

fructificar, refiriendo á Él la gloria. Á la consecución de este sublime ideal han aspirado todos los grandes cristianos, cuya inteligencia y corazón han sido enriquecidos por Dios.»

Por esto los santos, que son el tipo de la más alta perfección moral, no han buscado la honra del mundo, sino antes bien han procurado ocultarse y desaparecer, en cierto modo, para referir sólo á Dios la gloria de sus actos y cuidar de que se conozca mejor y brille la maravillosa y sabia intervención de la Providencia en el mundo. Ellos, como dice Mons. Hulst¹⁾, «estuvieron dominados por una pasión extraña y nueva, por la pasión de la obscuridad, del oprobio y del desprecio. Pero Dios, que no se deja vencer en generosidad, los ha enaltecido aun en la tierra, con una gloria incomparablemente superior á la que el mundo ofrece á sus héroes, cumpliéndose la máxima divina de que la humildad es el principio de la verdadera gloria.

4. La religión y la patria.—Muchos son los deberes que el hombre tiene como criatura racional; pero entre todos, los más sagrados son los religiosos. Aun la simple razón nos manifiesta que el hombre no procede del acaso, sino que debe la vida á una causa primera, que le dotó de facultades nobilísimas, le dictó leyes para su perfeccionamiento y le señaló un fin conforme á la dignidad de su naturaleza.

Al conjunto de relaciones que median entre Dios y el hombre, se da el nombre de *religión*, la cual es el lazo invisible que une á la criatura con su Hacedor, y se ocupa en lo que más interesa á aquella, en esta y en la otra vida. Por esto, no ha habido pueblo, por salvaje que sea, que no tenga religión; esto es, que no reconozca un ser supremo, á quien se debe rendir tributo de amor y de veneración; que no admita algunas creencias como comunicadas de lo alto, y que no acepte ciertos principios inmutables para la dirección de los actos humanos. Aun el paganismo aseguró, por medio de uno de sus filósofos, que era más fácil encontrar edificios sin cimientos, que pueblos sin religión.

¹⁾ Introducción á la vida de San Juan Bautista de la Salle.

Por medio de la religión mantiene el hombre una comunicación íntima é incesante con Dios. Ella le consuela en los sufrimientos, ilumina su inteligencia en la investigación de muchísimas verdades, fortalece su voluntad en la práctica del bien y le conduce, por entre el mar tempestuoso del mundo, al puerto del gozo sempiterno.

La religión, como madre cariñosa, arrulló á la humanidad desde su cuna; y Dios ha cuidado, por medio de ella, de enseñar al hombre cuanto le es indispensable saber para la consecución del fin á que lo destinara. Es cierto que la malicia humana ha tenido la audacia de rechazar la religión verdadera é inventar otras falsas, que ni agradan á Dios ni perfeccionan al hombre; y por eso debe éste inquirir cuál es la verdadera, para seguirla y defenderla.

No se puede hablar de religión sin referirse á la Iglesia católica, fundada por Jesucristo y constituida por Él única depositaria de las verdades reveladas. Como la patria es nuestra madre temporal, la Iglesia es nuestra madre espiritual, encargada de comunicarnos la vida sobrenatural. Debemos, por tanto, amarla, respetarla y obedecerla, con filial sumisión y rendido acatamiento.

La religión comprende tres partes: el dogma, la moral, y el culto, que contienen un conjunto de verdades especulativas y prácticas, que ilustran la inteligencia, dirigen la voluntad en el ejercicio del bien, y le indican la manera de honrar á Dios. Todas tres son importantísimas, se auxilian mutuamente, y forman el grandioso edificio de la religión revelada.

El siglo XIX fué el siglo de la apostasía y del racionalismo, de las humillantes transacciones con el error, y de la apoteosis de la materia. «Los ataques contra la religión cristiana», observa Mons. Dupanloup¹, «renacen hoy más violentos y numerosos que nunca. La impiedad esgrime sus armas y renueva la polémica: el protestantismo atacó sobre todo á la Iglesia, el volterrianismo impugnó sobre todo al cristianismo: hoy se ataca todo, los dogmas y las verdades

¹ Cartas sobre la educación intelectual.

naturales, toda filosofía como toda religión, toda fe como toda razón.»

Corresponde, de derecho, á la juventud cristiana emprender una *crucada* contra la incredulidad y el indiferentismo modernos, y combatir los sistemas absurdos y los sofismas propalados contra la religión verdadera; á fin de que, vencidos los enemigos de Dios, bebán todos de las aguas vivificantes de la verdad católica. En esta hermosa labor retemperará la juventud sus fuerzas, prestará inapreciables servicios á la sociedad, y obtendrá gloriosos triunfos.

Después de la religión, la patria. El amor á la patria es tan natural, que con razón se le puede calificar de innato en el hombre. La patria encierra en sí cuanto atrae las simpatías del corazón humano, á saber: la porción de tierra en que vimos la primera luz, el hogar en que se deslizaron los gratos días de la infancia, los amigos con quienes compartimos nuestros juegos inocentes, los árboles que vimos crecer en el huerto paterno y á cuya sombra solíamos descansar, los montes que contemplamos desde niños, el campanario que nos invitaba á la plegaria, el río cuyas aguas nos embalsaron. El recuerdo de la patria está, pues, íntimamente ligado al afecto dulce y tierno que profesamos á nuestros padres, al gratísimo recuerdo de nuestros hermanos y conocidos, al del templo donde aprendimos á orar y sentimos las primeras fruiciones de la virtud: en una palabra, á cuanto produce y despierta en el alma emociones tiernas, puras y delicadas.

Si todo esto, encierra la patria, es indudable que la juventud, de suyo noble y generosa en sus sentimientos, debe amarla y tributarle una especie de culto. Tan acendrado es el amor al suelo nativo, que en todos los países se califica de hijo desnaturalizado al que se rebela contra él; pero para que este amor sea más vivo y fecundo, para que esté bien dirigido, hay que hermanarlo con la virtud y fundarlo en ella.

Religión y patria son dos cosas inseparables. No ha habido ni habrá pueblo alguno en el mundo en que el patriotismo no haya sido inspirado, fortalecido y consagrado por la idea

religiosa. Y la razón es sencilla. Sólo la religión nos impulsa á menudo al menosprecio de los bienes presentes y aun á la pérdida de la vida, cuando esto último nos lo exigen ciertos deberes sagrados; sólo ella nos estimula, con la esperanza de un premio eterno, á servir con generosidad y espíritu de sacrificio á la patria terrestre, para hacernos después moradores de la patria celestial.

«A los que han encontrado la dicha, que son muy pocos, la religión dice: *hay cosas mucho mejores*. A los que aman, y cuyo corazón destilaría sangre si tuviesen que abandonar acaso para siempre á la esposa é hijos idolatrados, la religión les anuncia: *los encontraréis*. Sólo en estas condiciones se puede cumplir con valor y heroísmo el deber en el campo de batalla, y aun sacrificar la vida; porque para el cristiano no es la muerte el fin extremo, el fin de todo.

«Por el contrario, para el ateo, para el librepensador, la vida humana es todo, y más allá de la tumba no hay nada. Estos hombres no quieren, por lo mismo, exponerse á la muerte; y cuando este fin lúgubre se divisa en el horizonte, se alejan de él prudentemente, y con razón. ¿Por qué el librepensador sacrificará la vida si cree que no la ha de recuperar? Sería locura é insensatez poner en riesgo la existencia si después de ella no hay cosa alguna que esperar. Así él no quiere morir por la patria. La disminución gradual y la pérdida de la religión conducen á los pueblos á una irreparable decadencia.»¹

«La patria y la Iglesia!» exclama Mons. Ireland²: «La primera, símbolo de los intereses de este mundo, y la segunda de los intereses del cielo. La patria abriendo los caminos á la Iglesia, y la Iglesia bendiciendo y ennobleciendo á la patria: ambas tan bellas y tan sublimes, que el que ama á la una no puede dejar de amar á la otra; puesto que ambas han sido establecidas por Dios; la patria, siguiendo las leyes ordinarias de la naturaleza; la Iglesia, por el hecho de una dispensación inmediata de la misericordia divina; entrambas

¹ *Cassagne*, citado por el autor del «Cours d'instruction religieuse».

² Panegírico de Juan de Arco.

tienen derecho, á nombre del Altísimo, de recibir el tributo de nuestro tierno afecto y de nuestros leales servicios.

«La patria simboliza para el hombre cuanto hay de más querido y precioso. El instinto natural nos lleva á amar á la patria; la religión nos impone esto como un deber y le presta la consagración del cielo. El amor á la patria viene después del amor á Dios; la familia y el individuo le ceden el paso.

«A medida que desaparecen del mundo las ideas elevadas, verdaderas fuentes de amor y de entusiasmo generoso, el patriotismo pierde el vigor y la facilidad del sacrificio. Un egoísmo frío y estéril ocupa el primer puesto, y para disimular mejor, se oculta bajo el manto de un *humanitarismo* vago y nada sincero. El patriotismo necesita hoy una consagración que sea fecunda.»

5. El patriotismo es virtud cristiana.—El amor á la patria es una de las manifestaciones de la caridad cristiana; y donde ésta no existe, tampoco puede ser aquél vivo y sincero. En verdad, para que un hombre merezca el hermoso nombre de *patriota*, debe proceder por móviles desinteresados, sin buscar exclusivamente el medro, la gloria ó el encumbramiento personal, sino la felicidad y bienestar de sus conciudadanos y del suelo nativo. Ahora bien, sólo la caridad, que nos prohíbe constituirnos á nosotros mismos en centro único de todos nuestros actos, y nos ordena hacer el bien á los demás aun con detrimento de nuestras comodidades, de la salud y en ciertos casos de la vida misma, puede inspirarnos un afecto puro, generoso, heroico hacia la patria: por lo que bien podemos considerar al patriotismo como una de las formas de la abnegación y del sacrificio cristianos.

«La patria y la familia», dice Bocci³, «son después de Dios, la cosa más sagrada y á la que estamos más obligados aquí abajo. La vida la debemos primero á Dios, después á nuestros padres y en seguida á la patria. Por lo que, cuando peligra esta segunda madre, debemos sacrificarnos por ella,

³ Reazione del pensiero.

ya que recibimos por su medio, como de la primera, la vida y el nombre. Debemos, por tanto, respetarla y amarla; debemos amar á la patria en la familia, y á la humanidad en la patria. Jesucristo nos dió el ejemplo.

«Él amó á toda la humanidad y por todos dió la vida. Y como vino á formar un solo pueblo y una sola familia, en cierto modo, de toda aquella, no hizo del amor patrio un precepto especial; pero tuvo marcada predilección por su país nativo, en el que esparció la buena semilla y la luz de su palabra divina; y no se dirigió á otros pueblos sino cuando fué rechazado por el suyo. En su vida lloró una sola vez: no cuando fué insultado, flagelado, coronado de espinas y enclavado en la cruz, sino cuando al pasar junto á Jerusalén, recordó la ruina y desolación que le sobrevendría en castigo de su gravísima culpa.

«El amor patrio, infundido en nosotros por la misma naturaleza, fué consagrado por Dios en la antigua Ley; por lo cual no cesaba Moisés de exhortar á los hebreos á amar á su propia nación y á tener grande afecto á la tierra destinada por Dios para patria de su pueblo. Si leemos su historia, en especial el libro de los Macabeos, veremos hechos tan heroicos, que no han sido superados por los pueblos antiguos y modernos.

«Mas no ama á la patria quien la deshonra con la impiedad, la irreligión, el desenfreno de las costumbres y la rebelión contra la ley y autoridad divina y humana. Tampoco el verdadero amor patrio autoriza á odiar á las otras naciones, como lo hicieron los griegos y los romanos. Este amor había llegado, en tiempo de Cristo, á tan vicioso extremo, que se pensaba corregirlo imponiendo á los hombres el deber de amar á los extranjeros. Y por esto se halla en el Evangelio el precepto de amar también á los enemigos, y no el de amar á la patria, que era muy amada. Este afecto es tan natural al corazón humano, que Jesucristo no creyó necesario hacer de él un precepto especial; así como, habiendo prescrito á los hijos que amasen á sus padres, no impuso á éstos el deber de amar á aquéllos; porque es casi imposible, naturalmente hablando, que no los amen.»

«Sólo la religión», dice Belanger¹, «da al amor patrio un fundamento incommovible, á saber: el deber determinado, inflexible, á cubierto de los caprichos del espíritu y de las flaquezas del corazón. Dios mismo nos manda servir á la Patria lealmente, siempre, y en caso necesario hasta derramar nuestra sangre por ella. La doctrina católica prohíbe al soldado huir en el campo de batalla, bajo pena de culpa grave, y le enseña á transformar la muerte, mediante un acto de libre aceptación, en una especie de martirio; le muestra más allá de las angustias del sufrimiento la palma segura de una recompensa á la vez noble é incomparable.»

¡Ah! ¡cuántas veces no es el noble y desinteresado amor á la patria, sino la ambición, el egoísmo, la soberbia los que impulsan á obrar á muchos hombres que el mundo califica de patriotas! ¡Cuántas veces la sed de oro y de mando, el odio á la justicia, á la verdad, á la religión misma, las pasiones más desvergonzadas, en fin, se cubren con el hermoso manto del patriotismo, para oprimir al débil, arrebatar lo ajeno, esclavizar á pueblos inermes, conculcar los sacrosantos derechos de Dios y difundir por todas partes la desolación y la muerte! Esas glorias amasadas con lágrimas inocentes, esas estatuas levantadas sobre innumerables cadáveres y escombros de ciudades, son glorias detestables, son patriotismo de mala ley. Verdaderamente patriota es, por ejemplo, el obscuro soldado, el modesto ciudadano que combate y muere por vengar el honor nacional, por defender las instituciones patrias, por conservar y sostener los intereses de Dios. Exponen su vida y se sacrifican, no por obtener un alto puesto en la sociedad, sino por estímulos nobles y desinteresados. Y ¡cuántas veces sus esfuerzos sirven sólo de pedestal á la gloria y aun á la ambición desmedida de los favoritos de la fortuna!

Por esto, al recorrer los fastos de la historia, nos convenimos de que han sido verdaderamente patriotas los que han practicado la sublime ley de la caridad, y que los que se han desviado de ella tarde ó temprano han deslustrado sus glorias y convirtiéndose en especuladores ó en déspotas. Patriotas

¹ L'enseignement libre et l'unité morale de la nation.

fueron, entre otros, en España, Pelayo, San Fernando, los Reyes Católicos, Felipe II y Don Juan de Austria, heroicos defensores de la fe e integridad de la península ibérica; patriotas fueron, en Francia, Godofredo de Bouillon y Luis IX, héroes de las cruzadas, como también Juana de Arco, la ilustre libertadora de su país del yugo de los ingleses; patriota fué Guillermo Tell, que libró á Suiza de la tiranía de Gessler y es la personificación más alta y popular del sentimiento de independencia en los cantones suizos; patriotas fueron Sobieski, que deshizo á los turcos, rompió su campo en Chocim y sacudió para Polonia la dominación de la Media Luna; patriotas fueron Cilopicki, Radziwill y Krukowiecki, que lucharon sin tregua por la libertad de la ilustre é infortunada Polonia y sucumbieron gloriosamente, aplastados por la autocracia moscovita; patriotas fueron Washington, Bolívar, Sucre, San Martín y demás gloriosos caudillos de la independencia americana, cuyos hechos legendarios son admirados de todos; patriota fué Portales, notable estadista y hombre público de Chile, dotado de talento y rectitud, de desinterés é inquebrantable firmeza de carácter, de convicciones religiosas arraigadas y de celo por el bien, dotes que, puestas al servicio de su patria, la libertaron de terribles males y fueron la base de la prosperidad y adelanto de la nación chilena; patriota fué García Moreno, el ilustre presidente del Ecuador y esforzado campeón de la causa católica, en cuyo pecho ardían á la vez el amor divino y el amor patrio. Por esto hizo progresar notablemente á su país, en todo sentido, hasta el punto de captarse el aprecio de las naciones católicas y las simpatías de los Sumos Pontífices Pío IX y León XIII, de ilustres obispos como el cardenal Pie, de escritores distinguidos como Luis Veuillot, todos los que han hecho cumplido elogio de las virtudes públicas y privadas del benemérito gobernante ecuatoriano. Para toda persona de criterio desapasionado, García Moreno es indudablemente *un hombre que honra al hombre*; un modelo de patriotismo y de honradez acrisolada, digno por lo mismo del respeto y afecto de cuantos estiman el saber, la hidalguía, la grandeza del alma y la virtud sincera.

Estos y otros hombres esclarecidos merecen el hermoso título de patriotas, porque buscaron sólo el bienestar del suelo natal y se sacrificaron por él. Muchos de ellos, á pesar de sus méritos y servicios, fueron víctimas del odio gratuito de los demás y, olvidados de los suyos, acabaron sus días prematuramente; ya que la ingratitud es de ordinario la corona que circunda en esta vida la frente de los grandes hombres. El desinterés, la generosidad, la virtud, en una palabra, son el distintivo del verdadero patriotismo, que obra proezas en favor de los otros. «Nadie puede ser buen patriota sino el hombre virtuoso, el hombre que comprende y ama todos sus deberes, y se esmera en cumplirlos», ha escrito Silvio Pellico¹. «Nunca se confunde ni con los aduladores de los poderosos, ni con el maligno adversario de toda autoridad: ser servil y ser inobediente son dos excesos análogos.» «El hombre», añade Montesquieu, «cuanto más cree deber á la religión, tanto más cree deber á la patria.»

6. El apostolado seglar. — Aun cuando sólo la Iglesia es la depositaria de las verdades reveladas y la única llamada á enseñarlas, pública y oficialmente; aun cuando ella sola posee un verdadero sacerdocio encargado de comunicar á los fieles los dones de lo alto y de instruirlos en la ciencia de salvarse, esto no impide que los seglares, como hijos amantes de tan buena madre, se ocupen por su parte en defender sus creencias, en propagarlas y en ejercer lo que se llama el *apostolado seglar*, bajo la dirección y vigilancia de los pastores de la Iglesia. Si los ejemplos son más eficaces que las palabras, para inducir á otros á lo bueno ó á lo malo, preciso es atraer á los demás al recto camino, con una conducta irreprochable, con la insinuación afectuosa y con la activa propaganda de las sanas doctrinas.

Como en nuestros días, á medida que ha disminuido la fe, han ido en aumento la corrupción y la impiedad, es necesario recordar á todos», dice un escritor moderno², «aquella

¹ «Mis prisiones».

² P. Alarcón y Milán, *Del apostolado en las mutuas relaciones*.

frase de la Escritura: *á cada uno de los hombres mandó Dios que cuidase de su prójimo* (Eccí. XVII, 12). En estas circunstancias todos convienen con Tertuliano: *in his omnis homo miles*; por el mero hecho de ser hombre, de ser cristiano, hay que ser soldado, hay que pelear, defender y defenderse. Nunca menos que ahora se ha de considerar cada individuo solo en el mundo y sin responsabilidad en la suerte de los otros. Con el buen ejemplo, con la buena índole, con los buenos sentimientos se ha de procurar abrir camino hacia el corazón de los otros, para llevarlos á Dios.

«Por qué un joven cristiano», pregunto con el ilustre obispo de Orleans¹; «por qué un joven lleno de fe y de inteligencia, no ha de aspirar á ese alto y gran destino de defensor de la Iglesia y sus doctrinas; y, sin dejar el mundo, sin consagrarse al apostolado del sacerdote, no ha de crearse un apostolado laico, y en esa lucha de doctrinas, en esa irrupción de todos los errores, no ha de aparecer en su puesto de combate, como un soldado de Dios y de la verdad en el mundo? Debería hacerlo tanto más cuanto que el campo de la apologetica es inmenso: todo se convierte en arma contra la religión, pero todo á su tiempo sirve para su defensa: las ciencias se invocan contra el Cielo; pero todas igualmente dan testimonio de lo invisible y del misterio de Dios. Los mismos estudios profanos, cualesquiera que sean, pueden ir á la apologetica, si se les da esta dirección. Y ¿por qué no dárseles?»

En la defensa de la verdad católica debe la juventud desplegar actividad y sobre todo energía; porque en la época actual se combate á la Iglesia y sus dogmas no tanto por impiedad cuanto por miedo. Sed católicos firmes, hay que repetir á menudo á los jóvenes de nuestros días; gloriosos de vuestras creencias, confesadlas y profesadlas con entereza en la plaza pública, en las aulas, en el campamento; no os avergoncéis de ser fieles á Dios; defended á la Iglesia de los ataques que recibe de adversarios y traidores; sed humildes en la fe y dóciles á la voz del deber; y entonces,

¹ Cartas sobre la educación intelectual.

como dice Montalembert, aun cuando el mundo no sea siempre salvado por vosotros, os obedecerá y se inflamará con vuestras palabras y ejemplos.

«Valor, juventud cristiana, la más hermosa esperanza de la religión y de la patria!» repetiré con un elocuente escritor¹; «acudid sin miedo á esos combates pacíficos en que encontraréis la mejor corona que puede ceñir vuestra frente, á esos combates que os prepararán palmas que recogeréis en el cielo! Sed siempre dignos de vuestros padres y predecesores en la fe; dirigid la mirada á esa arena en donde diariamente libra gloriosas batallas una falange de sabios y piadosos cristianos. En este siglo, en que los más repugnantes errores se difunden por todas partes, sería una debilidad guardar silencio. Los que están en posesión de la verdad, no deben tenerla cautiva, ni esperar en un reposo criminal las provocaciones insidiosas de la irreligión y el vicio. De pie y con cristiana entereza es preciso hablar, escribir y perseguir con todos los medios lícitos á esa multitud de escritores que adoran el *becerro de oro*; que prostituyen su pluma, poniéndola al servicio de doctrinas abominables y que se proponen apagar en el vulgo ignorante y apasionado los restos de una fe nada ilustrada y de una moral muy poco cimentada.

«¡Bendita sea la providencia que jamás ha dejado á su Iglesia sin defensores; que ha suscitado en todo tiempo un sinnúmero de héroes que, con lógica invencible y aun con su sangre generosa, han defendido los sagrados derechos de Dios y de su Iglesia!... La religión ha inscrito sus nombres en sus gloriosos anales: cuidad, jóvenes, de conocerlos, y de que el reconocimiento los grabe en vuestros corazones. Al ver á esos *fuertes de Israel* pelear con un celo tan vivo como ilustrado las peleas del Señor, despreciad los temores de los pusilánimes; animaos á los mismos combates, consagrandos vuestra alma y corazón al conocimiento y amor de esta Iglesia contra la cual no prevalecerán jamás las puertas del infierno. Para ella todo vuestro amor, todos vuestros

¹ Gaudí, Le collége.

tros bienes, hasta vuestro último suspiro. *Si me olvidare de ti, ¡oh Jerusalén, entregada sea al olvido, seca quede mi mano diestra! Pegada quede al paladar la lengua mía, si no me acordare de ti, ¡oh santa Sión!* (Ps. CXXXVI, 5. 6.)»

Que el apostolado seglar está de acuerdo con la enseñanza católica y ha sido inspirado por ella, lo comprueban estas palabras de Mons. Schœpfer, obispo de Tarbes¹: «La misión confiada á la Iglesia, ó sea la extensión del reino de Dios en el mundo, es obra de todos los cristianos; porque, para hacerse dignos de este reino, no basta establecerlo en el corazón de cada uno, sino que todos, convirtiéndose en apóstoles, lo han de difundir entre los demás, en cumplimiento de la ley de celo y caridad, que es la esencia misma del cristianismo. En el Evangelio leemos, en efecto: *Brille vuestra luz ante los hombres, de manera que vean vuestras buenas obras y glorifiquen á vuestro Padre que está en los cielos*. Estas palabras son de nuestro Señor Jesucristo. *Vosotros sois el linaje escogido, el sacerdocio real, la nación santa, el pueblo de las divinas conquistas*. Así habla San Pedro. *Dios que mandó salir la luz de en medio de las tinieblas, ha hecho brillar su claridad en nuestros corazones, á fin de que podamos iluminar á los demás y darles el conocimiento de la gloria de Dios*. Este es el lenguaje de San Pablo.»

«¿Qué más se necesita», observa el abate Moniquet², «para justificar, suscitar y aplaudir el apostolado laico? Éste no es objeto de lujo del que puede prescindir la Iglesia; sino que cada uno debe ejercitarse en dicho apostolado, en su esfera de acción y en la medida de sus fuerzas.»

7. El apostolado seglar en algunas naciones de Europa.—Los seglares católicos de Europa, comprendiendo la importancia de este apostolado, han defendido los intereses de la Iglesia y propagado las obras de beneficencia con celo y constancia dignos de aplauso. Recordemos algunos hombres ilustres y hechos laudables de estos tiempos, para estímulo de la juventud cristiana.

¹ Mandement de Carême.

² Apostolat laïque.

La Francia católica inauguró ó, por lo menos, hizo revivir, por medio de los simples fieles, el apostolado seglar, en el siglo XIX. En sus comienzos aparece José de Maistre, que da principio á la reacción católica sobre el filosofismo impío y devastador del siglo XVIII. Su acerada pluma, empapada en la filosofía y teología cristianas, deshizo las preocupaciones y odios que los enciclopedistas habían acumulado en contra de la Iglesia y de sus enseñanzas. Vino después Chateaubriand, quien hizo en el campo literario el mismo bien que de Maistre en el del pensamiento. Espíritu cultivado y recto, atrajo con su estilo seductor á muchos extraviados al terreno de la verdad.

Con Montalembert y Luis Veuillot el apostolado laico pasa del campo especulativo al de los hechos. No basta probar que el catolicismo es digno de amor y de veneración; se trata de devolverle su antiguo prestigio en la sociedad.

A la apologetica sucede la polémica. Montalembert lucha en el parlamento, y obtiene para los católicos preciosas libertades que valen más que los triunfos obtenidos por Napoleón en los campos de batalla; mientras que Veuillot hace de la prensa un baluarte inexpugnable contra los avances del error y el despotismo, hasta llegar á ser el primer polemista de Francia, en el siglo pasado.

Con Federico Ozanam y Alberto de Mun la acción católica pasa del terreno de las luchas parlamentarias y periodísticas al de la acción práctica y social. El primero funda las conferencias de San Vicente de Paul, para socorro y consuelo de los pobres; y el segundo los círculos católicos de obreros, institución originaria de la Alemania católica, para moralizar á la clase trabajadora y suavizar su dura condición. Trátase, según el abate Moniquet, á quien debemos estos datos, de levantar mediante la observancia de los principios cristianos, á esta masa obrera tan cuidadosa de los intereses materiales, á la que fascina el socialismo con sus halagos y supuestas reivindicaciones. Por los resultados obtenidos, los círculos de obreros dan la medida de lo que producirán en el porvenir.

Fernando Brunetière, literato eminente, erudito como pocos, filósofo y lógico sin rival, ha venido también á engrosar las filas del apostolado laico. El ha penetrado en el laberinto de los errores del libre pensamiento, y los ha pulverizado con una precisión, una seguridad y una dialéctica atractivas y convincentes. Dotado de mirada penetrante, sin perder de vista la síntesis, desciende al detalle y al análisis, siempre guiado por una metafísica impecable.

Marcos Sangnier-Lachaud ha emprendido, á ejemplo del Conde de Mun, la obra de introducir en la clase trabajadora el espíritu cristiano, y los frutos obtenidos en corto tiempo son abundantísimos. Orador distinguido, agrada y persuade en especial á los jóvenes obreros, para los que ha establecido los *círculos de estudios*, en donde con la discusión, la enseñanza y el ejemplo, se fortalecen las almas para las luchas de la vida; conocen sus derechos y deberes, sin desertar de la religión que afirma el bienestar presente y la esperanza de la existencia futura.

El eminente literato, miembro de la Academia, Franciso Coppée, una de las glorias actuales del apostolado seglar en Francia, debió á una larga enfermedad volver al buen camino, como lo refiere el mismo en páginas incomparables. Desde entonces ha puesto su pluma, su talento y actividad al servicio de la Iglesia, mereciendo lugar preferente entre los que luchan hoy en el terreno de la prensa y de la acción por la defensa de la verdad católica.

León Harmel, llamado el *padre de los obreros*, ha procurado organizar sus fábricas y talleres conforme á las enseñanzas dadas á los patrones por León XIII en su admirable Encíclica *Rerum novarum*; de modo que reinan el orden y el contento entre los trabajadores, comprobándose así prácticamente que principalmente la doctrina católica puede evitar las huelgas y poner en paz á capitalistas y jornaleros.

Hemos nombrado únicamente á los jefes del apostolado laico en Francia, en la pasada centuria; pero ellos tienen además numerosos discípulos que en el campo de la apolo-gía, del pensamiento, de la discusión, de la caridad y de las obras cristianas trabajan por la verdad y el bien. Julio

Lemaître y Pablo Bourget, hombres de raro ingenio, de grande cultura intelectual y de espíritu recto, se acercan ya á las filas católicas, atraídos por los admirables escritos de Luis Veuillot, quien sigue ejerciendo por medio de ellos un benéfico apostolado. *Defunctus adhuc loquitur*.

Alemania es otro de los países de Europa en que el apostolado seglar ha obtenido gloriosas conquistas. Sabido es que la causa católica estuvo abatida en Alemania hasta mediados del siglo pasado; pero Dios suscitó á un hombre, Mons. Ketteler, obispo de Maguncia, quien encarnó en sí todo el movimiento social católico del Imperio. León XIII, después de leer sus sermones, en que trata también de la cuestión social, exclamó: «Ketteler era mi gran precursor.»¹

El prelado maguntino tuvo activos colaboradores y sucesores en varios miembros del clero. El presbítero Dasbach, infatigable campeón de la causa católica, fundó importantes periódicos y contribuyó eficazmente á la asociación de los labradores, para contrarrestar la usura de que eran víctima sobre todo los aldeanos. El presbítero Kolping estableció las asociaciones de oficiales de artesanos, cuyo objeto es reunir á los artesanos jóvenes para ofrecerles las ventajas de la familia cristiana. El abate Cetty, muy conocido por sus monografías sobre la familia obrera, fundó un gran círculo, que en 1891 contaba 750 socios de la clase trabajadora; y principalmente el sábio presbítero Hitz, conecador como pocos de las cuestiones sociales de actualidad, es, por decirlo así, el legislador de la clase obrera en Alemania y activo propagador de los círculos. La acción del clero alemán se ha extendido á todas las jerarquías de la sociedad y abrazado todas sus necesidades. Ya en 1860 pertenecían cincuenta eclesiásticos á los diversos parlamentos del Imperio, concurriendo varios de ellos al *Reichstag* y al *Landtag* prusiano, entre ellos los abates Hitz, reputado como uno de los mejores oradores del *Centro*, Winterer, autor de muchos libros sobre el socialismo, Schädler, uno de los miembros más eminentes del *Centro* y orador distinguido, Majunke, personalidad muy visible, redactor de la *Germania*;

¹ Cf. *Kaunigkier*, Ketteler y la organización social en Alemania.

los canónigos Müller y Franz, á más de muchos obispos y sacerdotes elegidos para los parlamentos de Prusia, de Baviera y otros Estados.

Los jesuitas han cooperado eficazmente, con su ciencia, celo y actividad, al florecimiento de la vida católica en Alemania. La elocuencia de los Padres Roh, Potgiesser, Anderledy, Dosenbach, Frey, de Doss produjo verdaderos prodigios. El colegio de Maria-Laach fue un centro de altos estudios, y por lo mismo, un semillero de sabios, de apolo- gistas, de teólogos, filósofos y literatos distinguidos, tales como los Padres Kleutgen, Deharbe, Wilmers, Lehmkuhl, Meyer, Pesch, Schneemann, Riess, Cornely, Kolberg, Baumgartner, Gietmann, Knabenbauer, Hummelauer, Cathrein, Dressel, Diehl y muchos otros. *Las Voces de Maria-Laach*, excelente revista católica alemana, redactada por jesuitas, tratan con maestría de cuestiones religiosas, sociales, históricas, etc., siendo un arsenal de ciencia y de erudición.

Hablemos ya de los seglares. El jefe de ellos en la Alemania católica fue indudablemente Windthorst, quien, aunque endeble de cuerpo, tenía alma ardiente, prodigiosa elocuencia, ingenio bien cultivado y, ante todo, sincero amor á la Iglesia romana, de la que fue invencible paladín durante más de treinta años. El Centro católico, que con tanta energía y buen éxito ha sostenido los intereses católicos en el Reichstag de la Alemania del Norte, se reformó desde el año de 1871, teniendo por jefes á Savigny, Mallinckrodt, Mons. Ketteler, los dos Reichensperger y Windthorst. El tuvo que habérselas con Bismarck, el famoso canciller de hierro, que, por medio del Kulturkampf se propuso aniquilar al catolicismo; pero una vez más la iniquidad se engañó á sí misma, y la persecución suscitada contra aquél es una de las páginas más hermosas de la historia eclesiástica en el siglo XIX, habiendo Windthorst jugado en ella el primer papel.

Después de Windthorst sigue en mérito Mallinckrodt, el *Moisés del partido católico*, jefe también del Centro, que, dirigido por manos tan hábiles, se ha convertido en *fortaleza inexpugnable*; de modo que su voto é intervención son de suma importancia en las decisiones parlamentarias,

aun en estos días, en que acaba de morir su último jefe, el ilustre Lieber.

También la cuestión escolar, *la más candente y de actualidad*, ha apasionado los ánimos en Alemania. Los oradores del Centro han insistido en la necesidad de la escuela cristiana, y han reivindicado para el clero la influencia que le corresponde en ella y, sobre todo, la necesidad de la enseñanza religiosa. En la *Asociación de maestros de escuelas católicas*, el director Brück, de Bochum, ha dicho: «¡Valor, y adelante en la lucha por la escuela cristiana!» El profesor Thöemmes, de Wiesbaden, exclamó: «Defenderemos á capa y espada la escuela cristiana, y declaramos muy alto que la Iglesia tiene en ella un derecho histórico y divino.» El profesor Hœhler, de Niederseltz, discurria así sobre el mismo tema: «Se nos dice: ¡Los curas á la puerta de la escuela! ¿Y por qué? Si el cura es por sí mismo educador y profesor, ¿entenderá menos en cuestiones pedagógicas que otro que por azar no lleve sotana?»

Con el entusiasmo del clero y de los seglares ha progresado inmensamente en Alemania la causa católica; en pocos pueblos tiene ésta organización más acertada¹.

También en Austria-Hungria se ha dejado sentir la acción del apostolado laico, dirigido por el clero. Fué un sacerdote, Sebastián Brunner, historiador y poeta satírico, quien fundó el periodismo católico en Viena, luchó sin tregua contra el jeseñismo y el judaísmo, consiguiendo despertar el sentimiento católico en las clases sociales, logrando aun el favor, la confianza y amistad del príncipe de Metternich, no obstante su absolutismo y principios liberales.

Los judíos se habían apoderado de la prensa, de la Universidad, del comercio y del gobierno, haciendo guerra tenaz á los católicos; pero esto mismo los estimuló á defender sus creencias é intereses, y dirigidos por Lueger establecieron periódicos, fundaron el partido antisemita, y consiguieron en 1891 enviar algunos diputados al parlamento, hasta que

¹ Cf. *Kannengitter*, «El despertar de un pueblo», y «Los católicos alemanes».

el mismo Lueger logró ser elegido alcalde de Viena. Con motivo del proyecto de matrimonio civil obligatorio, acariciado por el ministro Weckerle, el episcopado húngaro manifestó su disgusto por tan peligrosa medida, y en el congreso católico de Komorn, del 23 de abril de 1893, el conde Ladislao Szapary trató de la paz entre la Iglesia y el Estado, y de que éste no debía perseguir á aquella. En las Cámaras del mismo año pronunciaron discursos elocuentes Mons. Schlauch y Mons. Hornig, en contra del matrimonio civil, con lo que el debate quedó aplazado; pero la cuestión fue nuevamente traída por el Gobierno al tapete de la discusión, con cuyo motivo se reunió, en enero de 1894 un inmenso congreso católico en Budapest (bajo el amparo del episcopado), al que acudieron, presididos por el cardenal Vaszary, hombres como Hunyadi, Zichy, Almasy, Esterhazy, Szechenyi, Szapary y otros nobles y valientes católicos. En dicha asamblea fueron reivindicados con firmeza y sabiduría los derechos de la Iglesia, entre otros por el Conde Esterhazy, M. Otcoska y el Conde Hernando Zichy. Posteriormente se organizó el *partido popular católico*, bendecido por León XIII, partido cuyo fin es el desenvolvimiento del sentido cristiano en todos los terrenos de la vida pública¹.

La Bélgica católica ha dado igualmente grandes pruebas de vitalidad, sobre todo en los últimos veinte años del siglo pasado. La excesiva confianza, y acaso alguna desunión ó inercia de los católicos, dió origen á que los liberales escilasen el poder y diesen, una vez apoderados de él, leyes opresoras contra la conciencia católica, en especial en materia de enseñanza, lo que produjo la protesta del episcopado belga, presidido por el celoso cardenal Dechamps, y entusiasmo al partido católico, que, con su intervención activa en las elecciones, obtuvo mayoría en las Cámaras y derrotó en 1884 al ministerio liberal masónico, cuyo jefe era Frère-Orban.

Página muy gloriosa para los católicos belgas es la lucha sostenida durante cinco años contra la ley inicua sobre ins-

¹ Cf. *Kannengieser*, Judíos y católicos en Austria-Hungría.

trucción pública, dada en 1879, hasta dar con ella en tierra. Organizados y disciplinados convenientemente, secundaron la acción de los obispos, acudiendo á la prensa, á la propaganda verbal, al parlamento; fundando escuelas, ofreciéndose como profesores gratuitos, acudiendo todos, aun los pobres, al sostenimiento de aquellas, con lo que, á pesar de la resistencia y opresión del Gobierno, las escuelas oficiales quedaron desiertas, y la enseñanza católica ganó inmensamente.

La Universidad católica de Lovaina, una de las más célebres de Europa, amparada por el episcopado belga, es uno de los baluartes del catolicismo en el reino. Igualmente la Sociedad Científica de Bruselas, á que pertenecen muchos católicos, es un centro de altos estudios y de cultura intelectual.

8. Para amar y defender á la Iglesia es preciso conocerla; su misión en el mundo.—El hombre no puede sostener y amar una causa, si no la conoce y está persuadido de su intrínseca valía. La ignorancia de la constitución y excelsas prerrogativas de la Iglesia, da no pocas veces origen á que se la desestime y combata; por esto es necesario que la juventud adquiera un conocimiento exacto de ella.

La Iglesia, según la frase de León XIII, *es la obra inmortal de Dios* y una de las manifestaciones más sorprendentes de su amor al hombre; divina por su origen y constitución, se propone directamente la felicidad eterna y el perfeccionamiento moral de la gran familia humana. Mas para que pueda cumplir su misión, es preciso que su sabiduría y grandeza sean reconocidas y acatadas por los pueblos y sus gobernantes. «La Iglesia es la sociedad más perfecta que existe sobre la tierra», afirma Benoit; «sociedad esencialmente sobrenatural, continuadora, en el mundo, de la obra de Jesucristo, con el que forma una sola cosa, como la esposa es una con el esposo (Matth. XIX, 6) y el cuerpo es uno con la cabeza: ella es independiente de todas las sociedades humanas y superior á éstas por su fin y excelencia. *Reino de Dios y de su Cristo, reino de los cielos establecido en la tierra, reino que no es de este mundo* (Joan. XVIII, 36), pero que está en

el mundo; imperio verdadero, aunque espiritual, creado por el Eterno y su Verbo para abrazar dentro de su unidad á todos los hombres; asociada á la misión y á los poderes de Cristo, y por consiguiente, á su autoridad soberana sobre los individuos, las familias y los Estados; encargada, en fin, de guiar al género humano á su fin sobrenatural.¹ La Iglesia es, por tanto, una sociedad verdadera, perfecta y plenamente libre, que tiene derechos propios y constantes, conferidos por su divino Fundador, derechos que ningún poder terreno puede limitar, ni circunscribir, ni estrechar en límites dentro de los cuales deban ejercerse².

Tal es la Iglesia por derecho divino, tales son su constitución y altísimo ministerio en el mundo. Mas, no obstante su nobilísima misión, ninguna institución ha sido más combatida desde su origen, ni ha obtenido á su vez y en todo tiempo triunfos más gloriosos y repetidos. La Iglesia fué fundada en la época en que las águilas romanas cernían sus alas sobre la mayor parte del mundo entonces conocido; en la época en que Roma se elevaba como un coloso sobre pueblos sin número, que le rendían humilde vasallaje. Doce hombres pobres, desprovistos de ciencia y de poder humanos, pero llenos del espíritu de Dios y de sabiduría celestial, realizaron la obra estupenda de predicar el Evangelio y de extender por las tres partes del mundo la Iglesia fundada por Cristo. Pedro y Pablo penetran en Roma, y con su predicación y ejemplo conquistan, aun en el palacio de los césares, innumerables prosélitos; luego plantan la cruz en el Capitolio, y hacen de la metrópoli del mundo pagano la sede y asiento del pontificado supremo de la cristiandad. Y cuando los bárbaros destruyen el Imperio romano y pretenden reducirlo todo á escombros, la Iglesia se apodera de ellos, los instruye y moraliza, y una vez convertidos, los

¹ «La Ciudad anticristiana en el siglo XIX».

² El Papa Pío IX condenó como errónea la siguiente doctrina: «Ecclesia non est vera perfectaque societas plane libera, nec pollet suis propriis et constantibus iuribus sibi a divino suo Fundatore collatis; sed civilis potestatis est definire quæ sint Ecclesiæ iura ac limites, intra quos eadem iura exercere quest» (Alloc. Singulari quadam, d. d. 9 Dec. 1854. — *Syllabus* prop. XIX).

impulsa á fundar pueblos que luego sirven de base á la fundación de muchos de los Estados de la vieja y culta Europa.

«La Iglesia», dice Huysmans¹, «ejerce una influencia como hereditaria en la humanidad, desde hace siglos. Desolada ó grandiosa, infunde en el hombre desapego á la vida presente; predica la paciencia, la contricción, el espíritu de sacrificio, empeñándose en curar las dolencias humanas con la vista de las heridas sangrientas de Cristo, prometiendo la mejor parte del paraíso á los afligidos, exhortando al hombre al sufrimiento, á ofrecer sus vicisitudes y tribulaciones á Dios, como un holocausto. Ella es verdaderamente maternal y tierna con los miserables, compasiva con los oprimidos, pero también enérgica é intransigente con los opresores y los despotas.»

9. Beneficios que la Iglesia ha hecho en el mundo.—¿Quién, al recorrer las páginas de la historia eclesiástica, no se siente enardecido y maravillado al contemplar los inmensos bienes que la Iglesia católica ha prodigado á los individuos y á los pueblos, en los casi veinte siglos que lleva de existencia; y esto á pesar de los obstáculos y de la guerra tenaz que el infierno, auxiliado por el error y el vicio, por la impiedad y el despotismo, le ha suscitado en todo tiempo? Ella salvó al mundo antiguo de la ruina en que le sumieron los bárbaros; ella rehabilitó á la mujer, degradada por el paganismo, y la hizo compañera del hombre; ella destruyó la lepra de la esclavitud, que había envilecido á una parte muy considerable del linaje humano; proclamó la igualdad de origen y de destino último de todos los hombres; promovió y enseñó las buenas costumbres; dilucidó los horrores de la guerra; favoreció el cultivo de las ciencias y de las artes; hizo, en fin, progresar á los individuos y á los pueblos, en el orden moral, intelectual y aun material.

«Al catolicismo», dice Balmes², «se debe la idea clara, el vivo sentimiento del orden moral en toda su grandeza y hermosura; á él se le debe lo que se llama conciencia propia; tal; el verdadero conocimiento del hombre, el aprecio

¹ Pages catholiques.

² El protestantismo comparado con el catolicismo.

de su dignidad, la estimación, el respeto que se le dispensa por el mero título de hombre; él ha desenvuelto en nuestra alma los gérmenes de los sentimientos más nobles y generosos, puesto que ha levantado la mente con los más altos conceptos, y ha ensanchado y elevado nuestro corazón, asegurándole una libertad que nadie le puede arrebatar, y brindándole con un galardón de eterna ventura.»

Siempre combatida, pero nunca vencida, provista de la autoridad y poderes de Dios, inmutable en su dogma y moral, continúa la Iglesia, tranquila e impertérrita, su excelsa misión, derramando a torrentes luz y bienestar entre sus hijos y entre las naciones que se alimentan de su divina savia.

¿Qué causa, qué institución, lo repito, más grandiosa que la Iglesia, y más merecedora, por lo mismo, de que la juventud la ame y defienda con calor y decisión? Si al recordar los hechos notables de la vida de los pueblos, si al tratarse de libertar de la tiranía a una nación injustamente oprimida, la juventud es la primera en reprobar tal injusticia y en prestar decidido apoyo a la causa del derecho y de la libertad; ¡con cuánta mayor razón debe ofrecer talento y aun vida misma en defensa de la Iglesia, tan perseguida como inicua-mente calumniada! ¿Quién no ama la pureza de la virgen, la constancia del apóstol, la abnegación del misionero, la sangre del mártir, la hoguera de la víctima? Pues la Iglesia representa en el mundo el sacrificio perpetuo, la fe desinteresada y dolorosa, y su historia es el poema de la persecución y de la muerte.

Es indudable que el amor a la religión y a la patria han de estar unidos en todo corazón bueno, y que la juventud debe hacer de ellas el objeto preferente de sus desvelos. *Pro aris et focis* han combatido los hombres de bien desde el origen de los tiempos.

SEGUNDA PARTE.

LA ENSEÑANZA.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN[®]
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

de su dignidad, la estimación, el respeto que se le dispensa por el mero título de hombre; él ha desenvuelto en nuestra alma los gérmenes de los sentimientos más nobles y generosos, puesto que ha levantado la mente con los más altos conceptos, y ha ensanchado y elevado nuestro corazón, asegurándole una libertad que nadie le puede arrebatar, y brindándole con un galardón de eterna ventura.»

Siempre combatida, pero nunca vencida, provista de la autoridad y poderes de Dios, inmutable en su dogma y moral, continúa la Iglesia, tranquila e impertérrita, su excelsa misión, derramando a torrentes luz y bienestar entre sus hijos y entre las naciones que se alimentan de su divina savia.

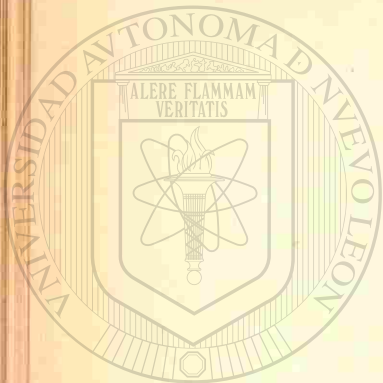
¿Qué causa, qué institución, lo repito, más grandiosa que la Iglesia, y más merecedora, por lo mismo, de que la juventud la ame y defienda con calor y decisión? Si al recordar los hechos notables de la vida de los pueblos, si al tratarse de libertar de la tiranía a una nación injustamente oprimida, la juventud es la primera en reprobar tal injusticia y en prestar decidido apoyo a la causa del derecho y de la libertad; ¿con cuánta mayor razón debe ofrecer talento y aun vida misma en defensa de la Iglesia, tan perseguida como inicua-mente calumniada! ¿Quién no ama la pureza de la virgen, la constancia del apóstol, la abnegación del misionero, la sangre del mártir, la hoguera de la víctima? Pues la Iglesia representa en el mundo el sacrificio perpetuo, la fe desinteresada y dolorosa, y su historia es el poema de la persecución y de la muerte.

Es indudable que el amor a la religión y a la patria han de estar unidos en todo corazón bueno, y que la juventud debe hacer de ellas el objeto preferente de sus desvelos. *Pro aris et focis* han combatido los hombres de bien desde el origen de los tiempos.

SEGUNDA PARTE.

LA ENSEÑANZA.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN[®]
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



CAPÍTULO PRIMERO.

DE LA ENSEÑANZA EN GENERAL.

1. Definición, fin y utilidad de la enseñanza. — 2. Bienes de la instrucción, y daños de la ignorancia. — 3. Cualidades de una buena enseñanza. — 4. Diversas categorías de enseñanza. — 5. La libertad de la enseñanza y de la cátedra. — 6. Organización de la enseñanza. — 7. Necesidad de un plan ó programa de enseñanza; cualidades que ha de tener. — 8. La enseñanza del latín. — 9. Método antiguo ó clásico de enseñanza, y método moderno ó técnico.

1. Definición, fin y utilidad de la enseñanza. —

En la *primera parte* de esta obra se ha expuesto los principios de la educación cristiana y tratado de las materias que con ella se enlazan. En esta *segunda parte* nos ocuparemos en la instrucción, complemento necesario de la educación y medio indispensable para el desenvolvimiento y debido ejercicio de las facultades humanas.

«La enseñanza en su acepción común es la transmisión por una persona á otra de los conocimientos que posee: tiene por misión alimentar la inteligencia y satisfacer el deseo y la necesidad de saber, que desde la infancia siente el hombre.»¹

«La enseñanza debe suministrar al niño el conocimiento teórico y práctico de la materia que estudia, desarrollar armónicamente todas sus facultades y darle una formación proporcionada á su posición social y á las ocupaciones que haya de tener después.»

Muy importante es el papel de la enseñanza en la formación intelectual y moral del hombre, quien al nacer trae sus facultades como en germen y grabadas en su alma por el mismo Dios las verdades primordiales del derecho natural.

¹ Alcántara y García, Educación intuitiva.

Mas para el conocimiento exacto de ellas y sobre todo de sus consecuencias próximas y remotas, así como para poseer los ramos del humano saber, necesita que, por medio de la enseñanza, *se vaya forjando y amueblando su inteligencia*, iniciándose en los secretos de la ciencia y avanzando lentamente en sus vastísimos dominios. Con razón se ha dicho que *la enseñanza es el principal motor y estímulo de las facultades del espíritu*, el origen de la mayor parte de sus conocimientos, un medio poderoso de promover la cultura intelectual y moral, y por tanto la condición necesaria de toda educación individual y social.¹

La acción benéfica de la enseñanza no se limita á sólo el desarrollo intelectual, sino que contribuye también mucho á la cultura moral. En efecto, la enseñanza debidamente dada comprende tanto las verdades científicas como los consejos, direcciones y ejemplos que el educador suministra al discípulo; todo lo cual despierta en él los buenos sentimientos, reprime los malos, fomenta el espíritu de religión y de piedad, y sirve de norma para el gobierno de la vida.²

Aun cuando es uno el fin de la enseñanza, se la puede considerar bajo tres aspectos: la adquisición de los conocimientos ó la instrucción, la cultura de las facultades, y el desarrollo del sentido moral y cristiano. Trataremos de ellos separadamente por el lado práctico, ya que del especulativo nos hemos ocupado en la primera parte de esta obra.

2. Bienes de la instrucción y daños de la ignorancia.—La instrucción es el conjunto de conocimientos precisos y coordinados que el alumno ha adquirido por su trabajo personal. Por medio de la enseñanza recibe el niño el pan intelectual, y por medio de la instrucción lo asimila. Los conocimientos han de ser *precisos*, porque no es ins-
truido quien posee sólo ideas vagas, oscuras é incompletas;

¹ Cf. *Éléments de pédagogie pratique des Frères des Ecoles Chrétiennes*—*Traité théorique et pratique de méthodologie*—*Vade-mecum de l'éducateur chrétien*—*Règles, Directoire scolaire*: obras importantes que nos servirá de principal guía en estos primeros capítulos, y cuya doctrina extraeremos de extractar y resumir.

² *Alcántara y García*. Lecciones de cosas.

coordinados, esto es, conocidos desde su origen y relacionados entre sí; *asimilados*, porque la sabiduría no es cosa artificial y unida al alma por fuera, sino algo inherente á ella, que le impulsa á obrar y forma parte de la vida del espíritu.

La instrucción es un gran bien para los individuos y los pueblos, que por su medio aprovechan del caudal científico de las generaciones pasadas y lo transmiten con creces á las venideras. Como el hombre no tiene ciencia infusa, debe adquirirla con esfuerzo propio y también con el auxilio de los maestros que viven en comercio con la verdad; pero este trabajo, aunque penoso, está abundantemente compensado con la fruición que siente el alma al verse transportada á un mundo nuevo, en que lucen como estrellas los que han ampliado el horizonte de la verdad y difundido sus luces por todas partes.

La instrucción es útil, no sólo en el orden especulativo, sino también en el práctico; porque ella ilumina la conciencia é ilustra al hombre, quien es entonces apto para el buen desempeño de sus deberes cívicos, morales y religiosos; mientras que el ignorante deja vegetar vanamente sus facultades, limita mucho su actividad intelectual y moral, vive á oscuras acerca de las cuestiones que más interesan á la humanidad y se priva de uno de los más gratos solaces en medio de las amarguras inherentes á la terrena existencia. Las mejores intenciones, dice un escritor, se estrellan contra el escollo de la ignorancia, el primero y terrible enemigo de la moralidad. Quien no sabe es como quien no ve: tropieza y cae á cada paso. Por esto se afirma que *sin luces no hay moral*.

La ignorancia produce el estancamiento de las fuerzas del espíritu que, faltar de luz, vaga sin rumbo fijo ni nobles ideas que lo estimulen, á modo de esas aves nocturnas que gustan de las tinieblas porque les ofenden los esplendores del sol. La ignorancia es un peligro para la sociedad misma, cuya conservación y adelanto dependen en gran parte de la cultura de sus miembros. La experiencia comprueba que los pueblos más ilustrados, como lo fueron en la antigüedad Grecia y Roma; y lo son en nuestros días Francia, Alemania,

Bélgica, Estados Unidos, etc., avanzan rápidamente por la senda del progreso. La instrucción es á modo de savia en el cuerpo social, que lo vigoriza y dirige para las cosechas de la civilización.

La ignorancia es en cierto modo más peligrosa que el error; porque éste invade sólo á la inteligencia y puede ser contrarrestado por la enseñanza, la discusión, la prensa y otros medios de publicidad. El que ha caído en el error, sobre todo de buena fe, puede salir de él mediante la reflexión personal ó el estudio de obras adecuadas; y por esto vemos diariamente, aun á hombres de ingenio, abandonar sus aberraciones doctrinales, por arraigadas que sean. Pero para la ignorancia hay un solo remedio, la instrucción; y por esto conviene difundirla entre las masas, impulsándolas y estimulándolas á que participen de sus ventajas, dándoles á conocer su importancia y cuidando de que el mayor número posible aprendan cuando menos los principios más elementales del saber.

3. Cualidades de una buena enseñanza.— Varias cualidades debe tener la enseñanza, para llenar su objeto. Ha de ser:

1.^o *Racional*, es decir, fundada en el conocimiento de la naturaleza del niño y del desarrollo de sus facultades. El maestro cuidará por esto de enseñarle con claridad, lógica y abundancia de pruebas; apoyará sus asertos en razones inteligibles; no omitirá nada esencial á las cuestiones expuestas; partirá ordenadamente de lo conocido á lo desconocido, de lo simple á lo compuesto, de lo particular á lo general, de lo concreto y sensible á lo abstracto é inmaterial, haciendo uso de comparaciones apropiadas, al tratar sobre todo de ideas abstractas; manifestará, en fin, el enlace que hay entre las varias nociones relativas á un mismo asunto y ejercerá al alumno no sólo en conocer las cosas, sino en hablar de ellas en términos claros y precisos.

2.^o *Adecuada* en su extensión, alcance y forma á la capacidad del niño. La inteligencia de éste es débil y poco ejercitada, por lo que el maestro ha de enseñarle la verdad con parsimonia, sin fatigarlo, ni acudir á deducciones abstrac-

tas que no comprende, ni á clasificaciones numerosas que le confunden. Así como no todos los estómagos soportan un mismo alimento, y cualquier exceso les causa daño, también el profesor no ha de comunicar al niño cuanto sabe en cada materia, sino lo que esté á sus alcances, lo necesario y oportuno, empleando en lo posible ejercicios prácticos y repitiendo las explicaciones, á fin de facilitarle la comprensión de la materia explicada. La variedad en los ejercicios escolares, despertando el interés y sosteniendo el ardor en el trabajo, agrada mucho al alumno y contribuye al desarrollo de sus facultades.

3.^o *Animada y atractiva*. De parte del maestro es animada la enseñanza cuando posee bien la materia y transmite sus conocimientos por el lado que más atrae y convence, evitando la sequedad y la aridez, efecto del uso casi exclusivo del libro, de la ausencia de trabajo personal, de la vulgaridad y excesiva extensión de las explicaciones, de la monotonía de los ejercicios y de la falta de preparación para la clase. Cuida de instruir recreando y evita la rutina, que destruye el sello personal y vivo de la enseñanza, al reducirla á un mecanismo pesado é inconsciente, por la anual repetición de unas mismas lecciones y explicaciones. El dirigir preguntas á los alumnos contribuye á despertar entre ellos el interés y á evitar la sequedad; así como la diligente preparación de las lecciones, la adquisición de nuevas ideas y la perfección en los métodos impiden la monotonía y la rutina.

Es animada la enseñanza para los alumnos, cuando ésta ejercita sus facultades, los impulsa á reflexionar, cautiva su atención, los estimula al trabajo, sin causarles disgusto y aburrimiento, y contribuye, en fin, á su desarrollo intelectual. De este modo se forma el juicio del alumno, se corrigen sus errores y acostumbra al raciocinio; que es el fin principal de la enseñanza.

4.^o *Lenta y graduada*. Como el niño ignora casi todas las verdades científicas, conviene enseñárselas con calma y lentitud, dándole tiempo para que las comprenda, las clasifique y retenga. Así como el alimento nutre á medida de su asimilación al organismo, también la enseñanza es útil cuando

se la hace propia, al asimilársela. El profesor no ha de ir almacenando en la cabeza del niño nociones e ideas sin orden ni concierto, lo que, á más de inoficioso, cansaría su cerebro, sino que ha de instruirle paulatinamente, conforme á su edad y aptitudes, empleando un método determinado y constante, de modo que el alumno avance poco á poco, pero con paso firme y progresivo por la senda del humano saber.

5.ª *Práctica en sus tendencias.* Uno de los fines de la enseñanza es suministrar al hombre medios para satisfacer las necesidades de la vida; por lo que, sin descuidar el lado intelectual y moral, debe aquella tener también en cuenta el lado real y práctico de las cosas. Conviene mucho al niño aplicar lo que aprende, ha dicho Fenelón. Sobre todo en nuestros días se recomienda á los maestros no limitarse á meras especulaciones, sino por medio de ejemplos y representaciones que impresionen los sentidos del niño, hacerle comprender lo que aprende y el resultado positivo que puede sacar de los estudios en los sucesos de la vida ordinaria. Por esto, á más de un fondo común de conocimientos generales é indispensables á todos, se ha de proporcionar á los alumnos otros especiales, apropiados á la industria, al comercio y á las relativas necesidades de cada localidad.

6.ª *Intuitiva;* esto es, debe dirigirse al alma por medio de los sentidos, en especial por el de la vista.

Esta cualidad de la enseñanza aprovecha mucho al niño, quien es naturalmente observador; por lo que los objetos llaman su atención y ponen en actividad su espíritu. Por esto la enseñanza, llamada *objetiva* ó *por el aspecto*, que presenta las cosas á la vista del educando, para que aprecie sus cualidades, es la más apropiada á la primera edad.

Impresionado el niño por los objetos exteriores, se empeña en conocerlos y ejercita la percepción; los examina, compara y deduce analogías, con lo que juzga, raciocina y adquiere un justo concepto de las cosas.

La enseñanza objetiva exige varios útiles, que forman el *material de enseñanza*. Por ejemplo, para la escritura se requieren diversos modelos de letras; para la aritmética, un cuadro del sistema métrico, un numerador, etc.; para la

geometría, colecciones de superficies y de sólidos, con los cortes necesarios para explicar los principales teoremas; para la historia y la geografía, cuadros que indiquen los hechos principales, cartas murales, un globo terrestre, aparatos cosmográficos, etc.

La intuición contribuye poderosamente al desarrollo intelectual, al hacer uso del procedimiento *inductivo*, ó sea del método *analítico*, llamado también de *observación*; pero ella sirve también para la educación moral y religiosa. Es innegable que la contemplación de la naturaleza, la vista de un hermoso cuadro, de una acción heroica y, sobre todo, el buen ejemplo, que es una enseñanza viva, despiertan en el alma nobles sentimientos y la estimulan á obrar bien. Los mismos preceptos morales, para que dejen huella en el alma del niño, deben reducirse á la práctica y apoyarse en ejemplos sensibles. «Herid vivamente la imaginación de los niños», decía Fenelón á los maestros, «y proporcionadles todo revestido de imágenes sensibles. Representadles á Dios sentado sobre un trono con ojos más brillantes que la luz del sol y más penetrantes que el rayo, ojos que todo lo ven y es-cudriñan lo más íntimo.»

Cuando por medio de la intuición conocemos todos los hechos relativos á un asunto, cuando generalizamos y deducimos leyes, la mente está en posesión de él. Entonces la enseñanza *subjetiva*, que es también muy útil y el complemento de la primera, se apodera de los datos é indica el modo de utilizar prácticamente el conocimiento objetivo. Contando con las leyes descubiertas y los hechos observados, los coordina todos, abriendo el camino á nuevas investigaciones. La enseñanza objetiva suministra los materiales para pensar rectamente y llegar á conclusiones exactas; la subjetiva se apropia de estos materiales y conclusiones, y los aplica á fines específicos. La primera averigua los hechos y su significado, pero en un estrecho campo de investigación; la segunda los ordena y consagra á los usos más provechosos, ensanchando dicho campo y las concepciones que resultan de aquella¹.

¹ Cf. *Johannst*, Principios y práctica de la enseñanza.

7º *Moral y cristiana*. Esta cualidad es de suma importancia, porque si toda cultura tiende á mejorar al hombre y á fortalecerle para las luchas de la vida, la enseñanza, lejos de rechazar la religión, ha de solicitar su apoyo é inculcar la observancia de la moral católica, única que ilustra debidamente la conciencia y encamina á su término las acciones humanas. Íntimas relaciones existen entre la educación y la instrucción, por lo que ésta debe cooperar por su parte á la formación moral y religiosa del hombre.

4. *Diversas categorías de enseñanza*.—Como la enseñanza debe adaptarse al desarrollo intelectual, á la situación y necesidades del alumno, y nada varía tanto como esto, hay diversas categorías de enseñanza, que se las designa con los nombres de *formas, regímenes y grados*.

La enseñanza puede ser pública ó privada, recibida individualmente en la familia ó en común en la escuela: estas son las *formas*; el alumno puede ser interno ó externo: estos son los *regímenes escolares*.

La enseñanza en la familia es preferible, sobre todo para los niños de corta edad, á fin de no sustraerlos de la vigilancia de sus padres, que son los educadores naturales, ni del ambiente puro del hogar cristiano; pero, como por falta de tiempo ó de competencia pocos padres pueden instruir á sus hijos, se ha difundido más la enseñanza en común, que tiene la ventaja de sujetar al niño al reglamento escolar, de avivar en él el estímulo y la emulación de sobresalir entre sus compañeros, de acostumbrarlo al trato con los demás, de hacerle comprender la utilidad del esfuerzo personal en la obra de la educación y la valía del hombre, más que por sus dotes de inteligencia, por las del corazón.

El internado presenta serios inconvenientes, como el de alejar al niño del hogar doméstico; hacerlo desafecto á su familia; exponerlo á enfermedades físicas por la aglomeración de alumnos y la falta de higiene, y á peligros morales por la compañía de niños perniciosos; someterlo á un reglamento, á veces nimio, que disminuye la fuerza de expansión y de iniciativa. Por estos motivos es preferible el externado al internado. Pero cuando los padres no pueden retener en la

casa á sus hijos, ó lo que es peor, cuando encuentran éstos peligros en ella, debe preferirse el internado, con tal que se cuide en él de la salud física y moral del alumno, se lo vigile y atienda, se favorezca la iniciativa individual por la formación viril de la voluntad, y se le permita comunicarse con su familia por medio de cartas y visitas.

Hay un régimen mixto, el semi-internado, que permite al alumno pernoctar en su casa y asistir á la escuela ó colegio durante el día, con lo que se evitan los inconvenientes mencionados. El externado es de frecuente uso en las escuelas primarias y en los establecimientos de enseñanza superior ó facultativa.

Siendo la educación de incumbencia de los padres, han de procurar tener bajo su dominio directo á los hijos, á fin de que éstos experimenten el benéfico influjo del hogar y se mantenga la vida de familia, tan provechosa para la sociedad en general. Y si deben concurrir á los establecimientos de enseñanza para recibir instrucción y adquirir una carrera profesional, han de regresar por la tarde á la casa paterna, después de terminada la labor escolar, para informar de la marcha de los estudios á sus padres, oír sus consejos saludables y fortalecerse en la práctica del trabajo y del bien obrar.

Por desgracia, muchos padres prefieren el internado para la formación de sus hijos, á quienes consideran como á pesada carga de que es preciso libertarse. ¡Error lamentable y de funestos resultados para la niñez! Por excelentes que sean los maestros, han de persuadirse los padres de que son aquéllos meros auxiliares suyos en la educación de los hijos, y que los padres tienen el deber de dirigir y vigilar personalmente esta obra importante. Pretender librarse de los hijos como de un estorbo y declinar su cuidado en sólo los maestros, es desconocer los deberes naturales y sagrados que emanan de la paternidad, prescindir de uno de los fines primarios del matrimonio—la educación de la prole—y atraerse los anatemas de Dios y de la sociedad. Deben convencerse los padres de que por el matrimonio se impusieron graves obligaciones personales, y que si no educan bien á

sus hijos, nada de provecho hacen para la familia y el Estado, por más que se dediquen á otras labores.

La enseñanza admite tres órdenes ó grados: *primaria, secundaria* (ó media) y *superior* (ó facultativa).

La enseñanza primaria se propone iniciar al niño en los principios más elementales de los conocimientos humanos, á fin de que adquiera un minimum de instrucción que le permita desempeñar sus deberes sociales y religiosos, y satisfacer las necesidades de la vida. De suma utilidad es dicha enseñanza, por lo que merece atención y amparo preferente del poder público, á fin de ponerla al alcance del mayor número posible de personas y promover la ilustración popular.

La enseñanza secundaria (ó media) tiene por objeto la cultura general del alumno, suministrándole nociones en varios ramos del saber, estimulándole al trabajo personal, afirmando en él la fuerza del raciocinio y la extensión de las ideas, é infundiéndole afición á las producciones del ingenio. Esta enseñanza es á la vez *científica y literaria*, por los ramos que abraza, y *clásica ó moderna*, según se dedica al estudio de las lenguas y literaturas antiguas, á la filosofía, á la cultura general de las facultades, ó al conocimiento de las lenguas vivas, de las matemáticas y de las ciencias, como preparación inmediata para las carreras industriales ó agrícolas.

La enseñanza superior ó facultativa intenta la alta cultura teológica, literaria, científica del joven, dada en las Universidades, como remate de la instrucción y medio de obtener una carrera profesional.

5. La libertad de enseñanza y de la cátedra.

Antes de proseguir en la materia que nos ocupa, debemos examinar una cuestión muy importante, la de la libertad de enseñanza, que muchos consideran como valiosa conquista de la revolución francesa del siglo XVIII.

No hace mucho tiempo, un partidario decidido de los principios proclamados en dicha revolución, pronunció en el *Collegio de Francia* estas memorables palabras: «La libertad de conciencia comprende la libertad de pensar, de enseñar y de obrar, y el derecho de usar de esta triple libertad sin

cortapisa alguna.... El hombre es libre, y nadie puede imponerle su voluntad: á él solo debe darse cuenta de las doctrinas que profesa ó enseña.»

Estas palabras establecen claramente la libertad de enseñanza. Ahora bien, ¿es justa y legítima esta libertad así enunciada? ¿se apoya en las exigencias racionales de la naturaleza humana? De ninguna manera, como vamos á verlo.

Para la resolución acertada de esta cuestión, analicemos la naturaleza de la enseñanza, como también los caracteres del que la da y del que la recibe. Si la enseñanza es un raciocinio ó discurso continuado y metódico sobre una materia para comunicar á otros las verdades que contiene, debe someterse á la ley fundamental de la palabra, cuyo fin es asociar al hombre con sus semejantes en la parte más noble de su ser, que es la razón. La palabra debe ser la expresión fiel del pensamiento; debe manifestar siempre la verdad y no ponerse jamás al servicio de lo falso, supremo mal de la inteligencia.

Esta facultad nobilísima cumple su misión cuando concibe los objetos como son en sí y expresa sus conceptos con exactitud: en caso contrario se extravía y causa daño. Por lo cual, lejos de ser absolutamente libre en su ejercicio, está sujeta á las leyes que Dios le prescribiera. La libertad de enseñanza está, pues, ligada con la libertad de palabra, y si ésta no debe falsear la verdad ni impulsar al mal, tampoco es lícito á aquella, que es un conjunto armónico y sistemático de palabras, contrariar las leyes impuestas por la naturaleza. En suma, si la enseñanza se propone instruir á los demás, ha de hacerlo por medio de la verdad, luz de la inteligencia, sin dar cabida al error, abismo de tinieblas.

Quien da la enseñanza es el maestro, que en su ministerio debe proponerse tanto la cultura intelectual como la moral del alumno, ó sea su educación é instrucción. La primera se propone en substancia perfeccionar al hombre, habilitándole para el pleno y debido ejercicio de todas sus facultades y el cumplimiento de la misión que le corresponde. «El arte de la educación», dice Onclair¹, «una vez que se aplica á un

¹ La Révolution.

CHENET-TORAL, Educación. Ed. 2.

ser racional, exige imperiosamente la intervención de dos fuerzas: ciencia y autoridad; es decir, conocimiento de la verdad é imperio sobre aquel que va á ser educado. Por esto el maestro ha de poseer cierta gravedad llena de dulzura; porte modesto, integridad de costumbres, temor de Dios é imperio sobre sí mismo, cualidades con que cautivará á la juventud y obtendrá asombrosos resultados.

Quien recibe la enseñanza es el niño, cuyas facultades están como en cieme para ser desarrolladas por la hábil mano del maestro. Mas como no todos tienen iguales aptitudes y tendencias, ha de conocer las de cada uno para darles dirección conveniente. *Non omnes possunt omnia*, es un axioma de todos conocido. Por lo que es preciso formar á cada cual según sus dotes y el estado de vida que ha de seguir. La misión del maestro se reduce á estimular las fuerzas que están latentes en el alma del niño, á remover los obstáculos que se opongan á su perfeccionamiento y, en especial, á extirpar los gérmenes del error y el vicio, y á impulsarle á obrar rectamente. De parte del discípulo se requieren docilidad y fe en la enseñanza del maestro; por lo que dijo la antigüedad: *Incipientem discere oportet credere*. La confianza en el que enseña asegura el buen éxito de la instrucción científica.

Oigamos á León XIII en esta cuestión, tan debatida en nuestros días:

«Es indudable que sólo la verdad debe penetrar en los espíritus, porque encuentra en ella el ser inteligente su bien, su fin, su perfección. Por esto la enseñanza ha de tener por único objeto las cosas verdaderas, ya se dirija á los ignorantes ó á los sabios, para que lleve á los unos el conocimiento de la verdad, ó á los otros les afirme en ella. Por cuyo motivo, cuantos se dedican á la enseñanza están ciertamente obligados á extirpar de los espíritus el error y á adoptar medidas seguras, á fin de impedir la invasión de las opiniones falsas. Es evidente que la libertad de enseñanza, al arrogarse el derecho de transmitir los conocimientos á su antojo, contradice flagrantemente á la razón y produce un trastorno completo en los espíritus; por lo cual no puede el poder

público, sin faltar á sus obligaciones, conceder tal licencia en la sociedad. Esto es tanto más debido, cuanto es muy poderoso el influjo del profesor sobre sus oyentes, y muy difícil al discípulo juzgar por sí mismo acerca de la verdad de la enseñanza del maestro.

«Por eso dicha libertad, para ser justa y aceptable, debe circunscribirse á límites determinados; á fin de que el arte de la enseñanza no se convierta en instrumento de corrupción. Mas la verdad, objeto único de la enseñanza, es de dos clases: natural y sobrenatural. Las verdades naturales, á que pertenecen los primeros principios y las conclusiones próximas que la razón deduce de ellos, constituyen como el patrimonio común del género humano, y son el fundamento sólido en que se apoyan las costumbres, la justicia, la religión, la existencia misma de la sociedad humana; por lo que sería grande impiedad é inhumana locura dejarlas violar y destruir impunemente. Con no menor cuidado debe conservarse el inestimable y sagrado tesoro de verdades que Dios mismo nos ha hecho conocer... y ha confiado á la Iglesia, con autoridad de guardarlas, defenderlas y explicarlas; y al mismo tiempo ha prescrito á todas las naciones someterse á las enseñanzas de aquélla como si procediesen de Él mismo, so pena de incurrir los que la contradicen en muerte eterna...

«La Iglesia es, por tanto, la suprema y segura maestra de los hombres, y tiene un derecho inviolable á la libertad de enseñar. Y de hecho, la Iglesia, si bien encuentra su propio apoyo en las enseñanzas recibidas del cielo, ha procurado y procura con vivo empeño cumplir religiosamente la misión que Dios le confía, y, sin dejarse intimidar por las dificultades que de todas partes le rodean, no ha cesado de combatir en ningún tiempo por la libertad de su magisterio.»¹

¹ «Cum alium esse non possit, quin imbuet animos sola veritas debeat, quod in ipsa intelligentium naturarum bonum est et finis et perfectio sita; propterea non debet doctrina nisi vera precipere, idque tum his qui nesciant, tum qui sciunt, scilicet at cognitionem veri alteris afferat, in alteris tueatur. Ob easque causas eorum, qui precipiunt, plane officium est eripere ex animis errorem, et ad opinionum fallacias obaspire certis praeiudiciis viam. Igitur apparet magnopere cum ratione pugnare, ac ratam esse pervertendis fun-

De estas razones se deduce cuán inadmisible es la absoluta libertad de enseñanza, ó sea el derecho de profesar y enseñar cualquier doctrina, por falsa y errónea que sea.

Pero la libertad de enseñanza, como las demás libertades, tiene también su lado verdadero y aceptable que conviene indicar. Al padre de familia corresponde el derecho de educar á sus hijos, de elegir los maestros y los establecimientos que le inspiren confianza, y de vigilar la formación que en ellos reciban. A su vez compete á la Iglesia intervenir en la formación religiosa de sus miembros, organizar y dirigir sus seminarios, establecer centros de enseñanza para toda clase de personas, é impedir en las escuelas cuanto se oponga al dogma y á la moral.

La facultad de educar cristianamente á los descendientes, infundiéndoles hábitos de honradez y de respeto á la moral católica, es inviolable y sagrada. También la ciencia tiene sus

ditus mentibus... docendi libertatem, quatenus sibi vult quilibet pro arbitrio docendi licentiam: quam quidem licentiam civitati dare publica potestas, salvo officio, non potest. Non vel magis quod magistrorum apud auditores multum valet auctoritas, et verum sicut quod a doctore traduntur, raro admodum diiudicare per se ipso discipulus potest. — Quamobrem hanc quoque libertatem, ut honesta sit, certis finibus circumscriptam teneri necesse est: nimirum ne fieri impune possit, ut ars docendi in instrumentum corrumperetur vertatur. Veri autem, in quo tunc versari precipientium doctrina debet, unum est naturale genus, supernaturale alterum. Ex veritatibus naturalibus, cuiusmodi sunt principia naturæ, et ea quæ ex illis proxime ratione dicuntur, existit humani generis velut commune patrimonium: in quo, tamquam fundamento firmissimo, cum mores et iustitia et religio, atque ipsa consuetudo societatibus humanæ nitatur, nihil tam impium esset tanquam stabile fundamentum, quàm illud violari ac diripi impune sincere. Nec minore conservanda religioe maximus sanctissimisque thesauris eorum rerum, quas Deo auctore cognoscimus... Hinc societati (Ecclesie) commendatas omnes quas ille docuisset veritates voluit, hæc lege, ut eas ipsa custodiret, tueretur, legitima cum auctoritate explicaret: unaque simul iussit, omnes gentes Ecclesie, sæpe perinde ac ubique ipsa, dicto sacientes esse: qui secus fuissent, interius periculum iri sempiternum... Quare (Ecclesie) magistra mortalium est maxima ac iustissima, in eaque inest non violabile ius ad magistrum libertatem. Revera doctrina divinitus acceptis se ipsa Ecclesia sustentans, nihil habuit antiquius, quam ut munus sibi demandatum a Deo sancte explet: eademque circumfusa universis que difficultatibus fortior, pro libertate magisterii sui propugnare nullo tempore desinit. (Encycl. Libérta presbiterianismum, d. d. 20 Iunii 1888).

fueros y sus procedimientos de desarrollo, que no pueden ser impugnados sin causarle daño. La verdad, objeto de la investigación científica, lo es igualmente de la enseñanza; por lo que nadie ha de pretender que ésta se ocupe en sostener y difundir doctrinas erróneas ó perniciosas. La enseñanza es absolutamente libre en el terreno de lo verdadero y de lo bueno.

El poder civil debe respetar estos preciosos derechos, reconocerlos y garantizarlos, como lo hace con la vida, la libertad, la honra, etc., de los ciudadanos.

Tampoco ha de impedir el ejercicio lícito de la libertad de enseñanza sancionando leyes opresoras y restrictivas á la fundación y gobierno de establecimientos particulares ó privados, ó imponiendo el monopolio oficial en esta materia. Y cuando el Estado, por un abuso incalificable, prescribe para las escuelas y colegios la enseñanza laica, es decir, *impia ó irreligiosa*, los católicos no pueden enviar á aquellos sus hijos, y deben más bien aceptar la absoluta libertad de enseñanza, para que á su amparo les sea dado fundar establecimientos en que se eduque cristianamente su prole.

En el diario *L'Autorité* dice Pablo de Cassagnac, con el valor de la esgrima de su palabra y de su florete (sabido es que Cassagnac era gran duellista): «Si ha de esperarse la mayor edad del niño para que el escoja una religión, debe el niño, con igual motivo, esperar también una época para escoger su patria y las leyes que le plazcan, clima en que viva, costumbres que le cuadren. Niño á quien se pretenda sustraer del sello de la Divinidad, no puede sin atenderse contra esa su niñez, ser sometido á la imposición del sello de los hombres... Y respecto del padre de familia menoscabado de sus derechos, libertado de sus deberes tanto el como la madre, considérense ya no en otra economía que en la correspondiente á una incubación artificial...»

La libertad de la cátedra es un resultado de la de enseñanza. Entendida en el sentido de que el profesor es libre para enseñar la doctrina que le parezca y como le parezca, sin dar cuenta á nadie de sus opiniones y procedimiento, es

inaceptable; porque da iguales derechos á la verdad y al error, conduce á la desorganización y á la anarquía de la enseñanza, siendo además un medio nocivo de que se sirven los profesores impios para arrancar la fe de sus alumnos. En ninguna enseñanza, mucho menos en la primaria y media, conviene esta absoluta libertad, que haría del profesor el único árbitro en el señalamiento de textos, elección de métodos y de materias, lo que podría perjudicar al alumno. Siendo el fin de la primera enseñanza suministrar las nociones más elementales del saber humano, y el de la segunda la cultura general del alumno, deben darse según un plan apropiado á las circunstancias de los escolares y á las materias que han de cursar en cada año.

Pero tampoco el plan ha de cohibir de tal modo la acción del maestro que lo convierta en una especie de maniquí movido sólo por el reglamento oficial. Si éste desciende á detalles minuciosos, si trata aun de lo interno de la enseñanza, si no deja punto que resolver, el influjo del maestro y su iniciativa personal quedan menoscabados. Déjesele á éste cierta prudente libertad de añadir ó cambiar algo en la dirección escolar, teniendo en cuenta que no son los buenos reglamentos ó planes de estudios, sino los buenos maestros, los que forman bien á la juventud.

Si el árbol se conoce por sus frutos, los de la libertad absoluta de la cátedra no han sido tan benéficos como digamos. Oigamos lo que acontece en España, donde aquella está aun en boga. La libertad de la cátedra ha dislocado el organismo de la segunda enseñanza y destruido su carácter general: en cada Instituto y aun en cada clase se dan las lecciones con la extensión é intensidad más diversas, de lo que resulta la falta de unidad en la enseñanza y en los métodos. Los catedráticos oficiales, escudados en esta dichosa libertad, hacen lo que les da la gana, explican ó no explican las lecciones, van ó no van á clase; poco ó nada cuidan del aprovechamiento de los alumnos, á quienes obligan por otra parte á comprar el texto compuesto por ellos. Con razón, en las naciones más cultas de Europa, como Francia, Alemania, Austria, Italia y Suiza, fija el gobierno no sólo los

límites de cada asignatura, sino las horas de clase y de ejercicios prácticos. En Inglaterra se ocupa en esto la dirección de cada colegio¹.

6. Organización de la enseñanza. — Organizar es establecer ó reformar una cosa, sujetándola á reglas adecuadas. Para que un ser físico ó moral funcione bien, debe ejercitar sus fuerzas metódica y ordenadamente. Los seres irracionales se desarrollan mediante las leyes prescritas por la naturaleza; mientras los dotados de entendimiento y de libertad son dueños de sus actos y ejercitan libremente su actividad.

La enseñanza, ó sea la transmisión de los conocimientos, ha de estar bien reglamentada y dirigida, á fin de que alcancen efecto los métodos y procedimientos de instrucción. Las teorías, por excelentes que sean, poco ó nada aprovechan si no se las pone en práctica.

La pedagogía, lo repetimos, es á la vez la ciencia y el arte de la educación y la enseñanza. Como ciencia, expone los principios que han de dirigir el desarrollo físico, intelectual, moral y religioso del niño; como arte, cuida de aplicar dichos principios en la escuela.

La organización de la enseñanza es compleja, pues comprende la graduación de las clases, la clasificación de los alumnos, el programa de estudios, la elección de textos, y la distribución del tiempo ó el horario.

Para que los alumnos aprovechen de la enseñanza, es necesario que estén distribuidos en varias clases, según su edad y aptitudes, á fin de que, reunidos los de capacidad más ó menos igual, sea eficaz la labor del maestro y más uniforme el trabajo de los discípulos.

Organizadas de este modo las clases, conviene colocar en ellas á los alumnos, teniendo en cuenta los estudios que deben hacer y su grado de adelanto; y para proceder con mejor acierto, ha de repartirse cada clase en divisiones y distribuirse convenientemente entre ellas á los escolares. En esta clasificación deben proceder el superior y el maestro

¹ Cf. «La segunda enseñanza en España», Madrid 1899.

con rectitud y firmeza; de modo que no se acepte, por consideraciones de ningún género, en una clase ó división superior á niños que deben estar en una inferior: en caso contrario, sufrirán detrimento la enseñanza y la disciplina.

La enseñanza se divide en primaria, secundaria, y superior ó profesional. Por lo que la distribución de materias se hará según la que haya de recibir el alumno; pero hay ciertos ramos de que no es dado prescindir, como la ciencia religiosa, la lectura, escritura, la lengua nativa, y algunas nociones de aritmética, de geografía ó historia.

La elección de textos es de vital importancia. Han de buscarse libros compuestos con claridad y método, llenos de ciencia y de sana doctrina. En muchos países, en que la libertad va siendo un mito, se arrojan los Gobiernos el derecho de señalar textos obligatorios para la enseñanza; con lo que hieren de muerte el estímulo y la competencia entre los establecimientos de instrucción, impiden la formación de mejores textos, ponen trabas al progreso científico, por el escaso mérito de muchos de ellos, y aun atentan contra la moral, ó propalan errores reprobados por la Iglesia.

No basta prescribir lo que se ha de enseñar y aprender: es preciso determinar, además, lo que debe hacerse en cada clase y división, en cada día y hora. Tal es el objeto del *horario escolar*. Mediante él, dice el autor que nos sirve de guía en esta cuestión, se atiende á todos los ramos de la enseñanza, se hace todo á la medida y proporción debidas, sin pasar bruscamente de un ejercicio á otro, y se obtienen la uniformidad y el orden en las casas de educación. El tiempo ha de distribuirse convenientemente entre la instrucción religiosa, el estudio, el descanso y los ejercicios gimnásticos¹.

7. Necesidad de un plan ó programa de enseñanza; requisitos que ha de tener. Toda enseñanza metódica se ha de proponer un fin, que se obtenga mediante un buen programa ó plan de estudios, que es de suma utilidad á los alumnos, á quienes sirve de norma en su aprendizaje, y también de guía á los maestros en el ejer-

cicio de sus funciones, encaminadas á promover el desarrollo intelectual y moral del alumno.

Mas ¿á quién corresponde dar el plan y programa de enseñanza? Para resolver esta cuestión, debemos indicar previamente, de acuerdo con Alcántara, que la reglamentación de la enseñanza comprende, ya el conjunto de disposiciones y de medios de acción comunes á las escuelas de un país, ya las reglas especiales dadas para cada escuela, según su condición peculiar. La primera es *externa ó general*, y la segunda *interna ó genuinamente pedagógica*; ésta incumbe principalmente á los maestros y directores; aquélla á los funcionarios públicos.

Como la enseñanza de la juventud contribuye al bienestar temporal de los asociados y es una *obra social*, corresponde al Estado vigilarla y reglamentarla, en los establecimientos cuyos alumnos cursan materias profanas ó aspiran á una carrera profesional del orden civil. Este derecho lo ejerce mediante las leyes, programas y planes de estudio dictados por medio de empleados que le representan. Á más del Estado, que interviene en primer término, deben tener parte en la formación de los programas, sobre todo de enseñanza primaria, las corporaciones municipales y provinciales, á cuyo cargo corre de ordinario la enseñanza. También se han de tomar en cuenta los deseos y modo de sentir de los padres y maestros llamados á intervenir en dicha organización á nombre de muy legítimos y respetables intereses.

En lo referente á la enseñanza religiosa, el Estado debe acatar en los programas el derecho de la Iglesia, única autoridad docente y legislativa en esta materia; y en la misma instrucción científica y literaria no ha de consignar en ellos nada contrario á los dogmas y moral católicos.

No es uniforme la práctica de los pueblos cultos en cuanto á la persona física ó moral llamada á dirigir y á reglamentar la enseñanza. Mientras en la mayor parte de ellos existe un Ministro de instrucción pública, que, asesorado por un Consejo, es el supremo poder en la materia, en otros, como en Inglaterra y los Estados Unidos, no existe tal empleado, y corresponde á los municipios, provincias y gobiernos seccionales

¹ Cf. Barja, *Directoire scolaire*.

promover la enseñanza en sus varias formas y categorías, dictar los programas y arbitrar fondos. El régimen centralizador tiene el inconveniente de someter la instrucción á los *modos oficiales*; pero también la completa libertad en los métodos y reglamentos produce la falta de unidad y de cohesión en la enseñanza pública de cada nación. Un sistema medio entre los dos indicados sería fructuoso, como lo comprueba la experiencia hecha en algunos pueblos.

El plan y programa de estudios deben contener lo que cada profesor ha de enseñar en su clase, las asignaturas correspondientes á los diversos cursos, las materias sobre que versan los exámenes anuales, y algunas reglas generales acerca de la dirección escolar y el trabajo de los alumnos.

Ningún programa puede ser definitivo, porque varía según la exigencia de los tiempos, las circunstancias de los lugares, el adelanto de las ciencias y la introducción de nuevos métodos de enseñanza. Por esto han caído hoy en desuso programas antes muy recomendados. Sin embargo, debe haber en ellos algo de estable—lo que se funda, por ejemplo, en las leyes relativas al desarrollo natural de las facultades—, y no conviene introducir reformas precipitadas, hijas de la novelaría y de la imitación servil. Hay que seguir con ojo perspicaz el movimiento operado en la enseñanza para adoptar las medidas aconsejadas por la sabiduría y la prudencia¹.

Mas por mucha que sea la importancia del plan y programa de estudios, por bien concebidos que sean, debe tenerse presente, según el sabio Hettinger², que ellos forman sólo el *cuerpo de la escuela*; pero el *espíritu*, sin el cual no producen efecto alguno, emana de los principios fundamentales que presiden á la enseñanza. Cuando á ésta la vivifica un buen espíritu, da frutos excelentes, aun con planes y programas defectuosos, cumpliéndose aquella conocida máxima: *El espíritu es quien da vida, la carne de nada sirve* (Joan. VI, 64).

A más del anterior, tiene la enseñanza otro fundamento principal, sin el que poco ó nada sirven los sistemas de

organización, los métodos, programas, material de instrucción, etc.: á saber, el maestro. «Todo esto, por bueno que sea, queda como letra muerta si no está vivificado por el *spiritus intus* de un buen maestro, factor primero y piedra angular de la educación. Por esto se dice que *tanto vale la escuela cuanto vale el maestro*, y que los reglamentos escolares deben tener en primer lugar este artículo: *Al frente de cada escuela habrá un buen maestro.*»³

Concretándonos á los diversos programas, el de la enseñanza primaria ó elemental debe ser: 1.^o *sencillo y sobrio*, de modo que contenga sólo el estudio de los ramos fundamentales del saber humano (lectura, escritura, catecismo, elementos de aritmética, geografía é historia patria); 2.^o *práctico*, en lo posible, á fin de que sirva para satisfacer las necesidades ordinarias de la vida y el cumplimiento de los deberes morales y cívicos, tanto más cuanto que la enseñanza elemental deben recibirla aun los hijos del pueblo, desheredados, de ordinario, por la fortuna; 3.^o *concéntrico*, para que en cada año aprendan los niños ciertas materias esenciales, que las vayan ampliando en los sucesivos, con lo que al salir de la escuela poseerán con relativa extensión las nociones principales de los ramos antes indicados.

En la enseñanza secundaria ó media, el plan general y el programa particular de las varias asignaturas han de enunciar detalladamente los tratados y lecciones que el profesor explicará en cada año á los alumnos, á fin de que haya orden y uniformidad en la enseñanza y sea ésta á modo de cuerpo orgánico, lleno de vida y susceptible de conveniente desarrollo. Hay que tener presente que el objeto de la segunda enseñanza es dar al joven una idea general de los varios ramos del saber, para que se determine después á ulteriores estudios, que su finalidad es la cultura indispensable para realizar estos propósitos. Por esto debe comprender un número suficiente de asignaturas, en las que ha de adquirir el alumno nociones más ó menos extensas, aun cuando no pueda profundizarlas por la limitación de las fuerzas humanas

¹ Cf. Baré, l. c.

² En la obra «Timoteo».

³ Cf. Alcántara y García, Compendio de pedagogía teórico-práctica.

y el corto tiempo de que para el estudio dispone. En suma, de la segunda enseñanza ha de sacar el joven hábitos de estudio, conocimientos generales en varias materias, aptitud para poseerlas después á fondo, ejercicio de las facultades, preparación, en fin, para dedicarse á la ciencia ó arte especial á que se siente inclinado.¹

Mas, á título de fomentar la cultura no se ha de ir al extremo de recargar las materias de enseñanza, cosa perjudicial á la sólida instrucción del alumno, engendradora de desaliento y tedio al estudio, opuesta á la salud y á la formación moral del joven. «El programa de segunda enseñanza», decía Julio Simon en 1872², «es toda una enciclopedia; el alumno que poseyera realmente ese conjunto de conocimientos sería un sabio de veras al salir del colegio. La desgracia es que el día tiene hoy, como antes, veinticuatro horas, y que los niños necesitan ahora, como antes, descansar y dormir; y es también desgracia cierta la de que recargándolos con un trabajo excesivo se perjudica á su salud y á su aprovechamiento. Vale más saber poco y bien, que desflorar multitud de estudios, que producen un orgullo funesto é injustificado».

«Donde no existe un plan armónicamente combinado», observa Heitinger³, «la instrucción sola, por exquisita que parezca, sólo servirá para producir eruditos á la violeta. Muchos centros de enseñanza tienen sobre su conciencia el haber fomentado esta clase de erudición y preparado así la aparición de prematuros *genios* que, cual flores de invierno al más débil viento se marchitan, de megalómanos y aspirantes á cosas grandes, que aborrecen el trabajo y sólo sueñan con extraordinarias hazañas, sin hacer nunca nada de provecho... Esta educación á medias, produce esos caracteres impotentes para toda empresa enérgica y severa; ella es quien alimenta esa armada de literatos, periodistas y desconocidos *genios* que no sólo son una plaga para los otros,

¹ Cf. el opúsc. «La segunda enseñanza en España».

² Circular sobre instrucción pública.

³ L. c.

sino que constituyen un verdadero peligro para la sociedad.... El principal objeto y fin de la enseñanza es la educación moral, la formación de todo el hombre.... El fondo natural, las disposiciones intelectuales y morales del joven, son el terreno sobre el cual la educación é instrucción trabajan para hacerlo fecundo. Auxiliar al hombre en la lucha contra los obstáculos que se oponen á su perfeccionamiento, he ahí el principal deber de la educación.... Pero ¿cuál puede ser la formación moral de un joven que de los diez á los veinte años tiene que estudiar un sinnúmero de materias? ¿cuál el influjo y acción del maestro sobre el discípulo cuya atención ocupa sólo en el aprendizaje de la respectiva asignatura, resultando al fin que éste pierde el amor al estudio al ver restringida su actividad libre, y abandona el colegio atrofiado completamente el espíritu?»

Según esto el programa de segunda enseñanza ha de ser bien concebido y ordenado, ha de tener una tendencia armónica, obedecer á un principio de unidad, no ser recargado, ni aceptar cambios y variaciones sin causas muy graves; porque nada perjudica tanto á la instrucción como la inestabilidad de los programas. El progreso mismo de las ciencias exige que la juventud sea guiada por una noble simplicidad y se prescinda de cuanto no contribuye á su conocimiento y al mejor ejercicio de las facultades. «En materia de enseñanza como en lo demás, hay dos obstáculos al verdadero progreso: la rutina y la utopía», ha dicho el Obispo de Angers¹; «la rutina que se aferra ciegamente á formas pasajeras y no quiere salir de ellas á ningún precio; que no conoce que á nuevas necesidades pueden y deben corresponder instituciones diversas: la utopía que pretende renovar todo, sin tener en cuenta la experiencia adquirida; que intenta borrar todo vestigio de tradición para escribir sobre tabla rasa el plan y las esperanzas de un porvenir quimérico. Conviene mantenerse á igual distancia de entrambos y proceder apoyados en la tradición con la vista fija en el progreso, teniendo á la razón cristiana por principio y á la experiencia por guía.»

¹ L'éducation selon l'Église.

Para clasificar debidamente las materias de un programa de instrucción media, debe tenerse en cuenta la importancia de éstas y su mutuo enlace.

La religión, base de la educación, por cuanto forma el carácter y la voluntad, debe ocupar el primer lugar; después viene el estudio de la lengua materna, hecho comparativamente con las de que procede y, en especial, con el de las lenguas sabias; en seguida los demás ramos de humanidades, la filosofía y, conforme á las tendencias actuales, elementos de ciencias naturales, así como algunos idiomas vivos.

En la enseñanza superior, facultativa ó universitaria, el programa ha de indicar las materias de estudio y las ideas generales, sin descender á detalles ni minuciosidades. Como el alumno está ya preparado por cierto grado de cultura intelectual, no necesita ser conducido por la mano del profesor. Bástale que se le descubran nuevos y vastos horizontes científicos y literarios, para que discorra por sí mismo é investigue los principios del saber humano; por lo que se debe estimular mucho su esfuerzo personal y sólo impedirle el extravío. A su vez el profesor ha de tener libertad para exponer sus ideas, ampliar el texto y aun dar lecciones orales, cuidando de no falsear la verdad, ni imponer teorías ó hipótesis infundadas, ó contrarias á los dogmas y á la moral católicos.

8. La enseñanza del latín.—Al tratar de la enseñanza secundaria hemos dicho que ésta debe proponerse la cultura general del alumno mediante el desarrollo armónico de sus facultades. Para esto ha de elegirse una asignatura fundamental, á la que se refieran las demás como á su centro; que facilite dicho desarrollo; que sea adecuada para educar la fantasía, el sentimiento, la razón, la voluntad; una asignatura, en fin, que acostumbre al alumno á estudiar y estimule su espíritu al trabajo. El estudio del latín reúne estas condiciones.

Durante muchos siglos, los colegios fueron *escuelas sabias*, y la enseñanza del latín y del griego ocupaba lugar preferente. Quintiliano recomendaba al niño el cultivo de las letras griegas, y después el de las latinas procedentes de las primeras.

En general el estudio de las lenguas contribuye mucho al desenvolvimiento de la inteligencia; porque cada una de ellas es un organismo vivo, la expresión del adelanto de un pueblo y de su modo de pensar. En la lengua materna ha de ejercitarse ante todo al niño, desde la más tierna edad, teniendo en cuenta, como dice Grimm, «que la naturaleza nos infunde y hace desenvolver con la leche el don de la palabra, y quiere que ésta se perfeccione en la casa paterna... El estudio de la gramática es un estudio estrictamente científico, histórico y filológico, propio de la Universidad»¹, llamado á consolidar el edificio construido y á servir de auxilio para hablar y escribir correctamente.

Nada contribuye tanto al cabal conocimiento de la lengua materna como estudiarla simultánea y comparativamente con idiomas extraños, sobre todo con el de que se origina; de allí la suma importancia del latín para los que hablamos castellano. «El estudio de la lengua nacional», escribió Guizot, «no puede ser sólido y completo, si no se enlaza con el de las lenguas primitivas de donde procede.»

«Cuán miserablemente yerran los que niegan la utilidad, la necesidad del conocimiento del latín», observa un docto académico español. «Cuanta es la imprudencia de los que discuten y dudan si el estudio del latín debe ser la base de la instrucción clásica de la juventud. Tanto valdría discutir si nos conviene ó no renegar de nuestra madre, hacer trizas nuestra cuna, pegar fuego á la casa paterna, perder nuestro nombre, abdicar nuestras glorias y renunciar la herencia de una filosofía sana, de una literatura preciosa.»²

Otro académico añade: «Cuando la falta de buenos gramáticos y la escasez de consumados latinos se extiende entre los escritores que manejan la lengua patria, el abatimiento de ésta será espantoso, porque su corrupción no encontrará ya dique ni resistencia.»³

Los idiomas son también un poderoso elemento de educación para el joven, porque le acostumbra á raciocinar y á

¹ Cita de *Hettlinger*.

² *Monlau*, Discurso de recepción en la Academia Española.

³ *Javier de Quinto*, Discurso de recepción.

comparar, despiertan su imaginación, le estimulan al trabajo y aun forman el carácter, mediante el relato de hechos heroicos y de acontecimientos sorprendentes. Se ha dicho que el que sabe un idioma fuera del propio, *es dos veces hombre*, por la amplitud que da á sus ideas é investigaciones, y por el nuevo campo de acción que ofrece á sus facultades. Estas ventajas son más palpables cuando se traduce algo de un idioma á otro; ejercicio que exige un conocimiento exacto de entrambos y permite comparar una con otra las dos lenguas, saborear sus bellezas, conocer su estructura é indole, todo lo que sirve de verdadera gimnasia al entendimiento.

«La ciencia del lenguaje es la ciencia del pensamiento, pues éste se manifiesta en la palabra, y ésta es expresión del pensamiento», dice Hettinger¹. «El pensamiento y la palabra son dos gemelos, que un solo acto de la inteligencia produce. Es imposible penetrar el pensamiento, si no se conoce la palabra exacta y adecuada que lo expresa. La instrucción en la lengua tiene, según esto, por principal objeto, enseñar al niño á hablar bien y por lo mismo á pensar bien. Esta enseñanza es, por consiguiente, la más apropiada al desarrollo de las facultades intelectuales del escolar, y la más indicada para darle una recta dirección, pues ejercita primero su memoria, le hace reflexionar sobre las leyes del lenguaje, lo acostumbra después á pensar con orden, y al hacerlo, le inicia en las reglas del pensamiento, es decir, en la lógica. Los escritos con que el discípulo se ejercita en el uso de la palabra, nutren su inteligencia con los más variados conocimientos, proporcionan elevadas imágenes á la fantasía, le acostumbran á fijar su atención sobre un asunto, y lo habitan á recogerse, á reflexionar, á juzgar, á comparar y á discernir. Mediante la traducción se apodera el alumno del elemento esencial en toda actividad intelectual, que es la inclusión de los casos particulares bajo una regla, y aprende á unir y á distinguir. Ahora bien, todo conocimiento consiste, según Santo Tomás, en componer y dividir:

¹ «*Timón*».

Intellectus consistit in componendo et dividendo. Reflexión y abstracción, dos elementos sin los cuales no existe ciencia posible; preparan así al joven en sus más tiernos años para el trabajo intelectual del hombre. Orden, precisión y consecuencia en los simples ejercicios gramaticales le introducen en la vida de la inteligencia, pues, según Santo Tomás, todo orden procede de la razón: *Omnis ordinatio est rationis*.»

«Tienen las lenguas y su estudio una virtud secreta para fortalecer los entendimientos y formar los caracteres», según el Padre Alcarido¹; «pues la experiencia enseña, y Mons. Dupanloup lo confirma con su testimonio, que en las clases de humanidades todas las facultades se ejercitan; las lenguas hacen el trabajo de la formación sin sequedad, sin aridez, suavemente; además, el latín y el griego, por su naturaleza misma, por las relaciones que tienen con las lenguas vivas, son insubstituíbles en la cultura y educación intelectual.»

«El joven», dice Humbert, «necesita aprender á discurrir: el estudio de las lenguas, mucho más á su alcance que la lógica y las matemáticas, ejercita poco á poco su razón y su inteligencia, y le hace pasar sin violencia de lo simple á lo compuesto, de lo conocido á lo desconocido. Es necesario fijar su atención; éste es el objeto principal de una educación bien entendida, y el estudio de las lenguas tiene la inapreciable ventaja de hacer reflexionar mucho sin demasiada fatiga, y de abrir las ideas sin confusión.»

«El estudio de las lenguas es para el espíritu», según Guizot, «un trabajo en cierto modo personal, íntimo, espontáneo; lo que la gimnasia, en una palabra, es para el cuerpo. Por esto opera sobre el espíritu los mismos efectos que aquella sobre nuestra máquina: lo sostiene, desarrolla, y pone ágil; lo robustece y enseña á servirse poderosamente á sí mismo: objeto esencial de la educación y el más precioso resultado que le sea dado alcanzar.»²

¹ «*Humanistas y realistas*».

² Citas de Mons. Cazanove en su Circular sobre el cultivo de las letras latinas.

Por otra parte, como observa Bernard¹, «cada individuo y cada pueblo se pintan al vivo en su lenguaje, en el que manifiestan el fondo de sus pensamientos, el sello de su vida, todo lo que son; y mejor que en los monumentos, se revelan en las palabras el secreto más oculto y los caracteres más íntimos de las civilizaciones desaparecidas».

Oigamos a Thiers². «El estudio de las lenguas muertas no es únicamente un estudio de palabras, sino de cosas; es el estudio de la antigüedad con sus leyes, costumbres, artes e historia, tan moral como profundamente instructiva».

Y ahora, concretándonos al latín, es innegable que esta lengua hablada por el pueblo más grande de la antigüedad, lengua á que se tradujeron las mejores obras de los otros países, y de la cual se originan muchos de los idiomas modernos, merece ser conocida y estudiada por cuantos aman las letras. El influjo que Roma tuvo en otro tiempo por medio de sus conquistas, lo ejerce todavía en el mundo intelectual por sus poetas, literatos, historiadores, filósofos y oradores. Para los católicos tiene, además, el latín la recomendación de ser la lengua oficial de la Iglesia, en la que escribieron los Padres y Doctores sus admirables libros. «El latín es el lazo que une á todos los pueblos civilizados, á todas las clases ilustradas y á todos los sabios; el filósofo y el teólogo, el hombre de Estado y el médico, se encuentran, gracias á él, intelectualmente unidos... Del latín, como de madre común, proceden las lenguas modernas, y bajo su influjo se han desarrollado... El que no conoce el latín, dijo con razón Schopenhauer, pertenece á la clase popular, no al mundo ilustrado; no se encontrará en el verdadero centro de nuestra cultura, la cual á cada paso pone de manifiesto su íntima dependencia y conexión con la antigüedad clásica, que imprimió al cristianismo y á la Iglesia un sello particular, así como también ésta, á su vez, hizo sentir su benéfico influjo sobre el lenguaje».³

¹ L'enseignement secondaire en Allemagne.

² «El Consulado y el Imperio». Cf. el opúsculo «La segunda enseñanza en España».

³ Hettlinger I. c.

«La lengua latina es la depositaria de la literatura, del derecho, de la elocuencia y de la filosofía de la docta antigüedad. Extendida desde Calpe al Tigris, tuvo la fortuna y el destino providencial de ser la maestra de todos los pueblos; trasladó á su seno los despojos de Grecia, Asia y Egipto; y como los eternos modelos de escultura y arquitectura se hallarán en Roma, así en su lengua los perdurables maestros del buen gusto.... Nadie negará ser merecedores de estudio, Cicerón en oratoria, César y Livio en estilo histórico, Horacio en lírica y didáctica, Virgilio en el torneado hexámetro, Ovidio en la desmelenada elegía, y aun Tácito y Quintiliano, Lucano y Juvenal, con otros muchos, en la prosa y en el verso de las edades posteriores. El latín es también el mejor instrumento, á falta de la lengua original, de estudiar los modelos griegos, pues en latín conservan más su color nativo, que traducidos en lenguas vulgares, aquellos príncipes del buen gusto, Píndaro y Homero, Demóstenes y Platón, con los otros hijos del suelo helénico, á quien Dios hizo tesoro de la belleza humana y natural».¹

El latín fué cultivado con esmero en las célebres Universidades católicas de la edad media y del Renacimiento, siendo además la lengua en que se comunicaban entre sí los sabios y escribían sus obras, á tal punto que aun en nuestros días se la emplea en la botánica y en varios ramos de la medicina. Merced al latín cursaba Santo Tomás la teología en Alemania, y la dictaba después en París; Alejandro de Hales abría su cátedra en esta última ciudad, y después en Oxford; Clavio, Kircher y Copérnico enseñaron en esta lengua en Roma; en latín mantenían correspondencia Leibnitz, Kepler y Euler; en medicina merecen especial mención los escritos latinos de Sydenham, Boerhaave, Haller, Batheux y Tissot, y en cuanto á la historia natural, basta saber que toda su nomenclatura es latina.²

El latín es indispensable para el cabal conocimiento de la ciencia jurídica; porque en la lengua del Lacio fueron escri-

¹ P. Azzardo I. c.

² P. Hernández sobre el latín, lengua universal de los sabios.

tos el derecho romano, monumento prodigioso de la sabia antigüedad, y las obras de sus comentadores, todo lo que ha servido de fuente á la legislación moderna. También es muy útil el estudio comparado del derecho civil y del canónico, muchas de cuyas disposiciones fueron incorporadas en el primero, desde el tiempo de los emperadores cristianos. Por último ¿quién negará el mérito sobresaliente de los trabajos jurídicos de los grandes teólogos españoles, como Vázquez, Lugo, Suárez, Molina, que han discutido y resuelto con maestría los más graves puntos de jurisprudencia? Sabido es que Pothier, uno de los redactores del Código de Napoleón, que ha servido de norma á los de la América latina, supo aprovecharse de muchas doctrinas de Molina y las intercaló en sus obras.

¿Cuán desacertadamente proceden los que hacen guerra al latín, hasta eliminarlo de la enseñanza secundaria y substituirlo con algunas lenguas vivas! Esta medida es inspirada, ó por el odio de algunos gobiernos y escritores de nuestros tiempos á la Iglesia católica, ó por el desvío que otros tienen á la educación clásica y su preferencia por la llamada técnica ó moderna. El destierro del latín como lengua universal del mundo sabio, ha sido una verdadera desgracia para las ciencias, como lo reconoce el mismo Schopenhauer; desgracia que no ha podido aminorar en nada su substitución por las literaturas nacionales. En aquella época existía al menos un público sabio europeo, al cual podía dirigirse un libro cualquiera, escrito en esta lengua; mientras que al presente es muy reducido el número de los verdaderos pensadores en toda Europa; y si se quiere dividir su *forum* por medio de límites lingüísticos, todavía se limitaría más su bienhechora influencia.¹

Las lenguas modernas no pueden suplir al latín; porque, como observa un escritor francés, muchas veces al traducir de una lengua vulgar á otra, el trabajo es de simple substitución y no de rigurosa traducción. Quien sepa lo que es poner en castellano el exordio de la Miloniana, ó el Destierro

¹ Hettlinger L. c.

de Régulo en Horacio, por ejemplo, sin que pierdan su nativo color y su incomparable belleza, y acometa después la empresa de traducir algo al extranjero, aunque sea alemán, comprenderá la cantidad de trabajo que en una y otra se consume. Las lenguas vivas tienen una atmósfera común, la de la civilización, y por eso, con escasa diferencia, son parecidos los usos, las ideas, los vicios, las virtudes. Pero en las lenguas clásicas, aquello es otro mundo: sintaxis, usos, ideas, religión, historia, trajes, leyes, familia, Estado, todo es muy diverso, y la traducción tiene por tanto toda la utilidad de las demás lenguas con la del trabajo peculiar que la traducción clásica exige.¹

9. Método antiguo ó clásico de enseñanza, y método moderno ó técnico.—Esta cuestión está relacionada con la anterior. Durante mucho tiempo se empleó universalmente el método clásico en la formación de la juventud. El estudio del griego y del latín, acompañado de ejercicios de composición y de la práctica de hablar y de pensar en esas lenguas, constituía á más de la lengua materna, la base de la enseñanza. Se enriquecía la memoria del alumno sin fatigarla; se ilustraba su fantasía con la explicación histórica de un autor adecuado; se desarrollaba su inteligencia mediante la traducción, las anotaciones de los clásicos y la imitación de los buenos modelos; y siguiendo el mismo método, se ascendía al conocimiento de la retórica y de la filosofía. En una palabra, conforme al método antiguo se reducía la segunda enseñanza á lo que se llamaba *humanidades ó letras humanas*, ó también *Gramática y Filosofía*.

Pero en 1706 fundó Semler en Halle (Alemania) la primera escuela de enseñanza real ó técnica, y después Hecker abrió en Berlín, en 1747, un colegio que es hasta hoy el modelo de las escuelas de estudios prácticos existentes en esa nación: Francia, Austria, Bélgica, Italia, Holanda y Rusia han aceptado en gran parte la enseñanza moderna, sin excluir por esto las lenguas sabias, aun cuando no se da á su cultivo la importancia de otros tiempos. En Inglaterra y en los Estados

¹ Burniken, *L'Etat et ses rivaux*. (Cita del P. Aicardo).

Unidos se las reserva para la enseñanza facultativa de letras y filosofía.

Este nuevo rumbo dado á la enseñanza nace de que muchos creen que ésta debe suministrar al hombre medios de subsistencia y de ganarse por sí mismo la vida; por lo que es preciso dejar á un lado los estudios especulativos, ó reducirlos mucho, prefiiriendo las ciencias experimentales y de aplicación al bienestar material ó intelectual de la vida, como la física, la química, la geografía, las matemáticas aplicadas, etc. Este concepto utilitario y positivista de la enseñanza la desvirtúa y la restringe en su noble misión. Hemos manifestado en la Primera Parte de esta obra que la educación, de la que forma parte la instrucción, se propone perfeccionar al hombre, desarrollando y dirigiendo todas sus fuerzas y energías, á fin de atender no sólo á las necesidades de la vida presente, sino ante todo á la consecución de su destino futuro. No negamos que la enseñanza ha de poner al hombre en aptitud de atender á dichas necesidades; pero limitar la acción del educador únicamente á las cosas de práctica utilidad, es formarse idea mezquina de su noble ministerio, así como de la dignidad del hombre y de la alteza de su fin.

«La escuela es algo más que un taller de futuros industriales», dice Mons. Casanova¹; «el maestro tiene una misión más noble que la de enseñar á ganar dinero; la educación se propone un fin mucho más alto, más elevado, más digno del hombre que el que asignan los utilitaristas... El verdadero maestro no puede quedar satisfecho ni dar por cumplido su encargo con sólo comunicar á sus discípulos una mayor ó menor instrucción, sino que además debe desenvolver sus facultades, formar su carácter, cultivar su corazón y buenos sentimientos, habituarlos al cumplimiento del deber, comunicales firmeza, constancia y energía para las luchas de la vida; en una palabra, debe cultivar con esmero todo lo que pertenece al desarrollo moral, intelectual y físico de sus alumnos.»

«El fin del colegio es preparar al alumno para la Universidad y sus diferentes carreras especiales», dice Hettinger².

¹ En la Circular citada.

² «Timoteo».

«Se ha de procurar el desarrollo armónico de las facultades del joven y la adquisición de conocimientos suficientes para seguir con fruto los cursos universitarios. Si esto lo cumple el gimnasio, será una verdadera palestra del espíritu. Para esto se han de reducir los llamados *estudios reales*, historia natural, física, química, etc., que un joven inteligente y decidido, una vez llegado á cierta madurez, puede adquirirlos fácilmente por sí mismo. Pero si se descuidan ó aprenden insuficientemente las *humanidades*, producen un vacío doloroso durante toda la vida, se menoscaba la formación sólida, la destreza en las lenguas clásicas y hasta en la lengua materna.»

«No es posible determinar la importancia, el encadenamiento, ni la extensión de los diversos ramos que constituyen los estudios de humanidades, sin tener primero á la vista el verdadero fin de las humanidades mismas», afirma el mismo docto prelado chileno¹. «Ahora bien, éstas deben proponerse el desarrollo gradual y metódico de las facultades del niño, sometiénolas á una gimnasia racional para que, á la manera de los miembros del cuerpo, vayan lentamente robusteciéndose... El que con los años de colegio ha adquirido aquel desarrollo en un grado superior, ha alcanzado la mayor preparación para los cargos ó ocupaciones que el porvenir le reserve... Los hombres formados de esa manera son los que descuellan en las profesiones á que se consagran, los que hacen adelantar las industrias, los que honran las letras, y los que se immortalizan con portentosos descubrimientos. Son tal vez menos eruditos, pero más sólidos, menos locuaces, pero más pensadores.»

Que la enseñanza técnica no ha satisfecho las esperanzas que de ella se tenían, ni ha servido mucho para los mismos estudios prácticos, lo confiesan autoridades nada sospechosas. En el congreso internacional de enseñanza, celebrado en Bruselas en 1880, varios químicos, matemáticos, ingenieros é industriales, ajenos todos al clasicismo, aseguraron que la formación clásica contribuye poderosamente al desarrollo y

¹ En la Circular citada.

robustez de las facultades, y es de incalculable provecho para los estudios de aplicación. Los profesores de matemáticas de la Universidad de Berlín decían al Ministro de Instrucción, que los alumnos de las escuelas clásicas tenían a los principios menos conocimientos, pero mayor firmeza y penetración, así como el entendimiento más formado, por lo que pronto aventajaban á los *realistas*. Schotlômitz afirma que no es exacto que las matemáticas sean una escuela de lógica. El mejor modo de formar un entendimiento es estudiar una lengua, y entre las clásicas y las modernas merecen la palma las primeras¹.

La cultura clásica no perjudica á la enseñanza científica, sino que la auxilia. «Los profesores de ciencias», dice Joubert, «estamos de acuerdo en reconocer que los mejores alumnos que hemos tenido son los que han hecho brillantes estudios en letras». Fernet es de la misma opinión. «He podido comprobar en muchas circunstancias, que los estudios literarios suficientemente desarrollados dan siempre á los que se consagran á las ciencias una superioridad incontestable». Brouardel, decano de la Facultad de Medicina, asegura «que los licenciados en ciencias no poseen los métodos necesarios para sobresalir en los estudios de medicina; mientras que los licenciados en letras son alumnos excepcionalmente distinguidos»².

El gran pedagogo y publicista ruso Katkow y el célebre Gabelli, de Italia, han demostrado que la geografía, la historia y las matemáticas no pueden subrogar al latín, al tratarse de educación intelectual. La geografía puede ser sugestiva, pero no ejercita la actividad variada que pone en juego el latín, enseñado en el concepto propio de las humanidades. Las matemáticas, por su carácter *formal*, son la disciplina menos á propósito para el asunto de que se trata. Tal es también la opinión de Breal, Lavisse, Guérin, etc.

Respecto de Inglaterra, Texte asegura que los alumnos que siguen los estudios clásicos son superiores á los que siguen los *modernos*; en la Escuela Politécnica de París los

estudiantes que han cursado humanidades acaban por superar á los otros en las especialidades ajenas al clasicismo, según testimonio de Boissier; y en Italia, por confesión de sabios como Cremona y Briôschi, los alumnos de los liceos aventajan á los otros en las escuelas de aplicación³.

Aun cuando se ha librado campaña contra la enseñanza clásica en Europa, las naciones más cultas la conservan aún en sus colegios, si bien disminuida.

En Alemania, Dettweiler, resumiendo el pensamiento de los pedagogos del Imperio, ha declarado que todo método y ejercicio escolar es inaceptable si no contribuye á la educación de la inteligencia, si no comunica al espíritu orden y precisión en sus juicios, y ese sentido elevado de la verdad y la belleza que distingue á los estudios clásicos y es el constitutivo de toda formación general.

El estudio del griego y del latín, con el de sus autores más notables, y los ejercicios de análisis y composición, ocupan lugar preferente en los gimnasios alemanes; y no hace mucho Guillermo II, distinguido humanista, ordenó reforzar los estudios latinos en los colegios del Imperio⁴.

En una asamblea científica habida en los Estados Unidos, en 1876, en el *Franklin Institute*, muchos ingenieros civiles y de minas pidieron para las carreras especiales de aplicación una formación preliminar clásica, igual á la que se da para la abogacía, medicina y otras carreras literarias⁵.

Hasta principios del siglo XIX, en la mayor parte de las naciones europeas se concretaba la enseñanza media al estudio de las humanidades, pero el segundo imperio francés aumentó las asignaturas, distribuyéndolas en años ó cursos, sin desatender el estudio del latín, hasta que en 1870, después de los desastres de la guerra, se decidió implantar el método alemán de enseñanza, y en 1880 se promulgó el nuevo plan de estudios, reservando para el segundo y tercer periodo de la enseñanza media el estudio del latín y del griego.

¹ Cf. P. Alcaró, Humanistas y realistas.

² Citas de Pablo Daudon en su artículo «L'école et la vie».

³ Cf. el opúsculo «La segunda enseñanza en España».

⁴ Cf. Bernard, L'enseignement secondaire en Allemagne.

⁵ Cf. «La segunda enseñanza en España», y Alcaró, Humanistas y realistas.

Cierto es que en Francia se ha hecho guerra tenaz á la cultura clásica, en los últimos años, alegando varios motivos. Algunos, como los abates Gaume, Moigno, el Padre Ráulica, etc., sostienen que la lectura de los autores paganos es nociva, por la licencia con que escribieron; peligro que desaparece ó se atenúa mucho haciendo de ellos la selección conveniente. Otros, como Frary, movidos por el *utilitarismo*, juzgan que el latín no aprovecha para la vida práctica, y menos para ganarse la vida; argumento que prueba denasado, pues aceptándolo habría que eliminar las profesiones liberales y proscibir como inútiles á no pocas ciencias, dando un adiós á la civilización. Otros, en fin, creen que las humanidades son necesarias para la literatura, mas no para la ingeniería, la arquitectura y de más profesiones científicas; por lo que se estableció el bachillerato *bifurcado*, según el cual los alumnos estudiaban iguales materias hasta el tercer año, y desde el cuarto seguían cursando, ó humanidades, ó matemáticas, ó física, etc., conforme á la carrera que pretendían seguir. Este sistema ofreció en la práctica serios inconvenientes y fue desechado.

En 1896 pretendió Combes introducir un nuevo plan de humanidades sin latín; pero en la prensa, en las Cámaras y entre los Consejos mineros del gobierno se presentaron muchos defensores de la cultura clásica, y aun después de la *investigación sobre la enseñanza secundaria*, ordenada oficialmente en 1897, hubo algunos testimonios de que los clásicos son necesarios para el cabal conocimiento del francés, para la vida política y la seguridad etimológica de la lengua; que las lenguas modernas no forman ni educan las facultades del joven como las antiguas, por su carácter é indole particular. Entre otros Hanoteaux, Breal, Croiset, Blondod, Dupuy, Spuller, Leygues, Fouillée son decididos defensores del clasicismo, habiendo el último, aunque panteísta, llegado á decir que cuando Francia quede á merced de una generación formada con clásicos modernos, se convertirá en una nación degradada, puesta en manos de medianías ó de bárbaros¹.

¹ Cf. *Alcornoque* L. c.

El estudio de la antigüedad griega y latina ha dado al genio francés, según Leygues, una medida, una claridad y elegancia incomparables. «Por él», dice, «nuestra filosofía, nuestras letras y nuestras artes han brillado por todas partes; por él nuestra influencia moral se ha ejercido en el mundo. Las humanidades deben ser protegidas contra todo ataque, pues forman parte del patrimonio nacional.

«Además, el espíritu clásico no es, como algunos afirman, incompatible con el espíritu moderno. El es el de todos los tiempos, porque es el culto (?) de la razón clara y libre, la investigación de la belleza armoniosa y simple en todas las manifestaciones del pensamiento.»

En Austria, la cultura intelectual y el método de enseñanza son iguales á los de Alemania, y se estiman mucho los estudios clásicos, como lo comprueban las instrucciones dadas en 1890 por el Ministerio de Instrucción Pública. En Italia y en Bélgica se dan semanalmente en los colegios oficiales muchas lecciones de latín. En Inglaterra no hay plan oficial de enseñanza; pero las humanidades forman la base de las profesiones científicas y literarias. Esta nación y Alemania son las más clásicas de Europa. Los ingleses cultos poseen el latín y el griego, y anualmente promueven las Universidades concursos sobre autores clásicos, adjudicando premios á los vencedores. Sus hombres más ilustrados, como Macaulay, Chatham, etc., fueron humanistas consumados, y no hace mucho tiempo Gladstone, jefe del partido liberal, se opuso á que se introdujesen en la enseñanza secundaria algunos ramos científicos con menoscabo de los estudios clásicos. Los Estados Unidos imitan á Inglaterra en su afición á la cultura clásica, pues en los principales centros de enseñanza se cursa el latín junto con los idiomas vivos. En el más antiguo de los colegios de Massachusetts se exige, para el ingreso, la lectura y traducción del griego y del latín, y en Nueva York los alumnos de un colegio redactan una revista en dichos idiomas. También se publica en la misma ciudad el *Prato Latinus*, en que aun los avisos comerciales están en latín.

Por desgracia, en el mayor parte de los colegios montados á la moderna, se da poca cabida á las ciencias especulativas

y aun á la instrucción religiosa, siendo ésta una de las diferencias entre la educación antigua y la moderna. Como la educación del joven está íntimamente ligada con el modo de ser de la familia, participa de las cualidades y defectos de ésta. Por eso, cuando la religión y la piedad ocuparon puesto de honor en el hogar doméstico, como aconteció en los siglos de fe, la niñez y la juventud fueron formadas en la virtud, con mucho más esmero que en los tiempos modernos. Nuestros antepasados gustaban, ante todo, de la *vida de familia*; es decir, de la comunicación íntima y cordial entre padres é hijos: para ellos el hogar era un santuario en que se enseñaba primero á servir á Dios, y después se cultivaban como flores preciadas el respeto, el cariño, la benevolencia, la sumisión, que forman el encanto de la familia cristiana. Es verdad que entonces no estaban á mucha altura las ciencias físicas y naturales, y que había deficiencia en los métodos de enseñanza; pero, en cambio, se cuidaba de vigorizar más que hoy el cuerpo del niño; se le acostumbraba á la sobriedad y á la vida tranquila; se le enseñaba menos — pero, por lo mismo, se grababa mejor en su memoria lo que aprendía — la instrucción era más clásica que al presente, y sobre todo profundamente cristiana.

En nuestros tiempos, la educación, como todo lo demás, ha experimentado un cambio radical, en parte favorable y en gran parte desventajoso. Es indudable que las ciencias experimentales han progresado mucho en el siglo XIX, y que los pasmosos inventos de que éste se gloria han modificado notablemente las condiciones de la vida humana. La mayor difusión de las luces, la facilidad de las comunicaciones, el desarrollo de la industria, el aumento de la riqueza, han contribuido á que los hombres y los pueblos se acerquen y conozcan más, y por lo mismo á que se auxilien mutuamente en el orden intelectual y moral.

Conforme á las exigencias de nuestra época, la instrucción moderna es más variada que la antigua, más general y *enciclopédica*; pero, á su vez, es superficial y mucho menos sólida que la antigua. Hoy un joven de diez y seis años posee ya ligeras nociones de muchas ciencias, habla varios

idiomas, conoce la geografía y los sucesos más notables de la historia. Mas este barniz de ilustración, si halaga por un lado la vanidad, perjudica, por otro, al cultivo serio y profundo de cualquier ramo del saber, y hace que las mentes juveniles desfallezcan con la carga y salgan de la segunda enseñanza ignorantes, hastiados y pedantes, según lo atestiguan escritores eminentes.

«El sistema antiguo de enseñanza», dice Hernández¹, «se proponía un fin muy elevado. Estudiaba á fondo la naturaleza del niño, cuidaba de acomodarse á ella, ayudándole en el desarrollo gradual de sus facultades, para dejarlo en aptitud de emprender por sí solo cualquier género de estudios, por arduos que fuesen... Dividía en dos períodos las materias que hoy comprende la segunda enseñanza: el primero lo dedicaba por completo á la formación literaria del alumno, mediante el conocimiento profundo de las lenguas y literaturas latina, griega y nacional; el segundo período lo consagraba á la filosofía, como ramo principal, y á las ciencias naturales y exactas en calidad de estudios accesorios. Pero no olvidaba que la parte superior del hombre debe ser cultivada por la religión... y por eso la escuela antigua, en todos sus grados, estaba animada del espíritu religioso, y embebia á los jóvenes en las puras doctrinas y prácticas saludables de la santa fe católica.

«El sistema moderno se propone, en la enseñanza secundaria, instruir suficientemente á los jóvenes y prepararlos para los cursos de cualquiera facultad científica, ó para ocupar dignamente una posición social, que no exija diploma universitario. Por esto, desechando cuanto no es de utilidad inmediata para las necesidades de la vida material, dirige todos sus esfuerzos á comunicar, en corto tiempo y con poco trabajo, la mayor suma de conocimientos posibles... Quita toda la importancia que puede al estudio de las lenguas clásicas y no oculta su deseo de suprimirlas por completo. Concede á la filosofía un lugar muy secundario, contentándose con nociones someras, que la despojan de todo carácter

¹ Educación antigua y moderna.

científico y son deprimentes de su dignidad. En vez de estos estudios, base del sistema antiguo, ha substituído el moderno con una caterva de materias, subdivididas en varios cursos, de lo cual resulta que en un mismo año se aglomera una multitud de asignaturas diversas.... Por completo prescinde de la religión; ó si la mantiene, es bajo una apariencia engañosa, pues no cuida de que el conjunto de la instrucción esté en consonancia con el dogma.... Es una enseñanza fría, en que el alumno aprende la religión cristiana como aprende en la historia de la China ó de la India las doctrinas de Confucio ó de Budha.

«De estos dos sistemas, el moderno es profesado casi universalmente en los países en que el Estado, arrogándose el cargo de maestro, establece escuelas que él mismo dirige, cuyos profesores nombra y retribuye, escuelas á las que, con leyes más ó menos arbitrarias, sujeta á todos los demás establecimientos de enseñanza. El sistema antiguo se va refugiendo al abrigo de aquellas instituciones que por su naturaleza se sustraen á la influencia secularizadora de nuestro siglo, como son los seminarios y los cuerpos religiosos docentes.»

Mas como la enseñanza ha de tener en cuenta las tendencias de cada época, y la nuestra se distingue por su afición á las ciencias naturales, en las que ha hecho descubrimientos sorprendentes, es preciso conciliar en lo posible el sistema moderno con el antiguo, dando cierta amplitud á algunas materias. Todo hombre culto necesita hoy conocer geografía, historia, rudimentos de matemáticas, física ó historia natural, á más de algunas lenguas vivas; por lo que estos ramos deben cursarse en la segunda enseñanza, sin prescindir de las humanidades, que han de ser la base de la instrucción.

Además, como hay variedad de aptitudes é ingenios, los que no puedan ó no deseen dedicarse sólo á estudios teóricos, deben optar por las ciencias prácticas que los preparen para la industria, el comercio y las carreras técnicas; pero se ha de evitar la simultaneidad heterogénea de asignaturas en el mismo curso, que embrolla el entendimiento del niño y con-

duce al enciclopedismo pedantesco», según afirma el Padre Aicardo¹. «Si el profesor es bueno y el plan no le estorba, en cuatro años se pueden cursar las humanidades con las accesorias de erudición geográfica, histórica y de lenguas. Agréguese dos ó tres años para la instrucción filosófica con erudición científica, y será un bachillerato de formación excelente. Los alumnos podrán á los dieciséis ó diecisiete años saber sentir, discurrir, pensar; tendrán principios de buen gusto y aptitud para cursar una carrera, y ser hombres de utilidad á su patria y de honra para la toga, la tribuna, la cátedra y las dignidades eclesiásticas, civiles y militares.»

En resumen, debe aceptarse el sistema moderno en todo aquello que, por razón del método de enseñanza á otro justo motivo, pueda ser útil á la formación de la juventud y satisfacer las justas exigencias de la época. Hay que procurar que el estudio de los clásicos vuelva, previa disquisición ilustrada y moral, á ocupar su puesto de honor; ya que, según dice el cardenal Newman, «los asuntos que ellos ofrecen á la inteligencia, y los conocimientos á que sirven de base, han sido siempre el medio empleado para difundir la cultura de la juventud»; hay que combatir el recargo de materias en la enseñanza secundaria, y trabajar sobre todo para que la educación del joven esté informada por el espíritu cristiano, á fin de que se cumpla el consejo evangélico: *Aprende desde la niñez las Sagradas Letras, que te pueden instruir para la salvación*².

¹ L. c.² 2 Tim. III, 15.

CAPÍTULO SEGUNDO.

DE LOS MODOS, MÉTODOS Y
PROCEDIMIENTOS DE ENSEÑANZA.

1. Qué son los modos de enseñanza y cómo se clasifican. — 2. Métodos de enseñanza y su división. — 3. Inducción y deducción; análisis y síntesis. — 4. Procedimientos de enseñanza. — 5. Formación intelectual. — 6. Formación moral. — 7. Formación religiosa. — 8. Importancia y progreso de la pedagogía en nuestros tiempos. — 9. San Ignacio de Loyola y San Juan Bautista de la Salle, fundadores de institutos religiosos docentes.

1. Qué son los modos de enseñanza y cómo se clasifican. — Dase en pedagogía el nombre de *modos de enseñanza* a la manera con que procede el maestro para instruir a sus alumnos. Los principales modos son el *individual*, el *simultáneo*, el *mutuo* y el *mixto*.

En el modo individual, el maestro enseña directa y separadamente a cada alumno sin tener en cuenta a los demás, y se ocupa de uno en uno con todos los escolares que le están confiados. Este modo emplea la madre para instruir a sus hijos, y de la familia fué trasladado a la escuela, en la que estuvo en boga hasta fines del siglo XVII.

Para la enseñanza particular tiene ventajas innegables el modo individual, porque favorece el contacto íntimo del alumno con el maestro, y puede éste conocer mejor las aptitudes y tendencias de aquél, darle consejos y hacerle las indicaciones adecuadas a su formación intelectual y moral. Pero empleado en la escuela, pasa lo contrario, por cuanto obliga al maestro a descuidar el mayor número de los alumnos, que se entregan al ocio, a la indisciplina y al tedio; reduce el número de lecciones que recibe cada uno de ellos; los priva del estímulo e interés por instruirse, dejándolos, en cierto modo, entregados a sí mismos; prescinde de la organización y del espíritu de cuerpo, que tanto contribuyen al aprovechamiento escolar, e impide que los alumnos se auxilien entre sí e interesen por su mutuo adelanto. Por estos inconvenientes se ha eliminado desde hace mucho tiempo este modo en las clases numerosas, para substituirlo con el simultáneo.

En el modo *simultáneo*, el maestro se dirige a todos los alumnos a un mismo tiempo, con lo que hay orden en la clase, y se favorece sobre todo el progreso intelectual de los niños, quienes sacan mayor provecho de la lección del maestro que de la de sus compañeros, tanto más que ningún niño deja gustoso su trabajo por enseñar a otros menos instruidos que él, como lo nota el abate Guibert.

Conforme a este modo las escuelas numerosas se dividen en varias clases, según la edad, el desarrollo intelectual y el adelanto de los niños, y cada clase ocupa un local separado y es dirigida por un maestro particular. A su vez la clase se subdivide en diversas secciones, con las que se entiende sucesivamente el maestro; y mientras éste instruye a una sección, las restantes se dedican a otro trabajo, vigiladas por monitores, ó dirigidas momentáneamente por repetidores, con lo que el modo simultáneo aprovecha de las relativas ventajas del mutuo, de que luego trataremos.

En el modo simultáneo, la enseñanza está organizada de manera que los alumnos de un curso tienen el mismo texto, estudian igual lección, y se entregan a idénticos ejercicios. «Mientras se lee», dice San Juan Bautista de la Salle¹, «los demás alumnos de la misma sección seguirán la lectura en su libro, que deben tener en la mano. El maestro cuidará con esmero que todos lean en voz baja lo que el lector lee en alta voz; y para conocer si lo hacen efectivamente, hará leer de paso algunas palabras a tal ó cual alumno.» En cada sección, el maestro dirigirá preguntas a los alumnos acerca de lo que han aprendido ó se les ha explicado, y no resolverá una cuestión sino cuando aquéllos no puedan solucionarla por sí mismos, a fin de acostumbrarlos a la reflexión y al esfuerzo personal².

Incontestables son las ventajas del modo simultáneo; pues establece una sociedad constante entre el maestro y los alumnos; facilita al primero informarse con frecuentes preguntas del adelanto de los alumnos; fomenta la emulación de éstos

¹ Cf. *Conditio des écoles chrétiennes*.

² Cf. J. Guibert, *Histoire de Saint Jean Baptiste de la Salle*.

por medio de ejercicios colectivos; mantiene el orden por la constante ocupación de los alumnos; fecundiza, en fin, la labor del maestro y le estimula al trabajo, porque puede destinar á cada división y aun á cada alumno el tiempo indispensable á su aprovechamiento. Á su vez, cada escolar se empeña en aventajar á sus compañeros y en ascender á la división superior, lo que fomenta no sólo el adelanto de los niños, sino también la disciplina y moralidad escolares, fuera de que los alumnos tienen más agrado en escuchar lecciones variadas y comunes á todos, en lugar de las repeticiones monótonas é interminables, empleadas en el modo individual.

El modo simultáneo, tan apropiado y útil á la enseñanza, fué introducido por San Juan Bautista de la Salle en la dirección de las escuelas de su Instituto; y aun cuando antes de él lo usaron las Universidades de la edad media y los colegios de la Compañía de Jesús, fué el fundador de los Hermanos Cristianos de las Escuelas Cristianas quien lo aplicó á las escuelas populares, y por eso el ilustre canónigo de Reims es el primero de los pedagogos modernos.

El modo *matut*, ó *lancasteriano*, consiste, como su nombre lo indica, en distribuir los alumnos de una clase en varias secciones y en colocar de instructor de cada una de ellas al alumno más inteligente, llamado *monitor*, que ha recibido antes del maestro la lección ó instrucciones del caso, limitándose entonces éste á vigilar el orden. Este modo organiza la escuela á modo de un cuartel.

José Lancaster hizo en Inglaterra, á principios del siglo pasado, activa propaganda en favor de este modo de enseñanza, traído de las Indias en 1789 por el escocés Andrés Bell. Gracias al favor oficial, este sistema dominó en Francia durante la Restauración, hasta el punto de que en 1816 lo recomendó el ministerio á todos los prefectos. Los Hermanos de las Escuelas Cristianas habían seguido con buen éxito en sus escuelas el modo simultáneo, durante el siglo XVIII; por lo que sostuvieron lucha prolongada contra el sistema lancasteriano, y salvaron de la ruina la enseñanza popular en Francia. Retirado el apoyo oficial, cayó aquél rápidamente en

des crédito, y puede decirse que hoy ha desaparecido por completo.

Á primera vista parece que, el colocar cierto número de alumnos bajo la dirección de un monitor, el elegir á éste entre sus compañeros, y el deseo de ejercer el cargo de monitor estimulan á los alumnos y fomentan entre ellos el pundonor y la solidaridad, permitiendo al maestro encargarse de numerosos alumnos, por el auxilio que le prestan los monitores. Pero estas ventajas son más aparentes que reales: porque el maestro se consagra de preferencia á formar sus monitores, olvidando á los demás, con quienes apenas tiene contacto, y limitando su acción á una mera vigilancia; además, es difícil conseguir buenos monitores, y aun cuando los haya, carecen ante sus condiscípulos de la autoridad del maestro, sus conocimientos son limitados, y, lo que es peor, se convierten en déspotas de sus compañeros, ocultan á veces sus faltas, y son propagadores ó cómplices de inmoralidad.

El modo simultáneo-mutuo ó *mixto*, consiste en repartir los alumnos de una clase numerosa en varias secciones, para que, mientras el maestro se entiente con una de ellas, trabajen las otras bajo la dirección de monitores. Con esto disminuyen los inconvenientes que hemos mencionado. Los monitores son agentes de administración, vigilancia, admonición; los repetidores lo son de enseñanza repetida, leída por ellos; pero, en todo caso, el sistema mixto debe sólo emplearse en clases muy numerosas de principiantes; y como la aglomeración de alumnos en una clase es perjudicial, conviene más bien prescindir de los monitores y observar en la enseñanza el modo simultáneo.

El modo *espontáneo*, inventado por Pestalozzi, consiste en suministrar al niño pocos conocimientos elementales, para acostumbrarlo á desarrollar por sí mismo sus facultades intelectuales. Este sistema, aunque lento y no aplicable á todos, tiene la ventaja de aficionar al alumno al esfuerzo personal, de dar á conocer sus aptitudes para ciertos ramos, de formar especialistas de mérito, y de basarse en el progreso que sigue la naturaleza misma en el desarrollo mental. Pero pocos

son los que desde la primera edad manifiestan genio investigador y despierto: por lo común las facultades del niño están latentes, y necesitan de un genio hábil para desenvolverse, por lo que es indispensable en la primera educación la dirección constante del maestro. Como lo nota el Padre Zocchi, la obra de Pestalozzi, no obstante su competencia y el ruido que produjo, se vino á tierra aun antes de su muerte; sin duda porque como protestante careció de la abundancia de luces que Dios comunica á los hijos de la verdadera Iglesia, y de esas llamas de caridad que abrasan el alma del creyente, transformando su ser y fecundizando sus acciones. De la obra educadora de aquel pedagogo filósofo sólo quedan los *jardines de infantes* de su discípulo Froebel.

Entre los varios modos y sistemas de enseñanza merece especial mención el *cíclico progresivo*, según el cual sigue el alumno en el segundo grado de instrucción un procedimiento igual al empleado en el primero. Todas las asignaturas ó ramos de la enseñanza secundaria se estudian anualmente sin perder de vista el conjunto de la instrucción; de modo que, á medida que se desarrollan las facultades del alma, se van ampliando sus conocimientos y suministrándole más extensa y profunda materia de estudio. La cultura general es entonces á modo de círculo que se va extendiendo poco á poco, pero conservando siempre la misma forma y carácter.

Las ventajas de este sistema están á la vista; porque el estudiante, sin olvidar lo antes aprendido, puede en un corto periodo de años cursar á la vez varias asignaturas, hasta llegar á dominarlas por completo. Ventaja muy grande, por cierto, pues impide el olvido de las materias que, conforme á otros sistemas, se cursan en los primeros años de estudio sin volverlas á recorrer en los siguientes. Este sistema, usado desde antes en Alemania, fué introducido en Francia desde 1870, á raíz de la derrota de Sedán, como un medio de mejorar la enseñanza secundaria¹.

2. Métodos de enseñanza y su división.—La transmisión de los conocimientos, fin de la enseñanza, requiere

orden y método, fundado en las exigencias de nuestra naturaleza racional y en la manera de funcionar sus facultades. Puede un maestro ser muy instruido, pero si procede sin concierto y al acaso, su labor será infecunda. Por el contrario, siguiendo un buen método, aun una persona de mediano saber puede formar discípulos aprovechados. La experiencia confirma que no siempre los más doctos son los mejores pedagogos; y de allí la utilidad de conocer y aplicar los métodos de enseñanza y de formarse para el profesorado.

«El desarrollo de las facultades no puede hacerse al acaso y sin orden», observa Barés¹; «porque en tal caso no sería progresivo ni armónico, y una pérdida lamentable de tiempo se originaría de tal procedimiento. Dicho desarrollo exige un método adaptado á la naturaleza y exigencias de cada facultad. Este método es á la vez una ciencia y un arte. Como *ciencia*, abraza los principios fundamentales y generales de la educación, como también el conjunto de reglas particulares, de ejercicios y de prácticas que determinan y precisan los detalles; como *arte*, es la manera inteligente y hábil de poner en obra las reglas aprendidas, añadiendo á ellas lo que la experiencia personal y la inspiración de cada uno sugieren, según las circunstancias de tiempo y de lugar.

«¿Qué es el método? En el sentido más lato y elevado, el método es el camino que debe seguir el espíritu humano para conocer y enseñar la verdad; ó en otros términos, un conjunto de medios racionales para la investigación y demostración de la verdad. En pedagogía se define generalmente el método como el camino más recto, corto y seguro que elige el maestro para comunicar con provecho sus conocimientos al niño, ó para que éste los busque por sí mismo. El método tiene un doble objeto: suministrar los medios de buscar y descubrir la verdad, lo que constituye su primer objeto, y dar los medios para enseñar y comunicar á otros la verdad, que es su objeto secundario.»

¹ Cf. el opúsculo «La segunda enseñanza en España».

¹ *Directoire scolaire*.

No es lo mismo enseñar con método, que enseñar conforme á un método determinado. Lo primero es seguir un orden lógico al explicar una cuestión, exponiendo las relaciones que existen entre los efectos y las causas, entre los hechos y las leyes que los rigen, sometiendo al alumno á una serie de ejercicios que le faciliten el conocimiento de un arte ó de una ciencia. Enseñar según un método determinado, es seguir un sistema especial al dar una lección. Todo profesor debe enseñar con método, pero puede, según los casos, emplear ya un método ya otro.

Un método es un encadenamiento lógico y completo de ejercicios variados que concurren armónicamente á un mismo fin, que puede ser la adquisición de una ciencia ó la práctica de un arte. Las cualidades de un buen método son: la *unidad*, que se determina por el objeto y término de la materia ó especialidad á que se dedica el alumno; la *variedad*, que se refiere á la diversidad de partes y de aplicaciones de esta especialidad; la *conveniencia*, que resulta de la relación de los ejercicios con la fuerza intelectual del alumno; el *orden*, que procede de la clasificación regular de las partes; la *gradación*, que depende de la justa distribución de los ejercicios, del orden lógico observado en resolver una dificultad; la *integridad*, que resulta de no descuidar ninguna parte importante de la materia especial de que se trata, ni ningún género de aplicaciones útiles.

Como se puede conocer la verdad, ó por la enseñanza de otro ó por el trabajo de uno mismo, se distinguen también dos métodos: el *dogmático*, *didáctico* ó *expositivo*; y el *inventivo* (*heuristicó*), *interrogativo* ó *socrático*. En el primero se limita el maestro á explicar oralmente una cuestión, sin que le dirijan preguntas los alumnos, por lo menos durante la lección. En este método se instruye, como lo hacen los predicadores y los conferencistas, por medio de descripciones, de narraciones y de discursos seguidos. En el método socrático, interrogativo ó inventivo, excita el maestro la actividad intelectual del alumno por medio de preguntas, com-

¹ Cf. Achilli, Traité de méthodologie.

binadas de manera que pueda adquirir ó encontrar por sí mismo ciertas nociones ó verdades que están á su alcance. En este método atrae el maestro la atención del alumno sobre el tema de la lección, y aprovechándose de los conocimientos propios del alumno, dirige sus facultades de observación y de reflexión, por una serie bien dispuesta de preguntas, á fin de que trabaje por sí mismo y encuentre la verdad.

El método expositivo tiene sus ventajas, por cuanto permite al maestro recorrer rápidamente su programa, evitando las interrupciones y digresiones de los alumnos, y para éstos viene á ser una excelente lección de lógica, que les enseña á estudiar un tema en toda su amplitud y desarrollo. Pero este método no es aplicable á la enseñanza primaria; porque los niños, sobre todo en la primera edad, son ligeros, de imaginación traviesa, poco reflexivos é ignorantes aun en cosas vulgares; por lo que se fatigan mucho con las disertaciones y discursos, se distraen fácilmente y dejan inactivas sus facultades, excepto la memoria, que retiene algunas palabras, que á veces ni aun comprenden. Además, el uso de esta forma requiere cualidades muy raras en quien la emplea, á saber: conocimiento profundo del tema de la lección, espíritu lógico para desarrollarlo debidamente; imaginación viva para amenizar el discurso; dicción castiza y amena que atraiga al auditorio, y cierto calor y entusiasmo que interese á todos.

El método interrogativo presenta á su vez ventajas incontestables, pues permite al maestro darse cuenta del grado de adelanto de los alumnos y le obliga á estar siempre al alcance de su auditorio; procede lentamente, para que el niño comprenda lo que se le enseña; mantiene la atención de los escolares por las preguntas que les dirige y por el empeño de éstos en responder satisfactoriamente; es un excelente medio de formación intelectual para los alumnos, porque les provoca á la reflexión, ejercita el juicio, despierta el espíritu de investigación y de inventiva, lo que les sirve de estímulo y contribuye á su formación moral, animando á los tímidos y conteniendo á los presuntuosos.

El método interrogativo requiere de parte del institutor viveza de espíritu, sentimiento de la verdad, conocimiento teórico y práctico de la inteligencia humana, en particular de la del niño, así como de los medios adecuados para su desarrollo intelectual; posesión, en fin, de la materia de que trata, para presentarla á los alumnos en todos sus aspectos.

La forma expositiva da muy buenos resultados al dirigirse á hombres formados ó á jóvenes cuya inteligencia está ejercitada y provista de conocimientos, por dilatados estudios y el hábito de la reflexión; así como la forma socrática debe predominar en la enseñanza primaria, por ser adecuada para ejercitar las facultades del niño. Pero se ha de evitar el empleo exclusivo de una de las dos formas, y procurar combinarlas oportunamente. Así, en el método expositivo conviene de vez en cuando, y sobre todo al terminar la disertación, dirigir algunas preguntas á los alumnos y escuchar sus observaciones; igualmente en el método interrogativo ha de relatar el maestro hechos históricos, ó discutir sobre sucesos interesantes, ó hacer un resumen de la materia de estudio, lo que agrada á los niños y evita la monotonía de la clase. En suma, el sistema mixto es útil á toda clase de alumnos, porque da vida á la enseñanza haciéndola más provechosa é instructiva.

3. Inducción y deducción; análisis y síntesis.—La inducción y la deducción son los dos caminos que pueden seguirse en la indagación metódica y sistemática de los conocimientos científicos. La primera va de lo compuesto á lo simple, de la percepción directa de los hechos ó de la intuición de las ideas, á distinguir sin separar, á observar y experimentar. La deducción marcha de lo simple á lo compuesto, de lo general y abstracto á unir sin confundir, á racionar y hallar consecuencias.

La inducción es el procedimiento interno del análisis; y la deducción, de la síntesis; y dan origen á los métodos analítico y sintético, que existen realmente, pues representan los dos caminos que se siguen en la investigación y transmisión de la verdad. Por el análisis se descompone una idea u objeto en sus elementos, se va del todo á las partes; y por la síntesis se combinan estos elementos para formar un

conjunto, y se va de las partes al todo. El primero es un método de diferenciación, y el segundo de homogeneidad y semejanza. Grande es, por tanto, la utilidad del análisis y de la síntesis, á los que acuden y se ciñen todos los métodos de enseñanza¹.

No limitándose la ciencia á conocer los hechos, sino extendiéndose á explicarlos, sigue dos caminos: descender de lo general á lo particular, que es la marcha sintética; remontarse de lo particular á lo general, que es la marcha analítica. Cuando hay datos que equivalen á principios evidentes, se ha de emplear el método sintético ó deductivo para descubrir nuevas verdades, como pasa con las matemáticas, en las que cada proposición nueva es una consecuencia de otras anteriormente conocidas y por todos aceptadas; pero si los datos consisten en efectos ó en fenómenos cuya causa se busca, como en las ciencias físicas, se ha de acudir al método inductivo ó analítico.

En la enseñanza puede proponerse el maestro, ó instruir al alumno en las verdades conocidas que se hallan en los libros, ó iniciarlo en la investigación y descubrimiento de verdades nuevas.

Para lo primero sirve mucho el método analítico, el más conforme, como lo nota Alcántara², «con el desarrollo normal de la inteligencia del niño, quien procede siempre por inducción, camina de lo conocido á lo desconocido; de los conocimientos concretos á los abstractos, de las consecuencias á los principios, de las verdades particulares á las generales.

En el método sintético se sigue una marcha opuesta; pues se va de lo simple á lo compuesto, de lo general á lo particular, etc., componiendo y asemejando los elementos que constituyen la complejidad de lo real, tratando de conocer los casos particulares comprendidos en las verdades generales. Este método ejercita las facultades superiores, facilita la reflexión y el examen en conjunto de una serie de elementos ya analizados, la concepción de leyes generales, de hipótesis

¹ Alcántara y García, Compendio de pedagogía.

² L. c.

y teorías que explican ciertos hechos. En este concepto se le llama, á más de deductivo, descendente, compositivo, racional, expositivo y de doctrina ó enseñanza.»

Pero así como es útil combinar los varios métodos de enseñanza, igual cosa se debe hacer con el análisis y la síntesis; por medio de ésta inicia el maestro al alumno en el conocimiento de verdades conocidas, y por medio del análisis le pone en camino de descubrir por sí mismo otras nuevas. Por esto, al método socrático se le puede llamar *analítico-sintético*, en cuanto comienza por el análisis, para terminar en la síntesis; y al método dogmático se le puede calificar de *sintético-analítico*, porque comienza por la síntesis, para seguir con el análisis y terminar por una nueva síntesis. En la práctica se unen el análisis y la síntesis en la misma lección, en la exposición de un hecho ó la demostración de un teorema. La síntesis no podría patentizar las relaciones que tienen entre sí las partes de un todo, sin que un análisis anterior haya separado dichos elementos; y, por otra parte, al fijar el análisis la atención sobre los elementos aislados, es necesaria la síntesis, para que el espíritu pueda considerar las ideas en conjunto y sacar conclusiones generales.

4. **Procedimientos de enseñanza.**— Llámense procedimientos de enseñanza ciertos medios de que se vale el maestro, conjuntamente con los modos y métodos, para lograr que sus lecciones sean más claras, variadas y más al alcance de los niños. Hay procedimientos de exposición, de aplicación y de corrección, de los que hablaremos brevemente.

Los procedimientos de **exposición** tienden á hacer adquirir al alumno nociones exactas, claras y, en lo posible, completas de las materias que cursa. Ellos se dirigen principalmente á las facultades perceptivas, externas ó internas, á saber: á los sentidos, la imaginación, la razón, la conciencia y, en ciertos casos, á la memoria. El principal de estos procedimientos es el de *intuición sensible* ó de *comprensión inmediata sensibilizada*, que tiene por base poner los objetos á la vista del educando, no sólo para que los vea, sino para que conozca sus propiedades por medio de los otros sentidos. Se puede definir este procedimiento: la enseñanza por medio

de la observación sensible, encaminada á fijar la atención del niño en los objetos que se le presentan, á fin de ejercitar la percepción y el juicio, y de que se dé cuenta de las ideas abstractas. Por ejemplo, para que el alumno comprenda lo que son las unidades métricas, se le muestra un litro, el peso de un kilo, un metro, etc. La enseñanza por el aspecto ó por los ojos es la forma más ordinaria de la intuición sensible y sirve de base á la instrucción elemental. Siendo la sensación, según Santo Tomás, el punto de partida de toda idea, mientras más se multipliquen las sensaciones logra el alma, en virtud de la abstracción, adquirir mayor número de ideas. Los niños, en especial, no pueden percibir las ideas abstractas sino mediante una forma concreta, una imagen ó una comparación; y por esto la vista de un cuadro, de una fotografía, de una figura, pone en ejercicio su inteligencia, les induce á examinar atentamente los objetos, á darse cuenta de su importancia y funcionamiento, á preguntar lo que no comprenden. Las cartas geográficas, los cuadros murales, sea de historia ó de ciencias naturales, las proyecciones luminosas, los retratos de personajes, etc., sirven mucho para el aprendizaje, sobre todo en la primera edad, como también el empleo de la pizarra es muy útil en la enseñanza de la aritmética, la geografía, las ciencias físicas y naturales, la escritura, la música, etc.

A los procedimientos de exposición pertenece el *comparativo* ó *anológico*, por el cual se comunican al niño mediante las ideas adquiridas, otras que no posee ni las puede adquirir directamente por la intuición inmediata ó mediata. Este procedimiento se vale de comparaciones, de ejemplos y de la asociación de ideas, y es un poderoso medio de instrucción.

El procedimiento *anulítico* ó de *oposición* se funda en la ley de los contrastes, para lo que pone en relieve las palabras, las ideas y las cosas, á fin de que se note la antitesis.

El estudio de las *etimologías* contribuye á dar al lenguaje y al estilo precisión y propiedad, así como cabal inteligencia de lo que se lee. Las *descripciones* vivas, pintorescas y animadas, las *narraciones* hábilmente hechas y elegidas cau-

tivan la atención de los alumnos y amenizan una explicación abstracta. El procedimiento *intimo* ó *de conciencia* ejercita á ésta en el orden intelectual y moral, habituá al niño á entrar dentro de sí mismo, á distinguir el cuerpo del alma y sus varias facultades por las operaciones que les son propias; por lo cual es uno de los procedimientos más importantes, que fecundiza á los demás mediante la reflexión.

Los procedimientos mnemónicos comprenden la *repetición*, que graba en la memoria las nociones cuyo recuerdo se ha borrado; y los *cuadros sinópticos*, que presentan condensados y coordinados los hechos ó ideas, facilitando las revisiones y el apreciar las cosas en conjunto. El procedimiento *experimental* consiste en establecer por medio de experiencias la verdad de una afirmación científica. Las experiencias pueden preceder ó seguir á la enunciación de las teorías á que se refieren. El primer método aprovecha mucho en la enseñanza elemental, en la que con frecuencia se llega á la teoría por las experiencias que la demuestran; pero con alumnos de cierta edad se usa el método inverso, que es más simple y expedito, acudiendo á la experiencia tan sólo para comprobar la teoría enunciada.

Los procedimientos de *aplicación* consisten en ejercicios, orales ó escritos, por los que el profesor procura: 1.º asegurarse de que las nociones enseñadas han sido bien comprendidas por los alumnos; 2.º grabar en la mente de éstos lo que les enseña; y 3.º hacerles adquirir facilidad y gusto en la práctica de las diversas artes. Estos procedimientos se sirven de los ejercicios escritos escolares, las repeticiones y las revisiones.

Los primeros consisten en que el maestro da á los alumnos temas que escribir, para acostumbrarlos á reflexionar, á retener lo que se les dice en clase, y á estar atentos durante la explicación. Las principales formas de ejercicios escritos son: 1.º de *copia*, que consisten en transcribir un texto, ó en reproducir gráficamente un modelo, cosas ambas útiles á los principiantes, en especial para la escritura; 2.º de *reproducción*, en que redacta el alumno una lección oral para asegurarse si la ha comprendido y retenido; 3.º de *imitación*, que echa mano de algunos elementos, ó de una forma que le sirve de modelo, para

revestirlos con ideas semejantes ó extenderlos en casos análogos; 4.º de *transformación*, usado sobre todo en los ejercicios de gramática y de estilo, que consiste en dar formas variadas á ideas ó frases cuyo fondo se conserva, para multiplicar las aplicaciones de una teoría, de los casos de una regla, etc.; 5.º de *análisis*, que tiene por objeto investigar y resumir las ideas desarrolladas en un discurso ó en un texto, con lo que el alumno se habituá á distinguir lo principal de lo accesorio, á descubrir el encadenamiento de las ideas y á condensarlas; 6.º de *reflexión* ó de *invención*, que son ejercicios escritos que exigen el empleo de los conocimientos adquiridos y el trabajo individual del alumno.

El fin de la enseñanza es poner al educando en aptitud de producir algo por sí mismo; por lo que el maestro debe en cada lección estimular la iniciativa del alumno, para que se ejercite en la composición.

Los ejercicios han de estar al alcance de los alumnos; no han de ser largos ni muy difíciles, han de ser variados é instructivos, y versar sobre materias apropiadas.

La *repetición*, cuando la emplea el maestro consiste en interrogar á los alumnos acerca de una lección precedente, para encadenar los conocimientos, recordar los principios que sirven de base á la lección siguiente, y comenzar una nueva explicación. La primera forma de repetición es de uso diario en las clases, y la segunda se emplea á menudo en el curso elemental y medio.

Por parte de los alumnos la repetición consiste en afirmar el recuerdo de las lecciones aprendidas, estudiándolas de nuevo.

La *revisión* es una segunda lección dada por el maestro sobre asuntos ya tratados, pero en forma más concisa, y según otro aspecto ó un plan diverso. Las revisiones son de grande utilidad; porque favorecen la asociación de ideas, hacen mirar una cuestión en conjunto, y esclarecen lo que parecía confuso á primera vista.

El maestro ha de emplear varios medios para *examinar y corregir* el trabajo de los alumnos. Los principales son la interrogación y recitación, la corrección de los deberes, las composiciones y los exámenes.

Las *preguntas* son útiles en clase, no sólo para el fomento del interés y la emulación de los alumnos, sino para que el maestro conozca el adelanto de ellos, rectifique sus errores, y les enseñe á expresarse; pero para que sean provechosas han de ser *claras*, ó comprensibles para todos; *simples*, de modo que sólo admitan una respuesta; *variadas*, para evitar la monotonía; *graduadas*, yendo de lo fácil á lo difícil, de una vista en conjunto á los detalles; *encadenadas*, ó sea lógicamente dispuestas; é *interesantes*, para que atraigan la imaginación del alumno.

Llámanse *rectificación* la respuesta á las cuestiones relacionadas con el texto que debe saberse de memoria. Dicha literalmente una lección, dirige el maestro preguntas sobre ella á los alumnos, para asegurarse de si la han comprendido ó retenido las explicaciones.

De parte del maestro, *corregir un ejercicio* es anotar y señalar las faltas; de parte del alumno, es substituir una redacción exacta á otra defectuosa. La corrección es escrita ó oral, individual ó colectiva. La importancia de la corrección es innegable; porque vuelve atento al alumno, sirve de sanción á su trabajo, impide la negligencia, y le hace adelantar lenta, pero seguramente.

Las *compensaciones* son ejercicios escritos destinados á estimular á los alumnos y á fomentar su actividad en el trabajo. Empleadas con prudente parsimonia y conteniendo cuestiones más ó menos difíciles, para que aun los alumnos poco expertos puedan trabajar, son muy útiles para conocer el aprovechamiento de los escolares, asignarles el puesto merecido en la clase, y premiar á los aprovechados. También contribuye mucho al adelanto, dividir la clase en dos campos rivales, que se disputan el triunfo, en una empresa del espíritu.

Los *exámenes*, ó pruebas que rinden los alumnos en la mitad ó al fin del curso escolar, constituyen uno de los estímulos más eficaces para su aprovechamiento. Los exámenes son privados, cuando se rinden á los profesores del establecimiento; y públicos, cuando los recibe un jurado compuesto de personas extrañas y ante un concurso más ó menos numeroso.

Los últimos avivan el entusiasmo de los alumnos y los maestros; pero éstos no deben olvidarse de los demás niños por preparar exclusivamente á los candidatos que han de presentarse en público.

Uno de los medios más convenientes para facilitar la enseñanza, sobre todo secundaria y superior, consiste en que el profesor anticipe en la clase la explicación de las lecciones del día siguiente; con lo que se logra tener á los alumnos más atentos en clase y se les aligera mucho el aprendizaje de memoria.

5. Formación intelectual.—Hemos dicho que la enseñanza se propone transmitir los conocimientos al niño, procurando á la vez el desarrollo armónico de todas sus facultades. Los métodos y procedimientos de enseñanza tienden á facilitar esta labor, sin la que sería estéril la acción del maestro, y casi nula la formación del alumno. Por eso vamos á indicar algunas reglas prácticas para la formación intelectual, moral y religiosa del alumno, ya que en la Primera Parte expusimos los principios teóricos sobre esta materia. Desenvolver las facultades humanas es cosa importante y delicada, pudiendo decirse que el mérito del hombre está en relación con el grado de cultivo que ellas han obtenido¹.

La educación intelectual se propone la cultura del espíritu mediante el desarrollo de sus facultades y la adquisición de los conocimientos. Las facultades intelectivas perciben, por una parte, los objetos materiales con sus propiedades singulares y concretas; y por otra, los objetos inmateriales con las propiedades abstractas y universales de los objetos materiales.

Hay, por tanto, dos órdenes de facultades cognoscitivas: las del orden sensible, que perciben las cosas materiales, concretas y singulares; y las del orden intelectual, que nos ponen en relación con las cosas inmateriales, abstractas y universales. Según el sistema escolástico, las facultades del conoci-

¹ Nos servimos de principales guías en este punto «Les Éléments de pédagogie pratique» de los Hermanos de las Escuelas Cristianas y el «Dictionnaire scolaire» del célebre Barle, de cuya doctrina haremos un extracto, añadiendo algunas reflexiones de propia cosecha.

miento sensible comprenden los sentidos externos y los internos, y la del conocimiento intelectual se ejerce por la percepción ó aprehensión de las ideas, el juicio, el raciocinio, la conciencia intelectual y la memoria intelectual.

Los sentidos externos (vista, oído, olfato, gusto y tacto) se apoderan directamente, por decirlo así, de las propiedades exteriores de los objetos, llamándose sensación la impresión que éstos producen en el alma por medio de aquéllos. Los sentidos funcionan bien cuando los órganos están sanos y aptos para cumplir su oficio; cuando no hay un intermedio u obstáculo entre ellos y los objetos que deben impresionarlos; y cuando se interpretan bien sus datos. El buen funcionamiento y perfección de los sentidos externos se obtienen educándolos debidamente, en cuyo caso adquieren toda la finura y precisión de que son capaces. Es indudable que los sentidos suministran muchos elementos y materiales á las facultades superiores para sus trabajos propios, los que pueden ser inexactos y erróneos por culpa de aquéllos: de allí la necesidad de educarlos convenientemente, de fortificarlos y de corregir en lo posible sus imperfecciones nativas, para lo cual deben observarse las leyes de la fisiología y de la higiene. Las orejas estarán limpias y se aumentará su fuerza auditiva con ejercicios adecuados; los ojos necesitan de mucha luz, natural ó artificial, y hay que acostumbrar á los niños á mirar desde lejos los objetos, para fortalecer el órgano, advirtiéndoles, en cuanto á la lectura y escritura, que no alejen ni acerquen mucho el libro ó papel.

La educación de los sentidos se propone darles la perfección posible, á fin de aumentar su aptitud natural y ponerlos en condición de que las percepciones que suministren á la inteligencia sean claras, precisas y exactas. Ejercitar á los sentidos sirve, según Rousseau, no sólo para hacer buen uso de ellos, sino también para aprender á juzgar bien y, por decirlo así, á sentir. Además, cuando están bien educados, despiertan en los niños el espíritu de observación y les comunican el deseo de inquirir y de pensar, como dice Alcántara.

La educación de los sentidos es *general* cuando tiene por fin su cultura armónica; y *especial* cuando intenta particular-

mente la de uno de ellos, sea solo ó en relación con los demás. Las reglas de la gimnasia y de la higiene deben observarse con este objeto. Conviene, por tanto, educar físicamente los sentidos, esto es, cuidar de su integridad y conservarlos en buen estado¹.

«Mientras más profundamente se excita un sentido, dentro de ciertos límites, se hace más perspicaz y transmite mejor sus impresiones á la mente», dice Taylor². «Los sentidos externos, como medios de comunicación entre el alma y el mundo visible, sólo cumplen debidamente sus funciones cuando adquieren la habilidad de percibir un mayor número de detalles en las diferencias de color, de tono, de forma, é intensidad, para transmitirlos al entendimiento. La imaginación misma no alcanza, como los sentidos, el poder de hacer tales distinciones, y de allí la importancia de elegir medios y métodos apropiados para su pronto desarrollo.»

Después de la educación física, viene la *educación intelectual* de los sentidos; porque no basta poseer buenos instrumentos si no sabemos servirnos de ellos. Es preciso habituar prácticamente á los sentidos á recibir bien las impresiones de los órganos correspondientes, y á la inteligencia á apreciar é interpretar debidamente los datos que le suministran. Así, por ejemplo, se desarrolla el tacto palpando objetos variados, para juzgar de su masa, forma, resistencia, etc., sin el auxilio de los otros sentidos. Se educa el oído acostumbrándolo á distinguir la naturaleza y dirección del sonido, la distancia del objeto que lo produce, los sonidos gratos é ingratos, etc.; se perfecciona la vista haciendo que el niño distinga los colores con sus matices, calcule las distancias y dimensiones de los objetos, las figuras de éstos, etc. Conviene, además, acostumbrar á los sentidos á que se auxilien entre sí, á fin de que su percepción sea más exacta.

Los niños gustan mucho del ejercicio de los sentidos; pero debe evitarse que los usen de una manera distraída, para lo cual se les presentará cierto número de objetos y se les hará

¹ Alcántara y García, Compendio de pedagogía teórico-práctica.

² «Estado del niño».

Crespo Toral, Educación, Ed. 2.

examinar sucesivamente por todos sus aspectos. A esto se refieren también las lecciones llamadas de *cosas*.

Los sentidos internos perciben los objetos sensibles internos y elaboran las sensaciones ya recibidas. Estos sentidos, cuyo órgano es el cerebro, son cuatro: la conciencia sensible, la imaginación, la memoria sensible y el sentido estímulativo.

Por la *conciencia sensible* se da cuenta el hombre de los fenómenos de la sensación, de cada una de las operaciones de los diversos órganos de los sentidos y de los cuerpos en que éstas se localizan. El sentido de la conciencia sensible toma el nombre de *sentido común*, porque junta en sí y unifica como en centro común y consciente los diversos fenómenos sensibles de que cada sentido es el sujeto. Se le llama también *sentido íntimo*, por cuanto gracias á él se siente cada uno íntimamente afectado por estos fenómenos sensibles.

Para que la conciencia sensible llene como las demás facultades su objeto, es indispensable la atención. Atender es aplicar voluntariamente el entendimiento á un objeto material ó inmaterial, es un recogimiento del espíritu que se desprende de todo objeto extraño á la idea en que se ocupa. Todo trabajo intelectual comienza y persiste por la atención, que es espontánea cuando el espíritu se aplica por sí mismo á un objeto; y provocada, cuando lo hace por un estímulo exterior. Malebranche decía que la atención constituye la fuerza del espíritu, ya que sin ella no hay conocimiento posible. A la falta de atención, dice Alcántara, se deben muchas veces la ligereza y el aturdimiento de que no pocas personas dan pruebas en la vida práctica y muchos niños en los ejercicios escolares¹.

La *imaginación* es la facultad del alma que representa las imágenes de las cosas reales ó ideales. Ella conserva ante todo las imágenes que ha recibido de los objetos sensibles en el cerebro, las hace después revivir, las pone en cierto modo en acción, y, por fin, las combina y forma un compuesto de imágenes, con los diversos elementos de que es

¹ L. e.

depositaria. En esta última operación revela su actividad, su poder, y despliega su fuerza investigadora y creadora. La imaginación recibe el nombre de *representativa* ó de *memoria imaginativa* cuando recuerda imágenes anteriormente percibidas; y de *inventiva* ó *creadora*, cuando combina á ellas sus elementos para formar otras nuevas.

La imaginación tiene sus ventajas é inconvenientes, desde el punto de vista intelectual y moral. Sirve de poderoso auxiliar á los estudios literarios y artísticos, y aun influye en el cultivo de las ciencias. Bien arreglada y dirigida, ejercita la inteligencia, facilitándole, por medio de representaciones y de signos sensibles, el conocimiento de los seres inmatrimales. Gracias á las imágenes, se da brillo y relieve á ciertas ideas, que impresionan vivamente al espíritu y son transmitidas sin dificultad. La imaginación se enriquece con la abundancia de las imágenes y se perfecciona con su acertada elección: ellas producen sentimientos é ideas, y aun provocan y estimulan las acciones.

Pero, cuando la imaginación está desarreglada ó tiene un predominio exagerado, debilita y enerva la razón, expone al juicio á desviarse y da origen á ilusiones y errores. Esta facultad es la más activa é indisciplinada, por lo que Pascal la llamaba *maestra de falsedades* y Santa Teresa la *loca de la casa*.

Para educar la imaginación conviene lo siguiente. 1.º Dejarle cierta prudente libertad, y no cortar su vuelo, sino dirigirlo debidamente, evocando escenas pintorescas, hechos laudables, cuadros variados y poéticos, etc., á fin de avivar las fuerzas del entendimiento y comunicarle vigor y lozanía. Después de despertar el espíritu de observación, hay que estimular el de iniciativa y de invención. 2.º Aprovechar las ocasiones que presentan las lecturas y las composiciones de los alumnos, para mostrarles prácticamente los defectos y males causados por una imaginación desequilibrada. Como en los niños esta facultad es ardiente, traviesa y disipada, conviene proporcionarles ideas sanas y fortificantes, que sirvan de correctivo á los delirios é ilusiones de que gustan, teniendo en cuenta que las primeras imágenes é impresiones

se graban profundamente en el alma. En la elección de las lecturas se necesita suma cautela; para que no se aficionen á relatos nocivos ó puramente fantásticos, ni se dejen cautivar sólo por el brillo del lenguaje, prescindiendo del fondo del asunto. En suma, el maestro no ha de comprimir sistemáticamente la imaginación del escolar, pero tampoco ha de permitir su preponderancia.

La *memoria sensible* ó *orgánica* tiene por objeto retener ó conservar las imágenes impresas en los órganos internos, reconocer y reproducir los fenómenos sensibles pasados, sacándolos del depósito en que, por decirlo así, han estado guardados. Por medio de la memoria recordamos y retenemos las cosas é ideas de otro tiempo. Ella es la fuente de la ciencia, dice Quintiliano; el fundamento de la previsión, afirma Séneca; el tesoro de las ideas, según Cicerón.

Adquirir conocimientos, desenvolver y fecundizar la inteligencia requieren mucho estudio, lectura constante y asiduo trato con los maestros; todo lo que sería inútil, si no se pudiese con el auxilio de la memoria conservar y retener lo aprendido. Sin ella no puede haber educación; porque ésta exige el conocimiento de ciertas reglas y principios, así como la adquisición de buenos hábitos, para lo que son indispensables recuerdos frecuentes y precisos. Tampoco es posible la experiencia; ya que el pasado ilumina al presente y al porvenir, explica los hechos y sirve de guía en las situaciones nuevas. Pero la memoria sin el discernimiento poco aprovecha. Aquella proporciona á éste los materiales con cuyo auxilio el espíritu ejercita sus fuerzas, se eleva é inventa. Por esto, aun cuando la memoria es la potencia que primero aparece en el niño, debe procurarse el desarrollo simultáneo de todas sus facultades, acostumbrándolo, desde la infancia, á reflexionar y á darse cuenta de lo que hace y aprende.

Los medios principales de auxiliar y desenvolver la memoria son:

1.º El *ejercicio*; porque sin él se torna lenta, perezosa, improductiva. Por medio de ejercicios continuos y metódicos el niño aprende las lecciones prontamente, conserva con

fidelidad los recuerdos y se vuelve apto para recibir las diversas ideas que se le confían. Para fijar en la memoria el recuerdo de un objeto, conviene presentarlo con claridad y precisión. El espíritu y los sentidos externos concurren consonantes en una sola obra.

2.º La *aplicación*, ó sea la atención de la mente á lo que se lea ó observe. Un alumno ligero ó distraído puede leer cien veces un pasaje sin retenerlo; mientras que otro, atento y calmado, lo aprenderá muy luego. La aplicación contribuye á dar claridad, precisión y vivacidad á la memoria.

3.º El *orden*, la *aplicación* y la *división* ayudan poderosamente á la memoria. Cuando se agrupan muchas imágenes sensibles de un orden secundario alrededor de una principal, con la que tienen enlace, ésta sirve para retener aquellas. Sobre todo el ordenar, clasificar y dividir bien las ideas facilita en gran manera el ejercicio de la memoria.

4.º La *asociación de las imágenes*, que consiste en reunir las que tienen entre sí cierta afinidad y conexión, ya natural, como las de semejanza, oposición, contigüedad, causalidad; ya arbitraria, como la que se funda en una combinación artificial ó convencional, como ciertos procedimientos mnemónicos. En virtud de la asociación de ideas, cada uno de nuestros recuerdos evoca otros, anteriormente unidos en nuestro espíritu. Por esto alguien dijo: *vivir es recordar*.

5.º La *repetición* de la misma lectura y el recuerdo frecuente de las mismas imágenes contribuyen á grabarlas en la memoria; pero para que este ejercicio no sea maquinal, debe el alumno penetrar el sentido de lo que lee; y por esto se dice que *comprender sirve para aprender*.

Por último, el uso de cuadros, de imágenes ó de inscripciones despierta las ideas y las fija en el espíritu.

En ningún caso debe fatigarse al niño, ni aun á título de cultivar su memoria, con estudios largos y difíciles, ni se han de emplear procedimientos ilógicos. Que aprenda textual y metódicamente la lección, explicada antes por el maestro, para que no se pegue tan sólo á la letra; que se asegure de la fidelidad de los recuerdos, por frecuentes ejercicios de

repetición y revisión; y entonces su memoria adquirirá un notable grado de desarrollo.

«La memoria infantil es corta y fugaz. Ella se desarrolla en la puericia, época adecuada para cultivarla; y es en todo tiempo un poderoso auxiliar de la instrucción. La desgracia es que en nuestros días se la ejercita con detrimento del juicio, de la reflexión y de otras aptitudes.

«Los filósofos distinguen tres actos en la memoria: aprender, retener y acordarse; á los que corresponden tres cualidades que son otras tantas condiciones de una memoria completa: facilidad, tenacidad, prontitud.

«La memoria se altera por la falta de ejercicio ó por los años, así como una fatiga excesiva puede provocar amnesias locales, especie de eclipses que borran los recuerdos y hasta los extinguen por completo.»¹

El *sentido estimativo* consiste en la apreciación de los objetos sensibles, incluso sus propiedades buenas ó malas. Es necesario regular este sentido, á fin de que el alumno no se deje llevar sin discernimiento de sus gustos y primeras impresiones, ni prescinda tampoco inconsideradamente de éstas, porque muchas veces los primeros juicios son los más seguros.

La facultad del conocimiento intelectual se ejerce: 1.º por la percepción intelectual ó aprehensión de ideas, «acto por el cual ve el espíritu el objeto sobre que ha fijado su atención» y adquiere el conocimiento de las cosas inmateriales, de las nociones universales y abstractas. Con relación á la pedagogía, las ideas se dividen en implícitas, distintas, confusas, adecuadas é inadecuadas. No puede haber percepción falsa, porque el espíritu se apodera siempre de una realidad objetiva, si bien de una manera más ó menos clara y adecuada. Para que la percepción sea perfecta, deben llenarse ciertas condiciones que la preceden y la acompañan. Preceden á la percepción la *atención*, que concentra las fuerzas del espíritu sobre un objeto dado; y la *reflexión*, que es un retorno de la mente sobre sus operaciones. Acompañan

¹ *Niclay*, Los niños mal educados.

á la percepción, la *abstracción*, que entre muchos objetos ó cualidades suyas, ó entre varias ideas, considera tal objeto, cualidad ó idea, prescindiendo de los otros; el *análisis*, que distingue y separa las partes de un todo hasta llegar á conocer sus elementos; y la *síntesis*, que, al contrario, compone un todo por la reunión de sus partes.

La atención es indispensable para la percepción. Cuando aquella se dirige á los objetos sensibles se llama *observación*; cuando se refiere á uno mismo y á su interior, se denomina *reflexión*; y cuando se ocupa en lo suprasensible, *contemplación*.

Como los niños son curiosos, conviene acostumbrarlos al espíritu de observación, fundada en la cultura de los sentidos y de la atención, valiéndose, según aconseja Alcántara, de ejercicios de intuición y de clasificación, que los habitúen á analizar, á comparar y á raciocinar. Hay que inducirlos también á la reflexión, desenvolviendo en ellos el espíritu de observación, haciendo que se fijen bien en las cosas y las perciban, que abstraigan y generalicen, que piensen en lo que leen y les enseña el maestro.

La *comparación* es una excelente gimnasia intelectual de que se aprovecha el maestro para llamar la atención del niño sobre las cosas que le rodean, haciéndole notar las analogías y diferencias que ofrecen. La comparación sirve mucho para hacer inteligibles ciertas ideas ó seres abstractos, á más de la utilidad del empleo de los contrastes y los intermedios, de los términos absolutos y los relativos.

Por la *abstracción* y la *generalización* se prescinde de las cualidades de un objeto, para considerarlo en su pura esencia ó principios constitutivos; se separa lo que es común á muchas cosas, para formar un concepto que las comprenda á todas. «Sin generalizar no conoceríamos las leyes, las relaciones, los conjuntos», dice Joly; «el pensamiento se perdería en la multiplicidad y variedad indefinida de los fenómenos; y ni el razonamiento ni la ciencia serían posibles.» Á su vez la abstracción es indispensable para el discurso y la palabra, siendo, además, como el antecedente de la generalización y necesaria para la ciencia y el estudio.

Conviene acostumbrar á los niños á abstraer y á generalizar; y para que no se extravíen en estas funciones, es preciso hacerles partir de ejemplos y hechos concretos al conocimiento de las ideas abstractas y generales. La abstracción debe ser graduada, debe cuidarse de la exactitud y claridad en los términos, evitando las abstracciones que no estén al alcance del niño y se sustraigan á la realidad, que es su mejor escuela¹.

De todas las ideas, las abstractas son las que el niño percibe con más dificultad, como es natural; porque la abstracción, tendencia separativa y metafísica, repugna al niño, que necesita ver las cosas, ó á lo menos figurárselas, para comprenderlas. El niño concibe y percibe las cosas concretas, por complejas que sean, mucho antes de darse cuenta de una simple idea abstracta².

El *juicio* es la afirmación del entendimiento sobre la conveniencia ó inconveniencia de dos términos ó de dos acciones. En el orden especulativo y en el práctico el juicio desempeña papel importantísimo; por lo que dijo Bossuet que el buen sentido es el maestro de la vida humana. En todo juicio hay una asociación de ideas y un encadenamiento de deducciones que conducen á una conclusión formal. Un juicio es certero cuando va precedido de madura reflexión; es recto cuando se atribuyen á un sujeto cualidades que le son propias; y es erróneo, en caso contrario.

Para precaver al niño de lo último, es preciso avivar en su alma el amor á la verdad, y excitarlo á buscarla imparcialmente, venciendo las dificultades que se presenten; es necesario habituarlo á reflexionar, y á dudar ó suspender todo dictamen, siempre que no tenga una percepción clara de la verdad, en cuyo caso debe solicitar las luces y el consejo de otros.

El niño suele formar juicios desde pequeño, y para que éstos sean verdaderos conviene ponerle á cubierto de las percepciones falsas, de las ideas preconcebidas, y de los errores; para lo que se debe educar sus sentidos, acudir á la

¹ Cf. *Alcántara y García* l. c.² Cf. *Nicolas* l. c.

atención, la comparación y la percepción; suministrarle los medios esenciales del discernimiento, ejercitarle en formar juicios por sí mismo, corrigiendo las equivocaciones en que incurra.

La viveza de la imaginación en los niños, la movilidad de su naturaleza y la prontitud en apreciar las cosas contribuyen á que juzguen muchas veces erradamente de éstas y de las personas. Se evita este peligro llamando su atención sobre los sucesos ordinarios de la vida, para que se den cuenta de sus causas, resultados é importancia, como también para presentarle la oportunidad de manifestar su dictamen, á fin de aplaudirlo ó de rectificarlo, según convenga.

Sobre la ignorancia y curiosidad del niño, reveladas en juicios ilógicos é inconvenientes, en preguntas continuas y variadas, debe venir la acción del educador. Es natural que los niños interroguen, averigüen, discutan sobre lo que no entienden. Pero esta curiosidad, que les estimula á instruirse, no es, según el Dr. Puyol, un vicio, sino una propensión innata en ellos, que se debe fomentar y analizar. Hay que dejarles libre la fuerza expansiva de la investigación, para corregirla. Lo demás sería ahogar gérmenes con una anticipada podadera.

En su manejo y en la enseñanza procure el maestro dar á las cosas y á los hechos el valor que tienen, anteponiendo lo sobrenatural á lo natural, lo espiritual á lo sensible; pues los alumnos se fijan mucho en las doctrinas dadas en clase, las que ejercen en su alma poderosa influencia.

El *raciocinio* es el acto de la inteligencia que va de lo conocido á lo desconocido, para descubrir la verdad; ó, como se lo define en filosofía, es la operación intelectual que deduce la conclusión de dos premisas ya conocidas. Al raciocinar se puede ir de lo general á lo particular, del todo á la parte, de las leyes á los hechos; ó por el contrario, ir de lo particular á lo general, de los efectos á las causas, de las consecuencias á los principios: en el primer caso hacemos uso de la deducción, y en el segundo de la inducción.

En el raciocinio manifiesta especialmente su poder y actividad nuestra inteligencia, que descubre por su medio las

relaciones de las ideas entre sí y el enlace de los pensamientos. Por él se distingue el hombre del bruto (incapaz de discernimiento), se dilata el campo de los conocimientos, se conocen las leyes de la naturaleza y se descubren sus fuerzas ocultas.

Siendo el raciocinio la razón en acción, debemos cultivar especialmente esta facultad, que nos hace comprender el *por qué* y el *cómo* de las cosas, nos indica los principios y causas de los seres, nos pone en comunicación con lo infinito, y nos indica las leyes del pensamiento; por cuyo motivo se la llama *el Sol de nuestro espíritu*.

La razón y el juicio, que existen en el niño como en germen, han de ser educados convenientemente, para que aprenda a discernir lo verdadero de lo falso, lo bueno de lo malo, á conocer los axiomas en que descansa la ciencia, y á juzgar de los hechos á la luz de los principios.

El mejor medio de cultivar esta facultad en los niños, es dirigirlos como á seres racionales, dándoles la razón de lo que se les manda ó enseña, para que vean que en la conducta del educador no hay capricho ni arbitrariedad alguna. Deben también dárseles nociones siquiera someras de las leyes del raciocinio, á fin de que las cumplan; deben encadenarse lógicamente las explicaciones sobre cada materia; cuidar de que se fijen en los razonamientos contenidos en los libros de estudio, y de que aprendan sólo lo que han entendido. En las ciencias exactas han de darse definiciones claras, establecerse previamente los principios en que se fundan, y exigirse en los razonamientos una figurada ilación. En las naturales y experimentales se ha de despertar en los alumnos el espíritu de observación, iniciándolos en el razonamiento inductivo, acostumbrándolos á distinguir el hecho de la hipótesis, el fenómeno de la teoría, combatiendo tanto la superficialidad que mira las cosas á medias, como el exceso y manía de raciocinar en todo, que conduce á la infatuación y á la tenacidad. Sobre todo ha de inculcárseles que la razón, aun cuando poderosa, es limitada; por lo que hay verdades superiores á su alcance, que se conocen sólo por medio de la revelación. En suma, es necesario cultivar gradualmente la inteligencia

del niño, haciéndole estudiar con método, principiando por nociones sencillas, para ascender á otras elevadas, habituándole á la observación, al raciocinio, y á juzgar con acierto de las cosas¹.

Fernando Nicolay, cuyo Estudio *psicológico, anecdótico y práctico* sobre el niño está con justicia llamando la atención en Europa y en América, hace las siguientes observaciones acerca del modo cómo se desenvuelven las facultades intelectivas del niño, y da reglas preciosas á los encargados de desarrollarlas: «Si es verdad», dice, «que desde los primeros meses de su existencia puede el niño sentir percepciones diversas y adquirir ciertos hábitos, es lógico concluir que la educación intelectual y moral comienza realmente en la cuna.... Se puede, por tanto, auxiliar casi desde ésta su inteligencia, infundiéndole poco á poco las primeras nociones. Cuando el espíritu del niño está bien equilibrado, conviene investigar minuciosamente el motivo por el cual aparecen en él una veleidad extraña, una preocupación excepcional. Anúdanse á esto ciertas causas de error invencible, en las que casi nunca se piensa, no obstante ser menos raras de lo que se supone.»

He aquí cómo, según el mismo autor, va adquiriendo gradualmente el niño sus conocimientos:

«Las primeras sensaciones percibidas le dan pronto la noción del gozo y la del dolor. Gradualmente se localiza esta noción confusa, y el niño se fija más en las impresiones que experimenta á cada hora. La visión, las funciones del tacto y de los músculos, la audición de ruidos y de la palabra humana, le aportan su contingente de experiencia.

«Después de poco tiempo las ideas de las cosas exteriores se afirman en el niño; reconoce como distintas de sí las cosas que le rodean y que él percibe. Su inteligencia se abre, y sus impresiones se manifiestan por una mímica significativa. Conforme á las emociones y sentimientos que experimenta, según el tono de voz ó el aspecto de la fisonomía, el niño pliega la frente, crispa los labios, hace muecas, deja escapar

¹ Cf. la obra citada de los Hermanos de las Escuelas Cristianas y la de Aldanara y García.

gritos alegres ó gemidos. ¡Sobre cuántas cosas se puede hacer juzgar al niño, con los calificativos de *hermoso, feo, bueno, malo*, debidamente aplicados! Así comienza el discernimiento.»

Una de las causas de los juicios errados de los niños son las exageraciones y falsedades de las personas con quienes tratan á menudo. Oigamos al mismo Nicolay¹:

«El niño es propenso á estimar como verdaderas las imágenes que le pasan por la cabeza. Con mayor razón las ideas expresadas en su presencia son para él otras tantas creencias. La palabra es una afirmación, y el niño es un ser crédulo. De ahí el peligro de las opiniones falsas y de los juicios erróneos emitidos ante mentes juveniles, que ignoran cuán pérdida es la palabra humana.

«La misma crítica se aplica, en menor escala, á la exageración comúnmente admitida en el lenguaje diario. Para dar más relieve é interés al discurso, todo se aumenta y centuplica; todo es superlativo en un sentido ú otro; todo es *maravilloso, ideal, exquisito, arrebatador*, ó, por el contrario, *horrible, odioso, execrable, monstruoso*.

«Esto tiene el grave inconveniente de no dar la medida de las cosas, ni su colorido verdadero, ni su sabor propio. Desaparecen los matices del pensamiento y de las palabras, y se olvida que el justo medio es el asilo de la sabiduría: *in medio virtus*. ¡Ah! ¡Cuán rara es la dote que por antífrasis se llama *sentido común*!

«Estranho el niño á estos artificios y convenciones, no juzga exactamente de las cosas. La exageración del estilo le sugiere una noción inexacta de las cosas, y sólo á fuerza de reflexión y de estudio recobrarán para él las palabras su valor exacto. Hay padres y maestros también que hacen uso constante de expresiones abultadas y campanudas. ¡Cuánto sufrirá el niño de tener que vivir en esta atmósfera alterada!

«El niño es naturalmente sincero; mas apenas empieza á despertarse su inteligencia, ha sido víctima de tantos engaños, que conoce la astucia por experiencia. Las promesas falsas y las amenazas vanas llegan á una cifra incalculable; así que

¹ L. c.

sabe que las palabras difieren de las acciones. Y como, prescindiendo de la moral, la mentira es útil al niño para conseguir sus fines, emplea á su vez el disimulo para evitar las reprimendas y castigos que teme. ¡Cuántas veces los padres, en lugar de averiguar un hecho punible, se limitan á preguntar á sus hijos quién lo cometió, esperando que se denuncien, lo que es un heroísmo, y fomentando de este modo el disimulo y la falsía!»

La *conciencia intelectual* es la función por la que la inteligencia replegándose sobre sí misma se da cuenta de sus operaciones presentes. Se diferencia de la conciencia sensible en que ésta testifica acerca de las operaciones sensibles, y aquella tiene por objeto las operaciones espirituales. Difiere igualmente de la memoria intelectual, que se refiere á los sucesos pasados, mientras que la conciencia intelectual da cuenta de los presentes.

Los medios de funcionamiento y perfección de esta conciencia son los mismos que los de la sensible, substituyendo las frases *ideas* y *fenómenos intelectuales*, á las frases *imágenes* y *fenómenos sensibles*.

La *memoria intelectual* se propone retener, reproducir y reconocer los fenómenos intelectuales pasados como ya conocidos. Dicha memoria opera como la sensitiva, con la diferencia de que ésta se ejercita sobre las imágenes sensibles y la otra sobre las inteligibles, que las reconoce y reproduce como percibidas antes por la inteligencia, y cuyo depósito conserva de una manera más intacta que la memoria sensitiva.

Para el cultivo de la memoria intelectual se aplicarán las mismas reglas que para la memoria sensitiva, con la substitución de palabras indicada en el párrafo precedente.

En la educación intelectual los métodos activos consisten en la aplicación de los procedimientos de enseñanza, con el fin de hacer trabajar por sí mismo al alumno, llamándole la atención, excitando su curiosidad, provocándole á la reflexión, y al esfuerzo personal, sin el que poco ó nada aprovechará en los estudios, ni serán de utilidad las reglas antes dadas. Por eso decía Mons. Dupanloup: «Lo que hace el maestro es poco; lo que consigue que haga el alumno es todo.»

Para obtener lo último debe empeñarse el profesor, en que el niño *mire las cosas*, las observe, aplique á ellas su atención, las examine y analice; en que *reflexione*, replegando el espíritu sobre sí mismo y ejercitando sus facultades intelectuales, sin lo que el trabajo resulta estéril y rutinario; en que *raciocine*, ó sepa aplicar la reflexión al encadenamiento lógico de ideas, acostumbándose á seguir una marcha directa y rigurosa en las deducciones, á eliminar lo inútil y á sacar de un razonamiento todas las conclusiones que de él se deducen; en que *hable y componga*, para que tenga ideas claras sobre las cosas, las exprese correctamente, combine los elementos suministrados por la observación personal, la enseñanza del maestro ó el estudio de un libro, y forme de todo un conjunto lógico, en el arreglo de cuyas partes intervenga el alumno.

6. Formación moral.—La formación intelectual quedaría trunca, y aun sería nociva, si no fuese acompañada de la moral, cuyo objeto es educar las facultades morales del niño (conciencia, voluntad y sensibilidad), empleando las precauciones debidas para proteger su inocencia, é inculcándole prácticas que creen y fortifiquen en él las buenas costumbres y los hábitos cristianos.

La moral es la base de la educación, como lo demostramos ya en la Primera Parte; pero no la moral independiente ó racionalista, sino la moral cristiana, ó sea la moral natural complementada y perfeccionada por la revelación.

El único medio de dar á los niños una educación moral completa, es inculcarles la observancia de la doctrina evangélica, que, por su pureza y elevación, enaltece al hombre y le enseña á ejecutar actos laudables y meritorios. El sentimiento de la dignidad humana, la voz de la conciencia, el amor al prójimo no bastan á mortificar al hombre, si no están dirigidos y vivificados por el espíritu de Jesucristo y por la gracia sobrenatural, con cuyo auxilio podemos practicar la virtud y triunfar de las pasiones desarregladas.

La *sensibilidad* es la facultad de experimentar emociones y sentimientos agradables ó desagradables, según nuestras inclinaciones intelectuales sean ó no satisfechas. Las inclina-

ciones son movimientos del alma hacia lo que es conforme á su naturaleza: ellas, aunque diversas, se resumen en el amor y en el odio.

Para facilitarnos la consecución de lo que es conforme á nuestro fin, Dios ha asociado una emoción agradable, ó un placer á la satisfacción de nuestras inclinaciones, placer que no es el fin del acto, sino un medio y auxilio para atraer la voluntad hacia el bien. Mas por una desviación de nuestra naturaleza, buscamos á veces el placer por sí mismo y aun apeteceamos lo malo. Entonces el amor legítimo de sí propio degenera en egoísmo; el sentimiento de honor, en orgullo; el apego á la gloria, en vanidad; la emulación, en envidia; el empeño de poseer bienes, en avaricia; el afecto á la familia y á la patria, en una especie de idolatría. Conviene, por tanto, educar la sensibilidad en el niño, para que sus inclinaciones tiendan al bien, sus sentimientos sean nobles y den origen á acciones generosas, y para que sus afectos guarden una justa jerarquía, y le conduzcan á Dios, término último de la humana actividad.

Hay niños apáticos y poco expansivos, y otros, por el contrario, apasionados é impresionables; por lo que no se debe proceder con todos de igual modo en la educación de la sensibilidad. El primer obstáculo para el perfeccionamiento de ésta es el egoísmo, defecto que hay que combatir en los niños, desprendiéndolos del amor exagerado de sí mismos, y abriendo su corazón á las gratas emociones de la caridad, la benevolencia, la mutua tolerancia, la compasión. El segundo obstáculo es la sensualidad, que enerva el espíritu y lo inhabilita para el bien; por cuyo motivo es preciso atacarla sin tregua, iniciando al niño en la práctica del vencimiento y de la mortificación cristiana, é inculcándole el mérito de la pureza, sin la que naufragan el candor y la inocencia. El tercer obstáculo es un sentimentalismo exagerado, y los que lo tienen gustan de inconscientes amistades y son propensos al desaliento. Se extirpa este mal fortificando la voluntad del alumno con el espíritu de sacrificio, y persuadiéndole que la virtud es obra de la convicción y esfuerzo del ánimo, y no del sentimiento ó de emociones pasajeras. Aprovecha tam-

bién mucho acostumbrarlo á respetar la autoridad, el mérito, la virtud, sobre todo el infortunio, é infundirle hábitos de dignidad personal, de anhelo por el bien, de amor á Dios, á la Iglesia, á la familia, á la patria.

La conciencia, en sentido estricto, es el juicio práctico de la razón que determina de una manera precisa lo que se debe hacer ó evitar en cada caso, desde el punto de vista moral. Ella es la reguladora de la vida, á cuyo dictamen tenemos que sujetarnos en el ejercicio de nuestra actividad.

La conciencia puede ser recta ó defectuosa, por lo que se distinguen varias especies de ella. Con relación al *objeto* se divide en verdadera ó falsa, según su juicio sea ó no conforme á la realidad objetiva; con relación al *sujeto* es cierta ó dudosa, según tenga ó no temor de resolver acerca de la moralidad de un acto; considerada en su *modo de formación*, es recta ó prudente, temeraria ó imprudente, según emplee ó no las precauciones necesarias para no equivocarse.

La conciencia verdadera y recta está acorde con la ley moral, y procede con claridad, acierto y delicadeza; la defectuosa se equivoca por ignorancia, relajación ó escrúpulos. Por lo que conviene formar la conciencia del alumno, mediante la observancia de la ley natural, divina y humana. En esta difícil labor aprovecharán las reglas siguientes. 1.º Debe seguirse el dictamen de la conciencia cuando hay certidumbre moral de la honestidad del acto. 2.º No basta para el gobierno de la vida la conciencia *honrada*, sino que es necesaria la conciencia *cristiana*, que se apoya é inspira en los preceptos de la religión revelada. 3.º La conciencia del niño se educa con la enseñanza y la dirección práctica del maestro y del sacerdote, quienes deben ejercitar en aquél el juicio moral, exigiéndole respuestas acerca de lo que lee en los libros, de las cuestiones que se le propongan, de lo que ha de hacer ó evitar en tal circunstancia ó caso particular, especialmente acerca de sus actos propios y de los ajenos. 4.º El examen frecuente de las acciones de uno, la meditación de las verdades eternas y la confesión son medios eficaces de formar la conciencia; porque el niño se habitúa entonces á juzgarse á sí mismo, á arrepentirse, á enmendarse

de sus faltas, y á someterse á una prudente dirección, que le aleja del mal y le induce al bien.

La voluntad, una de las dotes más preciosas del espíritu, es la facultad por la cual el alma tiende libremente hacia el bien conocido por el entendimiento.

Á causa del pecado original la voluntad quedó herida en sus energías, por lo que se inclina al mal y practica penosamente el bien. La debilidad es la plaga de la voluntad y la causa de sus extravíos. Por medio de la educación se consigue fortalecerla y estimularla para el bien. La formación de la voluntad es de suma importancia; por cuanto el hombre está obligado á cumplir el deber que le indica la conciencia, lo que no puede hacer sin el apoyo de una voluntad enérgica y constante. Desde los bancos de la escuela ha de principiar este aprendizaje de energía; pero téngase presente que la regla suprema de la voluntad humana es la ley moral, dictada por Dios, cuya custodia é interpretación confió á la Iglesia católica. La voluntad obra con acierto cuando se somete á dicha ley.

Como cada facultad se perfecciona con la posesión de su objeto, y el de la voluntad es el bien, ha de buscarlo siempre en sus actos, procediendo según el orden, ó sea según el deber prescrito por Dios. Por notables prendas que posea una persona, si su voluntad es débil ó variable, poco ó nada de provecho hará en favor suyo y de los demás. La voluntad hace al hombre, y cuando está bien formada, comunica vigor á las otras facultades y sirve mucho en la vida social.

La obediencia contribuye á disciplinar la voluntad, y como en los niños ésta carece de energía, y la conciencia está por formarse, necesitan que una autoridad externa (la de los padres y maestros) les auxilie y acostumbre á cumplir el deber. La obediencia es un poderoso medio de guiar al hombre por la senda del bien, que se ha de emplear durante todo el tiempo de la formación del niño. La escuela bien organizada y dirigida sirve también mucho para este fin, por las advertencias del maestro, los actos de vencimiento que practica el alumno, y los buenos ejemplos que recibe. Pero lo que más influye en la voluntad son los hábitos, que cons-

tituyen como una segunda naturaleza; por lo que, mediante la educación, se ha de infundir en los alumnos hábitos de orden, de moralidad y de trabajo.

El secreto para formar la voluntad, es ejercitarla en *querer*. Para esto sirven las dos reglas siguientes. Primera, no se ha de forzar la voluntad, ni tampoco abandonarla por completo á sí misma. El sistema de la compresión, del temor y de la violencia es inadmisibles y nocivo en la educación, por cuanto ahoga la iniciativa y el sentimiento de responsabilidad, convierte al niño en autómatas, le impide adquirir carácter, y se opone al uso juicioso y prudente de la libertad. La voluntad del niño es una fuerza que ha de ser dirigida y desarrollada, mas no ahogada y suprimida. Hay que formar hombres enérgicos y capaces de obrar, estimulando la acción personal cuando es buena, enderezándola cuando se extravía, y evitando que el alumno se entregue á una pasividad indolente. Tampoco conviene dejar su voluntad entregada á sí misma, porque ésta, sin disciplina y prudente sujeción, tendería, sobre todo en la edad juvenil, á sacudir todo yugo.

Los niños son á menudo velocidosos y aferrados á sus deseos, por perjudiciales que sean. Se corrige este defecto moderándoles los impulsos exagerados, combatiéndoles la precipitación y la rutina, é inculcándoles la docilidad á la voz de la conciencia y al dictamen de personas prudentes. Procúrese con suavidad, tino y constancia, doblegar las voluntades juveniles y acostumbrarlas á la obediencia, base de la educación.

La segunda regla es guiar la voluntad del alumno por medio de la razón y la persuasión, haciéndole comprender que el hombre es inclinado al mal, por lo que necesita de vigilancia para no sucumbir; manifestándole las ventajas de someterse al deber por penoso que sea; la hermosura de la virtud y el mérito del sacrificio, tanto en la otra como en la presente vida; persuadiéndole del influjo favorable ó nocivo de la voluntad en la dirección de la vida, según se funde ó no en el bien; é indicándole que en el orden sobrenatural no puede el hombre hacer obra alguna meritoria sin el auxilio de la gracia divina, por lo que debe

ante todo cuidar de la salud del alma y cuidar de la amistad de Dios.

Lejos de desalentarse el educador por la resistencia y extraviados de los niños, que son física y moralmente débiles, redoblará la vigilancia y las precauciones, á fin de atraerlos al buen camino, infundirles hábitos virtuosos y precaverlos de los peligros. Aun cuando se recomiendan en nuestros días los ejercicios físicos, para educar la voluntad, de muy poco sirven éstos si no se la fortifica moralmente por actos repetidos de dominio sobre sí mismo. Por esto merece alabanza y premio de sus maestros el niño que se esfuerza en someter su voluntad; y aun cuando cometa algunas faltas, téngase en cuenta, para no desalentarse, el imperio de los malos hábitos, y la dificultad de vencerlos desde luego¹.

Como la voluntad es la potencia motriz, influye en el ejercicio de todas las facultades, ó, mejor dicho, en la educación moral del hombre.

Los sentidos, después de la caída original, propenden á lo malo; por lo que es preciso alejarlos de las ocasiones peligrosas, apartarlos de cuanto fomenta la concupiscencia é imponerles privaciones, á fin de reprimir los malos instintos y toda sollicitación perversa. Estas medidas preventivas y represivas serán adoptadas por los padres y maestros del niño, quien las aceptará de buen grado, cooperando con su voluntad á la acción de aquéllos.

Las imágenes traen consigo cierta fuerza impulsiva que tiende á realizarlas. Por esto, en el estado actual del hombre la imaginación constituye un peligro, que se evita alejando de ella toda representación capaz de manchar ó perturbar el alma ó la inocencia, y acostumbrando al niño á rechazar las imágenes incitantes al mal y á impedir su reaparición, ocupándose en pensamientos santos. A su vez, la memoria recibe una buena educación moral, cuando se la aparta pronto de los recuerdos peligrosos y se la habituá á detenerse en los inocentes y amables.

¹ Véase *Pédagogie pratique des Frères des Ecoles Chrétiennes*, y *Barriz*, *Directoire scolaire*.

Sobre todo hay que dar una educación moral esmerada al corazón, que es el principio de los afectos y de las tendencias del apetito sensible hacia las personas y las cosas. Esta educación es de vital importancia; porque nada disgusta tanto como una persona sin corazón, ó de corazón frío, débil ó mal dirigido. Hay que formar bien el corazón del niño, susceptible de recibir buenas impresiones y una orientación segura: *el corazón tiene razones que la razón no comprende*, ha dicho Vauvenargues.

En esta difícil empresa se observarán dos reglas principales. 1.^a *Dirigir el corazón*, ó sea desenvolver su noble tendencia de salir de sí, para darse á otro y procurar su bien, y combatir el egoísmo que busca sólo el propio interés y hace al hombre insensible é indiferente hacia sus semejantes. 2.^a *Gobernar al corazón*, para evitar su extravío, lo que se obtiene subordinando la voluntad sensible ó inferior (que busca objetos agradables, ó sea las seducciones del placer) á la voluntad libre ó superior (que tiende al bien honesto y á la consecución de nuestro superior destino). Armonicéense estas dos fuerzas, de modo que se auxilien mutuamente, y cuídese de ofrecer al apetito sensible objetos dignos de sus aspiraciones y afectos, para retenerlo dentro de justos límites, y suminístrese á la voluntad materia adecuada en que pueda ejercitarse conforme á sus verdaderas necesidades. Además, debe haber jerarquía en los afectos; por lo que los objetos buenos no deben ser igualmente amados. Ante todo hemos de amar á Dios, después á la familia, á nuestros semejantes, á la patria y á los seres inferiores.

En el cultivo de las facultades morales del niño se incluye el carácter, que es el conjunto de cualidades ó defectos, de inclinaciones buenas ó malas, de aptitudes y hábitos, que revelan el aspecto dominante y distintivo de la naturaleza de cada uno; como hemos tratado extensamente en el cap. 13 de la Primera Parte.

Aparte del esfuerzo moral del individuo influyen más ó menos, y, en todo caso, secundariamente, en la formación del carácter la *herencia*, ó el *atavismo*, por lo que los descendientes participan á veces de las disposiciones físicas, in-

telectuales y morales de sus antepasados; el *temperamento fisiológico* (bilioso, sanguíneo, nervioso ó linfático) del individuo; quien encuentra á menudo en él un auxiliar ó un obstáculo en el ejercicio de su actividad; el *medio social* en que se vive, ya que el hombre siente de ordinario el predominio de los buenos ó malos ejemplos que recibe; y por último, los *hábitos*, que constituyen como una segunda naturaleza, y le inducen á obrar de conformidad con ellos.

Estas influencias, lo repetimos, son secundarias ante el esfuerzo poderoso de la voluntad, con cuyo poder puede el hombre vencer sus inclinaciones naturales, sus pasiones, por violentas que sean, y aun los hábitos, por arraigados que estén. La experiencia nos enseña que nada resiste á una voluntad energética y resuelta, como ha acontecido con los grandes hombres, y sobre todo con los santos, que se han elevado mucho sobre el nivel común, sin desconocer por esto el poder de la gracia divina que vigorizó á los últimos. Acaso sobre algún atavismo ó temperamento se ejercitaría también la labor de los santos que, al sentir malos estímulos, extremaban sobre su cuerpo el rigor de la penitencia: con algún temperamento nervioso tiene igualmente que haberlas el valor militar, como se cuenta del general Páez, que, antes de un combate, caía en ataques epilépticos, pasados los cuales, y sobre la extenuación de las fuerzas físicas, hacía renacer en su alma un valor indomable que le llevaba al triunfo en los campos de batalla.

Hay caracteres buenos, como el franco, el pacífico, el modesto, el firme, el noble; y hay otros defectuosos, como el indolente, el disimulado, el ligero, el violento, cada uno de los cuales exige una dirección especial. Para que ésta sea acertada, debe el educador manifestar en teoría al alumno las ventajas é inconvenientes de un buen ó mal carácter, á fin de que tenga ideas justas en la materia; y en la práctica, cuidará de estudiar las inclinaciones de cada niño, á fin de fomentar en él lo bueno y corregir lo malo; lo animará á tener confianza en sí mismo y á dársele á conocer, para que pueda dirigirlo; y tomando en cuenta las tendencias y necesidades de cada uno, empleará los medios más adecuados para formar el carácter ó para enderezarlo según convenga.

Así el carácter violento y ligero es dominado por la dulzura; y al contrario, el muelle ó indolente sale de la inacción por el estímulo y el impulso de otro.

Hay pocos hombres de carácter, por las funestas tendencias de la naturaleza depravada, causa de numerosos defectos, que la educación debe impugnar, para que no degeneren en otras tantas enfermedades morales. En los niños son frecuentes la ligereza, nacida de la poca edad y de la falta de reflexión; la mentira ó disimulo, y el respeto humano, que los conduce á flojidades rayanas con la apostasia; la envidia, que los arrastra á actos viles y desleales; la propensión á la burla y al insulto, que los hace intolerables á los demás; la molición de voluntad y la pereza, que enervan el espíritu; la vanidad y el egoísmo, que los hacen buscarse sólo á sí mismos y prescindir del prójimo; y por último, la sensualidad, que los envilece, matando toda aspiración elevada. Estos defectos, incompatibles con la preciosa dote del carácter, han de ser combatidos con prudencia y energía, y substituidos con las virtudes á ellos opuestas, tales como la firmeza en el bien obrar, la rectitud y lealtad, la caridad y benevolencia, la dulzura y humildad, la modestia y la pureza, la templanza y el vencimiento, etc.

La conciencia y la voluntad deben también influir sobre las relaciones sociales ó sobre el *sentido social*, que es la inclinación instintiva que nos arrastra hacia nuestros semejantes. Ellas deben dictar leyes á este sentido, para que no se extralimite. Vamos á hablar de las referentes á lo que en nuestros días se llama urbanidad ó cortesanía.

La urbanidad se propone alejar de las relaciones sociales la dureza, la altanería, la esquivéz y el disimulo, para substituirlos con la dulzura, la complacencia, la delicadeza y finas maneras. Todos gustan de tratar con una persona culta y benévola, y se alejan de otra de maneras toscas é incorrectas. La cultura se adquiere con el conocimiento de las reglas establecidas en este punto por la costumbre y fundadas en el espíritu cristiano, y con la observancia de las mismas en nuestras relaciones públicas y privadas. Los usos y procedimientos admitidos en materia de cultura, ó, mejor dicho, las

formas de civilidad, pertenecen al orden positivo y convencional, por lo que es preciso estudiarlas y saberlas. Pero el espíritu cristiano, que penetra en lo más profundo de nuestro ser moral, es, ante todo, medio eficaz de dirigir nuestros instintos sociales; y por esto se nota que las personas virtuosas son muy corteses, cumpliéndose el dicho de San Pablo de que *la virtud es útil para todo*¹.

Como resultado de lo dicho acerca de la educación moral, es preciso recordar una vez por todas la necesidad de que los padres y maestros dirijan la actividad moral del niño, dirección que ha de proponerse un doble fin: mantener sus inclinaciones y pasiones (que son otros tantos móviles de acción) en la tendencia hacia el bien, y hacer que la voluntad busque el bien que se le ha mostrado como deseable y posible.

Las inclinaciones son movimientos naturales hacia lo que es conforme á nuestro destino moral, y las pasiones son impulsos del alma hacia una persona ó cosa. Lejos de ser unas y otras nocivas en sí mismas, pueden, bien dirigidas, contribuir á la debida formación del joven. Las inclinaciones vehementes, las pasiones vivas constituyen una fuerza poderosa que, puesta al servicio de Dios, de la Iglesia, de la ciencia, dan origen á acciones nobles y sorprendentes. Pero también las almas apasionadas corren más peligro de extrañarse; por lo que el educador tiene que refrenar las inclinaciones del alumno cuando son fogosas, y excitarlas cuando están adormecidas. Así el amor á la gloria, á la dignidad personal, á la libertad, tan comunes á la juventud, ha de ser encaminado á su objeto propio y legítimo, para que no arrastre al joven al orgullo, al egoísmo, al libertinaje².

7. Formación religiosa. — La educación religiosa se propone enseñar al niño á conocer, amar y practicar la religión revelada por Jesucristo. Bossuet ha dicho que *la piedad es todo el hombre*; porque ella le auxilia á conseguir el fin para que fué creado; pero sólo por la educación religiosa se pueden guiar el corazón, la voluntad, el alma hacia dicho

¹ Véase *Birdi* l. e.

² Cf. *Pédagogie pratique des Frères des Ecoles Chrétiennes*.

fin. Además, esta educación da, mediante la práctica sincera de la religión, eficacia á la educación moral, que dirige á la física é interviene poderosamente en la intelectual; hace del hombre un cristiano de tales convicciones, que le lleva á armonizar su conducta con sus creencias.

La educación de que aquí tratamos comprende dos partes: la enseñanza religiosa y la formación cristiana del niño.

La primera abraza el conjunto de verdades dogmáticas y morales contenidas en el catecismo, que todo cristiano ha de saber. Pero como en nuestros tiempos las ciencias naturales han progresado mucho, y los impíos acuden á ellas para impugnar la religión, conviene que la instrucción religiosa sea sólida, y tan completa, que satisfaga las exigencias de la época. La ignorancia es causa, en gran parte, de las prevenciones y argumentos que se oponen á la doctrina católica, así como del debilitamiento de la fe y del espíritu cristiano: es preciso, por tanto, que los maestros tengan conocimiento profundo de la religión y de la vida cristiana, para que con empeño instruyan en ellas á los alumnos, y resuelvan las objeciones que se presentan en esta materia.

No se olvide que, como dice Barés, mientras más se estudia la religión, se la conoce y aprecia mejor; mientras más se la aprecia, más se la ama; y mientras más se la ama, más fácilmente se la practica. Con celo prudente debe el educador animar toda su enseñanza del espíritu cristiano, aprovechando las circunstancias favorables para inculcar á los niños las máximas evangélicas, la paz que trae la buena conciencia, la hermosura de la virtud y la fealdad del vicio.

La *formación cristiana* comprende el objeto y los medios adecuados para conseguirla. El primero versa sobre las creencias, el espíritu cristiano, las virtudes y la piedad cristianas.

El niño recibe en el bautismo la fe infusa, y después, por la instrucción religiosa, conoce el objeto de la fe, ó sea el conjunto de verdades que debe creer. Pero, á más de esto, conviene fortalecerlo en sus creencias y protegerlo contra lo que puede alterarlas ó debilitarlas; para lo que tienen tanta fecundidad las convicciones cristianas que regulan los pensamientos y actos del hombre creyente. Mientras más arraigan

aquellas en el alma; mientras mejor se le asimilen y las tenga presentes, obrará con más rectitud, dirigida por una luz superior que le guiará en medio de las tinieblas del error, y por una fuerza sobrenatural que le sostendrá en medio de las luchas de la vida. Sin convicciones profundas, es muy superficial y efímera la práctica de las virtudes. El espíritu cristiano, resultado de las máximas y principios enseñados por Nuestro Señor, es el alma de la vida espiritual y el eje sobre el cual ésta gira. Sin él, ó no existe dicha vida, ó es débil é inconsistente. *Si alguno, dice San Pablo, tiene el espíritu de Cristo, este tal no es de él*¹. El espíritu cristiano hace al hombre humilde, obediente, desprendido de las riquezas, amante de Dios y del prójimo; el del mundo lo convierte en soberbio, egoísta, muelle, ávido de goces y de bienes terrenos. Hay, pues, que infundir en el hombre el espíritu cristiano, desde su primera edad, para formarlo según los designios de Dios.

La virtud es la aplicación del espíritu cristiano á los actos de la vida, mediante una voluntad firme y recta. Si la santidad es una ciencia, hay que aprenderla; si es un camino que conduce al cielo, hay que andarla desde la niñez. Para estimular al niño á que recorra esta senda, cuidese de inspirarle el temor de Dios, de sus juicios y castigos; pero, sobre todo, el amor fundado en sus perfecciones infinitas, en la esperanza de verlo y de gozarlo en la eternidad.

La piedad tiene por fundamento la virtud y constituye la perfección de ésta; porque ella no se limita á observar los preceptos divinos, sino también los consejos evangélicos y las inspiraciones celestiales. El alma piadosa tiene agilidad para lo más perfecto, fervor constante é intenso amor á Dios para vencer las dificultades, por graves que sean, á diferencia de la virtud común que puede existir sin esa decisión y energía de la voluntad hacia lo mejor. La devoción es la dulzura de las dulzuras y la reina de las virtudes, porque es la perfección de la caridad, según San Francisco de Sales².

¹ «Si quis spiritum Christi non habet, hic non est eius» (Rom. VIII, 9).

² Introducción á la vida devota.

«Si la caridad es la leche, la devoción es la crema; si aquella es planta, ésta es flor; si la una es piedra preciosa, la otra es su resplandor; si la primera es bálsamo precioso, la segunda es olor de suavidad que conforta á los hombres y alegra á los ángeles.» Esto mismo podemos decir de las relaciones existentes entre la virtud y la piedad, y de la jerarquía que guardan entre sí. El educador cristiano ha de inculcar á sus alumnos el mérito de la piedad que, lejos de ser una carga, es, al contrario, un elemento de orden para la vida, de paz para el corazón, de alegría para el alma, y de real consuelo en medio de las amarguras presentes.

Hay varios medios de formación cristiana. Los principales son: 1.º *La modestia exterior ó cristiana*, virtud que modera, templada y regula las acciones exteriores, por cuyo motivo preserva á quien la posee de los peligros de fuera, y conserva intacto el tesoro de la pureza en el alma, sirviendo, además, de motivo de edificación á los otros, por los buenos ejemplos que reciben. 2.º *Las lecturas y relaciones*. Pocas cosas influyen tanto en la buena ó mala formación del joven como los libros que lee y las compañías que frecuenta; por lo que se le debe inculcar mucha cautela en este punto y el aconsejarse de personas prudentes. 3.º *Los ejercicios de piedad*, que son la savia con que ésta se alimenta, entre los cuales sobresalen la oración, medio eficaz de conseguir la gracia, sin la que es imposible salvarse; la Misa, que ha de ser oída con respeto y devoción; el rosario, que conviene recitar cada día; la lectura espiritual cotidiana, para fomentar la piedad en el alma; la frecuencia de la confesión, que purifica el alma de sus faltas; la Eucaristía, que la alimenta, la sostiene en sus luchas, acrecienta sus fuerzas, y la dilata en la alegría. Una casa de educación en que los alumnos no comulgan, o lo hacen rara vez, no puede dar buenos resultados en el orden moral. 4.º *Las devociones* aprobadas por la Iglesia, sobre todo á Nuestro Señor, á la Santísima Virgen, á San José, al santo patrono y al ángel de la guarda contribuyen también mucho á cimentar á los niños en la virtud. 5.º *Las asociaciones piadosas; las conferencias y retiros espirituales* son asimismo excelentes medios de perseve-

rar en la virtud, mediante las juntas periódicas, la práctica de la oración y de la caridad hacia el prójimo, la celebración solemne de algunas fiestas, y el espíritu de apostolado. 6.º Por último, *las obras católicas*, como la de la Propagación de la Fe, de las Conferencias de San Vicente de Paul, los Círculos de obreros y de la juventud católica, los Patronatos, etc., á la vez que avivan el fervor, sirven para el socorro de los pobres y de los enfermos, la conversión de los infieles y disidentes, y el alejamiento del error y el vicio de muchos extraviados.

8. Importancia y progresos de la pedagogía en nuestros tiempos.—A medida que los conocimientos humanos se han desarrollado y difundido la instrucción en las clases sociales, se han excogitado nuevos métodos de enseñanza de reconocida utilidad. La pedagogía, desdenada en los siglos anteriores, ha sido en los últimos, especialmente en el pasado, la constante preocupación de los directores de la juventud, y uno de los elementos de prosperidad pública. «El poder de los pueblos», ha dicho Lord Brongham, «va pasando de la boca de los cañones á la boca de los maestros.» Frase profunda y exacta, como lo nota el estadista Malo; pues la fuerza de los gobiernos se mide hoy por la civilización de sus pueblos, y no hay civilización posible sin que se construya antes el espacioso y sólido basamento de la instrucción primaria y elemental.

La primera educación, desde la lactancia hasta las escuelas infantiles, ha sido objeto de estudios serios y prolíficos, cuyo resultado es la conservación de innumerables niños, que de otro modo habrían sucumbido, y el haber elevado el nivel de la instrucción entre las masas populares.

La educación secundaria ha recibido también nuevos rumbos. Como ya lo dijimos, hasta el siglo XVII los estudios clásicos constituían la base de dicha educación; pero en la centuria siguiente, los célebres pedagogos alemanes Basedow, Semler y Salzmann fundaron escuelas en que se enseñaban las *realidades*, esto es, las lenguas vivas, la geografía, las ciencias naturales y más conocimientos inmediatamente prácticos, trabándose una lucha tenaz entre el pasado y el pre-

sente, entre la educación antigua y la moderna, lucha que aún subsiste.

Entre los pedagogos modernos ocupan lugar preferente Pestalozzi y Froebel. Natural el primero de Zurich (Suiza) é imbuido en las ideas de Rousseau acerca de educación, se propuso ponerlas en práctica. Al efecto fundó escuelas en Neuhol, Stans, Burgdorf é Yverdon, con éxito más ó menos satisfactorio. A Pestalozzi se le atribuye la enseñanza *objetiva*, y sus principios en esta materia son los siguientes: 1.º Las facultades intelectuales se desarrollan en orden, y la verdadera instrucción es la que se adopta mejor á cada período del desenvolvimiento mental. 2.º Entre los medios que se han de emplear para el adelanto intelectual y moral del pueblo, uno de los principales es la buena educación doméstica. Siendo eliminado el influjo de la madre sobre el hijo, á quien fácilmente puede imbuir buenos hábitos en la primera edad, debe aquella ser educada convenientemente para el desempeño de sus obligaciones. 3.º El maestro debe hacer un estudio profundo del niño en general, y de cada uno en especial, para dirigirlos convenientemente. Todo trabajo escolar ha de basarse en la experiencia hecha sobre el niño; por lo que los ejercicios de la escuela se concretarán, en lo posible, á lo que interesa al niño. 4.º En especial la enseñanza primaria se propenderá ensanchar los conocimientos experimentales del niño, dando claridad y precisión á sus ideas, y mostrándole las relaciones existentes entre lo conocido y lo nuevo. El estudio sistemático de los objetos precederá al de los libros, de modo que las facultades observadoras se eduquen en el ejercicio de los objetos reales, y los libros complementen el conocimiento adquirido por la experiencia personal¹.

Aun cuando los principios y el sistema de Pestalozzi abrieron un nuevo rumbo á la enseñanza, sus esfuerzos no produjeron siempre el resultado apetecido, tanto por haber exagerado la importancia de la experiencia personal y de la enseñanza objetiva, como porque toda innovación se abre paso

¹ Extraicimos estos datos de la obra de *Fohmann*, Principios y práctica de la enseñanza.

con lentitud y dificultad. Además, antes del pedagogo de Zurich, la niñez y la juventud habían tenido maestros como San Ignacio de Loyola y San Juan Bautista de la Salle, que han dejado á sus respectivos institutos reglas admirables para la formación del joven, en ciencia y en virtud. No es extraño, pues, que de la obra de Pestalozzi quede casi sólo el recuerdo, mientras subsiste vigorosa la de los insignes fundadores de la Compañía de Jesús y de las Escuelas Cristianas.

Más afortunado que Pestalozzi, su discípulo Froebel combinó el trabajo manual con el estudio, en la enseñanza de los niños, deseo tan acariciado por su maestro. Juzgando Froebel que la educación doméstica y la escolar ahogaban de ordinario la actividad natural del niño, se propuso ponerle en condiciones tales, que su propia libertad y actos espontáneos contribuyesen á su completo desarrollo. La tarea del maestro se reduce á dirigirlo, cuidando de que se manifieste libremente y en buen sentido dicha actividad natural.

Los principios que sirven de guía al sistema de Froebel son éstos: 1.º Cada niño nace con ciertas tendencias y rasgos heredados, que imprimen carácter, pero que la educación puede cambiar. 2.º La educación debe empezar luego que el niño tenga conciencia de sus actos. Las primeras impresiones son las duraderas, y por esto es muy difícil vencer los malos hábitos contraindos en la primera edad. 3.º La educación del niño debe basarse en su propia actividad; por lo que conviene observar sus ímpetus de acción, para que, conocidas las necesidades que representan, se las dirija de modo que á la vez exciten el interés presente, satisfagan el deseo del momento y contribuyan también al desenvolvimiento intelectual y moral del niño, y á su bienestar venidero y permanente. 4.º En el juego expresa el niño, mejor que en otra cosa, su actividad y sus deseos, por cuyo motivo sirve aquel de guía al maestro; para saber cuáles de éstos merecen mayor atención. El juego es también una poderosa fuerza en la obra de la educación, siempre que sea arreglado sistemáticamente, de modo que el niño encuentre en él la variedad de la naturaleza, y que cada juego le suministre nuevas ideas y desarrolle más su actividad. 5.º Los ejercicios escolares deben

ser agradables; porque lo que disgusta al niño y se le impone como tarea, influye poco en su verdadero desarrollo. Esto no quiere decir que todos los deseos del niño deban complacerse, lo que es inaceptable, sino que el maestro ha de investigarlos profunda y extensamente, para ver cuáles corresponden á necesidades verdaderas, y cuáles á falsas, para favorecer los primeros y reprimir los segundos. 6.^o En la educación se ha de combinar, en lo posible, la actividad mental con la física. Como el pensamiento se vale del cerebro para sus funciones, así la voluntad se sirve de la mano para sus actos, por lo que ésta y la vista deben recibir una educación conveniente á su objeto. 7.^o El desarrollo de las facultades ha de ser simétrico y armónico, para lo que cada una de ellas recibirá una atención proporcionada á su importancia, á fin de obtener su desarrollo normal.¹

La obra principal y más afamada de Fröbel es el *Kindergarten*, ó *jardín de niños*, instituido para la educación primaria elemental. El método que en él se emplea es el de desarrollar las tiernas facultades del niño con el esmero con que se cuidan las flores de un jardín; fomentar y dirigir su natural actividad; hacerle conocer las cosas, en cierto modo, por el contacto de ellas y acostumbrarlo á trabajar y á producir desde la más tierna edad. La amenidad y cambio de ocupaciones en el *Kindergarten*, la combinación del trabajo mental con el manual y los ejercicios gimnásticos, impiden el cansancio del cerebro, alegran al niño, vigorizan y desarrollan su alma y cuerpo, fomentando especialmente los simultáneos espíritus de observación y de atención. En la escuela infantil, dice un escritor, «la observación es cultivada con esmero por medio de variadas muestras de objetos interesantes y de experimentos sencillos de fenómenos naturales. La destreza manual se desarrolla con arte delicado, el uso acertado de la vista se impulsa insensiblemente por medio de ingeniosos dibujos, y el lenguaje se va formando con el hábito de repetir las frases correctas del maestro.» «Los animados semblantes de los niños», añade Wix, «la atinada

¹ Cf. *Johannet* I. c.

mezcla de trabajo y de juego, las interesantes y bien ilustradas lecciones, todo demuestra vida y acción.» Por estos felices resultados, muchos pedagogos juzgan que se debe aplicar el sistema del *Kindergarten* aun á los estudios superiores.

También es contado entre los principales pedagogos modernos, Luis Agassiz, nacido en Suiza, á orillas del lago de Neuchâtel. Su amor á la naturaleza le indujo á examinarla y á estudiarla atentamente, y los resultados obtenidos le persuadieron de la utilidad de este método en la instrucción de la niñez. En la escuela que fundó, daba á cada alumno una muestra de zoología, con cuyo estudio ejercitaba sus facultades de observación, haciéndole comparar las verdades deducidas de varias investigaciones, hasta llegar á establecer leyes generales. Como Pestalozzi y Fröbel, encarecía el pronto cultivo de las dotes observadoras del niño y la necesidad de educar la mano y la vista; consideraba muy importante el conocimiento real y científico, no sólo para las relaciones sociales sino para obtener premios y ventajas en el mundo. Dicho conocimiento, á juicio de Agassiz, recompensa el trabajo con los mejores resultados; ahorra el tiempo para consagrarse á otras ocupaciones; dirige el esfuerzo al logro de fines dignos y realizables; y señala el camino del progreso. El sistema que puso en práctica comprende las lecciones objetivas, pero relacionadas entre sí; de modo que cada serie llevase directamente á alguna ciencia. Los métodos científicos, según Agassiz, son los más adaptables á la cultura de la mente, porque no conducen á resultados especulativos, sino á prácticos y exactos. Los principios mencionados se aceptan hoy en muchas escuelas científicas y forman la base de la enseñanza.¹

La instrucción de la mujer se ha acrecentado igualmente en nuestros tiempos, pudiendo ésta en algunos países seguir carreras profesionales que le estaban antes cerradas. En 1855 se abrieron en Rusia liceos para niñas; en 1869, Inglaterra autorizaba á las mujeres á rendir en la Universidad de Londres

¹ Cf. *Johannet* I. c.

exámenes para grados, y en 1874 se fundó para ellas en la misma ciudad una escuela de medicina. Muy luego se asociaron á este movimiento Alemania, Francia, Italia, Bélgica, Suiza y sobre todo los Estados Unidos; pero «la extensión desmesurada de los programas y el cultivo exagerado de los ramos de adorno, ha falseado la educación intelectual de la mujer, roto el equilibrio de sus facultades y producido una multitud de mujeres frívolas é incapaces de comprender y de cumplir sus deberes de madres y de esposas»¹.

La *escuela de Roches*, fundada por Edmundo Demolins, es otra de las invenciones de la pedagogía en estos días. Con el título de la «Educación nueva», publicó aquél un libro en que trata de probar que la superioridad de los pueblos anglosajones sobre los latinos depende de su sistema de educación. En consecuencia intenta vulgarizar el método y la práctica ingleses en la educación.

El modelo que Demolins se propone imitar es la escuela Abbotsholme y su filial de Redale, creadas en Inglaterra por el Dr. Reddie, para adaptar la enseñanza á la vida real, dejando á un lado las humanidades, en especial las lenguas muertas, y subrogándolas con las modernas y las ciencias naturales.

Según el plan de Demolins, el ciclo completo de los estudios se divide en dos períodos de tres años cada uno. En el primero, común para todos los alumnos, estudian éstos alemán é inglés, y adquieren conocimientos prácticos de física y química, á más del aprendizaje de historia y de geografía. Terminados los tres primeros años, los alumnos, conocidas sus aptitudes, se dedican á las letras, á las ciencias, á la agricultura, á la industria y comercio, que han de cursarse en otros tres años, después de los cuales se hallarán listos para el examen de los diversos bachilleratos, ó para el ingreso en las grandes escuelas especiales.

Conforme al sistema de que hablamos, el profesor no sólo reside en la escuela, sino vive de la mañana á la noche con los alumnos, no para vigilarlos, sino para educarlos; asiste

á las clases, á los recreos, á los juegos, etc. Desarrollar la independencia de los niños, tratarlos como á hombres, es la consigna de la escuela nueva. Las clases se hacen sólo por la mañana; después del medio día los alumnos se dedican á trabajos manuales, á juegos, á visitar quintas y fábricas, á trabajar en el jardín, construir un palomar, etc. Por la tarde se ocupan en lecturas y conferencias, en la música y la danza. El año escolar está dividido en tres partes, interrumpidas por otras tantas vacaciones. En suma, la idea dominante es dar mayor cabida á la educación física y hacer de la vida del colegio una preparación inmediata para la vida real.

Pero, por digno de estudio y de ensayo que sea este nuevo sistema de educación, presenta en la práctica serias dificultades. En primer lugar, prescinde del cultivo de las lenguas antiguas, que por su estructura especial y por el trabajo de análisis, de comparación y de raciocinio que su estudio exige, constituyen un poderoso elemento de educación intelectual, como antes vimos. En segundo lugar, el tipo de maestro, que nos presenta Demolins, es casi ideal; porque ¿dónde encontrar un hombre que no se separe de los alumnos en todo el día, que les enseñe en clase y tome parte en todos sus ejercicios? En tercer lugar, la disciplina escolar tiene que ser mediocre, ya que no se funda en la sumisión y obediencia del alumno, y menos en la represión, sino en ideas de libertad é independencia; y si únicamente los alumnos de más edad vigilan á los menores (según lo indica Demolins), se hace más difícil el régimen escolar, que exige la intervención directa del maestro ó director, quien puede servirse, en ciertos casos, como de meros auxiliares, de los alumnos más distinguidos. Por último, el sistema *tutorial* ó *familiar*, que desea introducir Demolins para subrogar el de los internados numerosos (que presentan serias dificultades), sólo es aplicable á un corto número de alumnos, á lo sumo sesenta, en cuyo caso la pensión que éstos eroguen sería muy crecida, lo que estaría sólo al alcance de los ricos¹.

¹ Fichetard, L'éducation.

¹ Cf. J. Burnichon, L'éducation nouvelle.

Crespo-Torral, Educación. Ed. 1.

No todas las innovaciones y esfuerzos de la pedagogía moderna son dignos de aplauso; porque algunos de ellos tienden, menoscabando los derechos de la familia y de la Iglesia en la educación, á traspasarlos al Estado, hasta convertirlo en árbitro único de la instrucción. Además, el recargo de materias en los programas de enseñanza secundaria, impide hoy la adquisición de conocimientos sólidos en ningún ramo del saber humano.

Se da igualmente en nuestros días una importancia excesiva á los modos y métodos de enseñanza, hasta el punto de limitar casi al empleo exclusivo de ellos la misión del maestro, siendo así que los métodos han de ser auxiliares en la obra de la educación, y que, por perfectos que se los suponga, puede formarse mal la juventud, cuando se la aleja del conocimiento y práctica de las verdades morales y de los preceptos divinos. En una palabra, los métodos no tienen bondad absoluta, ni miran directamente al fondo de la educación, sino más bien al procedimiento para instruir al niño. Sin desconocer, pues, su utilidad, conviene echar mano de los medios que se ordenan preferentemente á la formación científica y moral del hombre.

g. San Ignacio de Loyola y San Juan Bautista de la Salle, fundadores de institutos docentes.—Desde su origen ha promovido con empeño la Iglesia católica la instrucción de todas las clases sociales, habiendo no pocos de sus santos hecho de la enseñanza uno de los principales fines de su apostolado. Entre ellos citaremos á San Ignacio, á San José de Calasanz, y á San Juan Bautista de la Salle, cuyos institutos religiosos se dedican con éxito admirable á formar á la juventud estudiosa.

Fundada la Compañía de Jesús en los comienzos de la herejía protestante, y llamada á neutralizar su pernicioso influjo y á pulverizar sus errores, se ha dedicado á las múltiples tareas del ministerio, prestando á la Iglesia y á la sociedad civil servicios inapreciables. El santo Fundador quiso que sus hijos, como valerosos y diestros soldados de Cristo, manejasen con maestría la doble arma de la ciencia y de la virtud, á fin de difundir, con la palabra y el ejemplo, la semilla fecunda de la verdad y del bien.

No sólo las ciencias sagradas, sino también las profanas han sido cultivadas con provecho por los miembros de la Compañía de Jesús; por lo que dice Balmes que es imposible acercarse á los estantes de una biblioteca sin que se ofrezcan á los ojos los escritos de algún jesuita.

Durante su vida estableció San Ignacio varios colegios, en especial el romano y el germánico en Roma, y en la cuarta parte de las Constituciones dictó disposiciones utilísimas para la formación de los profesores y de los alumnos. Pero lo que enaltece á la Compañía de Jesús y la coloca en puesto de honor entre los institutos docentes, es el *Ratio studiorum*, ó sistema de estudios, compuesto para sus colegios, del que decía el célebre Bacon, Canciller de Inglaterra: En cuanto á pedagogía, hay que consultar las escuelas de los jesuitas, en las que está en uso todo lo bueno¹.

Gobernaba á la Compañía de Jesús, á fines del siglo XVI, el célebre Padre Claudio Aquaviva, quien, deseoso de formar un código de instrucción para los colegios de la Orden, eligió seis Padres de los más versados en la materia, quienes, bendecidos y alentados por Gregorio XIII, emprendieron con madurez y calma la composición de una obra, que fue proflijamente revisada por doce doctores del Colegio Romano, y enviada después para ensayarla en todos los colegios de la Compañía, con mandato de hacer las observaciones que se juzgaren oportunas. Recibidas éstas y examinadas por personas competentes, recibió el *Ratio* su sanción definitiva, viniendo á ser un monumento de la sabiduría y experiencia de aquellos varones ilustres, que sirva de norma para la dirección y enseñanza de los colegios de la Compañía.

Todo en el *Ratio* está prescrito y calculado, con el doble fin de formar maestros competentes y discípulos aprovechados. Á los primeros les señala sabias reglas para poseer cada materia de enseñanza, y á los segundos la manera de sacar provecho de las lecciones que reciben. Los profesores han de procurar que la ciencia penetre en la mente del

¹ «Ad pedagogicam quod attinet, brevissimum foret dictu: consule scholas Iesuitarum: nihil enim quod in usum venit, his melius.»

alumno y se grave en su memoria: para lograr lo primero deben explicar con claridad el texto y exponer brevemente los principales argumentos en que se apoya su doctrina; para obtener lo segundo harán que los alumnos repitan las explicaciones, acudiendo después á ejercicios prácticos de composición en las clases inferiores, y á los de argumentación y discurso en las superiores.

El método adoptado por el *Ratio* es el clásico ó antiguo. El alumno aprende, junto con la lengua materna, la latina y también gramática y retórica, para que vigorizada la memoria del niño y ejercitado su entendimiento, penetre en el santuario de la ciencia, mediante el estudio de las artes liberales, que comprenden la lógica, la física, la metafísica y las matemáticas.

No es el *Ratio* un código estacionario que rechace las innovaciones exigidas por los tiempos y por el adelanto de las ciencias. En 1820 se acordó nombrar una comisión revisora del *Ratio*, y al enviar en 1832 el Padre General Roothaan el nuevo Código á las casas de la Orden, dijo entre otras cosas: «Nuestro Instituto no nos obliga á confinarnos en lo pasado hasta el punto de rehusar todo progreso para el porvenir, inmovilizando nuestro método á despecho de los tiempos y de las modificaciones que se pueden producir en las necesidades de los Estados, en las costumbres de las sociedades y de las familias, y hasta en la salud de los jóvenes. Así hemos adoptado el sistema de los internados...; hemos dado á las ciencias y á las lenguas vivas la importancia que los descubrimientos modernos y la facilidad de las comunicaciones hacen preciso en nuestros días...; en una palabra, hemos introducido en nuestros métodos y programas los cambios que la marcha de las ideas nos indicaba como útiles.»

«La Compañía de Jesús», declara asimismo el Padre Beckx al Conde de Thun, Ministro de Instrucción Pública en Austria, «es un colegio de profesores constituidos por la autoridad de la Iglesia, y como tal, tiene su *Ratio studiorum*, que forma con las demás constituciones de nuestro Orden un cuerpo donde todo se contiene y corrobora. Así que no nos está permitido separarnos de él en lo substancial; pero no creemos

deber ligarnos al *Ratio* tan servilmente, que no podamos admitir modificación en lo concerniente á métodos de enseñanza, y á todo cuanto exijan el verdadero progreso de las letras y las circunstancias de los tiempos. Han surgido otras ciencias que ocupan puesto casi preponderante entre los conocimientos humanos; tales son las ciencias matemáticas y físicas; conviene, pues, darles entrada con la mayor amplitud posible en el programa de los estudios.... En la enseñanza superior, muchas de las tesis que antes bastaba exponer, deben ser hoy sólidamente demostradas, dejando á un lado multitud de cuestiones curiosas, pero menos prácticas, que en otros tiempos gustaban mucho en las escuelas.»

En prueba de ello, en 1839 los Padres del colegio de Brugelette, en Belgica, formularon un nuevo plan de estudios, en el que dividieron la enseñanza en tres cursos principales, á saber: el preparatorio, el de letras, y el de ciencias; colegio que vino á ser uno de los mejores de Europa.

Cierto que el *Ratio* prohíbe, con justicia, la multiplicidad de materias en los cursos escolares, da preferencia á los estudios literarios y filosóficos sobre los experimentales, y sólo permite tratar brevemente de las ciencias prácticas en las clases inferiores. «La multitud de asignaturas, que los jóvenes apenas pueden desflorar en nuestros días, aumenta la turba de semidoctos, que nada aprenden con solidez y son la plaga de la república y de las ciencias», decía el Padre Roothaan. «Una gran variedad de conocimientos superficiales aparece á los jóvenes como el fin de sus afanes y el *summum* de toda ciencia», añade el Padre Beckx. «Por esto no se cuidan de ejercitar la reflexión y las fuerzas de la inteligencia; y de aquí resulta que, lejos de encontrarse en disposición de dedicarse al estudio serio de la filosofía, del derecho y de la teología, llegan á incapacitarse para estas y otras ciencias austeras.»

Por lo demás, aun los impíos más tenaces han reconocido la habilidad y competencia de los jesuitas para educar á la juventud. El protestante Ranke ha dicho: «Se observó que la juventud aprendía más con los jesuitas en diez meses que con otros profesores en diez años; hasta algunos protestantes

sacaron á sus hijos de los gimnasios para confíárselos á los jesuitas.» Escribiendo Federico II de Prusia á un amigo suyo, le decía: «Echaréis de menos en Francia á los jesuitas, y la educación de la juventud experimentará sus consecuencias. Han existido entre los jesuitas escritores de raro mérito, literatos, eruditos, hombres elocuentes y de genio¹; y D'Alembert confiesa que los jesuitas se han ejercitado con buen éxito en todos los géneros: elocuencia, historia, antigüedades, geometría, literatura, sin que exista ciencia alguna que no cuente con sujetos distinguidos.»

Innumerables colegios han sido fundados y dirigen actualmente los jesuitas en las ciudades más cultas de Europa y de América, sobresaliendo siempre por la disciplina y el adelanto de sus alumnos. Conocido es su empeño y destreza en estimular á sus discípulos por medio de premios y de puestos de excelencia; en favorecer el desarrollo de sus facultades, mediante composiciones, certámenes y academias, y, sobre todo, en arraigar en su alma las virtudes cristianas. La regla primera de los profesores, dice: «Tengan éstos especial cuidado de inclinar á los alumnos al amor y servicio de Dios, y de dirigir á este fin todos sus estudios, aprovechándose de la oportunidad que se les presente, ya durante las lecciones, ya fuera de ellas.»

«Enseñar á dominarse, á vencerse, á obrar contra su gusto por un motivo superior, tal debe ser el fondo de un buen sistema de educación: tal es el nuestro», dice el Padre Du Lac.² «Nuestra política respecto á los jóvenes, nuestro método de educación, se resume en estas palabras: Amar, conocer, servir á Dios. Apoyados en este principio les enseñamos, á la vez, la práctica sincera de la libertad y el respeto á la autoridad.»

Y no sólo en la enseñanza secundaria, sino también en la superior y facultativa han descollado los hijos de San Ignacio.

¹ Refiérese el rey á la época de la extinción de la Compañía de Jesús. Conoció en el empuje que tuvo aquél por conservar á los jesuitas en sus Estados.

² «Jesuitas».

Así lo comprueban las escuelas politecnicas, las universidades, los colegios de altos estudios, cuyos alumnos han obtenido los primeros premios en concurso con los de los establecimientos oficiales. No pocos de los que se dedican á la milicia y á la marina, han sido alumnos de los jesuitas, y recibido de ellos lecciones en varios ramos científicos. En los países en que soplan auras de libertad difunden los jesuitas la luz de la ciencia, no sólo en la cátedra sino también en la prensa, donde han obtenido y obtienen triunfos gloriosos. En muchas ciudades de Europa y de América educan á jóvenes de la primera clase social, poniéndolos á la altura de su misión y satisfaciendo las justas exigencias de la época.

Para tan arduo ministerio cuenta la Compañía con un cuerpo de profesores formados lentamente, los cuales, después de conocer á fondo las materias de enseñanza, se ejercitan en ella, sin descuidar por esto la preparación diaria de la clase. «Ante todo», dice el *Ratio*, «se ha de elegir para maestro al de íntegras costumbres, de estudio constante é ingenio agudo, de conocimientos profundos; al que no imite al común de los pedagogos perdiendo el tiempo en bagatelas, sino que tenga en la memoria pocos preceptos tomados de los mejores libros; conozca bien á los escritores más elegantes en poesía, historia y oratoria, y esté el mismo bien ejercitado en hablar y en escribir.»

A más del *Ratio*, tiene la Compañía, para formar á sus profesores otra obra utilísima; la *Manera de aprender y de enseñar*, escrita por el Padre Jouvency, de la que decía Rollin: «Está escrita con tal pureza, tal elegancia, tal solidez de juicio y de reflexión, que nada deja que desear.»

«Los maestros jóvenes», añade Le Fortier, «encontrarán en el libro de Jouvency consejos de gran utilidad sobre la manera de desempeñar sus funciones; pues en esta parte, desde Quintiliano, nadie ha entrado en tantos detalles, si se exceptúa á Rollin. Igualmente el *Manual de los profesores jóvenes*, del Padre Guidé, es libro excelente, en el que, como en el anterior, se dan también reglas á los profesores para fomentar la emulación de los alumnos y hacerlos adelantar

en los estudios, sacando de cada uno todo el provecho que pueden dar de sí en las letras.»¹

Entre las órdenes religiosas, la de los jesuitas es el principal blanco de la impiedad. Vinculada su suerte á la de la Iglesia, *siempre combatida, pero nunca vencida*, sigue haciendo el bien en el vasto campo del apostolado, aplaudida por los buenos, perseguida por los malos, y alentada por las bendiciones de los Sumos Pontífices.

Otro de los santos á quienes debe mucho la enseñanza, es Juan Bautista de la Salle, recientemente elevado por León XIII al honor de los altares. Renunciando á los halagos de la fortuna, del nacimiento y de un brillante porvenir, fundó á fines del siglo XVII, el *Instituto de los Hermanos de las Escuelas Cristianas*, para educar cristianamente á los niños, especialmente pobres; y para que sus religiosos se dedicasen exclusivamente á tan modesta como hermosa obra, les prohibió que fuesen sacerdotes ni cultivasen ciertas ciencias ajenas á su misión peculiar.

San Juan Bautista de la Salle es el verdadero legislador de la enseñanza primaria y el organizador de la instrucción popular; por lo que bien merece el nombre de *padre de la pedagogía moderna*, que muchos le dan, sobre todo por el empleo del método simultáneo en las escuelas. Sus ideas pedagógicas contenidas y expuestas en *La Dirección de las Escuelas Cristianas*, en las *Cartas* y ante todo en *La Escuela parroquial* (cuya primera parte trata de las cualidades del maestro y de la organización escolar; la segunda de la enseñanza religiosa y las prácticas de piedad; y la tercera de las reglas para la práctica de la enseñanza), manifiestan la rara prudencia y consumada habilidad del santo en la ardua labor de dirigir y enseñar á la niñez.

Siendo la primera educación de importancia decisiva para el hombre, es inapreciable el servicio que San Juan Bautista de la Salle hizo á la Iglesia y á la sociedad con su instituto, cuyo fin es instruir y educar cristianamente á los niños. Pro-

¹ Cf. *Nend*, El Ratio Studiorum de la Compañía de Jesús. *Perpignan*, Ratio Studiorum. Du Lat. I. c.

fundo conocedor del corazón humano, señala los medios que han de emplearse y los peligros que han de evitarse para formar debidamente al niño. «El hombre es perfectible», dice. «Hay una perfección que todos deben adquirir, porque todos tienen el mismo fin: llegar á Dios por la práctica de la virtud. Pero hay otra perfección, á que deben tender los hombres, y que varía según su estado, posición y los dones recibidos del cielo. El niño es débil en inteligencia, en voluntad y en facultades físicas. Los desórdenes á que se entrega después, dependen ordinariamente de haber sido abandonado á su propia dirección, y mal educado en la primera edad. El hombre es naturalmente inclinado al mal; y en especial el niño, que carece de juicio maduro y es incapaz de seria reflexión, desea satisfacer sus nacientes pasiones. Para corregirse de un vicio ó de un defecto, hay que hacer actos frecuentes y repetidos de la virtud opuesta. En la educación de los alumnos, debe el maestro imitar la conducta de la Providencia hacia los hombres: es decir, proceder con firmeza y suavidad. Desde el punto de vista intelectual, es preciso habituar poco á poco al alumno á un trabajo espontáneo, como el que realizarían cuando no fuesen dirigidos por el maestro. Conviene cultivar los sentidos, que tienen de ordinario una parte considerable en las operaciones del espíritu; pero sobre todo desenvolver la inteligencia, rectificar el juicio, disciplinar la voluntad é inclinar el corazón á la piedad. Es necesario formar el carácter del niño, habituándolo al vencimiento y á la práctica de la virtud. Asimismo se le ha de acostumbrar á un alimento frugal y elegir de preferencia para sus juegos los que favorezcan la higiene del cuerpo. La escuela debe ser el noviciado del cristianismo, la preparación á los deberes de la vida cristiana y civil. El fruto principal de la escuela cristiana es prevenir los desórdenes causados por la ignorancia, ó impedir sus funestas consecuencias, y preparar al alumno para el desempeño de sus deberes de cristiano y de ciudadano.»

Estas y otras preciosas máximas diseminadas en los escritos del Santo, y puestas en práctica por sus hijos espirituales, han hecho de las *Escuelas Cristianas* establecimientos

modelos en su género; y por eso se han difundido prodigiosamente en Europa y América, mereciendo grandes elogios de los amigos y enemigos de la Iglesia. «El nombre de Juan Bautista de la Salle debe ser colocado á la cabeza de los organizadores de la enseñanza primaria en Francia y en Europa, ... así como del primer intento de fundar la enseñanza secundaria especial», dice Buisson. «Al abate La Salle debe Francia el haberse puesto en práctica y vulgarizado la enseñanza técnica», confiesa Duruy. «Los servicios que La Salle ha prestado á la instrucción profana», afirma Tissot, «la superioridad de sus métodos, sus iniciativas sencillas y audaces á la vez han sido celebradas por personas nada adictas al catolicismo.» «Lo declaro con franqueza», añade Thiers, «quisiera ver los métodos de La Salle prevalecer no sólo en las ciudades sino también en las aldeas.» «A no dudarlo, el Señor de la Salle es el primer pedagogo del mundo», decía el príncipe de Gales.

Sin descuidar la enseñanza popular, fundó el Santo también *Escuelas Normales* para formar buenos maestros, pensionados para la enseñanza primaria superior, conforme á programas adecuados á las necesidades de los tiempos; de modo que él es también el iniciador de la enseñanza moderna. Los Hermanos tienen escuelas especiales para el aprendizaje de la agricultura, del comercio, de la industria y de las artes, escuelas que envidian á Francia los países extranjeros, según el dicho de Mons. Dupanloup.

La formación profesional, el desenvolvimiento intelectual y moral de los niños y de los adultos, mediante varias instituciones complementarias de las escuelas, son otras tantas obras á que se dedican los Hermanos, quienes educan actualmente á 350.000 alumnos, y dirigen, además, 47 colegios de pensionistas, 45 escuelas para la formación pedagógica de sus profesores, 7 para maestros seculares, 42 de enseñanza técnica, 82 comerciales y 12 de agricultura, habiendo obtenido por los textos y métodos de enseñanza empleados en sus establecimientos, numerosas medallas y recompensas en las exposiciones universales y en los congresos internacionales

habidos desde hace treinta años en varias ciudades de Europa y de la América del Norte¹.

El campo de acción de los Hermanos es muy vasto, lo que les permite extender los beneficios de la educación y enseñanza cristianas no sólo á los que cursan los estudios liberales, sino también los técnicos y experimentales; no sólo á los niños y jóvenes, sino también á los artesanos y alumnos de los talleres.

Gloria muy pura del catolicismo es contar entre sus hijos á uno de los principales bienhechores de la humanidad, que consagró su vida á la formación cristiana de la niñez y dejó una hermosa institución, exclusivamente consagrada á obra tan laudable. Adelantándose á las exigencias de su tiempo, señaló nuevos rumbos á la enseñanza, perfeccionó los métodos pedagógicos, escribió libros utilísimos sobre la materia, como el *Directorio de las escuelas*, las *Virtudes de un buen maestro*, que debían ser estudiados por los directores de la infancia. «Lo que debemos á Juan Bautista de la Salle», dice Brumetiere, «es la gratuidad de la enseñanza, las universidades populares, las escuelas normales, la constitución de la enseñanza moderna. Sus discípulos han sabido acomodarse á los cambios sobrevenidos: son antiguos y son modernos, son del siglo de Luis XIV y son del nuestro. Han precedido en la vía del progreso á los que se tienen por los precursores y los nuncios del siglo XX.»²

¹ Cf. el artículo «Las listas de Canonización de San Juan Bautista de la Salle, en Quito».

² Cf. Guibert, *Histoire de St. Jean Baptiste de la Salle, Fondateur des Frères des Ecoles Chrétiennes*, par un Directeur de l'Ecole Normale. — Déposition du Frère Justinus dans l'enquête sur l'enseignement secondaire.

CAPÍTULO TERCERO.

GOBIERNO Y DISCIPLINA ESCOLAR.

1. Necesidad del gobierno escolar. — 2. La disciplina escolar, su importancia y división. — 3. Diferencia entre los países latinos y los anglosajones en cuanto al régimen escolar. — 4. Lo que debe ser una casa de educación. — 5. Necesidad de un buen director, sus dotes y norma de proceder. — 6. Reglas principales para el buen gobierno de una casa de educación. — 7. La disciplina preventiva. — 8. La disciplina directiva. — 9. La disciplina evaluativa. — 10. La disciplina represiva. — 11. Los alumnos y la disciplina escolar.

1. Necesidad del gobierno escolar.— En los capítulos precedentes hemos tratado de la organización, métodos y procedimientos de enseñanza, del plan de estudios, etc. Mas para que una casa de educación consiga su objeto, no basta sólo dictar buenos reglamentos, sino que es preciso hacerlos cumplir, sin lo que carecerían éstos de utilidad práctica.

Todo plantel de educación ha de tener, pues, su gobierno o *poder ejecutivo*, encargado de la puntual observancia de las leyes escolares. Y si el adelanto ó el atraso de las sociedades doméstica y civil depende en gran parte del buen ó mal desempeño de los encargados de gobernarlas, cosa igual acontece en los establecimientos de enseñanza. «Por falta de gobierno se arruina el pueblo; donde abunda el consejo, allí hay prosperidad», dice Salomón en el Libro de los Proverbios¹. Cuando los maestros y directores de la juventud están dotados de sabiduría, prudencia y celo, cuando en su gobierno proceden con rectitud, desinterés, energía y prudencia, obtienen frutos sazonados. Por esto juzgamos oportuno tratar del gobierno y de la disciplina escolar.

2. La disciplina escolar, su importancia y división.— En sentido lato, la disciplina es la regla que dirige una actividad cualquiera para comunicarle rectitud y energía. Con respecto á la escuela; la disciplina comprende el con-

junto de prescripciones é influencias encaminadas á dirigir la educación en todas sus formas¹.

La disciplina abraza también las prácticas y medidas conducentes á organizar bien las clases, á procurar en ellas el orden y la regularidad, á asegurar, por lo mismo, la eficacia de la enseñanza y el éxito de la educación. La disciplina contribuye, además, á formar la conciencia del alumno, acostumbándole á gobernarse según el deber y á inquirir si es ó no lícito el acto que va á ejecutar: ella activa el trabajo, previene las faltas ó las corrige, conserva el orden exterior y el espíritu de obediencia entre los escolares, fomenta las buenas costumbres y la piedad; por lo que es muy útil al niño y á la escuela.

La disciplina es de grande importancia, porque sin ella no es posible educación alguna. Los esfuerzos de los padres y maestros por desarrollar las facultades físicas, intelectuales y morales del niño, serían infructuosos si éste quedara abandonado á sus caprichos, fuera árbitro de su voluntad y no se lo sometiera á una disciplina conveniente y bien calculada. Por esto se dice que *tanto vale una escuela cuanto vale su disciplina*.

La disciplina escolar manifiesta al niño sus deberes, evita las ocasiones de infringirlos y corrige á los transgresores para enmendarlos; por lo que se divide en directiva, preventiva y represiva. La primera llena su objeto mediante el reglamento escolar; la segunda dicta reglas y adopta medidas para evitar las faltas; y la tercera las castiga cuando se han cometido.

Con el nombre de *disciplina liberal* se encomia hoy un sistema de educación que, á título de no constreñir al niño, espera todo de su libre voluntad y de su conciencia. Tal sistema es funesto, porque los niños no entran en plena posesión de su inteligencia y de su libertad sino por la educación, y ésta es inseparable de la disciplina. Privar al niño

¹ «Ubi non est gubernator, populus corrumpit: salus autem ubi multa consilia» (Prov. XI, 14).

¹ En el desarrollo de varios puntos de este capítulo nos han servido de guía «Les Éléments de pédagogie pratique» y el «Directoire scolaire», antes citados.

CAPÍTULO TERCERO.

GOBIERNO Y DISCIPLINA ESCOLAR.

1. Necesidad del gobierno escolar. — 2. La disciplina escolar, su importancia y división. — 3. Diferencia entre los países latinos y los anglosajones en cuanto al régimen escolar. — 4. Lo que debe ser una casa de educación. — 5. Necesidad de un buen director, sus dotes y norma de proceder. — 6. Reglas principales para el buen gobierno de una casa de educación. — 7. La disciplina preventiva. — 8. La disciplina directiva. — 9. La disciplina evaluativa. — 10. La disciplina represiva. — 11. Los alumnos y la disciplina escolar.

1. Necesidad del gobierno escolar.— En los capítulos precedentes hemos tratado de la organización, métodos y procedimientos de enseñanza, del plan de estudios, etc. Mas para que una casa de educación consiga su objeto, no basta sólo dictar buenos reglamentos, sino que es preciso hacerlos cumplir, sin lo que carecerían éstos de utilidad práctica.

Todo plantel de educación ha de tener, pues, su gobierno o *poder ejecutivo*, encargado de la puntual observancia de las leyes escolares. Y si el adelanto ó el atraso de las sociedades doméstica y civil depende en gran parte del buen ó mal desempeño de los encargados de gobernarlas, cosa igual acontece en los establecimientos de enseñanza. «Por falta de gobierno se arruina el pueblo; donde abunda el consejo, allí hay prosperidad», dice Salomón en el Libro de los Proverbios¹. Cuando los maestros y directores de la juventud están dotados de sabiduría, prudencia y celo, cuando en su gobierno proceden con rectitud, desinterés, energía y prudencia, obtienen frutos sazonados. Por esto juzgamos oportuno tratar del gobierno y de la disciplina escolar.

2. La disciplina escolar, su importancia y división.— En sentido lato, la disciplina es la regla que dirige una actividad cualquiera para comunicarle rectitud y energía. Con respecto á la escuela; la disciplina comprende el con-

junto de prescripciones é influencias encaminadas á dirigir la educación en todas sus formas¹.

La disciplina abraza también las prácticas y medidas conducentes á organizar bien las clases, á procurar en ellas el orden y la regularidad, á asegurar, por lo mismo, la eficacia de la enseñanza y el éxito de la educación. La disciplina contribuye, además, á formar la conciencia del alumno, acostumbándole á gobernarse según el deber y á inquirir si es ó no lícito el acto que va á ejecutar: ella activa el trabajo, previene las faltas ó las corrige, conserva el orden exterior y el espíritu de obediencia entre los escolares, fomenta las buenas costumbres y la piedad; por lo que es muy útil al niño y á la escuela.

La disciplina es de grande importancia, porque sin ella no es posible educación alguna. Los esfuerzos de los padres y maestros por desarrollar las facultades físicas, intelectuales y morales del niño, serían infructuosos si éste quedara abandonado á sus caprichos, fuera árbitro de su voluntad y no se lo sometiera á una disciplina conveniente y bien calculada. Por esto se dice que *tanto vale una escuela cuanto vale su disciplina*.

La disciplina escolar manifiesta al niño sus deberes, evita las ocasiones de infringirlos y corrige á los transgresores para enmendarlos; por lo que se divide en directiva, preventiva y represiva. La primera llena su objeto mediante el reglamento escolar; la segunda dicta reglas y adopta medidas para evitar las faltas; y la tercera las castiga cuando se han cometido.

Con el nombre de *disciplina liberal* se encomia hoy un sistema de educación que, á título de no constreñir al niño, espera todo de su libre voluntad y de su conciencia. Tal sistema es funesto, porque los niños no entran en plena posesión de su inteligencia y de su libertad sino por la educación, y ésta es inseparable de la disciplina. Privar al niño

¹ «Ubi non est gubernator, populus corrueit: salus autem ubi multa consilia» (Prov. XI, 14).

¹ En el desarrollo de varios puntos de este capítulo nos han servido de guía «Les Éléments de pédagogie pratique» y el «Directoire scolaire», antes citados.

del auxilio de la última, equivale á exponerlo á la servidumbre de sus pasiones y á los caprichos de la voluntad. La disciplina sirve de guía al alumno y le induce á practicar libremente el bien.

Hay otro sistema, que se limita á prescribir á los niños las *grandes líneas de conducta* sin descender á los detalles. Sin duda, las *grandes líneas*, las direcciones generales, los principios son el alma de todo sistema disciplinario; pero no ha de olvidarse que los pequeños pormenores le dan vigor y aseguran su eficacia.

Dase el nombre de reglamento escolar al código de disposiciones escritas que prescribe á los maestros y á los alumnos la manera con que deben conducirse en la escuela. Excusado es encarecer la necesidad del reglamento, ya que sin él no habría orden ni método en la enseñanza, y todo se haría al acaso, con manifiesto perjuicio de la formación del niño. *Mantente adicto á la disciplina*, dice el Sabio, *nunca la abandones; guárdala bien, pues, ella es tu vida*¹.

El reglamento es general ó común, y particular ó diario. Comprende el primero las reglas que han de observar permanentemente los maestros y los alumnos, durante el aprendizaje; contiene el segundo la distribución de las horas de trabajo y de las especialidades de la enseñanza, según la edad y el desarrollo intelectual de los alumnos.

Un buen reglamento debe tratar de las obligaciones de los profesores y de los discípulos; señalar con proflijidad cada uno de los ejercicios escolares, destinando á éstos el tiempo conveniente; cuidar de que ellos sean variados, para evitar la monotonía y el enfado de los alumnos; fomentar la uniformidad y regularidad del trabajo, como medio de vencer las dificultades; y acostumbrar, en fin, al niño al vencimiento y á la constancia. Confiene leer y explicar, á veces, el reglamento á los alumnos, para que lo conozcan y lo cumplan.

Por lo demás, aun cuando los reglamentos de las casas de educación han de contener algunas disposiciones fundamentales, no todos ellos pueden ser uniformes, en los detalles.

¹ Prov. IV, 13.

Los hábitos de cada país, los estudios que se cursen, las cualidades y defectos dominantes en los alumnos, su grado de desarrollo físico é intelectual, el clima, etc., deben ser tenidos en cuenta en la organización escolar. El reglamento de una escuela no ha de ser, por ejemplo, igual al de un colegio, ni el de un internado al de un externado.

3. **Diferencia entre los países latinos y los anglosajones en cuanto al régimen escolar.**—Las tendencias, costumbres, aspiraciones y carácter de los pueblos influyen poderosamente en el régimen escolar y en el rumbo dado á los estudios. Los países latinos, vivos, soñadores, inquietos y apasionados del ideal, gustan mucho generalmente de los conocimientos literarios y de las carreras liberales, para dar expansión á sus afectos y vuelo á su fantasía. Los países anglosajones, fríos, calculadores y ansiosos de progreso material, gustan más de las ciencias prácticas, y de cuanto tiende á satisfacer las necesidades de la vida y á hacer al hombre dueño del mundo físico.

De aquí la diferencia de los reglamentos escolares y de los planes de estudio, entre los unos y los otros. Desde el punto de vista físico, como lo nota Mons. Péchenard¹, el escolar de las razas latinas lleva vida sedentaria y pasa encerrado en un colegio dividiendo el tiempo entre el estudio y la clase, sin más objetivo que el examen y un diploma de competencia para adquirir posición en la sociedad.

Entre los anglosajones el *sport* es la base de la vida de colegio; por lo que se da lugar preferente á los juegos que desarrollan el vigor físico, como la pelota, las carreras, el *cricket*, el *foot-ball*, etc. Las clases y los estudios son cortos é interrumpidos por ejercicios gimnásticos. En suma, se atiende entre ellos primero al desarrollo físico y después al desarrollo intelectual, según el conocido axioma: *primum est vivere, deinde philosophare*. El internado, tan común en los pueblos latinos, se substituye en Inglaterra por el régimen tutorial; en Alemania por la hospitalidad familiar, y se desconoce en las escuelas públicas de los Estados Unidos. Los mejores

¹ En su obra: «L'éducation».

colegios y universidades ocupan grandes espacios de terreno, tienen paseos y jardines, y están situados lejos de los centros de población.

En los países latinos los programas de enseñanza son muy recargados; de modo que el alumno que aspira a cumplir sus deberes escolares, tiene que prescindir del paseo y del conveniente descanso, con detrimento de la salud y de la higiene del espíritu. Los anglosajones exigen menos del alumno, sobre todo, en la enseñanza secundaria. En la Unión Americana, por ejemplo, dura el curso medio ocho años, durante los cuales estudia el joven pocas horas del día, y emplea las restantes en descansar y en dedicarse a ejercicios gimnásticos. Al salir de la escuela superior ha concluido su educación general y está en posibilidad de elegir la profesión que le convenga. En algunos colegios de estudios superiores y en las universidades, hay cursos de ciencias físicas y de enseñanza clásica, a fin de que cada alumno se dedique al ramo a que se siente más inclinado¹.

Hemos dicho que en los países latinos existe una afición quizás exagerada por las carreras literarias, hasta el punto de consagrarse a su cultivo muchas personas que, sobresaliendo en otros estudios, tendrían medios de subsistencia, mientras en aquellas son verdaderas medianías. Raúl Frary, aunque exagerado y falto de criterio en sus opiniones acerca de la instrucción de la juventud, reprueba justamente «el que los padres, aun siendo pobres, dediquen a sus hijos a carreras literarias, sin considerar si tienen o no aptitudes para ese estudio. De aquí esa muchedumbre de abogados, médicos y licenciados de todas clases que pululan en los pueblos latinos, incapaces de ganarse la vida con una profesión que apenas conocen, y ansiosos de un destino para no morir de hambre. Si, en vez de frecuentar el Instituto o la Universidad, hubiesen ido pronto al escritorio, al almacén o al taller, habrían encontrado en una esfera inferior a la científica, pero tan noble como ella, recompensa a sus esfuerzos y el medio de ser útiles a la familia y a la sociedad. «En Inglaterra, los

padres de la clase media mandan a sus hijos a la escuela para que aprendan lo necesario, y después los dedican a un oficio, a la industria, o los envían a una colonia lejana a que se hagan hombres. Los ingleses se consagran a las letras cuando tienen dotes para ellas; por lo que las estudian con empeño, sobresalen en su cultivo, y constituyen la parte directora de la nación.»²

En los pueblos latinos se vigila al alumno con esmero en el estudio, en la clase, en los recreos, en los dormitorios, etc. En los anglosajones se los deja en mayor libertad; se emplea muchas veces en la vigilancia a los jóvenes más aventajados, y el trato constante que tienen entre sí contribuye a que los unos corrijan a los otros y todos comiencen juntos el aprendizaje de la vida, juzgándose y gobernándose, en cierto modo, mutuamente. La comparación, la competencia, la expectativa de un porvenir que dependerá de sus esfuerzos personales, la opinión de sus camaradas los induce al respeto de la ley común, dice el Vizconde de Meaux², refiriéndose a la organización escolar en los Estados Unidos.

Las instituciones humanas son imperfectas; y por esto entre los pueblos de raza latina y los de la anglosajona, hay cosas útiles y perjudiciales en el régimen escolar.

Conveniente y laudable es, como lo hacen los segundos, no atrofiar la inteligencia del alumno con la multiplicidad de materias, atender a su desarrollo físico y darle cierta libertad y prudente independencia, para favorecer la iniciativa individual y la dirección del joven por sí mismo; pero hay exageración en destinar a la gimnasia y al *sport* muchas horas diarias, en menoscabar la cultura de las facultades con cortas horas de trabajo, en multiplicar los días de vacación, y en fomentar las ideas de libertad e independencia del alumno, hasta abandonarlo a sí mismo, anulando o restringiendo la disciplina y tratándolo «como a hombre», según la frase de Demolins.

En cambio, en los países latinos se da mucha importancia al estudio; se consideran la niñez y la juventud tan sólo

¹ Cf. De Meaux, *L'Eglise catholique et la liberté aux Etats-Unis*.

² Cf. el opúsc. «La segunda enseñanza en España».

CERDAS TUBAU, Educación. Ed. 2.

² L. c.

25.

como épocas de formación intelectual y moral; se somete al alumno a un régimen estricto; se le exige docilidad y obediencia, cosas de suyo buenas, pero que, al extremarlas, causan daño a la salud del educando, ahogan el esfuerzo personal y lo vuelven tímido y falto de iniciativa.

Muy útil sería tomar lo adecuado de entrambos sistemas, como se hace en varios colegios modernos, y huir de los extremos, conciliando los intereses de la formación científica y moral con los de la salud corporal, sin constreñir al niño con un reglamento demasiado prolijo, pero sin eximirle tampoco de la obediencia y sujeción, sin las que no triunfará aquél de sus fantasías y debilidades.

Las doctrinas racionalistas y liberales, tan acariciadas por la enseñanza oficial, han invadido también los centros de enseñanza, y dado origen a métodos más ó menos nocivos de educación, desde el punto de vista moral. Saint-Simon preconizó un método positivista y materialista que entregaba al hombre a instintos irresistibles; Fourier se declaró por la absoluta libertad, y, con el pretexto de iniciativa personal, debilitó el principio de autoridad sin el que son imposibles la educación y la disciplina; los filósofos universitarios franceses han buscado su punto de apoyo en la cultura de la inteligencia, y partiendo de principios racionalistas, sin reglas fijas de moral, sin creencias religiosas, sin unidad de dirección, no han podido dirigirse a la conciencia del joven, ni ejercer influjo serio en su voluntad, costumbres y carácter. La educación por medio de la ciencia, cuenta también con partidarios, quienes juzgan que la verdad ilustra la inteligencia, afirma la voluntad en el bien, y moraliza la sociedad. Este principio, enunciado en forma absoluta, es falso; pues la experiencia comprueba que no siempre están unidas la virtud y la ciencia; para que esto se realice, es necesario desarrollar en el hombre las facultades morales que le conducen a la práctica del bien. En Inglaterra y en Alemania se han admitido sistemas de educación fundados en las leyes de la fisiología, del atavismo, del determinismo y de la sociología; pero, aun cuando estas teorías científicas suministran indicaciones útiles para dirigir a la juventud, no producen

ningún resultado moral, ni el menor acto de virtud, ya que no obran sobre la razón y la conciencia¹.

Entre estos sistemas erróneos y malsanos, el único aceptable, como apoyado en la recta razón y en la enseñanza divina, es el que considera la instrucción y la educación como un medio de cumplir los deberes de la vida presente y de tender al fin supremo. La verdad y el bien, la ciencia y la piedad son indispensables para el perfeccionamiento humano, fin de la educación; por lo que han de marchar juntas y auxiliarse mutuamente para formar al hombre. Todo método ó programa de enseñanza que las separa, causa grave daño al individuo y a la sociedad.

4. Lo que debe ser una casa de educación.—

Para tener ideas exactas en esta materia, es preciso recordar que la educación compete a los padres de familia, por derecho natural y divino; pero como éstos no pueden de ordinario encargarse, a lo menos en toda su amplitud, de obra tan larga y difícil, se valen como de auxiliares suyos de los maestros y directores de establecimientos de instrucción. La escuela es, por tanto, una *sucursal de la familia*; por lo cual ha de encontrar el niño en aquella los abundantes medios de enseñanza y de moralidad que existen en el hogar doméstico.

Los que regentan una casa de educación tienen, para con los niños que les están confiados, los mismos deberes (guardada la debida proporción) de los padres para con los hijos; por lo que han de desplegar, en el desempeño de su misión, la misma ternura, solicitud y vigilancia que aquéllos.

¡Cuán grata es la permanencia en una casa de educación cristiana! Los que la habitan respiran el aire vivificante de la virtud y del saber, y dentro de sus benditos muros van pasando tranquilos los días de la infancia y juventud, bajo la égida de Dios y el cuidado de los maestros, con cuyo auxilio y dirección lograrán triunfar de los rudos embates del mundo y de las pasiones. Diariamente su inteligencia se ilustra con nuevas verdades, y su voluntad se fortifica en el

¹ Cf. Pichonard l. c.

amor y ejercicio del bien, hasta que, terminada su formación intelectual y moral, entren de lleno en la vida práctica, á desempeñar el puesto que le corresponda en el escenario del mundo.

Con cuán intenso placer recordamos la vida de colegio los que hemos recorrido ya una buena parte del camino de la vida, y oímos cómo eco lejano la enseñanza de nuestros queridos maestros, y aspiramos aún algo del grato aroma de virtud con que perfumaron nuestras almas juveniles!

La escuela es el *temple del saber*, ó sea el sagrado recinto en que se inicia el hombre en los secretos de la ciencia, al amparo de la religión. La ciencia sola vuelve muchas veces orgulloso al hombre, quien para preservarse de este peligro necesita del auxilio de la virtud, que le hace conocer la limitación humana y vislumbrar la hermosura del mundo sobrenatural. Pero, á su vez, si la virtud no está acompañada de la ciencia, se restringe el campo de la actividad humana y la misma propaganda del bien; y por eso en toda casa de educación deben cultivarse y adquirirse entrambas, de modo que los jóvenes hallen alimento intelectual y moral.

No todos admiten estos principios, tan conformes á la razón y á la justicia. Para muchos la escuela tiene sólo por objeto el aprendizaje científico, y el maestro debe limitarse á transmitir los conocimientos al alumno, de cuya formación moral no ha de preocuparse. Restringida así la misión del maestro, no es raro que en muchas escuelas y colegios se dé poca importancia á la disciplina escolar, sin la cual no existen orden, obediencia ni verdadera educación. Si conforme á la Sagrada Escritura, la disciplina es la *custodia de las leyes*, los maestros y directores de la juventud han de procurar que ésta cumpla sus deberes y camine por la senda de la dignidad, de la honradez y de la virtud. «No olviden que la obra de la educación es un apostolado divino», dice Michelletti¹, «por lo que han de ser divinos ó divinizados los medios empleados en su desempeño. Dios tiene que presidir á los educadores y á los educandos en este apostolado labo-

¹ Della educazione cristiana.

rioso, para el que no bastan las fuerzas humanas, que por sí solas causarían muchos males.»

En una palabra, tanto en el hogar como en la escuela necesita recibir el joven una educación vigorosa que ponga en ejercicio todas sus facultades, y contribuya á su desarrollo físico, intelectual y moral, con lo que adquirirá, á la vez, la ciencia que ilustra y la virtud que santifica. De este modo, pasando el hombre la primera época de la vida bajo un régimen ordenado, moralizador, confortante, producirá después frutos sazonados para la familia y la sociedad civil.

5. Necesidad de un buen director, sus dotes y norma de procedimiento.—Antes de tratar de la dirección escolar, es preciso indicar las dotes que han de poseer los maestros de la juventud, y en especial, el que haga de jefe y cabeza de una casa de educación. Excusado es decir que sin acertada dirección no puede formarse bien el joven, y que, por lo mismo, pesa grave responsabilidad sobre los encargados de esta obra, quienes deben prepararse debidamente para llevarla á feliz término.

Toda reunión de personas, y, por tanto, todo establecimiento de enseñanza, necesita de una autoridad encargada de dictar leyes, de hacerlas cumplir y de dirigir á los subordinados á la consecución del fin propuesto. En las escuelas y colegios tiene el nombre de director, rector ó superior el principalmente llamado á regir á los alumnos.

Si, según la frase de San Gregorio, es muy arduo el gobierno de las almas¹, deben ser muchas las dotes del director de una casa cristiana de educación. Ha de sobresalir, ante todo, por la doctrina, ciencia y piedad. Las dos primeras cualidades lo hacen apto para instruir á los demás y le atraen el prestigio de las personas que le rodean; así como la piedad le sostiene en medio de las dificultades inherentes al cargo, y le convierte en un modelo para los educandos. Y no basta una virtud mediana, sino que necesita de espíritu de abnegación; porque el oficio que desempeña requiere cuidado incesante de las cosas grandes y pequeñas, muchas de ellas

¹ «Ars artem regimen animarum.»

enojadas, que forman el tejido de la vida escolar. Sin dominio sobre sí mismo, sin espíritu de vencimiento, sin el auxilio de Dios, decaería el ánimo del director y su trabajo sería estéril.

El director debe tener conocimiento práctico de la manera de ordenar ó dirigir una casa de educación, y mucho más de los métodos de formar á la juventud. En cuanto á lo primero, no puede ser igual el régimen de todos los establecimientos escolares: porque, salvo algunos puntos fundamentales é invariables de disciplina, lo demás depende, como dijimos, del clima, de las costumbres, de la índole de los alumnos, de los estudios que hacen, y hasta de las condiciones materiales del edificio. Por regla general, una casa es bien dirigida cuando están convenientemente distribuidos los varios oficios ó cargos, y los desempeñan, bajo la dependencia y vigilancia del director, personas competentes y cumplidoras de su deber. La casa se asemeja entonces á una máquina, en la que cada pieza ocupa su puesto y contribuye al buen funcionamiento de tan complicado organismo. Si los empleados subalternos proceden por cuenta propia, y si el director carece de energía ó de otras dotes indispensables de gobierno, no puede haber orden ni adelanto en una casa de educación.

El director ha de tener, sobre todo, conocimiento práctico de la juventud y del modo de formarla, para lo que estará al corriente de los vicios y defectos, de las dotes y cualidades, de las aspiraciones y deseos de la edad juvenil; á fin de que, como maestro experimentado, la afirme en lo bueno, la aleje de lo malo, fomente cuanto tiende á ilustrarla y engrandecerla, y reprima cuanto la lleva á la ignorancia y á la depravación. No basta que el director sepa en teoría lo que es la juventud, sino que es «conveniente haya pasado», como dice Micheletti¹, «por las diversas etapas y grados de la vida educativa, como parte pasiva y activa, para que conozca por experiencia lo que entonces acontece y pueda confortar á los tímidos, refrenar á los orgullosos, socorrer á los que peligran

¹ L. c.

y proporcionar á todos oportuno remedio... Corresponde al director, aprovechándose del estudio experimental que debe haber hecho de los hombres y de las cosas humanas, excogitar los medios de formar el carácter moral de los jóvenes, de conciliar los temperamentos discordantes, las tendencias opuestas y de procurar sin tregua que reinen entre ellos la unidad y la caridad. Para esto necesita amar cristianamente á sus súbditos, tener vivo deseo de su bienestar, ser prudente y firme en su conducta.»

Todo director debe tener un conocimiento práctico de las cualidades y defectos del niño, para poder dirigirlo bien. Los principales defectos de aquel, según Nicolay¹, son los siguientes: «El egoísmo, destructor de todas las tendencias generosas, que á modo de vampiro insaciable se alimenta de la substancia de los otros, consumiéndolos y absorbiéndolos. La cólera, que en los recién nacidos se manifiesta por lágrimas, contorsiones y pataleos, y que en los adultos es concentrada y violenta. La envidia, fruto del egoísmo, que se duele del bien ajeno, del que desea privarlo. Cuando avanza esta pasión, deja el niño de ser alegre y jovial, pierde el apetito, palidece su rostro, busca la soledad y cae en el marasmo. El envidioso gusta de la delación, sea para disculparse de sus faltas, sea para probar que los otros no son mejores que él. Esta tendencia es capaz de depravar el corazón cuando llega á convertirse en hábito. El miedo, cuyos varios grados son el temor, el susto, el pavor y el horror, es efecto de la imaginación; por lo que, lejos de excitarla, conviene calmarla, manifestando al niño que no hay motivo para temer. Las conmociones más fuertes y los accidentes más graves pueden seguir á un acceso de miedo. La timidez, efecto ordinario de la ignorancia y debilidad, puede serlo también del disimulo, cuando viéndose el niño estimado por otros, se encierra en un mutismo completo, en una reserva absoluta, sin abandonarse á la espontaneidad de sus impresiones por temor de que descubran lo poco que es ó sabe. Mas, desde el punto de vista moral,

¹ «Los niños mal educados». Transcribimos el texto con algunas variantes, para condensar las ideas y unificarlas.

la timidez denota comúnmente en el niño cualidades serias del espíritu. Ella es hija de la modestia y proviene del conocimiento que tiene de su inferioridad.¹

El director procederá en sus actos rectamente, sin proponerse otro fin que el adelanto de la juventud y la gloria divina, evitando en el gobierno la parcialidad, peste de la educación que mina sordamente la autoridad y termina por destruirla. Manifestará interés y solicitud por el niño, á cuyos padres representa en la escuela; por lo que, con ternura y decisión, sondeará el corazón del alumno, para conocerlo, infundirle confianza y atraerse sus simpatías, lo que le facilitará mucho su formación. Mas, la confianza no ha de rayar en familiaridad, la que disminuye y extingue el respeto que el niño debe á su director. El Superior cuidará mucho de conservar siempre incólume su prestigio y autoridad ante los alumnos, convencido de que, si ésta viene á menos, le es imposible gobernar. Para no llegar á este caso, debe portarse con calma, circunspección y prudente energía, cuidando de ocupar siempre alto su puesto entre los alumnos y de no permitirse bromas con ellos, sobre todo en público. En el trato privado puede conducirse con cierta llaneza y expansión con los niños, ayudándoles en las dificultades que encuentren en su camino, animándolos en sus dudas, haciéndoles conocer y detestar sus faltas, pero sin traspasar los límites del decoro y de la gravedad propios de su oficio.

En sus relaciones con los padres de los niños, observará el director una conducta irreproachable, sin dejarse guiar por la posición social ó la riqueza de ellos, sino por sentimientos de justicia y por el mérito y porte de los alumnos. Nada ofende tanto á éstos como las preferencias y excepciones hechas á los hijos de los ricos y poderosos, tan sólo por el hecho de serlo. El director manifestará con franqueza á los padres el estado de sus hijos á fin de acordar con ellos las medidas que convenga emplear para su enmienda y adelanto; cuidará con empeño de la observancia del reglamento, medio principal de mantener la disciplina escolar y de promover el aprovechamiento de los educandos; y les infundirá, desde la primera edad, hábitos de obediencia y de respeto á los que

gobiernan la sociedad religiosa y civil, el hogar y la escuela. Toda transgresión impune del reglamento fomenta el espíritu de insubordinación, tan común entre los escolares.

Para que el director ejerza satisfactoriamente su cargo, debe estar persuadido de que desempeña entre la juventud un hermoso apostolado, que exige desinterés, constancia y abnegación. Ha de amar á los niños, no por móviles humanos y naturales, en los que intervienen el cálculo y la pasión, sino por motivos sobrenaturales y divinos, que depuran los afectos del alma y fecundan su labor. Además, un buen director tiene que ser enérgico, prudente, imparcial, recto y tolerante con los alumnos. Aun en el exterior, en los modales, en la manera de obrar han de resplandecer en él siempre el decoro, la gravedad y la discreción, á fin de que los niños, que se fijan en todo, encuentren siempre en él nobles ejemplos que imitar, y nada merecedor de censura. Debe tener presente en este punto el consejo del Sabio: «Por el semblante es conocido el hombre, y por el aire de la cara se conoce al que es juicioso. La manera de vestir, de reír y de caminar del hombre, dicen lo que él es.»²

«Tenga cuidado al superior», dice Mons. Dupanloup³, «de no dejarse dominar de su ardor natural y del fuego de un celo indiscreto, faltar á menudo de prudencia y propio de principiantes. Cuide de no malgastar en frivolidades y en cosas de secundaria importancia, la actividad y el vigor requeridos en asuntos de mayor valía; y con una sabiduría que no provenga de falso celo ni de amor disimulado al descanso, discierna lo que debe hacer por sí mismo, ó lo que puede realizar por medio de otros. Le basta poseer el talento de dirigir, mover y estimular la acción de los demás: éste, y no otro, es el principal medio de que debe echar mano en el desempeño de su cargo. Para acertar en punto tan delicado necesita tener un espíritu tranquilo, libre, elevado y vigoroso; una mirada escudriñadora y segura; una voluntad

¹ «Ex visu cognoscitur vir, et ab occurso faciei cognoscitur sensatus. Amicus corporis et risus dentium et ingressus hominis enuntiant de illo» (Eccl. xix, 26—27).

² De la educación.

resuelta y firme. Sólo entonces podrá gloriarse una casa de educación de poseer una cabeza que dirige y una mano que ejecuta: en caso contrario, será á modo de nave sin timón, que está á merced de las olas.

Según aconseja San Francisco de Sales, «conviene que el superior sepa descansar á tiempo y dejar amorosamente el trabajo á otros, sin pretender absorberlo todo ni desear conseguir el solo la corona de méritos, en la que aspiran los demás obtener alguna parte».

6. Reglas principales para el buen gobierno de una casa de educación.—Enumeradas las cualidades que debe tener el director de una casa de educación, cualidades de que han de estar también adornados, aunque en menor escala, todos los que subordinados á él entienden en la misma obra, vamos á exponer algunas reglas prácticas é indispensables para el buen régimen de un establecimiento de enseñanza.

La primera regla es mandar de acuerdo con la razón y en nombre de ella. El niño, como ser inteligente y libre, ha de ser gobernado conforme á su naturaleza, y no por capricho; por esto los padres y directores deben, en lo posible, darle la razón de sus órdenes, para que se persuada de que no se le impone un mandato arbitrario sino razonable y encaminado á su bien, que él mismo se lo impondría si hubiese adquirido pleno desarrollo intelectual y moral. Dirigirse á la razón del niño para que obedezca, es hacerle amable la sujeción y respetar su dignidad de hombre. Cuando el alumno se convence de que abandonado á sus débiles fuerzas se extraviaría, y de que sin un guía á quien someterse adelantará muy poco, en el orden físico, intelectual y moral, acepta sin dificultad los preceptos de sus padres y maestros. Decía la antigüedad: *No creas á Sócrates, creed á vuestra razón*, que Sócrates os enseña á conocer, y aun Nuestro Señor desea que el acto mismo de fe, por el cual el hombre se somete á las enseñanzas divinas, sea un obsequio razonable y libre de su parte.

Cuando un niño expone al superior los motivos que tiene para no cumplir una orden ó aceptar un castigo que se le

ha impuesto, debe aquel pesarlos con calma y rectitud, manifestándole agrado por el interés que demuestra en conservar su decoro y reputación; y si los argumentos aducidos son convincentes, debe el superior revocar la orden ó el castigo, con lo que se atraerá el afecto del que podría ser un rebelde. Si se cierra por completo á los alumnos la puerta de las reclamaciones, por justas que sean, vienen las quejas, el descontento y aun los actos de insubordinación, tan perjudiciales al régimen escolar. El asentimiento del niño á la dirección que se le da, es la palanca principal de la educación, como dice Ginón, por lo que han de desplegarse grande tino y paciencia y atraer á ciertos caracteres desconfiados y caprichosos, para someterlos al yugo del deber.

La segunda regla es mandar en nombre del sentimiento religioso. El hombre se ennoblece á medida del móvil que le impulsa á obrar; y como la religión ejerce en su ánimo un influjo poderoso, á ella deben acudir los maestros, á fin de inculcar la obediencia en los niños é infundirles decoro y dignidad. Si éstos proceden guiados no por interés ó capricho, sino por la voz de la conciencia; si aceptan el impulso de la voluntad divina, llegarán entonces hasta donde la naturaleza humana es capaz de llegar, á esas alturas serenas en donde la nobleza del carácter está al abrigo de toda fluctuación y baja. Si el niño se penetra de que al obedecer cumple una obligación de conciencia, por cuanto Dios ordena mirar á los que mandan como á representantes suyos, se somete gustoso á sus directores, convencido, además, de que sobre toda autoridad humana está la soberana y absoluta de Dios, á *quien servir es reinar*. Apoyarse en la ley divina para gobernar á los súbditos, es medio eficazísimo de obtener una obediencia pronta, constante y espontánea de parte suya. Los castigos doblegan momentáneamente la voluntad, la que, por rebelde que sea, acata tarde ó temprano la voz de Dios, que le habla por medio de los que ejercen legítima autoridad.

La tercera regla de buen gobierno es no mandar demasiado. El hombre tiene la razón, que le ilumina en el orden natural,

¹ Ginón, *Medios de desarrollar la dignidad y la firmeza*.

y la fe, que le guía en el orden sobrenatural; por lo que cuenta con medios para proceder con rectitud. Los directores han de auxiliar al niño en la obra de su formación y despertar su actividad, para que tenga iniciativa y sepa gobernarse á sí mismo, sin entregarse á la pereza y á la indecisión, que, al decir de Balmes, anula la voluntad, como el escepticismo anula la inteligencia. Si para los niños de corta edad el reglamento debe ser detallado, no así para los adultos; á quienes fastidia la manía de mandar en todo, rebajándolos á la condición de máquinas y ahogando el esfuerzo personal.

Reduciendo á la práctica lo antes dicho, eviten los directores la inactividad é indolencia en el niño, y combatan la propensión de no emprender por sí mismo en nada. Intervengan cuando sea necesario, y sólo para guiarlo.... Cuando bastan indicaciones respecto á lo esencial, prescindan de los detalles; no exijan del niño, imperativamente, más de lo que realmente tienen derecho de pedirle; si prevén alguna resistencia, vean si es oportuno dar la orden en el acto, ó si conviene esperar otro momento más adecuado. Obrando así no desprestigiarán su autoridad, ni anularán al niño, y se precaverán del mal humor y de la impaciencia que mortifican al alumno, exasperándole con incesantes advertencias.... En suma, es necesario persuadirse de que el joven que no aprende á gobernarse, ni á obrar y pensar por sí solo, difícilmente será lo que deseamos llegue á ser por medio de la educación. No se resolverá á nada, ó se inspirará en las resoluciones de otro; y si él las toma, será incapaz de mantenerlas, porque le faltará firmeza, sangre fría ó mesura.¹

La cuarta regla es mandar con bondad. Nada cautiva tanto el corazón del súbdito como la suavidad y dulzura en el gobierno. Por lo mismo que el hombre es inclinado al regalo y le repugna el vencimiento, conviene no proceder con aspereza sino con paciencia y blandura al corregir sus defectos é indicarle el buen camino. Pero la dulzura no ha de degenerar en timidez y cobardía, debiéndose unir en una justa medida la fortaleza y la bondad. «Sé benigno con todos»,

¹ *Guide l. c.*

enseña San Bernardo, «con ninguno blando; severo contigo mismo; enérgico en mandar, pero suave en el modo de hacerlo: *fortiter in re, suaviter in modo*.... No te aconsejo hacer alarde de autoridad sino conducirte con gravedad: aquella intimida á los débiles, ésta reprime á los ligeros.»

Como el niño es por naturaleza mudable, ligero, inconstante é irreflexivo, hay que dirigirlo con tino, dominarlo con prudente energía é infundirle confianza. Ningún alumno resiste al superior que le muestra buena voluntad; y si á veces pasa lo contrario, tarde ó temprano cede al impulso de una mano amiga que sólo busca su bien. Además, siendo diversos los caracteres de los jóvenes, no todos deben ser igualmente gobernados; por lo que sin prescindir de la unidad de dirección, con cada uno se emplearán medios especiales adecuados á la enmienda de sus defectos y á su provecho personal. Difícil es juntar la fortaleza con la suavidad, y sólo una larga experiencia, el conocimiento profundo de la juventud, el celo por su bien, la rectitud de intención y ante todo un espíritu verdaderamente cristiano enseñan á unir entrambas cosas en proporción debida. Transcribiremos algunas reglas de personas consumadas en el difícil arte de gobernar á los demás.

«Las cosas que, de ordinario, vuelven áspero y duro el gobierno, son las siguientes», dice el insigne Padre Aquaviva: «1.ª Cuando lo que se manda es grave é insostenible; lo que procede, ó de falta de discreción, ó de pobreza de juicio del superior. 2.ª Cuando la cosa, objeto del mandato, no es ardua en sí, pero excede á las fuerzas físicas ó morales de aquel á quien se dirige. 3.ª Si, al dar una orden, cualquiera que sea, se emplean palabras ásperas ó un tono despectivo, y cuando principalmente sospecha el súbdito que esto procede de falta de moderación del superior. 4.ª Si se urge el cumplimiento de una orden, cuando el súbdito no está debidamente dispuesto, ó se le niegan el tiempo y los auxilios necesarios á que se disponga. 5.ª Si se exige con igual ardor la observancia de los preceptos graves y de los leves, y aun con más empeño el de los últimos, viniendo esto

¹ *Industria ad curandos animas morbos, cap. 2.*

de ciertas preocupaciones del que gobierna. 6.^o Si son rechazadas como subterfugios todas las excusas y razones alegadas por el súbdito, sin oírle con benignidad. 7.^o Si el superior se manifiesta caviloso ó tan afecto á alguien que juzgue el súbdito no poder satisfacerle de ninguna manera. 8.^o Si tiene tal opinión del súbdito, que todo lo eche á mala parte, con grave aflicción de aquel. 9.^o Si habla ó ordena algo con obscuridad y ambigüedad, deseno de no darse á entender, para tener ocasión de reprender siempre al súbdito. 10.^o Si niega siempre lo que se lo pide, sin tomar en cuenta razón alguna, ni la utilidad del que pide ni la edificación de los demás. 11.^o Si en las cosas dudosas se inclina siempre á lo más rígido y ajustado.

Por el contrario, el gobierno es débil y remiso: 1.^o Cuando sólo cuida el superior de las cosas graves y que pueden causar escándalo, sin hacer caso de las pequeñas. 2.^o Si, por alguna repugnancia del súbdito ó por empeños de otros, se cambian ó omiten las órdenes dadas. 3.^o Si por la frecuente desobediencia de los subalternos, se acostumbra el superior á considerar tolerable lo que antes le pareció malo. 4.^o Si, juzgando que una acción es reprehensible, no amonesta ó corrige al delincuente, por no contristarle ó atraerse su enojo. 5.^o Si por condescendencia, intervención ajena, amistad ó respeto humano concede fácilmente licencias ó exenciones perjudiciales á los súbditos ó contrarias á la edificación común. 6.^o Si, para no amargar al que yerra ó á otro, no investiga las faltas, ni las castiga, ni emplea por cautela las medidas necesarias. 7.^o Si á pretexto de humildad y mansedumbre permite sean infringidas y despreciadas las órdenes que ha dado. 8.^o Si por timidez ú otro motivo semejante, amonesta con frialdad y muy de paso al delincuente, sin tomar medidas eficaces para su enmienda.

He aquí otros preciosos consejos, dados por el Padre Binot á los directores de una casa de educación: «No mandéis con precipitación; absteneos de ordenar cosa alguna cuando estáis dominados por la pasión. No seáis tenaces en vuestras opiniones, ni defendáis siempre vuestras ideas personales, aun contra el justo modo de pensar de los inferiores; pues esto

indica terquedad y acrimonia. Franqueaos fácilmente á un corazón oprimido por el dolor, y no seáis avaros del tiempo y de la paciencia que empleéis en calmarlo. Hacedos amar de los otros amándolos primero á ellos, y persuadidos de que para atraer la voluntad ajena es necesario ganar antes el corazón. No os fíéis mucho de vuestras intenciones, que, aun cuando sean inspiradas por la mejor voluntad, pueden ser erróneas. De alabar la dulzura á practicarla hay la misma distancia que media entre el deseo y su ejecución. Manifestad á vuestros inferiores el agrado que os causa un corazón tierno, bien educado y amante. Evitad los discursos duros, las palabras recias, los gestos amenazantes.... Cuando os veáis obligados á usar de rigor, proceded de modo que todos conozcan vuestra repugnancia á obrar así. No dilatéis la concesión de una gracia que estáis resueltos á otorgar, porque perderéis el fruto de vuestra benevolencia. No reprobéis jamás un favor concedido. No seáis absolutos en vuestro gobierno ni tan confiados en vuestro juicio, porque esto es prueba de presunción y terquedad. Cuando una falta ha sido reparada, devolved al culpable vuestra estima y tratadle afectuosamente. No os obstinéis, en fin, en probar que tenéis siempre razón, aun contra el dictamen de todos.»¹

El medio fundamental para gobernar bien es atraerse las simpatías de los súbditos y ganarles el corazón. ¡Cuántas veces el deseo de no disgustar á un buen superior ejerce en ellos un influjo tan poderoso, que los mantiene en la senda del deber, superando serias dificultades! Oigamos á San Ambrosio: «Nada tan útil como el ser amado, nada tan perjudicial como el ser aborrecido. Si preguntas la manera de ser amado, respondo: por la virtud; porque á todos es grata y muy amable la bondad cuando va unida con la apacibilidad de costumbres, la dulzura de condición, la moderación en los mandatos y la cortesía en el hablar. Muéstrate con todos humilde, modesto en tus actos y manso en el obrar; procura amar á todos, para que te vuelvas amable. Nada tan

¹ Cf. Michieletti, Della educazione cristiana, obra de que hemos tomado ésta y algunas otras de las citas incluidas en el texto.

natural como amar á aquel de quien deseas ser amado. Si quieres, pues, ser amado por otros, anticipa á amarlos; porque tu amor excitará el suyo, y amando alcanzarás. Acuérdate de aquellos insignes jefes del pueblo de Dios, Moisés y David, quienes sobresalieron por su caridad y mansedumbre; por lo que sus súbditos los amaron mucho, los veneraron y obedecieron con prontitud. Y aun cuando Moisés fué esclarecido por sus prodigios, lo amaban más por su mansedumbre y afabilidad que por sus hechos.»¹

Una de las cosas que todo educador procurará conservar incólume, es la autoridad moral sobre los alumnos, nacida del atractivo y respeto que merezcan sus cualidades intelectuales, morales y profesionales. Cuando el niño conoce la superioridad de quien le dirige, y se persuade del interés que tiene por él, se abandona confiadamente á una dirección cuya utilidad comprende, y se sujeta á ella de buen grado. Si por el contrario ha perdido el educador el prestigio ante el discípulo, se halla aquel moralmente inhabilitado para el desempeño de su cargo. Para que no se realice esto último vamos á indicar algunos medios.

El primer apoyo de la autoridad moral del educador es el respeto y estima que le profesen los alumnos. Estos tienen los ojos puestos en él, y cuando lo hallan adornado de prendas como la ciencia y la virtud, lo respetan en alto grado y lo miran como á modelo digno de imitarse. Una dirección

¹ «Nil tam utile quam amari, nihil tam inutile quam non amari, sed, quod prius est, vultu haberi... Quod si quisque, quomodo se reddas amabilem, in primis respondeat; virtute; quia grata est omnibus bonitas, et in omnibus diligitur, si cum lenitate cecum, civitate conditionis, moderatione mandatorum et humanitate sermonis coniungatur; si cum humanitate et cum modestia in suis oculis, cum mansuetudine in agendo, cum castitate tandem ostendat, ut se bono amando se reddas amabilem, quod tunc incipit, ut diligenter tunc diligas et ames eum a quo amari vells. Si vis ab aliis amari, preveniat illos amore tuo: tuus enim amor illorum amorem excitabit, et amabitis amando. Aspicite illos duos insignes duces populi Dei, Moysen et Davidem, qui in caritate et mansuetudine valde excelluerunt, ac propterea eorum subditi valde nos dilexerunt, venerati sunt, eis promptissime paruerunt. Et quamvis [Moyses] clarus adeo esset in prodigiis, plus tamen cum pro mansuetudine et amabili humanitate diligebant, quam pro facili admirarentur.» (De officiis lib. 2).

benévola, generosa, imparcial cautiva á los alumnos y suaviza mucho el yugo de la obediencia. Conviene hacer amable la escuela y cuanto á ella se refiere, para que los niños la frecuenten con agrado y la consideren como un nuevo hogar, cuyos miembros se interesan mutuamente por su porvenir y se auxilian entre sí.

El segundo medio es un gobierno prudente, ó sea inspirado en la dulzura, en la firmeza, en el recto criterio, y en la constancia. *Bienaventurados los mansos, porque ellos poseerán la tierra*, dice Jesucristo¹. «Así como sin la fe no se puede agradar á Dios», observa San Bernardo, «también sin dulzura es imposible tener autoridad sobre los hombres. La firmeza en el mando resulta de la fuerza de la voluntad y de la energía de carácter que vence las dificultades.» «Un maestro consigue todo cuando arregla las cosas de tal manera, que le amen y respeten á la vez», afirma Bossuet. El buen sentido consiste en hacer las cosas á tiempo, con oportunidad, con discernimiento de los medios adecuados para conseguir el fin, y de las circunstancias que deben acompañar á una orden. La firmeza en el mando prestigia la autoridad, pone un dique á la movilidad del niño, le prueba que el educador no se deja llevar de impresiones ni de cambios inmotivados, y le incita á cumplir las órdenes dadas.

El tercer medio es el apoyo de la familia. Como el educador ejerce autoridad sobre los alumnos, á nombre y en representación de sus padres, debe buscar el auxilio de éstos para el mejor desempeño de su misión. Para lo que dará á conocer á menudo á los padres la conducta de sus hijos en la escuela, á fin de que los estimulen á portarse bien y los reprendan en caso necesario.

El educador puede perder la autoridad moral por varias causas y defectos suyos, de los que mencionaremos los principales. El primero es el carácter *tímido é indeciso*, que le vuelve perplejo acerca de los medios que ha de emplear, falta de firmeza en las resoluciones, versatil en las órdenes que da, todo lo cual impacienta á los niños y los conduce á la indisciplina.

¹ «Blessed meekness, quoniam ipsi possidebunt terram» (Matth. v. 4).

El carácter *ligero* es efecto de un espíritu superficial, irreflexivo é inconstante, incapaz de adoptar medidas adecuadas para el buen gobierno, ni de tratar seriamente los asuntos. La superficialidad en las palabras, la indiscreción en las disposiciones, la carencia de seriedad y de modestia son el resultado de este carácter.

El carácter *impaciente* é irritable no tolera contradicción alguna, ni aun las faltas ligeras de los alumnos, y se deja arrastrar por la violencia en sus actos, siendo así que la dulzura, la vigilancia y el buen ejemplo son los medios principales de dirigir á los alumnos y de corregir sus defectos.

El carácter *barlón* indica falta de humildad y de experiencia en la dirección de los niños; á más de que, acudiendo á la ironía y á la moña, esteriliza los esfuerzos del celo y causa hondo disgusto á los alumnos.

A su vez el carácter *sospechoso* y *huraño* desconfía de todo y hace mirar como acto de desprecio al maestro cualquiera incorrección de los alumnos; manifiesta carencia de sinceridad y de expansión, se muestra duro y severo.

El carácter *negligente* descuida los deberes, no tiene vigor y actividad para la enseñanza, y en la dirección de los niños califica de menudencias las precauciones necesarias para el buen régimen.

Por el contrario, el carácter exageradamente *justiciero* despliega mucha severidad, pretendiendo sujetar á todos los alumnos á las mismas reglas, descubre las menores transgresiones del reglamento y castigarlas sin aceptar excusa de ningún género.

Por último, el carácter *familiar* busca amistades particulares entre los alumnos, es parcial y débil con unos, é indiferente y duro con otros; con lo que fomenta la indolencia de aquellos y la envidia y envidia de éstos.

Los anteriores defectos deben ser cuidadosamente evitados por los superiores y maestros de la juventud, á fin de encaminarla por la senda del saber, de la rectitud y del bien.¹

¹ Cf. *Éléments de pédagogie pratique des Frères des Ecoles Chrétiennes*.

Así como la dulzura no anda reñida con la energía, tampoco el ejercicio de la autoridad excluye el respeto á la libertad bien entendida del niño y sobre todo á la nobleza de la persona humana, destinada por Dios á un fin sobrenatural. El niño contiene en germen al hombre entero; pues está provisto de todas las cualidades constitutivas de la dignidad humana y es la esperanza del porvenir. Los antiguos dijeron que se debe tratar al niño con reverencia; y según la enseñanza cristiana, este respeto sube de punto en el niño bautizado, que es miembro del cuerpo místico de Cristo y participante de sus méritos. «¿Qué vemos en el niño?» pregunta Mons. Dupanloup¹. «Descubrimos luego en él las facultades intelectuales, el espíritu activo, destinado en los designios de Dios, á hacer de él un hombre inteligente; facultades vivas que le sirven para pensar, para comprender, para descubrir la verdad, razonar, retener y hablar. La voluntad libre, el discernimiento de lo justo y de lo honesto, de la ley y de la rectitud suprema, que se llama conciencia; la ternura, lazo de la fraternidad humana que une la tierra con el cielo; el amor á la verdad, á la belleza y á la bondad eterna é inmutable, que es el fondo divino del corazón humano. En una palabra, descubro en él todas esas hermosas cualidades morales y religiosas que le harán amar la verdad conocida, desear lo bello, practicar el bien. Todo es noble en el niño: Dios le ha provisto de abundantes medios para ser después el hombre de la virtud y del bien. Encuentro finalmente en él las facultades físicas y corporales, así como el precioso don de la salud; he aquí lo que con el estudio atento del más humilde niño descubre á primera vista el observador reflexivo.»

Este conjunto de dones en ciernes que existen en el niño requieren sumo cuidado y vigilancia de parte de los encargados de formarlo; por lo que debe ser tratado como flor delicada, que se marchita con el hálito del error y el vicio, y mirado por su inocencia como templo de Dios, digno de amor y respeto.

¹ De la educación.

7. La disciplina preventiva.—La disciplina escolar puede ser *preventiva*, *directiva*, *emulativa* y *represiva*. La primera tiene por objeto apartar al alumno de cuanto puede inducirle a la transgresión del reglamento; pues la prudencia aconseja ser preferible evitar que cometa aquel faltas, á castigarle después de haberlas cometido; así como vale más prevenir la enfermedad que curarla, una vez contraída. Para conseguir este resultado se han de emplear una serie de disposiciones encaminadas á poner á cubierto al niño contra su debilidad y las influencias nocivas¹.

Los elementos principales que constituyen la disciplina preventiva son los siguientes:

Primero, *la buena organización de la disciplina escolar*. Cuando en el reglamento están previstos tanto los casos comunes y habituales, como los eventuales y extraordinarios, hay garantías de orden, y de seguridad de que se evitarán muchas faltas. Nada es tan contrario á la disciplina como la imprevisión y el proceder sin cálculo y al acaso. Con todo, en los reglamentos debe dejarse alguna amplitud para lo imprevisto en el gobierno escolar.

El influjo del maestro sobre los alumnos, nacido de sus cualidades y carácter, es otro de los medios eficaces de mantener la disciplina, de prevenir inobediencias, de evitar la repetición de las mismas órdenes y de ahorrarse la molestia del castigo. Si el educador tiene ascendiente moral sobre los alumnos y si su autoridad es respetada, ciertamente habrá orden dentro y fuera del establecimiento, y disminuirán mucho las faltas.

El tercer medio es *la vigilancia*, «ó sea el ejercicio activo y continuo de la solicitud del maestro que no pierde de vista á sus discípulos, á fin de preservarlos de todo daño físico y moral y de formar su conciencia de acuerdo con el deber». La vigilancia es de suma utilidad, porque el hecho sólo de la presencia de un bedel entre los alumnos los mantiene en

¹ No es extemporáneo indicar á los padres de familia que gran parte de este capítulo, y sobre todo, lo relativo á la disciplina escolar, les servirá mucho para el gobierno doméstico.

orden y sirve de salvaguardia á la moral. Mas la vigilancia no debe limitarse sólo á la regularidad exterior, sino extenderse á la conciencia del niño, para ilustrarla, y á su corazón, para formarlo. Conviene que el alumno tenga ideas claras acerca de la vigilancia. Él está obligado á practicar el bien y á evitar el mal; pero como por su corta edad é inexperiencia no puede hacerlo por sí mismo, los padres y educadores le advierten, valiéndose de una prudente vigilancia, cuáles son las faltas que comete y los defectos que tiene, para que procure enmendarse. El vigilante es para el niño como un ángel custodio que le instruye, aconseja, preserva y anima.

Para el educador cristiano la vigilancia es una obligación sagrada; porque el niño es un tesoro confiado por los padres, para que lo acreciente con los dones del saber y la virtud. Y como el hombre es propenso al mal, hay que cuidar con esmero al niño, á fin de que conserve la inocencia, sin dejarlo entregado á sí solo, á título de estimular su iniciativa personal. «El muchacho abandonado á su voluntad, es la confusión de su madre», afirma el Espíritu Santo¹. ¡Cuántos niños se pierden desde los primeros años, por descuido de padres y maestros!

La vigilancia, para ser benéfica y eficaz, exige varias condiciones. Debe ser

a) *general*, es decir, extenderse á todos los alumnos y á sus actos; porque siendo los niños más ó menos débiles, necesitan de la atenta solicitud de sus maestros.

b) *constante y activa*, de modo que ha de ejercerse en todos los lugares en que están reunidos los alumnos, para no perderlos de vista, ni dejarlos solos, lo que origina inconvenientes y peligros. Se les debe vigilar en la clase, en el estudio, en la iglesia, en el recreo, en los paseos, debiendo ser más esmerada en los internados, por cuanto los alumnos viven en ellos como «en familia», bajo la custodia de sus directores. Hay que fijarse, en lo posible, en la fisonomía, en las miradas, en las conversaciones, los movimientos y juegos de

¹ «Puer qui dimittitur voluntati suae, confundit matrem suam» (Prov. XXIX, 15).

los niños, para conocerlos mejor y corregir sus defectos, con tino y oportunidad.

c) *exata y precursora*. El vigilante ha de acudir con puntualidad en el momento que le sean confiados los niños; y para desempeñarse bien, prevendrá las ocasiones en que pudieran eludir su cuidado, dará las órdenes convenientes y calculará todo, á fin de evitar las faltas.

d) *firme y calculada*. Los escolares tienden á emanciparse del reglamento y aun á infringir las órdenes de sus superiores; por lo que conviene hacérselos cumplir con firmeza, teniendo en cuenta que el vigilante no ha de ser testigo mudo de la indisciplina de sus subditos, sino que debe impedir con vigor todo acto de insubordinación. Pero procederá siempre con calma, sin inquietud ni aturdimiento, conservando el dominio de sí mismo y la serenidad en las circunstancias más difíciles.

e) *leal y discreta*. La vigilancia es leal cuando se la ejerce con franqueza, haciendo comprender á los alumnos que, aun cuando no se duda de su buena voluntad y rectitud, es fácil que, por su irreflexión y debilidad, se extravíen. Mas, en ningún caso se emplearán medios clandestinos ó indecorosos, como espiar á los alumnos, tenderles celadas, etc. Es discreta cuando procede con discernimiento y circunspección, sin rayar en minuciosa y exagerada. Á los niños de corta edad se les vigilará directamente y con mayor cuidado; á los adultos se les puede dejar cierta prudente independencia; pero ni á unos ni á otros se los constreñirá demasiado, pretendiendo convertirlos en máquinas que solo se muevan á voluntad del maestro.

«El maestro ó bedel debe no dejar aparecer de la vigilancia sino lo que es necesario que aparezca; y por esto el secreto de hacer grata al niño la vigilancia consiste en ejercerla sin que él se dé cuenta. Hay casos en que deben aquellos saber las cosas sin manifestar que han querido saberlas, precisamente porque la investigación importuna al alumno y lo irrita... El maestro, que en interés de la educación se ve obligado á descubrir algo, debe proceder rectamente y de modo que no le impida obrar lo que ha sabido.

«Cuando hay fundada probabilidad de que el discípulo obra en conciencia, es preciso confiar en él, seguro de obtener en cambio su fidelidad. Á veces se debe aparentar que se ignoran sus faltas, por respeto á la naturaleza humana que se desalienta al perder la estimación, y se esfuerza tanto más en merecerla cuanto más cierta está de obtenerla. En suma, poco resultado se obtiene sólo con las miradas del maestro, quien no siempre puede hallarse entre los alumnos. Evítese con cuidado todo lo que hace su presencia demasiado necesaria ó su ausencia demasiado funesta.»¹

Hay que echar también mano de algunas precauciones y medidas para facilitar la vigilancia: tales son la conveniente disposición del edificio escolar, de modo que todo esté calculado para mantener el orden; la distribución debida de los alumnos en la clase, recreo, etc., debiendo los más traviesos é insubordinados estar junto al superior ó vigilante. En cuanto á las relaciones de los alumnos entre sí, conviene prohibirles las amistades particulares, las citas á solas y las lecturas nocivas á la moral y á la disciplina escolar.²

8. *La disciplina directiva*. — «La disciplina directiva comprende un conjunto de disposiciones que deben preceder, acompañar y seguir á la educación en todas sus formas, para que produzca buenos resultados. Como el niño, sobre todo en la primera edad, necesita de guía experimentada para desarrollarse física y moralmente, del mismo modo se le debe, al ingresar en una casa de educación, someter á un reglamento que le sirva de norma mientras en ella permanezca. El programa de clase, el horario escolar, la colocación de los alumnos, el orden y silencio durante el estudio, las entrevistas de los alumnos entre sí y con sus maestros, los recreos, los ejercicios de piedad, etc., todo ha de estar indicado en el reglamento, sin dejar nada al capricho ó al acaso; de modo que el niño sepa lo que ha de hacer desde que entra en la escuela hasta que sale, y aun fuera de ella. La formación de un buen reglamento exige conocimiento profundo tanto

¹ *Glas*, Medios de desarrollar la dignidad y firmeza.

² Cf. *Éléments de pédagogie pratique*.

del niño, para no recargarlo y fatigarlo con prescripciones inconducentes, como de la manera de cultivar sus facultades, de los métodos de enseñanza, etc. Acerca de estos puntos nos referimos á lo antes dicho en la Primera Parte de esta obra y en los capítulos precedentes de la Segunda Parte.

9. La disciplina emulativa.—Entre los varios medios de que puede echar mano el educador, uno de los más eficaces es el estímulo. El hombre, en especial el que tributa culto á las letras, ama la gloria y ambiciona, sobre todo en la edad de las ilusiones, cuanto le eleva sobre el nivel común. Sólo los que han llegado á cierto grado de degradación moral se muestran insensibles al estímulo y al buen trato. Lo ordinario es que el corazón juvenil lata entusiasmado al impulso de toda aspiración noble; por lo que conviene acudir á este poderoso recurso para infundir en el niño hábitos de dignidad, de trabajo, de honradez y de virtud.

Cuéntase de Ireonio, maestro de Lutero, que cuando éste era niño, enseñaba en Eisenach descubierta la cabeza ante sus alumnos, «para honrar», decía, «á los cónsules, cancilleres, doctores, maestros que saldrían de su escuela».

Dada la condición actual del hombre, es inevitable la lucha entre el bien y el mal, que aspiran á dominar en su inteligencia y en su voluntad. El joven está solicitado particularmente por esta doble corriente. Á los buenos ejemplos y enseñanzas que recibe en el hogar y en la escuela, se oponen el respeto humano, el influjo de los amigos perversos, las máximas corruptoras del mundo y las dañadas inclinaciones del propio corazón. El educador ha de estar muy alerta para fomentar en el alumno todo sentimiento digno, toda inclinación laudable, y contrarrestar cuanto sirve de incentivo al error y al vicio, acudiendo de preferencia al consejo, á la persuasión y al estímulo.

La emulación no se confunde con la envidia. Esta se entristece del bien ajeno, que ambiciona con perjuicio del prójimo; mientras que aquella impulsa la voluntad á imitar, á igualar y exceder á los otros con acciones laudables, estimulada por la aprobación de la conciencia y la esperanza del premio. La emulación bien entendida no ahoga la voz

del deber, que ante todo ha de escuchar el hombre, sino que le sirve de auxiliar para cumplir sus austeros mandatos. Tampoco induce al niño á obrar sólo movido de la ambición del premio, del éxito favorable en sus actos, de la vanidad de sobresalir y de obtener honores humillando á los demás; pues la emulación procede por móviles dignos, no se entristece de los triunfos de otros, ni aspira á levantarse sobre sus ruinas.

Es cierto que puede degenerar en soberbia y envidia; pero corresponde al educador impedir su extravío, cercenando cuanto la deslustra y vuelve nociva. Á menudo hablará á los alumnos de la obligación de seguir el dictamen de la conciencia recta, de proceder por móviles desinteresados, de la excelencia de la humildad, de la vileza de la soberbia y de cuán detestable es buscar siempre las distinciones y los primeros puestos, sin contentarse con una posición modesta y una vida tranquila. Pero, evitados estos peligros, la emulación excita al niño á vencer los obstáculos, á desarrollar sus facultades, á adoptar medidas serias para conseguir el fin de la educación, á hacerle grata la escuela y cuanto á ella se refiere.

Hay varios medios de excitar y de mantener la emulación. Los principales son: los *billetes* hebdomadarios, mensuales y trimestrales, en los que se da cuenta de la conducta, aplicación y aprovechamiento del alumno, para que lo sepan sus padres y guardadores; las *composiciones* sobre materias de estudio, para conocer el grado de adelanto de los niños; los *concursos* y *oposiciones*, en que se adjudica un premio ó se señala un alto puesto en la clase al que sobresale por el mérito ó triunfa de los demás; los *exámenes*, en que ante los profesores contesta el alumno á las preguntas que se le hacen, mereciendo aprobación ó reprobación, para poder ascender ó no al curso superior. Las *recompensas* consisten, ó en palabras de elogio y de aliento dirigidas al niño que se porta bien, para estimularlo, lo que es una remuneración moral; ó en obsequiarle con algún objeto material, como un libro, una imagen, buenos puntos, etc., ó un objeto cuasi-material, como un diploma, un título honorífico, una condecoración, etc. La *alabanza* despierta en

los alumnos el sentimiento del honor y es uno de los medios poderosos de estimularlos; pero conviene que sea justa, mesurada, discreta, oportuna y que al emplearla se muestre al niño un ideal elevado á que debe aspirar desplegando mayor actividad y esfuerzo. En cuanto á las recompensas materiales, no se debe prodigarlas, para que se las estime; y se las adjudicará con estricta justicia é imparcialidad, guardando una prudente gradación, según el mérito y el esfuerzo personal de cada alumno. La distribución pública de premios y proclamación de puestos sirve también de aguijón para el aprovechamiento escolar.

10. La disciplina coercitiva y represiva.— Cuando, agotados los medios preventivos y todas las industrias que la prudencia y la caridad aconsejan emplear, persiste el niño en su mal comportamiento, sin dar señales de verdadera enmienda, es preciso emplear la coerción y el castigo para traerlo al buen camino. Toda falta entraña una violación del orden, que debe ser restaurado; y si la obediencia es el nervio de la educación, es preciso exigírsela á los alumnos, acudiendo á las medidas antes indicadas y, en caso necesario, á la corrección. Nada es tan opuesto á la disciplina ni fomenta tanto la insubordinación de los subditos como la impunidad de las faltas.

Hay un sistema de dirección que elimina el castigo como contrario á la dignidad del niño y afirma que por medio del estímulo, de la persuasión y del esfuerzo personal del alumno se debe obtener su enmienda. Toda exageración es inaplicable. Ni se ha de pregonar el castigo como el principal agente de la educación, ni se lo ha de eliminar de la escuela, para los caracteres rehacios é incorregibles. La sabiduría divina inculca á menudo esta verdad. *Quien escasea el castigo, quiere mal á su hijo; mas quien le ama, le corrige continuamente*¹. *Quien ama la corrección, ama la ciencia; mas el que odia las repreensiones es un insensato*². *No apartes del joven la corrección: para aunque le des algún castigo*

¹ «Qui parvit virgæ, odit filium suum: qui autem diligit filium, inmaniter erudit» (Prov. XIII, 24).

² «Qui diligit disciplinam, diligit scientiam: qui autem odit increpationes insipiens est» (Prov. XII, 1).

*no morirá*³. *La corrección que conserva á los jóvenes en la disciplina, es el camino de la vida*⁴. *Un caballo no domado se hace intratable, así un hijo abandonado á sí mismo se hace insolente. Halaga al hijo, y te hará temblar; juega con él, y te llenará de pesadumbres. No te rías con él, no sea que al fin tengas que llorar y te haga rechinar los dientes. No le dejes hacer lo que quiera en su juventud, y no disimules sus travessuras. Dóblale la cerviz en la mocedad: no sea que se endurezca y te niegue la obediencia; lo que cansará dolor á tu alma*⁵.

Aun cuando estos sabios consejos se dirigen especialmente á los padres de familia, son también aplicables á los maestros, cuya autoridad sobre los niños les ha sido delegada por aquéllos. Además, si el temor sirve de freno al hombre en muchos actos de la vida social, ¿por qué no emplearlo, en caso necesario, para guiar al joven hacia el bien?

Hay tres modos generales de represión: la advertencia, la amenaza y el castigo.

La primera es un simple recuerdo de la disposición infringida, para que el alumno comprenda que el maestro no ovida las infracciones de la regla. Esta represión no es deshonrosa; pues se propone únicamente volver al buen camino al que ha cometido una falta, ya haciéndole comprender su error, ya exigiéndole que lo compense en alguna manera.

La amenaza es el anuncio de un castigo en caso de cometerse una falta.

El castigo es la pena infligida á un alumno para hacerle sentir la gravedad de su falta y evitar su repetición. La pena

¹ «Noli subtrahere á puero disciplinam: si enim percusseris cum virga, non morietur» (Prov. XXIII, 13).

² «Mandatum lucerna est, et les-lux, et via vite increpatio disciplinæ» (Prov. VI, 23).

³ «Equis indomitus evadit duras, et filius remissus evadit præcepta. Lacta filium, et paventem te faciet: ludu cum eo, et contristabit te. Non corrideas illi, ne doleas, et in novissimo obstupescens dentes tui. Non des illi potestatem in juventute, et ne despicias cogitatus illius. Curva cervicem eius in juventute..., ne forte induret, et non credat tibi, et erit tibi dolor animæ» (Ecclesi. XXX, 8-12).

puede ser aflictiva, ó consistir en la reprobación manifestada por el gesto, la palabra ó un silencio expresivo.

Ante todo conviene establecer que hay niños que no deben ser castigados. Tales son los de naturaleza recta y delicada, cumplidores de su deber, dóciles y pundonorosos; que si cometen alguna falta es por inadvertencia, ó por la fragilidad propia de la niñez y juventud. A estos alumnos basta advertirles su falta, para que conozcan su yerro y sientan el pesar y la humillación de haber procedido mal; castigo suficiente que los emendará y preservará en lo venidero. Emplear reprimendas ó penas alicivas con niños de esta índole, equivale á ajar una flor delicada, á herir un corazón noble, á ahogar el estímulo y deprimir el carácter.

En la mayor parte de los casos, y por lo general cuando se trata de pequeñas infracciones al reglamento, como de faltas de silencio, á la exactitud, etc., basta una advertencia, hecha con bondad, para que produzca buen resultado. Pero se debe usar prudentemente de las advertencias, de modo que ni se las emplee en toda falta, por insignificante que sea, lo que rayaría en rigorismo y haría juzgar á los escolares que el maestro está prevenido contra ellos; ni se han de cerrar los ojos á todas las infracciones, lo que les alentaría á cometer graves faltas y á una total indisciplina. En ciertos casos conviene guardar un indulgente silencio, ó hacer uso de una mirada ó gesto de reprobación. Hay que dejar respirar á la indiscreción y atolondramiento de los niños, decía Madama de Maintenon.

Cuando no bastan las advertencias, se acudirá á las amenazas; y por último, á las reprensiones y castigos, siempre que con la persuasión y otros medios suaves no se obtenga la enmienda del culpable. Las faltas dignas de castigo son la disipación habitual, la desaplicación permanente, la desobediencia ó insubordinación, las mentiras y murmuraciones, las faltas de honradez y de pudor.

El castigo ha de reunir, para ser provechoso, ciertas condiciones en sí mismo, con respecto al educador que lo aplica y al niño que lo recibe.

El castigo en sí mismo ha de ser justo, es decir, infligido por una falta cierta y voluntariamente cometida. Nada irrita

tanto al niño y lo desalienta como una corrección indebida. En consecuencia, no merecen castigo los que infringen el reglamento por ignorancia excusable; los que, á pesar de sus esfuerzos, no pueden adelantar en los estudios por deficiencia de sus facultades mentales; los que, por enfermedad, son incapaces de un trabajo sostenido; los que no son responsables de la infracción, como el niño que falta á clase de orden de sus padres. Tampoco conviene castigar al alumno en la escuela por faltas cometidas en la casa, aun cuando lo soliciten sus padres.

El castigo ha de ser corto, para que surta buen efecto y no fastidie mucho al penado; serio, de modo que no tenga nada de pueril y ridículo, como lo es hacer besar el suelo, cubrir al niño con un vestido risible, etc. Por último, el castigo no ha de ser humillante, infamatorio, ó aflictivo para el niño, porque aquel debe proponerse el mejoramiento y enmienda del culpable, que no se obtienen jamás envileciéndolo y anonadándolo. Un colegio no es hato de esclavos ó un presidio, sino el santuario del saber y una reunión de niños que han de ser guiados, por medio del honor y del deber, á la posesión de la verdad y del bien, objeto primordial de la educación. Por esto se debe desterrar del recinto de la escuela las reprensiones condenadas por el decoro y la suavidad de costumbres, fruto de la civilización cristiana. «Jamás se ha de tratar á un niño como á bestia de carga», dice Ginón¹; «y si hubiere alguno que no fuere accesible sino á argumentos de tal género, se le debe volver en el acto á su familia, á que lo vigile cuidadosamente. Para niños aparte se necesitan casas aparte y procedimientos especiales.»

«Los castigos corporales, como los golpes dados con las manos ó los pies, con varas ú otros objetos, están absolutamente prohibidos por la *Regla* de las Escuelas Cristianas, porque agrian el carácter de los niños, les inspiran un temor servil y los hacen más disimulados que virtuosos. «Los Hermanos deben abstenerse de maltratar á los alumnos, de empujarlos y sacudirlos con violencia; pues esta manera de

¹ «Medios de desarrollar la dignidad y la firmeza».

castigar es inconveniente, peligrosa y opuesta á la mansedumbre y paciencia que deben caracterizarlos.»¹ «Los niños negligentes en el cultivo de las bellas letras ó en la práctica de la moral, han de ser advertidos por los maestros y aun castigados con severidad; si no aceptaren la reprensión ni dieren esperanza de enmienda, si fueren molestos á los demás ó perniciosos con su ejemplo, deben ser expulsados de nuestros colegios.»

Si un superior encuentra por desgracia niños insensibles al estímulo y á la dignidad, que persisten en su mal proceder, no obstante haber adoptado las medidas suaves; y si él cree, por otra parte, que el único medio de domarlos en lo físico y en lo moral es un castigo corporal, tendría, como medida extrema, que aplicárselo en privado, sin degradarlo ni contrariar las leyes del decoro; si bien sería preferible en tales casos devolverlos á su casa.

En cuanto á los castigos por medio de la humillación directa, como los reproches en público, ofrecen el mismo inconveniente del anterior, y pueden dejar honda huella en el niño por toda su vida; por lo que deben sólo emplearse con los de carácter violento y altanero, siempre que haya fundada esperanza de enmienda y de que, lejos de abatirse y envilecerse, les servirá de estímulo para levantarse y sacudir el yugo de los malos hábitos. En suma, se echará mano de estas medidas fuertes cuando ellas expongan menos la dignidad del niño que sus extravíos que conviene refrenar.²

El castigo con respecto al que lo inflige debe tener las condiciones siguientes:

Intención pura; esto es, se debe castigar movido por la gloria de Dios, el cumplimiento del deber y la enmienda del niño, y no por aversión, venganza ó capricho.

Moderación; lejos de excederse en el ejercicio de este derecho, hay que usarlo con prudente parsimonia; pues la manía de castigar á menudo y por toda falta, vuelve insumiso

y desvergonzado al niño, quien miente para conjurar el peligro, se vuelve hipócrita por el miedo y falta á la sinceridad.

Calma y dignidad. La tranquilidad de ánimo, la calma, el dominio de sí mismo son indispensables en el momento del castigo. Conviene, por tanto, no dejarse dominar de la cólera, ni manifestar desdén, ironía ó venganza hacia el culpable; porque la corrección hecha en tales condiciones es más bien efecto de animosidad que de amor á la justicia y al bien. El que está subyugado por una pasión, no debe castigar, sino que antes de hacerlo debe entrar dentro de sí mismo y serenarse, para proceder con rectitud y buscando la enmienda del infractor.

Energía templada por la bondad. El que castiga no ha de desplegar una severidad inusitada, y menos dar á traslucir gozo en el castigo; por el contrario, debe manifestarse contrariado; para que comprenda el alumno que cumple aquél un deber penoso. En todo caso ha de proceder con la bondad de un padre que reprende, á pesar suyo, á su hijo amado. «Aprended á ser madres de vuestros súbditos, y no dominadores», dice San Bernardo; «procurad ser más bien amadas que temidos. Aun cuando á veces es necesaria la severidad con los súbditos, que ésta sea paternal y no tiránica. Manifestaos madres de ellos en el auxilio y padres en la corrección. Calmaos, deponed la crueldad, suspended los azotes.... ¿Por qué agraváis vuestro yugo sobre aquéllos, cuando debéis ayudarlos á llevar la carga?»³ San Agustín escribe: «Oye un breve precepto. Ama y haz lo que quieras. Si callas, calla por amor; si disputas, disputa por amor; si corriges, corrige por amor; si perdonas, perdona por amor. Que la caridad tenga raíces en tu interior; no puede de esta raíz brotar sino el bien, tanto para ti como para tus subordinados.»⁴ El concilio de Trento recomienda al superior,

¹ «Dilecti vobis scilicet vestros esse debere, non dominos. Studete magis amari quam metui. Etsi interdum severitate opus est, paterni sit, non tyrannici. Matres fovendo, patres vos corripiendo exhibeat. Manscescit, ponite feritatem, suspendite verbera.... Quid ingum vestrum super eos aggravatis, quorum potius onera porare debetis?» (Serm. 23 in Cant.)

² «Accipe semel breve preceptum: dilige, et fac quod vis. Sive taceas, dilectione taceas; sive clamas, dilectione clamas; sive emendas, dilectione

¹ Règles communes, VIII.

² Ratio studiorum Societatis Iesu, Regule externorum

³ Cf. *Genia* I. c.

«que en el castigo emplee más benevolencia que autoridad; más la exhortación que la conminación; más la caridad que la potestad»¹.

Dios, modelo de cuantos ejercen autoridad, agota, por decirlo así, los tesoros de su bondad antes de castigar al delincuente. Ejemplo que han de tener á la vista los padres y educadores en el gobierno de las familias y de los establecimientos de enseñanza. Sobre todo debe brillar la más estricta rectitud é imparcialidad en el castigo, de modo que no haya acepción de personas, ni procedimientos reprobados, para no dar origen á quejas amargas, ni herir la susceptibilidad de los alumnos.

Las condiciones del castigo *relativamente al que lo recibe* han de ser éstas:

El castigo no sea *perjudicial* ni al cuerpo ni al alma del niño; como lo sería el obligarle á permanecer largo tiempo en la misma postura, ó en un lugar nocivo á la salud, el cercenarle el alimento, encerrarlo en un cuarto obscuro, privarlo por completo del recreo, dejarlo solo, ó despedirlo de la clase para que se vaya dondequiera.

El castigo ha de ser *proporcionado* á la edad, á las disposiciones morales é intelectuales del alumno y á su culpabilidad, como también á la naturaleza de la falta cometida y á su mayor ó menor gravedad. Es justo, por ejemplo, que al perezoso se le prive de una parte del recreo, que al mentiroso se le separe momentáneamente de sus compañeros, etc.

El castigo ha de ser *oportuno*. Proponiéndose con él la enmienda del culpable y la reparación del orden violado, es preciso elegir el momento y la ocasión en que producirá estos resultados; á la manera del médico que, conocida la enfermedad, aplica el remedio á la hora conveniente. Por esto no debe castigarse al niño cuando está encolerizado ó bajo el imperio de otra pasión, siendo preferible dejarlo para

enmendes; sive parcas, dilectione parcas. Radix sit intus dilectionis; non potest de ista radice nisi bonum existere. Nec solum tibi erit bonum, sed etiam illis qui sunt commissi (Epist. 38).

¹ «Plus erga corrigendos agat benevolentia quam auctoritas, plus exhortatio quam comminatio, plus caritas quam potestas.»

después, y aun prescindir de la represión, si el efecto ha de ser contraproducente.

No conviene comunicar á los alumnos ciertas faltas privadas de algunos de ellos, ni tampoco castigarlas en público, por el escándalo que tal noticia les causaría, lo que debe evitarse siempre. Cuando los culpables son numerosos, es imprudente incluir á todos en una represión común, que por el hecho de aplicarse á muchos pierde su eficacia. Es mejor en tales casos procurar descubrir á los cabecillas para entenderse con ellos. Asimismo la prudencia aconseja al superior no reprender las faltas relacionadas con su persona, para que los alumnos no crean que procede por venganza.

El castigo ha de ser, en lo posible, *aceptado* por el culpable. La experiencia comprueba que en este caso produce aquél la enmienda anhelada. Es preciso manifestar al niño que se le castiga para que evite sus defectos y faltas, es decir, para su bien. Por la actitud, las palabras y el tono persuasivo empleados por el superior, conocerá el niño la justicia del castigo y lo aceptará como una expiación merecida. «Si el niño tiene buen corazón, se le hace ver el pesar que su falta ha causado al superior; si tiene desarrollado el sentimiento de la justicia, se le persuade de que ha faltado á su deber; si acaricia proyectos para el porvenir, se le manifiesta que lo compromete; en fin, hay que penetrar por la puerta que se abra con mayor facilidad.»¹ Si con reflexiones atinadas, paternales, hechas á solas, se declara culpable y promete seriamente enmendarse, está en buen camino y no se le debe exigir otra cosa. Mas si resiste obstinado á confesar y reconocer su falta, ó si se cree inocente, el superior debe reflexionar, como aconseja Ginón, para ver el modo de suavizar esa naturaleza rebelde, y lograr que reciba el castigo como un acto inevitable y justo, que lo elevará y mejorará moralmente. Para producir en él esta convicción, deberá el maestro ó superior tratarle con la misma confianza y con el mismo miramiento que si no hubiese cometido faltas: de esa manera la impresión enojosa se debilitará ó desaparecerá de

¹ Ginón I. C.

Castro-Tenés, Educación, Ed. 2.

su ánimo. Al proceder así téngase en cuenta que las naturalezas peor dotadas y más groseras son las que principalmente necesitan ser elevadas á sus propios ojos, y en quienes la semilla dará acaso fruto copioso, tarde ó temprano. Si todavía no se encuentra nada bueno en tal ó cual niño, quizás más tarde habrá mucho. Podéis hacer germinar allí buenos principios, por medio de vuestra paciencia, de vuestra dulzura y abnegación, y os admiraréis después de los resultados obtenidos.¹

Los castigos deben ser también útiles al alumno, ó sea adecuados para propender á su provecho intelectual ó moral. Variados, pues la repetición de los mismos enfada mucho al niño. El maestro imitará á los médicos, que cambian de remedios en las enfermedades rebeldes. *Progresivos ó graduados*, según la condición del culpable y la naturaleza de la falta. De la reprimenda tácita se pasará á la reprimenda hablada y benigna, después á la más seria, y por último á la severa. Asimismo se debe corregir verbalmente al niño, á solas; en seguida en presencia de sus compañeros; y después ante todos los escolares. Si con estas ó otras medidas no se obtiene su enmienda, hay que expulsarlo del colegio.²

Los castigos, por último, no han de ser frecuentes; porque si se les aplica á menudo al niño, ó se acostumbra á ellos, ó pierde el pundonor, ó se vuelve altanero.

Conviene recordar á los padres y maestros que, así como perjudica al niño el abuso del castigo, igualmente le causa daño el acudir sólo á meras amenazas. Toda falta debe ser corregida, por lo menos mediante una advertencia saludable ó la reprobación de ella; pero cuando no hay sanción alguna, se da pábulo á la desobediencia ó á la perversidad del culpable.

«Hay padres y madres de familia (como también maestros) que se limitan á amenazar simplemente á sus hijos y discípulos desobedientes sin llegar á aplicarles castigo alguno, con lo que aumentan su indisciplina», dice Nicolay.³ «En vez

¹ *Ginlin* 1. c.

² Cf. *Éléments de pédagogie pratique des Frères des Ecoles Chrétiennes*. París, Directoire scolaire. *Ginlin* 1. c.

³ «Los niños mal educados».

de tales amenazas, que de nada sirven, en vez de esos sermones interminables sobre la insubordinación, es preferible tratar con rigor al niño alguna vez y ahogar pronto su altanería, inspirándole un temor saludable. Por otra parte este temor, eficaz porque es fundado, le inducirá á la docilidad y evitará por mucho tiempo el emplear sanción alguna; de suerte que el niño vivirá habitualmente en paz en la familia. Otras veces prohíben los padres algo á sus hijos, y luego ceden á sus instancias y, lo que es peor, á sus lloros y tenacidad. No hay cosa más perjudicial á la autoridad de los padres que estas concesiones inmotivadas. Por el contrario, si se refrena resueltamente al niño desde el principio, después de dos ó tres luchas ó resistencias suyas lograrán aquellos dominarlo y guiarlo con facilidad. Porque sabiendo él que sus padres tienen la fuerza y voluntad de subyugarlo, no aventurará una oposición inútil, conociendo por experiencia que debe someterse. La paz en el hogar será entonces el régimen normal, y la lucha una excepción. Á lo menos cuando se acuda á las amenazas, tendrán ellas un sentido positivo; ¡cuán cierto es que castigar muy suavemente es castigar continuamente!»

Tengan presente los educadores, como advierte Ginón, que conforme á la enseñanza católica el niño ha de ser formado en la dignidad, y no en la altanería; en la firmeza, y no en la tirantez. Es preciso que al respecto de sí mismo vaya unido el respeto á sus semejantes; que en sus sentimientos de honor no haya soberbia ni fatuidad; que en su legítima independencia no haya rebeldía contra sus superiores, ni menosprecio para sus inferiores ó iguales. Cuida el educador de que la firmeza en el gobierno no degenera en obstinación, una en el mando la bondad con la energía y use á veces de una prudente condescendencia con las debilidades del niño, recordando que el evangelio promete á los de corazón dulce el dominio de la tierra, y persuádase, en fin, de que con formas amables logrará cautivar á sus discípulos antes que con el rigor y el miedo.

Respecto á las niñas, debe recordarse el siguiente consejo que, para la dirección de su nieta Paulina, daba Madame de Sévigné á su hija Madame de Grignan: «No os equivoquéis,

le decía: «os aseguro que uno no se corrige en la infancia, sino en la edad de la razón; el amor propio, tan malo para otras cosas, es excelente para ésta; emprended la tarea de hablar razonablemente á vuestra hija y sin encolerizaros; sin reñirla, sin humillarla, porque eso la volvería rebelde; y os ofrezco que haréis de ella una maravilla.»

11. Los alumnos y la disciplina escolar.—No sólo los encargados de la educación sino también los que la reciben han de tener muy en cuenta que la organización y disciplina escolares son indispensables para el buen funcionamiento de una casa de enseñanza y el adelanto de los que la frecuentan. El joven es el *sujeto* de la educación y está obligado por su parte á secundar la acción de sus maestros. Por eso vamos á hablar brevemente de los deberes del alumno con respecto á la disciplina, aunque de esto hemos tratado ya en los capítulos precedentes.

Si ésta, según Barés, comprende el conjunto de reglas y de influencias por medio de las cuales se dirige la educación en todas sus formas: si sin ella es imposible el orden y la organización escolares, á tal punto que se puede decir que una escuela vale tanto cuanto su disciplina; es indudable que los alumnos han de tener alto concepto de su importancia, para no infringirla y menos despreciarla. La sujeción del alumno á la disciplina es indispensable para su buena formación intelectual y moral; pero no se le someterá á ella sólo exteriormente, ni tampoco la mirará el alumno como un yugo odioso, sino que la aceptará de buena voluntad, tanto más que el asentimiento del niño á la dirección que se le da, es la palanca principal de la educación.

Ciertas teorías de mal entendida libertad é independencia pretenden que cada uno debe gobernarse por sí mismo y no someterse á otro, lo que repugna á la dignidad humana. Nada tan falso y pernicioso. Ni en la familia, ni en el Estado, ni en asociación alguna habría orden y concierto sin un poder encargado de dirigir las voluntades á la consecución del fin social. El niño obedece á sus padres y á los maestros que los representan, por exigirlo así su debilidad é inexperiencia, por deber fundado en la naturaleza, y también porque, según

la doctrina católica, toda autoridad emana de Dios y se ejerce en su nombre. *Es necesario sujetarse* á los superiores, no sólo por temor del castigo, sino por obligación de conciencia, afirma San Pablo¹.

Además, la obediencia del súbdito al superior no es ciega é irracional, sino fundada en la equidad y la justicia; ni el que manda ha de proceder arbitrariamente, sino ciñéndose á la ley natural y divina, y cuidando de que sus órdenes sean motivadas y no excedan á sus atribuciones. Llenados estos requisitos, la obediencia, lejos de rebajar al niño, le guía y sostiene en su formación, preservándole del orgullo, que tantos males le causa. Cuando el gobierno escolar es dulce y paternal, el niño se deja cautivar fácilmente por el afecto y el respeto que le inspiran sus maestros. «La autoridad», ha dicho Lacordaire², «es una superioridad que produce obediencia y veneración. El primer elemento de la autoridad es la obediencia, es decir, la sumisión espontánea de una voluntad á otra; el segundo es la veneración, tan necesaria á la autoridad como la obediencia. Á una voluntad rebelde le cuesta mucho sujetarse, aun cuando ame y respete sinceramente; y si este doble sentimiento viene á menos, tarde ó temprano concluirá por desobedecer. La necesidad ó la violencia podrán remediar el mal por breves instantes; pero en la primera ocasión propicia desaparecerán la tranquilidad y el orden, junto con la autoridad; porque todo poder que no engendra obediencia y veneración, camina á su muerte».

La *sinceridad* es otro de los deberes del escolar y otro de los elementos de la educación; pues si el niño no tiene confianza en el maestro, si le oculta lo que pasa en su interior y falsea la verdad, opone un serio obstáculo á la acción de aquél. El niño en los primeros años es ingenuo, y en sus palabras y acciones revela su alma cándida y sincera; pero á medida que sufre la tiranía de los malos instintos, se vuelve

¹ «Súbditi estote, non solum propter iram, sed propter conscientiam» (Rom. xiii, 5).

² Carta 28.

retraído y disimulado, niega sus faltas y acude á la mentira para evitar la amonestación y el castigo. «Cuando se deja de vivir en orden, cuando se olvidan los preceptos de la moral y se gusta de placeres, de distracciones y actos prohibidos, acude el hombre á la mentira y aun oculta su conducta por hábito.»¹

El niño ha de ser atento, respetuoso y obediente con sus maestros; firme y constante en el trabajo y en arrostrar las dificultades; se ha de guiar por el estímulo, el honor y el deber, y no por el miedo y el castigo; ha de empeñarse en adquirir la preciosa dote del carácter, acostumbrarse al vencimiento, y, sobre todo, adorar su alma con la virtud, sin la que poco le servirán las demás prendas. De estas y de otras cualidades que debe poseer el joven cristiano, hemos hablado ya en la Primera Parte de esta obra, á la que remitimos al lector (cap. 10 y 13).

Grande es la influencia que ejercen en el niño sus discípulos, la que puede serle benéfica ó perjudicial. Fácilmente se erigen en jefes de los demás ciertos niños audaces, verbosos, atolondrados y forzados, que tienden á dirigir los juegos y á formar la opinión. Conviene al niño ponerse á cubierto de esta tiranía infantil, para no encadenar su propio criterio é independencia; pero cuide de aceptar los consejos de los compañeros que descuellan por su bondad y rectitud, y secundan la acción de sus maestros.

El niño debe ser franco, afectuoso y sencillo con sus discípulos, sin menospreciar á los de condición humilde y á los desheredados de la fortuna, que acaso ocupan después, por sus prendas, puesto distinguido en la sociedad. También hay que combatir la tendencia de hacerse servir por otros, que ciertos niños consideran falsamente como símbolo de gloria y dignidad. El hombre debe acostumbrarse desde los primeros años á servirse á sí mismo y á no acudir á los demás sino en los casos indispensables.

La envidia es una de las pasiones comunes en la niñez, de la que se debe preservarla cuidadosamente. Esos niños

¹ Cf. *Mélinand, Psychologie du mensonge.*

taciturnos y pretensiosos que se creen superiores á sus compañeros y miran de reojo sus alegrías y triunfos escolares, están dominados por esa baja inclinación, que conduce á procedimientos desleales. Nada tan recomendable como un carácter expansivo, noble, estimador del mérito ajeno y cumplimiento de las leyes de solidaridad, ó, mejor dicho, de fraternidad cristiana, que nos prescriben amarnos y auxiliarnos mutuamente. Ojalá se persuadieran los jóvenes de que el mérito depende, antes que de las cualidades externas, de los esfuerzos empleados en ser mejores¹.

Otro escollo para la juventud son las amistades particulares. La tendencia afectiva, tan pronunciada en los albores de la vida, impulsa al niño á buscar confidentes en cuyo pecho pueda depositar sus primeras ilusiones y secretos; pero la amistad es flor delicada que pocos saben cultivar debidamente; por lo que se requiere mucha discreción en este punto. Además, el afecto exagerado, la ternura extremosa constituyen un peligro moral para el joven, y no son estables: por lo que se ha dicho, á propósito de tales relaciones, *que el día de la amistad es la víspera del rompimiento*. El niño debe ser afable y comunicativo con todos, tener amigos bien elegidos; pero sin extralimitarse en su cariño ni fomentar amistades exclusivas.

CAPÍTULO CUARTO. LOS COLEGIOS DE NIÑAS.

1. Objeto de este capítulo. — 2. Responsabilidad de la educadora y cualidades que debe tener. — 3. Formación de la educadora, y sus diversas funciones. — 4. Organización y régimen de un colegio de niñas. — 5. La instrucción religiosa y literaria. — 6. La educación doméstica y más conocimientos propios de la mujer. — 7. Algunas reglas prácticas para la buena dirección de las niñas. — 8. Máximas de conducta para las alumnas.

1. Objeto de este capítulo. — Tanto el varón como la mujer han sido dotados por Dios, si bien en diverso grado,

¹ Cf. *Günther I. c.*

retraído y disimulado, niega sus faltas y acude á la mentira para evitar la amonestación y el castigo. «Cuando se deja de vivir en orden, cuando se olvidan los preceptos de la moral y se gusta de placeres, de distracciones y actos prohibidos, acude el hombre á la mentira y aun oculta su conducta por hábito.»¹

El niño ha de ser atento, respetuoso y obediente con sus maestros; firme y constante en el trabajo y en arrostrar las dificultades; se ha de guiar por el estímulo, el honor y el deber, y no por el miedo y el castigo; ha de empeñarse en adquirir la preciosa dote del carácter, acostumbrarse al vencimiento, y, sobre todo, adorar su alma con la virtud, sin la que poco le servirán las demás prendas. De estas y de otras cualidades que debe poseer el joven cristiano, hemos hablado ya en la Primera Parte de esta obra, á la que remitimos al lector (cap. 10 y 13).

Grande es la influencia que ejercen en el niño sus discípulos, la que puede serle benéfica ó perjudicial. Fácilmente se erigen en jefes de los demás ciertos niños audaces, verbosos, atolondrados y forzados, que tienden á dirigir los juegos y á formar la opinión. Conviene al niño ponerse á cubierto de esta tiranía infantil, para no encadenar su propio criterio é independencia; pero cuide de aceptar los consejos de los compañeros que descuellan por su bondad y rectitud, y secundan la acción de sus maestros.

El niño debe ser franco, afectuoso y sencillo con sus discípulos, sin menospreciar á los de condición humilde y á los desheredados de la fortuna, que acaso ocupan después, por sus prendas, puesto distinguido en la sociedad. También hay que combatir la tendencia de hacerse servir por otros, que ciertos niños consideran falsamente como símbolo de gloria y dignidad. El hombre debe acostumbrarse desde los primeros años á servirse á sí mismo y á no acudir á los demás sino en los casos indispensables.

La envidia es una de las pasiones comunes en la niñez, de la que se debe preservarla cuidadosamente. Esos niños

¹ Cf. *Mélinand, Psychologie du mensonge.*

taciturnos y pretensiosos que se creen superiores á sus compañeros y miran de reojo sus alegrías y triunfos escolares, están dominados por esa baja inclinación, que conduce á procedimientos desleales. Nada tan recomendable como un carácter expansivo, noble, estimador del mérito ajeno y cumplimiento de las leyes de solidaridad, ó, mejor dicho, de fraternidad cristiana, que nos prescriben amarnos y auxiliarnos mutuamente. Ojalá se persuadieran los jóvenes de que el mérito depende, antes que de las cualidades externas, de los esfuerzos empleados en ser mejores¹.

Otro escollo para la juventud son las amistades particulares. La tendencia afectiva, tan pronunciada en los albores de la vida, impulsa al niño á buscar confidentes en cuyo pecho pueda depositar sus primeras ilusiones y secretos; pero la amistad es flor delicada que pocos saben cultivar debidamente; por lo que se requiere mucha discreción en este punto. Además, el afecto exagerado, la ternura extremosa constituyen un peligro moral para el joven, y no son estables: por lo que se ha dicho, á propósito de tales relaciones, *que el día de la amistad es la víspera del rompimiento*. El niño debe ser afable y comunicativo con todos, tener amigos bien elegidos; pero sin extralimitarse en su cariño ni fomentar amistades exclusivas.

CAPÍTULO CUARTO. LOS COLEGIOS DE NIÑAS.

1. Objeto de este capítulo. — 2. Responsabilidad de la educadora y cualidades que debe tener. — 3. Formación de la educadora, y sus diversas funciones. — 4. Organización y régimen de un colegio de niñas. — 5. La instrucción religiosa y literaria. — 6. La educación doméstica y más conocimientos propios de la mujer. — 7. Algunas reglas prácticas para la buena dirección de las niñas. — 8. Máximas de conducta para las alumnas.

1. Objeto de este capítulo. — Tanto el varón como la mujer han sido dotados por Dios, si bien en diverso grado,

¹ Cf. *Günther I. c.*

de las mismas facultades físicas, intelectuales y morales, que se desarrollan con iguales medios; ambos son dignos, por la excelencia de su naturaleza y el puesto de honor que les corresponde en la creación visible, de especial solicitud por parte de sus padres y maestros. Sin embargo, las diferencias á que dan origen el sexo, la misión especial asignada por Dios al varón y á la otra, los cargos y las ocupaciones que desempeñarán después, hacen que no sean aplicables á la formación de las niñas todas las reglas antes prescritas para la de los jóvenes. Por esto destinamos el presente capítulo á tratar de las cualidades de las maestras y de las obligaciones de las educandas, como también á señalar algunas reglas especiales fundadas en la experiencia, para la buena organización de los colegios de niñas.

Consecuentes con el intento de prestar servicios prácticos á nuestros lectores, haremos indicaciones especiales en esta delicada materia, á fin de promover el buen régimen de dichos colegios y evitar los defectos y vacíos que pudiere haber en ellos.

2. Responsabilidad de la educadora y cualidades que debe tener. Varias veces hemos manifestado que los maestros son cooperadores y representantes de los padres en la educación de sus hijos; por lo que, guardada la proporción debida, pesan sobre los primeros iguales obligaciones que sobre los segundos.

Desde el momento en que una persona se encarga de formar á otra, contrae un sagrado compromiso ante Dios, cuyos hijos son todos los seres racionales; ante la familia, que delega sus poderes al educador y le confía á uno de sus miembros como rico tesoro; ante la sociedad, que tiene derecho de exigir se formen convenientemente cuantos le pertenecen, á fin de que puedan cooperar al bienestar común. Grave responsabilidad tiene la educadora, tanto más cuanto que recibe á la niña en la primera edad, en la que fácilmente la puede inclinar al bien ó inculcar en su bella alma sentimientos dignos y cristianos¹.

¹ La doctrina de este capítulo está tomada principalmente de las obras «*Directoire scolaire*», por el conde de Barcé, y «*La educación de las hijas de familia*», por Mons. Dupanloup.

¡Qué responsabilidad la de la maestra que, por ignorancia é incuria, frustra las esperanzas que la familia tiene puestas en la niña, cuya salud física desatiende, cuyo desarrollo intelectual no promueve, cuya voluntad no afirma en el bien obrar y cuyos defectos no corrige!

La educadora ejerce un noble ministerio que, para su cumplido desempeño, exige competencia, asiduidad, desinterés y abnegación. Ella debe poseer cualidades físicas, intelectuales y morales, de que trataremos brevemente, siendo, además, aplicables al presente caso varias de las indicaciones hechas en el capítulo anterior.

La maestra ha de estar libre de toda enfermedad incompatible con el oficio de educar, como la afonía, la sordera, la falta de vista ó de salud que le impida llenar sus deberes.

La capacidad é instrucción de la maestra deben ser proporcionadas á la clase que dirige. La capacidad comprende la rectitud y agilidad de las facultades, el conocimiento de la materia enseñada, de los métodos de instrucción y del arte disciplinar. Sin la ciencia, los métodos son ineficaces, y sin éstos no se transmiten bien los conocimientos; pero no basta que la maestra posea una materia: es preciso que sepa comunicarla á las alumnas, siendo este requisito substancial para el buen éxito de la enseñanza, como también lo es el juicio práctico ó buen sentido, verdadero regulador de todos los actos, pues indica lo que se debe hacer ó evitar. ¡Cuántas veces un talento mediano y una virtud sólida, guiados por el buen sentido, consiguen resultados felices, que no obtienen personas instruidas y bien intencionadas, pero desprovistas de juicio práctico!

Las cualidades morales de la educadora son religiosas ó profesionales. Las primeras, llamadas también virtudes, ejercen grande influjo en la educación y dan al entendimiento de la educadora cierta penetración, agudeza y perspicacia notables, y á su voluntad una energía y actividad prodigiosas para el bien. ¡Cuánta luz proporcionan al espíritu de una maestra cristiana la humildad, la pureza, la vida de oración! ¡Cuántas nociones adquiere, no sólo en cosas del orden sobrenatural, sino aun en las del natural, para discernir los espíritus,

descubrir las necesidades ajenas y formar el carácter! ¡Cuánto tino, prudencia y sabiduría manifiesta en sus actos! Nada de temerario é intempestivo, nada de capricho y ligereza, sino calma, circunspección, serenidad, rectitud, dominio de sí misma se notan en su conducta y en el desempeño de su delicada misión.

Las virtudes perfeccionan también el alma y la fortalecen para sobrellevar con ánimo las penas y dificultades inherentes al ministerio de la educación. Es indudable que, si en ésta se buscan sólo el lucro, la gloria mundana ó otro interés temporal, muy luego se apodera del ánimo el desaliento y se echa pie atrás, por las contradicciones y luchas inevitables en dicha labor; pero cuando móviles superiores, ó sea el deseo de servir á Dios y al prójimo, guían á la educadora, arrostra denodada los obstáculos y no siente el peso de la cruz.

La virtud da mucho ascendiente á la maestra sobre la discípula, que, atraída por el buen ejemplo y el encanto que la piedad ejerce en el alma, se entrega sin reserva á la dirección de aquella y se propone imitarla. Nada impulsa tanto al bien como las acciones virtuosas; y por esto la enseñanza acompañada del ejemplo ejerce influjo decisivo en el corazón de la niña.

Las *cualidades profesionales* de la maestra son:

1.º *El celo y el afecto por su oficio.* Es indudable que si ella mira el cargo como un yugo y manifiesta disgusto hacia él, no hará cosa de provecho á favor de las niñas. En el amor de la profesión están incluidos el amor á la niñez y á sus intereses.

El amor puro, desinteresado, sobrenatural al niño es indispensable para poderlo educar cristianamente. Si la maestra está inflamada por esta llama, soportará los defectos, las malas inclinaciones, las resistencias de las educandas, y se esforzará, con celo prudente, en dirigir las por la senda de la virtud y de la ciencia. Además, el afecto á la alumna es el mejor medio de atraerse sus simpatías y de ganarle el corazón, cosa utilísima para su formación moral.

Con el amor al niño viene el de los deberes inherentes á la profesión, deberes austeros y penosos que sólo la caridad

suaviza y hace aceptables. El que ama no siente dificultad, decía San Agustín: *Ubi amatur, non laboratur.*

2.º *El espíritu de justicia y de rectitud,* que sin acepción de personas observa con todas una regla uniforme é igual, basada en la apreciación debida de sus méritos y en el conocimiento de las cosas. La falta de sinceridad perjudica mucho á las maestras; y, al contrario, la franqueza les atrae simpatías.

3.º *La gravedad.* Es ésta una virtud que regula el exterior de la maestra, de acuerdo con la modestia y el decoro; que la hace digna y reservada con las alumnas; evita las maneras vulgares, el lenguaje trivial y la familiaridad inconveniente. Pero se ha de evitar el adoptar, á pretexto de gravedad, un tono magistral ó imperioso, modales estudiados y una fisonomía severa, incompatible con la bondad y mansedumbre cristianas.

4.º *La calma y la madurez,* fruto de la paciencia y la serenidad, triunfan de los mayores obstáculos y vencen los caracteres más indómitos.

5.º *La firmeza y la dulzura,* debidamente combinadas, son virtudes igualmente necesarias para la dirección de un colegio, como lo indicamos en el capítulo anterior.

6.º *El arte de callar y el arte de hablar.* Si la maestra habla mucho, cosa á que se inclinan las mujeres, las discípulas se acostumbran á hablar más; pero si guarda un prudente silencio, si sólo dice lo necesario y de una manera conveniente, obtendrá orden y tranquilidad en la clase y el adelanto de las educandas; evitará que le dirijan preguntas inútiles é indiscretas, y se asegurará el respeto de ellas.

7.º *El espíritu de observación* sobre las alumnas, para conocer sus disposiciones nativas, carácter y necesidades; sobre los métodos y procedimientos de enseñanza, para saber los que conviene adoptar ó rechazar en tales ó cuales circunstancias; sobre los actos y las palabras de las niñas, para darse cuenta de la eficacia ó inconveniencia de ciertas medidas ó indicaciones. Esta observación atenta y discreta habilita á la maestra en el desempeño de su cargo.

8.º *La fidelidad al reglamento y la vigilancia* son cualidades indispensables á una buena educadora. Los usos y las

reglas, fruto de la experiencia y de la sabiduría, son la mejor garantía de orden y de estabilidad en una casa de educación; y á su vez, la vigilancia previene las faltas de las educandas, las evita ó, por lo menos, las disminuye.

En resumen, la maestra debe ser grave sin ser áspera, calma sin ser fría, firme sin ser brusca, justa sin ser inflexible, celosa y vigilante sin ser exagerada, paciente sin ser débil, dulce y suave sin ser tímida.

Al hablar de las dotes que debe tener una institutriz, conviene desvanecer una preocupación en que hacen hincapié los enemigos de las comunidades religiosas docentes. No pueden éstas, se dice, formar á los jóvenes de ambos sexos para las carreras y ocupaciones profanas, porque viven ellas alejadas de las *realidades de la vida* y sin contacto con el mundo tal cual es en sí.

Este argumento prueba demasiado; porque si todo maestro necesitara practicar lo que enseña y ejercer el cargo ó ocupación en que instruye á otros, poquísimas personas podrían desempeñar este noble magisterio. Basta que el maestro posea la ciencia ó arte que va á comunicar á los demás, y que comience sobre todo los deberes anexos á tal empleo ó estado de vida, para que forme buenos discípulos, instruidos en sus respectivas obligaciones. Llenos están, por ejemplo, los tratados de moral, de consejos y reglas de conducta para toda clase de individuos, y á nadie se le ha ocurrido tachar á sus autores de incompetentes por no haber practicado las cosas que enseñan; lo que, por otra parte, sería irrealizable.

¿Por qué, pues, los miembros de los institutos docentes no podrán formar bien á sus alumnos y alumnas que han de permanecer en el mundo, tomar estado en él y ejercer cargos del orden temporal? En cuanto á instrucción y á educación propiamente dicha, es indudable que los religiosos pueden dedicarse á esta difícil labor con grande ventaja para los alumnos. «La gravedad de su estado de vida, el alejamiento de lo terreno, la carencia de los cuidados que la familia trae consigo, la dedicación al estudio, las virtudes de castidad, oración y celo, la mansedumbre que los distingue, la asiduidad en el desempeño de sus cargos, hace á los religiosos y

religiosas mucho más aptos para maestros que á los seculares, en su mayor parte absorbidos por las atenciones del matrimonio, de una carrera ó un empleo, afanados en crearse un porvenir, distraídos y arrastrados por conveniencias, placeres y entretenimientos, de que huyen los religiosos.»¹

En cuanto á los sacerdotes, oigamos el juicio de un enemigo de la enseñanza eclesiástica. «El sacerdote tiene los mismos derechos para enseñar que cualquiera otra persona, si reúne la necesaria aptitud científica y legal; y como sacerdote suele poseer dotes especiales para el magisterio. En efecto, el carácter sagrado de que está revestido infunde más respeto y da mayor peso á la doctrina que sale de sus labios, y el ejercicio de ciertas virtudes, propias de su estado, le hace preferible á los padres para confiarle el precioso depósito de sus hijos.»²

Los maestros y directores de la niñez y de la juventud deben estar provistos de muchas prendas, sobre todo de un espíritu de rectitud y justicia, de prudencia y sagacidad, de constancia y vencimiento, muy difícil de obtenerse sin convicciones religiosas arraigadas. Por esto, si bien hay personas competentes para la enseñanza entre la clase sealar, escasean en ella los verdaderos educadores; que, al contrario, abundan en el clero y las comunidades religiosas, quienes, por las virtudes propias de su estado y la abnegación que despliegan en cumplir sus deberes, son especialmente adecuados para formar al hombre en la primera edad.

No poca virtud requiere, en efecto, pasar la vida, de la mañana á la noche, entre niños traviesos y á veces indóviles; vigilarlos á menudo, sacrificando el tiempo, el estudio y el descanso; consagrar á tan monótona ocupación la mejor época de la vida; tener paciencia y firmeza para ir formando con tino y lentitud los corazones infantiles, resignándose á que otros cosechen después el fruto, y obtener á veces, en cambio de tantas fatigas y privaciones, la indiferencia é ingratitud de los niños y aun de los padres de familia.

¹ *Atarado*, Misión de la Iglesia en la enseñanza.

² *Gil de Zárate*, Instrucción pública en España (cita de *Atarado*).

Por esto los que por dinero ú otros móviles humanos se dedican á educar á la juventud, ó se desempeñan mal, ó desmayan luego y se retiran. Sólo el sentimiento cristiano del deber, la convicción de que el formar bien al niño es un arduo pero utilísimo apostolado, la aptitud é inclinación infundida por Dios hacia esta labor y, ante todo, la esperanza de un premio eterno, hacen llevadera y aun grata esa penosa carga. Debe el educador participar de la ternura y compasión que tuvo Jesucristo para con los niños; debe experimentar en algún modo el cariño íntimo de los padres hacia los hijos; cualidades todas que se encuentran generalmente en los que, movidos por la caridad y el celo, se consagran al ejercicio del apostolado católico.

La experiencia comprueba que en todos los lugares donde las comunidades docentes dirigen escuelas y colegios, sus alumnos obtienen, á más de sólida formación religiosa, las aptitudes y preparación suficientes para cualquier cargo ó estado de vida. Los hábitos de orden, de trabajo, de moralidad, de vencimiento que se les inculcan; el espíritu de fraternidad y de caridad que se les comunica; la práctica de las virtudes á que se los acostumbra, los ponen en condiciones de cumplir los cargos del orden civil y la misión que les asigne la Providencia, realizándose el dicho de San Pablo, de que *la virtud sirve tanto para la vida presente como para la futura*.

Por eso han sobresalido y sobresalen en el foro, en la milicia, en la magistratura, en la diplomacia, en las profesiones técnicas é industriales, en el estado mismo del matrimonio, los que han recibido su educación en establecimientos dirigidos por sacerdotes y religiosos.

3. Formación de la educadora y sus diversas funciones.—Siendo la educación de suyo difícil é importante, deben tener ante todo vocación los que á ella se dedican, vocación cuyo indicio son el atractivo que se tiene al cargo y las aptitudes que dan capacidad para su buen desempeño. No todos son para todo, ya que Dios señala á cada uno misión especial, y la del educador exige prendas poco comunes.

Supuesta la vocación, es necesario que la maestra corresponda á ella, sujetándose á una formación seria, sin la que poco le servirán las dotes naturales y aun el atractivo hacia el noble ministerio de la enseñanza.

Si todo oficio requiere un aprendizaje previo, con mayor razón el de que tratamos; pero, por desgracia, muchos se dedican á formar á la juventud sin poseer siquiera los conocimientos y preparación indispensables para tan delicada materia, siendo así, como lo nota un autor norteamericano, que á nadie se le permite hacer sombreros, construir casas ó herrar caballos sin el aprendizaje respectivo. Se ocupa á los maestros atendiendo poco á su instrucción literaria y menos á su competencia pedagógica, y por esto es tan escaso el fruto que obtienen los niños.

La maestra debe comprender el verdadero objeto de la instrucción, que es, según lo hemos dicho ya, el cooperar al perfeccionamiento físico, intelectual, moral y religioso del hombre. «Para efectuarlo», afirma Wickersham¹, «debe amar y buscar la verdad; estimar en lo que vale el ejercicio mental, por el vigor permanente que comunica al alma; sentir sincero afecto á lo noble y á lo santo, y anhelar el bienestar de sus semejantes». La maestra ha de tener un conocimiento cabal del niño, de sus cualidades y defectos, de su corazón, sobre todo, que es el terreno que va á cultivar. «Ha de estudiar al niño no teórica sino prácticamente, observándolo de cerca, en la vida de familia, en sus juegos, en la clase, en su trabajo, en sus libros, cuando está dormido, despierto, solo, con sus inferiores ó superiores, en momentos de mal humor, ó de alegría, en todo lo que desentraña su modo de ser y le permita penetrar en su naturaleza íntima», como observa Tailor². «Pero este estudio no ha de terminar allí, sino que ha de proponerse descubrir los medios más seguros y los métodos más adecuados para corregir los defectos del niño y estimular su actividad, aplicando, en una palabra, remedio oportuno á los malos síntomas que presente, lo que requiere grande habilidad en la educadora.»

¹ «Métodos de instrucción».

² «El estudio del niño».

La maestra necesita prepararse para el buen desempeño de su oficio; preparación que consiste en procurar á sus facultades físicas, intelectuales y morales el desenvolvimiento apropiado á la noble misión que va á ejercer.

La formación física se reduce á procurar y á mantener la salud de la maestra, mediante el ejercicio corporal, una alimentación nutritiva, el descanso conveniente y un trabajo moderado.

La formación intelectual comprende el desarrollo de las facultades mentales, porque mientras mejor es el instrumento, prestará mayores servicios. Ténganse presentes las reglas antes dadas para la educación intelectual.

En cuanto á instrucción, debe saber la maestra, antes de empezar el desempeño de sus funciones, todas las materias que va á enseñar; y como en nuestros días las ciencias y la ilustración han tomado mucho incremento, y se exige en las niñas de la alta clase social conocimientos en varios ramos, conviene que las maestras se pongan á la altura de su deber y se dediquen al cultivo de ellos. Á la preparación remota ha de seguir la próxima é inmediata, que consiste en repasar durante las vacaciones ó en los momentos desocupados del año escolar, la materia ó las lecciones que van á enseñarse.

No basta la ciencia, sino que ha de ir acompañada del aprendizaje de los métodos de enseñanza, de las observaciones prácticas fundadas en la experiencia, de los principios y reglas de la disciplina escolar; en una palabra, de las leyes de la pedagogía, sin cuyo conocimiento la maestra no ejercerá cumplidamente sus funciones. La formación pedagógica se adquiere con la lectura de los tratados escritos sobre este tema y la aplicación de los consejos y advertencias que ellos contienen, con el estudio de las sanas revistas sobre educación é instrucción, redactadas por personas versadas en el gobierno de la juventud y de los colegios; y con la enseñanza oral dada por personas conocedoras de la materia.

Para formar debidamente á las maestras se han fundado en nuestros tiempos las *escuelas normales de preceptoras*, en las que reciben aquéllas, de individuos competentes, la ciencia y

preparación pedagógica necesarias, sobre todo para la dirección de colegios de señoritas. Algunas comunidades religiosas docentes, deseosas de satisfacer las exigencias de la época, cuidan de dar á sus profesoras una instrucción que pueda competir con la de las seglares. Las virtudes cristianas son un elemento poderoso para la educación; pero ellas deben ir acompañadas de relevantes prendas; por lo que mientras más esmerada sea la cultura de una religiosa y más acendrada la piedad en su alma, será más fecundo el apostolado que ejerza entre la juventud femenina.

La ciencia no anda reñida con la virtud; por el contrario, las dos se auxilian en la difícil obra del perfeccionamiento humano, como lo comprueban los benéficos resultados obtenidos por los que, provistos de esa doble fuerza, se dedican á la formación de la niñez. Pero en la actualidad los partidarios del libre pensamiento desconocen la importancia de la virtud en la obra de la educación y se limitan á encarecer sólo el mérito de la instrucción; por lo que existe desacuerdo entre los establecimientos organizados conforme á la doctrina católica, y los que se guían por el espíritu moderno. Para que triunfen los primeros sobre los segundos, es necesario, según observa Mons. Péchenard, que sobresalgan los maestros y maestras, no sólo por la educación religiosa y moral, sino también por la enseñanza literaria y científica.

4. Organización y régimen de un colegio de niñas.—Hemos tratado ya del papel importante que en la educación desempeña la disciplina, encargada de regular la actividad del niño. Con respecto á la educación, vimos ya que la disciplina comprende el conjunto de reglas y de medios adecuados al desarrollo físico, intelectual y moral del alumno. Todas estas indicaciones son, pues, aplicables á los colegios de niñas, los cuales para marchar bien necesitan principalmente de organización, ó sea de un buen *reglamento interno*, en que se indique lo que debe hacer la alumna, desde la mañana hasta la noche; y de un *plan de estudios*, en que se distribyan las materias de enseñanza, se determine el orden en que han de cursarse, etc.

En la redacción de entrambos hay que atender á la edad y aptitudes de las alumnas, á su posición social, á los estudios que deben seguir y, sobre todo, á las exigencias propias de su sexo; todo lo que requiere un conocimiento profundo del corazón de la mujer, de los métodos pedagógicos, de los adelantos hechos en la enseñanza y aun del medio ambiente en que se vive. Por esto deben encargarse de la formación de dichos *plan y reglamento* sólo quienes unen la ciencia á la experiencia en materia de educación; y aun después de formulados deben modificarse según lo exijan los tiempos y las circunstancias. Pretender dirigir un colegio de niñas sin un reglamento adecuado, es un absurdo; pues en tal caso, lejos de haber orden y estabilidad en el gobierno, queda todo á merced de la voluntad de las directoras y reina la pluralidad *sin orden*, tan nociva á la disciplina escolar.

En cuanto al régimen de un colegio de niñas, nos referimos á lo dicho sobre este punto en el capítulo precedente. Pero como hay diferencia entre el varón y la mujer, también debe haberla en el gobierno de los colegios en que se educan unos y otras; por cuyo motivo añadiremos algunas reglas especiales.

El corazón de la mujer es más tierno y sensible que el del varón, como también más inclinado á la piedad y á las obras de beneficencia. Conviene fomentar en la época de su formación estas nobles inclinaciones é impulsarla, de ordinario, al cumplimiento del deber por medio de la suavidad y la persuasión. Las medidas severas, los castigos humillantes son perjudiciales á las niñas, cuya delicada constitución física y moral exige una esmerada atención.

Necesario es acostumbrarlas desde los primeros años á la obediencia, al vencimiento, al trabajo, al dominio de sí mismas, sin lo que no obtendrán la preciosa dote del carácter ni podrán desempeñar bien sus deberes ulteriores. Pero las maestras procederán con calma, sin violencia ni atolondramiento, con el cuidado que emplea el hortelano con una flor delicada para no marchitarla. Las niñas son por lo común pusilánimes y reservadas; por lo que se las debe tratar con

llaneza y confianza, ganarles la voluntad é infundirles ánimo. Pero la dulzura no ha de rayar en timidez ni la delicadeza en contemplación, sino que se emplearán una prudente energía y una discreta suavidad. Mandar con firmeza, hacerse obedecer y respetar, aguardar el momento oportuno para dar ciertas disposiciones de difícil observancia, suspender algunas órdenes cuando las circunstancias lo aconsejan, son cosas de frecuente aplicación en el gobierno escolar.

Una de las cosas que más prestigio dan á una maestra es la imparcialidad con las educandas y el esmero en que todas cumplan igualmente el reglamento. Si las directoras toleran las faltas de las educandas; si las adulan y consienten en todo; si les permiten distinciones en los recreos, en la comida, en el vestido, se vuelven egoístas, altaneras y preponderantes con todos. Las niñas, más que los niños, gustan de singularizarse, de encarecer sus dotes naturales, bienes de fortuna, posición social de sus padres, etc.; son muy propensas al capricho y á que nunca les falte nada; todo lo que debe corregir la institutriz, haciéndoles conocer que una persona vale por sus méritos y acciones buenas, y que las mejores dotes se deslustran é inutilizan cuando están al servicio de las veleidades y pasiones humanas.

La constancia en el bien obrar, la fortaleza ante los peligros y sinsabores de la vida, la resistencia á los incentivos del mal, el carácter, en fin, se obtienen, ó, cuando menos, afirman mediante la educación. Y, sin embargo, pocos maestros ó maestras se empeñan en adorar al joven y á la joven con esta preciosa dote, indispensable para el buen gobierno de la vida y, sobre todo, para la práctica de la virtud; por lo que muchos al salir de los establecimientos de instrucción se muestran indecisos, débiles de voluntad, sin rumbo fijo en sus actos, movidos por *todo viento de doctrina* é inhábiles para vencerse á sí mismos y sacrificarse, en caso necesario, por cumplir sus deberes.

El estímulo es uno de los principales medios de promover el adelanto de las alumnas y su buen comportamiento escolar. Debidamente empleado, aviva el entusiasmo entre ellas, las

impulsa á imitar lo bueno, á evitar lo malo y aun á someterse á privaciones y sacrificios. Cuiden las maestras de carecer el mérito del trabajo, de la honradez, del vencimiento de la virtud, en una palabra; así como de presentar al vivo los males que causan la ociosidad, la indolencia, el egoísmo, el orgullo, el vicio, en una palabra. Contrapongan la conducta moderada de algunas alumnas con la voluntariosa de otras; den premios á las primeras y reprimeñas á las segundas; despierten en todas el pundonor y la aspiración ordenada á la gloria. Fomenten entre ellas las prácticas de piedad y el anhelo de salvar el alma. Miren con indulgencia y tiendan la mano á las alumnas que reconocen sus faltas y defectos, y desean enmendarse; no se desalienten por las dificultades que les opongan la inconstancia y resistencias de las niñas, sino antes bien redoblen los esfuerzos para persuadirles de su yerro y atraerlas suavemente al buen camino. Pídan luces á Dios y soliciten el consejo de personas prudentes, y de seguro triunfarán de los obstáculos y verán coronados sus desvelos con resultados que no esperaban. El trabajo todo lo vence, dice un proverbio antiguo; lo que es mucho más exacto cuando va acompañado y dirigido por las virtudes morales y religiosas, que transforman los caracteres más rebeldes y los corazones más duros.

La vigilancia es un gran recurso para las educadoras, siempre que sea discreta, inspirada en el bien de la alumna y encaminada, no á oprimirla, sino á preservarla de las faltas y á enmendarla de ellas. El gran secreto de la vigilancia consiste en ejercerla sin que la niña se dé cuenta de ella, ni se crea comprimida ni atisbada en sus actos, lo que impediría el uso legítimo de su libertad y favorecería la simulación é hipocresía. Un cuidado diligente y en cierto modo maternal produce muy buenos resultados, sobre todo en los internados en que las alumnas viven en familia.

La disciplina preventiva es de suma importancia en las casas de educación, por la sencilla razón (lo repetimos) de que es preferible evitar las faltas á castigarlas después de cometidas. Para esto sirve mucho la adecuada disposición de los edificios escolares, que deben construirse de modo que

no obsten á la vigilancia en lo más mínimo, ni den origen á infracciones del reglamento. El silencio, el orden en las clases, recreos y dormitorios, las reuniones peligrosas, etc., se obtienen ó evitan con un conveniente arreglo y acertada distribución de los locales destinados á estos menesteres.

5. La instrucción religiosa y la literaria.—Siendo el fundamento de la educación cristiana la religión, es claro que su estudio y práctica deben ser preferentemente atendidos en los colegios de niñas. Para esto se requiere que la instrucción religiosa y la piedad descansen sobre bases sólidas. En cuanto á la primera no basta que las niñas aprendan y reciten de memoria el catecismo, cuya letra sola fatiga las inteligencias infantiles; mas si se le explica palabra por palabra, de modo que comprendan su sentido aun las de menores edad, les es muy agradable su estudio, sobre todo si va unido al de la Historia Sagrada, que es un tejido de hechos admirables acerca del establecimiento y desarrollo de la religión y de la Iglesia, así como de las verdades que debemos creer y de las virtudes que debemos practicar¹.

«El método universal de la Iglesia para la instrucción cristiana consiste», según el Arzobispo de Cambrai², «en mostrar, por medio de la historia, á la religión tan antigua como el mundo, á Jesucristo esperado en el antiguo Testamento y reinando en el nuevo, con lo que se adquiere un conocimiento sólido de la religión; mientras que al ignorar estos hechos se tienen sólo ideas confusas sobre Jesucristo, el evangelio, la Iglesia y sobre el fundamento de las virtudes que el nombre cristiano debe inspirarnos. Todas estas historias importantes, singulares, maravillosas, llenas de pinturas naturales y de una noble vivacidad, despiertan la curiosidad de las niñas, les descubren el origen de la religión y la cimentan en su inteligencia».

Como en nuestros días se combate á la Iglesia, á sus dogmas y moral, acudiendo á sofismas y á falsos relatos, que la mala prensa y los malos libros difunden por todas

¹ Cf. Mons. Dupanloup, *La educación de las hijas de familia*.

² «De la educación de las jóvenes».

partes, conviene que en los colegios de niñas se den lecciones de apologetica y de controversia religiosa, para que posean una instrucción religiosa sólida y una fe ilustrada, á fin de que puedan desvanecer por lo menos los argumentos más triviales contra la religión.

Es muy de desear en nuestros días que el beneficio de la educación cristiana se extienda con largueza á las jóvenes de la más alta y de la más baja condición social, decía León XIII.¹ «La mujer, en los designios de la Providencia, está llamada á ser para la familia humana el más poderoso auxiliar del bien; pero, para cumplir esta misión, es preciso que una educación sana y sabia forme su espíritu y su corazón. Alimentada en los principios de la religión católica, que le ha restituido sus verdaderos derechos y restablecido en su puesto de honor, la mujer será en la familia la madre prudente, sosten y garantía de la casa; será en la sociedad, por su ejemplo, su palabra, su caridad benéfica y paciente, la fecunda inspiradora de las obras santas y virtuosas.

«Cuando su educación es contraria á los preceptos del evangelio, la mujer viene á ser una ocasión funesta de corrupción y de ruina en la familia, y, por la familia, en la sociedad. Por esto los hijos de las tinieblas quieren á todo precio que la educación de las jóvenes no se inspire en las máximas de la religión católica, ni se conforme con ella, ni esté sometida á la maternal vigilancia de la Iglesia. Este es el motivo de que, con promesas falaces, se procure fomentar en sus almas la vanidad, é inspirarles indiferencia por la fe de Jesucristo y aversión por las santas y severas leyes de la moral.»

El conocimiento teórico de la religión tiene por fin la práctica de los preceptos que impone. *La fe, si no va acompañada de las obras, es muerta*, dice el apóstol Santiago.² Por esto las directoras de niñas se empenarán en que éstas conozcan, amen y sirvan á Dios; en que se ejerciten en las virtudes

¹ Discurso á las alumnas del Sagrado Corazón, de la Trinidad de los Montes, del 10 de junio de 1883. Cf. *Cervantes*, Catéchisme de Léon XIII.

² «Fides si non habet opera, mortua est» (Iac. II, 17).

propias de su edad y se fortalezcan para triunfar de las pruebas y luchas que les aguardan.

La sólida piedad no consiste únicamente en rezos y prácticas exteriores (con las que á veces abruman á las niñas), sino en la firme voluntad de servir á Dios, en la prontitud y alegría en cumplir sus preceptos y en someterse á sus designios. «Cuando la piedad reina en el alma de una joven, sobre las ruinas del amor propio le hace cumplir todos los deberes religiosos», dice el Obispo de Orleans.¹ «Ella le inspira los sentimientos más firmes y tiernos, los más nobles y á veces sublimes; la fe viva, la afección generosa, la confianza filial, el temor respetuoso á Dios, el reconocimiento por sus beneficios, la adoración, la oración, el celo para estudiar su ley, escuchar su palabra, visitar su templo, adornar sus altares y celebrar sus fiestas; y en cambio, en el dulce é íntimo comercio que esta joven mantiene con Dios, recibe, según la expresión de los Libros santos, el rocío de la mañana y de la tarde, el soplo de lo alto y el rayo de sol que hace crecer y florecer las más amables y enérgicas virtudes; es decir, la fuerza moral, la energía para el bien, el valor invencible contra el mal y, llegada la ocasión, el heroísmo del alma en las duras pruebas de la vida.»

San Pablo afirma que *la piedad es útil para todo*, y que es preciso *ejercitarse en ella*.² Quien la posee no desmaya ante la lucha sorda y constante que debe sostener contra los defectos y las pasiones; ama á Dios con generosidad y se sacrifica por su causa, vive tranquila en medio de las contradicciones y de todo saca enseñanza y provecho para el espíritu.

La piedad no consiste en la devoción sensible ni en la ternura de los afectos. Por carecer de nociones claras en esta materia, se confunde muchas veces la verdadera piedad con la falsa y no pocas jóvenes se contentan con un barniz de ella, que no resiste á los peligros y seducciones del mundo.

¹ I., c.

² «Exerce te ipsum ad pietatem... Pietas autem ad omnia utilis est» (1 Tim. IV, 7-8).

«La imaginación y el sentimiento hacen frecuentemente todo el gasto de esta piedad, tierna, pero sin base, que obedece casi por completo á las circunstancias exteriores que la sobre-excitan», observa Mons. Dupanloup¹. «Sin duda las maestras hablan de Dios melifluamente; la capilla es encantadora, las fiestas religiosas brillantes, y la música sobró todo muy esmerada. Todo esto conmueve el corazón, arrebató y cautiva la fantasía de las jóvenes, tan susceptibles á estas dulces y vivas emociones. Sus almas, más  vidas de sentimientos que de virtudes severas, se complacen en esta suave atmósfera, que no es la de la tierra, ni la del cielo; pero que seguramente no conduce por la senda ruda y estrecha de que habla el evangelio, y por la que deben andar toda la vida.»

A adase   esto que no exigen de ellas la práctica del vencimiento: actos pequeños de virtud, pueriles algunas veces: ¡he aquí los grandes frutos de su valor! No se piensa en cambiar sus coraz ones, en corregir su pereza, su vanidad, su egoísmo, su fatuidad.... Y por esto, al salir del colegio, sus defectos, que han crecido   la sombra, estallan, y vueltas   sus casas y hecha su aparición en el mundo, encontrándose privadas para su devoción de todos estos sostenes exteriores, pierden facilmente la piedad y se muestran débiles ante los peligros.

Para evitar estos graves inconvenientes es preciso infundir en las niñas una piedad firme, ilustrada, nacida de la persuasión y del conocimiento cabal de la religión; una piedad que no se limite   rezos y   prácticas exteriores (buenos auxiliares de ella), sino que penetre en el interior, dirija todos los actos al fin último,   induzca   hacer lo bueno y   evitar lo malo, por mucho que repugne   la naturaleza depravada; una piedad, en fin, sencilla, exenta de singularidades afectadas, encaminada al cumplimiento de los deberes y sostenida por el valor, la confianza y la paz que dan la buena conciencia y la unión sincera con Dios, como dice Fenelón. «La piedad así entendida lo fortifica todo   infunde su vigor y su savia   todas las virtudes y cualidades del alma.

¹ L. c.

Lo que las jóvenes hacen por temor, por deber estricto   sencillamente por razón, les es enojoso, duro y   veces abrumador. Sucede lo contrario cuando obran por amor, por persuasión, por buena voluntad y siguiendo el impulso del corazón. Por rudo que les parezca algo, el d se  de agradar   Dios   quien aman,   sus padres y maestras cuya amistad les es cara, les da un aliento y valor admirables.»¹

Para la formación cristiana de las niñas se han de tener en cuenta las ocupaciones, estado de vida, exigencias sociales, etc.; que les aguardan   su salida del colegio. Así sabrán conducirse con el decoro, cultura y virtud que deben caracterizar   una jóven bien educada y temerosa de Dios.

El abate Borie juzga que en algunos colegios de religiosas aplican éstas   la dirección cristiana de las niñas el método del noviciado; lo que sería inconveniente, por cuanto una ha de ser la que se emplee con las jóvenes que se consagran   Dios en el claustro, y otra la que se siga con las que han de permanecer en el mundo, gobernando un hogar   dedicadas   ocupaciones de diversa índole.

Aun cuando la dirección religiosa es de principal incumbencia del sacerdote   capellán, tienen también parte en ella las maestras, sobre todo cuando pertenecen   institutos religiosos. En todo caso deben éstas preparar   sus educandas para lo que Fenelón llama *las realidades de la vida*, y tener presentes las siguientes recomendaciones de Madama de Maintenon: «Enseñad la religión en toda su grandeza   vuestras alumnas, haciéndoles ver que deben servir   Dios en espíritu y en verdad; que la religión no consiste en las solas prácticas exteriores; ni en una observancia jud ica de la ley, sino que debe estar en el corazón, dirigir todas nuestras acciones, animarlas y regularizarlas, desde las más importantes hasta las más pequeñas.... Inspirad   las niñas una piedad sencilla y sin refinamiento, que las aleje del pecado, las mantenga en la presencia de Dios y las haga dóciles.... Inducidas   ser muy sinceras en sus confesiones, no sólo con respecto á sus faltas, sino á sus inclinaciones, á fin de que el confesor pueda dirigir las.»

¹ «De la educación de las jóvenes».

En suma, «en lo referente á religión hay que guardarse», según aconseja Lacordaire¹, «de presentarla como una simple devoción, consistente en ceremonias piadosas y devotas. Esta religión es sólo una sombra, que huye al primer embate de las pasiones. Una instrucción sólida, que comprenda la historia sagrada, los dogmas y la moral, es la base de todo edificio religioso. La práctica sin exceso de la oración, la lectura espiritual de cada día, el amor de los pobres, la confesión, la comunión, el amor de Jesucristo infiltrándose en el alma por el conocimiento de su vida y de su muerte, algunas ligeras mortificaciones y ciertos actos de humildad exterior: he aquí, á mi juicio, un plan que debe producir resultados serios y durables. Pero todo depende del maestro y de su constante vigilancia. Basta una impresión para abrir en el alma del niño una herida irremediable, ó para encaminarle por la senda del bien, senda que no abandonará jamás sin remordimiento».

En cuanto á instrucción literaria, la que reciban las niñas será adecuada á su edad, aptitudes, condición social, y á las exigencias de su sexo. No cabe duda que en nuestros tiempos necesita una joven de categoría adquirir varios conocimientos que antes no se le exigían; por lo cual, además de los ramos elementales, debe cultivar con esmero la lengua materna y alguna ó algunas de las lenguas vivas, y tener nociones de geografía, historia profana, filosofía, literatura, ciencias físicas y naturales, música, dibujo, canto y labores de manos.

La instrucción primaria, la más útil y que debe difundirse más, ha de limitarse, según lo indicamos antes, á los ramos fundamentales del saber humano, como la lectura, escritura, catecismo y principios de aritmética, que deben aprender aun las niñas de la ínfima clase social. Como hay entre los miembros de la familia humana diferencias originadas por la diversidad de sus dotes físicas, intelectuales y morales, por su posición social, grado de cultura, riqueza, etc., no todos pueden aspirar á igual instrucción ni conviene dársela. Á una

¹ Cortés.

niña del pueblo, por ejemplo, que ha de ser sirvienta ó desempeñar un oficio humilde, sería infructuoso enseñarle ramos que no le serán de utilidad alguna y cuyo estudio la envaneecería y acaso despertaría en su ánimo la pretensión de elevarse sobre el nivel que le corresponde. Hay jóvenes á quienes se enseña aritmética superior, contabilidad, álgebra, geometría, cosmografía, ciencias naturales, retórica, idiomas, etc., y que en lo futuro no han de pasar de costureras ó de maestras de aldea. «Ut quid perditio hæc?» — ¿á qué conduce instrucción tan vasta? puede decirse en tales casos; porque si ésta ha de proponerse un fin práctico, debe estar en armonía con el porvenir de cada cual, y no fomentar ensueños ni utopías. Y aun en la instrucción de las niñas ricas y mejor dotadas, debe haber un límite, fundado en la misión peculiar de la mujer y en las condiciones de su sexo. Por lo que no merece aplauso la tendencia de nuestros días de instruir á la mujer lo mismo que al hombre, y de permitir á aquella el ejercicio de las carreras y profesiones propias de éste.

En cuanto al método de enseñanza, no basta que las niñas aprendan las materias sólo de memoria, sino que las maestras deben explicarles cada lección, á fin de que las alumnas la comprendan, ejerciten el juicio, el raciocinio y las demás funciones del espíritu. La memoria es débil y fácilmente olvida lo aprendido; pero cuando se entiende una materia; cuando por el esfuerzo personal y la acción del maestro se la asimila y graba profundamente en la inteligencia, no se borra por completo su recuerdo ni aun con el transcurso del tiempo. Por no observarse esta regla fundamental de la enseñanza, muchos jóvenes de ambos sexos á poco tiempo de salir de los colegios han olvidado casi por completo lo que en ellos aprendieron, ó lo conservan á lo más como una vaga reminiscencia que no sirve para nada.

En suma, hay mucho de superfluo en la enseñanza de ciertos colegios, para toda clase de niñas, poco acierto en la elección de las materias, falta de método en la transmisión de los conocimientos y descuido en el cultivo de los ramos indispensables á la mujer.

6. La economía doméstica y más conocimientos propios de la mujer. — La misión propia de la mujer en el mundo, y los cargos u oficios que está llamada á ejercer, exigen conocimientos especiales para su buen desempeño. Toda jóven, sean cuales fueren su linaje, categoría y bienes de fortuna, debe aprender ciertas materias sin las que su formación sería incompleta y se vería en serias dificultades en los varios sucesos de la vida. Por esto, á más de la instrucción religiosa y literaria debe una niña aprender cuanto sirve para el buen gobierno y organización de una casa ó familia.

La economía doméstica se ocupa en lo pertinente á la dirección y buen mantenimiento de una casa. «Llámanse también *ciencia del gobierno doméstico* al arte de emplear en utilidad y beneficio de la familia los recursos que le ha dado la Providencia.» Para esto es preciso acumular bienes por medio del trabajo y el ahorro; conservar lo doméstico ordenado y limpio; utilizar los conocimientos adquiridos y las lecciones de la experiencia; reparar los objetos con industria y actividad; embellecer, en fin, todo, mediante las enseñanzas del buen gusto.¹

De todos estos ramos trata este arte, cuya importancia es suma para la mujer, llamada á gobernar la familia y á hacerla feliz. La experiencia comprueba que la ruina de muchos hogares ricos es debida á la prodigalidad y á la vanidad de la mujer; y que, por el contrario, cuando ésta es virtuosa y económica, se conservan con desahogo aun las familias de modesta fortuna.

Este arte es propio de la mujer, porque le enseña diariamente á conducirse con prudencia y sabiduría; mientras que la gramática, la historia, la geografía, etc., sólo le prestan una vaga utilidad. Madame Campan, informando sobre la educación dada en su colegio, escribía: «Mis alumnas, cuando han llegado á la edad del juicio, aprenden á colocar en orden sus cosas, á arreglar sus camas, barrer sus cuartos; disponer

¹ Cf. Barlé, *Directoire scolaire*. — La science du ménage, por el autor de la obra *Puissance d'oe*. — Mons. Dupanloup l. c.

bien una mesa, etc.» — «Conviene que la mujer se instruya en lo concerniente á los oficios domésticos», aconseja Madame Borde; «que sepa cómo se preparan los alimentos y se hacen los honores de una mesa; las precauciones que deben emplearse para comprar los comestibles y proveer una casa.» — «Una madre de familia», añade Madame Sirey, «debe saber ejecutar cuanto ordena. No hay posición social que le excuse de dirigir la cocina, de coser su ropa, cuidar de sus departamentos, atender á los enfermos.»

Las niñas, según Madame Campan, han de manejar la aguja y dedicarse al trabajo desde la primera edad, con lo que se acostumbran al orden y obediencia y se preservan de muchos peligros. «Nunca he visto á jóvenes holgazanas de buena conducta», decía Madame de Maintenon; «conviene por necesidad tener afición á algo; y si no se encuentra agrado en una ocupación útil, se le busca en otra cosa. ¿Qué puede hacer una mujer á quien no agradan la permanencia en la casa ni las atenciones del hogar, sino entregarse á los paseos, á las reuniones, á los espectáculos? Hay algo más peligroso: Conviene, por lo mismo, formar á las jóvenes en el trabajo y hacerles amable la labor, manifestándoles que no sólo las pobres sino también las ricas deben dedicarse á él, aun para hacer más llevadera la vida.» «En los pueblos civilizados, las princesas mismas se ocupaban en los trabajos manuales», dice Mons. Dupanloup.¹ Alejandro el Grande mostraba con agrado los vestidos que sus hermanas le habían hecho. Las más ilustres señoras romanas hacían igual cosa, aun en tiempo en que las costumbres habían perdido su severidad primitiva; y el emperador Augusto llevaba de ordinario vestidos confeccionados por su mujer, su hermana y sus hijas. Carlomagno hizo aprender á sus hijas las labores manuales, á fin, decía, de que eviten la ociosidad y tengan un medio de subvenir á sus necesidades, si la fortuna les fuere adversa.»

Sabido es que la reina Doña Blanca, madre de San Luis, rey de Francia, sabía hilar, y que como elogio se decía de

¹ L. c.

las mujeres de Etruria: «Ella ha vivido casta, ella ha hilado lana.»¹ Asimismo, en nuestros días la emperatriz de Alemania se ocupa en lo doméstico del palacio y en arreglar la ropa de sus hijos, con agrado de su augusto esposo, y no hace mucho, una revista de París reprodujo el retrato de la reina de Inglaterra, no coronada, no en el trono, no con cetro: la real Señora está con la rueca, é hilan lana esos dedos que podrían ocuparse en erizar de diamantes el tocado.

Madama de Maintenon quería que aprendiesen las jóvenes, á más de las labores de manos, todos los cuidados de una casa y los detalles de la economía doméstica, para que sean hacendosas y aptas para el gobierno de la familia. «Hacedlas laboriosas», repeta; «con esto serán más idóneas para cualquier partido que se les presente. Acostumbradas á no perder el tiempo, á ser buenas amas de casa, activas, hábiles, fieles en las cosas grandes y en las pequeñas, exactas, veraces, hasta acusarse á sí mismas cuando convenga, llenas de buena fe, de probidad y de honor, pero de honor cristiano, que nada tiene de soberbio ni de pagano.»

La economía doméstica aprovecha mucho en lo material, por el orden, limpieza, ahorro, etc., que produce; mas presta no pocos servicios aun en el orden moral, porque cercena los gastos superfluos, induce á la frugalidad y á la estima de los gozes tranquilos del hogar, evita las reuniones fastuosas, y promueve el socorro de los indigentes.

La familia es el centro de las afecciones más tiernas; y quien las fomenta y mantiene es principalmente la madre y esposa cristiana, tanto con sus cuidados y abnegación, como con el orden y limpieza de la casa, la dirección prudente y previsora, y ese conjunto de atractivos que constituyen el encanto del hogar y son prenda de paz y de unión entre sus miembros.

Las principales reglas prácticas concernientes á la economía se refieren: 1.ª á la *limpieza*, que exige evitar la suciedad en la persona, en los vestidos y de más objetos de uso, ó el ascarlos cuando están manchados. La institutriz recomendará á las

¹ Economy, Histoire du monde.

alumnas el aseo de las manos, de la cara, de la ropa exterior, de los muebles, cuadernos y libros. 2.ª al *orden* en todo lo de uso común ó particular. Nada hay más desagradable que el ver los objetos hacinados ó confundidos entre sí; así como nada gusta tanto como hallar todo en su puesto, bien arreglado y distribuido. 3.ª á un *pequeño libro de contabilidad*, en que se anotarán los fondos y su inversión, de modo que se determine la suma de dinero destinada á alimentos, vestido, habitación, etc., cuidando de equilibrar las entradas con las salidas, para evitar la bancarrota doméstica. 4.ª al *ahorro*, que consiste en cercenar los gastos ordinarios y en reservar una suma de dinero, medida conveniente á los ricos y á los pobres, para ponerlos á cubierto de las expensas de una enfermedad, de un viaje, de la pérdida de los bienes ó otros accidentes imprevistos. Las maestras procurarán que las niñas se aficionen al ahorro, evitando el derroche de sus pequeños fondos en cosas inútiles ó de pura fantasía, y el que se dejen llevar por descos é impresiones del momento, prescindiendo de la calma y previsión indispensables para el acierto en sus gastos.

El secreto de una buena administración doméstica consiste en acomodarse á las circunstancias y en sacar partido de los recursos de que se dispone. Así, por ejemplo, si un vestido ha pasado de moda, se lo puede combinar con otra tela ó darle otro servicio; si un mueble está dañado, se le da otro destino.

En cuanto á los oficios domésticos sería conveniente que en los colegios recibiesen las niñas, sobre todo durante los recreos, algunas lecciones prácticas sobre la manera de preparar algunos platos más usuales; de arreglar la despensa, repostería y comedor; de lavar y planchar la ropa; de conservar frescas y en buen estado las provisiones; de atender á los enfermos con paciencia; dulzura y esmero. Para todo esto les sería útil estudiar un pequeño manual de economía doméstica.

Para complemento de lo anterior, transcribiremos las siguientes reflexiones de un periódico norteamericano, llenas de ese buen juicio práctico que caracteriza á los americanos del norte.

«Comiense, ante todo, hacer de las niñas mujeres cristianas de alma fuerte y vigorosa, y darles después una buena educación elemental. Enséñeseles á preparar una comida bien hecha, á lavar, á planchar, á componer las medias, á pegar botones, á hacer camisas, á cortar y coser sus vestidos. Que sepan preparar las viandas, y se acuerden de que una buena cocina ahorra los gastos de médico y de botica. Hágaseles saber que un escudo de cinco francos se compone de cien sueldos, y que para aborrazar es necesario gastar menos de lo que se tiene, y que cuando la salida es mayor que la entrada, se llega indefectiblemente á la miseria. Persuádaselas de que un vestido de algodón que se ha pagado abriga y cubre mejor que uno de seda cuyo valor se está debiendo.

«Que sepan desde muy jóvenes comprar y hacer la cuenta de lo que gastan. Repítaseles incesantemente que un artesano con su delantal y sus mangas arremangadas es cien veces más estimable, aunque no tenga nada, que una docena de pisaverdes elegantes, vanidosos, imbéciles y casi siempre corrompidos. Enséñeseles á cultivar el jardín, á tener añición á las flores, y en general á todas las obras de Dios. Después de esto hágaseles dar lecciones de piano y de pintura, si es que se cuenta con los medios suficientes para ello; pero adviértase que estas artes son completamente secundarias y tienen muy escaso influjo para hacer feliz la existencia de una mujer.

«Que aprendan sobre todo á despreciar las frivolidades y vanas apariencias, y que sepan decir *si* cuando es de decir *si*, y *no* cuando es de decir *no*. Cuando llegue el tiempo de casarse, persuádaselas de que la felicidad del hogar doméstico no depende de la fortuna, ni de la posición del marido, sino del carácter, de la educación y de las cualidades morales de éste.

«Si las madres reflexionan sobre todo esto y logran inculcarlo á sus hijas, es seguro que ellas serán felices y encontrarán el camino que deben seguir. Por lo demás hay que entregarse en manos de la Providencia.»

7. Algunas reglas prácticas para la buena dirección de las niñas.—Ante todo las directoras de escuelas y colegios no deben recibir á niñas demasiado jóvenes:

porque no están en condiciones de trabajar mentalmente, y si lo hacen dañan á su salud y se privan sobre todo de la enseñanza religiosa y moral, que se recibe en el regazo materno, y de los cuidados domésticos, que son irremplazables. Además, las niñas alejadas muy pronto del lado de sus padres se vuelven desamoradas para con ellos y no encuentran agrado en el hogar, lo cual es de fatales consecuencias.

Como el pecado original causó terribles males á la naturaleza humana, hay que considerar al hombre como es actualmente, y no perder de vista los daños peculiares producidos por aquél en cada sexo.

La directora é institutriz han de penetrarse de esta verdad y procurar adquirir un conocimiento cabal del corazón de la mujer y de sus defectos más comunes, como la ligereza, la frivolidad, el capricho, á fin de combatirlos por medio de la educación.

Para realizar esta obra, deben dirigirse á la razón y la conciencia de la niña, y cuidar (lo repetimos) de que la virtud, base de la educación, no sea efecto de sentimentalismo ó de impresiones pasajeras, sino un principio activo que abraza todo su ser é influya en las palabras, pensamientos y obras, para constituir el apoyo y alimento del alma. Las institutrices coadyuvarán en este punto á la acción del sacerdote, procurando que las alumnas se aficionen á la oración, á la limosna, al amor del prójimo, á la frecuencia de los sacramentos.

No puede ser igual la dirección empleada con todas las niñas, sino que debe estar en armonía con su índole é inclinaciones y, sobre todo, con su edad. De siete á nueve años, la obra es más fácil, como lo advierte Mons. Dupanloup; porque en esa tierna edad nótase en las niñas una llama viva y amable, y cierta especie de virginidad de impresión y de entusiasmo por el bien, que se debilita con los años.¹ Aun cuando sus facultades no han llegado á un completo desarrollo, comprenden lo bastante, aprecian juiciosamente las cosas, son muy sensibles á las esperanzas que

se las hace entrever para el porvenir, son ingenuas y dóciles. Por lo que, según el consejo de Madama de Maintenon, «es necesario hablar con ellas tan razonablemente, como si ya tuviesen veinte años»; instruir las sólo algunas horas por día, para no fatigarlas con el estudio; habituarlas á la lectura, poniendo en sus manos pocos libros, bien elegidos, como el Nuevo Testamento, algunas vidas compendizadas de santos ó obituarios de inocente é instructiva recreación; á fin de que su memoria é inteligencia yayan nutriendose con la verdad y saboreando su corazón las dulces fruiciones del bien. Conviene no burlarse de ellas, no mortificarlas, no infundirles miedo con cuentos ridículos ó aterradores, no excitar mucho su sensibilidad, ni permitirles el exceso en el llanto y en la risa, á que son muy propensas las niñas pequeñas. Cuidese de no reprimirlas con crudeza ó demasía; evitense en las lecturas y en el trato con ellas esos enternecimientos inútiles y exagerados que debilitan el buen sentido y exaltan la imaginación; procúrese no presentar á sus ojos nada feo, grotesco ó burlesco, sino cosas buenas, bellas, honestas, nobles y religiosas, y, por último, foméntese en sus tiernas almas el espíritu de piedad, á que son tan inclinadas, del que se puede sacar grande provecho¹.

De nueve á doce años las cosas han cambiado. La niña no es ya tan ingenua y dócil como antes: gusta del disimulo; le domina á veces una falsa vergüenza, y, sobre todo, el egoísmo que constituye su principal defecto y es la raíz de las pequeñas cóleras, los celos, las envidias, el engaño é indisciplina que se nota en ella. El espíritu de *propiedad* más pronunciado, el *si* y el *no* más absoluto son las palabras por las que revela el egoísmo.

Es preciso oponer á las primeras manifestaciones de este defecto una resistencia prudente pero inquebrantable, advierte Mons. Dupanloup á las educadoras. «La niña gritará, llorará; pero pronto se apaciguará; su pequeño furor cederá al cansancio, y vuestra autoridad habrá quedado dueña del campo. La feliz influencia ganada poco á poco sobre el alma de la

¹ Cf. Mons. Dupanloup l. c.

niña compensará la fatiga pasajera que á ella, á su madre ó institutriz habrán causado la firme oposición de las últimas y la emoción un poco viva que experimentara la primera¹.

El egoísmo se manifiesta principalmente en las niñas por una violenta inclinación á hacer su voluntad, inclinación que debe ser vencida con energía templada por la prudencia. «Á medida que ella crezca, acostumbrada á doblegar su voluntad ante la vuestra», dice el mismo ilustre obispo á los padres de familia; «pero si pretendéis dominar esa naturaleza voluntariosa, cuidad de que en pos de vuestras órdenes y prohibiciones se encuentren siempre el nombre y el mandamiento de Dios, para que se incline ante vosotros por deber y porque Dios lo quiere. Facilitad la obediencia, haciendo siempre el mandato razonable; tened calma y sed dueños de vosotros mismos al mandar; sed firmes y constantes; no amenacéis en vano y al aire; no hagáis á vuestra hija una promesa que no cumpliréis, porque nada daña tanto á la autoridad como esto. Si la niña sabe que vuestras mayores reprimendas no consisten sino en palabras seguidas de ningún efecto, y que á la larga su tenacidad vencerá vuestra debilidad, estáis perdidos.»²

En cuanto á las institutrices, para dominar la voluntad de sus discípulas procuren hacerse amar de ellas, pero evitando las familiaridades y condescendencias. «No os familiariceis con las niñas», inculcaba Madama de Maintenon á las señoras de Saint-Cyr; «suprimid hasta con las más pequeñas esas caricias indignas de vuestra profesión; acostumbraos un poco á la reserva; vigiladlas día y noche, pero sin mostrarles nunca que lo veis todo; agotad la razón y la dulzura antes de llegar al rigor. Para algunos defectos que no dañan á otros y que sólo os hacen sufrir á vosotras, os recomiendo tener una paciencia sin límites, porque muchas niñas que parecían antes malas son al presente vuestras mejores hijas.... Cuidad de no agriarlas ni de irritarlas indiscretamente. Hay días desgraciados en que están poseídas de una emoción, de un trastorno que de todo las hace murmurar; vuestras re-

¹ Mons. Dupanloup l. c.

² Ibid.

convenciones y reprimendas no lograrían entonces conservarlas en orden.... Hay niñas arrebatadas que cuando se han enfadado, no lograrías con castigos llevarlas á buen fin. Es preciso esperar que se calmen para reprenderlas. Conviene estudiar los momentos y adoptar los medios convenientes para corregirlas. Á veces una mirada, una palabra, una entrevista particular bastan para hacerlas entrar en la senda del deber. Hay otras, á quienes es necesario reprender en público, ó castigar desde luego sin contemplaciones. La discreción y la experiencia os indicarán el partido que debéis adoptar, según las circunstancias. Por lo demás, no conviene abrumarlas demasiado con el estudio, ni concederles tampoco largos descansos, ni juzgarlas ligeras porque abandonan voluntariamente su banco, ó miran á un pájaro que vuela, ó se muestran alegres ó vivaces: esa fogosidad que no las deja quietas en su puesto, es efecto de la juventud. Téngase cuidado de inspirarles grande horror á la mentira, manifestándoles cuán vergonzoso y despreciable es tal defecto; y para combatir el egoísmo, hágaseles ver cuán repugnante es buscarse á sí mismo en todo y prescindir de los demás; indúzaseles á prestar pequeños servicios á los prójimos y á abrir su alma á la compasión, al amor de los pobres, cuyas miserias les estimularán á ser caritativas con ellos.

De los trece á los quince años pasa la mujer de la infancia á la juventud, época de transición en la que experimenta inquietud y zozobra, deseos encontrados, una sorda fermentación del orgullo y de las pasiones en germen, cierta indolencia, altivez ó impertinencia.

En esta época, llamada la *edad ingrata*, necesita una joven cuidado especial para no extraviarse y sucumbir. En ese momento es menester dirigirla y sostenerla con la razón, la prudencia, la piedad verdadera, los nobles estudios, los elevados sentimientos. Las maestras deben desplegar entonces una aplicación constante, un desinterés absoluto y un amor verdaderamente maternal, para producir y operar algún bien en el alma de las niñas. Es preciso cuidar de su salud, alterada por la conmoción del sistema nervioso y el notable desarrollo físico, sin desatender su educación intelectual y

moral.... En ese estado, que ni es de salud ni de enfermedad, que está marcado por alternativas de alegría y de tristeza, de sensibilidad y de mal humor, se las debe eximir de todo trabajo forzado, de estudios prolongados, de esas horas de inmovilidad en el plano ó en la costura, porque esto sería muy nocivo á su salud.¹

Esta edad es á propósito para la dirección moral y literaria, pero hecha con tino y miramiento; á fin de que adquiera la niña una instrucción sólida y positiva, y una educación esmerada, basada en los principios cristianos, en especial, en el amor de Dios é imitación de Jesucristo, para que encuentre en el reposo el corazón. Es preciso contrarrestar los peligros de esta época de transición, con el influjo poderoso que, en las almas juveniles, por alborotadas que estén, ejercen la verdad y el bien, suministrados á tiempo y en la dosis debida. De este modo se aquietarán la imaginación y la sensibilidad, y entrará en la región serena de las ideas claras y del imperio de la razón.

De los quince á los diecisiete años la joven sale de la adolescencia y es ya mujer completa, para quien pasó la época de la primera formación. Desarrolladas todas las facultades, libre de las timideces é incertidumbres de la primera edad, empieza á palpar las realidades de la vida y á pensar en el porvenir; busca lo que le lisonjea; desea agradar á los demás; gusta del lujo y de la vanidad, siente, en fin, el influjo de la coquetería.

Las personas encargadas de la educación de las jóvenes deben fijarse en la afectación estudiada en los modales y en el apego á los adornos que se observa en ellas, para combatir este defecto y reducir estas inclinaciones á sus justos límites.

«La vanidad es el más peligroso enemigo de la mujer», dice Mons. Dupanloup², «el que envenena su vida, seca las nobles aspiraciones de su corazón y cambia en espinas las flores cogidas durante el día.» Las jóvenes dominadas de esta pasión hacen de su cuerpo una especie de ídolo, al que

¹ Mons. Dupanloup l. c.² Ibid.

adornan con exceso y rinden culto; dedican cada día un tiempo considerable á la *toilette*; están atentas á las exigencias de la moda y del lujo más refinado, y se complacen en el elogio de sus prendas exteriores.

Para corregir estas inclinaciones, deben las madres y maestras manifestar á sus hijas y discípulas, con la palabra y el ejemplo, que la vanidad y coquetería son ridiculesces que, lejos de elevar á la mujer, la deprimen; que el mérito de una niña no depende de adornos ni vestidos, sino de sus cualidades intelectuales y morales, y que nada cautiva tanto como la sencillez, la dignidad y la discreción en los modales y en el trato. La belleza es flor de un día, que luego se marchita y sólo vale cuando está realzada por la modestia. *Engañoso es el donaire y vana la hermosura: la mujer que teme al Señor, esa será la celebrada*¹.

La *toilette* de las niñas ha de ser proporcionada á su posición social; pero, en todo caso, sencilla, sin permitirles, como aconseja Mons. Dupanloup, más lujo que el de la limpieza y un cuidado conveniente de su persona. Los hábitos de orden y de aseo son eficaces para combatir la vanidad y, sobre todo, los sentimientos cristianos, que, al arraigar en el corazón de una joven, le persuaden de que el adorno es cosa secundaria y de que hay asuntos de grande importancia, como la ciencia y la virtud, que constituyen el principal lustre de una mujer cristiana.

A título de parecer mejores de lo que son, algunas mujeres usan inmoderadamente de cosméticos ó del *afrite*, tan nocivos á la salud como opuestos á la sencillez y modestia cristianas. «Los cosméticos son en general inútiles, y muchísimas veces perjudiciales», dice Monlau². «Lejos de procurar la tersura y lozanía de la piel, á la larga la aridecen, la ponen rugosa, impiden la transpiración, ocasionan herpes, granos, barros, erisipelas, oftalmías, etc.; menoscaban la verdadera hermosura; avejentan al individuo, haciendo pasar la juventud como un

¹ «Fallax gratia et vana est pulchritudo: mulier timens Dominum ipsa laudabitur» (Prov. XXXI, 30).

² «Higiene privada».

relámpago; y deterioran la salud. Las mujeres deben convencerse de que es tiempo perdido el que emplean por hallar los manantiales de la belleza en esos suplementos artificiales y peligrosos, harto usados en todas épocas. Los aceites, que tienen plomo ó mercurio, pueden ocasionar enfermedad, según la ciencia médica.

Las madres de familia y las directoras de colegios deben procurar que no se introduzca entre sus hijas y educandas esta costumbre, que con justicia ha sido también energicamente reprobada por los escritores eclesiásticos. Oigamos á algunos Padres de la Iglesia. San Clemente Alejandrino: «Dice Dios por Jeremías: *Aunque te rodees de púrpura y te enjeyes con oro y te pintes los ojos, vana es tu hermosura* (IV, 30). ¡Qué desconcierto tan grande, que el caballo y el pájaro y todos los demás animales salgan adornados cada uno con su propio aderezo, y todos con su color natural, y que la mujer se tenga á sí misma en tanto grado por fea, que haya menester hermosura postiza, comprada y sobrepuesta!»¹ Tertuliano exclama: «Cuán indigno es del nombre de Cristo traer cara postiza, las que se os mandó que en todo guardéis sencillez; mentir con el rostro, las que se os veda mentir con la lengua; apeteer lo que no se os da, las que os debéis abstener de lo ajeno; buscar el parecer bien, las que tenéis la honestidad por oficio.»² «No teméis en el día de la resurrección que el Artífice que os crió no os reconozca?» dice San Cipriano á las mujeres que se pintan; «¡que os diga con fuerza y severidad de Juez: Esta obra no es mía, ni es la nuestra esta imagen; ensuciasteis la tez con falsa pintura, demudasteis el cabello con fingido color, hicisteis guerra y vencisteis á vuestra cara, con la mentira corrompisteis el rostro, vuestra figura no es esa? No podréis ver á Dios, pues no traéis los ojos que Dios hizo en vosotras.»³

Hay una prenda de gran valía, ó, mejor dicho, una virtud preciosa que enaltece mucho á una joven y que, para conservarla, exige sumo cuidado y vigilancia: á saber, la *pureza*

¹ Predig. I, 3, c. 2.

² De cultu seminarum.

³ De disciplina et habitu virginum. Cf. Fr. Luis de León, La perfecta casada, obra de la que hemos tomado las últimas citas.

y la modestia. Flores delicadas y gemelas que sólo brotan al abrigo de la piedad y á las que el menor descuido marchita; ellas á modo de aureola circundan la frente de la joven cristiana, y la hacen recatada, pudorosa y angelical. Y como la flaca naturaleza busca el deleite y los placeres vedados, convence, desde la más tierna edad, preservar á las niñas de cuanto pueda mancillar la inocencia ó excitarlas á lo malo. En las conversaciones, en las amistades, en las lecturas, en las miradas, en los juegos se infiltra fácilmente el veneno, si no hay grande cautela y precaución.

La modestia, que tanto embellece á la joven, no se enseña, se inspira, dice Mons. Dupanloup¹; «es preciso que esté en el corazón aun antes del despertar de la conciencia; que la niña la confunda con sus primeras impresiones y la practique sin conocerla, como respira el aire sin darse cuenta de ello; es necesario, en una palabra, que sea modesta sin sospechar que podría no serlo; y entonces huirá del mal instintivamente, por una especie de celestial presentimiento. Pero, para obtener este resultado, es indispensable en todas partes y siempre la mirada vigilante de una madre, que no descansa exclusivamente en la vigilancia de los extraños; es preciso velar siempre por la decencia en el vestido y porque una delicadeza extrema presida á los cuidados corporales de que necesitan las niñas. Y hay algunos que una madre no debería, en ningún caso, confiar á otras, sino hacerlos por sí misma.

«Nada muestra tanto la eficacia de una educación cristiana bien dirigida, como la alianza magnífica del pudor y del valor en una joven de quince, dieciséis y diecisiete años. Ella sabe temer y huir como un pajarillo, y ella sabe atacar, resistir, sostener la lucha como un león, cuando se trata de hacer un bien ó de defender una virtud.»

Tengan en cuenta los padres de familia y las institutrices que de los quince á los dieciocho años termina una joven su educación, para que se empeñen en aficionarla, después de la piedad, á nobles estudios, al cultivo de las artes, de

¹ L. c.

la historia, de la lógica y de la filosofía moral. Descubran á sus miradas las hermosas regiones de lo bueno y de lo bello; inspirenle gustos puros y elevados, y révelenle la verdadera sabiduría, cuyo principio es el temor de Dios y cuyas máximas están consignadas en los Libros Santos. Cuiden de inculcarle sentimientos de decoro, de dignidad y de honradez, para que sepa conducirse debidamente en los varios sucesos de la vida; acostúmbrenla á mirar las cosas como son en sí, y no al través de los ensueños ó ilusiones de la juventud; formen en ella el juicio práctico, apoyado en la verdad, é infúndanle hábitos de trabajo, á fin de que cultive sus facultades físicas y mentales, fortalezca el espíritu con una instrucción conveniente, y vigorice la voluntad con la práctica de la virtud y de las privaciones.

Mas para lograr estos resultados es necesario, como lo afirma Madama de Maintenon, que las madres y maestras de las niñas obren según el espíritu de Dios; que oren mucho por ellas y acudan á él cuando tropiecen con obstáculos, persuadidas de que, mientras más desconfíen de sí mismas y vivan más unidas á Dios, desempeñarán mejor la ardua labor de educar á las niñas.

La imaginación y el sentimiento, facultades que son más vivas en la mujer que en el varón, pueden, cuando predominan en ella, causarle graves engaños y extravíos, sobre todo durante la juventud. Nótanse en tal caso, en una niña, cierta tendencia á prescindir de lo real y á buscar lo ideal; una inclinación marcada á lecturas sentimentales, á emociones violentas, á pasatiempos vanos; grande volubilidad de afectos y deseos, acompañada de aspiraciones vagas é irrealizables; tedio por las realidades de la vida y anhelo por cambiar de situación y de impresiones. La virtud y la piedad misma no le satisfacen, y si se dedica á ellas, busca sólo lo que halaga la fantasía y fomenta el sentimentalismo.

Á estas almas enfermas y soñadoras hay que tratarlas con tino, cuidando de moderar el imperio de la imaginación, que, reducida á justos límites, infunde vigor en el alma y suaviza las dificultades del trabajo. Hay que inducir las á la reflexión, á la quietud del ánimo, á la firmeza y constancia en el bien

obrar, á la práctica del vencimiento, y á la desconfianza de sí mismas.

Los padres y maestras necesitan prudencia y habilidad para conjurar estas crisis morales, que pueden decidir de la suerte de una joven. Lecturas serias, consejos oportunos, amistades bien elegidas, dedicación á los deberes escolares, y sobre todo, recuento humilde y ferviente á Dios son medios excelentes de que se ochará mano para guiar á las jóvenes en estas críticas circunstancias de su vida.

También las niñas son inclinadas al artificio y les gusta aparentar en los modales, en los afectos, en las aspiraciones y hasta en los adornos y vestidos. Parece que la realidad les incomoda y desean que se las tenga en más de lo que efectivamente son. Esto se opone á la ingenuidad y á la sinceridad, que deben observarse en las relaciones con los demás. Hágase comprender á las jóvenes que sus palabras y exterior han de expresar fielmente lo que pasa en su interior, y que nada disgusta tanto como la doblez y el disimulo. *No seas hipócrita delante de los hombres, ni ocasiones con tus labios tu propia ruina*, dice el Sabio¹. Por el contrario, una persona sincera, que *tiene el corazón en la mano*, es estimada de todos y bendecida por Dios.

8. Máximas de conducta para las alumnas.—La educación, como lo hemos dicho ya, es en gran parte obra de quien la recibe; por lo que, si una joven desea formarse bien, es indispensable que coadyuve á la acción de sus padres y maestras, trabajando con energía en su perfeccionamiento. Vamos á entresacar algunas de las preciosas reglas de conducta que una señora inglesa dió á su hija cuando iba á alejarse del techo paterno, para ingresar en un colegio de segunda enseñanza². Añadiremos también otras reflexiones de propia cosecha.

Vas á salir de tu casa, le decía, y á entrar en un mundo lleno de escollos y peligros; en una sociedad de que vas á

¹ «Ne fueris hypocrita in conspectu hominum, et non scandalizeris in labiis tuis» (Eccli. I, 37).

² «Cartas de una señora inglesa á su hija».

ser miembro; en un crisol del que saldrás purificada para tu eterna dicha, ó manchada para tu eterna desventura. No puedo abandonarte á este riesgo sin darte algunos consejos que la experiencia me ha dictado.

Acuérdate de tu Creador todos los días de tu juventud: he aquí un precepto dictado por el más sabio de los hombres, precepto que es el primero y el mayor de tus deberes, y que los comprende á todos. Los hombres no son, como los insectos, nacidos para gozar algunos instantes y desaparecer luego. Debemos durante nuestra permanencia en la tierra preparar la morada que hemos de ocupar después eternamente.

Vive convencida de que Dios te ve, y observa tus pensamientos y acciones en todas las circunstancias de la vida. Aun cuando la bondad de Dios es inmensa no por eso hemos de olvidar el pedirle lo que nos conviene, é implorar su apoyo en los males que nos afligen. La oración es uno de los deberes más suaves y estrictos del ser racional.

Ningún conocimiento nos es más importante que el de nosotros mismos, conocimiento que se adquiere con una incesante atención á nuestra conducta, y con un examen riguroso y prolijo de nuestros actos, para afirmarnos en lo bueno y corregirnos en lo malo.

Ama, respeta y obedece á tus maestras y superiores, que son como tu segunda madre, y sin cuyo auxilio carecerías de las prendas necesarias para disfrutar de las ventajas de la vida presente, y de las disposiciones que requiere la futura. La niña obediente tiene asegurado el buen éxito de su educación. De tu maestra habla siempre con respeto, sin permitir que en tu presencia se critique su conducta, ni se ridiculice su persona. En ningún caso le ocultes ni le adulteres la verdad.

En cuanto á tus compañeras, cuida de que la justicia sea la base de tus acciones y la reguladora de tus sentimientos para con ellas. Aprende á respetar sus derechos, y así lograrás que sean respetados los tuyos. Si una joven sobresale por su mérito y se atrae las simpatías de las maestras, tómalas por modelo y no le tengas envidia; porque esta pasión corroe el alma, ahoga lo bueno, agría el carácter y turba el reposo.

No te burles de tus condiscípulos, ni las critiques, ni te singularices entre ellas. Sé afable y comunicativa con todas, sin pretender dominarlas, ni hacer prevalecer tu dictamen.

La igualdad en el carácter, la afabilidad y la dulzura son indispensables en el trato con los demás. No te dejes llevar del mal humor, ni tampoco lo hagas sentir á tus compañeras. El arte de la conversación es uno de los más difíciles de cuantos se practican en sociedad. Ensáyate con tus amigas, y contraerás el hábito de hacerte agradable. Observa las faltas que cometen en su conversación, y cuida de no incurrir en ellas. Habla cuando convenga, y reflexiona sobre las consecuencias de lo que vas á decir. La manía de hablar siempre y acerca de todo, prueba ignorancia y mala educación. No menos la curiosidad expone á una joven á innumerables disgustos y bochornos, y al odio de los demás.

No tomes parte en disputas ni en discusiones acaloradas que exasperan el ánimo y le inducen á la cólera. Evita esta pasión, que desarregla los humores, excita los nervios y constituye una enfermedad física y moral, de que es fácil preservarse reprimiendo con energía el primer ímpetu.

En la elección de tus amigas no te fies de las primeras impresiones; estudia con calma las cualidades y defectos de la que buscas para confidente, á ver si es digna de tu confianza. En tus amistades no te guies por ninguna mira baja y personal, ni por sentimiento alguno degradante; mas, por tierno y sólido que sea tu afecto, no ha de ser exclusivo ni tan vehemente, que prescindas de las relaciones que tienes con otras personas. Las amistades particulares son nocivas, porque perturban la paz del alma, ofenden á la caridad que debemos á todos, y aun conducen á acciones reprobadas. El fin de la amistad cristiana es el mutuo auxilio y solaz, la corrección de los defectos, y el estímulo en el cumplimiento de las obligaciones.

¹ Refiriéndose á que la mejor lección de buena crianza es la que da el revés de la mala educación de otro sobre nuestros buenos sentimientos, dice un proverbio turco: *El instructor es el mejor maestro de la urbanidad.*

Procura dar buen ejemplo á tus compañeras, sin aspirar por esto á servirles de modelo. No pierdas ocasión de atraerlas al bien, teniendo en cuenta que el ejemplo arrastra á lo bueno ó á lo malo con más eficacia que la palabra.

La pequeña suma de dinero de que eres dueña, ha de ser objeto de tu cuidado. No la inviertas en bagatelas ni en frivolidades, y destina algo á los pobres, para que te ejercites en la caridad. Observa en tus gastos la economía, compañera del orden, madre de la abundancia y origen de goces muy puros; así como la prodigalidad, de que debes huir, es azote de las buenas costumbres, germen corruptor de los sentimientos y causa de muchos males, domésticos y públicos.

En cuanto á las obligaciones para contigo misma; una de las principales es el buen empleo del tiempo, don precioso que nos ha concedido el Omnipotente. Durante la educación, cuyo fin es la cultura del espíritu y la adquisición de las virtudes, es más estricto el deber de emplear bien el tiempo y de atesorar para el porvenir. Y como nada grande se obtiene sin esfuerzo, hay que empeñarse en ser instruidos y buenos, á fin de servir á los otros y de tener una posición conveniente en el mundo. Quien está resuelto á proseguir la labor principiada, siente agrado en el trabajo; el que nos libra del tedio, suaviza los sufrimientos de la vida, nos hace útiles á la sociedad y dignos de un premio infinito. El perezoso sufre el martirio de los remordimientos, experimenta el peso de la humana existencia, y sirve de carga á todos.

«Á todas las mujeres, sin excepción, les está bien y les pertenece, á cada una en su manera, no perder el tiempo ni ser gastadoras, sino hacendosas y acrecentadoras de sus haciendas», dice Fray Luis de León¹. «Y si el regalo y mal uso de ahora ha persuadido que el descuido y el ocio es parte de nobleza y de grandera, y si las que se llaman señoras hacen estado de no hacer nada y de descuidarse de todo, y si creen que la granjería y labranza es negocio vil y contrario de lo que es señoría, es bien que se desengañen con la verdad. Porque si tendemos la vista por los tiempos pasa-

¹ «La perfecta casada».

dios, hallaremos que siempre que reinó la virtud, la labranza y el reino anduvieron hermanados y juntos; y hallaremos que el vivir de la granjería de su hacienda era vida usada, y que les acarrecaba reputación á los príncipes y grandes señores.»

El orden es inseparable del buen empleo del tiempo y el requisito de todo adelanto. Cada ocupación ha de tener hora fija. Así todo se hace bien y el trabajo gana en energía y fecundidad.

La humildad, virtud eminentemente cristiana, nos hace conocer lo que somos, nos enseña á desconfiar de nuestras débiles fuerzas y á persuadirnos de que cuanto tenemos lo hemos recibido de la liberalidad divina. Reprime en sus comienzos todo sentimiento de soberbia, persuadida de que el aprecio exagerado de uno mismo, á más de indebido, nos atrae la mofa de cuantos nos observan. Por el contrario, la sencillez y la humildad nos hacen amables y atraentes.

Habla siempre con sinceridad y evita la mentira, incentivo del disimulo y fomento de desconfianzas, intrigas y enredos. Dios es verdad por esencia, y cuantos quieren acercarse, deben vivir en verdad.

Procura ser prudente y mesurada en tus actos, para lo que te preguntaras cuáles serán los resultados de éstos: así procederás de acuerdo con la respuesta. La imprevisión y atolondramiento con que proceden algunas niñas, son efecto, no tanto de la edad como de la falta de prudencia.

Cuida con especial esmero de la inocencia de tu alma, tesoro valiosísimo, que es muy fácil perder. Ninguna precaución es exagerada en este punto; por lo que, después de acudir á Dios, sin cuyo auxilio sucumbirías, evita cuanto pueda manchar en lo más pequeño la pureza y el candor del alma.

CAPÍTULO QUINTO.

LOS CONOCIMIENTOS HUMANOS.

1. Variedad y enlace de los conocimientos humanos. — 2. Armonía entre la ciencia y la fe. — 3. Tendencia de nuestro siglo á desligar aquella de ésta, y á secularizar la ciencia. — 4. La doctrina católica, lejos de oponerse á ninguna de las ciencias, las protege y fomenta. — 5. Servicios de que las ciencias son deudoras á la Iglesia.

1. Variedad y enlace de los conocimientos humanos.— Muchos y muy variados son los conocimientos humanos. Dios, el hombre, la sociedad, la creación toda, en la que descubrimos las huellas de la verdad, bondad y belleza de su Autor, contienen en sí cuanto de grande, de noble y de hermoso hay en el mundo visible é invisible. En este campo vastísimo, cuyo horizonte es ilimitado y cuyas perspectivas son encantadoras, puede el espíritu desplegar sus alas, entregarse á meditaciones sublimes y descubrir utilísimas verdades. Pero, por mucho que se empeñe el hombre en cultivar las ciencias, no podrá conocerlas por completo, á causa de la brevedad de su vida y de la limitación de sus facultades. Cada generación va legando á la que le sucede el caudal de conocimientos que ha podido adquirir; y, aun cuando éstos se acrecientan diariamente, no llegará la humanidad á la meta de sus aspiraciones. En la presente vida no nos es dado poseer la ciencia completa y depurada: este precioso don lo reserva Dios á los elegidos, en la vida futura.

Como todas las ciencias se proponen investigar la verdad y poseerla, guardan entre sí íntimas relaciones y se auxilian mutuamente en la respectiva jerarquía de verdades. Sobre los conocimientos del orden natural están los del sobrenatural; sobre la ciencia humana, la divina; y como ambas emanan de Dios, ilustran la inteligencia del hombre, encarrilan su voluntad y procuran perfeccionarlo.

¡Cuán hermoso é incommensurable es el campo que se presenta á la juventud ávida de ciencia! Si la verdad es un tesoro inapreciable, si la ilustración engrandece al hombre, cuide el joven de consagrarse con ahínco á la labor intelectual; pero proceda con tino y elija un guía experimentado

dios, hallaremos que siempre que reinó la virtud, la labranza y el reino anduvieron hermanados y juntos; y hallaremos que el vivir de la granjería de su hacienda era vida usada, y que les acarrecaba reputación á los príncipes y grandes señores.»

El orden es inseparable del buen empleo del tiempo y el requisito de todo adelanto. Cada ocupación ha de tener hora fija. Así todo se hace bien y el trabajo gana en energía y fecundidad.

La humildad, virtud eminentemente cristiana, nos hace conocer lo que somos, nos enseña á desconfiar de nuestras débiles fuerzas y á persuadirnos de que cuanto tenemos lo hemos recibido de la liberalidad divina. Reprime en sus comienzos todo sentimiento de soberbia, persuadida de que el aprecio exagerado de uno mismo, á más de indebido, nos atrae la mofa de cuantos nos observan. Por el contrario, la sencillez y la humildad nos hacen amables y atraentes.

Habla siempre con sinceridad y evita la mentira, incentivo del disimulo y fomento de desconfianzas, intrigas y enredos. Dios es verdad por esencia, y cuantos quieren acercarse, deben vivir en verdad.

Procura ser prudente y mesurada en tus actos, para lo que te preguntaras cuáles serán los resultados de éstos; así procederás de acuerdo con la respuesta. La imprevisión y atolondramiento con que proceden algunas niñas, son efecto, no tanto de la edad como de la falta de prudencia.

Cuida con especial esmero de la inocencia de tu alma, tesoro valiosísimo, que es muy fácil perder. Ninguna precaución es exagerada en este punto; por lo que, después de acudir á Dios, sin cuyo auxilio sucumbirías, evita cuanto pueda manchar en lo más pequeño la pureza y el candor del alma.

CAPÍTULO QUINTO.

LOS CONOCIMIENTOS HUMANOS.

1. Variedad y enlace de los conocimientos humanos. — 2. Armonía entre la ciencia y la fe. — 3. Tendencia de nuestro siglo á desgajar aquella de ésta, y á secularizar la ciencia. — 4. La doctrina católica, lejos de oponerse á ninguna de las ciencias, las protege y fomenta. — 5. Servicios de que las ciencias son deudoras á la Iglesia.

1. Variedad y enlace de los conocimientos humanos.— Muchos y muy variados son los conocimientos humanos. Dios, el hombre, la sociedad, la creación toda, en la que descubrimos las huellas de la verdad, bondad y belleza de su Autor, contienen en sí cuanto de grande, de noble y de hermoso hay en el mundo visible é invisible. En este campo vastísimo, cuyo horizonte es ilimitado y cuyas perspectivas son encantadoras, puede el espíritu desplegar sus alas, entregarse á meditaciones sublimes y descubrir utilísimas verdades. Pero, por mucho que se empeñe el hombre en cultivar las ciencias, no podrá conocerlas por completo, á causa de la brevedad de su vida y de la limitación de sus facultades. Cada generación va legando á la que le sucede el caudal de conocimientos que ha podido adquirir; y, aun cuando éstos se acrecientan diariamente, no llegará la humanidad á la meta de sus aspiraciones. En la presente vida no nos es dado poseer la ciencia completa y depurada: este precioso don lo reserva Dios á los elegidos, en la vida futura.

Como todas las ciencias se proponen investigar la verdad y poseerla, guardan entre sí íntimas relaciones y se auxilian mutuamente en la respectiva jerarquía de verdades. Sobre los conocimientos del orden natural están los del sobrenatural; sobre la ciencia humana, la divina; y como ambas emanan de Dios, ilustran la inteligencia del hombre, encarrilan su voluntad y procuran perfeccionarlo.

¡Cuán hermoso é incommensurable es el campo que se presenta á la juventud ávida de ciencia! Si la verdad es un tesoro inapreciable, si la ilustración engrandece al hombre, cuide el joven de consagrarse con ahínco á la labor intelectual; pero proceda con tino y elija un guía experimentado

que le dirija sin peligro por el escabroso campo del saber. No cualquier ciencia es buena, no toda ilustración es apetecible, así como no todo alimento es sano y nutritivo.

Antes de ocuparme en los conocimientos que debe preferentemente adquirir la juventud, y antes de indicar el orden que ha de seguir en ellos, voy á tratar de algunas cuestiones previas para el cultivo provechoso de las ciencias humanas.

2. Armonía entre la ciencia y la fe.—El fin de la ciencia es ponernos en posesión de las verdades que se pueden alcanzar con luz natural; el de la fe, enriquecernos con el conocimiento de las verdades que se alcanzan con luz sobrenatural. Existe, por tanto, perfecta armonía entre la ciencia y la fe; y los conflictos que se supone haber entre las dos, nacen de la ignorancia ó malicia de ciertos espíritus prevenidos y extraviados.

«No puede haber oposición intrínseca y esencial entre la ciencia y la Revelación», escribe un autor moderno¹. «Ambas tienen su asiento en nuestra alma; en ella se encuentran estos dos rayos de luz que, emanados del trono de Dios, vienen á iluminar el entendimiento del hombre y á revelarle el esplendor de las maravillas divinas... La razón asiente á la fe y la recibe libremente, la define, declara y defiende. La fe influye en la razón, dándole mayor certeza de las verdades que ya conoce y empujando á los entendimientos en investigaciones profundísimas, para aclarar y defender los principios revelados.»

La fe, al exigir de la razón el asentimiento á las verdades superiores á su alcance, no la humilla ó envilece, como pretenden los racionalistas, sino que la auxilia y amplía el campo de sus investigaciones. «¿Dónde está», pregunta Balmes², «el ultraje que hace á la razón humana la religión católica, cuando, al propio tiempo que le presenta los títulos que prueban su divinidad, le exige la fe? Esa fe que el hombre dispensa tan fácilmente á otro hombre en todas materias, aun en aquellas en que más presume de sabio, ¿no

¹ *Ibid.*, Armonía entre la ciencia y la fe.

² «El protestantismo comparado con el catolicismo».

podrá prestarla sin mengua de su dignidad á la Iglesia católica? ¿Será un insulto hecho á la razón señalarle una norma fija que le asegure con respecto á los puntos que más le importan, dejándole por otra parte amplia libertad de pensar lo que más le agrade sobre aquel mundo que Dios ha entregado á las disputas de los hombres?»

El hombre que cree con toda su alma, quiere saber lo que cree y por qué lo cree. La fe no supone la abdicación de la razón: por el contrario, es el complemento divino de ésta, y al aceptar su testimonio el hombre se eleva hasta Dios, del cual conoce entonces, en alguna manera, el inaccesible misterio. La razón le dice que por encima de la naturaleza y de la humanidad está Dios; la fe le transmite lo que sobre sí mismo ha querido enseñar el mismo Dios. Pero se dirá que las verdades reveladas exceden el alcance de la razón. ¿Qué de extraño hay en esto? Si Dios es infinitamente superior al hombre, ¿no es razonable que éste se incline ante su testimonio? Si el objeto de la fe pudiese ser demostrado, vendría á ser del mismo orden que nuestra razón, y esto la empujearía. Si se prueba que Dios ha revelado algunas verdades, la razón debe aceptarlas; con lo que, lejos de abatirse, se cualtece, sale de su esfera limitada de acción, y guiada por Dios entra, sin peligro de extraviarse, en el mundo sobrenatural¹.

La sumisión completa y absoluta que el hombre debe á las verdades reveladas no menoscaba, pues, los derechos de la razón ni tampoco la abate; porque «la adhesión de nuestro espíritu á una verdad es razonable cuando la verdad propuesta es en sí misma clara y está á nuestro alcance, ó cuando, no estándolo, nos es propuesta por una persona cuya inteligencia, autoridad y sabiduría nos ponen á cubierto de todo error... Ahora bien, dicha sumisión se apoya en el motivo más serio que puede existir: la veracidad divina; y así como sería insensato el que rechazare una verdad científica, enseñada por sabios astrónomos ó matemáticos, alegando que no la comprende, lo será igualmente el que rehusare creer

¹ Cf. P. Dixon, *La science sans Dieu*.

Caster-Turner, Ediciones. Ed. 2.

una verdad religiosa, enseñada por la Iglesia, por el fútil pretexto de que no la comprende.»¹

El mundo moral no es un caos, ni la dispersión y el atomismo la ley de la ciencia. Una serena armonía, como éter diáfano y puro, envuelve y compenetra el Universo visible con el invisible; las esferas en el cielo pitagórico ruedan en el espacio al compás de un ritmo divino; y en la región de las ideas hay plenitud dentro de una sublime unidad. ¿No es empresa de locura arrojar la chispa revolucionaria en el concierto y en la serenidad de las ideas? Dios, uno, supremo, adorable, reina e impera en los seres y en su inagotable fecundidad. La ciencia rebelada contra la fe es la mayor anarquía; y esa rebelión precipita a la humanidad en escandalosas caídas.

3. Tendencia de nuestro siglo á desligar la ciencia de la fe.—Hay en nuestros días marcada tendencia á desligar la ciencia de la Revelación; o, como suele decirse, á *secularizar* aquélla. De esta tendencia han nacido inconcebibles utopías y teorías funestas para los pueblos. El racionalismo, que es el error capital de nuestra época, constituye á la razón en fuente única de todos los conocimientos y en árbitra de los destinos del mundo, y declara guerra tenaz á la doctrina revelada y á la Iglesia su depositaria. «No basta á la ciencia natural», afirma Benoit², «pretender independizarse del orden sobrenatural, sino que entra en lucha con él. La ciencia secularizada no es sólo la ciencia indiferente, es la ciencia enemiga; no es sólo la ciencia que desconoce á Dios y á Cristo, es la ciencia que blasfema de ellos.

La incredulidad, siempre soberbia y altanera en la aceptación de las verdades que superan al alcance de la inteligencia, ha sido, y será en todo tiempo, enemiga irreconciliable de la fe, que exige el rendimiento de la razón ante la realidad del misterio y las enseñanzas divinas. Ya Gicthe había dicho que el verdadero y más profundo tema de la historia del mundo, al que todos los demás deberían estar subordinados, sería el eterno conflicto entre la incredulidad y la fe.

¹ Cours d'instruction religieuse.

² «La ciudad anticristiana».

Para que desaparezca este conflicto, que no tiene razón de ser, es necesario que la ciencia acepte las enseñanzas de la fe, única luz que puede guiarla en la investigación del mundo sobrenatural; y aun en la adquisición de no pocas verdades del orden natural es preciso que la ciencia, en vez de renegar de Dios, lo mire como al Señor de todas ellas, y le rinda homenaje de sujeción y de respeto. Esto no quiere decir que todas las ciencias hayan de confundirse con la teología; pues cada una se ha de ocupar en las verdades que le son peculiares.

«La Iglesia no prohíbe», según declaró el Concilio Vaticano, «que las ciencias, cada cual en su esfera, se sirvan de sus principios y métodos propios; pero, al reconocerles esta justa libertad, velan cuidadosamente sobre ellas, para que no admitan errores que las pongan en oposición con la doctrina revelada, no traspasen sus límites é invadan y perturben lo que es del dominio de la fe.»¹ Sobre todo las ciencias políticas y morales, que se ocupan en excogitar los medios que conducen á los individuos y los pueblos al anhelado bienestar y en dictar las leyes á que debe someterse la humana actividad, tienen más íntima conexión con la fe, guía en el camino del cielo y en la manera de obtener la felicidad relativa, dada á disfrutar en la presente vida.

4. La doctrina católica, lejos de oponerse á ninguna de las ciencias, las protege y fomenta.—La religión no es enemiga de la ciencia, ni huye de ella: la busca, la protege, procura su desarrollo y la cubre con su sombra bienhechora, á manera de robusta encina que defiende con su follaje las tímidas flores que esquivan los rayos del sol. El cristianismo es luz, es verdad, y no teme á la ciencia, que es también luz. Á Jesucristo, Fundador de la Iglesia, llama San Juan, *luz verdadera que ilumina á todo hombre*

¹ «Nec sive Ecclesia vetat, ne humane discipline in suo quoque ambitu propriis utantur principiis et propria methodo; sed latum hanc libertatem agnoscens, id sedulo cavet, ne divina doctrina repugnando erroribus in se suscipiant, aut fines proprios transgressæ, eas, que sunt fidei, occupent et perturbent» (Constit. dogm. de fide cathol. c. 4).

que viene al mundo¹, palabras que expresan la misión civilizadora de la fe.

«La ciencia nada tiene que temer de la fe», dice un apologeta moderno². «siempre que no se extravíe ni invada los derechos de ésta. Cuando la ciencia, encerrándose y moviéndose con libertad plena en el extenso y hermoso dominio que le es propio, observa los hechos, los compara, los comprueba por la experiencia; cuando establece el orden actual de los fenómenos para deducir las leyes que los rigen, la teología, ó sea, la ciencia de la fe, no debe intervenir. En el vasto campo de la investigación, la Iglesia dejará siempre á la ciencia dueña de sí misma, sin oponerse á ninguno de sus movimientos y progresos, y reconocerá todas sus conquistas».

«Pero, si del orden experimental (que es el propio de la ciencia positiva) pasa al orden metafísico; si por una manifestación contradicción en los procedimientos lógicos, en los principios mismos del determinismo, el representante de la ciencia no se contenta con afirmar la exactitud de los hechos observados y su transformación inmediata, para deducir de aquí las leyes generales; si, al exponer doctrinas y teorías sobre la causa primera, sobre las bases de la moral, sobre la religión, etc., se convierte en filósofo y depende de la filosofía, construye un símbolo teológico y cae bajo el dominio de la teología; la Iglesia entonces puede y debe intervenir. Hay más: no sólo es, en tal caso, competente la teología, sino que es la única competente; la ciencia deja de serlo, puesto que invade un dominio que de ningún modo puede estar sujeto á su autoridad. En resumen, la Iglesia decide acerca de las especulaciones doctrinales, no sobre los resultados de la experiencia: respeta los derechos de la ciencia, pero no puede crear un privilegio en su favor permitiéndola dogmatizar por excepción. Este es el verdadero sentido de estas palabras de Santo Tomás: *‘No correspondi*

¹ «Lux vera, que illuminat omnem hominem venientem in hunc mundum» (Jo. 1, 9).

² *Duñitè de Saint-Projet*, Apología científica de la fe cristiana.

á la teología probar los principios de las demás ciencias, sino sólo juzgar de ellos.¹»

«Aun cuando la fe esté encima de la razón», enseña el Concilio Vaticano, «no puede haber entre ellas verdadero desacuerdo; porque el mismo Dios que revela los misterios é infunde la fe, ha puesto en el espíritu humano la luz de la razón; y Dios no puede negarse á sí mismo, ni la verdad contradecir jamás á la verdad.²»

«La verdad científica, la verdad filosófica, la verdad religiosa reflejan los aspectos diversos de una misma verdad eterna, son los rayos de un mismo sol y las manifestaciones múltiples de una misma luz. La ciencia observa los fenómenos de la naturaleza y proclama sus leyes; la razón se eleva al principio y proclama al legislador; la fe se inspira en la palabra divina y proclama al Redentor, al Remunerador. Estas son concepciones diversas, pero no contradictorias. Entre ellas hay maravillosas relaciones: lejos de destruirse, se completan, se sobreponen y se compenetran fortificándose unas á otras, como esas capas de terreno que componen nuestro globo, que llegan á ser, á medida que se sube, más ricas y vigorosas, desde el granito primitivo, azoico, muerto, hasta la superficie toda poblada, toda viva, toda bañada de luz y de calor.»

5. Servicios de que las ciencias son deudoras á la Iglesia.—Con el cristianismo se transformó el mundo; él echó la semilla de nuevos conocimientos, amplió los horizontes de la ciencia profana y sagrada, salvó para el arte los antiguos monumentos, bautizó, en cierto modo, los hermosos mármoles y las obras impecables del genio greco-romano, y, sobre todo, abrió á la humanidad los raudales del sacrificio.

¹ «Non pertinet ad eam (sc. sacram doctrinam) probare principia aliarum scientiarum, sed solum indicare de eis» (Summa theol. I, q. 1, a. 6 ad 2).

² «Etsi fides sit supra rationem, nulla tamen unquam inter fidem et rationem vera dissensio esse potest: cum idem Deus, qui mysteria revelat et fidem infundit, animo humano rationis lumen indidit; Deus autem seipsum non possit, nec verum vero unquam contradicere» (Constit. dogm. de fide cathol. c. 4).

de la abnegación, del heroísmo y de la santidad. El cristianismo ha cambiado los rumbos del espíritu, iluminando con luz mística los destinos humanos y abriéndose paso triunfal en la historia con sus admirables dogmas, moral y culto, legislación, artes y ciencias, las que, desde entonces, son cristianas, y continuarán siéndolo hasta el fin de los tiempos.

Todas las ciencias, aun las que parecen más extrañas a la religión, deben a esta inapreciables servicios. No hay ramo de los conocimientos humanos que no haya sido cultivado por los hijos de la Iglesia, ya por amor a la ciencia misma, ya por explicar algunos lugares difíciles de la Escritura y vindicarlos de los ataques de la impiedad. La historia comprueba que, cuando los hombres han puesto su razón al servicio de la fe, o se han apoyado en ella, las ciencias han progresado maravillosamente y aparecido ingenios como Colón, Newton, Copérnico, Kepler, Rogerio Bacon, Santo Tomás, Suárez y otros ciento. Sobre todo en la edad media, en que se dieron estrecho abrazo la ciencia y la fe, los entendimientos más esclarecidos hallaban en la divina luz los rayos de sus inspiraciones más sublimes, y juzgaban su gloria más pura rendir a la fe el obsequio de su adhesión.¹

Como el hombre es falible, debe someterse en sus lucubraciones a ciertas reglas que le impidan extraviarse, siendo la principal no pretender explicar todo, aun en el orden natural, y menos penetrar sin guía en el mundo sobrenatural, superior a sus alcances. «Pero no hay motivo», enseña León XIII, «para que la ciencia digna de este nombre se rebele contra las leyes justas y necesarias, que deben regular las enseñanzas humanas, como lo exigen la Iglesia y la razón misma. Y al dirigir la Iglesia su actividad principal y especialmente a la defensa de la fe cristiana, fomenta también y favorece el desarrollo de los conocimientos humanos, como lo atestiguan los hechos. Los buenos estudios son en sí dignos de alabanza y cultivo; y además, toda ciencia, fruto

¹ *Ver*, Armonía entre la ciencia y la fe.

de una razón sana y conforme a la realidad de las cosas, no es de poca utilidad para esclarecer las mismas verdades reveladas.»¹

CAPÍTULO SEXTO.

ESTUDIOS RELIGIOSOS. — LA BIBLIA.

1. Importancia de los estudios religiosos para el gobierno de la vida y la consecución de útiles verdades. — 2. Vidéamur las perfecciones de Dios en cada una de sus obras; y su sabiduría, en las verdades que nos ha revelado. — 3. Estas se encuentran contenidas principalmente en la Biblia. — 4. La Biblia, fuente de saliduría, de belleza, de poesía y de consuelo. — 5. Poesía mística: su hermosura y superioridad sobre las demás. — 6. Místicos españoles: juicio de Menéndez y Pelayo acerca de algunos de ellos. — 7. En la Biblia y en el trato con Dios se han inspirado los mejores poetas y artistas. — 8. Paralelo entre la poesía bíblica y la profana, entre la hebrea y la griega.

I. Importancia de los estudios religiosos. — Entre los varios ramos del saber humano a cuyo cultivo debe dedicarse la juventud estudiosa, corresponde el primer lugar a la ciencia sagrada, tanto por la importancia suma de los asuntos de que trata, como por su íntima relación con la felicidad temporal y eterna del hombre. De esto se deduce la necesidad en que está el joven de adquirir un conocimiento sólido de la religión, para confesar con firmeza sus creencias, refutar los errores y sofismas que se le oponen contra ella, y cumplir los preceptos que Dios ha impuesto al hombre.

¹ «Quare non est causa, cur germana libertas indignetur, aut veri nominis scientia molestet ferri leges iustas ac debitas, quibus hominum doctrinam contineri Ecclesia simul et ratio consentientes solvant. Quinimo Ecclesia, quod re ipsa passim testatur nisi hoc agens precipue et maxime, ut fidem christianam tuteat, humanarum quoque doctrinarum omne genus fovere et in maius provehere studet. Non enim per se est et laudabilis atque expetenda elegantia doctrinæ: pretereaque omnis eruditio quam sana ratio pepererit queque rerum veritati respondeat, non mediocriter ad ea ipsa illustranda valet, que Deo auctore credimus» (Encycl. *Libertas presbiterianam*, d. d. 20 Iunii 1888).

Los estudios religiosos tienen, además, la ventaja de despertar pensamientos serios en el alma, de entusiasmarla en la consecución de su destino inmortal, de suministrarle reglas seguras para el gobierno de la vida y de precaverla de los peligros que ocasiona la ciencia incrédula. En medio de los azares de la existencia y de las fatigas que causa la cultura del espíritu, experimenta el hombre grato solaz al levantar el corazón a Dios, reflexionar en los intereses eternos y engolfarse en la contemplación del mundo sobrenatural. Si, como dijeron los antiguos, el hombre es un *animal religioso*, es natural que, por adherido que esté a los goces terrenales, se acuerde, siquiera de vez en cuando, de sus deberes para con Dios y de la suerte que le aguarda más allá del sepulcro. Por esto no hay pueblo, por pervertido ó atrasado que se halle, que no crea en un ser supremo y le rinda algún culto, siquiera lo dé en la conmemoración y honra de los muertos.

2. Visiúbranse las perfecciones de Dios en cada una de sus obras.—Siendo Dios la causa y centro de todos los seres, el punto más culminante de la ciencia y el fin último á que deben tender nuestras acciones, es necesario, para amar á Dios, primero conocerle mediante la luz de la razón iluminada por la fe. Y si, por la limitación de nuestras facultades, no podemos comprenderle, nos es dado, por lo menos, admirar los destellos de su hermosura y poder en las obras creadas por su diestra omnipotente. San Pablo asegura, en efecto, que *las perfecciones invisibles de Dios, aun su eterno poder y divinidad, se han hecho visibles después de la creación del mundo, por el conocimiento que de ellos nos dan sus criaturas*; y por esto, refiriéndose á los paganos, dice que *no tienen disculpa, porque habiendo conocido á Dios, no lo glorificaron como á Dios, ni le dieron gracias; sino, que enserbercidos degeneraron en sus discursos, y quedó su insensato corazón lleno de tinieblas. Y mientras se jactaban de sabios, pararon en ser unos necios*¹.

Un estudio atento y profundo de la naturaleza, á la vez que hace admirar las cualidades de los seres y las sabias

leyes que los rigen, eleva también el alma hacia Dios y la induce á tributarle un himno de alabanza, como á autor y providencia de cuanto existe. Así lo hicieron muchos eminentes naturalistas, que han consignado en hermosas frases los sentimientos de gratitud y adoración de que para con Dios estaban poseídos.

Al terminar Kepler su famosísima obra, los «cinco libros de las armonías celestes», exclamaba: «Ahora réstame sólo levantar las manos y los ojos hacia el cielo y dirigir con devoción mi humilde plegaria al Autor de toda luz: ¡Oh Tú que ves los sublimes resplandores que derramaste sobre toda la naturaleza, eleva nuestros deseos hasta la divina luz de la gracia; yo te bendigo, Señor y Criador de todos los goces que he experimentado, en los éxtasis en que me ha abismado la contemplación de la obra de tus manos... Yo he pregonado á la faz de los hombres toda la grandeza de tus obras, demostrándoles sus perfecciones, tanto como los alcances de mi entendimiento me permitieron abarcar su incommensurable extensión. ¿No me habré tal vez dejado arrastrar de las seducciones de la presunción en presencia de la belleza admirable de tus obras, y buscado mi propia gloria entre los hombres, al levantar este monumento que debía ser exclusivamente consagrado á tu gloria? ¡Oh! si así fuera, recíbeme en tu clemencia y misericordia, y otórgame esta gracia: que el libro que he escrito sea siempre impotente para producir el mal y que contribuya, por el contrario, á tu glorificación y á la salvación de las almas.» Y Newton, al terminar su no menos renombrada obra, el «libro de los principios matemáticos de las filosofías naturales», decía: «Dios lo rige todo, no como alma del mundo, sino como Señor universal de todas las cosas... Él es eterno, infinito, omnipotente y omnisciente; Él existe desde la eternidad; Él llena la inmensidad con su presencia. Él lo rige todo y conoce todo lo que sucede y puede acontecer...»²

En donde principalmente admiramos la sabiduría y demás atributos de Dios, es en las enseñanzas que se ha dignado

¹ Rom. i, 20—22.

² Citas del abate Maigro en su obra «Esplendores de la fe».

comunicar al hombre, con respecto á las verdades superiores puestas al alcance de su razón. Los dogmas, con sus altísimos misterios, la moral con su pureza encantadora y el culto con sus magnificencias, elevan el alma á las regiones del mundo sobrenatural y son para ella fuente inagotable de inspiración y de consuelo.

3. Las enseñanzas divinas están principalmente contenidas en la Biblia.— Existe un libro por excelencia, que contiene la palabra de Dios y sus enseñanzas, libro incomparablemente superior á todas las producciones del ingenio humano. Este libro es la *Biblia*, cuya lectura y meditación son casi indispensables para adquirir un conocimiento exacto de Dios y sus atributos, del hombre y su destino, de los pueblos y su misión; libro maestro para morigerar y dirigir las costumbres, y para resolver con acierto las más áridas cuestiones relacionadas con la humanidad. El estudio atento y asiduo de este libro ha formado á innumerales santos y sabios; ha infundido valor en las luchas de la vida; ha impulsado á la propaganda del bien, y ha sido y será siempre el pan espiritual de todas las generaciones.

La Sagrada Escritura es y será leída y meditada siempre con respecto por cuantos desean conocer las verdades del orden sobrenatural, aprender la difícil ciencia del vencimiento y embellecer el alma con preciosas virtudes. ¿Quién, por apenado que esté, no encuentra lenitivo y consuelo en el libro de Job, que bien se puede llamar el *poema del dolor*, en el que se destaca la figura de aquel varón justo, modelo y tipo de admirable fortaleza y resignación, en medio de los más rudos padecimientos físicos y morales? En cuanto al Salterio de David, «él era el manual de piedad de nuestros padres», dice Lacordaire¹; «pues se le veía en la mesa del pobre y en la morada de los reyes. Aún en nuestros días es, en manos del sacerdote, el tesoro en que encuentra las aspiraciones que le conducen al altar, el arca que le acompaña en los peligros del mundo como en el desierto de la

¹ L'etres à un jeune homme sur la vie chrétienne.

meditación... David es el padre de la armonía sobrenatural, el músico de la eternidad en las tristezas del tiempo, y su voz se presta para el gemido, la invocación, la alabanza y la adoración.»

Hablando de la Biblia en general, afirma el mismo insigne escritor¹: «En este libro se hallan los planes de Dios sobre el mundo, las leyes primordiales y universales, el origen de las razas, la acción de la Providencia sobre las cosas humanas, las profecías del porvenir, la elección de los pueblos y de los siglos, la gloria de los hombres predestinados por los designios eternos, la lucha del bien contra el mal, la promulgación auténtica de la verdad; y, por encima de todo, la figura de Cristo, resplandeciente por su belleza y bondad. La Biblia es el monumento más grandioso de historia, de legislación, de moral y de elocuencia... Ella es, á la vez, el drama de nuestros destinos, la historia primitiva del género humano, la filosofía de los santos, la legislación de un pueblo elegido y gobernado por Dios; ella es, en una providencia de cuatro mil años, la preparación y el germen de todo el porvenir de la humanidad, el depósito de las verdades que le son necesarias, la constitución de sus derechos, el tesoro de sus esperanzas, el abismo de sus consuelos, la boca de Dios sobre su corazón; ella, en fin, contiene la doctrina del Hijo de Dios que la ha salvado.»

4. La Biblia, fuente de sabiduría, de belleza, de poesía y de consuelo.— Prescindiendo de otros aspectos según los cuales puede mirarse la Biblia, y del provecho de su lectura, me limitaré á considerarla ante todo como fuente de sabiduría altísima, de belleza sublime, de encumbrada poesía.

La Biblia contiene no sólo las verdades del orden sobrenatural que Dios se ha dignado enseñarnos, sino que es también fuente pura e inagotable del saber humano, y cada una de sus páginas encierra tesoros de ciencia y de vida. *Toda escritura inspirada por Dios*, dice San Pablo, *es útil para enseñar, para conocer, para reprender, é instruir en la jus-*

¹ L. c.

ticia: á fin de que el hombre de Dios sea perfecto y esté apercebido para toda obra buena¹.

Por esto recomienda el Salvador, según San Juan, *escudriñar las Escrituras, en las que creéis hallar la vida eterna*². La Biblia, según observa el célebre Padre Scio, empieza por la grandiosa obra de la creación del mundo, y acaba por el establecimiento y conservación del reino de Dios, que es una nueva creación, y un nuevo y bello orden de siglos.

Lamartine dijo, con razón, que la Biblia es la epopeya única que interesa á toda la humanidad. Maravillosa síntesis de la historia, se ve en ella á la Providencia gobernando las cosas, fulminando castigos y abriendo las puertas de la gloria. En ese grandioso libro se enaltecen todos los humanos sentimientos, y se recorren todos los círculos de la inspiración y la belleza, desde los idilios del Génesis y los *Cantares del Esposo* hasta los vaticinios tremendos de Ezequiel y del Apocalipsis; desde los inmortales lamentos de Job, hasta los profundos consejos del filósofo de los *Proverbios* y de la *Sabiduría*.

La belleza que se encuentra en la Biblia, no es como la de las obras humanas, puramente natural y sensible, sino espiritual y sobrehumana; de modo que, para percibirla, debe el hombre tener corazón limpio y mente sana; debe mirarla con la *lumbre del alma*, que es la fe. Una inteligencia obscurcida por el error, una voluntad pervertida por el mal no pueden gustar la dulzura celestial de la palabra divina; porque el hombre animal no es capaz de entender las cosas de Dios³. Como observa el ya citado Lacordaire⁴, «la Escritura es bella como una belleza que nada tiene de humano, que no procede de ninguna pasión ni la provoca. En cualquier otro libro las cosas nos impresionan por su naturaleza, que

¹ «Omnia scriptura divina inspirata utilis est ad docendum, ad arguendum, ad corripiendum, ad erudiendum in iustitia: ut perfectus sit homo Dei, ad omne opus bonum instructus» (2 Tim. III, 16—17).

² «Scrutamini scripturas, quia vos putatis in ipsis vitam eternam habere» (Jo. V, 39).

³ «Animalis homo non percipit ea, que sunt spiritus Dei» (1 Cor. II, 14).

⁴ L. c.

es la nuestra; y si el genio del escritor las ha revestido de elocuencia ó poesía, ellas nos arrebatan fácilmente hasta el entusiasmo ó, á lo menos, hasta la emoción. No pasa lo mismo con la Escritura: ella es sobrehumana por su fondo, á pesar de tratarse del hombre y sus destinos; y reina en ella un ambiente tan sencillo, tan casto, tan poco terrestre, que el lado débil de nuestro ser no encuentra jamás aliciente en ella. Apenas en uno que otro fragmento de alguna historia que se acerca más á nosotros, sentimos ligeramente conmoverse la brisa de la humanidad. José reconociendo á sus hermanos que le vendieron; Tobías abrazando á su anciano padre, después de larga ausencia y abundantes lágrimas; los Macabeos libertando á su patria del yugo extranjero: estas y otras escenas nos llevan al hogar de nuestra naturaleza, pero pocas veces y con cierta parsimonia divina. Cuando leo el *Cantar de los Cantares*, me admiro de permanecer tan frío ante una desnudez de expresión tan grande como oriental; y me he preguntado la razón, sin comprender que, si hay un arte de ocultar el vicio bajo formas de estilo diestramente calculadas, también existe un arte de ocultar la virtud bajo colores que parecen los de la pasión. Pasa con el *Cantar de los Cantares* lo que con el Crucifijo: están impunemente desnudos porque son divinos.

La belleza de la Escritura, muy superior á todas las bellezas clásicas, electriza el alma del cardenal Pie, y le hacía exclamar: «¡Jamás hombre alguno, por notable que se le suponga, ha hablado como los autores de la Biblia! Jamás Horacio ni Herodoto hablaron como Job y Moisés; jamás Teofrasto habló como Salomón, ni Píndaro como Isaias; jamás sabio alguno, aunque se llamase Platón, ha hablado el lenguaje de las parábolas de Jesús y de sus bienaventuranzas; jamás Tácito ni Livio hablaron como San Lucas y San Juan; jamás Demócrito ni Cicerón hablaron como San Pablo. Así como entre las varias concepciones de la santidad no hay sino un justo único, Jesús, tipo absoluto de la belleza moral, ante el cual se prosternan admirados todos los tiempos y todos los lugares; de igual modo en la infinita variedad de lenguas y de literaturas sólo hay un libro que,

semejante al maná, tiene el sabor de todos los siglos y se acomoda á todos los lugares. Este libro es la Biblia, el libro por excelencia, libro universal, libro *católico*, el cual, dictado por Aquel que primitivamente dió á la tierra un *labio y un lenguaje*, reproduce, por un prodigio permanente, el milagro de que se asombraba Jerusalén cuando todos los pueblos del mundo iban, cada uno en su lengua, referir á los apóstoles las grandezas de Dios.¹

La *poesía*, para merecer el nombre de tal, debe cantar asuntos tiernos y elevados que impresionen gratamente al alma, la entusiasmen ante las magnificencias del Universo, y la transporten á ulteriores regiones de verdad y de bien. El lenguaje poético, como vistoso ropaje, ha de engalanar cuanto hay de grande, noble y hermoso, no ha de encubrir con sus adornos el vicio, y menos enaltecer miserias y flaquezas que deben quedar ocultas é ignoradas. La inspiración, el *meus dicuntur*, sin la que, según Horacio, no puede existir nimen poético, encuentra un riquísimo venero en la contemplación de la naturaleza y en el estudio atento del mundo moral y sobrenatural. La oda y la epopeya cantan siempre asuntos grandiosos, propios de los dogmas y de la moral cristiana, como lo comprueban la *Divina Comedia*, la *Jerusalén Libertada*, el *Paraíso Perdido* y otros poemas de mérito indiscutible, inspirados todos en temas religiosos.

La *poesía* exige, pues, genio, inspiración, y de ordinario la áurea vestidura del verso, porque, como muy bien dice el Padre Monsabré², «la *poesía* no puede contentarse, especialmente cuando es religiosa, con los períodos de que nos servimos para expresar nuestros pensamientos comunes, sino que necesita movimientos, números y cadencias que revelen divinas influencias. Por otra parte, la sabiduría eterna, que desde el principio se goza en la inmensidad de los mundos, donde todo le ha dispuesto con número, peso y medida, parece agradarse del ritmo del lenguaje. La *poesía* condensa el pensamiento para hacerlo brotar con mayor brillo é impetuosidad;

¹ Historia del cardenal Pie, por Mons. Rausserd.

² Introduction au dogme catholique.

precipita la verdad en cascadas armoniosas hasta las sublimes profundidades del alma humana; hace marchar las grandes cosas con paso grave y solemne, para que se las pueda contemplar mejor; ella, en fin, sujeta la armonía, midiendo los períodos, y la encadena mejor que la prosa á todo lo que se debe recordar. La *poesía* en forma delicada y popular es por excelencia la forma de las manifestaciones proféticas. Jacob canta en su lecho de muerte cuando con mano temblorosa bendice á los padres de las doce tribus; Job canta cuando del fondo de su miseria descubre á lo lejos la figura del Redentor á quien debe ver un día en su carne; David canta cuando Cristo y su Iglesia estimulan su verbo con apariciones; Isaías, Jeremías y Ezequiel cantan cuando prescinden de la historia contemporánea, para ocuparse en la historia de los tiempos futuros.»

«¿Cuál es el libro con más frecuencia bañado por nuestras lágrimas? La Biblia», dice el abate Pinard¹. «¿Cuál es el libro al que se dirigen nuestros ojos aterrados cuando el rayo zumba sobre nuestra cabeza, y contra el cual se estrecha nuestro corazón atormentado? La Biblia. Cuando la fortuna acumula en torno del hombre toda clase de libros, puede ser que no ocupe la Biblia el puesto preferente que merece; pero cuando la suerte disipa las riquezas, el libro que el hombre cuida de salvar del naufragio, es la Biblia. Obligado acaso á huir del lugar en que vió la primera luz, empuña con una mano el báculo que sostendrá su cuerpo fatigado por larga peregrinación, y con la otra toma la Biblia, destinada á consolar su alma atribulada.»

La lectura y meditación de las preciosas máximas y hermosos hechos del antiguo y nuevo Testamento sirven de lenitivo poderoso en los grandes dolores y amarguras de la vida. Á más de que la palabra divina tiene en sí misma fuerza sobrehumana para consolar y fortalecer al hombre humilde y creyente, la atenta consideración de dichas máximas y el espectáculo de tantos varones justos sometidos por Dios al crisol de la tribulación, infunden en el alma poderoso vigor

¹ Le génie du catholicisme.

para sobrellevar iguales pruebas y para connaturalizarse con ellas, hasta llegar á desealarlas y á buscarlas, como lo han hecho los santos.

Con profunda sabiduría dice San Pablo que «el Señor castiga al que ama»¹; porque mediante el padecimiento purifica Dios al hombre en esta vida, como en baño saludable, de las faltas que ha cometido en el mundo, para concederle en la eternidad un premio infinito. ¿Quién, al conocer la vida de Moisés, el célebre legislador y libertador del pueblo hebreo; la de Abraham, Isaac, Jacob, José y los demás patriarcas; la de Isaías, Jeremías, Daniel y demás profetas; la de los apóstoles y otros fieles discípulos de Jesucristo, que soportaron persecuciones, calumnias, y algunos la misma muerte, á pesar de su inocencia y santidad, quién al considerar tales hechos no se anima á sobrellevar con resignación y calma los dolores de la vida? ¿Quién al meditar sobre todo en los ultrajes y tormentos que irrogaron al Hombre-Dios en su pasión, por haberse constituido en Redentor de la humanidad prevaricadora, no desea andar por el camino penoso que Él recorrió, para enseñarnos que sin la expiación voluntaria de nuestras faltas y el ejercicio de la mortificación no llegaremos al cielo?

¡Oh! si todos los que sufren leyeran la Biblia y se empaparan en sus enseñanzas; si se persuadieran del mérito del padecimiento cristianamente aceptado, el bálsamo del consuelo cicatrizaría las heridas del alma, y la vida, no obstante los pesares que le son inherentes, sería una carga soportable y dulce.

5. Poesía mística, su hermosura y superioridad sobre las demás.—Si la Biblia es manantial inagotable de inspiración poética, si en ella se han inspirado los más grandes ingenios, si ella ha ensanchado inmensamente el campo de las ciencias y de las bellas artes, hay un género de poesía, el más hermoso, encumbrado y avasallador entre todos, que se inspira en la Biblia como en única fuente y canta la unión del alma con Dios; una poesía que es como la flor de la poesía; á saber, la poesía mística.

¹ «Quem enim diligit Dominum, castigat» (Hebr. XII, 6).

«Para llegar á la inspiración mística», dice Menéndez y Pelayo¹, «se requiere un estado psicológico especial, una efervescencia de la voluntad y del pensamiento, una contemplación ahincada y honda de las cosas divinas, y una metafísica ó filosofía primera, que va por camino diverso, aunque no contrario, al de la teología dogmática. El místico, si es ortodoxo, acepta esta teología, la da como supuesto y base de todas sus especulaciones; pero llega más adelante: aspira á la posesión de Dios, por unión de amor, y procede como si Dios y el alma estuviesen solos en el mundo.»

Es indudable que, á medida que el alma sacude el yugo del pecado y se libera del peso de la materia, á medida que trata más de cerca y con cierta intimidad á Dios; experimenta en sí un cambio maravilloso, se transforma y *diviniza* en cierto modo, consigue el dominio sobre las pasiones y apetitos, y establece un equilibrio completo en sus facultades. La inteligencia, iluminada entonces por luz celestial, se espacia por horizontes incommensurables; la voluntad, fortalecida por la gracia, ejecuta actos heroicos; el corazón, adherido á Dios, adquiere grande generosidad y nobleza; los afectos se depuran; el cuerpo se desprende de sus bajos instintos; el alma alcanza mejor la belleza de los seres y vase con fuerza irresistible hacia Dios, centro de cuanto existe y el único que sacia la sed de felicidad que sufre el hombre.

6. Místicos españoles: juicio de Menéndez y Pelayo acerca de algunos de ellos.—«Todos nuestros grandes místicos son poetas, aun escribiendo en prosa, y lo es más que todos Santa Teresa de Jesús en la traza y disposición de su *Castillo Interior*», dice este eminente autor español. «La conceptuosa letrilla, *Vivo sin vivir en mí*, nacida (como escribe el Padre Yepes) del fuego del amor de Dios que en sí tenía la Madre, es el más perfecto dechado del apacible discreto que aprendieron de los trovadores palacianos del siglo XV algunos poetas devotos del siglo XVI....» Y en otro lugar añade: «¿Quién ha declarado la unión extática con tan graciosas comparaciones como Santa Teresa,

¹ Estudios de crítica literaria. De la poesía mística. CEREZO-TUPAL, Educación, Ed. 2.

² L. C. 31

ya de las dos velas que juntan su luz, ya del agua del cielo que viene a henchir el cauce de un arroyo? Y ¿qué diremos de aquella portentosa representación suya de la esencia divina, como un *claro diamante, muy mejor que todo el mundo*, ó como un espejo en que por subida manera y *espantosa claridad* se ven juntas todas las cosas, sin que haya ninguna que salga fuera de su grandeza? Ni Malebranche ni Leibnitz imaginaron nunca más soberana ontología.

¿Quién me dará palabras para ensalzar a Fray Luis de León? Si dijese que fuera de las canciones de San Juan de la Cruz, que no parecen ya de hombre sino de ángel, no hay truco castellano que se compare con él, aun me parecería haber dicho poco. Porque, desde el Renacimiento acá, á lo menos entre las gentes latinas, nadie se le ha acercado en sobriedad y pureza, nadie en el arte de las transiciones y de las grandes líneas y en la rapidez lírica; nadie ha volado tan alto ni infundido como él en las formas clásicas el espíritu moderno. El mármol de Pentelico labrado por sus manos se convierte en estatua cristiana, y sobre un cúmulo de reminiscencias de griegos, latinos é italianos, de Horacio, de Píndaro y de Petrarca, de Virgilio y del himno de Aristóteles á Hermias, corre juvenil aliento de vida que lo transfigura y remozca todo.

Pero aun hay una poesía más angelica, celestial y divina, que ya no parece de este mundo, ni es posible medirla con criterios literarios, y eso que es más ardiente de pasión que ninguna poesía profana, y tan elegante y exquisita en la forma, y tan plástica y figurativa como los más sabrosos frutos del Renacimiento. Son las *Canções Espirituales* de San Juan de la Cruz, la *Subida del monte Carmelo*, la *Noche oscura del alma*. Confieso que me infunden religioso terror al tocarlas. Por allí ha pasado el espíritu de Dios hermoseándolo y santificándolo todo.

Mil gracias derramando,
Pasó por estos autos con presura
Y, géntolos mirando,
Con sola su figura
Vestidos los elejó de su hermosura.

«Juzgar tales arrobamientos, no ya con el criterio retórico y mezquino de los rebuscadores de ápices, sino con la admiración respetuosa con que analizamos una oda de Píndaro ó de Horacio, parece irreverencia y profanación. Y, sin embargo, el autor era tan artista, aun mirado con los ojos de la carne; y tan sublime y perfecto en su arte, que tolera y resiste este análisis, y nos convida á exponer y desarrollar su sistema literario, vestidura riquísima de su extático pensamiento.

«Por toda esta poesía oriental, transplantada de la cumbre del Carmelo y de los floridos valles de Helicon, corre una llama de afectos y un encendimiento amoroso, capaz de derretir el mármol. Hielo parecen las ternezas de los poetas profanos al lado de esta vehemencia de deseos y este fervor en la posesión, que siente el alma después que bebió el vino de la bodega del Esposo.»

«San Juan de la Cruz», dice el mismo autor en otra de sus obras¹, «cantó en prosa admirable, y en versos aun más admirables que su prosa, y de fijo superiores á todos los que hay en castellano, las delicias de la unión extática, que llama dulce abrazo en que siente el alma la respiración de Dios.

Quédame y olvidéme.
El rostro recliné sobre el Amado,
Cerré todo, y dejéme,
Dejando mi cuidado.
Entre las azucenas olvidado.

7. En la Biblia y en el trato con Dios, se han inspirado los mejores poetas y artistas.—Grandes

almas, encendidas en el fuego del amor divino, han debido sus ardimientos á la meditación de la divina ley y al estudio de la sagrada Biblia. En ningún otro libro se expresa con mayor vehemencia al afecto puro, tierno, ardiente del alma unida á Dios, como en el *Cantar de los Cantares*, sublime epitalamio en que se celebra el místico desposorio del alma con el celestial Esposo. Vena inagotable de poesía religiosa es el Salterio de David, en que el Rey penitente derrama, ante el acatamiento divino, el alma quebrantada por el dolor

¹ Los heterodoxos españoles.

de la culpa, y, una vez purificado de ella por las lágrimas del arrepentimiento, se lanza hacia Dios con ímpetu irresistible y halla en sus brazos paternales el descanso y la paz de que carecía. Las sapientísimas máximas de los Proverbios de Salomón, los consejos y saludables enseñanzas del Eclesiástico y de la Sabiduría, la terrible y austera voz de Isaías, Jeremías y Ezequiel, han contribuido no poco á morigerar las costumbres y aun á ensanchar los dominios del humano saber.

La Biblia, lo repito, es la fuente de inspiración de los grandes poetas que han hablado de Dios, del origen del hombre y de los poderosos é insondables misterios de la eternidad; y que mientras más han profundizado las verdades contenidas en este libro divino, mayor vuelo han dado á sus concepciones. «En la Biblia», dice Donoso Cortés, aprendió Petrarca á modular sus gemidos; en ella vió Dante sus terribles visiones; de aquella fragua encendida sacó el poeta de Sorrento los esplendidos resplandores de sus cantos. Sin ella, Milton no hubiera sorprendido á la mujer en su primera flaqueza, al hombre en su primera culpa, á Luzbel en su primera conquista, á Dios en su primer ceño; ni hubiera podido decir á las gentes la tragedia del paraíso, ni cantar con tanto de dolor la mala ventura del linaje humano. Y, para hablar de España, ¿quién enseñó al maestro León á ser sencillamente sublime? ¿De quién aprendió Herrera su entonación alta, imperiosa, robusta? ¿Quién inspiraba á Rioja aquellas lugubres lamentaciones, llenas de pompa y majestad, henchidas de tristeza, que dejaba caer sobre los campos marchitos, y sobre los mustios collados, y sobre las ruinas de los imperios, como un paño de luto? ¿En cual escuela aprendió Calderón á remontarse á las eternas moradas sobre las plumas de los vientos? ¿Quién puso delante de los ojos de nuestros grandes escritores místicos los oscuros abismos del corazón humano? ¿Quién puso en sus labios aquellas santas armonías, y aquella vigorosa elocuencia, y aquellas tremendas imprecaciones, y aquellas fatídicas amenazas, y aquellos arranques sublimes, y aquellos suavísimos acentos

¹ Discurso académico sobre la Biblia.

de encendida caridad y de castísimo amor, con que unas veces ponían espanto en la conciencia de los pecadores, y otras levantaban hasta el arrobamiento las limpias almas de los justos? Suprimid la Biblia con la imaginación, y habréis suprimido la bella, la grande literatura española, ó la habréis despojado al menos de sus destellos más sublimes, de sus espléndidos atavíos, de sus soberbias pompas y de sus santas magnificencias.»

Y ¿dónde sino en el trato con Dios aprendió Fray Angélico á trasladar á sus inimitables lienzos los afectos de que estaba poseído su espíritu, ya arrobado en la contemplación divina, ya lleno de sobrenatural dulzura y misericordia para con los hombres? ¿Dónde, si no en asuntos religiosos, se inspiraron Miguel Ángel, Rafael, Murillo, el Ticiano, Palestrina, Mozart, Gounod y cien genios más que han descollado en la pintura, en la música y en la escultura? Hoy mismo, Domingo Morelli y el abate Perosi dejan, el uno en el lienzo, las fisonomías piadosas de Cristo interpretadas por arte excelso; y el otro, en la armonía, escenas grandiosas del evangelio.

8. Paralelo entre la poesía bíblica y la profana, entre la hebrea y la griega.—La poesía se elevó á muy alto grado en la antigüedad, especialmente en Grecia, en donde la musa pagana, personificada en genios como Homero, Sófocles, Eurípides y Píndaro, obtuvo envidiables triunfos; pero á mayor altura llegó la musa cristiana, que levantó su vuelo hasta el trono de Dios y cantó asuntos más grandiosos que los de la patria griega. «La poesía en los tiempos antiguos», dice Falconnet¹, «fue representada por dos pueblos, el griego y el hebreo. Á ellos corresponde la palma de la inspiración. Al uno le inspiraron la naturaleza exterior y sus encantos, la armonía del mundo y sus suaves misterios manifestados con una expresión entusiasta y hábil: ésta fué la *inspiración humana*. Al pueblo hebreo lo entusiasman los símbolos de la divinidad, la herencia de las tradiciones primitivas aceptada y fielmente conservada, la explicación inteli-

¹ Cita de *Lautens* en su obra «Morceaux choisis de la Bible».

gente de las imperfecciones del alma y de su nativa debilidad: ésta fué la *inspiración divina*. El pueblo hebreo es, ante todo, el representante de una idea, la eternidad: por esto revela en historia, en estilo, en tradiciones gran profundidad profética. Cada hecho tiene un doble significado: el uno material y presente, el otro simbólico y futuro.»

En un paralelo que el sabio Mons. Plantier, obispo de Nîmes, hace entre la poesía bíblica y la pagana, afirma: «Como todas las poesías orientales, cuya flor es la poesía bíblica, se presenta ésta á la imaginación con un colorido que encanta y la distingue de las demás. Constantemente extraña á todo objeto bajo y á todo adorno frívolo, se rodea del mérito más serio y del interés más solemne. Órgano de la verdad, mensajera del Altísimo, musa de la humanidad, símbolo majestuoso y augusto del genio poético y de la belleza literaria, ¡cuán inagotable es la hermosura de la Biblia! Ningún escritor entre los de Grecia y Roma se distingue como los escritores sagrados por la solidez del asunto, la utilidad del fin, las formas siempre púdicas y á menudo sublimes, y el carácter nacional y humanitario que revelan.» Y no puede ser de otro modo, porque la Escritura contiene la palabra de Dios y es el medio de comunicación entre Él y el hombre sobre los asuntos más elevados y divinos, sobre los intereses más graves de nuestra vida temporal y eterna, según observa Mons. Dupanloup.

«Hombres del mundo, que admiráis las proezas é historias profanas», exclama el erudito Laurens², «decidme si alguna de ellas tiene el sello de majestad constante que caracteriza todos los hechos de la historia sagrada. El Génesis ofrece cuadros de costumbres más puras y de sencillez más encantadora que los de Herodoto y Homero. ¿Os encanta la poesía? Abrid los libros que contienen los cantos líricos de Israel: ellos os conmoverán más que las odas de Píndaro y Horacio. ¿Qué diferencia entre las cumbres de Helicón y las del Sinaí! Los cisnes y las palomas arrastran por caminos tapizados de flores el carro de las musas griegas y latinas; mientras que

¹ Etudes littéraires sur les poètes bibliques.

² L. c.

las águilas os trasladarán en sus alas á las cimas del gracioso Carmelo y del majestuoso Líbano. ¿Os agrada la tragedia y admiráis á Sófocles? Leed el poema de Job, obra maestra y sin rival en que el infortunio está maravillosamente pintado, y el problema de la Providencia discutido y resuelto en lenguaje encantador. ¿Os subyugan la elocuencia robusta de Demóstenes, los hermosos discursos de Cicerón? ¿En dónde puede encontrarse más elocuencia que en los profetas? ¿Amáis la filosofía, creéis que no existe cosa igual á los diálogos del divino Platón, nada más grande y sesudo que los tratados morales de Plutarco y Cicerón, las cartas de Séneca, las máximas de Sócrates y las sentencias de Marco Aurelio? Tenéis razón de pensar así, si no habéis leído los Proverbios de Salomón, el Eclesiástico, el Eclesiastés, el Libro de la Sabiduría y, sobre todo, las máximas de eterna verdad del Hijo de Dios, de San Pablo y de los demás apóstoles. En ellos se encuentran todo el tesoro de la verdad, todas las enseñanzas de la virtud, todo el encanto del lenguaje.»

CAPÍTULO SÉPTIMO.

LA BIBLIA.

(Conclusión.)

1. Las verdades sobrenaturales nos son conocidas sólo por la Revelación, la cual nos es moralmente necesaria, en nuestro estado actual, para el conocimiento exacto de todas las verdades religiosas y morales aun del orden natural. — 2. La Biblia y la ciencia: acuerdo que existe entre ambas. — 3. Utilidad de la Biblia para la cultura intelectual y moral del hombre. — 4. Conveniencia de promover entre los católicos la lectura frecuente de la Biblia. — 5. Juicio de varios escritores notables sobre la sagrada Biblia.

1. Las verdades sobrenaturales nos son conocidas sólo por la Revelación, la cual nos es moralmente necesaria, en nuestro estado actual, para el conocimiento exacto de todas las verdades religiosas y morales aun del orden natural. — Es innegable que hay muchas verdades de un orden superior al natural,

gente de las imperfecciones del alma y de su nativa debilidad: ésta fué la *inspiración divina*. El pueblo hebreo es, ante todo, el representante de una idea, la eternidad: por esto revela en historia, en estilo, en tradiciones gran profundidad profética. Cada hecho tiene un doble significado: el uno material y presente, el otro simbólico y futuro.»

En un paralelo que el sabio Mons. Plantier, obispo de Nîmes, hace entre la poesía bíblica y la pagana, afirma: «Como todas las poesías orientales, cuya flor es la poesía bíblica, se presenta ésta á la imaginación con un colorido que encanta y la distingue de las demás. Constantemente extraña á todo objeto bajo y á todo adorno frívolo, se rodea del mérito más serio y del interés más solemne. Órgano de la verdad, mensajera del Altísimo, musa de la humanidad, símbolo majestuoso y augusto del genio poético y de la belleza literaria, ¡cuán inagotable es la hermosura de la Biblia! Ningún escritor entre los de Grecia y Roma se distingue como los escritores sagrados por la solidez del asunto, la utilidad del fin, las formas siempre púdicas y á menudo sublimes, y el carácter nacional y humanitario que revelan.» Y no puede ser de otro modo, porque la Escritura contiene la palabra de Dios y es el medio de comunicación entre Él y el hombre sobre los asuntos más elevados y divinos, sobre los intereses más graves de nuestra vida temporal y eterna, según observa Mons. Dupanloup.

«Hombres del mundo, que admiráis las proezas é historias profanas», exclama el erudito Laurens², «decidme si alguna de ellas tiene el sello de majestad constante que caracteriza todos los hechos de la historia sagrada. El Génesis ofrece cuadros de costumbres más puras y de sencillez más encantadora que los de Herodoto y Homero. ¿Os encanta la poesía? Abrid los libros que contienen los cantos líricos de Israel: ellos os conmoverán más que las odas de Píndaro y Horacio. ¿Qué diferencia entre las cumbres de Helicón y las del Sinaí! Los cisnes y las palomas arrastran por caminos tapizados de flores el carro de las musas griegas y latinas; mientras que

¹ Etudes littéraires sur les poètes bibliques.

² L. c.

las águilas os trasladarán en sus alas á las cimas del gracioso Carmelo y del majestuoso Líbano. ¿Os agrada la tragedia y admiráis á Sófocles? Leed el poema de Job, obra maestra y sin rival en que el infortunio está maravillosamente pintado, y el problema de la Providencia discutido y resuelto en lenguaje encantador. ¿Os subyugan la elocuencia robusta de Demóstenes, los hermosos discursos de Cicerón? ¿En dónde puede encontrarse más elocuencia que en los profetas? ¿Amáis la filosofía, creéis que no existe cosa igual á los diálogos del divino Platón, nada más grande y sesudo que los tratados morales de Plutarco y Cicerón, las cartas de Séneca, las máximas de Sócrates y las sentencias de Marco Aurelio? Tenéis razón de pensar así, si no habeis leído los Proverbios de Salomón, el Eclesiástico, el Eclesiastés, el Libro de la Sabiduría y, sobre todo, las máximas de eterna verdad del Hijo de Dios, de San Pablo y de los demás apóstoles. En ellos se encuentran todo el tesoro de la verdad, todas las enseñanzas de la virtud, todo el encanto del lenguaje.»

CAPÍTULO SÉPTIMO.

LA BIBLIA.

(Conclusión.)

1. Las verdades sobrenaturales nos son conocidas sólo por la Revelación, la cual nos es moralmente necesaria, en nuestro estado actual, para el conocimiento exacto de todas las verdades religiosas y morales aun del orden natural. — 2. La Biblia y la ciencia: acuerdo que existe entre ambas. — 3. Utilidad de la Biblia para la cultura intelectual y moral del hombre. — 4. Conveniencia de promover entre los católicos la lectura frecuente de la Biblia. — 5. Juicio de varios escritores notables sobre la sagrada Biblia.

1. Las verdades sobrenaturales nos son conocidas sólo por la Revelación, la cual nos es moralmente necesaria, en nuestro estado actual, para el conocimiento exacto de todas las verdades religiosas y morales aun del orden natural. — Es innegable que hay muchas verdades de un orden superior al natural,

que exceden, por lo mismo, á los alcances de nuestro débil entendimiento. Afirmar lo contrario equivaldría á negar la existencia del mundo sobrenatural y á igualar á Dios con el hombre. Dichas verdades, tales como las relativas á los misterios de nuestra religión, al fin sobrenatural del hombre y á los medios proporcionados de alcanzarlo, así como todas las prescripciones de la religión positiva, que dependen de la libre voluntad de Dios, nos son únicamente conocidas por la revelación divina.

Mas para conocer claramente, con firme certidumbre y sin mezcla de error, todas las verdades religiosas y morales del orden natural, necesitamos *moralmente* de la revelación, con cuyo auxilio disminuye ó desaparece la dificultad que tenemos de conocerlas, á causa del daño que el pecado original produjo en nuestra inteligencia. «A la divina revelación se debe que muchas verdades acerca de las cosas divinas, que de suyo no son inaccesibles á la razón, aun en la presente condición del género humano puedan ser conocidas de todos, con facilidad, firme certeza, y sin mezcla de error.»¹

Habría tres inconvenientes, dice Santo Tomás, en que la adquisición de las verdades religiosas del orden natural se dejase solamente á la razón: 1.º El conocimiento de estas verdades sería el patrimonio de pocos hombres; porque los más, por falta de aptitudes, por pereza ó por sus ocupaciones, no se dedican á este trabajo. 2.º Aun los pocos que á éste se consagran, no podrían conocer debidamente dichas verdades, sino después de largo tiempo; ya por la profundidad de éstas, lo que impone al entendimiento una labor asidua y difícil; ya por las muchas materias que sería necesario saber, para adquirir la ciencia de la religión y de las cosas morales; ya por las pasiones á que el hombre está sujeto, sobre todo en la juventud, las que sirven de rémora al estudio. 3.º Muchas veces la falsedad se mezcla á las investigaciones de la razón humana, por la deficiencia de nuestro entendi-

¹ «Divine revelationi tribuendum est, ut ea, que in rebus divinis humana rationi per se impervia non sunt, in presenti quoque generis humani conditione ab omnibus expedite, firma certitudine et nullo admixto errore cognosci possint» (Constit. dogm. de fide cathol. c. 2).

miento, en juzgar de las cosas y por el influjo de fantasmas ó representaciones equivocadas². Por último, la historia y la experiencia comprueban que el linaje humano, destituido de la luz de la revelación, no sólo careció de la ciencia conveniente de estas verdades, sino que cayó en gravísimos errores acerca de Dios, de sí mismo, del prójimo y del mundo. Aun los ingenios más preclaros del paganismo fueron víctimas de tamaño mal; lo cual manifiesta que sin la revelación no podía el hombre librarse de dichos errores³.

«Antes de Jesucristo», dice un autor moderno⁴, «la razón dominaba en casi toda la haz de la tierra. Era ella la aurora de las diversas religiones que había, la escuela de la moral, el senado de las leyes, el admonitor de las familias. Pero entonces los hijos de los hombres yacían en las tinieblas, ignorando su origen, su naturaleza, su destino. Las religiones eran monstruosas: si algo bueno había en ellas, debíanlo á las tradiciones antiguas, era un resto de la revelación primitiva. Los dogmas de entonces formaban un cúmulo de absurdos; el culto, un haz de supercherías. En la mayor parte de los pueblos la legislación era insensata, inculta, tiránica, y las costumbres, así públicas como privadas, no respiraban sino el vicio, la crueldad, la barbarie. Todo era ruinas.

¹ «Sequerentur tria inconvenientia, si huius veritas solummodo rationi inquirenda relinqueretur. — Unum est, quod paucis hominibus Dei cognitio inesset. A fructu enim studiosae inquisitionis, qui est veritatis inventio, plurimi impediuntur tribus de causis. Quidam aiquidem impediuntur propter complexionis indispositionem, ex qua multi naturaliter sunt indispositi ad sciendum. . . Quidam vero impediuntur necessitate rei familiaris. . . Quidam autem impediuntur pigritia. — Secundum inconvenientia est, quod illi, qui ad prædicte veritatis cognitionem vel inventionem pervenerint, vix post longum tempus pertingerent, tam propter humiliori veritatis profunditatem, ad quam capiendam per viam rationis nonnulli post longum exercitium intellectus humanus idoneus invenitur; tam etiam propter multa, quæ præiunguntur; tum etiam propter hoc, quod tempore inventio, cum diversis motibus passionum animæ fluctuat, non est apta ad tam altæ veritatis cognitionem. . . Tertium inconvenientia est, quod investigationi rationis humane plerumque falsitas admiscetur, propter debilitatem intellectus nostri in indicando, et phantasmatum permutationem» (Summa contra gent. l. 1, c. 4).

² Cf. Prevot, Elem. Theol. dogmaticæ.

³ Fernández Córdova, Derecho público eclesiástico.

«¿Cuán mudado de lo que es por su propia virtud, quedó el espíritu humano con la claridad de la luz revelada! Los dogmas de la religión celeste le comunican cuanto es menester que sepa, le explican todos los problemas que le tocan, calman el vértigo que padece, le inundan de sabiduría, le transportan á regiones apacibles y refulgentes. Sin dejar nada sin satisfactoria respuesta, sin contradecirse jamás, enlazando todas sus nociones en un plan tan vasto como lógico, dicen-nos de dónde venimos y adónde vamos; nos dan la razón de ese dualismo de oscuridad y de luz, de mal y de bien en que se agita la vida terrena; señalan las causas de la felicidad y desventura de los individuos, de la caída y exaltación de las naciones; asientan los principios del orden general, especialmente del humano y social; fijan en todas las cosas la parte que cabe al hombre y la que es de Dios, bondad inagotable y sabiduría infinita; en una palabra, los dogmas nos suministran todos los conocimientos, así naturales como sobrenaturales, que habemos menester para atravesar los mares del mundo sin perecer en las borrascas ni dar contra los escollos, y serenos y triunfantes arribar al puerto de la salud inmortal y de las divinas magnificencias.

«¿Qué fruto saca el hombre de su trabajo?» se dice en el Eclesiastes: «He visto la pena que ha dado Dios á los hijos de los hombres para su tormento. Todas las cosas que hizo Dios son buenas, usadas á su tiempo; y el Señor entregó el mundo á las vanas disputas de los hombres: de suerte que ninguno de ellos puede entender perfectamente las obras que Dios creó desde el principio hasta el fin.¹

Cuanto se relaciona con el principio altísimo del hombre y su destino inmortal, cuanto mira á nuestra eterna salud y á los medios de alcanzarla, se ha dignado Dios descubrirnos y revelarnos, para que nadie se excuse de conseguir su fin último. No así en los conocimientos profanos y puramente científicos. En ellos ha dispuesto que el hombre los adquiera

¹ «Quid habet amplius homo de labore suo? Vidi afflictionem, quam dedit Deus illis hominibus, ut distendatur in ea. Cunctis fecit bona in tempore suo, et mundum tradidit disputationi eorum, ut non inveniat homo opus, quod operatus est Deus ab initio usque ad finem» (Ecl. iii, 9-11).

con su esfuerzo personal; y por mucho que avance y se fatigue en sus investigaciones, siempre tenga que reconocerse débil en facultades, limitado en conocimientos.

Entendí que el hombre no puede hallar razón completa de todas las obras de Dios que se hacen en este mundo; y que, cuanto más trabaje por descubrirla, tanto menos la hallará: aunque dijere el sabio que él la sabe, nunca podrá dar con ella¹. Después de citar este pasaje de los Libros Santos el abate Moigno exclama²: «Este versículo me ha despertado, con sobresalto y penosamente, como de un sueño harto largo y profundo. Hace cuarenta y seis años que estoy estudiando la física y la química, y acabo de aprender por la revelación lo que debía saber tiempo ha por la experiencia: es decir, que mis estudios no me han dado la explicación completa ni de uno solo de los innumerables fenómenos ó hechos de la naturaleza. La ciencia ha caminado desde treinta años acá á pasos de gigante; pero todos sus progresos, sin exageración alguna, me han conducido á mí y á todos á la multiplicidad de las incógnitas. Cada paso dado hacia adelante nos ha puesto en presencia de una nueva incógnita. Y la ciencia ¿no se humillará todavía bajo la mano de Dios, quien con muchos miles de años de anticipación, le señaló los límites que no traspasará jamás? *Tú llegarás hasta aquí, y no irás más allá; porque aquí se estrellará tu oleaje humilde*. El progreso no ha hecho sino hacer retroceder la dificultad.

Los racionalistas, á título de enaltecer los derechos y fuerzas de nuestro débil entendimiento, no admiten sino las verdades que están á su alcance y rechazan todas las del orden sobrenatural, que conocemos únicamente por medio de la revelación. «Y ¿por qué se llaman racionalistas», dice el Padre Fernando Ceballos³, «cuando, siendo la ciencia el fin

¹ «El intellectus quod omnium operum Dei nullum posuit homo invenire rationem eorum, quæ sunt sub sole; et quanto plus laboraverit ad querendum, tanto minus inveniat; etiam si dixerit sapiens se nosse, non poterit reperire» (Ecl. viii, 17).

² «Los esplendores de la fe».

³ «La falsa Filosofía» (cita de *Menéndez y Pelayo* en su obra «Los heterodoxos españoles»).

del ejercicio de la razón, no quieren subyugar su entendimiento a la fe por algunos instantes, para merecer saber y comprender siempre? ¿En qué estudio no se comienza por el asenso al maestro y a la fe humana? ¿No ponderarán a cada paso los filósofos las flacas fuerzas de la razón, y muchos no desconfían en absoluto de ellas? Más ciencia descubre la noche de la fe que el día humano. La fe levanta a la razón sobre su esfera natural, a la manera que el telescopio acrece el poder y el alcance de la vista. ¿Por las impresiones de nuestros sentidos, queremos argüir al que los hizo? Quien arroje el telescopio no verá los misterios del cielo; quien prescinda de la revelación, nunca entenderá el misterio de las cosas ni alcanzará a rastrear las maravillas del plan divino. Además, la filosofía es insuficiente para la virtud y para la práctica de la vida; no ataca la raíz de la concupiscencia, vestigio del pecado original; carece de sanción eterna, ó no tiene en qué fundarla; a lo sumo, y prescindiendo de sus contradicciones, convencerá al entendimiento, pero no moverá la voluntad, ni sanará el corazón, ni dará a los hombres la paz que sobrepasa a todo sentido, la alegría y gozo del Espíritu Santo, el espíritu de verdad y santificación, que graciosamente se nos comunica por los sacramentos. ¿Qué repentina y eficaz metamorfosis la que obró la revelación en el mundo antiguo! ¿Cómo se realizó la naturaleza humana!»

El acto de fe, ó sea la adhesión a las verdades sobre-naturales, no es ciego é inconsciente, como pretenden los racionalistas; pues no es sólo permitido al hombre darse cuenta de sus creencias religiosas, sino que tiene obligación de hacerlo, siempre que su inteligencia sea capaz de ello. La razón no creería, dice Santo Tomás, si no viese que se debe creer. «No desprecies las profecías», advierte San Pablo: *examínalas, si todas las cosas y atenedos a lo bueno.* Gracias a este discernimiento lleno de prudencia, nos pondremos, siguiendo el consejo de San Pedro, en estado de justificar nuestras esperanzas a cuantos nos pidan razón de ellas.¹ Que no se impute a la Iglesia, afirma el Concilio Vaticano,

¹ 2 Thess. IV, 21.² 1 Petr. III, 15.

el exigir una fe absolutamente ciega é irracional; que no se la acuse de pretender que los que han creído y los que para creer han hecho de su razón un uso saludable, no pueden continuar empleándola en hacer su fe más humilde, pero también más ilustrada.

El concurso de la razón es indispensable para llegar al conocimiento de las verdades sobrenaturales; pues ella juzga de los motivos de credibilidad y comprueba la certidumbre de la revelación divina¹.

2. La Biblia y la ciencia: acuerdo que existe entre las dos. — La Biblia contiene la palabra divina, escrita por un autor inspirado, y reconocida como tal por la Iglesia católica. La ciencia, según la acepción común, es el conocimiento cierto de las cosas por sus principios y causas. Diverso es, por lo mismo, el fin de la ciencia y el de la revelación contenida en la Biblia, y las dos, como afirma el cardenal Newman, se mueven en órbitas diversas; cada una puede enseñar en su dominio propio, sin temor de que inter venga la otra. Ciertamente, pudo Dios hacer superflua la investigación científica de la naturaleza revelando las verdades que constituyen su objeto; pero no ha querido hacerlo así... El hombre debe, pues, trabajar para adquirir las verdades del orden natural y acrecentar tan precioso caudal.

Según el Padre Prat², «San Agustín establece dos categorías de verdades: las que tienen por objeto la naturaleza, en que los sabios son competentes; y las que conciernen a la fe, en que su incompetencia es absoluta. Aceptamos las primeras bajo su palabra, con tal que estén acompañadas de pruebas suficientes, y manifestamos que la Biblia, debidamente interpretada, no es contraria a ellas; en cuanto a las otras, negamos a todo profano el derecho de ocuparse en ellas, pues forman el dominio inalienable del creyente iluminado por la revelación... Existe, pues, el dominio de la fe y el de la ciencia. No permitamos a los profanos invadir el terreno que nos es propio y en el que reinan sin rivales el magisterio

¹ Cf. la obra «Accusations contre la religion».² Progrès et tradition en exégèse.

infalible de la Iglesia y el testimonio de la tradición; pero en el otro dominio, en que los Padres han podido sufrir el influjo de su época y expresar opiniones que no se aceptarían hoy, conviene acudir á los depositarios de la ciencia.»

Pero aun cuando el dominio de la revelación y el de la ciencia sean distintos, y no haya ciencia revelada sino en la medida necesaria á la salud del hombre y á la economía de la fe, como dice el mismo Padre Prat, es indudable que, lejos de haber *incomunicación de objeto entre la revelación y la ciencia*, tienen éstas frecuentes puntos de contacto, como lo manifiestan las ciencias históricas y sus anejas la arqueología, etnografía, geología y otras, que se encuentran á menudo en su objeto con la doctrina revelada», según afirma el cardenal Franzelin¹.

La ciencia humana es limitada, ya que apenas es un rayo del clarísimo sol de la sabiduría divina. Ciertamente al influjo del cristianismo se regeneró en todo sentido la humanidad; mediante la fe y la fuerza divina de la gracia; cierto que, según la expresiva frase de Ozanam, «el cristianismo ha puesto almas de héroes en corazones de carne, y ha elevado al hombre sin destruir ninguna de las flaquezas respetables de su naturaleza»; pero, no obstante, las obras del hombre, como procedentes de árbol débil y enfermizo, manifiestan su pequeñez é imperfección nativa. Si en el orden material tiene que fatigarse para obtener los frutos de la tierra, también en el orden moral é intelectual debe luchar por preservarse del error y el vicio, para ilustrar su inteligencia con la verdad y fortalecer su voluntad con la práctica del bien. El estudio y meditación de la Santa Escritura, que abre horizontes incommensurables á la cultura del espíritu y del corazón, depura el gusto literario, contribuye eficazmente á la limpieza de las costumbres y á la adquisición de importantísimas verdades.

Conteniendo la Biblia los oráculos y enseñanzas de Dios, y siendo cuanto existe obra de sus manos, no puede haber oposición entre las verdades naturales y las sobrenaturales,

¹ De Tradit. et Script. (cita del P. Morille).

entre la ciencia y la revelación. Dios es verdad por esencia, y no puede enseñar, por lo mismo, el error sin contradecirse á sí mismo; contradicción que habría en caso de existir conflicto entre las afirmaciones ciertas de la ciencia y las enseñanzas de la Escritura.

Las ciencias se clasifican en filosóficas y experimentales. La filosofía trata de la esencia, propiedades, causas y efectos de las cosas naturales; la teodicea estudia á Dios y sus atributos á la sola luz de la razón; y las ciencias experimentales se ocupan en los fenómenos materiales, en los hechos positivos, sus causas y leyes que los rigen.

De estas definiciones se deduce que, lejos de haber pugna, hay acuerdo entre la filosofía, la teología natural y la Biblia; porque teniendo ésta á Dios por autor, no puede enseñar cosa alguna contraria á las cualidades intrínsecas de los seres, y mucho menos á las perfecciones divinas.

Tampoco puede existir conflicto entre la ciencia experimental y la fe.

«En efecto, ¿qué cosa es antagonismo? El encuentro de dos fuerzas opuestas que avanzan en sentido contrario sobre el mismo terreno», dice el Padre Didon¹. «La ciencia y la fe representan dos fuerzas, y, para que haya choque ó conflicto entre ellas, sería necesario que obrasen en sentido contrario sobre un mismo y determinado plano.

«Estudiando desde este punto de vista la ciencia experimental y la fe, se las ve diferir por el *objeto* y el *plan*, por el *método* ó *dirección*, y por el *fin*.

«La ciencia experimental tiene por *objeto* el fenómeno visible y material; lo que está al alcance de los sentidos, lo que se ve y se toca, lo que se cuenta, se mide y se pesa. Ella busca el orden de los fenómenos y determina los que son anteriores, á título de condiciones previas, á los fenómenos subsiguientes. Su *método*, en último análisis, consiste en poner en relación la inteligencia con los hechos de la naturaleza, mediante la observación y la experiencia. Sólo es cierto para ella lo que ha sido observado y experimentado. El *hecho*:

¹ La science sans Dieu.

he aquí lo que le importa. La hipótesis no tiene valor definitivo sino cuando ha sido directamente verificada o comprobada. Saber y poder es el fin supremo de dicha ciencia: *saber* el orden de los fenómenos sensibles, las condiciones por las cuales se manifiestan éstos y se determinan; *poder* mandar á la materia. La ciencia confiere el dominio del Universo al hombre que viene á ser por ella el lugarteniente de Dios. ¿Ahora bien, ¿cuál es el objeto de la fe? No el fenómeno sino el principio primero, la causa absoluta, Dios. El fenómeno es de un grado inferior; porque toda causa y principio son transcendentales y superiores al fenómeno que engendran. El fenómeno es contenido por ellos; pero el no los contiene. El misterio de la vida íntima de Dios; la unión inmediata en unidad de persona de la naturaleza divina y de la humana en Jesucristo; la relación directa y voluntaria de la naturaleza humana con la esencia divina por medio de Cristo: todo esto es objeto de la fe, secreto inenarrable que no se des cifra sino por la divina palabra de la revelación.

En cuanto al método de la fe, todo su procedimiento consiste en adherirse á la palabra y testimonio de Dios, que no se engaña, porque es infinitamente sabio, y que no puede engañar á otros, porque es bondad y rectitud por esencia. La ciencia experimental tiene por método interrogar á la naturaleza, que le responde con los hechos; la fe tiene por método interrogar á Dios, que le contesta revelando lo que es. El Dios comprueba su presencia con señales que no contiene la naturaleza, pues superan á sus leyes ordinarias y prueban la intervención directa de Dios, quien únicamente puede ser causa de aquellas.

«La fe tiene por fin conducir á la humanidad á su perfección ideal y supremo destino; unir á los hombres de buena voluntad, por el intermedio de Cristo, revelador y salvador, á Dios que los ha criado, los llama y los aguarda.

«Hay, pues, diferencias y armónicos contrastes entre la ciencia y la fe: la una es terrena, la otra celestial; la una nos hace mirar este mundo que se va, la otra nos invita al cielo en donde todo es eterno; la una se limita á enseñarnos los fenómenos que luyen á nuestra vista, la otra se eleva á

la substancia inaccesible que no cambia; la una nos da el planeta por dominio, la otra nos presenta el reino de Dios; la una exalta nuestra animalidad, la otra nos diviniza libertándonos de ésta; la una nos deja en la tierra de que fué formado nuestro cuerpo, la otra nos eleva hasta el Espíritu que sopló sobre nosotros; la una nos constituye, como decía Claudio Bernard, dominadores de la materia, la otra nos hace, como dice San Juan, hijos adoptivos de Dios.

«¿Dónde están los conflictos? Que los sabios respondan y los señalen. Yo no veo sino un contraste armónico¹ entre la ciencia y la fe, y sus enseñanzas. Las dos no se excluyen, como tampoco se excluyen la tierra y el cielo, la materia y el espíritu. Estas cosas no deben oponerse, sino aproximarse: su acuerdo es la obra maestra, la maravilla de la creación.

«Para que existiese conflicto entre la ciencia y la fe, habría que presentar un hecho científico, legítimamente comprobado, y por tanto irrecusable, que estuviese en oposición con una fórmula dogmática, ó una interpretación sancionada por la Iglesia.

«Ahora bien, yo lo proclamo muy alto: este hecho no existe, y añado sin temor: si existe, que se le muestre... Todas las contradicciones con que ciertos sabios prevenidos meten tanto ruido, y que un autor americano se ha apresurado á coleccionar en una obra intitulada «Los conflictos de la ciencia y de la religión», nacen de la ignorancia de las enseñanzas de la fe, ó de la confusión de los diversos elementos de la ciencia.²

«Lejos de haber pugna entre la revelación y la ciencia, existe acuerdo entre ellas y se auxilian mutuamente, como lo comprueban los hechos. El acuerdo es claro é indudable para todo espíritu sereno y reflexivo. La ciencia, en efecto, es la expresión fiel de la realidad objetiva del Universo, ó está misma realidad reproducida fielmente por la mente hu-

¹ Ó, mejor dicho, diferencias originadas del objeto, del fin y del método de entrambas. (Nota del Autor.)

² P. Diden I. c.

CIENPO-TOTAL, Educación. Ed. 2.

mana; la revelación comprende el conjunto de verdades que Dios se ha dignado comunicarnos; así que ambas «en su ser objetivo son dos series ó categorías de signos de que Dios se vale para ponerse en comunicación con el hombre y manifestarle la verdad por una doble vía: la una del orden común, adaptada á la índole investigadora de la inteligencia; la otra, de esfera superior, mediante el testimonio y la palabra formal de la sabiduría divina. Si, pues, Dios se propone manifestar por ambas vías el mismo objeto, ¿podrá existir contradicción entre los signos objetivos de que se vale para manifestarle, ó entre la doble expresión de los mismos en la mente cuando ésta los ha reproducido con fidelidad? Sólo podría afirmar esto quien supusiera, ó que Dios puede ser autor consciente é intencionado de una decepción, ó que no dispone de medios adecuados á sus fines, ó que no sabe atinar á emplearlos con acierto para obtener sus intentos. Es, por lo tanto, una verdad axiomática, indiscutible, que al tratarse de un enunciado común á la revelación bíblica y á la ciencia, es absolutamente imposible la oposición formal y objetiva entre esas dos fuentes de verdad, entre esas dos emanaciones de la inteligencia divina, entre ese doble rayo luminoso emitido por un mismo foco.»¹ Razón muy sobrada tuvo Santo Tomás para afirmar que «cuanto en las ciencias profanas fuere contrario á la ciencia sagrada, ha de ser condenado como falso»².

«No puede haber verdadera disensión entre la teología y la física», dice León XIII, «con tal que ambas se mantengan en sus límites y cuiden, según aconseja San Agustín, de no afirmar nada temerariamente ni de tomar lo desconocido por lo conocido.»³

¹ P. Muriel, «La hermenéutica bíblica y la ciencia. Cf. *«Cruceiro y la Iglesia Romana»*, Parte II.

² «Quidquid in aliis scientiis invenitur veritatis scientie sacre repugans totum condemnatur ut falsum» (Summa theol. I, q. 1, a. 6).

³ «Nulla quidem theologum inter et physicum veri dissensio intercesserit, dum quis uterque finibus se contineat, id caventes, secundum S. Augustini institutum, ne aliquid temere et incognitum pro cognito asserant» (In Gen. op. imperf. IX, 30) (Encycl. *Providentissimus Deus*, d. d. 18 Nov. 1893).

«Si la ciencia y la fe proceden del mismo principio, ¿cómo no han de ser hermanas amorosísimas? Si Dios puso en el alma la luz del entendimiento, y le dió inclinación nativa para conocer la verdad, y no para abrazar el absurdo, ¿cómo no ha de tender la razón á su perfección y término, aun después de oscurecida y degradada por el pecado original, cuanto más después de regenerada é iluminada por el beneficio de Cristo? Si la razón es *luz de luz*, interviniendo el concurso divino en el acto de conocer nuestro entendimiento la verdad; si está *signada sobre nosotros la luz del rostro del Señor*, ¿quién osará decir que la ciencia es enemiga de la verdad suma, que la ciencia es enemiga de aquella altísima revelación que Dios, por un acto de infinito amor se dignó comunicar á los hombres? Sólo pueden decirlo los defensores de la soñada independencia y autonomía de la razón; como si la razón sin Dios y entregada á sus propias fuerzas no fuese flaquísima y vacilante, y no tropezase y cayese en lo más esencial, quebrantándose y rompiéndose contra infinitas barreras. ¡Pobre y triste cosa es la ciencia humana, cuando la luz de lo alto no la ilumina! Por todas partes límites, deficiencias, como ahora dicen, contradicciones y nudos inextricables. Tal es el fin de la jornada: sed que no se sacia, y hombre que se torna más áspera, cuando se cree estar más cerca de la hartura.»¹

La Biblia y la naturaleza, dice el Dr. Kurtz, son ambas palabra de Dios, y deben por tanto concordar forzosamente entre sí; y cuando esa conveniencia no aparece, la falta está, ó en la exégesis del teólogo, ó en la interpretación del naturalista.²

3. Utilidad de la Biblia para la cultura intelectual y moral del hombre.—El fin principal de la Biblia es enseñar al hombre la ciencia de Dios, que es la más alta y hermosa entre todas; la que más aprovecha y moraliza al hombre; la que mejor instruye y cultiva la inteligencia humana.

¹ «La Ciencia y la Revelación» (cita de Menéndez y Pelayo en su obra «Los heterodoxos españoles»).

² Cita del P. Alfr. La creación.

Pero, aun cuando la Biblia no se proponga *ex professo* enseñar las ciencias profanas, contribuye mucho á su desarrollo, tanto por los variados conocimientos que es preciso tener para comprender ciertos lugares de la Escritura, como por los profundos estudios que, en muchos ramos del saber humano, han tenido que hacer los expositores y defensores de ella.

Además, por el íntimo enlace de las verdades entre sí, la divina revelación no puede ser extraña ni menos opuesta á las verdades del orden natural, como antes se ha probado. Por esto hay en la Biblia algunas enseñanzas científicas que á los sabios han servido de punto de apoyo en la investigación de los arcanos de la naturaleza. Es innegable, por lo mismo, que la Sagrada Escritura es muy útil para la cultura del hombre, aun en el orden natural.

El estudio de la Biblia *se refiere á todo, habla de todo, supone todos los conocimientos*; y el que quiere conocer bien la Biblia debe ser, en alguna manera, un hombre universal, dice un autor de nuestros días.

He aquí sumariamente indicadas las ciencias que exige el conocimiento cabal de la Biblia: 1.º El estudio de las lenguas en que están escritos los Libros santos. 2.º El estudio de la *geología*, que explica las transformaciones sufridas por el globo terrestre. 3.º El estudio de la *astronomía*, esto es, de la naturaleza y número de los astros, de sus diversas revoluciones, de la época de su creación y de su influencia sobre el globo terrestre. 4.º El estudio de la *biología*, es decir, del origen de la vida en las plantas y en los animales. 5.º El estudio de la *palaeontología*, ó sea, de las plantas y de los fósiles descubiertos en las diversas capas del globo. 6.º El estudio de la *antropología*, ó sea, del hombre desde el punto de vista de su origen, de lo que le distingue de los otros animales, de la unidad de especie y de la época de su aparición en el globo. 7.º El estudio de la *etnología*, que comprende á la vez la cronología y la historia, así como el estudio de los pueblos desde el punto de vista de su antigüedad, de su lengua y de sus costumbres¹.

¹ Cf. «*Accusations contre la religion*».

La Biblia, observa Mons. Plantier, dictada por inspiración divina, proporciona entretenimiento agradable, pero principalmente sirve para gobernar al alma y regular las costumbres; y hasta los impíos han confesado la grande importancia del texto sagrado. La majestad de las Escrituras me admira, decía Rousseau, y la santidad del evangelio habla á mi corazón.

San Jerónimo, tan versado en los estudios bíblicos, recomendaba á todos la lectura de los Libros Santos; y en sus cartas á Leta, á Paula y Eustaquio manifiesta vivo deseo de que aun las mujeres los lean á menudo, á fin de que se recreen, delciten, instruyan y moralicen. En la carta á Leta, dándole consejos para la educación de su hija Paula, dice el mismo Santo: «Comience por aprender el Salterio, y entretenga sus ejercicios de piedad con estos divinos cánticos: busque en los Proverbios de Salomón reglas de bien vivir; en el Eclesiástico, máximas que le inspiren, poco á poco, desprecio del mundo; y en Job ejemplos de virtud y de paciencia. Pase en seguida al evangelio, y téngalo siempre entre las manos: haga su alimento y sus delicias de las Actas y las Epístolas de los Apóstoles; y después de haberse enriquecido con estos preciosos tesoros, lea los Profetas, los libros de Moisés, de los Reyes, los Paralipómenos, el de Esdras y de Ester, y termine el estudio de la Escritura Santa por el Cantar de los Cantares, que se ocupa en las nupcias espirituales entre Dios y el alma.»¹ Tanto encarece este santo Doctor el conocimiento de la Biblia, que llega á asegurar que ignorarla es ignorar á Cristo².

«La lectura de los Libros Sagrados», decía Orígenes, «es una armadura espiritual de que usamos para pelear contra las potestades del infierno y del mundo. Es, según el Crisóstomo, pan del alma y sustento del espíritu, y nos sirve de alcazar para defendernos del pecado; ó de antídoto, en expresión de San Ambrosio, contra nuestras pasiones, y de medicina espiritual contra todas las enfermedades y

¹ Cf. *Nourriture*, Les Pères de l'Eglise latine.

² Ignorantem Scripturatum esse ignorantem Christi (In Is., Prol.).

dolencias del alma. Aunque no se entiendan los secretos de la Escritura, dice el mismo San Juan Crisóstomo, con todo, su simple lectura causa en nosotros cierta cantidad; pues no puede ser que deje de entenderse algo de lo que se lee.¹

4. Conveniencia de promover entre los católicos la lectura frecuente de la Biblia.—Por desgracia, en nuestros tiempos ha disminuido mucho, entre los católicos, la lectura constante de la Santa Escritura, siendo así que los protestantes tienen cuidado especial de prescribirla y fomentarla, no sólo en el templo sino también en el hogar doméstico y en las casas de educación.

En los primeros siglos de la Iglesia, á pesar de que no había sido aún descubierta la imprenta, y de que, por lo mismo, era más difícil la adquisición de libros, la Biblia era leída á menudo, no sólo por los monjes y sacerdotes, sino también por los fieles, contándose aun no pocas mujeres, como Santa Paula romana, Santa Catalina mártir y otras muchachas, que fueron versadísimas en la Sagrada Escritura.

Esta hermosa práctica se conservó en los siglos de fe; y por esto, en todas las clases de la sociedad de aquellos tiempos afirmamos tanta solidez en el conocimiento de la religión y tan eximias virtudes públicas y privadas. Porque es indudable que ningún libro puede parangonarse con la Biblia, palabra de Dios, cuya eficacia para atraer los corazones al bien, destruir los vicios y hacer germinar las virtudes, excede á toda ponderación. En las iglesias, en las asambleas públicas, en el seno de las familias se procuraba entonces leer y meditar los Libros santos, entonar alabanzas á Dios, tomadas de los Salmos de David y de los cantos de los profetas, así como recitar varios himnos litúrgicos.

Mas en la época presente esta laudable costumbre va desapareciendo; y para no pocos católicos la Escritura es un libro cerrado.

¹ Cita de Torre Anas en su «Discurso preliminar sobre los Libros Sagrados».

Conviene, pues, fomentar entre las familias y en los centros de enseñanza la lectura constante de la Biblia, para que el hombre se familiarice con ella desde la primera edad, y la tenga por guía y consejera en las contrariedades y en los sucesos graves de la vida. De este modo, florecerán las sanas costumbres y, sobre todo, el espíritu cristiano, tan menguado en nuestros días.

Los santos Padres inculcan á menudo la importancia de este estudio; llaman á los Libros Santos «precioso tesoro de las doctrinas celestiales fuentes eternas de salud»; compáranlos á praderas fértiles, á deliciosos jardines, en los que el rebaño del Señor encuentra una fuerza admirable y encanto indecible¹.

Si la salvación del hombre depende del conocimiento de Jesucristo y del amor á El; y si el evangelio contiene la relación de su doctrina y milagros, este libro debe ser doblemente caro al cristiano, quien ha de tenerlo constantemente á la vista, á fin de saborear su celestial dulzura y conformar su conducta con tan divinas máximas.

Como la Escritura, según la frase de San Jerónimo, «está rodeada de cierta religiosa obscuridad, ningún católico debe emprender su estudio sin guía»², para no imitar á los protestantes que, prevalidos del *libre examen*, la interpretan á su modo y como les parece. Este guía seguro, constituido por Dios, es la Iglesia, única llamada á fijar el sentido de la Escritura, apoyada en el parecer de los Padres y Doctores. Por esto el Concilio Vaticano, renovando un decreto del Tridentino sobre la interpretación de la palabra divina, decidió «que en las cosas de fe y de costumbres, que tienden á la fijación de la doctrina cristiana, se debe mirar como sentido exacto de la Santa Escritura, el que ha considerado y considera como tal nuestra Madre la Iglesia, á quien corresponde juzgar del sentido é interpretación de los Libros sagrados. Á nadie es, por tanto, permitido explicar la Escritura de una manera contraria á esta interpre-

¹ Cf. Encicl. *Precedentissimi Deus*, de León XIII.

² Ad Paulin. de studio Script., ep. 53. 4.

tación ni tampoco contra el consentimiento unánime de los Padres.¹

Mas, al recomendar y encarecer el estudio y meditación de la Biblia, no pretendemos imponer su lectura como obligación estricta á toda clase de personas; porque á las ignorantes, en especial, les basta, como dice San Agustín, apoyarse en la fe, esperanza y caridad, conservando y guardando las enseñanzas de la Iglesia, fiel intérprete de las Sagradas Escrituras. Las cosas divinas no deben revelarse á los hombres sino según su capacidad, afirma Santo Tomás: de otra manera se les daría ocasión de precipitarse, pues despreciarían lo que no podrían comprender. La Iglesia, añade Fenelon, ha seguido constantemente estas dos máximas: 1.^a Dar el texto sagrado á aquellos hijos suyos que están bien dispuestos para leerlo con fruto; 2.^a *No arrojar las perlas á los cerdos*, esto es, no dar el texto sagrado á los que no lo leerían sino en su detrimento.

Conforme á estas máximas, es indudable que cuantos desean conocer á fondo las verdades religiosas y se dedican al cultivo de las ciencias morales, sacarán gran provecho de la Biblia, cuyo desconocimiento es inexcusable en todo católico medianamente ilustrado.

Sobre todo en nuestros días es más útil el estudio de la Biblia, por cuanto muchos de los errores que en nombre de la ciencia se propalan contra la revelación, tienen asidero en un conocimiento inexacto de aquella ó en una interpretación torcida ó antojadiza de sus textos.

Es propio del cristiano y útil para él la lectura de la Sagrada Escritura, dice un célebre escritor, si la hace con el debido fin, respeto y sujeción; esto es, si la lee, no como los demás libros, sino como porque contiene la enseñanza misma

¹ *En rebus fidei et morum, ad edificandam doctrinam christianam pertinet, eum pro vero sensu sacre Scripturæ habendum esse, quem tenuit ac tenet sancta Mater Ecclesia, cuius est iudicare de vero sensu et interpretatione Scripturarum sanctarum; atque ideo nemini licere contra hunc sensum aut etiam contra unanimum consensum Patrum ipsam Scripturam sacram interpretari* (Cone. Vatic., Const. dogm. de fide. cath. c. 2). Cf. Conc. Trid. sess. IV, decret. de edit. et usu sacre. librorum.

de Dios; no por vana curiosidad, sino para instruirse en la divina doctrina y arreglar la vida; venerándola y creyéndola certisimamente como palabra de Dios, aunque no la pueda entender perfectamente; y no presumiendo de sus débiles luces para su inteligencia, sino sometiénola al juicio y declaración de la Iglesia.

¡Con cuánta razón San Juan Crisóstomo se lamentaba ya en su tiempo de que muchos fieles no entendiesen á San Pablo, por no leer asiduamente sus epístolas! y deplorando que igual cosa aconteciese con toda la Santa Escritura, decía que la ignorancia de ésta es el origen del contagio de las herejías y de la negligencia en las costumbres.¹

5. Juicio de varios escritores notables acerca de la Biblia. — «Libro prodigioso aquel en que el género humano comenzó á leer, treinta y tres siglos ha; y con leer en él todos los días, todas las noches y todas las horas, aun no ha acabado su lectura», dice el elocuente Marqués de Valdegamas.² «Libro prodigioso aquel en que se calcula todo, antes de haberse inventado la ciencia de los cálculos; en que, sin estudios lingüísticos, se da noticia del origen de las lenguas; en que, sin estudios astronómicos, se computan las revoluciones de los astros; en que, sin documentos históricos, se cuenta la historia; en que, sin estudios físicos, se revelan las leyes del mundo. Libro prodigioso aquel que lo ve todo y lo sabe todo; que sabe los pensamientos que se levantan en el corazón del hombre, y los que están presentes en la mente de Dios; que ve lo que pasa en los abismos del mar, y lo que sucede en los abismos de la tierra; que cuenta ó predice todas las catástrofes de las gentes, y en donde se encierran y atesoran todos los tesoros de la misericordia, todos los tesoros de la justicia y todos los tesoros de la venganza. Libro, en fin, que cuando los cielos se repliegan sobre sí mismos como un abanico gigantesco, y cuando la tierra padece desmayos, y el sol recoja su luz y se apaguen las estrellas, permanecerá el solo con Dios, porque es su eterna palabra resonando eternamente en las alturas.»

¹ Cf. *Tercer Anís* 1.º c.

² Discurso sobre la Biblia.

«No ha habido hasta ahora ni es posible que haya jamás un libro tan estudiado, tan examinado, tan analizado, como la Biblia», dice un distinguido obispo del Ecuador¹. «La Biblia ha sido el libro en cuyas páginas han buscado inspiración todos los grandes pensadores durante diez y nueve siglos; de la lectura de la Biblia han sacado esas obras maestras de sabiduría y de elocuencia con que han asombrado al mundo; en la Biblia no han cesado de meditar los santos; los eruditos la han comentado, explicándola palabra por palabra, contra la Biblia han conspirado poderosos ingenios; pero, a pesar de los extraordinarios esfuerzos que han hecho para destruirla, nada han podido conseguir, y la Biblia ha quedado invulnerable; es el libro por excelencia; es el libro divino contra el cual serán siempre impotentes los esfuerzos de la razón humana. ¿De dónde le viene a la Biblia su belleza inmortal, su verdad indestructible, sino de que contiene la doctrina revelada por Dios a los mortales?»

Discurriendo Balmes acerca de la Sagrada Escritura², dice que es un libro que encierra en breve cuadro el extenso espacio de cuatro mil años, y adelantándose hasta las profundidades del más lejano porvenir, comprende el origen y destinos del hombre y del Universo; un libro que, tejendo la historia particular de un pueblo escogido, abarca en sus narraciones y profecías las revoluciones de los grandes imperios; un libro en que los magníficos retratos donde se presentan la pujanza y el lujoso esplendor de los monarcas de Oriente, se encuentran al lado de la fácil pincelada que nos describe la sencillez de las costumbres domésticas ó el candor é inocencia de un pueblo en la infancia; un libro donde narra el historiador, vierte tranquilamente el sabio sus sentencias, predica el apóstol, enseña y disputa el doctor; un libro donde el profeta, señorado por el espíritu divino, truena contra la corrupción y extravío de un pueblo, anuncia las terribles venganzas del Dios del Sinaí,

¹ Ilmo. Señor Gualtero Suárez, Estudios bíblicos.

² «El protestantismo comparado con el catolicismo».

llora inconsolable el cautiverio de sus hermanos y la devastación y soledad de su patria, cuenta en lenguaje peregrino y sublime los magníficos espectáculos que se desplegaron á sus ojos en momentos de arrobo, en que, al través de velos sombríos, de figuras misteriosas, de emblemas oscuros, de apariciones enigmáticas, viera desfilar ante su vista los grandes sucesos de la sociedad y las catástrofes de la naturaleza; un libro, ó, más bien, un conjunto de libros donde reinan todos los estilos, campean los más variados tonos, donde se hallan derramadas y entremezcladas la majestad épica y la sencillez pastoril, el fuego lírico y la templanza didáctica, la marcha grave y sosegada de la narración histórica y la rapidez y viveza del drama.»

Pasa con la Biblia lo que con la Iglesia católica, que ha sido y será siempre impugnada por tenaces enemigos, de quienes ha triunfado y triunfará en todo tiempo. Mientras haya ignorancia y prevaricaciones en el mundo; mientras el hombre, en su ciego orgullo, intente constituirse en árbitro de sus destinos; mientras se lance en pos de placeres vedados, hará guerra á la Escritura que condena los desvarios de la razón y pone á raya los apetitos desordenados. Pero los que practican el bien, los que ansían la verdadera paz, los que desprecian los goces terrenales y levantan la mirada al cielo, patria de las almas, mirarán siempre á la Biblia, con mayor razón que al Arca de la antigua Alianza, como al receptáculo de todas las creencias y de todas las salvadoras esperanzas de la humanidad.

«¿Qué autoridad», afirma el Padre Maccarthy³, «puede compararse con la del Antiguo Testamento, libro anterior con muchos siglos á todos los demás libros; el cual, lejos de parecer un informe ensayo, es superior, en todo género de bellezas y de perfecciones, á los libros más acabados de los hombres, como lo es el cielo respecto de la tierra? ¿Qué poesía, qué elocuencia tan sobrehumanas, qué sabiduría tan profunda, qué tesoros de conocimientos y de luces los que

³ Primer sermón sobre la incredulidad.

en él se encierran!... Y, sin embargo, ese libro que trata de todas las cosas y que se nos ofrece como infalible sobre todas ellas, hallase expuesto, desde hace tres mil años, á la contradicción de los hombres, sin que haya sido posible notar, hasta hoy, en él, sobre un solo punto, un solo error ó una equivocación la más insignificante. ¡Cuántas veces los cálculos, las investigaciones y los pretensiosos descubrimientos de los sabios han venido á estrellarse en el decurso de los siglos, contra las bases establecidas por dicho libro! Y aun en nuestros días, ¿no se han visto obligadas una vez más todas las ciencias sublevadas por una filosofía audaz, á prosternarse ante los oráculos de Moisés, impugnados, siempre en vano, por la más ruidosa y soberbia rebeldía?

Con razón el sapientísimo León XIII, en su luminosa Encíclica sobre el estudio de la Escritura, encarece á los católicos que «cultiven las Sagradas Letras con respeto y piedad vivísimos. Pero su inteligencia no puede obtenerse como conviene y de una manera saludable, si no echan fuera la arrogancia de la ciencia terrenal, y si no emprenden con ardor el estudio de *esa sabiduría que viene de lo alto*. Una vez iniciado en esta ciencia, iluminado y robustecido por ella, el espíritu tendrá un poder asombroso para reconocer y evitar los errores de la ciencia humana, así como para cosechar sus frutos sólidos y enderezarlos á los intereses eternos. El alma se encaminará de este modo con mayor ardor por la senda de la virtud, y estará con mayor viveza animada del amor divino. «Dichosos los que averiguan sus testimonios y los guardan con todo su corazón!... En las Escrituras se ve viva y palpitante la imagen del Hijo de Dios, y este espectáculo alivia los males de un modo admirable, exhorta á la virtud e invita al amor divino. Y si se buscan preceptos relativos á las buenas costumbres, y al gobierno de la vida, los hombres apostólicos encontrarán en la Biblia prescripciones llenas de santidad, exhortaciones en que se hallan maravillosamente reunidas la suavidad y la fuerza, notables ejemplos de todas las virtudes, á los que se añaden la promesa de las recompensas eternas

y el anuncio de las penas del otro mundo; promesa y anuncio hechos en nombre de Dios y con el apoyo de sus palabras.»¹

CAPÍTULO OCTAVO.

LOS SANTOS PADRES, LOS APOLOGISTAS Y LOS ORADORES SAGRADOS.

1. Utilidad del estudio de las obras de los santos Padres. — 2. Juicio de Bossuet y de otros escritores acerca de los santos Padres. — 3. Los apologistas cristianos: servicios que han prestado á la Iglesia y á las ciencias con sus escritos. — 4. Poder de la oratoria y su influjo en la cultura de los pueblos. — 5. Males y bienes que ha causado. — 6. Paralelo entre la elocuencia cristiana y la pagana. — 7. Méritos de la oratoria sagrada y triunfos que ha obtenido. — 8. Juicio del Padre Didon sobre la predicación de nuestro Señor Jesucristo.

1. Utilidad del estudio de las obras de los santos Padres. — Después de la Sagrada Escritura, que es *libro divino*, ocupan el primer lugar entre las producciones del ingenio humano las de los santos Padres, quienes sobresalen por su profunda ciencia y admirable virtud; de modo que sus obras forman un arsenal de útiles y variados conocimientos.

¹ «Omnes alumnos et administratores Ecclesie paternam caritatem adhibeant, ut ad sacras Literas adeant summo semper affectu reverentia et pietate: nequam enim ipsarum intelligentia salutariter ut opus est patere potest, nisi remota scientie terrena arrogantia, studioque sancte excitato eius *que deorsum est sapientia*. Quis in disciplinam seculi admittit mentem, atque inde illustrat et roborat, nunc valebit, ut etiam humanis scientiis que sunt fructus dignoscant et viant, qui sunt solidi fructus percipiant et ad aeterna referant: inde potissime exardescens animus, ad emolumenta virtutis et divini amoris spiritu vehementer contendat: Resti qui ornantur testimonio eius, in toto corde aspirant cum (I. XVIII, 2). A Scripturae alimorum exaltat, veluti viva et mirans, imago Christi, et quae Iovisio mularum, corroborata virtutum, amoris divini invitatio mirifice prorsus diffunditur. Quodsi de vivo morumque conformatione et disciplina queratur, larga indidem et optima subsidia habuit sunt viri apostolici: plena sanctitatis praecepta, suavitate et vi condita hortamenta, exempla in omni virtutum genere insignia; gravissima accedit, ipsius Dei nomine et verbis, praemiorum in aeternitatem promissio, denuntiatio poenarum» (Encycl. Praevidentium Deus).

en él se encierran!... Y, sin embargo, ese libro que trata de todas las cosas y que se nos ofrece como infalible sobre todas ellas, hallase expuesto, desde hace tres mil años, á la contradicción de los hombres, sin que haya sido posible notar, hasta hoy, en él, sobre un solo punto, un solo error ó una equivocación la más insignificante. ¡Cuántas veces los cálculos, las investigaciones y los pretensiosos descubrimientos de los sabios han venido á estrellarse en el decurso de los siglos, contra las bases establecidas por dicho libro! Y aun en nuestros días, ¿no se han visto obligadas una vez más todas las ciencias sublevadas por una filosofía audaz, á prosternarse ante los oráculos de Moisés, impugnados, siempre en vano, por la más ruidosa y soberbia rebeldía?

Con razón el sapientísimo León XIII, en su luminosa Encíclica sobre el estudio de la Escritura, encarece á los católicos que «cultiven las Sagradas Letras con respeto y piedad vivísimos. Pero su inteligencia no puede obtenerse como conviene y de una manera saludable, si no echan fuera la arrogancia de la ciencia terrenal, y si no emprenden con ardor el estudio de *esa sabiduría que viene de lo alto*. Una vez iniciado en esta ciencia, iluminado y robustecido por ella, el espíritu tendrá un poder asombroso para reconocer y evitar los errores de la ciencia humana, así como para cosechar sus frutos sólidos y enderezarlos á los intereses eternos. El alma se encaminará de este modo con mayor ardor por la senda de la virtud, y estará con mayor viveza animada del amor divino. «Dichosos los que averiguan sus testimonios y los guardan con todo su corazón!... En las Escrituras se ve viva y palpitante la imagen del Hijo de Dios, y este espectáculo alivia los males de un modo admirable, exhorta á la virtud e invita al amor divino. Y si se buscan preceptos relativos á las buenas costumbres, y al gobierno de la vida, los hombres apostólicos encontrarán en la Biblia prescripciones llenas de santidad, exhortaciones en que se hallan maravillosamente reunidas la suavidad y la fuerza, notables ejemplos de todas las virtudes, á los que se añaden la promesa de las recompensas eternas

y el anuncio de las penas del otro mundo; promesa y anuncio hechos en nombre de Dios y con el apoyo de sus palabras.»¹

CAPÍTULO OCTAVO.

LOS SANTOS PADRES, LOS APOLOGISTAS Y LOS ORADORES SAGRADOS.

1. Utilidad del estudio de las obras de los santos Padres. — 2. Juicio de Bossuet y de otros escritores acerca de los santos Padres. — 3. Los apologistas cristianos: servicios que han prestado á la Iglesia y á las ciencias con sus escritos. — 4. Poder de la oratoria y su influjo en la cultura de los pueblos. — 5. Males y bienes que ha causado. — 6. Paralelo entre la elocuencia cristiana y la pagana. — 7. Méritos de la oratoria sagrada y triunfos que ha obtenido. — 8. Juicio del Padre Didon sobre la predicación de nuestro Señor Jesucristo.

1. Utilidad del estudio de las obras de los santos Padres. — Después de la Sagrada Escritura, que es *libro divino*, ocupan el primer lugar entre las producciones del ingenio humano las de los santos Padres, quienes sobresalen por su profunda ciencia y admirable virtud; de modo que sus obras forman un arsenal de útiles y variados conocimientos.

¹ «Omnes alumnos et administratores Ecclesie paternam caritatem adhibeant, ut ad sacras Literas adeant summo semper affectu reverentia et pietate: nequam enim ipsarum intelligentia salutariter ut opus est patere potest, nisi remota scientie terrena arrogantia, studioque sancte excitato eius *que deorsum est sapientia*. Quis in disciplinam seculi admittit mentem, atque inde illustrat et roborat, nunc valebit, ut etiam humanis scientiis que sunt fructus dignoscant et viant, qui sunt solidi fructus percipiant et ad aeterna referant: inde potissime exardescens animus, ad emolumenta virtutis et divini amoris spiritu vehementer contendat: Resti qui ornantur testimonio eius, in toto corde aspirant cum (I. XVIII, 2). A Scripturae alimorum exaltat, veluti viva et mirans, imago Christi, et quae Iovisio mularum, corroborata virtutum, amoris divini invitatio mirifice prorsus diffunditur. Quodsi de vivo morumque conformatione et disciplina queratur, larga indidem et optima subsidia habuit sunt viri apostolici: plena sanctitatis praecepta, suavitate et vi condita hortamenta, exempla in omni virtutum genere insignia; gravissima accedit, ipsius Dei nomine et verbis, praemiorum in aeternitatem promissio, denuntiatio poenarum» (Encycl. Praevidentium Deus).

tos, á que es preciso acudir para conocer y profundizar las admirables enseñanzas contenidas en la Biblia. Indudablemente los escritos de aquellos insignes varones son los monumentos más sorprendentes de la inteligencia ilustrada por la fe, y después de los apóstoles han sido, por decirlo así, según la frase de San Agustín, «los jardineros de la Iglesia, sus constructores y pastores que la han alimentado y hecho crecer»¹.

Aun cuando las obras de los santos Padres, y de los apologistas, deban ser principalmente estudiadas por el clero, no por eso las han de echar en olvido los seglares, si desean poseer á fondo la ciencia de la religión y aun aprovechar en otros ramos del saber. Justo es, por tanto, después de haber hablado de la Biblia, decir algo de los escritos de aquellos eximios autores, para que la juventud los estime cual se merecen y procure consultarlos ó siquiera hojearlos algunas veces. En todo tiempo han acudido á ellos los escritores católicos, sean ó no miembros del clero, como á una fuente inagotable de sabiduría cristiana y como á guías seguros para la acertada resolución de las más arduas cuestiones del orden social y religioso. Si se recorren, por ejemplo, las obras de Augusto Nicolás, de Hauterive, Donoso Cortés, Menéndez y Pelayo y otros sabios escritores católicos de nuestros tiempos, se verá patente el gran provecho que han sacado del estudio de los santos Padres.

Mediante el estudio constante de la Biblia y la santidad de su vida, adquirieron estos últimos una asombrosa erudición sagrada, é interpretaron con acierto la doctrina revelada; por lo que la Iglesia los considera como sustentáculos del edificio religioso, como maestros y conductores suscitados por Dios para ilustrarla y defenderla con la luz de su ciencia y el admirable esfuerzo de sus virtudes.

He aquí el juicio de León XIII acerca de la fructuosísima labor realizada por los Padres y Doctores de la Iglesia:

¹ «Iam vero ss. Patrum, quibus 'post apostolos, sancta Ecclesia plantatoribus, riguratoribus, edificatoribus, pastoribus, nutritoribus crevit' (S. Aug., Contra Iulian. II, 10, 37), summa auctoritas est' (Encycl. Providentissimus Deus).

«Todos los hombres notables por la santidad de su vida y por su ciencia en las verdades divinas, han sido siempre muy asiduos en el estudio de las Santas Escrituras. Los discípulos más inmediatos de los apóstoles, entre los que citaremos á Clemente de Roma, Ignacio de Antioquia, Policarpo; todos los apologistas, especialmente Justino é Ireneo, han encaminado los argumentos de sus cartas y de sus libros á la conservación ó á la propagación de los dogmas divinos, difundiendo la doctrina, la fuerza y la piedad de los Libros Santos. En las escuelas de catecismo y de filosofía que se fundaron en la jurisdicción de muchas sedes episcopales, y entre las que figuran como más célebres las de Antioquia y Alejandría, la enseñanza no consistía, por decirlo así, sino en la lectura, explicación y defensa de la palabra de Dios escrita. De éstas salieron la mayor parte de los santos Padres y Escritores, cuyos profundos estudios y notables obras se sucedieron, durante tres siglos, con tan grande abundancia, que este período fué llamado la edad de oro de la exégesis bíblica.

«Entre los de Oriente, el primer puesto corresponde á Orígenes, hombre admirable por la rápida concepción de su entendimiento y por sus trabajos no interrumpidos. En sus numerosas obras y en sus inmensas *Hexaplas*, puede decirse se han inspirado casi todos sus sucesores. Entre los muchos que han extendido los límites de esta ciencia, es preciso enumerar como á más eminentes: en Alejandría, á Clemente y á Cirilo; en Palestina, á Eusebio y al segundo Cirilo; en Capadocia, á Basilio el Grande, á Gregorio Nacianceno y á Gregorio de Nisa; y en Antioquia, á Juan Crisóstomo, en quien, á una notable erudición, se unió la más elevada eloquencia.

«La Iglesia de Occidente no ha adquirido menores títulos de gloria. Entre los muchos Doctores que se han distinguido en ella, son ilustres los nombres de Tertuliano y de Cipriano, de Hilario y de Ambrosio, de León Magno y de Gregorio el Grande; pero sobre todo los de Agustín y de Jerónimo. El uno demuestra su penetración admirable en la interpretación de la palabra de Dios y su consumada habilidad en

deducir de ella defensas para la verdad católica; el otro, por su conocimiento extraordinario de la Biblia y por sus magníficos trabajos sobre los Libros Santos, ha sido honrado por la Iglesia con el título de Doctor Máximo.¹

¿Quiénes eran los santos Padres? pregunta un distinguido escritor moderno². Hombres de fe viva, adornados de conocimientos sagrados y profanos, inflamados en el fuego de la caridad divina y ávidos de extender el reinado de Jesucristo en los corazones. Organos por los que se transmite la teología dogmática en una forma clara, sencilla y asequible á todos. Hombres de su época, filósofos distinguidos, en cuyos escritos, la historia, la mística, la filosofía, hasta la cronología y la geografía encuentran fuentes seguras de solidísima ilustración. Eminentes escritores, cuyas voluminosas obras no puede soportar en modo alguno nuestro siglo positivista y ateo.

Para apreciar debidamente su mérito, dice Perujo, es preciso tener en cuenta el tiempo y el país en que escribieron y las circunstancias en que se hallaban colocados. Además de atender á las necesidades de sus respectivas iglesias, á las consultas de los fieles, á la predicación y á la enseñanza, hallaron todavía tiempo para escribir las grandes obras cuyos volúmenes nos dejan atónitos, considerando que no escribían sino cuando lo exigía la necesidad. Es necesario también compararlos con los más célebres entre sus contemporáneos; á Orígenes con Celso, á San Ambrosio con Simmaco, á San Basilio con Libanio; y entonces se verá cuán superiores fueron á su siglo³.

Sus obras, añade el erudito Padre Zogastri⁴, «son un arsenal de conocimientos y preciosidades en todos los estilos y en todas las formas que cultivaron, y suministran modelos para todos los asuntos. Unos Padres se distinguen por la agudeza de su ingenio, otros por la fuerza de su lógica; éstos por la elevación de pensamientos, aquellos por la brillantez de las

imágenes, los otros por la dulzura y el celo. En unos se observa un estilo cortado, lacónico y fuerte; en otros fluido y cadencioso; en otros grave y majestuoso, de un sabor apostólico y de la más vasta erudición. Al mismo tiempo que guardan íntegro y en toda su pureza el depósito de la fe, dejan volar libremente su razón en las cosas opinables, como verdaderos filósofos....

«Responded vosotros, los que os preciáis de versados en la historia: Antes de los modernos descubrimientos egipcios y asiriológicos, antes de que se conociera la escritura cuneiforme, ¿quién derramó torrentes de luz sobre la historia de estas regiones y nos conservó los escritos de Beroso, las dinastías de Manetón y demás fuentes históricas de aquellos tiempos, sino el escritor eclesiástico Eusebio de Cesarea? Respondan los literatos y poetas: ¿Quién igualó en elocuencia á los santos Crisóstomo y Crisólogo, ó en poética inspiración á San Dámaso, Prudencio y el Nacianceno, ó en vigor y nervio filosófico á San León, Tertuliano y San Juan Damasceno? Respondan los amigos de la filosofía de la historia y los admiradores de lo sublime: ¿Quién abrió una nueva senda á la historia como San Agustín en sus famosos libros de *Civitate Dei*, verdadera y admirable filosofía histórica? ó, subiendo en alas de su inspiración hasta el trono de la Divinidad, ¿quién pintó como él en sus libros contra Pelagio, con tan brillante y sorprendente colorido, la armonía que contemplara entre la presciencia divina y el humano albedrío? Respondan, en fin, los que se precian de eruditos: ¿Quién superó en ese género de estudios, que tanto agrada, al español San Isidoro, que recopiló en sus *Etimologías* toda la enciclopedia del saber humano? ¡Ah! convengamos en que no sabe lo que dice quien, al leer á los santos Padres, diga que la Iglesia pone obstáculos á la ciencia.»

Y no solamente han desollado los santos Padres y Doctores en las ciencias sagradas, sino también en las profanas, que les sirvieron de poderosos auxiliares para la interpretación de las Escrituras y la refutación de varios errores y sofismas que se presentaron contra la doctrina revelada. Entre otras, las obras de San Agustín y de Santo Tomás de

¹ Encicl. *Protestantismus Dena.*

² *Saints Negroes*, Estudio de los Padres.

³ Diccionario de ciencias eclesiásticas, art. «Padres».

⁴ «La ciencia y la Iglesia católica».

Aquino constituyen una verdadera enciclopedia, en que se contienen aun muchos de los conocimientos útiles de la ciencia y filosofía paganas. Adelantándose con su colosal ingenio al tiempo en que vivieron, hicieron progresar no poco á varias de las ciencias naturales, y sus libros serian consultados con provecho por cuantos buscan las verdades científicas. También la refutación de las herejías, inventadas muchas veces por hombres suspicaces y de talento, que pretendían apoyarse en el dictamen de la razón y en las leyes de la naturaleza, obligaron á los Padres y Doctores á dedicarse á profundos y vastos estudios, no sólo en el terreno de la teología y de la metafísica, sino también en el de la historia, la filología, la geología y otras ciencias naturales.

2. **Juicio de Bossuet y de otros escritores acerca de los santos Padres.**—«Cualquiera que desee llegar á ser hábil teólogo ó sólido intérprete, lea y relea los Padres», dice Bossuet¹. «Si encuentra en los modernos, algunas veces, más menudencias, hallará de ordinario en un solo libro de los Padres más principios, más savia y doctrina del cristianismo que en muchos volúmenes de los nuevos intérpretes; y la substancia que sacará de las antiguas tradiciones, le recompensará con mucha abundancia de todo el tiempo empleado en esta lectura... Estos grandes hombres se alimentaron de ese trigo de los escogidos, de esa pura substancia de la religión; y, llenos del espíritu primitivo que recibieron de más cerca y con mayor abundancia de la fuente misma, lo que de ordinario se les escapa y sale naturalmente de su plenitud, es más nutritivo que lo que después se ha meditado.»

«Los Padres», observa á su vez Fenelon², «eran espíritus muy elevados, grandes almas llenas de sentimientos heroicos, personas que tenían una experiencia maravillosa de los hombres y sus costumbres, que habían adquirido grande autoridad y facilidad de hablar. Se nota que eran muy cultos, es decir, que estaban completamente instruidos en todas las

¹ «Defensa de la Tradición y de los santos Padres».

² *Dialogues sur l'éloquence*.

exigencias del decoro, sea al escribir, sea al hablar en público, al conversar familiarmente y cumplir todas las funciones de la vida civil. Sin duda, todo esto les hacía muy elocuentes y á propósito para atraer á los hombres. Por ello, encontrábase en sus escritos una delicadeza, no sólo de palabras, sino de sentimientos y costumbres, que no se halla en los escritores de los siglos siguientes, delicadeza que, conciliada muy bien con la simplicidad, los hace agradables é insinuantes y produce grandes ventajas á la religión.»

«Los Padres son, indudablemente, quienes han sacado más provecho del estudio de los Libros Santos», dice el abate Finard¹. «Se ha dicho, y con razón, que si desaparecieran las Escrituras, se las encontraría en las obras de aquéllos. La Biblia es oro puro, semejante al que la naturaleza produce en el seno de la tierra para excitar la industria y el trabajo del hombre; este oro extraído de la mina, mezclado con metales preciosos, pulido, dispuesto de modo que pueda impresionar más agradablemente nuestras miradas; he ahí á lo que podemos comparar las obras de los Padres.»

«Cuando compulsamos hoy día esos pesados *infolios* en que fueron recogidos sus pensamientos, nos sentimos como anonadados bajo el peso de tanto trabajo. Estos hombres, si no inspirados, asistidos cuando menos por el Espíritu Divino, son para nosotros, en el orden moral, lo que son en el orden físico los héroes de Homero: nos parecen de una estatura colosal, al compararlos con nuestra pequeñez. Además, las circunstancias en que se hallaron, contribuyeron maravillosamente al desarrollo de sus excelentes disposiciones. Ellos vivieron en un tiempo en que la tierra, calentada por el soplo de Dios, no se había aún enfriado. Se nota en sus pensamientos cierto fuego divino, semejante al de los Libros Santos, que con frecuencia citan en sus obras. Entreabierto por un instante el cielo, para iluminar el mundo, sumido hace mucho tiempo en las tinieblas, no se había cerrado completamente; y pudieron los Padres escribir á la luz de las últimas claridades que despedía aún la antorcha divina. Si dirigian

¹ *Le génie du catholicisme*.

miradas hacia la tierra, la veían bañada, por decirlo así, con la sangre de los cristianos.»

3. Los apologistas cristianos: servicios que han prestado a la Iglesia y a las ciencias con sus escritos.—A su vez, los apologistas han contribuido mucho a la defensa de la verdad católica y aun al progreso de las ciencias, siendo el estudio de sus obras poderoso para la cultura del entendimiento. Desde San Justino y San Ireneo hasta Balmes, Donoso Cortés, De Maistre, Bonald, Augusto Nicolás, Duilhé de Saint-Projet, Hettinger, etc., cuenta el cristianismo con muchos escritores versadísimos, a más de la ciencia sagrada, en historia, filosofía, literatura, controversia, ciencias naturales, etc.

«Así como Dios, en su admirable Providencia», dice León XIII, «venció para la defensa de la Iglesia contra la crueldad de los tiranos, mártires heroicos y decididamente pródigos de su sangre; así también a los sofistas y herejes opuso hombres de profunda sabiduría, que tuvieron cuidado de defender, aun con el auxilio de la razón humana, el tesoro de las verdades reveladas.... Contra los favorecedores de doctrinas insensatas se presentaron hombres sabios, conocidos con el nombre de *apologistas*, quienes, guiados por la fe, probaron con oportunos argumentos tomados de la ciencia humana, que se debe adorar á un solo Dios, poseedor en sumo grado de toda clase de perfecciones; que todas las cosas han salido de la nada por su omnipotencia, subsisten por su sabiduría y son movidas por ella y dirigidas hacia su propio fin.

«El primer lugar, entre los apologistas, corresponde al mártir San Justino. Después de haber recurrido, como para probarlas, las más célebres de las escuelas griegas; después de haberse convencido que no se puede encontrar la verdad completa sino en las doctrinas reveladas, Justino se adhirió á ellas con todo el ardor de su alma, las justificó de las calumnias con que se las afeaba, las defendió ante los emperadores romanos con grande vigor y abundancia de razones, y mostró el acuerdo que, con frecuencia, existe entre

³ Encicl. *Atenai Patria*.

ellas y las doctrinas de los filósofos paganos. En la misma época, Cuadrato y Aristides, Hermias y Atenágoras siguieron, con buen éxito, el mismo camino. Esta causa suscitó un defensor no menos ilustre en la persona del invencible mártir Ireneo, pontífice de la Iglesia de Lión, quien refutó con vigor las opiniones perversas traídas del oriente por los gnósticos y diseminadas por todo el imperio.... Todos conocen las controversias sostenidas por Clemente de Alejandría..., quien escribió sobre muchísimos asuntos, cosas muy útiles acerca de la historia de la filosofía, del arte y el ejercicio de la dialéctica, de la armonía entre la fe y la razón.... Amobio, en sus *libros contra los gentiles*, y Lactancio en sus *Instituciones divinas*, emplean un vigor y elocuencia igual á su celo, para inculcar á los hombres los dogmas y preceptos de la sabiduría católica.... Los escritos que el grande Atanasio y el Crisóstomo, príncipe de los oradores, nos han dejado sobre el alma humana, los atributos divinos y otras cuestiones de suma importancia, son, á juicio de todos, de tal perfección, que parece imposible añadir nada á su riqueza y profundidad.

«Pero la palma parece pertenecer, entre todos, á San Agustín, genio portentoso que penetró á fondo todas las ciencias divinas y humanas, y que, armado de fe vivísima y de una doctrina no menos notable, combatió sin desmayar todos los errores de su época. Siguen los Doctores de la edad media, llamados escolásticos, quienes recogieron con cuidado las ricas y abundantes mieses de doctrina, esparcidas aquí y allá en las obras de los Padres, formando como un solo tesoro para el uso y comodidad de las generaciones futuras.... Pero, sobre todo, dos famosos Doctores, el angélico Santo Tomás y el seráfico San Buenaventura..., con su talento incomparable, estudio asiduo, grandes trabajos y vigílias, cultivaron la teología escolástica, la enriquecieron legándola á la posteridad, dispuesta en un orden perfecto, amplia y admirablemente desarrollado, como dice el Papa Sixto V.»

4. Poder de la oratoria y su influjo en la cultura de los pueblos.—La elocuencia influye poderosamente en la vida de los pueblos, para moralizarlos y enalte-

cerlos. Si se refiere la fábula que á los acordes de la lira de Orfeo se amansaban las fieras, prodigioso es también el poder de la elocuencia que conmueve las fibras más secretas del corazón, agita ó calma á las muchedumbres y las impulsa á realizar acciones sorprendentes. Por esto ejerce mayor influjo en los ánimos el orador que comunica directamente sus impresiones al auditorio, que el escritor que, friamente, confía sus conceptos al papel. «El orador habla tres lenguas á la vez», dice el Padre Longhayne¹, «la de los sonidos articulados, la de la voz, la de la acción; y todas tres completan el poder de la palabra, abriendo todas las salidas del alma, y derramándola, en cierto modo, por todas partes. El orador es más que el escritor, porque puede llevar más lejos la aplicación de la primera ley literaria, que hace concurrir todas las facultades á la obra común. Su razón vigorosa y perspicaz, guía la muestra por entre el dedalo de nociones que se deben comparar; su imaginación nos las vuelve casi visibles; su voluntad nos eleva, y su sensibilidad nos conmueve. Es un alma lo que palpita en su lenguaje, ó, mejor dicho, que canta en su voz, que se transparenta en los ojos, y se revela en el gesto y en la actitud. Entonces tenemos la palabra completa y verdaderamente soberana; pues el hombre que la escucha, es dominado por ella por completo.

«La elocuencia es el don más vasto y prodigioso que la naturaleza puede conceder al hombre. Los otros dones pueden, en rigor, existir separadamente: la elocuencia elevada al más alto grado, los supone todos, ó por lo menos á casi todos reunidos... Ella es todo el hombre, y exige el ejercicio simultáneo de todas las facultades.

«Hay en la elocuencia una virtud prodigiosa, casi divina. Dios creó el mundo, no por medio del pensamiento, sino por la palabra: *Dixit, et facta sunt*. Asimismo, no es por el pensamiento, sino por la palabra, cómo el hombre, formado á imagen de Dios, ejerce sobre la creación su autoridad soberana. Por la palabra amansa y dirige á los animales; por la palabra domina también á sus semejantes. Un orador

digno, verdaderamente de este nombre, un Demóstenes, un Bernardo, puede conducir al pueblo más altivo y caprichoso con la misma facilidad que un hábil jinete guía á un caballo fogoso. Se acerca con precaución, lo acaricia, lo halaga y le impone al mismo tiempo el freno salvable. El orador dice á la muchedumbre: ¡*detente!* y queda inmóvil; ¡*avanza!* y se precipita; ¡*vuela!* al otro lado de los mares, á través de los mayores peligros; ¡*prodiga* tu oro y tu sangre sobre una playa árida y desierta; ¡*percerás* acaso, pero percerás con gloria, y los tuyos serán salvados! Y la muchedumbre, antes de responder, se apresura á obedecer.»¹

5. Males y bienes que ha causado la elocuencia.—Como la palabra es la expresión ó manifestación externa de los afectos y sentimientos interiores del alma, viene á ser arma de dos filos, que puede servir ó al bien ó al mal. Por esto, cuando la oratoria ha patrocinado el error y el crimen, ha pervertido, en todo tiempo, las ideas y corrompido las costumbres. Especialmente en la antigüedad, estuvo tan viciado el uso de la palabra, que, como lo nota un escritor, «fue preciso prohibir la oratoria en el Arcopago y en otras asambleas públicas, por temor de que se la emplease en impugnar la verdad y la justicia»². En los tiempos modernos, los discursos incendiarios de Mirabeau, Dantón, Robespierre, etc., dieron origen, á fines del siglo antepasado, á la revolución francesa, la más sangrienta quizás y destructora que registran los anales de la humanidad.

En nuestros días las arengas de Gambetta, de Rochefort, Bebel, etc., han producido los horrores de la *comuna* y los trastornos del socialismo y el anarquismo. «Acontece muchas veces», según observa Laurentie, «que en la tribuna, desde donde debe partir el rayo que hiera á los tiranos y pulverice los errores, se vale el orador de la autoridad de su talento para proteger la baja y amparar la iniquidad. La elocuencia es un arma que produce efectos contrarios: ha fundado ciudades, y destruido imperios; guiado á los pueblos, ó corrompido á las sociedades.»

¹ Théorie des belles-lettres.² Pinard l. c.³ Brúce y Tmúla, Tratado de la predicación cristiana.

La oratoria, debidamente dirigida y empleada, ha contribuido siempre con eficacia a extirpar el error y el vicio, y defender la verdad, a infundir hábitos virtuosos, a morigerar é instruir á las masas. Prueba de ello es la conversión del linaje humano, de la gentilidad al cristianismo, por la fuerza irresistible de la predicación apostólica. En los lugares en que fue anunciado el evangelio, cayeron luego los ídolos en pedruzcos, desapareció la esclavitud, se dulcificaron las costumbres, se hicieron frecuentes las acciones heroicas; y la caridad, resumen de la enseñanza católica, hizo de toda la humanidad una sola familia, cuyos miembros tienen igual origen y aspiran al mismo premio: la eterna bienaventuranza.

6. Paralelo entre la elocuencia cristiana y la pagana.—Como muy bien dice Bravo y Tudela¹, «los pueblos antiguos, á pesar de que tuvieron la dicha de oír á Demóstenes y de aplaudir á Cicerón, no pudieron dar un paso en la senda de la verdadera prosperidad, porque las doctrinas paganas no podían disipar las tinieblas del error, ni sacar á la humanidad del cieno en que le sumiera la corrupción.» Como podían, en efecto, los oradores paganos inculcar la humildad, el olvido de las injurias, el amor desinteresado á la patria y al prójimo, el menosprecio de las riquezas, la continencia y la virginidad, la caridad, en fin, y el sacrificio, origen de cuanto grande y heroico admiramos en el mundo cristiano; si el paganismo defendía y enseñaba la soberbia, el odio al enemigo, el amor al placer y las riquezas, el infanticidio, la esclavitud, el derecho del fuerte sobre el débil; si desconocía, en una palabra, las nociones fundamentales del orden y la moralidad, sin las cuales es imposible la buena organización de la familia y del Estado?

Haciendo Federico Ozanam un paralelo entre la elocuencia cristiana y la pagana, dice²:

«Los antiguos habían dado á la palabra humana el más grandioso pedestal; habían levantado la tribuna en medio del *Agorá* ó del *Foro*, desde donde dominaba esas ciudades inteligentes y apasionadas, cuya conquista era el

¹ L. c.² L'éloquence chrétienne, 16^{me} leçon.

precio de la palabra victoriosa. Difícil era honrar más una cosa humana: el cristianismo la honró aun más. Levantó una cátedra, un *segundo altar*, por decirlo así, en el santuario; y se vió entonces lo que el paganismo no había visto jamás: la simple prosa y sin adorno, en medio de los misterios. Es cierto que, por esto mismo, se operaba un cambio en la palabra: dejaba de ser un espectáculo para ser una enseñanza; su fin no era halagar los sentidos, sino iluminar los espíritus y conmover los corazones. He ahí por qué, en la elocuencia cristiana, la acción casi desaparecerá por completo: ¿ni cómo exigir acción de esos obispos que, sentados y casi inmóviles en su trono pontifical, en el fondo del ábside, se dirigen á una multitud compuesta de pobres, de esclavos, de mujeres, de gentes que no conocen las delicadezas antiguas de la declamación griega ó romana?...

«Desde los comienzos de la elocuencia cristiana se notó en ella una separación profunda de las teorías y del arte de la antigüedad, así como no sé qué de original que conmueve á los hombres y es verdaderamente el secreto de sus triunfos. Ved á San Pablo en medio de esa muchedumbre de griegos tan refinados: ¿cómo desprecia el miserable auxilio de la palabra humana! ¿cómo hace poco caso de las sublimidades del lenguaje! Profesa no saber sino una sola cosa: á Jesu cristo, y á Jesucristo crucificado; pero este hombre, que parece sin cultura, tiene recursos que no conocían sus oyentes del *Areópago*, como observa San Jerónimo, y sus palabras inesperadas, bruscas, poco estudiadas, hieren no obstante como rayos.»

7. Móviles de la oratoria sagrada y triunfos que ha obtenido.—En la elocuencia, como en lo demás, ha obtenido el cristianismo espléndidos triunfos, y sus oradores tienen que ser consultados por cuantos buscan doctrina pura y substanciosa, ataviada con las galas y atractivos del lenguaje. Tres son los deberes del orador, según San Agustín: enseñar, convencer y agradar: *Ut veritas doceat, ut veritas moveat, ut veritas placeat*; triple obligación que ha cumplido á maravilla la oratoria sagrada, que siempre se inspira en la verdad, enseña al hombre la ciencia de bien obrar,

ilumina su inteligencia con la fe, mueve y deleita su corazón con las austeras á la vez que atractivas máximas de la religión. — San Juan Crisóstomo, San Agustín, San Gregorio de Nacianzo, San Hilario, San Bernardo, Bossuet, Massillon, Bourdaloue, Lacordaire y otros muchos principes de la oratoria sagrada, manifiestan el poder de la palabra evangélica, por cuyo medio ellos, á semejanza de San Pablo, sacaron del fondo de su corazón los afectos más inflamados y elevaron á sus oyentes desde la tierra al cielo¹.

La eficacia de la oratoria sagrada y su superioridad sobre la profana, nacen de la grandeza de los asuntos que trata y de las fuentes en que bebe sus enseñanzas. Los profundos misterios del tiempo y la eternidad, los destinos inmortales del hombre, la ferribilidad de los juicios de Dios, las severas reglas de la moral, son intimadas al auditorio, desde la cátedra sagrada, en nombre de Dios y con la autoridad que Él comunica á sus ministros, quienes, deben emplear en sus discursos, para convertir á sus oyentes, según el consejo de San Pablo, «no las palabras persuasivas del humano saber, sino los efectos sensibles del espíritu y de la virtud de Dios»².

La Escritura, la Tradición, los libros de los Padres y Doctores, las enseñanzas de los Concilios y de los Sumos Pontífices, las obras de los teólogos y canonistas, y como auxiliares las de los autores profanos, forman el fecundo arsenal de donde el orador sagrado saca doctrina y recursos para instruir y convencer al auditorio. «En la Biblia existe, ante todo, una elocuencia admirablemente variada, admirablemente rica y digna de los más grandes objetos», dice León XIII. «Esto es lo que San Agustín comprendió y perfectamente demostró, y lo que la experiencia permite comprobar en las obras de los oradores sagrados. Ellos debieron principalmente su gloria al estudio y á la meditación de las Sagradas Letras, y en esto dieron testimonio de su gratitud hacia Dios»³.

¹ Cf. *Drivex*, Cours d'histoire, de géographie, de littérature.

² «Sermo meus et predicatio mea non in persuasibilibus humane sapientie verbis, sed in ostensione spiritus et virtutis» (1 Cor. 12, 4).

³ «Hec propria et singularis Scripturarum virtus, a divino afflatu Spiritus Sancti profecta, est, quæ oratori sacro auctoritatem addit, apostolicam

El amor á Dios y al prójimo, el culto de la verdad, el deseo de que ésta se difundiera, el celo ardiente por el bien de los demás, la unión sobrehumana que el Señor comunica á la palabra sacerdotal, la caridad, en fin, que, conforme al dicho de San Pablo, «no busca su provecho» son los móviles del orador sagrado, el resorte de sus diarias conquistas, y la causa de la asombrosa transformación que obtiene en los pueblos dominados antes por el error y el vicio.

8. Juicio del Padre Didon sobre la predicación de nuestro Señor Jesucristo. — De Jesucristo nuestro Señor, cuya elocuencia, sin ser humana, es el modelo ideal del predicador evangélico, dice el Padre Didon¹:

«Ningún orador popular puede compararse, ni aun desde el punto de vista de la elocuencia. Jesucristo está á la cabeza de esa milicia santa que ha recibido de Dios el secreto de conmover á un pueblo, sin excitar sus pasiones terrestres. Jamás brotó de sus labios el menor sofisma, la menor alteración de la verdad. Supo condescender, sin lisonja, con la debilidad de sus oyentes. Su palabra fué siempre apropiada á su auditorio, y por esto usó con sus discípulos, en la intimidad, diverso lenguaje del que empleó con los fariseos y letrados, y con el pueblo. A sus discípulos les abre el alma, de donde brota la verdad llena de ternura y de unión; ante los letrados hábiles acude á la Escritura, los confunde en sus discusiones con lógica irresistible, y los abruma, en su mala fe, con el peso de sus anatemas. Al pueblo expone su doctrina bajo el velo de las parábolas, porque la retórica judía gustaba de las imágenes.

prolet dicendi libertatem, nervosam victicemque tribuit eloquentiam. Quamvis enim divini verbi spiritum et robur eloquentiam refert, ille non loquatur in humana sententia, sed et in virginitate et in scriptis Sancto et in pluvialine modo (1 Thess. 2, 5).... Hoc etiam, asserendum est, invest in sacris Literis miræ variam et uberem magnisque dignam rebus eloquentiam: id quod Augustinus pervidit disertique arguit (De doctr. christ. IV, 6, 7), atque res ipsa confirmat prestantissimorum in orationibus sacris, qui nomen suum assidue Bibliorum consuetudini pieque meditationi se precepit debere, grati Deo affluarunt» (Encycl. Prædicatorum Dei).

¹ En su obra: *Jésus-Christ*.

«Una de las principales dotes del orador, sobre todo del orador popular, es la oportunidad, sin la cual el poder y la vehemencia de la acción quedan estériles. No basta anunciar á un pueblo la verdad: es preciso apropiarla á la conciencia de ese pueblo. Mucha luz desvanece: el que no sabe moderar su brillo, ciega, en vez de iluminar. El tacto de la elocuencia es inspirado por el amor á la verdad y por el amor á los hombres. El que ama la verdad más que á sí mismo, busca el triunfo de ella, y no la expone, revelándola sin discreción, á la diferencia ó al desprecio; el que ama á los hombres compadece su debilidad y la mira con respeto, no comunicándoles sino lo que pueden entender. El método de Jesucristo, en su enseñanza popular, manifiesta su exquisita prudencia. El, que venía á este mundo á dar testimonio de la verdad, la amó hasta la muerte. Todas sus palabras revelan mesura y reserva: *no arrojé las margaritas á los cerdos, ni dió las cosas santas á los perros*. Su amor á su pueblo, á su país, á los hombres á quienes quería salvar, resplandece en todos los hechos de su vida. Conoce la debilidad humana, sus preocupaciones, su ignorancia, su dureza ó incapacidad, y tiene compasión de ellas. Es paciente, porque sabe que su evangelio y doctrina, destinados á iluminar á los siglos, tendrán necesidad de siglos para penetrar en todos los espíritus y renovar el mundo, á causa de la malicia humana.»

Estas palabras del célebre dominico, á la vez que un cumplido elogio de la admirable predicación del Salvador, manifiestan también los arduos deberes del orador sagrado y el método que ha de emplear para que su palabra produzca frutos de vida eterna.

CAPÍTULO NOVENO. LAS CIENCIAS.

1. Variedad de las ciencias; clasificación. — 2. Importancia de las ciencias en general, y de las parámetros racionales ó filosóficas en especial. — 3. Dios y la naturaleza. — 4. La Iglesia católica no rechaza las ciencias naturales ni el progreso material. — 5. Acusaciones infundadas que se le hacen como á enemigo del adelanto científico y material. — 6. Sabios cristianos que se distinguan en el campo de las ciencias naturales.

1. Variedad de las ciencias: clasificación. — Dotado el hombre de facultades nobilísimas, estimulado por muchas necesidades físicas y morales, y rodeado de innumerales objetos que llaman su atención, siente dentro de sí un impulso vivo de saber y darse razón de las cosas. Este *instinto de curiosidad*, este deseo de conocer, innato en nuestro espíritu, y que nos acompaña desde la primera edad, da origen al cultivo de las ciencias y manifiesta, además, la limitación de nuestras facultades y la ignorancia en que estamos acerca de muchísimas verdades, para cuya adquisición necesitamos trabajo constante y bien dirigido.

La ciencia es un tesoro inestimable que el hombre debe esforzarse en poseer y acrecentar cada día, á fin de nutrirse con la verdad, pan del espíritu, y de enriquecerse con un sinnúmero de conocimientos utilísimos, ilustración de la inteligencia y fecundo provecho en las múltiples exigencias de la presente vida.

El ideal de la ciencia, dice un autor, es conocerlo todo y explicarlo todo; pero esta ciencia *universal y absoluta*, síntesis de todas las ciencias particulares, es propia y exclusiva de Dios. El hombre, finito y limitado, no puede alcanzarla; pero mediante el cultivo de las ciencias especiales, que aumentan á menudo y se desenvuelven gradualmente, le es dado ensanchar los conocimientos á diario y acercarse al ideal científico.

Es indudable que esta aspiración de saber más y más, experimentada por el hombre, le impulsa á la labor intelectual y constituye uno de sus timbres de gloria; puesto que, ejercitando sus facultades cognoscitivas, llega á enseñorearse del

«Una de las principales dotes del orador, sobre todo del orador popular, es la oportunidad, sin la cual el poder y la vehemencia de la acción quedan estériles. No basta anunciar á un pueblo la verdad: es preciso apropiarla á la conciencia de ese pueblo. Mucha luz desvanece: el que no sabe moderar su brillo, ciega, en vez de iluminar. El tacto de la elocuencia es inspirado por el amor á la verdad y por el amor á los hombres. El que ama la verdad más que á sí mismo, busca el triunfo de ella, y no la expone, revelándola sin discreción, á la diferencia ó al desprecio; el que ama á los hombres compadece su debilidad y la mira con respeto, no comunicándoles sino lo que pueden entender. El método de Jesucristo, en su enseñanza popular, manifiesta su exquisita prudencia. El, que venía á este mundo á dar testimonio de la verdad, la amó hasta la muerte. Todas sus palabras revelan mesura y reserva: *no arrojé las margaritas á los cerdos, ni dió las cosas santas á los perros*. Su amor á su pueblo, á su país, á los hombres á quienes quería salvar, resplandece en todos los hechos de su vida. Conoce la debilidad humana, sus preocupaciones, su ignorancia, su dureza ó incapacidad, y tiene compasión de ellas. Es paciente, porque sabe que su evangelio y doctrina, destinados á iluminar á los siglos, tendrán necesidad de siglos para penetrar en todos los espíritus y renovar el mundo, á causa de la malicia humana.»

Estas palabras del célebre dominico, á la vez que un cumplido elogio de la admirable predicación del Salvador, manifiestan también los arduos deberes del orador sagrado y el método que ha de emplear para que su palabra produzca frutos de vida eterna.

CAPÍTULO NOVENO. LAS CIENCIAS.

1. Variedad de las ciencias; clasificación. — 2. Importancia de las ciencias en general, y de las parámetros racionales ó filosóficas en especial. — 3. Dios y la naturaleza. — 4. La Iglesia católica no rechaza las ciencias naturales ni el progreso material. — 5. Acusaciones infundadas que se le hacen como á enemigo del adelanto científico y material. — 6. Sabios cristianos que se distinguan en el campo de las ciencias naturales.

1. Variedad de las ciencias: clasificación. — Dotado el hombre de facultades nobilísimas, estimulado por muchas necesidades físicas y morales, y rodeado de innumerales objetos que llaman su atención, siente dentro de sí un impulso vivo de saber y darse razón de las cosas. Este *instinto de curiosidad*, este deseo de conocer, innato en nuestro espíritu, y que nos acompaña desde la primera edad, da origen al cultivo de las ciencias y manifiesta, además, la limitación de nuestras facultades y la ignorancia en que estamos acerca de muchísimas verdades, para cuya adquisición necesitamos trabajo constante y bien dirigido.

La ciencia es un tesoro inestimable que el hombre debe esforzarse en poseer y acrecentar cada día, á fin de nutrirse con la verdad, pan del espíritu, y de enriquecerse con un sinnúmero de conocimientos utilísimos, ilustración de la inteligencia y fecundo provecho en las múltiples exigencias de la presente vida.

El ideal de la ciencia, dice un autor, es conocerlo todo y explicarlo todo; pero esta ciencia *universal y absoluta*, síntesis de todas las ciencias particulares, es propia y exclusiva de Dios. El hombre, finito y limitado, no puede alcanzarla; pero mediante el cultivo de las ciencias especiales, que aumentan á menudo y se desenvuelven gradualmente, le es dado ensanchar los conocimientos á diario y acercarse al ideal científico.

Es indudable que esta aspiración de saber más y más, experimentada por el hombre, le impulsa á la labor intelectual y constituye uno de sus timbres de gloria; puesto que, ejercitando sus facultades cognoscitivas, llega á enseñorearse del

mundo físico, á descubrir los secretos y leyes que lo rigen, así como el orden y belleza del mundo moral. El cultivo de las ciencias ha sido, y será siempre, una de las más nobles ocupaciones del espíritu, un elemento poderoso de civilización, y uno de los mayores beneficios que Dios ha concedido al hombre. Por esto juzgo oportuno tratar brevemente de las ciencias en general, á fin de fomentar la afición á ellas entre la juventud estudiosa, tanto más cuanto que una parte considerable de ésta se dedica de preferencia á las ciencias especulativas y á determinadas profesiones liberales, con descuido y menoscabo de las ciencias experimentales y de las artes de aplicación, que son tan útiles en la vida práctica, por cuanto hacen al hombre dueño de la materia, favorecen la industria y el comercio, y producen el bienestar temporal que los individuos y los pueblos pueden lícitamente apetecer.

Santo Tomás define la ciencia en sentido *subjetivo*: «conocimiento cierto y evidente de las últimas razones de las cosas por medio del raciocinio». En sentido *objetivo* se la puede definir: «sistema íntegro de nociones de un mismo orden y dependientes de un solo principio».

Como la ciencia humana es limitada y parcial, admite clasificación, ó, mejor dicho, división. Muchas son las divisiones que de ella se han hecho. Las principales son: la de Aristóteles, que distingue las ciencias según las formas de la actividad humana, en *especulativas*, ó de puro conocimiento; en *ciencias prácticas*, cuyo fin es dirigir nuestros actos; y en *políticas*, que tienen por objeto la realización de obras extrañas al agente. Ampère divide las ciencias en *cosmológicas* ó de la materia, y en *neológicas* ó del espíritu. Comte las clasifica en *abstractas*, que se proponen descubrir las leyes; y en *concretas*, que aplican las leyes á los seres y á los hechos¹.

En la edad media se clasificaron las ciencias en divinas y humanas, en cuanto fuesen conocidas por la luz de la razón, ó por medio de la Revelación. Entre los modernos, sobre

¹ Cf. Cours de philosophie, por F. J.

todo desde Bacon y Descartes, se dividen en ciencias *experimentales*, en *filosóficas* y en *teológicas*. Oigamos á un autor de nuestros días.

«En el vasto campo de nuestros conocimientos actuales ó posibles, es fácil reconocer tres regiones distintas, si bien sus límites aparecen frecuentemente mal precisados y confundidas sus fronteras.

«Los fenómenos materiales, los hechos positivos y sensibles, sus causas inmediatas, las leyes que las rigen, lo desconocido en el tiempo pasado y lo desconocido en la naturaleza; componen el dominio particular de la *ciencia experimental*, la cual abarca, en el tiempo y en el espacio..., el Universo material todo entero.

«Los hechos intelectuales y morales, observados con ayuda de la conciencia, las verdades primeras, las causas substanciales, las cuestiones de origen ó de finalidad, el ser necesario, el ser contingente, inmaterial y libre, todas estas realidades de un orden superior, conocidas por las luces naturales de la razón, componen el dominio de la *filosofía*.

«Las relaciones de la criatura con el Criador, los destinos inmortales del hombre, conocidos por una luz superior á la de la razón; Dios (lo dice Santo Tomás) considerado como la causa primera, no sólo cual nuestro entendimiento puede concebirlo, sino como la Revelación nos lo muestra, forman el dominio de la *teología*.»¹

Si nos fijamos en la nomenclatura de las ciencias hasta hoy conocidas, admiramos su variedad y la multitud de materias sobre que versan, pudiéndose decir, en alguna manera de ellas, lo que de Salomón refiere la Biblia: esto es, que «trató con incomparable sabiduría, desde el cedro que se cria en el Líbano hasta el hisopo que brota en las paredes»². Mas como el hombre no posee como aquel Rey ciencia infusa, tiene que conseguirla con el *spider de su frente*, para de este modo acrecentar diariamente con tenaz esfuerzo el caudal de sus conocimientos y recorrer con lentitud el campo

¹ *Dictionnaire de Saint-Projet*, Apologie científica de la fe.

² Reg. IV, 33.

vastísimo del saber, sin que pueda llegar al término de la jornada, por la deficiencia de facultades y brevedad de la vida. Ya en la antigüedad dijo un filósofo que *sólo sabía que nada sabía*: frase amarga y exagerada, que significa, en todo caso, que es mucho más lo que ignora el hombre que lo que sabe.

Pero el hecho mismo de ignorar el hombre muchas verdades, aun del orden natural, avivando en él el deseo de conocerlas, le lanza a regiones inexploradas, a fin de arrancar nuevos secretos a la naturaleza, y de ampliar conocimientos; con lo que sus deseos quedan satisfechos, sus facultades se desarrollan notablemente y las ciencias adelantan sin cesar.

«La inteligencia del hombre se alimenta con la verdad, así como su cuerpo se alimenta con pan», dice Van Tricht.¹ «Pues el amor de sí mismo le llevó a buscarla... Gozó con el conocimiento y quiso conocer aun más. Cada nuevo descubrimiento le enardecía, y buscaba cada vez más... fue devorado por la sed de saber, y la ciencia le fué proveyendo del vino necesario para extinguir esa sed de su alma.

«De aquí procede la inmensa enciclopedia de los conocimientos humanos: edificio que, piedra por piedra, han ido construyendo todos los siglos... En esta llama se han inspirado los investigadores de todas las edades. Las ciencias de la tierra y las ciencias del cielo, las ciencias de la materia y las de la vida, las ciencias del espíritu y las del corazón, todas han salido de aquí!

«No solamente la ciencia pura ó teórica, sino la ciencia aplicada ó práctica, ha tenido este origen; lo mismo la del antiguo Tubalcaín, que descubre el arte de forjar los metales, que la del ilustre Pasteur que descubre en los seres infinitamente pequeños el secreto é inmunidad de las enfermedades; lo mismo la de Adán que pone nombre a las plantas y a los animales, que la del astrónomo que a cada estrella señala un lugar en el mapa celeste, para guía del marino á través del inmenso y obscuro mar.»

¹ Conferencia familiar sobre el egoísmo.

2. Importancia de las ciencias en general, y de las puramente racionales ó filosóficas en especial.

De la noción de la ciencia y de su clasificación, se deducen su importancia y eficacia para el progreso humano. Dios, el hombre, la naturaleza, ó sea, el ser en toda su amplitud, constituye el dominio incommensurable de la ciencia humana; y aun cuando la que trata de Dios, ocupa entre todas el primer lugar, también son muy útiles las del orden natural, y aun prestan no pocos servicios á la ciencia sagrada.

Lo que distingue al hombre del bruto es la inteligencia y la libertad: por la primera conoce la verdad; por la segunda es dueño de sus actos y responsable de ellos. Esta posibilidad de conocer la verdad, eleva al hombre sobre los seres sensibles é irracionales y su posesión proporciona una de las más puras fruiciones al espíritu; porque, si es grato extraer el oro de las entrañas de la tierra, ¡cuánto más no lo será extender los horizontes del saber y acrecentar el caudal de los conocimientos humanos! Y como el dominio de las ciencias es ilimitado, pues se extiende más allá de lo visible, la inteligencia obtiene en sus investigaciones constantes triunfos y se inunda en la luz esplendorosa de la verdad.

El estudio de las ciencias es no sólo útil al espíritu, sino también un medio de cumplir la misión especial que Dios señala á ciertos hombres en el mundo, levantándolos sobre el nivel común. Por esto, en la formación de la juventud estudiosa, ocupan las ciencias puesto distinguido; y la instrucción de ella sería deficiente si no se iniciara desde los primeros años en los secretos de la ciencia y se la hiciera participante de sus beneficios, aun para que con su auxilio comprendiese mejor la grandeza y hermosura de las obras de Dios.

«La ciencia es la luz que ilumina al mundo y mantiene la vida intelectual», dice Ortolán.¹ «¡Cuán magnífico es el espectáculo del sol naciente! Desde luego los tintes indecisos de la aurora obligan á las tinieblas á retroceder paso á paso; después, el astro del día lanza sus primeros rayos sobre las capas superiores de la atmósfera, coloreando el hori-

¹ En la obra: *Savants et chrétiens*.
CHENO-TORAL, Ediciones. Ed. 2.

zonte y dorando la cima de los cerros; en fin, avanza en su carrera, cubriendo todo el cielo de vivísimos y variados matices, hasta que, aumentando en claridad, llega al esplendente fulgor del mediodía.

«No fué menos admirable el aparecer del sol de la ciencia, en medio de las tinieblas que cubrían á la humanidad. La ignorancia la había, durante muchos siglos, envuelto en un sombrío velo, que poco á poco fué descorriéndose con la luz del genio. A medida que los siglos se suceden, la luz es más brillante y extensa, y se reúnen, como en un haz, sus diversos rayos, que parecen emanar de un mismo foco, y se superponen unos á otros, centuplicando su fuerza é iluminando luego al mundo entero.

«Asistimos al nacimiento del sol intelectual, ya al estudiar los escritos de los sabios de todas las edades y sorprender en ellos las ideas primordiales que han presidido á los grandes descubrimientos, ya al meditar la vida de estos héroes del saber. Sin los ensayos penosos y los esfuerzos perseverantes de nuestros antepasados, estaríamos aún en la ignorancia. Ellos cavaron el surco; sus sucesores sembraron el buen grano; otros, que vinieron después, lo regaron, y nosotros comenzamos á recoger el fruto de sus trabajos. Seguramente son las primicias de la cosecha; pues las espigas abundantes exigen, para llegar á la madurez, una luz más ardiente.»

Pero las ciencias no sólo enriquecen y perfeccionan nuestra facultad intelectual, sino que también son muy útiles para la vida práctica. El hombre procura instruirse tanto por amor á la ciencia, como por satisfacer debidamente, con su auxilio, sus necesidades y mejorar las condiciones materiales de la presente vida. La industria es la aplicación de la ciencia, que se sirve, como de medios, de la experiencia y del razonamiento.¹

«Cuanto ocupa útilmente al hombre», dice un autor de nuestros días; «cuanto perfecciona la sociedad ó la embellece sin corromperla; cuanto contribuye á la prosperidad pública,

¹ Cf. Cours de philosophie, par F. F.

como los descubrimientos científicos y las diversas aplicaciones de la industria; cuanto aumenta el bienestar material; y, sobre todo, cuanto desarrolla la inteligencia, depura el gusto, eleva y encanta la imaginación; todo esto es digno de aplauso y de respeto, como un destello de la eterna verdad que viene á reflejarse en la inteligencia humana.»¹

«Cuando se compara la innumerable multitud de los fenómenos de la naturaleza con los límites de nuestro entendimiento y la debilidad de nuestros órganos, no se puede esperar otra cosa de la lentitud de nuestros trabajos, de sus largas y frecuentes interrupciones, y de la rareza de los genios creadores, sino algunas piezas rotas y separadas de la gran cadena que liga todas las cosas.... El hombre no puede ser un sabio consumado. De las ciencias se puede decir lo que un antiguo decía de la Divinidad: *una esfera infinita cuyo centro está en todas partes, y la circunferencia en ninguna*. Nadie es capaz de recorrerla. Por esto nos aconseja el Apóstol que estudiemos con sobriedad: *sapere ad sobrietatem*, á fin de que no vaguemos inútilmente buscando los límites de este abismo.»²

Las altas cimas son siempre de difícil acceso. Esto acontece, en el mundo físico, con las montañas coronadas de nieve y circundadas de nubes; en el mundo social, con las grandezas humanas; en el mundo intelectual, con los descubrimientos de la ciencia. Pero, en cambio, ¡cuánto se goza con la posesión de la verdad! Esas emociones profundas, esa embriaguez intelectual, esos entusiasmos de la victoria, los han experimentado todos los obreros de la civilización, como legítima recompensa de sus penas y trabajos. Hay verdades científicas que son batallas ganadas, decía Descartes.

Entre las ciencias humanas existe jerarquía, fundada en su dignidad y en la mayor ó menor importancia de los asuntos de que tratan. Según este aspecto, corresponde el primer lugar, entre todas ellas, á la filosofía, de la que se tratará en el capítulo siguiente.

¹ Accusations contre la religion.

² Fr. Vicente Solano, Obras.

3. Dios y la naturaleza. — Al tratar, aunque sea brevemente, de las ciencias naturales, es preciso decir algo de lo que es su fuente y el objeto constante de sus investigaciones: á saber, la naturaleza, ó el mundo físico. Pero ante todo se debe asentar como verdad inconcusa que Dios sacó de la nada el universo mundo, ó sea la materia de que éste se compone, la cual, según la teoría más aceptada hoy, se transformó sucesivamente y adquirió modos de ser más perfectos, por la acción de las leyes á que Dios le sometiera¹.

La filosofía cristiana enseña igualmente que Dios es no sólo creador sino también conservador de todos los seres, y amorosa providencia suya. Esta conservación incesante equivale á una creación continuada, «no en el sentido de que á cada momento pasen aquellos de la nada á la existencia», como lo advierte Farges², «sino en el de que la voluntad divina, después de haberlos sacado de la nada, persevera en producir su efecto. Como el aire, para ser iluminado, afirma Santo Tomás, debe recibir constantemente la acción luminosa del sol, así el ser que procede de otro, para mantenerse tal cual es, tiene necesidad de permanecer sin cesar bajo el influjo del primero. Imagen muy expresiva de la dependencia esencial y perpetua de la criatura con respecto á su Creador».

Íntima es la dependencia de todo cuanto existe con respecto á Dios, centro hacia el cual gravita el mundo físico, intelectual y moral, y *Sol divino* que atrae los seres, dice el mismo autor, y los tiene pendientes de sus rayos de luz y de vida. Nada en el mundo puede subsistir ni perfeccionarse sin su constante socorro y asistencia³.

Otro principio fundamental en esta materia, es que Dios es el fin último de sus criaturas, como es su principio por la creación, y su medio por la Providencia. *Todas las cosas han he hecho el Señor para gloria de sí mismo*, dice el Sabio⁴.

¹ Cf. González, La Biblia y la ciencia.

² Etudes philosophiques: L'idée de Dieu.

³ Cf. Farges *Ibid.*

⁴ «Universa propter semetipsum operatus est Dominus» (Prov. XVI, 1).

Considerada la naturaleza como hechura de Dios, su estudio es muy grato y provechoso para el hombre, que descubre, en cada uno de los seres, las huellas y destellos de las perfecciones divinas. Por esto el profeta David afirma que *los cielos publican la gloria de Dios y el firmamento anuncia la grandeza de la obra de sus manos*¹. La naturaleza es un libro abierto en que el hombre aprende á conocer y amar á su Autor; y son tantas las armonías, la belleza y el orden de la creación, que nos sentimos dulcemente inclinados á bendecir y adorar á la primera causa. «La contemplación de las obras de Dios», dice el Padre Secchi², «es una de las más nobles ocupaciones del espíritu y el fin principal del estudio de la naturaleza».

Santo Tomás de Aquino reconoció (lo dice Hettinger³) la transcendental importancia de la consideración y estudio inteligente de la naturaleza (*Summa contra gent.* II, 2 sq.). Este estudio, afirma el santo Doctor, es el más á propósito para afianzar la fe y extirpar los errores, puesto que la potencia y sabiduría de Dios se nos muestra con tanto mayor esplendor, cuanto más meditamos sus obras, y nuestro amor hacia El crece tanto más, cuanto más contemplamos las bellezas que su mano ha derramado; pues sabido es que toda la hermosura que en las criaturas aparece distribuida y repartida, procede de Dios, fuente y manantial de toda belleza. Conociendo á las criaturas nos asemejamos cada vez más á Aquel que se conoce á sí mismo de un modo perfectísimo y conoce á cuanto está fuera de El. El conocimiento recto de la naturaleza es también el mejor preservativo contra los errores del paganismo, contra las creencias de la astrología, del fatalismo, la magia y la superstición, y en fin, por él llega el hombre á conocer su verdadera posición en el Universo. El amor con que San Francisco de Asís invitaba á todas las criaturas, al sol, la luna, las estrellas, al viento, aire y agua, á pregonar las alabanzas del Señor; el amor que hizo, según

¹ «Caeli enarrant gloriam Dei, et opera manuum eius annuntiant firmitatem» (Ps. XVIII, 7).

² «El Sol».

³ «Timoteo ó Cartas á un joven teólogo».

la tradición, que un San Antonio predicara á los peces, y un San Egidio abrazara á los árboles y á las rocas, vivía también en los grandes místicos de las otras órdenes religiosas. Hugo y Ricardo de San Victor, Enrique Susón, Taulero y otros muchos, que esforzándose á buscar en la creación símbolos delicados para representar sus elevadas ideas, llegaron en cierto modo á espiritualizar la naturaleza misma.

Los paganos, que no tenían conocimiento exacto de Dios, se extraviaron en el estudio de la naturaleza, y, embelesados por su hermosura, llegaron á divinizarla y á tributarle culto. Los astros, los animales y aun las plantas recibieron adoración entre ellos; pero, á la luz de la fe comprende fácilmente el hombre que los objetos visibles, por hermosos que sean, no merecen culto, aun por el hecho de ser inferiores, y que únicamente Dios es acreedor á su amor y adoración. Guiado por esa luz divina, conoce que sólo Dios es independiente en absoluto, y que, cuanto fuera de Él existe, le está sujeto; que Él es la causa primera de todo, y las criaturas causa *secundaria* de los efectos que producen; que Dios es, en una palabra, como dice Santo Tomás, la razón propia por la cual entra en el imperio del ser aquello que empieza á existir; y que la criatura, al obrar bajo la acción de Dios, es la razón por la cual la cosa naciente entra en esta ó en aquella clase determinada del ser.

Cierto es que la acción de Dios en el mundo no menoscaba la actividad peculiar de cada ser; porque Dios, que ha dado á las cosas un ser propio, les ha otorgado también una actividad propia, para que obren conforme á su tendencia natural¹. Pero es indudable que en Dios vivimos, nos movemos y existimos²; y por esto, para los sabios cristianos la naturaleza es una escala que conduce á Dios; y cuando descubren alguna de sus leyes y secretos, prorrumpen en cánticos de alabanza y gratitud al Hacedor Supremo. Képler se sintió feliz por haber descifrado el enigma de la naturaleza. Mediante una sagacidad maravillosa y un vuelo atrevido

¹ Cf. P. Tilmann Pisch, *Los grandes arcanos del Universo*.

² «In ipso vivimus, et movemur, et sumus» (Act. XVII, 28).

de su alma, adivinó la grandiosa uniformidad del plan divino en la obra incomparable de la creación; mas él permaneció humilde. Se arrodilló delante de Dios, supremo ordenador de las cosas, y le atribuyó toda gloria. El sabio Newton experimentó una agitación semejante cuando vislumbró el gran principio de la atracción universal¹. «Yo soy cristiano», repetía el sabio matemático Cauchy, en medio de sus cálculos profundos; «yo creo en la divinidad de Jesucristo con Descartes, Copérnico, Newton, Pascal, Euler... con todos los grandes astrónomos, con todos los grandes físicos, con todos los grandes geómetras de los siglos pasados... Mis convicciones son el resultado de un examen concienzudo»².

Siempre que con calma y recta intención, escudriña el hombre la naturaleza y sus leyes, queda admirado de su orden y concierto, y escucha algo como un cántico misterioso que todos los seres entonan en alabanza de Dios. ¿Quién, al contemplar el cielo tachonado de estrellas, y esas miríadas de astros que con perfecta regularidad giran en el espacio; quién, á la vista del mar inmenso é insondable, de los montes cubiertos de nieve, de los campos vestidos de flores y de la admirable estructura que se nota aun en la hoja arrebatada por el viento ó en el insecto hollado por nuestros pies; quién no se siente pasmado de la sabiduría de Dios, anonadado ante su soberana majestad, y deseoso de amarle? ¿No es cierto que el Universo nos habla de Dios con un lenguaje indefinible? ¿No es cierto que nos estimula á conocerlo y á servirlo? «La materia inorgánica que forma nuestra tierra, nuestros planetas, el sol, las estrellas y esa multitud de nebulosas en vía de evolución ó de disolución, que llenan la inmensidad de los cielos, nos revelan á su manera, sea por su masa gigantesca, sea por sus movimientos giratorios ó sus vibraciones caloríficas, luminosas y eléctricas, el poder y la inmensidad de Dios, publicados por todas partes», según dice un filósofo moderno³.

¹ Cf. Ortolán, *Savants et chrétiens*.

² Cf. *Accusations contre la religion*.

³ *Farges* l. c.

La bondad y hermosura de Dios se reflejan, en algún modo, en los seres creados; y por esto la contemplación de la naturaleza despierta en el alma sentimientos religiosos y le hace vislumbrar la belleza del mundo invisible. «A medida que Dios trazaba en los espacios el gran libro de la naturaleza, se detenía á considerar cada una de sus páginas, después de terminarla», dice el cardenal Pie¹. «Y todo este gran trabajo obtuvo sucesivamente la aprobación del divino Artífice, que lo declaró bueno aun en sus detalles. *Et vidi Deus cuncta quæ fecerat, et erant valde bona...*» Expresión de la salubridad, del poder, de la bondad y belleza de su Autor, la naturaleza es un libro lleno de enseñanzas para el espíritu, lleno de delicias para el corazón. Para un alma recta y, sobre todo, pura, hay fruiciones inexplicables en la contemplación del mundo creado; pero es necesario examinar las cosas de Dios con rectitud y no someter la obra del Eterno á la comprobación orgullosa de nuestro pensamiento de un día... Amemos y alabemos la inefable belleza y bondad del Creador en sus obras; pero respetemos y adoremos sus inescrutables designios en todo lo que supera á nuestros alcances.

En el estudio de la naturaleza hay que tener en cuenta lo que dice León XIII: «Si bien las ciencias naturales, convenientemente enseñadas, son á propósito para manifestar la gloria del supremo Artífice impresa en los objetos visibles, también son capaces de arrancar del alma los principios de la sana filosofía y de corromper las costumbres, sobre todo á los jóvenes, cuando se les comunica con danadas intenciones.»²

Las ciencias naturales, como todas las demás, han de procurar encaminar al hombre á Dios; y, por esto, el sabio Leibnitz deseaba vivamente «que aquellas fomentasen siempre

¹ Œuvres sacerdotales.

² «Nihilum sane constat, de natura doctrinam, quantum ad percipiendam suam Artificis gloriam in procreatis rebus impressam aptissima est, modo sit convenienter propoſita, ita uti posse ad elementa sanæ philosophiæ evolvere, corrumperetque mores, teneris animis pariter infusum» (Encyclica *Providentissimus Deus*).

la gloria de Dios y el bien de la humanidad; doble objeto que sintetiza con exactitud la noble misión de la ciencia.

Para percibir los encantos del mundo físico, sirve mucho el candor del alma; «porque, cuando el pecado la afea, parece que la naturaleza se oculta á sus miradas y que las criaturas pierden su hermosura. El *Sol invisible*, fuente de toda belleza, se ha eclipsado, para no dejar ver sino formas materiales é incomprensibles. La naturaleza es un paraíso terrenal para el alma inocente, en el que reconoce y encuentra á Dios en todas partes; es un libro sublime en donde cada ser es una palabra y cada horizonte una frase, libro que va entreabriéndose lleno de misteriosos esplendores, en la bóveda azul del cielo y en la tierra adornada con todos sus encantos. El alma pura comprende este libro, porque, amando á Dios, le busca y se alegra de haberlo encontrado. En todas partes descubre la huella de sus pasos; el poder de la mano creadora le es sensible, tanto en la humilde florecilla como en el árbol frondoso; tanto en el insecto que se arrastra á sus pies como en el ave de canto melodioso. Todas las criaturas le hablan de Dios, y en cada una de ellas encuentra los vestigios del tránsito de Dios, *vestigia Creatoris*.

«El pecado afea al alma, estraga todos sus placeres y la inunda en una secreta amargura. El jardín de delicias se trueca entonces en tierra maldita, en la que el alma se siente detenida y desgarrada de todos lados por las espinas del remordimiento. Como Adán culpable, teme encontrarse con Dios; se oculta á sus miradas, y, por una especie de pudor cristiano, se aleja de cuanto puede hacerle ver á Dios ó hablarle de El.»¹

El alma, que de suyo es religiosa, experimenta, al contemplar la naturaleza, una fruición indefinible; se reconcentra, medita, gusta de la soledad; entra en comercio con Dios cuyas huellas descubre en los objetos que la rodean, «Dios», exclama San Agustín², «es el arquitecto que fabricó la máquina del mundo, con poder no sólo sorprendente sino tam-

¹ Grail, Le collége.

² Serm. 36 de temp.; de bapt. Christi.

bien inefable. Como sabio artifice, suspendió los cielos con sublimidad; cimentó la tierra sobre sólido fundamento, y encadenó al mar señalándole límites.»

¡Ah! ¡cuán yerta y menguada es la ciencia incrédula y materialista que, al negar el dogma de la creación y de la providencia, deja al hombre sin luz ni guía ante los arcanos de la naturaleza, le lanza en el terreno resbaladizo de la hipótesis y le precipita hasta en los abismos del error!

4. La Iglesia católica no rechaza las ciencias naturales ni el progreso material.— Cuanto ocupa útilmente al hombre, le perfecciona y contribuye á la prosperidad privada ó pública, ha sido aceptado por la Iglesia, quien, lejos de oponerse al desarrollo de la ciencia humana y á los descubrimientos útiles, los ha amparado y favorecido en todo tiempo. Ciertó es que la Iglesia repite á menudo á los hombres *que la salvación eterna es el negocio más importante; que de nada les serviría ganar todo el mundo, si perdiesen el alma*; pero estas preciosas máximas no perjudican á las labores de la inteligencia, ni á la adquisición y goce moderado de los bienes terrenos, ni al progreso material bien entendido.¹

En otro lugar de esta obra se ha dicho lo bastante acerca de los inapreciables servicios que las ciencias deben á la Iglesia (pág. 469 y sg.).

«Es tal la naturaleza del cristianismo, que todo lo penetra», dice Godts², «que está ligado con vínculo estrecho con todas las ciencias. Así como Dios es el Señor de las ciencias, el Verbo encarnado, autor y consumidor de nuestra fe, es el alfa y la omega, el principio y fin de todas las cosas. Basta recorrer la historia universal para convencernos de que en los hechos que narra, ocupa Jesucristo el primer lugar...»

«Aun en el estudio de las ciencias naturales ocurren cuestiones religiosas», por el enlace de las verdades sobrenaturales con las naturales. Como el mismo Dios es autor de la naturaleza y de la gracia, uno mismo es el fin de todos los

¹ Cf. *Accusations contre la religion*.

² *Sanctificator educatio*.

hombres; y la religión cristiana no puede ser extraña á casi ninguna verdad del orden natural; á todas anima, á todas se refiere, todo lo penetra, como el alma vivifica al cuerpo.»

«Nosotros los católicos tratamos la ciencia con todo el respeto que se merece; la honramos y la promovemos. La historia atestigua que á los primeros Pontífices de la Iglesia católica corresponde la gloria de haber luchado contra la barbarie, reanimado el gusto de las letras y de las artes, protegido á los hombres de talento y dado origen á los más hermosos siglos de la Europa moderna.»¹

En cuanto á las ciencias naturales y á los inventos modernos, la Iglesia tampoco los rechaza; por el contrario, los fomenta, y acepta cuanto contribuye al verdadero perfeccionamiento de la humanidad y está conforme á las leyes de la moral. «Dios ha confiado al hombre á la Iglesia, para que lo restablezca en todos los derechos que le dió primitivamente por estas palabras: 'Someted la tierra y dominadla' (Gen. 1, 28). Por eso la Iglesia presta al hombre su concurso más activo en las conquistas que emprende su inteligencia, y exhorta á los fieles á instruirse en todas las ciencias.»² Tan cierto es esto, que las ciencias naturales han sido y son cultivadas por muchos católicos, á quienes se deben no pocos inventos. «Decir que la Iglesia mira de reojo las formas modernas de los sistemas políticos y que rechaza indistintamente todos los descubrimientos del genio contemporáneo, es una vana é infundada calumnia. Ella reprueba, sin duda, las opiniones malsanas, la pernicioso inclinación á la revuelta y particularmente esa nociva predisposición de los espíritus, precursora del alejamiento de Dios. Pero como toda verdad no puede proceder sino de Dios, la Iglesia reconoce como una especie de vestigio de la inteligencia divina en todo lo que tienen de verdadero los descubrimientos humanos; y como las verdades naturales no se oponen á la doctrina revelada, sino antes bien muchas de ellas la confirman; y como toda verdad descubierta puede servir para conocer y alabar á Dios,

¹ *Meisner*, Los esplendores de la fe.

² *Accusations contre la religion*.

la Iglesia acoge siempre de buena gana y con gozo cuanto aumenta el dominio de las ciencias; y, según su costumbre, tiene vivo empeño en desarrollar y en promover todas las disciplinas humanas, entre ellas las ciencias naturales. En esta clase de estudios, la Iglesia no se opone á ningún invento: por el contrario ve con agrado cuanto tiende al decoro y comodidad de la vida. Enemiga de la inercia y de la pereza, quiere eficientemente que el espíritu humano se prepare, por el ejercicio y la cultura, á producir abundantes frutos; estimula toda clase de artes é industrias, y dirigiendo con su virtud todas las investigaciones humanas hacia un fin honesto y saludable, procura impedir que la inteligencia y el esfuerzo del hombre le alejen de Dios y de los bienes celestiales.¹

Al tratar del progreso, lo clasificamos en intelectual, moral y material. El progreso intelectual consiste en la elevación del espíritu sobre las cosas creadas, mediante la posesión de la verdad. La Iglesia aplaude este progreso y procura desarrollarlo con la poderosa fuerza de que dispone. El progreso moral, ó, mejor dicho, el espiritual, que es su último término, consiste en la tendencia continua del alma á la perfección,

¹ Quod inquit, Ecclesiam recentiori civitatum invadere disciplinam, et quicunque horum temporum ingenium peperit, omnia promiscue repudiare, inanis est et temeraria calumnia. Insaniam quidem repudiat opinionem: improbat nefaria seditionum studia; illumque nominatum habitum animum, in quo tanta perspicitur voluntas discere a Deo; sed quia omne, quod verum est, a Deo proficisci necesse est, quicquid indagando veri attingatur, agnoscit Ecclesia velut quoddam divine mentis vestigium. Cumque nihil sit in rerum natura veri, quod doctrinam divinam traditis fidei abroget, multa quoque adrogent, omnique possit inventio veri ad Deum ipsum vel cognoscendum vel laudandum impellere, idcirco quicquid accedit ad scientiarum fines proferens, gaudente et libente Ecclesia semper accedet: eademque studiosi, ut solet, sicut alias disciplinas, ita illas etiam forebit ac provehi, que possunt in collectione naturae. Quibus in studiis non adversatur Ecclesia si quid mens reperit novi: non repugnat quin plura quaerantur ad deum commoventemque viam; immo, inertie desidique inimici, magnopere vult, ut humanum ingenium uberes ferat exercitatione et cultura fructus: incitamenta praebet ad omne generis artium atque operum: omniaque harum rerum studia ad honestatem salutemque virtutis sua dirigens, impedire nititur, quominus a Deo bonisque coelestibus suis hominem intelligentia atque industria deflectat (Encycl. Innoctiale Dei, d. d. 1 Nov. 1885).

que se obtiene elevándola hasta Dios y uniendo la voluntad humana con la suya. La Iglesia no sólo quiere este progreso, sino que es la única que puede concederlo; porque el alma, para ser perfecta, necesita de un socorro divino especial, llamado *gracia*, cuya distribución entre los hombres hace Dios ordinariamente por medio de la Iglesia.

El progreso material consiste en la actividad del comercio, en los procedimientos de la industria, en el trabajo de las máquinas, en los inventos que hacen las relaciones más activas y el trabajo menos fatigoso, en las mil creaciones, en fin, que aumentan el bienestar y las comodidades de la vida, haciéndola más fácil y halagüeña. La Iglesia no rechaza este progreso, pero lo *teme*, no porque en sí sea malo, sino porque, al traspasar los justos límites (como ordinariamente acontece en los pueblos), fomenta las pasiones, favorece la molición y sirve de obstáculo á la virtud y al perfeccionamiento moral del hombre. Este progreso, llevado al exceso, *hace del hombre una máquina, y de la máquina un hombre*, según el dicho de un célebre economista¹.

5. Acusaciones infundadas que se hacen á la Iglesia como á enemiga del adelanto científico y material.—A pesar de los inapreciables beneficios que las ciencias y el progreso deben á la Iglesia, se la califica por algunos de obscurantista, de enemiga de la civilización, de opuesta á los inventos modernos y al adelanto material. Interpretando mal su doctrina, que prescribe al hombre *no sacrificar el espíritu al cuerpo, ni los intereses eternos á los temporales, y buscar ante todo el reino de Dios y su justicia*, afirman nuestros adversarios que la Iglesia condena todo progreso y que exige de sus súbditos la renuncia á todos los goces sensibles, para entregarse á un *misticismo exagerado*. Por esto califican á los conventos de *centros de obscurantismo* y hacen guerra tenaz á la vida cristiana.

¡Cuán errados están los que propalan tales asertos! ¿En qué se oponen y perjudican las máximas del evangelio, que moderan las pasiones y favorecen las virtudes, á la verdadera

¹ Cf. Accusations contre la religion.

felicidad de los individuos, de las familias y de los pueblos, á su triple desarrollo material, intelectual y moral?» dice un apologista moderno¹: «El decálogo y el *sermón de la montaña*, que son el principio de toda civilización, en ninguna parte se enseñan de una manera tan eficaz como en la Iglesia católica.»

La Iglesia, en obediencia al precepto divino de *enseñar á todos los pueblos*, ha cuidado siempre de difundir por los ámbitos del mundo la ciencia sagrada y la profana, aun como medio de acercar á los hombres á Dios y de perfeccionarlos. Según observa un escritor de nuestros días, al decir el Espíritu Santo que *donde no hay ciencia, no hay nada bueno* (Prov. XIX, 2), no distingue entre la ciencia sagrada y la profana. San Pablo quiere que los cristianos *estén llenos de toda ciencia* (Col. I, 9). Salomón afirma que *la ciencia es preferible al oro y al diamante, y que la boca del sabio es como una alhaja preciosa* (Prov. XX, 15). San Gregorio de Nazianzo, una de las lumbreras de la Iglesia, decía: «La ciencia es el primero de los bienes; y no me refiero solamente á la nuestra, que concierne á la salvación y á la consecución de los bienes espirituales, sino que hablo también de la ciencia *profana*. No tener sino buenas costumbres ó poseer sólo la ciencia, es como tener un sólo ojo; mas los que brillan en ambas cosas son perfectos.»

«Si Jesucristo no hubiera venido al mundo», afirma La boulaye, «ignoro cómo habría podido éste resistir al despotismo pagano que lo ahogaba. No hablo como cristiano sino como historiador; y como tal añado que, en política como en moral y en filosofía, el evangelio ha renovado á las almas. Con razón datamos nosotros de la *era nueva*, porque una sociedad nueva ha salido del evangelio.» El protestante Guizot dice á su vez que «desde el siglo IV el estado intelectual de la sociedad religiosa (la Iglesia) y el de la sociedad civil no pueden parangonarse: en ésta todo es decadencia, languidez é inercia; en la primera todo es movimiento, ardor y progreso»².

¹ *Desclot, Cours d'apologétique.*² *Citas de Desclot l. c.*

El mismo progreso material, los descubrimientos modernos, que han modificado ventajosamente las condiciones de la vida terrena y favorecido mucho la industria y el comercio, son aplaudidos por la Iglesia, que se sirve á menudo de ellos como de auxiliares para difundir la verdad católica, promover las sanas costumbres y extender el reino de Dios por la redondez de la tierra.

«Para el hombre de fe», dice el cardenal Pie¹, «la naturaleza es tanto más grande y sagrada, cuanto sus efectos exteriores y visibles sirven de instrumento á otras operaciones más elevadas y sublimes. Dios, que es á la vez principio de la naturaleza y de la gracia, ha querido que ésta, como una reina, tenga en aquella una servidora siempre á sus órdenes.»

«Tal vez se ha creído dar alas sólo á la humanidad, y se las ha dado también al cristianismo. Se ha pensado no trabajar sino por los intereses de aquí abajo, y se ha trabajado por la causa del evangelio y por el cielo. Esa red mágica que luego rodeará nuestro planeta en sus anillos de hierro, tiene que ser, sin saberlo, la conductora y propagadora de la verdad y de la gracia. El sacerdote de Jesucristo, que necesitaba meses y años para llegar á los pueblos infieles, se lanza en el *caballo de fuego* que le proporciona la ciencia; y hendiendo en cierto modo los aires, como el profeta á quien el ángel del Señor llevaba por los cabellos, se admira de estar en Babilonia, que no había visto. Si, en nuestros días el sacerdote, el pontífice pueden moverse, multiplicarse con la misma facilidad que la gracia, de la que son dispensadores, y la lentitud de sus pasos no produce casi ningún retardo á los pronto efectos de la palabra que anuncian. Un agente más útil, más delicado, más múltiple y vario, en sus efectos que el que se desenvuelve con los aparatos científicos del hombre, se desliza á lo largo de esas líneas y va á herir los corazones con un dardo firme y victorioso. De este modo las nuevas combinaciones de la materia han hecho nacer nuevos recursos á la Providencia divina, que se vale de todos los medios para comunicarse á las almas.»

¹ *Œuvres sacerdotales.*

«Preocupados los hombres con los bienes presentes», decía hace poco el Padre Monsabré¹, «ignoran que el fin supremo de todos los progresos es el advenimiento universal del reino de Dios en las almas. Ellos, mediante su genio, doman las fuerzas sobre las que Dios les ha dado positivo imperio, aplanan los caminos, aceleran el movimiento, establecen rápida comunicación entre pueblos antes separados por mil obstáculos, aplauden sus esfuerzos y triunfos; y, porque nuestro entusiasmo no entona con ellas un cántico, nos acusan de enemigos del progreso. ¡Cuánto se engañan! Nadie puede estimar mejor que nosotros las conquistas del hombre sobre la naturaleza, porque vemos claramente el último resultado: á saber, la admirable unidad que ellas preparan, unidad hacia la cual tienden las almas — la unidad religiosa — que produce la adhesión de todos los espíritus á las mismas verdades, la fusión de todos los corazones en el amor de un mismo Dios, la sumisión de todas las voluntades á una sola autoridad celeste.»

6. Sabios cristianos.—Desde el origen de la Iglesia, las ciencias y las artes han sido estimadas y cultivadas con esmero por sus hijos, como lo comprueba la historia, siendo esto el mejor mérito que se puede dar á cuantos la califican de retrógrada y obscurantista. Los Padres y Doctores, así como los apologistas cristianos, poseyeron grande erudición sagrada y profana, y nos han dejado obras de relevante mérito. Los Sumos Pontífices han procurado, á su vez, promover y auxiliar el desenvolvimiento de los conocimientos humanos; y durante el largo período de la edad media, las ciencias fueron el patrimonio casi exclusivo de los monjes, quienes salvaron de la rapacidad de los bárbaros los tesoros de la antigüedad clásica y sacaron de ellos copias prolifas y exactas. Casiodoro, en el siglo VII, hizo de la transcripción de los manuscritos sagrados y profanos una de las ocupaciones preferentes de los monjes, y Alcuino organizó en sus monasterios vastas salas con igual objeto, prescribiendo que, «durante el trabajo no se pronuncie ninguna palabra frívola, no

¹ Sermón sobre la obra de la propagación de la fe.

sea que por esto la mano se equivoque en la materia sobre la cual escribe». Con razón Duruy, cuyo testimonio es imparcial, dice que los bárbaros habrían hecho *tabula rasa* de la civilización antigua, si la Iglesia no hubiese recogido los restos mutilados que ellos dejaron. Madre de las creencias, lo es también de la poesía, de las artes y de la ciencia.

Esta labor civilizadora ha continuado y continuará la Iglesia hasta el fin de los tiempos, como lo manifiestan las escuelas, colegios y universidades que ha establecido; el impulso que ha dado á todas las ciencias y el decidido apoyo que siempre ha prestado á las artes. En especial, ha difundido en todo tiempo la instrucción popular, base del progreso intelectual y moral, pudiéndose decir que, *donde ha elevado un templo ha construido también una escuela*. Innumerables decretos dieron los concilios para extender y reglamentar la enseñanza que debía darse en las ciudades, y aun en las aldeas, por los sacerdotes y religiosos, quienes, desde el siglo V hasta el XII, fueron los únicos que se ocuparon en la enseñanza, como lo nota Allain.

«¡Qué magnífica pléyade de pensadores y de escritores nos ofrecen los anales de la Iglesia!» dice Devivier¹. «Apenas salida de las catacumbas, se presentan á defenderla hombres como Orígenes, Atenágoras, Justino, Tertuliano; un poco más tarde saca á luz las obras de San Juan Crisóstomo, San Basilio, San Gregorio de Nazianzo, San Jerónimo, San Ambrosio, San Agustín, San León el Grande; más tarde inspira las obras maestras de Alberto Magno, de San Anselmo, de San Buenaventura, Santo Tomás de Aquino, Bossuet, Fenélon, Masillon, Bourdaloue. ¿Quién podrá contar las obras notables publicadas en todas las lenguas, para exponer, demostrar, desarrollar y defender la verdad religiosa? ¿Quién ignora que las mejores obras literarias son debidas á la inspiración cristiana? Basta nombrar la *Fernand Liberto*, la *Divina Comedia*, *Polyeuto* y *Atalia*.»

Y los papas, ¡cuánto han hecho por el progreso de los conocimientos humanos! «Sería interminable», dice Mons. Freppel,

¹ L. c.

Casati-Tonelli, *Educación*, Ed. 2.

«si quisiere enumerar todos los servicios hechos por el papado á las ciencias y á las letras. Os mostraría un papa á la cabeza del renacimiento de las literaturas griegas y latina; á los refugiados de Constantinopla buscando un abrigo á la sombra del trono pontificio; á Lascaris enseñando el griego á la Europa asombrada, desde el Esquilino, junto al palacio de León X; á Nicolás V manteniendo una legión de sabios para buscar manuscritos en el mundo entero; á Pío II, el docto Encas Silvio, uniendo su ciencia á la de sus protegidos; á Sixto IV, acercándonos á nuestros días, citaría á Paulo III, animando á Copérnico en sus inmortales descubrimientos; á Gregorio XIII, pidiendo á la astronomía un cálculo regular de los días y de los meses; á Sixto V, aumentando la biblioteca vaticana, que es la admiración de todos los sabios; á Urbano VIII, cuyas poesías latinas figuran con justo título entre las mejores de su género en los tiempos modernos; á Benedicto XIV, á quien Voltaire rendía homenaje saludando en su persona al hombre más sabio del siglo XVIII...»¹; á León XIII, que por su saber, sus escritos y obras grandiosas marchaba á la cabeza de la civilización contemporánea, y favorecía con celo admirable los estudios sólidos, sea en literatura, en lingüística, en ciencias naturales, en historia, en filosofía, en teología; en una palabra, en todos los ramos del saber humano.

En la imposibilidad de mencionar á todos los sabios cristianos, me limitaré á nombrar á los más notables de la edad moderna. Tales son: Agassiz, uno de los más grandes naturalistas de los tiempos modernos, enemigo acérrimo del darwinismo; Faraday, cuya fe y piedad inundaban de alegría su alma; Stokes, físico y matemático profundo; Dumas, el gran químico; Becquerel, decano de la sección de Física en la Academia de Ciencias de París; Agustín Cauchy, insigne matemático; Baumgartner, físico célebre, antiguo ministro de Austria; Chevreul, ilustre químico; Samuel Houghton, profesor de los *Principios de mecánica animal*; Trousseau, autor de la *Facultad de medicina de París*; Strauss-Durckheim,

¹ Cf. *Devrier* I. c.

anatomista célebre; Haudin, miembro de la Academia de Ciencias; Le Comte, presidente de la Asociación americana para el adelanto de las ciencias; Danson, vicepresidente de la sección de historia natural de la misma sociedad, etc. etc.¹

Atendiendo á las ciencias especiales que cultivaron, he aquí la lista de algunos otros sabios ilustres que han rendido homenaje á la religión y creído en la divinidad de Jesucristo. La metafísica nos presenta á Bacon, Descartes, Malebranche, Leibnitz; las matemáticas á Pascal, Euler, Biot; la física á Newton, Volta, Ampère, Haüy; la astronomía á Tycho-Brahe, Copérnico, Kepler, Leverrier, Secchi; la historia natural á Linneo, Reaumur, Buffon, Jussieu, Cuvier, Beaumont, Flourens, Quatrefages; la medicina á Sydenham, Stahl, Boerhaave, Hoffmann, Recamier, Claudio Bernard, Pasteur; la jurisprudencia á Grocio, Domat, Daguesscau; las bellas letras á De Maistre, Bonald, Chateaubriand, Lamartine, Donoso Cortés, Montalembert, Veuillot.

Lo que llama la atención es que en esta pléyade de sabios hay muchos católicos fervientes y no pocos miembros del clero y de los institutos religiosos. «Con respecto á los descubrimientos é invenciones científicas, el clero no se queda atrás», dice Chateaubriand. «Si en el siglo VIII el monje Alcuino enseña la gramática á Carlomagno, en el XIX otro monje industrioso y paciente encuentra un medio de descifrar los manuscritos de Herculanó. Si en 740 Gregorio de Tours describe las antigüedades de las Galias, en 1750 el canónigo Mazzocchi explica las tablas legislativas de Heraclea. Muchos de los inventos que han cambiado la faz del mundo civilizado, han sido hechos por individuos del clero. El descubrimiento de la pólvora y tal vez el del telescopio, son debidos al monje Rogerio Bacon; otros atribuyen el primero al monje alemán Schwartz. Las bombas fueron inventadas por Galen, obispo de Muenster; el diácono Flavio de Gioia inventó la brújula, que otros atribuyen al dominico Alberto el Grande; el monje Santiago de Vitry fué el primero que

¹ Cf. *Meigneux*, Los esplendores de la fe.

aplicó aquella á la navegación; el monje De Espina descubrió los anteojos, y el papa Silvestre II, el reloj de ruedas.)

«¿Cuántos sabios se admirarían», asegura otro escritor¹, «si les dijéramos que el doctor seráfico San Buenaventura vislumbró, hace seis siglos, la teoría de la termodinámica, ó la unidad y correlación de las fuerzas físicas! Sin duda estuvo muy lejos de nuestros especialistas en la aplicación de dicha teoría; pero no es inexacto que él presintió esta ciencia y la enunció.

El Venerable Beda explicó las mareas; el método de educar á los sordomudos se debe al benedictino Ponce de Oña, y fué perfeccionado por el abate de l'Épée; la introducción de las cifras árabes es debida al monje Gerberto, y otro monje, Guido de Arezzo, inventó las notas musicales.

«El religioso Alberto de Sajonia inventó los aeróstatos; el Padre Magnán, el microscopio; los Padres Lana y Beccario descubrieron las leyes de la electricidad; los jesuitas inventaron el gas; la meteorología ha recibido sus últimos perfeccionamientos de los Padres Piazzi, Denza y Secchi; el Padre Barranti ha inventado el moderador de freno de las locomotoras y el dominico Padre Embriaco el hidrocrómetro.

«¿Cuántos otros sabios han ilustrado los claustros ó dado un brillo incomparable á la cátedra sagrada! ¿cuántos escritores célebres, cuántos hombres distinguidos en las letras, cuántos viajeros ilustres, cuántos matemáticos, químicos, astrónomos y anticuarios, cuántos hábiles hombres de Estado! Nombrar á Sugerio, Jiménez, Alberoni, Richelieu, Mazarino, Fleury, ¿no equivale á recordar los más grandes ministros y los hechos más notables de la Europa moderna?

Mencionaremos á otros miembros del clero que han hecho varios descubrimientos. El Padre Parsinelli inventó el anemógrafo y el abate Caselli el panteleógrafo; el misionero Petitot es notable por sus estudios geográficos; el Padre Denza, por sus *Memorias* sobre las estrellas fugaces; el Padre Bertelli, por sus observaciones y sus aparatos microscópicos;

¹ Cf. «Accusations contre la religion».

el abate Mercatelli, por sus estudios de los volcanes, y el Padre José Algué por su barociclómetro.

Después de recordar nombres tan preclaros y de hacer mención de las obras inmortales que nos han legado, ¿será justo que los adversarios de la Iglesia la llamen enemiga del progreso y que califiquen de credulidad y simpleza el acto de fe, siendo así que los más grandes sabios del mundo han rendido la frente ante las enseñanzas divinas? La Iglesia, desde su establecimiento en el mundo, es, según la hermosa frase de un escritor, como el sol en el Universo: ella difunde por todas partes luz y calor, penetra y se insinúa por doquiera, sin que nada escape á su influencia benéfica. Por esto De Maistre ha podido decir: Mirad un mapamundi; en donde se detiene el influjo de la Iglesia, allí se detiene la civilización: fuera de ella, todo es barbarie. La historia de la civilización es la historia misma del cristianismo, añade Donoso Cortés: escribir la una es escribir la otra.

CAPÍTULO DÉCIMO. LA FILOSOFÍA.

1. Importancia de la filosofía y empeño con que ha sido cultivada en todo tiempo. — 2. La filosofía y la teología constituyen la fuente de los conocimientos humanos; auxilio que se prestan entre sí y subordinación de la primera á la segunda. — 3. Impotencia relativa de la filosofía. — 4. Datos que han causado la filosofía desligada de la fe ó opuesta á ella.

1. Importancia de la filosofía y empeño con que ha sido cultivada en todo tiempo. — Entre las ciencias del orden natural, ocupa el primer lugar la filosofía, la más noble, útil, amplia y profunda de todas ellas, tanto por su objeto y fin, como por el lustre que su estudio comunica á las facultades humanas.

Dotado el hombre de entendimiento, que es como un rayo y participación de la inteligencia divina, tiene aptitud de conocer é investigar la verdad, á la cual se siente irresistiblemente atraído. La filosofía guía al hombre en esta grata

aplicó aquella á la navegación; el monje De Espina descubrió los anteojos, y el papa Silvestre II, el reloj de ruedas.)

«¿Cuántos sabios se admirarían», asegura otro escritor¹, «si les dijéramos que el doctor seráfico San Buenaventura vislumbró, hace seis siglos, la teoría de la termodinámica, ó la unidad y correlación de las fuerzas físicas! Sin duda estuvo muy lejos de nuestros especialistas en la aplicación de dicha teoría; pero no es inexacto que él presintió esta ciencia y la enunció.

El Venerable Beda explicó las mareas; el método de educar á los sordomudos se debe al benedictino Ponce de Oña, y fué perfeccionado por el abate de l'Épée; la introducción de las cifras árabes es debida al monje Gerberto, y otro monje, Guido de Arezzo, inventó las notas musicales.

«El religioso Alberto de Sajonia inventó los aeróstatos; el Padre Magnán, el microscopio; los Padres Lana y Beccario descubrieron las leyes de la electricidad; los jesuitas inventaron el gas; la meteorología ha recibido sus últimos perfeccionamientos de los Padres Piazzi, Denza y Secchi; el Padre Barranti ha inventado el moderador de freno de las locomotoras y el dominico Padre Embriaco el hidrocrómetro.

«¿Cuántos otros sabios han ilustrado los claustros ó dado un brillo incomparable á la cátedra sagrada! cuántos escritores célebres, cuántos hombres distinguidos en las letras, cuántos viajeros ilustres, cuántos matemáticos, químicos, astrónomos y anticuarios, cuántos hábiles hombres de Estado! Nombrar á Sugerio, Jiménez, Alberoni, Richelieu, Mazarino, Fleury, ¿no equivale á recordar los más grandes ministros y los hechos más notables de la Europa moderna?

Mencionaremos á otros miembros del clero que han hecho varios descubrimientos. El Padre Parsinelli inventó el anemógrafo y el abate Caselli el panteógrafo; el misionero Petitot es notable por sus estudios geográficos; el Padre Denza, por sus *Memorias* sobre las estrellas fugaces; el Padre Bertelli, por sus observaciones y sus aparatos microscópicos;

¹ Cf. «Accusations contre la religion».

el abate Mercatelli, por sus estudios de los volcanes, y el Padre José Algué por su barociclómetro.

Después de recordar nombres tan preclaros y de hacer mención de las obras inmortales que nos han legado, ¿será justo que los adversarios de la Iglesia la llamen enemiga del progreso y que califiquen de credulidad y simpleza el acto de fe, siendo así que los más grandes sabios del mundo han rendido la frente ante las enseñanzas divinas? La Iglesia, desde su establecimiento en el mundo, es, según la hermosa frase de un escritor, como el sol en el Universo: ella difunde por todas partes luz y calor, penetra y se insinúa por doquiera, sin que nada escape á su influencia benéfica. Por esto De Maistre ha podido decir: Mirad un mapamundi; en donde se detiene el influjo de la Iglesia, allí se detiene la civilización: fuera de ella, todo es barbarie. La historia de la civilización es la historia misma del cristianismo, añade Donoso Cortés: escribir la una es escribir la otra.

CAPÍTULO DÉCIMO. LA FILOSOFÍA.

1. Importancia de la filosofía y empeño con que ha sido cultivada en todo tiempo. — 2. La filosofía y la teología constituyen la fuente de los conocimientos humanos; auxilio que se prestan entre sí y subordinación de la primera á la segunda. — 3. Impotencia relativa de la filosofía. — 4. Datos que han causado la filosofía desligada de la fe ó opuesta á ella.

1. Importancia de la filosofía y empeño con que ha sido cultivada en todo tiempo. — Entre las ciencias del orden natural, ocupa el primer lugar la filosofía, la más noble, útil, amplia y profunda de todas ellas, tanto por su objeto y fin, como por el lustre que su estudio comunica á las facultades humanas.

Dotado el hombre de entendimiento, que es como un rayo y participación de la inteligencia divina, tiene aptitud de conocer é investigar la verdad, á la cual se siente irresistiblemente atraído. La filosofía guía al hombre en esta grata

labor, cuyo resultado es la consecución de la verdad, alegría y sosiego del alma.

Desde el momento en que la *lumbre interior* de la razón empieza á manifestarse en nuestro espíritu; desde que podemos reflexionar y darnos cuenta de nosotros mismos, se nos presentan problemas, á cual más arduos é importantes, acerca del mundo y sus leyes, del origen y destino último del hombre, de la vida presente y la futura, de la sociedad y su fin, de la Providencia y su gobierno, etc.; cuestiones que preocupan y agitan la mente humana, y de cuyo verdadero ó erróneo concepto y solución depende la parte feliz ó desgraciada de los individuos y de los pueblos.

Ahora bien, la filosofía versa sobre estas y muchas otras utilísimas cuestiones, para cuya acertada solución necesita en muchos casos del apoyo de la fe; trata de los principios más universales y de las causas últimas de las cosas; se eleva á la consideración de los seres y de las razones inmatrimales; penetra, por medio de los fenómenos, en lo íntimo de la esencia, lo universal; dirige al entendimiento en sus labores; le suministra la base y el método para el cultivo de todas las ciencias, á las que *domina, aclara y completa*; le guía en la ardua faena de conseguir la verdad, preservándole de los escollos del error y de la noche de la ignorancia; mitiga, en fin, con el agua pura de la ciencia, la sed de instruirse que experimenta el hombre, sed que es el principal estímulo de su actividad intelectual. Según Santo Tomás, la filosofía es la ciencia del ser real ó posible¹; otros la definen, el conocimiento de las cosas por sus últimas causas², y Cicerón la llama «la ciencia del conocimiento de las cosas divinas y humanas»³; definiciones que manifiestan la importancia de la filosofía, á cuyo dominio pertenece todo lo que existe, lo sea lo finito y lo infinito, lo divino y

¹ «Illa scientia est maxime intellectualis, que circa principia maxime universaliter versatur. Que quidem sunt ens, et ea que consequuntur ens, ut unum et multa, potentia et actus» (In lib. Metaphys. Proemium).

² «Supplementum... que divinarum humanarumque rerum, tum interiorum causarumque rei cognitione hoc pulcherrimum nomen apud antiquos adsequatur» (Tuscul. disp. V, 3). Cf. *Hettinger*, Timoteo.

lo humano, en cuanto pueden ser conocidos en las fuerzas naturales de la razón. «Es, pues, la filosofía la verdadera ciencia del pensamiento humano y, por lo mismo, la más general, la condición necesaria de las otras ciencias y el más sólido fundamento para la investigación de la naturaleza.»¹ «La filosofía es la hija predilecta de la razón y un poderoso auxiliar de todas las ciencias divinas y humanas.»²

«La filosofía enseña á pensar, á meditar, á darse cuenta de todo», dice Mons. Dupanloup³; «ella aclara en su mismo fondo las más profundas verdades; muestra sus lados luminosos y hace por consiguiente luminosas á las inteligencias. Hay siempre sombras en un espíritu que no ve filosóficamente las cuestiones.... El objeto de la filosofía está en las ideas, en los principios, en las verdades necesarias y eternas; es decir, que la filosofía tiene de continuo nuestro espíritu en presencia de lo inmutable, de lo inmortal, de lo infinito; y por esto, aun cuando tenga su dominio propio, no deja de ser la filosofía, en un sentido muy verdadero, la ciencia general, la luz de las ciencias, á todas las cuales dirige é ilumina, porque es la ciencia de los principios; y de aquí el que toda ciencia y todo arte tengan su filosofía.»

«La filosofía es la obra más alta de la razón humana. Ella es muy superior á todas las otras manifestaciones de la potencia intelectual de que estamos naturalmente dotados; es la primogénita de las ciencias, y la más semejante á su madre común, á la facultad de razonar, de saber. Cuando se trata de los principios fundamentales del conocimiento — sujeto y objeto, evidencia, certidumbre, verdad — la filosofía es indispensable á la razón, que sin ella no llegaría á darse cuenta de lo que conoce, ni de las condiciones y garantías con que lo hace.»⁴

«La filosofía es más importante que las ciencias naturales. Estas, en efecto, son especulativas ó prácticas. Desde el punto de vista especulativo, la filosofía es superior á las otras ciencias

¹ *Hettinger*, Timoteo.

² *Urrabero*, El verdadero puesto de la filosofía entre las ciencias.

³ Cartas sobre educación intelectual.

⁴ *Didiot*, Un siècle: La philosophie.

por la dignidad de su objeto, que es el más grande y bello, puesto que abraza á Dios, al alma y al mundo; el más vasto, porque toca todas las materias que se dividen entre las otras ciencias; el más elevado, en fin, porque busca los primeros principios. Las ciencias experimentales y matemáticas no pueden tratar de Dios, ni del alma, ni de los primeros principios del mundo sin salir de su dominio.

Desde el punto de vista práctico, la excelencia de una ciencia depende de la excelencia del fin que se propone. Ahora bien, las ciencias físicas y matemáticas tienden inmediatamente al bien temporal; la filosofía, al contrario, al demostrar la existencia de Dios y la inmortalidad del alma, excita á la práctica de la virtud, á la fuga del mal, y dirige al hombre al fin último en el orden natural.

La utilidad de la filosofía es manifiesta, por cuanto perfecciona las facultades más nobles del alma y proporciona á una de ellas las reglas del juicio, y á otra la norma de conducta. Ella es el *lazo sintético* de todas las ciencias, en cuanto les suministra los principios fundamentales en que se apoyan, principios que las ligán entre sí. Todas las ciencias, observa Santo Tomás, se relacionan entre sí por los principios comunes, que sirven de base en sus ulteriores investigaciones.¹

No sólo en el orden de las ideas sino también en el de los hechos y en el de las costumbres influye eficazmente la filosofía, una vez que el hombre procede en sus actos de acuerdo con los principios que profesa. «La filosofía debe por esto ocupar lugar preferente en la educación; pues opera una benéfica transformación en el alma del joven y establece el predominio de la razón, de la conciencia del deber y del respeto á Dios, allí donde dominan las impresiones, la imaginación, los sentidos acaso y las pasiones». En una palabra, le hace más hombre.² A menos de haber hecho un curso serio de lógica y de filosofía cristiana teórica y moral, un católico es como un hombre sin coraza y sin armas en el

¹ *Farges et Barbodette, Cours de philosophie scolastique.*

² *Cours de philosophie, par F. J.*

conflicto intelectual que ruge en torno suyo», dice el cardenal Vaughan. «La literatura y la ciencia del día, la actividad intelectual y la conversación corriente de los jefes del pensamiento moderno exigen de un católico una sólida instrucción basada en la filosofía católica.»

«El fin de la filosofía», lo dijo antes Mons. Dupanloup¹, es no sólo *saber bien*, sino *obrar bien*. Estudiar para conocer, conocer para amar, amar para practicar, tal es la filosofía. Se la mutila y despedaza deplorablemente; se la aleja de lo que tiene de más grande y esencial, cuando se la quiere considerar como una ciencia meramente especulativa y restringirla á lo que Bossuet llamaba con desdén el *filosófico puro*, es decir, la pura especulación y abstracción. Todo en la filosofía debe proponerse hacer mejores á los que se aplican á su cultivo.

«Es preciso enseñar á los jóvenes una filosofía práctica y moral, cuyo estudio dirigido con acierto operará una especie de transformación benéfica en su alma, y hará que predominen la razón, la conciencia, el deber, la virtud, el pensamiento de Dios, donde imperaban las impresiones, la imaginación, los sentidos tal vez y los primeros movimientos de las pasiones naturales.

«El fin de la filosofía es formar lo que Platón llamaba *hombres filósofos*, esto es, hombres que comprenden el deber que tienen de esforzarse en que prevalezcan, en su vida, la razón, la conciencia, la voluntad divina, y que se deja de vivir como hombre cuando no se vive de ese modo.»

De estas breves reflexiones se deduce cuán importante es la filosofía, *de la que depende en gran parte la índole de las otras ciencias*², y cuán útil es conocerla aun para el gobierno de la vida. Por esto ha sido cultivada y estimada en todo tiempo por muy preclaros ingenios, que han encontrado sus delicias en esta ciencia, cuyos principios les sirvieron, además, de punto de partida para la solución de los problemas más intrincados del orden individual y social.

¹ «Educación superior».

² Encicl. *Éterni Patrii*, del 4 de Ag. 1879.

El Oriente, que fué la cuna del linaje humano, lo fué también de la filosofía, que tomó grande incremento en Grecia y Roma; pero sobre todo progresó en la edad media, y en los tiempos modernos, por el benéfico influjo del catolicismo en el terreno filosófico. Por medio de la filosofía adquirió la historia misma mayor interés é importancia: porque, como dice Cousin¹, la relación de los hechos es el elemento exterior y, por decirlo así, concreto de una época...; mas la filosofía es el elemento interno, abstracto, ideal, reflejo; y por consiguiente la expresión más elevada de la misma época.

2. La filosofía y la teología constituyen la fuente de los conocimientos humanos; auxilio que se prestan entre sí, subordinación de la primera á la segunda. — La filosofía y la teología ocupan el centro de los conocimientos humanos y están íntimamente enlazadas entre sí, por las materias de que tratan y por el fin que entrambas se proponen. Por esto la Iglesia reputa erróneo y pernicioso aseverar que la filosofía no debe tener en cuenta la revelación sobrenatural². — Como á depositaria é intérprete de ésta, compete á la Iglesia el derecho de dirigir á la filosofía en sus investigaciones, para que no pugne con la doctrina revelada ni se aparte de ella.

Hemos manifestado ya la armonía que existe entre la razón y la fe; pero, como ahora se trata *ex professo* de las relaciones que median entre la teología y la filosofía, nos es preciso recordar lo antes dicho y aún entrar en nuevas consideraciones para la debida explicación de esta interesante cuestión.

Las verdades que pueden ilustrar al hombre y ser objeto de sus investigaciones, pertenecen á un doble orden: al natural y al sobrenatural. Corresponden al primero las que están al alcance de la razón, y al segundo las que exceden de sus fuerzas y nos son conocidas por la revelación. Ahora bien,

¹ Introd. á l'histoire de la philosophie.

² La proposición XIV contenida en el *Syllabus*, dice así: «Philosophia tractanda est nulla supernaturalis revelationis habita ratione.»

la razón y la fe se auxilian y apoyan mutuamente, hasta tal punto que, cuando proceden de acuerdo, progresan las ciencias y se dilatan sus horizontes: y, por el contrario, cuando luchan entre sí, experimenta grave daño el humano saber y se estrechan sus límites.

«No hay error más extendido y funesto en nuestros días, que el de suponer la existencia de un desacuerdo inconciliable entre la razón y la fe», dice el abate Fremont¹. «Se imaginan gratuitamente algunos que la fe se ocupa en un orden de cosas poético, estrañalario, extraño é injustificable, que no tiene correspondencia alguna con el orden humano y experimental. Esta concepción es radicalmente falsa: porque la fe, lejos de ser la antítesis de la razón, es, por el contrario, su glorioso y divino coronamiento. El cristianismo es la filosofía llevada á su último término. El cristianismo, como la filosofía propiamente dicha, cuyo objeto es el Universo y sus causas (estudiadas y conocidas sin el auxilio de la Revelación), se apoya en hechos muy positivos y muy reales referidos por la historia, si bien de un carácter especial.»

Santo Tomás establece dos principios fundamentales en este punto: «1.º El acto de fe es en sí mismo obscuro, y la voluntad es la que, movida por la gracia, mueve á su vez al entendimiento para que asienta á las verdades propuestas por la fe; 2.º los motivos que nos inducen á creer en la autoridad de Dios son ciertos y evidentes. Así considerada, la fe es una fe racional y su ejercicio constituye un acto eminentemente libre, moral y meritorio; poseyendo á la vez una perfección y certeza que sobrepujan á la puramente humana, porque su principio es Dios, primera y absoluta verdad.»²

Por esto el Concilio Vaticano, resumiendo toda la enseñanza de los Padres de la Iglesia acerca de este punto fundamental, ha definido que el acto de fe cristiana, si bien no puede

¹ Discours sur le rôle nécessaire de la foi.

² «Non enim crederei (homo) nisi videret ea esse credenda vel propter evidentialium signorum vel propter aliquid huiusmodi» (Summa theol. II II, q. 2, a. 4 ad 2. Cf. la III Sent. dist. 23, q. 2, a. 3 ad 3; II II, q. 2, a. 9 ad 3). Citas de Hittinger.

ser producido sino mediante la gracia divina, no es un acto ciego sino un acto de *luz*, un acto verdaderamente racional, basado á la vez en la veracidad divina y en las funciones normales de la inteligencia y de la libertad humanas.

Los que rehusan ejecutar este acto en el dominio religioso, no pueden negar, sin embargo, por poco espíritu de observación que tengan y con tal que obedezcan á las prescripciones del sentido común, que de *hecho* la fe, aun en el orden puramente natural, en la esfera de las cosas profanas, en la vida individual y social, es la condición necesaria de nuestros grandes triunfos, el resorte fundamental de nuestra actividad, la ley misma de nuestra naturaleza¹.

En efecto, el niño tiene fe en sus padres, el discípulo en el maestro, el esposo en la esposa, el amigo en el amigo; el sabio tiene fe en la ciencia, el pueblo en sus gobernantes, el soldado en su jefe, el artista en su ideal, el héroe en la causa por la que se sacrifica, la humanidad, en fin, en su glorioso porvenir. Luego la fe natural interviene en todos los actos de nuestra vida y es el móvil de nuestra actividad. Los pueblos no perecen moralmente sino cuando se extingue la fe; pues sin ella caen en el escepticismo, que es eminentemente estéril. La duda produce terribles males á los individuos y á los pueblos: «ella», dice Brunetière², «envra los caracteres, y tarde ó temprano, pero infaliblemente, acaba por extraviar la voluntad. La necesidad de creer siempre reaparece, por muchos esfuerzos que se hagan en contrario; y esto nace de que no podríamos obrar ni vivir, sin creer. La fe es no sólo la condición de toda acción, sino que es verdaderamente su principio y su resorte. En el origen de todas las grandes acciones se encuentra la fe, la creencia en algo que no se sabe, pero de lo que estamos seguros y aún convencidos; y por esto, si conocemos algunos mártires de la ciencia (y no quiero disminuir su mérito ni su gloria), mayor número de mártires tienen la creencia y la fe.»

¹ Cf. *Freinet*, Discurso citado.

² Discurso pronunciado en el tercer Congreso de la juventud católica.

Hablemos ahora del mutuo auxilio que se prestan la fe y la razón. «Las verdades reveladas presuponen como base y fundamento las verdades racionales... Por esto la apologetica cristiana debe comenzar por admitir y asentir aquellas, so pena de carecer de base ó de principiar su trabajo por un paralogismo, aceptando lo que es precisamente contra ella, y dando por supuesto lo que debe probar antes de pasar adelante... La fe se prosterna ante Dios y lo adora: sin embargo, la fe, por respetuosa y humilde que sea, no se contenta con creer, con deferir simple y como ciegamente á la palabra revelada; en su necesidad de luz, procura ver, penetrar, comprender; llama en su auxilio á la razón, á la inteligencia, y las aplica á inquirir respetuosamente la palabra de Dios. Y he aquí un primer trabajo filosófico que nos es permitido hacer sobre el dogma; un trabajo de penetración. Esto es lo que San Agustín expresaba admirablemente con estas palabras: *Intelligas... rationis luce conspicias...*»¹

La razón, ilustrada por la sana filosofía, presta á la fe un triple servicio, dice el insigne Doctor Santo Tomás: 1º demuestra ciertas verdades que, siendo los preámbulos de la fe, son necesarias á la ciencia de la religión, v. gr. la existencia de Dios, su unidad y atributos, como también otras verdades relativas á las criaturas, verdades que presupone la fe; 2º refuta las objeciones contra la fe, sea probando que son falsas, sea haciendo ver que no son concluyentes; y 3º hace en cierto modo más *sensibles* las verdades de la fe, mediante ciertas comparaciones tomadas de las cosas humanas, como las empleadas por San Agustín en muchos lugares de sus libros sobre la Trinidad².

Inapreciables son, á su vez, las ventajas que de la fe reporta la razón, la cual, fortalecida y guiada por ella, penetra con seguridad en el mundo sobrenatural; y aun conoce con mayor exactitud y sin mezcla de error, como antes se indicó, muchas verdades naturales. «Si la razón», afirma Monfat³,

¹ *Dupanloup*, Cartas sobre educación intelectual.

² *Super Boethium* de Trinitate.

³ *La pratique de l'éducation chrétienne*.

«no está bien fuerte y nutrida, se ve como ofuscada por la verdad, sobre todo por las verdades superiores cuyo brillo la deslumbra en su camino y desconcierta en alguna manera su constitución débil. La razón se detiene entonces en la superficie, donde la media luz le impide ver lo que brilla en las profundidades, y en tal estado el sofisma se apodera de ella... Mas, cuando la razón está fortalecida por la fe, no sucumbe ante las exigencias de la naturaleza. Los principios supremos de las cosas difunden en la inteligencia como un rocío de luz, con cuyos maravillosos resplandores descubre la belleza de lo que debe creer y la justicia de lo que debe practicar. El espíritu se siente *naturalmente cristiano* á medida que se posesiona de sí mismo y reconoce mejor el acuerdo que la verdad tiene con la razón y las simpatías que despierta en su corazón. *Las leyes divinas se justifican por sí mismas* (Ps. XVIII, 10). Dirigido y vigorizado por la fe, está pronto el hombre á dar cuenta de sus esperanzas, que son la base de sus creencias y el móvil de sus acciones, tanto á las pasiones de dentro como á los errores de fuera.»

«Por una sana y sólida filosofía, la razón se acerca, en cuanto su naturaleza le permite, á la inteligencia divina, á la sabiduría infinita. Mediante una verdadera filosofía, la razón sirve de *pedagoga* ó de introductora á la fe sobre natural, como lo decían los primeros Padres de la Iglesia griega: porque la filosofía puede establecer con claridad y seguridad los preliminares teóricos, históricos y morales de la creencia en el evangelio.»¹

«Nada tan glorioso á la filosofía», añade Monat², «como la investigación de las causas; pero esta altísima labor la expone á peligros que están en proporción con la excelencia de los asuntos sobre que versa. Necesita de un guía, y el más seguro y luminoso es la fe. La fe tiene por término á Dios contemplado en sí mismo; por autoridad, la palabra infalible de Dios; por medios, el auxilio prometido y necesariamente fiel de Dios. Su extensión es ilimitada: directamente, ó por inducción y reflejo, gran parte de las verdades que son objeto de las

¹ Didot I. c.² L. c.

ciencias y están en contacto con la filosofía, ya en su fundamento, ya en su cima, no pueden sin grave daño prescindir de la fe. Asirse de ésta, interrogarla, iluminarse con su luz es un elemento de seguridad y de grandeza para la filosofía.

«De *seguridad*, desde luego. Siendo absolutamente ciertas las verdades de la fe, todo lo que las contradice es necesariamente falso. El error y sus tinieblas son á modo de arrecifes contra los cuales el orgullo de la ciencia choca y naufraga, como lo comprueba á menudo la historia de la filosofía. Cuéntense, si es posible, los sistemas extravagantes, inmorales, impíos que se han inventado para explicar el origen del mundo, su gobierno, la naturaleza y causa del mal, el último fin del hombre, y nos convenceremos de la exactitud de esta afirmación.

«La dependencia de la fe es cuestión de vida ó muerte para la filosofía; y la Iglesia se ha mostrado eminentemente sabia y cuidadosa de los intereses vitales de esta ciencia, cuando ha condenado los desdenes desastrosos y criminales de tantos ingratos hacia la Revelación: *Philosophia tractanda est nulla supernaturalis revelationis habita ratione*.

«Es también elemento de *grandeza*. Semejante al faro que brilla durante la noche, la fe suple las deficiencias de la razón; y como la brújula dirige la nave, ella guía á la inteligencia en su marcha por el océano de la verdad, en el que una inspiración secreta la impulsa á avanzar más y más: *ducit in altum*. Los secretos que se ocultan en la profundidad de las cosas burlándose de las fuerzas de la razón; las causas que no se descubren sino lentamente, unas después de otras...; las razones finales del ser, las leyes de soberana simplicidad: hé aquí lo que una razón que se estima, desea conocer: *Felix qui potuit rerum cognoscere causas*.... Que pida esta dicha á la fe quien, al introduciría dentro del velo y en lo íntimo de Dios, le acostumbrará á percibir los rayos de la divina esencia, que hacen ver en las cosas las huellas de la infinita belleza de su Autor. La fe da á la razón una intuición más rápida y segura de las leyes de los cuerpos y de los espíritus, enseñándole á descubrir en los primeros los vestigios, y en los segundos la imagen de la divinidad.»

«Tenga la filosofía la vista fija en el faro resplandeciente de la Revelación; escuche como fiel discípula y esclava la voz de ese infalible guía y maestro; abrácese cual flaca hiedra con ese árbol de ciencia y vida; que ese abrazo en nada perjudicará a su verdadera libertad, ni matará su independencia dentro de su esfera, y, por decirlo así, su propia personalidad, sino que traerá grandes provechos a la misma filosofía.»¹

Tratando León XIII de la armonía que debe reinar entre la teología y la filosofía, y del mutuo apoyo que entrambas se prestan, dice: «No en vano dominó Dios la mente de los hombres con la luz de la razón, la cual, lejos de ser extinguida ni disminuida por la luz sobreañadida de la fe, es antes bien perfeccionada por ella, acrecentada su virtud y hecha hábil para más altas especulaciones. Es, pues, muy conforme al orden establecido por la divina Providencia, para atraer a los pueblos a la fe y a la salud, acudir aún al auxilio de la ciencia humana: procedimiento sabio y laudable, del que han hecho uso frecuente los más ilustres Padres de la Iglesia, como lo comprueban los monumentos de la antigüedad. Estos mismos Padres asignaron, en efecto, a la razón un puesto importante, que San Agustín expresa en pocas palabras, al atribuir a la ciencia humana aquello por lo que la fe saludable es engendrada, nutrida, defendida y fortificada.»²

Según la doctrina de este Padre, «hay una especie de recíproco influjo entre la ciencia humana y la divina, entre la filosofía y la teología. Si la primera suministra a la segunda

¹ *Tridentina*, La filosofía y la ciencia sagrada.

² «Non enim frustra rationis lumen humane menti Deus inseruit; et tantum abest, ut superaddita fidei lux intelligentie virtutem extinguat aut imminuat, ut potius perficiat, acutiusque viribus habilem ad maiora reddat. Igitur postulat pietas divine Providentie ratio, ut in revocanda ad fidem et ad salutem populi citam ab humana scientia presidium queratur: quam industria, probabilem ac sapientem, in more positam fuisse preclarissimorum Ecclesie Patrum, antiquitatis monumenta testantur. Illi scilicet neque paucas neque tennes rationi partes dare conseruerunt, quae omnes perbreuiter complexus est magnus Augustinus, hinc scientia tribuens... Illud, quo fidei corroboratio... gignitur, nutritur, defenditur, roboratur» (De Trinit. l. XIV, c. 1). Encycl. *Alumni Patrum*.

argumentos, demostraciones, analogías y métodos que la afirman y la acercan a la razón humana; la fe proporciona a la razón la clave para la solución de los problemas más transcendentales de la filosofía, de la moral y de la historia, sobre los cuales esparce vivisima luz. La fe, que aun en el orden puramente humano y natural es anterior a la razón, lo es mucho más cuando se trata de la fe divina, la cual, por consiguiente, lejos de excluir a la ciencia, le prepara más bien el camino (*credimus, ut agnoscamus... crede, ut intelligas*), afirma sus pasos y ensancha su horizonte. Por eso también el ideal de la filosofía cristiana envuelve y entraña la marcha paralela, armónica y relativamente independiente de la razón y de la Revelación, de la ciencia filosófica y de la ciencia teológica.»¹

Si la teología trata de las verdades del orden sobrenatural, y la filosofía de las del natural, es muy justo que ésta se someta a aquella, en cuanto es de su incumbencia, y que la tome por guía en todo lo que excede a las débiles fuerzas de la razón. Además, aun cuando las ciencias tienen entre sí estrecho enlace, por dedicarse todas a la investigación de la verdad, no por esto son iguales, sino que hay unas superiores a otras, según las materias de que tratan. Entre ellas corresponde el primer lugar a la teología sobrenatural, ó sea, a la ciencia de Dios y de las cosas divinas, adquirida por la Revelación. El estudio de esta ciencia aprovecha mucho a las otras, y en especial a la filosofía, porque les descubre amplios horizontes y las auxilia eficazmente para el conocimiento exacto de muchas verdades del orden natural: como antes lo manifestamos. Oigamos al cardenal González: «Si es misión propia de la filosofía marchar y moverse en busca de la verdad, una vez que Dios entregó el mundo a las disputas de los hombres; si la investigación perseverante, profunda, consciente de la realidad objetiva y de la verdad absoluta, constituye la función especial y característica de la filosofía—*philosophia querit veritatem*—; no es menos cierto

¹ Cita del card. González en su «Historia de la filosofía».

² L. c.

que pertenece á la teología descubrir y afirmar esa realidad en su sentido más amplio, poner al hombre en comunicación íntima y perfecta con esa verdad absoluta; porque la fe divina que le sirve de punto de partida—*fides querens intellectum*—, y la palabra de Dios que le sirve de norma y de luz, derraman vívidos resplandores sobre los problemas más trascendentales que discute la filosofía, en atención á que esa fe divina entraña y representa una derivación inmediata de la razón infinita, que es á un mismo tiempo la realidad completa, el ser infinitamente real y la verdad absoluta, la norma primitiva de toda verdad: *Theologia invenit veritatem*.... Según afirma Lactancio, la suma del saber humano consiste y debe buscarse en la unión de la religión y la ciencia; porque, si la religión sin ciencia es poco digna del hombre, en cambio la ciencia sin religión es insuficiente y no merece grande estima.

De lo anterior se deduce que la filosofía recibe positivos servicios de la teología, y que es absurdo prescindir de ésta para constituir á aquélla en maestra y señora de todas las verdades, aun de las superiores al alcance de nuestra inteligencia, como pretenden los racionalistas. Á la filosofía la llama Santo Tomás *eterna* de la teología; porque, no obstante su grande importancia entre las ciencias humanas, sirve únicamente de *vestibulo* á la ciencia de Dios, según la expresiva frase del cardenal Pie¹.

Infiérese de esto que la teología se diferencia de la filosofía y le es superior: 1º. Por la diversidad de *principios* en que se apoyan; pues los de la teología son sobrenaturales, como fundados en la Revelación, y los de la filosofía naturales, ó sea fundados en la razón. 2º. Por el grado de *certeza* de entrambas ciencias; pues la de la filosofía es natural, humana y no tan firme como apoyada en principios naturales; mientras que la certeza teológica es fruto de la fe, y, por tanto, infalible, sobrenatural y divina. 3º. El *objeto* de la teología es

¹ Non enim accipit theologia sua principia ab aliis scientiis, sed immediate a Deo per revelationem, sit divus Thomas. Et ideo non accipit ab aliis scientiis, tanquam a superioribus, sed utitur eis tanquam inferioribus et ancillis. (Encycl. *Prædictissimus Deus*).

Dios, conocido, no por las fuerzas naturales de la inteligencia, sino mediante la divina revelación; mientras que el objeto de la filosofía son únicamente las verdades adquiridas con solas las luces de la razón¹.

3. Impotencia relativa de la filosofía.—Por grandes que sean las conquistas de la razón; por muchas que sean las verdades y secretos que el hombre haya arrancado á la naturaleza; por eximios que sean los ingenios de que se gloria la humanidad; es innegable que la inteligencia no llegará á enriquecerse con todas las verdades del orden natural ni á recorrer en toda su extensión el campo vastísimo de la ciencia; porque, en castigo de la rebelión primitiva, la ignorancia obscureció la mente humana, condenada desde entonces á ruda labor para adquirir y ensanchar sus conocimientos. Cada verdad descubierta en el mundo científico, cada arcano descifrado en la naturaleza son el resultado del esfuerzo de muchos hombres y aun de generaciones enteras que van recorriendo lentamente la escabrosa senda del saber, sin que sea siempre segura ni la ruta misma trazada por los que marchan á la vanguardia de la civilización. En especial en las ciencias físicas, ¡cuántos principios que parecían inconcusos, cuántas hipótesis que se juzgaban fundadas han sido después combatidas y desautorizadas por los nuevos descubrimientos y adelantos de dichas ciencias! La misma filosofía desprovista de la Revelación, como aconteció en el paganismo, ó apartada de ella, como en nuestros tiempos, ha caído y cae en lamentables errores acerca de Dios, del hombre y del mundo; lo que manifiesta la impotencia en que está de conocer por sí misma todas las verdades naturales.

La filosofía debe, por lo mismo, confesar que no le es dado comprender todo, ni investigar todo; debe convencerse de que se expone á extraviarse, cuando sin guía seguro eleva su vuelo á regiones inexploradas; debe sobre todo inclinarse humilde su frente ante el mundo sobrenatural y aceptar agradecida las enseñanzas de la fe. Cuando procede de otro modo, viene á ser víctima del error y del sofisma, que, con

¹ Cf. *Hettinger*, *Timoteo*.

apariencias de verdad y de bien, causan gravísimo daño al espíritu humano.

¡Ahí, cuán poderoso es el imperio del sofisma en nuestros días; cuántos que se llaman filósofos son únicamente hombres insubstanciales, desprovistos de ciencia y de rectitud! «Mientras los filósofos», dice Mons. Dupanloup¹, «representan en la humanidad la luz, los sofistas representan las tinieblas, y su aparición anuncia siempre catástrofes... Hoy, por desgracia, los sofistas pululan entre nosotros, y ningún tiempo fué acaso más fecundo que el nuestro en este linaje de espíritus. A cada paso, en los periódicos, en los libros, en todas las cuestiones de política, de moral, de literatura, se encuentra uno en frente de un sofista ó de un sofisma. Preciso es decirlo también: el triste encerramiento de espíritu en que nuestra época ha caído, les es muy favorable. Como el torbellino levanta en los aires el polvo de la tierra, así en nuestros días el polvo sofístico se ha elevado en nuestra atmósfera intelectual y moral. Sofistas de todas especies han aparecido: tales son los que se empeñan en arruinar toda creencia; los que, sin llevar tan lejos la audacia de la negación, deshonoran la filosofía con su manera indigna de tratar la verdad; los retóricos, más bien que filósofos, que, por la vaciedad de sus ideas, la esterilidad de sus métodos, la hinchazón de sus palabras, la ridiculez de sus pretensiones, han llegado á hacer de la filosofía—ciencia tan alta como grave—los unos la cosa más hueca, los otros la cosa más altanera, y en el fondo la más hostil á la religión y á la sociedad, digna por tanto del desprecio de las gentes honradas.»

«La raza de los sofistas no se acaba», dice el Padre Urraburu², «vive entre nosotros más pujante que nunca. En nuestros días voca por todas partes cierta clase de escritores que, siguiendo las huellas de los enciclopedistas franceses, han levantado cátedra, verdadera cátedra de pestilencia, contra la verdad católica, contra la santa Iglesia de Dios. Sus armas son la calumniam más cínica, la falsificación de la historia, el

¹ L. c.

² «El verdadero puesto de la filosofía entre las ciencias».

más criminal abuso de la ciencia por medio del refinado manejo del sofisma; vagas é inexactas descripciones en vez de definiciones; ampulosas afirmaciones sin una prueba; conceptos confusos y equivocos, faranalla de gárrula palabrería y paralogismos certeramente encubiertos, son otras tantas redes en que caen lastimosamente aun personas de alguna instrucción.»

La filosofía se eleva á las causas, contempla los principios necesarios y deduce las consecuencias; pero con solas sus fuerzas tampoco puede resolver el problema del destino humano, ni vislumbrar nada de lo que se realiza más allá del sepulcro. Para el materialista, el hombre, que es el producto efímero de la materia y de sus fuerzas, vuelve después de la muerte á la materia de que salió. La personalidad se desvanece y destruye, lo que es desesperante. Para el pantheísta, el hombre, al término de sus días, entra en el *gran todo*, se confunde con él y se aniquila, ya que no hay sino una substancia única, cuyas formas variadas son efecto de su inconstante y necesaria manifestación. La filosofía es, por tanto, incompetente para resolver esta cuestión.

Sólo el que oye la voz de Dios, y consulta no solamente la sabiduría humana sino también los oráculos del cielo, hallará la verdadera armonía, y entenderá debidamente que el destino del hombre es inmortal y el mundo lugar de tránsito, en que debe aquél atesorar buenas obras para merecer la eterna gloria. Allí sólo será eternamente feliz, y quedarán satisfechos todos sus deseos con la visión de la divina esencia. Por esto dice Santo Tomás, que fué necesaria para la salud humana una doctrina revelada, á más de la ciencia filosófica, que investiga las cosas con la luz de la razón¹.

«Antes de la luz del evangelio estaban las escuelas filosóficas en las tinieblas de la más profunda ignorancia sobre nuestro origen y destino», dice Balmes², «y ninguna de ellas sabía cómo explicar esas monstruosas contradicciones que en el hombre se notan; ninguna atinaba á señalar la causa de

¹ Cf. «L'homme selon la science et la foi». *Summa theol.* I, q. 1, a. 1.

² El protestantismo comparado con el catolicismo.

esa informe mezcla de grandeza y pequeñez, de bondad y malicia, de saber é ignorancia, de elevación y baja. Vino la religión y dijo: *El hombre es obra de Dios; su destino es unirse á Dios para siempre; la tierra es para él un desierto; no es tal ahora como salió de las manos del Criador; todo el linaje humano sufre las consecuencias de una gran caída; y yo emplazo á todos los filósofos antiguos y modernos para que me muestren cómo en la obligación de creer todo esto se encierra algo que se oponga á los progresos de la verdadera filosofía.*

En cuanto supera á sus alcances, está la filosofía en el deber de someterse á la fe, aceptar agradecida su apoyo, acatar y defender sus enseñanzas; porque, «siendo limitadas las fuerzas de la inteligencia humana, está expuesta á muchos errores é ignora de por sí muchas cosas. Por el contrario, la fe católica, estribando como estriba en la autoridad de Dios, es maestra certísima de la verdad; y el que la sigue, ni cae en luz alguno de la extensa red tendida por el error, ni son poderosas á conturbarle las olas de la duda. Por esta razón aquellos hacen uso rectísimo de la filosofía, que al estudio de esta ciencia juntan el obsequio debido á la fe cristiana; ya que el esplendor de las verdades divinas, reflejado en el ánimo, ayuda al mismo entendimiento, y lejos de amenguar en lo más mínimo su dignidad, le confiere mucha nobleza y le torna más agudo y vigoroso.... Razón tuvo el Concilio Vaticano para recordar en estos términos los beneficios que deba la razón á la lumbre de la fe. *La fe libera y defiende á la razón de los errores, y la enriquece con variados conocimientos.* Por esto el verdadero sabio jamás acusará á la fe de enemiga de la razón y de las verdades naturales, sino antes bien agradecerá á Dios y se alegrará vivamente de que, entre las muchas causas de ignorancia y en medio de las olas del error, brille ante sus ojos la santísima fe, como estrella de salvación, mostrándole el puerto de la verdad, sin que haya peligro de perderlo.»¹

¹ «Cum humana mens certis finibus, usque satis angustis, conclusa tenetur, pluribus erroribus, et uulgarum rerum ignorantia est obnoxia. Contra

4. Daños que ha causado la filosofía desligada de la fe ú opuesta á ella.—Íntimo es el enlace que debe existir entre la fe y la filosofía, y constante el auxilio que tienen que prestarse entre sí, como acabamos de verlo. Por esto, cuando la filosofía prescinde de la Revelación ó pugna con ella, ocasiona gravísimos males en el orden intelectual y moral, y de amante é investigadora de la verdad se convierte en esclava del error y estimuladora del vicio.

Inestimables beneficios ó terribles daños ha hecho á la humanidad la filosofía, según el rumbo que ha seguido. Como los individuos y los pueblos proceden de acuerdo con los principios y verdades que profesan, es indudable que la filosofía, que trata de cuestiones importantísimas del orden social, influye eficazmente en la prosperidad ó retroceso de aquellos. Si la filosofía admite el materialismo ó el sensualismo; si rechaza el mundo sobrenatural, con sus premios y castigos eternos; si niega la inmortalidad del alma y la responsabilidad de sus actos; si enseña doctrinas perniciosas; si se rebela, en una palabra, contra la fe, no tardan en venir la corrupción de costumbres, la anarquía y el despotismo, cumpliéndose el dicho de un filósofo cristiano, que, cuando aparece el monstruo del error, luego asoma el monstruo del crimen.

En efecto, muchos de los errores, cismas y herejías que han afligido al mundo cristiano se deben, en gran parte, al mal uso de la filosofía y en especial á la afirmación gratuita

fides christiana, cum Del auctoritate nitatur, certissima est veritatis magistra; quam qui sequitur, neque errorum laqueis irretitur neque incertarum opinionum fluctibus agitur. Quapropter qui philosophiæ studium cum obsequio fidei christianæ coniungunt, in optime philosophantur; quandoquidem divinarum veritatum splendor, animo exceptus, ipsam levat intelligentiam; cui non modo nihil de dignitate detrahit, sed nobilitat, acuminis, firmitatis plurimum addit.—Merito igitur Vaticana Synodus præclara beneficia, quæ per fidem rationi præstantur, his verbis commemorat: *Fides hominem ab erroribus liberat ac tuetur, eaque multiplici cognatione innititur.* (Concil. dogm. de fide cath. c. 4). Atque fidei homo, si saperet, non culpanda fides, veluti rationi et naturalibus veritatibus inimica, sed dignæ potius Deo gratiæ essent habende, vehementerque laudanda, quod inter multas ignorantie causas et in mediis errorum fluctibus ipsi fides sanctissima illuxerit, quæ, quasi sidus amicum, citra omnem errandi formidinem portum veritatis commoustrat. (Encycl. *Eternæ Patris*).

de que existe pugna entre la Revelación y la razón, y de que ésta debe considerarse como absurdo é inexistente cuanto no puede comprender. Así lo manifiestan los extravagantes sistemas y falsas teorías que desde el comienzo de la era cristiana hasta nuestros días se han propuesto conmoviendo el edificio social y religioso.

Sobre todo la revolución francesa, de fines del siglo XVIII, tan fecunda en males de todo género, debió su origen, antes que al puñal de Marat, Danton y Robespierre, á las perniciosas doctrinas de Voltaire, Rousseau y los enciclopedistas. «La licencia filosófica y la política de los girondinos precipitaron á Francia en las escenas sangrientas de 1793.» «No es posible», decía el Primer Cónsul, «gobernar un país donde tantas personas lean á Voltaire.»¹

¡Ah! ¿de cuántas desgracias y peligros se libertarían los pueblos si la filosofía cumpliera siempre su noble misión de enseñar la verdad y difundir los sanos principios de la moral!

«Cuando vacila ó está falseada la filosofía, se convierte en la peor enemiga de la fe y de la razón misma. No hay corrupción más nociva que la suya en el mundo intelectual y científico; y el buen sentido tiene mucho más que temer de la sofística que de los errores de la física ó de la química, de la mecánica ó de la biología. La falsedad filosófica tiende necesariamente á llegar á ser el vicio práctico: una metafísica mentirosa se transforma luego en inmoralidad, en irreligión, en revolución social. La historia de las ideas de un pueblo ó de una época se identifica con la historia de sus buenas ó malas costumbres.»²

Con razón el sabio Pontífice León XIII atribuía los males de la época actual á la filosofía incrédula y materialista, tan en boga en muchas escuelas.

«Al fijar la vista», dice, «en la triste condición del siglo y abarcar con el pensamiento la índole de los sucesos públicos y privados, échase claramente de ver que toda la causa de los males que actualmente nos afligen y de los que nos amenazan, nace de que opiniones erróneas sobre las cosas

divinas y humanas han invadido, desde las escuelas filosóficas, todas las esferas de la sociedad y se han apoderado de un gran número de espíritus que las han recibido con aplauso.

«Porque, como es natural en el hombre seguir en sus acciones el juicio de la razón, en pervirtiéndose ésta luego peca también la voluntad; y así acaece que la malicia de las opiniones, cuyo sujeto propio es el entendimiento, influye en los actos humanos y los vicia. Por el contrario, si la inteligencia está sana y se apoya con firmeza en principios sólidos y verdaderos, será ella, para la sociedad y para los individuos, fuente de grandes ventajas é innumerables beneficios.»¹

La filosofía bien estudiada ha producido en todo tiempo inmensos bienes; pues ha cooperado poderosamente no sólo á ilustrar la inteligencia y formar las buenas costumbres, sino también á difundir la doctrina revelada. Por esto los Padres y Doctores de la Iglesia echaron mano, como de auxiliares poderosos, de los sanos principios de la filosofía cristiana y de todo lo bueno que hay en la pagana, para propagar el evangelio en el mundo. De todos ellos se puede decir lo que de Orígenes, que entresacó ingeniosamente muchas sentencias de los gentiles, como quien arrebató las armas á los enemigos para emplearlas con rara habilidad en defender la fe y en destruir la superstición. Cuando el entendimiento está sano y estriba con firmeza en principios sólidos y verdaderos, causa muchos bienes, tanto en lo público como en lo privado, según dice el sabio Pontífice León XIII.

¹ «Si quis in acerbiteris nostrorum temporum animi intendat, eorumque rerum rationem, que publice et privatim geruntur, cogitatione completatur, is profecto compertiet, secundum malorum causam, cum eorum que premittuntur, tum eorum que pertimescuntur, in eo consistere, quod prava de divinis humanisque rebus scita, et scholis philosophorum imprudenter profecta, in omnem civitatis ordinem irreperant, communem plurimum suffragio recepta. Cum enim insitum homini natura sit, ut in agendo rationem decem sequatur, si quid intelligentia peccat, in id et voluntas facile labitur: atque ita contingit, ut pravitas opinionum, quarum est in intelligentia sedes, in humanas actiones infusa, easque pervertat. Ex adverso, si sana mens hominum fuerit, et solidis verisque principiis firmiter insistat, tum vero in publicum privatumque commodum plurima beneficia progignet» (Encycl. *Aeterni Patris*).

¹ *Mosfar*, *L'Education chrétienne*.

² *Didiot*, artículo citado.

«Tan distante se halla el dogma católico de contrariar en nada los adelantos filosóficos, que antes bien es de todos ellos fecunda semilla», dice Balmes¹. «No es poco, cuando se trata de adelantar en alguna ciencia, el tener un eje alrededor del cual, como punto seguro y fijo, pueda girar el entendimiento; no es poco evitar ya desde el principio una muchedumbre de cuestiones de cuyos laberintos ó no se saldría jamás, ó se saldría para caer en los mayores absurdos; no es poco, si se quieren examinar esas mismas cuestiones, el tenerlas ya resueltas de antemano en lo que encierran de más importante, el saber dónde está la verdad, dónde el peligro de extraviar. Entonces el filósofo es como aquel que, seguro de la existencia de una mina en algún lugar, no gasta el tiempo en vano para descubrirla; sino que, fijándose luego sobre el verdadero terreno, aprovecha ya desde un principio todas sus investigaciones y trabajos.»

CAPÍTULO UNDÉCIMO.

LA FILOSOFÍA.

(Conclusión.)

1. La filosofía pagana y la cristiana. — 2. La filosofía escolástica y sus servicios. — 3. Santo Tomás de Aquino. — 4. León XIII, restaurador de la filosofía tomista. — 5. Carácter de la filosofía moderna: sus errores dominantes. — 6. Método para estudiar con provecho la filosofía.

1. La filosofía pagana y la cristiana. — La filosofía adquirió notable desarrollo en la antigüedad, que cuenta en éste, como en otros ramos del saber, con ilustres ingenios, cuyas obras son aun hoy consultadas con provecho. Mas, por la íntima relación que existe entre las creencias y las costumbres, se nota que, á medida que el respeto á Dios y la práctica de la moral fueron debilitándose en el mundo antiguo, también la filosofía fué desviándose de la senda de la verdad y convirtiéndose en instrumento de perversión para

los individuos y los pueblos. Con todo, por mucha que haya sido la corrupción del paganismo, el culto á la verdad y al bien — que es el fin de la filosofía — tuvo siempre adeptos; por lo que puede afirmarse que siempre ha habido filósofos en el mundo. Además, la antigüedad llegó también á un alto grado de civilización, sobre todo en Egipto, Persia, Grecia y Roma, y toda civilización, por incipiente que sea, entraña una filosofía, como dice el cardenal González¹; así como toda concepción religiosa entraña una civilización en armonía con la religión, que le sirve de base y norma fundamental.

La India, el Egipto, la China, la Persia, en una palabra, los principales pueblos de Oriente, fueron el teatro de las primeras evoluciones filosóficas, que de ordinario se confundían con las creencias religiosas y eran consignados en los libros sagrados; pero indudablemente llegó la filosofía á su apogeo en las escuelas de Grecia y Roma, naciones adornadas (en especial la primera) de dotes relevantes para los estudios filosóficos y literarios. Desde el famoso Tales de Mileto, fundador de la escuela jónica, hasta Enesidemo, representante de la escuela escéptica, positivista y empírica, que fué más ó menos contemporánea de Cicerón, muchos ingenios de la docta Grecia se dedicaron al cultivo de la filosofía; conocidos son los nombres de Anaximandro, Heráclito, Pitágoras, Demócrito, Empédocles, Parménides, etc., y, sobre todo, los de Sócrates, Platón y Aristóteles, genios extraordinarios que se elevaron á una altura sorprendente, pudiéndose decir que no hubo cuestión de moral ó de filosofía especulativa que no tratasen con lucidez, y en muchos casos con acierto; por lo que Minucio Félix juzga que las teorías de los principales filósofos gentiles, como las de Pitágoras y Platón, acerca del alma humana, etc., eran sombras y reminiscencias de la doctrina revelada por Dios y enseñada por los profetas.

Sócrates es, sin duda, entre los filósofos paganos el que enseñó y profesó la moral más pura. El conocimiento de sí mismo es la base de su filosofía; el deber del hombre y el mejor empleo de sus facultades consisten en investigar

¹ El protestantismo comparado con el catolicismo.

¹ Cf. «Historia de la filosofía».

«Tan distante se halla el dogma católico de contrariar en nada los adelantos filosóficos, que antes bien es de todos ellos fecunda semilla», dice Balmes¹. «No es poco, cuando se trata de adelantar en alguna ciencia, el tener un eje alrededor del cual, como punto seguro y fijo, pueda girar el entendimiento; no es poco evitar ya desde el principio una muchedumbre de cuestiones de cuyos laberintos ó no se saldría jamás, ó se saldría para caer en los mayores absurdos; no es poco, si se quieren examinar esas mismas cuestiones, el tenerlas ya resueltas de antemano en lo que encierran de más importante, el saber dónde está la verdad, dónde el peligro de extraviar. Entonces el filósofo es como aquel que, seguro de la existencia de una mina en algún lugar, no gasta el tiempo en vano para descubrirla; sino que, fijándose luego sobre el verdadero terreno, aprovecha ya desde un principio todas sus investigaciones y trabajos.»

CAPÍTULO UNDÉCIMO.

LA FILOSOFÍA.

(Conclusión.)

1. La filosofía pagana y la cristiana. — 2. La filosofía escolástica y sus servicios. — 3. Santo Tomás de Aquino. — 4. León XIII, restaurador de la filosofía tomista. — 5. Carácter de la filosofía moderna: sus errores dominantes. — 6. Método para estudiar con provecho la filosofía.

1. **La filosofía pagana y la cristiana.** — La filosofía adquirió notable desarrollo en la antigüedad, que cuenta en éste, como en otros ramos del saber, con ilustres ingenios, cuyas obras son aun hoy consultadas con provecho. Mas, por la íntima relación que existe entre las creencias y las costumbres, se nota que, á medida que el respeto á Dios y la práctica de la moral fueron debilitándose en el mundo antiguo, también la filosofía fué desviándose de la senda de la verdad y convirtiéndose en instrumento de perversión para

los individuos y los pueblos. Con todo, por mucha que haya sido la corrupción del paganismo, el culto á la verdad y al bien — que es el fin de la filosofía — tuvo siempre adeptos; por lo que puede afirmarse que siempre ha habido filósofos en el mundo. Además, la antigüedad llegó también á un alto grado de civilización, sobre todo en Egipto, Persia, Grecia y Roma, y toda civilización, por incipiente que sea, entraña una filosofía, como dice el cardenal González¹; así como toda concepción religiosa entraña una civilización en armonía con la religión, que le sirve de base y norma fundamental.

La India, el Egipto, la China, la Persia, en una palabra, los principales pueblos de Oriente, fueron el teatro de las primeras evoluciones filosóficas, que de ordinario se confundían con las creencias religiosas y eran consignados en los libros sagrados; pero indudablemente llegó la filosofía á su apogeo en las escuelas de Grecia y Roma, naciones adornadas (en especial la primera) de dotes relevantes para los estudios filosóficos y literarios. Desde el famoso Tales de Mileto, fundador de la escuela jónica, hasta Enesidemo, representante de la escuela escéptica, positivista y empírica, que fué más ó menos contemporánea de Cicerón, muchos ingenios de la docta Grecia se dedicaron al cultivo de la filosofía; conocidos son los nombres de Anaximandro, Heráclito, Pitágoras, Demócrito, Empédocles, Parménides, etc., y, sobre todo, los de Sócrates, Platón y Aristóteles, genios extraordinarios que se elevaron á una altura sorprendente, pudiéndose decir que no hubo cuestión de moral ó de filosofía especulativa que no tratasen con lucidez, y en muchos casos con acierto; por lo que Minucio Félix juzga que las teorías de los principales filósofos gentiles, como las de Pitágoras y Platón, acerca del alma humana, etc., eran sombras y reminiscencias de la doctrina revelada por Dios y enseñada por los profetas.

Sócrates es, sin duda, entre los filósofos paganos el que enseñó y profesó la moral más pura. El conocimiento de sí mismo es la base de su filosofía; el deber del hombre y el mejor empleo de sus facultades consisten en investigar

¹ El protestantismo comparado con el catolicismo.

¹ Cf. «Historia de la filosofía».

la verdad y en conformar su conducta con el bien moral, una vez conocido.... La prudencia, la justicia, la templanza, ó moderación de los apetitos sensibles, y la fortaleza son las cuatro virtudes principales y necesarias para la perfección moral del hombre, el cual será tanto más perfecto en este orden, cuanto más se asemeje á Dios en sus actos; porque Dios es el arquetipo de la virtud y de la perfección moral.

Platón, que ha merecido el sobrenombre de *divino*, fue discípulo de Sócrates y fundador de la célebre escuela llamada *Academia*. Un sello de profunda originalidad resplandece en sus escritos: el punto culminante de su filosofía y la clave de su doctrina es su famosa teoría sobre las ideas. Dios es, para Platón, el ser absoluto, el bien supremo, la idea creadora de las cosas; y en su teoría, el alma racional es una substancia que se mueve á sí misma, como esencia dotada de facultades afectivas y cognoscitivas, superiores é inferiores; el fin del hombre es la semejanza con Dios, y la virtud es bastante por sí sola para la felicidad.

Por último, Aristóteles, discípulo de Platón durante veinte años, y á quien solía éste llamar el *pensamiento* y el *alma* de su escuela, poseyó un ingenio extraordinario. Cuando fijó su residencia en Atenas, se congregó en el *Liceo*, en torno del gran filósofo, una multitud de discípulos, incluso Alejandro Magno. Las obras del Estagirita son la mejor prueba, no sólo de la prodigiosa actividad de su genio, sino también de la admirable fecundidad y flexibilidad de su talento verdaderamente enciclopédico. La lógica y la gramática, la poética y la dialéctica, la física y la historia natural, la astronomía y la meteorología, la moral y la política, la sociología y la historia, la antropología y la cosmología, la metafísica y la teodicea, todo se halla tratado en sus obras, y tratado á fondo y de una manera sólida, á pesar de que algunas de estas ciencias eran desconocidas en su tiempo.

* En la apreciación de este autor, en la de otros filósofos paganos y en la de algunos cristianos, me atengo á la «Historia de la filosofía» del cat. de *don Genald*, de la que tomo casi literalmente muchas frases que constan en el texto.

Pero, á pesar del mérito indiscutible de la filosofía pagana, contiene errores que contribuyeron poderosamente á la per-versión de los pueblos antiguos, sin que uno solo de sus filósofos haya enseñado en todo la verdad; y por esto se ha dicho que toda aberración, por monstruosa que sea, ha sido defendida por alguno de ellos. La causa principal de los errores de la filosofía pagana fué su ignorancia acerca de Dios y de sus atributos. «Destituida dicha filosofía», dice Balmes¹, «de las luces de la fe, al andar en busca del principio de las cosas, lejos de encontrar un Dios creador y ordenador, y que cual bondadoso padre se ocupa con cuidado en hacer felices á los seres que sacara de la nada, no acertó á descubrir sino el caos, así en el mundo físico como en el social.»

En efecto, los más grandes ingenios del paganismo no tenían conceptos claros y seguros acerca de Dios, del origen del mundo, de la simplicidad é inmortalidad del alma, de la Providencia, etc. La misma filosofía de Sócrates es esencialmente incompleta, ya que, según él, la única ciencia que existe es la ético-teológica; de manera que las ciencias naturales y matemáticas, ó no existen, ó no tienen importancia y utilidad propias. Tampoco satisface plenamente su doctrina moral, que se resiente de obscuridad é incertidumbre, acerca del destino final del hombre, junto con conceptos fatalistas, supersticiosos y de levadura politeísta que aparecen en no pocos discursos y actos de este filósofo. En cuanto á Platón, su moral y política dejan mucho que desear: la primera, por ciertas máximas detestables y doctrinas horribles, y la segunda por su carácter utópico y, más que todo, por sus tendencias socialistas y comunistas. Platón autoriza el infanticidio, la comunidad de mujeres y la satisfacción de las pasiones más vergonzosas; admite, además, la preexistencia de las almas y la metempsicosis; su filosofía es idealista, pues niega que los sentidos perciban la realidad objetiva de los cuerpos. La doctrina de Aristóteles, en lo tocante á la moral, se limita á inculcar el interés bien entendido, y adolece también de

¹ El protestantismo.

otros defectos, como la falta de afirmaciones precisas acerca de la inmortalidad del alma, la negación de la providencia divina sobre todo el Universo, las afirmaciones referentes á la eternidad del mundo, á la solidez é incorruptibilidad de los cielos, á las inteligencias ó ángeles que mueven las esferas, á las causas que admite para explicar muchos fenómenos físicos, á la separación, en fin, que establece entre la idea teológica y la idea ética. En cuanto á Epicuro, basta decir que fundó la escuela del placer, y Zenón la de la vanidad.¹

De este ligero análisis resulta que la filosofía pagana, aun en sus mejores representantes, profesó doctrinas erróneas en materias importantísimas. No así la filosofía cristiana, que, apoyada en la Revelación y en el magisterio de la Iglesia, ha resuelto con claridad y exactitud cuanto problema hay de vital importancia para la humanidad. La creación *ex nihilo*, la caída y la rehabilitación del hombre, la unidad de origen y destino de todos los hombres, el dogma de la Providencia divina, la distinción substancial entre Dios y el mundo, entre lo finito y lo infinito, entre el bien y el mal; el influjo de la humildad, de la mortificación, de la caridad y demás virtudes que el cristianismo enseña, señalaron nuevos rumbos á la filosofía y empujaron á los sabios en utilísimas investigaciones. Se ha dicho, y con razón, que un niño instruido en el catecismo cristiano posee la clave para la acertada solución de las cuestiones más transcendentales del tiempo y de la eternidad, mucho mejor que Platón, el príncipe de los filósofos paganos.

Desde el establecimiento del cristianismo, la ciencia filosófica fué cultivada por los apologistas, los Padres y Doctores de la Iglesia, muchas de cuyas obras son monumentos de incomparable sabiduría en esta materia. En la enseñanza revelada tuvieron un guía seguro para sondear, en algún modo, la obscuridad de los misterios y resolver los más intrincados problemas del orden moral y social. Desde los santos Ireneo, Justino y Clemente de Alejandría; desde Tertuliano, Lactan-

¹ Cf. González 1. c.; y Canby, Curso de instrucción religiosa.

cio y Orígenes, que florecieron en los primeros siglos de la Iglesia; desde San Agustín, San Isidoro de Sevilla, Boecio, San Anselmo, Pedro Lombardo, Alejandro de Hales, Vicente de Beauvais y Santo Tomás, que vinieron después, hasta Balmes, Donoso Cortés, Augusto Nicolás, San Severino, Libertore, el cardenal Zigliara y muchos otros filósofos de nuestros días, cuenta la Iglesia con un sinnúmero de escritores verdadísimos en la ciencia filosófica.

Pero San Agustín, á quien se llama el *Platón cristiano*, «fué el primero que, en el siglo IV, realizó en sus obras, si bien de una manera fragmentaria y dispersa», según dice el cardenal González¹, «el ideal de la filosofía cristiana, y sus obras contienen el primer ensayo, relativamente completo y sistemático, de ella. Porque la filosofía cristiana es el movimiento libre y espontáneo de la razón humana bajo la égida de la razón divina, la cual, dirigiendo y encauzando su actividad, la pone á salvo de los grandes errores y extravíos que en todo tiempo la han deshonrado y pervertido, cuando se ha entregado á sus propias fuerzas; mientras que, bajo su tutela, se han agrandado y extendido los horizontes de la razón humana. San Agustín desarrolló la filosofía cristiana, haciendo entrar en ella todas las grandes cuestiones que se relacionan con su objeto y esencia propia, formando un cuerpo de doctrina en que se concentran, aúnan, desenvuelven y armonizan las corrientes varias que hasta entonces habían surcado en sentidos diferentes el campo de la misma. Todas estas grandes corrientes, presintiendo y adivinando, por decirlo así, que se hallaban amenazadas de desaparecer bajo las ruinas amontonadas por el paso de la justicia de Dios, á través de Europa y de Asia, parece como que quisieron refugiarse en el gran doctor africano, para que, concentrándolas y fundiéndolas en el crisol de su genio poderoso, les diera unidad, y vida, y vigor, y fuerza bastante para atravesar, sin perecer, el período de tinieblas, de ruinas, de persecuciones y guerras que separan al siglo de la *Ciudad de Dios* del siglo de la *Summa Theologica*.»

¹ 1. c.

Hoy en día, á diferencia de la edad antigua, el que quiere conocer la verdad y profesarla en toda su pureza, la encuentra claramente expuesta por los filósofos católicos, que se apoyan en la doctrina revelada y proceden de acuerdo con ella. Es cierto que, aun entre ellos, hay diversidad de pareceres en algunas cuestiones que, aun cuando importantes, no se refieren á los principios fundamentales y axiomáticos de la filosofía, en los que están todos de acuerdo. Natural es que, por la mucha extensión de esta ciencia y por la imperfección de las facultades humanas, haya á veces desacuerdo entre los obreros del pensamiento; pero las escuelas tienden á uniformarse y á abandonar la senda movediza de la hipótesis, para apoyarse en las verdades primeras é inconcusas, y deducir de ellas consecuencias ciertas y por todos admisibles.

2. La filosofía escolástica y sus servicios.—Ninguna ciencia como la filosófica necesita de tanta exactitud y método en su desarrollo y exposición, so pena de no cumplir su fin nobilísimo. Un razonamiento flojo y difuso, por esmerado y agradable que parezca el estilo, no persuadirá al lector, como otro ajustado á las reglas de la argumentación, aunque sea sobrio y un tanto desaliñado en la forma.

Si bien San Bernardo, nacido en el siglo XII, fué el último de los Padres de la Iglesia, con todo florecieron éstos con mayor brillo y dominaron por completo, en el campo científico y religioso, en los primeros siglos de la era cristiana. San Agustín, según dice el cardenal González, cierra el ciclo de la filosofía patristica; pues los Padres que escribieron después, tanto en la iglesia griega como en la latina, apenas trataron de filosofía.... Esta ciencia habría perecido, si la Providencia divina no hubiera velado por sus destinos al menos en el Occidente, preparando y distribuyendo por etapas ciertos hombres encargados de conservar y transmitir las tradiciones filosóficas de la antigüedad pagana y de la época patristica. Capela y Claudiano, Boecio y Casiodoro, Isidoro de Sevilla, Beda y Alcuino, son como otras tantas piedras miliarias colocadas por Dios en las diferentes naciones de Europa, para señalarles el derrotero que debían seguir, si

querían entrar de nuevo en los caminos de la luz, de la vida y de la ciencia. Estos sabios son los grandes anillos de la cadena que une la filosofía patristica con la escolástica, y representan la época de transición entre estas dos grandes manifestaciones de la filosofía cristiana¹.

Con la irrupción de los bárbaros y la caída del imperio romano, las ciencias y las artes recibieron golpe terrible, y aun habrían desaparecido si los monjes no hubieran conservado las obras clásicas de la antigüedad y mantenido en los claustros el fuego sagrado de la ciencia. La Iglesia, tras largos y constantes esfuerzos, convirtió á los bárbaros y les infundió amor al trabajo intelectual, logrando así atraerlos al cultivo de la filosofía, mediante el desarrollo y expansión del principio cristiano. Este renacimiento filosófico, incubado, fecundizado é informado por el principio cristiano, es lo que constituye la filosofía escolástica..., cuyos caracteres más generales y propios, tomada en conjunto, son dos: el primero y principal, la unión y conciliación entre la razón humana y la revelación divina; entre la filosofía racional y la teología cristiana; el segundo, la incorporación progresiva de la filosofía de Aristóteles á la filosofía cristiana, incorporación en virtud de la cual la filosofía escolástica vino á ser y constituir como un todo orgánico, vivificado por el pensamiento teológico del cristianismo, é informado por la lógica y la metafísica del fundador del Liceo².

Grandes servicios dehen la filosofía y la teología al escolasticismo. Es uno de ellos el empleo de la forma silogística en la argumentación. Usado el silogismo convenientemente y sin abuso, se acostumbra la inteligencia á discurrir con método y precisión; se evita la divagación y vana palabrería en las discusiones; se da mejor enlace y trabazón al discurso; se disciplina, en fin, y conduce á la razón con seguro paso por la escabrosa senda del saber, distinguiendo con mayor facilidad lo verdadero de lo falso, lo cierto de lo dudoso, lo axiomático de lo hipotético. Cousin, partidario acérrimo de Descartes, entusiasta admirador de la filosofía mo-

¹ L. c. ² Cf. González l. c.

derna y jefe del eclecticismo, afirma que «el arte silogístico es á lo menos una arma poderosa, que da á la razón la costumbre de la precisión y del vigor. En esta poderosa escuela se formaron nuestros padres: gran fortuna sería poder retener en ella, siquiera por algún tiempo, á la juventud actual.»

Los Doctores de la edad media, llamados *escolásticos*, dice León XIII, «acometieron la grande obra de juntar diligentemente las fecundas y ricas doctrinas diseminadas en los amplísimos volúmenes de los santos Padres; y, una vez reunidas, las guardaron, por decirlo así, en un solo lugar para que de ellas se aprovechara la posteridad.» Para manifestar la excelencia del método seguido por ellos, cita el sabio Pontífice estas frases de la bula *Triumphantis* de su antecesor Sixto V: «El ordenado enlace y trabazón íntima y recíproca de materias y razones; la armonía y disposición como de ejército armado en batalla que guardan los escolásticos; las definiciones y divisiones perfectas y luminosas que adoptaron en sus escritos; la fuerza incontestable de su argumentación, y aquellas agudísimas controversias con que la luz es separada de las tinieblas, la verdad del error, y con las cuales aparece en su vergonzosa desnudez la mentirosa falacia de los herejes, encubierta en mil prestigios y engaños; «todas estas preclaras y admirables dotes», prosigue León XIII, «se deben al recto uso de aquella filosofía que los maestros escolásticos, con deliberado y sabio consejo, emplearon aun en las disertaciones teológicas.»

3. **Santo Tomás de Aquino.**—Entre los filósofos y teólogos escolásticos ocupa el primer lugar Santo Tomás de Aquino, cuyo ingenio y sabiduría extraordinarios le han merecido el título de *Doctor Angélico*. En su vida, relativamente corta, profundizó casi todas las ciencias, en especial la filosofía y la teología, hasta el punto de que su doctrina ha merecido elogios de los mayores sabios, y de que su inmortal *Summa Theologia* fué colocada junto á la Sagrada Escritura en el Concilio de Trento.

¹ Encicl. *Aeterni Patris*.

«El monumento más famoso de la ciencia basada en la fe, son la *Summa Theologica* y la *Summa contra gentiles*», dice el Padre Didon¹. «Toda la luz que ha traído al mundo la revelación divina; todas las verdades incontestables de la filosofía; cuanto hay de cierto en la ciencia natural, aun en las lenguas, en los descubrimientos y experiencias; todo está condensado en las obras magistrales de Santo Tomás, cuyo vasto genio es el tipo del sabio que se apoya en la fe.

«La Providencia lo había predestinado; pues le dió por antecesor, entre los muertos, á Aristóteles y á San Agustín, y por padre y maestro, entre los vivos, á Alberto Magno, espíritu enciclopédico que á la ciencia filosófica y revelada juntó toda la ciencia experimental de su siglo.

«Que se estudie la *Summa* del maestro; que se examine tratado por tratado, desde el de la existencia de Dios hasta el de los fines últimos, y no se encontrará una cuestión, un artículo en que la ciencia natural no rinda testimonio á la fe y no entre como parte integrante en la síntesis universal.»

«La aparición de Santo Tomás en la edad media fué verdaderamente maravillosa, como lo fué, aunque quizás no tan claramente, la de Orígenes contra Celso, la de San Atanasio contra los arrianos y la de San Agustín contra los maniqueos, donatistas y pelagianos. Cual faro luminoso resplandece en la noche de los tiempos y rasga con los fulgidos destellos de su ingenio el negro manto que envuelve á los siglos subsiguientes... La *Summa Theologica*, obra grandiosa, que el Santo escribió en el ocaso de su vida y que, sorprendido por la muerte, dejó incompleta, es el fruto más sazonado de todos sus estudios, presentándonos el resultado de los trabajos intelectuales de toda su vida... En cuanto al método, éste es rigurosamente dialéctico. Planteado un problema, busca pruebas fehacientes en la Escritura, la Tradición, los principios teológicos y hasta en la filosofía; deduce de aquí la respuesta, que explana con la mayor lucidez, y contesta á las objeciones que en contra de la solución dada pueden oponerse. Hasta la aparición de este gran genio, el Occidente no

¹ La science sans Dieu.

poseía una obra de este carácter, en la cual la claridad y solidez, juntamente con una severa crítica, se entrelazan estrechamente.»¹

«Afortunadamente», dice Balmes², «en el siglo XIII se presentó un gran hombre, Santo Tomás, que de un solo empuje hizo avanzar la ciencia dos ó tres siglos.... Alcanzando una superioridad indisputable, hizo prevalecer por todas partes su método y doctrina, se constituyó como en centro alrededor del cual se vieron precisados á girar todos los escritores escolásticos, reprimiendo de esta manera un sinnúmero de extravíos, que de otra suerte hubieran sido poco menos que inevitables.»

«El genio profundo de Santo Tomás penetró los secretos más ocultos, y la lucidez de su inteligencia iluminó las cuestiones más oscuras. Estudió los fenómenos de la naturaleza con una finura de análisis que admiramos aún en nuestra época, y se elevó en el dominio de la especulación á alturas en que habrían sentido vértigo los más grandes genios de la antigüedad pagana. Cuando subió á la cátedra para enseñar, lanzó *mugidos* que resonaron en el mundo entero, y cuando tomó la pluma para escribir, produjo obras inmortales que son el honor de la ciencia.»³

Ninguno, en nuestros tiempos, ha estimado tanto la doctrina de Santo Tomás ni encarecido más el estudio de sus obras que León XIII. «Entre los Doctores escolásticos», dice⁴, «descuella como príncipe y maestro que fué de todos ellos, el angélico Tomás de Aquino, de quien nota muy bien Cayetano, que por la suma veneración con que honró á los doctores sagrados, recibió en cierto modo el entendimiento de todos ellos. Las doctrinas de éstos, dispersas á modo de miembros separados de un mismo cuerpo, las unió Tomás y ligó en un haz, las distribuyó con orden admirable y las enriqueció con tales aumentos, que con justa razón es tenido el santo Doctor por sostén y honra de la Iglesia. De ingenio

¹ Heltinger, Timoteo.

² 1.º, c.

³ Brin, *Histoire générale de la philosophie*.

⁴ Encicl. *Álvaro Patria*.

dócil y agudo, de memoria fácil y tenaz, de vida inmaculada, amorador de sola la verdad, instruido copiosísimamente en las ciencias divinas y humanas, con razón fué comparado al sol; pues vivificó al orbe de la tierra con el calor de sus virtudes y extendió por todo el la luz de la doctrina. No hay parte alguna de la filosofía que no tratara con solidez y agudeza juntamente; trató de las leyes del raciocinio, de Dios y de las substancias incorpóreas, del hombre y las cosas sensibles, de los actos humanos y sus principios, de manera tal, que nada se echa de menos, ni la abundancia en la materia de las cuestiones, ni la conveniente disposición de las partes, ni el más cumplido acierto en el método, ni mayor firmeza en los principios y vigor en la argumentación, ni la perspicuidad ó propiedad en los términos, ni la facilidad en la explicación de los puntos más abstractos.

«Á lo cual se añade que el Angélico Doctor abarcó las conclusiones filosóficas en las razones y principios que, por su considerable latitud, contienen dentro de sí la semilla de innumerables verdades, desarrollada oportunamente con fruto muy abundante por los maestros que vinieron después. Y, como también empleó este método en la refutación de los errores, alcanzó de este modo á debelar el solo todos los de los tiempos anteriores, y á proporcionar armas invencibles con que impugnar y destruir los que sucesivamente fuesen apareciendo. Distinguiendo, además, como es justo, la razón de la fe, aunque uniéndolas entre sí con vínculos de recíproca amistad, mantuvo sus respectivos derechos y atendió á su dignidad de tal manera, que ni la razón elevada en alas del Doctor Angélico hasta la cumbre del humano saber, puede remontarse ya más, ni la fe puede obtener más eficaces y numerosos auxilios, que los que obtuvo, gracias á Santo Tomás.»

4. León XIII restaurador de la filosofía tomista.—Mucho antes de ocupar la cátedra de San Pedro, el cardenal Joaquín Pecci fué entusiasta admirador de la Suma Teológica y de la Suma contra los gentiles, cuya doctrina procuró difundir en el Seminario de Perusa, como la más adecuada para combatir el kantismo y el positivismo, muy en boga en las escuelas filosóficas, y para servir de base á todo pro-

greso especulativo y moral, y, en especial, á todo trabajo teológico. «Encantóse de la claridad, verdaderamente angélica, con que el autor de las dos Sumas establece la objetividad del mundo y del yo, la unidad substancial del compuesto humano, la colaboración de los sentidos á la intelección y á la volición espirituales, la completa legitimidad de nuestra investigación y descubrimiento de los principios ó causas por los hechos, de las esencias por los accidentes, de las potencias por sus actos, del alma por la vida corporal, de Dios por el movimiento de las cosas, de la Revelación por lo preternatural, de los misterios ó de la gracia sobrenatural por el acto de fe.»¹

Elevado el Cardenal Pecci á la sede pontificia, se persuadió luego de que el malestar que en el orden religioso y social experimentaba nuestro siglo, era debido en gran parte á los errores que en uno y otro terreno se propalaban, y á haberse alejado un tanto algunas escuelas católicas del método escolástico, y en especial de la doctrina de Santo Tomás. Por lo que determinó restaurar los estudios filosóficos, falseados por el eclecticismo y positivismo modernos, para lo que publicó la Enciclopedia *Aeterni Patris*, en la que encarece la conveniencia de restablecer en las Universidades y colegios las enseñanzas del Angélico Doctor y de restituírle su antiguo y merecido puesto de honor; á fin de que los jóvenes, alimentados con una doctrina sana y substancial, llenos de vigor y revestidos de una armadura completa, se acostumbren á defender la religión, con entereza y sabiduría.²

Y con sobrada razón; porque las obras del Ángel de las escuelas son un depósito inagotable en que se encuentran armas poderosas para combatir y vencer á los enemigos de la fe y la moral cristianas; á tal punto que los racionalistas y herejes de nuestros días bien pudieran repetir lo de sus antecesores, Teodoro de Beza y Bucero: que, si desaparecieran

¹ *Didot, La philosophie.*

² «Cum adolescenter... pollens ac robustus doctrinae pabulo ob eam causam nutritus esset, ut viribus validis, et copioso armorum apparatu instructi, mature assuescent causam religionis fortiter et sapienter agere» (Ex: cyclo. *Aeterni Patris*).

las obras de Santo Tomás, podrían fácilmente *combatir con todos los doctores católicos, salir victoriosas y destruir la Iglesia*. ¡Vana jactancia, como lo nota León XIII, pero testimonio también harto expresivo!

Muy conveniente es que, en nuestro siglo, enervado por el lujo y el placer, aficionado á estudios poco sólidos y ansioso de bienes materiales, ocupen puesto de honor la filosofía y teología tomistas, en que han bebido la ciencia á raudales los más preclaros ingenios desde el siglo XIII á esta fecha. El orden y la paz, la armonía de la ley y la libertad, el afecto y mutuos miramientos entre gobernantes y gobernados, la extirpación del indiferentismo religioso, el progreso moral, en fin, en todas sus facies y útiles manifestaciones no se harían esperar, si se tomara por guía á tan seguro Maestro. «Su doctrina acerca de la verdadera naturaleza de la libertad, que en nuestros días degenera en licencia; sobre el origen divino de toda autoridad, la naturaleza y fuerza obligatoria de la ley; sobre el poder, á un mismo tiempo justo y paternal, de los sumos imperantes y la obediencia debida á ellos; sobre la mutua caridad que ha de existir entre todos los hombres; lo que nos dice acerca de estos y otros asuntos, tiene fuerza eficaz é invencible para dar el golpe mortal á los principios del *derrotero nuevo*, reconocidos como contrarios y peligrosos á la tranquilidad pública y á la salud común. Todas las ciencias deben concebir viva esperanza de perfección y aumento, y prometerse muchos auxilios de la restauración de los estudios filosóficos. Porque de la filosofía acostumbra tomar las bellas artes, como de ciencia moderadora, su razón y método, y sacar, como de fuente común de vida, el espíritu que debe animarlas. Los hechos y la constante experiencia comprueban que florecieron principalmente las artes liberales cuando la filosofía conservó su gloria y pre-
valió la sabiduría de sus juicios; y, por el contrario, que perdieron ellas su vigor y quedaron relegadas al olvido cuando la filosofía, torcida por el error, degeneró en necedad.»¹

¹ «Que enim de germana ratione libertatis, hoc tempore in licentiam abiit, de divina cuiuslibet auctoritatis origine, de legibus earumque vi, de

Desde la era cristiana, las obras más notables en las ciencias morales y religiosas, las creaciones artísticas más perfectas y encantadoras, los trabajos poéticos de mayor vuelo se han inspirado en la enseñanza católica que encarriló a la filosofía pagana y le señaló nuevos rumbos.

Santo Tomás de Aquino ha cooperado poderosamente al desarrollo científico y artístico de las edades media y moderna; y su filosofía, según afirma el cardenal González, suministró el fondo científico al poema del Dante: ella se prestó a las bellas y sublimes concepciones del vate florentino, se acomodó fácilmente a las formas poéticas, y apareció llena de interés al soplo de su vigorosa inspiración.

Los que han leído con detención la *Divina Comedia*, reconocerán sin dificultad que su parte doctrinal está basada casi toda y como modelada sobre la doctrina filosófica de Santo Tomás.

5. Carácter de la filosofía moderna; sus errores dominantes.—Como la filosofía trata de las cuestiones más importantes del orden moral y social, influye poderosamente en la suerte de los pueblos; y por esto, todo error en el terreno filosófico, recibe pronta aplicación en el de los hechos. La guerra de las ideas engendra la guerra de los hombres, y el acuerdo de las doctrinas prepara la paz de los pueblos, dice el Padre Didon. Entre todas las ciencias

paterno et aequo Summorum Principum imperio, de obtemperacione sublimioribus potentibus, de mutua inter omnes caritate, quae collectae de his rebus et aliis generis eiusdem a Thoma disceptantur, maximum atque invicem solari habent ad evitanda ea iura novi principia, quae pocius rerum ordini et publicae usui periculosa esse dignoscuntur.—Dum cunctae humanae disciplinae spem incrementi precipere, plurimumque sibi debent praesidium polliceri ab hac, quae Nobis est proposita, disciplinarum philosophicarum institutione. Etiam a philosophia, tanquam a moderatrice sapientia, tanquam rationem rectumque modum bonae artis mutuari, ab eaque, tanquam viam communem fonte, spiritum haurire consueverunt. Facto et constanti experientia comprobatur, artes liberales tunc maxime floruisse, cum incolam honor et sapientis iudicium philosophiae stetit; neglectas vero et prope obliuatas incuisse, incitata atque erroribus vel ineptis implicita philosophia. (Encycl. *Strenui Patrii*).

¹ Cf. «La filosofía de Santo Tomás».

humanas, ninguna como la filosofía debe mantener relaciones más íntimas con la sagrada teología ni necesita tanto de su apoyo, á fin de enseñar siempre la verdad y suministrar principios seguros á las otras ciencias que le están subordinadas.

«El Renacimiento», dice Moigno¹, «fué el padre legítimo de la filosofía moderna. Los dos grandes sistemas filosóficos de la antigüedad, el idealismo de Platón y el empirismo de Aristóteles, se dividieron las escuelas desde su aurora; y el espíritu pagano hizo tantas y tan rápidas conquistas, que antes de haber transcurrido un siglo se habría podido aplicar á casi todos los filósofos aquel dicho de Cicerón: *No hay absurdo que no haya sido enseñado por algún filósofo*. Desde principios del siglo XVII, Descartes, partidario de la enseñanza pagana, talento independiente y novador atrevido, dió por única base á la filosofía la autoridad de la razón individual, el derecho de examinar y juzgar todas las doctrinas; lo que equivalía á invitar á los filósofos á que se hiciesen protestantes en filosofía, como Lutero había invitado á los cristianos á que se hiciesen protestantes en religión.»

Alejados de la lumbre de la fe, se precipitaron los filósofos modernos en los más lamentables errores. Locke sostuvo que la sensación es el único origen de todas las ideas; Condillac inventó el hombre estatua y Gall la frenología; Cabanis aseguró que los nervios son la causa del pensamiento; Destutt de Tracy elevó el materialismo de Cabanis á la categoría de doctrina metafísica; Volney hizo del mismo error el catecismo de la moral pública y privada, y Darwin explicó el origen de las especies por el principio de la *selección natural*, deduciendo de ésta la afinidad fisiológica y la comunidad de origen de todos los seres vivos².

La razón, ó, mejor dicho, la filosofía, en presencia de la fe, se ha presentado bajo dos formas en el siglo XIX, dice el Padre Didon: en sus comienzos adoptó la forma racionalista y metafísica, y en los últimos años la forma científica y experimental. La filosofía sensualista del siglo XVIII, represen-

¹ «Los esplendores de la fe».

² Cf. Moigno l. c. y Serrano, Diccionario Universal.

tada por Maillet, Helvecio, D'Holbach y La Mettrie, fué rechazada y vencida por Royer-Collard, Maine de Biran, Gerardo, Cousin, Jouffroy y otros filósofos más, que son los maestros del espiritualismo francés en el siglo pasado. Aunque racionalistas, se abstienen estos últimos filósofos de penetrar en el terreno de la fe, y en vez de elevarse hasta ella, «la consideraron como un misticismo, sublime en verdad, pero humano; persuadidos de que todos los dogmas que enseña la fe, podía la razón conocerlos á su manera, probarlos y dárles un sentido racional». Ciertamente, en el fondo, equivale esto á negar la Revelación y la misión divina de la Iglesia; pero, en todo caso, la filosofía espiritualista aceptaba la metafísica, en especial, la psicología. «Paralelamente á este retorno teórico hacia la sana doctrina espiritualista, se producía otro, de orden estético y sentimental, que conducía á la eterna belleza, antes que á la verdad absoluta. Tal fué el despertar de la poesía cristiana en las obras de la Harpe, de Fontanes, de Chateaubriand; el renacimiento de la delicadeza y dulzura de alma en los *Pensamientos* de Joubert... El *Género del Cristianismo* avivó en muchos espíritus los sentimientos de amor y respeto á Dios y á su Revelación, á Jesucristo y á su Iglesia, que son los preliminares de la fe.»¹

En el campo del error se cae de abismo en abismo: en contra del espiritualismo surgió la escuela materialista, que, fascinada por lo sensible, sólo habla de fisiología. A la ciencia metafísica, que estudia lo inmaterial é invisible y se eleva á las causas, se opuso la ciencia experimental que entiende en lo visible, en lo que se ve, se pesa y se mide; en una palabra, en los fenómenos. Y así como el espiritualismo racionalista se erigió en enemigo de la Revelación y de la fe, el *experimentalismo* se declaró adversario resuelto del espiritualismo metafísico. Los racionalistas, llenos de soberbia, dicen: ¡Nada de revelación que supere á la razón! Los partidarios del experimentalismo exclaman: ¡Nada de metafísica, que supere á la experiencia! Los primeros aceptan por lo

¹ Didot l. c.

menos las verdades que conoce la razón; los segundos sólo aceptan lo que cae bajo el dominio de los sentidos.

La materia lo es todo para el experimentalista; fuera de ella nada hay posible ni existente; y como el alma humana, las nociones de moral, de justicia y responsabilidad, la existencia de un mundo superior no pueden verse, ni comprobarse su realidad, mediante reacciones químicas ó el escalpelo del cirujano; el materialismo rechaza cuanto no está sometido al examen de la experiencia, con lo que rebaja al hombre á la condición de la bestia, niega la moralidad de las acciones, la diferencia entre el bien y el mal, y echa por tierra el orden religioso y social.

El *positivismo*, á su vez, sostiene sin fundamento alguno, que hay oposición entre *ver* y *crear*, entre la ciencia que *experimenta* los fenómenos y la *fe* que *contempla* la primera causa. «Para él, el único objeto de la ciencia es el conocimiento de las manifestaciones del mundo físico, de sus leyes y en parte, al menos, de las del mundo moral. En cuanto al método, admite puramente la investigación experimental y sensible; por lo que puede decirse que el positivismo entraña dos negaciones radicales, al lado de dos afirmaciones no menos absolutas, á saber: 1.^a, la negación de la cognoscibilidad de las substancias y las causas, al lado de la afirmación de la cognoscibilidad de los fenómenos y sus leyes; 2.^a, la exclusión de todo método racional y de sus resultados en el orden intelectual, al lado de la afirmación del valor exclusivo del método experimental.

«El *monismo* va más adelante. No sólo relega, como el positivismo, al mundo de lo desconocido é incognoscible, las cuestiones relativas á las causas y substancias, y á los destinos del mundo y del hombre, sino que niega su existencia. Las substancias y las causas, según él, no existen en realidad, y sus conceptos son ilusiones del espíritu. La realidad cósmica se compone únicamente de fenómenos y leyes que el hombre conoce por medio de la experiencia. Estas leyes son necesarias, y por tanto el Universo está sujeto á un determinismo general y absoluto.»²

² Card. Gonalvis l. c.

Como los errores tienen afinidad y se auxilian entre sí, el positivismo conduce lógicamente al monismo, al materialismo, al escepticismo y al ateísmo, es decir, á la negación de Dios, del alma y sus futuros destinos. Queda el hombre, pero *bestializado*, «especie de *perro sabio*», según la frase de un escritor, «que sabe mirar, contar, clasificar, acordarse de lo pasado y perpetuarse... pero que ignora de dónde procede y adónde va...» y que, encorvado hacia la tierra busca lazos de parentesco con el animal, en vez de erguirse y elevarse para descubrir en el Infinito los títulos de su filiación divina».

En resumen, cuatro son los grandes sistemas ideados, ó mejor dicho, resucitados en nuestros tiempos por los filósofos enemigos de Dios. El escepticismo, que, al negar la existencia de la verdad ó la posibilidad de conocerla, aun cuando exista, anula la razón y rechaza por completo el orden sobrenatural; el panteísmo, que confunde á Dios con la naturaleza; el materialismo, que admite como única substancia la materia y niega la espiritualidad del alma, la causa primera y el orden metafísico; y el positivismo, que sólo acepta el método experimental y desconoce lo absoluto y universal. Pero, como el error carece de inventiva é insiste de ordinario en las mismas aberraciones, la filosofía heterodoxa de nuestros tiempos ha hecho sólo revivir, bajo nuevas formas y matices, los sistemas absurdos de las escuelas paganas, ya victoriosamente refutados por los apologistas y doctores de los primeros siglos de la Iglesia¹.

A pesar de los extravíos de la filosofía contemporánea, no ha llegado ni llegará á caer en el abismo en que se precipitó la filosofía pagana. Esto nace, como lo nota Balmes², de que «los filósofos antiguos marchaban en tinieblas, á tientas, mientras que los modernos caminan precedidos de la brillante luz del evangelio, con paso firme y seguro, en de rechuera al objeto. No importa que digan á menudo que prescinden de la Revelación; no importa que á veces la miren con desvío, ó quizás la combatan abiertamente: aun en este

caso la religión los alumbró y guió con frecuencia sus pasos, porque no pueden olvidar mil y mil ideas luminosas tomadas de la religión, ideas que han encontrado en los libros, aprendido en los catecismos, chupado con la leche; ideas que andan en boca de todos, que se han esparcido por todas partes, y que, como un elemento vivificante y benéfico, impregnan, por decirlo así, la atmósfera que respiramos. Cuando los filósofos modernos desechan la religión, llevan muy allá su ingratitud, porque, al propio tiempo que la insultan, se aprovechan de sus beneficios.»

«La situación de la filosofía es por extremo compleja y difícil en la actualidad», dice el cardenal González³, «y es también problemática con respecto al porvenir; porque es muy violento el choque de principios, de doctrinas y métodos que se agitan en el fondo. De un lado, la invasión creciente y amenazadora de las escuelas y métodos positivistas, parece en vísperas de triunfar definitivamente de la metafísica y de sus métodos, envolviendo en sus ruinas y arrastrando en su caída á la moral, al derecho y á la ciencia político-social. De otro lado y en otro terreno, nos encontramos en presencia de esa lucha sorda, implacable, siempre antigua y siempre nueva, entre el monismo ideal y absorbente del panteísmo, el monismo cósmico del positivismo materialista, y el teísmo personal y trascendente del espiritualismo cristiano. A pesar de la lucha constante y encarnizada del positivismo contra la metafísica, abrigamos la convicción de que ésta no perecerá, porque no puede perecer una ciencia que es en cierto modo una fase necesaria, como un atributo inseparable de la razón humana en sus relaciones fundamentales con Dios y con el Universo, y que constituye la gloria de Platón y de Aristóteles, de San Agustín y de Santo Tomás de Aquino, de Leibnitz, Kant y Hegel... La fuerza de la batalla está hoy entre el monismo cósmico del materialismo y el teísmo personal del cristianismo.... La victoria del teísmo cristiano en el orden filosófico se halla íntimamente ligada con la victoria de la Iglesia católica en el orden religioso y social. Si á través

¹ Cf. P. Didone l. c.² «El protestantismo».³ L. c.

del movimiento providencial de la historia, llega un día en que se verifique en las naciones civilizadas una completa restauración cristiana, ese gran movimiento será preparado y seguido, será desenvuelto y afirmado mediante la restauración del teísmo católico. Cuando llegue ese día feliz y deseado, reconocerán los hombres y los pueblos que el reinado social de Dios y de su Verbo lleva consigo el reinado de la fraternidad verdadera, y de la justicia, del derecho y de la caridad. La cruz de Jesucristo representará entonces el árbol de la ciencia y el árbol de la vida; y la humanidad, escarmentada, agradecida y regenerada, ya no hablará palabras de blasfemia, sino palabras de bendición y de acción de gracias; y sobre el corazón del hombre, y sobre el árbol de la cruz, y sobre la catedral del sabio, y sobre la asamblea del pueblo, y sobre el trono del monarca, aparecerá escrito el lema de la victoria del Hijo de Dios: *Christus vincit, Christus regnat, Christus imperat!*¹

Tanto por los intereses de la filosofía, como por las relaciones que tiene con la fe, la Iglesia ha promovido siempre su adelanto, recomendado su estudio y reprobado, no sólo los errores manifiestos, como el panteísmo, el materialismo, el racionalismo, el escepticismo, etc., sino también los que han pretendido disrazarse con el manto de la verdad. Prueba de esto son la condenación del tradicionalismo de Bonnetty, del ontologismo de Baudry, del racionalismo teológico de Guenther y de Frohschammer, así como de la tendencia de algunos filósofos italianos de mezclar el cartesianismo con la doctrina tomista, y el empeño de ciertos profesores de Lovaina de enaltecer el eclecticismo de Malebranche, Kant, Schelling. En el *Syllabus*, sobre todo, han sido condenados los errores filosóficos, bajo todas sus formas y matices.

Durante el siglo XIX, la filosofía ha sido cultivada por muchos católicos distinguidos, que han detenido con sus escritos y enseñanza los avances de la filosofía heterodoxa. José de Maistre, Bonald, Lamennais (mientras permaneció en la Iglesia), el cardenal de la Luzerna, Frayssinous,

¹ Cf. *Dictionnaire* l. c.

Mons. Maret, Augusto Nicolás, Mons. Rosset, Sauvé, Grand-claude, en Francia; Kleutgen, Steckl, en Alemania; Tapparelli, Sanseverino, Signoriello, Liberatore, en Italia; Balmes, Donoso Cortés, el cardenal González, en España, son honra y prez de la filosofía católica.

6. Método para estudiar con provecho la filosofía.—Siendo la filosofía de suma importancia en sí misma, y sirviendo además de guía y como de base á las otras ciencias, es natural decir algo acerca del mejor modo de estudiarla. Si en todo se necesita orden y método, mucho más en la filosofía, que dicta leyes á la inteligencia para su debido ejercicio. Es preciso, ante todo, amar la filosofía y estimarla en lo que se merece, á fin de darle lugar preferente en las labores intelectuales; pues sabido es que cada cual va en busca de lo que apetece.

Para proceder con método, es preciso empezar el estudio de la filosofía por un buen compendio, á fin de conocer primero sus principios fundamentales y tener á la vista las verdades más importantes que enseña. Y, como en esta ciencia, más que en otras, han hecho grandes estragos el error y el sofisma, es indispensable elegir, para el estudio elemental, un autor de doctrina sana, que concilie los derechos de la razón con los de la fe; que enseñe la verdadera moral; que no se halle, en una palabra, en pugna con la doctrina católica, única exenta de error.

Una vez adquiridas nociones sólidas y exactas, conviene estudiar las obras más latas y profundas de los filósofos cristianos, en especial escolásticos, sin prescindir de los mejores filósofos paganos, teniendo cuidado de leer sus escritos con los análisis y comentarios que de ellos han hecho los autores católicos, á fin de distinguir lo verdadero de lo falso, lo bueno de lo malo.

Asimismo aprovecha mucho profundizar algunos puntos más importantes, estudiarlos sucesivamente y seguir el enlace que guardan entre sí. Conviene empezar por las leyes del raciocinio, en la lógica, y continuar después con la metafísica, la ética y el derecho natural. Se ha de procurar adquirir ideas exactas acerca de Dios, del hombre y del mundo

físico, para la acertada solución de las muchas é interesantes cuestiones que á ellos se refieren. Por último, es siempre útil tener buenos libros y maestros competentes á quienes consultar, en los puntos difíciles y controvertidos.

Terminaré este capítulo con las siguientes expresivas frases de Mons. Dupanloup, escritas para nuestros días¹: «No hay en mí alma bastante energía, ni en mi palabra bastante eficacia para manifestar cuán triste impresión me causa la vista de esa muchedumbre de hombres desprovistos de buenos estudios filosóficos, especialmente en las elevadas regiones de la sociedad; ¿Qué vacío en sus espíritus, qué desdicha en su vida! Conozco á algunos de ellos que, por esta causa, serán siempre inferiores á sí mismos, y siempre estarán por debajo de sus destinos, sin poder nunca prestar, ni á su país, ni á sus familias, los servicios que habrían podido hacerles con una educación filosófica, profunda, cristiana y completa.»

CAPÍTULO DUODÉCIMO.

LA HISTORIA.

1. Qué es la historia; utilidad de su estudio. — 2. Lugar preferente que ocupa entre los conocimientos humanos. — 3. Cualidades intrínsecas de la historia. — 4. Fin de la historia. — 5. Varios sistemas para escribir ó estudiar la historia. — 6. Cómo debe considerarse á la humanidad en la historia. — 7. Importancia del espíritu filosófico en la historia. — 8. Historia, profana, y eclesiástica; importancia de la última. — 9. Ataques dirigidos á la Iglesia por ciertos historiadores. — 10. Palabras de León XIII acerca de la historia.

1. Qué es la historia; utilidad de su estudio. —

La historia, según la definió Cervantes, es madre de la verdad, equiva del tiempo, depósito de las acciones, testigo de lo pasado, ejemplo y aviso de lo presente, advertencia de lo porvenir. Bossuet la llama maestra de la vida humana y guía prudente de los negocios, y otro autor la califica de ciencia de la vida de los pueblos.

¹ Cartas sobre educación intelectual.

Como la sociedad es natural al hombre, siente éste vivo deseo de tratar y comunicarse, no sólo con sus contemporáneos, sino también con las generaciones pasadas, y todo esto lo obtiene por medio de la historia, que nos presenta el cuadro completo de la vida de la humanidad; nos refiere su origen y vicisitudes, sus adelantos y retrocesos, sus triunfos y miserias; nos hace asistir á las gloriosas escenas que se han verificado en todo tiempo en el mundo; hace desfilar ante nosotros á los grandes genios de todas las edades; nos muestra en acción al linaje humano, desde que pobló la tierra; recompone y anima, por decirlo así, los hechos pasados, para que los veamos casi como presentes. Con justicia dice Cicerón que ignorar lo acontecido antes de nuestro nacimiento, es permanecer siempre niños; y Pascal afirma que la humanidad es un hombre que vive siempre y aprende sin cesar.

De la definición de la historia se deduce la utilidad de su estudio. En efecto, si el hombre no vive aislado en el mundo; si no es como la nube barrida por el viento, ó como el átomo de polvo que se pierde en el espacio; si, por el contrario, es un ser inteligente y libre, rey de la creación y árbitro de sus destinos; si, por humilde que sea su condición, deja en el mundo huellas de su existencia; si cada hombre tiene una misión que cumplir, y sus hechos forman parte de los anales que, día por día, se van acumulando para transmitirlos á la posteridad; si cada cual es actor y espectador en el grandioso drama que representa la humanidad en el mundo; no cabe duda de que la historia es sobranteramente útil á la cultura del espíritu, y que debe ser estudiada con empeño por cuantos aspiren á ocupar puesto distinguido en la república de las letras.

Si es verdad, como dice Bossuet, que el hombre encuentra su placer en el hombre, es claro que debe interesarle conocer cuanto aquel ha hecho, dicho y pensado sobre la tierra. «De allí nace el contento que experimentamos en una conversación agradable, en comunicarnos por medio de la palabra, oral ó escrita..., en juntarnos, en fin, con nuestros semejantes. Ahora bien, la historia es la más grata y útil de

físico, para la acertada solución de las muchas é interesantes cuestiones que á ellos se refieren. Por último, es siempre útil tener buenos libros y maestros competentes á quienes consultar, en los puntos difíciles y controvertidos.

Terminaré este capítulo con las siguientes expresivas frases de Mons. Dupanloup, escritas para nuestros días¹: «No hay en mí alma bastante energía, ni en mi palabra bastante eficacia para manifestar cuán triste impresión me causa la vista de esa muchedumbre de hombres desprovistos de buenos estudios filosóficos, especialmente en las elevadas regiones de la sociedad; ¿Qué vacío en sus espíritus, qué desdicha en su vida! Conozco á algunos de ellos que, por esta causa, serán siempre inferiores á sí mismos, y siempre estarán por debajo de sus destinos, sin poder nunca prestar, ni á su país, ni á sus familias, los servicios que habrían podido hacerles con una educación filosófica, profunda, cristiana y completa.»

CAPÍTULO DUODÉCIMO.

LA HISTORIA.

1. Qué es la historia; utilidad de su estudio. — 2. Lugar preferente que ocupa entre los conocimientos humanos. — 3. Cualidades intrínsecas de la historia. — 4. Fin de la historia. — 5. Varios sistemas para escribir ó estudiar la historia. — 6. Cómo debe considerarse á la humanidad en la historia. — 7. Importancia del espíritu filosófico en la historia. — 8. Historia, profana, y eclesiástica; importancia de la última. — 9. Ataques dirigidos á la Iglesia por ciertos historiadores. — 10. Palabras de León XIII acerca de la historia.

1. Qué es la historia; utilidad de su estudio. —

La historia, según la definió Cervantes, es madre de la verdad, equiva del tiempo, depósito de las acciones, testigo de lo pasado, ejemplo y aviso de lo presente, advertencia de lo porvenir. Bossuet la llama maestra de la vida humana y guía prudente de los negocios, y otro autor la califica de ciencia de la vida de los pueblos.

¹ Cartas sobre educación intelectual.

Como la sociedad es natural al hombre, siente éste vivo deseo de tratar y comunicarse, no sólo con sus contemporáneos, sino también con las generaciones pasadas, y todo esto lo obtiene por medio de la historia, que nos presenta el cuadro completo de la vida de la humanidad; nos refiere su origen y vicisitudes, sus adelantos y retrocesos, sus triunfos y miserias; nos hace asistir á las gloriosas escenas que se han verificado en todo tiempo en el mundo; hace desfilar ante nosotros á los grandes genios de todas las edades; nos muestra en acción al linaje humano, desde que pobló la tierra; recompone y anima, por decirlo así, los hechos pasados, para que los veamos casi como presentes. Con justicia dice Cicerón que ignorar lo acontecido antes de nuestro nacimiento, es permanecer siempre niños; y Pascal afirma que la humanidad es un hombre que vive siempre y aprende sin cesar.

De la definición de la historia se deduce la utilidad de su estudio. En efecto, si el hombre no vive aislado en el mundo; si no es como la nube barrida por el viento, ó como el átomo de polvo que se pierde en el espacio; si, por el contrario, es un ser inteligente y libre, rey de la creación y árbitro de sus destinos; si, por humilde que sea su condición, deja en el mundo huellas de su existencia; si cada hombre tiene una misión que cumplir, y sus hechos forman parte de los anales que, día por día, se van acumulando para transmitirlos á la posteridad; si cada cual es actor y espectador en el grandioso drama que representa la humanidad en el mundo; no cabe duda de que la historia es sobranteramente útil á la cultura del espíritu, y que debe ser estudiada con empeño por cuantos aspiren á ocupar puesto distinguido en la república de las letras.

Si es verdad, como dice Bossuet, que el hombre encuentra su placer en el hombre, es claro que debe interesarle conocer cuanto aquel ha hecho, dicho y pensado sobre la tierra. «De allí nace el contento que experimentamos en una conversación agradable, en comunicarnos por medio de la palabra, oral ó escrita..., en juntarnos, en fin, con nuestros semejantes. Ahora bien, la historia es la más grata y útil de

las conversaciones, la comunicación con los espíritus más distinguidos... Este placer está exento de peligro, ó mejor dicho, es saludable; porque, con la mirada fija en todos los siglos, la historia es el verdadero estudio de la sabiduría.¹

2. Lugar preferente que ocupa la historia entre los conocimientos humanos.—Como contiene la historia el relato de los hechos grandiosos de la humanidad y de cuanto notable ha acaecido en el mundo en el orden físico, intelectual y moral, debe ser cultivada con esmero por los jóvenes, para influir eficazmente en su formación científica y literaria. «La historia es, en cierto modo, una escuela de aplicación de la filosofía, en especial de las ciencias morales. Ella nos muestra al alma humana revelándose, al través de los siglos y de los países, por medio de la palabra y de la acción. Ella agranda el círculo de observación psicológica, moral, política y social. La psicología encuentra, en efecto, en la historia realizadas sus observaciones ó reflexiones personales; la moral ve en ella la sanción natural de los actos, aplicada ya á los individuos, ya á las naciones por el libre ejercicio de la voluntad humana y de las instituciones sociales; la historia pone en relieve el papel preponderante de la voluntad como causa de los hechos acaecidos, y por este medio manifiesta el poder del hombre, sea para el bien, sea para el mal; ella comprueba la permanencia é identidad de las leyes del mundo moral, aun cuando se cumplan en circunstancias y medios diferentes: por lo que los mismos errores y faltas causan de ordinario en los hombres y en los pueblos la misma decadencia; é iguales esfuerzos y virtudes producen en ellos una prosperidad más ó menos semejante.

«El conocimiento de la historia es necesario al político, al sociólogo, al jurisconsulto. ¿Cómo gobernar sabiamente un país sin conocer su historia, es decir, su temperamento, su carácter, sus ideas, el conjunto tan complejo de hechos y de causas que hacen de él lo que es, y que permiten conocer lo que será en lo venidero?

¹ *Monfut*, L'éducation chrétienne.

«La historia nos hace contemporáneos de todas las edades, conciuadanos de todos los pueblos, y nos da mucha experiencia en poco tiempo, porque no cambia el fondo de la naturaleza humana. La historia es para los pueblos lo que la conciencia para los individuos; por su medio adquieren aquellos conciencia de sí mismos, de la unidad y continuidad de su existencia; por ella conocen sus títulos de propiedad, su patrimonio de glorias y reveses, sus cualidades y defectos, las leyes de su desarrollo regular, la orientación de su vida de pueblo; por la historia, en fin, pueden proceder para el porvenir con la suma de precauciones y de probabilidades compatibles con la libertad humana.²

El estudio de la historia es muy útil, no sólo á las personas que, por su posición, deben conocerla, como son los aspirantes á la vida política, á la diplomacia, á ocupar puestos en la magistratura, en el foro, en la prensa; sino á cuantos desean simplemente saber lo que pasa en el mundo, é informarse de las necesidades y tendencias de su época. «La historia no es únicamente una lectura instructiva, llena de graves y útiles enseñanzas; es también una lectura recreativa y curiosísima, y tan variada que su interés se renueva á cada instante. Porque el presente tiene sus raíces en el pasado; un siglo es como los siglos que le han precedido; una generación hereda el bien y el mal transmitidos por las generaciones anteriores; las instituciones que se desarrollan ó mueren, deben su vida ó ruina á los hechos que las han precedido. En una palabra, una ley de *solidaridad* englaza á todas las edades, y la historia es una tela no interrumpida en que los hilos que van á hacer la trama de mañana, se anudan á los que hicieron la trama de ayer.³

Por esto, no hay pueblo, medianamente civilizado, que no tenga su historia ó por lo menos su crónica, y que no recuerde las hazañas de sus héroes, para ensalzarlas, ó los crímenes de los perversos, para estigmatizarlos. Es inculcable la utilidad que se saca de la historia, cuando ésta reúne las

¹ *Éléments de philosophie*, por R. F.

² *Mons. Dupanloup* l. c.

cualidades debidas y es estudiada con reflexión y aprovechamiento. El espectáculo de las grandezas y miserias humanas, que forman el tejido de la historia, es una severa lección para los que se dan cuenta de su glorioso destino y desean cumplirlo. En este cuadro vastísimo, palpa el hombre, por decirlo así, la decadencia y ruina en que se han sumido los individuos y los pueblos dominados por el error y el vicio, así como la gloria y prosperidad que han obtenido los que han sido guiados por la verdad y la virtud, cumpliéndose al pie de la letra la divina máxima, de que *la justicia engrandece á los pueblos y el crimen los hace desgraciados*¹.

¿Qué otra cosa es la historia sino el gran receptáculo de la experiencia universal, en que contemplamos los acontecimientos felices ó desgraciados y las causas que los producen, cuya responsabilidad corresponde, en último análisis, á la libertad humana, sujeta á constantes alternativas? ¿Cuántas enseñanzas brotan de este conjunto de sucesos que la historia ordena y clasifica; de esos choques de las pasiones humanas que rugen y se desencadenan, sin que el invisible pero poderoso freno de Dios llegue á romperlas! Con un poco de cálculo, de elevación y rectitud, es fácil á la razón, agrupando con madurez sus observaciones, juzgarlas con provecho y deducir otras tantas reglas experimentales, aplicables por analogía á los diferentes casos que se presentan, y levantar de este modo otras tantas bases sólidas de deducción para prever y disponer lo venidero.²

Por esto, la historia es indispensable para la completa formación de la juventud. Ella presenta á sus ojos horizontes ilimitados; le hace traspasar los estrechos lindes del país natal, para ponerle en comunicación con las generaciones pasadas y con la presente; infunde en el joven hábitos de reflexión, le acostumbra á respetar las acciones gloriosas y le estimula á imitarlas. «Yo miro la historia», dice Kollin³, «como el primer maestro que se debe dar al niño, por ser ella á propósito para entretenerle, instruirle, formar el espíritu

y el corazón, y enriquecer la memoria con un sinnúmero de hechos tan agradables como útiles. Ella contribuye poderosamente, por el atractivo que en sí tiene, á excitar la curiosidad de esa edad ávida de aprender, y le infunde gusto por el estudio. Así que, en materia de educación, es un principio fundamental y comprobado en todo tiempo, que el estudio de la historia debe preceder á los demás, y prepararles el camino.»

3. **Cualidades intrínsecas de la historia.**—Como todos los conocimientos humanos, la historia debe tener ciertas cualidades y someterse á determinadas reglas, para llenar su objeto.

La primera y más importante cualidad de la historia es la *veracidad*. Esto se deduce del fin que se propone. Conteniendo, en efecto, la historia, la narración de los hechos notables de la humanidad y de cuanto glorioso é instructivo ha acaecido en el mundo, es indispensable que dicha relación sea fiel y verídica; pues en caso contrario, enganar á los hombres y falsear los sucesos, causando grave detrimento á los lectores. Por esto dijo Polibio que, así como no hay regla sin rectitud, tampoco hay historia sin verdad.

El historiador no puede, por tanto, inventar hechos ni dejarse dominar de la imaginación para abultar los acontecimientos ó para tejerlos á su modo. Debe referir las cosas como han pasado, según la mayor y menor certidumbre que de ellas tenga. «La historia se mueve en una esfera cuya circunferencia ha sido trazada por Dios, y su primera obligación es reconocerlo y respetarlo. Las cosas que Dios ha hecho ó permitido y que han recibido el sello del tiempo, deben ser investigadas concienzudamente, para, después de encontradas, referirlas con fidelidad. Esto no quiere decir que el historiador haya de permanecer indiferente ante los hechos. No le está prohibido, sino antes bien recomendado, expresar sentimientos de dolor é indignación cuando la verdad es oprimida y la virtud ultrajada, y deducir de estos juicios los atinados consejos que dicta la prudencia. Este es el principal deber de la historia, ésta su misión y utilidad; y solo así viene á ser práctica, viene á inspirarse en la moral,

¹ Prov. XIV, 34.² *Monfat* L. c.³ *Traité des études*, citado por *Monfat*.

en la política y en el derecho, á los que presta un auxilio importantísimo.»¹

Por esto, la crítica moderna, por boca de Balmes, aconseja aceptar como más veraces á los historiadores contemporáneos ó más próximos á los sucesos que relatan; preferir los que se apoyan en testigos oculares á los que citan é invocan testigos que sólo lo son de oídas; desechar, por regla general, los escritos anónimos, así como las obras póstumas que han pasado por manos poco seguras ó desconocidas; no admitir, en fin, relatos novelescos ni introducidos con el intento de llenar únicamente la falta de hechos ciertos.

«Cualesquiera que sean los destinos futuros de la historia, puede ella alegrarse por el lugar que ocupa entre las ciencias humanas», dice Mons. Duchesne.² «La grande estima de que goza, la debe á la extensión y profundidad de sus trabajos, como también á la sinceridad general de sus exposiciones. Mas que en ningún otro tiempo, la historia, á lo menos en conjunto, ha observado en nuestro siglo este principio fundamental: *Ne quid falsi dicere audeat, ne quid veri non audeat*, principio á menudo proclamado, pero, como tantos otros, no siempre respetado. Mientras mejor lo observe, será ella más útil y digna, á lo menos entre las personas cuyo aprecio importa.»

La segunda cualidad intrínseca de la historia es la *imparcialidad* con la *sinceridad*. El que se dedica á la noble tarea de historiador no se ha de guiar de preocupaciones ó prejuicios; no ha de tener ideas preconcebidas, ni partido ó sistema especial; porque en este caso narrará los acontecimientos según las ideas que le dominen ó que pretenda hacer triunfar, sin conformarse á la realidad ni menos buscar la verdad, que es siempre sincera.

Tengase en cuenta que la *imparcialidad* no es lo mismo que la *sinceridad*. «La primera se propone la esmerada investigación de los hechos y el estudio concienzudo de ellos, y la segunda gobierna la composición y la enseñanza; pero ambas se inspiran en un sólo móvil moral, la *probidad*, que

¹ *Monfat* l. c.

² Un siècle: L'histoire.

no quiere ni para sí ni para otros sino la verdad.»¹ ¡Ah! ¡y cuán rara es esta prenda en nuestros tiempos! Por lo que el conde de Maistre afirma que, sobre todo desde hace tres siglos, la historia es una perenne conspiración contra la verdad. «Es increíble», afirma León XIII, «el daño que causa el convertir la historia en esclava de un partido ó en juguete de las pasiones instables de los hombres. Ella no será entonces la *maestra de la vida* y la *amorcha de la verdad*, como con justicia la llamaron los antiguos, sino que halagará los vicios, favorecerá la corrupción, especialmente de la juventud, cuyo espíritu llenará de opiniones insensatas y la alejará de las costumbres honestas; porque la historia impresiona mucho el alma ardiente de los jóvenes.... Una vez introducido el veneno desde los tiernos años, es difícil y casi imposible remediar el mal; porque hay poca esperanza de que con la edad adquieran un juicio más recto desaprobando lo que ántes aprendieron, tanto más cuanto que pocos se dedican á estudiar la historia con madurez y á fondo; y que, en una edad más avanzada, el comercio de la vida ofrece acaso más ocasiones de confirmar que de corregir los errores.»²

Otra de las cualidades substanciales de la historia es el *amor á la moral* y *á la virtud*. En efecto, el historiador no debe limitarse á relatar los acontecimientos, sino extenderse á deducir de ellos reflexiones y consecuencias que sirvan al hombre de saludable lección y de norma de conducta en sus actos. Del choque mismo de las pasiones humanas,

¹ *Monfat* l. c.

² «Vix crepulo est, quam si capitale, nullum historie familiaris servitium parum studii et variis hominum cupiditatibus. Futura quippe est, non magistra vite neque lux veritatis, qualem esse oportere veteres iure dixerunt, sed vitiorum assentatrix et ministra corruptela: idque presertim hominibus adolescentibus, quorum et mentes opinionum impletis insanis, et animos ab honestate modestieque deflectit. Percussit enim historia magnis illecebris propterea se servile invenit ingenia.... Itaque huius semel a teneris annis veneno, vix, aut ne vix quidem, ratio quaeretur remedi. Neque enim illa est satis vera spes, futurum ut ætate sapient rectius, deducendo quod ab initio didicerint; propterea quod ad historiam penitus et considerate pertractandam pauci sese dedunt, maturiore autem ætate, in consuetudine vite quotidiana plures fortasse offendant confirmandis quam corrigendis erroribus loci. (Breve *Sepanemur* considerandi, d. d. 18 Aug. 1883).

de la lucha incesante entre el bien y el mal, entre la virtud y el vicio, entre la arrogancia del mundo y la humildad cristiana, se ha de servir para inculcar los principios de eterna justicia grabados por Dios en nuestro corazón, y manifestar, con la lógica de los hechos, que sólo son felices los hombres y los pueblos que se inspiran en las leyes de la moral y practican la virtud. Ha de procurar, en fin, desenvolver en los lectores, no sólo la *razón especulativa*, que generaliza, compara, deduce y clasifica los hechos, sino también la *razón práctica*, que perfecciona la prudencia y la pone en estado de gobernar debidamente los asuntos de la vida.

4. **Fin de la historia.**—De las cualidades intrínsecas de la historia resulta que tiene una noble misión que cumplir, á saber: enaltecer la verdad y el bien, y estimular á los pueblos á la práctica de las virtudes morales y religiosas, que han sido y serán en todo tiempo germen fecundo de las acciones más laudables. La historia es una *alta enseñanza*, y toda enseñanza se propone el perfeccionamiento del hombre, que sólo se obtiene mediante la observancia de la ley divina. Así lo comprendieron aún los escritores paganos. Que el historiador, dice Dionisio de Halicarnaso, indague la vida de los hombres que sobresalen por su fama ó sus hechos, y manifieste si aquella ha sido virtuosa y arreglada, y si han respetado las costumbres é instituciones de sus mayores. Lo que sobre todo es saludable y fructuoso en el conocimiento de los sucesos, afirma Tito Livio, es el contemplar expuestas en notables escritos enseñanzas de toda clase. Encuéntrese allí lo que cada uno debe imitar en sí mismo y en el gobierno de los otros; lo que es glorioso emprender y lo que es preciso evitar. El principal deber de la historia es, á juicio de Tácito, no dejar las virtudes en el silencio, é inspirar á las palabras y acciones perversas el temor que proviene del deshonor y del juicio de la posteridad.¹

Por esto, los historiadores cristianos, al decir de San Agustín, deben referir los hechos fielmente y para utilidad de los demás; esto es, con el fin de estimularlos á la práctica de

¹ Cf. *Monfat* I. c.

la virtud y al amor del bien; y Bossuet asegura que se reduciría á una vana curiosidad el estudio de la historia, si se limitara á una simple narración, *sin sacar ningún ejemplo útil para la vida humana*. De la consideración de las cosas terrenas, de las miserias del hombre, de los extravíos y errores de los pueblos, el espíritu ha de elevarse á lo alto, á las cosas eternas é inmutables, en una palabra, á Dios, cuya mano invisible ordena los sucesos humanos al triunfo definitivo de la verdad y de la virtud, no obstante la tenaz persecución que padecen entrambas en el mundo y las nubes con que se pretende ocultar su brillo, para que no sean conocidas ni amadas por los hombres.

Entendida de esta manera la labor del historiador, desempeña éste una alta misión, un hermoso apostolado que contribuye mucho á alicecionar á la humanidad, «cuyo destino es progresar padeciendo y caminar fatigosamente en pos de la adquisición de la verdad. Pero no debe olvidarse que se ha de presentar al hombre en escena según el aspecto bueno ó en camino de serlo, conduciéndonos tras de él en la lucha con el mal, hasta la cima de la virtud. Que se nos muestre al hombre, no sólo ganando grandes batallas á fuerza de genio y de bravura, y extendiendo las fronteras de su país; no sólo presidiendo esas fiestas brillantes cuyos cuadros hacen soñar con un falso porvenir á los jóvenes, y embriagándose con una gloria, á la que de ordinario sigue y devora el placer, vergonzoso castigo del orgullo; no tan sólo impulsando las artes, dictando leyes sabias y haciendo reinar en torno suyo la paz y la prosperidad; sino que se nos le muestre temeroso de Dios, amante de los hombres, celoso de la verdad y el bien, sea cual fuere su celebridad.¹ «Si el mundo vale algo», ha dicho Charaux, «es por las grandes almas de los ciudadanos, de los poetas y oradores, formados en la escuela de la verdadera *sabiduría*, que ilumina al hombre para hacerlo mejor, que no separa la cultura del corazón de la del espíritu, ni las teorías sobre la virtud de la práctica de la virtud: *Virtutis enim laus omnis in actione*»

¹ *Canli*, Discurso sobre la Historia Universal.

est, dijo Cicerón. Si estas grandes almas son la riqueza del mundo, que sean también en buen hora el principal objeto del estudio de la historia.³

5. Varios sistemas para escribir ó estudiar la historia.—Las creencias y principios que profesa el hombre influyen eficazmente en la manera de estudiar ó componer la historia, y por eso se ha dicho que el mejor sistema para escribir la historia es no tener ninguno; lo cual debe entenderse en el sentido de que el historiador no ha de tener ideas preconcebidas ni apreciar los hechos tras el prisma de la preocupación ó el engaño: su misión, lo repito, es narrar fiel é imparcialmente los hechos, y rendir culto á la verdad y al bien.

Es incalculable el influjo que las creencias religiosas ejercen en el ánimo del historiador. Si las que admite son las reveladas por Dios y enseñadas por la verdadera Iglesia, su criterio será recto y seguro; pero si carece de fe ó acepta doctrinas erróneas é impías, tergiversará los sucesos, desconocerá el mérito de las acciones heroicas y no estimará debidamente á los hombres que, inflamados en el amor á Dios y al prójimo, se han sacrificado por ellos.

Prescindo de ciertos métodos históricos inaceptables, como del *fabuloso*, que encontramos en los comienzos de la vida de los pueblos, ya que *en un principio la historia no se escribe sino que se hace*; tampoco trato de las *leyendas* y *tradiciones* transmitidas de una á otra generación, de ordinario bajo formas poéticas ó novelescas; ni de los *anales*, *crónicas* y *memorias*, compuestas á medida que la humanidad se daba cuenta de su destino; y me limito á decir algo acerca de algunos sistemas históricos fundados en las creencias y doctrinas religiosas y sociales que se profesan.

El primero que se nos presenta es el sistema *panteísta*. Según él, cuanto existe es Dios; de modo que el mundo es como su envoltura y el hombre una parte de su ser. Con lo que desaparecen la personalidad humana, la libertad, la responsabilidad de los actos individuales, y toda noción de

³ *Monist* I. c.

justicia y de moral; así que en este sistema la humanidad no es dueña de sí misma, ni árbitro de sus destinos, sino que procede movida por una fuerza irresistible, por una causa superior, con la que se identifica y confunde. El sistema *fatalista* no niega la personalidad humana; pero la supone guiada por el *hado*, ó sea por un ente superior, por un genio terrible, que ha determinado necesariamente quiénes han de ser buenos ó malos, felices ó desgraciados; de modo que el hombre es una *máquina* que funciona á voluntad de su inventor, sin libertad de alejarse del rumbo que se le ha trazado. El sistema *escéptico*, á su vez, finge no creer en nada, ni admite la intervención divina en el gobierno del mundo, con lo que arrastra al hombre al abismo de la duda y de la desesperación. El sistema *deísta*, en fin, rechaza el dogma consolador de la Providencia, al afirmar que Dios, por ser muy grande é incomparablemente superior al hombre y á los seres inferiores, prescinde de ellos por completo, y los deja en libertad de proceder sin darse cuenta de Él.

Basta esta somera enunciación de las teorías anteriores, para convencerse de que son erróneas é inadmisibles en el terreno de la historia. Rechazando tales utopías y blasfemias, se presenta el sistema *católico*, único seguro y aceptable, que coloca á la historia en su puesto de honor y la convierte en provechosa enseñanza. Según él, los hombres y los pueblos son hechura de Dios, quien los ha colocado en el mundo para cumplir libremente la misión que les señalara. Sin destruir la libertad humana, Dios ordena y dirige todo á su mayor gloria; gobierna el mundo con admirable y reconducta sabiduría, y si permite á veces el triunfo del mal y la opresión de la virtud, es para probar á los buenos en esta vida y recompensarles abundantemente en la otra. Todo hombre malo, dice San Agustín, vive en el mundo, ó para corregirse ó para excitar á los buenos.

Conforme á este sistema, aparece Dios en la historia como señor y árbitro de los sucesos humanos, encaminando á los pueblos á la posesión de la verdad y del bien, cuya depositaria es la Iglesia que Él fundara. Y cuando los hombres y las naciones, por la triste posibilidad que tienen de obrar el

mal, desoyen la voz de Dios y de la Iglesia, experimentan luego los resultados de su voluntario extravío, y no se hacen esperar los sufrimientos, las guerras, los cataclismos sociales, que, á la vez que humillan y castigan á la humanidad, la aleccionan para el porvenir y la vuelven á Dios. «Alta importancia adquiere la historia cuando considera los hechos como una palabra sucesiva, que más ó menos claramente manifiesta los mandatos de la Providencia; cuando los enlaza, no con la idea de utilidad parcial, sino con una ley eterna de caridad y de justicia; cuando no se contenta con descubrir, enseñar y contemplar tristemente las llagas sociales, sino que hace que los dolores sufridos por los antepasados y las lecciones de las grandes desventuras redunden en provecho de las generaciones venideras.»¹

6. Cómo debe considerarse á la humanidad en la historia.—La doctrina católica, apoyada tanto en la fe y la razón, como en las tradiciones y creencias de casi todos los pueblos, enseña que el hombre fué creado por Dios, para servirle y amarle, para propagarse y dominar la tierra; pero que, por haber desobedecido á su Hacedor, decayó de su primer estado y quedó sujeto á muchas calamidades y miserias. La humanidad desciende igualmente de una sola pareja; y, aun cuando está extendida por la redondez de la tierra, forma una sola familia, cuyos miembros tienen el mismo origen y aspiran á idéntico fin.

Admitida esta verdad, que es de suma importancia en la historia, los hombres y los pueblos se presentan como ramas adheritas á un solo tronco, sujetos á ciertas leyes fundamentales en su desarrollo y perfeccionamiento, y ligados todos por vínculos estrechos de amor y de fraternidad, sin que la suerte de los unos sea indiferente á los otros. El hombre debe, por tanto, tener vivo interés en estudiar la historia, por ser cosa que le concierne, y se relaciona con sus semejantes. En los sucesos pasados debe tener á la vista á sus antecesores, celebrar sus hazañas, condenar sus extravíos y, ante todo, aprovecharse de las lecciones de la experiencia para la buena dirección de sus actos.

¹ *Cantú* I, c.

Aun cuando sea breve la vida del hombre, tiene en ella una misión que cumplir; y como es miembro de una familia universal, como no está aislado en el mundo, necesita del auxilio de los demás y á su vez debe prestarlo á los otros, á fin de trabajar juntos en la grande obra del perfeccionamiento humano. Considerada así la humanidad, la historia que narra sus hechos «nos eleva sobre los intereses efímeros, y mostrándonos que somos miembros de una asociación universal, que se dirige á la conquista de la virtud, de la doctrina, de la felicidad, dilata nuestra existencia á todos los siglos, nuestra patria á todo el mundo; nos hace contemporáneos de los grandes personajes y nos manifiesta la necesidad de dejar con creces á nuestros sucesores la herencia que de nuestros padres recibimos... Cuando la historia, inmortal conciudadana de todas las naciones, abraza con una mirada toda la humanidad, el espectáculo de la inmensa duración modifica la idea de nuestra breve existencia; la melancólica ira del que se siente solo, da lugar al consuelo de hallarnos unidos fraternalmente con toda la familia humana, para completar la regeneración del individuo y de la especie; y entre la desarreglada voluntad del hombre y la combinación de accidentes, que solemos llamar oportunidades, distinguimos una mano superior que guía los esfuerzos individuales á la conquista de la verdad y de la virtud; que hace que la víctima de la violencia se trueque en maestra de sus perseguidores, y convierta en bienhechor de la humanidad al que ha sido su azote»¹.

Mas conviene no olvidar que toda la familia humana, en castigo de la prevaricación primitiva, perdió muchos de los dones que Dios concediera á nuestros primeros padres, y quedó sujeta á la ignorancia y á la concupiscencia. El dogma del pecado original sirve de clave para comprender y resolver muchos problemas individuales y sociales, sobre todo la incesante pugna entre el bien y el mal, entre la verdad y el error, y la consiguiente dificultad que los hombres y los pueblos tienen para ser felices y virtuosos.

¹ *Cantú* I, c.

La lucha es y será en la presente vida, la triste herencia de la humanidad decaída, sin que nadie pueda eximirse de ella, ni obtener algo grande y bueno sin constante violencia. Pero Dios no ha abandonado al hombre á la tiranía de sus malos instintos, ni ha entregado á las naciones al imperio brutal del vicio y de la fuerza. Con la encarnación del Verbo, con la venida de nuestro Señor Jesucristo al mundo, la humanidad, regenerada y fortalecida por la gracia divina, puede practicar heroicas virtudes. Por esto contemplamos, desde la fundación del cristianismo, tantas nobles acciones, tantos hermosos ejemplos, tantas almas generosas que inflamadas por la caridad divina, han ejercido un benéfico apostolado y transformado el mundo moral. Los hombres y los pueblos se pervierten y arruinan, cuando se alejan de Dios, cuando desprecian sus enseñanzas y desoyen á la Iglesia católica, columna de la verdad y guía segurísimo en las dificultades de la vida.

7. Importancia del espíritu filosófico en la historia.—De las precedentes reflexiones resulta que la historia no debe limitarse á una mera relación verídica é imparcial de los hechos, sino que ha de estudiar sus causas, deducir consecuencias y ofrecer saludable enseñanza al hombre. La historia tiene, pues, relaciones con la filosofía; se ha de inspirar en sus principios y verdades, ha de raciocinar y discutir, para de los efectos inquirir las causas que los producen, y de los hechos contingentes elevarse á las leyes de eterna verdad y justicia. De este modo ocupa la historia un puesto principal entre los conocimientos humanos y viene á ser *maestra de la vida y las de los tiempos*; de este modo, de la simple narración de hechos inconexos y de impresiones individuales, se eleva á la acción general de los hombres, á las fuerzas políticas, á la armonía de los elementos sociales; y en suma, de simple narración viene á convertirse en teoría social.... Así que la historia debe preocuparse más con los principios que con los hechos, porque los primeros dan la razón de los segundos, indican su causa y hacen prever los resultados; suministran á aquella, como el análisis al geometra, reglas generales aplicables á las circunstancias parti-

culares; y hacen conjeturar de una manera cierta lo que ha debido suceder y lo que debe seguir.

La historia se ha de apoyar, en fin, en los principios que suministra la experiencia y forman, como se ha dicho, la razón práctica, luz y reina de la vida. Tal es, según Malebranche y De Bonald, la necesidad é importancia del espíritu filosófico¹.

Animado de este espíritu, el historiador generaliza los hechos, los profundiza y estudia en conjunto; inquiere la misión de los grandes hombres y de los pueblos; escudriña los secretos del corazón humano, las causas que han ennoblecido ó degradado á las naciones; hace en cierto modo palpar, en el progreso ó decadencia de la humanidad, la acción de Dios que la premia ó castiga según sus obras. «Con su mirada abraza el historiador el tiempo y el espacio; ve los sufrimientos, las necesidades, las aspiraciones de la sociedad en formación; los trastornos indispensables que dan lugar á instituciones sólidas y equitativas; conoce el influjo de las pasiones que perturban la obra de Dios, y la fuerza de la fe que, á menudo y á pesar de los hombres, conduce á la sociedad al fin que le ha señalado. Con atento oído, escucha el trabajo sordo y misterioso que, á pesar de los tumultos ó invasiones en que las muchedumbres armadas chocan y se inundan en sangre, conduce al mundo, poco á poco, como en otro tiempo á la tierra que salió del caos, á un estado nuevo en que imperan el orden y la paz, y en el que se alzan riberas que aun las hordas salvajes respetarán en adelante.»²

La filosofía ha dado á la historia suma importancia, y ha hecho de ella una verdadera ciencia, que, apoyada en principios ciertos, considera las vicisitudes de los individuos y de los pueblos, á la luz de un criterio superior; excluye el fatalismo, que pretende explicar todo por la intervención del *hado* ó el *destino*, y admite en cambio el dogma consolador de la Providencia, que todo lo gobierna con justicia y sabiduría. La filosofía de la historia, desconocida en el paganismo,

¹ Cf. *Monfat* 1. c.² *Monfat* 1. c.

debe su origen á la religión cristiana: por esto bajo su inspiración se han escrito obras como la *Ciudad de Dios* de San Agustín y el *Discurso sobre la Historia Universal* de Bossuet, en las que la historia ha recorrido una nueva senda y descubierto vastos horizontes que se pierden en lo infinito.

«En cuanto á la filosofía de la historia, el gran Doctor de la Iglesia, San Agustín, ha concebido y ejecutado el plan antes que otro alguno. Después de él, los que merecen ser mencionados han cuidado de tomarle por maestro y guía e inspirándose en sus escritos y comentarios. Por el contrario, los que no han seguido las huellas de aquel grande hombre, se han apartado de la verdad, por haberles faltado, al recorrer las evoluciones y las fases de las sociedades, la ciencia de las causas que rigen á la humanidad.»¹

Oigamos lo que dice sobre esta cuestión el príncipe de los historiadores modernos, César Cantú:²

«Un pensamiento sistemático dió más seguro vuelo á la que se llama filosofía de la historia. Reflexionando nuestro espíritu sobre cada uno de los pasos dados por la humanidad, descubre en ellos también unidad y armonía, y cree poder deducir la explicación de los hechos, de las ideas que representan, y encontrar la esfinge inmóvil en medio de las arenas movedizas del desierto. Relacionando entonces lo presente con lo pasado, como igualmente los efectos con las causas, y el fin con los medios, traslada al orden exterior las leyes que rigen el mundo moral. De este modo nace la filosofía de la historia, ciencia desconocida de los antiguos... quienes, confiados en lo presente y considerando cada uno como centro y circunferencia, no investigaban nada más allá de la ley nacional y contemporánea. En efecto, el egoísmo es el que pinta con Herodoto, medita con Tucídides, cuenta con César y compila con Diodoro: la historia en estos escritores narra los sucesos con relación á una política más ó menos estrecha, en provecho ya de una ambición, sin reflexionar jamás sobre la humanidad en su conjunto, considerando á los griegos y á los romanos como

¹ Libro XIII, Breve Saperumero.

² I. c.

á pueblos privilegiados, y á los demás como á bárbaros ó siervos.

«El cristianismo elevó la historia á ciencia universal en el instante en que, al proclamar la unidad de Dios, proclamó la del humano linaje; y enseñándonos á rezar el Padrenuestro, nos hizo reconocer á todos como á hermanos. Sólo entonces pudieron nacer la idea de la armonía entre todos los tiempos y todas las naciones, y el pensamiento filosófico y religioso del progreso de la humanidad hacia la grande obra de la regeneración y del reinado de Dios. San Agustín, Eusebio, Sulpicio Severo y algunos otros escritores en el tiempo de la decadencia del imperio romano, consideraron de esta manera la historia; la edad media, más ocupada en edificar el porvenir que en reflexionar sobre lo pasado, sepultó su voz en el olvido, hasta que en esa voz se inspiró Bossuet en su sublime *Discurso*, único que hermana la observación de los modernos con la exposición de los antiguos, y que reúne á una erudición vigorosa un estilo inimitable. Contemplando Bossuet el mundo desde la altura del Sinai, á la vez que notifica á los poderosos duras y desusadas verdades, tomadas del libro infalible, y que manifiesta la vanidad de las cosas humanas, señala el fúnebre séquito de naciones y reyes que pasan de la vida á la muerte, siguiendo el camino indicado por el Señor; como si las naciones no estuvieran destinadas más que á formar el acompañamiento del Mesías esperado ó concedido.»

La historia, como los demás conocimientos humanos, ha experimentado el benéfico influjo del cristianismo. «Sin el cristianismo y sus escritos», dice Heitinger, «toda la historia del mundo sería un obscuro y triste caos, pues sólo el cristianismo la clave de la historia universal. ¡Qué inmenso horizonte se presenta ante nuestra vista á la luz de la verdad cristiana!... Ella es como un elevado observatorio desde donde se descubre la creación toda. Las ideas que el niño cristiano lleva en su espíritu son las grandes ideas que mueven al mundo, y los mandamientos que obedece son las grandes

¹ Apología del cristianismo.

CERRO TORAL, Educación. Vol. 2.

leyes de la humanidad, los principios vitales de la historia. La fe cristiana ilumina todo: Dios y hombre, tiempo y eternidad. Cuanto hay de verdadero, de bueno y de bello en la vida de los individuos y de los pueblos, desde Noé hasta hoy; cuanto hay de noble y magnífico en las naciones civilizadas de Europa, todo es cristiano, es un rayo de la verdad cristiana, son huellas del paso de Dios por el mundo.»

«Desde su origen, procuró la Iglesia cultivar con especial esmero la historia», afirma León XIII¹. «En los comienzos de la era cristiana, á pesar de terribles y sangrientas persecuciones, un gran número de actas y de documentos históricos fueron salvados por ella. Y cuando lucieron días más tranquilos, el Oriente y el Occidente vieron los trabajos de Eusebio, de Teodoro, de Sócrates, de Sozomeno y de otros. Después de la caída del imperio romano, pasó con la historia lo que con las demás artes liberales: que encontró su único refugio en los monasterios, y que sólo los clérigos la cultivaron; de modo que, si los cláustros hubiesen desatendido la redacción de los anales, no tendríamos casi dato alguno, aún de los sucesos civiles, durante un largo intervalo de tiempo.

«Entre los modernos, basta nombrar á dos que ninguno ha podido superar: Baronio y Muratori; el uno, á la fuerza del ingenio y á la penetración del juicio añadió una erudición increíble; el otro, aunque digno muchas veces de censura por sus escritos, juntó, para ilustrar los fastos de Italia, un conjunto de documentos que nadie ha reunido. Cosa fácil sería añadir á estos nombres los de otros, entre los que nos es grato recordar á Ángel Mai, honra y gloria del colegio cardenalicio.»

8. Historia profana y eclesiástica: importancia de la última.— Por razón de la materia de que trata, se divide principalmente la historia en civil y religiosa, ó sea, en profana y eclesiástica. Ambas son importantes; pero la segunda lo es mucho más que la primera, por razón del asunto sobre que versa.

¹ Breve *Sapientissimo*.

El hombre tiene tres clases de deberes, á saber, con Dios, consigo mismo, y con sus semejantes. La religión, vínculo de unión entre Dios y el hombre, es lo más alto y noble que puede concebirse; por lo que el relato de su acción é influjo en los individuos y en los pueblos, interesa mucho más que otros temas de la historia. Aun en los lugares dominados por el paganismo han ocupado las creencias religiosas el primer lugar; y sus hechos referidos con minuciosidad, han sido escuchados con respeto por todas las generaciones, y servido de estímulo y enseñanza en los actos de la vida.

Entre las varias religiones existentes en el mundo, la única verdadera y enseñada por Dios es la cristiana, de cuya doctrina es depositaria la Iglesia católica. Los cuarenta siglos que precedieron á su establecimiento le sirvieron de preparación, y la misma religión judaica fué tan sólo una figura de la cristiana, en la que se han cumplido muchas de las profecías del antiguo Testamento. La historia de la religión comprende, pues, dos épocas: la primera anterior á la venida de Jesucristo, y la segunda posterior á su venida, que es propiamente la de la Iglesia católica. La una trata de la misión del pueblo hebreo, de su desarrollo y adelanto bajo la dirección divina; la otra, de la sociedad religiosa instituida por Nuestro Señor, de su asombrosa propagación é influjo benéfico en el mundo.

«La historia de la Iglesia», dice León XIII, «es como un espejo en que resplandece su vida á través de los siglos. Mucho más que la historia civil y profana, ella demuestra la soberana libertad de Dios y su acción providencial en la marcha de los acontecimientos. Los que la estudian, no deben jamás perder de vista que contiene un conjunto de hechos dogmáticos que á nadie es permitido poner en duda. Esta idea directiva y sobrenatural, que preside á los destinos de la Iglesia, es á la vez la luz cuyos rayos iluminan su historia.»

Nadie puede negar la utilidad y conveniencia de conocer la historia eclesiástica, que está ligada con la profana, y contribuye mucho al conocimiento completo de la religión misma. «Porque la religión», dice Mons. Dupanloup¹, «no es sola-

¹ L. c.

mente una doctrina, es un *hecho divino* puesto en el origen del mundo y perpetuado á través de las edades de la humanidad. Contemporánea del hombre, la religión nació en la cuna del género humano y continuará hasta el fin de los tiempos... Pero es preciso recordar que la historia del antiguo pueblo de Dios no debe ser separada de la del cristianismo: estas dos historias se enlazan tan íntimamente, que vienen á ser una sola; la una descansa sobre la otra como sobre su base, y separarlas equivaldría á truncar la historia de la religión. *ERE FLAMMAN*

«La historia religiosa se mezcla en todo, lo llena todo. En todas las épocas, la historia de la Iglesia y la de la sociedad temporal se compenetran incesantemente y confunden de tal modo, que la historia eclesiástica viene á ser parte integrante, por decirlo así, de la historia de la humanidad... Si la vida y la historia de la Iglesia aparecen tan enlazadas á la vida e historia de todos los pueblos, es porque la Iglesia es para todos los tiempos y todos los países; de modo que desde hace diez y nueve siglos, no se puede escribir la historia sin encontrar á cada paso á la Iglesia y sin verse el hombre obligado á inclinarse ante ella.»

¿Qué espectáculo tan grandioso presenta la Iglesia católica en su existencia veinte veces secular, espectáculo muy superior por cierto al de los más famosos pueblos é instituciones humanas! Ella fué establecida en la época de mayor esplendor del imperio romano, sin auxilio alguno humano, y antes bien contra la voluntad de los Césares. Deprovista de todo apoyo temporal, y en fuerza solo de su vitalidad divina, fué fundada y propagada en medio de persecuciones terribles y de torrentes de sangre derramada por sus hijos, hasta que, después de tres siglos de lucha, logró, con la conversión de Constantino, plantar la cruz en el soberbio Capitolio.

Vienen en seguida las relaciones de los emperadores romanos con la Iglesia, la invasión de los bárbaros y la caída del imperio; la incorporación de éstos en el cristianismo, mediante los esfuerzos de aquella, y el trabajo lento y eficaz que empleó en convertir y en civilizar á esas hordas salvajes que, bajo su dirección, formaron pueblos vigorosos que,

desarrollándose gradualmente, dieron origen á las cultas naciones de Europa. Durante los largos siglos de la edad media, la Iglesia fué la vida de la sociedad civil, y por su vigilante cuidado se salvaron en los claustros, de la rapacidad de los bárbaros, las obras sabias de la antigüedad, conservándose y avivándose en ellos el fuego sagrado de la ciencia. Legislación civil y política, costumbres, artes, ciencias, industrias, todo era dirigido ó impulsado en aquella época por la Iglesia. La guerra, azote terrible que pesa sobre los pueblos, no ejercía entonces sin contrapeso su despótico imperio; porque los soberanos y los súbditos sometían sus desavenencias al juicio imparcial del papa que, como padre común de la familia cristiana, daba á cada uno lo que era suyo.

«Encuéntrense en esta época las cruzadas, aquellas guerras heroicas de la civilización cristiana contra la barbarie musulmana; después lo que se ha llamado la *lucha del sacerdocio y del imperio*, en que estaban empeñadas las más grandes cuestiones; se ven al mismo tiempo elevarse las grandes órdenes monásticas y las célebres universidades cristianas, asunto de estudio interesante aun para los hombres de Estado, para los políticos, para todos los aficionados á seguir el movimiento y progreso del espíritu humano.

«En los tiempos modernos se realizan también hechos religiosos no menos graves, cuyo influjo se deja sentir en todo el mundo social. La pretendida Reforma conmueve á Europa, y al mismo tiempo turba á la Iglesia. El nuevo mundo es descubierto; los apóstoles de la fe se lanzan á él, y las misiones católicas renuevan las maravillas de las antiguas edades... Y, en fin, cuando se llega á la edad contemporánea, la importancia de los hechos religiosos no disminuye tampoco: la historia de la Iglesia sigue enlazada íntimamente con los negocios humanos. ¿Qué interés no ofrecen, por ejemplo, la historia del clero francés durante la revolución, negociaciones para el concordato, el cautiverio de Pío VI, las desgracias de Pío VII y los hechos posteriores hasta nuestros días!»¹

¹ Mons. Dupanloup l. c.

Y en el aludado siglo XIX, en el siglo del racionalismo y la revolución, del positivismo y la apostasia, ¿no es verdad que la Iglesia aparece en primera línea luchando contra los enemigos de Dios y de la sociedad, dando saludables enseñanzas a los pueblos y gobiernos, é infundiendo savia divina en nuestra sociedad muella y materializada? ¿Qué figuras tan simpáticas las de Pio IX y de León XIII! El uno, lleno de celo y piedad, de energía incontrastable y de resignación heroica en los trabajos, se nos presenta guiando con entereza la nave de la Iglesia por el mar proceloso de las pasiones políticas y de los errores modernos; León XIII, el Pontífice sabio y virtuoso, empujando en sus manos vigorosas el gobierno de la Iglesia, y, conocedor como ningún otro de las ciencias sociales y de las tendencias nocivas de la época actual, enseñando a los reyes y a los pueblos, con el doble prestigio de la autoridad y del saber, la doctrina católica, sola capaz de libertarlos del moderno paganismo. En sus luminosas encíclicas ha tratado y resuelto magistralmente las cuestiones político-religiosas más arduas é importantes, y dado a los príncipes reglas admirables de buen gobierno, que, si fuesen observadas, producirían la concordia y felicidad de los pueblos.

g. Ataques dirigidos a la Iglesia por ciertos historiadores. — La Iglesia es una sociedad divina, por su origen y constitución; santa por su fin y los medios de que dispone, y aun por los miembros de que consta, tiene en sí misma fuerza sobrenatural para mejorar a los pueblos y santificar a los hombres. Pero no debe olvidarse que los que forman la Iglesia militante son flacos y miserables; que llevan en su cuerpo y alma el estigma de la culpa original, con su séquito de ignorancia, concupiscencia y pasiones desordenadas; por lo que las acciones humanas no están muchas veces de acuerdo con la ley de Dios, y ni aun con las prescripciones de la razón natural.

Para que la Iglesia sea santa en sus miembros, no se requiere que lo sean todos ellos (lo cual desgraciadamente no se realizará jamás por el influjo nocivo de las pasiones y el abuso que el hombre hace de su libertad). Basta que en

todos los tiempos y lugares hayan existido y existan personas que, mediante la observancia de las leyes divinas y eclesiásticas, hayan llegado al más alto grado de perfección moral y espiritual á que es dado aspirar al hombre. Ahora bien: nadie negará la fuerza santificadora de la Iglesia, ya que en su larga vida ha producido una numerosa falange de hombres que han hecho inmensos bienes en el mundo.

En efecto, desde el origen de la Iglesia aparecen muchísimos apóstoles, mártires, confesores y vírgenes que, con virtudes y ejemplos, con esfuerzos y fatigas, con dolores y sangre, han iluminado y regenerado al humano linaje. No hay edad, estado, condición ni lugar en que no haya florecido la santidad: en el trono y en la milicia; en el bullicio del mundo y en el silencio del claustro; en las ciudades populosas y en el retiro del campo; en el celibato y en el matrimonio; en la juventud y en la ancianidad; en la pobreza y en la opulencia vemos almas generosas que, fortalecidas por la gracia, han vencido las perversas inclinaciones de la naturaleza y atesorado grandes méritos y virtudes.

Es innegable también que, junto á estos tipos de heroísmo y santidad, ha habido y hay en la Iglesia no pocos cristianos que desdican de sus creencias y se precipitan en la sima del error y el vicio. Pero esto nada arguye contra la santidad de la Iglesia: antes bien manifiesta que sin ella no habría virtud alguna sólida en el mundo, y que en todo tiempo los hombres, como aconteció en el paganismo, habrían sido víctimas de sus pasiones desarregladas é instintos degradantes. — Compárense las miserias y escándalos de los malos católicos con los servicios y obras admirables de los buenos hijos de la Iglesia; y, de seguro, los espíritus más prevenidos tendrán que agradecerla y bendecirla por sus beneficios. Recórrase, en especial, la larga serie de sus gloriosos Pontífices, muchísimos de los cuales sobresalen por su ciencia, virtud y prodigiosa actividad; cuéntense, si es posible, todos sus santos y los bienes que han derramado en el mundo; númense sus sabios y las obras que han escrito, y nos convenceremos de que ninguna institución es tan acreedora como la Iglesia al respeto, gratitud y amor de las generaciones. Cuanto de

bueno hay en los mismos países cismáticos ó protestantes, se debe á que éstos admiten varias creencias y reglas de moral enseñadas por la Iglesia católica; con lo que participan un poco de la savia vivificante que ella infunde con abundancia en los individuos y en los pueblos que le pertenecen por completo.

Error, y muy lamentable, es hacer á la Iglesia responsable y como solidaria de los extravíos y crímenes de sus hijos, siendo así que ella es la primera en lamentarlos y en condenarlos. Atacar á la Iglesia por este motivo, equivale á injuriar á una buena madre porque, á pesar de sus desvelos y ejemplos saludables, tiene hijos que se pervierten y escandalizan á los demás. Este es el proceder de no pocos historiadores hostiles á la Iglesia. Sin darse cuenta de la similitud y perfección de su doctrina, así como de la flaqueza y perversidad humanas, atribuyen á aquella los crímenes de sus miembros, crímenes muchas veces inventados, ó, por lo menos, abultado por el odio satánico contra Jesucristo y su Iglesia, de que están poseídos sus gratuitos enemigos.

¿Cuál es la institución humana que ha podido resistir á los embates del error y el vicio? Ninguna, ciertamente. Sólo la Iglesia, por ser obra divina, se ha conservado y conservará hasta el fin de los tiempos, no obstante la malicia y debilidad del hombre y la guerra sin tregua que le hacen temaces y poderosos adversarios. Sin cerrar los ojos á la luz, no se pueden parangonar los méritos y beneficios de la Iglesia católica con los de institución alguna, ni negar las virtudes y hechos heroicos de muchísimos de sus miembros, desde el origen de la era cristiana hasta nuestros días.

Si el historiador, á fuer de imparcial, debe, para lección y escarmiento de las generaciones venideras, referir y condenar las acciones detestables, sean quienes fuesen sus autores, ha de procurar también que en el gran cuadro de la vida humana aparezcan dichas acciones sólo como puntos negros en medio de la vivida luz que la verdad y la virtud han esparcido en el mundo, sobre todo desde el advenimiento del cristianismo. Preciso es, además, tener en cuenta, como

dice Balmes¹, que «el cuadro de la historia humana es de suyo demasiado sombrío, para que encontremos gusto en obscurecerlo; y que se debe pensar que á veces acusamos de crimen lo que fué sólo efecto de ignorancia. El hombre está inclinado al mal, pero no está menos sujeto al error; y el error no es siempre culpable».

«La historia de la Iglesia», ha dicho Mons. Dupanloup², «no obstante la flaqueza humana y hasta en medio de las sombras de los peores siglos, ofrece á la consideración de los que saben pensar, el grande y bello espectáculo de una sociedad verdaderamente santa; santidad de tal manera inviolable, cuanto subsiste á pesar de los vicios, de las pasiones y de todos los escándalos de los hombres. Siempre se la ve brillar con un esplendor supremo y perseverante; no sólo en su enseñanza siempre verdadera y en su disciplina siempre pura, sino también en su vida real, en sus obras, en sus instituciones, en los grandes hechos, en los duraderos resultados de su acción en el mundo, y sobre todo en esa multitud de grandes hombres y grandes santos que, con fecundidad inagotable, crea ella para Jesucristo en todos los lugares donde se anuncia el evangelio».

10. Palabras de León XIII.—Como conclusión de lo dicho acerca de la historia transcribiré las siguientes frases de este Sumo Pontífice, que contienen atinadas reflexiones y útiles enseñanzas para evitar el extravío de este ramo tan importante del saber humano. Es muy conveniente impedir á todo trance que se convierta el nobilísimo oficio de historiador en bagelo público y doméstico de los más graves. Es preciso que hombres de corazón y doctamente versados en esta clase de estudios, se dediquen á escribir la historia de tal manera que sea el espejo de la verdad y de la sinceridad, y que las acusaciones hace tiempo acumuladas contra la Iglesia sean docta y convenientemente disipadas. Á narraciones fútiles, deben substituírse investigaciones laboriosas y dirigidas con madurez; á opiniones temerarias debe oponerse un juicio prudente; á asertos frívolos una crítica sa-

¹ «El protestantismo».

² L. c.

bia. Hay que esforzarse con energía en refutar las mentiras y falsedades, recurriendo á las fuentes, teniendo en cuenta que la *primera ley de la historia es no atreverse á mentir*, y la *segunda, no avergonzarse de decir la verdad, de modo que el historiador no sea sospechoso de adulación ni de animosidad*.¹

CAPÍTULO DÉCIMOTERCIO. EL ARTE Y LA BELLEZA.

1. Noción del arte y tendencia en que se funda su cultivo. — 2. Verdad, bondad y belleza; relaciones que tienen entre sí. — 3. Definición de la belleza dada por San Agustín y por Santo Tomás de Aquino. — 4. Diferencia que hay entre la belleza y la bondad. — 5. Resumen de la doctrina de San Agustín acerca de la belleza. Teoría de Santo Tomás sobre el arte. — 6. La belleza es *bonum*: qué se entiende por *excepcio*. — 7. Diversos grados y órdenes en la belleza. — 8. Dios es la fuente y el origen de toda belleza. — 9. Naturalidad y constitutivos de la belleza; seres en que ésta principalmente brilla. — 10. Esfera del arte y su destino. — 11. El simbolismo en el arte. — 12. El ideal en el arte. — 13. El arte, para cumplir su misión, tiene que ser eminentemente religioso.

1. Noción del arte y tendencia en que se funda su cultivo. — Al exponer en la Primera Parte de esta obra los principios fundamentales de la educación, indicamos que abrazando ésta á todo el hombre, comprendía también el cultivo de sus facultades, entre ellas la sensibilidad, cuyo objeto propio es la belleza.

¹ «*Uernacul referi... omnino videtur, ne dictum in materiam ingentes publici privatusque mali ars historica, qui tantum habet nobilitatis, traducatur. Vix prohi in hoc disciplinarum genere scienter versati, animam adhibent oportet ad scribendam historiam hoc proposito et hac ratione, ut, quid verum sincerumque sit, appareat, et que congeriantur iam pridem dicta in Pontificis Romanus. Interdum crimina voce opportuneque silentio. Interdum narrationi opponitur investigationis labor et mora: temeritati sententiarum prudentia iudicii: opinionum levitati scita rerum selectio. Entendendum magnopere, ut omnia ementita et falsa adendum rerum fontibus refutentur; et illud in primis scribendum observetur animo: *primam esse historiam legem, ne quid falsi dicere audeat; deinde, ne quid veri non audeat; ne qua suspicio gratia sit in scribendo, ne qua simulatio*» (Breve. Sapeanum).*

La educación estética se propone dirigir la sensibilidad y formar el gusto, mediante el conocimiento, la contemplación e imitación de lo bello.

La sensibilidad se impresiona agradable ó desagradablemente, ante lo bello y lo feo.

La educación estética, para ser provechosa, debe darse después de la educación intelectual y de la moral; porque no se puede percibir la belleza de los seres sin tener desarrollada la facultad cognoscitiva y formada la conciencia, que juzga de la bondad ó malicia de los actos.

Conviene mucho educar la sensibilidad, que en gran parte influye en la felicidad ó desgracia del hombre; por lo que debe el maestro encaminar las aspiraciones del alumno hacia los verdaderos goces intelectuales, morales y religiosos, y formar en aquél el gusto, por la investigación de la verdad, la práctica del bien y el conveniente ejercicio de las facultades sensitivas y reflexivas¹.

Entre los conocimientos que contribuyen á la cultura del espíritu, no es posible prescindir de una de las ciencias más atractivas para el hombre: la estética, «ciencia que trata de la belleza y de la teoría fundamental y filosófica del arte»². La estética determina los caracteres de lo bello, trata de los constitutivos del arte y del fin que se propone, examina las cualidades necesarias para una acertada producción artística, y descendiendo al análisis de cada arte peculiar, fija las reglas á que debe someterse cada cual y le asigna el puesto que le corresponde entre las demás artes.

Defínese el arte, «la expresión de la belleza ideal bajo una forma sensible»³. Lo bello es, por tanto, objeto del arte, y la creación humana es su obra exclusiva.

Las artes liberales, ó bellas artes, forman una de las ramas importantes del saber, recrean é instruyen al hombre y cooperan al adelanto de los pueblos. Ellas se proponen imitar la naturaleza y reproducir, en cierto modo, al hombre interior;

¹ Cf. *Achille*, Vade-mecum de l'éducateur chrétien.

² Diccionario de la Academia Española.

³ P. Fils.

bia. Hay que esforzarse con energía en refutar las mentiras y falsedades, recurriendo á las fuentes, teniendo en cuenta que la *primera ley de la historia es no atreverse á mentir*, y la *segunda, no avergonzarse de decir la verdad, de modo que el historiador no sea sospechoso de adulación ni de animosidad*.¹

CAPÍTULO DÉCIMOTERCIO. EL ARTE Y LA BELLEZA.

1. Noción del arte y tendencia en que se funda su cultivo. — 2. Verdad, bondad y belleza; relaciones que tienen entre sí. — 3. Definición de la belleza dada por San Agustín y por Santo Tomás de Aquino. — 4. Diferencia que hay entre la belleza y la bondad. — 5. Resumen de la doctrina de San Agustín acerca de la belleza. Teoría de Santo Tomás sobre el arte. — 6. La belleza es *bonum*: qué se entiende por *excepcio*. — 7. Diversos grados y órdenes en la belleza. — 8. Dios es la fuente y el origen de toda belleza. — 9. Naturalidad y constitutivos de la belleza; seres en que ésta principalmente brilla. — 10. Esfera del arte y su destino. — 11. El simbolismo en el arte. — 12. El ideal en el arte. — 13. El arte, para cumplir su misión, tiene que ser eminentemente religioso.

1. Noción del arte y tendencia en que se funda su cultivo. — Al exponer en la Primera Parte de esta obra los principios fundamentales de la educación, indicamos que abrazando ésta á todo el hombre, comprendía también el cultivo de sus facultades, entre ellas la sensibilidad, cuyo objeto propio es la belleza.

¹ «*Uernacul referi... omnino videtur, ne dictum in materiam ingentes publici privatusque mali ars historica, qui tantum habet nobilitatis, traducatur. Vix prohi in hoc disciplinarum genere scienter versati, animam adhibent oportet ad scribendam historiam hoc proposito et hac ratione, ut, quid verum sincerumque sit, appareat, et que congeriantur iam pridem dicta in Pontificis Romanus. Interdum crimina voce opportuneque silentio. Interdum narrationi opponitur investigationis labor et mora: temeritati sententiarum prudentia iudicii: opinionum levitati scita rerum selectio. Entendendum magnopere, ut omnia ementita et falsa adendum rerum fontibus refutentur; et illud in primis scribendum observetur animo: *primam esse historiam legem, ne quid falsi dicere audeat; deinde, ne quid veri non audeat; ne qua suspicio gratia sit in scribendo, ne qua simulatio*» (Breve. Sapeanum).*

La educación estética se propone dirigir la sensibilidad y formar el gusto, mediante el conocimiento, la contemplación e imitación de lo bello.

La sensibilidad se impresiona agradable ó desagradablemente, ante lo bello y lo feo.

La educación estética, para ser provechosa, debe darse después de la educación intelectual y de la moral; porque no se puede percibir la belleza de los seres sin tener desarrollada la facultad cognoscitiva y formada la conciencia, que juzga de la bondad ó malicia de los actos.

Conviene mucho educar la sensibilidad, que en gran parte influye en la felicidad ó desgracia del hombre; por lo que debe el maestro encaminar las aspiraciones del alumno hacia los verdaderos goces intelectuales, morales y religiosos, y formar en aquel el gusto, por la investigación de la verdad, la práctica del bien y el conveniente ejercicio de las facultades sensitivas y reflexivas¹.

Entre los conocimientos que contribuyen á la cultura del espíritu, no es posible prescindir de una de las ciencias más atractivas para el hombre: la estética, «ciencia que trata de la belleza y de la teoría fundamental y filosófica del arte»². La estética determina los caracteres de lo bello, trata de los constitutivos del arte y del fin que se propone, examina las cualidades necesarias para una acertada producción artística, y descendiendo al análisis de cada arte peculiar, fija las reglas á que debe someterse cada cual y le asigna el puesto que le corresponde entre las demás artes.

Defínese el arte, «la expresión de la belleza ideal bajo una forma sensible»³. Lo bello es, por tanto, objeto del arte, y la creación humana es su obra exclusiva.

Las artes liberales, ó bellas artes, forman una de las ramas importantes del saber, recrean é instruyen al hombre y cooperan al adelanto de los pueblos. Ellas se proponen imitar la naturaleza y reproducir, en cierto modo, al hombre interior;

¹ Cf. *Achille*, Vade-mecum de l'éducateur chrétien.

² Diccionario de la Academia Española.

³ P. Fils.

son de la incumbencia del espíritu y se dirigen á la imaginación y al sentimiento. Dichas artes son: «la pantomima ó lenguaje natural; la palabra, lenguaje de los sonidos articulados; la música, lenguaje de los sonidos modulados; la escultura, lenguaje por imitación de las formas de los objetos palpables; la arquitectura, lenguaje por medio de las disposiciones significativas de los edificios; la pintura y el grabado, lenguaje por medio de los colores y las líneas que se extienden en una superficie plana.»¹

Ernesto Hello² divide el arte de la siguiente manera: «El tiempo y el espacio», dice, «guardan las barreras de este mundo y retienen cuanto entra en él. Obligado el arte á soportar á aquellos, solicita su auxilio para permanecer bello en su compañía. El tiempo le suministra la palabra, y el espacio la luz. La palabra y la luz son, pues, los dos ministros del arte. La aritmética expresa las leyes del tiempo, y la geometría las leyes del espacio. La aritmética produce en el mundo del arte la poesía y la música, ministros de la idea en el departamento del tiempo, quien determina la medida, y esta medida es el ritmo. La geometría lanza en el mundo ideal la arquitectura, la escultura y la pintura, ministros de la idea en el departamento del espacio, quien señala á éstas sus proporciones.»

No es mi ánimo tratar de cada una de las bellas artes; por esto, después de indicar cuál es la naturaleza del arte y de la belleza, hablaré más detenidamente del *arte literario*, y de los demás únicamente por incidencia. Del arte oratorio se trató ya en otro capítulo.

El cultivo del arte se funda en una inclinación íntima de nuestra alma y muy arraigada en ella: á saber, en el amor y tendencia hacia lo bello, de que la dotó el mismo Dios, quien adornó á un mismo tiempo á los seres de cualidades adecuadas para producir en nuestro espíritu la emoción estética. Nadie, en efecto, permanece indiferente ante las magnificencias del mundo visible é invisible: el primero con su

cielo tachonado de estrellas, con sus mares y ríos, montes y valles, bosques y campiñas, astros y planetas, y con esos horizontes y perspectivas incommensurables que, como decía el Dante, no tienen más confines que la luz y el amor; y el segundo (el mundo invisible) con su caridad y heroísmo, con ángeles y santos, y con la hermosura de Dios, *siempre antigua y siempre nueva*, embelesan el alma y la hacen gozar de una fruición inexplicable.

«El arte tiene por objeto una de las tres grandes facetas del ser y de lo infinito, que es lo bello», dice el Padre Félix³. «El filósofo y el sabio tienen por objeto propio de sus investigaciones lo verdadero, que traducen en sus obras; el santo tiene por objeto propio de sus generosos esfuerzos el bien, y asimismo lo traduce en sus actos de virtud y á veces de heroísmo; el artista tiene por objeto de su trabajo, que á veces es también heroico, lo bello. Busca y ama directamente la belleza y la traduce en sus obras; la contempla con avidez, se apasiona de ella y procura expresarla con el soneto, con el dolor, con las palabras, con una forma, en fin, sensible, cualquiera que sea.»

2. Verdad, bondad y belleza: relaciones que tienen entre sí. — La verdad, la bondad, y la belleza comprenden cuanto el hombre puede investigar y saber. La verdad es «la conformidad del entendimiento con su objeto»; la bondad es «la aptitud que tiene el ser de aquietar con su posesión el apetito», y la belleza es «la complacencia que siente el alma con la vista ó conocimiento de un objeto»⁴. La verdad es el *ser*, objeto de la inteligencia: el bien es el *ser*, objeto de la voluntad. De la unión de la verdad y del bien resulta la belleza. Lo bello es el orden; el orden reposa sobre la unidad; la unidad constituye la belleza⁵.

¹ Del objeto y naturaleza del arte.

² «Es cosa generalmente admitida», dice el cardinal Zigliara, «que, así como es verdadero aquello cuyo conocimiento aquietta la inteligencia y bueno aquello cuya posesión aquietta el apetito, también es hermoso todo lo que con su vista ó conocimiento causa en el alma cierta complacencia» (*Summa philosophica*).

³ Cf. Billot, *Le beau*.

⁴ Cf. *Serrano*, *Diccionario universal*.

⁵ L'homme, la vie, la science, l'art.

La verdad, la bondad y la belleza son como tres hermanas que, cuando proceden de acuerdo y se auxilian mutuamente, contribuyen al progreso humano y dan lustre á las producciones del ingenio; pero, cuando luchan entre sí, producen desequilibrio en las facultades y causan grave detrimento á las labores de la inteligencia. Siempre que en el hombre hay acuerdo entre la cabeza y el corazón, todos sus actos son rectos y ordenados; de igual modo, las obras de arte, que son la representación de una idea, de un ejemplar, de un ideal, son perfectas cuando están acordes con la verdad y se inspiran en la bondad, inseparables de la belleza. Al faltar la verdad, no existe correspondencia entre la facultad intelectiva y lo investigado; al faltar la bondad no puede la obra de arte aquietar el apetito ni contribuir á la moralización del hombre; cuando no hay belleza, tampoco puede el alma gozar con la vista ó el conocimiento de un objeto.

Para percibir más claramente las relaciones que hay entre la verdad, la bondad y la belleza, es necesario definir á esta última e indicar en qué se diferencia de la bondad.

3. Definición de la belleza dada por San Agustín y Santo Tomás de Aquino.—No se ha dado aún una definición de la belleza que á todos satisfaga; y en este punto como en otros del saber humano (de suyo deficiente), por los efectos y resultados, adquirimos meras nociones para venir en conocimiento de la cosa ó materia de que se trata. Sin duda por este motivo se han emitido desde la antigüedad diversas teorías sobre la belleza y se la ha definido de varios modos; lo que comprueba, además, su importancia é influjo en la cultura del espíritu.

Por ser tan controvertido el verdadero concepto de la belleza, me atengo á la doctrina de San Agustín y de Santo Tomás, generalmente admitida por cuantos profesan nociones sanas y exactas en esta delicada materia. El primero define la belleza *el esplendor del orden*: *Pulchritudo est splendor ordinis*. «Unidad, variedad, conveniencia, proporción, simetría, poder y armonía: todo esto entra en el misterio de la belleza, que busca el artista; pero todo se resume y se compendia en esta palabra sublime: *el orden*: no el orden abstracto,

vacio y muerto, sino el orden vivo, en acción, radiante», como dice el Padre Félix¹, «esto es la verdad brillando, la armonía dejando oír sus ecos, el bien ostentándose, la vida dilatándose poderosa y ordenada, la unidad irradiándose en medio de la diversidad. La verdad, la variedad y el poder que resplandecen en medio del orden y le dan el esplendor de la unidad, *omnis pulchritudinis ratio mitas*, según las palabras del mismo santo: esto es lo que en todos los grados de la jerarquía de los seres nos da el sentido de la belleza, lo que excita la admiración y aviva el entusiasmo por ella.» Para comprender mejor la definición de San Agustín, téngase presente que, de acuerdo con Aristóteles, incluye él, como luego se verá, en el concepto de lo bello la idea de *grandeza*, que es una forma de la *potencia*, opinión adoptada por Levêque, el famoso teórico moderno de la belleza, quien dice que las ideas de grandeza y orden, con la de potencia, son esenciales en lo bello.

En efecto, hay casos en que puede haber orden, y sin embargo no existir belleza, como pasa con un almacén de provisiones en que todo está debidamente colocado. Por el contrario, si contemplamos esas enormes rocas de basalto ennegrecido, amontonadas unas sobre otras, no descubrimos en ellas orden alguno; y con todo el artista lleno de estupor y de admiración se detiene á verlas. El sentimiento estético ha vibrado en su alma hasta la sublimidad; porque ha sentido la *potencia* de las fuerzas naturales, ó, mejor dicho, las huellas de la mano poderosa de Dios que ha lanzado por los aires esas masas en ignición y las ha solidificado como un monumento de su fuerza. La fuerza aprehendida y apreciada por la inteligencia: he ahí el único elemento de lo bello².

Algunos definen la belleza artística *el esplendor de la verdad*: *splendor veri*. Definición muy expresiva y aceptable, por cuanto la verdad es una de las cualidades trascendentes de todo ser; mas para que produzca en nuestra alma emoción estética, sobre todo la verdad abstracta, es preciso que «ella resplandezca en la producción artística; esto, es que

¹ L. c.² Cf. Ellinger, *Un guide au pays du beau*.

centellee con todo su maravilloso encanto y que avasalle con él¹; es preciso sensibilizarla, en algún modo, sea en realidad, sea en nuestra imaginación.

Santo Tomás, en la *Summa Theologica*, afirma que lo bello se refiere a la facultad intelectiva, porque se dicen bellas las cosas que agradan a la vista (tomada esta palabra en toda su extensión, esto es, natural y metafóricamente hablando). Y de fine, en seguida, la belleza, diciendo que consiste en cierta debida proporción; por cuanto el sentido se deleita en las cosas debidamente proporcionadas, como semejantes a él; porque el sentido es también cierta razón, así como lo es toda facultad cognoscitiva. Y, como el conocimiento se adquiere por asimilación, y esta se refiere principalmente a la forma; lo bello corresponde, propiamente hablando, a la razón de causa formal².

En otro lugar de la *Summa* dice, citando a San Dionisio, que a la naturaleza de lo bello y de lo hermoso concurren la claridad y la debida proporción; y así Dios es bello como causa de la armonía y del esplendor de todos los seres. Luego la belleza del cuerpo consiste en que el hombre tenga sus miembros bien proporcionados con cierta claridad de color debido; y la belleza espiritual consiste en que la conversación del hombre o su acción esté bien proporcionada, según la claridad espiritual de la razón³.

Para la belleza se requieren tres cosas: la integridad o perfección, puesto que lo incompleto es por lo mismo deforme;

¹ P. Alcaraz. De críticos y de crítica.

² Pulchrum respicit vim cognoscitivam pulchra enim dicuntur quae visa placent; unde pulchrum in debita proportione consistit, quia sensus delectatur in rebus debite proportionatis, sicut in sibi similibus; nam et omnis ratio quidam est; et omnis virtus cognoscitiva. Et quia cognitio fit per assimilationem, assimilatio autem respicit formam; pulchritudo proprie pertinet ad rationem cause formalis. (*Summa theol.*, I, q. 5, a. 4 ad 1).

³ Sic ut accipi possent ex verbis Dionysii (De div. nom. c. 4, l. 1, lect. 5 et 6), ad rationem pulchri, sive decori, concurrunt et claritas, et debita proportio. Dicit enim, quod Deus dicitur pulcher sicut universorum consonantiae et claritatis causa. Unde pulchritudo corporis in hoc consistit, quod homo habeat membra corporis bene proportionata cum quadam debiti coloris claritate. Et similiter pulchritudo spiritualis in hoc consistit, quod conversatio hominis sive actio eius sit bene proportionata secundum spirituales rationis claritates. (II II, q. 145, a. 2).

la debida proporción ó correspondencia; y, por último, la claridad, pues las cosas que tienen un color brillante son reputadas como bellas¹. La belleza consiste en cierta claridad y debida proporción; pero ambas cosas se encuentran radicalmente en la razón, a la cual pertenece ordenar en las otras cosas, así el resplandor que las manifiesta como la proporción debida; y por eso en la vida contemplativa, que consiste en un acto de razón, hállese *per se* y esencialmente la belleza...; mientras que en las virtudes morales se encuentra la belleza participativamente, esto es, en cuanto participan del orden de la razón; y principalmente en la templanza, que reprime la concupiscencia, oscurecedora de la lumbre de la razón².

Veamos ahora la manera con que la belleza es percibida por nosotros. Como lo explica Bélanger, para la recepción de aquella en nuestra alma intervienen varias facultades. En primer lugar, la vista y el oído, que son los *sentidos cognoscitivos* que tenemos y como nobles vigías que observan el mundo para servicio nuestro; pero ellos no perciben sino la *corteza* de lo bello, su elemento material y grosero: la sensación. Si la belleza es el esplendor del orden (ó de la potencia), su apreciación corresponde a la facultad que juzga del orden, de la potencia, del esplendor. Viene en seguida la imaginación, que se apodera de la sensación, la afina, la idealiza y la presenta a la fuerza activa del espíritu; porque sólo a éste, es decir, al entendimiento, corresponde, como dice Bossuet, juzgar de la belleza, esto es, juzgar del orden, de la proporción, de la armonía de las cosas.

¹ Ad pulchritudinem tria requiruntur: primo quidem integritas sive perfectio, quae enim diminuta sunt, hoc ipso turpia sunt; et debita proportio, sive consonantia; et iterum claritas. Unde qui habent colorem nitidum, pulchritudo esse dicuntur. (I, q. 39, a. 8).

² Pulchritudo consistit in quadam claritate et debita proportionem. Utrumque autem horum radicaliter in ratione invenitur; ad quam pertinet, et lumen manifestans, et proportionem debitam in aliis ordinare. Et ideo in vita contemplativa, quae consistit in actu rationis, *per se* et essentialiter invenitur pulchritudo... In virtutibus autem moralibus invenitur pulchritudo participative, in quantum scilicet participant ordinem rationis; et praecipue in temperantia, quae reprimit concupiscentias maxime lumen rationis obscurantes. (II II, q. 180, a. 2 ad 3).

En cuanto á la voluntad, como es eminentemente práctica, busca el bien, único móvil para ponerla en acción y contentarla; por lo que su actitud en presencia de lo bello es desinteresada. La inteligencia se embriaga, se complace y siente feliz ante la belleza; la voluntad se muestra satisfecha del goce que aquella experimenta; y he aquí por qué el amor estético, como observa Lacouture, es el más puro de los amores; la voluntad y el corazón se unen con la inteligencia para hacer de este amor un verdadero culto, lleno de admiración y de reserva.

4. **Diferencia que hay entre la belleza y la bondad.**—El hombre busca el bien como término ó, mejor dicho, fin de sus actos, y mediante su posesión se aquieta el apetito. Igualmente le atrae la belleza, que produce en el alma una sensación grata, causada por el aspecto de los objetos hermosos. La belleza es percibida por los sentidos propiamente cognoscitivos, que son la vista y el oído. La belleza y la bondad son la misma cosa en el sujeto; pero difieren, según el lenguaje de la escuela, en que lo bello tiene razón de causa formal, y lo bueno razón de causa final.

Para comprender mejor la doctrina relativa á esta cuestión, transcribiré lo que Santo Tomás dice al respecto. Al tratar de si lo honesto es lo mismo que lo bello, afirma que «lo que mueve el apetito es el bien aprehendido; pero lo que aparece bello en la misma aprehensión se considera como conveniente y bueno: y por eso dice San Dionisio, que á todos es amable lo bello y lo bueno. Así que también lo honesto mismo, en razón de poseer belleza espiritual, se hace apetecible; por lo que dice Tulio: 'Ves la forma misma y, por decirlo así, la faz de lo honesto, la cual si se percibiese por la vista, excitaría amores admirables para la sabiduría, como dice Platón.'»¹

¹ Cf. la obra citada y Lacouture, Esthétique fondamentale.

² «Obiectum movens appetitum est bonum apprehensum; quod autem in ipsa apprehensione apparet decorum, accipitur ut conveniens et bonum. Et hinc dicit Dionysius (De div. nom. c. 4, P. 1, lect. 5; P. 3, lect. 14), quod omnibus est pulchrum et bonum amabile. Unde et ipsum honestum, secundum quod habet spiritalem decorum, appetibile redditur; unde et Tullius

Lo hermoso y lo bueno son la misma cosa en el sujeto, porque uno y otro tienen la forma por base, y por este motivo lo bueno es alabado como hermoso; pero difieren en sus conceptos: porque, hablando con propiedad, el bien se refiere al apetito, puesto que se llama bueno lo que todos apetecen; y por esto lleva consigo la idea de fin; ya que el apetito es el movimiento hacia una cosa. Mas lo bello se refiere á la facultad cognoscitiva, y así llamamos bellas las cosas que agradan á la vista.¹

Á fin de probar que el bien es la única causa del amor, enseña el mismo Santo, como en la cuestión precedente, que lo bello es lo mismo que lo bueno, diferenciando sólo entre si racionalmente: porque, siendo el bien lo que todos apetecen, es propio de la naturaleza del bien el que en su posesión se aquiete el apetito. De lo bello es propio que á su vista ó conocimiento se aquiete el apetito; por lo cual aquellos sentidos perciben principalmente la belleza que son más cognoscitivos, como la vista y el oído, que sirven á la razón. Así llamamos bellas á las cosas visibles, y bellos también á los sonidos. Pero en las sensaciones de los otros sentidos, no empleamos el nombre de belleza, pues no decimos bellos sabores u olores. Es, por tanto, evidente que lo bello añade á lo bueno cierto orden á la potencia cognoscitiva, de tal modo que se llama bien en absoluto todo lo que agrada al apetito, y bello el objeto cuya mera aprehensión ó percepción nos complace.²

dicit: (De offic. li. 1, immediate ante tit. De quatuor virt. in princ.): 'Formam ipsam et tanquam facies honesti vides, que si oculis cerneretur, mirabiles amores, ut ait Plato, excitaret.' (II II, q. 145, a. 2 ad 1.)

¹ Pulchrum et bonum in subiecto quidem sunt idem: quis super eandem rem laudatur, «scilicet super formam», et propter hoc bonum laudatur ut pulchrum; sed ratione differunt. Nam bonum proprie respicit appetitum: est enim bonum quod omnes appetunt; et ideo habet rationem finis; nam appetitus est quasi quidam motus ad rem. Pulchrum autem respicit vim cognoscitivam: pulchrum enim dicuntur que vis placent' (I, q. 5, a. 4 ad 1.)

² Pulchrum est idem bono, sola ratione differens. Cum enim bonum sit quod omnia appetunt, de ratione boni est quod in eo quietetur appetitus. Sed ad rationem pulchri pertinet quod in eius aspectu seu cognitione quietetur appetitus: unde et illi sensus precipue respiciunt pulchrum, qui maxime

La autoridad de Santo Tomás es invocada por escritores que profesan opiniones diversas en esta materia; lo que nace de que el Doctor de Aquino no trató de ella *ex professo*, como lo nota el Padre Ruiz Amado. Para Jungmann lo esencial del concepto de belleza está en el amor ó en el apetito, y para Gietmann, en el conocimiento; para el primero, la belleza se identifica con el bien; para el segundo se confunde con la verdad. «Ambas opiniones», dice el Padre Aicardo¹, «admiten que lo bello se *percibe* con el entendimiento y *agrada* al apetito, y toda la dificultad está en asignar lo que es *esencial* en este proceso y lo que es puramente *condicional* ó *consecuente*. Además, parece cierto que no todo lo que es verdadero ó todo lo que es bueno es por esta razón hermoso.»

Si pretender decidir la cuestión, afirma el Padre Ruiz Amado que la belleza ontológicamente considerada dice *relación esencial*, tanto al conocimiento como al apetito racional, lo que concilia las dos opiniones opuestas, y parece conforme a la doctrina de Santo Tomás. En efecto, «la belleza se refiere al conocimiento, no como *pura condición*, como sucede en lo *amable*, sino esencialmente, puesto que es esencial á la belleza que solamente conocida agrade (*cuius ipsa apprehensio placet*); y dice asimismo relación esencial á la facultad apetitiva, puesto que pertenece á su concepto que pueda en ella aquietarse el apetito, cuya quietud es el deleite (*ad rationem pulchri pertinet, quod in eius aspectu quiescat appetitus*).»

La doctrina de Santo Tomás acerca de la belleza se resume en tres conclusiones, según Menéndez y Pelayo². «Primera: diferencia racional entre lo bueno y lo hermoso, en

compositivi sunt, scilicet, ita ut et apud rationem deserviant; dicunt enim pulchra visibilia et pulchros sonos. In sensibilibus autem aliorum sensuum non utitur nomine pulchritudinis; non enim dicimus pulchros sapes aut odores. Et sic patet quod pulchrum addit supra bonum quandam ordinem ad vim cognoscitivam; ita quod bonum dicatur id quod simpliciter complaceat appetitui, pulchrum autem dicatur id cuius ipsa apprehensio placet» (I II, q. 27, a. 1 ad 3).

¹ De críticos y de crítica.

² Ideas estéticas.

cuanto lo uno se refiere principalmente á la facultad apetitiva, y el otro á la cognoscitiva; el primero á la voluntad, el segundo al entendimiento. Segunda: lo bueno tiene razón de causa final. Tercera: la belleza consiste en cierta claridad y debida proporción.»

5. Resumen de la doctrina de San Agustín acerca de la belleza. Teoría de Santo Tomás sobre el arte. — La verdad, la bondad y la belleza, según San Agustín¹, son tres aspectos de una misma cosa. La verdad es el ser en cuanto inteligible, y se refiere al entendimiento; la bondad es el ser en cuanto amable, y se refiere á la voluntad y á la sensibilidad; la belleza es el ser en cuanto admirable, y se refiere á la inteligencia, á la voluntad y á la sensibilidad: la inteligencia lo conoce, y este conocimiento agrada á la voluntad y al corazón. La verdad es la realidad del ser, la bondad es la perfección del ser, la belleza es el esplendor del ser. Aristóteles ha señalado muy bien los elementos constitutivos de lo bello, los caracteres intrínsecos ó condiciones que elevan las perfecciones de un ser hasta el esplendor. Según él, lo bello consiste en el orden y en la grandeza². Por orden debe entenderse el orden real que á veces está latente: lo desordenado é incoherente nos choca y desagrade.

El orden es la disposición armoniosa de cosas iguales y desiguales³. Tres son, por tanto, los elementos esenciales del orden: la unidad, la variedad y la proporción. La unidad es el alma de la belleza: *omnis pulchritudinis forma unitas*⁴; sin ella hay sólo reunión ó amalgama de cosas ó partes inconexas y mal encañadas que producen fastidio y dejan la impresión de la fealdad. Pero sin la variedad degenera la unidad en intolerable uniformidad. Nada más fastidioso que la repetición de una misma nota, que el empleo de un color único en un cuadro, que un discurso pronunciado en un solo tono de voz. La proporción se impone de suyo. Si un hombre tiene los brazos desiguales y la nariz muy pro-

¹ Conf. IV, 13.

² *Aristóteles*, *Poética* c. 7.

³ S. Agustín, *De civ. Dei* I, XIX, c. 13, n. 1.

⁴ *Id.*, Ep. 18 ad Corleis. n. 2.

minente; si un discurso tiene un exordio intemible y un cuerpo de pruebas muy pequeño, ¿serán bellos ese hombre y ese discurso?¹

La *grandeza* consiste en el poder, la plenitud y la amplitud, según la diversidad de los sujetos en que brilla la belleza. La *grandeza* exige, desde luego, la integridad; por lo que, para que un ser sea bello, debe tener todas sus partes o miembros completos; y por esto el que carece de un ojo, o de una pierna, es feo; mas con esto solo la integridad sería insuficiente; es preciso, además, que todos los elementos del ser hayan llegado a su pleno desarrollo, y se acerquen insensiblemente a la perfección ideal del género físico, intelectual o moral á que él pertenece. También en este caso hay que consultar la experiencia; pues indudablemente nos parecen feas las cosas que están muy por debajo de la perfección media de que su especie es susceptible; las que obtienen el grado medio ó se conservan más ó menos en él, nos parecen insignificantes; en fin, á las que se elevan notablemente sobre el nivel común, las juzgamos bellas.²

La belleza no consiste en lo *agradable*, ó sea en el halago que experimentan los sentidos; pues es sabido que el sentimiento de lo bello no se confunde de ningún modo con la sensación agradable que perciben la vista y el oído, que son los sentidos artísticos. Por ejemplo, cuando un guitarrista consumado ejecuta un trozo magnífico en un instrumento miserable, se experimenta una emoción estética llena de encanto y una sensación penosa del oído. El que mira el sol en pleno día, sufre una sensación dolorosa; pero el placer estético es delicioso. Así que, mientras todos los sentidos pueden proporcionarnos sensaciones agradables, la vista y el oído tienen el privilegio de excitar, con la sensación agradable, la idea de la belleza, que provoca á su vez el sentimiento estético. Tampoco la *utilidad* es un elemento necesario de la belleza, si bien puede acompañarle; porque hay objetos que son útiles, como una marmita, y no son bellos.

¹ S. Augustinus, De vera religione c. 32, n. 59.

² Id., De Gen. contra Manich. l. I, c. 21, n. 32.

Igualmente, de nada sirven para la vida práctica una estatua ó una pintura bellas.¹

Veamos ahora la teoría de Santo Tomás acerca del arte. «El arte», dice el Angélico Doctor, «no es otra cosa que la recta razón de algunas obras que deben hacerse, pero cuyo bien no consiste en algún hábito del apetito humano, sino en que la misma obra que se ejecuta sea en sí buena.... Cuando alguno que posee un arte, hace una mala obra, ésta no es obra de arte, sino más bien contra el arte; así como cuando alguien, sabiendo la verdad, miente, lo que dice no es según la ciencia, sino contra la ciencia. De donde se sigue que, así como la ciencia se encamina siempre al bien, del mismo modo el arte; y, en este sentido, se le llama virtud. Pero en una cosa difiere de la perfecta razón de virtud, en cuanto no hace el mismo el buen uso; pues para esto se requiere alguna otra cosa más, aunque tampoco puede haber buen uso sin arte.»²

«El arte», dice en otro lugar, «da solamente facultad para la buena obra, porque no atiende al apetito; mas la prudencia no sólo da facultad para la buena obra, sino también el uso, pues se refiere al apetito, como presuponiendo su rectitud. La razón de esta diferencia está en que el arte es la *recta razón de las cosas factibles*; mientras que la prudencia es la *recta razón de las cosas operables*: así que *hacer* y *obrar* difieren entre sí; porque 'hacer es acto trascendente á exterior materia', como edificar, cortar, etc.; y 'obrar es acto in-

¹ La doctrina anterior ha sido tomada del estudio «De la belleza según San Agustín», publicado por el P. Soriano S. J., Cf. S. J. De Gen. contra Manich. l. I, c. 21; Solli. l. V, c. 13; De ordine l. II, c. 2.

² «Ars nihil aliud est quam ratio recta aliquorum operum faciendorum, quorum tamen bonum non consistit in eo, quod appetitus humanus aliquo modo se habet, sed in eo, quod ipsum opus quod fit, in se bonum est.... Cum aliquis habens artem operatur malum artificium, hoc non est opus artis, immo est contra artem; sicut etiam cum aliquis sciens verum mentitur, hoc quod dicit non est secundum scientiam, sed contra scientiam. Unde sicut scientia se habet ad bonum semper, ita et ars; et secundum hoc dicitur virtus. In hoc tamen deficit a perfecta ratione virtutis, quia non facit ipsum bonum usum, sed ad hoc aliquid aliud requiritur; quamvis bonus usus sine arte esse non possit» (I II, q. 57, a. 3).

manente en el agente mismo, como ver, querer, etc... El bien de las cosas artificiales no es bien del apetito humano, sino bien de las mismas obras artísticas; y, por lo mismo, el arte no presupone el apetito recto... La rectitud de la voluntad es esencial á la prudencia, y no á la razón del arte.¹

6. La belleza es objetiva; qué se entiende por expresión. — La belleza es *objetiva*, esto es, reside en los seres debidamente proporcionados ó ordenados, los que tienen aptitud para producir agrado y contentamiento ó, mejor dicho, emoción estética en quien los contempla; pero sólo mediante la *expresión* puede producirse aquella en nuestra alma. La expresión, según Gaboritz,² es «la revelación ó manifestación de lo invisible, de una idea, de un sentimiento por medio de algo sensible, de formas, de movimientos, de sonidos». «Para adquirir el conocimiento de lo bello y deleitarnos en su actual consideración, nos es necesaria la imagen sensible; en nuestro estado de unión con el cuerpo», afirma el Padre Ruiz Amado; y el Padre Alcarado añade: «es preciso que *resplandezca* la verdad en la producción artística; esto es, que centellee con todo su maravilloso encanto y que nos avasalle con él... No le basta, pues, al arte la fidelidad de la expresión; necesita que la forma haga resplandecer la idea á los ojos del hombre; que fascine su fantasía, halague su oído, ilumine su entendimiento, penetre y electrice su sensibilidad, arrastre su entusiasmo; y de este modo avasalle todo su ser.»

¹ «Ars facit solum facultatem boni operis, quia non respicit appetitum; prudentia autem non solum fecit boni operis facultatem, sed etiam usum; respicit enim appetitum tanquam presupponens rectitudinem appetitus. Cuius differentia ratio est, quia ars est *recte ratio facultatum*, prudentia vero est *recta ratio agibilium*. Differt autem *facere* et *agere*; quia, ut dicitur Metaph. I, 10, text. 16, '*factio est agens transiens in exteriorem materiam*' sicut edificare, legere et huiusmodi; *agere* autem est actus permanens in ipso agente, sicut videre, velle et huiusmodi... Bonum artificiale non est bonum appetitus humani, sed bonum ipsorum operum artificialium; et ideo ars non presupponit appetitum rectum... Rectitudo voluntatis est de ratione prudentie, non autem de ratione artis' (II, q. 57, a. 4). Cf. *Menéndez y Pelayo*, *Ideas estéticas* en España.

² Le beau dans la nature et dans les arts.

Con todo, la percepción y fruición de la belleza dependen también de las condiciones intelectuales y morales en que se halla quien contempla el objeto bello, y de la manera con que emplea sus facultades. Así como un paladar estragado encuentra inspidas y desagradables las mejores viandas, así un hombre cuyo entendimiento está oscurecido por el error y cuyo corazón se halla pervertido por el mal, tendrá por bellos ciertos objetos que no lo son, y al contrario — La belleza es inseparable de la verdad y el bien; sin los que no puede existir en la maravillosa síntesis del Universo. El error y el vicio, lejos de ser bellos, oponen un obstáculo invencible á la percepción de la belleza, por cuanto son la negación de lo bueno y lo verdadero.

7. Diversos grados y órdenes en la belleza. — Así como hay en el Universo seres superiores é inferiores, conforme al puesto y jerarquía que ocupan, también hay varios grados y órdenes en la belleza, según que los objetos en que ella existe participan más ó menos de la perfección del Soberano Ser. Sobre la belleza física y corporal, están la belleza moral y espiritual. Nadie negará, en efecto, que una acción noble, que un acto heroico de virtud son más encantadores y atractivos que una fisonomía hermosa y un panorama bello. Dos clases de objetos pueden, pues, inspirar al genio artístico: los corpóreos y los espirituales, el mundo visible y el invisible; pero, así como el alma es superior á la materia, así, en las producciones del arte son más bellas las que tienen cierto sello de espiritualidad que las que se limitan á copiar la belleza sensible.

El hombre, en el estado actual, percibe ante todo la belleza sensible, porque las cosas exteriores impresionan directamente sus sentidos y le encantan; pero no por esto se ha de negar la existencia de la belleza intelectual y de la moral, que es más excelente que aquella, si bien para gozar de esta última es preciso que le *preste en cierto modo su forma* la belleza sensible, sin la cual quedaría para nosotros invisible. Además, la belleza material estimula al hombre á darse cuenta de la armonía de las cosas exteriores, de su utilidad y fin, con lo que llega en último análisis á obrar

sobre la inteligencia. «El entendimiento humano, unido en esta vida a un cuerpo pasible, no puede entender nada en acto, sin recurrir á imágenes sensibles», enseña Santo Tomás. «La razón de esto consiste en que la potencia cognoscitiva es proporcionada al objeto cognoscible... El objeto propio del entendimiento humano, que se halla unido al cuerpo, es la *quidditas* ó naturaleza existente en la materia corporal, y por estas naturalezas de las cosas visibles se eleva á algún conocimiento de las cosas aún invisibles.... Inferírese de aquí que no puede conocer completa y verdaderamente la naturaleza de... cualquiera cosa material, sino conociéndola como existente en particular. Pero lo particular lo aprehendemos por los sentidos y la imaginación: de consiguiente para que el entendimiento aprehenda su objeto propio, es necesario que acuda á las imágenes sensibles, y que así considere la naturaleza universal como existe en un objeto particular.»¹ «Nuestro entendimiento entiende las cosas materiales abstractando de las imágenes; y por medio de las materiales así consideradas, alcanzamos algún conocimiento de las inmatrimales.»²

«Aun el alma humana, esta llama inmaterial que los ojos del cuerpo no pueden contemplar, nos es conocida con más claridad», dice el abate Gabori³, «por las palabras, por el gesto, las acciones y la fisonomía...; y no gozamos de la

¹ *Impossibile est intellectum nostrum, secundum presentis vite statum, quo passibili corpori coniungitur, aliquid intelligere in actu, nisi conconvertendo ad phantasmatum... Huius autem ratio est, quia potentia cognoscitiva proportionatur cognoscibili... Intellectus autem humani, qui est coniunctus corpori, proprium obiectum est quidditas sive natura in materia corporali existens; et per huiusmodi naturas visibilibus rerum etiam in invisibilibus rerum aliquem cognitionem ascendit... Unde materia... cuiuscunque materialis rei, cognosci non potest complete et vere, nisi secundum quod cognoscitur ut in particulari existens. Particulare autem apprehendimus per sensum et imaginandum; et ideo necesse est ad hoc, quod intellectus actu intelligat suum obiectum proprium, quod convertat se ad phantasmatum, ut spectetur naturam universalem in particulari existentem» (I, q. 84, a. 7).*

² «Necesse est dicere, quod intellectus noster intelligit materialia abstractando a phantasmatibus; et per materialia sic considerata in immaterialium aliquem cognitionem devenimus» (I, q. 85, a. 1).

³ L. c.

hermosura misma de Dios, ni admiramos su acción, sino cuando le damos, por decirlo así, un cuerpo y una fisonomía, y le vemos con las formas según las cuales se manifestó á los hombres, ó de que se sirven las artes para representarlo, ó que le prestamos en nuestra imaginación.»

Hay tres órdenes de belleza, que forman otros tantos grados de ella, á saber: la belleza física, la intelectual y la moral. «La primera», dice un notable escritor¹, «resulta de las propiedades de la materia, de las relaciones de dimensión, de forma, de color, de posición, de sonido, de movimiento; la segunda, más severa pero no menos real, procede de las leyes universales que rigen los cuerpos, de las que gobiernan la inteligencia, de los grandes principios que contienen y engendran amplias deducciones, del genio que crea en el artista, en el poeta y en el filósofo, belleza que consiste en la verdad. La belleza moral, en fin, nace de la libertad, de la virtud, de la abnegación, del bien, y sobrepaja con mucho á los otros dos órdenes de belleza. Estos tres órdenes de belleza se resuelven en una sola y única belleza, la belleza moral, entendiéndose por ésta toda belleza espiritual. La belleza física sirve de envoltura á la belleza intelectual, y la belleza moral comprende dos elementos distintos: la justicia y la caridad.»

La belleza intelectual no es percibida sino por pocos; porque eleva al hombre á la región de las abstracciones intelectuales, donde no pueden condensarse las formas sensibles. La belleza moral es asequible á mayor número; porque adonde no llegan las intuiciones de la inteligencia, alcanzan las adivinaciones del sentimiento. La belleza sensible deleita sobre todas á la muchedumbre; porque se manifiesta á un tiempo mismo á la inteligencia y á los sentidos, al sentimiento material y al racional, poniendo en acordado movimiento las facultades de nuestra alma.²

«Dios es el principio de los tres órdenes de belleza; porque, siendo el principio de todas las cosas, debe ser el tipo

¹ *Journe, Le beau idéal dans l'ordre naturel.*

² Cf. P. Ruiz Aranda, *El arte por la armonía.*

de la belleza perfecta y, por consiguiente, de toda belleza física, intelectual y moral. Sólo el que vive esclavo de los sentidos y de las apariencias no descubre, al través de las formas y los colores, las combinaciones armoniosas que revelan, a través de la hermosura de este mundo visible, al ordenador, al geómetra, al artista supremo.¹

Así como existen un bien absoluto y otro relativo, también hay belleza absoluta y belleza relativa. En efecto, como vamos a verlo, Dios es la fuente de toda belleza, y sus elementos constitutivos se encuentran en El; y, como Dios es inmutable, lo son igualmente los primeros principios de lo bello, que se fundan en la unidad, el orden, la armonía, las proporciones. Tal es la belleza esencial, ó mejor dicho, natural, que distinguimos en los seres, belleza absoluta, según dice André, independiente de nuestros gustos y opiniones, y que percibimos con nuestros sentidos y está al alcance de ellos.

La belleza relativa, que el autor citado llama también *arbitraria* y artificial, si bien se funda en las leyes esenciales de lo bello, depende en gran parte de la educación, de las inclinaciones, costumbres y cultura espiritual de cada uno, y hasta del influjo de la moda y de las preocupaciones dominantes en la época.²

8. Dios es la fuente y el origen de toda belleza.—Dios, verdad esencial y bondad suma, es también belleza suprema é infinita, en quien existe en grado altísimo cuanto de hermoso puede haber y concebirse. El es causa primera, suficiente y final de todas las cosas, y, además, causa ejemplar suprema de las mismas, en quien residen los eternos tipos de perfección y belleza con que fueron selladas sus obras cuando libremente salieron de sus divinas manos.³ «El es la flor de la hermosura, lo puro de la luz, lo suave de la bondad, lo sumo de la altura, lo gracioso de la liberalidad, lo acertado de la sabiduría, lo dulce de la afabilidad, lo poderoso de la fortaleza, lo claro del resplandor.»⁴

¹ Cf. *Tourel* l. c. — *Dictionnaire d'esthétique chrétienne. L'ouvrière, Esthétique fondamentale.*

² Cf. *Essai sur le beau.*

³ Cf. *Cano*, Las leyes de la belleza.

⁴ Cf. P. *Niemberg*, De la hermosura de Dios.

En Dios existen en grado eminente todas las perfecciones, esparcidas en los seres del Universo; por lo que El es origen y fuente perenne de toda belleza, y la hermosura de las criaturas es sólo una participación y manifestación de la de Dios.¹

«El ha creado los seres para comunicarles su bondad, su perfección y, al mismo tiempo, para expresarla y representarla en ellos», escribe Cano.² «Pero, como una sola criatura no podría convenientemente representar la perfección infinita, ha producido criaturas numerosas y diversas, á fin de que lo que falta á una de ellas para esta representación, pudiera ser suplido por otra; porque la perfección que en Dios es simple y uniforme, se encuentra multiplicada y dividida en las criaturas... En las variadísimas hojas del libro de la creación quedaron estampadas las huellas de aquel Ser, Verdad suma, Bondad sin límite, Perfección absoluta é inagotable, Sol de esencial, inextinguible y eterna belleza, cuyos rayos se han difundido y comunicado á todas sus obras, así á las que caen bajo el sentido y conocimiento humanos, como á otras innumerables y aun muy superiores, que nos están ocultas, por exceder á nuestras facultades.»

El arte, para cumplir su misión y alcanzar la perfección posible, debe, ante todo, inspirarse en Dios, que es la belleza substancial, realísima é infinita, que, así como encierra toda la plenitud del ser, encierra también toda la plenitud de la belleza. Dar á conocer, en lo posible, los atributos divinos; expresar por medio del cínzel, del color, del sonido, la hermosura del Supremo Hacedor; enaltecer sus obras; contribuir á que sea amado por los hombres; ser un lazo de unión entre el cielo y la tierra: he aquí en lo que preferentemente debe ocuparse el arte y lo que ha de constituir la fuente principal de su inspiración. Si el arte es la expresión de la belleza ideal bajo una forma creada; y si Dios, como dijo

¹ «Pulchritudo creatura: nihil est aliud quam similitudo divine pulchritudinis rebus participata... Omnia enim facta sunt, ut divinam pulchritudinem quolibetque imitentur» (*S. Thom.*, in lib. b. Dionysii de div. nom. e. 4. lect. 5).

² *I. c.*

San Agustín, es hermosura siempre antigua y siempre nueva; si en El están eminentemente contenidas toda la verdad, bondad y belleza que admiramos en el mundo visible é invisible; si es el único ser inmutable; y si la belleza creada está en cosas que perecen y se mudan, es claro que el artista ha de mirar á Dios como á foco y centro de todo lo grande y de todo lo bello, procurando remontarse de grado en grado, en cuanto lo permiten sus limitadas facultades, á la contemplación de las perfecciones divinas, á fin de manifestarlas en alguna manera en las creaciones artísticas¹.

«La belleza tiene en sólo Dios su origen y pleno esplendor», dice Mons. Dupanloup², «y las cosas bellas de la naturaleza lo son porque Dios ha difundido en ellas un rayo de su hermosura; por lo que, en último análisis, El es el objeto adecuado del arte... Á Dios, al Dios vivo que ha puesto su sello y sus luminosos vestigios en la naturaleza; al Dios á quien la naturaleza revela al alma y al corazón: á ese Dios debe revelar también el arte. El misticismo panteísta es falso; el arte que engendra es falso y enfermizo.» Por esto el arte, como afirma Cousin, es esencialmente religioso, y sin faltar á sus propias leyes, á su genio, no debe expresar en sus obras sino la belleza eterna. El mismo espíritu de Dios, dice Fenelon, ha consagrado el arte; y he aquí por qué debe elevarse hacia el Ser Supremo, rendirle homenaje y servir al hombre de punto de apoyo para subir al cielo dejando las tristes y groseras realidades de la tierra.

«Toda obra de arte, cualquiera que sea su forma, pequeña ó grande, figurada, cantada ó hablada, verdaderamente bella ó sublime, lanza el alma á fantasías gratas ó severas que elevan hacia lo infinito», dice el ya citado obispo de Orleans³. «Lo infinito es el término común á que el alma sube en alas de la imaginación, y de la razón, por el camino de lo sublime y de lo bello, como por el de la verdad y el bien. La emoción que produce la belleza vuelve al alma hacia este lado,

y esta emoción benéfica procura el arte á la humanidad... El arte es grande y debe tratarse con respeto, con una especie de culto y con toda la seriedad que conviene á un culto. Yo lo veo resplandecer por encima de las pasiones, de los viles intereses, de los placeres sensuales y aun de esta razón estrecha y fría y, puede decirse también, tan llena de hastío, que constituye el fondo y como el aspecto general de la vida vulgar. Lo veo llevando á los hombres á una región más alta, en que se respira un aire más puro, donde, si puedo expresarme así, viene á ser uno más alma, es decir, donde se desenvuelve más fácilmente en nosotros esa existencia inmaterial, siempre en lucha aquí abajo con la vida material y grosera, y cuya perfección no se encuentra sino en el seno mismo de Dios. Las artes se me figuran esas cumbres resplandecientes en las que, como dice San Bernardo, parece Dios más familiar; que no son todavía el cielo, pero que elevan nuestras miradas por encima de la tierra hacia la esfera de las cosas celestiales y eternas. No se exagera, pues, nada, cuando se dice que el arte es de origen divino.»

9. Naturaleza y constitutivos de la belleza; seres en que ésta brilla principalmente.—Siendo Dios la fuente y origen de toda belleza, hemos de buscar en El los elementos constitutivos de lo bello. Ahora bien, Dios es Verdad, suma y Bondad por esencia, cualidades que resplandecen también en los seres creados, pero con limitación propia de su naturaleza finita.

«En la jerarquía de las perfecciones inherentes á las obras divinas, ocupan el primer lugar la verdad, que se refiere á la esencia intrínseca del ser, según las partes ó dotes con que Dios quiso disponer su naturaleza propia; y la bondad, que toca más inmediatamente á la finalidad del mismo, ó á la conveniencia de sus medios naturales para el fin de su existencia; con cuya idea se acompaña la apetibilidad del ser para la consecución de un fin. Por eso, entre las cualidades transcendentales, que son partes esenciales, primitivas y genuinas de belleza, propias de toda esencia realizada, extensivas á todos los órdenes y que forman el primer *substratum* de las cosas bellas, hállese la verdad y la bondad.

¹ «Omne pulchrum á summa pulchritudine est, quod Deus est; temporalis autem pulchritudo rebus decedentibus antecedentibusque peragitur» (I, I, q. 44).

² Cartas sobre educación.

³ I. c.

«No puede ser más cercano el parentesco que con la belleza, en su más remota simplicidad, tienen la verdad y la bondad, estas dos hermanas gemelas que se exteriorizaron y mostraron al mundo en el primer día de los tiempos con el acto creador del Supremo Artífice, quien, al complacerse en las obras que había hecho, las calificó de *muy buenas*, certificando así á la vez de su verdad y bondad, y por ende también de su belleza...

«Resulta de lo anterior: 1.º que las supremas normas y condiciones constantes *sine quibus non* de toda belleza, son las perfecciones cardinales y primordiales del ser — la verdad y la bondad — relacionadas cada una con nuestras respectivas facultades superiores; y 2.º que la nota específica, peculiar de la belleza, estricta y propiamente dicha, es el esplendor de dichas perfecciones, en que se complace nuestra naturaleza racional y se interesa nuestro sentimiento.»¹

Dios se definió á sí mismo: «Yo soy el que soy» (Ex. III, 14). Ser simplicísimo, fuente eterna de cuantas perfecciones vemos diseminadas en los seres, y aun de otros incomparablemente superiores; ser que existe por sí mismo, sin que nadie pueda igualarle; la unidad es condición esencial suya y ella lo es también de la belleza y de toda obra artística.

También descubrimos en Dios otra cualidad que lo es igualmente de la belleza: la variedad en la unidad. Dios es uno en esencia, pero trino en personas; es una substancia única, indivisible é inmutable, pero de asombrosa fecundidad y actividad. «En efecto», como lo dice un autor, «Dios se conoce necesariamente á sí mismo, y el término de este conocimiento es el Verbo ó el Hijo, imagen perfecta suya y esplendor de su substancia; mas, como no puede conocerse sin amarse, el amor mutuo y eterno que une al Padre con el Hijo, produce al Espíritu Santo, término igualmente eterno y divino de este amor... Así se revela y opera en el seno de Dios, por medio de la inteligencia y del amor divinos, este gran principio de toda belleza — la variedad en la unidad; Dios existe solo, inmutable: he aquí la unidad; Él se

conoce y ama, lo que da origen á un número prodigioso, innumerable de operaciones de inteligencia y de amor: he aquí la variedad que nace de la unidad. Pero, al conocerse y amarse, permanece siempre el mismo, una substancia única: he aquí la variedad vuelta á la unidad.»²

Como las criaturas visibles manifiestan la hermosura de Dios, encontramos realizadas en ellas las dos leyes antes mencionadas, leyes que deben observarse en toda obra artística. El mundo es á modo de espejo que refleja el poder, la hermosura y demás perfecciones divinas, y todo en él habla á los sentidos, al espíritu y al corazón. En los seres del Universo encontramos, en efecto, la verdad, la bondad, el orden, la unidad, la armonía, las proporciones, el feliz efecto de los contrastes, condiciones esenciales de la belleza y leyes inmutables de la misma; por lo cual, el artista debe en sus obras cumplir estas leyes y reunir esas condiciones, so pena de que, al violarlas, sean sus obras detestables. El artista, en una palabra, se ha de someter á lo establecido por Dios, y en la medida de la debilidad humana ha de obrar teniendo siempre á la vista la sabiduría y grandeza divinas, y procurando expresarlas é imitarlas.

En el hombre, sobre todo, se realizan las dos condiciones esenciales de lo bello: la unidad y la variedad en la unidad. Efectivamente, aunque compuesto de alma y cuerpo, los dos forman una sola persona. Su alma se halla dotada de inteligencia, con que se conoce á sí mismo y á los demás, y de voluntad para amar lo bueno; y estas dos facultades distintas é inseparables, son de su esencia; de modo que el alma no podría existir sin conocerse, ni conocerse sin amarse. Y, sin embargo, el alma es una substancia única é indivisible, y cuanto puede ser objeto de su actividad, como el trabajo, la ciencia, el arte, la virtud misma, entran en el dominio de la inteligencia y del amor.²

10. Esfera del arte y su destino.—Dos escuelas opuestas pretenden señalar al arte su esfera de acción. Para

¹ CARO L. E.

² *Migot*, Dictionnaire d'esthétique chrétienne.

³ Cf. Dictionnaire d'esthétique, y *Jousser*, Le beau idéal dans l'ordre naturel. CHERO-TURAS, Educacón. Ed. 2.

la una, la imitación es el todo en el arte; para la otra, la sola imitación nada vale en el arte. La primera se apasiona sólo de la *forma*; la segunda no ve en el arte sino la *idea*. Ambas escuelas son exageradas por lo absoluto de sus afirmaciones.

Es indudable que el artista ha de fundar sus concepciones en la naturaleza y que ha de procurar copiarla, pero no servilmente, sino idealizándola. Todos los objetos, inclusive los feos y desagradables en sí, adquieren cierto lustre y belleza con la imitación del natural, la que, como dice el Padre Ruiz Amado¹, es una de las más copiosas fuentes de placer estético, nacido de la inclinación ingénita que tiene el hombre á aprender; deleite puro, desinteresado y estable, además, por no fundarse en alguna indigencia natural que, con la satisfacción pueda saciarse, sino en una aspiración teórica é infinita; deleite nacido, en fin, de la belleza natural de los objetos cuya imitación se propone el arte.

«Nos agrada todo lo bien imitado, aunque sea feo y desagradable el objeto mismo que se imita», afirma Aristóteles; «pues no nos gozamos con éste, sino formamos un raciocinio coligiendo que éste es aquél; por donde venimos á aprender algo; y este placer, lejos de ser bajo, es de linaje nobilísimo.»² «El conocimiento intelectual proporciona deleites maravillosos, tanto por su pureza como por su duración», dice el mismo filósofo³. Esta pureza y estabilidad, así como la mayor perfección que atribuye él á los deleites que nacen del conocer, procede de que no se fundan en la satisfacción de alguna necesidad, observa el Padre Ruiz Amado. Organos á Aristóteles: «Hay deleites en la naturaleza que camina hacia su perfeccionamiento, y los hay en la ya perfecta y constituida en su natural estado. Del primer género son los que resultan de satisfacer alguna indigencia; pertenecen al segundo los de la vista, del oído y otros semejantes, y son más excelentes que los primeros..., principalmente los que nacen de conocer con el entendimiento.»⁴

¹ «La esfera del arte».

² Rhet. I, 1, c. 1.

³ Nicomach. I, 3, c. 7.

⁴ Mag. mor. II, 7. Citas todas del P. Ruiz Amado.

También otro escritor, el Padre Arteaga, apoyado en la autoridad del mismo filósofo, afirma que, si bien la imitación artística no cambia en lo más mínimo la naturaleza de los objetos, no sólo en sí, pero ni aun en cuanto representados, goza el alma al ver imitados los objetos, encontrando materia abundante sobre que ejercitar su facultad de juzgar y comparar¹. Pero si la imitación es un *baño sagrado que purifica la fealdad natural, convirtiéndola en belleza artística*, su poder (el de la imitación) no es omnímodo, á tal punto que «pueda ennoblecer lo malo ni lo positivamente feo, que contradice y repugna á la belleza, como repugna á la verdad la mentira, procurando ponerse en su lugar y usurpar sus derechos. En una palabra, la imitación puede prestar artística belleza á lo no bello y á lo simplemente feo, principalmente si es característico. Pero la fealdad repugnante y lo asqueroso necesita algo más que imitarse para legitimar su admisión en la obra de arte. Necesita ser vencido y reducido á ingrediente de las complejas emociones de lo trágico, lo terrible ó lo ridículo, para que pueda producir en el alma el deleite puro á que las artes aspiran.»²

Lo real y lo ideal forman el dominio del arte, y entrambos, debidamente combinados y auxiliándose mutuamente, contribuyen á la perfección de las obras artísticas; porque si la imitación, como acabamos de verlo, es fuente de placer, fundado en el ejercicio de nuestras potencias racionales, no ha de ser ésta muy servil y rastrera, hasta el punto de excluir toda inventiva del artista: á su vez, si la producción no se apoya en lo real, sino únicamente en la fantasía de aquél, carecerá de interés para nosotros, ó á lo sumo la miraremos como una creación antojadiza y ajena al mundo de la realidad.

La razón y la moral enseñan que el hombre en cada uno de sus actos ha de procurar el perfeccionamiento de sus facultades y la consecución del fin supremo á que ha sido destinado. La verdad es el objeto propio del entendimiento, y el bien el objeto también propio de la voluntad; y, como

¹ Cf. «Invest. filos. sobre la belleza ideal». Cita del P. Ruiz Amado.

² P. Ruiz Amado I. c.

estas dos facultades son las principales en el hombre, se deduce que nuestra actividad debe tender á la consecución de la verdad y á la posesión del bien.

El arte, que constituye una de las principales manifestaciones de la actividad humana, se halla sometido á esta ley; y, por lo mismo, su destino es hacer brillar en sus obras la verdad, reproducirla, ensalzarla, difundirla; y, al propio tiempo, inspirarse en el bien, propagarlo, hacerlo amable y no apartarse de sus preceptos. Oigámos al Padre Félix¹: «El ministerio del arte, su gran *misión social*, es perfeccionar la vida humana acercándola á su ideal, que es el mismo Dios. Elevar á los hombres atrayéndolos hacia las alturas; imprimir á la humanidad, por medio de un movimiento que viene de abajo, una dirección ascendente y una marcha progresiva, tal es la sublime vocación y la misión verdaderamente regia del artista.»

Esto se deduce también de la naturaleza y objeto propio del arte; pues, según el mismo autor, concurren tres elementos en toda obra artística, á saber: la contemplación de la belleza, el amor y la expresión de la belleza ideal.

A diferencia del filósofo y del sabio, que buscan é investigan la verdad, el artista expresa y crea la belleza, por cuanto da nueva forma á las obras que produce, á semejanza de la idea que de la misma belleza se forma y bajo la inspiración del sentimiento que de ella tiene. Al decir que el artista *crea* la belleza, debe entenderse la palabra en un sentido lato; porque, como dice Santo Tomás, no hay creación en las obras de la naturaleza y del arte, sino que se presupone algo para la operación de la naturaleza... Las formas comienzan á ser en acto, al formarse los compuestos, no porque ellas sean hechas *per se*, sino sólo *per accidens*. Así que la operación de la naturaleza no tiene lugar sino presupuestos principios creados; por lo cual se llama criatura lo que la naturaleza produce². «Si, el artista es creador», exclama el Padre Félix³, «á lo menos en cuanto es compatible la gloria

¹ Del objeto del arte y vocación del artista.

² Cf. *Metódica y Filósofo*, Ideas estéticas.

³ Conferencia sobre el objeto y naturaleza del arte.

de esta palabra con la debilidad del ser finito... Sin embargo, un abismo insondable separa las creaciones de Dios de las creaciones del hombre. Dios crea, al tiempo mismo en los seres que realiza, la substancia y la forma: el hombre crea la forma accidental en las obras maestras que produce; si bien por una y otra parte hay creación, es decir, manifestación de la belleza bajo una forma sensible, realizada por un poder creador.»

«El artista es un creador diminuto y participado que, con el mármol ó la madera, con los colores ó los sonidos, con los gestos ó las palabras, exterioriza una idea, un ejemplar concebido en su mente, como verbo finito y limitado, y que es el que mueve por manera secreta su mano en la producción del arte.»¹

Si tan noble es la misión del arte y del artista, debe éste tener una *vocación* especial y hallarse adornado de disposiciones adecuadas, sobre todo del genio del arte, sin el cual sus concepciones serán vulgares, frías y rutinarias, y no podrán despertar en el alma la aspiración á lo infinito, elevándola de las bajas regiones de la materia á las muy altas del mundo moral. Por esto, son muy pocos los verdaderos artistas, porque pocos pueden producir obras maestras, y pocos han recibido la chispa del genio, con la cual, sin prescindir de la realidad, se espiritualizan, en cierto modo, levantando el vuelo hacia lo ideal, con el intento de elevar los corazones, apasionarlos por lo grande, lo bello y lo divino, preservándolos de la plaga del sensualismo. «Expresar por medio de la energía del trabajo el ideal, que los ojos no ven y que con todo el corazón ama; es, como si dijéramos, apoderarse de la materia, comprimirla en cierto modo con la mano, á impulsos de la inspiración y del genio, para hacer que brote de ella la claridad del espíritu; trabajar más y más por alejar del esplendor de la verdad las obscuridades de la mentira, de la armonía del bien el desconcierto del mal, y de la genuina fisonomía de lo bello las formas de lo feo, y no significa una generosa lucha contra la decadencia de la vida, un

¹ *Altando*, De críticos y de crítica.

esfuerzo para elevarse á sí mismo y para elevar también á las generaciones que contemplan, admiran y aplauden lo que realmente es bueno y hermoso? Tal es, á no dudarlo, la civilizadora y delicada labor á que se dedica el arte.¹

11. El simbolismo en el arte.—La limitación de las facultades humanas y la consiguiente dificultad de adquirir nociones adecuadas de las verdades abstractas y sobre todo de los seres del mundo sobrenatural, obligan al hombre á emplear signos y figuras que representen de algún modo dichos seres y nos expliquen sus cualidades. El antiguo y el nuevo Testamento están llenos de figuras y parábolas relativas á Dios y á su doctrina; y Nuestro Señor mismo acudió á menudo á este medio para ponerse al alcance de la muchedumbre y hacerle comprender mejor la altísima y celestial enseñanza que trufa al mundo. Aun en el orden de las cosas humanas empleamos con frecuencia este medio para expresar los afectos del alma; y también nos servimos de él para representar la muerte, la eternidad, la gloria, el heroísmo, la caridad, la esperanza y otras entidades abstractas y sobrenaturales.

«Si el simbolismo», dice Ozanam², «es una ley de la naturaleza y una ley del espíritu humano, es claro que tiene íntimas relaciones con el arte; y si las religiones son necesariamente simbólicas, vienen á ser ellas el principio y la cuna de las artes... Lo que no es extraño; porque, si el hombre en todo necesita de signos que, precisamente por ser materiales, quedan siempre inferiores á su pensamiento, con mayor razón debe acontecer lo mismo cuando se propone hablar de Dios, de las cosas invisibles, de todas esas concepciones infinitas que la inteligencia entiende apenas, que vislumbra por un momento y pasan como relámpagos que el hombre quería mirar, pero que desaparecen antes que pueda comparar su expresión imperfecta con la idea misma que han deseado manifestar... Sin embargo, á pesar de esta impotencia, el ideal que el hombre persigue se deja entrever

¹ P. Félix, Del objeto del arte y vocación del artista.

² L'art chrétien.

con cierta especie de transparencia, y puede expresarlo y dárlo á comprender valiéndose de la poesía, de la pintura, de la escultura ó de otros medios que están á su alcance, á fin de obrar sobre los sentidos y comunicar á la inteligencia de otro lo que su inteligencia ha concebido.»

12. El ideal en el arte.—El ideal ocupa lugar preponderante en el arte. En efecto, aun cuando éste se apoye en la naturaleza y se proponga reproducirla, debe también *interpretarla*; pues la imitación servil empujece el arte y limita su vasto campo de acción. «Generalizar es idealizar», dice Gaborit: «el ideal de un objeto es la idea de su tipo.» «No hay duda», observa el Padre Félix¹, «que la naturaleza puede y debe servir de modelo al artista, pero para ayudarle á buscar más allá de ella un ejemplar más perfecto é inmutable, ejemplar que se cieme por encima de toda belleza pasajera y movable; esto es lo que en lenguaje artístico se llama el *ideal*.»

«A la manera que el alma, en sí misma espiritual é invisible, se refleja en el semblante é ilumina todo el exterior, del mismo modo resalta en las verdaderas obras de arte, á través de las envolturas de la forma sensible y material, un rayo de lo ideal, que es el que comunica á aquellas la verdadera belleza, en cuya contemplación nuestros ojos se recrean. Toda obra de arte, según esto, debe constar de dos elementos esenciales, á saber, el alma, ó sea su forma intrínseca ideal, y el cuerpo, ó sea la forma exterior sensible. Aquella la constituye la idea, ésta es la que ejerce su impresión en nuestros sentidos; y por eso se dice con razón que el artista crea con el espíritu y con las manos. Elevase sobre lo sensible, sin salir de su dominio, comunicando formas sensibles á lo que por su índole es insensible, siendo á un mismo tiempo, como dice Goethe, «señor y esclavo de la naturaleza». Es su esclavo, por cuanto el artista debe procurar imitarla, buscando en ella las formas que han de dar expresión á su idea; y es su señor, porque no se sujeta á imitar la naturaleza empírica ó sea tal cual en el estado pre-

¹ L. c.

sente se encuentra, sino que se remonta sobre ella, para contemplarla en sus más puros y primitivos modelos, tal como existía en el principio y como debía ser.»¹

Aun cuando el ideal inspira al artista y ejercita su numen creador, sus producciones, por hermosas y esmeradas que parezcan, siempre quedan inferiores al ideal, que es por esto el estímulo y al mismo tiempo el constante tormento del arte. Así como un observador, deseoso de contemplar más de cerca la bóveda celeste, sube á la cumbre de un monte, pero nota, á medida que asciende, que aquella se aleja más y más de sus miradas; también el artista, mientras más se esfuerza en expresar en sus obras la realidad, vista á la luz del ideal que la transfigura, nota que éste se oculta y como que se aparta de su lado, sin dejar por eso de inspirarle. Esto depende, según el Padre Félix², de que «el ideal es la perfección superior á cuanto admiramos en la realidad; algo más bello que todo lo más bello que aquí encontramos; belleza celestial cuya revelación recibe el alma en su más íntimo santuario y que el genio del arte contempla desde las más altas cumbres de su pensamiento, vuelto hacia lo infinito; el ideal que se revela á proporción del genio y que va alejándose y ofreciendo perspectivas tanto más profundas cuanto más se acercan á él con obras acabadas; el ideal, seducción eterna y eterno desencanto de las más nobles almas, que son tan impotentes para alcanzarlo como ardorosas para andar en pos de él».

13. El arte, para cumplir su misión, tiene que ser eminentemente religioso. — El arte tiene que ser eminentemente religioso, porque sólo la religión habla al artista de las cosas del cielo, de lo infinito, de lo sobrenatural; sólo ella presenta á su vista horizontes incommensurables y le enseña la caridad, el sacrificio y otras virtudes nobilísimas, que impresionan gratamente su alma y le hacen gustar, en alguna manera, las dulces y puras fruiciones del orden sobrenatural. Por esto, en la antigüedad y, sobre todo, durante la era cristiana, las obras artísticas más perfectas han sido

¹ Hettlinger, Timoteo.² L. C.

inspiradas por las creencias religiosas. «El espíritu que eleva es el espíritu religioso, emanación del espíritu que Dios comunica al hombre para llevarlo al cielo», dice el Padre Félix¹. «La religión presenta ante la mirada y las aspiraciones del artista, los amplios y radiantes horizontes de lo infinito y las perspectivas de lo invisible. Suprimid por un momento en el hombre de arte todo comercio con Dios, es decir, toda religión, y al punto se interpone una barrera de tinieblas que le cierra todas las comunicaciones que le facilitaban el acceso al cielo: un espeso muro le oculta la gran luz de lo inmortal y lo infinito: el ideal desaparece, como el sol que se esconde detrás de una nube, y el artista queda solo, encerrado en los oscuros límites de la naturaleza y del tiempo, como un preso en su calabozo. Por esto, apostatar de la religión es apostatar del arte mismo.» «Si el arte debe elevar al hombre, el arte religioso lo eleva más directamente y conserva desde su origen un recuerdo más ardiente y sublime, un sello magnífico de las huellas luminosas que las tradiciones han depositado en el hombre. El arte religioso pinta á grandes rasgos y de un modo glorioso el invencible recuerdo y la invencible esperanza de la humanidad; vela junto á la cuna y al sepulcro de Jesucristo, y, como San Juan, vela sobre la mujer y sobre la Virgen inmaculada que parece confiada á la guarda de sus manos. El arte religioso debe entrar en este mundo por la puerta oriental: debe vivir de luz y llevar del Edén al valle de Josafat, á través de la vida humana, la gloria de Dios como un manto de púrpura.»²

«De la religión tomó el arte los principios que le guían, y que son como el alma que vivifica sus obras. Por esto la teología, ciencia de la religión, no puede ignorar el arte. Desde sus principios estableció con él estrecha y firme alianza, estableciéndose entre los dos un íntimo y mutuo comercio. En la antigüedad fué el arte el padre de la religión; ésta en el cristianismo es madre de aquél. Esto es también lo que nosotros exigimos, unión firme y amistosa de la religión con el arte. Emanando ambos de Dios, deben, por necesidad

¹ «El hombre y el artista».² Ernest Hello, *L'homme*.

de su naturaleza, volver unidos á él, aunque su campo de acción sea muy distinto. Y así como todo lo que á la verdad sirve, sirve también á Dios, asimismo el arte genuino le sirve representando la belleza que de Dios se origina y á Dios debe conducir en último término.»¹

Tan benéfico es el influjo del espiritualismo cristiano en el arte, que el protestantismo, que es como rama seca desprendida de la verdadera Iglesia, «con el principio del libre examen», dice Menéndez y Pelayo², «derribó el arte de la serena altura del ideal religioso para reducirle á presentar obras donde el ideal se ha refugiado en los efectos del claro-oscuro. En literatura... basta decir que Ginebra rechazaba todavía en el siglo pasado el teatro, y que ni Ariosto, ni Tasso, ni Cervantes, ni Lope, ni Calderón, ni Camoens, fueron protestantes, y que hasta es muy dudoso que Shakespeare lo fuera.»

CAPÍTULO DÉCIMOCUARTO.

EL ARTE Y EL CRISTIANISMO.

1. El arte cristiano y el arte pagano. — 2. Superioridad del primero sobre el segundo. — 3. Influjo benéfico del cristianismo en el arte. — 4. Jesu-cristo, centro perenne del arte. — 5. Belleza del hombre, de la virtud y de la santidad; influjo de ésta sobre el cuerpo. — 6. La belleza corporal es peligrosa al hombre, en su estado actual. — 7. El arte debe acercarnos á Dios. — 8. Causas de la decadencia artística. — 9. Sólo el cristianismo puede restaurar el arte.

1. El arte cristiano y el arte pagano. — Dios, el hombre y la naturaleza forman el campo vastísimo en que el artista puede ejercitar su actividad; pero, como antes se ha dicho, el ideal es el móvil de las obras de arte, móvil que excita y fatiga las dotes del artista, quien jamás puede en sus creaciones llegar al término de sus ensueños y aspiraciones.

El ideal del arte, noble y fecundo, se halla en el cristianismo, porque sólo él comunica á las obras cierto sello sobre-

¹ Hettinger, *Yumoto*.

² «Los heterodoxos españoles».

natural y divino, á diferencia del ideal pagano que, de ordinario, se limitó á expresar la belleza sensible y muchas veces las miserias y pasiones humanas. Aun cuando no nos sea dado comprender á Dios, puede el artista, con la luz de la fe, vislumbrar sus perfecciones y trasladar, de algún modo, al verso, al lienzo y á la piedra la hermosura inefable de los atributos divinos. Con razón se ha dicho que el arte pagano es el triunfo de la forma, y el arte cristiano el triunfo de la expresión y de la idea. Basta citar, en prueba de esto, los cuadros de la Transfiguración, del Juicio Final, del Descendimiento, de la Comunión de San Jerónimo, muy superiores á las obras de Fidias y Praxíteles. «En el arte cristiano», dice Mons. Dupanloup¹, «tenemos tesoros incomparables, todo un mundo de obras maestras, de admirables creaciones, templos espléndidos completamente llenos de la Divinidad. El espíritu cristiano, pasando por el arte, lo elevó á un ideal lleno de belleza y castidad, le dió concepciones infinitas, tipos radiantes é inspiraciones divinas, y, después de ennoblecerlo de este modo, no renunció á unir en justa proporción la idea y la forma.»

«Si el arte es la expresión de lo ideal, envuelto y revestido en formas sensibles, de lo infinito mediante lo finito, y de lo divino y celestial mediante lo humano y terrestre, preciso es confesar que con el cristianismo comenzó en lo que toca al arte un nuevo periodo, tanto más alto y sublime cuanto que sus enseñanzas se encumbran sobre las de la antigüedad pagana. En efecto, el cristianismo nos presenta el mundo de la naturaleza tal como éste existía en los eternos destinos de Dios antes de ser corrompido por el pecado, y tal como aparecerá un día en su futura renovación, es decir, un nuevo cielo y una tierra nueva.»²

2. Superioridad del arte cristiano sobre el pagano. — Es innegable que el arte se elevó á grande altura en el paganismo, sobre todo en Grecia y Roma, que fueron el centro de la cultura del mundo antiguo. Estos dos pueblos, dotados de un delicado sentimiento estético, produjeron

¹ Cartas sobre educación intelectual.

² Hettinger l. c.

de su naturaleza, volver unidos á él, aunque su campo de acción sea muy distinto. Y así como todo lo que á la verdad sirve, sirve también á Dios, asimismo el arte genuino le sirve representando la belleza que de Dios se origina y á Dios debe conducir en último término.»¹

Tan benéfico es el influjo del espiritualismo cristiano en el arte, que el protestantismo, que es como rama seca desprendida de la verdadera Iglesia, «con el principio del libre examen», dice Menéndez y Pelayo², «derribó el arte de la serena altura del ideal religioso para reducirle á presentar obras donde el ideal se ha refugiado en los efectos del claro-oscuro. En literatura... basta decir que Ginebra rechazaba todavía en el siglo pasado el teatro, y que ni Ariosto, ni Tasso, ni Cervantes, ni Lope, ni Calderón, ni Camoens, fueron protestantes, y que hasta es muy dudoso que Shakespeare lo fuera.»

CAPÍTULO DÉCIMOCUARTO.

EL ARTE Y EL CRISTIANISMO.

1. El arte cristiano y el arte pagano. — 2. Superioridad del primero sobre el segundo. — 3. Influjo benéfico del cristianismo en el arte. — 4. Jesu-cristo, centro perenne del arte. — 5. Belleza del hombre, de la virtud y de la santidad; influjo de ésta sobre el cuerpo. — 6. La belleza corporal es peligrosa al hombre, en su estado actual. — 7. El arte debe acercarnos á Dios. — 8. Causas de la decadencia artística. — 9. Sólo el cristianismo puede restaurar el arte.

1. El arte cristiano y el arte pagano. — Dios, el hombre y la naturaleza forman el campo vastísimo en que el artista puede ejercitar su actividad; pero, como antes se ha dicho, el ideal es el móvil de las obras de arte, móvil que excita y fatiga las dotes del artista, quien jamás puede en sus creaciones llegar al término de sus ensueños y aspiraciones.

El ideal del arte, noble y fecundo, se halla en el cristianismo, porque sólo él comunica á las obras cierto sello sobre-

¹ Hettinger, *Yumoto*.

² «Los heterodoxos españoles».

natural y divino, á diferencia del ideal pagano que, de ordinario, se limitó á expresar la belleza sensible y muchas veces las miserias y pasiones humanas. Aun cuando no nos sea dado comprender á Dios, puede el artista, con la luz de la fe, vislumbrar sus perfecciones y trasladar, de algún modo, al verso, al lienzo y á la piedra la hermosura inefable de los atributos divinos. Con razón se ha dicho que el arte pagano es el triunfo de la forma, y el arte cristiano el triunfo de la expresión y de la idea. Basta citar, en prueba de esto, los cuadros de la Transfiguración, del Juicio Final, del Descendimiento, de la Comunión de San Jerónimo, muy superiores á las obras de Fidias y Praxíteles. «En el arte cristiano», dice Mons. Dupanloup¹, «tenemos tesoros incomparables, todo un mundo de obras maestras, de admirables creaciones, templos espléndidos completamente llenos de la Divinidad. El espíritu cristiano, pasando por el arte, lo elevó á un ideal lleno de belleza y castidad, le dió concepciones infinitas, tipos radiantes é inspiraciones divinas, y, después de ennoblecerlo de este modo, no renunció á unir en justa proporción la idea y la forma.»

«Si el arte es la expresión de lo ideal, envuelto y revestido en formas sensibles, de lo infinito mediante lo finito, y de lo divino y celestial mediante lo humano y terrestre, preciso es confesar que con el cristianismo comenzó en lo que toca al arte un nuevo periodo, tanto más alto y sublime cuanto que sus enseñanzas se encumbran sobre las de la antigüedad pagana. En efecto, el cristianismo nos presenta el mundo de la naturaleza tal como éste existía en los eternos destinos de Dios antes de ser corrompido por el pecado, y tal como aparecerá un día en su futura renovación, es decir, un nuevo cielo y una tierra nueva.»²

2. Superioridad del arte cristiano sobre el pagano. — Es innegable que el arte se elevó á grande altura en el paganismo, sobre todo en Grecia y Roma, que fueron el centro de la cultura del mundo antiguo. Estos dos pueblos, dotados de un delicado sentimiento estético, produjeron

¹ Cartas sobre educación intelectual.

² Hettinger l. c.

obras notables en pintura, escultura, música y poesía; es decir, en todo lo que pertenece al dominio del arte.

Pero si del arte puede decirse lo que De Bonald dijo de la literatura, que es la expresión de la sociedad; indudablemente influyen de modo eficaz en las producciones artísticas las creencias, las aspiraciones y afectos de quienes se dedican a su cultivo. «Por esto existe», dice Jouve¹, «una diferencia radical entre el arte cristiano y el arte pagano. En éste predomina la belleza de la *forma*, unida algunas veces a una alta expresión moral, en cuanto podía alcanzarla el paganismo. Este es el *bello ideal natural*, que comprende la belleza física y la moral antigua idealizadas, si bien tomando por punto de partida el orden natural. En el arte cristiano, por lo contrario, predomina la inspiración sobrenatural, mística, celeste, divina, que sólo el cristianismo podía revelarnos; predominio de tal modo sensible, que la carne, participando en sí misma de esta transformación divina, tiende sin cesar a *espiritualizarse*. He aquí por qué el bello ideal divino ó sobrenatural explica convenientemente las condiciones esenciales del arte cristiano que, sin desdeñar la belleza de la forma, se eleva sobre ella, por encima de este mundo terrenal y material, para ir á descubrir en los esplendores del Verbo esos tipos de bondad y belleza que Él ha venido á revelarnos, al comunicarnos directamente la verdad y la vida que posee en toda su plenitud.»

«El arte pagano», dice el ya citado Padre Félix², «á pesar de sus maravillas, que son incontestables, dada la esfera en que pudo girar, deja ver á las inteligencias iluminadas por luz superior, una laguna, un *desideratum* que toda la gloria de sus artistas no pudo llenar y que el genio mismo no podía suplir: me refiero á la carencia de todo lo que podía difundir alguna luz acerca del porvenir en las creencias del presente... De aquí procede el que, por regla general, se nota en las artes de Grecia, á pesar de la pureza de las formas, de la elegancia, de los movimientos, de la majestad, de las actitudes y de una ejecución tan acabada como era posible,

¹ Le beau idéal naturel ou divin.

² «El arte y el cristianismo».

al traducir lo finito, lo material y lo visible, la desaparición casi completa de lo espiritual, de lo invisible y de lo inmortal. Era aquel arte la expresión de la belleza exterior, llevada tan lejos como era posible llevarla; pero nada más que de la belleza exterior. Era la belleza plástica del cuerpo humano y el esplendor de la naturaleza helénica con toda la perfección que podía darle la mano del hombre. Pero en ese cuerpo lleno de líneas tan puras, de un modelado tan gracioso, no había nada del cielo, nada de lo inmortal, como en el arte cristiano; y aun muchas veces nada de esa belleza moral que descubre el espíritu al través de la materia, y que presenta la figura humana como el brillante relieve de un alma grande ó de un corazón noble.»

«El arte antiguo representa y expresa lo bello, pero solamente lo bello sensible: el cielo poblado de resplandecientes estrellas, la mar rugiente y borrascosa, la campiña sonriente, el mundo de los animales, lo bello humano, donde con vivos colores se reflejan el alma, la libertad y el sentimiento con toda la serie de fenómenos de la vida interna á través de la forma sensible, expresando la felicidad ó el dolor... Pero al arte cristiano se presenta un nuevo mundo, un reino sobrenatural y suprasensible, grande, sublime y elevado en las figuras de Jesucristo y de sus Santos: un mundo interior con todos aquellos motivos que más influjo ejercen en el corazón humano, haciendo vibrar en él los más variados sentimientos, lo mismo el de la culpa y de la contrición, que el de júbilo y entusiasmo por su reconciliación con la Divina Majestad... El cristianismo se muestra en forma plástica é histórica en la Iglesia, y por lo mismo podemos considerar el arte eclesiástico como la cima y perfección de todo arte, tanto más cuanto que, derivándose de la liturgia sagrada y de la fe, es á la vez un arte esencialmente popular. Podemos, pues, gloriamos de poseer en la Iglesia católica, y en grado infinitamente superior, lo que el arte griego de los mejores tiempos poseía, esto es, la expresión de la creencia común.

«El objeto del arte pagano era el mito, mientras que el del arte cristiano es la historia, es decir, la vida y hechos de Jesucristo; y alrededor del Salvador se descubren, como

en resplandeciente corona, un gran número de nobilísimas figuras, distintas entre sí por su edad, sexo y carácter, pero todas glorificadas en la luz divina... El arte cristiano es también eminentemente popular, pues su cincel y sus colores reproducen aquello que vive en el alma de cada uno, del niño lo mismo que del anciano, del pobre como del que se sienta en elevada trono: a todos habla una lengua que todos comprenden; puesto que el arte procede de los fundamentos íntimos de la vida del pueblo, que son la fe y la religión... De este modo la casa de Dios es al mismo tiempo una verdadera galería artística, donde a la contemplación del pueblo se exponen las imágenes más nobles, imágenes que él comprende, que le alegran, entusiasman y edifican; mientras que nuestros modernos museos, especíes de osarios llenos de miembros artísticos arrancados del lugar donde el arte los colocara, y dislocados del todo orgánico que componían, y donde al lado de una *Pieta* se destaca una *Venus*, no ejercen una impresión armónica ni sobre nuestros sentidos ni sobre nuestro espíritu, pudiendo servir todo lo más como objeto de estudio, para el artista y el arqueólogo.

«El arte antiguo representaba a sus dioses bajo formas exteriormente bellas, pero siempre como hombres y a lo más de un rango más elevado en la misma categoría, es decir, más bellos y robustos que los demás, pero como los otros mortales, con sus sentimientos y pasiones del todo humanos. El cristianismo, por el contrario, en las mismas producciones del arte despega al hombre de la tierra y dirige sus miradas hacia el cielo. El hombre, en él, no es como en la mitología hijo de los dioses é igual á ellos en naturaleza y nacimiento; su Dios tiene asentado su trono sobre las nubes, es el poderoso Hacedor de todas las cosas y del hombre mismo, y de Él recibe éste el aliento de la vida y de la gracia. Esta es la razón por la cual el arte cristiano procura no acentuar tanto como el antiguo la belleza de las formas. No la rechaza, en verdad, pero frente á lo esencial para él, la belleza interior del alma, es aquella otra un factor secundario... La misma forma bella no tiene importancia para él sino en cuanto á través de ella se revela

algo más profundo é interior, el sople divino que parece animarla.»¹

3. Influjo benéfico del cristianismo en el arte. —

Como el arte es la expresión de la belleza ideal, ha experimentado el benéfico influjo del cristianismo, quien le franqueó, por decirlo así, las puertas del mundo sobrenatural y le hizo vislumbrar las magnificencias divinas. El dogma, la moral y el culto católico hablan á la inteligencia y al corazón del artista, son fuente inagotable de belleza moral, estimulan su genio y engendran sus mejores producciones. Compárense las pinturas y esculturas más notables de la antigüedad con las de los artistas cristianos: los monumentos más grandiosos del gentilismo, como el Partenón de Atenas y el Coliseo de Roma, con las catedrales de San Pedro en Roma y la de Colonia: otejese la música pagana, ruidosa, enervante, provocativa, con los acordes dulces, tranquilos, puros de la música cristiana; y nos convenceremos de que el cristianismo ha influido eficazmente en el progreso del arte, lo ha elevado desde las bajas regiones del mundo material hasta la placida cumbre en que se asienta el trono de Dios, lo ha transformado por completo é impreso sello espiritual y divino en sus obras.

«El cristianismo», dice el Padre Félix², «tiene la incomparable ventaja de asentar en la inteligencia del artista, con su doctrina definida, certidumbres que excluyen todo escepticismo; y de ofrecer al genio artístico visiones sobre las cuales no permite á la duda difundir sombra alguna. En efecto, el artista cristiano colocado frente á los horizontes que la fe le descubre, cree en la verdad que brilla á su inteligencia, como crece en la luz del sol que brilla ante sus ojos, y se esfuerza en hacer del arte el órgano armonioso y el brillante intérprete de la fe... El arte cristiano ha creado figuras en que lo invisible se muestra aun más que lo visible, figuras que profetizan y muestran, al través de las sombras de esta vida fugitiva, la misteriosa luz de la vida permanente. Él ha comunicado á cuerpos muertos algo que manifiesta señales de vida, les ha dado rostros que parecen sonreírse

¹ Hettlinger, l. c.

² «El arte y el cristianismo».

ante la visión de los esplendores beatíficos, frentes que buscan el cielo y labios que se abren en cierto modo para cantar con los ángeles los himnos del paraíso celestial... En esas estatuas de nuestros ilustres antepasados, inspiradas por el cristianismo, ¡cuántas irradiaciones del alma se notan desde luego, cuántos rayos de inmortalidad, cuántos presentimientos del porvenir, cuántos movimientos de esperanza, cuánta expresión de lo invisible, de lo infinito! ¡Cómo embellece allí el espíritu al cuerpo, cómo se ve la eternidad reposando en sus frentes, cómo el cielo brilla en sus ojos, y, en fin, cómo los envuelve, los reviste y transfigura lo inmortal, lo infinito y lo divino!

4. **Jesucristo, centro perenne del arte.** — La persona adorable de Jesucristo es, no sólo el centro de la humanidad y de la historia, sino también de la ciencia y del arte. Reuniendo, en efecto, en sí, en unidad de persona, la naturaleza divina y la humana, es el prototipo de la perfección moral, la fuente de la verdad; el centro perenne del arte. *Flor del cielo, insertada en un tronco de la tierra*, al decir de un escritor, todos los seres participan de su belleza, la que, conmoviendo en el fondo del alma humana la fibra delicada de los afectos castos y celestiales, ha producido obras admirables en que se encuentran a la vez todos los encantos de la hermosura con todas las ternezas del amor divino.

En cuanto Dios, tiene Jesucristo todos los atributos divinos; en cuanto hombre, *es el más hermoso de ellos*, el modelo de la santidad y el tipo de esa perfecta *rectitud* que Dios concediera a los progenitores de la humanidad, antes del pecado. Nuestro Señor es *camino, verdad y vida*¹, para los hombres y los pueblos, y durante su asistencia mortal les enseñó, con la palabra y el ejemplo, la manera de servir a Dios y de merecer el cielo. No hubo virtud que no practicara, ni miseria de que no se compadeciera, ni necesidad que no remediara; por lo que se dice de El, que pasó por el mundo *haciendo el bien y aliviando a los oprimidos*².

¹ Io. XIV, 6.² Act. X, 38.

La gravedad y dulzura de su fisonomía, su celo por la gloria de Dios, su entereza ante los grandes del siglo, su tierna solicitud hacia los pobres, los enfermos y los niños, la doctrina admirable que enseñaba, ese cúmulo, en fin, de cualidades que ejercían sobre las muchedumbres un influjo avasallador, manifestaban que Jesús era hijo de Dios, el Mesías prometido, el Redentor y Regenerador del hombre; y, tras el velo de la naturaleza humana, se vislumbraban en su rostro las perfecciones divinas y los goces inefables de la visión beatífica.

«En Jesucristo apareció puro cuanto de divino y bello encierra la naturaleza humana, presentándonos al perfecto hombre ideal; en él se cumplió lo que la filosofía griega tanto deseaba, esto es: hacer del hombre un ideal de belleza. Desde ese momento, el deber más grato y más sagrado del arte debe ser representar a éste, ofrecer a los ojos y al corazón un mundo nuevo espiritual, libre de error y de pecado, agradar y entusiasmar al mismo tiempo. Cumpliendo esto, será el arte un sacerdocio, y el santuario de la religión se convertirá por este medio en sagrado santuario del arte.»¹

Los tipos de belleza que tuvo el arte antiguo, fueron únicamente humanos; pero con la venida de Jesucristo se descorrieron los cielos, y la hermosura del Verbo de Dios se mostró al mundo, si bien velada por nuestra naturaleza. Ya se comprenderá cuánto ha hecho progresar al arte este acontecimiento sin igual en los anales del mundo, y cómo desde entonces pudieron los artistas expresar, en lo posible, en sus obras, las perfecciones divinas y ese misterioso cambio que la virtud opera en la fisonomía misma del hombre. Con razón dice el Padre Félix² que «el cristianismo es el *genio del arte*; porque él transformó el alma humana, y, sin rechazar los tipos de belleza creados por la cultura Griega, nos presentó el verdadero tipo de belleza, oculto tras densa nube para la humanidad pagana; tipo inalterable y eterno, que el genio antiguo apenas alcanzó a vislumbrar al través de espesas sombras: este tipo es el Verbo increado, imagen de la substan-

¹ Heitinger I. c.² Del objeto y naturaleza del arte.

Centro-Torral, Edición. Ed. a.

cia del Padre, que ha podido decir al bajar de los cielos, para mostrarse á la tierra: *el ideal soy Yo...* Por esto, nunca se llegará al punto culminante de la creación artística, á pesar de la habilidad de los métodos y de la perfección de los procedimientos, si no se infunde á las obras de arte un reflejo de la belleza divina, por la cual son bellas todas las cosas y sin la cual no puede existir nada bello ni en la naturaleza ni en el arte.¹

Así como Dios es el principio y fin último de cuanto existe, así el hombre es el centro de la creación, dice el Padre Boleslavo. La belleza debe, pues, proponerse por su parte relacionar á todos los seres con Dios, por medio del hombre. Este descubre *el ideal* se realiza en el Hombre-Dios, en quien se juntaron, en unidad de persona, la naturaleza humana con la divina, la belleza creada con la belleza increada, cumpliéndose lo que dijo San Pablo: «Todas las cosas son vuestras (del hombre), vosotros sois de Cristo y Cristo es de Dios, su Padre.»² «Cuando ya todas las cosas estuvieren sujetas á Dios, entonces el Hijo mismo quedará sujeto, en cuanto hombre, al que se las sujetó todas, á fin de que en todas las cosas todo sea de Dios.»³

5. Belleza del hombre, de la virtud y de la santidad; influjo de ésta sobre el cuerpo.— Entre los seres del mundo visible corresponde el primer lugar al hombre, por haber sido creado á imagen y semejanza de Dios. Todo en él manifiesta superioridad y grandeza: los ojos revelan el *señal á espíritu de vida que Dios inspiró en su rostro*.⁴ La frente levantada en señal de poderío, la cabeza erguida, en cuyo interior bulle el pensamiento; el corazón sensible y generoso que se commueve á impulso de nobles afectos; la fisonomía grave y expresiva; el andar mesurado y majestuoso; la voz sonora y melodiosa; la actitud digna y atraente; todo, en fin, manifiesta en el hombre que su alma *no es hija de la materia sino del fondo mismo de Dios*; que es un *microcosmo*, ó sea, espejo fiel y resumen completo del Uni-

¹ 1.º Cor. III, 22, 23.

² Gen. II, 7.

³ 1.º Cor. XV, 28. Cf. Boileau, *Le beau*.

verso, el lazo de unión entre éste y su autor, el tipo é ideal de la belleza creada.

Mientras los otros seres reflejan exteriormente con mayor ó menor brillo la hermosura de Dios, que los sacó de la nada, sólo el hombre manifiesta á los demás y encuentra en el fondo de su alma, el tipo mismo de la eterna belleza, y de este tipo deriva el pensamiento generador de las creaciones artísticas más maravillosas. En efecto, cualesquiera que sean en las artes los progresos relativos y las transformaciones diversas, cuyas causas tan variadas nos enumera la historia, ellas han sido siempre regidas por ciertos principios fundamentales que no fueron descubiertos por nadie, sino grabados por Dios en la naturaleza humana.

«El hombre es un ser complejo, intermediario entre Dios y los otros seres visibles, en contacto con éstos por su cuerpo, pero superior á ellos y en relaciones con Dios por el alma, creada á su imagen. El hombre está sujeto al supremo Artífice, cuyos toques reconoce, ya en sus facultades interiores, ya en esa larga serie de bellezas visibles, repartidas en la inmensa escala de la creación, y que, desde las inferiores hasta las superiores, tienden á Dios.»¹

El espíritu humano, dice San Agustín, al juzgar de las cosas visibles, fácilmente se reconoce superior á ellas; mas, obligado por su imperfección y por las lecciones de la experiencia, á confesarse mudable, encuentra sobre sí á la Verdad inmutable, y al adherirse á ella se siente feliz; porque encuentra en su interior al Creador y Señor de todas las cosas visibles, en las que se interesa sólo en cuanto con su belleza exterior le descubren en algún modo la incomparable hermosura del supremo Artífice.²

Quando el hombre ejerce su actividad conforme al dictamen de la recta razón y á las leyes divinas, cada uno de sus actos tiene una belleza y atractivo particular, que justifican su glorioso título de rey de la creación. Muy lóables y hermosas son las conquistas del talento y del genio y sus triunfos sobre

¹ *Jeune, Le beau idéal dans l'ordre naturel.*

² Cf. I, I, q. 55. Cita de *Jeune*.

la naturaleza; pero de mayor mérito son los esfuerzos y sacrificios empleados en restaurar el orden violado por la culpa, y en recuperar el imperio de sí mismo, mediante el ejercicio de la virtud. Esto último exige gran valor moral y constancia á toda prueba; porque más fácil es conquistar reinos y empuñar el cetro del saber, que conocerse y vencerse á sí mismo, para ascender á la áspera cumbre de la perfección cristiana.

«El trabajo del espíritu», dice Gaborit¹, «las tristezas y luchas morales que contribuyen poderosamente á engrandecer el carácter, cuando son soportadas con firmeza y valor, todos esos combates interiores dejan profundas huellas en el rostro, lo marchitan y descolorean; pero, por entre esas arrugas resplandece la belleza moral, la verdadera belleza; y de cada una de esas nobles cicatrices parece brotar una luz apacible que forma como una aureola en torno de esas fisonomías dignas de todo nuestro amor.»

¡Cuán hermosas y encantadoras son la virtud y la santidad, aun humana y estéticamente consideradas! ¡Cómo transforman al hombre, le hacen amable y dejan en pos de sí algo como un perfume celestial! «La belleza que la virtud comunica al rostro del hombre», dice el mismo autor², «lejos de borrarse con los años, se acrecienta diariamente y aparece con un brillo más seductor, á pesar de las injurias de la edad. Á través de esas facciones debilitadas por el paso del tiempo, vemos brillar, para nuestro consuelo y alegría, la hermosura de un alma que no ha envejecido y se ha enriquecido con las virtudes.» «¡Oh rostros de los santos!» exclama el Padre Lacordaire, «dulces y vigorosos labios acostumbrados á invocar á Dios y á besar la cruz de su Hijo; miradas apacibles que descubris un hermano en la más pobre criatura; cabellos ennegrecidos por la meditación de la eternidad; virtudes preciosas del alma, que resplandecéis á través de la ancianidad y de la muerte, ¡felices los que os han visto! y ¡más felices los que os han comprendido, y recibido de vuestros labios lecciones de sabiduría é inmortalidad!» «Las almas

¹ Le beau dans la nature et dans les arts.

² L. c.

de los santos son bellas», añade el Padre Félix¹, «con la belleza de Jesucristo, que es el ideal de la humanidad; y por tanto son bellas con toda la belleza humana hermoceada por el reflejo de la belleza divina.»

El arrepentimiento, á modo de baño saludable, limpia el alma de las manchas de la culpa, la fortifica y le devuelve la perdida belleza moral. El hombre, aunque haya soportado por algún tiempo el humillante yugo del vicio, si logra sacudirlo, si se abraza de la cruz de Cristo, si entra de lleno en la senda de la virtud y practica el bien; se rehabilita por completo, manifiesta energía de carácter y recobra, con la amistad de Dios, la hermosa interior del alma. «Por antiguas, por arraigadas que sean las huellas del pecado en los reductos misteriosos del cuerpo, el alma auxiliada por la gracia y fortalecida por la penitencia, puede borrarlas lentamente y sustituirlas con los vestigios reparadores de la virtud», dice el elocuente Padre Lacordaire². «Entonces aparecen en la fisonomía esas iluminaciones singulares que se abren camino por entre las huellas oscuras del vicio. El alma, después de haber purificado sus regiones interiores manchadas por el crimen, difunde en la frente del hombre cierta luz placida y serena, que perciben aun los que no la conocen ni aman. Las sombras del pecado desaparecen ante el esplendor de la virtud, y lo que todavía queda de las debilidades de la carne, es sólo un resto de la flaqueza humana, fortalecida ya y reparada por la gracia de Jesucristo.» El cuerpo mismo impelido por el movimiento benéfico de la virtud, se torna, por decirlo así, más ligero, se espiritualiza en cierto modo y desprende de los bienes presentes, para aspirar únicamente á los eternos, á semejanza del ave que permanece cortos momentos en la tierra y se eleva luego á las alturas. Á medida que el cuerpo se hace menos pesado y material, el rostro experimenta una transformación maravillosa, haciéndose más noble, más luminoso, más transparente en una palabra, más bello³.

¹ «El arte y el cristianismo».

² Conferencia 48.

³ Cf. P. Félix l. c.

Y, si la belleza puede recobrar su brillo aun en un alma culpable, mediante el baño de la penitencia, ¡qué esplendor no tendrá en un hombre, bien dotado por la naturaleza, que consagra su vida entera á la práctica de la virtud y entra de lleno en la senda del deber, desde que tiene conciencia de su libertad, para seguir por ella con inflexible constancia? ¹ Es indudable que la belleza moral engrandece al hombre y ocupa la más alta cumbre de la belleza creada. Tarde ó temprano, dice Vauvenargues, no gozamos sino de las almas. ¡Y cuán hermosa será esta belleza espiritual de la rehabilitación, cuando por la de un solo pecador que se arrepiente, hay más fiesta en el cielo que por noventa y nueve justos que no tienen necesidad de penitencia! ²

6. La belleza corporal es peligrosa al hombre, en su estado actual.—Consta el hombre de alma y cuerpo, íntimamente unidos, que influyen entre sí con eficacia. En el estado de inocencia, entrambos procedían de acuerdo y en perfecta armonía; pero ésta desapareció con el pecado; y desde entonces hay lucha entre el espíritu y la carne, «siendo teatro de esta lucha», según el Padre Ruiz Amado, «el campo de las emociones estéticas. El alma que siente violados á cada paso sus derechos por la insaciabilidad con que busca el cuerpo sus deleites, reclama la amortiguación de estas facultades. El cuerpo, que nada alcanza en las especulaciones del espíritu, ambiciona los placeres sensibles hasta el embrutecimiento.»

En esta triste situación del hombre le es indispensable, para mantener el predominio del espíritu sobre la materia, tener á raya el cuerpo con sus concupiscencias; por lo que no debe darles pábulo con la contemplación de aquella belleza sensible, fácil de excitar el apetito y de inclinar al hombre á placeres vedados.

«Si bien la emoción estética levanta en cierto modo la porción sensible del compuesto humano á la esfera en que vive connaturalmente la porción superior; pero puede, por el contrario, dar á la sensualidad un triunfo vergonzoso cuando

¹ Cf. *Gobernador* 1. c.

² Luc. XV, 7.

los deleites estéticos se enlazan con los goces materiales, y el sentimiento encendido y vehemente se sumerge y confunde en el cieno de la sensación orgánica.

«El arte tiene, pues, un poder inmenso, así para conspirar al equilibrio, como para exacerbar el desequilibrio entre las dos porciones del compuesto humano; poder que se olvida frecuentemente en las disensiones casi siempre apasionadas sobre la finalidad del arte.» ¹

Como antes se manifestó, el cultivo del arte se funda en una de las inclinaciones íntimas de nuestro ser, en la tendencia á lo bello; mas no debe olvidarse que, á causa de la culpa original, sufrió el hombre notable menoscabo en sus dotes y cualidades, y experimentó, sobre todo, la rebelión de los apetitos contra la razón, y de ésta contra Dios. Por lo cual el hombre es una mezcla de grandeza y pequeñez, de heroísmo y de miseria, de acciones nobles y depravadas. El arte debe propender al engrandecimiento del hombre, someterse á las leyes de la moral y no contrariar nuestro fin último; para lo que ha de ahogar los bajos instintos de la naturaleza, enaltecer la virtud, deprimir el vicio, procurar, en fin, en sus obras el triunfo del alma sobre la materia, de la belleza espiritual sobre la sensible. En caso contrario, el artista viola las prescripciones de la moral.

Como facultad cognoscitiva, la inteligencia percibe la belleza, y ésta, á su vez, obra sobre las potencias afectivas del alma, despertando en ellas la admiración y el amor á lo bello, amor que, según sea bien ó mal dirigido, es saludable ó perjudicial al hombre. Á causa de las dañadas inclinaciones que el pecado dejó en él, la belleza corporal, que en sí nada tiene de malo, no debe ser presentada á nuestras miradas sino con las precauciones y reservas que exige nuestra situación actual. El arte debe procurar el mejoramiento y no la perversión del hombre; debe hacerle gustar la fruición pura y deliciosa de la belleza, prescindiendo de cuanto puede excitar los apetitos sensuales; debe, en fin, no apartarse de las leyes morales, so pena de convertirse en instrumento de ruina.

¹ P. Ruiz Amado, *El arte por la armonía*.

El arte se degrada y envilece cuando se pone al servicio de pasiones innobles y coloca su ideal en lo que un escritor llama la exhibición y el triunfo de la desnudez. Grande es el poder del arte, pero grande también la responsabilidad que impone.

«El arte religioso del cristianismo rechaza la desnudez, guiado no solamente por motivos de un orden moral y religioso, sino por su deseo sincero de reducir el arte á sus antiguos derroteros clásicos. Y en efecto, la circunstancia de hallarse el cuerpo cubierto, hace que la vista del observador se fije sobre todo en la cabeza, donde precisamente habita el espíritu y donde con mayor energía se refleja la acción del alma, siendo además un hecho que la belleza plástica del cuerpo resalta más todavía á través de los artísticos pliegues del vestido... Ni aun en el arte profano veía el cristianismo con buenos ojos la desnudez; en lo que tenía perfecta razón, aunque sólo se considere la obra artística desde el punto de vista estético; y de este parecer fueron también los más aventajados genios de la antigüedad pagana: Platón y Cicerón. El arte, si ha de llenar su misión, debe ennoblecer y educar, haciendo que el alma se embellezca con la contemplación de las obras bellas de arte, como dice Sócrates. Que no para que hagamos de él un objeto de vanidad, dice Platón, nos concedieron los dioses el arte, sino para ordenar los movimientos desordenados del alma, y dotarla de cierta armonía. Ahora bien, el placer sensual, á cuyo servicio diríase que se ha puesto el arte moderno, en su lamentable decadencia, no parece el medio más adecuado para fomentar esta armonía de que habla el gran filósofo... La exhibición de la desnudez en la escultura antigua pertenece al período de decadencia del arte, que corre parejas con la decadencia en las costumbres. La inmoralidad corrompió el arte, y éste á su vez, después de corrompido, vino á ser el más funesto estimulante de aquella; pues, por regla general, cuánto más carnal es el hombre tanto más sensual resulta en sus obras el arte.»¹

¹ Helldinger 1. c.

Por esto el verdadero artista, el artista honrado y creyente, no da cabida en sus obras á lo que pudiera servir de incentivo al vicio ó de piedra de escándalo á los demás; y si admite en sus producciones la belleza material y sensible, cuida de presentarla con decencia, haciendo resplandecer principalmente la belleza moral, ó procurando, por medio del contraste de los caracteres, el enaltecimiento de la virtud y la humillación del vicio. «El alma que siente la llama de la inspiración», dice á este propósito Mons. Dupanloup¹, «debe poner su ideal al amparo de la pureza, para que, depurada la sensibilidad y encaminada hacia Dios, sea el resorte de la vida interior, el principio de los grandes enardecimientos de la abnegación, la inspiradora de la fe y de la virtud.»

«En el cristianismo, el gusto estético no constituye el único ni siquiera el principal objeto del arte, sino que lo que éste sobre todo pretende, es la educación, el ennoblecimiento y santificación del que sus obras contempla. Representa, sí, sus concepciones bajo forma sensible, pero elevando al mismo tiempo la consideración hasta la esfera de lo suprasensible: imita á la naturaleza, pero trasladándola al dominio de lo sobrenatural: toma sus motivos de las cosas criadas y de la historia sus figuras, pero hace que las contemplemos á la luz de la redención, difundiendo en ellas no solamente cierta claridad superior estética sino también cierta belleza real, que se deriva del mismo espíritu superior que las anima. El hombre y toda la creación son la obra artística de Dios, pero enervada por el pecado y oscurecida por la pena y el dolor. Desde tiempos antiguos anhelaba por la redención, y ésta la encontró solamente en Jesucristo. Es, pues, el principal deber del arte cristiano expresar y representar la belleza ideal de las cosas y del hombre en el estado de la inocencia, y presentar, ante el cuadro corrompido de la vida, el espejo de lo ideal y perfecto.»²

7. El arte debe acercarnos á Dios. — La naturaleza es fuente de inspiración para las creaciones artísticas y un

¹ 1. c.

² Helldinger 1. c.

libro abierto en que el hombre, sobre todo el de genio, descubre hermosuras que revelan la omnipotencia y sabiduría divinas. El mundo físico con sus encantos y armonías, con sus panoramas, ora apacibles y tranquilos como el de una campiña, ora sombríos y aterradores como el del mar agitado por la tempestad, despierta afectos religiosos en el alma del artista y le estimula a expresar en sus obras tanta grandeza y magnificencia. Pero, si el Universo, con mudo lenguaje, eleva un himno de alabanza a Dios, con mayor razón el artista debe emplear su numen creador en ensalzar al Autor de tantas maravillas y en contribuir á que los seres racionales le agradezcan tan inmensos beneficios. El arte tiene que ser esencialmente religioso, si quiere cumplir su nobilísima misión; tiene que acercarnos á Dios, y su principal mérito consiste en ser un lazo de unión entre Dios y la criatura.

«Todo arte bello debe servir, según la expresión de Aristóteles, para purificar al alma, representando el mundo ideal, es decir, el estado primitivo del mundo y del hombre, para que de este modo y ante la contemplación de un ideal bello, podamos levantarnos de lo común y sensible hasta la concepción de una vida pura, y desligarnos, primeramente en imagen y en la fantasía, de los lazos del pecado, de la muerte, y de todo lo que es caduco. Con el auxilio del arte, nos libramos de la ordinaria realidad, refugiándonos, por decirlo así, en aquel reino ideal que el hombre poseía en la inocencia del paraíso, cuando todavía no habían rasgado su pecho la división y la lucha. Y he aquí que también el arte viene á ser un recuerdo del paraíso perdido, un prisionero y una como anticipación de la otra vida, donde no se conocen el llanto ni el dolor.»¹

8. Causas de la decadencia artística.—Por desgracia, el materialismo ha invadido el terreno de la estética, y por eso la escuela realista no admite más belleza que la que impresiona los sentidos, esto es, la belleza de las formas, la belleza desnuda. Mas, para quien admite que el hombre no se confunde con la bestia y que sus facultades y aspira-

¹ *Hettinger* 1.º c.

ciones le elevan, por encima de los goces de la materia, á la contemplación del mundo espiritual y hasta el cielo místico, semejante teoría debe ser reprobada, por empujarse y aún depravar al arte. Admirémos, en buen hora, el encanto de la hermosa física; pero ésta ha de servirnos de escalón para subir á la belleza moral, y jamás admitamos que la voluptuosidad es inseparable de la belleza; puesto que el concepto de lo bello, espiritual como es, depura los sentimientos y engrandece al hombre, sin envilecerlo ni corromperlo.

«En nuestros tiempos», dice Ernesto Hello¹, «hemos visto nacer en la literatura y en la pintura una escuela, ó, mejor dicho, un hábito que reproduce lo feo de ciertas realidades con la intención precisa de reproducirlas. Se ha dicho desde luego: «Lo feo es bello»; después, abandonando esta fórmula que parecía contener en sí alguna doctrina, se ha procurado imitar los objetos tales como el realismo los presenta, al olvidar pura y simplemente el ideal. El hábito de que hablo, no tiene un ideal falso, sino que carece de ideal: deja de ser un error artístico para convertirse en la negación del arte.... El idealismo ocupa en la historia del arte el lugar del escepticismo absoluto en la historia y en la filosofía: es la expresión de la desesperación.»

Hoy se busca la belleza en el detalle, en la superficie, y no se quiere pasar de lo físico y deleznable; porque los goces sensibles subyugan á la presente generación, y su gusto estragado encuentra sabor y dulzura en las heces materialistas de cierta literatura. El arte no ha de proponerse pervertir y degradar al hombre, sino elevarlo y engrandecerlo; por lo que ha de cubrir la realidad misma, por asquerosa que sea, con las sutiles gasas del ingenio. La materia cruda, la bestia humana, la podredumbre literaria envilecen las obras artísticas; y el naturalismo de nuestros días es sólo un signo de enfermedad y de epidemia morales: esta enfermedad pasará, porque la humanidad no está llamada á estacionarse en la degradación.

¹ *L'homme*.

9. Sólo el cristianismo puede restaurar el arte.—

Al considerar los bienes sin cuento debidos al cristianismo, es fácil convencerse de que sólo él, que sacó al mundo del sepulcro de la idolatría, puede, con su savia divina, infundir aliento y vida á la sociedad moderna gangrenada por el libertinaje, y operar una restauración completa en el arte. Para obtener lo último, es preciso que el arte se ponga á la altura de su misión, se torne creyente, no se aparte de la moral católica y de las enseñanzas de la fe, fuente inagotable de belleza é inspiración. Repitamos una vez más: el arte está íntimamente unido con la religión. La religión es lo más bello en las determinaciones de afectos y deberes del hombre para con Dios. Siga el arte la línea paralela. «En todas sus formas y en sus manifestaciones más grandiosas, el arte es como una parte del culto católico», dice el Padre Félix, «de manera que al entrar en nuestros templos, cuando éstos han alcanzado la plenitud de su belleza, el genio respira en su elemento; y en la casa de Dios, donde el arte brilla con tanto esplendor, se encuentra, en cierto modo, en su propia casa; por lo que pudiera decirse que los templos de Jesucristo, embellecidos por la Iglesia, se asemejan al templo del arte embellecido por la Iglesia».

Y para consuelo de los que aspiramos al ideal cristiano, en la vida presente y venidera, oigamos al mismo escritor: «Todo cristiano es artista, porque camina en pos de un ideal que aspira á imitar, y es Jesucristo... Pintar, esculpir, elaborar en sí mismo, por medio del combate, del trabajo, del dolor y del sacrificio, la grande y bella imagen de Jesucristo; imprimir, en caso necesario, en la carne y en el alma esa efígie divina; imprimirla tal como la descubre la fe y la contempla el amor en la cumbre del Calvario; tal es el ideal á que han aspirado los santos; tal su trabajo y muchas veces su martirio, á fin de hacerse verdaderas imágenes de su ideal, es decir, obras maestras de santidad cristiana y de belleza moral.»

¹ «El arte y el cristianismo».

Como si no bastase á Jesucristo ser modelo sobrehumano de perfección, acudía á su Padre, para decimos, humillándose como hombre ante la Divinidad: *Sei perfectus, como lo es mi Padre celestial*.

CAPÍTULO DÉCIMOQUINTO.

EL ARTE Y LA MORAL.

1. El hombre, en el ejercicio de su actividad, debe tener en cuenta el fin último.— 2. Relaciones entre el arte y la moral: diferencia que existe entre los dos y subordinación de aquél á ésta.— 3. Doctrina de Santo Tomás relativa al arte y la moral, y á la bondad ó malicia de las obras artísticas.— 4. Teoría del arte por el arte.— 5. ¿Puede haber conflicto entre el arte y la moral? y, en caso afirmativo, ¿cuál debe prevalecer?— 6. ¿Puede ser bello un objeto inmoral y producir en el alma emoción estética?— 7. Males que causa la escuela realista.

1. El hombre, en el ejercicio de su actividad, debe tener en cuenta el fin último.— Hallándose el hombre dotado de inteligencia y de libertad, se determina siempre á obrar por algún fin, y, como creado por Dios, debe someterse á las leyes que le ha prescrito. Á Dios corresponde, pues, con absoluto derecho, determinar el fin último de las acciones humanas, fin á que ha de tender libremente el hombre, para perfeccionarse en esta vida y conseguir en la otra la eterna dicha. Ahora bien, nuestro fin último es el mismo Dios, en cuya vista y posesión consiste la felicidad de los bienaventurados, de la que nos haremos merecedores mediante la observancia de la ley divina. En ninguno de sus actos debe el hombre prescindir de su destino sobrenatural, y menos contrariarlo; de modo que los intereses temporales están subordinados á los eternos, y la libertad humana ha de ejercerse sólo en el vasto campo de la verdad y el bien. El error y el vicio han sido y serán siempre enemigos de los intereses vitales del hombre.

2. Relaciones entre el arte y la moral: diferencia que existe entre los dos y subordinación de aquél á ésta.— Hemos dicho que lo bello es objeto del arte. Por medio de la emoción estética, que le es inseparable,

levanta él en cierto modo la parte sensible del hombre á la región en que vive su parte superior, cooperando así al equilibrio y armonía de las dos porciones que forman el compuesto humano. «Las ciencias y las instituciones todas deben», según el Padre Ruiz Amado, «ser otros tantos medios de realizar esta armonía, evitando ó corrigiendo la discordancia á que tienden los hombres consigo mismo, con Dios y con sus semejantes, por efecto, en gran parte, del desacuerdo entre las facultades sensitivas y racionales... Ahora bien: las artes son el medio más directo para restablecer la armonía de las facultades humanas, serenando el tumulto de las pasiones, purificando sus excesos deleitosamente y confundiendo la parte material y la espiritual en una vibración unisona.»

Diverso es, en verdad, el objeto del arte y el de la moral, como también su campo de acción. «De ahí que el arte no tenga por oficio *moralizar* ni influir, *en cuanto tal*, en el hombre por medio de las ideas. Aspira á ejercer predominio sobre él, pero no por la cabeza, sino por el corazón; no con los silogismos de la dialéctica, sino con los atractivos del placer; con la emoción, y no con la lección.

«Pero de esto no se sigue que el arte sea *esencialmente inerte* y apartado de todo moral influjo. Mucho menos pueden las artes ser indiferentes *moralmente* (tomada esta palabra en un sentido más hondo), por la sencilla razón de que poniendo en actividad las dos partes constitutivas del compuesto humano, como pueden contribuir á su armonía (que es el destino del arte), pueden determinar ó agravar su desconcierto, y constituirlo en un estado favorable ó adverso á la vida humana, en que consiste la moralidad.»¹

El arte no puede ser extraño ni indiferente á la moral, por razón de que la moral es la norma de todos los actos del hombre; y por esto, cuantos se dedican á cultivarlo, deben sujetarse en sus obras á las prescripciones de aquella. El artista es responsable del buen ó mal uso que haga de sus dotes; y, para satisfacer cumplidamente su mis-

terio, ha de procurar el mejoramiento y no la perversión del hombre, procediendo en todo de acuerdo con las reglas de la moral y del decoro. Pero si entre la moral y el arte hay íntimas é indispensables relaciones, no por esto son la misma cosa: antes bien hay diferencia entre los dos, nacida del diverso fin que respectivamente intentan, sin que la diferencia entrañe separación ni mucho menos lucha. «El arte no es la moral, ni viceversa», dice el Padre Longhaye², «la moral es la ciencia del bien práctico, la regla de los actos libres con relación al fin último; el arte es un sistema de medios para traducir en formas sensibles la belleza. Ni el arte puede declinar la autoridad de la moral, ni la moral detenerse en la frontera del arte. La ley de las relaciones entre el arte y la moral nace del fondo mismo de las cosas, y dos palabras la resumen: *subordinación del arte á la moral; acuerdo de las leyes morales y de las leyes artísticas*. El arte está sometido al interés del fin último, y en este punto la sumisión no va hasta sólo impedir que le dañe: es preciso que le sirva, puesto que la fuerza de las cosas establece esta gloriosa necesidad. Pero la subordinación no significa esclavitud ni produce estorbo. A despecho de todos los sofistas, la moral no priva jamás al arte de los verdaderos goces estéticos: por el contrario, ella le mantiene en el camino de lo bello y, en más de un caso, la ley moral, al mismo tiempo que se le impone como ley superior, llega á ser directa é inmediatamente regla artística.»

«Aun cuando, por nuestra limitada razón, no podamos reducir á un solo concepto la verdad, la bondad y la belleza, y admitamos distinción y aun diferencia entre ellas; con todo, las tres se armonizan, se auxilian y se reflejan unas en otras, explicándose así que en todo espíritu sano causen igual complacencia la justicia y la hermosura; la gratitud ó el heroísmo con el descubrimiento de las verdades trabajosamente adquiridas; la santa caridad y los sublimes espectáculos de la naturaleza; y que todos estos afectos se resuelvan siempre en una sola emoción de misteriosa dulzura; en aquel

¹ P. Ruiz Amado L. c.

² Théorie des belles-lettres.

llanto del alma que nos arrancan las cosas sublimes y que es la mejor ofensa del entusiasmo.¹

No puede haber, por tanto, contradicción, sino antes bien enlace, entre lo bueno y lo bello, entre el arte y la moral cristiana, como lo comprueba la historia de todos los pueblos, en los que las bellas letras han progresado siempre al impulso de nobles sentimientos morales, como la religión, el patriotismo, el amor del prójimo, la sed de justicia ó la ambición de gloria.

En efecto, entre los pueblos orientales (indios, egipcios, asirios, persas, hebreos) predomina el sentido moral y religioso en sus obras artísticas y literarias. En sus templos y en sus poemas, en sus cuentos y en sus palacios, resalta siempre la teodicea de una raza: el hombre se anonada ante Dios, y la religión lo absorbe todo. De aquí la propensión de sus artistas y poetas al misterio y al símbolo, los arranques líricos de los semitas iconoclastas, judíos y árabes; las imágenes gigantescas de los indios, las metáforas esculturales de los egipcios y las fórmulas abstrusas de los caldeos.

No sucede así en Grecia, en donde la idea divina se humaniza, y los dioses y los hombres sólo difieren en grado, sin que los separe ningún abismo metafísico: el hombre confina con el héroe; el héroe es un semidiós; el semidiós nació de un Dios: los dioses son unos antepasados remotos de los griegos.

Homero representa la aurora de esta civilización, que ya ilumina las cumbres, pero que no descende todavía á los valles. Transportado en alas de su genio á la edad que media entre los hombres y los dioses, canta á los héroes, mezclando la tradición con la fábula y la religión con la historia. Sin embargo, la idea de Patria, está ya en germen en la *Ilíada* y en la *Odisea*, aunque reducida á la raza con sus númenes familiares; y, para complacer y aleccionar tan noble sentimiento, presenta ilustres modelos de grandezza, de energía y de abnegación, pertenecientes á un mundo aristocrático-divino,

¹ Cf. *Marín*, Discurso sobre la moral en el arte; del que entresaco textualmente todos los conceptos consignados en este resumen crítico.

donde el valor guerrero y la hermosura son como atributos ingénitos del bien moral.

Algunos siglos después aparece Tirteo, y luego Píndaro, decoro ambos de la humana especie. Ellos y los trágicos Sófocles y Eurípides trajeron, reflexivamente ya y á sabiendas, las ideas morales al campo de la poesía, como elementos inseparables de la belleza, y cantaron ó representaron en sus obras la religión, la patria, la familia. Estos grandes maestros de la forma y del clasicismo consideraban al arte como una especie de culto rendido á ideas y conceptos del orden moral.... Cuando la fe se entibió en aquella sociedad, el arte perdió su savia divina, y dejó de ser ministerio santo, para convertirse en parodia de sí propio y en simulacro de la ya ausente inspiración del alma.

Los romanos tenían dioses de igual naturaleza que los griegos; pero dioses sin historia y más separados ya del hombre. En cambio, habían colocado casi á la altura de la santidad de aquéllos, la santidad de la patria, de la familia, del hogar, la veneración de los antepasados, la religión de la justicia y del derecho.

Séneca es la más egregia personificación de la escuela estoica, que predica una virtud austera y desdenosa, sin origen ni esperanza; un amor incondicional al bien, sin dilucidar su naturaleza; una moral inflexible como el acero, sin consuelo para los débiles. Lucrecio y Ovidio, principales representantes de la escuela epicúrea, que condujo al sensualismo más grosero y refinado, produjeron obras impías y obscenas, que fueron reprobadas por sus mismos contemporáneos; y en cuanto á Horacio, por más que fuese epicúreo, consideró la belleza como los estoicos la virtud, y tan elevado concepto tuvo del arte que, sólo á impulsos de él y como caso de buen gusto, fué muchas veces moral, y muchas veces moralista en sus también inmorales versos. Virgilio ensalzó la paz, el trabajo, la patria, sobre el fondo de oro de la religión. La dulce paz de los campos es la musa de las *Bucólicas*; el trabajo es el pródigo numen de las *Geórgicas*; y la religión y la patria son las nobles inspiradoras de la *Éneida*.

Vino después la decadencia del mundo clásico; pero, tras la noche del muerto paganismo, claró la aurora de la religión cristiana, de la civilización hija de la Cruz, que estableció el reinado del espíritu sobre la forma. Los diez siglos de la edad media pasan ante nuestra vista como un solo éxtasis de los pueblos redimidos por Jesús. A esos se los ha llamado de hierro y de *hierbas*; pero, en medio de ellas, residía lo infinito, y durante esa larga época aparecieron las obras de los santos Padres, los poemas y los códigos que se escribían en nombre de Dios, al par que se realizaron aquellos otros poemas en acción que se llaman las cruzadas, la guerra hispano-árabe que duró siete siglos, y luego el descubrimiento de América.

Pero, para honra de la edad media hasta citar un poeta y un pintor que resumen el espíritu romántico y religioso de ella: Dante y el Beato Angélico. Nadie había expresado antes con la lira ó el pincel sentimientos tan místicos y elevados como los de esos dos ascéticos de la forma. No la adoración del arte, sino la sed de justicia y amor del cielo inspiraron aquellas inefables visiones de la *Divina Comedia* y del cuadro de la *Anunciación*, seráficos ensueños del alma, milagros de la fe, revelaciones de lo infinito que caracterizan las artes y las letras de este periodo de diez siglos.

Aun en la época del *Renacimiento*, todas las obras, hasta las más convencionales y académicas, encierran un fin moral, ora cristiano, ora gentil. Los mismos galvanizadores de niñas y de dioses, que desnudaron impiamente, por ejemplo, á Moisés y á David, para que rivalizaran con los Apolos y Hércules, ó dibujaron los héroes de las cruzadas sobre el patrón de los de la Ilíada y de la Eneida, no dejaron de pedir inspiración á la fe propia ó á la extraña, para que sus obras no careciesen de expresión moral. Allí están las obras de Vinci, de Rafael y de Miguel Ángel, titanes de esa época, junto con las de Tasso y el Ariosto, que la representan en la literatura.

En cuanto á España, el sentimiento religioso ha sido el alma de sus nobles empresas y de sus triunfos literarios. Ella es la tierra de los sublimes soñadores, de los místicos,

de los héroes, de los hidalgos; es decir, la tierra de la fe incondicional, de los sacrificios sin límites, de los ideales sobrehumanos, donde plugo al cielo que naciesen no sólo andantes caballeros, sino también atletas de la caridad, como San Juan de Dios ó Miguel de Mañara. Allí la poesía lírica tiene por maestros á Berceo, Alfonso X, Juan de Mena, Jorge Manrique, San Juan de la Cruz y Fray Luis de León, cantores de la muerte y de la inmortalidad; allí todos han escrito creyendo, enseñando, moralizando, adjudicando el premio á la virtud, sometiendo los apetitos á la razón y haciendo triunfar al bien sobre el mal; allí sus envidiables pintores, Murillo, Ribera, Zurbarán, Alonso Cano, Juanes, Morales y el mismo Velázquez hicieron del caballete un altar en que quemaron el incienso de su inspiración. España es la patria de dramaturgos y poetas como Calderón, Lope de Vega, Argensola, Quevedo, y otros ciento; la patria, en fin, del autor de *Don Quijote*, la obra más admirable de la invención humana y que tiene un fondo altamente moralizador; porque en ella se satirizan el egotismo, la injusticia, la ingratitud y la grosería del vulgo alto y bajo.

En Inglaterra se presenta Shakespeare, dramaturgo casi inimitable, cuyos dramas revelan no sólo el artista de la forma y de los cuadros vivos, sino que son también el espejo de la vida y autopsia de la conciencia. Al oír hablar, ó al ver moverse á *Hamlet*, á *Macbeth*, á *Otelo*, á *Gloucester*, al *Rey Lear*, el espectador cree asomarse á los abismos del alma, y ver allí la cuna de las pasiones, las escondidas fuentes del bien y del mal, el antro donde se engendra el crimen, la ignorada gruta donde van juntándose las lágrimas, la fuerte roca donde se cristaliza el diamante de la virtud, el volcán donde se lanza el fuego que ha de amedrentar á la tierra. Por eso, las obras de este autor son dulces y edificantes en medio de sus horrores. ¡Su última lontananza es el cielo!

En la docta Alemania surge otro coloso, Goethe, autor de *Fausto*, de *Werther* y de otras obras gigantescas, en las que, en su parte meramente literaria, en lo dramático y en lo lírico rinde culto á la moral de su época; y, en la parte filosófica, se afana constantemente por el bien absoluto; y

si considera el arte con una serenidad olímpica, que tiene poco de humana, esto mismo contribuye á que, como Horacio y como Schiller, eleve la probidad á la categoría de belleza.

En Francia, las mejores obras de Racine y Corneille, aunque vaciadas en moldes greco-latinos, se proponen siempre un fin útil y saludable, como lo preceptúa Boileau; y hasta Voltaire, el Luciano del siglo XVIII, preconiza al bien y la virtud cuando se alza el coturno trágico. En cuanto á Molière, su mejor elogio es decir que todas sus obras han pasado á la posteridad. El *Avare*, el *Misántropo* y el *Hipócrita* no fueron menos aplaudidos de los hombres de bien que de las personas de buen gusto.

Este breve análisis de las principales producciones artísticas y literarias del ingenio humano, en los países más cultos, podría extenderse fácilmente hasta nuestros días; pero basta lo dicho para manifestar el íntimo enlace que existe entre el arte y la moral cristiana, y el influjo eficaz que ésta ejerce en aquél. De todo lo cual se deduce que, si la moral no puede considerarse como criterio exclusivo de belleza artística, tampoco puede haber belleza artística en cuanto repugne á la moral, á menos que se niegue la indivisible unidad de nuestro espíritu. Así que la teoría del *arte por el arte*, sobre ser opuesto á los intereses morales del hombre, lo es también á los bien entendidos del arte.

3. Doctrina de Santo Tomás relativa al arte y la moral, y á la bondad ó malicia de las obras artísticas.—La idea fundamental de Santo Tomás, dice Menéndez y Pelayo¹, «la que da más precio á lo que podemos llamar, no su sistema, sino sus ideas estéticas, es la separación profunda que dondequiera hace entre el arte y las demás virtudes intelectuales, mostrando que el arte no lleva consigo lo recto del apetito, y que por eso, para usar rectamente de él, se requiere otra virtud distinta de la virtud moral. Ni indica jamás que el arte tenga por fin el arte mismo (en lo cual se contiene la reprobación del principio

¹ «Ideas estéticas en España».

hoy en boga, del *arte por el arte*), ni otros medios que sus propios medios; de tal modo que bien puede afirmarse que no le hubiera sonado tan mal, como á sus discípulos, el concepto de *forma sin uso*, que después de la crítica kantiana venimos aplicando al arte. Dice (II II, q. 47, a. 4) que toda la aplicación de la razón recta á algo factible pertenece al arte; pero que á la prudencia sólo pertenece la aplicación de la razón recta á aquellas cosas en quienes cabe deliberación, es decir, á aquellas en que no hay camino determinado para llegar al fin.

«Con ocasión de preguntar (II II, q. 58, a. 5) si la virtud intelectual puede existir sin la moral, enseña el Ángel de las Escuelas que los principios *artificiales* no son juzgados, por nosotros, buenos ó malos, según la disposición de nuestro apetito, considerándolos como fines. De aquí que el arte no requiera la virtud de perfeccionar el apetito como lo requiere la prudencia.»

En cuanto á la bondad ó malicia de las obras artísticas, he aquí la doctrina de Santo Tomás: «La razón procede de distinto modo en las obras *artificiales* y en las *morales*: en las artificiales, la razón se ordena al fin particular excogitado por la razón; en las morales se ordena al fin común de toda la vida. Pero el fin particular se ordena siempre, y en último término, al fin común. En el arte se peca, pues, de dos modos: ó por desviación del fin particular que se propone el artífice, y éste es pecado propio del arte, ó por desviación del fin común, del fin humano, lo cual propiamente no es pecado del artífice en cuanto artífice, sino en cuanto hombre, mientras que en el primer ejemplo es culpable sólo en cuanto artífice.»¹

4. Teoría del «arte por el arte».—Guiados por la anterior doctrina, sana ó irrefutable, podemos apreciar, en lo que se merece, la célebre teoría del *arte por el arte*, tan encomiada por los partidarios del naturalismo. Según ella, el arte no se ha de proponer en sus obras otro fin que el arte mismo. Lo cual es absurdo: porque nada en la creación

¹ P. Delaporte, Art. et Foi.

existe para sí mismo, sino para Dios, que es el fin último de todos los seres. De la teoría que rebatimos se deduce también que el arte debe deleitar y agradar, valiéndose de toda clase de medios, sin tener en cuenta el pudor ni la decencia y aún excitando los bajos instintos del hombre. Una es la conciencia del hombre, otra la del artista, ó mejor dicho, el artista no debe tener conciencia ni someterse á las prescripciones de la moral. Basta la simple enunciación de esta teoría, para convencerse de que es errónea, perniciosa al arte mismo y consecuencia lógica del naturalismo; por lo cual bien podemos decir de ella que es la lepra del arte y la epidemia de la literatura en el siglo XIX, según la enérgica frase del Padre Félix.

«El arte es sólo un medio y no un fin, pues ninguna cosa creada puede ser término final de sí misma. El arte es un escalón por el que asciende el alma para ver lo bello y escuchar más de cerca las armonías divinas. Dios ha multiplicado los colores, los sonidos, las bellas formas para hablar á nuestra inteligencia que ve y entiende por los sentidos. El deber del artista, su verdadera gloria es imitar á Dios; hacer brillar en los colores y en las formas el esplendor de la verdad. ¿De qué sirve emplear la vida en combinar matices, en unir acordes, en dar movimiento y flexibilidad al mármol, en agrupar ritmos, en medir sílabas; si de la obra en que el artista ha hecho uso de su genio y de su tiempo, no brota algún pensamiento sano y generoso, algún eco lejano del *Tu Deum* y del *Hosanna*? La obra de arte es una necesidad, un juego de niños, un tiempo perdido, si no viene á ser un atentado, un crimen. La lira, la paleta, el cincel, que deberían ser palancas del alma, se convierten, en tal caso, en cadenas del infierno.»¹

«El gran error de los teóricos del arte por el arte ha sido querer separar el arte de la moral, aún más profundamente que de la vida misma», dice Brunetière. «Crean apoyarse en el ejemplo de la naturaleza, la que, según ellos, no se cuida de la moral, y á la que, por consiguiente, no se imita,

¹ Un siècle: La littérature.

sino deforma y altera, cuando se pretende moralizarla... Ninguna doctrina, menos el naturalismo, puede sentar esta proposición. Porque, en fin, ¿qué cosa es esta naturaleza que se trata de imitar? No es sin duda la naturaleza exterior. Hay pintores de paisajes, y algunos poetas han podido rivalizar con ellos en brillo y colorido. Mas, para la mayor parte de los literatos, para los dramaturgos, romanceros é historiadores, la naturaleza es la vida humana; y ¿qué es la vida sino el sustentáculo, el sujeto, la materia de la moralidad? De la manera como hemos sido hechos y con que vivimos, desde que hay hombres, no se puede establecer entre dos seres humanos, cualesquiera que sean, relaciones que no dependan de la moral. No podemos tomar una resolución que no se refiera á la moral. Y si, por mi parte, no creo que un grado de elevación hacia el polo cambie toda la moral, todo el mundo sabe que de un tiempo ó de un país á otro, nada difiere tanto como la aplicación de las leyes de la moral á la vida diaria. Querer prescindir de la moral en la representación de la vida, equivale á mutilar el modelo que se propone imitar, y mutilarlo arbitrariamente. Muy sensible es que nuestros naturalistas, en general, no lo hayan comprendido.»

5. ¿Puede haber conflicto entre el arte y la moral? y, en caso afirmativo, ¿cuál debe prevalecer?—Supuesta la subordinación del arte á la moral, ¿podrá haber conflicto entre los dos? y, en caso de haberlo, ¿cómo deberá procederse? ¿Puede ser bello un objeto inmoral, y causar en el alma verdadera emoción estética?

Para la acertada resolución de estas cuestiones, conviene recordar que la bondad y la belleza son absolutas ó relativas, y que ambas son cualidades transcendentales del ser; por lo cual, estrictamente hablando, no puede haber oposición intrínseca entre la moral y la belleza; pero, dada la situación miserable en que el pecado dejó al hombre, y la lucha que desde entonces principió entre el bien y el mal, entre la razón y los bajos apetitos, muchos objetos bellos son relativamente malos y peligrosos para el hombre, y no pueden serle impunemente presentados sin causarle daño moral y perturbar

su conciencia; no porque dichos objetos, salidos hermosos de las manos de Dios, hayan dejado de serlo, según observa Longhaye¹, sino porque el pecado privó al alma de su *primítiva rectitud*. «Por esto ciertos espectáculos en sí bellos han venido á ser malos, para el hombre; por esto, entre la belleza física y la moral, hay á veces ruptura para nosotros.»

Fuero supuesto, cuando haya conflicto entre el arte y la moral, debe esta prevalecer sobre aquél, una vez que la moral es la regla de los actos humanos y á ella están subordinados todos los intereses de esta vida transitoria. Mas, al excluir del vasto dominio del arte dichos objetos malos y peligrosos, no por esto se limita el vuelo del artista ni menos se le encadena: antes bien se le encarrila, se hace fructuosa su acción y se procura el mutuo acuerdo y un auxilio de la ley moral y del interés estético que entre sí no riñen jamás. Entre la regla moral y la regla artística, no sólo existe acuerdo real, sino en muchos casos verdadera *compenetración*. La regla moral no domina únicamente á la regla artística, á título de principio extraño y superior, sino que la fortalece, no sólo como potencia amiga, sino en muchos casos como ley del arte, de modo que la conquista de lo bello se obtiene al mismo tiempo que la fidelidad al bien.²

En toda obra de arte no se ha de atender solamente á que el objeto presentado sea en sí bello, sino ante todo al efecto y á la impresión que produce en el alma; ya que la obra de arte, y la obra literaria en especial, no son únicamente la traducción más ó menos exacta de un objeto dado, sino por sí mismas y de un modo más directo una acción sobre el alma, y la expresión simpática de un alma sobre otra alma. «¿Qué tenemos derecho de exigir de una obra de arte?» pregunta el mismo autor.³ «¿La viva imagen de un objeto en sí bello? No. Esta es la condición más común para satisfacerlos, pero no la condición indispensable. Sea lo que fuese del objeto, lo que reclamamos del arte es el verdadero sentimiento, la verdadera impresión, el verdadero goce de lo

¹ *Traité des belles lettres.*

² Cf. Longhaye l. c.

³ Longhaye l. c.

bello. ¿En dónde está, pues, el fin del artista, dónde su acción gloriosa, dónde su triunfo? ¿En presentar á nuestros ojos un objeto bello? No. El fin del artista, su acción gloriosa, su triunfo consisten en producir en el alma el puro goce de lo bello.»

6. ¿Puede ser bello un objeto inmoral y producir en el alma emoción estética? — Indicamos en el capítulo trece que la imitación es fuente de placer estético; pero este placer se extingue, según la justa observación del Padre Ruiz Amado¹, «no sólo cuando lo asqueroso y repugnante embarga los sentidos, sino también cuando retrocede la razón ante los estremecimientos voluptuosos de la *bestia humana*. El arte no embellece, pues, cuanto imita ni es capaz de legitimarlo todo; y puede pecar contra Dios, contra la humanidad, contra la sociedad y en primer lugar contra sí mismo, envileciéndose y desnaturalizándose cuando abate su vuelo y se derriba de la región despejada, donde no se engendran las nubes, al lado de las cénagas y á la podredumbre de los muladares.»

Aristóteles aseguró, aunque pagano, que hay en el hombre deleites *racionales*, que presuponen un juicio precedente; y deleites *irracionales*, que siguen el apetito natural. Los primeros deben ser apetecidos por el arte; no así los segundos, tanto más que la vehemente inclinación del hombre hacia los placeres irracionales perturba la contemplación estética de los objetos, según lo nota el mismo Padre Ruiz Amado. Es cierto que hay almas corrompidas ó desequilibradas que se deleitan en obras malas; mas este deleite no proviene de la emoción estética, que es pura y desinteresada, sino de una satisfacción mezquina, egoísta é indigna del arte. Estas obras no son bellas. Afirmar lo contrario, dice Aristóteles, equivale «á juzgar dulce ó amargo lo que parece tal á los enfermos, siendo así que debemos atenemos al juicio de los sanos, y tener por deleitoso lo que á ellos los recrea. Mas lo que todos confiesan que es torpe y vergonzoso, no puede ser bello sino para los hombres corrompidos.²

¹ En el artículo «La esfera del arte».

² Ruiz Amado, El arte por la armonía.

Si, como antes se dijo, hay objetos bellos que son peligrosos y nocivos para el hombre, en su estado actual, con mucho mayor motivo tienen que serlo el vicio, los afectos depravados y los objetos inmorales, que por su naturaleza son malos, están desprovistos de belleza y no pueden producir la verdadera emoción estética, ni despertar sentimientos puros y nobles en el alma. Si, según antes se indicó, la belleza consiste en el esplendor del orden, es indudable que carecen de ella el vicio y la inmoralidad, que son feos, detestables y contrarios al orden. «Donde comienza la inmoralidad», dice atinadamente el autor citado, «termina la verdadera emoción estética, que de suyo es desinteresada, noble y generosa. Aunque provocado por formas sensibles, el placer de lo bello es, al fin, un placer espiritual, y el sensualismo ahoga al espíritu en la materia, como una antorcha arrojada al lodo. Lo que es inmoral y desordenado, no puede ser bello en sí, ni tampoco fuente de belleza.»

En el estado actual no puede el hombre limitarse á contemplar un objeto nocivo ó peligroso sin experimentar la impresión mala que le produce en su alma. Asegurar lo contrario, sería desconocer la miseria humana é intentar dividir el sentimiento, que de suyo es indivisible. En todo caso, se gozaría indebidamente de la emoción estética, ya que el placer puro de lo bello sería contrariado y acaso ahogado por el sensualismo. Por esto Joubert, al hablar de los artistas que prescinden en sus obras de las leyes de la moral y gustan de exhibir la belleza desnuda, dice: que debe negarse la ciencia á los que carecen de virtud; pero, si esta afirmación aparece exagerada, debese admitir con José de Maistre, que hay que rehusar los honores del genio al que se muestra indigno de él. El artista ha de procurar que siempre resplandezcan en sus obras la decencia y la virtud; porque, á medida que éstas decrezcan en aquellas, disminuirán también la verdadera belleza y la fruición pura y desinteresada del espíritu.

7. Males que causa la escuela realista.—En toda obra de arte, cuando es perfecta, intervienen lo real y lo

¹ Théories des belles-lettres.

ideal en la proporción debida; de modo que estos dos elementos, lejos de oponerse, se auxilian entre sí y contribuyen al buen éxito de las producciones artísticas. El arte descansa, por decirlo así, en lo visible, en la naturaleza, tal cual se presenta á nuestros ojos; y, después de estudiarla y contemplarla, obra en ella, como sobre base, el genio del artista, da vuelo á su fantasía, se espacia por los vastos dominios de lo ideal, se inspira y crea entonces sus concepciones más atrevidas y las expresa por medio de la poesía, de la música, de la pintura y la escultura.

Como muy bien dice un escritor moderno, «el realismo no es necesariamente el cinismo, como lo piensan algunos críticos y lo dan á entender algunos realistas. En su sentido etimológico y verdadero, el realismo pone en relieve, no el detalle que se oculta, sino los rasgos más visibles y salientes del objeto real. Podría él tomar por fórmula: *Presentar á los ojos en el cuadro (por ejemplo) lo que se ha presentado á los ojos en realidad, ni más ni menos.* El idealismo, al contrario, tendria por principio: *Expresar un pensamiento con el auxilio de elementos sensibles elegidos y agrupados precisamente en vista de aquel.*

«Como el pintor (y lo mismo se puede decir de las demás obras artísticas) no es fotógrafo y concibe la obra en su espíritu, es indudable que un cuadro no será jamás la exacta reproducción de lo real, y contendrá siempre una parte de inspiración y de ideal. El realismo absoluto es imposible: no existe en el arte; hay sólo en él una tendencia realista....

«En sentido inverso, como las ideas no son visibles por sí mismas y deben necesariamente tomar cuerpo para llegar hasta nosotros, el idealismo necesita de un apoyo material. En la expresión de los elementos sensibles en que encarnará el pensamiento, la parte de las convenciones tendrá que ser bastante extensa y habrá siempre que respetar un poco la verosimilitud; y así habrá tendencia idealista; pero no habrá idealismo sin mezcla de realidad.

«Entre el idealismo y el realismo debidamente comprendido, no puede haber lucha; porque el espíritu, á su vez, necesita de entrambos; y cuando exige sólo del artista que

haga sensible la realidad de los hechos, le pide la materia sobre la cual se complace en meditar; y cuando busca una meditación ya hecha á la que sólo hay que asociarse, va á las obras clásicas en las que el idealismo ha expresado magistralmente sus más altas concepciones.¹

El error de la escuela que se llama realista, ó, mejor dicho, naturalista, y los males que causa en el campo del arte y de la moral, no nacen, pues, de que el arte deba prescindir de la realidad (lo que sería absurdo, ya que en ésta ha de apoyarse), sino de que niega el *ideal*, que es la vida del arte, reduciéndolo al estrecho y mezquino campo de la materia y del cálculo. Como antes se dijo, el arte no se ha de limitar sólo á *copiar* é imitar la naturaleza, sino también á interpretarla, cosa que rechaza el realismo, privando al arte de lo que constituye su mayor fuerza. Y no se contenta únicamente con esto; porque, al proclamar como dogma supremo la imitación exacta y completa de lo real, no es de lo real que toca al alma, al espíritu y á la conciencia, sino de lo real que se refiere á la materia, á los sentidos y á la carne.... El realismo rompe, pues, con mano brutal la armonía de los dos elementos del arte: desprecia el ideal para fijarse sólo en lo real; y, por consecuencia, descuida la idea para no ocuparse más que en la forma.²

«Vese hoy», dice León XIII, «multiplicar y poner al alcance de todos, cuanto puede halagar las pasiones. Diarios y folletos faltos de circunspección y de pudor; representaciones teatrales en que la licencia traspaasa todo límite; obras artísticas en que campean con repugnante cinismo los principios de lo que se llama hoy *realismo*; invenciones ingeniosas, destinadas á aumentar las delicadezas y los goces de la vida; en una palabra, todo se ha puesto en acción para satisfacer el amor al placer, con el que termina por ponerse de acuerdo la virtud adormecida.»³

¹ De la Breña, A propos d'Évangiles illustrés.

² P. Félix, El realismo en el arte.

³ «Ex quo videmus vulgo suppeditari hominibus illecebras multas cupiditatum; ephemeridas commentariosque nulla nec temperantia nec verecundia;

Ya se puede calcular el terrible daño que semejante teoría está causando en el arte y en las costumbres. Con razón, en nuestros días se echa de menos el culto de la belleza pura, de los goces sanos del espíritu; y la humanidad va en pos de pasatiempos nocivos, busca lo que mancha el corazón y el alma. «Lo que más detiene á los individuos, á la familia y á los pueblos en su marcha ascendente, es la gravitación de los corazones hacia las cosas bajas; y lo que precipita su caída en los abismos de la degradación, es la relajación del corazón, el envilecimiento del amor.» Hoy el teatro, la novela, la pintura, la escultura, la poesía son el palenque en que campean las pasiones más desvergonzadas, en que se hace guerra á Dios y á la integridad de las costumbres. «El movimiento pagano es inmenso en nuestros tiempos, y lo arrastra todo», ha dicho el sabio Moigno.⁴ «...Vemos una revolución completa en la literatura y en las artes, la resurrección universal de las costumbres disolutas, la glorificación, en fin, de la carne, y el carne es el enemigo más implacable de la fe.... El alma humana es como un terreno ingrato y flojo en extremo, frecuentemente agitado en su superficie por vientos impetuosos. En nuestra época, los fieles creyentes son como Daniel en el lago de los leones, ó como los niños en el horno de Babilonia. Para librarlos de los mortíferos dientes de los leones ó del ardor de las llamas devoradoras, es necesaria la intervención milagrosa de Dios ó de su ángel.»

todos accedens al licentium insignes; argumenta argum. ex his quas vocant verum legibus proterve questis; excogitata suboliter vitæ artificia delicata et mollis: omnia denique conquistata voluptatum blandimenta, quibus sopita virtus conviveat» (Encycl. *Humanum genus*).

⁴ «Esplendores» de la fe.

CAPÍTULO DÉCIMOSEXTO.

LA LITERATURA.

1. Importancia y ventaja de los estudios literarios. — 2. Utilidad de las reglas. — 3. ¿Qué es el arte literario? — 4. Jerarquía de las facultades humanas. — 5. Dilemas que giran a la literatura el predominio de la imaginación y la sensibilidad. — 6. Afición en nuestros días a la literatura ligera y mal sana. — 7. Influencia benéfica ó nociva de la literatura en la Sociedad. — 8. Relaciones entre la literatura y la moral; auxilio que ésta suele prestar a aquella. — 9. La Iglesia católica y las bellas letras. — 10. Deberes literarios de los cristianos. — 11. La crítica literaria.

1. Importancia y ventaja de los estudios literarios.— La literatura es uno de los ramos del saber más gratos a los hombres de estudio y muy preferidos por la juventud, desde que se despierta en su alma la afición hacia lo bello. ¿Quién, en efecto, de los que le rinden culto, aunque sea por grato solaz, no ha leído algunas de esas hermosas producciones del ingenio humano, en que no se sabe admirar, si más el asunto de que tratan, ó las galas y atractivos del lenguaje? La importancia de los estudios literarios nace de que todas las concepciones de la mente, incluidas las más abstractas, necesitan exteriorizarse por medio de la palabra oral ó escrita, para que sean conocidas y estimadas de los demás. Así como un vestido desaliñado y grotesco afea a la persona más apuesta y hermosa, también un estilo inadecuado y rudo deslustra las mejores obras de la inteligencia. Aun cuando un autor haya concebido un tema digno de la oda o de la epopeya, si no le da colorido y vida por medio del lenguaje, pasará con su obra lo que con aquellas cascadas que con su ruido asustan y ensordecen, sin dejar en el alma una impresión placida y tranquila.

Muchas ventajas proporciona al hombre el cultivo de las bellas letras, que los antiguos llamaban *buenas letras*, para manifestar la unión que debe existir entre el talento y la virtud, entre el genio y la verdad.

El estudio de las bellas letras pule al espíritu y le hace más delicado, poniéndole en contacto con ingenios supe-

riores; forma el juicio, enseñándole a comparar un autor con otro, a ver la diferencia entre dos páginas escritas en un mismo género y acerca de un mismo tema; hace distinguir lo realmente bello de lo que sólo tiene la apariencia de tal; eleva al alma y la engrandece, presentándole en forma atractiva los pensamientos levantados y auxiliándola para producir otros semejantes; embellece, en fin, la vida, porque dulcifica las costumbres y las torna amables, por el hábito de meditar, de gustar el encanto de los poetas y de vivir con los genios de los tiempos pasados.¹

El cultivo de la literatura comunica al espíritu cierta delicadeza y rectitud de juicio, le recrea y ennoblece, le enseña el arte del bien decir, y aun le infunde amor al bien. Por esto se llama a la literatura *gaya ciencia*, y sin sus encantos y atavíos no logran el escritor ni el orador agradar, instruir y conmover a sus lectores u oyentes.

2. Utilidad de las reglas.— La literatura, como los demás ramos del saber, exige de quien la cultiva, aptitudes naturales, ó sea, facultades literarias. Las principales entre éstas son: el *genio*, ó sea la fuerza de invención ó numen, resultado del amor sincero a la verdad y de la intuición clara del objeto; el *talento*, que consiste en cierta aptitud para dar a los asuntos que se tratan y a las ideas que se expresan, un valor que el arte aprueba y en que el gusto se deleita; el *ingenio*, que es la facultad de percibir en las cosas relaciones delicadas y ocultas, manifestándolas de un modo agradable, por medio de la agudeza del pensamiento y del giro artificioso de la expresión; la *memoria*, ó sea la facultad de acordarse de las ideas é imágenes anteriormente adquiridas; la *imaginación*, ó sea, el poder que tiene el hombre de representarse en la mente las cosas visibles é invisibles; el *gusto*, esto es, el discernimiento exacto, el tacto delicado y la vista fina, para sentir y conocer las bellezas y defectos de las obras del ingenio; la *sensibilidad*, que, considerada como facultad literaria, es una propensión nativa del alma a dejarse conmover fácil y vivamente del bien ó

¹ Notions de littérature, por el autor de «Paillettes d'or».

del mal, de lo bello ó de lo feo, y á comunicar sin trabajo á los demás las emociones que siente, el *juicio*, en fin, en cuya virtud distingue el hombre lo verdadero de lo falso, lo bueno de lo malo y la conveniencia ó repugnancia de las ideas entre sí.¹

Pero, supuestas las dotes naturales, es muy útil al hombre de letras el conocimiento y aplicación de las reglas literarias, ó sea, de los principios establecidos por los maestros del buen decir, para dirigir al entendimiento en sus producciones y en la apreciación de las obras ajenas. Es indispensable conocer dichos preceptos y estudiar las obras en que campean la fuerza del talento y la observancia de aquéllos, si se desea ocupar puesto de honor en la república de las letras.

Las reglas literarias y los modelos no han sido fijados al acaso por el capricho ó la autoridad de los retóricos; pues los modelos, en todo género, han precedido á los preceptos, y las reglas se fundan en la naturaleza de las cosas, y son tan fijas, permanentes ó invariables como ella.² Entre las reglas literarias, hay unas fundamentales, deducidas del modo intrínseco de ser de la obra misma, reglas de que no se debe prescindir en ningún caso; y hay otras accidentales, que pueden modificarse y de las que es dado eximirse á los hombres de verdadero talento; pero, como los genios son raros, y las medianías forman la gran mayoría del mundo científico y literario, es preciso inculcar la observancia de las reglas fundadas en la observación y en el análisis de los modelos.

3. ¿Qué es el arte literario?—Para hablar bien, es preciso proceder de conformidad con la naturaleza y con el fin de la palabra, según la acertada observación del Padre Longhaye. Bossuet dice, á su vez, que la palabra es en sí una *y doble, corporal y espiritual*. Corporal, por el sonido y por el aire comprimido; espiritual, por el pensamiento que encarna en sí, imagen y resumen en todo de nuestra natura-

leza. De modo que la palabra es á un tiempo la manifestación de una cosa ú objeto y la acción moral de un alma sobre otra. Por lo cual se define el arte literario: *el arte que se propone ejercer sobre el hombre una influencia poderosa y ordenada por medio de la palabra*.

De esta definición se deduce que la literatura se propone: 1.º enseñarnos á hablar y escribir debida y correctamente; 2.º que también intenta un fin moral: á saber, el perfeccionamiento del hombre, para lo cual debe proceder de acuerdo con la verdad y el bien; y 3.º que la mayor ó menor eficacia de la palabra depende de procurar ó no el desenvolvimiento simultáneo y ordenado de las facultades humanas.

4. **Jerarquía de las facultades humanas.**—Entre las facultades del hombre, las principales son la inteligencia, cuyo objeto adecuado es la verdad; y la voluntad, que tiende al bien. Vienen después la imaginación y la sensibilidad, facultades inferiores, que deben estar subordinadas á las primeras y ser dirigidas por ellas.

Por esto, en la producción de toda obra literaria han de intervenir las facultades *ordenadamente*; esto es, en el lugar que les corresponde, atentas su importancia y la jerarquía esencial que existe entre ellas. Toda violación en este punto causa desequilibrio en las mismas facultades y perjudica á la obra literaria. En cuanto al fondo de ésta, el escritor ha de inspirarse siempre en la verdad y tender á un fin honesto y laudable. Hay géneros de composición en que una facultad interviene más que otra: así en los discursos patéticos y en las descripciones abundan las imágenes y figuras retóricas, de modo que desempeñan en ellas papel muy importante la imaginación y el sentimiento; por el contrario, en las obras históricas y didácticas, predomina la razón, sin excluir por completo el apoyo de las facultades auxiliares. Mas, en ningún caso, como lo indica el citado autor, se ha de ahogar la razón con el torbellino deslumbrador de las imágenes, ni adornar la voluntad con la violencia y molice de los sentimientos.

5. **Daños que causa á la literatura el predominio de la imaginación y la sensibilidad.**—Por desgracia se prescinde completamente en muchas producciones literarias,

¹ «Elementos de literatura», por los Hermanos de las Escuelas Cristianas.

² Cf. obra citada.

de la jerarquía de las facultades, y se da preferencia á las inferiores y subordinadas sobre las principales y motoras, lo que ha causado á la moral y á las letras un daño incalculable. Sobre todo en nuestros días abundan libros y folletos en que la imaginación, libre del saludable freno de la razón, y la sensibilidad, desligada del imperio de la voluntad, pintan con colores halagüeños el error y el crimen, ocasionando la perversión de las ideas y el libertinaje de las costumbres: «¿No debemos atribuir á los arranques de una fantasía loca y los excesos de un sentimentalismo novelesco tantas obras infames en que se hace la apología del vicio y se ridiculizan la honradez y la virtud?» exclama Caro¹. «Siendo la sensibilidad á la vez ardiente y débil, es el guía menos seguro. Ella es, además, romanesca y brutal al mismo tiempo: es brutal, porque los sentidos intervienen demasiado; es romanesca, porque el ardor de los sentidos produce cierta embriaguez ó ilusión que embellece todo pasajeramente. No creas que, por ser la sensibilidad capaz de muy hermosas palabras, sea capaz de abnegación; pues es inhábil para reconocer y cumplir un deber cualquiera, cuando éste impone alguna dificultad ó sacrificio, y no va acompañado de emoción ó de placer.

El predominio de la imaginación y la sensibilidad en las obras literarias enerva el carácter, estraga el mismo gusto literario, infunde desdén por las obras serias é instructivas, y afición por las ligeras y aun malsanas. En el mundo moderno se vive muy de prisa, y pocos se dedican á la lectura y estudio de esas obras voluminosas é instructivas, fruto del trabajo paciente y tenaz de nuestros mayores. El materialismo y, lo que es peor, el sensualismo, han invadido el terreno de la literatura, han pervertido el gusto y maleado á no pocos escritores que se dedican á la incisa propaganda de las malas ideas, disfrazándolas y ataviándolas con las galas del lenguaje, á fin de excitar más fácilmente las pasiones y apoderarse de la voluntad. «Casi toda la literatura contemporánea», dice Longhaye², «atestigua la ruptura esencial de las facultades:

¹ Cita de Longhaye, en la obra «Théorie des belles-lettres».

² L. c.

romanticismo, fantasmismo, naturalismo, todo en el fondo conduce al mismo resultado; lo cual no debe asombrarnos, pues sabemos que el hombre vive en guerra consigo mismo, y que la carne en pugna con el espíritu ocasiona ruptura y combate entre las facultades inferiores y superiores...» Y, aludiendo á los males que produce el predominio de la imaginación sobre la inteligencia, añade: «Cuando la imagen, por muy repetida y brillante, nos distrae del pensamiento capital; cuando el estilo viene á ser una especie de fantasmagoría de colorido deslumbrador, pero de dibujos extravagantes y vacíos de sentido, ¿no es cierto que la razón queda dominada por la imaginación? ¿No será esto efecto de un mal hábito, que muchos considerarán acaso como una conquista de la literatura contemporánea, en especial de la poesía? Después de la pedantería deslucida y fría del siglo XVIII, nos vino el exceso de colorido, del que aún Chateaubriand no siempre escapó. Luego con Victor Hugo vienen la enumeración infinita, el detalle inagotable, la lluvia de perlas finas ó falsas que deslumbran la vista y encubren mal las desigualdades de la inspiración.»

Pero, al rechazar como nocivo el predominio de la imaginación en todas las obras literarias, no se la ha de excluir por completo, ni aun en las en que interviene principalmente la razón, so pena de que sean áridas y de penosa lectura. Cuando la razón guía á la imaginación, y el fondo de la obra es verídico y moral, no son reprochables los vuelos y arranques de esta última facultad. «¿Quién no ha notado», dice Balmes³, «el vuelo que en nuestra época va tomando la fantasía y la prodigiosa expansión del corazón en esa literatura tan varia, tan irregular, tan fluctuante, pero al propio tiempo tan rica de hermosísimos cuadros, rebosante de sentimientos delicados y embutida de pensamientos atractivos y generosos?»

Mas, conviene repetir, una vez por todas: la perfección literaria depende del equilibrio y armonía de las facultades; lo que, en cierto modo, produce la salud física del alma.

³ «El protestantismo».

En efecto, «de este equilibrio de las facultades en su jerarquía nativa resulta el imperio extenso, suave, generoso, pero inviolado, de la razón y de la voluntad sobre la imaginación y el corazón, de las facultades espirituales sobre las sensitivas: imperio necesario, consecuencia ó, mejor dicho, extensión inmediata, de el del alma sobre el cuerpo; imperio que no puede negar sino el materialista, porque ignora lo que es el hombre y hace profesión de no ser hombre»¹.

6. Afición en nuestros días á la literatura ligera y malsana.—Grande afición existe en nuestros días á la literatura ligera y corruptora: sobre todo, el drama y la novela procuran excitar las más vergonzosas pasiones, por medio de escenas en que se hace la apología del crimen y se presenta en ridículo á la honradez y la virtud. La decencia, el pudor, la justicia, los dogmas mismos de la religión son objeto de ataques soces de parte de los modernos profanadores del pensamiento, que han hecho de la literatura una mercancía, *explotada, vendida y comprada, alterada y falsificada*, al decir de un escritor, como no lo es ni aun el más vulgar de los artículos que se ponen al servicio de nuestras más bajas necesidades. «Dramaturgos y novelistas», afirma el P. Félix², «que fingen escandalizarse ante algunas raras condescendencias de la casuística cristiana, no se avergüenzan de extender el dorado velo de su nueva moral sobre todos los crímenes, todas las disoluciones, todas las crueldades, y á veces sobre todo género de maldades»...

«¡Oh! ¿Quién vendrá con el látigo en la mano», exclama indignado el mismo autor, «á arrojar del santuario de las letras á esos mercaderes del pensamiento humano? ¿Quién vendrá á barrer del templo esas inmundicias que han acumulado la inmoralidad, el cinismo y el agiotaje de la literatura corruptora? ¿Quién sabrá azotar con animosa indignación todas esas fealdades y depravaciones literarias, que, rebajando y deshonrando la dignidad del arte, rebajan y deshonran á la humanidad misma?»

¹ *Longhay, Dix-neuvième siècle. Esquisses littéraires et morales.*

² *Censur de la décadence artistique.*

«¿Qué habéis hecho de la escena francesa?» repeta Julio Favre, en la Asamblea misma legislativa: «habéis hecho de ella un foco de libertinaje y de impudencia. Allí presentáis unas desnudeces, ante las cuales no hay pudor que no se avergüence. En vuestros teatros prostituíis á los niños, haciéndoles representar tipos de degradación y de cinismo, con escándalo de todas las personas honradas.»—«¿Qué ha pasado», pregunta Pelletan, «con esa forma privilegiada de la literatura que se llama la novela? Se ha sacado de ella la novela aventurera, la novela sin casa ni hogar, la novela que arrastra á la juventud á lo más abyecto, que relata la vida desordenada, que poetiza el vicio por el vicio, primero el vicio *cándido e ingenuo*, después el vicio ya *experimentado*; y, por último, la novela corruptora, en que el escándalo lo explica todo y hace las veces del talento.»¹

Esta enfermedad literaria, esta afición á las imágenes recargadas, al sentimentalismo y romanticismo exagerados, manifiestan que la moral y las letras van á menos en nuestros días: que «hay disgusto por la belleza calmada y serena, y apego al colorido chillón, á la impresión desmesurada. Nos parece pálido cuanto es sobrio de adornos, y estamos tentados á juzgar frío todo lo que no es violento. Es imposible desconocerlo: la imaginación y la sensibilidad han tomado entre nosotros un desarrollo anormal y enfermizo. Muy debido era resistir á la frialdad estéril ó á la *sensiblería* fatigosa de los contemporáneos de Voltaire: confesamos de buen grado que, en poesía sobre todo, se podía alojar un tanto la severidad del gran siglo; pero convenía detenerse allí, y dando acaso un vuelo más libre á las facultades inferiores, consentirlas rigurosamente en el puesto que Dios les ha señalado. La palabra sería entonces más respetada, y el hombre más fuerte.»²

7. Influencia benéfica ó nociva de la literatura en la Sociedad.—Grande es el atractivo de la literatura y benéfico su influjo en los individuos y en la sociedad cuando

¹ Citas del P. Félix.

² *Longhay, Théorie des belles-lettres.*

se somete á los dictámenes de la moral y á las reglas del buen gusto. Esto se funda en que toda obra literaria es la expresión de los sentimientos del escritor, cuyo propósito es hacernos pensar y sentir como él. La literatura, ha dicho Faguet, es la más inmediatamente psicológica de todas las artes, porque es la que más pronta y directamente nos transmite, en algún modo, el alma del autor. La literatura, que está enlazada con la ciencia y las costumbres, añade el Padre Félix, preludia todos los progresos y todas las decadencias artísticas; la literatura, esto es, el arte en su esfera superior, el arte magistral, que juzga y gobierna á todas las demás, que condena ó absuelve, aprueba ó rechaza, alienta ó desanima, aplaude ó persigue, eleva ó abate, corona ó derriba á las soberanías artísticas.¹

Hay varias causas que contribuyen al adelanto ó á la decadencia de las bellas letras y aun á su acción benéfica en la sociedad. Tales son, á juicio de un escritor: 1.º El *medio físico* en que se vive; esto es, el temperamento de cada uno, que está sometido al influjo del clima, á las cualidades ó defectos que se heredan, á ciertos accidentes graves, como los desastres y trastornos públicos. 2.º El *medio social*, ó sea la forma de gobierno, el estado de despotismo, de anarquía ó de orden legal que impera en una nación, nada de lo que no puede ser indiferente al cultivo de las letras. 3.º La *organización social* de un pueblo, á saber: sus hábitos aristocráticos ó democráticos; pero estos hábitos, como las dos causas anteriores, obran sólo débil é indirectamente en las producciones literarias; porque el buen gusto, la rectitud, la elevación de espíritu y de sentimiento, cosas indispensables para la perfección de éstas, no exigen una casta privilegiada, ni un clima determinado, ni les perjudica la aristocracia ó la democracia.²

«El *medio intelectual* y el *medio moral*, ó sea el estado general de las inteligencias y el de las almas», dice el mismo autor, «son las causas profundas y verdaderamente determinantes de una literatura.

¹ Cf. «Causas de la decadencia artística».

² Cf. *Langhans*, *Dix-neuvième siècle*.

«El medio intelectual es el espíritu peculiar de cada raza, que modifica, sin destruir, los caracteres esenciales del espíritu humano; es esa originalidad nacional que reconocemos legítima, desde luego, con tal que no exagere hasta salirse del tipo universal y de las leyes naturales. Pasa con cada pueblo lo que con cada individuo: por bien dotado que sea, no reúne en sí todas las perfecciones; y desde que mira á su alrededor, encuentra cosas que envidiar y en que instruirse. Es necesario conocer las otras literaturas y comparárlas con la propia, imitar las obras maestras de otros autores, y esforzarse discretamente en extender y completar su propio genio; asimilándose algunos rasgos de los genios exóticos.... De este modo se adquieren conocimientos más ricos y hábitos de análisis y de crítica más vastos y profundos.

«Pero la situación intelectual de un individuo ó de un pueblo está íntimamente ligada con su estado moral. Poesía, elocuencia, historia, crítica, todas las formas de la palabra valen, al fin de cuentas, por el alma y para el alma. Una literatura es el signo auténtico de un estado del alma; porque aquella es el efecto próximo y el fruto natural de ésta.... Las otras condiciones de clima, de temperamento, las instituciones políticas, las diversas relaciones de las clases entre sí, no obran verdaderamente sobre las letras sino pasando por el alma é influyendo en ella; pero hablar del estado moral de una sociedad, es hablar de la causa inmediata y principal de su literatura; juzgar de ésta equivale á apreciar la nota moral que de ella se desprende y nos solicita á vibrar de unisono con aquella.

«Mas, para apreciar el estado moral de una sociedad, no basta considerar sólo sus costumbres sanas ó corrompidas, sino también su reposo, debido á la posesión común de verdades fundamentales, ó su trastorno, producido por la confusión de las doctrinas ó la incertidumbre universal. Para las letras como para la vida, aprovecha mucho que los principios permanezcan ciertos, sean reconocidos por todos, estén fuera de duda, y que aceptándolos se califique su violación de inconsecuencia.

«Para el hombre reflexivo, las artes liberales, al ponerse al servicio de la inmoralidad, no sólo faltan á su fin superior, que es elevar el alma, sino que se amenguan y envilecen; porque una obra nociva no puede proporcionar á nadie la verdadera y pura emoción estética.... Asimismo, una literatura escéptica es una máquina que produce impresiones sensuales, y causa la frivolidad y la depravación.... El que no cree en nada no ama nada, y el que no ama nada es estéril. El escepticismo mata el arte.»¹

Cuando á un fondo sano se une la perfección en la forma, las producciones literarias ejercen en el ánimo un influjo saludable y avasallador. Pero, ¡cuán pocas veces se realiza esto! y por eso necesita especialmente el joven, de cautela y dirección en sus lecturas. Su deseo de instruirse, su avidez misma en leer las producciones del ingenio humano, hace que muchas veces las acepte sin discernimiento y sin separar la paja del buen grano. Sobre todo, cuando un lenguaje atildado embellece una obra, es muy fácil á ésta inocular el veneno del error y atraer á los lectores con las seducciones del vicio. ¡Cuántas almas juveniles han perdido el tesoro de la inocencia, y aun estragado el gusto literario por las lecturas nocivas!

8. Relaciones entre la literatura y la moral; auxilio que ésta suele prestar á aquélla.—El cultivo de las bellas letras, de la literatura especialmente, lejos de estar reñido con la moral y los dogmas católicos, encuentra antes bien en ellos un manantial fecundo de belleza y de buen gusto. ¡Cuántas y cuán hermosas producciones deben su origen á las enseñanzas divinas y á la hermosura y atractivos de las virtudes cristianas! La historia de la religión está íntimamente ligada con la de las letras; y desde la Biblia y los escritos de los Padres y apologistas de los primeros siglos de la Iglesia, hasta el *Crus del cristianismo* de Chateaubriand y los *Estudios filosóficos* de Augusto Nicolás, innumerables obras de indiscutible mérito han formado y enriquecido el inmenso arsenal de la ciencia y literatura católicas. Proistas insignes, poetas eminentes, filósofos y naturalistas

¹ Cf. *Longhaye* I, c.

profundos, historiadores distinguidos, etc., abundan entre los hijos de la Iglesia, madre fecunda de santos y de sabios.

Las mejores producciones literarias, en especial las poéticas, se han inspirado en asuntos religiosos, y las últimas, sobre todo, han servido con frecuencia de lazo de unión entre Dios y el hombre. La inspiración, sin la que no existe el numen poético, eleva al hombre sobre el nivel común, le transforma, en cierto modo, y le levanta hasta el trono de la Divinidad, para que cante sus glorias y grandezas. La historia comprueba que la poesía decae y se esteriliza cuando se desliga del vínculo sobrenatural, cuando se torna impia y voluptuosa.

«La poesía de los antiguos era toda religiosa en su principio y en sus más remotos orígenes», dice Ozanam¹: «la poesía era la predicación del paganismo, que no conocía otra. En servicio de los dioses se habían referido por primera vez esas largas historias destinadas á resumirse un día en poemas épicos, en los que se celebraban las hazañas de los héroes, hijos de los dioses. Los primeros cantos fueron otros tantos himnos á los inmortales. En cuanto á la tragedia, el teatro no se abría sino en las fiestas de Baco, y aquella no era sino una parte del culto público. Por esto, cuando la poesía salió de los templos y se manifestó al exterior; cuando fué entregada á los profanos por Homero y Hesíodo; cuando con Virgilio penetró en la familiaridad de Augusto y, tomando en seguida asiento entre los cortesanos, se inclinó ante el trono de Nerón, entonces es natural inquietarse por el destino de la poesía, temer que se justifica cuando Chauriano la hace entrar en la domesticidad de Estilicón y de los otros ministros de Honorio.»

«Quita la religión, y cortaréis las alas al poeta, que en seguida caerá por tierra y se sentirá como estrecho en el mundo. Con la religión, al contrario, todo se agranda, y el horizonte se extiende sin límites para sus miradas, ante la inmensidad de Dios.... Colocada en la tierra para elevar hasta Dios los homenajes de los hombres, entre quienes dis-

¹ La tradition littéraire.

tribuye en cambio los dones celestiales, la religión nos muestra con una mano la morada de la eterna felicidad, y con la otra los abismos abiertos por la justicia divina. ¡Qué campo tan vasto para el genio del poeta, qué asuntos tan hermosos para sus meditaciones!¹

Entre los griegos, añade Chateaubriand², «el cielo terminaba en la cumbre del Olimpo, y sus dioses no se elevaban más alto que los vapores de la tierra. El maravilloso cristiano, de acuerdo con la razón, las ciencias y la expansión de su ánimo, se hunde de mundo en mundo, de universo en universo, en espacios en que la imaginación asustada se estremece y retrocede. En vano los telescopios escudriñan todos los ángulos del cielo; en vano persiguen al cometa más allá de nuestro sistema: el cometa al fin se escapa; pero no escapa al *arcángel* que le arrastra a su polo desconocido, y que, en el siglo señalado, le conducirá por caminos misteriosos hasta el hogar de nuestro sol. El poeta cristiano es el único, iniciado en el secreto de estas maravillas. ¡De globo en globo, de sol en sol, con los *serafines* y los *tronos* que gobiernan los mundos, la imaginación fatigada vuelve á descender, en fin, sobre la tierra, como un río que por una cascada magnífica derrama sus olas de oro ante el sol que se hunde radiante en el ocaso!»

Dadas las relaciones que existen entre el arte y la moral, entre la religión y la ciencia social, la cuestión religiosa ha sido una de las principales preocupaciones del siglo XIX, como lo nota M. Brunetiere. «Particularmente en Francia, en el país de Voltaire y de Montaigne, se ha realizado esto. El primer gran libro del siglo, el «Genio del cristianismo», es una refutación de todos los sofismas aducidos por el siglo XVIII contra la idea religiosa. Viene en seguida Lamennais con su «Ensayo sobre la indiferencia», y, casi al mismo tiempo, el hombre que me complazco en llamar *el teólogo laico de la Providencia*, José de Maistre, con su libro «Del Papa» y sus «Veladas de San Petersburgo».... Desde el punto

¹ Petard, Le génie du catholicisme.

² «El genio del cristianismo».

de vista religioso escribió Vinet su «Historia de la literatura francesa en el siglo XVIII», y Sainte-Beuve su «Port-Royal».... Los eruditos entran también en línea: Eugenio Burnouf, el más grande de todos, cuya gloria es haber fundado la historia de las religiones, con su «Introducción á la historia del Budismo»; y los hebraizantes ó arabizantes siguen las huellas de su maestro Silvestre de Sacy, autor de la «Exposición de la religión de los Drusos». Novelistas como Balzac no dejan escapar la ocasión de afirmar la intransigencia de su catolicismo. Los poetas mismos toman partido: Lamartine en su «Jocelyn», ó Vigny en sus «Destinos»; y los historiadores con mayor razón. En vano se ha pretendido apartar la cuestión religiosa: ella ha vuelto; y los que vengan después de nosotros, tampoco la podrán evitar. Y desde luego debemos felicitarnos de ello; puesto que no hay para el hombre pensador cosa más importante ni más *personal*, cuya meditación sirva de mejor escuela á la inteligencia, aun desde el punto de vista puramente humano; ni hay cosa cuya preocupación dé á la literatura más sentido, profundidad y atractivo.»¹

La religión no se limita á suministrar al poeta importantes asuntos que tratar y ricos materiales que utilizar, pues también le auxilia en la ejecución de su trabajo, infundiéndole amor á la soledad, al recogimiento interior, á la meditación. «Si muchas obras de hoy están desprovistas de pensamientos sólidos y carecen de vigor de expresión, es debido á que el escritor, encadenado al mundo por el torbellino de los negocios y de los placeres, trabaja siempre con mucha precipitación. ¿Veis esos convoyes que pasan de un punto á otro con una rapidez extrema? El silbido del vapor que se escapa, el hierro que rechina sobre el hierro, la nube espesa que se difunde por el aire: he ahí lo que se nota desde luego. Después, cuando el convoy está á cierta distancia, deja entrever algo vago que pronto desaparece por completo. Esta es la poesía del siglo: ella es vocinglera, dura, nebulosa; pasa de un punto á otro con sorprendente rapidez, y no deja en el pensamiento sino algo indeciso que luego

¹ Un siècle: La littérature.

se disipa para no volver. La obra del hombre, la poesía sobre todo, exige un trabajo concienzudo, una meditación profunda. Si los versos de Virgilio están impregnados de cierto sello de melancolía, que no siempre se encuentra en el mismo Racine, nace esto de que el primero, por infortunio ó por disgusto, pasó parte de su vida en el campo, mientras el segundo vivió siempre en medio del mundo y de la corte.... Poetas, ¿habéis elegido un tema difícil, y queréis salir bien de vuestra empresa? Salid del mundo, á lo menos por algún tiempo; id á sonar en las playas solitarias, á la sombra de una floresta; venid á orar en nuestras viejas catedrales, al pie de la cruz, junto á las tumbas; exigid á los hijos mismos de la soledad la práctica difícil del silencio y de la meditación.... ¿Queréis pintar la naturaleza? Aprended antes á conocerla. ¿Deseáis hablar del hombre? Entrad dentro de vosotros mismos, y consultad á vuestro corazón. ¿Aspiráis á elevaros con vuestro pensamiento hasta Dios? Escuchad lo que os dice la religión. ¿Queréis que vuestra obra pase á la posteridad? No podréis obtener la inmortalidad en pocos instantes.¹

De lo anteriormente dicho se puede deducir, con el Padre Longhaye, que la ley moral y la ley literaria guardan entre sí estrecha relación; pues son como dos flores que brotan de un mismo tallo y salen de las profundidades de la naturaleza humana, y, por tanto, de las profundidades del mismo Dios.... «Sea cual fuere el objeto de la palabra», afirma el mismo autor, «tiene siempre la obligación de sostener la excelencia del espíritu y su imperio sobre la materia; por lo que debe ser *espiritualista*, esto es, no usar de lo sensible sino en servicio del espíritu.... Porque ¿qué cosa intenta la sana literatura? El respeto de la jerarquía de las facultades, á lo que nos obliga la moral, á lo menos indirectamente, á título de precaución y de higiene habitual del alma.» ¡Ah! ¡cuánto ganarían en solidez y en mérito literario las producciones del ingenio, si no contrariaran las leyes de la moral ni los dictámenes de la recta razón!

¹ *Finis* l. c.² *Théorie des belles-lettres.*

Por lo demás, al condenar la lectura de obras nocivas ó de mal gusto literario, no pretendo rechazar incondicionalmente como malsana la lectura de los clásicos paganos. Nadie puede desconocer el mérito relevante de esos autores, sin cuyo estudio se privaría el literato de modelos acabados en el arte del bien decir; pero, como los intereses de la moral están sobre todo, es preciso, en los libros antiguos y modernos, prescindir de las obras lascivas y corruptoras, que, por desgracia, abundan entre los paganos. Por esto Pio IX, en carta dirigida en 1854 á los obispos de Francia, les aconsejaba usar con precaución, en la enseñanza de la juventud, de las obras de los clásicos antiguos.

9. La Iglesia católica y las bellas letras.—Varias veces se ha tratado en esta obra del auxilio eficaz y constante que la Iglesia ha prestado á la cultura del espíritu y al adelanto intelectual, moral y material de los pueblos. Por lo mismo no podían serle indiferentes las bellas letras y, en especial, la literatura; pues, aun cuando el fin de la Iglesia sea sobrenatural, como existe en el tiempo y sus miembros constan de alma y cuerpo, acepta los medios humanos y temporales lícitos, que pueden servir para el desempeño de su misión y el bienestar del hombre.

Ahora bien, el cultivo de las letras hace al hombre más apto para las labores intelectuales y lo engrandece ante sus semejantes; al contrario, el que no las conoce y posee pierde mucho en la estima de la gente ilustrada. Además, «como nuestra naturaleza es tal», según observa León XIII, «que nos elevamos de las cosas sensibles á las superiores, no hay cosa más á propósito para ayudar á la inteligencia que los recursos del estilo y la cultura intelectual. Una manera de decir elegante y natural atrae á los hombres á leer y á escuchar; la verdad iluminada por el brillo del lenguaje, penetra con mayor facilidad en los espíritus y se apodera de ellos. Existe entonces cierta semejanza con el culto exterior de Dios, que tiene la gran ventaja de elevar el pensamiento y el espíritu, del esplendor de las cosas sensibles á la Divinidad misma.»

¹ Carta al cardenal Parocchi, de 20 de mayo de 1885.

Encargada la Iglesia de los intereses más vitales de la humanidad, procura el perfeccionamiento de ésta en todo sentido, y promueve, por lo mismo, el desarrollo armónico de todas sus fuerzas y facultades. «Penetrada de estas razones», dice León XIII en el mismo importante documento, «é inclinada á cuanto es honesto, bello y laudable, la Iglesia católica ha estimado siempre en su justo precio los estudios literarios y se ha mostrado en todo tiempo cuidadosa de su progreso.

En efecto, todos los santos Padres han sido letrados en la medida que su época lo permitía; y algunos de ellos poseyeron un genio y arte tan notables, que pueden competir con los más célebres escritores paganos de Grecia y Roma. La Iglesia hizo al mundo el inestimable servicio de liberar de la destrucción una gran parte de las antiguas obras de poesía, de elocuencia é historia. Nadie ignora que en la época en que las letras estaban abandonadas y cuando el ruido de las armas les imponía silencio en toda Europa, á causa de las invasiones de los bárbaros, un solo refugio tuvieron aquellas: las comunidades de monjes y de sacerdotes.

Conviene recordar que un gran número de los Pontífices romanos sobresalieron por la perfección en las letras: tales son, Dámaso, León el Grande y Gregorio el Grande, Zacarías, Silvestre II, Gregorio IX, Eugenio IV, Nicolás V y León X, cuyo recuerdo no perecerá. En la dilatada serie de los papas no se encuentra tal vez uno solo que haya desatendido las letras. Su previsión y generosidad les indujeron á abrir en todas partes escuelas y colegios para la juventud ávida de instrucción, y á ofrecer en las bibliotecas alimento á los espíritus. Los obispos recibieron orden de fundar en sus diócesis escuelas de literatura, y los sabios fueron colmados de beneficios que los estimulaban al trabajo. Todo esto es tan cierto, que los mismos detractores de la Sede Apostólica se han visto obligados á confesar que los Pontífices romanos son insignes bienhechores de los buenos estudios.¹

¹ Carta citada de León XIII.

Sabido es que las Universidades más célebres de Europa, como las de Salerno, Bolonia, Padua, Tubinga, Friburgo, Salamanca, Praga, París, etc., fueron fundadas ó fomentadas por la Iglesia, y que á su seno pertenecieron también los más insignes escritores del siglo de oro de la literatura francesa y española.

Por esto León XIII, á ejemplo de sus predecesores, puso vivo empeño en que el estudio de las letras *recobrase su puesto de honor y su antiguo brillo entre el clero*. Con este fin ordenó que en el Seminario Romano se abrieran cursos particulares y más elevados en que los jóvenes más inteligentes cultiven con mayor intensidad bajo la dirección de maestros capaces, las letras italianas, griegas y latinas.¹

Las bellas letras, á su vez, han servido no poco á la Iglesia y á la moral, cooperando á la difusión de su doctrina con las galas de la dicción y la poderosa fuerza de la oratoria. Por lo cual Pablo III prescribió á los escritores católicos el empleo de un estilo elegante, para refutar á los herejes, que pretendían ser los únicos en juntar al conocimiento de la doctrina el de las letras. Como dice León XIII², «el estudio de las bellas letras ha auxiliado poderosamente á muchos hombres á ser valerosos y útiles obreros al servicio de la Iglesia, y los ha hecho capaces de componer obras verdaderamente dignas de pasar á la posteridad, que contribuyen aun en nuestros días á la defensa y difusión de la verdad revelada».

10. Deberes literarios de los cristianos.— Cuantos han recibido dotes literarias y desean emplearlas debidamente; cuantos pretenden libertarse del torrente destructor del sensualismo que intenta ahogar el arte en sus inmundas olas, deben persuadirse de que, sin amor á la verdad y al bien, sin respeto á la moral y á la decencia, sin religión, en una palabra, es imposible no extraviarse en el cultivo de la literatura. «También el poeta tiene la responsabilidad de las almas», afirma Víctor Hugo³; «no conviene que la multitud salga

¹ Ibid.

² Enciclica al episcopado y al clero de Francia, del 8 de septiembre de 1899.

³ Des devoirs littéraires des chrétiens.

del teatro sin llevar consigo alguna regla de moral austera y profunda. Con razón señala Ozanam como el *primer deber literario* de los cristianos, la *ortodoxia*. «Esta ley», dice, «que parece desde luego una sujeción y una traba, viene á ser, por el contrario, principio de libertad y grandeza.... La libertad no consiste en la duda retrógrada que compromete el progreso de los espíritus. Hay en toda ciencia una autoridad, una *ortodoxia* de que no se puede desviar impunemente. Y en otro lugar añade: «La fe infunde hábitos de convicción, de firmeza, de disciplina. Y ¿qué otra cosa falta á nuestro siglo para ser un gran siglo, sino disciplinar tantos talentos superiores? ¿Acaso ha habido jamás inspiraciones más generosas, ambiciones y deseos más nobles, como también más esfuerzos perdidos, más veleidades impotentes y caracteres más indecisos? Les ha faltado esa educación bienhechora y severa del cristianismo. La fe obra sobre todo en la voluntad, y la voluntad es la mayor parte del genio.»

Por el contrario, la duda, la impiedad, la irreligión, en fin, ahogan el talento, esterilizan el ingenio, pervierten el corazón, ciegan las fuentes de la verdad y de la inspiración literaria; y si el hombre de talento estragado y corrompido puede manejar la pluma, sus producciones son nocivas y carecen de la energía y belleza que tendrían si se pusiesen al servicio de las sanas ideas. ¡Cuán grave deber tiene el escritor de alejarse del campo árido del escepticismo! «El que duda», dice Ozanam, «no tiene derecho, si es consecuente, de resolver ni un problema de álgebra ni una dificultad de filología, si antes no resuelve esas incertidumbres que han de turbar su sueño y humedecer con lágrimas su lecho.»

II. La crítica literaria.—La limitación nativa de las facultades humanas hace que las obras del hombre, de cualquier género que sean, carezcan de perfección absoluta, y que el engaño y aun el error desluzten muchas veces las producciones del ingenio. De ahí la necesidad de un examen serio y detenido de éstas, á fin de anotar y corregir los defectos, y de ajustarlas á las reglas fundadas en el buen gusto y en la experiencia de los siglos, para que alcancen la perfección relativa que les es dado obtener.

En tan útil labor entiende la crítica, palabra cuyo objeto y alcance se tergiversan no poco; por lo que conviene fijar, ante todo, su verdadero sentido. «¿Qué es la crítica?» se pregunta un literato de nuestros días¹. «Es la habilidad de encontrar defectos? ¿El arte de alabar por un tanto convenido? ¿La patente de pensar en voz alta y decir sus gustos personales al más ó menos resignado público? Eso será una censura, una adulación, un capricho; eso no será crítica. Si la etimología vale algo, nos dice que crítico es tanto como juez, y un juez ni es un fiscal, ni un esclavo, ni un maníático. Un juez tiene su Código, ve y examina el hecho, pesa todas sus circunstancias, ahoga en su pecho propensiones y rigores, y falla absolviendo, condenando ó decretando honores. El crítico, pues, digno de su nombre, si no quiere ser una unidad del público, debe reconocer un código de arte, con él y por él medir la obra literaria en su conjunto armónico, decretarle, según su mérito, coronas ó perpetuo ostracismo, y estar tan lejos de torcerse por interés, que aun alabe virtudes literarias que no sean las preferidas ó cultivadas por él y las que en sus escritos campeen.»

En el siglo XIX, ansioso de escudriñar los secretos de la naturaleza y de darse cuenta de todo, la crítica tomó mucho incremento, penetró en campos antes desconocidos, y vino á formar una rama robusta del humano saber. «Jamás se repitió la palabra crítica más á menudo, con mayor jactancia y sobre temas más diversos», observa el Padre Lapótre². «Jamás la crítica empleó mayores esfuerzos ni concibió más halagüeñas esperanzas. Sin hablar de la crítica literaria y de la artística, que, ocupadas especialmente en la vigilancia de lo bello, tienen sólo relación de analogía con la otra que atiende á lo verdadero, con dificultad se citará una sección importante de los conocimientos humanos que no se haya empeñado en dar cabida á la crítica, en instalada en su hogar, sobre el altar doméstico, como á un dios tutelar encargado de velar por la seguridad de la familia y la expulsión de los dioses enemigos. La filosofía tuvo su crítica, como la historia, como

¹ *Aicard*, De críticos y de crítica.

² *Un siècle*: La critique.

la filología, como todas las ciencias de experiencia y observación. Se la vio aun en lugares que parecían no reclamarla, en ese dominio de las ciencias matemáticas, en que la crítica se hace, en cierto modo, por sí misma; puesto que la luz brota de cerca, y el razonamiento soporta el rigor de las leyes inmutables. No estoy seguro de que ella no haya dado vueltas aun en torno de la venerable teología.¹

Concretándonos a la crítica literaria, que es la más general, por ocuparse en las varias producciones orales ó escritas del ingenio humano, afirmamos que, para ser acertada, debe someterse a ciertas reglas, las que expondremos brevemente.

Siendo el crítico un juez, ha de tener las cualidades de tal, y en primer lugar la competencia debida. Para apreciar la belleza ó fealdad de una obra literaria, debe poseer conocimientos profundos en la materia, estar versado en el estudio de los maestros y tener cultivado el espíritu, sin lo cual los fallos serán deficientes y equivocados. Y no basta una ciencia ó ilustración general, sino especial en el ramo que se juzga. Por esto, un filósofo no puede, por lo general, criticar bien a un matemático, ni un astrónomo a un teólogo. Muy pocos son competentes, á la vez, en muchas materias, siendo lo más acertado acudir a los especialistas en cada una de ellas. Gran dicha sería para las bellas artes, según Quintiliano, que sus obras fuesen juzgadas sólo por los maestros de ellas.

El crítico debe ser imparcial: es decir, ha de proceder guiado por la justicia, apoyado en las reglas y leyes establecidas para el género de composición que examina, y en el amor desinteresado al arte. El crítico que alaba por conveniencia, que censura por pasión, que se deja llevar por sus gustos personales, desempeña mal su cometido, y engaña a los lectores. La crítica, a manera de la balanza de Astrea, no ha de inclinarse a un lado ó a otro sino movida por la justicia y la verdad.

El corazón, ó mejor dicho, el sentimiento, influye poderosamente en nuestros juicios; por lo que, cuando aquél predomina en el hombre, no son éstos muy acertados. Si el crítico se deja arrastrar de sus inclinaciones; si está prevenido en favor

ó en contra, pasará por alto toda clase de defectos, y no reconocerá las buenas partes de la obra analizada. Su fallo carecerá de justicia é imparcialidad. «Este influjo del sentimiento sobre nuestros juicios se echa de ver hasta en las cuestiones puramente especulativas», dice el Padre Jungmann²; «si bien el hombre que discurre con rectitud procura neutralizarlo, con la seguridad que le da la conciencia de que sólo cuando está libre de la agitación consiguiente á las afecciones del ánimo, debe de pronunciar sus juicios».

El crítico debe juzgar conforme á las reglas. Hemos dicho ya que sin aptitudes naturales es imposible cultivar las bellas letras; pero, supuestas dichas dotes, aprovecha mucho el conocimiento y aplicación de las reglas dictadas por los maestros del buen gusto, y fundadas en la naturaleza y exigencias de cada género literario. Desconocer las reglas en la crítica, ó infringirlas, equivale á introducir el desorden y la confusión en el campo de las letras, origen de fatales consecuencias.

El crítico debe ser recto y prudente en sus fallos. Toda obra literaria consta de fondo y de forma, siendo el primero lo esencial, y la segunda lo accidental. Fijarse sólo en el estilo de un escrito, y prescindir del asunto de que trata, es lo mismo que apreciar una estatua sólo por el colorido, y no por la conformación de los miembros y la expresión de la fisonomía. Los críticos que enaltecen una obra cuyo tema ó desarrollo es nocivo, sólo por la galanura del estilo, imitan á los que endulzan el veneno, para que los incautos lo tomen sin repugnancia.

El crítico no debe ser nimio y exagerado en sus juicios. Hay críticos que, como otros tantos Aristarcos, se empeñan únicamente en encontrar defectos en las producciones que analizan. Nada les contenta y, prescindiendo de las bellezas de la obra, sienten verdadera satisfacción cuando dan con algún deslíz literario ó con otra deficiencia. Esos rebuscadores de ápices olvidan la limitación humana; por lo que ya dijo Horacio: *Quandoque bonus dormitat Homerus*.

¹ «Las bellas artes».

Con semejante criterio, nadie, llámese Píndaro, Homero, Dante, Milton, Cervantes, Goethe, Calderón, Shakespeare, y otros insignes cultivadores de las bellas letras, quedaría en pie ante los golpes de maza de esos furiosos demoledores. Preciso es tener en cuenta que las obras maestras son escasas, y que la mediocridad es lo común en las obras del hombre; por lo que no debe exigirse de todos igual grado de elevación.

Esa crítica desapiadada que nada perdona; que todo lo ve al través del prisma de la prevención; que no se limita al análisis de la obra literaria, sino se extiende a la persona misma del autor, para ridiculizarla, y que aun penetra en el recinto de la vida privada, no es justa ni cristiana. También es reprehensible la manía de exigir en los principiantes el mismo grado de perfección que en los veteranos de las letras. ¡Cuántos ingenios, en cieme se han agostado por las burlas sangrientas de críticos biliosos que, olvidados de que todo reparo é indicación han de proponerse la enmienda y mejora de las obras del ingenio humano, se empeñan en ahogarlo y aniquilarlo! El crítico debe guiar á los obreros del pensamiento en su difícil labor, indicándoles los defectos en que incurren, y enaltecendo lo bueno que produzcan. Sobre todo debe estimular á la juventud estudiosa, mirar con indulgencia sus primeros ensayos, inculcarle la frecuente lectura de los buenos modelos, é indicarle el rumbo que ha de seguir para formar bien el gusto y obtener después merecidos triunfos.

«El fin de la crítica», según un escritor español¹, «es, ante todo, educar el gusto de las muchedumbres y llamar su atención hacia las obras y los autores que lo merecen, alentar á los fuertes, difundir luz y calor en torno de ellos, evitar que la indiferencia y el desvío esterilicen aptitudes nacientes, facilitar la comunicación entre el público y los espíritus escogidos, contribuyendo así á que la atmósfera intelectual de un país se asimile cuantos elementos puedan enriquecerla. Entre nosotros circula poco el oro de los entendimientos, cuando no adopta determi-

¹ Juan Alarcón, en el prólogo á los «Estudios literarios» del Padre R. del Valle Ruiz.

nadas formas impuestas por la rutina, y en cambio corre mucha moneda falsa, por falta de autoridades prestigiosas y activas que impongan la legítima. Críticos si los hay, pero escasos: algunos discretos y perspicaces; otros superficiales é inductos, casi todos afectados de cierta desgana que no les permite chupar la espina á los ejemplares sometidos á su dictamen, y aplicar á conciencia las leyes de la justicia distributiva. Extensas latitudes del mundo del arte les son extrañas, y si los frutos del ingenio que caen en sus manos no han brotado en la zona familiar á su pensamiento, difícil será que el sabor desacostumbrado no se traduzca en un gesto de displicencia, cuando no en elogios inconscientes, que así convencen y halagan al favorecido, como podrán halagar á una mujer pelinegra las flores de un galán corto de vista, que la alabase por rubia.»

El crítico ha de proponerse siempre un fin moral. Las creencias, las preocupaciones, los juicios preconcebidos influyen en la crítica. Si el que la ejercita es apasionado, ó de ánimo prevenido, sus fallos serán erróneos y perjudiciales. Si, por el contrario, respeta la religión y la moral; si ama la verdad y el bien; si procede con calma y discreción, tendrán grande peso sus observaciones. Virtud, talento y valor son, á juicio de Platón, las dotes que ha de tener necesariamente el que juzgue de cosas tocantes al arte. Lo mismo enseña Aristóteles: la regla y medida de todas las cosas es la virtud, dice, y el que la posee procede rectamente.

Para apreciar de modo debido una obra literaria, sobre todo antigua, conviene tener en cuenta las circunstancias y el tiempo en que fué compuesta, las ideas dominantes en la época, el medio ambiente en que vivió el autor, para, formado un concepto cabal de ella, fallar con pleno conocimiento de causa. Aun cuando el artista se eleve en sus creaciones sobre el nivel de sus contemporáneos, no por eso deja de ser, como ellos, hijo de su época», observa el Padre Jungmann¹. «Las doctrinas filosóficas y las máximas morales á que su siglo rinde vasallaje, dominarán también con más ó menos fuerza el ánimo

¹ L. c.

del escritor; el fervor de la vida católica, que vivificó los años de su juventud, dará á su corazón fuerza y calor; La extinción de todo sentimiento moral, el indiferentismo y la frialdad religiosa del siglo herirán de muerte ó sofocarán en su alma los gérmenes de toda grandeza, de toda bondad ó hermosura. Raras son los ingenios que tienen la dicha de acabar lo que principiaron siguiendo un pensamiento propio, y de impulsar á su siglo, en vez de ser arrastrados por la corriente.

Las reglas anteriores y otras más que pudieran darse dependen en su aplicación del concepto que el crítico tenga acerca de la verdad, de la bondad, y sobre todo de la belleza, concepto que es la *piedra de toque* y el principio fundamental en esta materia. Como esas tres cualidades son trascendentales en el ser y deben existir en toda producción artística, el juicio del crítico será acertado ó equivocado, según las ideas que tenga acerca de ellas. La verdad (lo dijimos ya) es la conformidad del entendimiento con su objeto: un juicio es verdadero cuando el predicado está de acuerdo con el sujeto. La verdad es elemento necesario en toda obra de arte; la bondad es la aptitud del ser de aquietar con su posesión el apetito; y la belleza es la complacencia que siente el alma con la vista ó conocimiento de un objeto.

El crítico no es libre para juzgar á su arbitrio del mérito ó demérito de las obras artísticas, sino que su fallo debe fundarse en el grado de verdad, bondad y belleza que tengan. Tampoco le es dado atribuirles estas cualidades, si carecen de ellas; ni desconocerlas ó negarlas, si las poseen. Obligación suya es hacer resaltar lo bueno y malo, lo hermoso y feo de las producciones literarias.

Todo objeto bello produce agrado en el alma; mas como es fácil tomar por bello lo que no lo es, conviene, sobre todo al crítico, educar el gusto artístico, ó sea «la facultad de gozar del placer inherente á la belleza de las cosas, de reconocerla luego por este medio y de fallar acerca de ella»¹.

¹ Jungmann I. c.

Algunos creen que en materia de gusto puede cada uno proceder á su antojo, conforme á aquel dicho: *de gustos nada se ha escrito*. Tal regla no puede aplicarse á la crítica literaria; porque ésta, para merecer el nombre de tal, no ha de ser antojadiza, sino que debe apoyarse en principios y ser amestrada por el ejercicio; debe juzgar de las obras artísticas mediante razones demostrativas, como se procede para comprobar la bondad moral de las acciones ó la verdad de los hechos históricos. El gusto estético ha de fundarse en la razón, y no en puro sentimentalismo y mucho menos en la pasión ó el capricho. «En tanto somos criaturas racionales, en cuanto se regula nuestro conocimiento por las leyes invariables de la sabiduría eterna, y en cuanto nuestra virtud expansiva se mueve naturalmente hacia lo que es bueno con bondad moral. Esta propiedad esencial de nuestra naturaleza nos hace capaces de conocer la verdad, y bajo tal respecto lleva los nombres de entendimiento, razón, tomada esta voz en sentido figurado; por medio de ella discernimos el bien del mal, y sentimos inclinación al primero y aversión al segundo, representándose bajo este respecto dicha facultad como sentimiento moral ó conciencia; finalmente, por virtud de esa propiedad podemos gustar del placer inherente al amor del bien en sí mismo considerado y de reconocerlo por este medio como bello: tal es la razón de llevar en este caso el nombre de gusto. Tomado éste en dicho sentido, es, no menos que el entendimiento y la conciencia, una dote esencial de la naturaleza racional. A ninguno le falta conciencia ó inteligencia; porque, según la frase de San Pablo pronunciada en el Arcópago, por la inteligencia *somos del linaje de Dios* (Act. xvii, 28); á ninguno le falta aptitud para gustar y percibir la belleza, porque todo hombre, según el dicho de Máximo de Turín, tiene algún parentesco *con lo bello primordial, con la belleza misma por esencia*»¹.

El juicio sobre la belleza no ha de estribar principalmente en la experiencia empírica ó en la mera impresión que producen

¹ Jungmann I. c.

en nosotros las cosas, sino en las cualidades intrínsecas del ser, en que todo en él esté debidamente proporcionado u ordenado. «Así como las cosas son en sí verdaderas y buenas, independientemente de la impresión que nos causan, también son bellas por conformarse con la belleza esencial, con la *razón increada*. Y pues nuestra inteligencia ha sido creada á semejanza de ella y la lleva impresa como un sello; y en nuestra razón fueron grabadas las leyes de la sabiduría eterna, como regla natural de su conocimiento y de su amor; síguese claramente que la razón constituye la regla próxima é inmediata, reguladora de los juicios concernientes á la verdad, al bien y á la belleza. De aquellas ideas y principios fundamentales, como, por ejemplo, los de razón suficiente, de causalidad, etc., se deducen los axiomas objetivos, independientes de la experiencia, en los cuales se funda esencialmente el gusto; axiomas que deben ser reconocidos por regla necesaria de la mente en sus juicios acerca de la belleza.... Si el artista, si el crítico las menosprecian; si van contra ellas, es claro que sus concepciones totales, ó al menos la parte de ellas donde exista la oposición, son simplemente vanas, irracionales, metafísicamente imposibles.... El artista, según Aristóteles, no tiene necesidad de exponer lo que ha sido, sino lo que (dados ciertos supuestos y circunstancias) debería de suceder, necesaria ó verosimilmente, por lo menos.... Por cuya razón la poesía (el arte) se acerca más á la filosofía que la historia y requiere más alto grado de fuerza espiritual que la última.»

El crítico puede pecar por exceso ó por defecto, según sea exagerado ó parcial en sus fallos. Un justo medio evita ambos escollos y hace de la crítica una escuela de cultura y moralidad literaria. Para desempeñar bien su cometido necesita el crítico tener el gusto cultivado con perfección, lo que es muy raro; por lo que decía Labruyère que, después del espíritu de discernimiento, son muy escasos en el mundo los diamantes y las perlas, palabras que manifiestan cuán difícil y delicada es la crítica literaria.

¹ Jungmann I. c.

En conclusión: la crítica literaria no es sino la aplicación del criterio filosófico al examen de las obras del ingenio. Quien emprendiese al acaso, prescindiendo de las reglas de la lógica, el juicio de las producciones artísticas, no será más que un aficionado, un impresionista más ó menos hábil, un *diletante* quizá de talento; pero, en definitiva, un erudito á la violeta, un ignorante pretencioso.

Recomendamos á la juventud que, antes de lanzarse por resbaladizo sendero de la crítica, eduque el gusto, forme el criterio literario y aspire á las altas y soberanas funciones de juez en materia de arte. No sea que, halagada por la facilidad del género, se entregue á la enojosa tarea de los folletos literarios y de las gacetas, en que la acritud y el desenfado de la censura corre parejas con la ignorancia de los seudocríticos.

Antes que en criticar, ensáyese la juventud en producir obras originales y sentidas: que después con los años y el estudio vendrán de suyo el raciocinio y el buen gusto indispensables para juzgar las obras ajenas.

CAPÍTULO DÉCIMOSEPTIMO. RESUMEN Y SUPLEMENTOS.

1. Ofenda retrospectiva. — 2. La educación, obra capital en la sociedad. — 3. A quíenes corresponde educar, y manera de hacerlo. — 4. La educación y la urbanidad. — 5. La Iglesia y el Estado con respecto á la educación. — 6. La Iglesia católica y la instrucción. — 7. Influjo benéfico de la religión en los conocimientos humanos. — 8. Triste situación de la ciencia desligada de la fe. — 9. La juventud y el porvenir. — 10. Modelo de joven ilustrado y creyente. — 11. El carácter y el trabajo en la educación individual y social. — 12. O educación cristiana, ó impía. — 13. Mi última palabra á los padres de familia y á la juventud.

1. *Ofenda retrospectiva.* — El viajero que, después de largos días, llega al término de la jornada, trae á la memoria el camino recorrido, para darse cuenta de las fatigas soportadas y de las dificultades vencidas, á fin de bendecir á la Providencia que ha guiado sus pasos. Quien se propone componer un libro, aunque sea humilde y sin pretensión alguna,

en nosotros las cosas, sino en las cualidades intrínsecas del ser, en que todo en él esté debidamente proporcionado u ordenado. «Así como las cosas son en sí verdaderas y buenas, independientemente de la impresión que nos causan, también son bellas por conformarse con la belleza esencial, con la *razón increada*. Y pues nuestra inteligencia ha sido creada á semejanza de ella y la lleva impresa como un sello; y en nuestra razón fueron grabadas las leyes de la sabiduría eterna, como regla natural de su conocimiento y de su amor; síguese claramente que la razón constituye la regla próxima é inmediata, reguladora de los juicios concernientes á la verdad, al bien y á la belleza. De aquellas ideas y principios fundamentales, como, por ejemplo, los de razón suficiente, de causalidad, etc., se deducen los axiomas objetivos, independientes de la experiencia, en los cuales se funda esencialmente el gusto; axiomas que deben ser reconocidos por regla necesaria de la mente en sus juicios acerca de la belleza.... Si el artista, si el crítico las menosprecian; si van contra ellas, es claro que sus concepciones totales, ó al menos la parte de ellas donde exista la oposición, son simplemente vanas, irracionales, metafísicamente imposibles.... El artista, según Aristóteles, no tiene necesidad de exponer lo que ha sido, sino lo que (dados ciertos supuestos y circunstancias) debería de suceder, necesaria ó verosimilmente, por lo menos.... Por cuya razón la poesía (el arte) se acerca más á la filosofía que la historia y requiere más alto grado de fuerza espiritual que la última.»

El crítico puede pecar por exceso ó por defecto, según sea exagerado ó parcial en sus fallos. Un justo medio evita ambos escollos y hace de la crítica una escuela de cultura y moralidad literaria. Para desempeñar bien su cometido necesita el crítico tener el gusto cultivado con perfección, lo que es muy raro; por lo que decía Labruyère que, después del espíritu de discernimiento, son muy escasos en el mundo los diamantes y las perlas, palabras que manifiestan cuán difícil y delicada es la crítica literaria.

¹ Jungmann I. c.

En conclusión: la crítica literaria no es sino la aplicación del criterio filosófico al examen de las obras del ingenio. Quien emprendiese al acaso, prescindiendo de las reglas de la lógica, el juicio de las producciones artísticas, no será más que un aficionado, un impresionista más ó menos hábil, un *diletante* quizá de talento; pero, en definitiva, un erudito á la violeta, un ignorante pretencioso.

Recomendamos á la juventud que, antes de lanzarse por resbaladizo sendero de la crítica, eduque el gusto, forme el criterio literario y aspire á las altas y soberanas funciones de juez en materia de arte. No sea que, halagada por la facilidad del género, se entregue á la enojosa tarea de los folletos literarios y de las gacetas, en que la acritud y el desenfado de la censura corre parejas con la ignorancia de los seudocríticos.

Antes que en criticar, ensáyese la juventud en producir obras originales y sentidas: que después con los años y el estudio vendrán de suyo el raciocinio y el buen gusto indispensables para juzgar las obras ajenas.

CAPÍTULO DÉCIMOSEPTIMO. RESUMEN Y SUPLEMENTOS.

1. Ofenda retrospectiva. — 2. La educación, obra capital en la sociedad. — 3. A quíenes corresponde educar, y manera de hacerlo. — 4. La educación y la urbanidad. — 5. La Iglesia y el Estado con respecto á la educación. — 6. La Iglesia católica y la instrucción. — 7. Influjo benéfico de la religión en los conocimientos humanos. — 8. Triste situación de la ciencia desligada de la fe. — 9. La juventud y el porvenir. — 10. Modelo de joven ilustrado y creyente. — 11. El carácter y el trabajo en la educación individual y social. — 12. O educación cristiana, ó impía. — 13. Mi última palabra á los padres de familia y á la juventud.

1. *Ofenda retrospectiva.* — El viajero que, después de largos días, llega al término de la jornada, trae á la memoria el camino recorrido, para darse cuenta de las fatigas soportadas y de las dificultades vencidas, á fin de bendecir á la Providencia que ha guiado sus pasos. Quien se propone componer un libro, aunque sea humilde y sin pretensión alguna,

como éste, emprende también una excursión difícil por el mundo intelectual, más lleno de peligros é incertidumbres que el mundo físico, y más expuesto que él á ser teatro de lamentables caídas y extravíos. Si la inmensidad del mar conmueve al hombre; si el ruido del trueno, el estampido que produce el rayo y el fragor de la tormenta le intimidan y humillan, mucho más anonadado se siente al poner la planta en los dominios de la verdad, que comprende el mundo visible y el invisible, dominios que ningún ingenio humano ha podido recorrer por completo. El alcázar de la ciencia se sustenta y embellece con las producciones selectas del talento, que, á modo de piedras millares, marcan el grado de adelanto de los pueblos y las conquistas obtenidas en los torneos intelectuales.

Pero, así como el grano de arena no es inútil en la construcción de un edificio, tampoco lo es la escasa labor de los que trabajan en última línea en el terreno científico. Séame permitido antes de terminar esta obra dirigir una ojeada retrospectiva hacia las materias de que he tratado, siquiera para pedir una vez más excusa á los lectores por las deficiencias de que adolece. En la medida de mis débiles fuerzas he procurado manifestar, con claridad y sencillez, la vital importancia de la educación é indicar la mejor manera de darla. Convencido como estoy de que la peor llaga de la sociedad moderna es la formación mala ó, por lo menos, incompleta de la juventud, y de que la cultura de que nos gloriamos, es el resultado de la educación que el cristianismo da á los pueblos, he acudido de preferencia á la doctrina católica, única que sirve de clave para la debida solución de las más importantes cuestiones del orden individual y social; doctrina que, sin desatender los intereses de la presente vida, conduce al hombre á su inmortal destino; doctrina que, apoyada en la veracidad divina y en los principios inmutables del derecho natural, se justifica é impone por sí misma, y puede repetir á cuantos la impugnan aquel conocido dilema del Salvador: «Si he hablado mal, manifiesta lo malo que he dicho; pero si bien, ¿por qué me hieres?»¹

¹ Jo. XVIII, 23.

He tomado por guía principal en mi camino al sapientísimo Pontífice León XIII, que se dignó bendecir mi modesta labor, y cuya muerte deplora toda la familia cristiana. Colocado en la Cátedra de Roma, en estos tiempos, tanto de escepticismo é indiferencia religiosa como de vivo anhelo por la ilustración y el progreso, supo él conciliar las legítimas exigencias de la vida terrena con las de la vida eterna; manifestar que la Iglesia acepta todo adelanto; que promueve y promoverá siempre la instrucción, y sobre todo la buena formación intelectual y moral del hombre.

Nada nuevo he dicho en este libro: mi trabajo ha sido principalmente de selección y de condensación de ideas, á fin de presentar en breve resumen el modo de sentir de notables escritores y de ahorrar tiempo á los que no pueden consultarlos íntegramente. He echado algunos granos de semilla en el surco: toca á Dios fecundizarlos y hacerles producir fruto; porque, «ni el que planta es algo, ni el que niega; sino Dios que es el que hace crecer y fructificar.»¹

En pocas cuestiones, como en las de educación y enseñanza, hay pareceres más diversos, y en pocas el error y las preocupaciones han causado mayor daño. Unos dan preferencia á la instrucción sobre la educación; otros se atienen sólo á los modos y métodos de enseñanza; y no faltan defensores del predominio del Estado en la formación física, intelectual y aun moral del hombre. El sofisma, con la astucia que le distingue, ha falseado los principios fundamentales de la educación; por lo que es difícil poseer doctrina sana en un asunto tan debatido.

En este libro he procurado dar á Dios lo que es de Dios, y al César lo que es del César, deslindando los campos é indicando á quiénes compete la ardua labor de educar. Vamos á recordar brevemente algunos de los principios antes consignados.

2. La educación, obra capital en la sociedad.—Dios ha dotado al hombre de cuerpo, obra maestra de la

¹ «Neque qui plantat est aliquid, neque qui rigat: sed, qui incrementum dat, Deus» (1. Cor. III, 7).

naturaleza; de alma, capaz de conocer la verdad y de practicar el bien; de sentidos, que transmiten al espíritu variadas impresiones y le ponen en contacto con el mundo físico. Pero todas estas dotes necesitan ser desarrolladas y dirigidas por la educación, tanto más cuanto que siente el hombre viva inclinación al mal, y su inteligencia puede ser oscurecida por el error. Sin la educación, el hombre es á modo de terreno inculto en que brotan toda clase de malezas; pero, mediante ella, se transforma en huerto fecundo, lleno de flores y de frutos.

«Educar, palabra admirable, que es por sí sola un programa y un guía luminoso; educar es decir elevar el alma del joven hacia las regiones de lo alto en que resplandecen el ideal, el bien, la verdad, Dios mismo...»¹

A la hora actual, la educación preocupa grandemente á los pueblos civilizados, sin duda por el culto que tributan á las letras, y porque las luchas que los dividen, se libran principalmente en el orden intelectual. En las asambleas legislativas, en las academias, en la prensa periódica, en las reuniones populares mismas se habla de la instrucción como de *panacea* para los males que afligen á la humanidad y como medio eficaz de que ésta consiga los bienes á que aspira. En gran parte se realizara tan hermoso ideal, si la cultura de la inteligencia se elevase al mismo nivel que la moral y religiosa; ó, mejor dicho, si en la formación del hombre no hubiese pugna entre los intereses materiales y los espirituales, entre las aspiraciones de esta vida y las de la futura.

Como la educación tiene en cuenta las creencias, inclinaciones y carácter de los individuos y de los pueblos; y, por ahora, predomina una marcada indiferencia hacia los intereses religiosos y grande empeño en atender á los de la presente vida, hay profunda discrepancia entre el concepto cristiano de la educación y el concepto naturalista. Según el primero (único verdadero y aceptable), la religión es la base de la formación del hombre, y los bienes fugaces de la tierra deben posponerse á los estables del cielo; conforme al segundo

¹ *Nitoy*, Los niños mal educados.

(erróneo y perjudicial), el hombre debe formarse sin tener en cuenta ningún ulterior destino, ha de disfrutar de los goces del mundo y empeñarse sólo en servir á su país, sin esperar otra vida ni patria mejor.

Criterios tan contrapuestos tienen dividida la sociedad en dos bandos. El uno sigue, en la educación, las enseñanzas cristianas; el otro prescinde de ellas, dando origen á una lucha tenaz entre el catolicismo y el racionalismo. «Puede decirse que la guerra entablada hoy día contra la Iglesia se encuentra en gran parte en el campo de la educación de la juventud», ha dicho León XIII¹. «Los enemigos comprenden que les sería fácil realizar sus designios, con perjuicio de la religión y de la Iglesia de Cristo, si lograsen formar á su antojo á las nuevas generaciones. Así aparece que es de suma importancia, en la presente condición de los tiempos, en que todo conspira á la ruina de la juventud, educarla cristianamente, á fin de que, sin privarla en lo más mínimo de los conocimientos necesarios á la cultura de la inteligencia, se la haga adquirir sentimientos de piedad y de amor á la virtud cristiana, que la preserven de la corrupción del mundo.»

La formación de la juventud importa sobre manera al bienestar no sólo moral sino también político de los pueblos. Los hombres educados según la doctrina católica, obedecen en lo justo á los poderes legítimos, son enemigos de revueltas, cumplen sus deberes cívicos, propenden al adelanto social; son, en una palabra, excelentes ciudadanos; mientras que los partidarios de los principios del racionalismo ó del indiferentismo religioso buscan sólo su provecho, siguen el impulso de sus pasiones, sacuden el yugo de la obediencia y no trabajan por la ventura pública. ¡Cuán errada y anti-patriótica es, por tanto, la labor de los gobiernos que excluyen á la Iglesia de la educación y dejan á la juventud inexperta en manos de maestros incrédulos y mercenarios!

3. Á quienes corresponde educar y manera de hacerlo.—De las tres sociedades á que por ordenación

¹ Discurso á la Comisión de escuelas católicas, del 17 de julio de 1885. Cf. *Circari* S. J., Catéchisme de Léon XIII.

divina pertenece el hombre, compete á la sociedad doméstica el derecho de educarle. Siendo ésta la primera que le recibe en el mundo, encargada por Dios de prepararle para el desempeño de su misión, es natural que los padres (que dan el ser á sus hijos) se dediquen á obra tan esencial, que requiere fortaleza, constancia y amor, cualidades que poseen ellos en alto grado. Pero, como el hombre tiene un destino sobrenatural, de cuya consecución está únicamente encargada la Iglesia, deben los padres secundar los esfuerzos de ésta empleando los medios que ella pone en sus manos y contribuyendo, por su parte, á la formación moral del niño. «Corresponde á los padres, por derecho natural, educar á sus hijos, con el deber de no alejarlos del fin para el cual Dios los crió», enseña León XIII¹.

Los padres están obligados á dirigir y vigilar la educación de sus descendientes, tanto en el hogar como fuera de él, y á confiarlos á maestros instruidos y virtuosos, que los lleven por la senda de la ciencia y del deber. Poderoso es el influjo del preceptor sobre el niño, quien, por su ignorancia y buena fe, acepta sin dificultad las enseñanzas y ejemplos de aquel. «Es un derecho inherente á la paternidad escoger para los hijos las instituciones en que serán educados y las personas que les darán la instrucción moral», dice el mismo Pontífice². «Cuando los católicos exigen que concuerde con sus creencias la enseñanza que sus hijos reciben en la escuela, hacen uso de su derecho; y nada hay tan injusto como poner á los padres en la alternativa, ó de dejarlos crecer en la ignorancia, ó de someter el alma de sus hijos á un manifiesto peligro... Detestables son las escuelas en que indistintamente se acogen y tratan todas las creencias, como si en lo que mira á Dios y á las cosas eternas importase poco profesar ó no sanas doctrinas, poseer la verdad ó el error.»

Siendo cosa difícil la educación, los padres tienen que dedicarse á ella con empeño y asiduidad, persuadidos de que asegurarán de este modo el porvenir temporal y eterno

¹ Encicl. *Sapientie Christianae*.

² Encicl. *Affariis*, á los obispos del Canadá, de 8 de diciembre de 1897.

de sus hijos. Á causa de la primitiva caída sostiene el hombre constante lucha entre los apetitos perversos de la naturaleza y el recto dictamen de la conciencia, que le induce al bien. Toca á la educación fortalecerle, para que no sucumba. Como el corazón del hombre es un *enigma*, hay que observarle de cerca, á fin de conocer sus cualidades y defectos. En ningún lugar, como en el hogar doméstico, se facilita tanto este estudio práctico; pues rodeando el niño de seres queridos, y en trato íntimo y constante con ellos, ajeno aún á la simulación y al orgullo, tan comunes á la edad adulta, manifiesta con sinceridad sus pensamientos y deseos, incluso sus anhelos y caprichos infantiles. Corresponde á los padres, como á ángeles guardianes de sus hijos, corregir sus malas tendencias, fomentar las buenas, estimularlos con premios, é incitarlos á la práctica de la virtud. Esta labor tiene que ser activa, discreta, incesante: con el auxilio divino y con la ternura paternal lograrán formar bien el alma cándida y flexible del niño, cuya personalidad moral irá destacándose hermosa en el hogar, para lucir después en el teatro del mundo.

4. La educación y la urbanidad.—La cultura ó civilidad forma parte de la educación y es como el *barniz* de ella. Hay, pues, gran diferencia entre un niño bien educado y otro culto; el primero tiene formados su corazón e inteligencia; el segundo se distingue por sus modales correctos y maneras amables. Sin embargo, en el lenguaje común se confunde la urbanidad con la educación, y aun hay padres de familia á quienes les basta que sus hijos tengan aquella.

Es cierto que la urbanidad hace muy recomendable á un hombre; que la observancia de sus reglas presupone un cierto grado de virtud, y que ella es el complemento de la educación. En el hogar y en la escuela han de enseñarse teórica y prácticamente al niño las reglas relativas á la limpieza y al vestido, al modo de portarse en las conversaciones, en las visitas, en el trato con los superiores, iguales é inferiores, en la mesa, en el templo, que son las principales de que trata la urbanidad. Pero ésta sola no forma al hombre ni decide de su mérito; pues la experiencia comprueba que la

cortesía no está reñida con la perversidad y la ignorancia. Se puede dar una bofetada con mano que calce guante, y difundir malas ideas acudiendo á frases y fórmulas delicadas. Limitar la educación á solas las buenas maneras, equivale á fijarse en el exterior de una persona prescindiendo de sus verdaderas cualidades.

«Tienen grande importancia las reglas de urbanidad», dice Nicolay¹, «porque hacen resaltar las virtudes sociales, adquieren á alto precio virtudes que el mundo estima más que el verdadero mérito, el cual pierde de su valor cuando le encubre una forma ruda ó carece de cortesía. No se supone que un fruto delicado y fino pueda ocultarse bajo una corteza grosera. En todo caso las buenas maneras, por agradables que sean, no tienen en definitiva sino un valor secundario: son apariencias amables, y nada más.»

5. La Iglesia y el Estado con respecto á la educación.—Proponiéndose la educación el perfeccionamiento del hombre, conviene que las sociedades á que éste pertenece procedan de común acuerdo, á fin de auxiliarse en obra tan ardua. Mas, para que su acción sea fecunda, es preciso que cada cual se limite á lo que por su naturaleza le corresponde, sin invadir el campo ni los derechos de las otras. Por desgracia, este acuerdo no existe, sobre todo, en estos tiempos de indiferentismo religioso, en que la familia y especialmente el Estado desconocen las prerrogativas de la Iglesia en la educación y enseñanza, hasta el punto de haber lucha por este motivo entre la sociedad eclesiástica y la civil.

En los siglos de fe, la Iglesia fué reconocida como la gran maestra y educadora de la humanidad, y el poder temporal se esmeró en secundar su acción civilizadora. Hoy se la excluye de la escuela, se prescinde de su moral, y á lo sumo se la equiparan con las sectas disidentes. Los partidarios del cesarismo del Estado dicen que el fin de éste es opuesto al de la Iglesia, y la moral que él profesa contraria á la de ésta; por cuyo motivo no debe intervenir en ningún asunto temporal ó de interés público.

¹ Los niños mal educados.

¡Error craso y funesto! La Iglesia, cuya misión es conducir á los hombres al cielo, no se opone al bienestar temporal de ellos, que busca el Estado. Sólo exige que los intereses materiales se subordinen á los espirituales, y que la ley divina regule toda la actividad humana. Conocido es el empeño de la Iglesia por el adelanto científico, su anhelo en fomentar las buenas costumbres, su amor al trabajo y al mantenimiento de la paz, medios eficaces para obtener y asegurar la ventura pública. Lejos, pues, de que el Estado tenga queja alguna contra la Iglesia, debe solicitar su auxilio y agradecerle los servicios que le presta.

Viniendo á la enseñanza, la Iglesia es, por derecho divino, institución docente; pues ha recibido de Dios la autoridad de doctrinar el mundo en cuanto concierne al dogma, á la moral y á las costumbres. El Estado no tiene misión de enseñar, porque carece de doctrina propia; y menos de educar, porque no es depositario ni intérprete de la moral. Su acción, en este punto, debe limitarse á auxiliar á la Iglesia y á la familia en la obra de la educación, facilitando á todos los medios de instruirse, estimulando á los padres negligentes y velando por la higiene, orden y moralidad pública de las escuelas. En suma, el Estado no es institución docente, como tampoco es industrial ni comerciante. Se habla de los diversos poderes del Estado: del poder legislativo, del ejecutivo, del judicial. En ninguno de ellos está incluida la función educadora.¹

Pero el Estado moderno, lejos de limitarse á auxiliar y proteger á la familia y á la Iglesia en su función educadora, pretende suplantarla y excluir á entrambas, en especial á la segunda, de toda ingerencia en este asunto. Se ha constituido él en pedagogo del niño, en supremo director de la enseñanza, en único poder docente; todo con el fin de convertir la educación en una rama de la política y de la administración pública, y, lo que es peor, de anular el saludable influjo de la Iglesia en la formación moral y religiosa de la juventud. Con este sistema absorbente desconoce también el Estado

¹ Mons. Frappet, *La Révolution française et le Centenaire de 1789*.
CRESPO-TORAL, Educador. Ed. 2.

el derecho natural que tiene todo hombre probado es instruido de comunicar sus conocimientos á los demás, á fin de propender á su perfeccionamiento.

El Estado se halla, pues, en pugna con la Iglesia en cuestión de tan capital importancia; pero como guardiana de la moral y defensora de la justicia, sostiene y vindica la Iglesia sus derechos y los de la familia cristiana en la educación del niño.

«Vivimos bajo un régimen intolerable», dice un autor contemporáneo. «El Estado es maestro de escuela, y como es ateo por sistema, su escuela no debe conocer á Dios. Si tolera un poco de libertad, que la da con parsimonia, es por cierto respeto á las opiniones ajenas; pero confía en que se cegarán pronto las fuentes de la enseñanza cristiana, y quedará el dueño único del campo.

«Mas la lucha actual no data de ayer: en todo tiempo se ha disputado acerca de la infancia; pues todos juzgan que, para cambiar el espíritu y el corazón de un pueblo, es preciso apoderarse de la juventud. Cuando se ha pervertido una sociedad, hay que esperar que desaparezca la generación presente, y preparar para el porvenir una generación más sana.»¹

6. La Iglesia católica y la instrucción.—La Iglesia ha promovido, desde su origen, la instrucción de todas las clases sociales, obedeciendo á la orden de *enseñar á todos los pueblos*, dada por Jesucristo á sus apóstoles. Los obispos y el clero abrieron escuelas en todos los lugares en que anunciaban el evangelio, á fin de instruir á las muchedumbres, no sólo en lo tocante á la salud eterna, sino también en los conocimientos profanos. A diferencia de la antigüedad pagana, que hizo de la ciencia el patrimonio de unos pocos y la ocultó á las miradas de la multitud como si fuese un misterio, la Iglesia difundió sus enseñanzas entre todas las clases sociales, atendiendo especialmente á los niños, á los pobres, á los atribulados, para quienes tiene maternal cariño.

Convencida de que la ignorancia causa graves daños en el orden temporal y eterno, ha procurado en todo tiempo

¹ L'éducateur apôtre.

derramar la luz de la ciencia cristiana, como medio de ilustrar y, sobre todo, de moralizar á los pueblos. Por modesto lugar que ocupe un hombre en la esfera social, si recibe educación cristiana, se eleva y adquiere, junto con la conciencia de su dignidad de ser racional y de hijo de Dios, reglas seguras de bien obrar, y nociones utilísimas para satisfacer debidamente las exigencias de la vida. Entonces comprende el mérito del sufrimiento y de la obediencia, la necesidad de reprimir las malas inclinaciones y la de fomentar las buenas; el mérito del trabajo y de las acciones virtuosas, que hacen al hombre merecedor de eterna dicha.

Mas, por mucha que sea la utilidad é importancia de la instrucción, puede ésta ser nociva, si no descansa en principios sanos y no es vivificada por la moral. Cada hombre, en especial el de ingenio cultivado, debe proponerse un fin honesto en sus actos, para no ser causa del extravío intelectual y moral de los demás. Por esto quiere la Iglesia que todos adquieran, según su estado y posición, los conocimientos debidos; pero sin apartarse de la ley divina que manda buscar los bienes eternos antes que los temporales, y preferir entre las ciencias á la que enseña á conocer y á servir á nuestro supremo Hacedor.

«La instrucción ha de preparar ante todo el camino á la vida moral, y contribuir eficazmente á su desarrollo», dice el Padre Chabín.² «Toda otra manera de entender la instrucción, y, en especial, prodigarla sin sujeción á la virtud, es un engaño y un error pernicioso.»—«Ciencia sin conciencia arruina el alma», repeta Rabelais; y Montaigne: «el refinamiento de los espíritus no es lo mismo que su engrandecimiento.»—«La ciencia no es buena sino relativamente y según el uso que se haga de ella», afirma Fouillée,³ «y el arte mismo tiene sus peligros. Sólo la moral es absolutamente buena; mientras la instrucción, sobre todo científica, es arma de dos filos que puede poner en desacuerdo los conocimientos adquiridos con la condición en que se halla el individuo.

² Le droit naturel et social.

³ L'enseignement national. Citas del P. Chabín.

y exponer á la sociedad á una especie de desequilibrio universal, origen de descontento, de ambiciones é inquietudes, y de revueltas contra el orden social.»

La educación religiosa hace al hombre probo, justo y virtuoso; por lo que conviene inbuir al niño en los principios de moralidad y de virtud que regulan su conducta privada y pública. Siendo la religión la base de la moral, es inadmisibile la pretension de formar al joven prescindiendo de aquella, ó moralizarlo únicamente por medio de la enseñanza. Ya hemos dicho que la instrucción influye en la inteligencia, y que sólo la educación, propiamente tal, forma la voluntad y el carácter. «No comprendo que alguien pueda ser virtuoso sin religión», decía Rousseau¹. Herberto Spencer² ha escrito: «Es absurda la confianza en los efectos moralizadores de la cultura intelectual, que los hechos contradicen categóricamente. ¿Qué relación puede haber entre aprender que ciertos grupos de signos representan palabras, y adquirir un sentimiento más elevado del deber? ¿De qué modo la facilidad en formar notas representativas de los sonidos podrá fortalecer la voluntad en el arte de bien obrar? ¿Cómo el conocimiento de la tabla de multiplicar ó la pericia en dividir podrán desarrollar el afecto de simpatía, hasta el punto de reprimir la tendencia de dañar al prójimo? ¿Cómo los dictados de ortografía y el análisis gramatical podrán desenvolver el sentimiento de justicia, ó las nociones de geografía acrecentar el amor á la verdad? Hay tanta relación entre tales causas y efectos como con la gimnasia que ejercita las manos y las piernas. La fe en los libros de clase y en la lectura es una de las supersticiones de nuestra época.»

En los siglos de persecución, la enseñanza dada por la Iglesia era más bien privada que pública; pero desde que cesó aquella y la Iglesia tuvo libertad de acción, casi todas las escuelas fueron abaciales, capitulares ó parroquiales, dirigidas por monjes ó clérigos, habiendo disminuido su número

¹ Carta á D'Alembert sobre los espectáculos.

² Préparation à la science sociale, par la psychologie. Citas del P. Chabín.

desde que los gobiernos impios y las sectas disidentes hicieron decrecer el influjo de la Iglesia católica.

«Sería hermoso seguir á la Iglesia á través de los siglos, para manifestar lo que ha hecho por la instrucción del pueblo. Desearía conducirlos á esas escuelas episcopales y monacales en que los más grandes obispos y los genios mejor dotados enseñaban á leer á los hijos del obrero y del campesino. La Iglesia no ha temido jamás la luz; ella sola instruyó á los hombres durante largos siglos, enseñándoles á la vez las ciencias divinas y humanas, ó, mejor dicho, toda ciencia es tenida por ella como sagrada; porque desea iluminar la mente de los escolares, á modo de una claridad emanada de lo alto. La Iglesia doctrinó al hombre en todas las edades; enseñó al niño los primeros rudimentos del saber, abrió para los adultos colegios y célebres universidades en que su inteligencia se ejercitaba en cuestiones que hoy apenas se atreven á tocar. Así salía de sus manos el hombre hecho y preparado para ocupar su puesto en la sociedad.

«Cuando la herejía amenazaba la fe, la Iglesia multiplicaba sus escuelas, como un medio de combatirla. Contra el protestantismo del siglo XVI, creó innumerables centros de enseñanza, de donde salieron esas generaciones vigorosas del siglo XVII. Después de la revolución (francesa), de fines del siglo XVIII, tuvo por la infancia cuidados infinitos. Privada la Iglesia de Francia por los hijos de Voltaire del derecho de tener escuelas, no cesó de protestar contra el abuso, hasta que, habiendo obtenido en 1830 la libertad de enseñar, pudo abrir numerosas escuelas, al mismo tiempo que el soplo de lo alto suscitaba nuevas congregaciones religiosas docentes. En 1850, la libertad de enseñanza secundaria proporcionó á la juventud católica colegios en que su fe podía alimentarse y sostenerse para los combates de la vida. Cuando, en 1875, fué autorizada la enseñanza libre superior, un grito de alegría se escapó de los labios católicos, porque la fe era admitida en las altas regiones del saber. Alegría efímera, pues el legislador se arrepintió pronto de su liberalidad y puso trabas al desarrollo de la ciencia cristiana.»¹

¹ L'Éducateur apôtre.

Lo que ha hecho la Iglesia en Francia, lo hizo en todas partes, desde su origen. Ella fundó las escuelas propiamente populares para los desheredados de la fortuna. Prueba de ello es haber instituido en sus comienzos el *catecumenado*, á cuyo primer grado pertenecían los *oyentes* ó aprendices. En el siglo II, se fundó en Edesa una de las primeras y más florecientes escuelas teológicas que menciona la historia. Á principios del siglo IV, el mártir Casiano instruía á los niños, y á fines del mismo siglo, San Basilio, en el Oriente, prescribía en su regla para cada monasterio la apertura de una escuela pública y gratuita. En el Occidente, Casiodoro estableció las escuelas medias y superiores, y Boecio escribió mucho sobre instrucción primaria; pero la gloria principal corresponde á la orden de San Benito, cuyos monjes fueron durante algunos siglos los educadores de la Europa occidental.

Desde el siglo VI varios concilios generales y particulares mandaron á los clérigos recibir en sus casas á los niños para instruirlos, y abrir escuelas en los campos y aldeas. En el siglo XII, el tercer concilio de Tréveris creó en las iglesias catedrales un beneficiado, para que enseñase á los clérigos de la misma iglesia y á los niños pobres del lugar. En el mismo siglo no había en la Galia, según el abad Guiberto, un lugar donde no hubiese existido una escuela. En el siglo XIV, cuarenta y un maestros enseñaban en las escuelas de París; á comienzos del XV, sólo la diócesis de Praga tenía 640 escuelas; y como Alemania contaba entonces sesenta y tres diócesis, se puede calcular en 40.000 el número de sus escuelas¹.

La reforma protestante fué un golpe para la libertad de enseñanza; pues en 1524 escribía Lutero á los magistrados civiles que tuviesen bajo su inspección y especial cuidado las escuelas. Desde entonces el Estado procuró apoderarse de ellas, hasta llegar al monopolio oficial de la enseñanza, con el que ha invadido los derechos de la familia y de la Iglesia en la instrucción.—Desde el Concilio de Trento cuidó la Iglesia de oponerse á este mal, estableciendo seminarios,

¹ Cf. *Gotha*; *Sanctificetur educatio*.—*Cathrein*, Philos. mor. P. II, l. 2, c. 3; n. 4.

colegios y escuelas gratuitas, en beneficio de la niñez y juventud de todas las clases sociales.

Asimismo, las más célebres universidades de Europa han sido fundadas ó, cuando menos, favorecidas por la Iglesia. «Gloria perenne de los pastores de la Iglesia, y principalmente de los Pontífices romanos, es haber promovido y amparado con eficacia el cultivo de la ciencia, merecedora de este nombre», afirma León XIII¹. «Solicitos siempre de la instrucción del pueblo cristiano, no perdonaron esfuerzos y cuidados para erigir esos notables centros de las ciencias en las principales ciudades de Europa.» En efecto, las universidades de Cambridge y de Oxford, en Inglaterra, fueron enriquecidas con varios privilegios por los Sumos Pontífices; en Irlanda, la escuela de Dublín obtuvo en 1360 del Papa Juan XXII los derechos de academia; en Bélgica, la universidad de Lovaina fué establecida, en 1425, por Martín V; en Francia, la de Reims se creó por Eugenio IV; en 1448; la de Tolosa, confirmada por Gregorio IX, fué provista de muchas facultades por Juan XII é Inocencio VI; la de Poitiers debió su confirmación al mismo Martín, y la de Burdeos su origen al Papa Eugenio. En Alemania, la de Heidelberg se estableció y confirmó por varios Pontífices; la de Praga fué instituida por Clemente VI; la de Colonia, por Urbano VI; la de Leipzig, por Alejandro V; la de Tréveris, por Nicolás V; las de Basilea é Ingolstadt, por Pio II; la de Paderborn, confirmada por Paulo V; la de Salzburgo, por Urbano VIII; la de Fulda, por Clemente XIII, y otras más que sería largo enumerar. En Polonia la universidad de Cracovia, principiada por Casimiro Magno, fué enriquecida con privilegios por Urbano V y Bonifacio IX; la de Vilna, confirmada por Gregorio XIII. En Italia, España y Portugal, todas sus célebres universidades, como las de Bolonia, Padua, Salamanca, Oviedo, Coimbra, etc., fueron instituidas ó aprobadas por los soberanos Pontífices². También en América, tienen el mismo origen las actuales universidades de Quebec y Washington;

¹ Carta al arzobispo de Baltimore, del 10 de abril de 1887.

² Cf. *Gotha* l. cit. c. 4; n. 3.

y las antiguas de San Marcos en Lima, de San Gregorio en Quito, de Méjico, etc., fueron igualmente pontificias.

7. Influjo benéfico de la religión en los conocimientos humanos.—Todos los conocimientos que pueden enriquecer al hombre, se apoyan en ciertos principios ó verdades primordiales, y exigen además, para su desarrollo, recto entendimiento y asiduo esfuerzo de quienes se dedican á su cultivo. Dios ha concedido á la criatura racional el poder de conocer y descubrir la verdad; pero, por la limitación de sus facultades y el menoscabo que éstas recibieron por la culpa original, no siempre obtiene, al término de sus labores, el oro puro de la verdad, sino que á veces se deja engañar por el brillo falso del error y del sofisma. Necesita, pues, el hombre, para no extraviarse, de un guía diestro y seguro que le conduzca por la difícil senda del saber y que, al fin, le descorra el velo que oculta la ciencia.

Ahora bien, sin desconocer el poderoso auxilio de la razón humana, fuente de los conocimientos del orden natural; ni el apoyo que prestan la experiencia y la paciente labor de los hombres doctos, que conducen á los ignorantes á la *tierra prometida* del saber, es indudable que la religión es guía firmísimo del hombre en sus faenas intelectuales. Sabido es que sólo por medio de la revelación conocemos las verdades sobrenaturales, y que aun nos sirve ella mucho para adquirir no pocas verdades naturales. Con la luz que difunden los dogmas cristianos, con las reglas admirables de moral que la Iglesia prescribe, las ciencias especulativas y prácticas tienen una base firme y un punto de partida seguro para sus investigaciones. ¡Cuántas enseñanzas y afirmaciones científicas contenidas en la Biblia han guiado á los sabios en el estudio de la naturaleza!

Todas las ciencias, en especial la filosofía, la moral y la historia, son deudoras á la Iglesia católica de inmensos servicios; porque ella ha disipado los errores de que estaban plagadas durante el paganismo, y las ha hecho avanzar, á pasos de gigante, hacia la posesión de la verdad y del bien, término de sus aspiraciones.

Tarea interminable sería la de contar, siquiera someramente, los beneficios hechos por la Iglesia en el mundo científico. El pensador cristiano se siente abismado ante el sinnúmero de verdades que se hallan en conexión con la religión, y experimenta una emoción semejante á la que causa la vista del océano, cuyas orillas no se divisan. Cada dogma es un foco de luz que disipa las tinieblas del error y la ignorancia, y ofrece horizontes nuevos al hombre de ciencia; cada verdad moral es norma segura para la dirección de las costumbres y el mejoramiento de los pueblos. «Los dogmas», ha dicho Mons. Dupanloup, «encierran soluciones para todos los grandes problemas filosóficos y sociales, y nos transportan á un mundo más vasto — el sobrenatural — que acaba y corona al mundo visible, manteniendo con él una armonía maravillosa.»

Nada enaltece tanto al hombre como los triunfos obtenidos en el campo intelectual y la adquisición de nuevos conocimientos. Á medida que éstos se ensañan crece el caudal científico que cada generación recibe como rica herencia, para transmitirla con creces á la que le sigue. Las épocas más gloriosas en la vida de la humanidad son aquellas en que han aparecido genios como Platón, Aristóteles, Séneca, Orígenes, San Agustín, Santo Tomás de Aquino, Newton, para no mentar sino á algunos de los príncipes del humano ingenio.

Las ciencias y las artes constituyen el lujo de la civilización y dan la medida de su adelanto; pero ellas han recibido de la Iglesia decidido apoyo, hasta el punto de servirles de mentor y guía. «A través de todos los siglos, y aun en los tiempos más barbaros y peligrosos, la Iglesia de Jesucristo llevó á las naciones la luz de la civilización. Con la pura claridad de las verdades evangélicas dispuso las tinieblas del error y de la ignorancia... Los progresos mismos, los verdaderamente mercedores de este nombre, progresos de que nuestro siglo se muestra tan ufano, son grandemente deudores á la acción bienhechora de la Iglesia, que de mil maneras los estimula, bendice y hace servir en provecho real de los hombres...»¹ Por esto entraña una aberración

¹ Disc. de León XIII al Sagrado Colegio, del 2 de marzo de 1880.

ción grave y funesta el suponer que la doctrina católica es incompatible con el progreso y la condición de la sociedad presente, siendo así que ella sólo es incompatible con los errores con que la malicia y la ignorancia han deslustrado el progreso. La verdad y los principios reguladores de la sociedad humana son de todos los tiempos, y tienen la virtud siempre antigua y siempre nueva, de asegurar á cada época la vida y la salud. Sería grande desgracia para la sociedad si, en medio de las locuras del orgullo y de la licencia humana, no brillase sobre la tierra el sol de la verdad católica, para iluminarla y calentarla con sus fecundantes rayos. En el movimiento tan rápido de los espíritus, cuando el desgo de saber, laudable y bueno en sí mismo, se ha difundido tanto, conviene que los católicos vayan á la vanguardia, y no después de los otros. Así que deben ataviarse con el brillo de la ciencia, ejercitarse con ardor en la investigación de la verdad y en el estudio de la naturaleza, en cuanto les sea posible. Esto ha sido siempre la intención de la Iglesia, que en todo tiempo ha empleado sus esfuerzos y cuidados en ensanchar los límites de las ciencias.²

8. Triste situación de la ciencia desligada de la fe. — El hombre, como criatura de Dios, recibe todo de su bondad; por lo que necesita de su concurso y auxilio, aun en el orden natural. Por tanto, si anhela cultivar y poseer la ciencia debe acudir á Dios, *que es el Señor de las ciencias, y de cuyos labios emana toda sabiduría y conocimiento*³; tanto más cuanto que la ciencia es el conocimiento de las cosas por sus causas y principios más altos, y Dios es la primera causa

¹ Dize. del mismo al Sagrado Colegio, del 2 de marzo de 1890.

² *In hoc tam celeri ingeniorum cursu, in tanta cupiditate sciendi tam late fissa, et indeque per se laudabile hinc honesta, antea de re catholicis hominibus, non sublevari. idcirco instruitur de oportet in omni elegantia doctrinæ, acriterque exercent animum in exploratione veri, et totius, quoad potest, indagatione nature. Quod omni tempore eadem Ecclesia voluit: ob eamque rem ad præferendum scientiarum fides omnino tantum conferre consuevit, quantum opera et contentione potuit. (Enclit. *Lexington octavi*, á los arzobispos y obispos de los Estados Unidos, del 6 de enero de 1895).*

³ Eclit. 1. 1. Prov. 1. 6. 1 Reg. 11. 3.

de cuanto existe. Las ciencias dependen de Dios, están obligadas á pregonar su grandeza y á servir al hombre de escala para subir hacia Él. Las ciencias tienen íntimas relaciones con la religión, la que, según afirma Bacon, impide con su aroma que ellas se corrompan.

La religión es, en efecto, no sólo la santificadora de las almas, la maestra del sacrificio, la inspiradora de las mayores proezas que han presenciado los siglos, sino también el centro y núcleo de las ciencias. Cuando alguna de ellas desoye sus enseñanzas, es como rama arrancada del árbol, que se seca por falta de savia; es como el pródigo del Evangelio que, incitado por el vicio, deja la casa paterna y va en pos de bellotas nauseabundas. Y ¡cuántas veces la ciencia arrogante, la ciencia incrédula que juzgó neciamente progresar y obtener triunfos, sacudiendo el yugo benéfico de la religión, vuelve sobre sus pasos, reconoce su yerro, y, al verse abatida y postrada por el error, busca humilde y confiada el amparo de la Iglesia católica, que le tiende cariñosa sus maternales brazos! *Vanos son los hombres en quienes no se halla la ciencia de Dios*, dice el Sabio; y *que por los bienes visibles no llegaron á entender al Ser Supremo, ni considerando las obras reconocieron al artífice de ellas*¹.

Preciso es repetir una vez más: la verdadera ciencia conduce á Dios, y la falsa nos aleja de Él: la primera es un rayo de luz desprendido de lo alto, y una escala que acerca al hombre á la cumbre inaccesible en que habita la Divinidad; la segunda es como los fuegos fatuos que iluminan por un momento y luego dejan al espectador en tinieblas. Oigamos las hermosas frases de un orador del Congreso católico de Malinas: «Las ciencias prueban la existencia de Dios. Los sabios suelen alejarse de Dios; pero las ciencias, jamás. Estas se asemejan á aquellas flotillas que abandonan cada año la costa, para ir á explorar las heladas regiones del norte. ¡Qué momento tan triste! ¡El puerto está vacío, los barcos partieron, todo augura desgracia! ¡Mas, no: tranquilizaos, porque ellos volverán! Acaso haya que deplorar algún naufragio;

¹ Sab. XIII, 1.

pero la mayor parte volverá. Así también las ciencias, arrastradas por los que las dirigen, parecen dejar á la Iglesia, de quien tanto han recibido; pero esperad y tened paciencia, pues sólo se alejan para volver. ¡Durante este tiempo, los que quedamos en tierra sepamos trabajar y trabajemos para hacer el puerto más amplio y más hospitalaria la playa!

Un escritor católico decía últimamente: «La ciencia sin religión es un caos en que se pierde sin remisión el investigador. Diganlo sino las teorías materialistas de Büchner, Moleschott y Strauss, y las doctrinas evolucionistas de Darwin, en las que sus autores, perdida la fe, despojan al hombre de su naturaleza racional, no atribuyéndole más origen que una miserable célula, producto de la evolución espontánea de la materia inorgánica, ó un grotesco chimpancé. Quitar al hombre el sello de la divinidad, y le marcan con el sello de la bestia. En cambio, el sabio católico, reconociendo en la naturaleza las huellas de Dios, se eleva al conocimiento de Él, que es la suprema sabiduría, y dignificando á Dios, dignifica al hombre, exclamando con Linneo: 'He visto pasar al Dios eterno y todopoderoso, y me he quedado estupefacto.'»

9. La juventud y el porvenir.—La familia humana, por la ley de la muerte, se renueva incesantemente, y cada generación subroga á la que le precede y se hunde en el sepulcro. Aun durante el corto periodo de la vida, hay diversas edades y aptitudes entre los hombres, siendo los pueblos á modo de bosques y jardines en que unas plantas están ya agostadas y estériles, por la acción destructora del tiempo, y otras llenas de lozanía, cubiertas de flores y de frutos. La juventud es la época de más vigor en la vida humana; en ella se vinculan las esperanzas de los pueblos y su porvenir, porque pronto tomará en sus manos las riendas del gobierno, la dirección del hogar y la gestión de todos los negocios relacionados con el bien público.

La juventud augura un brillante porvenir cuando es bien formada: en caso contrario ocasiona la ruina de las sociedades doméstica y civil. «Una juventud fuerte y virtuosa reparará los daños del pasado, detendrá el movimiento retró-

grado de la civilización hacia el paganismo, fundará familias en que Dios será servido, y cuyos miembros poblarán el cielo. Pero si la juventud se desvía, cualquiera que haya sido el pasado, el porvenir será desastroso. Los jóvenes viciosos se corrigen con dificultad. Mañana serán padres de familia, y su conducta servirá de norma á la mujer é hijos. Si son instruidos formarán la clase directora; serán los magistrados, los nobles, los ricos que darán el tono á la sociedad entera. El demonio no se engaña; y por eso se empeña en pervertir á la juventud, seguro de que si lo consigue, obtendrá el imperio del mundo. Él sabe que para emponzoñar una fuente basta poner veneno en su origen; que para conquistar un país basta ocupar sus plazas fortificadas. Nabucodonosor dió muerte á los hijos de Sedecías á su vista, y después hizo reventar á éste los ojos. El demonio hace cosa parecida: da por el pecado muerte á las almas de los niños, y ciega á sus padres para que no los vigilen.

En servicio del demonio, el mundo de hoy multiplica las seducciones para la juventud. Libros, grabados, diarios, folletines, teatros, casinos, fiestas, sociedades, todo se pone en juego para seducir á esta edad, ávida de placeres é independencia, que no prevé el porvenir ni se pone á cubierto de los peligros.

«La Iglesia no se engaña; por lo que desea cubrir con sus alas á la infancia y á la juventud; pero leyes inicuas la sustraen de su maternal solicitud. Casi en vano funda ella patronatos y círculos católicos para los jóvenes, que prefieren, de ordinario, las echollas de Egipto al maná del cielo; abandonan el templo, la mesa santa, el pastor que les preparó á la primera comunión, para correr en pos de los goces del mundo. Nada hiere más que esto el corazón del sacerdote ni entristece tanto á la Iglesia, madre de las madres, que puede repetir con Jeremías: 'Lloro, y mis ojos son fuentes de lágrimas... Mis hijos se han perdido, porque ha triunfado el enemigo. Pueblos del Universo, escuchadme, os lo pido: mis pequeñuelos han sido esclavizados por Satanás.'»

«Jóvenes, podéis hacer grandes cosas para el bien y para el mal: la sociedad, la Iglesia, Dios mismo tienen puestas

sus miradas en vosotros; no defraudéis sus esperanzas. Se os ha dado la libertad; no abuséis de ella ni os convertáis en instrumentos del infierno.»¹

Conviene mucho persuadir al joven de que, en el corto plazo de la vida, debe trabajar en el puesto que Dios le asigne en el mundo, á fin de cumplir en él su misión especial, y hacerse digno de la eterna recompensa en el cielo. Federico Ozanam, que á una vasta erudición y notable ingenio unió firmeza de carácter, fe sincera y profunda piedad, exclamaba á la edad de veinte años: «No estamos en el mundo más que para cumplir la voluntad de la Providencia: esta voluntad se cumple día por día; y por esto el que muere dejando su labor inconclusa, tiene tanto mérito á los ojos de la divina justicia, como el que dispone de tiempo para terminarla por completo.»²

Una vida corta, pero consagrada al apostolado del bien, es fecunda en buenas obras, según el Sabio: *Consummatus in brevis, explicit tempora multa*. «Quien sabe aprovechar el breve tiempo de la vida, y lo emplea en adquirir una eternidad feliz, vive vida larga», dice Bossuet; «pues no puede ser corta una existencia que se liga con una eternidad gloriosa. La muerte no perjudica al que vive honradamente; porque ella tiene sólo dominio sobre el tiempo, y el que emplea como se debe los días que Dios le otorga, los hace, en cierto modo, pasar á la eternidad.»

Grave responsabilidad pesa sobre los que sobresalen por sus dotes de cabeza ó de corazón. ¡Oh vosotros, sobre todo, jóvenes, que estais alumbrados por la llama del genio, sabed que no en vano ha depositado Dios en vuestra alma esa lumbre y ese fuego; porque tenéis que emplearlos en servicio de la humanidad y de los intereses mismos de Dios! «No ha creado Dios el talento y el genio, dos hermosas luces del espíritu», dice el mismo Bossuet, «para el recreo egoísta y soberbio de aquellos á quienes adornan, así como no ha

concedido á algunos la opulencia para deslumbrar é insultar al vulgo. En el orden intelectual, como en el de la fortuna, Dios ha puesto al rico para el servicio del pobre, y especialmente en el orden de la inteligencia, no es debidamente rico el que no sabe dar. Un genio como San Agustín ha hecho esta profunda observación: «Hay bienes que no se agotan comunicándolos, á saber: los del espíritu; y cuando se los conserva sin difundirlos, no se los tiene como se debería tenerlos.»³ Su difusión es la más noble caridad, la del alma.

10. Modelo de joven ilustrado y creyente.—La juventud, como las otras edades, necesita ser aleccionada, más por el ejemplo que por la palabra; ya que nada incita tanto para lo bueno y lo malo, como los hechos realizados por los demás hombres. Cuando vemos que otros han cultivado con ahínco las ciencias, han sobresalido por su valor, sacrificándose por su patria, y recorrido la difícil senda de la virtud, decimos con San Agustín: «Lo que ellos hicieron, ¿por qué no lo hemos de hacer también nosotros?»

Para formar bien á la juventud, es preciso presentarle buenos modelos, á fin de que, con el ardor que la caracteriza, se empeñe en seguir sus huellas. En este punto, ninguna institución como la Iglesia católica puede ofrecer tipos más perfectos á la imitación de todas las edades y condiciones de la vida. San Luis de Gonzaga es uno de ellos, para la juventud de alta clase social. De ilustre prosapia, heredero de un rico principado, lleno de toda clase de prendas, renuncia el angelico vancebo tan halagueno porvenir, los aplausos y atractivos del mundo, por las austeridades de la vida religiosa y la cruz de Jesucristo. «Es imposible proponer á la imitación de la juventud cristiana un modelo más perfecto, que haya poseído en más alto grado las virtudes que pueden enaltecer á un joven», afirma León XIII.⁴ «La vida y las obras de San Luis de Gonzaga suministran, en efecto, preciosas

¹ Berthier, *Le jeune homme comme il faut*.

² Vie de Fréd. Ozanam, por Carlot Ozanam.

³ Sab. IV, 13.

³ Cita del P. Longhaye.

⁴ Carta con motivo del tercer centenario de San Luis de Gonzaga, del 1 de enero de 1891.

lecciones á la juventud, enseñándole la solitud con que deberá conservar la inocencia é integridad de vida, la perseverancia en mortificar el cuerpo para calmar el ardor de las pasiones, el desprecio de las riquezas y honores, el espíritu de energía en el estudio y en el cumplimiento de los deberes propios de su edad; la fidelidad, en fin, y afecto filial á la santa Iglesia y á la Sede Apostólica.»

Hay otro modelo, más fácil de imitar, que conviene recomendar á la juventud ilustrada y creyente: Federico Ozanam, cuya corta vida fué fecunda para las letras y para el prójimo. Una sola aspiración tuvo él hasta el último instante de su vida, al decir de uno de sus biógrafos: la de hacer brillar la verdad y la divinidad de la religión católica, y de hacerla amar por la práctica de la caridad fraterna. Verdad y caridad, dos nobles hermanas, de las que una hace conocer al hombre sus deberes, y la otra templa sus rigores¹.

Nacido en 1813 y educado con esmero por sus virtuosos padres, en especial por su madre, la cual formó su corazón incomparable, la infancia de Ozanam pasó dulce y tranquila, en el *flujó y reflujo del amor que iba del corazón de los padres al del hijo, y viceversa*. Alumno del Colegio Real de Lió, en el que cursó humanidades, á los dieciséis años y medio fué bachiller, manifestando gran afición á la poesía y á las letras, á las musas y á lo ideal. Á los dieciocho años escribió, para refutar á los sansimonianos, su primer libro, que fué aplaudido por Lamennais y Lamartine; y poco después concibió el plan de una obra vasta en defensa de la religión católica. Enviado á París para cursar derecho, el sabio cristiano Ampère le acogió en su casa y le ofreció su amistad. En 1836 obtuvo el doctorado, y en los diecisiete años que le restaron de vida, varios de ellos de penosa enfermedad, realizó una labor inmensa. Catedrático sustituto y después propietario, desde 1844, de la clase de literatura extranjera, en la Sorbona, desempeñó con mucho lustre el profesorado, y á sus lecciones concurría selecto auditorio que no se cansaba de aplaudir sus triunfos. Según M. Villemain, «nadie sobre-

¹ Cf. C. Ozanam 1. c.

pujó á Ozanam en la fiebre por el estudio, en el esfuerzo de aplicación y de inventiva, cuyas huellas se conservan en sus escritos. Lenguas antiguas y modernas, historia de todos los tiempos, literatura clásica y extranjera en todos sus grados, ciencia del derecho eclesiástico y civil, estudio de las artes; todo lo había abarcado con trabajo metódico é inspirado, cuyos ecos, por decirlo así, se repiten en su vasta memoria y en su poderosa inteligencia. Todas las producciones de su pluma llevan el sello de la verdad, revelan al filósofo espiritualista, al cultivador exímio de las bellas letras.

Pero Ozanam era ante todo un católico activo y fervoroso. Persuadido de que la ignorancia en materias religiosas y el desenfreno de las pasiones arruinan á la juventud, funda la *Conferencia de Historia*, en que refuta victoriosamente las acusaciones contra la Iglesia y su doctrina, y, para que el remedio fuese más eficaz y adecuado á las exigencias de los tiempos, se empeña con Mons. de Quélen, arzobispo de París, en el establecimiento de las famosas Conferencias de Nuestra Señora, desde cuya cátedra sagrada han ilustrado y conmovido á millares de inteligencias, oradores como Lacordaire, Ravignan, Félix, Monsabré.

Á Ozanam le estaba reservada otra gloria más pura. Unido á siete compañeros dió principio en 1833 á las Conferencias de San Vicente de Paul, cuyo fin es distribuir, no tanto el dinero entre los necesitados, como darles luz y amor. Comunicarse uno mismo al prójimo; mirar al pobre como hermano, suavizar sus penas con el consuelo, respetarle, quererle; he ahí la obra realizada por Ozanam mediante dichas Conferencias. «Pongamos», decía, «nuestra fe bajo la salvaguardia de nuestra caridad; reconciliémos por medio de esta virtud á los que no tienen lo bastante con los que tienen demasiado.» Según su plan, había que cuidar al pobre desde la cuna hasta el sepulcro, para hacer de él un verdadero cristiano y conducirle al cielo. Así, debido al celo de un fervoroso creyente y de un gran patriota, apareció en la Iglesia esa admirable institución que, á modo de red de caridad, ha extendido por todas partes su benéfico influjo, socorriendo todas las miserias humanas y llevando, sobre todo, muchas almas al cielo.

¡Peto Ozanam debía morir pronto, apenas cumplidos los cuarenta años de vida! Padecía la nostalgia del cielo. «Se encaminaba al término con la rapidez de un alma que cree demasiado en la eternidad para guardar consideraciones al tiempo», dijo de él Lacordaire. ¡Qué modelo tan hermoso para la juventud estudiosa y cristiana! Dos nobles pasiones existieron en el pecho de Ozanam: la pasión de las letras y la pasión de la caridad. Efecto de la primera son los escritos incomparables que nos ha dejado, y de la segunda las conferencias de San Vicente. ¡Ojalá los jóvenes leyeran á menudo esos escritos; ojalá, le imitaran, sobre todo, en su ardiente amor á los pobres, en su activa propaganda en pro de la verdad católica!

En su débil cuerpo tuvo dos fuerzas invencibles: el genio y la ternura, y, para dirigirlos, dos resplandores divinos: la fe y la caridad. ... ¡Qué huella, qué estela tan luminosa ha dejado en pos de sí! ¡Qué peso ha sido el suyo en la balanza de los destinos del mundo! Después de tantos años que duerme el sueño de la muerte, su obra sobrevive gloriosa y fecunda, salvando á los hombres de la desesperación y á la sociedad de la rebelión y la anarquía.¹

¡Ojalá que la verdad y la caridad fuesen siempre los móviles de la juventud en sus actos, con lo que se asegurarían los intereses vitales de la sociedad y se regeneraría el mundo! «Cuando la piedad y la caridad se dan la mano, producen la luz; y cuando la fe brota del corazón, inspira el amor á la ciencia, porque la ciencia sirve para demostrar y defender la fe», ha dicho Moehler.²

11. El carácter y el trabajo en la educación individual y social.—Nunca encareceré lo bastante la excelencia del carácter y los males que causa la falta de esta rara cualidad en la sociedad moderna; por esto, insisto una vez más en la necesidad de infundir carácter en la juventud. «La civilización de hoy», afirma Montalembert, «se muestra muy escasa de grandes caracteres; y un ilustre prelado francés

asegura: «que lo que la memoria es á la inteligencia, es el carácter á la voluntad. La memoria produce la estabilidad del pensamiento, y el carácter la de la voluntad; y la memoria y el carácter son el rasgo que recuerda en el hombre la inmutabilidad divina. Se ha hecho una observación justificada muchas veces, á saber: que los hombres yerran más por falta de carácter que por falta de entendimiento. ... Un gran carácter no existe tampoco sin un gran entendimiento; pero lo completa y acaba. Uno de los mejores elogios que se puede hacer de un hombre, será siempre poder decir de él que es un *gran carácter*; porque el carácter, aun más que el entendimiento, produce grandes bienes, y si nos quejamos hoy de que haya tan pocos hombres, consiste en que hay pocos caracteres.»¹

De igual modo permitásemse inculcar á la juventud el amor al trabajo, aun como medio de moralizarla y hacerla adelantar, con tal que esté guiado por las prescripciones del Evangelio. Recuérdese que la Iglesia católica ha debido su establecimiento y asombrosa difusión á la enseñanza de las verdades de la fe y á la práctica saludable del trabajo, sin el que el hombre no puede desarrollar sus facultades ni cumplir su misión.

Por medio de la palabra evangélica y de los hábitos de trabajo que la religión infunde en los pueblos, consiguió la Iglesia convertir y civilizar á las hordas de los bárbaros que devastaron el imperio romano. Oigamos, por ejemplo, lo que dice Ozanam acerca del sistema empleado por aquella en la conquista y civilización de los germanos, y de su incorporación en el seno de la sociedad cristiana.

«El trabajo no ahoga la inspiración, antes bien la fecunda, pudiéndose decir que no puede haber siglos laboriosos sin un soplo inspirador que los sostenga. ... Cuando se penetra en los valles de los Vosgos y del Jura, en el corazón de esas ásperas regiones en que se asilaron largo tiempo las antiguas costumbres germánicas, el viajero se queda admirado de la salvaje majestad de aquellos lugares; pero, al mirarlos de

¹ Victor von Tricht, Conferencia familiar sobre Federico Ozanam.

² Historia de la Iglesia.

¹ Mons. Lefanlou, Cartas sobre educación intelectual.

cérca, observa que una fuerza más poderosa que la naturaleza, la del trabajo, los subyuga y pone á su servicio, sin perdonar nada de lo que parecia creado para la libertad y el reposo. ¡Qué calma la que se nota en esos árboles gigantes, que parecen nacidos para no hacer nada, como los antiguos reyes! Es preciso que desciendan de sus rocas para servir al campesino que les hará soportar el peso de su cabaña, ó al navegante que construirá de ellos los costados de sus naves. ¡Qué cosa hay más libre que el torrente? Y, sin embargo, se le busca en su lecho; se le aprisiona y sujeta al molino, como á un esclavo. No digáis que esas fábricas deshojan la belleza salvaje del desierto: el ruido de los martillos y el humo de las fraguas manifiestan que la creación obedece al hombre, y el hombre á Dios.

«La historia nos ha dado un espectáculo semejante. La barbarie dominaba en la antigüedad, con toda la grandeza que de ella nos comunican los relatos de Tácito y los cantos de Edda. Conocemos á esos germanos, creados para la ruina del Imperio y la conquista del Occidente. capaces de todo, excepto de la obediencia y del trabajo.... Viene el cristianismo: si él temiese, como se asegura, el despertar de la razón humana, habria dejado dormir á esos pueblos en la ignorancia. El cristianismo los encuentra ignorantes en la lectura y la escritura; de modo que, si él deseara, le ayudarían á destruir lo que queda de la antigüedad pagana. Pero el cristianismo procede de otro modo: con el Evangelio les da leyes; y en vez de plantar una cruz en la soledad y de quedarse satisfecho con que las tribus convertidas vengán á orar en torno de ella, les hace edificar ciudades, y congrega dentro de murallas, bajo el lazo de la vida común, á esos bárbaros que no toleraban á sus vecinos; los lanza, en fin, á las escuelas para hacerlos reflexionar durante siete años sobre los nueve libros de Marciano Capella y las diez categorías de Aristóteles....

«Se ha reprochado á la Iglesia el haber abatido estas generaciones nuevas sujetándolas al régimen de una civilización ajeja; se ha echado de menos para los germanos la libertad de sus bosques, donde las encinas habrian concluido por

dar oráculos como en Dodona, y donde las musas habrían descendido como sobre las montañas de la Grecia, si no hubiesen tenido miedo de los monjes y de los pedagogos.

«Nosotros juzgamos, por el contrario, que el trabajo, lejos de perjudicar á los pueblos modernos, les dió ese temperamento robusto que ha resistido á tantas revoluciones. Nosotros no nos arrepentimos de esta laboriosa educación de nuestros abuelos ni de los siglos que emplearon en leer latín, en versificar en latín, en hablar latín. El sello latino era el sello del imperio del mundo, y las naciones que fueron más vivamente marcadas con él, como Francia, Inglaterra, España, eran las únicas destinadas á ver su espada, su política y sus lenguas salir de Europa y remover toda la tierra.»¹

12. Ó educación cristiana, ó impia.— Así como no hay medio entre la verdad y el error, tampoco lo hay entre la buena y mala educación. Proponiéndose ésta formar al hombre por completo, es decir, no sólo en lo intelectual sino también en lo moral, tiene que apoyarse en reglas y principios; por lo que, así como no se inventa la ciencia, que es el alimento del espíritu, mucho menos se inventa la moral, que es la que forma el corazón del hombre.

La educación ha de darse, por lo mismo, según un plan ó sistema permanente; pero la experiencia manifiesta que no todos los que se dedican á la ardua labor de educar á la juventud, siguen un mismo plan y sistema: por este motivo no es igual la instrucción científica y moral que reciben los jóvenes. ¡Cuántas veces, en lugar del agua pura de la verdad, bebe el joven en las disternas envenenadas del error; y, con cuánta mayor frecuencia, en vez de la admirable moral del Evangelio, única santificadora de las almas, se le inculca la moral independiente, la moral sin Dios, y aún se prescinde de ella por completo!

Varias veces he hablado del vivo interés que despliega la Iglesia en la formación científica y literaria del hombre; pero en lo tocante á su formación moral, es necesario recordar que, por la misión que Dios le ha confiado, la Iglesia es la única

¹ Les écoles.

maestra y la sola autoridad llamada á enseñar á los hombres y á los pueblos las reglas y principios invariables acerca de la moralidad ó inmoralidad de los actos humanos.

No debiéndose prescindir de la Iglesia en la educación, ésta tiene que ser cristiana ó anticristiana, religiosa ó impía. Terrible dilema, por uno de cuyos términos tienen que optar los padres de familia, los maestros y los encargados del poder público. Por esto, al concluir este libro, me permito llamar su atención sobre la gravísima responsabilidad que sobre ellos pesa en este punto, ya que de la buena ó mala formación del hombre depende no sólo la felicidad temporal y eterna de éste, sino también la prosperidad ó decadencia de los pueblos. Si cuantos intervienen en la educación del niño, se cuidaran de que fuese cristiana, la humanidad cosecharía frutos sazonados, en todo sentido; florecerían las ciencias y las letras, la industria y el comercio, las virtudes públicas y privadas, muchísimo más de lo que florecen al presente; y *la paz de Dios, que sobrepuja á todo encarecimiento*¹, unificaría los entendimientos y las voluntades de todos; de modo que, como miembros de una sola familia, cuyo principio y fin es Dios, trabajarían de consuno en la gran obra del progreso intelectual, material y moral del hombre.

Mas por una aberración, sólo explicable por la triste situación en que la culpa primera deja á la humanidad, muchos padres de familia y casi todos los gobiernos, ó prescinden de la religión (que es la base de la educación), ó la miran como cosa de poca importancia, ó lo que es peor, la eliminan y combaten en la enseñanza.

Los gobiernos sectarios llevan su odio á la Iglesia católica hasta el extremo de impedir su benéfico influjo en las escuelas y colegios, no sólo prohibiendo la instrucción religiosa, sino aun presentando á la Iglesia como enemiga de la cultura intelectual.

Dueños por la fuerza del derecho de educar á las nuevas generaciones, las imbuyen desde la primera edad en

¹ Fil. IV, 7.

las máximas del naturalismo y racionalismo, á fin de que se preocupen sólo en conseguir bienes para la vida presente, y miren con desdén, y como *inveniones del fanatismo*, la vida futura, sus premios y castigos eternos.

Desde hace más de veinte años, el gobierno de Francia secularizó la enseñanza, ó, lo que es lo mismo, arrojó á Dios y á su Iglesia del recinto de la escuela, mediante leyes que constituyen al Estado «en única autoridad docente, en doctor y en cierta manera pontífice, con doctrinas y dogmas relativos á la enseñanza», como lo nota un escritor de nuestros días. Y esta total exclusión del elemento religioso en los establecimientos fiscales, se ha hecho en nombre de la *libertad*, del *patriotismo* y de la *unidad nacional*.

Como Francia está á la vanguardia de la cultura moderna, y en las repúblicas de la América latina se la considera como maestra de la democracia, conviene manifestar el espíritu anticristiano que anima á los reformadores de la educación nacional francesa. Pablo Bert, y Goblet, ministros de instrucción pública y corifeos de la enseñanza laica, nos indicarán lo que ésta significa.

Decía el primero en 1881: «La célebre fórmula de la *enseñanza laica* comprende dos órdenes de ideas distintas: la secularización de los programas y la del personal docente. Hemos ya realizado la primera parte de nuestra tarea, al separar la Iglesia de la enseñanza y despejar el camino al maestro de escuela, que ya no tiene nada que ver con el párroco. Nos queda la segunda parte, que es urgente, necesaria, indispensable. ¿Cómo es posible que la orden expresa de separar la enseñanza laica de la religiosa pueda ser cumplida por los que, como principalísimo voto, han jurado ante todo dar la enseñanza religiosa?... La enseñanza religiosa es la escuela de la estupidez, del fanatismo, del antipatriotismo y de la inmoralidad...»

Estas terribles expresiones fueron puestas en práctica, en la ley de 1882, que excluyó en absoluto la moral religiosa de la enseñanza oficial, y suprimió la enseñanza libre.

En mayo de 1886, Goblet se expresaba en estos términos, acerca de la ley antes indicada: «Los principios consagrados

por esta ley han parecido, desde hace mucho tiempo, inseparables de la noción del Estado moderno, y el carácter esencial de ella consiste en convertir la enseñanza pública en *enseñanza del Estado*. Nada más justo.... Si la independencia de las ideas y la diversidad de los métodos constituyen una condición de vida para la enseñanza superior, la *unidad* nos parece, por el contrario, como la regla natural, si no necesaria, de esta primera instrucción común á todos los ciudadanos. La enseñanza elemental pública, accesible á todos, ¿no tiene también que ser igual para todos, animada por un mismo espíritu, regida por unos mismos programas, y dada por unos mismos maestros, tanto más cuanto que el Estado es el *único* capaz de tomar sobre sí la responsabilidad de este servicio?»

Como lo observa el Padre Antonino Tonna-Barthet¹, «la teoría de Pablo Bert es idéntica á la de Goblet, si bien éste emplea un lenguaje menos injurioso que aquél; pero ambos se sirven de los mismos sofismas para defender las leyes sobre la enseñanza; ambos han atribuido al Estado el derecho de violentar las conciencias en virtud de un mismo sofisma que confunde la enseñanza pública con la enseñanza del Estado.... En resumen, la ley Ferri-Bert, del 28 de marzo de 1882, excluyó la religión de las escuelas primarias, y obligó á los padres á dar á sus hijos la instrucción primaria, lo que la mayoría de las familias sólo podía cumplir en las escuelas públicas, de las que se desterró toda noción de cristianismo. Esta ley secularizó los programas de enseñanza.

La ley Goblet, de 30 de octubre de 1886, fué digno complemento de la primera; pues secularizó el personal docente, desterrando de las escuelas á los Hermanos y Hermanas, que han sido en Francia, en toda época, los verdaderos propagadores de la enseñanza popular.

Sabido es que por disposiciones posteriores, especialmente por la ley Waldeck-Rousseau, tínicamente ejecutada en nuestros días por el ministro Combes, la enseñanza secundaria y la superior han corrido igual suerte, y que las congregacio-

¹ «La situación religiosa en Francia».

nes docentes han sido expulsadas del suelo de Francia, con prohibición de que los miembros de ellas puedan enseñar ni aun en colegios particulares. El Sumo Pontífice y el episcopado francés protestaron contra este atentado de lesa civilización; pero el sectarismo impío continúa impertérrito su obra anticristiana y antipatriótica que lleva á Francia á un abismo.

Ya el 12 de mayo de 1883 escribía León XIII al presidente de la república francesa: «... Os acordareis, Señor Presidente, de ciertas severas disposiciones contra varias órdenes religiosas, que se decía no estar reconocidas por la autoridad gubernativa. Ciudadanos franceses, á quienes, de algún modo, amamantó y luego educó maternalmente la Iglesia en toda suerte de virtud y cultura, y á quienes la nación era deudora de notables progresos en ciencias sagradas y profanas, de la educación religiosa y moral del pueblo, han sido expulsados de sus inofensivos retiros, para ir á mendigar refugio fuera del país natal. Esto priva á Francia de una fecunda fuente de operarios ilustrados, activos... daña á la misma influencia francesa, que ellos difunden, poderosos con el Evangelio, en pueblos lejanos, y sobre todo en Oriente.»

Refiriéndose Su Santidad (en la misma carta) á la ley que proscribía la enseñanza religiosa de las escuelas, decía: «Esta ley desterraría de una nación de treinta y dos millones de católicos la educación religiosa, en la cual el hombre halla los más generosos impulsos y las más perfectas reglas para sobrellevar las dificultades de la vida, para respetar los derechos de la autoridad y de la justicia, y para allegar las virtudes indispensables á la vida doméstica, á la política, á la civil.»

Ahora, como siempre, los hombres y los pueblos buscan el bienestar y el progreso; pero, según observa un célebre escritor, «la prosperidad de una nación depende de la unión íntima de las almas. Cuando un pueblo carece de unidad de pensamiento y de miras, se convierte en un conjunto de mercaderes y de cuerpos dominados por la codicia y por deseos contrapuestos. ¿Dónde encontrar el principio de unidad? No se le encuentra ni en la cultura científica, que no tiene por sí misma virtud alguna educadora; ni en el estudio de las letras, que no bastan á satisfacer las exigencias de la vida práctica;

ni en la enseñanza *neutra*, que es una enseñanza disolvente; ni en la filosofía racionalista, condenada á ser una filosofía dividida y divisora. La conclusión se impone: para conciliar la libertad con la unidad, para animar y regular el movimiento moderno de las ideas, para satisfacer las exigencias de la conciencia como las necesidades crecientes de la civilización, es indispensable que la educación sea cristiana. Abolir el elemento religioso en la educación, equivale á suprimir la única enseñanza capaz de gobernar las inteligencias y disciplinar las voluntades.¹

13. Mi última palabra á los padres de familia y á la juventud.—Al poner punto final á este modesto trabajo, que empujé con el fin principal de promover en alguna manera el bien entre la juventud estudiosa, tan querida de mi alma, no debo ocultarle la amargura de que está lleno mi corazón sacerdotal al considerar los peligros que la rodean, y la dificultad de librarse de ellos.

El error, como polvo sutil, se ciente por el hogar doméstico, por las escuelas y colegios, por las asambleas públicas y privadas, y sobre todo, por el vasto campo de las ciencias sociales, que tanto influyen en la suerte de los pueblos; y pocos, muy pocos no se infectan con el aire envenenado que se respira. Por otra parte, en nuestros días todo tiende á debilitar el carácter, á infundir costumbres nada cristianas, á facilitar la vida muelle, con lo que desaparecen la virilidad del ánimo y el espíritu de vencimiento, indispensables para la buena formación del hombre.

Si la juventud respira esta atmósfera; si su educación es nociva ó deficiente, tiene que malgastarse y pervertirse; tiene que marchitarse apenas empieza á vivir, y dejarse arrastrar por el ímpetu de las inclinaciones viciosas. El mismo joven cristiano, el que en el hogar y en la escuela sólo encuentra estímulos para el bien, necesita sumo cuidado para preservarse de los lazos que á su inocencia y la integridad de su fe, tienden los secuaces del error y del vicio, que pululan por todas partes.

¹ *Précis, L'école autoritaire.*

Cuando medito en el movimiento actual, profundamente anticristiano, me pregunto si hemos llegado á la apostasia universal, y hasta temo que se apaguen las lámparas del tabernáculo, y desaparezca el grande sacrificio, para ceder su puesto á una desolación abominable.... ¡Hoy se tiene vergüenza de Cristo! Esclavizadas las gentes por el imperio de la iniquidad, reniegan cobardemente de lo que aprendieron en los primeros años.... ¿Dónde están la unidad y la entereza de los siglos cristianos? ¿Dónde el heroísmo caballeresco de los creyentes? ¿No es hoy título de escarnio la fe, y no es honra la deserción de las banderas cristianas?

Si éste es el carácter del movimiento contemporáneo, es preciso que la juventud no caiga en flaqueza, ni compre con el miedo y la deserción la alabanza miserable de los inicuos. ¿Cómo ha de seguir á los traidores que le ofrecen una gloria menguada, cuando el sacrificio la solicita con su hermosura? El sacrificio es el arma de combate del joven cristiano; el ultraje, alabanza; el martirio, victoria. Nada más bello que una juventud creyente é ilustrada: subyuga con el ejemplo y vence con la virtud; combate con generosidad, como el insigne Aparisi, ó es de raza de *profetas inmaculados*, como lo fué Federico Ozanam, según la frase de Lamartine.

«Todo el mundo conviene en que estamos en un tiempo de revolución profunda», dice el abate Bruzati. «La sociedad, como un enfermo que da vueltas en el lecho, busca con agitación febril un nuevo cambio.... ¿Qué porvenir nos aguarda? ¿En qué terminarán tantas transformaciones sociales? ¿En la paz ó en la guerra? ¿En una libertad absoluta ó en una servidumbre absoluta? Lo ignoro. Lo que sé es que el mundo vale lo que vale su ideal moral, y que los hombres del porvenir, como los del pasado, no serán verdaderamente grandes y felices sino cuando sean hombres cumplidores del deber.»

La lucha entre el bien y el mal es muy viva en nuestros días. De uno y otro lado se aspira al triunfo con ardor. La Iglesia, en defensa de los derechos é intereses más caros de

¹ *Souvenirs oratoires.*

la humanidad, combate en primera línea; y en el campo enemigo figuran en primer término los gobiernos impíos y las sectas disidentes. «Obras de toda clase brotan hoy en el seno de la Iglesia, como prueba de su inagotable fecundidad. Mientras ella sufre más, más se prodiga. Pero yo deseo que todas esas obras se propongan el mismo fin: restaurar el cristianismo por la educación; que los padres alimenten el espíritu cristiano en sus hijos; que en la escuela primaria haya una atmósfera de fe; que el colegio sea la arena en que se ejerciten los soldados cristianos; que las cátedras de alta enseñanza impriman a la ciencia un movimiento cristiano y formen jefes resueltos e inteligentes para la armada del bien. Al salir de esas varias etapas, será el hombre el firme apoyo de la verdad y de la virtud. Un pueblo compuesto de ciudadanos grandes por el espíritu y el corazón, tiene que ser fuerte y llegará al término de sus altos destinos.»¹

Una vez, por todas, encarezco a los padres de familia, a quienes especialmente incumbe la educación de sus hijos, que cumplan con esmero tan sagrado deber, en el que se resumen las arduas obligaciones de la paternidad, y del cual depende en gran parte el bienestar temporal y eterno del hombre. A ellos corresponde depositar la primera semilla en el alma pura y dócil del niño; por lo que no han de ahorrar esfuerzo ni sacrificio, con tal de infundirle hábitos de moralidad y de virtud, desde la más tierna edad. Mediten en las siguientes preciosas advertencias que les dirige Leon XIII, y cuiden de ponerlas en práctica: «La familia es la base de la sociedad civil; y en el hogar doméstico se prepara principalmente la suerte de los Estados. Por eso los que desean divorciar la sociedad del cristianismo, poniendo la segur en la raíz, se apresuran a corromper la sociedad doméstica. Ni los arredra en tan malvado intento el pensar que no lo podrán llevar a cabo sin grave injuria de los padres, a quienes la misma naturaleza da el derecho de educar a sus hijos, imponiéndoles al mismo tiempo el deber de que la educación

¹ «L'educateur apôtre».

y enseñanza de la niñez correspondan y digan bien con el fin para el cual el cielo les dió los hijos. A los padres toca, por tanto, empeñarse con todas sus fuerzas en repeler toda injusticia en este particular, y conseguir á toda costa que se respete su derecho de educar cristianamente á sus hijos, y apartarlos cuanto más lejos puedan de las escuelas donde corren peligro de que se les propine el veneno de la impiedad. Cuando se trata de amoldar en el bien el corazón del joven, cualquier trabajo y cuidado que se tome será poco para lo que el asunto se merece.»¹

Los padres que descuidan en el hogar la educación de sus hijos, ó que la confían á maestros impíos, los asesinan moralmente y causan grave daño á la sociedad civil; ya que, como dice el mismo Pontífice, no hay asunto que interese hoy tanto á ésta y á la Iglesia como la formación cristiana de la niñez.

En cuanto á los jóvenes, á cuyo servicio desearía consagrar en todo tiempo mis escasas fuerzas, les dirijo las siguientes frases pronunciadas por el abate Bruzat ante la juventud francesa: «Cuando los caballeros de los tiempos pasados iban á combatir los buenos combates del honor y de la virtud, su fuerza consistía, sin duda, en las armas que manejaban y en la coraza que defendía su pecho; pero ella consistía, ante todo, en la noble divisa que tenían sobre su corazón. Esta divisa, la que doy también á vosotros, jóvenes, para fuerza y gloria

¹ «*Itaque reipublice familia complectitur, namque partem aliquam intra domesticos parietes factum civitatem. Ideo qui has avertere ab institutis christianis volunt, consilio à stirpe exorti, corrumpere societatem domesticam insistant. A quo eos sceleris nec cogitatio deterret, id quidem nequaquam fieri sine summa parentum iniuria posse: natura enim parentes habent ius suum instituendi quos procreaverint, hoc adiuncto officio, ut cum fine, cuius gratia subolem Dei beneficio susceperunt, ipsa educatio conveniat et doctrina puerilis. Igitur parentibus est necessarium eniti et contendere, ut omnem in hoc genere propensum iniuriam, omninoque perveniant ut, suis in potestate sit edocere liberos, uti par est, more christiano, maximeque prohibere schollis, a quibus periculum est ne malum venenum imbibant impietatis. Cum de fingenda probe adolescentia agitur, nulla opera potest nec labor suscipi tantus, quin etiam sint suscipienda maiora» (Encicli. *Sapientia christiana*, d. d. 10 Iul. 1890).*

vuestra, es la siguiente: *Haced lo que debéis, suceda lo que quiera*. Permaneced fieles á ella hasta la muerte; y si, en los rudos combates que os reserva el porvenir, esta fidelidad os exigiere la pérdida de los bienes y de la vida misma, al contemplar tantas ruinas acumuladas, no deberíais decir: ¡Todo está perdido! sino, al contrario: ¡Todo se ha salvado, porque hemos cumplido con nuestro deber!

Que mis postreras palabras á los jóvenes, en especial á los compatriotas míos, sean las siguientes de la Sagrada Escritura, que una de las lumbreras del episcopado francés, el cardenal Pie, pronunció en una de las sesiones del Círculo de la juventud católica de Poitiers: *Etsi omnes gentes regi Antiocho obdiant..., et consentiant mandatis eius, ego et fratres mei quodiennum legi patrum nostrorum*¹.—Aun cuando todos se sometían al error, yo y mis hermanos obedeceremos á la religión de nuestros padres. *Pro aris et focis*! Esta es la divisa, aun pagana, de los que aman á la patria de la tierra, subiendo á la eterna del cielo.

¹ 1 Mach. II, 19—20.

B. HERDER, LIBRERO-EDITOR PONTIFICIO,
FRIBURGO DE BRISGOVIA (ALEMANIA).

Pensamientos y Consejos

para la juventud estudiosa por el Padre Adolfo de Doss, de la Compañía de Jesús. Obra aprobada y recomendada por el Eñho. Señor Cardenal Arzobispo de Valencia y los Ilmos. Señores Arzobispos y Obispos de Bogotá, Buenos Aires, Costa Rica, Friburgo, Madrid-Alcalá, Nueva Pamplona, Portoviejo, Santiago de Chile, Valladolid, y honrada con una Carta del M. R. Padre Luis Martín, Preposito General de la Compañía de Jesús. Con un grabado. *Segunda edición*. En 12°. (XVI y 582 págs.) Precio: en rústica Fr. 4.50; en tela de lujo Fr. 6.—; en cuero de lujo, cortes dorados Fr. 8.50.

El Ilmo y Rmo Señor Obispo de Costa Rica:

Los padres de familia que quieran prevenir á sus hijos contra los peligros del mundo, el amigo celoso que se proponga enseñar á un compañero querido el camino de la verdadera felicidad, y los sacerdotes y párrocos que deseen proteger contra la indiferencia religiosa á la juventud inteligente que les esté confiada, no pueden regular á los jóvenes otra obra mejor que los *Pensamientos y Consejos* del R. P. de Doss...

Los 172 puntos de que trata en la obra referida, son todos del más vivo interés, y no dudo que aun los jóvenes incrédulos y superficiales se regocijarán en su lectura.

La recomiendo sinceramente á los jóvenes estudiantes y á los que se dedican al comercio y á la industria, á los padres de familia, y especialmente á los sacerdotes y párrocos que miran por el bien de la juventud.

El Eñho y Rmo Señor Arzobispo Obispo de Madrid-Alcalá:

Nos recomendamos con singular encarecimiento la obra. El autor ha dispuesto la materia de su libro con tal arte, que el espíritu del que lo lee, va ascendiendo en él como por una escala, que empieza en aquel momento feliz en que, convertida el alma sinceramente á Dios, rompe los vínculos de las acciones desordenadas á las cristianas, y termina en el punto en que el alma se une estrechamente con Dios, llegando á los más altos grados de la virtud y de la perfección cristiana. Todo el camino que aquí media entre el punto de partida y el término feliz, alumbra guía á los lectores este libro, está adornado y como vestido de las hermosas flores con que el genio de la elocuencia sabe embellecer los conceptos de la vida espiritual, los cuales cautivan desde luego el ánimo de los lectores, y le disponen á la consideración y estima de los bienes verdaderos. El autor ha ordenado sus pensamientos y consejos formando un todo admirablemente entrelazado de innumerables textos de las sagradas Letras. Puede ser comparada su obra bajo este concepto al libro de la *Imitación de Cristo*, Señor nuestro.

B. HERDER, LIBRERO-EDITOR PONTIFICIO,
FRIBURGO DE BRISGOVIA (ALEMANIA).

La Virgen Prudente.

Pensamientos y Consejos del
Padre Adolfo de Doss, de
la Compañía de Jesús, acomodados para las jóvenes cristianas.
Obra publicada con aprobación eclesiástica y permiso de los
Superiores de la Orden. Con un grabado. En 12°. (XII
y 480 págs.) *Fr.* 3.—; encuad. en tela *Fr.* 4.50; en pergamino
superfino, cortes dorados *Fr.* 9.25.

A medida que se va desarrollando la suma de la literatura dedicada á
las jóvenes, se advierte la necesidad de enriquecerla con libros buenos desde
el punto de vista católico, entre los cuales es una verdadera perla el que ahora
ofrecemos intitulado «La Virgen Prudente». Las tres partes en que está
dividida esta obra, enseñan respectivamente á las jóvenes á extirpar sus
propios defectos, á cultivar las virtudes cristianas y, mediante la práctica de
estas virtudes, á alcanzar la perfección, cuyos frutos trascienden á la vida
eterna. Los capítulos de esta obra son breves, los conceptos están expresados
con claridad, el lenguaje es escogido y la exposición muy bien ordenada.

Sin caer en exageraciones, viendo las cosas tales como en realidad son,
y teniendo en cuenta las necesidades y condición de la época actual, el autor
de este libro ha aplicado en todos los casos las invariables doctrinas del
Cristianismo al estudio propio de las jóvenes cristianas que viven en el
mundo. Estas enseñanzas deben ser siempre defendidas en medio del
corrente avasallador de las varias opiniones de nuestra época. Todos los
padres de familia que se ansian por formar hijas, que sean el orgullo y la
alegría de su casa, deben tomar este libro y ponerlo con interés en manos
de sus hijas.

El Excmo. é Ilmo. Señor Arzobispo de Burgos escribió al editor:

«Graz me debes felicitarle por el beneficio que con la obra del P. Doss
presta á la religión y á las costumbres.»

La importancia de los asuntos elegidos, la claridad, sencillez y concisión
con que se tratan, la abundancia de la doctrina, la solidez de los razo-
namientos, la delicadeza de la expresión y la galanura del estilo hacen es-
perar que de trabajo por tan extremo recomendable habrá de obtenerse gran
copia de frutos de bendición.

